



Tesis doctoral

Las guerrillas carlistas en la guerra de los Siete Años (1833-1840): una historia militar

Presentada por

Francisco Javier Posada Moreiras

Director

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera

Co-Director

Carlos Gregorio Hernández Hernández

2021

UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO

Departamento de Humanidades

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación

INDICE

I. ESTADO DE LA CUESTIÓN	5
II. METODOLOGÍA	16
III. TEORÍA DE LA GUERRA DE GUERRILLAS	25
3.1 ORÍGENES DE LA DOCTRINA SOBRE LA GUERRILLA	30
3.2 CLAUSEWITZ Y LAS GUERRILLAS	31
3.3 JOMINI Y LA GUERRA NACIONAL	33
3.4 LA TEORÍA DE LA GUERRILLA DE T. E. LAWRENCE	34
3.5 CARL SCHMITT Y LA TEORÍA DEL PARTISANO	36
3.6 LA HISTORIOGRAFÍA MILITAR ESPAÑOLA: LA GUERRILLA COMO ARTICULACIÓN MILITAR DE LA RESISTENCIA ARMADA POPULAR	37
3.7 GUERRILLAS VS. EJÉRCITOS EN EL SIGLO XIX	41
3.8 LA INTRINCADA RELACIÓN ENTRE GUERRILLAS Y BANDOLERISMO	45
3.9 CONCEPTOS CLAVE	51
IV. EL COMBATE GUERRILLERO	57
4.1 ORÍGENES	57
4.2 PRINCIPIOS ESTRATÉGICOS DEL COMBATE GUERRILLERO	59
4.3 TÁCTICAS GUERRILLERAS	63
4.4 PERFIL MILITAR DEL JEFE GUERRILLERO	68
4.5 EL ARMAMENTO DE LAS GUERRILLAS	72
4.6 LOGÍSTICA, INTENDENCIA Y VESTIMENTA/UNIFORMIDAD	76
V. LAS GUERRILLAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA	81
5.1 CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	81
5.2 CRONOLOGÍA DE LAS GUERRILLAS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	84
5.3 GÉNESIS Y EVOLUCIÓN DE LAS GUERRILLAS (1808-1814)	84
5.4 NORMATIVA LEGAL REGULADORA DE LAS GUERRILLAS	91
5.5 DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA, CUANTIFICACIÓN Y BASE SOCIAL DE LAS GUERRILLAS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	96
5.6 SISTEMAS O MODELOS DE GUERRILLAS ACTIVOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	99
5.7 SOMATENES Y MIQUELETS	101
5.8 SÍNTESIS	112
VI. LA GUERRA REALISTA (1820-1823)	115
6.1 ORÍGENES Y FASE INICIAL DEL CONFLICTO BÉLICO	115
6.2 LAS OPERACIONES BÉLICAS EN NAVARRA. LA DIVISIÓN REAL	124

6.3	LA CAMPAÑA REALISTA EN CATALUÑA	134
6.3.1	CONQUISTA DE SEO DE URGEL: CONSTITUCIÓN Y FIN DE LA REGENCIA	137
6.3.2	OPERACIONES DE LA DIVISIÓN REAL DE NAVARRA EN ARAGÓN Y CATALUÑA	145
6.4	PRINCIPALES GUERRILLAS REALISTAS EN OTRAS PARTES DE ESPAÑA	148
6.4.1	“LA MERINADA” O CAMPAÑA REALISTA DEL CURA MERINO (1821-1822)	156
6.5	ÚLTIMA FASE DE LA GUERRA ANTES DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA	161
6.6	LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS	165
6.7	LAS PARTIDAS GUERRILLERAS EN LA GUERRA REALISTA	168
<u>VII. LA GUERRA DE LOS AGRAVIADOS O MALCONTENTES (1827-1828)</u>		174
7.1	CAUSAS Y PANORÁMICA GENERAL DEL CONFLICTO ARMADO	174
7.2	CRONOLOGÍA DE LA GUERRA DE LOS AGRAVIADOS O “MALCONTENTES” (MARZO/DICIEMBRE DE 1827- ABRIL 1828)	181
7.3	REPERCUSIONES DE LA REVUELTA DE LOS AGRAVIADOS EN EL RESTO DE ESPAÑA	194
7.4	LAS PARTIDAS GUERRILLERAS DE LOS MALCONTENTES	197
<u>VIII. LAS GUERRILLAS CARLISTAS EN LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS (1833-1840)</u>		203
8.1	ORÍGENES, CAUSAS Y FASES DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA	203
8.1.1	CARLISMO ARMADO Y GUERRILLAS	210
8.1.2	LA TOPONIMIA DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA: ALGUNAS PRECISIONES TERMINOLÓGICAS	213
8.2	1ª FASE: PROTAGONISMO DEL NORTE EN LA GUERRA Y PRINCIPALES TEATROS DE OPERACIONES GUERRILLEROS (1833-1835)	214
8.2.1	ALZAMIENTO CARLISTA DE FINALES DE 1833: COMIENZO DE LA GUERRA	214
8.2.2	INICIOS DE LA ACTIVIDAD GUERRILLERA CARLISTA (OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1833) Y ZONAS AFECTADAS	217
8.2.3	PRINCIPALES ACCIONES GUERRILLERAS CARLISTAS EN 1834	243
8.2.3.1	CATALUÑA	243
8.2.3.2	CASTILLA. EL REGRESO DE UN LÍDER INDISCUTIBLE: LA SEGUNDA CAMPAÑA DE MERINO Y PRIMERAS COLUMNAS EXPEDICIONARIAS	252
8.2.3.3	LA MANCHA	266
8.2.3.4	MAESTRAZGO: LA IRRUPCIÓN DE CABRERA	269
8.2.3.5	OTROS FRENTE	278
8.2.4	LA ACTIVIDAD GUERRILLERA EN 1835	289
8.2.4.1	LOS GUERRILLEROS O FRANCO TIRADORES DE LAS AMÉZCOAS	289
8.2.4.2	EL MAESTRAZGO	290
8.2.4.3	CATALUÑA: LA EXPEDICIÓN DE GUERGUÉ	307
8.2.4.4	La Mancha: la potenciación de las partidas manchegas a caballo	322
8.2.4.5	Castilla: continuación de la segunda campaña de Merino	329
8.2.4.6	OTROS ESCENARIOS	342
8.3	2ª FASE: LAS GUERRILLAS CARLISTAS Y LAS GRANDES EXPEDICIONES (1836-1837)	350
8.3.1	ACTIVIDAD GUERRILLERA ANTES DE LA EXPEDICIÓN DEL GENERAL GÓMEZ (ENERO-VERANO/FINALES DE 1836)	350
8.3.2	LA EXPEDICIÓN DEL GENERAL GÓMEZ	371
8.3.3	LA EXPEDICIÓN REAL	380
8.3.4	AUGE DE LAS GUERRILLAS MANCHEGAS	386

8.3.5	LA EXPEDICIÓN DE ZARATIEGUI	388
8.4	3ª FASE: EL GIRO DE LA GUERRA HACIA EL MAESTRAZGO Y CATALUÑA Y SU IMPACTO EN LAS GUERRILLAS CARLISTAS (1838-AGOSTO DE 1839)	393
8.4.1	CASTILLA	394
8.4.2	LA MANCHA	399
8.4.3	EL MANDO DEL CONDE DE ESPAÑA: CREACIÓN DEL EJÉRCITO CARLISTA DE CATALUÑA	405
8.4.4	OTROS FRENTE	409
8.4.5	1839: FIN DE LA GUERRA EN EL NORTE Y SITUACIÓN DEL RESTO DE ESPAÑA HASTA ENTONCES	413
8.5	4ª FASE: EL ÚLTIMO AÑO DE LA GUERRA (AGOSTO DE 1839/JULIO DE 1840)	422
8.5.1	LA GUERRA EN EL MAESTRAZGO	422
8.5.2	LA GUERRA EN CATALUÑA	424
8.5.3	LA GUERRA EN EL RESTO DE ESPAÑA	429

IX. LA POSGUERRA (1840-1845) Y LAS GUERRILLAS CARLISTAS: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA **436**

9.1	CATALUÑA: LOS <i>TRABUCAIRES</i>	437
9.1.1	LAS PARTIDAS DE <i>TRABUCAIRES</i>	438
9.2	MAESTRAZGO	450
9.2.1	LA GUERRA DEL « <i>GROC</i> » (1842-1844)	451
9.3	LA POSGUERRA EN EL RESTO DE ESPAÑA	464

X. LAS PARTIDAS CARLISTAS EN COMBATE **467**

10.1	ORGANIZACIÓN, COMPOSICIÓN, FUNCIONAMIENTO, PERFIL, CUANTIFICACIÓN Y DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LAS GUERRILLAS CARLISTAS	469
10.1.1	EL JEFE O CABECILLA, ELEMENTO CENTRAL DE LAS GUERRILLAS	469
10.1.2	ORGANIZACIÓN Y COMPOSICIÓN	471
10.1.3	EVOLUCIÓN DEL FUNCIONAMIENTO DE LAS GUERRILLAS CARLISTAS	472
10.1.4	CUANTIFICACIÓN, DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA Y PERFIL GUERRILLERO	473
10.2	ARMAMENTO	488
10.3	INDUMENTARIA GUERRILLERA	494
10.4	EQUIPAMIENTO	496
10.5	RECLUTAMIENTO	498
10.6	OPERATIVIDAD Y TIPOLOGÍA DE LAS ACCIONES GUERRILLERAS	500
10.7	LA LUCHA CONTRAGUERRILLERA	505
10.8	DUREZA DE LA VIDA GUERRILLERA	509

XI. CONCLUSIONES **512**

XII. ANEXOS **520**

12.1	GRÁFICOS Y TABLAS ESTADÍSTICAS DEL PERFIL GUERRILLERO	520
12.2	LISTADO TOTAL DEL PERFIL GUERRILLERO	527
12.3	CUANTIFICACIÓN Y DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE PARTIDAS OPERATIVAS Y SUS COMPONENTES	543
12.4	MAPAS: EVOLUCIÓN CRONOLÓGICA DE LAS GUERRILLAS A LO LARGO DE LA GUERRA	545

XIII.	FUENTES	550
13.1	ARCHIVOS	550
13.2	HEMEROTECAS	550
13.3	PERIÓDICOS CONSULTADOS	550
XIV.	BIBLIOGRAFÍA	551

I. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Alfonso Bullón de Mendoza advertía, en su obra sobre la Primera Guerra Carlista, que todavía están por hacer estudios lo suficientemente completos sobre la actuación de las guerrillas durante la Guerra de la Independencia y los conflictos bélicos civiles de la primera mitad del siglo XIX en España.¹ Abundando en esta idea, lo cierto es que no existe todavía ningún análisis general y de larga duración sobre la actuación militar de las guerrillas en ninguna de las múltiples guerras que asolaron España a lo largo del mencionado periodo, (salvo en el caso de la Guerra de la Independencia)². Tampoco hay obras de este tipo sobre las guerrillas carlistas que constituyen, según Julio Aróstegui, la esencia misma de la indudable tradición militar del carlismo, caracterizada por el insurreccionalismo y por ser capaz de activar amplias formas de movilización popular³.

Así, hasta la fecha, tampoco se ha publicado ninguna obra monográfica desde el punto de vista histórico-militar de las acciones de las guerrillas carlistas en toda España a lo largo de la Guerra de los Siete Años (y menos incluyendo sus antecedentes, que pueden remontarse hasta la campaña realista). Su análisis se ha realizado a través de destacados, e incluso exhaustivos, trabajos de carácter generalista, que abordan una o varias de las guerras carlistas, bien referido al marco nacional español (piénsese en obras fundamentales como la *Galería Militar Contemporánea*, las de Pirala, Melchor Ferrer y Alfonso Bullón de Mendoza) o en estudios regionales o locales. Además, está la biografía de Ramón Cabrera escrita por Buenaventura de Córdoba (que mantuvo varias conversaciones con el caudillo tortosino y de quien consiguió numerosos documentos), imprescindible para conocer importantes detalles militares de la Primera Guerra Carlista en el Maestrazgo, así como los comienzos guerrilleros del biografiado⁴.

¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista*. Madrid: Actas, 1992, p. 213.

² Como obras monográficas más destacadas sobre las guerrillas de dicha guerra, ver Moliner Prada, A. *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2004; Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable. Claves de la guerra de guerrillas en España 1808-1814*. Astorga: CSED, 2013; Esdaile, C. *España contra Napoleón. Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*. Barcelona: Edhasa, 2006; Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos. Los guerrilleros en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Madrid: Algaba Ediciones, 2007; Martín Más, M.A. *Los guerrilleros, 1808-1814: La pesadilla española de Napoleón*. Madrid: Andrea Press, 2005; Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros*. Madrid: Arlanza Ediciones, 2008, y de este mismo autor "El movimiento guerrillero". En *Historia de la Infantería española. Entre la Ilustración y el Romanticismo*, tomo II. Madrid: Ministerio de Defensa, 1994, pp. 175-214.

³ Aróstegui, J. *Combatientes requetés en la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2013, pp. 45-49.

⁴ Córdoba, B. *Vida militar y política de Cabrera*. Madrid: Imprenta y Fundación de don Eusebio Aguado, 1844-1845, 4 vols.; Chao, E.; Chamorro Baquerizo, P.; Gómez-Colón de Larreátegui, J.A. *Galería Militar Contemporánea. Colección de biografías y retratos de generales que más celebridad han conseguido en los ejércitos liberal y carlista durante la guerra civil, con una descripción particular y detallada de las campañas del Norte y Cataluña*. II tomos. Madrid: Sociedad tipográfica de Hortelano y Compañía, 1846; Pirala, A. *Historia de la guerra civil y de*

Asimismo, Román Oyarzun publicó una obra general sobre la historia del carlismo: sin embargo, y pese a la atención que le presta al relato de los aspectos militares de las tres guerras carlistas, así como a ciertos aspectos básicos del insurreccionalismo tradicionalista de entreguerras, no es menos cierto que el estudio de un aspecto clave del carlismo bélico, como es el de las guerrillas —consustancial a su naturaleza militar—, es muy somero⁵.

También es preciso mencionar el libro escrito por Aróstegui, junto con Jordi Canal y Eduardo González Calleja, sobre el carlismo y las guerras carlistas, que supone una síntesis esencial sobre el movimiento carlista y sus actividades militares decimonónicas⁶. Dentro de ellos, no es infrecuente encontrar apartados sobre aspectos determinados o enfoques temáticos de las partidas guerrilleras que el carlismo logró levantar en casi todas las áreas geográficas españolas, generalmente, incluidos dentro del estudio de los tres principales conflictos bélicos protagonizados por el carlismo, especialmente, la Primera Guerra Carlista (1833-1840) y la Tercera Guerra Carlista (1872-1876).

En esta misma línea, debe destacarse el compendio sobre las tres guerras carlistas realizado por Antonio Manuel Moral Roncal, libro de amplia perspectiva y enfoque histórico global (incluida la historia militar), donde el autor analiza aspectos básicos como: los ejércitos combatientes, su uniformidad y armamento, las banderas, el reclutamiento, la evolución de la estrategia o las tácticas, la vida en campaña de oficiales y soldados, las repercusiones internacionales de las tres mencionadas guerras civiles, los apoyos sociales y el papel de las élites de ambos bandos a lo largo del siglo XIX. También dedica un apartado a las guerrillas carlistas y su actuación, especialmente durante la Guerra de los Siete Años. Además, su estudio del carlismo se amplía al s. XX. Todo ello sin olvidar que incluye el estudio de aspectos culturales singulares, entre ellos el impacto de las guerras carlistas en el cine español⁷.

Por otro lado, como primer antecedente histórico-militar de las guerrillas contemporáneas en España, es preciso mencionar la Guerra de la Convención (1793-1795), en cuyo frente catalán se registra una importante actividad bélica protagonizada por formas de autodefensa popular tradicional, como los somatenes (de rancia raigambre medieval), y los *miquelets*. Desde el punto de vista de la ciencia militar, el estudio más exhaustivo y completo sobre este conflicto bélico en español es, sin duda, el trabajo enciclopédico del Estado Mayor Central del Ejército, en cinco tomos, titulado *Campañas en los Pirineos a finales del siglo XVIII: 1793-1795*. Esta obra cubre los tres frentes principales del conflicto (vasco-navarro, aragonés y catalán, incluyendo la invasión del Rosellón francés por las tropas del general Ricardos), prestando especial atención a la guerra en Cataluña, sin duda, el teatro de operaciones donde se produce la

los partidos liberal y carlista. 6 vol. Madrid: Turner-Historia 16, 1984; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo español*. Sevilla-Madrid-Sevilla: TrajanoTradicionalista-Católica Española, 1941-1979, 30 tomos.

⁵ Oyarzun, R. *Historia del carlismo*. Bilbao: Ediciones Fe, 1939.

⁶ Aróstegui, J.; Canal, J. y González Calleja, E. *El carlismo y las guerras carlistas*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.

⁷ Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas*. Madrid: Sílex, 2006.

actividad guerrillera más importante, a cargo de los mencionados somatenes y *miquelets*⁸.

En relación con lo manifestado supra, es necesario resaltar la publicación de una monografía sobre el frente catalán, conocido generalmente como la Guerra del Rosellón. En él se analizan exhaustivamente los distintos aspectos bélicos de la invasión española del Rosellón y la posterior campaña de Cataluña, describiendo con detalle el origen, naturaleza, características y funcionamiento operativo de somatenes y *miquelets*⁹. Además, para obtener una perspectiva global desde la óptica historiográfica gala (que incluye la actuación de las fuerzas guerrilleras de somatenes y *miquelets*), puede consultarse el trabajo de Jean René Aymes sobre esta guerra, en la que subraya la dinámica revolución/contrarrevolución presente en la misma, así como su carácter de claro antecedente de las guerrillas que operarán años después en la Guerra de la Independencia¹⁰.

Francisco Javier Hernández Cardona, autor de múltiples monografías y trabajos sobre la historia militar catalana, ha publicado, junto con Francesc Riart, un par de trabajos sobre la organización de las instituciones militares catalanas, a lo largo de la Edad Moderna, con especial incidencia en el tramo final de la Guerra de Sucesión española, en el que profundiza sobre las características operativas de los somatenes y *miquelets*¹¹.

El estudio de las acciones de las guerrillas carlistas durante la Guerra de los Siete Años en casi todo el territorio español, requiere retroceder hasta la Guerra de la Independencia, verdadero hito fundacional de la moderna guerra irregular, es decir, de las guerrillas contemporáneas¹². En este sentido, se parte de la hipótesis de que es posible establecer continuidades e hilos conductores, en forma de acciones guerrilleras, guerrilleros, partidas insurgentes, e incluso, zonas de actuación de las guerrillas, que permiten enlazar la Guerra de la Independencia con la Primera Guerra Carlista y sus antecedentes inmediatos: la Guerra Realista (1820-1823) y la Guerra de los Agraviados o *Malcontents* de 1827-1828. No obstante, este es uno de los puntos clave que se tratará de contrastar en esta investigación. Así, se obtendría una visión panorámica, global

⁸ Estado Mayor Central del Ejército. *Campañas en los Pirineos a finales del siglo XVIII: 1793-1795*. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1949-1959. Se utiliza la palabra catalana "*miquelets*" para diferenciarlos claramente de otros cuerpos paramilitares o milicias forales del mismo nombre (del tipo de los miñones de Álava o los migueletes d Vizcaya), existentes en distintas partes de España a lo largo de su historia.

⁹ Esteban Ribas, A. R.; Sicilia Cardona, E. F. *La guerra del Rosellón (1793-1795). España contra la Francia revolucionaria*. Zaragoza: HRM Ediciones, 2017.

¹⁰ Aymes, J.R. *La Guerra de España contra la Revolución Francesa (1793-1795)*. Alicante: Instituto de Cultura "Juan Gil Albert", 1991.

¹¹ Hernández Cardona, F.J. y Riart, F. *Els exercits de Catalunya (1713-1714). Uniformes, equipaments, organització*. Barcelona: Rafael Dalmau, 2007. También de ambos autores, ver "Los últimos austracistas. El ejército de Cataluña (1713-1714)". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 10, mayo-junio 2014, pp. 14-19.

¹² En este sentido inciden autores como Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. Ver "Prólogo". En Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota y el olvido. La Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840)*. Madrid: Actas, 2015, p. 20; y Aróstegui, J. "Los Hechos". En Aróstegui, J.; Canal, J.; González Calleja, E. *El carlismo y...* op. cit., pp. 31-42.

y de conjunto de la guerra de guerrillas en la España de la primera mitad del siglo XIX, en la que se repetirían estrategias, tácticas y técnicas de combate, armamento, personajes protagonistas (especialmente caudillos militares y jefes de partida), así como espacios geográficos recurrentes, presentes todos ellos en la Guerra de los Siete Años. Constituyen en su conjunto elementos especialmente relevantes para la operatividad guerrillera carlista, verdadero caballo de batalla de esta tesis doctoral¹³.

En consecuencia, el necesario y preciso análisis de la Guerra de la Independencia —cuya enciclopédica producción historiográfica obliga a un análisis bibliográfico lo más sucinto posible— se puede abordar comenzando por una obra básica, de referencia obligatoria, como la del Conde de Toreno¹⁴. Asimismo, resultan interesantes el trabajo de Lovett,¹⁵ la brillante síntesis de J.R. Aymes¹⁶ o la visión globalizadora de esta guerra que ofrece Emilio de Diego¹⁷. Desde una perspectiva específicamente histórico-militar, que es la aplicable a un trabajo como éste, sigue siendo imprescindible la consulta de la monumental obra de J. Gómez de Arteche¹⁸, igual que la realizada por Juan Priego López para el Servicio Histórico Militar¹⁹. Asimismo, existe una publicación, mucho más moderna, de Charles Esdaile, que pretende dar una renovada visión de esta guerra²⁰. Enfocado más específicamente a la actuación de las guerrillas durante esta guerra, es necesario mencionar (junto a los ya citados de Charles Esdaile, Antonio Carrasco Álvarez y Fernando Martínez Laínez) el trabajo realizado por Antonio Moliner Prada²¹. Por último, hay que citar a Ronald Fraser por su estudio de la Guerra de la Independencia con una perspectiva integradora y amplia, incluidas las cuestiones militares (como, por ejemplo, la actuación de las guerrillas), que son conjugadas con aspectos sociales, económicos, políticos, ideológicos, religiosos, e incluso antropológicos, aunque priorizando siempre la sociología guerrillera (tal como corresponde a una Historia Social²²).

¹³ Entre los autores que defienden esta tesis, ver, por ejemplo y sin ánimo de exhaustividad, Fernández Almagro, M. "Introducción". En Burgo J. *Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas. Luchas políticas*. Pamplona: Imprenta de Navarra, 1978, p. XXI; Aróstegui, J., Canal, J. y González Calleja, E. *El carlismo y...* op. cit., pp. 31-42; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. "Las Guerras Carlistas". En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. (dir.), *Las Guerras Carlistas*. Catálogo de la exposición celebrada del 6 de mayo al 13 de junio de 2004 en el Museo de la Ciudad de Madrid. Madrid: Ministerio de Cultura, 2004, p. 19, o Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., pp. 27-29.

¹⁴ Toreno, Queipo de Llano, J. M., conde de. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1926.

¹⁵ Lovett, G. H. *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España Contemporánea*, 2 vols. Barcelona: Península, 1975. Esta obra da una imagen global sobre la realidad de la España de inicios del siglo XIX en guerra.

¹⁶ Aymes, J. R. *La Guerra de la Independencia en España*. Madrid: Siglo XXI de España, 1990.

¹⁷ Diego, E. *España, el infierno de Napoleón. Una historia de la guerra de la independencia, 1808-1814*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008.

¹⁸ Gómez de Arteche J. *Guerra de la Independencia: Historia Militar de España de 1808 a 1814*. 6 vols. Madrid: Impr. y lit. del Depósito de la guerra, 1886

¹⁹ Priego López, J. *Guerra de la Independencia*. 7 vols. Madrid: San Martín, 1972.

²⁰ Esdaile, C. *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*. Barcelona: RBA, 2006.

²¹ Moliner Prada, A. (ed.). *La Guerra de la Independencia*. Madrid: Nabla, 2007.

²² Fraser, R. *La maldita guerra de España: Historia Social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Barcelona: Crítica, 2007.

Además, para conocer bien las características y la actuación militar de las guerrillas carlistas de la Guerra de los Siete Años en toda España, es necesario haber analizado primero sus antecedentes bélicos inmediatos, constituidos (tal como ya se ha indicado) por la Guerra Realista de 1820-1823 y por la llamada Guerra de los Agraviados o *Malcontents* de 1827-1828. Sin embargo, es preciso subrayar que la historiografía no se ha prodigado en demasía en el estudio histórico-militar de las guerrillas que operaron en estos dos conflictos bélicos.

La Guerra Realista fue protagonizada por movimientos absolutistas o realistas, que desencadenaron una insurrección armada. Melchor Ferrer llega a denominarles «precarlistas» en el propio subtítulo del tomo II de su *Historia del tradicionalismo español*²³. Sus primeros focos se dieron ya en 1820, y a partir de la primavera de 1822, España sufría ya una auténtica guerra civil. En dos zonas tuvo un especial alcance y desarrollo: Navarra y Cataluña. Sobre la misma es ineludible citar la monografía de Rafael Gamba, *La primera guerra civil de España*²⁴. Otro autor que conecta la Primera Guerra Carlista con la campaña realista y con el conflicto bélico de los *Malcontents* (especialmente referido a Cataluña), es Román Oyarzun²⁵.

Inciendo en esta misma cuestión, Josep Carles Clemente, apunta que «se ha afirmado la existencia de un precarlismo que tiene su raíz en los movimientos realistas que siguen a la guerra de 1808-1814»²⁶. De aquí que se haya llegado a escribir que el propio carlismo surge de la verdadera crisis nacional que supuso el mencionado conflicto bélico. Así, es fácil deducir que el estudio de las guerrillas carlistas debe comenzar, cuanto menos, por los movimientos guerrilleros que se registraron durante la Guerra Realista y la Revuelta de los Agraviados o “*Malcontents*”, sin perder de vista la Guerra de la Independencia como hito fundacional de las guerrillas modernas de la Contemporaneidad²⁷.

Abunda en esta idea del “precarlismo” José Luis Comellas García-Llera, que al subrayar la dureza y violencia creciente que fue adquiriendo la Guerra Realista con el tiempo, llama la atención sobre el hecho que esto supone de prefigurar el carácter de exclusión y sin cuartel, de eliminación pura y dura del enemigo, que se dieron ampliamente, poco más tarde, especialmente en la Primera Guerra Carlista. Comellas aduce que en este sentido “precarlista” ha insistido también el citado Gamba, que alude, a su vez, al paralelismo establecido entre Guerra Realista y guerras legitimistas en su conjunto (en

²³ Así aparece reflejado en el propio subtítulo del tomo II de la *Historia del tradicionalismo español: El precarlismo desde el pronunciamiento de Riego hasta la muerte de Fernando VII*. Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II.

²⁴ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra civil de España (1821-23): Historia y meditación de una lucha olvidada*. Madrid: Ediciones Nueva Hispanidad, 2006.

²⁵ Oyarzun, R. *Historia del carlismo...* op. cit., pp. 227-231.

²⁶ Clemente, J.C. *Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX*. Tomo I. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1985, pp. 12-13.

²⁷ *Ibidem*, tomo I, pp. 110-116.

cuanto a la crudeza y ferocidad de estos conflictos bélicos), ya establecido también anteriormente por el marqués de Villa-Urrutia²⁸.

Igualmente, y en el mismo sentido de establecer una estrecha conexión entre la Guerra Realista y la Primera Guerra Carlista, hay que citar de nuevo a Aróstegui, quien en su estudio preliminar sobre la obra de Pirala dedicada a la Primera Guerra Carlista, alaba la visión y acierto del mismo, al captar que el episodio bélico de los realistas, acaecido en el Trienio Liberal, estaba estrechamente relacionado con el movimiento carlista que protagonizará tres guerras civiles a lo largo del s. XIX²⁹. Por su parte, Ramón del Río Aldaz titula su estudio sobre la Guerra Realista en territorio navarro de una manera bastante significativa: *Orígenes de la Guerra Carlista en Navarra (1820-1824)*, estableciendo así también idéntica conexión de manera inequívoca³⁰.

José Andrés Gallego, va aún más allá en su análisis histórico, al identificar como contiendas precarlistas a todos los conflictos bélicos protagonizados por la dialéctica revolución/contrarrevolución, con claros signos de guerras religiosas y de amplio apoyo popular —como la Guerra del Rosellón o de la Convención (1793-1795), la Guerra de la Independencia, la Campaña Realista (1821-1823) y el Levantamiento de los *Malcontents* de 1827—, que, según Gallego, darían paso a las tres Guerras Carlistas propiamente dichas³¹. Asimismo, José Luis Vila-San-Juan, utiliza el mencionado término “precarlista” para referirse a lo que él llama «carlismo antes del carlismo» (título del capítulo 2 de su mencionada obra)³². También Jaime Torras Elías, en su conocido trabajo sobre la guerra de los Agravados (o *Malcontents* en Cataluña), realza la significación política y militar de esta contienda bélica en la conexión entre el mencionado precarlistismo y las tres guerras civiles carlistas³³.

La Guerra de los Agravados o *Malcontents* (en Cataluña) aparece tratada, si bien muy tangencialmente, en dos obras que se podrían calificar de clásicas, imprescindibles para conocer la España del siglo XIX —y, por tanto, todo lo referente al carlismo, sus orígenes y las tres guerras carlistas—, como son las de Pirala y Ferrer. Asimismo, deben citarse los trabajos de Eduardo Chao, Federico Suárez, Jaime Torras Elías, Ramón Arnabat Mata y Jean Françoise Caze, más algunos trabajos publicados en catalán por historiadores del Principado³⁴.

²⁸ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en el Trienio Constitucional*. Estudio General de Navarra, Pamplona: 1958, pp. 65-66. Para la cita del marqués de Villaurrutia ver su obra Ramírez de Villa-Urrutia. W. *Fernando VII, Rey Constitucional: historia diplomática de España de 1820 a 1823*. Madrid: Beltrán, 1923, p. 292.

²⁹ Aróstegui, J. “Estudio Preliminar”. En *Historia de la...* op. cit., p. LXI.

³⁰ Río Aldaz, R. *Orígenes de la Guerra Carlista en Navarra (1820-1824)*. Pamplona: Gobierno de Navarra, 1987.

³¹ Gallego, J.A. *El levantamiento carlista de Castilla la Nueva*. Madrid: Actas, 2002, p. 13.

³² Vila-San-Juan, J.L. *Los reyes carlistas. Los otros Borbones*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1997, pp. 19 y 23-35, respectivamente.

³³ Torras Elías, J. *La guerra de los Agravados*. Barcelona: Cátedra de Historia General de España, 1967, pp. 113-123.

³⁴ La obra que contiene más información sobre este conflicto bélico es, con diferencia, la monografía de Suárez, F. *Documentos del reinado de Fernando VII. VIII. Los agravados de*

Con respecto a los estudios regionales sobre el carlismo, cabe destacar la bien conocida obra de José Ramón Barreiro Fernández sobre el carlismo en Galicia, que abarca las tres guerras civiles y un análisis de este movimiento político, tanto desde el punto de vista militar como desde el sociológico e ideológico. También está la monografía que Manuela Asensio Rubio dedicó al carlismo en Castilla-La Mancha, donde tras analizar los orígenes, el alcance y el arraigo de este movimiento en la región a lo largo del periodo 1833-1875, describe minuciosamente las principales partidas guerrilleras carlistas y sus movimientos y actividades militares. Presta especial atención a aspectos como la organización de las guerrillas, la importancia de sus jefes, su estrategia y tácticas, su reclutamiento y recursos económicos, el armamento o el vestuario, basándose fundamentalmente en fuentes hemerográficas liberales. Asimismo, resulta imprescindible citar el amplio análisis llevado a cabo por Josep María Mundet i Gifré sobre la Primera Guerra Carlista en Cataluña, donde profundiza sobre los orígenes y desarrollo de la contrarrevolución en esta zona española, de fuerte implantación tradicional y amplia base popular; a la vez, aborda tanto los aspectos políticos como los militares de esta guerra, con especial atención tanto a las guerrillas como a los ejércitos carlistas del Principado. A su vez, Manuel Santirso Rodríguez ha profundizado en la compleja dialéctica entre revolución liberal/ideologías contrarrevolucionarias en una obra suya sobre la Primera Guerra en Cataluña (donde estudia con detalle las acciones de las guerrillas legitimistas durante dicho conflicto bélico). Por su parte, Nuria Sauch Cruz ha abordado el estudio de los movimientos contrarrevolucionarios que se produjeron durante la primera mitad del XIX en una zona —las tierras catalanas de la Ribera y el Delta del Ebro más el Maestrazgo valenciano-aragonés—, debiendo resaltarse la especial atención prestada a las guerrillas carlistas durante conflictos como la Guerra de los Siete Años o la conocida como «Guerra del *Groc* (1842-1844)»³⁵.

Cataluña. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1972; también pueden consultarse otros trabajos como el de Chao, E. *La Guerra de Cataluña : historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales / redactada por oficiales que fueron actores o testigos de los acontecimientos, bajo la dirección de D. Eduardo Chao*. Madrid: Imp. y establecimiento de grabado de don Baltasar González, 1847; Torras Elías, Jaime. *La guerra de...* op. cit., Arnabat Mata, R. "Notes sobre l'aixecament dels malcontents (1827)". En *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, nº 10, 1999, pp. 107-128; Caze, J. F. *Les Agraviados d'Espagne. Suivi de notices sur les hommes qui ont joué un rôle dans les affaires d'Espagne, depuis l'abolition de la Constitution des Corts de 1823*. Paris: Ponthieu et Compagnie, 1827. Además, existen tres trabajos sobre esta guerra, todos ellos en catalán, empezando por el de Anguera, P. *Els malcontents del corregiment de Tarragona*. Barcelona: Dalmau, 1993; Sans Puig, J.M. "La guerra de los 'agraviats' (1827)". En *Historia y Vida*, nº 240, 1988, pp. 44-56 y Sauch Cruz, N. "La guerra dels Malcontents al corregiment de Tortosa". En *Recerca*, nº 5, 2001, pp. 141-184

³⁵ Barreiro Fernández, J.R. *El carlismo gallego*. Santiago de Compostela: Pico Sacro, 1976; Asensio Rubio, M. *El carlismo en Castilla-La Mancha (1833-1875)*. Ciudad Real: AlmuD, 2010; Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra carlina a Catalunya*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1990; Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y guerra civil en Cataluña (1833-1840)*. Tesis doctoral dirigida por Josep Fontana Lázaro, Universidad Autónoma de Barcelona,

Con respecto a trabajos que incluyen información sobre las partidas guerrilleras carlistas que operaron en áreas geográficas muy concretas, incluidos dentro de estudios más amplios sobre la Primera Guerra Carlista, se han publicado una serie de libros pudiéndose destacar los siguientes: Pedro Rújula es el autor de un manual sobre los orígenes del realismo contrarrevolucionario en Aragón y el Maestrazgo, en el que analiza la Guerra Realista, la de los Agraviados y, especialmente, la Primera Guerra Carlista en los mencionados territorios. Incide sobre todo en la dinámica revolución-contrarrevolución, los aspectos económicos y sociales del carlismo, así como en el relato pormenorizado de las operaciones guerrilleras y del ejército carlistas a lo largo de los citados conflictos bélicos en Aragón y el Maestrazgo³⁶.

No puede dejar de mencionarse, y menos en un trabajo como éste, el encomiable libro de Javier Urcelay Alonso, *El Maestrazgo carlista. Una visita a los escenarios de las Guerras Carlistas del siglo XIX*. Completísimo análisis de este complejo teatro de operaciones (cubre, además, las tres guerras civiles carlistas), escenario recurrente, destacado e indiscutible a lo largo del periodo objeto de estudio por este autor, sobre todo durante la Primera Guerra Carlista. Aborda, entre otros muchos temas, la cronología episódica de las guerras carlistas en el territorio maestratense; las actuaciones de sus principales partidas guerrilleras y el perfil biográfico de los jefes que las comandaron; un amplio estudio histórico de este abrupto marco geográfico, junto a un minucioso recorrido por los pueblos de esta comarca a caballo entre Teruel y Castellón. Asimismo, debe citarse su relevante biografía sobre el caudillo carlista Ramón Cabrera Griñó, donde analiza sus primeros años de lucha como jefe guerrillero³⁷.

Julio Albi de la Cuesta, ha publicado recientemente un detallado estudio sobre las características generales, la trayectoria operativa y la evolución del Ejército carlista del Norte en la Primera Guerra Carlista, desde su nacimiento hasta su disolución. Albi dedica un breve pero concienzudo apartado a las guerrillas carlistas que colaboraron con las fuerzas armadas legitimistas, fundamentalmente, las partidas castellananas o cántabras³⁸. Por su parte, Antonio Caridad Salvador realizó un completo trabajo sobre el ejército y las guerrillas carlistas de la Primera Guerra Carlista en Aragón y la Comunidad Valenciana, donde estudia la actuación de las principales partidas legitimistas del Maestrazgo durante el mencionado conflicto bélico. Tanto Albi como Caridad aportan información relevante desde el punto de vista histórico-militar³⁹.

Barcelona, 1995; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols civils entre l'Ebre i el Maestrat: la formació d'un país carlista (1808-1844)*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004.

³⁶ Rújula, P. *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo (1820-1840)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998.

³⁷ Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista. Una visita a los escenarios de las Guerras carlistas del siglo XIX*. Vinaroz: Editorial Antinea, 2002 y *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*. Barcelona, Ariel, 2006.

³⁸ Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista del Norte (1833-1839)*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017.

³⁹ Caridad Salvador, A. *El ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón: (1833-1840)*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia, 2013.

Asimismo, la Institución Fernando El Católico publicó otro libro en 2014 de Caridad Salvador sobre la figura de Ramón Cabrera y Griñó y su relación con 200 jefes guerrilleros que actuaron en el Maestrazgo a sus órdenes durante la Primera Guerra Carlista. Proporciona una biografía del destacado general carlista, y explora el perfil sociológico de estos cabecillas, con especial énfasis a su adscripción geográfica, origen familiar y social, fórmula de captación, evolución militar e historial bélico durante el mencionado conflicto⁴⁰. También de Caridad Salvador es un exhaustivo estudio de la Primera Guerra Carlista en las comarcas valencianas, aportando igualmente abundante y novedosa información sobre dicho conflicto bélico en el sur de Aragón. Por otra parte, el enfoque de esta obra es bastante original: en primer lugar, porque en vez de hacer un análisis general de todo el territorio estudiado, el autor ha optado por hacer un estudio específico de lo que ocurrió en cada comarca, no dejando de lado ninguna de ellas. De esta manera, se consigue una información que, por ser muy local, casi nunca aparece en los estudios generales sobre el carlismo. La segunda diferencia respecto a otros trabajos radica en que, utilizando numerosas variables, Antonio Caridad intenta medir los apoyos al carlismo en cada comarca e incluso en cada municipio. Con esta información es posible establecer un mapa de las bases sociales del carlismo (y del liberalismo), buscando sus causas en función de la economía, la sociedad y también los sucesos previos a la guerra en cada comarca⁴¹.

José Antonio Gallego García publicó un libro sobre la insurrección carlista en Castilla, en el que destaca el profundo arraigo del tradicionalismo en Castilla. Este libro pretende cubrir, de algún modo, el vacío al respecto (subraya el autor que la historiografía especializada suele concentrar su atención en el carlismo vasconavarro, catalán o del Maestrazgo, descuidando otras áreas donde tuvo también fuertes raíces, caso del castellano). Para ello aborda el relato del levantamiento carlista que tuvo lugar en los albores de la Guerra de los Siete Años y que tuvo como centro principal las provincias de Burgos, Palencia y Soria. Cincuenta días de un multitudinario levantamiento popular, en el que los jefes carlistas castellanos consiguieron reunir bajo sus órdenes un fuerte contingente de batallones de los Voluntarios Realistas, cerca de treinta mil hombres, con los que sin embargo no supieron o no pudieron resistir el empuje del ejército cristino. Asimismo, también es autor de una reciente biografía en dos tomos del brigadier Jerónimo Merino y Cob (el célebre caudillo guerrillero «cura Merino», verdadero arquetipo de la resistencia armada contrarrevolucionaria), considerada por la crítica especializada como la más exhaustiva y completa investigación histórica sobre toda la trayectoria militar de este personaje (1808-1840)⁴².

Por otro lado, Juan Pedro Recio Cuesta ha publicado una monografía sobre la Primera Guerra Carlista en su tierra natal, Extremadura. En ella, entre

⁴⁰ Caridad Salvador, A. *Cabrera y compañía. Los jefes del carlismo en el frente del Maestrazgo (1833-1840)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2014.

⁴¹ Caridad Salvador, A. *El carlismo en las comarcas valencianas y el sur de Aragón (1833-1840)*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 2017.

⁴² Gallego García, J.A. *El levantamiento carlista de Castilla*. San Sebastián de los Reyes: Actas, 2002, y del mismo autor, *El Cura Merino, el vendaval de Castilla*. 2 tomos. Legardeta: Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 2018.

otras muchas cuestiones, Recio hace un inventario cuidadoso de las más activas guerrillas extremeñas, analizando sus peculiaridades y acciones militares más destacadas, siempre dentro del ámbito específico del mencionado conflicto bélico en la región extremeña. Presta especial atención a cuestiones muy relevantes desde el punto de vista de la operatividad militar, como el jefe o cabecilla guerrillero, la organización de las partidas, sus componentes, los recursos económicos y materiales, como el armamento⁴³.

Para finalizar los estudios regionales, debe destacarse el de Caín Somé Laserna quien ha realizado un trabajo sobre el carlismo en Sevilla hasta 1840 (con el estudio de sus ramificaciones en Jaén y Granada), que abarca también las repercusiones de la expedición del general Gómez en tierras hispalenses y, sobre todo, la organización y tentativas de levantamiento de las partidas guerrilleras sevillanas en el mencionado periodo⁴⁴.

Por último, el estudio sistemático sobre el carlismo y las guerras civiles carlistas implica la obligatoria consulta de la enciclopédica compilación bibliográfica del siglo XIX, realizada por Jaime del Burgo, con abundantes datos, noticias e información sobre la Primera Guerra Carlista⁴⁵.

Con esta sucinta descripción no se ha pretendido elaborar una recopilación exhaustiva y pormenorizada de la bibliografía especializada en el estudio de las acciones de las guerrillas carlistas durante la Guerra de los Siete Años en todo el territorio peninsular (cuyo estudio global y de conjunto, máxime incluyendo sus antecedentes “precarlistas”, como ya se dijo, constituye un tema inédito). Y mucho menos de la numerosísima producción bibliográfica dedicada a la Primera Guerra Carlista en cualquiera de sus múltiples facetas, tanto a nivel nacional como regional o local. El objetivo es, tan solo, mencionar algunas de las principales, también más recientes, obras de referencia fundamental y que han sido de utilidad para la elaboración de esta tesis doctoral.

Para acabar este capítulo inicial, es de estricta justicia dejar constancia de que una investigación como la presente, en la que se han invertido más de cinco años de trabajo ininterrumpido, es deudora de muchos apoyos, asesorías y ayudas, muchas de ellas absolutamente desinteresadas además. De ahí la preceptiva serie de agradecimientos: en primer lugar, a mis directores de tesis, Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera y Carlos Gregorio Hernández Hernández, catedrático y profesor respectivamente de la Universidad CEU-San Pablo, por su continua labor de guía, asesoramiento y evaluación de esta tesis doctoral, así como por los ánimos constantes: sin ellos esta tesis doctoral no hubiera sido posible. En segundo lugar, al catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares, Antonio Manuel Moral Roncal, bajo cuya tutoría realicé mi estancia de movilidad en dicho centro académico: sus aportaciones resultaron de un valor inestimable para la culminación del presente trabajo. En tercer lugar, a un buen amigo y experto en historia militar, el comandante de artillería y doctor en Historia

⁴³ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...*op. cit.

⁴⁴ Somé Laserna, C. *La Sevilla Carlista de 1833-1840. Levantamiento y represión*. Madrid: Actas, 2014.

⁴⁵ Burgo, J. *Bibliografía del siglo...*op. cit.

Moderna, Germán Segura García, que puso generosamente sus muchos conocimientos sobre archivística y bibliografía militar a disposición del autor de este trabajo y cuyos consejos sobre temas especializados fueron de inestimable valor. En cuarto lugar, a Esperanza Carpizo Bergareche, que realizó una contribución igualmente inapreciable, al colaborar con su experiencia y conocimientos a la confección, manejo, comprobaciones y puesta en funcionamiento de la base de datos Access, complemento indispensable para completar esta investigación. En quinto lugar, otro buen amigo, Ignacio Eufemio Caballero Álvarez, al que es de rigor agradecer la ayuda prestada en la realización de la cartografía digital que complementa los contenidos de esta tesis, con unos mapas que proporcionan una información visual muy valiosa para apreciar la operatividad guerrillera carlista en España durante la Guerra de los Siete Años. Igualmente, es un deber agradecer a José Antonio Gallego García, compañero de profesión y de empeños históricos, sus consejos, entretenidas charlas y apoyos bibliográficos y documentales. Para terminar, agradecer a Juan Pedro Recio Cuesta y a Alfredo Paz Comesaña sus valiosísimas aportaciones sobre la actuación de las partidas carlistas en Extremadura y Galicia, respectivamente, con información técnica actualizada y sobre el terreno, que han resultado decisivas para perfilar y depurar importantes aspectos histórico-militares de esta investigación.

A todos ellos y por todo, gracias.

II. METODOLOGÍA

El fenómeno guerrillero es enormemente complejo, poliédrico y, además, sometido a evolución constante con el tiempo. Tal como señala Emilio de Diego (en relación a las guerrillas de la Guerra de la Independencia), se plantean una serie de problemas a la hora de encontrar una definición precisa, capaz de abarcar distintos aspectos clave, como por ejemplo, la gran variedad de grupos guerrilleros existentes, las causas que les impulsaron a combatir, la exacta adscripción social de sus miembros, la evolución seguida por las distintas guerrillas desde sus comienzos, la dimensión y funcionamiento de las mismas, sus relaciones con el ejército regular y sus mandos, así como con la población civil o su área exacta de actuación, entre otros⁴⁶.

Por lo tanto, y en la misma línea apuntada por este autor, habrá que convenir que el único elemento sustantivo común a todas las guerrillas contemporáneas es su forma de combatir, esto es, las acciones guerrilleras que llevan a cabo. Sólo éstas definen su comportamiento militar irregular, sin ningún tipo de sujeción a las leyes y cánones militares establecidos por los estados modernos. Y como se analizan en este trabajo formas de combate, se ha recurrido permanentemente a la Historia Militar, y más específicamente a los elementos clave que constituyen la ciencia militar, abordando, por tanto, el estudio histórico de las partidas guerrilleras carlistas y de sus antecedentes inmediatos desde el punto de vista de la estrategia, la táctica, la logística, el armamento, el vestuario o indumentaria idóneos, la intendencia y el reclutamiento, fundamentalmente. Serán estos criterios técnicos que rigen la ejecución de las actividades guerrilleras los que discriminarán, en última instancia, en qué consiste concreta y empíricamente el combate guerrillero, siempre dese la mencionada óptica histórico-militar.⁴⁷

Es necesario resaltar que, pese a la existencia de fuentes primarias en principio bastante prometedoras desde el punto de vista de la Historia Militar, como son los expedientes personales (especialmente los que recogen historiales militares y hojas de servicio conteniendo las campañas y acciones de guerra), sin embargo, el exhaustivo análisis de los mismos mueve a ser bastante cauto. La consulta y tratamiento de esta documentación —no siempre disponible, algo desgraciadamente no tan infrecuente como en un principio pudiera pensarse—, es un asunto arduo. Custodiada en el Archivo General Militar de Segovia (AGMS), se han analizado expedientes pertenecientes tanto a militares profesionales en activo durante el periodo cubierto por esta tesis (1820-1840), como a guerrilleros asimilados o integrados en el ejército a lo largo de los distintos conflictos del periodo, y presenta toda una serie de problemas y obstáculos.

Por ejemplo, los que mencionan García-Sanz y Ruiz Astiz en la consulta de los citados expedientes del AGMS: casos como filiaciones con errores

⁴⁶ Diego, E. *España, el infierno...* op. cit., p. 121.

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 121-122.

ortográficos, de transcripción o de signatura; solapamientos o confusiones en los nombres y apellidos; duplicidades de expedientes, o bien las lagunas importantes detectadas por los citados autores (confirmadas plenamente en esta investigación), que pueden llevar a serias dudas sobre si se ha consultado toda la documentación existente de cada uno de los individuos analizados. Y se han mencionado sólo algunos de los ejemplos que suelen darse en bastantes expedientes, sobre todo de la 1ª mitad del s. XIX, especialmente en el periodo 1839-1844⁴⁸.

Es importante destacar la dificultad añadida, bastante frecuente, de diferencias ortográficas sustanciales, especialmente en nombres no castellanos (por ejemplo, vascos: Zaratiegui/Zariategui)⁴⁹; o, caso más común, en filiaciones catalanas, para referirse a un mismo personaje. Pueden detectarse no sólo en su época, sino especialmente con el paso del tiempo transcurrido hasta el presente (piénsese que los nombres manejados para elaborar esta tesis proceden, en su gran mayoría, del siglo XIX). Como ejemplo prototípico, valga el de Josep Bossoms, alias «*el Jep dels Estanys*», al que se le han detectado las siguientes variedades ortográficas principales en cuanto a su apellido:

- Federico Suárez lo cita invariablemente como «Busóms», en su trabajo sobre los Agraviados⁵⁰.
- Torras Elías, en su libro sobre la Guerra de los Agraviados, lo transcribe como «Bosoms»⁵¹.
- En cuanto a Pirala, en su ya clásica obra sobre las guerras carlistas y las luchas civiles del siglo XIX, se refiere siempre a este importante cabecilla malcontent (al que menciona profusamente), como «Busons»⁵².
- Por su parte, Melchor Ferrer en su enciclopédica obra histórica sobre el tradicionalismo español, alude a Josep Bo como «Bussons»⁵³.
- Historiadores catalanes actuales (en especial José María Mundet i Gifré, Ramón Arnabat Mata, pero también Pere Anguera, Josep M.^a Sans Puig), en sus escritos —fundamentalmente, en los redactados en catalán—, lo mencionan siempre como «Bossoms»⁵⁴.

⁴⁸ García-Sanz Marcotegui, A.; Ruiz Astiz, J. *Militares carlistas navarros (1833-1849)*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra, 2017, pp. 29-30, y 39.

⁴⁹ La forma «Zaratiegui» es como figura en la mayoría de la bibliografía, por ejemplo, en la biografía que él mismo dedica a Zumalacárregui: Zaratiegui y Celigüeta, J.A. *Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacárregui*. Madrid: Sarpe, 1986. Para la variación ortográfica «Zariategui», ver el expediente personal del teniente general de Infantería Juan Antonio Zariategui y Celigüeta, AGMS, 1/ Z-87.

⁵⁰ Suárez, F. *Documentos del reinado...* op. cit., vol. I, pp. 65, 67 y 78.

⁵¹ Para no resultar excesivamente insistente o prolijo, ver por ejemplo en Torras Elías, J. *La guerra de...* op. cit., p. 84.

⁵² Tal y como se puede comprobar, entre otras páginas, en Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 62, 67, 80, 86 y 101.

⁵³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, pp. 160 y 165.

⁵⁴ Sin ánimo de exhaustividad, sirva como ejemplo el trabajo de Arnabat, dedicado al levantamiento de los agraviados catalanes, donde se cita a este personaje con bastante frecuencia: Arnabat, R. «Notes sobre l'aixecament... op. cit., pp. 110-119.

- Por último, en cuanto a su expediente personal del AGMS, donde consta su graduación de coronel del Ejército español (presuntamente con licencia ilimitada ya que no consta destino alguno), figura a nombre de «José Bossoms» (AGMS, 1/B-3593).

Finalmente, y sin ánimo de exhaustividad, aportar los casos del guerrillero carlista catalán «*El Bep de l'Oli*» (veterano de las Guerras Realista y de los *Malcontents*), citado en un mismo trabajo y además por investigadores catalanes, de dos formas distintas: Josep Pons Viladós/Viladas, indistintamente, o el de uno de los principales cabecillas de la Revuelta de los *Agraviats* catalanes, Agustín Saperes, alias «*Carago*» (al que suele denominar Saperes la mayoría de la historiografía del periodo, por ejemplo, Pirala, tal como aparece en su expediente militar), pero que también figura en algún caso como «Saperas»⁵⁵.

En relación también con las mencionadas insuficiencias, inexactitudes y problemas de los expedientes personales del AGMS (incrementados más aun en los casos de guerrilleros), Antonio Moliner Prada ha reflexionado sobre la dificultad de reconstruir con cierta veracidad las actuaciones guerrilleras, perfiles biográficos y cualesquiera otros datos sobre los combatientes irregulares, al menos en el periodo correspondiente a la primera mitad del siglo XIX en España. Afirma este historiador que, en su gran mayoría y salvo casos aislados, como el bien conocido de Espoz y Mina, el fenómeno guerrillero —por evidentes razones consustanciales a la naturaleza básica del combate irregular, que requiere del sigilo, la sorpresa y operar siempre en la sombra— es ágrafo. Efectivamente, en general, no dejaron ni escritos particulares, por ejemplo, epistolares, ni memorias y apenas rastros de su actuación militar (tal como hacen los ejércitos en los diarios de operaciones y partes de incidencias)⁵⁶.

Aquí resulta especialmente de lamentar lo escueto e incompleto —cuando no directamente producto de “purificaciones”, purgas, depuraciones, represalias o destrucciones intencionadas— de las informaciones relativas al historial militar y hoja de servicios (con las acciones de guerra) de la gran mayoría de los guerrilleros activos en el periodo de estudio: piénsese en las guerras Realista, de los “*Malcontents*”, y, especialmente, la Primera Guerra Carlista. Y todo ello por no mencionar las “carlistadas” de entreguerras. Ésta es una problemática plenamente comprobada por el autor de este trabajo —que la ha sufrido por extenso —, con la consiguiente frustración de expectativas en cuanto a los resultados de una fuente primaria, en principio prometedora y de consulta obvia e inexcusable.

Siempre tratando de superar las expuestas dificultades documentales respecto al estudio del fenómeno guerrillero, se ha procurado analizar, además, un amplio abanico de otro tipo de fuentes primarias: las hemerográficas

⁵⁵ Gallart Fernández, F. y Lladonosa Giró, V. “Josep Pons Viladas, el Bep de l'Oli (1803-1860)”, *URTX: revista cultural de l'Urgell*, nº 30, 2016, pp. 132-146. Para la cita de Pirala, ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, p. 327. Expediente personal del coronel de infantería Agustín Saperes: AGMS, 1ª/S-1193. En cuanto a lo de “Saperas”, ver, por ejemplo, Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 269.

⁵⁶ Moliner Prada, A. “El fenómeno guerrillero”. En Moliner Prada, A. (ed.). *La Guerra de...* op. cit., p. 137.

(especialmente, la prensa de la época), archivos judiciales, colecciones legislativas de los reinados de Fernando VII, regencias e Isabel II o Galería Militar Contemporánea, junto con fuentes secundarias especializadas, como las enumeradas en el apartado bibliográfico del estado de la cuestión.

Por otro lado, además de utilizar para la realización de este trabajo la metodología propia de la Historia Militar, anteriormente descrita, se ha diseñado como herramienta de apoyo una base de datos que fuese lo más precisa posible y fácil de manipular. A este respecto ha sido muy útil como guía y material de consulta para elaborar el trabajo del profesor de la Universidad Pompeu Fabra, Lluís Codina⁵⁷. En él se aconsejaba el uso del programa Microsoft Office Access, por su disponibilidad y (relativamente) fácil sistema de trabajo y operatividad, por lo que se eligió este programa para su confección. También se tuvo en cuenta su flexibilidad y capacidad de adaptación a la evolución y marcha de las investigaciones, las cuales permiten ir cubriendo y resolviendo cuantas lagunas, faltas de información, inexactitudes o correcciones sean precisas, motivadas por la posible aparición de nueva documentación o rectificaciones a lo largo del proceso. Con este sistema informático se pretendía responder inicialmente, al menos, a tres tipos de cuestiones fundamentales con respecto a las guerrillas carlistas:

- 1- El tema numérico de la cantidad: ¿Cuántas partidas guerrilleras existieron? ¿Cuántos combatientes tuvieron de promedio? ¿Cuál es el número aproximado de guerrilleros carlistas que combatieron durante toda la Guerra de los Siete Años? También, se pretende obtener una localización geográfica —lo más exacta posible— de las citadas guerrillas (región de origen y zona de actuación), como principales cuestiones de interés.
- 2- La organización y composición de las partidas: base social elemental de las mismas; funciones especializadas dentro de las partidas (jefes, lugartenientes, subalternos, tipos de combatientes —por ejemplo, especialistas en armamento o en los explosivos utilizados—; áreas de adscripción, precedentes, que permitan elaborar un cierto perfil guerrillero, especialmente de la figura clave y central de los jefes guerrilleros.
- 3- La actividad guerrillera, que permitirá saber cuáles son las acciones guerrilleras más comunes y frecuentes; su evolución operativa y tiempo de actividad bélica; permanencia a lo largo del periodo analizado (1820-1840); frecuencia de sus operaciones; principales teatros de las mismas y su posible interacción con unidades regulares de los ejércitos carlistas: por ejemplo, los que actuaron en el Norte, Maestrazgo y Cataluña durante la Primera Guerra Carlista, o bien con las distintas expediciones militares

⁵⁷ Codina Bonilla, L.: "Sistemas de Gestión de Bases de Datos Documentales: Características Principales y Metodología de Diseño", en <https://www.lluiscodina.com/wp-content/uploads/2015/07/bases-de-datos-documentales-2015.pdf> [Consultado el 15-07-2017]

—especialmente, las dos más importantes: la del general Gómez y la Expedición Real—.

Asimismo, son también cuestiones de interés para definir lo más exactamente posible el complejo fenómeno de las guerrillas del periodo las siguientes: ¿Qué ocurría con las guerrillas carlistas en el plano nacional durante todo el periodo de operaciones bélicas entre 1833-1840 (análisis de algún tipo de planificación centralizada, conexiones, ayudas entre ellas, incidencia de las expediciones en partidas concretas —por ejemplo, la interesante cuestión de cómo influyeron los “rezagados”, “extraviados” y “dispersos” en las partidas de los lugares por donde pasaron dichas expediciones— ?, ¿Qué relación de coordinación o subordinación tuvieron las acciones guerrilleras carlistas con las campañas bélicas legitimistas, obviamente, de mayor envergadura militar?, ¿Por qué variaban las circunstancias entre las distintas regiones donde se actuaron las partidas, prácticamente, toda la Península?

Además, se espera poder aportar la mayor cantidad posible de elementos de juicio, fundamentados y cuantificados en base a fuentes primarias existentes sobre esta guerra irregular; también a las aportaciones de esta tesis (por ejemplo, los resultados, tablas y gráficos confeccionados a partir de la base de datos Access y la tabla de Excel, confeccionadas como apoyo de la investigación), con vistas a influir en el debate histórico-militar sobre las partidas que, según Manuel Santirso Rodríguez, por supuesto, «no se zanjará de una sola vez ni con idéntico dictamen para todos los casos»⁵⁸. Según este autor, para resolver las incógnitas generadas por el estudio militar de las guerrillas del periodo, habrá que superar y trascender el mero plano táctico y conjugarlo con el estratégico. Igualmente, afirma que sería de interés insertar a los guerrilleros decimonónicos aquí analizados (y a otros posteriores, entre ellos, por sus conexiones históricas con aquellos, cabe mencionar, especialmente, a la resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, más conocida como maquis), en redes más amplias, nacionales y, sobre todo, internacionales⁵⁹.

Para construir la citada base de datos Access se han creado una serie de campos clave en dos tablas (Guerrilleros y Acciones Guerrilleras), con los que se ha pretendido analizar y describir lo más exactamente posible las características militares definitorias de las guerrillas carlistas, sus métodos de actuación, las bajas propias y las causadas al enemigo, las principales partidas guerrilleras y sus nombres, junto con sus jefes, estructura, composición y componentes, la tipología de las acciones guerrilleras carlistas, sus zonas de origen y de actuación (que abarcó casi toda la geografía española), así como su evolución a lo largo de los distintas fases investigadas de la Primera Guerra Carlista.

⁵⁸ Santirso Rodríguez, M. “Prólogo” en Caridad Salvador, A. *El ejército y...op. cit.*, p. 12.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 12. Para la referencia a la resistencia armada antifranquista o maquis y sus conexiones históricas decimonónicas, ver Aróstegui, J.; Marco, J. “Introducción”. En Aróstegui, J.; Marco, J. (eds.). *El último frente: la resistencia armada antifranquista en España (1939-1952)*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2008, p. 8.

La tabla “Guerrilleros” contiene unos campos con los que se intenta delimitar la identidad personal y social de los combatientes irregulares del periodo (filiación individual, origen familiar, clase social, grupo profesional), así como su experiencia militar (por ejemplo, el tener graduación militar), y los datos que corroboren su pertenencia a una partida en concreto: nombre de dicha unidad combatiente y puesto concreto que ocupaba dentro de ella —lo que a su vez, debería posibilitar realizar un inventario lo más exhaustivo posible sobre él número y el tipo de partidas guerrilleras registradas—.

Por su parte, la tabla “Acciones guerrilleras” pretende reconstruir lo más minuciosamente posible el combate guerrillero —con campos referidos a su ubicación geográfica concreta (localidad, paraje, comarca, provincia y región de la misma), detalles del tipo de acción (sabotaje, requisa, golpe de mano, emboscada, represalia, combinación de ellas), con la idea de contrastar la teoría o doctrina historiográfica militar existente hasta ahora, confirmándola o rectificándola según el caso. Evidentemente, los ya enumerados problemas suscitados con una de las fuentes principales que debían alimentar esta tabla (los expedientes personales, con sus respectivos historiales militares de acciones de guerra), han influido negativamente, resultando en un pobre y escaso bagaje de información de este importante apartado de las acciones guerrilleras, que han debido documentarse y completarse con otro tipo de fuentes, principalmente, estudios regionales y locales sobre la actuación de las guerrillas carlistas entre 1833-1840 y también la hemerografía del periodo.

No obstante, la base de datos, complementada con una sencilla tabla elaborada con el programa Microsoft Office Excel —donde se registran las partidas legitimistas operativas y sus miembros durante la Primera Guerra Carlista, año por año, con el objetivo de obtener la cuantificación numérica del total de guerrillas y guerrilleros, así como su distribución geográfica por todo el territorio nacional—, han supuesto un importante elemento de ayuda, y contraste de información, para la elaboración de los correspondientes mapas que recogen, anualmente, las principales zonas de actuación de las guerrillas carlistas en España durante dicho conflicto bélico.

Con respecto a la confección y mecánica de funcionamiento de la base de datos Access, se han utilizado como referencia en la creación de los distintos campos de las dos tablas mencionadas, en primer lugar, los trabajos de Ronald Fraser y de Charles Esdaile, que son, cuantitativamente, las bases de datos más completas sobre las guerrillas de la Guerra de la Independencia publicadas hasta ahora (además de las únicas existentes, actualmente, sobre las guerrillas españolas contemporáneas, al menos hasta donde le consta al autor de esta tesis doctoral). Fraser reunió los registros de un total de 748 guerrilleros para su trabajo sobre una historia social de la Guerra de la Independencia. Como información a destacar, en esta base de datos se recoge el tipo de partida al que pertenecían los citados guerrilleros (curso terrestre, cruzada u otro de tipo de grupos no reconocidos por las autoridades patriotas), la clase social a la que pertenecían o la profesión que ejercían antes del inicio de la guerra. Su análisis

sociológico identifica hasta 333 jefes de partida o cabecillas de los 748 antes mencionados⁶⁰.

Por su parte, la base de datos elaborada por Charles Esdaile y Leonor Hernández Enviz reunió un total de 3024 registros de guerrilleros⁶¹. De ellos, se expone su estatus dentro de cada partida (campo que se utiliza en la base de datos que complementa este trabajo): 656 eran jefes de partida, 39 lugartenientes, 2135 simples «subalternos» —combatientes—, junto a un pequeño grupo denominados «colaboradores» y «de función desconocida». Esdaile recalca el hecho de la existencia de 829 guerrilleros de los que apenas se conoce el nombre y nada más. Asimismo, en esta base de datos se identifican un total de 656 partidas guerrilleras, entre las que Esdaile advierte que se han incluido no sólo las bandas de irregulares que contempla la historiografía tradicional, sino que también se recogen cualesquiera otras fuerzas independientes de hombres en armas (incluyendo grupos de civiles armados asociados para combatir a los franceses), unidades de voluntarios y de conscriptos reclutadas en apoyo del ejército regular español⁶².

Este autor pensó excluir inicialmente a las fuerzas locales de autoprotección popular (somatenes y *miquelets* en Cataluña o las alarmas gallegas y asturianas), así como lo que él denomina «unidades de las fuerzas armadas regulares, incluyendo muchos nuevos voluntarios y unidades de conscriptos alistados a partir de 1808», y, obviamente, que practicasen la guerra de guerrillas, con la finalidad de centrarse exclusivamente en lo que Esdaile denomina «verdaderas guerrillas», esto es, las conformadas por civiles armados. Sin embargo, acabó desechando esta idea, para incluir a todo tipo de combatientes que practicasen la guerra irregular en la Guerra de la Independencia⁶³.

Asimismo, también se han empleado como referencia los distintos campos de los registros o fichas personalizadas, utilizados por el catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Pública de Navarra, Ángel García-Sanz Marcotegui, y el historiador Javier Ruiz Astiz, para elaborar su análisis prosopográfico de los militares carlistas navarros del periodo 1833-1849⁶⁴. De especial interés y utilidad para la base de datos Access, empleada para complementar de este trabajo, ha sido tomar como referencia el apartado sobre antecedentes militares, reflejado en el mencionado libro, para a partir de ellos elaborar el campo, “graduación militar” en la tabla “Guerrilleros”: sirve para consignar aquí la fecha y la graduación que ostenta cada guerrillero, caso de

⁶⁰ Ver Fraser, R. “Identidades sociales desconocidas. Las guerrillas españolas en la Guerra de la Independencia”, *Historia Social*, nº 46, 2003, pp. 3-23. Según el propio autor, esta base de datos fue publicada, posteriormente, completa y junto a los resultados derivados de ella en su libro *La maldita guerra de España. Historia Social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Barcelona: Crítica, 2006, Apéndice 4, pp. 793-812.

⁶¹ Esdaile, C.; Hernández Enviz, L. “The Anatomy of a Research Project: The Sociology of the Guerrilla War in Spain, 1808-14”. En Esdaile, C. (ed.), *Popular Resistance in the French Wars. Patriots, Partisans and Land Pirates*. New York: Palgrave Macmillan, 2005, pp. 115-136.

⁶² *Ibidem*, pp. 124-125.

⁶³ *Ibidem*, p. 121.

⁶⁴ García-Sanz Marcotegui, A.; Ruiz Astiz, J. *Militares carlistas navarros...* op. cit., pp. 33-37.

tenerla, desde el inicio de su actividad bélica (utilizando para ellos los expedientes personales, cuando existan, y también las fuentes bibliográficas), información esta que debe permitir ver la experiencia militar previa, junto a la evolución operativa de cada combatiente a lo largo de la Primera Guerra Carlista⁶⁵.

Por último, también se ha tenido en cuenta a la hora de la cuantificación y extracción de la información recopilada en esta tesis sobre los guerrilleros y partidas guerrilleras carlistas, la base de datos elaborada por Nuria Sauch Cruz. Utilizando la nada desdeñable cifra de 2.630 combatientes carlistas (y su posible participación en la campaña realista y la Guerra de los *Malcontents*), y a partir de información sobre su filiación, origen geográfico, procedencia social y profesional, junto a campos como «diversos», «petición indulto» y «larga duración», recoge una serie de datos relevantes sobre estas guerrillas legitimistas: ver descripción de campos, detalles y conclusiones sobre el perfil guerrillero en N. Sauch Cruz, 2004, pp. 407-413⁶⁶.

En cuanto a las principales fuentes documentales generalistas de esta investigación sobre las guerrillas carlistas, se destacarán las siguientes: la serie histórica del Archivo General de Palacio, con fondos referentes a las actividades bélicas carlistas durante los años iniciales de la primera guerra civil; la Biblioteca Nacional de España y el Archivo Histórico Nacional, donde existe documentación sobre las guerras carlistas en la sección de Estado.

Dada la naturaleza eminentemente especializada (de carácter histórico-militar del tema de esta tesis doctoral), resulta imprescindible la consulta de dos departamentos del Ministerio de Defensa: la Red de Bibliotecas de Defensa (RBD), así como del Centro de Documentación de Defensa (CDoc). Todo el abundante material depositado en estas dependencias oficiales es susceptible de acceso libre y de consulta para todos los ciudadanos e instituciones interesados en estos temas, sobre todo en el ámbito profesional, académico y de investigación, con la ventaja añadida de encontrarse digitalizado en gran parte. Dentro del amplio material bibliográfico y archivístico del citado ministerio, es necesario destacar, especialmente, el que atesora el Instituto de Historia y Cultura Militar (antiguo Servicio Histórico Militar), del cual dependen la Biblioteca Central Militar y el Archivo Histórico Militar de Madrid, en los cuales es posible localizar gran cantidad de fuentes para el estudio de la historia militar de las guerrillas carlistas. Evidentemente, su minuciosa y frecuente consulta y manejo han sido indispensables para la elaboración de este trabajo.

Debe subrayarse la importancia de la ya referida documentación histórico-militar depositada en el AGMS. Entre otras fuentes documentales especialmente relevantes, es necesario volver a recalcar que en este archivo militar se

⁶⁵ *Ibidem*, p. 33.

⁶⁶ La base de datos que incluye la relación nominal de los mencionados 2.630 combatientes carlistas (fundamentalmente del sur de Cataluña y norte de la Comunidad Valenciana), con todos los campos descritos, se puede consultar en el Apéndice número 8.1 de la obra de Sauch Cruz, N. *Absolutistes i liberals a las Terres de l'Ebre i al Maestrat (1820-1844)*. Tesis doctoral dirigida por María Teresa Martínez de Sas, Universidad de Barcelona, Barcelona: 2002, pp. 595-713.

conservan casi todos los expedientes personales (hojas de servicio) de los militares implicados en las guerras aquí analizadas, junto a buena parte de otra documentación de interés, como pueden ser las causas incoadas a los profesionales de la milicia implicados en insurrecciones armadas o “carlistadas”. Tampoco debe olvidarse que algunos destacados jefes guerrilleros (especialmente los que participaron en conflictos bélicos como los de la Independencia, la Guerra Realista, e incluso también, en la Primera Guerra Carlista), acabaron integrados en el ejército, con empleos militares de oficiales, jefes, e incluso generales, por lo que disponen de los preceptivos expedientes personales, aunque en muchos casos fragmentados e incompletos, cuando no directamente purgados o depurados.

Igualmente, existen varias revistas españolas dedicadas a la Historia Militar, con especial atención a la España Contemporánea, que suelen publicar con cierta frecuencia artículos referentes a las guerras carlistas, e incluso algunos sobre las guerrillas de ese periodo (pese a que, de largo, el tema guerrillero predominante es el referido a la resistencia armada antifranquista — conocida como Maquis—, seguido de cerca por las partidas guerrilleras de la Guerra de la Independencia). Entre ellas, destacan *Militaria Revista de Cultura Militar*, *Revista de Historia Militar*, *Revista Ejército*, *Ares Enyalius* y *Desperta Ferro Historia Moderna* (debe tenerse cuenta que, desde el punto de vista estrictamente histórico-militar, el siglo XIX se considera Historia Moderna).

III. TEORÍA DE LA GUERRA DE GUERRILLAS

La guerra es un complejo fenómeno histórico-social, que aparece al constituirse las primeras sociedades humanas organizadas, aproximadamente en torno al 3.000 a.C. (Calcolítico Inicial/Final). Según Fernando Quesada Sanz, en periodos anteriores a este no cabría hablar de guerras sensu stricto. Y ello porque las sociedades humanas adolecían de una estructuración social precaria y débil, además de no existir excedentes de producción que, según Quesada, es una de las causas principales que permitieron la aparición de los ejércitos⁶⁷. En el mismo sentido se pronuncia Juan Carlos Losada Malvárez, que defiende que la guerra ha sido un auténtico motor acelerador y multiplicador de los procesos históricos, señalando a la aparición de los ejércitos estatales como uno de los principales factores civilizadores⁶⁸.

Según Martín Almagro Gorbea, en el Calcolítico se documenta la aparición de una primera organización guerrera sistemática, como se demuestra por la aparición de fortificaciones, y, por tanto, la guerra pasa a centrar las principales preocupaciones y absorber las mayores energías de las sociedades humanas. Esta actividad guerrera, cada vez más especializada, aumenta en la Edad del Bronce, cuando la guerra se institucionaliza en el campo social e ideológico, hasta alcanzar su última evolución durante el periodo del Hierro, y finalizar dicho proceso con los conflictos bélicos de los grandes imperios de la Antigüedad⁶⁹. Por lo tanto, la guerra de guerrillas, forma típica de guerra irregular, se habría venido practicando desde tiempos remotos, estando ya suficientemente documentada en plena Antigüedad. Tal como señala Walter Laqueur en su artículo sobre los orígenes de la doctrina en torno a la guerrilla, este tipo de guerra irregular, por razones obvias, sería anterior a la guerra entre los ejércitos regulares⁷⁰.

La guerra de guerrillas ha sido siempre una forma de resistencia y combate característica del bando débil militarmente frente a un enemigo más poderoso. Y tal como recuerda Federico Aznar Fernández-Montesinos, las grandes epopeyas bélicas las han protagonizado los aparentemente inferiores: por ejemplo, si David pudo vencer a Goliat fue porque decidió dónde, cómo y cuándo combatir, y también porque, en algunos planos de enfrentamiento, era

⁶⁷ Quesada Sanz, F. "La guerra con arma blanca". En Artola, Miguel (ed.), *Historia de Europa*. Madrid: Colegio Libre de Eméritos y Espasa Calpe, 2007, pp. 681-776.

⁶⁸ Losada Malvárez, J.C. *De la honda a los drones. la guerra como motor de la historia*. Barcelona: Pasado y Presente, 2014, pp. 39-67.

⁶⁹ Almagro Gorbea, M. "Introducción". En Almagro Gorbea, M. (coord.), *I. Prehistoria y Antigüedad*. En O'Donnell y Duque de Estrada, H. (dir.), *Historia Militar de España*. Madrid: Ediciones del Laberinto y Ministerio de Defensa, 2009, pp. 16-17.

⁷⁰ Por simple deducción lógica y coherencia interna argumental, resulta consistente pensar que al requerir la guerra irregular mucha menos organización, estructura, medios materiales y humanos, así como menor desarrollo de la ciencia militar que la guerra regular, la primera tuvo que ser forzosamente anterior a la segunda. Ver Laqueur, W. "The Origins of Guerrilla Doctrine". En *Journal of Contemporary History*, vol. 10, nº 3, julio, 1975, p. 341.

más fuerte que él y lo sabía, siempre según este mismo autor⁷¹. Por eso tomó la decisión final de luchar. La Historia está plagada de ejemplos de estados muy poderosos económica y militarmente, que fueron derrotados por enemigos teóricamente más débiles pero que supieron hacer un uso más eficaz del poder militar. Efectivamente, no siempre se cumple inexorablemente la lógica bélica de que la victoria militar cae siempre del lado del que ostenta la superioridad tecnológica, material y humana: grandes ejércitos de todo el mundo, desde la Antigüedad hasta hoy en día, han sido incapaces de derrotar a combatientes inferiores a ellos pero que utilizaron eficientemente la guerra de guerrillas⁷².

Las guerrillas del mundo contemporáneo, concretamente las de la España decimonónica, suponen un nuevo concepto de combate guerrillero, identificable de algún modo con la idea del “pueblo en armas”. Se trataría de una forma de guerra irregular como estrategia civil de resistencia armada moderna. Como señala Antonio Moliner Prada, la novedad de este tipo de guerra no reside tanto en su concepción teórica-doctrinal o en sus formas de combate, sino en el contexto en el que ésta se produce. Es decir, surge en un marco histórico como el europeo de inicios de la contemporaneidad, dominado por las grandes convulsiones políticas, económicas y sociales debidas a la crisis del Antiguo Régimen, la irrupción del liberalismo y las grandes fricciones provocadas por la dinámica revolución/contrarrevolución. A todo ello hay que sumarle el efecto multiplicador que supusieron las terribles devastaciones que sufrió el continente por las guerras de la Francia revolucionaria y luego las napoleónicas⁷³.

Tampoco debe olvidarse, tal como recuerda Aznar, que las guerrillas decimonónicas se van a enfrentar a Estados contemporáneos, muchos más poderosos que los anteriores, capaces de emplear herramientas proporcionadas por cambios históricos paradigmáticos y trascendentales (esencialmente, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial y de los transportes), tales como las guerras industriales o grandes ejércitos de masas, altamente tecnificados, especializados y burocratizados; estructuras políticas, económicas y sociales complejas, constituyendo así verdaderas máquinas de guerra con el poder de reconvertir cualquier actividad y recurso social para su uso en la guerra —por ejemplo, la economía de guerra—; en definitiva, se trata de Estados capaces de impulsar, movilizar e implicar a toda la nación en el esfuerzo bélico. Es la verdadera guerra total a la que hacía referencia el general y político alemán Erich Ludendorff⁷⁴.

⁷¹ Aznar Fernández-Montesinos, F. *Entender la guerra en el siglo XXI*. Madrid: Ministerio de Defensa-Editorial Complutense, 2011, p.154.

⁷² A este tema está dedicado el libro de Boot, M. *Invisible Armies. An Epic History of Guerrilla Warfare from Ancient Times to the Present*. New York & London: WW Norton & Company, 2013.

⁷³ Moliner Prada, A. “El fenómeno guerrillero...op. cit., p. 125.

⁷⁴ Para profundizar en este tema, se puede consultar el exhaustivo análisis que realiza Federico Aznar sobre las generaciones de las guerras (concretamente, las Guerras de Segunda Generación), basado en trabajos como el de Lind, W.S.; Nightengale, K.; Schmitt, J.F.; Sutton, J.W. y Wilson, G.I. “The Changing Face of War: Into the Fourth Generation”. *Marine Corps Gazette*, October 1989, pp. 22-26. En Aznar Fernández-Montesinos, F. *Entender la guerra...op. cit.*, pp. 127-143.

Todo ello produjo este tipo nuevo de guerrillas, cuya práctica generalizada y gran extensión espaciotemporal en el caso español, le dio una dimensión excepcional como forma particular y extrema de resistencia insurgente. En ese sentido inciden tanto Emilio de Diego como Ronald Fraser (en su ya mencionado trabajo sobre la Historia Social del mencionado conflicto armado), al defender que lo realmente específico y único de las guerrillas durante la guerra contra Napoleón fueron las extraordinarias dimensiones de la lucha guerrillera. Así, no fue su originalidad el elemento a destacar, sino su gran extensión social y geográfica, así como su práctica a gran escala. Para los dos historiadores mencionados, habría sido la primera vez en la historia que las guerrillas se convertían en una forma de resistencia armada extendida a toda una nación de forma global y total, y para el bando patriota en un derecho legítimo a la autodefensa frente a una agresión exterior⁷⁵.

Existen una serie de conflictos bélicos de la Ilustración en los que las partidas de paisanos armados jugaron un papel clave: la Guerra de Sucesión Española, especialmente en Cataluña⁷⁶, la revuelta de los “*camisards*” y la

⁷⁵ Ver Diego, E. *España, el infierno...* op. cit., p. 119, y Fraser, R. *Las dos guerras de España*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 128.

⁷⁶ En la Guerra de Sucesión española, a raíz de la primera entrada del archiduque Carlos de Habsburgo en Madrid (28 septiembre de 1710), comienzan a actuar los dos destacamentos castellanos comandados por José Vallejo y Feliciano Bracamonte, cuya forma de combatir se ajustó perfectamente a lo que deben ser unas guerrillas: amplia autonomía de actuación, perfecto conocimiento del terreno de operaciones, improvisación de todo tipo de añagazas, tretas e intrépidos recursos frente a tropas regulares muchos más numerosas y mejor armadas que las suyas (emboscadas, asaltos nocturnos, golpes de mano), gran movilidad, alentando continuamente la resistencia de la población civil al invasor; así, también interceptaron mensajeros y suministros de los austracistas, interrumpiendo y llegando a bloquear las vías de comunicación enemigas con su retaguardia, provocando de este modo su desmoralización y retirada paulatina. En Martín Gaité, C. *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento*. Madrid: Espasa Calpe, 1999, pp. 186-187. También se produjo una intensa actividad guerrillera, especialmente en la fase final de esta guerra dentro del teatro de operaciones catalán, a cargo de somatenes y *miquelets* (instituciones que se analizan en el epígrafe 5.7 de esta tesis, correspondiente a estas dos milicias catalanas, propias de la guerra irregular). Además, deben mencionarse los “*carrasquets*” o “*carrasclets*” del Principado: tras la victoria de Felipe V en 1714, concretamente durante la llamada Guerra de la Cuádruple Alianza (1718-1720), se registró un movimiento austracista o antiborbónico residual en algunas comarcas de Cataluña — especialmente en el Priorato tarraconense y en localidades del Bajo Llobregat, como Sant Boi de Llobregat o Molins de Rei—, que se canalizó en forma de lucha guerrillera. Fueron, fundamentalmente, veteranos combatientes austracistas del conflicto sucesorio, contrarios, igualmente, a las cargas que supusieron las nuevas imposiciones fiscales aplicadas en Cataluña a raíz del Decreto de Nueva Planta, por lo que huyeron a las montañas y se acabaron integrando en unidades de *miquelets*. Hubo gente de todos los pueblos de la mencionada zona, y según algunas fuentes, llegaron a formar dos o tres regimientos. Las fuentes insisten en la dureza de las actuaciones protagonizadas por parte de estos “*carrasclets*”, pese a constituir episodios marginales o flecos de la Guerra de Sucesión Española. Entre estos guerrilleros catalanes, cabe destacar a Pere Joan Barceló, conocido con el apodo de «*Carrasquet*» o «*Carrasclet*» (1682-1743), que había estado encuadrado en compañías de *miquelets* durante el conflicto sucesorio hispánico; fue, sin duda, el líder guerrillero más relevante del periodo 1718-1720, cuando se produjo la invasión francesa en el marco de la mencionada Guerra de la Cuádruple Alianza. La información sobre los “*carrasquets*” o “*carrasclets*” catalanes está tomada de Sallés Vilaseca, N. “La invasión francesa y la guerrilla austracista”. En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 39, abril-mayo 2019, pp. 50-55, así como de *Guerrilles al Baix Llobregat. Els "carrasquets" del segle XVIII, i els carlins i els republicans del segle XIX*. Barcelona: Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1986, passim.

rebelión en Córcega contra Génova y luego Francia (1729-1769); más próximas todavía al periodo de la Guerra de la Independencia, tanto temporalmente como geográfica y militarmente —conflicto al que se considera en este trabajo como punto de inicio, verdadero hito y caldo de cultivo de todas las guerrillas modernas de la contemporaneidad, ver capítulo V de esta tesis—, hay que considerar otras guerras que condicionaron fuertemente la percepción y características de las guerrillas entre 1808 y 1814: se trata de la guerra de la Convención (1793-1795), la guerra de la Vendée (1793-1796), el conflicto armado de los Chuanes (1794-1800), la insurrección de las guerrillas tirolesas —lideradas por Andreas Hofer y sus “schützen”, Josef Speckbacher y el monje capuchino Haspinger (1790-1809)—⁷⁷, y la insurgencia calabresa de 1799, ambas contra los ejércitos ocupantes de Napoleón. Todos ellos pueden considerarse como antecedentes directos de las formas del combate irregular moderno, protagonizadas por los grandes contingentes de civiles armados de las guerrillas decimonónicas⁷⁸.

La Guerra del Rosellón (nombre que recibe la Guerra de la Convención en su frente más importante y activo, que abarcó el Rosellón francés y el norte de Cataluña), no puede considerarse como una guerra más del Antiguo Régimen, entre dos ejércitos regulares. El hecho de que las tropas profesionales recibiesen el apoyo de unidades de las militarizadas milicias y, sobre todo, de somatenes y “*miquelets*” — que adquirieron un gran protagonismo en la intensa guerra de guerrillas practicada en los territorios catalanes invadidos por los franceses—, transformó esta guerra en un conflicto bélico moderno, plenamente identificable con la contemporaneidad. Las autoridades civiles recurrieron a la movilización popular en apoyo del ejército mediante la incorporación de civiles armados. Para ello, la administración civil (justicias) y eclesiástica (sacerdotes y párrocos de aldeas) actuaron de natural y fácil correa transmisora de este mandato⁷⁹.

⁷⁷ Martínez Laínez F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., p. 202.

⁷⁸ Ver Carrasco Álvarez, A. *La guerra interminable...* op. cit., pp. 43-44, y Fraser, R. *Las dos guerras...* op. cit., pp. 127-128.

⁷⁹ La Guerra de la Convención fue una de las consecuencias del estallido social y político generado por la Revolución Francesa de 1789, provocando la alarma de los países europeos. En España, además, produjo bruscos cambios en la tradicional alianza hispanofrancesa sostenida a lo largo del siglo XVIII, necesaria para frenar el creciente expansionismo británico. Así, la Monarquía Española entró a formar parte de la primera coalición europea contra la naciente república francesa. La Guerra contra la Convención o Guerra de los Pirineos se inserta en la lucha general contra la Francia revolucionaria y tuvo como escenarios principales el Rosellón y Cataluña (de ahí la denominación, también, de Guerra del Rosellón), aunque hubo, asimismo, operaciones militares menores en el Pirineo aragonés y vasco navarro. En el frente catalán, el general Ricardos consiguió en un primer momento invadir el Rosellón en abril de 1793, con un ejército de cerca de treinta mil hombres, derrotando a las tropas francesas en Mas Deu y tomando las plazas fuertes fronterizas galas. Sin embargo, las operaciones de cerco sobre Perpiñán fracasaron y los republicanos, pese a ser vencidos en Trouillas, obligaron al ejército español a replegarse al sur del río Tech y a atrincherarse en Le Boulou. Aquí se sucedieron ofensivas y contraofensivas durante los últimos meses de 1793, manteniendo sus posiciones los españoles, lo que hizo fracasar los intentos franceses de llevar la guerra al Ampurdán. Pero en la campaña de 1794, muerto Ricardos y reforzado poderosamente el ejército republicano, las líneas hispanas se derrumbaron y se perdieron las plazas fortificadas que controlaban los pasos al Ampurdán. En noviembre de 1794 los franceses atacaron la línea defensiva de Figueras, derrotando al ejército español en la batalla del Roure, que provocó la rendición de la fortaleza de

A continuación, se expondrán las teorías que sobre la guerra de guerrillas elaboraron los principales teóricos y estudiosos del fenómeno histórico bélico (algunos de ellos, militares profesionales o que combatieron en grandes conflictos de la contemporaneidad, como las Guerras Napoleónicas o la Gran Guerra), pudiendo considerarse en su mayoría —Clausewitz, Jomini, Lawrence y Carl Schmitt— como doctrina clásica de esta faceta bélica.

San Fernando, sin intentar siquiera la defensa. El descalabro español se suplió en parte con el levantamiento en masa de los somatenes y los *miquelets* catalanes, de forma que la invasión francesa pudo ser contenida en el río Fluviá (comienzos de 1795) y se inició así una efectiva y dura guerra de guerrillas. Si en Cataluña las fuerzas españolas consiguieron reponerse con el importante concurso de los citados somatenes y *miquelets*, en el frente vasco-navarro los ejércitos franceses llegaron a ocupar Vitoria y Bilbao antes de firmarse la paz de Basilea (julio de 1795), volviendo España la alianza con Francia (Tratado de San Ildefonso, 1796). En la Guerra de los Pirineos el ejército español logró importantes éxitos en la primera parte del conflicto, donde los combates fueron más técnicos y las fuerzas estuvieron equilibradas. Luego, la República Francesa puso en juego la recluta en masa de un ejército ciudadano, imbuido de un gran fervor patriótico-revolucionario. De este modo, partiendo de un ejército puntero en la reflexión táctica (como lo era el francés prerrevolucionario), fue este ingreso masivo en filas del soldado-ciudadano, inexperto pero volcado y con una inquebrantable voluntad de vencer, el que acabó por engendrar una fuerza militar nueva y poderosa, tanto en cuanto a número como a moral de combate. Por su parte, el ejército español —como todos los demás ejércitos de la coalición antifrancesa—, no estaba preparado para afrontar esta novedosa amenaza y tuvo que recurrir, a su vez, a una amplia movilización popular en una guerra que se hacía en nombre de la tradición (representada por la Iglesia y la monarquía), contra las doctrinas revolucionarias. Consecuentemente, es fácil de entender el protagonismo adquirido por la guerra de guerrillas llevada a cabo por los somatenes (unos quince mil efectivos, con protagonismo especial de grupos irregulares formados por campesinos armados desigualmente, que defendían sus tierras y pueblos de origen) y, sobre todo, por los *miquelets* (tropas autóctonas de voluntarios catalanes, encuadradas en Tercios y que operaban en coordinación con el ejército regular español; de gran movilidad y prácticas sobre el terreno, especialmente, el montañoso, llevaron a cabo una labor muy efectiva: hostigamiento permanente de la retaguardia enemiga, entorpecimiento de sus líneas de abastecimiento y quebrantamiento de la moral de combate francesa. Ascendieron a un total de 15.000 combatientes). En definitiva, este tipo de guerra irregular será el precedente más cercano de las guerrillas que actuaron en la Guerra de la Independencia. Ver Segura García, G. “Organización, táctica y principales acciones del ejército español”. En Iglesias, C. (coord.), *III. Edad Moderna. Los Borbones*. Vol. III, en O'Donnell y Duque de Estrada, H. (dir.), *Historia Militar de...* op. cit., pp.140-141. Para profundizar más en la Guerra del Rosellón o “*Guerra Gran*”, se puede consultar también: Aymes, J.R. *La guerra de España contra la Revolución Francesa (1793-1795)*. Alicante: Instituto Juan Gil-Albert, 1991, pp. 195-209; y, sobre todo, el enciclopédico estudio del Estado Mayor Central del Ejército, *Campañas en los...* op. cit., tomo III, vol. I. Como curiosidad, cabe señalar el papel llevado a cabo en la mencionada campaña de Cataluña por los Mozos de Escuadra (cuerpo de policía judicial de carácter militar, cuya función originaria era, por entonces, servir a las autoridades del Principado). Al producirse la invasión francesa, esta unidad policial a las órdenes de las autoridades borbónicas en Cataluña, cuya misión principal era la de seguridad y orden público, mutó en sus funciones tradicionales: así, fueron los guías de las columnas del Ejército español en los distintos frentes, ayudaron en el reclutamiento de voluntarios y actuaron como policía militar de las tropas hispanas destacadas en el Principado, persiguiendo bandidos, contrabandistas, infiltrados y desertores. Para más información ver Esteban Ribas, A. R.; Sicilia Cardona, E. F. *La guerra del...* op. cit., pp. 82-87, 271-310 y 323-345.

3.1 Orígenes de la doctrina sobre la guerrilla

Walter Laqueur publicó en 1975 un artículo en el que analizaba los orígenes de la doctrina sobre la guerra de guerrillas y las acciones contraguerrilleras. Comienza recordando que las guerrillas han existido desde hace mucho tiempo (de hecho, como ya se ha apuntado, desde la Antigüedad) y que, por razones obvias, es anterior a la guerra regular practicada por los ejércitos estatales. Posteriormente, examina a los principales teóricos sobre la guerra partisana o de guerrillas —también conocida como «*petite guerre*»— del periodo comprendido entre 1750 y 1900. Por razones de coincidir temporalmente su contenido con el tema de esta tesis, aquí se tendrán en cuenta las teorías que llegan hasta el siglo XIX⁸⁰.

Laqueur afirma que la teoría de la guerrilla comenzó a formalizarse en el siglo XVII. Definía entonces un tipo de operaciones bélicas ejecutadas por tropas regulares ligeras, que bajo el mando de un oficial o suboficial veteranos se encargaban de misiones tales como forrajear; proteger los convoyes propios y atacar los del enemigo; de reunir información sobre la disposición y despliegue del adversario; de imponer contribuciones (en especie o en metálico) a las poblaciones enemigas, pudiendo saquearlas si se negaban a colaborar; y de realizar incursiones en territorio enemigo, confiscando todo lo que precisasen y pudieran llevar consigo y quemando lo que no. En definitiva, lo que entonces se conocía como la ya mencionada *petite guerre* en casi toda Europa. Se refería a la utilización por parte de los ejércitos regulares de pequeñas partidas, de una gran movilidad, para realizar las acciones especializadas descritas. Existen múltiples ejemplos de ello en la Guerra de los Treinta Años⁸¹.

En el siglo XVIII la doctrina militar (basándose en experiencias registradas en guerras como la de Sucesión de España, las campañas de Federico el Grande o la de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica), comenzó a detallar aspectos como los ataques sorpresa y nocturnos, las emboscadas y otras operaciones similares, siempre ejecutadas por pequeños destacamentos de soldados regulares, forrajeando, recogiendo inteligencia u hostigando al enemigo. Habitualmente se trataba de actuaciones con la intención de compensar una cierta inferioridad militar convencional, al menos inicialmente. Esta experiencia de la guerra partisana fue recogida pronto en Francia por algunos autores, que la consideraron como una forma de guerrilla o servicio de apoyo a las tropas ligeras en campaña, o bien como actuaciones de lo que se denominaban entonces como «compañías o cuerpos francos»⁸².

En cuanto a los británicos, no parecían haber mostrado demasiado interés por elaborar una teoría propia de la guerra partisana. Sin embargo, la primera aportación de alguna importancia surgida en el mundo militar anglosajón

⁸⁰ Laqueur, W. "The Origins of...op. cit., pp. 341-382.

⁸¹ *Ibidem*, pp. 341-342.

⁸² *Ibidem*, pp. 342-343.

pertenece al coronel Johann Emmerich (oficial alemán que luchó en la Guerra de Independencia Norteamericana, encuadrado en una de las unidades germanas de mercenarios que combatieron bajo bandera británica), que defendía la necesidad de entrenar a las tropas regulares en las acciones descritas de guerra partisana, especialmente de cara a desempeñar funciones contraguerrilleras, en las que, al parecer, tuvo experiencia personal Emmerich combatiendo a los colonos británicos que defendieron la independencia norteamericana⁸³.

Sin embargo, Laqueur resalta el punto de inflexión que supusieron para esta *petite guerre* de la era moderna (recuérdese que exclusivamente relacionada con las operaciones descritas de pequeños destacamentos móviles de soldados regulares profesionales, actuando siempre en estrecha colaboración con cuerpos de ejército a los que estaban adscritos), guerras como la de La Vendée, la resistencia tirolesa antinapoleónica y, sobre todo, la Guerra de Independencia española, así como la campaña de Napoleón en Rusia. Será entonces cuando surja lo que Jomini denominó “guerra nacional”, la más terrible de todas, y que según Laqueur emergió, o mejor aún, volvió a emerger durante el periodo de las guerras napoleónicas. Se trataba ahora de guerras contra todo un pueblo unido, o al menos, contra una gran mayoría de ese pueblo, firmemente decidido a mantener su independencia. Jomini las caracterizaba así: cada avance en ese tipo de guerra debía ganarse duramente con esfuerzo continuado, el ejército ocupante sólo controlaba el terreno que pisaba, las provisiones habían de obtenerse a punta de bayoneta o fusil y los correos o convoyes de aprovisionamiento corrían en todas partes un riesgo grave y permanente⁸⁴.

3.2 Clausewitz y las guerrillas

Uno de los principales estudiosos del combate guerrillero fue Carl von Clausewitz (1780-1831), combatiente en las guerras napoleónicas y gran teórico de la guerra. En el libro sexto sobre la guerra defensiva —capítulo XXVI titulado «Armamento del pueblo»— de su ya clásica obra *De la guerra* (1832), describe las características principales de lo que denomina «la guerra de insurrección»⁸⁵. Así, concibe la guerra de guerrillas como un fenómeno típico del siglo XIX, en estrecha relación con el mencionado concepto de “pueblo en armas”. Recalca el autor que se trata de una táctica militar a utilizar frente a un enemigo superior. Según Clausewitz, en teoría, debe concebirse la insurrección popular como complementaria a la guerra regular llevada a cabo por el ejército permanente, incardinando la acción y los medios de ambos combinados dentro de un plan conjunto de operaciones. A continuación, enumera las condiciones indispensables para que la insurrección popular pueda ser eficaz:

1. La guerra debe librarse en el interior del país.

⁸³ *Ibidem*, pp. 344-345.

⁸⁴ *Ibidem*, pp. 346-347.

⁸⁵ Clausewitz, C. *De la guerra*. Madrid: Ediciones Obelisco, 2015, pp. 614-621.

2. No puede quedar decidida por una única derrota decisiva.
3. El teatro de la guerra ha de abarcar un espacio considerable del país.
4. La guerra ha de contar con el esfuerzo y el apoyo social mayoritario.
5. El territorio del país debe ser muy accidentado e inaccesible a causa de las montañas, los bosques o los pantanos, o bien por la naturaleza de los cultivos⁸⁶.

Añade Clausewitz que no es decisivo que la población del país en cuestión sea grande o pequeña, ni es relevante tampoco su grado de desarrollo económico. Sin embargo, admite que un tipo de población pobre, acostumbrada al trabajo duro y pesado y a las privaciones, suele mostrarse más apta para la insurrección popular, que requiere de una continuidad en la acción combatiente vigorosa y recia. Una particularidad del país que favorece enormemente el efecto de esta guerra popular sería el predominio de un poblamiento rural, con la mayor dispersión posible del hábitat. De este modo, el país se vuelve más accidentado todavía y de más difícil acceso y control, dificultando enormemente el alojamiento y manutención de las tropas invasoras. Concluye Clausewitz que se reproduciría así en la guerra irregular de las guerrillas una peculiaridad de la guerra regular: que el principio de resistencia se encuentra en todas partes y en ninguna⁸⁷.

Es decir, el enemigo se manifiesta en todas partes, exigiendo esfuerzos extraordinarios del ejército invasor, al tiempo que se mina su moral. Las guerrillas se plantean como objetivo impedir que los ocupantes actúen como un ejército activo: paralizándolo sus comunicaciones, creando un estado de inseguridad continuo y causándole cuantiosas bajas. Por todo ello, las guerrillas se convierten en un “ejército invisible”, que impide la libertad de movimientos de las unidades enemigas, obligándolas a ocupar gran parte de sus efectivos en tareas de protección. Además, las alejan del campo de batalla, pudiendo llegar, en ocasiones, a eliminar su superioridad numérica⁸⁸.

En definitiva, para Clausewitz la población se habría convertido en uno de los pilares básicos de la guerra, pues de objeto pasivo pasó a convertirse en sujeto activo y, además, uno importante. El simple ciudadano debía rebelarse contra el invasor y, en consecuencia, éste tendría que hacer frente, aparte de a los ejércitos regulares convencionales, a grupos de combatientes civiles irregulares. Así, Napoleón tuvo que enfrentarse en España y en Rusia a una resistencia popular armada que le causó pérdidas considerables. Debe tenerse en cuenta que la clave residía en el hecho de que el aumento del tamaño de los ejércitos y de su logística (típicos, por otro lado, de lo que Lind denominó Guerras de Segunda Generación), eran dos puntos extraordinariamente vulnerables frente a la guerrilla, fácilmente aprovechables⁸⁹. Esta clase de resistencia difusa

⁸⁶ *Ibidem*, p. 616.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 616.

⁸⁸ Agudas reflexiones sobre la teoría de la guerra irregular de Clausewitz en Moliner Prada, A. “El fenómeno guerrillero...op. cit., p. 127. Las mismas ideas (especialmente todo lo referente a las guerrillas como “ejércitos invisibles”), se exponen con gran detalle y amplitud en el ya citado libro de Boot, M. *Invisible Armies. An...op. cit., passim*.

⁸⁹ Para más información sobre este tema de las Guerras de Segunda Generación, consultar el ya citado trabajo de Lind, W.S.; Nightengale, K.; Schmitt, J.F.; Sutton, J.W. y Wilson, G.I. “The Changing Face...op. cit., pp. 22-26.

y escurridiza llevó a Clausewitz a preguntarse sobre su aplicación, señalando que el tema a debatir no es tanto cuánto le cuesta a la nación la resistencia que puede ofrecer el “pueblo en armas”, sino qué influencia decisiva puede tener dicha resistencia y cuáles son sus condiciones y modalidades de utilización⁹⁰.

3.3 Jomini y la guerra nacional

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, en su obra sobre la Primera Guerra Carlista, utiliza la teoría bélica de Antoine-Henri Jomini (1779-1869) para dar una idea lo más exacta posible de lo que supuso la guerra de guerrillas en el mencionado conflicto. Jomini, al igual que el citado Clausewitz, reunía las dos facetas de teórico de la guerra y experimentado general: reputado estratega suizo, fue reclutado en 1803 por el mariscal Ney, durante su estancia en Suiza. Alcanzó el grado de general de brigada y fue también jefe del Estado Mayor del propio Ney. En 1807 Jomini marchó a Rusia, donde inició una brillante trayectoria como asesor militar del ejército imperial ruso. A la vez, alcanzó la fama como escritor y tratadista de estrategia militar, analizando el arte de la guerra de la etapa napoleónica y elaborando numerosos postulados teóricos.

Detalla Bullón que, según la clasificación de los diferentes tipos de guerra que estudia el mencionado Jomini, la Guerra de los Siete Años podría enmarcarse dentro de las llamadas “guerras nacionales”, que Jomini define como las más temibles de todas, por una serie de características:

1. Al ir dirigidas contra toda una población, o al menos contra su mayoría, animada de gran ardor por su independencia, son muy reñidas y se disputa cada avance a base de combates. El ejército invasor no dominará más terreno que el que pise o en el que acampe, ni podrá aprovisionarse más que por la fuerza y sus convoyes sufrirán continuos ataques y expolios.
2. Son guerras terribles, causada por los motivos más diversos, en las que un pueblo sojuzgado se alza en masa a indicaciones de su gobierno, siguiendo a sus propias élites directivas como jefes, animado de patriotismo y la defensa de su Soberano legítimo. Igualmente, se armará este pueblo fanatizado, a instancias del clero del país, lanzándose ambos contra el ejército enemigo en defensa de su tierra y sus convicciones y tradiciones.
3. La resolución de este tipo de guerras requiere de una mezcla de fuerza (despliegue de una masa de unidades combatientes proporcional a la resistencia popular y los obstáculos que pueda enfrentar), diplomacia y medidas políticas firmes y de justicia notoria. Como ejemplos de esta política, Jomini pone los casos de Hoche en la guerra de la Vandée y de Suchet en Aragón y Valencia durante la Guerra de la Independencia.

⁹⁰ Clausewitz, C. *De la guerra...* op. cit., pp. 617-621.

4. El dominio del mar puede ser decisivo, pues si el país sublevado cuenta con una gran extensión de costas, que permita recibir ayuda por ellas de una potencia aliada, su resistencia se centuplicará, obligando al ejército invasor a dispersar sus tropas por todo el país invadido, dificultando seriamente sus líneas de aprovisionamiento. Sin duda, estas lecciones fueron aprendidas por Jomini durante su estancia en España con las tropas del rey José Bonaparte.

Como hubo ocasión de comprobar durante el primer conflicto bélico carlista, el ejército cristino, enfrentado a este tipo de guerra nacional, tuvo que desplegar, por un lado, una masa suficiente para operar contra las fuerzas activas del enemigo; y, a la vez, cuerpos de ocupación para el control del interior del país y el mantenimiento de las comunicaciones. Jomini relaciona la facilidad de la defensa con la naturaleza del terreno, señalando que en los países montañosos se facilita enormemente la defensa por parte de un pueblo decidido a luchar. Lo mismo sucede con los territorios atravesados por grandes selvas. Como ejemplo de la ventaja que supone para la defensa popular un terreno accidentado, Jomini cita a las guerrillas de Andrés Hofer en el Tirol y el combate exitoso que sostuvieron frente a las tropas napoleónicas invasoras⁹¹.

3.4 La teoría de la guerrilla de T. E. Lawrence

Por su parte, T. E. Lawrence, que jugó un destacado papel como líder de la revuelta árabe contra el dominio otomano durante la Primera Guerra Mundial (siempre actuando como agente y enlace de la inteligencia británica), recibió el encargo de escribir una entrada para la decimocuarta edición de la Enciclopedia Británica, titulada "Guerrilla". Fue incluida en la misma por primera vez en 1929, y en este trabajo Lawrence expone su teoría sobre lo que él denomina la ciencia de la guerra de guerrillas, definida por:

- 1- En términos tácticos, las guerrillas deben desarrollar un tipo de fuerza muy dinámica y bien equipada, lo más pequeña y ligera posible, utilizándola sucesivamente en diversos puntos distribuidos a lo largo de la línea de ocupación enemiga.
- 2- La táctica básica consistirá siempre en golpear y desaparecer, no en presionar sino en impactar. Las guerrillas no deben nunca tratar de mantener o mejorar una ventaja, sino más bien retroceder y volver a golpear de nuevo en algún otro lugar. Se trataría de usar la mínima fuerza imprescindible en el menor tiempo posible y en el lugar más alejado de la concentración de tropas enemigas. Si se continúa la acción guerrillera hasta que el ejército enemigo pueda cambiar sus disposiciones

⁹¹ El análisis expuesto sobre la doctrina de Jomini en relación con las más importantes características de la guerra nacional, está tomado del amplio comentario al respecto que se puede ver en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 109-111.

estratégicas para resistir el ataque, se estaría vulnerando gravemente una regla fundamental de la guerra de guerrillas: jamás ofrecer un blanco.

- 3- Respetar estrictamente el principio de “territorialidad”, es decir, que la distribución de las partidas guerrilleras debe ajustarse al máximo al lugar de origen y zona de perfecto conocimiento y adaptación de sus combatientes, utilizando principalmente a nativos en cada teatro de operaciones.
- 4- Las condiciones de la guerra de guerrillas, siempre agotadoras y que requieren de un compromiso total y prolongado (máxime en guerras largas), exigen una disciplina autoimpuesta, preferentemente aceptada de modo voluntario.

Concluye Lawrence su teoría afirmando que la insurgencia ha de tener una base segura a la que replegarse (protegida no sólo de un posible ataque enemigo, sino incluso del miedo a que ese ataque pueda producirse), como pueden ser montañas, desiertos, estepas o bosques. El prototípico enemigo de las guerrillas suele ser extranjero y sofisticado, en forma de ejército regular de ocupación, idealmente desplegado en un área demasiado extensa, con insuficientes soldados como para ajustar su número al territorio a controlar, haciendo imposible dominar con eficacia el territorio asignado desde puestos fortificados. Asimismo, la guerrilla debe contar también como condición indispensable para su supervivencia con el apoyo de una población amistosa, no necesariamente activa en el combate, pero sí simpatizante hasta el punto de no desvelar los movimientos insurgentes al ejército enemigo.

Para Lawrence, las rebeliones armadas insurgentes pueden ser viables con un 2% del total de la población implicada en la fuerza combatiente en activo, siempre que el 98% pasivo respalde y simpatice con la causa (el autor se refiere, fundamentalmente, a las guerrillas que operan en guerras de independencia o de liberación nacional). Los guerrilleros deben poseer cualidades como resistencia, frugalidad, velocidad y ubicuidad, además de contar con arterias de abastecimiento independientes. También han de contar con el armamento y equipo técnico indispensables para realizar emboscadas y ataques por sorpresa, así como destruir o paralizar las comunicaciones organizadas del enemigo, pues la guerra irregular viene a ser, según este autor, lo que el general prusiano Karl Wilhelm von Willisen (1790-1879) definía como estrategia: el estudio de la comunicación en su grado extremo, para atacar ahí donde el ejército enemigo no está.

Resumiendo las ideas principales expuestas por Lawrence en su mencionado texto, si se garantizan la movilidad, la seguridad (concebida como el negar al máximo blancos potenciales al enemigo), el tiempo y la doctrina — idea de convertir a cada individuo de la comunidad que apoya a los guerrilleros en simpatizante y amigo—, la victoria estará del lado de los insurgentes⁹².

⁹² Lawrence ya había escrito sobre el tema de las guerrillas en su famoso libro *Los siete pilares de la sabiduría*, por lo que dicho encargo estaba justificado por su conocimiento tanto teórico como práctico de la guerra irregular. En efecto, había intervenido personalmente durante la Gran

3.5 Carl Schmitt y la teoría del partisano

Carl Schmitt, al formular su teoría del partisano, comienza estableciendo una genealogía del fenómeno guerrillero, que se iniciaría con la figura de los guerrilleros españoles que se enfrentaron abiertamente a Napoleón: de este modo, les reconoce como la primera guerrilla moderna. En su ensayo, resalta el predominio de elementos civiles de extracción popular en estas guerrillas, lo que permitiría asociarlas al concepto del “pueblo en armas”. Para Schmitt, las principales características de la figura del partisano serían:

1. Su carácter “irregular”, claramente manifestado por oposición a la uniformidad del soldado del ejército regular, y que constituye mucho más que una vestimenta profesional, dado que conlleva un predominio de lo público. A la vez, junto con el uniforme, también porta un armamento reglamentario, exhibiéndolo de modo abierto y ostensible. De esta manera, el soldado regular enemigo se constituye en blanco perfecto para la acción guerrillera. Por el contrario, los paisanos armados, sin uniformidad ni armamento claramente definible, ganan en invisibilidad haciendo muy difícil su detección por cualquier ejército regular.
2. Intenso compromiso de lucha hasta las últimas consecuencias, pues el partisano se integra totalmente en las estructuras que lo contienen (básicamente, población y territorio), con las cuales está plenamente identificado y de las que depende directamente su supervivencia. En consecuencia, su nivel de compromiso suele ser el más alto, poniendo en juego casi siempre su propia vida.
3. Permanente movilidad, que le otorga sus ágiles métodos de combate, típicos por otro lado de la guerra irregular: movilidad, celeridad, ataques súbitos y sorpresivos y retiradas con la máxima rapidez. La estrategia, eminentemente defensiva, consiste fundamentalmente en aprovechar los descuidos y negligencias del enemigo. Para Schmitt éstas constituyen los signos de identidad perennes y universales del partisano.
4. Por último, resalta su profundo carácter “telúrico”, definible como fuerte apego a la tierra. Con ello, hace referencia tanto a los valores que identifican al combatiente irregular, ligados a una comunidad concreta asentada en un territorio determinado, como a la legitimidad que se deriva de ello y al espacio donde el partisano puede desarrollar más fácilmente su labor insurgente. Este concepto guarda cierta similitud con lo que el profesor Enrique Martínez Ruiz denomina la «animación del paisaje»: durante la Guerra de la Independencia se habría producido una clara

Guerra en la revuelta árabe contra el dominio otomano, a la que Lawrence consideró como modelo de guerra de guerrillas. Además, en la redacción también intervino el teórico de la guerra y militar británico Basil Liddell Hart. El texto de la entrada "Guerrilla" se ha editado más tarde como opúsculo breve: Lawrence, T.E. *Guerrilla*. Madrid: Acurela, 2004.

fusión entre la población española y su territorio, posibilitando de este modo una completa mimetización de los paisanos combatientes en el entorno geográfico-humano en el que se movían⁹³.

Finalmente, Schmitt sitúa como punto de partida de su teoría sobre el partisano a la guerra de guerrillas generalizada emprendida por el pueblo español en 1808 contra el ejército invasor napoleónico. A partir de esa fecha, se produjo por primera vez un levantamiento armado nacional, de gran base social y popular —por parte de una sociedad preburguesa, preindustrial y precapitalista, típica por tanto del Antiguo Régimen— contra un poderoso ejército moderno, regular, bien organizado y que pretendía expandir, teóricamente al menos, los principios de la Revolución Francesa, siempre según este autor⁹⁴.

3.6 La Historiografía Militar española: la guerrilla como articulación militar de la resistencia armada popular

Antonio Moliner Prada, señala una serie de elementos clave en la caracterización del complejo fenómeno guerrillero (concretamente refiriéndose al que se produjo durante la Guerra de la Independencia). Se trata de características aplicables a las partidas que combatieron en la gran mayoría de los conflictos bélicos contemporáneos, y que son las siguientes:

1. Organización espontánea: las guerrillas surgen, inicialmente, de manera incontrolada, casi podría decirse que visceral, no de forma estructurada y por movilización general. No obstante, en ocasiones se recurre para su formación a la leva forzosa o a la conscripción (como sucedió, por ejemplo, con unidades de *miquelets* durante la Guerra de la Convención, cuya recluta y movilización fue decidida por la Junta General de Cataluña, de acuerdo con el capitán general del principado, general Urrutia⁹⁵).
2. Estrategia militar guerrillera, basada en los principios siguientes: cualquier guerrillero puede intervenir en cualquier momento de la guerra; la iniciativa táctica se puede desarrollar en todo momento (por lo tanto, las unidades guerrilleras combaten con autonomía total y plena libertad de movimientos, frente a la concentración de medios típica de las acciones militares del ejército regular). Tácticamente, el combate es rápido, el factor sorpresa primordial y la retirada inmediata y de gran dinamismo; las guerrillas buscan

⁹³ Martínez Ruiz, E. *Prólogo de Pascual, P. Curas y frailes guerrilleros en la guerra de la independencia: Las partidas de cruzada, reglamentadas por el carmelita zaragozano P. Manuel Traggia*. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", 2000, p. 6. pp. 123-127.

⁹⁴ Schmitt C. *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*. Madrid: Trotta, 2013, pp. 49-101.

⁹⁵ Ver Seco Serrano, C. "La política exterior de Carlos IV". En *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*: tomo XXXI, vol. 2. Madrid: Espasa Calpe, 1975, p. 546.

aniquilar la moral de combate y los recursos del enemigo —guerra de desgaste y psicológica—, actuando permanentemente en todo el territorio ocupado por el enemigo. Según el teniente general del ejército de tierra, Andrés Cassinello Pérez, esta actividad guerrillera rompió para el enemigo la clásica distinción militar entre zona de combate o vanguardia y de retaguardia, provocando así el caos y la confusión en los ejércitos de ocupación, que poseen exclusivamente el terreno que pisan⁹⁶.

3. Cada partida cuenta con un jefe o cabecilla, líder carismático y natural, que desempeña un papel capital, de importancia vital en la formación, cohesión y combate de cada grupo guerrillero, que buscará su autonomía plena en el territorio exclusivo de actuación. De hecho, las guerrillas surgen, por lo general, en áreas no controladas por el ejército regular aliado, y todos los jefes guerrilleros intentarán siempre dominar una zona que harán propia.
4. Corresponde a cada unidad guerrillera combatiente obtener la logística y la intendencia necesarias para sostener su lucha, normalmente a través de la colaboración de la población civil, bien voluntariamente o por la fuerza, en su zona respectiva de operaciones. Las partidas guerrilleras exigen en los pueblos de su demarcación alimentos, armas, caballos y dinero; obligan a los hombres a tomar las armas y a seguirles (lógicamente, en caso de no contar con voluntarios suficientes). Por lo tanto, la línea que separa a las guerrillas del bandolerismo o bandidaje es muy fina y sutil⁹⁷.

Por su parte, el ya citado Federico Aznar Fernández-Montesinos destaca que el principal éxito militar de las guerrillas radica en ser capaz de movilizar masivamente a la población concernida (de nuevo aparece aquí el potente tropo del guerrillero como paradigma del pueblo en armas). Si no consigue esta “conditio sine qua non”, todo movimiento insurgente está condenado al fracaso. Además, en su condición de experto en el análisis de la guerra, Aznar añade que sus objetivos son siempre limitados y orientados hacia el largo plazo. Como método de combate irregular, se emplearía principal e idóneamente en zonas rurales, aisladas y empobrecidas —o al menos degradadas—, y con unas condiciones geográficas favorables. En este marco, pueden operar en gran número e ir creciendo progresivamente hasta hacerse con el control de una parte del territorio. Emplea más el hostigamiento continuo que el enfrentamiento directo, y su forma de operación táctica combina dispersión, concentración y movilidad⁹⁸.

⁹⁶ Cassinello Pérez A. *Los guerrilleros... op. cit.*, p. 5.

⁹⁷ Moliner Prada A. "La articulación militar de la resistencia: La guerrilla". En *Trocajero* (20), 2008, p. 46-49.

⁹⁸ Aznar Fernández-Montesinos, F. *Entender la guerra...op. cit.*, pp. 201-204.

Pedro Pascual Martínez, que ha publicado diversos libros sobre la Guerra de la Independencia, recalca la idea del origen espontáneo y autónomo de las partidas guerrilleras civiles en un trabajo sobre la participación del clero regular y secular en las guerrillas del citado conflicto bélico. En él, al exponer la reglamentación jurídica que las autoridades patrióticas emitieron a partir de diciembre de 1808 sobre las guerrillas, regulando entre otras las denominadas *Partidas de cruzada* —unidades guerrilleras lideradas o formadas en su amplia mayoría o totalidad por sacerdotes católicos del clero regular o secular, o miembros de órdenes religiosas—, subraya que ya desde finales de 1808 comenzaron a «florecer espontáneamente las guerrillas formadas y dirigidas por paisanos civiles»⁹⁹.

Además, Pascual abunda en la espontaneidad y autonomía de su origen, actividades y modo de funcionar al subrayar que, cuando se promulgó la primera norma reguladora, el *Reglamento de las Partidas y Quadrillas* de 28 de diciembre de 1808, estas partidas guerrilleras ya existían. Ello quedaría demostrado por varios hechos: fundamentalmente, los problemas surgidos por rivalidades o enfrentamientos entre guerrillas (cuestión frecuente y que motivaba quejas a las Juntas Provinciales y a la Suprema Gubernativa del Reino), y varios hechos más demostrativos de la actividad guerrillera previa, y no sólo la clerical¹⁰⁰.

Al hablar de la guerrilla como articulación militar de la resistencia popular, resulta indispensable mencionar al movimiento político carlista como representación prototípica, y tal vez el modelo histórico más acabado en cuanto al éxito militar alcanzado, de lo que es un “pueblo en armas”. Así, Julio Aróstegui destaca la indudable tradición militar del carlismo, caracterizada por el insurreccionalismo y por ser capaz de activar —y sostener en el tiempo— amplias formas de movilización popular, en lo que constituye una verdadera cultura guerrillera o insurreccional.

Advierte este historiador que, si bien las tipologías de insurgencia fueron experimentando grandes transformaciones a lo largo del dilatado periodo de acción militar del carlismo (1833-1876), es indiscutible que el fenómeno guerrillero estará siempre muy presente en todas las tentativas insurreccionales y, por ende, en la más importante de las guerras civiles carlistas, la primera. Además, esta tradición militar que se generó en el carlismo, y que para Aróstegui constituye una indiscutible realidad bélica operativa, hunde sus raíces en «los movimientos armados de masas propios de las guerras civiles del XIX»¹⁰¹. Más aún, la citada tradición militar arranca de los levantamientos populares protagonizados por lo que un sector importante de la historiografía estudiosa del carlismo ha denominado, tal como ya se comentó, “precarlismo” (esencialmente referidos a realistas y agraviados o *malcontents*)¹⁰².

⁹⁹ Pascual, P. *Curas y frailes...* op. cit., p. 16.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 16 y 71.

¹⁰¹ Aróstegui, J. *Combatientes requetés en...* op. cit., p. 51.

¹⁰² La información de este párrafo y el anterior está tomada de *Ibidem*, pp. 45-49 y 51.

Alfonso Bullón de Mendoza incide en esta misma línea de pensamiento, cuando afirma hablando de la Primera Guerra Carlista (1833-1840):

“la guerra carlista es, por antonomasia, la gran guerra de guerrillas de la España del XIX. A pesar de que los legitimistas llegan a constituir los ejércitos regulares que ya hemos estudiado, todos ellos han surgido de este tipo de guerra. Durante la contienda de 1808-1814, ejército y guerrilla tuvieron un origen y una dinámica diferentes. En la campaña realista de 1820-1823, los absolutistas no consiguieron, a pesar de sus intentos, llegar a formar un verdadero ejército, lo que se puso en evidencia con el fracaso militar de la regencia de Urgell. La primera guerra carlista es, por tanto, el primer ejemplo de la fuerza real que podía tener una sublevación popular abandonada a sí misma, sin apoyo militar extranjero ni la colaboración de un ejército regular preexistente¹⁰³”.

En definitiva, puede establecerse, una estrecha relación entre esta tradición militar carlista (insurreccionalista y de amplia movilización popular), con las guerrillas vistas como una articulación militar de la resistencia popular. Incidiendo más aún en las ideas expuestas, Manuel Santirso Rodríguez señala que las guerrillas constituyeron la primera forma histórica de encuadramiento del carlismo armado, y que el combate guerrillero marcará indeleblemente la estrategia, las tácticas y la organización militar de las fuerzas combatientes carlistas¹⁰⁴. En esta misma línea se pronuncia Jordi Canal, que identifica la tradición militar carlista con las partidas guerrilleras, la guerra de guerrillas y las insurrecciones a campo abierto, como sus formas más típicas¹⁰⁵.

Para finalizar, el fenómeno de las guerrillas carlistas es unánimemente considerado por muy diverso tipo de autores (y no solamente historiadores), como una especie de prototipo, quintaesencia o arquetipo típicamente representativo de la guerra de guerrillas, en su faceta más ajustada al ya citado tópico del pueblo en armas. Por ejemplo, José M.^a Pemán señala como el general Cabanellas le comentó en el transcurso de una comida celebrada en Pamplona:

“Para mí, amigo Pemán, que estaba muy alejado de todo esto, el carlismo ha sido un descubrimiento arrebatador. Estas gentes son los auténticos guerrilleros de la Independencia o incluso de Viriato. Me decía Mola, hace unos días, que el requeté como individuo o como colectividad es un tipo humano que después de luchar como un león, al terminar la operación con la victoria y cumplimiento del objetivo propuesto, se marcha masivamente a sus casas a ver a la familia y hablar con la novia. En estricta concepción militar, los carlistas desertan magníficamente en masa, después de cada victoria: para volver a los pocos días, con sus vitaminas morales recuperadas. En estricto

¹⁰³ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 213.

¹⁰⁴ Santirso Rodríguez, M. “Prólogo” en Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., p. 11.

¹⁰⁵ Canal, J. “Dios, Patria, Rey. El carlismo en la España del siglo XIX”. En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 18, agosto-septiembre 2015, p. 16.

reglamentismo (sic) castrense, después de cada victoria habría que fusilarles a todos”¹⁰⁶.

3.7 Guerrillas vs. Ejércitos en el siglo XIX

- **Ejércitos**

Aparte del estudio de la teoría y la práctica de la guerra de guerrillas o guerra irregular efectuado en diversos epígrafes de esta tesis, es conveniente analizar, siquiera en sus puntos básicos y elementos clave, las características generales de los ejércitos regulares del periodo objeto de estudio (que permitirán deducir algunos aspectos esenciales de la guerra regular practicada por aquellos). De este modo, se pretenden evitar posibles problemas de conceptualización e interpretación que puedan surgir, eventualmente, con posterioridad. Todo ello en aras de diferenciar, lo más claramente posible, a las guerrillas de las fuerzas armadas estatales, cuestión medular en una historia militar de las partidas carlistas.

A lo largo del siglo XIX se produjo el lento y complejo proceso de transformación de los reales ejércitos de la Ilustración en los ejércitos nacionales contemporáneos, y que en España no se culminó hasta bien entrado el reinado efectivo de Isabel II (1843-1868). Desde el punto de vista militar, desaparecían la oficialidad de origen aristocrático, el oficio de soldado y la pequeña y muy profesionalizada fuerza armada del Setecientos, características que serán sustituidas por la masificación de los ejércitos nacionales, la oficialidad mesocrática procedente de las academias militares y el servicio militar obligatorio de la contemporaneidad. Las Fuerzas Armadas españolas decimonónicas, sometidas a la misma trágica división que el resto de la sociedad española (de la que son prueba más visible, aunque no única, las guerras civiles declaradas en un ambiente casi continuo de conflictividad bélica, civil y generalizada), experimentaron una intensa transformación sociológica en sus cuadros de jefes y oficiales: el Ejército aristocrático del Antiguo Régimen devendrá en un Ejército de base burguesa, en medio de las convulsiones del siglo¹⁰⁷.

En el caso español, se superpusieron o, tal vez mejor expresado, se solaparon tres procesos de larga y azarosa gestación. Uno —abierto por la última de las levas honradas, decretada por Carlos IV para sostener la Guerra de la Convención contra la República Francesa—, inició la decadencia del soldado profesional y determinó la hegemonía del soldado de quintas (base del reemplazo del ejército nacional, prácticamente durante todo el siglo XIX). Otro, casi simultáneo con el anterior, abrió el Cuerpo de Oficiales a la incipiente clase

¹⁰⁶ Pemán, J.M. *Mis almuerzos con gente importante*. Barcelona: Dopesa, 1970, p. 151.

¹⁰⁷ Puell de la Villa, F. “El ejército nacional”. En Artola, M. (coord.), *IV. Edad Contemporánea. El siglo XIX*. Vol. I, en O'Donnell y Duque de Estrada, H. (dir.), *Historia Militar de...* op. cit., pp.129-130.

media, dejando de cubrirse fundamentalmente con miembros del estamento nobiliario, tal como estableció Felipe V a inicios del XVIII. Y, finalmente, un tercero, condicionado en parte por los dos anteriores, cambió las anquilosadas y rígidas formaciones tácticas de la guerra ilustrada (el preceptivo paso de la columna de marcha a la línea de combate en el momento de plantar cara al enemigo), por el ataque directo en columnas, lo que revolucionó de forma determinante la táctica e incluso la estrategia¹⁰⁸.

En un aspecto vital para la guerra como la tecnología del armamento, el fusil de llave con ánima lisa y dotado de bayoneta, hegemónico ya desde finales del siglo XVII, será sustituido, paulatinamente, a mediados del siglo XIX. Se inicia, así, una acelerada carrera armamentística, culminada con el entonces modernísimo fusil de repetición de ánima rayada, utilizado ya por el ejército español en las diversas campañas de las guerras de Cuba y Filipinas. Simultáneamente, los cañones de bronce de avancarga fueron reemplazados por los de acero de retrocarga, a la vez que harán su aparición en los campos de batalla, de modo generalizado, la ametralladora, la telegrafía y el ferrocarril, elementos todos ellos que obligaron a modificar y modernizar la instrucción, el despliegue y la maniobra de las unidades militares¹⁰⁹.

Durante la Década Moderada (1844-1854), Narváez impulsó una serie de reformas militares de gran trascendencia para el futuro del ejército. Se concibe éste como un solo colectivo (eliminación de unidades tipo milicia provincial o cuerpos francos), lo más homogéneo posible. Bajo la denominación de ejército nacional, se le debían encomendar tres de las funciones claves tradicionalmente desempeñadas por los cuerpos armados del Antiguo Régimen: la custodia del prestigio exterior de la Monarquía, la defensa del territorio nacional y la salvaguardia de la constitución interna del Estado¹¹⁰.

La historiografía militar coincide en señalar las siguientes características generales como definitorias de los ejércitos regulares contemporáneos:

1. Tener una organización militar (divisiones, brigadas, regimientos, batallones, compañías), dirigida por una cadena de mandos profesionales, estructurados jerárquicamente: generales, coroneles, tenientes coroneles, comandantes, capitanes, tenientes, etc. Además, debe existir un fuerte núcleo de mandos intermedios (suboficiales), para encuadrar y entrenar a las tropas.
2. Disponer de un grueso de sus contingentes armados y uniformados reglamentariamente, a fin de ser perfectamente reconocibles, en todo momento, como tales fuerzas armadas regulares.
3. Tener organizadas las distintas armas (infantería, caballería, artillería, ingenieros) y disponer de lo que la doctrina militar define como «nivel operacional de la guerra»: hace ya tiempo que los especialistas en Historia Militar Contemporánea definen con este término un tercer nivel, intermedio entre la estrategia y la táctica. Este plano operacional depende de la estrategia adoptada

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 130.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p.129.

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 152.

para la gestión de recursos, siendo el que permite conducir dicha guerra eficientemente. La dirección de las operaciones bélicas tiene que ver con la disponibilidad de fuerzas y suministros y el uso que se haga de ellos en el marco geográfico concreto donde se desplieguen, de modo que se consigan los objetivos perseguidos en la campaña en cuestión. En este concepto se incluyen las acciones militares de menor escala que la estrategia pero mayor alcance que la táctica, englobando aspectos tan importantes para los ejércitos regulares como el entrenamiento en formación, la inteligencia militar, las maniobras de marcha o repliegue y la logística¹¹¹.

4. Además, los ejércitos decimonónicos contaban ya con importantes elementos organizativos y estructurales (que se acabarán imponiendo definitivamente en todos los ejércitos contemporáneos), tales como la organización divisionaria y los estados mayores. Asimismo, se perfeccionaron servicios auxiliares indispensables para el combate, como la logística, la sanidad, la intendencia o los transportes¹¹².

5. Disponer de todo tipo de armamento y artillería pesada, capaz de emprender, por ejemplo, operaciones de asedio y conquista de plazas fortificadas enemigas. En este importante apartado del armamento, Fernando Quesada Sanz precisa que los ejércitos se caracterizan también por la utilización de «armas colectivas»: aquel armamento reglamentario que precisa una dotación de varios combatientes para su uso eficaz, pero cuyo poder destructivo es mucho mayor que el de cualquier arma individual (en la jerga militar anglosajona, “*crew served weapons*”). Para Quesada, será precisamente la proporción de este tipo de armamento (entre otros criterios fundamentales) el que permita medir el grado de “modernidad” de un ejército, como es el caso de los cañones, del obús, del mortero o de la ametralladora¹¹³.

6. Contar con una base de operaciones estable, que implicaría controlar una parte del territorio donde está desplegado y acantonado. También, disponer de puntos fortificados y cuarteles que le permitan desarrollar una cierta infraestructura de retaguardia (maestranza, hospitales, academias de formación, polvorines y almacenes de suministros de todo tipo, etc.).

7. Y, por supuesto, disponer de una doctrina y de un “corpus” de organización y funcionamiento, lo que implica ajustarse a unos planteamientos estratégicos, tácticos, operativos, logísticos, de armamento, intendencia, sanidad y reclutamiento propios de la guerra regular¹¹⁴.

¹¹¹ Elton, H. “¿Una eficaz máquina de matar?”. *Desperta Ferro Especiales*, número especial XIII, pp. 13-14. También se hace referencia a la escala operacional en las acciones emprendidas por ejércitos en Quesada Sanz, F. “*Exercitus latronum*. Las tácticas de Viriato y sus tropas, ¿una contradicción entre términos?”. *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, nº 61, septiembre-octubre 2020, pp. 32-37 y Ronco Poce, F. “El arte de la guerra medieval”. *Historia de la Guerra*, nº 20, p. 43.

¹¹² Losada Malvárez, J. C. *De la honda...* op. cit., pp. 137-185.

¹¹³ Quesada Sanz, F. “Armamento ofensivo romano: de Augusto a Nerva”. *Desperta Ferro Especiales*, número especial X, pp. 32-33.

¹¹⁴ Para más información sobre los ejércitos regulares contemporáneos, se puede ver Alonso Baquer, M. “La reforma militar del siglo XIX”. En *Militaria. Revista de Cultura Militar*, núm. 1, pp. 15-26; Almirante, J. *Diccionario Militar*. Vol. I. Madrid: Ministerio de Defensa, 2002, p.650; Caridad Salvador, A. *El Ejército y...* op. cit., pp. 36-39 y Hernández Cardona, F. y Rubio Campillo, X. *Breve*

- **Guerrillas**

A los efectos de esta tesis doctoral, se considera a las guerrillas como grupos de civiles armados (independientemente de su edad, sexo, condición social y profesional o experiencia de combate previa), sin perjuicio de su origen geográfico y adscripción cronológica, definidos esencialmente por practicar la guerra irregular: esto es, por utilizar estrategias, tácticas, armamento, logística, intendencia, pertrechos y material, así como sistemas de reclutamiento, propios de la guerra irregular (ver capítulos III, teoría de la guerra de guerrillas, y IV sobre el combate guerrillero, de este trabajo).

Antonio Caridad Salvador, en una obra suya dedicada al estudio del ejército y de las guerrillas carlistas en Valencia y Aragón (1833-1840), reflexiona sobre las características definitorias de un ejército, y sobre el proceso que llevaría a un grupo guerrillero a convertirse en una fuerza regular. Para este autor, los requisitos mínimos que toda fuerza armada debería cumplir para poder considerarse un ejército son: contar con una precisa organización militar; estar integrado por un número mayoritario y significativo de tropas uniformadas, que transmita inequívocamente la apariencia externa característica de toda institución armada militar; disponer de diversidad de armamento reglamentario pesado (fundamentalmente, piezas y munición de artillería) y, finalmente, contar con toda una infraestructura de retaguardia: hospitales militares, maestranzas, talleres, centros logísticos de transporte y comunicaciones, fábricas de armamento o pertrechos de guerra. Caridad Salvador considera que si se cumplen las cuatro condiciones enumeradas, se trataría, sin duda alguna, de un ejército regular. Por el contrario, si no se cumple ninguna (o sólo una), entonces sería un grupo guerrillero. Por último, si se dan dos o tres de los requisitos expuestos habría que hablar de una fuerza armada irregular de transición, en proceso de convertirse en un ejército regular pleno¹¹⁵.

Otro elemento diferencial para distinguir entre ejércitos y guerrillas sería la clara dependencia orgánica y funcional de los primeros con respecto a las autoridades militares competentes, que ejercen el mando único y centralizado, ordenando y controlando, en todo momento, las actuaciones de las tropas en servicio. Esto es, las fuerzas armadas regulares deben estar coordinadas y dirigidas operativamente por los organismos superiores del mando militar, de forma directa o indirecta, para asignarles misiones concretas en beneficio del bando propio durante el desarrollo de las actividades bélicas. Por el contrario, las guerrillas han estado siempre asociadas con la pretensión por parte de sus cabecillas de operar con la mayor autonomía e independencia de criterio operativo posible. Ello implicaría actuar sin sujeción alguna a canales

Historia de la guerra moderna. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2010, pp. 133-162. Mención especial merece el estudio amplio y detallado que hace Bullón de Mendoza de las fuerzas armadas de Fernando VII, así como del ejército cristino y de los ejércitos carlistas en la Guerra de los Siete Años. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 83-162.
¹¹⁵ Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., pp. 30-39.

reglamentarios ni conductos oficiales de mando (característicos, sin embargo, de todos los ejércitos)¹¹⁶.

También debe tenerse en cuenta que la historiografía militar especializada en el fenómeno guerrillero subraya que las partidas guerrilleras suelen contar con un territorio de operaciones concreto y habitual, del que raramente salen y que, además, suelen reclamar como área de actuación exclusiva¹¹⁷. Todo ello sin perjuicio de que la operatividad guerrillera exigirá, según las circunstancias, que las partidas dispongan de lo que se podrían llamar “zonas de expansión” fuera de sus teatros naturales de acción, en las que llevar a cabo, por ejemplo, requisas para obtener víveres, fondos y cuantos suministros necesiten para sostener su esfuerzo de guerra (fundamentalmente, armas, municiones, caballerías o prendas de vestir), tal como se verá en este trabajo.

3.8 La intrincada relación entre guerrillas y bandolerismo

Resulta indiscutible que el movimiento guerrillero no es ajeno a otras agrupaciones de hombres armados que distan mucho de las partidas estrictamente guerrilleras, cuya actuación suele regirse por motivos fundamentalmente políticos, ideológicos, religiosos o patrióticos. Se entra así en el terreno resbaladizo de la ambigüedad, el oportunismo o la simple supervivencia, fomentado por el complejo caldo de cultivo de la guerra: en ella han convivido, desde tiempos inmemoriales, grupos guerrilleros con bandas o cuadrillas de malhechores, contrabandistas y bandoleros, que, en esencia, comparten un mismo *modus operandi*¹¹⁸.

Eric Hobsbawm realiza una interesante reflexión sobre las guerrillas contemporáneas en una obra suya dedicada a lo que denomina «gente poco corriente», entre la que incluye a insurgentes, rebeldes y resistentes¹¹⁹. En este libro, hay un artículo sobre la guerra de Vietnam y la dinámica de la guerra de guerrillas moderna, donde define los recursos militares básicos de las operaciones de tipo guerrillero: precariedad armamentística (cierto que, especialmente, a partir del periodo del Mundo Actual, esta precariedad va a ir desapareciendo, tornándose en creciente sofisticación, tal como demuestran especialistas de la historiografía militar, como los ya citados Aznar o Juan Carlos

¹¹⁶ Palacio Ramos, R. *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*. Torrelavega: Librucos, 2017, p. 45; Pons Prades, E. *Guerrillas españolas 1936-1960*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977, pp. 142-144 y Blasco Verdú, D. y Cabrera Castillo, F. *El Frente Invisible: guerrilleros republicanos 1936-1939. De los “Niños de la Noche” al XIV Cuerpo*. Guadalajara: Silente, 2013, p. 35.

¹¹⁷ Ver Blasco Verdú, D. y Cabrera Castillo, F. *El Frente Invisible...* op. cit., pp. 31-32 y Pons Prades, E. *Guerrillas españolas 1936-1960*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977, pp. 142-144.

¹¹⁸ Díaz-Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero en la Guerra de la Independencia". En *La Guerra de la Independencia (1808-1814). El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2007, pp. 120-124.

¹¹⁹ Hobsbawm, E.J. *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz*. Barcelona: Crítica; 2015, pp. 169-181.

Losada)¹²⁰, reforzados por un conocimiento preciso y detallado del terreno guerrillero, normalmente difícil e inaccesible; máxima movilidad; resistencia física y moral de combate superiores a los del enemigo y, sobre todo, negativa a luchar siguiendo las condiciones bélicas fijadas por los ejércitos regulares, basadas fundamentalmente en operar con fuerzas concentradas y a campo abierto. Sin embargo, Hobsbawm considera como la principal baza de los guerrilleros — impotentes totalmente sin ella—, el tener que contar necesariamente con la simpatía y apoyo masivo de la población local.

A continuación, este historiador afirma que la auténtica piedra de toque de la efectividad de un movimiento guerrillero llega cuando se fija objetivos ambiciosos, como, por ejemplo, el derrocamiento de un régimen político o la expulsión de un ejército de ocupación, en especial, cuando se propone hacerlo no en un rincón remoto y aislado de un país o zona liberada, sino en todo el territorio nacional. Hasta comienzos del siglo XX casi ninguna guerrilla hizo frente con éxito a esta prueba; operaban en zonas extremadamente inaccesibles y periféricas (especialmente, montañas) o se enfrentaban a gobiernos nativos u ocupantes extranjeros, en general, relativamente primitivos o poco eficientes. También señala que ha habido ejemplos en los que las guerrillas han desempeñado un importante papel en las modernas guerras a gran escala, ya sea actuando solas en circunstancias excepcionalmente favorables —como el caso de los resistentes tiroleños contra los franceses en 1809, ya citado—, o, más a menudo, en calidad de auxiliares de las fuerzas regulares durante las guerras napoleónicas (es señero y especialmente destacable, aunque Hobsbawm no lo cita expresamente, el caso de las guerrillas españolas durante la guerra de la Independencia). En cambio, sí cita a España, ya en el siglo XX, aludiendo al maquis, así como a las guerrillas rusas durante la Revolución de 1917.

Concluye Hobsbawm subrayando que la principal novedad de la moderna guerra de guerrillas no es militar sino política, aunque reconoce que los guerrilleros actuales disponen de pertrechos mucho mejores que los de tiempos pasados. Aunque invariablemente mucho peor armados que sus enemigos, gran parte de su armamento —especialmente en las primeras etapas, aunque probablemente suele ser así siempre— procede de lo que puedan capturar, comprar o robar al otro bando, más que del extranjero. Esta novedad política puede ser, a su vez, de dos tipos. Primero, ahora son más frecuentes las situaciones en las que los guerrilleros pueden confiar en contar con el apoyo de las masas en regiones muy distintas de su país, bien explotando conflictos económicos o sociales, bien recurriendo al nacionalismo, a motivos étnicos o raciales, pero siempre fomentando el odio a los ocupantes ilegítimos o extranjeros. La segunda novedad política es la nacionalización no sólo del apoyo a los guerrilleros sino de las guerrillas mismas, por medio de partidos y

¹²⁰ Ver al respecto los apartados sobre las guerrillas del siglo XXI en Aznar Fernández-Montesinos, F. *Entender la guerra...* op. cit., p. 151-209 (referido a las guerras asimétricas), y en Juan Carlos Losada, *De la honda...* op. cit., pp. 293-305, que trata sobre la guerra irregular o de guerrillas, y la relación entre los métodos operativos empleados por las insurgencias y el terrorismo actual.

movimientos de alcance nacional y a veces internacional. De este modo la unidad combatiente de partisanos ya no es un producto meramente local; se convierte en un conjunto de cuadros permanentes y móviles, en torno a los cuales se forman las fuerzas locales. Serían estos cuadros los que establecen vínculos entre cada una de las unidades y llegan a formar así lo que Hobsbawm llama un «ejército de guerrilleros», capaz de llevar a cabo una estrategia de alcance nacional y de transformación en un ejército de verdad¹²¹. Precisamente, la hipótesis que se defiende en este trabajo es que las guerrillas carlistas constituyen un ejemplo prototípico de este ejército de guerrilleros, que conforma un modelo militar exitoso o eficaz, capaz de evolucionar en un ejército regular plenamente operativo a todos los efectos.

Por otro lado, Antonio Moliner Prada, centrándose en la Guerra de la Independencia (acontecimiento histórico capital para entender el origen de las guerrillas contemporáneas en todo el mundo), considera indiscutible que las guerrillas, al tener que sobrevivir sobre el terreno, actuaron de un modo similar a los bandoleros, contrabandistas y otros grupos criminales organizados. Como también hicieron, por cierto, los distintos ejércitos intervinientes en la contienda. Por ello, se hace en ocasiones bastante difícil separar el fenómeno guerrillero del bandidaje puro y duro. La frontera entre las acciones guerrilleras y los delitos comunes no es fácil de deslindar, según se desprende de las continuas protestas de muchos pueblos ante las autoridades de la Junta Central y el Consejo de la Regencia por los excesos cometidos por los guerrilleros¹²².

Moliner Prada subraya que, pese a todo lo anterior, no se puede generalizar ni concluir, afirmando con rotundidad (tal como ha hecho el profesor británico Charles Esdaile en sus últimos trabajos sobre este tema), que las diferentes partidas y guerrillas no eran en ningún caso grupos de patriotas. Se trataría, siempre según Esdaile, de grupos organizados de bandoleros, desertores y oportunistas que habrían aprovechado la coyuntura favorable para medrar durante la guerra contra Napoleón. No cabe duda de que las actividades bélicas sirvieron a menudo de cobertura, o como pretexto, para llevar a cabo ataques contra la propiedad o la vida. Máxime teniendo en cuenta las facilidades para enriquecerse que un conflicto bélico de las inmensas proporciones que alcanzó el de 1808-1814, ofreció como estímulo para enrolarse en las guerrillas, siendo, además, este *modus vivendi*, en muchos casos, la única alternativa viable para sobrevivir. De esta manera, el fenómeno guerrillero puede analizarse también desde el punto de vista de las políticas de seguridad y orden público que aplicaron las autoridades napoleónicas y afrancesadas, materializadas en sus campañas de propaganda, al equiparar a los guerrilleros con delincuentes comunes, brigantes, malhechores y simples bandoleros¹²³.

Ronald Fraser coincide con Moliner, apuntando que los actos individuales de agresión contra los soldados napoleónicos se iniciaron casi desde el mismo

¹²¹ Hobsbawm, E.J. *Gente poco corriente...* op. cit., p. 170.

¹²² Moliner Prada, A. "Rebeldes, combatientes y guerrilleros", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 38, 1, 2008, pp. 115-134.

¹²³ *Ibidem*.

momento en que los imperiales pusieron el pie en España. El más significativo de ellos fue quizá uno de los menos conocidos a la vez: mientras correos y ayudantes de campo de Napoleón atravesaban indemnes a caballo otros países europeos ocupados o beligerantes, en España la población civil local los apresaba, les confiscaba las alforjas, los mensajes, el armamento y los caballos, asesinando o encarcelando a los jinetes para pedir recompensa por ellos. De hecho, para Fraser, al inicio de la Guerra de la Independencia existían muy pocas diferencias entre los que se convertirán pronto en las futuras guerrillas patriotas y los bandoleros comunes, situación difusa en la que algunos elementos incontrolados permanecerán durante la totalidad del conflicto¹²⁴.

Contra esta misma equiparación, parcial, sesgada e interesada, advierte Alfonso Bullón de Mendoza, en su prólogo a una monografía recientemente publicada sobre la Tercera Guerra Carlista en Cantabria. Para Bullón, la utilización exhaustiva de fuentes primarias —en este caso concreto empleadas para realizar un muy completo estudio regional sobre la historia militar de este conflicto civil del XIX— permite desmontar la arquetípica visión que suelen proporcionar las fuentes mayoritariamente procedentes del bando de los vencedores (ampliamente utilizadas por la historiografía dominante sobre la materia), equiparando guerrillas carlistas con grupos de delincuentes. La realidad dista mucho de la mencionada imagen transmitida por la prensa liberal, tildando a las partidas legitimistas de meros grupos “latrofaciosos”, que actuaban a su antojo y persiguiendo el lucro o beneficio económico personal. Es un hecho ampliamente contrastado por la documentación relevante disponible que las fuerzas guerrilleras carlistas cántabras actuaban, «según el periodo, a las órdenes de la Junta de Cantabria o de su Comandancia Militar», en palabras del propio Bullón¹²⁵.

Precisamente Rafael Palacio Ramos, el autor del mencionado estudio sobre la Tercera Guerra Carlista en Cantabria, subraya que es necesario partir de la base de que, lejos de los tópicos e imágenes falseadas intencionadamente al hablar de las guerrillas carlistas (creados por la citada prensa liberal y asumidos sin crítica ni contraste alguno por cierta historiografía, supuestamente especializada y aún en boga), reduciéndolas a pequeños grupos “latrofaciosos”, prácticamente independientes que se movían a su antojo, las partidas legitimistas estaban sometidas siempre a una autoridad superior: bien a la Junta Carlista respectiva, o bien a la Comandancia Militar de la que dependiesen geográficamente. Y para Palacio este es un hecho sobre el que las fuentes no ofrecen ninguna duda al respecto¹²⁶.

Juan Pedro Recio Cuesta, en su exhaustivo estudio sobre la Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840), sigue abundando en esta línea, al realizar una serie de oportunas y necesarias puntualizaciones sobre las guerrillas carlistas en su conjunto. Así, comienza recalcando la distorsionada imagen que

¹²⁴ Fraser, R. *Las dos guerras...* op. cit., p. 119.

¹²⁵ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. “Prólogo”. En Palacio Ramos, R. *La Tercera Guerra...* op. cit., pp. 9-10.

¹²⁶ Palacio Ramos, R. *La Tercera Guerra...* op. cit., p. 45.

se fue creando de las partidas legitimistas a lo largo de la mencionada guerra, que todavía perdurara en el imaginario colectivo de no pocos españoles. Esto se debe a que los cristinos no solo trataron de ocultar sus logros militares por todos los medios posibles, o de restar importancia a su capacidad de choque frente a tropas del ejército o unidades contraguerrilleras como las de los cuerpos francos o la Milicia Nacional —normalmente mejor adiestradas y, desde luego, mucho mejor armadas y pertrechadas, especialmente las fuerzas regulares—, sino que, por lo general, rebajaron a las guerrillas carlistas a la mera categoría de cuadrillas de bandidos o bandas de salteadores, sin ninguna motivación política, y con el claro fin de desprestigiar al máximo, tanto al jefe de la partida y a la guerrilla en su conjunto, como a todo lo que representaba el carlismo¹²⁷.

En consecuencia, durante los años de la guerra el bando cristino solía calificar a las guerrillas legitimistas, despectivamente, con el apelativo de «facciones» —término que ya se aplicó a las guerrillas realistas durante la guerra constitucional—, que se compondrían de «facciosos» o, el aún más denigrante y ya citado «latro-facciosos»¹²⁸. Ciñéndose al caso concreto extremeño, Recio Cuesta comienza reconociendo la obviedad de que, indudablemente, también en varias ocasiones las guerrillas cometieron actos de rapiña y saqueo. Sin embargo, añade que es necesario realizar una serie de precisiones, que sirven, cuanto menos, para replantearse, o al menos cuestionar seriamente, esa negativa, falsa y estereotipada imagen, casi un lugar común ya, creada por los cristinos (no se olvide, al fin y a la postre, los vencedores), que pretendía reducir a las guerrillas carlistas a la condición de meras bandas de ladrones y contrabandistas, sin más interés que el lucro económico de la rapiña o el botín, así como de funcionar con la más completa descoordinación, sin organización alguna. En primer lugar, una machacona propaganda difamadora de los cristinos se regodeó en repetir constantemente que los ataques guerrilleros a la población civil eran indiscriminados, dirigiéndose incluso contra los lugareños considerados con seguridad como carlistas. También proporciona Recio Cuesta ejemplos de la prensa de la época y en distintos boletines oficiales de las provincias, afirmando que los guerrilleros carlistas sometían por la fuerza a los pueblos, junto con testimonios de los propios cristinos moviendo a dudar de ello. Finalmente, resalta planes trazados conjuntamente por las guerrillas extremeñas que llegaron a operar, además, frecuentemente en operaciones coordinadas con las potentes partidas carlistas de La Mancha¹²⁹.

Por otro lado, si bien es cierto que el móvil económico o la pura subsistencia fueron un poderoso reclamo que atraían a las guerrillas a individuos de muy diversa condición y pelaje, que no dudaban en prestar sus servicios al mejor postor (en muchos casos, miembros de las numerosas bandas de contrabandistas, bandoleros, ladrones y malhechores que pulularon por todo el territorio nacional durante el Antiguo Régimen, e incluso después), Recio Cuesta advierte que su presencia no fue exclusiva dentro de las partidas carlistas. Ciñéndose al caso extremeño durante la Primera guerra Carlista, afirma que el

¹²⁷ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 380-381.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 381.

¹²⁹ *Ibidem*, pp. 382-384.

bando cristino también se valió de los servicios de cuadrillas de salteadores, cuatrerros, contrabandistas y otros delincuentes similares, que en calidad de mercenarios fueron integrados en lo que se conocieron como partidas o cuerpos francos, dependientes de las diputaciones. Muchos de ellos acabarían haciéndose célebres por los diversos estragos y tropelías cometidos contra la población civil, especialmente en la demarcación cacereña¹³⁰.

Por último, José Antonio Gallego García también rechaza de plano esta interesada y sesgada identificación entre guerrillas carlistas y bandolerismo en su libro sobre el cura Merino y sus campañas militares entre 1808 y 1840. Refiriéndose a la constante acusación de ladrones que se lanzaba contra algunos pequeño destacamentos legitimistas castellanos, precisa este autor:

“Ese constante insulto de ladrones que se hacía algunos (sic) pequeños destacamentos carlistas, se debía a que asumían el papel de “aduaneros”, encargados de controlar los caminos, interceptando correos y exigiendo contribuciones a quienes transitaban por ellos, convirtiéndose en una verdadera pesadilla para las autoridades cristinas, pues su presencia y actividad no solo alteraba el tráfico tanto de personas como de mercancías, sino que transmitía la sensación de que sus armas dominaban las comarcas en el que (sic) actuaban”¹³¹.

Ahora bien, una vez dicho todo lo anterior, debe quedar muy claro que no se pretende bajo ningún concepto dar una imagen edulcorada, atenuada, amable o inocua (en definitiva, falsa) de las acciones ejecutadas por las guerrillas realistas: se trata de guerra irregular, pero guerra al fin y al cabo, que por sus especiales características —definidas por extenso a lo largo de esta tesis doctoral—, no estaba exenta de todo tipo de actos deleznable y brutales, de saqueos y pillajes contra sus enemigos o la población civil. El tipo de guerra de guerrillas ejecutada en España, especialmente en la primera mitad del s. XIX, (al igual que la de cualquier otro lugar o periodo), y más teniendo en cuenta el especial encono y ferocidad de que suelen revestirse conflictos bélicos como las guerras civiles durante las que tuvieron lugar, no son precisamente escuelas de honorabilidad o de caballería, ni coyunturas favorables al respeto de derechos, títulos, circunstancias o excepciones; más bien todo lo contrario. Pero si es necesario recalcar y tener muy presente estas precisiones sobre las partidas carlistas, referidas específicamente a las cántabras, extremeñas y castellanos, pero aplicables a las demás en general, pues constituyen un fenómeno histórico relativamente unívoco y homologable al resto de las guerrillas legitimistas en su proceder. De todo ello se deduce claramente lo equivocado, parcial interesadamente distorsionado y, sobre todo, falso que resulta reducirlas al estereotipo de meras bandas de «latro-facciosos»; o simples grupos de hombres, habitualmente descritos como desharrapados, feroces y

¹³⁰ Juan Pedro Recio ilustra esta información con el caso de un tal Víctor Semental, alias «Ruin señor», cabecilla de una de estas cuadrillas de delincuentes, vecino de Ceclavín, que se movió por el noroeste de la provincia cacereña durante la Primera Guerra Carlista (Sierra de Gata, tierras de Granadilla). Tuvo en constante alerta a los pueblos de la zona, prolongando sus acciones de pillaje incluso ya finalizado el conflicto bélico. Ver *Ibidem*, p. 374.

¹³¹ Gallego García, J.A. *El cura Merino...op. cit.*, tomo II, p. 208.

entre los que reinaba la más absoluta descoordinación y desorden, con la única pretensión del lucro económico o el beneficio personal a través del botín¹³².

3.9 Conceptos clave

Una parte significativa de la historiografía militar contemporánea sostiene que uno de los rasgos definitorios de la guerra moderna lo constituye el sustancial aumento de las acciones bélicas irregulares: terrible faceta de las conflagraciones contemporáneas y del mundo actual que se endurecen así a una escala generalizada, desprovistos de todo tipo de control o reglas de enfrentamiento. Así, no son infrecuentes operaciones extremadamente sangrientas, crueles y brutales, junto con el uso sistemático de métodos de violencia gratuita (especialmente contra población civil indefensa), que enfatizan la barbarización que suele conllevar este tipo de actos propios de la guerra irregular. Piénsese, por ejemplo, en la forma de actuar de los llamados “señores de la guerra”, que combinan las tácticas guerrilleras con actividades más propias de la delincuencia organizada internacional e, incluso, del terrorismo. Todo este complejo escenario bélico comenzó, y se hizo especialmente evidente, a partir de la primera guerra de guerrillas a gran escala, que tuvo lugar en España durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)¹³³.

De este modo, se pone en evidencia la gran dificultad que supone acotar y definir con la mayor exactitud posible a todos los posibles actores que intervienen en el complejo mundo de la guerra irregular, entre ellos, concretamente, y de modo destacado y protagonista, las guerrillas (Emilio de Diego ha incidido suficientemente en esta cuestión, ver capítulo II de esta tesis). Pero el problema se torna aún más peliagudo al plantearse toda una serie de variables que inciden en alcanzar una definición lo más precisa posible, capaz de abarcar distintos aspectos clave como los planteados por el mencionado autor.

De ahí la necesidad de reiterar que el único elemento sustantivo común a todas las guerrillas contemporáneas, tal como ha quedado ya subrayado, es su forma de combatir, esto es, su comportamiento militar irregular, sin ningún tipo de sujeción a las leyes y cánones militares establecidos por los estados modernos. Junto a ello, podríamos anticipar características esenciales como su pretensión de actuar con la mayor autonomía posible; contar con unos jefes carismáticos y naturales de su zona de actuación concreta y una disciplina férrea, pero autoimpuesta¹³⁴. A lo largo de este trabajo, se espera haber demostrado suficientemente el cumplimiento generalizado de estas reglas elementales de actuación de las partidas guerrilleras del periodo objeto de estudio en España. Y

¹³² Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 383.

¹³³ Como muestra más significativa de esta corriente historiográfica ver Aznar Fernández-Montesinos, F. *Entender la guerra...* op. cit., Lind, W.S.; Nightengale, K.; Schmitt, J.F.; Sutton, J.W. y Wilson, G.I. “The Changing Face”...op. cit., pp. 22-26; Losada, J.C. *De la honda...* op. cit., y Kaldor, M. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Madrid: Tusquets, 2001.

¹³⁴ Pons Prades, E. *Guerrillas españolas 1936...* op. cit., pp. 142-144.

al analizarse formas de combate guerrilleras, se insiste en que será necesario recurrir permanentemente a la Historia Militar, y más específicamente, a los elementos clave, ya descritos, y que constituyen la ciencia militar, abordando, por tanto, el análisis histórico de las guerrillas desde el punto de vista de la estrategia, la táctica, la logística, el armamento, la uniformidad-vestuario, el reclutamiento y la intendencia, confrontándolo todo ello con las preceptivas fuentes primarias y secundarias.

Pero previamente, es conveniente delimitar claramente el marco teórico y conceptual dentro del que se circunscribirá el estudio del fenómeno guerrillero. A este respecto, y estableciendo como punto de partida la idea de las guerrillas como paradigma del “pueblo en armas” (o, al menos, como una forma de guerra con una imprescindible, fuerte e indiscutible raíz popular, de masiva movilización social), se podrían formular una serie de características y definiciones comunes a todos los movimientos guerrilleros modernos. Así, el politólogo y profesor de Stanford Jeremy Weinstein, especialista en el estudio de las guerras civiles, define cuatro puntos básicos atribuibles a las guerrillas contemporáneas:

- Estrategia: las guerrillas emprenden campañas que se pretenden desarrollar a lo largo de periodos prolongados de tiempo; así, buscan derrotar al enemigo desgastándolo y quebrando su moral de combate (anular su voluntad de lucha), más que destruirlo en un combate decisivo, con una estrategia eminentemente defensiva.
- Táctica: las guerrillas se estructuran en grupos irregulares de civiles, de tamaño pequeño y de gran movilidad, sin armamento pesado.
- Territorio: el espacio en el que se mueven está bajo el control de sus enemigos (en este trabajo se verá que no siempre es así, y que se dan casos, como sucede en las guerras carlistas o en la Guerra de Secesión estadounidense, donde no se cumple este punto). Tal vez pudiera deberse al carácter de guerra civil que afecta a ambos conflictos bélicos¹³⁵.
- Logística e intendencia: las guerrillas establecen una relación de dependencia directa con la población del territorio donde actúan, y de la que obtienen los recursos necesarios para sobrevivir. Fundamentalmente, se trata de alimentos, cobertura y refugio, suministros e información¹³⁶.

En general, la literatura especializada en el estudio de las guerrillas contemporáneas (Gil Merom, Samuel Huntington, Anthony Joes) coincide en describir la guerra de guerrillas como un producto de decisiones voluntarias tomadas por una comunidad o nación que, consciente de su debilidad militar

¹³⁵ Respecto a las características específicas de las guerrillas que operan en guerras civiles, ver Nichols B. *Guerrilla Warfare in Civil War Missouri September 1864-June 1865*. Vol 4, Jefferson, McFarland, 2014.

¹³⁶ Weinstein J.M. *Inside rebellion: The politics of insurgent violence*. Cambridge: Cambridge University Press; 2006, p. 29.

frente a un enemigo más poderoso, elige un método de lucha más barato y menos vulnerable que la guerra regular —de nuevo la caracterización de los guerrilleros como nación en armas—. Esta forma de combate requerirá tomar la iniciativa táctica en momentos, lugares y formas concretas, y al ser el arma del débil será utilizada sólo cuándo y dónde no existe posibilidad alguna de usar medios bélicos convencionales¹³⁷.

La guerra de guerrillas es un fenómeno histórico que no puede adscribirse a una cultura, ideología, espacio geográfico, periodo cronológico o movimiento concretos; lo único que define a las guerrillas no es por qué luchan, ni cuándo ni dónde, ni siquiera quiénes, sino cómo combaten. Por ello, el conflicto bélico protagonizado por partidas aparece definido por un sistema que integra un conjunto de estrategias, tácticas, logística, armamento, reclutamiento, intendencia y demás aspectos de la ciencia militar (con elementos característicos que responden a la guerra irregular), que suelen suponer el único modo viable del bando débil de guerrear contra un enemigo más fuerte desde tiempos inmemoriales¹³⁸.

A partir de todo lo expuesto anteriormente, y siguiendo al historiador, especialista en las guerrillas españolas (1808-1814), Antonio Carrasco Álvarez, se pueden establecer una serie de definiciones sobre conceptos clave que se desarrollarán en este trabajo, y que servirán de marco teórico de referencia y como herramientas de análisis histórico-militar:

- Acciones guerrilleras: cualquier tipo de actividad de resistencia insurgente realizada fundamentalmente por paisanos y soldados “dispersos” (o eclesiásticos), operando normalmente en territorio bajo ocupación enemiga, aunque cabe el caso también de intervenciones en tierra de nadie o bajo control propio. Pueden ser tanto acciones oportunistas como planificadas.
- Partidas guerrilleras: hace referencia a grupos indeterminados de combatientes irregulares, desde unos pocos a varios cientos de individuos, aunque generalmente de pequeño tamaño, con voluntad de permanencia. Principalmente, estarían integradas por los individuos antes mencionados y actúan en un territorio que, con las características ya descritas, suele reclamar como zona exclusiva de actuación¹³⁹.

¹³⁷ Para comparar distintas visiones sobre la guerra de guerrillas, se puede consultar Huntington, S.P. “Introduction” En Osanka, F. M. (ed), *Modern Guerrilla Warfare: Fighting Communist Guerrilla Movements*. New York: Free Press Ed., 1962; Joes, A. J. *Guerrilla Warfare. A Historical, Biographical and Bibliographical Sourcebook*. Westport, Greenwood Press, 1996.

¹³⁸ Carrasco Álvarez, A. *La guerra interminable* ...op. cit., pp. 31-32.

¹³⁹ Almirante define partida como «Pequeña tropa, ordinariamente al mando de un sargento, destinada o destacada a cualquier facción o asunto del servicio. La tropa franca o irregular, bando, guerrilla, no considerada como parte integrante del ejército activo, aunque obre en combinación con él». Ver Almirante, J. *Diccionario Militar*...op. cit., vol. II, p. 836.

- Guerrilleros: combatiente irregular, generalmente civil (también eclesiástico), o militar no profesional, desvinculado en ese momento concreto de cualquier unidad regular¹⁴⁰.

Con respecto a los soldados “dispersos”, integrados en este tipo de partidas guerrilleras irregulares, el historiador británico Ronald Fraser (que ha investigado la historia social de la Guerra de la Independencia), profundiza en su perfil¹⁴¹. Ciertamente tanto Fraser como Carrasco se refieren siempre a este conflicto bélico en concreto, considerando, ambos este fenómeno de la “dispersión” de efectivos militares tras las derrotas del ejército regular como algo genuinamente típico del periodo 1808-1814. Sin embargo, podría haber elementos militares integrados en partidas guerrilleras de guerras posteriores de la España decimonónica con características similares. Alejándose de la visión dominante en ciertos sectores de la historiografía contemporánea (por ejemplo, la del hispanista británico Charles Esdaile), que los suele tildar de simples desertores o prófugos¹⁴², Fraser los define como aquellos miembros del ejército regular que, tras una serie de derrotas aplastantes, y viendo sus unidades de origen desaparecidas, disueltas, o bien mayoritariamente prisioneras, deciden abandonar toda conexión reglamentaria con las mismas. Pero esto no implicaría que cesen en su voluntad de combatir, sino que pueden perfectamente persistir en su moral de combate, como es posible apreciar en acciones guerrilleras concretas¹⁴³.

Este planteamiento de Fraser resulta de una lógica aplastante, pues piénsese que en las partidas guerrilleras irregulares encontraron una forma de continuar luchando, pero a la vez suponía una forma de cubrir las obvias necesidades de subsistencia, máxime en tiempos de grandes penalidades y zozobras como lo son los bélicos (especialmente si son tan devastadores como la Guerra de la Independencia o la Primera Guerra Carlista). De este modo, se les proporcionaba un *modus vivendi*, alejado además de los rigores e inflexibilidades de la disciplina militar, sobre todo en aquellos tiempos —piénsese que estos soldados no son profesionales de la milicia, sino conscriptos procedentes de la leva obligatoria—, que encontrarán una integración más acorde con su condición social y profesional en este tipo de unidades de combatientes irregulares de civiles.

A este respecto, Carrasco Álvarez hace una interesante precisión con respecto a estos soldados “dispersos”. Para él, hay que tener cuidado al llamar “soldados” a estos individuos. Y es que, efectivamente, en muchos casos se trataba de poco más que paisanos con uniforme. Se habían incorporado a regimientos de nueva creación durante los tempestuosos primeros momentos de la insurrección general, pero ante la evidencia de la gran inferioridad militar española, la endémica carencia de suministros de todo tipo y la creciente desmoralización, habrían optado por volver a sus hogares con sus familias.

¹⁴⁰ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...* op. cit., p. 48.

¹⁴¹ Fraser, R. *Las dos guerras...* op. cit., p. 129.

¹⁴² Esdaile, C. *España contra Napoleón...* op. cit., pp. 243-254.

¹⁴³ Fraser, R. *Las dos guerras...* op. cit., pp. 129-130.

Luego, unos se unieron a bandas de maleantes, mientras que otros prefirieron continuar la lucha integrándose en las guerrillas¹⁴⁴.

En resumen y siguiendo de nuevo a Carrasco Álvarez, las partidas guerrilleras españolas del periodo 1820-1840 se consideran un fenómeno eminentemente popular, inicialmente espontáneo, protagonizado por diversos sectores sociales (fundamentalmente paisanos y los ya definidos soldados “dispersos”, pero también fueron frecuentes los combatientes pertenecientes al clero, tanto secular como regular), y sin perjuicio de su edad o sexo. Las guerrillas modernas constituyen una clara alternativa popular, e incluso revolucionaria, a la tradicional guerra regular convencional.¹⁴⁵

Además, es preciso tener en cuenta que en España el proceso de formación de este tipo de guerrillas se vio facilitado por la existencia de formas populares preexistentes de autodefensa o milicias locales, algunas de rancia raigambre medieval (como es el caso ya citado de los somatenes) y los “*miquelets*”, ambas de Cataluña, o las alarmas gallegas y asturianas. Según el ya citado Carrasco, estas instituciones pudieron servir de modelo y mecanismos de integración y cohesión para las guerrillas surgidas a partir de finales del S. XVIII, y cuya eclosión, conformación definitiva y generalización se produjo a partir de la Guerra de la Independencia¹⁴⁶.

Así pues, y continuando en la misma línea de interpretación, actualmente se puede entender por guerrillas un sistema de guerra irregular, caracterizado por la existencia de una situación bélica en la que, al menos, una de las partes en conflicto no está integrada en una organización militar estatal, y que además emplea medios de combate (estrategias, tácticas, armamento, logística, intendencia, vestuario) no convencionales, como mecanismos para disputar el control político y militar del espacio al ejército regular enemigo¹⁴⁷.

La historiografía militar coincide en señalar que la guerra de guerrillas es un método de combate recurrente a lo largo de la historia, resumible muy gráficamente en el simbólico “David frente a Goliat”, según la vieja metáfora habitual al uso. Afirma la doctrina que si no se pueden formar ejércitos instruidos y bien equipados, no queda más remedio que recurrir a las guerrillas (fenómeno universalmente reiterado y comprobable a lo largo de la historia mundial en multitud de guerras)¹⁴⁸. Francisco Cabrera y Domingo Blasco se muestran de acuerdo con este principio, añadiendo además que en el caso español, salvo escasas excepciones, las insurgencias guerrilleras españolas son mayoritariamente fruto de las profundas y reiteradas carencias estructurales de las sociedades españolas, fundamentalmente, del Antiguo Régimen: estos

¹⁴⁴ Carrasco Álvarez, A. “La guerrilla”. En *Desperta Ferro Historia Moderna*, número especial II, 2012, pp. 49-50.

¹⁴⁵ Carrasco Álvarez, A. “Guerrillas”. En Diego, E. y Sánchez-Arcilla, J. (dirs), *Diccionario de la guerra de la Independencia*. Tomo I. Madrid: Actas, 2011, pp. 830-834.

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 831.

¹⁴⁷ *Ibidem*, pp. 832-833.

¹⁴⁸ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...* op. cit., pp. 84-85, y Díaz-Torrejón L. “El movimiento guerrillero...” op. cit., pp. 110-111.

autores mencionan como ejemplo prototípico el de las guerrillas de la Guerra de la Independencia¹⁴⁹.

Recapitulando todo lo anteriormente expuesto, es posible caracterizar a una guerra de guerrillas por la suma de daños que un pequeño grupo de combatientes irregulares decididos (sin distinción en cuanto a su edad, sexo, condición social o profesional), puede infligir a un ejército regular, lastrado y, en muchos casos, entorpecido por cauces reglamentarios, cadenas de mando, su lógica de masas, el peso de su logística, intendencia, sanidad y demás servicios auxiliares orgánicos, y, finalmente, por funcionar conforme a la rigidez de los principios estratégicos y tácticos, propios de la guerra regular desde la Antigüedad.

¹⁴⁹ Blasco Verdú, D. y Cabrera Castillo, F. *El Frente Invisible...* op. cit., p. 15.

IV. EL COMBATE GUERRILLERO

4.1 Orígenes

Francisco Luis Díaz Torrejón, en un trabajo sobre el movimiento guerrillero de la Guerra de la Independencia, afirma que la invasión y ocupación de España por poderosos ejércitos napoleónicos entre 1808 y 1814 provocó, junto a la reacción del ejército regular español, una respuesta bélica del pueblo. Así, junto a la guerra regular entre ambas fuerzas armadas —incrementada luego por la intervención del ejército angloportugués—, se desarrolló a la vez una guerra de carácter irregular protagonizada por combatientes de la población civil. Para este autor, ello supuso un recurso inédito en las guerras de liberación europeas y constituye un sello genuino de dicha conflagración española¹⁵⁰.

Al contrario de lo que sucede en todo el resto de los países ocupados por el imperialismo militar bonapartista, en España amplios sectores civiles de la sociedad participaron activamente en la lucha contra los cuerpos de ejército napoleónicos. Y lo harán, según este autor:

“reinventando una modalidad bélica que no es más que la proyección de otra ya practicada en tiempos pretéritos a lo largo y ancho de las tierras hispanas. Se trata de un procedimiento ofensivo basado, sobre todo, en la sorpresa, el asalto y la emboscada, a la par que se ve favorecido por factores orográficos y culturales”¹⁵¹.

Con respecto a dichos factores, Ronald Fraser menciona condicionantes socioculturales y geográficos que pudieron facilitar el desarrollo de un potente movimiento guerrillero en España a partir de 1808, en forma de resistencia popular armada. Entre los primeros, destaca el autor tres: uno sería la autodefensa popular, asumida como una necesidad y a la vez un derecho propio por los sectores campesinos bajo el Antiguo Régimen. Esta población rural se había visto obligada a asumir la protección de sus vidas, familias, hogares y tierras de toda una proliferación de bandidos, contrabandistas, cuatros, salteadores de caminos y demás delincuentes, en los turbulentos años finales del siglo XVIII. En consecuencia, dichos campesinos estarían habituados al uso de armas de fuego (piénsese, especialmente, en el uso de escopetas y rifles de caza más o menos artesanales, actividad que, por otro lado, contribuía a complementar la dura forma de subsistencia típica del campesinado contemporáneo español, especialmente durante el periodo decimonónico)¹⁵².

La segunda e importante condición previa de las guerrillas fue el sistema de propiedad de la tierra. En zonas de España —especialmente en la franja septentrional, Galicia, Asturias, Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña, pero

¹⁵⁰ Díaz Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., pp. 107-125.

¹⁵¹ *Ibidem*, p. 107.

¹⁵² Fraser R. *Las dos guerras...*op. cit., pp. 127.

también en partes de Castilla— la población rural dominante estaba constituida por pequeño campesinado o labradores con contratos de arrendamiento duraderos y en muchos casos hereditarios, que les conferían derechos de propiedad o de dominio útil sobre la tierra. Sin duda, durante la Guerra de la Independencia, esta idea de estar protegiendo algo propio (y decisivo además para su subsistencia), fue un factor importante y determinante que fomentó la resistencia popular, y en especial, la aparición de las guerrillas. También afectó de forma destacada a su localización geográfica¹⁵³.

Además, en áreas costeras y fronterizas, grandes bandas organizadas de contrabandistas y bandoleros, fuertemente armadas, estaban siempre dispuestas a resistirse a aduaneros y recaudadores de impuestos, e incluso combatían regularmente a las fuerzas del orden y de resguardo fiscal estatales, incluyendo tropas regulares enviadas por los gobiernos para eliminarlas. Tampoco se debe perder de vista la presencia en zonas de España de las ya citadas milicias de voluntarios civiles, algunas de ellas, como ya se apuntó, con larga tradición (somatenes y *miquelets* en el Principado o las alarmas gallegas y asturianas), que supusieron un caldo de cultivo fundador a partir del cual se nutrieron las guerrillas¹⁵⁴.

Como resultado de todo lo expuesto supra, un gran número de habitantes del medio rural habrían adquirido cierta experiencia de lucha en pequeños grupos autoorganizados, que será de gran utilidad en las guerrillas de este periodo, comenzando por las que surgen durante la Guerra de la Independencia. Este trabajo sostiene la tesis de que estos individuos constituirán (junto a elementos militares diversos como, por ejemplo, los mencionados soldados “dispersos” —ver epígrafe 3.7—, es decir, desertores, prófugos o huidos) el “núcleo duro” de los combatientes integrados en las partidas guerrilleras.

El tercer factor sociocultural que propició la aparición de las guerrillas en 1808 fue la situación del ejército español al comenzar la guerra. Dominado por el estamento nobiliario, la carga del servicio militar obligatorio recaía sobre las clases populares más desfavorecidas, especialmente, los sectores campesinos. Todo ello, junto a mecanismos injustos como la redención en metálico para evitar ser llamado a filas (obviamente, sólo al alcance de los más pudientes), propició que a comienzos del siglo XIX muchos reclutas desertasen. Así, es comprensible que, en la Guerra de la Independencia, tras las numerosas y catastróficas derrotas iniciales, muchos soldados (e incluso, algunos oficiales), se desbandasen huyendo del enemigo. Un número importante de los que conservaban intacta la voluntad de lucha y moral de combate se unieron a alguna de las múltiples partidas guerrilleras que comenzaban a surgir por todo el territorio nacional, escapando así del control de unas autoridades militares de las que desconfiaban, de las constantes derrotas en el campo de batalla, de la dura disciplina militar y de la crónica falta de suministros y pertrechos de todo tipo,

¹⁵³ Para una explicación más detallada sobre este factor de la propiedad de la tierra en la España del Antiguo Régimen, desde una perspectiva fundamentalmente socioeconómica, ver Fraser R. *La maldita guerra...* op. cit., pp. 541-543.

¹⁵⁴ Fraser R. *Las dos guerras...* op. cit., pp. 128.

situación casi endémica en el ejército español a lo largo de prácticamente todo el conflicto¹⁵⁵.

Con respecto a los condicionantes geográficos, Fraser aduce que el conocimiento del terreno (que se pretende convertir en área de actuación excluyente), reforzado por su explotación logística e imprescindible *modus vivendi*, constituyen las claves principales de la aparición, posterior auge y éxito de las guerrillas. En este contexto, el factor orográfico cobra todo su sentido: la accidentada, montañosa y a menudo desértica topografía española —claramente hostil para el enemigo invasor—, reveló su carácter decisivo e idóneo para el desarrollo de este tipo de guerra irregular. Efectivamente, será un terreno que se adaptará perfectamente al método de combate guerrillero en todos los sentidos¹⁵⁶.

4.2 Principios estratégicos del combate guerrillero

El carácter eminentemente popular e irregular de las formaciones guerrilleras determinarán su clara heterodoxia en el terreno de la operatividad militar. En ellas casi nada se ajusta a normas académicas, y, por lo tanto, sus pautas de actuación tampoco tienen nada que ver con las prácticas habituales de la guerra, que son las seguidas normalmente por los ejércitos. Consecuentemente, los grupos guerrilleros ejecutarán las operaciones de combate de una manera particular, no convencional, con un enfoque característico de la guerra irregular. Lógicamente, dada la diferencia de potencial de choque respectiva, los guerrilleros nunca pueden luchar contra tropas militares en igualdad de condiciones, conforme a los tradicionales usos y costumbres de la guerra regular¹⁵⁷.

Debido a ello, los movimientos guerrilleros tendrán que desarrollar sus propios procedimientos operativos de combate. Por simple cuestión de subsistencia deberán ajustarlos, estrictamente, a una serie de sistemas de actuación empíricos, de pura lógica y que no deben dejar lugar para la improvisación. En efecto, tanto Cassinello como Manuel Santirso Rodríguez coinciden en que, rodeadas como suelen estar las partidas guerrilleras por tropas regulares enemigas, superiores en todo, es muy difícil subsistir y, consecuentemente, ante todo, la supervivencia será obviamente su obligación primordial, si quieren seguir operando; para asegurarse dicha subsistencia dependerán, en gran medida, de la población de la zona donde operan. Así, y dada su manifiesta inferioridad material y humana, las partidas guerrilleras

¹⁵⁵ *Ibidem*, pp. 128-129.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 135.

¹⁵⁷ Díaz-Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., pp. 107-118.

practicarán siempre una guerra de desgaste, respuesta típica producida desde la inferioridad manifiesta de uno de los bandos en conflicto¹⁵⁸.

Todo lo anteriormente expuesto determinará que las guerrillas deban ceñirse a un cierto orden operativo que impondrá, en la mayoría de los casos, una forma de actuación conforme a ideas preestablecidas, comprobadas y adaptadas al tiempo y al espacio, rehuendo sistemáticamente el combate a campo abierto. Así, las acciones guerrilleras sólo podrán ser plenamente efectivas ante la dispersión de las fuerzas regulares enemigas. El verdadero poder combatiente de las partidas se revelará frente a secciones y elementos aislados o dispersos de los ejércitos a los que se enfrentan¹⁵⁹.

A los efectos de esta tesis, se entenderá por “estrategia” las directrices que se establecen para la toma de decisiones y el uso de todos los recursos disponibles para la conducción general de la guerra. La utilización de esos medios debe permitir la obtención de los fines u objetivos propuestos mediante dicha contienda bélica. Engloba todo lo que se planifica, se decide y se pone en práctica cuando no se está en presencia del enemigo. En este sentido, se pueden resumir los principios estratégicos fundamentales del combate guerrillero de la siguiente manera:

I. Estrategia eminentemente ofensiva

1. El primer planteamiento estratégico básico de las guerrillas es atacar siempre y no verse jamás obligadas a enzarzarse en combates defensivos. La idea fundamental se podría resumir en “atacar para vencer, atacar sólo cuando el éxito es seguro; si no lo es, no atacar”.

2. Enfrentadas normalmente a enemigos mucho más poderosos en medios materiales y humanos, las guerrillas deben seguir una estrategia específica que se ajusta siempre como elemento básico e irrenunciable de actuación al principio de la “diligencia operativa”, esto es, evitar entablar combates sostenidos. Ello implica que sea imprescindible la mayor brevedad posible entre las acciones de ataque y de retirada.

3. Otros elementos estratégicos cruciales son que las “maniobras de carga” estén siempre regidas por el factor sorpresa y que se emplee “el asalto” sistemáticamente como el mejor recurso ofensivo¹⁶⁰.

El golpe atacante buscará constantemente aquellos momentos de mayor desprevisión del enemigo, aprovechando a fondo los primeros instantes iniciales de desconcierto para asestar el mayor daño posible, a modo de zarpazo letal (elemento sorpresa). Este es el único modo de evitar la reacción instantánea de las fuerzas militares atacadas que, cuando se produzca, llegará demasiado tarde, porque si se siguen estas normas estratégicas básicas, los guerrilleros

¹⁵⁸ Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros...* op. cit., p. 17 y Santirso Rodríguez, M. “Prólogo” en Caridad Salvador, A. *El ejército y ...* op. cit. pp. 11-12.

¹⁵⁹ Díaz Torrejón F. L. “El movimiento guerrillero...” op. cit., p. 113.

¹⁶⁰ Artola, M. “La guerra de guerrillas. Planteamientos estratégicos en la Guerra de la Independencia”. En *Revista de Occidente*, nº 10, 1964, pp. 12-43.

habrán desaparecido ya del teatro de operaciones¹⁶¹. Para ello es necesario que se sincronicen perfectamente la resolución de los ataques con la máxima celeridad en la retirada, ya que el dinamismo (desplazamientos ágiles y rápidos) será el factor determinante que garantice la supervivencia. De este modo, el tiempo se convierte en un elemento decisivo del combate guerrillero y debe dosificarse con precisión si se desea eludir toda respuesta por parte del ejército enemigo. Siempre debe golpearse con la defensa preparada y, sin ninguna duda, no existe mejor defensa que la huida. Por eso, adquiere plena vigencia el lema los guerrilleros no se retiran, huyen¹⁶².

Otro elemento básico de la lucha guerrillera (que debe producirse inmediatamente tras los asaltos explosivos y las retiradas a gran velocidad), es la “dispersión” como sistema para eludir la respuesta de las unidades militares agredidas o de las fuerzas enviadas en su apoyo. Las partidas guerrilleras deben fragmentarse, teóricamente, en tantas partes como individuos las compongan, procurando abrirse en un abanico lo más amplio posible y correr en todas direcciones. Posteriormente, una vez pasado el peligro, los miembros de las guerrillas pueden volver a reunirse. Sería una “estrategia basada en las sorpresivas cargas y las evasiones a escape”, conforme al modelo concentración-dispersión-reconcentración¹⁶³.

Perfectamente acorde con esta estrategia operativa clave, la maniobra de combate básica de los guerrilleros será la emboscada fugaz, seguida por la rápida dispersión de los combatientes, aprovechando los accidentes geográficos más próximos (normalmente, montañas o cerros). Recapitulando, se pueden sintetizar muy claramente los principios básicos, y prácticamente invariables, de la estrategia guerrillera moderna con la siguiente secuencia:

- Cuidadosa elección de objetivos militares atacados en inferioridad
- Elemento sorpresa
- Carga muy rápida y contundente
- Máximo quebranto al enemigo
- Finalmente, “desaparición” del teatro de operaciones”: fuga acelerada y posterior dispersión. Para ello, las guerrillas deben ser expertas en mimetizarse perfectamente con el entorno, considerado a la vez como espacio geográfico y como espacio “humano” —definido en el punto III—¹⁶⁴.

Este concepto aparece definido de una manera muy gráfica en fuentes militares estadounidenses, en un artículo sobre las tácticas del Vietcong, en el que se subraya que esta guerrilla era temible por «el dominio del arte de enterrarse»¹⁶⁵.

¹⁶¹ *Ibidem*, pp. 18-19.

¹⁶² Díaz Torrejón, F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., p. 115.

¹⁶³ Artola, M. "La guerra de guerrillas...op. cit., pp. 20-21.

¹⁶⁴ Díaz-Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., p. 116.

¹⁶⁵ Wilkins, W. *Vietcong. Organización y tácticas*. Desperta Ferro Contemporánea, nº 6, noviembre-diciembre 2014, p. 25.

II. Conocimiento exhaustivo del territorio de operaciones

A pesar de los importantes elementos estratégicos desarrollados hasta el momento, y que describen con precisión el planeamiento del combate guerrillero moderno, debe tenerse muy en cuenta que no valdrían de mucho (careciendo, incluso, de sentido y, sobre todo de la imprescindible eficacia que debe acompañar a toda acción militar), si no cuentan con el concurso del segundo de los factores trascendentales: el dominio del espacio geográfico (concepto que debe ser entendido como estar en posesión de toda la información y detalles relevantes que permiten la plena explotación del terreno como factor esencial del combate).

Constituye un verdadero axioma de la ciencia militar el hecho indiscutible de que el medio físico favorece siempre a quien más y mejor lo conoce. En este sentido concreto, ésta será un arma esgrimida perfectamente por los guerrilleros, hasta el punto de identificarse perfectamente con el territorio, llegando a confundirse con él. A ello ayuda, obviamente, que estos combatientes irregulares suelen ser autóctonos y pelean en un terreno que conocen hasta el más mínimo detalle: en el fondo, se está hablando de algo tan primordial e instintivo como defender las vidas y los bienes propios y, por supuesto, los de la comunidad donde se insertan. Esto refuerza al guerrillero, invistiéndole de un poder inestimable. De este modo, las partidas acomodan maniobras y ataques al terreno, al suelo, pegados a la tierra, en una guerra telúrica que los difumina con el paisaje; así, nada les distingue del entorno geográfico. En definitiva, saben explotar al máximo todos los recursos que les ofrece el teatro de operaciones en el que actúan.

En consecuencia, resulta muy difícil sorprenderles en un medio natural que dominan como nadie. Los guerrilleros aprovechan al máximo las posibilidades estratégicas que ofrece la orografía: así, puede afirmarse que su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno. Efectivamente, el terreno es un elemento vital en la guerra y del cual no se puede prescindir, pues influye poderosamente en la marcha del combate¹⁶⁶.

En consecuencia y conforme a este vital principio de la guerra de guerrillas, los combatientes irregulares se tornaban en “invisibles” (condición facilitada por actuar en teatros de operaciones de geografía dura, fragmentada, compleja y de orografía difícil, como ocurre en gran parte de los hispánicos). Esto era así por su gran capacidad para mimetizarse con un entorno siempre muy familiar y conocido. Ello les proporcionaba un enorme grado de operatividad, reforzada además por necesitar una logística mínima: un chusco de pan o puñado de frutos secos, un trabuco o fusil viejo y algo de munición era todo el equipo necesario para los guerrilleros españoles.

¹⁶⁶ Artola, M. “La guerra de guerrillas...op. cit., pp. 15-16.

III. Apoyo y respaldo de la población autóctona

Pero es necesario señalar que la conjunción de todos los planteamientos estratégicos operativos que se han desarrollado, sumada al perfecto dominio del medio geográfico, no bastarían tampoco para conseguir la plena eficacia de la guerra de guerrillas. Además, debe contar con lo que se ha denominado «espacio humano», como tercer factor estratégico fundamental del combate guerrillero¹⁶⁷. Esta expresión puede identificarse con el apoyo mayoritario ofrecido por el pueblo a las partidas guerrilleras, sector social del que proceden, al fin y al cabo, gran parte de sus integrantes. Como ejemplo paradigmático, este respaldo alcanzó niveles muy altos durante la Guerra de la Independencia, evidenciado por el rechazo generalizado —cuando no sentimiento de odio— al ejército invasor bonapartista de la gran mayoría de los españoles, especialmente los sectores populares. De este modo, la población civil se convierte en colaboradora activa del movimiento insurgente. Esta implicación popular es un elemento trascendental para el éxito del fenómeno guerrillero, hasta el punto de erigirse en una de sus principales señas de identidad. Sin olvidar el potente refuerzo, ya relatado en el punto anterior, que supone para las acciones guerrilleras el contribuir también a la defensa de familiares, amigos y demás círculo estrecho, junto con sus medios de subsistencia. En la guerra de guerrillas tan solo combaten unos pocos, pero dependen del apoyo de muchos: es imprescindible que cuente con el respaldo colectivo y una amplia red social.

Resumiendo, el combate guerrillero basa su estrategia en la aplicación de los elementos de combate inherentes a una regla primordial: seguir una táctica de ataques selectivos dentro de una política de estrategia generalmente ofensiva y de guerra de desgaste (tal como se explicó en el primer planteamiento estratégico fundamental), sumada al dominio del espacio geográfico y a la indispensable colaboración popular. El principal objetivo militar de la guerra de guerrillas es erosionar al enemigo mediante ataques imprevistos basados en la superioridad local y en el apoyo generalizado de la población. En la aplicación estricta de esta guerra psicológica (destruir la moral de combate enemiga) y a largo plazo, basada en la combinación de los tres factores explicados, radicará la principal fuerza del movimiento guerrillero. La intensificación de la acción guerrillera fijará e inmovilizará sobre el terreno grandes contingentes de tropas enemigas, provocando su dispersión y debilitamiento¹⁶⁸.

4.3 Tácticas guerrilleras

En cuanto a las “tácticas guerrilleras”, en este trabajo se referirán siempre a las decisiones y medidas adoptadas cuando se está físicamente en presencia del enemigo y el combate con él es el recurso a utilizar. Por lo tanto, se mencionarán las formaciones en las que han de desplegarse hombres, caballos, armas y demás material de guerra irregular necesarios en el campo de batalla,

¹⁶⁷ Díaz-Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., p. 116.

¹⁶⁸ Para ampliar la información sobre los principios estratégicos fundamentales de la guerra irregular, ver Artola, M. "La guerra de guerrillas...op. cit., pp. 12-43.

el uso de esos recursos humanos y materiales, así como su mutua y estrecha complementariedad. También se hace referencia, y muy especialmente, a los arduos, asechanzas o estratagemas que en muchos casos deciden los combates.

Miguel Artola define los principios del combate guerrillero en su ya citada obra, de obligada referencia, sobre la Historia Militar de España. En su opinión, los principios tácticos de la guerra de guerrillas:

“se basan en la indefinición de los combatientes —cualquiera puede participar en la lucha— y el carácter impredecible del ataque. Cualquier soldado enemigo puede morir como consecuencia de una iniciativa individual, en cualquier lugar y momento”¹⁶⁹.

Las guerrillas, inferiores numérica y materialmente a las tropas regulares a las que combaten, deben actuar basándose en un nuevo concepto del dominio del espacio: renunciar a conservar un terreno determinado en un momento concreto, para de este modo mantener la libertad de acción en todo el espacio todo el tiempo, salvo el terreno específico que pisa materialmente el ejército invasor y sólo mientras lo hacen sus tropas físicamente, de modo literal. La iniciativa táctica guerrillera debe basarse en tres condiciones: la superioridad en el teatro de operaciones específico elegido para el ataque; máxima brevedad del combate y seguridad de un resultado favorable. Para ello, actúan siempre en lo que Artola denomina «espacio humano» (aprovechar siempre todas las posibilidades que les brinda el medio físico, sumado al creado artificialmente por la población civil, entre la que se mimetizan)¹⁷⁰.

A este respecto, las partidas guerrilleras suelen disponer de ojos y oídos en todas partes, viviendo profundamente integradas en el terreno del que proceden y de cuya población autóctona reciben ayuda y sostén. El desarrollo de las tácticas guerrilleras requiere, idóneamente, partidas integradas por combatientes que permanezcan lo más cerca posible de sus lugares de nacimiento y residencia. Así, podrán mezclarse y confundirse perfectamente con la población civil entre una y otra operación guerrillera emprendida¹⁷¹. Esto facilita enormemente emprender acciones tales como los ataques a la retaguardia enemiga, sorprendiendo a unidades desprevenidas —evitando siempre combates de envergadura con fuerzas regulares de gran entidad— o asaltos breves, tipo golpes de mano, a puntos estratégicos o importantes, ejecutados siempre con una extraordinaria movilidad y la máxima celeridad posibles, sin olvidar las emboscadas a mensajeros aislados o las trampas tendidas a convoyes de aprovisionamiento sin escolta suficiente¹⁷².

¹⁶⁹ Artola, Miguel. “La guerra de la Independencia”. En Artola, M. (coord.), *IV. Edad Contemporánea. El siglo XIX*. Vol. I, en O'Donnell y Duque de Estrada, H. (dir.), *Historia Militar de...op. cit.*, p. 76.

¹⁷⁰ *Ibidem*, pp. 77-78.

¹⁷¹ Martínez Laínez F. *Como lobos hambrientos...op. cit.*, pp. 97-102.

¹⁷² Blasco Verdú, D. y Cabrera Castillo, F. *El Frente Invisible...op. cit.*, p. 31.

La retirada a tiempo será también un elemento clave y constante de la táctica guerrillera. Se trata de evitar los combates en los que, como se ha dicho ya, no exista la certeza absoluta de la victoria. Por lo tanto, ésta será una condición previa inexcusable para la propia conservación y supervivencia. El recurso idóneo para lograr una retirada adecuada será la máxima dispersión tras el ataque. Este elemento táctico viene también favorecido por el hecho de que, en general, las guerrillas no suelen (ni deben) tratar de defender posiciones estáticas¹⁷³.

Seguidamente, y para ilustrar muy precisamente todos los elementos tácticos descritos hasta ahora, se puede citar al destacado jefe guerrillero navarro Francisco Espoz y Mina, uno de los principales líderes de las guerrillas españolas durante la Guerra de la Independencia: «Dos solos cartuchos repartí por plaza, verdad es que las municiones me escaseaban a lo sumo, pero de intento, porque en toda acción y principalmente siendo de sorpresa, según mi táctica conviene para vencer y vencer pronto con poca pérdida, gastar poca munición: el golpe primero que aturde y la bayoneta en seguida»¹⁷⁴.

Se puede apreciar en este sucinto relato, casi vertiginoso, muy cinematográfico, la esencia de lo que supone el combate guerrillero, con el valor añadido de proceder de uno de sus principales y más importantes intérpretes. Comienza con la táctica de lanzar una sola descarga al inicio de la típica emboscada guerrillera. Escasas casi siempre de munición, las guerrillas economizan recursos de este modo; además, el tiempo empleado en recargar las complejas armas largas de avancarga, en uso entonces, hubiera dado al traste con la decisiva ventaja estratégica del elemento sorpresa, justificando realizar un solo disparo inicial. Seguidamente, se emplea el combate cuerpo a cuerpo con arma blanca (en este caso, bayoneta, pero también era común el uso de cualquier acero afilado: navajas, puñales, cuchillos, hoces, hachas), según Fraser estilo de lucha característico del mundo rural —al que pertenecen la gran mayoría de los integrantes de las guerrillas, habituados, por tanto, al uso de este tipo de armas en sus tareas agrícolas, cinegéticas, en fin, en su *modus vivendi*—, y que causa al enemigo no habituado a combatir así más bajas que a los atacantes guerrilleros¹⁷⁵.

A continuación, el propio Ronald Fraser registra otro principio táctico, típico de la acción combativa de las guerrillas, consistente en la utilización y aprovechamiento del armamento (así como sus distintas partes y componentes en búsqueda de los tan escasos como necesarios repuestos), arrebatado a los ejércitos enemigos. De ello se deduce otra característica muy generalizada de las guerrillas: su casi endémica carencia de armas, municiones y todo tipo de pertrechos militares, que requerirá, por tanto, la máxima economización y eficacia de los recursos disponibles para el logro de los objetivos militares¹⁷⁶.

¹⁷³ Fraser, R. *La maldita guerra...* op. cit., p. 548.

¹⁷⁴ Tomado de Espoz y Mina, F. *Memorias del general Don Francisco Espoz y Mina escritas por él mismo, publícalas su viuda doña Juana María de Vega, condesa de Espoz y Mina*. Madrid, Imprenta y Estenotipia M. Rivadeneyra, 1851, tomo II, p. 16.

¹⁷⁵ Fraser, R. *La maldita guerra...* op. cit., pp. 548-549.

¹⁷⁶ *Ibidem*, p. 78.

Los guerrilleros operaban normalmente en terrenos montañosos (de modo similar a como lo haría la infantería ligera), donde se movían y desaparecían con facilidad. Pero esto no significa que sólo puedan actuar en estas zonas de orografía abrupta, porque también hubo partidas guerrilleras en las campiñas o en las dehesas. Esta es una muestra clara de su versatilidad y gran capacidad de adaptación plena al medio geográfico, posibilitando su eficacia operativa en distintos teatros de operaciones. Por ejemplo, en las llanuras, estepas y territorios afines predominarán las partidas de jinetes sobre las de a pie. Un buen ejemplo de ello lo proporciona Melchor Ferrer, cuando describe las guerrillas manchegas carlistas que actuaron, y con bastante efectividad, durante la Guerra de los Siete Años. Destacaba esta caballería volante por su gran movilidad y potencia de fuego (al ir fuertemente armados estos jinetes guerrilleros con armas de fuego portátiles, especialmente, escopetas y pistolas)¹⁷⁷. Y es que las guerrillas montadas ofrecen una mayor posibilidad de un ataque relámpago, seguido de una veloz retirada: nunca se debe intentar la defensa numantina de un punto cualquiera. Este es el carácter esencial de la lucha guerrillera¹⁷⁸.

Refleja perfectamente la imagen del combatiente guerrillero la expresada por el viejo dicho que recoge parte de la historiografía dedicada al estudio militar de las guerrillas: un guerrillero debía tener «corazón de león, estómago de mosca y pies de liebre», en metáfora correspondiente a los obligados valor, sobriedad y ligereza requeridos necesariamente por dicho sistema de combate¹⁷⁹. Todo ello agravado por guerras largas y de condiciones muy severas como las del periodo objeto de análisis, a lo que debe añadirse su desarrollo en un territorio accidentado y montañoso, de meteorología dura y extrema (más aún, sin los actuales sistemas de predicción meteorológica ni los medios tecnológicos para combatir los rigores invernales o caniculares). Por no mencionar que la mayoría de los combates tenían lugar en un medio rural ya de por sí bastante pobre y atrasado, esquilado además por contiendas largas y devastadoras como algunas de las expuestas en esta tesis¹⁸⁰.

Las actuaciones guerrilleras se van a caracterizar por la utilización siempre del factor sorpresa, junto con la mayor fugacidad posible en la ejecución de sus ataques; también por la dispersión de sus medios frente al principio de concentración de las acciones militares regladas; por el rápido abandono de sus posiciones iniciales, seguido de una velocísima retirada, que acabará en huida dispersa, de modo que no se ofrezca al enemigo un blanco susceptible de ser destruido por las acciones lejanas. El resultado táctico final de esta guerra de guerrillas (y, en cierto modo, característica definitoria de la guerra irregular), sería

¹⁷⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 183-184. También Santirso alude a las partidas de jinetes carlistas que operaron en La Mancha entre 1833-1840 (comparándolas con algunas unidades irregulares similares hispanoamericanas durante las guerras de emancipación). Ver Santirso Rodríguez, M. "Prólogo" en Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., p. 11.

¹⁷⁸ Díaz Torrejón, F.L. "El movimiento guerrillero..." op. cit., p. 15.

¹⁷⁹ Fraser, R. *La maldita guerra...* op. cit., p. 136.

¹⁸⁰ Ver Fraser, R. *Las dos guerras...* op. cit., pp. 127-128 y 135; también en Rodríguez González, A. R. "Las guerrillas de la Guerra de la Independencia: de partidas a divisiones (1808-1814)". En *Militaria. Revista de Cultura Militar*, núm. 7, p. 352.

causar el mayor daño posible en el menor tiempo disponible y corriendo el mínimo riesgo asumible¹⁸¹.

Las posibilidades de éxito de estas tácticas guerrilleras se multiplican sensiblemente cuando se produce una excesiva longitud y mala defensa de las líneas de comunicaciones enemigas; también al concurrir el imprescindible apoyo masivo de la población local; igualmente, por la deficiente organización de los servicios de retaguardia de los ejércitos regulares a los que combaten (en muchos casos, provocada por la propia acción guerrillera). Además, las guerrillas saben aprovechar al máximo el perfecto conocimiento de las peculiaridades geográficas del teatro de operaciones: en el caso español, una orografía peninsular abrupta y accidentada, con muchas e importantes barreras montañosas, a lo que se debe sumar la red de caminos deficiente y manifiestamente mejorable existente en España durante la primera mitad del siglo XIX¹⁸².

Este tipo de guerra irregular es muy característico de la lucha armada popular, fruto de la espontaneidad de las masas, manifestación clara del papel decisivo que puede desempeñar en el combate guerrillero el pueblo en armas. Los rasgos propios de una guerra de esta naturaleza, llevada a cabo fundamentalmente por civiles (sin descartar la participación destacada de otros sectores de población, como militares o miembros del clero), son el carácter duro e implacable de los enfrentamientos, la duración y persistencia de la lucha y el desarrollo de los combates en la retaguardia y entre las líneas de comunicaciones enemigas. En este sentido, suele tratarse de una guerra de desgaste, de índole ofensiva, librada normalmente en un territorio invadido o bien objeto de disputa¹⁸³.

José Almirante precisa que la sorpresa «se diferencia de la emboscada en que esta aguarda generalmente “a pie quieto” el paso del enemigo; mientras que la sorpresa parece implicar marcha forzada, nocturna, cautelosa, para “caer de improviso” sobre el enemigo descuidado»¹⁸⁴. La emboscada, a su vez y tal como indica este mismo autor, supone el ataque desapercibido ejecutado por combatientes ocultos, al acecho, para acometer de improviso y sobre seguro, con mucha ventaja además de poco riesgo, a otra fuerza superior, recurso técnico habitual de la guerra irregular¹⁸⁵.

En definitiva, las acciones guerrilleras que se acaban de perfilar conforme a la disciplina de la guerra irregular, persiguen como fin principal obligar al enemigo a actuar en el lugar, en las condiciones o en el momento más inesperado, así como a usar medios o procedimientos desconocidos (o poco entrenados por los ejércitos), para situarlo así en condiciones de inferioridad y conseguir con ello efectos muy superiores al esfuerzo empleado, o que serían difícilmente alcanzables por otros medios. Evidentemente, pese a toda la doctrina guerrillera expuesta en estos epígrafes, nunca puede descartarse del

¹⁸¹ Díaz Torrejón, F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., pp. 10-11.

¹⁸² *Ibidem*, pp. 16-17.

¹⁸³ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...*op. cit., pp. 157-163 y 175-179.

¹⁸⁴ Almirante, J. *Diccionario Militar...*op. cit., vol. II, p. 960.

¹⁸⁵ *Ibidem*, pp. 373-374.

todo el factor azar. Pero teniendo en cuenta que puede considerarse que en la suerte intervienen tanto el hecho de que se presente la oportunidad idónea para actuar —que debe ser detectada con rapidez y precisión—, como la preparación requerida para ello, las guerrillas rara vez solían desaprovechar unas circunstancias propicias brindadas por dicha oportunidad propicia, a la vez que, lógicamente, la preparación bélica aumentaba con la experiencia adquirida en cada choque con el enemigo.

Así, los guerrilleros devenían en maestros consumados en lo que se podría denominar “sistema de desgaste continuo”, dirigiendo sus ataques, preferentemente, contra las patrullas de reconocimiento o de servicios rutinarios, pequeños destacamentos aislados o pelotones, y cuya principal y más genuina consecuencia es la desmoralizadora emboscada o la deprimente sorpresa. Y el efecto era el deseado: mantener a las tropas enemigas en un estado permanente de espantosa ansiedad ante lo desconocido del peligro latente.

4.4 Perfil militar del jefe guerrillero

Una de las características fundamentales que definen a las guerrillas desde que se comenzó a practicar la guerra irregular es la decisiva importancia funcional del jefe de partida. Sería muy difícil, por no decir imposible, poder concebir la existencia de una unidad guerrillera sin un líder a su mando. Más allá de las consideraciones operativas de todo tipo (que se detallarán más adelante), baste decir que la inmensa mayoría de ellas se denominaban con el mismo nombre que el cabecilla que las dirigía¹⁸⁶.

Para caracterizar adecuadamente la figura del jefe como elemento indispensable en toda partida guerrillera del periodo, es conveniente conocer la importancia que tenían en las sociedades preestatales los líderes y destacados prohombres, que ejercían un relevante papel de liderazgo en la vida político-social. Se trataba de una especie de clientelismo, por medio del cual estas élites patrocinaban a sus seguidores (logrando para ellos influencias, prestigio o bienes), a cambio de su obediencia y servicios. Este liderazgo era un importante elemento de redistribución de la riqueza y de movilidad social, sometido a presiones por parte de la comunidad, pues la autoridad del jefe se basaba más en las transacciones que en la simple imposición de la fuerza bruta¹⁸⁷.

Tal como reconoce Carrasco Álvarez, España en 1808 no era, evidentemente, una sociedad preestatal. Sin embargo, el colapso generalizado por motivos bélicos de las instituciones del Antiguo Régimen en algunas regiones entre finales de 1808 y comienzos de 1810, provocó vacíos de poder que hicieron que esos territorios quedasen al margen del Estado. Así, la iniciativa política — y, por ende, la militar— quedó en manos de determinados individuos con el carisma, el valor y, sobre todo, la autoridad personal y social suficientes como para atraer a potenciales voluntarios a unirse a la partida guerrillera que

¹⁸⁶ Codón, J. M. *Biografía y crónica del cura Merino*. Burgos, Aldecoa, 1986, p. 29.

¹⁸⁷ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...* op. cit., pp. 268-274.

pensaban liderar. Sin embargo, y siguiendo a este mismo autor, se debe ser muy prudentes a la hora de identificar o establecer una correspondencia directa entre las mencionadas élites de la preguerra y los jefes o cabecillas que ostentaron personalmente el mando militar efectivo de cada una de las partidas guerrilleras, combatiendo al frente de las mismas en prácticamente todos los teatros de operaciones de la Guerra de la Independencia (y también de los restantes conflictos civiles de la España del siglo XIX). Son estos líderes guerrilleros los que interesan en este trabajo y cuyo perfil militar se va a analizar aquí¹⁸⁸.

Lo primero que es necesario para dirigir una unidad irregular de combatientes civiles armados, en una guerra de grandes proporciones como lo fueron la de la Independencia o la Primera Guerra Carlista, es poseer ciertas dotes de mando y alguna habilidad táctica (bien innata o adquirida. En palabras de Ronald Fraser, los jefes guerrilleros hicieron gala de «una agilidad de pensamiento táctico y de una flexibilidad de acción» que nada tenían que envidiar a la jerarquía noble militar española, como quedaría luego demostrado a lo largo de la Guerra de la Independencia¹⁸⁹. Obviamente, de poco vale contar solamente con el azar o la fortuna para asumir, y luego además ser capaz de retener, el liderazgo efectivo de una guerrilla. En el fondo, se está haciendo referencia al carisma, influencia, fuerza, arrojo, capacidad de decisión o significación social relevante —algo así como un aura o respaldo especial—, que algunos guerrilleros demostraron tener desde un comienzo en las operaciones bélicas, y que los situó como líderes naturales de cada partida¹⁹⁰.

Tampoco debe perderse de vista que, junto a las ya mencionadas redes clientelares, las relaciones de parentesco constituían otro elemento obvio, básico y elemental para asumir y afianzar el liderazgo de los jefes guerrilleros. Estos nexos familiares se antojan como un recurso decisivo para dar cohesión a la partida en torno a una serie de lazos de sangre e intereses compartidos por todos sus integrantes, de forma tal que el éxito del líder redundaba en el de todos los demás. De este modo, la posición de dominio de esta especie de caudillaje militar quedaba fuertemente reforzada frente a enemigos externos y también frente a potenciales desafíos internos. Además, suponían igualmente un medio de reducir en gran medida, aunque no eliminar del todo, cualquier posibilidad de ser traicionados o menoscabados por componentes de las guerrillas descontentos. Más aún, incluso si llegaban a estallar conflictos o tensiones entre los miembros de la partida, pese a todo lo anterior (fricciones lógicas, por otro lado, en situaciones de guerra), el jefe guerrillero contaba con una base estable y sólida que le permitía disponer de la certeza de tener de su lado el apoyo de familiares, amigos y clientes. Máxime en situaciones más graves, como la tentativa de rebelión o motín. Se trataría de un mecanismo parecido a lo que podría llamarse “familia militar”, como medio de control sobre unidades combatientes que, al fin y a la postre, es lo que son las partidas guerrilleras¹⁹¹.

Estas relaciones de parentesco, clientelares e incluso las de amistad o simple vecindad, en las que se basarían el sólido liderazgo militar del jefe

¹⁸⁸ *Ibidem*, pp. 268-274.

¹⁸⁹ Fraser, R. *La maldita guerra...* op. cit., p. 556.

¹⁹⁰ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...* op. cit., p. 269.

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 270-271.

guerrillero, entran de lleno en la consideración de lo que los antropólogos sociales denominan “lealtades primordiales”, esto es, relaciones personales multilineales de parentesco, de vecindad o de patronazgo. Ello explica la existencia de fuertes redes de solidaridad vertical que no siguen los tradicionales alineamientos de estamento, clase o sector social, y que incluso pueden llegar a predominar sobre éstos¹⁹². Además de estas lealtades primordiales, también tenían su transcendencia como elemento aglutinante de las guerrillas los lazos profesionales formados antes de la guerra. Así, no resulta extraño que el jefe de partida reclutase a miembros de su grupo entre los compañeros de profesión¹⁹³.

Sin embargo, lo que realmente le daba verdadera precedencia y autoridad real ante sus hombres a todo jefe guerrillero que se preciase de tal, era el ser capaz de proveerles de alimento, vestido, armamento y de todo el material restante imprescindible para cubrir sus necesidades. Efectivamente, para mantenerse al frente de la partida tenía que demostrar su capacidad de liderarles en la lucha frente al ejército enemigo con éxito, así como el asegurar a sus combatientes el preceptivo botín de guerra. De este modo, los cabecillas actuaban a modo de agentes redistribuidores de la riqueza entre sus subordinados. Factor importante, pues si no conseguían colmar sus expectativas en este plano económico, corrían el riesgo de sufrir huidas o abandonos, o peor aún, revueltas contra su mando. Una posición económica desahogada del líder podía suponer una ventaja inicial en este sentido, pero servía de bien poco si no encontraba fuentes de riqueza adicionales y a más largo plazo. Esto debería lograrse a través de las acciones guerrilleras durante el periodo que durase el conflicto bélico¹⁹⁴.

Pese a todo lo anteriormente expresado, ello no significa que, en definitiva, el mantenimiento en el tiempo del mando real de todo jefe guerrillero no dependiese, en gran medida también, de la buena voluntad, aceptación voluntaria y convencida, disciplina autoimpuesta y férrea moral de combate de la gran mayoría de sus combatientes. Ciertamente, obviamente y en buena lógica, éstas serían mucho más fáciles de conseguir si contaba con la firme apoyatura de las mencionadas lealtades primordiales, que se reforzarían considerablemente con la ya subrayada capacidad de conseguir suministros y botines con regularidad. En este contexto, la teórica posición social del líder guerrillero pasaba definitivamente a segundo plano, imponiéndose la dura realidad cotidiana de lograr la difícil supervivencia en una guerra para los integrantes de su partida. Así es como todo cabecilla de partida se erigía como la auténtica columna vertebral de su grupo operativo, siendo su papel clave e insustituible para el buen funcionamiento del mismo.

En definitiva, tal como se observa en la Guerra de la Independencia, pero también en la mayoría de los conflictos civiles posteriores del s. XIX, las partidas guerrilleras se irán engrosando con una gran variedad de integrantes: partiendo del ya mencionado “núcleo duro” inicial (sectores campesinos, contrabandistas y bandidos, más los soldados “dispersos”), acabaron uniéndose a ellas oficiales

¹⁹² Alavi H. "Peasant classes and primordial loyalties". En *The Journal of Peasant Studies*, 1:1, 1973, pp. 23-62.

¹⁹³ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...* op. cit., p 273.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 274-275.

del ejército sin empleo —los posteriormente llamados “indefinidos” y también los “ilimitados”—, así como desertores, monjes escapados de los conventos o exclaustros, estudiantes cuyas universidades habían sido cerradas por la guerra o un amplio espectro de voluntarios reacios a servir en el ejército regular, como por ejemplo, un importante segmento de clases artesanas¹⁹⁵. Toda una verdadera amalgama humana que parte de una cantera originaria esencial, constituida, generalmente, por los habitantes de los pueblos cercanos a las zonas donde actúan las guerrillas, sin distinción de edad, sexo, condición social o profesional e independientemente de su origen geográfico y adscripción cronológica; todos estos miembros se irán agrupando en torno a los jefes de las partidas. Constituyen éstos su verdadero embrión fundacional y elemento aglutinante, compuesto, como ya se ha indicado, por los individuos más carismáticos de aquellas comunidades, bien por dignidad o bien por ascendiente político, social, económico, ideológico, cultural o profesional. Así, serán capaces de imponer el mando militar con la sola autoridad y legitimidad de su mera presencia al frente de cada partida¹⁹⁶.

Por otro lado, es importante subrayar que la gran mayoría de los jefes guerrilleros del Ochocientos español eran más conocidos por sus sobrenombres, apodos o alias que por sus verdaderos nombres propios y apellidos. En el caso concreto de la primera Guerra Carlista, Juan Pedro Recio Cuesta argumenta que ello podría deberse al empeño de las autoridades cristinas por tratar a toda costa de denigrarlos, atacando tanto su reputación personal y su honor como lo que representaban sus nombres y linajes. Esta burda maniobra de desprestigio obedeció exclusivamente a tal fin. Además, se practicó la política de “tabula rasa” a todos los jefes de las guerrillas legitimistas, ya se tratase de un noble, un militar, un religioso, un artesano o un campesino. Se intentó rebajarlos a la categoría de rebeldes, traidores, meros ladrones o bandidos, e incluso viles asesinos. De hecho, llegó a imponerse la catalogación de los guerrilleros carlistas como bandas de «latrofaciosos» por parte de las autoridades cristino-isabelinas¹⁹⁷.

En el mismo sentido denigratorio, en este caso de las palabras «facción» o «facciosos», incide Román Oyarzun en su obra sobre historia del carlismo, y no solamente aplicada a los jefes de partidas, sino también a la cúpula legitimista: el mismo Pretendiente, Don Carlos María Isidro, o bien Zumalacárregui, siendo ya comandante general en jefe del Ejército del Norte, sufrieron este tratamiento vejatorio y despectivo¹⁹⁸.

¹⁹⁵ Al hablar del carlismo como indiscutible fenómeno histórico de amplia movilización popular —sin duda, el gran movimiento guerrillero español por excelencia y el más exitoso, además, como se pretende demostrar en esta tesis doctoral—, Asín y Bullón afirman que las clases artesanas y campesinas fueron el principal elemento constitutivo de su ejército y de sus guerrillas, prácticamente en casi todo el territorio español. Ver Asín, F; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad, 1833-1840*. Zaragoza: Aportes XIX, 1987, p. 35.

¹⁹⁶ Díaz Torrejón, F.L. “Guerrilla y Geografía: el movimiento insurgente en el mapa de la Andalucía Napoleónica (1810-1812)”. En *Anuario, Real Academia de Bellas Artes de San Telmo*, nº 9, 2009, pp. 140-152.

¹⁹⁷ Recio Cuesta, J.P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 366.

¹⁹⁸ Sin ánimo de exhaustividad y por citar sólo algunos ejemplos significativos, ver Oyarzun, R. *Historia del carlismo...* op. cit., pp. 26, 37, 41, 43, 44 o 59.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, es lógico pensar que los propios jefes guerrilleros usasen apodos a modo de protección (tanto personal como familiar, en evitación de las frecuentes represalias contra su entorno más próximo), buscando así el mayor anonimato posible. Piénsese en el marco de clandestinidad donde habían de moverse, obligados a evitar la feroz represión desatada contra ellos por el Estado cristino-liberal, que nunca reconoció su estatus de combatientes carlistas. Además, no debe perderse de vista que el uso consuetudinario de motes en el mundo rural español —del que procedían la gran mayoría de estos guerrilleros— es una institución muy consolidada desde tiempos inmemoriales, vigente aún hoy en día¹⁹⁹.

Tal como afirma Fernando Martínez Laínez sobre este crucial elemento del liderazgo guerrillero:

“Sin jefes no hay guerrillas, y en la Guerra de la Independencia española la jefatura se produjo de manera espontánea en muchas partidas. Las exigencias de una contienda irregular prolongada reclaman una dirección extraordinaria en muchos sentidos para que la fuerza guerrillera sobreviva y se mantenga. La dureza y cambiantes vicisitudes de este tipo de lucha, y el tratamiento despiadado que suele darse a los guerrilleros cuando caen en poder del enemigo, demandan jefes no sólo dotados de inteligencia, astucia, valor y tenacidad, sino también de una fe casi fanática en sí mismos y en la causa que defienden²⁰⁰”.

Por último, y para recalcar la decisiva importancia del líder operativo guerrillero —y también a modo de condensación de este epígrafe—, hay que apuntar que los jefes de partida experimentados solían seguir un orden de marcha determinado a la hora de conducir su grupo al combate, consistente en ocupar la cabeza del mismo cuando se trataba de atacar un objetivo o de emprender cualquier acción. Mientras que, finalizada la operación en cuestión, los cabecillas se solían situar al final de la fila de sus guerrilleros para proteger a la partida, cerrando así la marcha y encarando al posible contingente perseguidor enemigo (a la vez que, previsoramente, evitar cualquier imprevisto peligroso para la supervivencia guerrillera, como podían ser posibles desertores o traidores)²⁰¹.

4.5 El armamento de las guerrillas

Las guerrillas de combatientes civiles armados adolecieron casi siempre de una carencia crónica: la permanente escasez de armas, municiones, pertrechos y demás material militar, que solía ser además de pésima calidad y anticuado (excepto el requisado al enemigo). Tratándose de unidades irregulares, lógicamente, su armamento no estaba sujeto a normas ni

¹⁹⁹ Ramírez Martínez, J. “El uso social de los apodos como discurso sintético en las sociedades rurales”. En *Sociedad y Discurso*, número 19, pp. 49-71.

²⁰⁰ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 195-196.

²⁰¹ Valga a modo de ejemplo prototípico y destacado del uso de este orden de marcha operativo, el caso de Cabrera como jefe de partida guerrillera (octubre de 1833-comienzos de 1836), profusamente citado en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 201-214 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 46.

reglamentación alguna, por lo que el abanico de posibilidades a la hora de armarse era, en consecuencia, muy amplio, destacando por su gran diversidad y heterogeneidad. No obstante, el sentido común y la experiencia dictaban que las diferentes armas guerrilleras debían aunar portabilidad, eficacia y un funcionamiento lo más sencillo posible (a la vez que fáciles de disimular, camuflar y ocultar)²⁰².

Ronald Fraser, refiriéndose a la Guerra de la Independencia, especifica que una de las principales fuentes de aprovisionamiento de armamento para las partidas era la captura de las armas que pudiesen arrebatar al ejército enemigo. Así, conseguían todo tipo de suministros: armas de fuego, munición, monturas, pólvora y armas blancas militares (como sables o bayonetas), principalmente²⁰³. No obstante, como se verá más adelante, llegaron a desarrollar algunas fuentes autónomas de aprovisionamiento, e incluso fabricación, de cierto tipo de material bélico, sobre todo, munición y pólvora.

Los guerrilleros decimonónicos también utilizaban, especialmente en las fases iniciales de las guerras, armas de fuego para la caza (trabucos, escopetas y rifles), cuya tenencia y uso estaban bastante extendidas entre la población del periodo, que era práctica, normalmente, en actividades cinegéticas (sobre todo la gente del campo). Igualmente, era común que portasen, y fuesen diestros en el uso, de una amplia panoplia de armas blancas (cuchillos, navajas, puñales, bicheros, barras con puntas de acero agudas y afiladas), idóneas para el combate cuerpo a cuerpo característico de las emboscadas y asaltos guerrilleros. Tampoco era infrecuente que los miembros de las partidas empuñasen lo que se suelen denominar como armas de fortuna o de ocasión: bajo esta denominación genérica se incluyen todos aquellos utensilios domésticos y herramientas de trabajo susceptibles de ser empleados como objetos contundentes para el ataque y la defensa. Durante la Guerra de la Independencia fue bastante corriente que muchos herreros cambiasen su trabajo normal de producción de herraduras, arados o rejas, por la fabricación de objetos cortantes, de mayor o menor tamaño, y con diversa destreza y utilidad, que eran empleados por las gentes de los pueblos a modo de armas blancas improvisadas o artesanales contra el ejército invasor. Asimismo, se usaban utensilios caseros, como cuchillos de cocina o punzones: ha de tenerse en cuenta que la gran mayoría de la población rural era entonces ducha en el uso de todo tipo de aperos y útiles agrarios: rastrillos, horcas de hierro, palas, picos, azadones, zapapicos, hoces, guadañas, mayales o hachas, especialmente. Tampoco era infrecuente el uso de bastones, garrotes e, incluso, de simples palos²⁰⁴. Los que combatían a pie, que eran la gran mayoría, rechazaban utilizar cartucheras y correajes (incómodos y que molestaban al desplazarse y correr), que solían colgar de los hombros. Preferían llevar las cananas ventrales, es decir, sujetas alrededor de la cintura²⁰⁵.

Frente a este panorama general de precariedad y carencias armamentísticas y de material bélico, ya se adelantó que las partidas guerrilleras

²⁰² Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 181-182.

²⁰³ Fraser, R. *Las dos guerras...* op. cit., p. 136.

²⁰⁴ Martín Mas, M. A. *Los guerrilleros, 1808-1814...* op. cit., pp. 38-39.

²⁰⁵ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., p. 181.

llegaron a desarrollar sistemas de autoabastecimiento, que les permitieron una cierta autonomía operativa. A este respecto, Cassinello llama la atención sobre la existencia de una importante fuente histórica, de tipo pictórico, coetánea, además, de la Guerra de la Independencia: se trata del óleo sobre tabla de Francisco de Goya y Lucientes, titulado *La fabricación de pólvora* (ca. 1810-1814)²⁰⁶. A esta importante pintura cabría añadir su pareja, muy similar, también de Goya, que exhibe en ambas su gran talento como cronista ilustrador de su época, titulada *La fabricación de balas*, del mismo periodo. Ambas describen escenas que constituyen testimonios de la actuación guerrillera en dicho conflicto. En ellas se pueden ver las fábricas de pólvora y de balas, respectivamente, establecidas por José Mallén entre 1811 y 1813, en su campamento base —situado en una zona abrupta y de difícil acceso, idónea como refugio guerrillero— perfectamente camuflado en el entorno de la sierra de Tardiente (Huesca).

El zapatero Mallén lideró desde 1810 una partida guerrillera que combatió al ejército napoleónico, actuando por toda la comarca de la sierra turolense de Almudévar. Gracias a las abundantes reservas de salitre y aprovechando el plomo conseguido a partir de los chapiteles de las torres de las iglesias circundantes, la resistencia insurgente organizada en Aragón, Cataluña y Valencia pudo proveerse de la tan urgente como necesaria munición para sus armas. Debido al difícil acceso y al carácter clandestino del campamento de la partida de Mallén, lo más probable es que haya que descartar a Goya como testigo ocular de las citadas fábricas guerrilleras (si bien es cierto que no es imposible que las hubiese visitado durante sus estancias en Zaragoza, a partir del otoño de 1808, cuando fue llamado por el general Palafox para realizar unos cuadros). Lo más verosímil es que tuviese conocimiento de ellas por descripciones escritas o contadas, y no las contemplase visualmente, tras una complicada escalada, dado lo recóndito de su ubicación y su edad avanzada.

La fabricación de la pólvora describe, en un bosque situado en lo alto de los montes, a unos doce guerrilleros machacando la mezcla de salitre, azufre y carbón. Un partidario en mangas de camisa, en primer plano, está empaquetando e introduciendo cuidadosamente en cajas de madera la fina pólvora, después de cribarla en el cedazo. Otros dos hombres las transportan corriendo, camino abajo, en la dirección que les indica desde el centro de la escena, el jefe guerrillero, bien vestido y con aspecto de estar coordinando todo el proceso. Entre el resto de la partida, se puede apreciar a algunos miembros ataviados con prendas de uniformidad, tomadas como botín a sus enemigos muertos, como un gorro de piel y la faja roja, así como los pantalones y chaquetas rojas, que parecen partes de uniformes franceses.

En cuanto a *La fabricación de balas*, la escena tiene lugar en el claro de un bosque. En una gran fogata, Goya ha pintado a unos partisanos que funden el plomo vertiéndolo después en moldes, de los que salen las balas unidas. Se ve también como éstas son cortadas con grandes tenazas por un guerrillero a la izquierda, mientras otros dos las amontonan con cuidado. Todo este elaborado proceso de fabricación de la munición termina en el centro del cuadro, donde se

²⁰⁶ Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros...* op. cit., p. 19.

aprecia cómo se redondean las balas en una especie de tonel, que giran con todas sus fuerzas dos guerrilleros. Sus posturas enérgicas:

“son muy parecidas a algunas figuras de los *Desastres de la Guerra*, como en *Por qué o Duro es el paso* [cat. 92-93], y anticipan la ciega obstinación de los combatientes en el *Dos de Mayo de 1808* [cat. 123], como el madrileño que clava su navaja profundamente en el cuerpo del caballo blanco”²⁰⁷.

Destaca apreciablemente, detrás del mencionado grupo de trabajo del tonel, el jefe guerrillero, que empuña un gran bastón de mando y que aparece tocado con un gorro de piel, como los del ejército napoleónico (pudiera ser el típico *colback* de un húsar francés o un morrión de la infantería imperial), en todo caso, muy probablemente, procedente del botín obtenido de un enemigo abatido. En el fondo, una gran roca simboliza las enormes fuerzas de la naturaleza, insuperables para el hombre. Sin embargo, en esta escena pictórica «los guerrilleros concentrados en su trabajo furtivo aparecen imperturbables frente al gigante napoleónico, tal vez simbolizado en el peñasco lejano»²⁰⁸.

Como muestra de la capacidad de improvisación y la gran adaptabilidad a las circunstancias bélicas concretas de las guerrillas en materia armamentística, Iribarren recoge un episodio sobre Espoz y Mina. Éste habría utilizado por primera vez en la Guerra de la Independencia como arma de guerra humo tóxico procedente de la quema de sarmientos de vid, junto a fajos de paja y pimientos secos. De este modo, consiguió rendir a una guarnición francesa de 154 hombres (atrincherados en un palacete de Puente la Reina, el 9 de agosto de 1810), a los que obligaron a salir de su refugio prendiéndole fuego con el citado material. También cita que Zumalacárregui empleó la misma estrategia durante la Primera Guerra Carlista contra los urbanos de Villafranca de Navarra, que el 28 de noviembre de 1834 se encerraron en la torre de la parroquia. Y volverá a valerse de ella tres meses más tarde, contra los liberales sitiados en el hospital de Los Arcos²⁰⁹.

Este uso de agentes químicos improvisados a comienzos del Ochocientos no es tan extraño ni precoz como pudiera parecer en un principio. Efectivamente, Losada Malvárez afirma en su compendio sobre la historia de la guerra que, pese a que la industria química no se desarrolló hasta bien avanzado el siglo XIX, sin embargo, en la China antigua y en la Grecia u Oriente Próximo anteriores a la era cristiana, ya se empleaban humos tóxicos, obtenidos quemando azufre, semillas de mostaza, alquitrán, plantas venenosas, etc., para que sus vapores ahogasen e irritasen los ojos y los pulmones de los combatientes que defendiesen un reducto o posición fortificada. No obstante, generalmente, sólo se conseguía producir simple humo, con su capacidad de ocultación y de sembrar el pánico o la confusión, que era lo que tenía más éxito que la supuesta sustancia tóxica en sí, cuyos vapores podían ser más o menos efectivos,

²⁰⁷ Cita procedente del catálogo de la exposición homónima de Goya, de temática guerrillera: Mena Marqués, M.B. *Goya en tiempos de guerra*. Madrid: Museo Nacional del Prado, Ediciones del Viso, 2008, p. 272.

²⁰⁸ La información que se proporciona sobre estas dos pinturas realizadas por Goya, de temática guerrillera, está tomada del mencionado catálogo de Mena Marqués, M.B. *Goya en tiempos...* op. cit., pp. 272-274.

²⁰⁹ Iribarren Rodríguez, J.M. *Espoz y mina. El guerrillero*. Madrid: Aguilar, 1965, pp. 161-162.

dependiendo de imprevisibles fenómenos meteorológicos como, por ejemplo, el cambiante o veleidoso viento. Además, los resultados podían ser inciertos y, muchas veces, perjudiciales para atacados y atacantes a la vez²¹⁰.

Por otro lado, no se debe perder de vista que, ya en los inicios de la Antigüedad, sumerios, asirios, babilonios, egipcios, persas y, por supuesto, griegos y romanos, hicieron un amplio uso de formas más o menos rudimentarias, primitivas o arcaicas —pero extremadamente ingeniosas— de guerra química y biológica, tal como sostiene la investigadora norteamericana Adrienne Mayor en su libro *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad*. En esta obra da una amplia visión de la evolución y desarrollo protagonizados por las armas bioquímicas antiguas. Entre las principales tácticas bélicas biológicas o químicas ya empleadas entonces, Mayor cita el uso de proyectiles venenosos, el envenenamiento de los suministros de agua y comida, patógenos empleados como armas (por ejemplo, utilización de carneros y asnos infectados con tularemia), el empleo de agentes farmacológicos o estupefacientes hipnóticos —tales como drogas y otras sustancias tóxicas—, insectos venenosos y animales aprovechados a modo de armas biológicas y como munición militar y, finalmente, el desarrollo de productos químicos incendiarios y rayos calóricos (arrojar bolas de fuego incendiarias o el uso en la China antigua de rudimentarios lanzallamas, diversos humos tóxicos y animales incendiarios). En cuanto al mencionado rayo calórico, cita Mayor el conocido espejo fabricado por Arquímedes, utilizando hileras de escudos de bronce pulidos que reflejaron los rayos del sol contra los barcos enemigos de la escuadra romana en el 212 a. C: como resultado, varios de ellos resultaron gravemente incendiados. También Fernando Quesada Sanz analiza este aspecto en su obra sobre el armamento empleado por los hoplitas griegos, el ejército macedonio y las legiones romanas, donde proporciona curiosos y elaborados ejemplos²¹¹.

4.6 Logística, intendencia y vestimenta/uniformidad

La comunicación de información sensible desde el punto de vista militar ha constituido un tema de importancia capital ya desde la Prehistoria. Saber los planes enemigos era vital para poder contrarrestarlos (y a la vez, evitar que el otro bando conozca los propios). Por lo tanto, y desde los primeros tiempos, se dedicaron muchos esfuerzos, ingenio y medios de todo tipo para poder transmitirlos con seguridad. Así, en los grandes imperios de la Antigüedad —Egipto, China, el Mundo Helenístico, Roma— ya se utilizaban palomas mensajeras como un medio rápido para hacer llegar instrucciones operativas o cualquier otro tipo de información sensible desde el punto de vista militar, pero pronto fueron contrarrestadas por halcones (uso de la cetrería) o por hábiles

²¹⁰ Losada Malvárez J.C. *De la honda...* op. cit., p. 280.

²¹¹ Mayor, A. *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018, y también en Quesada Sanz, F. *Armas de Grecia y Roma*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, pp. 207-210.

arqueros. A la vez, hay que tener en cuenta que la citada información iba convenientemente cifrada por medio de códigos criptográficos²¹².

Por lo tanto, no quedó más remedio que utilizar correos a pie o, fundamentalmente, a caballo, y, también, recurrir a una amplia gama de señales acústicas, como cuernos, tambores o repique de campanas y lumínicas, por ejemplo, el heliógrafo —hay constancia del uso de señales luminosas reflejando la luz del sol sobre superficies metálicas ya durante la Antigüedad grecorromana, a modo de primitivo heliógrafo, así como para producir armas y rayos calóricos mucho más complejos, tal como se hizo en el mencionado caso de Arquímedes—²¹³; señales de humo o redes de almenaras (fuegos encendidos en atalayas o puntos geográficos elevados a modo de señal de alarma)²¹⁴.

Si este era el panorama desde tiempos remotos en la guerra regular, no menos importancia revestía en el ámbito de la guerra irregular y, por lo tanto, algunos de estos recursos serán amplia y eficazmente utilizados por las guerrillas contemporáneas. Existen múltiples ejemplos de la importancia concedida dentro de la logística guerrillera al trascendental aspecto de las comunicaciones. Aunque excede del marco geográfico objeto de este trabajo, se expondrán someramente algunos aspectos de la organización que a este respecto tenían las guerrillas bretonas en la Guerra de la Vendée (recuérdese que se citó como uno de los precedentes inmediatos más importantes de las modernas guerrillas de la contemporaneidad, en este caso concreto por constituir un modelo paradigmático de lo que era una eficaz, barata e ingeniosa logística guerrillera).

Según Alberto Bárcena Pérez, experto en esta guerra civil francesa, los guerrilleros vandeanos eran llamados «lechuzos», por el sistema de comunicaciones nocturno que empleaban, imitando el sonido de la lechuza²¹⁵. También relata el importante papel desempeñado por los molinos como puestos de vigilancia avanzada, desde los cuales los guerrilleros vandeanos podían espiar los movimientos del ejército enemigo. Además, sus aspas eran utilizadas para establecer un preciso código de señales: su posición podía indicar calma (aspas de San Andrés); reagrupamiento (siguiendo el eje del molino); peligro inminente (aspa baja a la izquierda de la puerta de entrada) o peligro alejado (aspa baja a la derecha de la puerta). Bárcena afirma que le costó al ejército republicano francés un cierto tiempo descubrir este elaborado código de señales, pero que cuando lo hizo, tomó la drástica medida de destruir todo molino vandeano, fuese éste de viento o de agua, por si acaso. Finalmente, estas señales se complementaban con un ágil servicio de mensajería a pie o a caballo, que podía poner en alerta a la población, valiéndose para propagar el aviso del toque de campanas o del cuerno de buey²¹⁶.

Las guerrillas españolas del periodo analizado transmitían también sus mensajes mediante toques secretos de las campanas de las iglesias²¹⁷.

²¹² Losada Malvárez J.C. *De la honda...*op. cit., p. 95.

²¹³ Mayor, A. *Fuego griego, flechas...*op. cit., pp. 183-232.

²¹⁴ Losada Malvárez J.C. *De la honda...*op. cit., pp. 82-96.

²¹⁵ Bárcena Pérez, A. *La guerra de la Vendée: Una cruzada en la revolución*. Madrid: San Román, 2016, p. 84.

²¹⁶ *Ibidem*, p. 86-87.

²¹⁷ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...*op. cit., p. 80.

Asimismo, era un método habitual de actuación guerrillera, nada más entrar en un pueblo, apoderarse de la torre de la iglesia, colocando un centinela en la misma. De este modo, se evitaba todo riesgo de que alguien tocara a rebato y diese la señal de alarma, a la vez que el vigía estaba en un lugar privilegiado para observar perfectamente cuanto pasaba a larga distancia. Si detectaba algo sospechoso, no tenía más que tocar la campana y según las señales convenidas de ésta, la partida guerrillera obraba en consecuencia²¹⁸.

El historiador especializado en historia del carlismo, Javier Urcelay Alonso, describe en una biografía sobre el general carlista Ramón Cabrera un curioso método guerrillero, para ocultar las vías de desplazamiento utilizadas por su partida durante la Primera Guerra Carlista. Para evitar dejar huellas en los caminos de montaña que recorrían por la sierra del Maestrazgo, el citado Cabrera ordenaba que un rebaño de ovejas marchara detrás de ellos, borrando de este modo sus rastros, con lo que el ejército enemigo no podía seguir sus pasos. Urcelay detalla también que el exseminarista utilizaba cohetes como método de comunicación entre sus grupos guerrilleros.²¹⁹ Asimismo, existe constancia de que las unidades tradicionales de combatientes irregulares catalanes, conocidas como *miquelets*, utilizaban caracolas para las comunicaciones y transmisión de órdenes²²⁰.

Con respecto a la intendencia, las partidas guerrilleras (como unidades de combatientes que eran, si bien civiles irregulares), precisaban de todo tipo de abastecimientos y materiales de guerra para poder llevar a cabo su ardua lucha. Para mayor complicación al abastecerse, obviamente, no disponían de los habituales canales reglamentarios de suministro, ya muy arraigados y organizados en los ejércitos regulares de la primera mitad del siglo XIX. En este sentido, Cassinello recuerda que las guerrillas solían estar necesitadas de alimentos, armas, municiones, cabalgaduras y animales de tiro, así como de vestuario (aunque, en honor a la verdad, en muchos casos aquél se redujese al imprescindible calzado preciso «para su continuo andar y correr»²²¹). Con respecto al resto del vestuario, lo habitual era que cada combatiente irregular tuviese que proveerse de él por sus propios medios²²².

Para intentar paliar en parte esta situación de carencia generalizada, las guerrillas solían situarse en las inmediaciones de sus lugares de origen, lo que les permitía seguir en contacto estrecho con sus familiares, amigos y conocidos (a este respecto, es pertinente recordar aquí lo expresado en relación con las “lealtades primordiales”, que vinculaban al jefe de partida y a muchos de sus guerrilleros con la población civil autóctona, y también con el territorio de operaciones). Los guerrilleros, que vivían sobre el terreno operativo en el que actuaban, recibían o recababan el apoyo voluntario de los habitantes. Sin embargo, en ocasiones tenían que recurrir a las requisas, consiguiendo así el abastecimiento por la fuerza de caballos y demás animales de carga, víveres,

²¹⁸ *Ibidem*, pp. 182-184.

²¹⁹ Urcelay Alonso, J. *Cabrera...op. cit.*, pp. 70 y 148.

²²⁰ Hernández Cardona, F.J; Riart, F. y Sospedra, R. “La Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña”. En *El mon de Gaspar de Portolá*. Lleida: Josep Lluís Ribes Foguet ed., 2017, pp. 181-183.

²²¹ Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros...op. cit.*, p. 17.

²²² Martín Más, M.A. *Los guerrilleros, 1808-1814...op. cit.*, pp. 36-37.

vestimenta y de todo el resto de material necesario para combatir, no dudando en ejecutar duras represalias para ello²²³.

Fraser apunta la dependencia mutua entre las guerrillas y la población rural: ésta debía suministrar provisiones a hombres, cabalgaduras y animales de tiro —y, en múltiples ocasiones, también facilitarle los propios cuadrúpedos—; asimismo, debía proporcionarle una buena inteligencia local, junto a guías en los terrenos más recónditos y desconocidos; las partidas precisaban, igualmente, de refugios y depósitos seguros para las armas, municiones, víveres y demás material necesario para el combate. A su vez, las guerrillas debían procurar proteger a los habitantes de la zona rural donde actuaban, evitando al máximo los saqueos del ejército enemigo, o bien que actuase otra/s partida/s, realizando exacciones o imposiciones de cualquier elemento relacionado con esta cuestión vital. Y es que en este apartado fundamental de la intendencia (como en todos los demás relacionados con el combate guerrillero), el apoyo popular se revelaba indispensable²²⁴.

Un aspecto a tener en cuenta dentro de la intendencia guerrillera es el de la vestimenta, indumentaria o atuendo propios de la guerra irregular. Cuando los guerrilleros iniciaban su actividad militar no solían estar vestidos de una determinada manera. De hecho, su vestimenta variaba mucho y dependía de las regiones de procedencia (el carácter popular, autóctono y local, por tanto, regional, determinaba que muchos guerrilleros fuesen ataviados con ropas características de sus provincias o comarcas de origen), de la variación estacional y de los medios a disposición de cada jefe guerrillero —y, en última instancia, de cada componente de la partida— (ver Figura 3 sobre varios guerrilleros de la Guerra de la Independencia, susceptibles de incluirse en la tesis). En todo caso, primaba siempre el carácter funcional y práctico atribuible a todo tipo de indumentaria, máxime si se utiliza para una actividad de riesgo vital como lo es el combate: podría resumirse en prendas y calzado de la máxima comodidad, utilitarismo, accesibilidad y economía²²⁵.

La variopinta indumentaria de las guerrillas, especialmente en los periodos iniciales de los conflictos bélicos analizados, fue siendo sometida, paulatinamente, a un cierto proceso de homogeneización, pese a que resultaba muy difícil uniformarlas (a la vez que contraproducente, pues les privaba de los indispensables incógnito y mimetización, que les permitían confundirse con la población civil, premisas necesarias poder actuar en condiciones idóneas), tanto por la habitual precariedad de los suministros como por la dureza de las condiciones del combate guerrillero —que exigía estar en disposición de desarrollar una operatividad constante, no solo temporal o estacional—. A todo esto, hay que sumar las inclemencias del tiempo y de la vida sobre el terreno, que destrozaban muy rápido cualquier uniformidad; más aún la de los ejércitos decimonónicos, que, obviamente, no disponían del material especial con que se confeccionan las prendas militares en la actualidad. Y mucho peor era todavía la situación con el indispensable calzado —que como ya se dijo hablando de la lógica adaptación de la intendencia guerrillera a las peculiaridades del combate

²²³ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., p. 183.

²²⁴ Fraser, R. *La maldita guerra...* op. cit., pp. 653-655.

²²⁵ Martín Más, M.A. *Los guerrilleros, 1808-1814...* op. cit., pp. 36-37.

de las partidas—, era un elemento básico y fundamental para unos combatientes en rápido y permanente movimiento, con largas marchas y contramarchas, desplegadas además en terrenos que solían ser impracticables (como los de montaña)²²⁶.

Además del armamento, el otro elemento clave del guerrillero a pie —la gran mayoría de los combatientes irregulares—era el ya mencionado calzado: en el caso de las guerrillas hispanas de, al menos, la primera mitad del siglo XIX puede considerarse como ampliamente generalizado el uso de la sencilla, sufrida y cómoda alpargata. Considerada en muchos casos como ejemplo típico de material militar pobre, arcaico o inadecuado (frente a las botas, zapatos o borceguíes de la época), la alpargata se acabó revelando, muy al contrario, como un tipo de calzado muy práctico, resistente y adaptable a todo tipo de terrenos. En este sentido, las guerrillas terrestres reflejaban con bastante exactitud a las clases campesinas y artesanales, que nutrían fundamentalmente sus filas y que utilizaban habitualmente como calzado las citadas alpargatas, así como también las esparteñas de fibra de esparto trenzada o las abarcas (de cuero o de caucho que cubren solo la planta de los pies y se asegura con cuerdas o correas sobre el empeine y el tobillo)²²⁷. Además, al ser un elemento muy familiar para la población civil española del periodo —especialmente, la rural—, resultaba fácil de adquirir o de sustituir; si esto no fuese posible, su sencillez facilitaba también que el propio guerrillero se encargase de su mantenimiento y reparación. Solían ser estas alpargatas (también llamadas en algunas fuentes «sandalias de cáñamo»)²²⁸, el típico calzado de lona, normalmente abierto, de puntera blanca o negra, suela de esparto o cáñamo reforzado y con cintas blancas o negras que se ataban al tobillo. Duraban poco con las largas marchas y los abruptos caminos montañosos, por lo que su escasez habitual constituyó casi siempre uno de los problemas a resolver por las fuerzas guerrilleras españolas, incluidas obviamente, las carlistas²²⁹.

Para finalizar este capítulo sobre el combate guerrillero, René Chartrand y Matthew DeLaMater, estudiosos de las Guerras Napoleónicas, destacan las memorias del soldado napoleónico y veterano de la Guerra de la Independencia (el capitán francés Elzear Blaze, autor de *Souvenirs d'un officier de la Grand Armée. La Vie Militaire sous le Premier Empire*), en las que figura una vívida descripción de la naturaleza esencial de las acciones guerrilleras a pequeña escala en España, donde Blaze sitúa el inicio de la guerra de guerrillas contemporánea. Entre 1808 y 1813, periodo de servicio en la península de este oficial, el ejército ocupante hubo de sufrir innumerables escaramuzas, en las que el terreno escarpado y los caminos impracticables ofrecían gran abundancia de lugares más que propicios para preparar todo tipo de emboscadas²³⁰.

²²⁶ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 140-143.

²²⁷ Asín, F; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad...* op. cit., p. 35.

²²⁸ Con respecto a la insistencia en la escasez y falta acuciante de calzado, tanto para las tropas como para las guerrillas carlistas, ver la relación inventariada sobre la organización, equipamiento y administración de la expedición del general Gómez en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La expedición del General Gómez*. Madrid: Editora Nacional, 1984, p. 254.

²²⁹ Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., p. 73.

²³⁰ Chartrand, R.; DeLaMater, M. *Las campañas de Napoleón. La pintura militar de Keith Rocco*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017, pp. 154-155.

V. LAS GUERRILLAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

5.1 Características generales de la Guerra de la Independencia

Alfonso Bullón de Mendoza afirma que para encuadrar correctamente el estudio del fenómeno histórico del carlismo (y por lo tanto el de la expresión por antonomasia del legitimismo armado, es decir, las guerrillas carlistas), resulta necesario conocer bien la actuación del movimiento guerrillero que combatió la ocupación napoleónica en 1808-1814, así como la operatividad de las partidas que posteriormente lucharon contra los liberales en la Guerra Realista (1820-1823) y en el conflicto bélico de los Agraviados o *Malcontents* de 1827. También según este autor, las guerrillas constituyen un excelente y obligado elemento de contraste y piedra de toque para comprobar el cumplimiento de este análisis histórico-militar²³¹.

En el mismo sentido de establecer un *continuum* entre la mencionada Guerra Realista y la Primera Guerra Carlista, se pronuncia el ya citado Ramón del Río Aldaz, que titula su estudio sobre la Guerra Realista en territorio navarro de una manera bastante significativa: “Orígenes de la Guerra Carlista en Navarra (1820-1824)”²³². Por su parte, Aymes ha señalado la coincidencia entre los lugares donde operaban las guerrillas durante la Guerra de la Independencia y las luchas y conflictos bélicos civiles de la primera mitad del siglo XIX en España²³³

Según Emilio de Diego, la Guerra de la Independencia fue un conflicto bélico de una gran complejidad por diversas razones, que irían desde su complejo desarrollo estrictamente bélico, pasando por la gran diversidad de acontecimientos políticos, ideológicos y sociales que se produjeron (con ciertos visos de revolución político-institucional) o sus importantes repercusiones internacionales, hasta las diferentes situaciones vividas en las regiones españolas entre 1808-1814²³⁴. Efectivamente, desde cualquier perspectiva que se analice, fue una guerra heterogénea. En sentido estricto, más que por la confluencia de una serie de elementos inéditos, la Guerra de la Independencia terminó siendo exponente de una dimensión excepcional de los mismos, que habrían experimentado un efecto multiplicador importante. En efecto, en el desarrollo y evolución de esta conflagración bélica se pueden identificar aspectos fundamentales como los siguientes:

1. Fue un episodio, aunque sin duda importante, en el marco de un conflicto internacional mucho más amplio, temporal y espacialmente.

²³¹ Ver Bullón de Mendoza, A. “Prólogo” en Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 20, y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. “Las Guerras Carlistas”. En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. (dir.), *Las Guerras Carlistas...* op. cit., p. 19.

²³² Río Aldaz, R. *Orígenes de la...* op. cit.

²³³ Aymes, J.R. *La Guerra de la...* op. cit. p. 63.

²³⁴ Diego, E. *España, el infierno...* op. cit.

Una pugna que para Francia y Gran Bretaña tenía, prioritariamente, una dimensión estratégica de pugna por la hegemonía atlántica y mediterránea, europea e incluso mundial. Además, y para reforzar este carácter de guerra con amplias repercusiones internacionales, hay que recordar que en ella combatieron soldados de múltiples nacionalidades y cuatro estados: dos de ellos luchaban por su supervivencia, España y Portugal (para las que se trató de sendas guerras de liberación nacional), mientras que Francia y Gran Bretaña lo hacían por el dominio mundial.

2. Desde el punto de vista de la lucha armada, la Guerra de la Independencia presenta facetas de guerra tradicional o clásica, a la vez que simultáneamente fue una forma nueva, e incluso moderna, de conflicto bélico. Más aún, incluso se podría calificar de actual y muy del presente y, en cierto sentido, como guerra total. Combinando la guerra regular e irregular, implicó a instituciones españolas tan diversas como al Ejército, a la Marina, las guerrillas y a la población civil en su conjunto (sin olvidar el especial protagonismo del clero). Esta última se vio inmersa y afectada en todos los ámbitos posibles, de manera más extensa, intensa, terrible y dramática que en ninguna otra de las conflagraciones bélicas anteriores de la amplia historia de España.
3. Guerra de religión y guerra de opinión a la vez, en la que el pueblo español luchó a muerte por su manera tradicional de vida: por su Rey, por su religión, contra modos e ideas extranjeras impuestas a la fuerza (fuesen éstas buenas, malas o indiferentes). Se trataría de un combate en defensa del derecho popular fundamental de elegir libremente, a continuar siendo él mismo. En cierto modo, guerrearon contra el francés y sus aliados con el mismo impulso que en tiempos medievales lo hicieron contra el islam, en una especie de “guerra santa” contra los enemigos de su fe y de su manera de ser. Indudablemente, la Guerra de la Independencia no fue exclusivamente una “cruzada”, pero no se puede descartar la importancia del componente que aportó el sentimiento religioso.
4. Si se efectúa un análisis desde el punto de vista de la ciencia militar, para Emilio de Diego la Guerra de la Independencia es una de las más interesantes que han existido, por lo menos hasta la Segunda Guerra Mundial. Fundamentalmente, desde el aspecto de la estrategia general, que abarca, simultáneamente, la acción conjunta de grandes ejércitos y de flotas, que regula sus relaciones y que determina la ejecución de operaciones combinadas de enorme envergadura. Tácticamente, fue una lucha muy dinámica, con constantes desplazamientos de masas de combatientes de un extremo a otro de la Península Ibérica. El mismo espacio fue ocupado, alternativamente, por ambos bandos innumerables veces a lo largo de los casi seis años de duración, si bien el control excluyente de ciertas zonas quedara definido relativamente pronto. Hubo un buen número de batallas campales, junto a multitud de combates y refriegas menores. Pero también se registraron episodios estáticos —como los sitios de algunas ciudades: Zaragoza, Gerona,

Cádiz, Badajoz, Tarragona, Astorga, Valencia, San Sebastián—, que implicaban otra forma de combate y cuya influencia en la moral de ambos bandos fue decisiva.

5. Finalmente, también se pueden detectar en esta guerra ciertos componentes de guerra civil, junto a un tono general de crueldad superior a lo que se podría calificar de habitual en las guerras de inicios del Ochocientos. A esta dinámica generalizada pudieron contribuir, y no poco, una serie de factores, como por ejemplo, la idea de Bonaparte de intentar someter España a sangre y fuego y a toda costa; la importante actividad operativa desplegada por fuerzas combatientes irregulares, cuya actividad insurgente se acabó extendiendo por todo el país; los terribles expolios y exacciones cometidos por las tropas imperiales (obligadas a vivir sobre el terreno, según el usual procedimiento operativo napoleónico) contra las poblaciones ocupadas, sumadas a violencias y brutalidades sin cuento, y la interminable espiral de venganzas y represalias provocadas por las respuestas de los paisanos a lo anterior, y a las características durísimas de la guerra irregular practicada por las guerrillas²³⁵.

Por otro lado, Fernando Martínez Laínez escribe que es fundamental — como ya señalaba el cronista militar Santiago Saiz Bayo—, para una comprensión integral de la Guerra de la Independencia, seguir la evolución cada vez más negativa y destructiva de las relaciones entre un ejército (el napoleónico), primero aliado y luego invasor, y los pueblos españoles ocupados. El principio doctrinal del Gran Corso para abastecer a sus ejércitos en campaña era “vivir sobre el país”, es decir, a costa de los recursos y poblaciones enemigos. Una medida que se puede considerar muy eficaz para un ejército expedicionario y conquistador, durante un tiempo determinado. Pero al irse convirtiendo progresivamente las tropas francesas (máxime con el deterioro experimentado en una guerra total de casi seis años y de las magnitudes de esta), en un verdadero ejército de ocupación, con numerosas guarniciones fijas y una logística cada vez más deficiente, forzado para subsistir a esquilmar y expoliar a poblaciones civiles crecientemente exasperadas por la miseria, este proceso se hizo insoportable. Todo ello, unido al continuo pillaje, saqueo y violencias sin límite practicados por dicho ejército, fue creando un ambiente propicio —casi se podría decir que sin otra opción— a la resistencia, pasiva en un principio; a la reyerta después; para dar paso finalmente a la sublevación popular abierta y generalizada, verdadera guerra total, una de cuyas formas más peculiares fue la de las nuevas guerrillas contemporáneas²³⁶.

²³⁵ *Ibidem*, pp. 19 y 21-29.

²³⁶ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 463-464.

5.2 Cronología de las guerrillas en la Guerra de la Independencia

La historiografía dedicada al estudio de la Guerra de la Independencia, teniendo en cuenta su evolución en correspondencia con la marcha general de las operaciones bélicas durante esta conflagración, distingue cuatro fases de lucha guerrillera. La primera, o inicial, de formación, en la que predomina la guerra regular, y que concluye cuando la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino se asienta en Sevilla (mayo-diciembre de 1808); la actuación militar de las guerrillas empezaría a adquirir relevancia tras la campaña victoriosa de Napoleón —entre finales de 1808 e inicios de 1809—, pues la guerra se recrudece y se incrementa la presencia en el campo de soldados fugitivos y desertores (los ya mencionados “dispersos”), elementos incontrolados y siempre imprevisibles, pero que en su mayoría continúan la lucha integrados en las partidas guerrilleras.

En el segundo periodo, del 27 de diciembre de 1808 (cuando las autoridades patriotas promulgan la primera reglamentación guerrillera) al 19 de noviembre de 1809 (fecha de la batalla de Ocaña), tampoco se habrían constituido aun plenamente las guerrillas, las cuales convivían entonces con dos tipos de guerra: la regular y la defensa/ataque de las ciudades. La tercera fase estaría comprendida entre la batalla de Ocaña y la de los Arapiles —22 de julio de 1812—, y se correspondería con la “época dorada” de los guerrilleros, por ser cuando la guerra de guerrillas alcanza su pleno apogeo. Efectivamente, es el momento álgido por excelencia del ejército francés en la guerra, con las fuerzas regulares españolas batidas y el contingente aliado angloportugués en retirada; durante este periodo las guerrillas cumplen con creces su doble misión militar: acosar continuamente al enemigo y cortar todo posible colaboracionismo de la población civil con él.

Finalmente, el cuarto y último periodo que se inicia después de la batalla de los Arapiles y se prolonga hasta el final de la guerra (septiembre 1813-abril de 1814), marca el comienzo del declive de las guerrillas, tanto por su paulatina incorporación al ejército regular, como por consecuencia de la retirada de los ejércitos imperiales. Todo ello dejó sin efecto alguno la función principal del guerrillero: combatir al invasor en un territorio ocupado, aniquilando sus recursos. Efectivamente, la recuperación militar aliada y la derrota y consiguiente repliegue napoleónico cambian definitivamente el signo de la guerra. El territorio peninsular queda en manos de las tropas aliadas, provocando a la vez el ocaso y desaparición de las guerrillas²³⁷.

5.3 Génesis y evolución de las guerrillas (1808-1814)

Francisco Luis Díaz Torrejón defiende que hay que situar los orígenes del movimiento guerrillero de la España contemporánea en el clima general de

²³⁷ Martínez Ruiz, E. “La guerrilla y la Guerra de la Independencia”. *Militaria. Revista de Cultura Militar*, núm. 7, p. 75.

desmoralización de los ejércitos nacionales, generado por la contundente secuencia de triunfos napoleónicos durante el otoño de 1808, sin parangón a lo largo del resto de la Guerra de la Independencia. Sería a lo largo de este periodo otoñal cuando comenzaron a aparecer las primeras muestras de actividades insurgentes organizadas, que asumen cierto protagonismo bélico al margen de un ejército español ya muy tocado en la moral y en la estructura. La desarticulación de los regimientos hispanos en los campos de batalla implicó una sangría masiva de soldados hacia la dispersión, sin que los mandos militares pudiesen hacer nada por contenerla. En muy poco tiempo, las pérdidas detectadas en las filas nacionales fueron bien significativas. Díaz Torrejón cita dos ejemplos: el llamado Ejército de la Izquierda perdió en menos de un mes a más del sesenta por ciento de sus efectivos, pasando su contingente inicial de 37.640 hombres a sólo 14.000; y el Ejército del Centro, tras el desastre de Tudela, apenas consigue concentrar en Cuenca a 9.000 de sus 40.000 soldados iniciales²³⁸.

Estos “dispersos” españoles (ver el epígrafe 3.9 de esta tesis para su definición y características operativas, pp. 52-53), no habrían mostrado demasiado interés en localizar sus unidades de procedencia y reincorporarse a ellas, aunque también es cierto que muchos conservaban aún la combatividad y decidieron en consecuencia hacer la guerra por su cuenta. Por consiguiente, se agruparon en formaciones disparejas y constituyeron el germen del posterior movimiento guerrillero. Así, según Comellas, el origen de la guerrilla habría sido una consecuencia directa del fracaso reiterado de los ejércitos regulares: habrían sido «la derrota y la dispersión las que determinan la aparición de las guerrillas»²³⁹.

Por su parte, Comellas matiza que, pese a lo argumentado hasta ahora, existe una teoría que restaría carácter de espontaneidad a la eclosión del fenómeno guerrillero en favor de una medida estratégica deliberada, concienzudamente prevista y planificada. Según ella, habría sido el teniente general Gregorio de la Cuesta (veterano militar con casi cincuenta años de servicios), quien aconsejó, ante la desgraciada secuencia de derrotas, el fraccionamiento de las unidades españolas en reducidos grupos de soldados para proseguir así las hostilidades contra los franceses. De todas maneras, ya sea así o no, este autor afirma que el otoño de 1808 marcaría un punto de inflexión en el devenir de la Guerra, planteándose entonces la conveniencia de nuevos planteamientos bélicos. Comenzaría a asumirse la realidad de las guerrillas como método e instrumento de combate alternativo²⁴⁰.

Indudablemente, antes de dicha fecha pueden constatarse algunos hechos insurgentes, pero dadas sus indefinidas características, a lo sumo deben ser considerados como gestos preguerrilleros: define Díaz Torrejón de este modo a los episodios aislados y excepcionales registrados hasta entonces, que

²³⁸ Díaz Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., pp.108-109.

²³⁹ Artola Gallego, M. *La España de Fernando VII*. Barcelona: Biblioteca Historia de España, 2005, p. 199.

²⁴⁰ En Comellas García-Llera. *Historia de España Contemporánea*. Madrid, 1988, p. 57.

por lo pronto no encajan ni definen una conducta colectiva generalizada. En este sentido, abunda al restar importancia a la acción guerrillera emprendida por Juan Martín, *el Empecinado*, anterior incluso a mayo de 1808, con la interceptación cerca de Honrubia de un correo francés que se dirigía a Madrid —ayudado por otros dos individuos—. Tampoco la tendría que el 5 de junio de ese mismo año un grupo de vecinos de La Carolina atacase, en el paso de Despeñaperros, a un destacamento francés que escoltaba a un convoy de artillería y pertrechos con destino al ejército de Dupont²⁴¹.

En conclusión, para Díaz Torrejón, hasta finales del año 1808 no se puede hablar del movimiento guerrillero como una realidad consolidada, manifiesta e incuestionable. Aduce como prueba que fue precisamente en esos momentos cuando este fenómeno atrajo la atención de las autoridades españolas. Entonces, la Junta Suprema Central (órgano soberano por la ausencia del titular de la monarquía borbónica) calibró las posibilidades bélicas efectivas de las guerrillas, y procedió a canalizar semejante potencial. Siguiendo estos nuevos planteamientos, la Junta resolvió ejercer su control sobre las guerrillas y para ello decide dotarlas de un soporte legal que faculte su reconocimiento y legitimación. De este modo es como la Junta Central promulga el *Reglamento de partidas y cuadrillas* de 28 de diciembre de 1808, primer texto legal del conjunto de reglamentos, instrucciones y ordenanzas que sobre las guerrillas emitieron las autoridades patriotas entre 1808-1814, y que será objeto de análisis en el apartado correspondiente²⁴².

Por su parte, Antonio Carrasco Álvarez advierte que, aunque desde los mismos inicios de la ocupación militar napoleónica, los paisanos armados no solían dar cuartel a los soldados imperiales, especialmente a los destacamentos de forrajeadores y encargados de las requisas de provisiones —sobre todo, grano—, esta clase de incidentes no pueden ser asociados todavía a la guerra de guerrillas en su sentido más estricto. Y es que, tal como ya se expuso en este trabajo (orígenes del combate guerrillero, epígrafe 4.1), no era infrecuente que las sociedades campesinas del Antiguo Régimen recurriesen a la autodefensa y la violencia sin dudar, en defensa de sus cosechas y ganados, ante saqueos y pillajes por parte de ejércitos regulares invasores²⁴³.

Por otro lado, precisa este autor que algunas noticias de los primeros meses de 1808 apuntarían a que habría habido ya varios ataques a correos imperiales y a ciudadanos franceses de viaje por España. Carrasco afirma que «no hay indicios suficientes como para asociarlos a una incipiente resistencia o a una especie de proto-guerrilla»²⁴⁴. Recuerdan a lo que Díaz Torrejón denomina como gestos preguerrilleros, ya definidos. Evidencias documentales existentes relacionarían, más bien, estos incidentes con el fenómeno del bandolerismo rural. Y es que, como recuerda Díaz Torrejón, a lo largo del siglo XVIII la lucha contra el bandidaje había pasado a ser responsabilidad del ejército, cuyos

²⁴¹ Díaz Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., p.109.

²⁴² *Ibidem*, p.111.

²⁴³ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...*op. cit., p. 95.

²⁴⁴ *Ibidem*, p. 70.

efectivos se habían reducido considerablemente (tratado de Fontainebleau, octubre de 1807, con el envío de lo más granado del ejército español a Portugal y Dinamarca, en apoyo a las invasiones napoleónicas); de modo que las cuadrillas de bandidos habrían podido actuar con total impunidad²⁴⁵.

Carrasco Álvarez ilustra el tipo de acciones que supusieron los inicios de las partidas guerrilleras de la Guerra de la Independencia con el siguiente ejemplo:

“El 12 de julio (de 1809) se produjo en las cercanías de Madrid una acción cuyos elementos fueron típicos de lo que entendemos como guerra de guerrillas. Pedro Serrano, vecino de Lucena, consiguió convencer a varios paisanos —entre ellos Juan Ortiz Caballero, boticario de Carabanchel de Abajo— para preparar una emboscada en el camino de Alcobendas, con la intención de atacar a todos los franceses que pasaran por el lugar. La primera víctima del día fue un coche de collera en el que viajaban cuatro individuos de nacionalidad francesa, tres adultos y un adolescente de catorce o quince años. Serrano dio la orden de matar a dos de los adultos y al adolescente; sin embargo, respetaron la vida al tercero de los adultos, “un capitán de Ynválidos, á quien no mataron, sin embargo de ser francés por que había servido al rey de España por espacio de 40 años, y que le encargaron de la conducción de la Persona, la de este Coche, y Bagages á la Casa hacienda de Belvis”. Al poco rato interceptaron a un correo francés, “cuias Balixas tenían una plancha de plata con la letra N”, acompañado por dos postillones españoles. El francés fue ejecutado de inmediato, mientras que a los dos españoles se limitaron a detenerlos. El único ataque fracasado del día fue contra un comisario francés quien logró escapar gracias “a la ligereza de su caballo”, aunque no sin que antes consiguieran dar muerte a su escolta. Finalizada la jornada, la partida se deshizo regresando a sus hogares todos sus miembros menos Serrano y Ortiz, que se encaminaron a Andújar a entregar en persona los documentos interceptados a Castaños y a la Junta de Sevilla. En Sevilla Ortiz y Serrano se separaron, regresando el boticario a Madrid”²⁴⁶.

Este sería, para el citado autor, un ejemplo típico de lo que se podría esperar de las partidas de guerrillas que operaron durante la fase inicial de la guerrilla, descrita por Martínez Ruiz. Se trataría de reuniones *ad hoc* de paisanos, reunidos y organizados a iniciativa de personajes carismáticos, con prestigio local e incluso, en ocasiones, dotados de cierta experiencia militar. En este tipo inicial de partidas guerrilleras los únicos miembros fijos de las mismas serían sus jefes. El resto eran vecinos, familiares y/o clientes de aquellos (miembros todos de ese estrecho círculo de “lealtades primordiales”, definidas en la p. 71 de esta tesis doctoral al hablar del perfil militar del jefe guerrillero), los cuales se unían a la guerrilla para llevar a cabo una acción concreta, regresando después a sus hogares y reintegrándose a sus ocupaciones habituales. No parece probable que tuviesen una organización fija, ni una jerarquía distinta a aquella basada en el ascendente social y el prestigio personal de los cabecillas que ejercían la jefatura de las partidas. Las motivaciones de estos primeros guerrilleros eran tanto patrióticas como económicas. Efectivamente, tal como se detalla en el ejemplo descrito, Serrano esperaba recibir una recompensa en

²⁴⁵ *Ibidem*, p. 70.

²⁴⁶ *Ibidem*, pp. 95-96.

dinero y el reconocimiento del grado de capitán por parte de Castaños, a cambio de entregar el botín obtenido en las acciones descritas²⁴⁷.

Por lo tanto, las acciones guerrilleras que se ajustaban al tipo descrito anteriormente compartían una serie de elementos comunes, característicos todos ellos de las guerrillas que operaron en los primeros meses de la guerra, o fase inicial guerrillera (mayo-diciembre de 1808). Se trataba de operaciones oportunistas, ejecutadas por grupos muy pequeños, apostados cerca de las principales vías de comunicación; se seleccionaban los objetivos que estuviesen menos defendidos, constituyendo, al menos inicialmente, los civiles franceses residentes en España las víctimas principales de estos ataques guerrilleros. Las tropas francesas integradas en cuerpos mínimamente organizados, armados y formados estaban relativamente a salvo de estas primeras partidas, no teniendo demasiado que temer de lo que, a primera vista y en este periodo de inicio, no parecía ser más que un mero problema de orden público. Recalca Carrasco que los guerrilleros eliminaban sin dudarlos a los ciudadanos franceses, tanto si eran civiles como militares, pero solían respetar a los españoles, incluso a los que simpatizaban con los ocupantes. Así, estas guerrillas no eran todavía unidades irregulares estables, ni tampoco parece que estuviesen formadas siempre por los mismos combatientes (recuérdese que ya se comentó en la página anterior que los únicos miembros fijos de estas partidas serían sus jefes). Los guerrilleros se reunían para ejecutar una emboscada o golpe de mano, y luego se dispersaban rápidamente ²⁴⁸.

Finalmente, Carrasco concluye que se pueden identificar dos fases en lo que se refiere a la guerra de guerrillas entre junio y diciembre de 1808:

- 1- Una primera etapa estaría comprendida entre junio y agosto; en este periodo las partidas guerrilleras eran pequeñas agrupaciones temporales de paisanos que se disolvían después de cada acción realizada. No se podría descartar que existiese algún tipo de conexión entre estas primeras guerrillas y bandas de delincuentes rurales; por lo menos desde el punto de vista de las autoridades patriotas, ese era el caso de aquellas que se apoderaban de un botín y no lo entregaban al fondo de guerra común. Carrasco añade que la victoria de Bailén habría hecho que las partidas guerrilleras se convirtiesen en algo superfluo, y por lo tanto innecesario, en las regiones evacuadas por los franceses a partir de entonces.
- 2- Durante el segundo periodo (entre agosto y la victoriosa campaña relámpago emprendida por el Gran Corso en noviembre-diciembre), las únicas partidas guerrilleras legítimas eran las que operaban en Navarra, Vascongadas y las zonas ocupadas de Cataluña. En la línea de lo que sucedería tras la liberación de España a finales de 1813 e inicios de 1814, las autoridades civiles patriotas comenzaron a aplicar una política de “tolerancia cero” ante cualquier tipo de actividad sospechosa de bandidaje por parte de algunos insurgentes. La “blitzkrieg” emprendida por Napoleón a finales de noviembre

²⁴⁷ *Ibidem*, pp. 95-96.

²⁴⁸ *Ibidem*, pp. 97-98.

hizo que la guerra irregular se convirtiese, de nuevo, en el principal foco de atención de las autoridades patriotas. Estaba claro que, si por medios bélicos convencionales no se podía vencer a las tropas imperiales, sería necesario recurrir a otros no convencionales. La guerra de guerrillas se constituyó así en la alternativa más viable²⁴⁹.

El historiador y académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, Agustín Ramón Rodríguez González, reflexiona en un trabajo dedicado a las guerrillas de la Guerra de la Independencia sobre algunas cuestiones, en su opinión, relegadas en el análisis de este fenómeno histórico, como son su táctica y organización. Para ello, analiza su evolución de partidas a divisiones a lo largo del periodo 1808-1814. Según este autor, no debe haber ninguna duda, después de la experiencia española en este conflicto bélico, de que las guerrillas fueron un arma muy eficaz, pese a todas las reticencias o críticas que pueda suscitar este fenómeno histórico. Dedicó un apartado de su artículo a analizar la idea del “pueblo en armas”, exponiendo como soporte teórico del mismo la idea del “*Landsturm*” concebido por Gneisenau en 1811. Se trataba de una especie de milicia territorial, que actuaría en ausencia del enemigo como auxiliar del ejército regular, y que invadido su territorio debía operar con la clásica táctica guerrillera de asaltos por sorpresa y emboscadas, volviendo luego sus integrantes a sus ocupaciones habituales; así evitarían las represalias por parte del ejército invasor. En evitación de dichas represalias, caso de ser hechos prisioneros en el propio combate, cada integrante de esta milicia debería portar una mínima uniformidad, que luego trataría de ocultar —una prenda militar de cabeza, que en ocasiones se reducía a una simple gorra de faena con la escarapela prusiana—, correa y tal vez un capote²⁵⁰.

Este autor relaciona con este modelo prusiano a instituciones como los somatenes catalanes o las alarmas gallegas o asturianas (a los que cabría añadir a los “*miquelets*” del Principado). Todas canalizaban la movilización popular para la autodefensa, dirigidas por sus autoridades naturales (rey, nobleza, clero, alcaldes). Para Rodríguez González, se trataría de un sistema ya obsoleto y que suponía un grave riesgo de ser diezmados por las ágiles y bien dirigidas columnas francesas. Ello habría quedado demostrado en casos como la invasión de Galicia por Soult y Ney, combates como el de Cabezón en Castilla o Alcolea en Andalucía; especialmente flagrantes a este respecto, habrían sido los estériles intentos de Palafox, durante el primer sitio de Zaragoza, de enfrentar ocho unidades regulares francesas con paisanos armados y encuadrados apenas unas horas antes del combate. También señala uno de los pocos éxitos del sistema, si bien muy sonado, como fueron los combates del Bruch. Además, reconoce que en Cataluña los somatenes siguieron activos durante toda la guerra, absorbiendo y fijando una enorme cantidad de tropas napoleónicas²⁵¹.

Continúa su análisis evidenciando que, de todo lo expuesto anteriormente, se deduce que era necesario idear otro sistema de lucha. La guerra regular no

²⁴⁹ *Ibidem*, p. 100.

²⁵⁰ Rodríguez González, A. R. “Las guerrillas de...op. cit., pp. 345-357.

²⁵¹ *Ibidem*, pp. 349-350.

servía ante ejércitos enemigos invasores tan poderosos como los napoleónicos. De hecho, las resistencias heroicas de ciudades, registradas al comienzo de la guerra, eran auténticas hecatombes (baste comparar los casos de las primeras, como Zaragoza y Gerona, con los de Badajoz y Valencia, para comprobar cómo se habían reducido la moral de combate y el espíritu numantino de resistencia ante el inevitable y terrible fin). Empezaba a quedar claro que sólo quedaba recurrir a la guerra irregular, a las guerrillas. Con sus líderes consagrados por la efectividad operativa en el duro campo de batalla —no podía haber otra legitimidad para ellos ante el evidente fracaso de las formas convencionales de batallar—, y aplicando sus tácticas heterodoxas, aparecieron como el mejor sistema para tratar de contrarrestar la enorme ventaja en destreza táctica, entrenamiento, armamento, equipo e incluso fuerza numérica del ejército regular enemigo²⁵².

Rodríguez González expone a continuación la evolución seguida por las guerrillas: cuando entre 1808-1810 el principal sistema de combate empleado por los españoles, ante el fracaso de los demás, fue la guerra irregular, la tipología de unidad guerrillera predominante era la de pequeñas partidas de un centenar o dos de guerrilleros. Se trataba de un movimiento espontáneo y anárquico, pero que aun así había obligado a las tropas francesas a variar su despliegue y tácticas: fundamentalmente, moverse en convoyes fuertemente protegidos o columnas de cierta entidad (evitando a toda costa dejar aislados a pequeños grupos o rezagados); fortificar y guarnicionar puentes, pasos montañosos y numerosas localidades estratégicas y crear cuerpos especiales contraguerrilleros —a menudo, integrados por españoles—. Aun así, todo ello requería emplear una división entera para ocupar con ciertas garantías una sola provincia, con los demoledores efectos que eso tuvo a la larga para los imperiales. Sin embargo, las pequeñas partidas descritas tenían poco que hacer ante semejante despliegue napoleónico, salvo alguna excepcional circunstancia²⁵³.

A juicio de este autor, la mencionada evolución de las guerrillas no se produjo por caudillismos, aunque es indudable que se produjeron casos de este fenómeno, o por la razón aducida por Aymes del deseo de control gubernamental (que según Rodríguez González era conveniente y, de algún modo, acabó lográndose), sino por la propia fuerza de las circunstancias. Y es que para afrontar ese despliegue militar francés era necesario un conjunto equiparable en número, aunque fuese inferior, pero que, ante todo, fuese capaz de enviar pequeños destacamentos que realizaran las habituales misiones guerrilleras de hostigamiento, sabotaje, vigilancia o requisas, a la vez que un núcleo se dedicaba a empresas militares de mayor envergadura: por ejemplo, atacar posiciones fortificadas pequeñas o aisladas, convoyes o columnas sueltas. De este modo, se desarrolló un tipo de unidad y de forma de combate que, según Rodríguez González, estaban llamados a tener un gran protagonismo y amplio muestrario en la historia militar española: una columna de unos pocos miles de hombres, que incluyese algunos batallones de infantería, escuadrones de

²⁵² *Ibidem*, p. 351.

²⁵³ *Ibidem*, p. 351.

caballería, y en ciertas ocasiones alguna artillería (que si bien es cierto que supone serias limitaciones a la velocidad, por otro lado constituye un arma a menudo decisiva contra fortificaciones). Esta columna así conformada era capaz de realizar empresas no sólo y estrictamente “guerrilleras”, sino otro tipo de misiones militares más amplias, incluyendo el combate regular con unidades enemigas equivalentes. Eran unidades demasiado débiles para liberar permanentemente territorio ocupado, pero sin embargo suficientemente fuertes como para, tras su reagrupamiento y concentración, disputarlo en un punto determinado a un adversario, conviene recordarlo, cada vez más disperso por excesivamente desplegado²⁵⁴.

Concluye Agustín Ramón Rodríguez González su lúcido y profundo análisis sobre la evolución de las guerrillas de la Guerra de la Independencia reconociendo que, evidentemente, nadie puede negar el enorme atractivo que posee la idea de un «pueblo en armas». Sin embargo, en su opinión, parece pertenecer, en términos de estricta experiencia histórica, al terreno de las utopías: raramente, incluso en el mejor y más claro de los casos, ha llegado el espíritu de lucha de un pueblo a tan alto grado de unanimidad monolítica. Además, habría que tener en cuenta que, aun en casos como estos, liderazgos pobres o defectuosos habrían hecho a menudo estéril esa resistencia armada de todo un pueblo²⁵⁵.

5.4 Normativa legal reguladora de las guerrillas

Ya ha quedado demostrado suficientemente que la guerra de guerrillas no era un fenómeno desconocido ni extraño para la Europa del siglo XIX (tal como se estudia en el capítulo dedicado a la teoría sobre la guerra de guerrillas de esta tesis, ver páginas 26, nota 76, y la nota 79 de las pp. 27-28). Allí se mencionan algunos de sus antecedentes inmediatos, con especial referencia a la Guerra de Sucesión Española, así como a la de la Convención, analizada más pormenorizadamente. Por lo tanto, era frecuente que el bando militarmente más débil en una guerra recurriese a todo tipo de sistemas de combate alternativos, como, por ejemplo, la movilización de recursos irregulares o la incitación a los paisanos para combatir al enemigo. En este sentido resulta lógico, e incluso obvio, que las autoridades patriotas decidiesen que si se quería tener una mínima posibilidad de derrotar a los poderosos invasores napoleónicos, era necesario movilizar a toda la nación para que participase en la lucha²⁵⁶.

Consecuentemente, las instituciones políticas españolas intentaron promover las actividades partisanas por medio de reglamentos, normas y ordenanzas. Ya desde los mismos inicios del conflicto bélico, la actividad

²⁵⁴ *Ibidem*, pp. 351-352.

²⁵⁵ *Ibidem*, p. 349.

²⁵⁶ Ver Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...*op. cit., pp. 84-85, y Díaz-Torrejón L. "El movimiento guerrillero..."op. cit., pp. 110-111.

insurgente era un hecho consumado, imparable y en plena actividad. Así, en todo el territorio nacional las Juntas zonales, al igual que la Central, se limitaron a aceptar, más que a crear (cuando no a intentar controlar) las iniciativas de los grupos guerrilleros surgidos por doquier, por iniciativas fundamentalmente de un estrato popular, dirigido por caudillos espontáneos entre los que se podían encontrar miembros de los otros dos estamentos, tanto nobles como clero. Así, entre 1808 y 1814 se publicaron hasta diez documentos jurídicos de esta naturaleza, tanto de ámbito nacional como regional. Además de estas regulaciones específicas, también se promulgaron otras para sistematizar y ordenar la formación de milicias honradas, somatenes y “*miquelets*” (en Cataluña) y alarmas (en Galicia y Asturias)²⁵⁷. Dada la naturaleza eminentemente militar-operativa de esta investigación histórica, se obviará el estudio global de todo este complejo entramado jurídico, procurando, en cambio, resaltar las características fundamentales, desde la mencionada perspectiva, de las normas que se consideran fundamentales y que tuvieron aplicación legal en todo el territorio nacional.

Sin embargo, si conviene analizar, siquiera esquemáticamente, las principales ideas motrices de la estrategia seguida para la promulgación de este conjunto normativo. La principal de ellas sería conseguir el máximo de colaboración por parte de la población civil, componente clave e indispensable para la supervivencia de toda guerra de guerrillas, en la que subyace un fuerte componente insurgente popular. Carrasco Álvarez pone de manifiesto que el estudio de conflictos armados contemporáneos ha demostrado que apenas un 5 por ciento de una población dada llega a implicarse de forma directa y efectiva en la resistencia. Incluso algunas insurgencias contemporáneas son capaces de subsistir con apenas un dos por ciento de apoyo activo en la resistencia armada. Además, no conviene olvidar que todo este corpus legislativo permite comprender algunas de las principales claves ideológicas de la guerra partisana, pero tal y como la entendían las élites dirigentes patriotas en 1808, que deseaban, ante todo, tener controlado este incipiente fenómeno histórico de las guerrillas contemporáneas. La impresión que se deduce de todo ello es que se intenta dar una imagen, no tanto descriptiva de cómo eran realmente estas unidades combatientes irregulares, cuanto cómo pretendía el poder político que fuesen según sus intereses²⁵⁸.

El 28 de diciembre de 1808, la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino promulgó en Sevilla el *Reglamento de Partidas y Quadrillas*, con la intención de ordenar todo un fenómeno guerrillero, convertido ya por entonces, en una incuestionable realidad militar. Este reglamento nace con el «pretendido carácter de carta magna del movimiento recién eclosionado, y sobre cualquier consideración, conviene subrayar el espíritu militar del documento, pues concibe

²⁵⁷ Un exhaustivo análisis sobre estas unidades irregulares que practicaban la guerra de guerrillas en Moliner Prada, A. “El fenómeno guerrillero...op. cit., pp. 131-137; Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...*op. cit., pp. 84-94; Díaz-Torrejón L. “El movimiento guerrillero...op. cit., pp.109-113 y Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros...*op. cit., pp. 6-10.

²⁵⁸ Para más detalles a este respecto, ver Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...*op. cit., pp. 86 y 88.

y prescribe un proyecto guerrillero ajustado a la estructura castrense»²⁵⁹. Efectivamente, se establece un modelo de guerrilla subordinada a las ordenanzas y sujeta a un orden jerárquico de mandos militares. Con ello, la Junta Central resalta su interés en no admitir una realidad, por otra parte obvia, de la existencia y actuación de las partidas guerrilleras al margen del ejército regular. Todo ello redundaba en las referidas pretensiones militarizadoras, con las que la Junta central niega a las guerrillas el más mínimo margen de autonomía, preceptuando su agregación efectiva a las Divisiones orgánicas del ejército y su dependencia por cauce reglamentario y jerárquico de los generales correspondientes. En definitiva, lo que se intentó hacer fue que las guerrillas actuasen a modo de fuerza semirregular, bajo mando y coordinación por parte del ejército español. Además, con la promesa de obtención de botín, se quería atraer a aquellos individuos que todavía no se hubiesen incorporado a regimientos de voluntarios ni habían sido quintados aún en las tropas regulares. Como dato importante y revelador, obsérvese que en este texto normativo no se hace mención alguna a la palabra “guerrilla”, sino que se utilizan las de “partida” de hombres armados y la de “cuadrillas” para hacer referencia a los contrabandistas²⁶⁰.

El reglamento suponía una especie de compromiso entre elementos nuevos, plenamente contemporáneos, y las obras teóricas de la guerra partisana de la Ilustración. El modelo guerrillero se organizó en torno a la partida conformada en una línea clásica, estructurada en dos contingentes uno a caballo y otro a pie, de cincuenta hombres cada uno. Este modelo propio del Setecientos se aplicó también al mando de la partida: cada una tendría al frente a un comandante con el grado de alférez de caballería, y a un segundo o lugarteniente con el grado de sargento primero de la misma arma. Por otro lado, se establecía que estas partidas guerrilleras estuviesen constituidas por civiles en exclusiva, incluyendo a los oficiales, que serían elegidos por los propios hombres de la unidad en vez de ser nombrados por las autoridades civiles o militares. En esto se distanciaban de la teoría militar del siglo XVIII, que recomendaba elegir como mandos de las partidas a oficiales regulares de la mayor experiencia y motivación. A su vez, la tropa debía ser escogida según criterios estrictos de aptitudes, iniciativa y preparación física²⁶¹.

La articulación jurídica de esta movilización general popular se basó, por tanto, en formar unidades auxiliares conforme a parámetros ya definidos y consolidados a lo largo del siglo XVIII, en el que se mezclaban la tradición (Honor, Beneficio Económico, Inmortalidad, Fama) junto con “ideas fuerza” más modernas (Patriotismo, Nación, Pueblo). Carrasco Álvarez destaca que constituyó una novedad, característica de la experiencia española de regulación de las guerrillas, el que se intentase integrar en este plan a las cuadrillas de contrabandistas que, por su *modus vivendi*, se suponía que se adaptarían especialmente bien a este tipo de guerra irregular. Ello estaría justificado por la gran escasez de soldados entrenados que aquejaba al ejército regular español,

²⁵⁹ Díaz Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., p. 111.

²⁶⁰ *Ibidem*, p. 111.

²⁶¹ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...op. cit.*, pp. 90-91.

provocando que la Junta Central tuviese que llegar a un compromiso entre lo ideal-teórico y lo real-factible²⁶².

Para Díaz Torrejón, esta suerte de “política de manga ancha” emprendida por la Junta, permitiendo la participación de ciertos sectores marginales en el movimiento guerrillero, constituyó un verdadero riesgo, además de una torpeza. Y esto fue así porque se abrió un importante cauce legal para la participación de elementos delictivos en las partidas guerrilleras, ofertando indulgencia a cambio de beligerancia. Todo parecía valer con tal de aumentar la fuerza combatiente efectiva de las guerrillas. En esencia, se trató de una especie de redención por la vía del indulto, sin prever los más que probables efectos contraproducentes de dicha medida, tales como rechazos, insumisiones, actividades delictivas solapadas como actividades insurgentes o la reactivación del endémico fenómeno del bandolerismo. En definitiva, la participación de estos hombres proscritos cuyos servicios se requerían en la guerra contra el invasor parecía entrañar más riesgos que ventajas reales²⁶³.

Por lo tanto, nótese que a principios de 1809 la guerra de guerrillas se articulaba, al menos desde el punto de vista legislativo, en dos modelos de guerra irregular. Por un lado, existía un secular sistema de milicias populares de autodefensa local (somatenes y *miquelets*—en Cataluña— y las alarmas gallegas y asturianas), reclutadas entre los vecinos de una población en particular, comprometidos solamente en la protección de su lugar o zona de origen. No eran, por tanto, partidas móviles, sino estáticas. Y, por otra parte, estaba un sistema de guerrillas “puro”, como el planteado por el reglamento de 28 de diciembre de 1808. A diferencia de las partidas guerrilleras anteriores, éstas no estaban circunscritas ni limitadas en su actuación a una población o área geográfica concreta, por lo que disponían de mucha mayor libertad de movimientos. Además, los jefes de estas partidas tenían grados militares, lo que implicaba que, al menos teóricamente, estaban integradas en la cadena de mando reglamentario del Ejército español. Por el contrario, los líderes de las partidas de somatenes eran civiles desde tiempos inmemoriales²⁶⁴.

En definitiva, y como advierte Díaz Torrejón, los descritos propósitos reguladores de las guerrillas resultaron fútiles, y a pesar de los empeños gubernamentales, puede decirse que, en el plano efectivo de la operatividad militar, el *Reglamento de Partidas y Cuadrillas* quedó reducido a simple papel mojado. De hecho, las pretensiones gubernamentales para regular —y, no se olvide, por ende, controlar— las actuaciones del fenómeno guerrillero no se limitaron sólo a este intento; pese a todo, los sucesivos Gobiernos patriotas españoles nunca renunciarán a ello y seguirán legislando sobre esta materia. Los ya mencionados pobres efectos de esta primera normativa regularizadora quedarán así plenamente de manifiesto²⁶⁵.

²⁶² *Ibidem*, pp. 88-93.

²⁶³ Díaz Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., p. 111.

²⁶⁴ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...*op. cit., p. 103.

²⁶⁵ Díaz Torrejón F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., p. 111; Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...*op. cit., p.104.

Efectivamente, la Junta Central volvió a tomar medidas jurídicas encaminadas a implicar a la población civil en la resistencia armada contra los franceses, y el 17 de abril de 1809 puso en circulación otro reglamento, titulado *Instrucción que su Majestad se ha dignado aprobar para el Corso Terrestre contra los ejércitos franceses*. Este nuevo documento legal supone un paso adelante en la declaración de la guerra total contra el ocupante napoleónico, recurriendo para ello a un procedimiento bélico de carácter marítimo, secularmente empleado por naves mercantes para perseguir a la piratería y a los barcos enemigos. Se daba cobertura legal a los paisanos armados como si se tratase de titulares de patentes de corso en el mar. En definitiva, la Junta Central adaptó a la guerra terrestre una modalidad bélica propia del combate marítimo, procediendo a identificar de este modo la figura del guerrillero y la del corsario. Se apelaba de este modo al recrudecimiento de las hostilidades, con el claro objetivo de causar la mayor destrucción y quebranto posible a los ejércitos napoleónicos, dirigiendo los ataques principalmente hacia dos áreas estratégicas de importancia tan vital como lo eran sus abastecimientos y comunicaciones. Había que estimular al máximo la intervención armada, bien individual o colectiva, de las guerrillas en la empresa bélica y la mejor forma de hacerlo fue anunciando como incentivo económico los derechos sobre el botín arrebatado al enemigo²⁶⁶.

Carrasco Álvarez precisa que en esta *Instrucción del Corso Terrestre*, los mandos de las partidas y cuadrillas eran elegidos por los propios guerrilleros. Al contrario de lo que sucedía con los jefes de las guerrillas autorizadas por el mencionado reglamento del 28 de diciembre de 1808, no se les reconocían rangos militares. Esto significaba que las unidades guerrilleras reguladas en el *Corso Terrestre* estaban al margen completamente de la cadena de mando reglamentaria del Ejército español²⁶⁷.

A lo largo de los años siguientes, el Consejo de Regencia (órgano gubernativo del Reino en sustitución de la Junta Central) también intentará repetir la iniciativa de poner bajo control político al movimiento guerrillero. No distaría mucho de la realidad afirmar que, con los mismos resultados infructuosos anteriores, la Regencia emitió sendas instrucciones: *Orden de la Regencia de 1811 con varias prevenciones para las partidas de guerrillas que sostenían en aquella época la independencia nacional*, con fecha de 15 de septiembre de 1811; y *Reglamento para las partidas de guerrillas*, emitido el 11 de julio de 1812²⁶⁸. En esta última pieza legislativa a las partidas de guerrillas se las denomina “Cuerpos Francos”, reduciendo de paso el poder de los cabecillas guerrilleros, que en ningún caso podían dar órdenes a los oficiales del ejército regular²⁶⁹. En una especie de choque entre la realidad bélica y los intentos políticos regularizadores, la orientación que los sucesivos Gobiernos españoles

²⁶⁶ Ver Moliner Prada. “El fenómeno guerrillero...op. cit., pp. 133-134 y Díaz Torrejón F. L. “El movimiento guerrillero...op. cit., pp. 111-112.

²⁶⁷ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...op. cit., p. 105.*

²⁶⁸ Díaz Torrejón F. L. “El movimiento guerrillero...op. cit., pp. 112-113.

²⁶⁹ Moliner Prada, A. (ed.), “El fenómeno guerrillero...op. cit., p. 136 y Díaz Torrejón, F. L. “El movimiento guerrillero...op. cit., pp. 112-113.

tratan de imprimir, a golpe de acción legislativa, no es, ni mucho menos, la que siguen las guerrillas en su operatividad militar. Lógicamente, esto es así porque difícilmente las partidas guerrilleras pueden ajustarse a normativas contrarias a su propia naturaleza. Es fácil comprender el fracaso al que está irremediabilmente destinada toda disposición jurídica que aspire a regular la actividad armada de fenómenos históricos como las guerrillas, que, como ya se ha insistido, son extraordinariamente complejos, multiformes, poliédricos, versátiles, de fuerte base popular y en continua evolución dinámica²⁷⁰. Cassinello Pérez insiste en ello, recalcando que el movimiento guerrillero de la Guerra de la Independencia es un constante proceso en marcha, que en su evolución ni sigue una línea recta ni, mucho menos aún, se somete a un orden cronológico o jerárquico²⁷¹.

5.5 Distribución geográfica, cuantificación y base social de las guerrillas en la Guerra de la Independencia

Moliner Prada afirma que las principales zonas de actuación de las guerrillas durante la Guerra de la Independencia fueron, principalmente, el norte y centro de España (Cataluña, Aragón, Guadalajara, Soria, Navarra, la Rioja, Vascongadas, partes de Castilla, Asturias, León y Galicia). También se registró una importante actividad guerrillera en el Reino de Valencia, en Castilla la Nueva y en Andalucía. A grandes rasgos, las áreas geográficas a través de las cuales se desplegaron las partidas guerrilleras más importantes fueron las siguientes:

- En el eje Fuenterrabía-Ciudad Rodrigo actuaron en el territorio navarro y riojano Javier Mina («el Mozo»), Francisco Espoz y Mina, el padre Teobaldo y Miguel Sarasa.
- Desde el Cantábrico, llevaron a cabo sus acciones Francisco de Longa y Juan Porlier («el Marquesito»).
- A partir de Castilla, lo hicieron «el cura Merino», Julián Sánchez («el Charro») y Juan Martín Díez («el Empecinado»).
- En el eje Madrid-Sevilla intervinieron Juan Palarea («el Médico»), Francisco Abad Moreno («Chaleco») y Montijo²⁷².

Este mismo autor añade que cabe mencionar otras guerrillas que se formaron, prácticamente, a todo lo largo y ancho del territorio peninsular, y cuyos jefes o «cabecillas» fueron los siguientes: en Galicia, el ya mencionado Porlier, Carrera, Noroña y Bernardo Gálvez (a)«Cachamuiñas»; en Asturias, Bartolomé Amor, Bernardo Álvarez, Pedro Bárcena, Federico Castañón, Escandón, Fernández del Barrio, Noriega, «Zapatinos», «el Nietu» y el «Xostre». En Cantabria, Manuel Bedia Ruiz, Manuel Colmenares y Prellezo, García del Barrio,

²⁷⁰ Díaz Torrejón, F. L. "El movimiento guerrillero...op. cit., pp. 112-113.

²⁷¹ Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros...*op. cit., p. 4.

²⁷² Moliner Prada, A. "El fenómeno guerrillero...op. cit., pp. 144-145.

Hilario García de la Huerta, Juan Obeso, alias «el Recio»²⁷³. En Vascongadas, destacaron Gaspar de Jáuregui (a) «el Pastor» —a cuya partida se unió el futuro jefe del ejército carlista del Norte, Tomás Zumalacárregui, a finales de 1808, quien habría terminado la guerra con el grado de capitán—²⁷⁴; Juan de Aróstegui, Campillo, Félix Sarasa (a) «Cholín», Cortázar, Dos Pesos, Uranga, Francisco Longa, alias «Papel», Matías Mendizábal, Andrés Ortiz de Zárate, Ortola, Pinto (a) «el Tuerto», Uzurrun y Zabaleta. Navarra fue el territorio de actuación preferente, además de los ya citados, de Gregorio Cruchaga, Juan de Villanueva, también conocido como «Juanito el de la Rochapea», Joaquín de Pablo y Antón (a) «Chapalangarra», Andrés Ochotorena, alias «Buruchuri», el Carretero de Leire, Ayala, Miranda, Bona y Pomes. En Aragón, Mariano Renovales (que también actuó por la zona vasco-navarra), Pedro Villacampa, Anselmo Alegre, alias «el Cantarero», el Barón de Eroles, Sarsfield, Malcarado, Manuel Sangenis, Pesaduro, Toribio Porta, Ramón Gayá, Ramón Jáuregui, Don Pedro, Felipe Perena, Valero Ripol, Francisco Robira y Nicolás Riveres, también llamado «el Colacho». La comunidad valenciana también tuvo actividad guerrillera, protagonizada, principalmente, por el fraile Asensio Nebot, el bandolero Jaime «el Barbudo», José Francisco Romeu o «el Mártir», Vicente Bonmatí, Gregorio de Alfafar, Romualdo Aparici y Francisco Samper. En Cataluña, destacaron especialmente Baget, Casabona, Joan Clarós, Felonch, Llovera, Malet, Manso, Milans del Bosch, Pedrosa, Perena, Eroles y Llauder.

Martínez Laínez añade como importantes jefes guerrilleros catalanes al teniente general José Manso y Solá y al capitán Antonio Roca²⁷⁵. Por tierras extremeñas actuaron Ventura Jiménez, fray Celedonio Durán, Fernando Cañizares y el sacerdote Melchor Gordillo (a los que habría que añadir a Feliciano Cuesta, Isidoro Mir, Gregorio Morales, Alonso Muñoz, y, finalmente, la guerrillera Catalina Martín)²⁷⁶. En Castilla, además de los ya indicados, cabe citar a Jerónimo Saornil, Juan Abril (a) «el Caracol», fray Juan Delica («el Capuchino»), Ignacio Cuevillas, Francisco de Longa, Juan Gómez Larriba y Francisco Fernández de Castro. A su vez, actuaron en Castilla-La Mancha Francisco Abad Moreno, alias «Chaleco», el Marqués de las Atalayuelas, Francisco Sánchez, también conocido como «Francisquete» o «Tío Camuñas», y Ventura Jiménez. Finalmente, en Andalucía descollaron en la jefatura de actividades guerrilleras Francisco González (a) «el Mantequero», el presbítero Clemente de Arriba, Bartolomé Gómez alias «Bartolo», Francisco Lozano (a) «Bolsero», el notario Francisco Roa, Antonio Mellado, Juan Fernández Cañas, el teniente coronel Antonio Calvache, el suboficial Francisco González Peinado, Antonio Bueno y Rafael Panizo, conocido con el ilustrativo apodo de «Cortaorejas»²⁷⁷.

²⁷³ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 365-371.

²⁷⁴ *Ibidem*, p. 434.

²⁷⁵ *Ibidem*, pp. 293-296.

²⁷⁶ Recio Cuesta, J.P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 38-44. La cita de la guerrillera procede de Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., p. 280.

²⁷⁷ Moliner Prada, A. «El fenómeno guerrillero...» op. cit., pp. 144-145.

El coronel Nicolás Horta Rodríguez, que ha contabilizado un total de 646 guerrillas, las distribuye del siguiente modo: 100 en Andalucía, 16 en Extremadura, 42 en el antiguo reino de León, 116 en Galicia, 9 en Asturias, 40 en Castilla, 24 en Vascongadas, 25 en Navarra, 128 en Cataluña, 56 en Aragón, 35 en el antiguo reino de Toledo, 34 en La Mancha y 21 en País Valenciano y Murcia²⁷⁸.

Desde el punto de vista sociológico, Moliner Prada destaca que, entre los jefes de las partidas guerrilleras y sus miembros es posible encontrar a una amplia representación de la sociedad española de principios del XIX, sin perjuicio de su edad, sexo u origen geográfico, incluyendo a todos los estamentos, grupos sociales y profesionales: eclesiásticos, militares, nobles, médicos, alcaldes, pastores, estudiantes, soldados prófugos, desertores imperiales, antiguos prisioneros, contrabandistas, bandoleros, vagabundos, mendigos y aventureros de toda clase y condición. Y, por supuesto, no faltaban ancianos, mujeres y niños. Advierte, asimismo, que no debe obviarse que la realidad social de las guerrillas es, por un lado, inseparable de la fuerte resistencia de la población rural española a la movilización por parte del ejército regular, y, por otro, del fenómeno de la deserción (estimable en torno a un veinte o treinta por ciento de los soldados según este autor)²⁷⁹.

Horta Rodríguez, al referirse al origen social de los guerrilleros encuadrados en las 646 guerrillas contabilizadas, clasifica a los jefes, lugartenientes y mandos inferiores, que ha conseguido identificar, de la siguiente manera: 107 eclesiásticos; 74 militares, 28 regidores, jueces y similares; 13 nobles; 12 alcaldes; 11 mujeres; 10 labradores propietarios y ganaderos; 9 menestrales; 4 contrabandistas; 2 bandidos y 2 antiguos combatientes del Dos de Mayo²⁸⁰.

Finalmente, Moliner Prada realiza una estimación cuantitativa del total de guerrilleros a lo largo de la Guerra de la Independencia, señalando que el número fluctuaría entre los 35.000 y los 55.000 en su periodo álgido de 1811-1812, admitiendo este autor que esta cantidad pudo ser quizá aún mayor. La distribución territorial de estas partidas fue generalizada por todo el territorio peninsular, pero con una densidad muy irregular. Una sexta parte de las partidas guerrilleras habría comenzado sus acciones locales en torno a 1808²⁸¹.

Por su parte, Emilio de Diego deduce que, a pesar de la duración del mencionado conflicto bélico y la gran extensión de la guerra irregular por todo el territorio nacional, es difícil saber con exactitud la verdadera dimensión de las fuerzas que protagonizaron este tipo de combate, siendo acaso imposible establecer cifras exactas. Concluye que algunos autores se refieren a unos 50.000 hombres, cifra que otros reducen a 30.000 guerrilleros²⁸². En un sentido

²⁷⁸ Horta Rodríguez, N. "Sociología del movimiento guerrillero" en *Historia Social de la Fuerzas Armadas. Revolución Nacional e Independencia*. Tomo VIII. Madrid: Ministerio de Defensa, 1986, p. 311.

²⁷⁹ Moliner Prada, A. "El fenómeno guerrillero...op. cit., pp. 146-147.

²⁸⁰ Horta Rodríguez, N. "Sociología del movimiento...op. cit., Tomo VIII, p. 312.

²⁸¹ Moliner Prada, A. "El fenómeno guerrillero" ...op. cit., p. 146.

²⁸² Diego, E. *España, el infierno...*op. cit., p. 125.

parecido se pronuncia Antonio Manuel Moral Roncal, al sostener que en su periodo de mayor apogeo —el año 1812— el número de guerrilleros se estimó entre 35.000 y 50.000²⁸³.

5.6 Sistemas o modelos de guerrillas activos durante la Guerra de la Independencia

Para Carrasco Álvarez, en Cataluña y Galicia la operatividad militar de las guerrillas revistió unas características singulares. La guerra irregular en estas regiones no dependió tanto de la iniciativa de una serie de caudillos carismáticos o de las juntas locales (como sucedió en las áreas geográficas del resto de España y que registraron también una gran actividad de las guerrillas), sino que se basó en instituciones tradicionales de autoprotección y defensa popular, articuladas a nivel local. En ambos casos, la actuación de importantes contingentes de tropas regulares, junto con regimientos de voluntarios, implicó que tanto en el teatro de operaciones catalán como en el gallego apareciesen, con el tiempo, un sistema de combate mixto, en el que se combinaron formas típicas de la guerra irregular con operaciones convencionales. Y en ocasiones resulta difícil establecer una línea clara y taxativa de separación entre ambas²⁸⁴.

Somatenes y *miquelets*, por su singularidad y especial incidencia en las guerrillas carlistas, se analizarán en el siguiente subepígrafe. En cuanto al sistema de alarmas gallegas (a las que equipara con las asturianas), Fernando Martínez Laínez las describe como mecanismos para tratar de implicar a la gran mayoría de la población de una localidad o comarca concreta en tareas de autodefensa frente a cualquier agresión o amenaza. Para activarlas y reunir a los vecinos en momento de peligro, se utilizaba la “alarma”, es decir, el toque de campanas de la iglesia parroquial, convocando a todos los vecinos a la movilización general —de forma similar a como se actuaba en Cataluña con el somatén—. Funcionaban a modo de puntos de agrupamiento sincronizados, con idea de actuar también como «escuchas y controles sobre los movimientos de las tropas francesas»²⁸⁵. Sin embargo, reconoce el citado autor que no fueron una táctica eficaz para detener al poderoso invasor napoleónico, pese a que la población civil gallega respondió en general con entusiasmo a los llamamientos. Sin embargo, los paisanos, mal armados y deficientemente entrenados, sufrían muchas bajas en los enfrentamientos con el enemigo, sin apenas causarles ningún daño apreciable. Además, menciona Martínez Laínez una orden de las autoridades del Principado de Asturias, emitida el 19 de julio de 1808, en la que se agrupaba a una serie de concejos en cinco divisiones, estipulando que los vecinos acudiesen a los puntos de reunión prefijados en cuanto sonase la alarma, con la excepción de niños, viejos y mujeres²⁸⁶.

²⁸³ Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...*op. cit., p. 21.

²⁸⁴ Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...*op. cit., p. 129.

²⁸⁵ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...*op. cit., p. 375.

²⁸⁶ *Ibidem*, pp. 375-376.

Concluye Carrasco Álvarez que los sistemas de guerra irregular o modelos guerrilleros que estarían activos en España, desde finales de 1809 y durante todo el resto de la Guerra de la Independencia, serían los siguientes:

1. “Guerrillas accidentales”, esto es, grupos de paisanos armados, no organizados de manera formal, que ocasionalmente y de forma oportunista atacaban a soldados aislados y correos sin escolta, o que colaboraban con una partida de guerrilla o con un destacamento del ejército regular en acciones puntuales contra guarniciones o columnas francesas.
2. Milicias de autodefensa local (somatenes, *miquelets* y alarmas).
3. Partidas guerrilleras propiamente dichas.
4. Cuerpos Francos y Divisiones Ligeras o Auxiliares (entendidas como aquellas partidas guerrilleras que, por su tamaño y potencia de fuego, se acabaron convirtiendo en unidades regulares del Ejército y sus jefes ascendidos a altos mandos militares)²⁸⁷.

De este modo, la Guerra de la Independencia constituyó un verdadero laboratorio de fórmulas guerrilleras y modelos distintos de partidas (nuevos unos, reelaborados otros, de larga tradición gran parte de ellos), que institucionalizaron prácticas de guerra irregular que tendrán continuidad en guerras posteriores. Por lo tanto, conviene no perder de vista estos sistemas guerrilleros originados y activos durante la Guerra de la Independencia, pues volverán a aparecer recurrentemente, modificados o no, a lo largo de los distintos conflictos armados, considerados como antecedentes directos de la Primera Guerra Carlista (Guerra Realista, Sublevación de los Agraviados o *Malcontents*), así como en el primer conflicto bélico legitimista. En consecuencia, influyeron poderosamente en la operatividad de las guerrillas carlistas, que reutilizaron algunos de ellos ampliamente: piénsese, especialmente, en los somatenes catalanes y las denominadas partidas guerrilleras propiamente dichas. Por su parte, los cristinos emplearon profusamente una versión muy especial de los aquí denominados cuerpos francos, que se analizan con detalle en el lugar correspondiente por su especial incidencia contra guerrillera.

Emilio de Diego matiza el apartado cuarto, al considerar a los Cuerpos Francos similares a otras fuerzas de voluntarios, caracterizándolos en su conjunto como «unidades guerrilleras de tamaño medio o grande —de cientos a unos pocos miles de miembros— actuando en la retaguardia enemiga. Orgánicamente no formaban parte del Ejército, con el que sin embargo actuaban de forma coordinada, y se hallaban sometidas a la autoridad militar. Formalmente

²⁸⁷ Según Carrasco Álvarez, la definición de “guerrillas accidentales” fue propuesta por David Killcullen para analizar el caso concreto de la guerra en Afganistán, pero opina Carrasco que es perfectamente aplicable a las actividades partisanas ocasionales que se dieron entonces en España. En Carrasco Álvarez, A. *La guerra interminable...* op. cit., p. 129. Para una explicación en profundidad del concepto de guerrilla accidental, ver Killcullen, D. *The Accidental Guerrilla. Fighting small wars in the midst of a big one*. Oxford, Oxford University Press, 2009. En cuanto al concepto específico de divisiones ligeras o auxiliares, ver Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros...* op. cit., p. 12.

podían llegar a ser fuerzas regulares, pero su forma de actuar se ajustaba a las tácticas de la guerrilla»²⁸⁸.

5.7 Somatenes y miquelets

Tanto somatenes como *miquelets* constituyen el núcleo del antiguo sistema de autodefensa tradicional catalán, que funcionaban a modo de milicias autóctonas. Con respecto a los somatenes, se trata de una institución cuyos orígenes se pueden rastrear hasta la plena Edad Media (siglos XII-XIII, tal como queda recogido en el Libro IX, título XXII de las Constituciones de Cataluña de 1702)²⁸⁹. En esencia, funcionaban a modo de sistemas de alerta o puntos de agrupamiento rigurosamente establecidos y sincronizados, con escuchas y controles sobre los movimientos de los posibles agresores²⁹⁰. Así, todos los vecinos de los lugares próximos al territorio amenazado se congregarían al toque de rebato de las campanas de las iglesias próximas, y actuando a las órdenes de sus autoridades naturales —nobleza, clero, alcaldes— harían frente al peligro o ataque que se tratase de conjurar en cada caso. En esencia, los somatenes campesinos constituían una especie de grupos populares rurales de autoprotección territorial, formados por la gran masa de la población, que operaba cerca de los pueblos respectivos (dentro de la comarca o del corregimiento, nunca fuera, salvo en ocasiones muy excepcionales) y que eran convocados en momentos de peligro²⁹¹. Por su parte, Charles Esdaile describe el somatén como «guardia nacional irregular propia de Cataluña», es decir, lo considera como una unidad típicamente guerrillera²⁹².

José Almirante Torroella, en su diccionario militar, considera al somatén como una institución tradicional catalana que, a instancias de los dependientes del Veguer, implicaba la convocatoria de los vecinos de los pueblos para armarse en momentos de peligro y defenderse de una amenaza o invasión. Para este autor, sus orígenes estarían en la organización militar goda, donde se contemplaba el llamamiento a las armas, repentino y a son de campanas, de los habitantes de las poblaciones rurales²⁹³.

El Comandante de Artillería y Doctor en Historia Moderna, Germán Segura García, estudioso de diversos temas de la modernidad (por ejemplo, el funcionamiento de las Cortes catalanas del periodo, el ejército Borbónico y la Guerra de Sucesión), señala con respecto al somatén catalán:

²⁸⁸ Diego, E. *España, el infierno...* op. cit., p. 122.

²⁸⁹ Quintana i Segalà, J.X. "Matices de una historia de la contrarrevolución". En *Hispania Nova*, separata, nº 9, 2009, pp. 8-14.

²⁹⁰ Rodríguez González, A.R. "Las guerrillas de..." op. cit., p. 349-351.

²⁹¹ Moliner Prada, A. "La articulación militar..." op. cit., p. 52.

²⁹² Literalmente, habla de «local militias and home guards, such as the Catalan *somaten*», es decir, milicias irregulares o guardias del interior locales catalanas. En Esdaile, C. *La Guerra de...* op. cit., p. 100.

²⁹³ Almirante, J. *Diccionario Militar...* op. cit., Vol. II, p. 960.

"Por lo que respecta a la institución del somatén, en el Cap. 24^o (de las Constituciones de Cataluña de 1706) se logró renovar lo acordado en las Cortes de 1599 respecto a la prohibición de conmutar por dinero la realización de dicho servicio. Recordemos que todos los hombres hábiles del Principado estaban obligados a acudir armados al somatén cuando los oficiales reales requerían su convocatoria, habitualmente en aquellos casos en que éstos se mostraban incapaces de mantener el orden público o de reprimir los hechos delictivos con sus propios medios. El somatén se convertía entonces en una efectiva fuerza que colaboraba en la persecución y captura de los malhechores. A parte del rey o su lugarteniente en Cataluña, que podían levantar el somatén en varias demarcaciones e incluso en todo el país, éste también podía ser alzado por los oficiales locales en su propia jurisdicción o por el *portantveus* de gobernador cuando estaba presente en ella. La organización del somatén quedaba reglamentada en la *Crida del Llibret*, un libro donde figuraba el nombre de las personas de las villas reales, agrupadas por veguerías o subveguerías, que debían mantenerse con el armamento pronto para el caso de ser convocadas. Los *vegueres* confeccionaban las listas de las personas movilizables, lo cual no significaba que el resto de ciudadanos no tuvieran obligación de participar en el somatén en caso necesario. Sin embargo, se había constatado que algunos oficiales que tenían obligación de alzar el somatén se eximían de dicho servicio a cambio de dinero. Por ello, en 1599 se prohibió realizar esta práctica a los *vegueres* y en 1706 se incluyó también a los *subvegueres* y a todos los oficiales implicados en el seguimiento del somatén"²⁹⁴.

Germán Segura remarca que la institución del somatén era también una regalía, es decir, los oficiales reales o las autoridades locales de villas de realengo podían exigir la participación ciudadana en el somatén. La última vez que se reguló en las Cortes catalanas fue en 1706, como quedó reflejado supra. Posteriormente, cuando hubo que recurrir al levantamiento general del somatén durante la Guerra contra la Convención (ver nota 80, a pie de pp. 26-27 de esta tesis doctoral), se recuperaba así una larga tradición truncada tras la Guerra de Sucesión —asimismo analizada en la nota 77 de la p. 25 de este trabajo—. Ya en el siglo XIX, en la Guerra de la Independencia se multiplicaron los llamamientos para activar los somatenes, y con el nacimiento del Estado liberal y la destrucción de la jurisdicción señorial en beneficio del gobierno central, la mencionada institución de autodefensa catalana se extenderá a todos los municipios del Principado que, en teoría, seguirían reglamentando el servicio, en su versión local, a través de la mencionada *Crida del Llibret* (en castellano, "Llamada del librito")²⁹⁵.

Hernández Cardona precisa con respecto a los somatenes que, a diferencia de los *miquelets*, no tenían profesionales entre los soldados o la oficialidad, por lo que esta especie de amalgama de voluntarios con armas

²⁹⁴ Segura García, G. *Las Cortes catalanas de 1705-1706: el camino sin retorno de la Cataluña austracista*. Tesis doctoral dirigida por José María Ñarritu Rodríguez, UNED, Madrid, 2010, p. 302.

²⁹⁵ Segura García, G. *Las Cortes catalanas...*op. cit., pp. 80 y 297-302.

propias ofrecía un rendimiento desigual, lo que a menudo conllevaba más problemas que beneficios²⁹⁶.

Así y con todo, la multiplicación de los casos de activación de los somatenes durante el amplio periodo expuesto (ss. XVI-XIX) demuestran la potencia y arraigo de esta antigua institución de autodefensa tradicional —en su función de grupos armados de campesinos para proteger al civil de aquellas tierras, que contaban con una secular trayectoria histórica—, así como el apego con que contaban por parte de las instituciones y la sociedad catalana en su conjunto, especialmente en momentos tan críticos como lo son siempre las conflagraciones bélicas. Igualmente explicaría que durante un periodo tan convulso y duro como lo fue la primera Guerra Carlista, sobre todo en el Principado, las fuerzas legitimistas catalanas hiciesen también amplio uso de los somatenes como mecanismo de recluta y movilización de sus combatientes.

En cuanto a los *miquelets* (término que se mantiene en su original vernáculo en lengua catalana a lo largo de toda esta tesis, para de este modo subrayar su acepción restrictiva, especializada y diferencial, claramente distinta del castellano “miguelete”; hará referencia, pues, exclusivamente al concepto definido a continuación), eran unidades de combatientes voluntarios catalanes, especializados en la lucha guerrillera, a modo de fusileros ligeros de montaña)²⁹⁷.

²⁹⁶ Hernández Cardona, F.J. y Riart, F. “Los últimos austracistas...op. cit., p. 14.

²⁹⁷ Hernández Cardona, F.X. y Riart, F. *Els exercits de...*op. cit., pp. 8-9, 20, 67-102 y 105-110. También de ambos autores, ver “Los últimos austracistas...op. cit., pp. 14-19. En un sentido menos restrictivo y especializado del que se le da al término catalán “*miquelet*” en esta tesis (recuérdese, cuerpo de combatientes irregulares catalanes, normalmente voluntarios, duchos en el combate guerrillero y especialmente aptos como fusileros de montaña), Almirante —tal como se ha recalcado, con un enfoque más amplio— define “miguelete” o “miguelete” como «variedad de tropa local y de policía en el antiguo reino de Valencia y principado de Cataluña. Miñón, Mozo de Escuadra. Hombre suelto, ágil, incansable: nieto del antiguo almogávar y padre del moderno cazador». Almirante, J. *Diccionario Militar...*op. cit., Vol. II, p. 753. Igualmente, este autor también establece fuertes conexiones entre este tipo de fusileros ligeros de montaña con la voz moderna de “cazador” (en su sentido lato de soldado de infantería ligera), con amplias similitudes en cuanto a organización, funciones, armamento y sistema de reclutamiento con los denominados Cuerpos Francos. Almirante incluso cita a algún tratadista decimonónico que considera que la denominación más propia, nacional e histórica en España de este tipo especial de cazadores sería la genérica de “guerrilleros”. Ver Almirante, J. *Diccionario Militar...*op. cit., Vol. I, pp. 235-237. Por otro lado, y tal como ya se ha advertido, no se debe confundir a los “*miquelets*” con los denominados “migueletes” o cuerpos de seguridad regionales, de rancia tradición hispánica al menos desde el s. XVIII, a modo de policías forales, como los Miñones de Álava y los Migueletes de Guipúzcoa, Vizcaya o de Valencia. Buscando sus orígenes inmediatos (y sin perder de vista la complejidad institucional de un mundo policial y parapolicial como el español, que hunde sus raíces en la Edad Media; piénsese, por ejemplo, en las Hermandades concejiles), habría que remontarse al firme propósito de los gobiernos del setecientos español dirigido a controlar a la población de forma eficaz, a fin de mantener el status vigente, reprimir las manifestaciones de conflictividad social y luchar contra la delincuencia, especialmente, el contrabando. Para ello, se crearon una serie de cuerpos e instituciones de seguridad, entre los cuales cabe destacar, en primer lugar (y sin ningún ánimo de exhaustividad sino de proporcionar algunos ejemplos característicos), a los Mozos de Escuadra en Cataluña, creados en 1714 como cuerpo policial paramilitar de la monarquía borbónica, destinado, fundamentalmente, a acabar con los rescoldos de los últimos *miquelets* austracistas —pero que no recibieron su primera reglamentación hasta diciembre de 1721; con respecto al papel de los Mozos en la lucha

No debe entenderse como una rareza la existencia de este tipo de unidades irregulares. De hecho, Cataluña había sido secularmente un país generador de duros combatientes. Hay que tener en cuenta que buena parte del territorio catalán (especialmente las zonas de alta montaña y de orografía irregular y accidentada) puede considerarse escasa de recursos económicos y su población ha debido adaptarse a una vida austera e indómita en zonas de tránsito difícil, donde la supervivencia nunca fue fácil. Sin embargo, esta realidad geográfica adversa propiciaba indirectamente la aparición, prácticamente desde tiempos inmemoriales, de un perfil de combatiente perfectamente adaptado a la guerra irregular: gran movilidad, extrema austeridad y con bastante autonomía e iniciativa. A todo ello, debe añadirse la existencia de antiguas tradiciones medievales de fuerte arraigo cultural (los mencionados somatenes), gracias a las que gran parte de la población rural catalana crecía adiestrándose en el uso y manejo de armas, pues disponer de ellas y utilizarlas era indispensable para su *modus vivendi* (que incluía la autodefensa, la caza o el contrabando, indispensables para la subsistencia en el ya mencionado entorno geográfico hostil)²⁹⁸.

Por lo tanto, los *miquelets*, que responden perfectamente a la idiosincrasia y tipología del combatiente recién descrito, constituirán un elemento esencial de la organización militar catalana tradicional, que además habrán de adquirir un protagonismo relevante como voluntarios ocasionales (llamados también “almogávares” y posteriormente *miquelets*), especialmente a raíz de las diversas guerras de los siglos XVII y XVIII²⁹⁹. Según el análisis de la historiografía militar

contraguerrillera durante la Primera Guerra Carlista, combatiendo a las partidas carlistas catalanas, conviene subrayar que se reforzó su carácter militar al subordinarlos jerárquicamente al Capitán General de Cataluña—; segundo, a Migueletes o Miñones de Valencia, complementados por la creación de los Fusileros del Reino de Valencia (1774); en tercer lugar, a los Migueletes de Guipúzcoa, ya existentes durante la Guerra de la Convención, y finalmente, a los Caudillatos gallegos (1705-1841). Este peculiar cuerpo policial se creó, de forma espontánea, en Galicia en 1705 para la protección y defensa del litoral costero ante el temor de ataques ingleses a las poblaciones, así como para la persecución de malhechores, auxiliando a la justicia ordinaria, corregidores y alcaldes. El Caudillato guarda ciertas similitudes con la Milicia Urbana si bien carecía de fuero militar y de uniformidad, nutriéndose con personal voluntario de localidades y parroquias «hasta dos leguas de tierra adentro» desde la costa. Ver <http://cnpjefb.blogspot.com/2017/10/los-caudillatos-gallegos-1705-1841.html>. (Consultado el 05-07-2018: se trata de un blog donde se tratan en profundidad distintos aspectos del Cuerpo Nacional de Policía, entre ellos la historia, armamento o uniformidad empleados por esta casi bicentenaria institución, así como los de otros cuerpos de seguridad, por ejemplo, los descritos Caudillatos gallegos). En cuanto a la analizada acepción de “miguelete” como una de las fuerzas policiales descritas, es el sentido que le da Pirala, cuando alude a los migueletes de Vizcaya y su apoyo a la insurrección carlista de Bilbao en octubre de 1833: ver Pirala, A. *Historia de la...op. cit.*, Vol. 6, p. 196. Finalmente, para profundizar en el análisis sobre los antecedentes históricos, organización y competencias de las distintas fuerzas de orden público españolas mencionadas, creadas a lo largo de todo el siglo XVIII y hasta mediados del XIX, se puede consultar Martínez Ruiz, E. *Policías y proscritos: Estado, militarismo y seguridad en la España borbónica (1700-1870)*, Madrid: Actas, 2014, pp. 76-88 y 247-574.

²⁹⁸ Hernández Cardona, F.J.; Riart, F.; Sospedra, R. “La Compañía Franca...op. cit., p. 172.

²⁹⁹ Alberto Raúl Esteban Rivas define a estos combatientes irregulares voluntarios como «almogávares» (como se sabe, guerreros de resonante y épica tradición militar medieval, no sólo en Cataluña, sino en la Corona de Aragón y el resto de España), precisando que fue durante la Guerra de los Segadores cuando fueron rebautizados como *miquelets*. Ver Esteban Rivas, A.R.

especializada en este complejo fenómeno, citada en este subepígrafe, serían un producto decantado a partir del proceso de militarización continua y creciente de la sociedad del Principado, iniciado en la rebelión catalana de 1640 —conocida como Guerra de los Segadores o Guerra de Separación en Cataluña (1640-1652)—, continuado durante la Guerra de Sucesión Española (1701-1715) y la Guerra contra la Convención Francesa o *Guerra Gran* (1793-1795), para culminarlo finalmente con la Guerra de la Independencia (1808-1814)³⁰⁰.

Para completar y comprender mejor este prolongado y complejo proceso de militarización de la sociedad catalana durante los siglos XVII y XVIII, analizado por Xavier Hernández Cardona y Francesc Riart, que abarca hasta la Guerra de la Independencia, es imprescindible complementarlo con la lúcida interpretación que hace el historiador y profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, Ramón Arnabat Mata³⁰¹.

Arnabat subraya que Cataluña fue escenario durante la primera mitad del siglo XIX de cinco guerras, cuatro de ellas civiles —además de la ya mencionada de 1808-1814, la Guerra Realista (1820-1823), la Guerra de los Agravados o *Malcontents* de 1827-1828, la Primera Guerra Carlista (1833-1840) y la Segunda Guerra Carlista o Guerra de los *Matiners* (1846-1849)—. Esto es, durante veintidós de estos cincuenta años, los catalanes sufrieron periodos bélicos, que a lo largo de quince años fueron contiendas civiles. Incide Arnabat en que este importante aspecto está poco tenido en cuenta por los historiadores, pese a que sin duda conformó y condicionó la dinámica política, económica y social de aquel periodo (y su política de seguridad también, aunque el autor no lo mencione expresamente). No podía ser de otro modo, pues las generaciones catalanas nacidas entre finales del siglo XVIII y el primer tercio del XIX estuvieron prácticamente toda su vida conviviendo con confrontaciones armadas, ya fuera de forma activa o pasiva³⁰².

Según Moliner Prada, y como consecuencia lógica del marco histórico perfilado supra (recuérdese, iniciado en pleno s. XVII), surgieron los *miquelets*, una «milicia paramilitar formada por hombres elegidos entre los más jóvenes y más bien dotados, reclutados tradicionalmente entre la población rural de zonas montañosas para acciones especiales o para reforzar las tropas regulares»³⁰³. Continúa este autor añadiendo que se estructuraban en forma de compañías de milicias sueltas, llamadas batallones de *miquelets*, reclutados, armados y sufragados por ciudades o instituciones más pequeñas (como, por ejemplo, los gremios). Eran desplegados a modo de infantería ligera, concretamente como fusileros de montaña, dada su especial familiaridad con este entorno geográfico, tal como ya se anticipó.

“La ofensiva del marqués de los Vélez”. En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 44, febrero-marzo 2020, pp. 33-34.

³⁰⁰ Hernández Cardona, F.J. y Riart, F. *Els exercits de...* op. cit. También de estos autores, ver “Los últimos austracistas...” op. cit., pp. 14-19.

³⁰¹ Arnabat Mata, R. “Violencia política y guerra civil durante el Trienio Liberal en Cataluña (1820-1823)” En *Vasconia*, nº 26, 1998, pp. 49-62.

³⁰² *Ibidem*, p. 50.

³⁰³ Moliner Prada, A. “La articulación militar...” op. cit., p. 53.

Su armamento tradicional y característico constaba de un arma de fuego con llave de rueda (una especie de trabuco, similar a las pistolas de cañón largo, reglamentarias en las caballerías de la época, denominada *pedreñal* o *pedrenyal*), y un arma blanca, consistente en un tipo especial de cuchillo de hoja larga o *panart*—ambos términos tomados del catalán—. Por cierto, las dos eran el armamento prototípico del bandolerismo, endémico entonces en la Cataluña rural³⁰⁴.

Por su parte, Fernando Martínez Laínez subraya la gran importancia que tuvieron en la lucha guerrillera antinapoleónica en Cataluña los cuerpos de somatenes y *miquelets*, de gran tradición en este territorio, a lo largo de toda la Guerra de la Independencia. Ambos ya habían sido ampliamente utilizados y movilizados durante la Guerra de la Convención, a finales del siglo XVIII, en la campaña del Rosellón, especialmente, en la invasión posterior del Principado por las tropas republicanas francesas (como ya se indicó). Según este autor, los *miquelets* eran combatientes voluntarios que desempeñaron un gran papel operativo en los combates que tuvieron lugar en las dos guerras mencionadas³⁰⁵.

En las filas de los *miquelets*, destacaron jefes como el capitán general Juan Miguel Vives, el sacerdote Antón Toll, el manresano Mauricio Carrió Serracanta o el canónigo Rovira, que intervinieron en las dos campañas citadas supra³⁰⁶. Los *miquelets* constituían una especie de milicia paramilitar de carácter voluntario, reclutada por diputaciones o juntas de guerra, como tropas de élite o para apoyar operaciones concretas del ejército regular. Remarca Martínez Laínez que, a diferencia de los somatenes, que actuaban exclusivamente en las inmediaciones de los pueblos de donde procedían, los *miquelets* se organizaban en compañías y tercios y tenían más movilidad. Además, contaban con diversidad armamentística (sobre todo, mayor potencia de fuego), se

³⁰⁴ La operatividad y, sobre todo, el armamento de los *miquelets* durante los mencionados siglos es tratado ampliamente en diferentes artículos del número monográfico “La Guerra de los Segadores (I). El Corpus de Sangre”, *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 44, febrero-marzo 2020, especialmente los de Martínez Rodríguez M.A.: “Cataluña: una sociedad fracturada en el umbral de la guerra”, p. 15 y Esteban Rivas, A.R.: “La ofensiva del...op. cit., pp. 28-36. Cabe destacar que, a modo de armamento defensivo, no solían usar más que un ligero pero efectivo colete de cuero. Para una completa información sobre varios tipos de armas cortas de avancarga, similares al citado *pedreñal*, (dotadas de llave de chispa y cañones rayados, bastante avanzadas para la época), puede verse Canales, C.; Rey, M. *Cazadores de almas. Francotiradores*. Madrid: Edaf, 2017, pp. 34-39. A modo de curiosidad, existe una magnífica y excepcional reproducción fotográfica de uno de estos *pedreñales*, bajo el título de «Rarísimo *pedreñal* catalán con llave de rueda, hacia 1600. Arma clásica de bandoleros y nobles», en Ferrer-Dalmau, A. *El hierro y la pólvora. Las armas del pintor*. Barcelona: Espasa, 2020, p. 15.

³⁰⁵ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...*op. cit., pp. 287-289.

³⁰⁶ *Ibidem*, p. 287. Respecto a Mauricio Carrió Serracanta, es interesante un artículo del especialista en la historia del carlismo catalán, Joan-Xavier Quintana i Segalá, donde se recoge la biografía y vicisitudes del combatiente de este curioso personaje, si bien lo sitúa como jefe del somatén (no como *miquelet*) de Manresa. Éste habría intervenido en las Guerras de la Convención, la de la Independencia, la Realista y la Primera Guerra Carlista, constituyéndose en un miembro muy activo de la contrarrevolución liberal catalana. Ver Quintana i Segalá, J.X. “Matices de una...op. cit.

estructuraban con arreglo a grados jerárquicos militares y podían ir uniformados o no, dependiendo de la misión concreta que se les encomendase³⁰⁷.

A propósito de la intervención de los *miquelets* en la Guerra de la Independencia, Martínez Laínez precisa que en los primeros meses del conflicto bélico fueron Olot, Vic, Gerona y Lérida las ciudades que aportaron más hombres a sus tercios, cada uno de unos mil hombres. Afirma, además, que en sueldo, grados y uniformidad se diferenciaban poco del ejército regular, aunque su forma de luchar era típica de la guerra irregular, muy similar a la de las guerrillas. Su patrón era el arcángel San Miguel y su uniforme característico era guerrera gris, cuello rojo y en la cabeza una gran barretina que les colgaba sobre los hombros con una escarapela en colores rojo y gualda. Indisciplinados en muchos casos, propensos a la dispersión y la autonomía en sus acciones, cuando no a la evasión rápida (especialmente cuando carecían de jefes capaces de imponer orden), sin embargo, eran muy temidos por el ejército napoleónico por la terrible eficacia y dureza de sus fulminantes acciones bélicas. Martínez Laínez señala que realizaron diversas incursiones en el territorio francés de la Cerdaña, como la llevada a cabo por Joan Clarós y el canónigo Rovira en septiembre de 1810 y repetida en 1811³⁰⁸.

El profesor de la Universidad de Lérida, Flocel Sabaté, en un estudio sobre el somatén y sus orígenes, como mínimo medievales, alude a su supresión (dado su carácter de tradicional institución secular catalana, inmersa dentro del “corpus legislativo” de la Corona de Aragón), a inicios del siglo XVIII mediante el decreto de Nueva Planta. Será a finales de esa misma centuria, al valorar su posible movilización como fuerza de utilidad militar, cuando el somatén sea reinstaurado con fines defensivos durante la Guerra de la Convención contra la Francia revolucionaria. Pocos años después, y aprovechando una secular galofobia muy arraigada popularmente en Cataluña desde siglos atrás, el somatén —pese a su escasa disciplina castrense—, adquirió un gran protagonismo en la Guerra de la Independencia, tanto por su estratégica adaptación al territorio catalán (obvio, tratándose de naturales de la región), como por su contribución en destacadas victorias. Posteriormente, a lo largo del mismo siglo XIX, los somatenes continuarán presentes en los diferentes conflictos armados civiles, incluyendo las guerras carlistas³⁰⁹.

Entre la historiografía militar especializada, Germán Segura García especifica que, si bien es cierto que los somatenes durante la Guerra de Sucesión Española no ofrecieron grandes resultados en su actuación como fuerza guerrillera, por el contrario, los *miquelets* catalanes:

“Tropas de gran movilidad y prácticas en el terreno, llevaron a cabo una labor muy efectiva, hostigando permanentemente la retaguardia enemiga y entorpeciendo sus líneas de abastecimiento en una guerra

³⁰⁷ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., p. 287. Respecto a la uniformidad utilizada por los “*miquelets*” en campaña, así como la variedad armamentística, ver el ya citado e imprescindible estudio sobre somatenes y “*miquelets*” de Hernández Cardona, F. y Riart, F. “Los últimos austracistas...” op. cit., p. 14-19.

³⁰⁸ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., p. 291.

³⁰⁹ Sabaté, F. “El somaten en la Cataluña Medieval”. En *Clío y Crimen*, nº 3, 2006, pp. 209-304.

de guerrillas que sería el precedente más cercano de la practicada en la Guerra de la Independencia española”³¹⁰.

Moliner Prada matiza un tanto lo afirmado supra, al afirmar que en la Guerra de la Independencia, tanto los *miquelets* como los somatenes, llevaron sobre sus espaldas desde febrero de 1809 (fecha en que la Junta Superior del Principado de Cataluña ideó una nueva reglamentación sobre el somatén catalán y las guerrillas en este territorio) la carga principal de la guerra. La estrategia planteada así suponía que ambas organizaciones guerrilleras podían enderezar, de algún modo, la situación de fracaso generalizado del ejército regular y de sus mandos en sus enfrentamientos a campo abierto con los ejércitos napoleónicos. Con este objetivo emprendieron una intensa guerra irregular, total y de desgaste, que se extendió no sólo a la montaña catalana sino a todo el territorio³¹¹.

En este mismo sentido abunda Fernando Martínez Laínez, que apunta el papel decisivo desempeñado por los tercios de *miquelets* como refuerzo de los regimientos de línea regulares y tropas de reserva, especialmente al iniciarse la guerra en 1808, y durante las fases iniciales de este conflicto. Las tácticas ejecutadas por somatenes y *miquelets* se confundían y solapaban, en muchos casos, con las de las guerrillas catalanas del periodo. De hecho, algunos de sus principales jefes (Baget, Milans del Bosch o Rovira) lo fueron también de partidas guerrilleras³¹².

En la ya citada monografía sobre la Guerra del Rosellón, se estudia pormenorizadamente la actividad guerrillera de somatenes y miquelets a lo largo de esta campaña catalana. Ya desde fecha tan temprana como octubre de 1793 —por lo tanto, antes de la invasión francesa—, las autoridades locales de las comarcas fronterizas (Ampurdán, Ripollés, Garrocha y Cerdaña), organizaron a sus vecinos en partidas armadas, ante las primeras incursiones de exploradores republicanos en sus municipios. Estas unidades irregulares de paisanos no sólo defendieron sus tierras y propiedades, sino que también ejecutaron ataques contra las avanzadillas francesas, en la línea de actuación típica de los tradicionales somatenes, ya descrita. Según los autores de este trabajo, el origen del somatén se remontaría al medievo, y enlazaría con la figura jurídica del “*Princeps namque*” (norma catalana que regulaba la llamada a las armas de la población civil catalana). Esta institución se había utilizado secularmente para defenderse de los ataques de un señor feudal o de los asaltos de piratas y bandidos. En época moderna, fue activado el somatén general de todo el principado en 1639 para la campaña de Salces. También en 1640 y 1649, durante la Guerra de los Segadores contra los ejércitos hispánicos de Felipe IV. Pero a nivel local, el somatén había sido convocado con mucha mayor frecuencia. Tras el amplio uso que se hizo del mismo en las fases finales de la Guerra de Sucesión (1701-1714), el somatén fue suprimido por el artículo 39 del Decreto de Nueva Planta de 1715³¹³.

³¹⁰ Segura García, G. “Organización, táctica y...op. cit., p.141.

³¹¹ Moliner Prada, A. “La articulación militar de...op. cit., p. 55.

³¹² Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...*op. cit., p. 287.

³¹³ Esteban Ribas, A. R.; Sicilia Cardona, E. F. *La guerra del...*op. cit., pp. 82-87.

Esta institución fue activada de nuevo en Cataluña al principio de la Guerra del Rosellón por el conde de la Unión, capitán general del Principado, que lo desplegó por los distintos teatros de operaciones en función de la fuerza disponible, así como de las necesidades y objetivos del ejército regular. De este modo, los grupos de somatenes fueron distribuidos, junto con las tropas de maniobra, en guarniciones y plazas fuertes o en la reserva. En la práctica, se les asignaron tareas de infiltración y reconocimiento de las zonas aledañas a sus poblaciones de origen, actuando como guías, o bien en tareas auxiliares (construcción de puentes, parapetos y trincheras, suministro de provisiones o la obtención de madera). Precisamente por su naturaleza de unidades de combatientes irregulares, sin vestir uniforme y dentro de tierras ocupadas por el enemigo, algunos historiadores franceses de este conflicto han calificado sus actividades de guerrillas³¹⁴.

Antonio Manuel Moral Roncal también señala que a esta antigua institución de autodefensa popular y local (el somatén), recurrió el Gobierno español durante la Guerra del Rosellón para reclutar voluntarios tras la invasión de las tropas republicanas francesas. Este somatén funcionó como una auténtica guerrilla y sus acciones bélicas irregulares fueron un preludio, a la vez que un precedente claro, de lo que serían posteriormente las unidades guerrilleras de paisanos armados que operaron intensivamente, tanto durante la Guerra de la Independencia como a lo largo de los diferentes conflictos bélicos carlistas³¹⁵.

No obstante, y a pesar de los esfuerzos de movilización del somatén, éste presentaba, en general una serie de limitaciones importantes para su uso en campaña. No debe olvidarse que su operatividad bélica era baja, siendo su cometido principal el de servir como reserva armada para circunstancias gravísimas, o bien como apoyo auxiliar a las fuerzas regulares de maniobra. Esto es lógico, considerando que adolecía de la falta de una instrucción reglada y actualizada de sus miembros; la enorme diversidad (y deficiencias varias) del armamento que manejaban —usualmente, de procedencia particular: armas largas de caza, artesanales, tipo escopeta o trabuco, más raramente, algún arma corta de defensa personal (pistolas) y todo tipo de armas blancas de diverso uso, incluyendo aperos e instrumentos agrícolas—, además de la heterogénea composición de los efectivos en las diversas partidas, integradas por población civil rural de todo tipo, al fin y a la postre. Pero, especialmente, hay que considerar el limitado radio de acción de los somatenes, centrado exclusivamente en su propia comarca de origen, que les hacía reacios a operar más allá de sus límites. Por tanto, la capacidad de respuesta militar del Principado debía vehicularse a través de una respuesta mucho más flexible, ágil y disciplinada que la del somatén, una simple milicia local con una limitada capacidad de combate defensivo. Y aquí es donde entraban en acción los *miquelets*. De hecho, su intervención en conflictos armados de gran envergadura puede remontarse, al menos, a la Guerra de Sucesión española. En ella, formaron unidades de fusileros de montaña, armados con escopetas (más ligeras que los pesados fusiles de chispa, complementados por bayonetas,

³¹⁴ *Ibidem*, p. 83.

³¹⁵ Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., pp. 18-19.

típicos de la infantería), y un par de pistolas. Por lo tanto, tenían mayor potencia de fuego que la mayoría de sus enemigos, y a la vez contaban también con una característica vital para toda guerrilla: podían moverse a mayor velocidad³¹⁶.

Entre el final de 1794 e inicios de 1795 fueron creadas diversas unidades de voluntarios catalanes, constituidas por *miquelets*, que fueron encuadradas en el ejército regular español. Así, se recuperó por las autoridades catalanas, en un plan de defensa conjunto ideado por el entonces capitán general José de Urrutia, esta tradicional faceta de milicias auxiliares catalanas, veteranas de probada eficacia en campañas como las citadas durante los siglos XVII y XVIII, especialmente en la Guerra de Sucesión a la corona española. Estas unidades auxiliares de *miquelets* se estructuraban militarmente con el siguiente pie: las compañías estaban formadas por 100 hombres, 4 de ellos sargentos y 10 caporales de escuadra (elegidos todos ellos por el capitán de la compañía); un capitán, un teniente y un subteniente completaban la planta, siendo nombrados por los alcaldes del municipio u otras autoridades locales, de entre la nobleza o funcionarios con acreditada experiencia militar. Un tercio de *miquelets* estaba formado por 10 compañías, y tenía al frente a un comandante, un sargento mayor y un ayudante mayor, todos ellos procedentes del cuadro de mandos del ejército regular, más un cirujano y un capellán. Los oficiales de cada compañía eran los encargados de entrenar a sus soldados. A cada *miquelet* se le suministraba casaca, armilla, calzón, faja, sobrero y cartuchera (más, lógicamente, el armamento correspondiente a sus funciones de infantería ligera), por cuenta de los corregimientos catalanes³¹⁷.

No obstante, la uniformidad tradicional y secular de estos *miquelets* catalanes (independientemente del reglamentario en los tercios antes descritos, y variando poco, según unidades, guerras y periodos), era la típica de los fusileros ligeros de montaña: camisa cerrada de lienzo, normalmente de lino, con mangas largas y anchas; encima, llevaban la chupa de lana y, finalmente, la pieza principal, una casaca o un gambeto, más ligero. A partir de este periodo, las calzas dejaron de ser anchas y empezaron a ser más ajustadas. Solían ser de paño de lana —que además de proteger de las inclemencias del tiempo era ignífuga—, abotonándose por debajo de la rodilla. Las medias cubrían pies y piernas hasta las rodillas. Para proteger las medias y el calzado, acostumbraban a utilizar polainas o medias calzas, hechas de piel o de tejidos resistentes, normalmente impermeabilizados por el uso de grasa animal o cera. Como calzado, podían llevar botas o resistentes alpargatas reforzadas (*espadrilles*) y en la cabeza, un tricornio³¹⁸.

Por lo que respecta al importante apartado del armamento típico empleado habitualmente por estas unidades auxiliares de *miquelets*, al comienzo comprendía una o dos pistolas, algún tipo de arma blanca y una escopeta. La escopeta de tradición catalana era más corta y ligera que el fusil reglamentario de la infantería, lo que permitía una mayor maniobrabilidad, a la vez que otorgaba

³¹⁶ Esteban Ribas, A. R.; Sicilia Cardona, E. F. *La guerra del...* op. cit., pp. 80-85.

³¹⁷ *Ibidem*, pp. 81-87.

³¹⁸ Hernández Cardona, F.J.; Riart, F.; Sospedra, R. "La Compañía Franca..." op. cit., p. 178.

al combatiente mayor potencia de fuego, al poder cargar más cómodamente tres armas de fuego y, ocasionalmente, una bayoneta. Tanto las pistolas como las escopetas funcionaban con llave de *miquelet* o catalana (ver página siguiente). Las escopetas estaban preparadas para encastrarles la clásica bayoneta de cubo y tenían el mismo calibre que los fusiles. También ceñían un bridécú o biricú —cinto del que penden dos correas unidas por la parte inferior, en el que se pueden enganchar la bandolera o cartuchera con la munición y la funda de la bayoneta. También permitía portar un espadín o sable corto—. Otra característica tradicional de los *miquelets* era el uso de caracolas para las comunicaciones y transmisión de órdenes³¹⁹.

Antonio Moliner Prada especifica que estas partidas de civiles armados, encuadradas en unidades auxiliares de *miquelets*, fueron ampliamente utilizadas como refuerzos de las tropas regulares españolas, especialmente en acciones de ataque contra la retaguardia enemiga o sus líneas de comunicaciones. Destacaron especialmente por su gran movilidad y potencia de fuego, muy aptas para internarse en territorio enemigo, practicar emboscadas y operaciones especiales (actuando a modo de avanzadillas o cubriendo la propia retaguardia). Se trataría de misiones muy similares a las desempeñadas en guerras anteriores a la de la Independencia, como las ya descritas del Seiscientos y del Setecientos. Para Moliner Prada, estos *miquelets* (voluntarios contratados en tiempos de guerra, por un periodo fijo de servicio y para actuar en toda una provincia, cuyo nombre procedería de los seguidores del soldado de fortuna catalán del siglo XVI, Miquel, o “Miquelot”, de Prats), se diferenciarían de los somatenes, básicamente, en su mayor grado de autonomía y experiencia militar, en que gozaban de una jerarquización militar y mejor preparación bélica, lo que les habilitaba para proyectar movimientos de despliegue operativo más complejos, incluso bien alejados de sus lugares de origen. Con todo, hay que reconocer que en la práctica militar y dados sus orígenes eminentemente guerrilleros, no siempre resultaba sencillo diferenciar a unos de otros³²⁰.

Fernando Martínez Laínez cita las *Memorias* del subteniente francés Algelbault (veterano napoleónico francés que combatió en la Guerra de la Independencia), para dar una idea del tremendo respeto y temor que los *miquelets* inspiraban en las tropas invasoras que se enfrentaron a ellos. Algelbault los define como milicia paramilitar uniformada y organizada en tercios de en torno al millar de hombres, muy devotos de su patrón San Miguel y apegados a sus viejas tradiciones. Los identifica como bandidos montañeses que combaten a muerte, dando miedo sólo el verlos. Su calzado consistiría en una especie de esparteñas o alpargatas reforzadas, habituales en el país, que se ataban con cordones en la parte delantera del pie. Vestían un chaleco sin mangas y de botones plateados, cinturón rojo, una piel de oveja, una pequeña manta sobre el hombro izquierdo, se tocaban con un gran gorro rojo que les

³¹⁹ *Ibidem*, pp. 181-183.

³²⁰ Moliner Prada, A. *Popular Resistance in Catalonia: Somatens and Miquelets, 1808-14*, en *Revista HMiC: història moderna i contemporània*, n.º 1, 2003, pp. 35-56.

cuelga en mitad de la espalda (posiblemente, la tradicional barretina catalana) y portaban usualmente una cartuchera y un polvorín portátil³²¹.

Abundando en la gran tradición bélica, y eficacia como guerrillas especializadas, de los *miquelets* —dando, a la vez, una idea de su impronta en la evolución de la tecnología armamentística característica de este tipo de unidades irregulares—, resulta muy revelador que una de las variantes de llaves a la española o de patilla, utilizadas ampliamente en armas de fuego portátiles, en Cataluña tendrá uno de sus modelos más eficaces y conocidos: la designada como llave de *miquelet*, *pany miquelet* o llave catalana. Sus ventajas eran indiscutibles, permitiendo disparar fusiles y escopetas en caso de viento o lluvia, lo que no ocurría con sus antecesores, tanto de mecha y serpentín como de rueda. Además, contaba con un muelle más potente y disponía de varias estrías longitudinales para mejorar la fricción de la piedra de ignición. Finalmente, la llave de *miquelet*, con los mecanismos en el exterior, contaba con las preferencias y muy buena acogida entre los soldados profesionales, dado que podían controlar y cuidar más fácilmente el estado del artefacto, supervisando así continuamente el rendimiento y perfecto estado de sus armas de fuego: algo, lógicamente, vital para la supervivencia y el éxito en el combate³²².

Por su parte, Hernández Cardona y Riart también subrayan el importante salto cualitativo que supuso la introducción de la mencionada llave de *miquelet*. Para ambos autores, este tipo de llave, también llamada de rastrillo, sería de origen peninsular, pudiéndose rastrear su origen a finales de la década de 1560. Supuso una importante innovación tecnológica con respecto a las armas portátiles de llave de mecha y serpentín, así como a las de llave de rueda. Su uso se extenderá por todo el Mediterráneo y los Balcanes, constituyendo el antecedente directo de la llave de chispa, que terminará imponiéndose en toda Europa a finales del siglo XVIII³²³.

5.8 Síntesis

Recapitulando, en el siglo XVIII la *petite guerre*, es decir, la guerra partisana o de guerrillas era considerada, de forma general y mayoritaria, aunque no predominante, como una parte más de las operaciones convencionales de la guerra regular llevada a cabo por los ejércitos. Sin embargo, la Guerra de la Independencia supuso un punto de inflexión trascendental en esta cuestión, al

³²¹ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 219-220.

³²² Canales, C; Rey, M. *Cazadores de almas...* op. cit., pp. 34-35, y también ver Hernández Cardona, F.J.; Riart, F.; Sospedra, R. “La Compañía Franca...” op. cit., p. 182.

³²³ Hernández Cardona y Riart subrayan que esta llave de *miquelet* tendría una gran implantación en Cataluña ya desde los años finales del siglo XVII y primeros del XVIII. De hecho, un buen número de fusiles, escopetas y pistolas (dotadas del mencionado tipo de llave), pasarán a formar parte del muy heterogéneo arsenal —junto con otras muchas de procedencia extranjera, fundamentalmente británicas—, empleado por las tropas catalanas y, en consecuencia, también por las unidades de *miquelets* que combatieron en la fase final de la Guerra de Sucesión española. Ver Hernández Cardona, F.J. y Riart, F. *Els exercits de...* op. cit., *passim*. Igualmente de ambos autores, se puede consultar sobre este tema “Los últimos austracistas...” op. cit., p. 15.

desaparecer los soldados regulares de esta actividad bélica irregular y convertirse, desde el punto de vista semántico, en patrimonio exclusivo de combatientes civiles. En cambio, la palabra “guerrilla”, o más concretamente “guerrillero”, no parece haber seguido ese mismo camino hasta los años cincuenta del siglo XIX. Pese a lo anterior, y aunque en los diccionarios militares se mantenga lo que Carrasco Álvarez denomina como «una cierta ficción de separación entre la expresión “partidario” y la voz “guerrillero”, lo cierto es que durante la propia Guerra de la Independencia las expresiones “partida de guerrilla”, “guerrilleros” o “guerrillas”, usadas en el sentido de unidad irregular de combatientes civiles, fueron combinadas y utilizadas indistintamente con frecuencia³²⁴.

Refiriéndose a la Guerra de la Independencia, Moliner Prada detalla que gran parte de estas partidas de paisanos contaban entre 30 y 50 hombres por término medio. Algunas llegaban a tener entre 100 y 1000 combatientes, y las mayores 3000 o más, como las partidas del «Empecinado», Porlier, Espoz y Mina o la guerrilla del «cura Merino». La de Isidro Mir contaba con 500 infantes y un millar de jinetes; la de Porlier pasó de tener 1500 hombres en 1809 a más de 4000 en 1811. La del fraile Inocencio Nebot llegó a reunir cerca de 5000 hombres en el Maestrazgo castellanense; el Empecinado comandaba 10000 hombres cuando acudió en socorro de la sitiada Tarragona. Por su parte, las partidas de Jáuregui alias «el Pastor», encuadradas en tres batallones de Voluntarios de Guipúzcoa, sumaban en 1812 la cifra de 3400 hombres, y la División de Navarra, comandada por Francisco Espoz y Mina, paso de contar con 3000 hombres en 1810 a unos 5000 en mayo de 1811, 7000 en enero de 1812 y en torno a los 8000 en junio de ese mismo año (algunas fuentes le llegaron a atribuir hasta 13000)³²⁵.

En definitiva, Cassinello sintetiza esta evolución, al afirmar que a lo largo de los seis años de la Guerra de la Independencia, aquellas guerrillas incipientes y espontáneas, formadas por un número de combatientes civiles o no militares (piénsese en eclesiásticos, por ejemplo), que no rebasaban generalmente la docena, aglutinadas en torno a un jefe carismático, que asaltaban correos imperiales y realizaban acciones típicas de la guerra irregular: sabotajes, requisas, pequeñas emboscadas o golpes de mano sorpresivos, experimentó un proceso de tentativa de regularización por los sucesivos gobiernos patriotas,

³²⁴ En este sentido, Carrasco Álvarez sigue lo dispuesto en Hevia, D. *Diccionario general militar de voces antiguas y modernas*. Madrid, Imp. Rivadeneyra, 1857. «*Guerrillero*: Nombre que se da al que es jefe de una facción o partida de gente no militar; suele hacer por su cuenta la guerra, sin esperar ni recibir socorros del gobierno que defiende, así como tampoco, por lo regular, no recibe órdenes ni instrucciones de ningún superior. También suele llamarse partidario». En Carrasco Álvarez A. *La guerra interminable...* op. cit., p. 46. Según Almirante, J. *Diccionario Militar...* op. cit., Vol. I, p. 650, *Guerrillero* es tanto «el que manda como el que forma parte de una guerrilla», entendiéndose por tal «dos acepciones: la militar y técnica de orden abierto, la vulgar de partida franca en guerra viva, esto es, la guerra de partidas o guerrillas». En esta misma obra, volumen II, p. 836, *partidario* es «El jefe y cualquiera individuo de los que forman o levantan una partida o cuerpo franco», mientras *partida* sería «pequeña tropa, ordinariamente al mando de un sargento, destinada o destacada a cualquier facción o asunto del servicio. —La tropa franca o irregular, bando, guerrilla, no considerada como “parte integrante” del ejército activo, aunque obre en combinación con él».

³²⁵ Moliner Prada, A. “El fenómeno guerrillero...” op. cit., p. 146.

para acabar las más numerosas transformadas en unidades regulares del Ejército, con jefes plenamente asimilados a militares. Ahora bien, es cierto que no todas estas guerrillas se convirtieron en unidades regulares, unas por ser demasiado pequeñas y no aceptar su fusión con otras; en el caso de otras, que surgieron en fechas más tardías —como las de Andalucía y Valencia— se diluyeron dentro de las unidades militares o simplemente volvieron a sus lugares de origen ya desmilitarizadas. Según este mismo autor, sería el mismo camino emprendido en el siglo siguiente por las guerrillas chinas de Mao o las vietnamitas de Giap, que acabaron transformándose en los ejércitos comunistas de China y Vietnam, respectivamente³²⁶.

³²⁶ Cassinello Pérez, A. *Los guerrilleros...* op. cit., p. 14.

VI. LA GUERRA REALISTA (1820-1823)

6.1 Orígenes y fase inicial del conflicto bélico

José Ramón Urquijo Goitia, refiriéndose a los antecedentes de las guerras carlistas, comienza recordando que para profundizar en ellas es preciso remontarse al Trienio Liberal, instaurado tras el pronunciamiento del teniente coronel Rafael de Riego el 1 de enero de 1820. Como consecuencia, se proclamó la Constitución de Cádiz y aunque no se produjo una adhesión inmediata al movimiento, la impotencia del gobierno para acabar con las tropas sublevadas forzó a Fernando VII a jurar el texto gaditano tres meses más tarde³²⁷. El régimen liberal instaurado tras este golpe de estado tuvo que afrontar desde el inicio múltiples dificultades, como la división interna y profunda de los propios constitucionales, o la abierta beligerancia de los sectores perjudicados por el despliegue de la nueva legislación (fundamentalmente, Iglesia y aristocracia), al perder diezmos y prestaciones varias de los que el nuevo gobierno liberal libró al campesinado —además de ver amenazadas sus propiedades por posibles desamortizaciones o expropiaciones de tierras—³²⁸.

A pesar de que el campesinado figuraba entre los teóricos beneficiarios por el nuevo régimen, también se opusieron con fuerza a la política del Trienio. El motivo principal radicó en que la bajada de precios agrícolas, junto a la obligación de pagar al fisco nuevos impuestos, empeoró bastante sus ya precarias condiciones de vida. Conviene no olvidar que los diezmos se pagaban en especie, mientras que los nuevos impuestos aprobados por los liberales debían satisfacerse obligatoriamente en metálico, condición que resultaba mucho más gravosa para los campesinos, especialmente en épocas de malas cosechas. En esta coyuntura, comenzaron a estallar las revueltas campesinas, exigiendo la vuelta al régimen anterior, las cuales se dieron, especialmente, en zonas rurales del norte de España: Aragón, Navarra, norte de Castilla y Cataluña³²⁹.

Pero no conviene perder de vista la heterogénea composición social de los contrarrevolucionarios realistas: no sólo fueron los mencionados jornaleros y campesinos, o los sectores eclesiásticos y nobiliarios; también se vieron perjudicados por la política revolucionaria del Trienio Liberal artesanos, empleados de las administraciones, militares, otros profesionales y miembros de la aún muy incipiente burguesía española. Muchos creían defender sus posiciones en materia legislativa, social, cultural, jurisdiccional, o simplemente su sustento vital frente a la ofensiva global del liberalismo —y de su vertiente

³²⁷ Urquijo Goitia, J.R. “Las guerras carlistas”. En Artola, M. (coord.), *IV. Edad Contemporánea. El siglo XIX*. Vol. 1, en O'Donnell y Duque de Estrada, H. (dir), *Historia Militar de...* op. cit., p. 259-263.

³²⁸ Losada Malvárez, J.C. *Historia de las guerras de España. De la conquista de Granada a la guerra de Irak*. Barcelona, Ediciones del Pasado y Presente, 2015, pp. 536-544.

³²⁹ *Ibidem*, pp. 536.

económica, el capitalismo puro y duro—. Cuestiones como las desamortizaciones eclesiástica y civil, la nueva política tributaria, la decadencia de determinadas ocupaciones y oficios tradicionales, la introducción de nuevos valores o el desmantelamiento de estructuras e instituciones de larga raigambre secular, sumados a crisis económicas de larga duración (al menos, desde comienzos del siglo XIX), se encontraron en la base de las motivaciones contrarrevolucionarias³³⁰.

La contrarrevolución se inició desde el mismo momento de la proclamación de la Constitución de Cádiz y actuó en tres niveles: los planes contrarrevolucionarios diseñados desde el Palacio Real (cada vez más imbricados en la política internacional mediante una amplia red de agentes y embajadores secretos enviados por Fernando VII ante los monarcas europeos); la red contrarrevolucionaria urbana, integrada fundamentalmente por sectores del clero y otras facciones absolutistas; y las partidas guerrilleras realistas que aparecieron uniformemente en diversos puntos de la Península: Castilla, Vascongadas, Navarra, Aragón, La Mancha y Cataluña³³¹. Según Comellas, las mayores cifras de estas partidas por regiones se darán en zonas tradicionalmente forales (Cataluña, Navarra, Vascongadas y el mismo Aragón), seguidas muy de cerca por Galicia y las dos Castillas. Sin embargo, el movimiento será general y su repartición más constante de lo que en un principio podría suponerse³³².

Estas partidas, siguiendo el patrón de las guerrillas que operaron durante la Guerra de la Independencia, intentaban sabotear el asentamiento y normal desenvolvimiento del nuevo sistema liberal. Sin embargo, no fue hasta la primavera y el verano de 1822 (especialmente, tras el establecimiento en la Seo de Urgel, Lérida, de la Regencia de Urgel en el mes de agosto), que las mencionadas partidas realistas alcanzaron un gran crecimiento y extensión, sobre todo, en Cataluña, Navarra, norte de Castilla, Aragón y Valencia. En estos territorios lograron canalizar una parte importante del descontento popular, fundamentalmente campesino, respecto de la aplicación práctica de las reformas de la política liberal³³³. Así, como habrá ocasión de ver más adelante, en el verano y el otoño de 1822 Cataluña, Aragón, Vascongadas y Navarra padecían una verdadera guerra civil que enfrentaba al ejército gubernamental y la milicia constitucional contra las partidas guerrilleras realistas (sólo en Navarra llegó a constituirse un ejército realista a partir de las guerrillas, tal como se expondrá en el apartado correspondiente a la División Real navarra)³³⁴.

Comellas afirma que ya en diciembre de 1820 se puede detectar el surgimiento de nuevas partidas guerrilleras en distintas regiones españolas.

³³⁰ Moral Roncal, A.M. "Un caudillo carlista ante la crisis del Antiguo Régimen". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 18, agosto-septiembre 2015, p. 10.

³³¹ Arnabat Mata, R. "El trienio liberal". En García de Cortázar y Ruiz de Aguirre, F. (dir.), *Nueva Historia de España. La Historia en su lugar*, tomo 8. *La construcción del Estado liberal (1808-1874)*. Barcelona: Planeta, 2002, pp. 140-143.

³³² Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 57.

³³³ Urquijo Goitia, J.R. "Los escenarios bélicos..." op. cit., p. 259.

³³⁴ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., p. 60.

Subraya, además, la absoluta espontaneidad de estas insurrecciones populares, que se producen en cantidad asombrosa desde Finisterre a Murcia y del Ampurdán a la Serranía de Ronda. Concretamente en Galicia, se reúnen varias guerrillas que se habían alzado en esta zona bajo un mando único, ejercido por Manuel de Castro, barón de Sancti Johanni, y se constituyó una junta provisional (similar a las de 1808), que fue denominada «Apostólica»³³⁵.

Para Urquijo, las primeras insurrecciones contrarrevolucionarias no surgen hasta comienzos de 1821, concretamente en Vascongadas. Fue en enero de ese año cuando se produjo la insurrección encabezada por el cura de Labastida, dirigida contra «las perversas intenciones de los enemigos del Altar y del Trono»³³⁶. Pocos meses más tarde, en abril, se va a producir una nueva intentona y, además, también en Álava (Salvatierra), dirigida por José de Uranga, que posteriormente alcanzaría el grado de general en el ejército carlista³³⁷.

Por el contrario, Rafael Gamba Ciudad, afirma que, ya desde los primeros días de 1820, tras el pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan, «se vivía en toda España —y de modo especial en Navarra— un estado de guerra latente con extrema excitación de ánimos y desórdenes diarios»³³⁸. A este respecto, Urquijo precisa que, aunque desde principios de 1821 se preparaba en territorio navarro el levantamiento de partidas armadas, sin embargo, su actividad operativa no se inició fehacientemente hasta diciembre del mencionado año. Añade que en las mismas fechas inició su actividad insurreccional Fernando Zabala y Vidarte en la provincia de Vizcaya³³⁹.

En abril de 1821 se sublevaba en Álava el comandante del Resguardo de Cantabria, Juan Bautista Guergué (que después sería el segundo jefe del Ejército Realista en Navarra), al cual se le une la recién formada partida guerrillera del cura de Foronda³⁴⁰. Sin embargo, al poco tiempo sus fuerzas combinadas eran batidas y disueltas por fuerzas gubernamentales. Concretamente el día 2 de ese mismo mes, existen ya partes referentes al inicio de la actuación armada de la más importante y numerosa partida guerrillera operativa hasta entonces, la dirigida por Jerónimo Merino Cob, que operaba por los montes de Burgos. Casi simultáneamente, se iniciarán los intentos de «Julianillo» —antiguo sargento de Mina— en La Población (Navarra) y del cura Salazar, apodado «el Tuerto de Armiñán», en la Rioja. Gamba señala que el día 29 de abril llegaba a la zona navarro-alavesa Francisco Benito Eraso, miembro de la Junta Realista que ya conspiraba en Navarra, para coordinar la acción de todos los guerrilleros mencionados con el levantamiento general que ellos preparaban, quedando finalmente su gestión frustrada por la dispersión de sus

³³⁵ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 52-55.

³³⁶ Urquijo Goitia, J.R. "Los escenarios bélicos..." op. cit., p. 259.

³³⁷ *Ibidem*, p. 259.

³³⁸ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., p. 55.

³³⁹ Urquijo Goitia, J.R. "Los escenarios bélicos..." op. cit., p. 259.

³⁴⁰ Según Gamba, el del cura de Foronda constituye el primer levantamiento de partidas guerrilleras del que se tiene noticia en esta Guerra Realista. Ver Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., p. 57. Esta información choca con la proporcionada por Comellas (ver página anterior) que remonta la formación de partidas guerrilleras a finales de 1820 y simultáneamente en varias zonas de España.

efectivos, de la cual fue testigo. Además, por las mismas fechas se habrían producido sangrientas revueltas en Andalucía (Málaga, Granada y Sevilla), así como en Valencia y Galicia. Entretanto, partidas aisladas de guerrilleros realistas comenzaron a propagarse por toda España durante la primavera de ese año, extendiendo así el ambiente insurreccionalista. Destaca este autor a los siguientes jefes guerrilleros: Aizquibil, que operaba en Álava; Gorostidi en Guipúzcoa; Merino reapareció por estas fechas en Burgos; Juan Antonio Manuel Hernández (a) «el Abuelo» —que había conseguido fugarse de prisión— lo hacía en Toledo; Morales recorría con su partida guerrillera las tierras de Ávila y Jaime alias «el Barbudo» actuaba por el reino de Valencia y Murcia³⁴¹.

A continuación, Gamba realiza dos interesantes reflexiones sobre la Guerra Realista y que ayudan a comprender la naturaleza y características de este conflicto bélico. En primer lugar, destaca como hecho generalmente observado que las partidas guerrilleras realistas que se lanzaron al combate por entonces lo hicieron coincidiendo con el principio de la Cuaresma. Esto demostraría, según este autor, la motivación primordialmente religiosa de esta guerra (el sentido de deber religioso con que la mayoría de estos guerrilleros actuaban)³⁴².

En segundo lugar, Gamba llama la atención sobre el hecho de que en la España de este periodo falla la que él define como ley de maduración de las guerras: se trataría de un proceso que exige que, tras el cansancio producido por una lucha previa, debe producirse un cierto periodo de preparación de ánimos y de ambiente antes de emprender una guerra nueva. En el caso que se está analizando aquí de la Guerra Realista, recién terminados los horrores de la que Gamba llama «la más trágica guerra que ha sufrido nuestro pueblo» —se refiere a la Guerra de la Independencia—, los guerrilleros realistas se vieron en la dura necesidad de implicarse de nuevo en otra por razones superiores que no precisan, ni tampoco permiten, el transcurso del tiempo para su fraguado³⁴³.

Retomando de nuevo el hilo de los acontecimientos, es indiscutible que el primer alzamiento armado organizado (de acuerdo con un plan previo y con marcado carácter regional) fue el de Navarra. Éste se producirá a partir de comienzos de diciembre de 1821, aunque sufrirá una derrota y se eclipsará a poco de su inicio. Pero el ejército que se organizó allí a partir de entonces convertirá a la que hasta ahora había sido solamente una guerra de guerrillas aisladas en una guerra más regularizada, que Gamba califica como la primera guerra civil de la España contemporánea. Añade, además, que la insurrección

³⁴¹ *Ibidem*, pp. 57-58. Con respecto al citado “Aizquibil”, debe tratarse de una confusión ortográfica, pues en el AGMS aparece solamente como combatiente en partidas realistas durante este periodo, actuando además en Guipúzcoa y Navarra, no en Álava (y por tanto único candidato a identificarse con cierta aproximación a la cita de Gamba), el comandante de infantería Juan Ignacio Aizquíbel, tal como consta en su expediente personal: AGMS, 1/A-525.

³⁴² Gamba apoya su reflexión añadiendo que así se señala también en Lafuente, M. *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Don Francisco de P. Mellado, 1856, tomo XVIII, p. 11.

³⁴³ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., nota 44 a pie de p. 59.

navarra fue el único movimiento armado que mantuvo su actividad combativa y su evolución constante hasta que se alcanzó el final victorioso de la guerra³⁴⁴.

Por su parte, Urquijo recalca que desde el primer momento los grupos absolutistas iniciaron una oposición frontal al sistema liberal, resistencia que fue radicalizándose a medida que se fueron desarrollando e incrementando las reformas. Pero, para él, sólo a principios de 1821 tuvieron lugar las primeras sublevaciones contrarrevolucionarias, que como ya se dijo, surgieron en Vascongadas. Y aunque desde comienzos de 1821 se preparaba ya en Navarra el levantamiento de partidas armadas, su actividad no se hizo pública y patente hasta diciembre de ese año. Reconoce que, a partir de 1822, la incidencia de los movimientos contrarrevolucionarios fue mayor, con un importante incremento del número de grupos armados realistas, debido a la política financiera del gobierno liberal y a las soluciones dadas al problema agrario³⁴⁵.

Volviendo a Cataluña, la primera acción bélica importante llevada a cabo por las partidas guerrilleras realistas catalanas —toma de Olot por Juan Costa— no se llevó a cabo hasta el 21 de abril de 1822³⁴⁶. Pero en realidad, el comienzo efectivo de la guerra en aquella región se produjo simultáneamente con el alzamiento popular de la ciudad de Cervera y su comarca del 7 al 9 de mayo de ese mismo año, poco después de la entrada de Romagosa y de fray Antonio Marañón «el Trapense». Ambas campañas (la navarra y la catalana) se asemejan por su carácter espontáneo y anárquico con las que organizaron las Juntas Supremas durante la Guerra de la Independencia. Gamba —aunque explica que los jefes navarros reconocieron formalmente a la mencionada Regencia, constituida por entonces en la Seo de Urgel, y además realizaron una breve expedición de ayuda a los realistas catalanes—, se muestra escéptico a la hora de reconocer una plena coordinación de la acción militar realista en los territorios señalados, lo que requeriría, en su opinión, una mayor profundización en la investigación histórica en torno a ambas campañas³⁴⁷.

Esta información coincide con la que proporciona Urquijo supra, al afirmar que en la primavera de 1822 se produjeron dos alzamientos importantes en Navarra y Cataluña. En este último territorio y a finales de junio la unión de varias partidas guerrilleras realistas permitió acometer acciones bélicas de mayor envergadura, como el ataque y conquista de Seo de Urgel, en cuyo enclave se organizó una Junta Superior Provincial de Cataluña. Manuel Risques Corbella estima el total de guerrilleros catalanes operativos en estos primeros momentos en la nada desdeñable cifra de 12.000/16.000³⁴⁸.

A mediados de agosto de ese mismo año se creó una Regencia (supremo órgano del movimiento realista), presidida por el marqués de Mata Florida, exministro de Fernando VII, e integrada además por el barón de Eroles y el

³⁴⁴ *Ibidem*, pp. 60-62.

³⁴⁵ Urquijo Goitia, J.R. "Los escenarios bélicos...op. cit., p. 259.

³⁴⁶ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...*op. cit., p. 61.

³⁴⁷ *Ibidem*, p. 61.

³⁴⁸ Risques Corbella, M. *Història de la Catalunya contemporània. De la guerra del Francès al nou Estatut*, Barcelona, Editorial Pòrtic, 2006, pp. 56-57.

arzobispo de Tarragona, con la intención de restaurar al rey en todos sus plenos poderes absolutos. Sin embargo, no existía unanimidad en los planteamientos políticos de sus miembros, pues mientras que la mayoría no se proponía la necesidad de reformas, sino simplemente la vuelta a la situación preexistente antes del pronunciamiento liberal iniciado por Riego, el barón de Eroles pedía el establecimiento de una ley constitucional que, aunque fundada en las antiguas leyes de la Monarquía, tuviese en cuenta la evolución de los tiempos presentes³⁴⁹.

Por otro lado, formada una Junta Realista en Navarra y reunida en Barásoain el 11 de diciembre de 1821, acordó organizar un contingente de quinientos hombres armados. Se procedió a dividirlos en dos guerrillas que, al mando respectivo de Santos Ladrón de Cegama y de Juan Villanueva (alias «Juanito el de la Rochapea»), iniciaron la marcha inmediatamente, dirigiéndose a las montañas de Estella y al valle de Roncal, respectivamente. El plan era operar en estas zonas montañosas, propicias para la acción guerrillera, avivando el espíritu insurreccionalista popular y reclutando a nuevos combatientes. Sin embargo, Gamba aclara que esta iniciativa fue desbaratada pronto: el coronel Cruchaga, llegado desde Burgos al frente de una columna gubernamental, con el apoyo de otros jefes al frente de tropas regulares procedentes de Pamplona, San Sebastián, Vitoria y Zaragoza, se lanzaron fulminantemente a la persecución de las dos partidas mencionadas. Los guerrilleros realistas, sin el material adecuado para el combate invernal en zona montañosa — especialmente acuciante era la falta de vestuario y el calzado específicos para el tiempo de lluvias y nieves que sufrían—, así como de cananas aptas para proteger de la humedad sus escasas municiones, fueron alcanzados: los de Santos Ladrón de Cegama en Larráinzar (26 de diciembre de ese año), los hombres de Villanueva en Nagore (11 de enero de 1822). Así quedó frustrado el primer intento insurreccionalista navarro, y los jefes más caracterizados de esta primera, y aún embrionaria, División Realista y de la Junta hubieron de pasar a Francia a preparar el segundo alzamiento³⁵⁰.

Tal como afirma Comellas, la primavera de 1822 señala la transformación de los combates de guerrillas en una acción coordinada. Ello no significa que las operaciones militares realistas alcanzasen una organización planificada (por otro lado, difícilmente posible dadas las condiciones en que necesariamente hubo de desarrollarse la lucha realista, típicas de la guerra irregular). Sin embargo, sí se alcanzó al menos un mando común de las distintas unidades y una cierta unidad de conjunto, inexistente anteriormente —aun sin romper la integridad y autonomía de cada partida guerrillera—. Con todo, Comellas aclara que la creación de un frente definido era una empresa demasiado ambiciosa y costosa para fuerzas tan dispersas y que, cuando al fin queda constituido en junio o julio del mencionado año, abarcó solamente el territorio español comprendido al norte de una línea que va del Pirineo Navarro hasta Gerona³⁵¹.

³⁴⁹ Urquijo Goitia, J.R. "Los escenarios bélicos...op. cit., p. 259.

³⁵⁰ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...*op. cit., pp. 63-64.

³⁵¹ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...*op. cit., p. 82.

Es cierto que ello no es óbice para que, por ejemplo, las partidas guerrilleras comandadas por el cura Merino o por Saturnino Abuin Fernández, «El Manco», recorriesen los campos de Castilla y llegasen a entrar, ocasionalmente, en poblaciones de una cierta importancia, pero sin que estas acciones de guerra pierdan nunca su lógico carácter móvil y dinámico, típico de las guerrillas: se abandona un objetivo para caer sobre otros. Pese a ello, existieron núcleos fijos en zonas como el Maestrazgo (donde Morella y su comarca se mantuvieron fieles a la causa realista durante largo tiempo), o en Sigüenza, donde se instaló una Junta muy activa durante todo el verano de 1822. Pero, indiscutiblemente, el núcleo fundamental y auténtico bastión de la acción militar realista, fue la franja pirenaica. Comellas remarca que en ella se localizó el único reducto que puede calificarse con toda propiedad como zona realista en esta guerra civil, bien por contacto con los políticos que conspiraban a favor de Fernando VII, refugiados en Francia; por la posibilidad (más aparente que real, como se vería en el futuro) de conseguir recursos y apoyos a través de la frontera, y, en palabras de Comellas, «—justo es decirlo también— por razones de tradición y carácter»³⁵².

En definitiva, y como se verá más adelante, se puede afirmar que, ya desde el verano de 1822, Cataluña, Navarra, Aragón y Vascongadas vivían una verdadera guerra civil que enfrentaba al ejército y la milicia constitucional contra grupos de combatientes realistas (en su inmensa mayoría, salvo el caso especial de la División Real de Navarra, partidas guerrilleras). También se registraron combates, de diferente intensidad y duración, en zonas como el Maestrazgo valenciano-aragonés, Castilla, Galicia, La Mancha, Extremadura, Andalucía o Murcia. De este modo, es posible constatar que desde entonces quedaría ya prácticamente prefigurado y cristalizado el mapa geográfico y social de lo que se ha denominado como “precarlismo”, donde fructificarán en poco tiempo la adhesión al carlismo y, por ende, las guerrillas carlistas³⁵³.

Asimismo, Comellas subraya que, conforme el sistema de alzamientos por partidas guerrilleras se transforma en la acción común mencionada anteriormente (y la guerra de guerrillas esporádica en una guerra civil), un nuevo sentido se va imponiendo en los dos bandos en lucha. A partir de la primavera/verano de 1822 la conflagración bélica se va agriando, endureciendo, haciéndose más cruel, dura y violenta, adquiriendo el mismo carácter feroz de lucha de exclusión y sin cuartel que acabará predominando en la Primera Guerra Carlista, como se analizará más adelante³⁵⁴.

Por otro lado, la contrarrevolución realista a estas alturas de la guerra no es ya una empresa anónima. La cúpula directiva es bastante amplia: unas veces personas de reconocido prestigio y destacada posición social, como el barón de Eroles, Santos Ladrón de Cegama y Pablo Miralles; en otros casos, como en el de los cabecillas guerrilleros «El Trapense» o Bessières, son perfectamente desconocidas, pero su personalidad pintoresca y acciones de combate acabará

³⁵² *Ibidem*, p. 82

³⁵³ Aróstegui, J., Canal, J., González Calleja, E. *El carlismo y...* op. cit., pp. 33-37.

³⁵⁴ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 65-66.

por hacerles pasar a la historia con toda clase de detalles: en concreto, la figura de Antonio Marañón «el Trapense», mezcla de soldado y religioso, fiero, místico y dominador de las multitudes, ha quedado precisamente como símbolo del alzamiento realista. Más que ningún otro, son este tipo de hombres, ascendidos del anonimato más absoluto a la jefatura de partidas guerrilleras plenamente operativas, los que arrastran a las multitudes a un movimiento que tiene algo de cruzada. Destaca Comellas también que los intentos de unificación de las operaciones militares logran su objetivo prácticamente al mismo tiempo en Navarra y Cataluña³⁵⁵.

Pirala, en su Historia de la Primera Guerra Carlista y de la Regencia de Espartero, alude muy de pasada a la Guerra Realista. Relata el proceso de constitución de la Regencia de Urgel, y su funcionamiento a partir de agosto de 1822. Conformada por Joaquín Ibáñez, barón de Eroles, el marqués de Mataflorida y el arzobispo de Tarragona, una de sus primeras medidas encaminada a afrontar la guerra contra los constitucionales, fue el nombramiento de Carlos O'Donnell como comandante en jefe de los alzados en armas de Navarra. Además, atendió la petición de Domingo Queralt, influyente ciudadano de Mataró, para levantar una partida de realistas, que habría actuado entre el 15 de abril de 1822 y el 15 de agosto del mismo año, cuando la regencia se instaló en el cuartel general de Urgel³⁵⁶.

Pirala menciona que el conde de España intervino también en las conspiraciones contrarrevolucionarias, solicitando la ayuda de los emperadores de Austria y de Rusia. Asimismo, destaca la participación en los combates contra el gobierno liberal de Madrid, y obrando activamente, de los generales Laguna, Grimarest, Romagosa, Saperes, Barrafón, Corpas y el Marqués de Feria. Por último, concluye su relato de los sucesos que considera más destacados de la Guerra Realista subrayando que la Regencia armó a los realistas de Cataluña, respaldó las campañas guerrilleras de Antonio Marañón «el Trapense», Merino, Cuevillas, Capapé, Juanito Zaldívar y otros partidarios del absolutismo. Toda esta actividad provocó que en la primavera de 1823 se tuviese «ya minado en toda España el poder constitucional»³⁵⁷.

Por su parte, Ferrer resalta la fuerte insurrección guerrillera que se produjo en Cataluña y en el Norte, especialmente en Navarra, señalando que también se registraron acciones menores en Galicia, el Maestrazgo y Castilla —donde Merino inició su campaña a partir de abril de 1821—. Pero ante todo, este autor considera como hecho bélico capital el asalto y toma de la Seo de Urgel por las guerrillas del «Trapense», a mediados de julio de 1822. Este hecho, junto con cierta coordinación de las operaciones entre las partidas catalanas y las fuerzas navarras (reorganizadas y, en cierto modo, regimentadas, constituyéndose la División realista de Navarra en el verano del citado año), movieron al gobierno constitucionalista a conferir al general Espoz y Mina el mando del ejército de operaciones en Cataluña, con la misión principal de tomar la sede realista de

³⁵⁵ *Ibidem*, pp. 82-84.

³⁵⁶ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 22 y 24, 26-29.

³⁵⁷ *Ibidem*, tomo I, pp. 26-29.

Seo de Urgel. A tal fin, Espoz y Mina desarrolló implacablemente su plan de guerra sin cuartel: destrucciones a sangre y fuego, asesinatos e incendios indiscriminados, feroz persecución de los familiares de los sublevados, ensañamiento y liquidación de presos; en definitiva, imponer el terror³⁵⁸.

Como consecuencia, a comienzos de diciembre de 1822, las tropas de Mina controlaban ya parte de la Alta Montaña catalana, lo que les permitió iniciar el sitio de la Seo de Urgel, apoderándose de las principales fortificaciones de la plaza fuerte, que caerá poco después. Cambiando de escenario, Ferrer también destaca la expedición de la División Real de Navarra por Aragón, de finales de ese mismo año, como otro de los principales acontecimientos militares de la campaña anticonstitucional. Pero lo cierto es que la resistencia militar de los sublevados empezaba a estar en serias dificultades, hasta que se produjo la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis que acabaría decantando la balanza a favor del bando realista³⁵⁹.

Retomando de nuevo las operaciones principales de esta campaña, lo cierto es que al iniciarse 1823 y pese a los denodados esfuerzos de los guerrilleros catalanes, la balanza se inclinaba claramente del lado del ejército liberal comandado por Mina. Destaca especialmente el avance de uno de sus lugartenientes, el implacable general Antonio Rotten por la Alta Montaña catalana (quien comandaba la Cuarta División del Ejército Constitucional de Operaciones del séptimo distrito militar), culminado con la entrada el 20 de enero en el pueblo de San Lorenzo de Morunys (Lérida), donde Ferrer resalta que se repitieron los horrores que los payeses aún recordaban de la campaña que provocó la destrucción de Castellfullit de Riubregós. San Lorenzo de Morunys fue borrado del mapa, saqueado a conciencia y, posteriormente, incendiado hasta los cimientos³⁶⁰.

Por otro lado, en Castilla (fundamentalmente, en tierras burgalesas), ya desde 1822, las guerrillas realistas experimentaron una serie de reveses: en Lerma, el incansable Merino sufrió un serio correctivo y vio sus fuerzas deshechas a fines de octubre; lo mismo sucedió en Roa y en Villarcayo, el 21 y 23 de noviembre, respectivamente. Sin embargo, en La Mancha continuó la actividad guerrillera realista, logrando la ocupación de Huete (Cuenca), conservada hasta que el 10 de febrero de 1823 fue recuperada por tropas gubernamentales. En el Norte, no cesaban los combates al inicio del año: desde Guriezo o Liendo (Santander), a Guernica, Valmaseda, Sopuerta, Gordejuela, o Navárniz en Vizcaya —llegándose a combatir en los alrededores de Bilbao el 24 de enero—. Sin embargo, el golpe más duro sufrido por los contrarrevolucionarios fue la toma por fuerzas liberales, el 15 de febrero, de la plaza fuerte de Irati en Navarra, base y punto fortificado de retaguardia de la División Realista de Navarra, hasta el punto de poderse considerar un revés

³⁵⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, pp. 26-27, 40-44, 52-56, 58-64, 66-68, 69-71 y 75-76.

³⁵⁹ *Ibidem*, pp. 75-76.

³⁶⁰ Para los detalles de la política de destrucción a ultranza, a sangre y fuego, ejecutada por Mina en su campaña de Cataluña, ver Espoz y Mina, F. *Memorias del general...* op. cit., tomo III, pp. 70-74.

similar al que supuso la pérdida de la Seo de Urgel para los realistas catalanes³⁶¹.

6.2 Las operaciones bélicas en Navarra. La División Real

Pese a haberse frustrado la primera intentona de insurrección realista, quedaron en Navarra algunos militares al frente de pequeñas partidas guerrilleras de hostigamiento, junto con algunos eclesiásticos que trataban de mantener el entusiasmo popular y la fe en la victoria. Gamba menciona entre estos jefes guerrilleros navarros a Catachuán —o Catachoán— y a Armengol, que sorprendió el 14 de mayo de 1822 en Nardués (valle de Arán) al mencionado coronel Cruchaga, al que dio muerte³⁶².

Durante este periodo, Gamba añade que también realizaron incursiones en Navarra los jefes guerrilleros Guezala, que operaba en Vizcaya, y el cura Gorostidi, que dirigía las partidas de Guipúzcoa. Entretanto, la cúpula dirigente refugiada en Francia iniciaba los preparativos para el retorno a España con mayores probabilidades de éxito: la sede principal se constituyó en Toulouse, donde se nombró comandante en jefe al mariscal de campo Vicente Quesada, y como jefes operativos inmediatos a Santos Ladrón de Cegama, Juan Villanueva y Juan Bautista Guergué (padre del que sería famoso general carlista, Juan

³⁶¹ Tal como queda resaltado en Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 179-180; y Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 104-105.

³⁶² Del Río Aldaz tacha a Armengol (para Gamba, jefe guerrillero realista) de «bandido valenciano», señalando que, al parecer, andaba en torno a estas fechas por el norte de Navarra, donde se habría puesto en contacto con los realistas del otro lado de la frontera, llegando a recibir armas. Ver Del Río Aldaz, R., *Orígenes de la...* op. cit., p. 198. La referencia de Gamba puede verse en Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 64-65. Por otra parte, el único Armengol que se ha podido localizar durante esta investigación, correspondiente a este periodo del siglo XIX, ha sido Francisco Armengol, que aparece citado en la voz homónima correspondiente: «Guerrillero que mandaba una partida de patriotas especialmente activa en noviembre de 1811, en la zona de Valencia». En Diego, E. y Sánchez-Arcilla, J. (dirs.), *Diccionario de la...* op. cit., tomo I, p. 169. Por otro lado, consultados los expedientes personales del AGMS, aparece el de Francisco Armengol Bordería, que fue nombrado el dieciocho de agosto de 1811 comandante de guerrilla con el grado de ayudante particular de partidas honradas, ostentando el distintivo de capitán. Terminada la Guerra de la Independencia, obtuvo su retiro con fuero militar y la graduación de capitán de cuerpos francos. El doce de febrero de 1823 fue enviado al Reino de Navarra, destinado al Ramo de Rentas, donde permaneció hasta el primer levantamiento de la División Real de Navarra, el 9 de diciembre de 1821, recibiendo entonces el nombramiento de capitán de la sexta compañía del Primer Batallón de Voluntarios de Navarra. Posteriormente, y tras intervenir en varias campañas y acciones de la Guerra Realista (entre otras destacadas, la citada por Gamba —reconocida también por Del Río Aldaz—: la que finalizó con la muerte del coronel Juan José Cruchaga y el aprisionamiento de gran parte de la columna liberal bajo su mando, el 14 de mayo de 1822; esta unidad se había distinguido por la férrea persecución de la División Real de Navarra). El 8 de julio de 1822 fue trasladado como capitán de la tercera compañía del Segundo Batallón de la citada División, resultando herido y prisionero el 2 de marzo de 1823 en el combate de la Abaurrea Alta. Conducido preso a la ciudad de Pamplona, permaneció allí hasta que fue liberado por las tropas aliadas y realistas en septiembre de ese año, tras la rendición de la ciudad a los Cien Mil Hijos de San Luis. Toda esta información tomada de su hoja de servicios, disponible en su mencionado expediente: AGMS, 1ª/ A-2351. Lo cierto es que para ser un simple «bandido valenciano» posee una amplia y meritoria trayectoria como oficial militar, iniciada ya durante la Guerra de la Independencia.

Antonio Guergué, y que en esta guerra interviene ya como capitán). También en la primavera de 1822, realizaba incursiones en Cataluña, procedente de Francia, el líder guerrillero Romagosa, cuya actividad combatiente habría de ser decisiva para la incipiente guerra en esta zona. Finalmente, tras abastecerse de armas y pertrechos en Francia, los jefes y oficiales de lo que había de constituirse en División Real de Navarra penetraron el 12 de junio de 1822 en territorio navarro por las vertientes del monte de Ori, para encabezar la sublevación que se esperaba desencadenar por todas partes ³⁶³.

Concentrada en Uztárroz (bastión realista a lo largo de toda la guerra en el valle pirenaico del Roncal), se procedió a la definitiva constitución y encuadramiento de la División realista, ratificándose como general en jefe al ya mencionado Quesada, y como su segundo en el mando a Juan Bautista Guergué, además de a la distribución de los correspondientes jefes y oficiales entre los distintos batallones y compañías. Recién terminada su rapidísima organización, la todavía pequeña fuerza divisionaria inició su larga guerra de montaña, en forma de característica y agotadora campaña itinerante, siempre en permanente movimiento, a base de rápidas e inverosímiles marchas y contramarchas por toda Navarra (25 de junio-11 de agosto de 1822), desarrollando una combatividad dura e implacable, con continuas maniobra de diversión y fintas para engañar al enemigo, y en la que los jefes de la División demostrarán ser unos consumados especialistas³⁶⁴.

Demostraron sobradamente su pericia especial en este tipo de guerra de guerrillas de montaña destacados comandantes de fuerzas realistas, entre los que hay que destacar a los ya citados Santos Ladrón de Cegama y Juan Villanueva, o al futuro comandante general del Ejército Carlista del Norte, Tomás de Zumalacárregui (veterano guerrillero de la Guerra de la Independencia, como lugarteniente de Gaspar Jáuregui, «el Pastor», y que, tal como consta en su expediente personal, asciende, precisamente, en el verano de 1822 de capitán a primer comandante)³⁶⁵.

Cubriendo diariamente distancias de hasta catorce leguas (poco más de 65 kilómetros), por algunos de los terrenos más escarpados de España, logran así mantener indemnes sus filas, a la vez que avivan el insurreccionalismo por todo el territorio foral y alistan frecuentes voluntarios. De nuevo es Gamba quien describe minuciosamente el trayecto que sigue esta unidad combatiente realista, cruzando valles de alta montaña, especialmente el de Araquil —que une Navarra con Guipúzcoa—. El siete de julio atraviesa la sierra de Urbasa y el monte Oteiza, alcanzando Añorbe donde, tras burlar a tropas enemigas, se les une el primer grupo de caballería reclutado por la División. El 11 del mismo mes en Echague

³⁶³ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 64-67 y 70-72.

³⁶⁴ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 85.

³⁶⁵ Clemente, J.C. *Bases documentales del...* op. cit., Tomo I, pp. 110-112. Para las referencias sobre Zumalacárregui ver Zaratiegui, J.A. *Vida y hechos...* op. cit., p. 31, así como el expediente personal del coronel Tomás de Zumalacárregui Imaz, AGMS, Célebres, Caja 177, Exp. 06.

se le incorpora el batallón reclutado e instruido por Juan Villanueva, que acababa de batir a una columna liberal en Leoz³⁶⁶.

Gambra resalta el enorme mérito que tuvieron los primeros combates que hubo de librar la División, pues se produjeron en unas circunstancias durísimas de gran precariedad y falta de todo tipo de material militar, especialmente de vestuario y de calzado adecuado para el combate en alta montaña, así como de armas y municiones en general. Frente a este panorama poco halagüeño, los divisionarios contaron unánimemente con la colaboración unánime del pueblo campesino navarro, que prestó su apoyo material y moral inquebrantable, actuando además en funciones de informadores o enlaces. En base a esto, Comellas aprovecha para destacar como uno de los principales apoyos del movimiento realista al campesinado español. Lo atribuye a su apego secular a las viejas tradiciones, así como a un cierto sentido de la independencia que le hacía preferir el sistema un tanto patriarcal vigente hasta entonces con el Antiguo Régimen, frente a la dependencia de una burguesía que, sin demasiados escrúpulos y valiéndose de la recién iniciada Revolución Liberal, se lanzaba ahora a la conquista económica del país (fundamentalmente de las propiedades y principales fuentes de prosperidad del país)³⁶⁷.

Las grandes penalidades de este primer periodo de la guerra quedan patentes cuando Quesada hubo de retirarse con sus fuerzas divisionarias hacia Aspuz, perseguido por dos columnas enemigas que les hacen retroceder hacia Izal. Reunidas todas sus fuerzas (la principal de Quesada junto al contingente mandado por Villanueva), prosigue la División su continuo caminar, y tras varias de las tan habituales como duras marchas y contramarchas, es alcanzada y atacada por tropas liberales más numerosas en el pueblo del Roncal a finales de julio. Han de dirigirse los realistas de noche, a marchas forzadas y por lo más ásperos caminos hacia la zona alta de la Peña Ezcaurre (pico limítrofe con Aragón y una de las cotas más altas del Pirineo navarro: 2.050 metros), donde consigue ponerse a salvo y escapar de aquella dramática situación, ya a inicios de agosto. En este difícil trance, se vio forzado el comandante en jefe realista Quesada a solicitar suministros y provisiones al pueblo oscense de Ansó, que los envió con rapidez y diligencia³⁶⁸.

Tras descender de la zona montañosa, la División se dirigió hacia Estella, perseguida por la poderosa columna gubernamental del coronel Tabuenca. Era la coyuntura esperada por éste para derrotar definitivamente al ejército realista, al que suponía maltrecho por lo sufrió hasta entonces. Además, se le presentaba la ocasión inmejorable de cogerlo entre dos fuegos, pues había dado aviso a la guarnición de Pamplona para que saliese inmediatamente otra columna a detenerlo en la sierra del Perdón (en el límite sur de la comarca de Pamplona), mientras el maniobraría para caerle por la espalda, Pero una de las rapidísimas marchas divisionarias, posibilitó destruir las fuerzas de ayuda llegada de Pamplona (7 agosto). Tabuenca, exasperado, redobló la persecución a través de

³⁶⁶ Gambra Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 72-74.

³⁶⁷ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 47.

³⁶⁸ Gambra Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 74-78.

Estella y las Amézcoas, hasta Alsasua. Pero el día 11 consigue la División llegar intacta a Burguete, malogrando así los grandes esfuerzos y fatigas del enemigo por darles caza, marchando el 20 de agosto al Valle de Baztán, donde se limitó a exigir la entrega de armas y municiones e imponer multas a algunos de los elementos más activamente constitucionales³⁶⁹.

El contingente divisionario navarro prosiguió la guerra con operaciones esporádicas a través de montañas y valles, cuando de improviso irrumpió en territorio navarro un pintoresco e irregular contingente guerrillero, llegado por estos mismos días desde Cataluña, bajo el mando del fraile Antonio Marañón «el Trapense». Este famoso jefe guerrillero, antiguo lego de la Trapa que, junto a otro cabecilla de partida, Romagosa, había conseguido una serie de éxitos para las armas realistas en el Principado: las sucesivas conquistas de Berga y Solsona y, sobre todo, acababa de dirigir la toma por asalto de la plaza fuerte de Seo de Urgel, acción decisiva para la causa realista. Ahora, «el Trapense» se presentaba ante el mando de la División Real de Voluntarios con una extraña petición: que abandonase Navarra y se dirigiese a tierras catalanas³⁷⁰.

Una vez la columna divisionaria abandonó Navarra, la Junta Gubernativa absolutista, que había sido contraria a su marcha, ante la situación de peligro e indefensión generada por esta marcha, decidió paliarla ordenando la formación de un cuerpo realista suplementario. La idea era poder mantener el “statu quo” militar existente hasta entonces. La misión le fue encomendada al teniente coronel José Antonio Arredondo, jefe de la escolta de la Junta y único militar de graduación del que disponía; en apenas un par de días reunió un batallón que tendrá un comportamiento sobresaliente durante la ausencia de la División³⁷¹. En el diario de operaciones del primer Batallón de Voluntarios Realistas de Guipúzcoa (también conocido como “cuerpo de guipuzcoanos realistas”), al mando del coronel Francisco María de Gorostidi, se afirma que en septiembre de 1822 Arredondo contaba ya en su recién constituida unidad con 1.600 hombres, entre infantería y caballería³⁷².

Comenzó su actuación este batallón suplementario realista evitando el peligroso ataque de las tropas liberales del general Espinosa, que, enterado de la ausencia de la División Real Navarra, intentó aprovechar la coyuntura, saliendo a marchas forzadas de Pamplona al frente de un numeroso contingente, con la idea de capturar a los miembros de la Junta. Tras una serie maniobras de acecho, emboscadas y persecuciones mutuas, chocaron las dos fuerzas en el paraje del monte de Jaurrieta conocido como “Zapatucea”. Tras larga y desigual batalla, consiguió el batallón realista frenar a las tropas gubernamentales — mucho más numerosas y mejor armadas—, y sólo tras quedarse sin municiones,

³⁶⁹ *Ibidem*, pp. 78-82.

³⁷⁰ Las operaciones llevadas a cabo por la División navarra en Cataluña se analizan pormenorizadamente en el epígrafe 6.3.2 de esta tesis.

³⁷¹ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., , pp. 93-94.

³⁷² Aurillaga, J.; Autiz, M.; Alzuru, J. *Relación histórica de las operaciones militares del Cuerpo de Guipuzcoanos Realistas acaudillados por el Presbítero Coronel D. Francisco María de Gorostidi, desde su formación en defensa de su religión y de su rey hasta la suspirada libertad de S.M. y su Real Familia*. San Sebastián: Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1824, p. 25.

se retiró ordenadamente a las peñas de Abaurrea (que con sus 1.050 m. es el pueblo más alto de Navarra). Su enemigo, desconcertado y presa del cansancio, emprendió el regreso a Pamplona, renunciando a sus ambiciosos proyectos³⁷³.

Animado por este inesperado éxito de sus bisoños combatientes, el teniente coronel Arredondo, de acuerdo con la Junta, decidió pasar a la ofensiva y llevar la guerra de forma efectiva al centro de Navarra. Así, el 3 de octubre de 1822 salieron Arredondo y sus hombres de Lumbier, con el objetivo de atacar a una nutrida columna liberal, mandada por el mismo general Espinosa, reforzada por un batallón del entonces famoso regimiento de Valençay, llegado de Vitoria, que se hallaba entre Barasoain y Pueyo. Arredondo llevaba consigo todas sus fuerzas disponibles, más un viejo cañón francés de la Guerra de la Independencia, traído de la sierra de Santa Bárbara (valle de Roncal). A la mañana siguiente, atrincherados los realistas en los altos que dominan Garínoain y Barásoain, rompieron fuego contra las tropas liberales. De este modo, consiguió el mando realista atraerlas hacia un lugar batido por su única pieza de artillería, para seguidamente ordenar una carga a la bayoneta que las dispersó; a la vez, ordenó cargar a su exigua caballería, que culminó así el severo castigo propinado a las fuerzas gubernamentales. El avance fulminante del nuevo batallón navarro forzó a los últimos restos organizados del enemigo a huir hacia Pamplona. Las bajas liberales ascendieron a noventa y tres muertos y más de cien heridos. Espinosa reunía bajo su mando en esta acción a un total de dos mil quinientos infantes y doscientos caballos. En cuanto a la unidad realista, no pasaba de los mil hombres, no sufriendo más pérdidas que un muerto y catorce heridos. Gamba destaca que en esta ocasión se distinguió especialmente, siendo propuesto para condecoración, el ya citado capitán Juan Antonio Guergué³⁷⁴.

Precisamente Juan Antonio Guergué fue quien recibió la orden de Arredondo, pocos días después, el 14 de octubre de 1822, de realizar una incursión sobre la ciudad de Estella, al frente de una sola compañía (pero convenientemente reforzada). La operación se saldó con un éxito total: logró destrozar a la guarnición de esta plaza y derrotar a la columna constitucionalista que acudía en su auxilio desde Logroño, comandada por el coronel Sebastián Fernández —conocido como «Dos Pelos»—, quien resultó prisionero y muerto en la operación³⁷⁵.

De este modo, gracias a la audacia, actividad constante y brillante planteamiento estratégico y táctico del teniente coronel Arredondo, no solo se sostuvo la situación militar realista en Navarra durante la ausencia de la División, sino que se alcanzaron resonantes éxitos militares como los relatados. De hecho, el único revés sufrido por los contrarrevolucionarios durante este periodo fue el golpe de mano ejecutado por el enemigo, el 11 de octubre, sobre la villa de Isaba, en el valle de Roncal: aquí se hallaba el depósito de prisioneros liberales, que

³⁷³ Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., p. 94.

³⁷⁴ *Ibidem*, pp. 94-95.

³⁷⁵ Acción que sería conocida en la Guerra Realista como “la sorpresa de Estella”, según los propios partes de incidencias gubernamentales. Ver *Ibidem*, pp. 95-96.

fueron liberados. Esto provocó, además, que los presos realistas de Pamplona quedasen a merced de las autoridades gubernamentales que, ya sin temor a represalias, ordenaron fusilar a muchos de ellos.

Por su parte, la División Real retornó a Navarra el 19 de octubre de 1822, entrando por la sierra de Leire, recibida en Lumbier con grandes muestras de entusiasmo y agradecimiento. En seguida se incorporó a ella el Batallón suplementario mandado por Arredondo, con lo que, reunidas las dos fuerzas realistas, Quesada dispuso realizar una expedición hacia el oeste del reino, con el objetivo último alcanzar Vitoria. Pero el 27 de ese mes en Nazar sufrirá un revés inesperado. Las tropas constitucionales, muy superiores en número y armamento, habían conseguido aislar al batallón de Arredondo, que hubo de retroceder rápidamente por un terreno extremadamente abrupto. Al resbalar por un precipicio, cayó el caballo de Arredondo, que se fracturó una pierna. Hecho prisionero, fue degollado allí mismo. De este modo, desaparecía un valioso colaborador para el comandante en jefe realista.

Quesada (cuyo prestigio se resintió mucho tras esta derrota tan imprevista como inexplicable, cuando contaba además con el contingente realista navarro en pleno), hubo de replegarse con el resto de sus hombres por Lumbier hacia Irurozqui, donde debido al cansancio físico, la pérdida de moral de la tropa, así como al deterioro y mal ambiente percibido por el propio Quesada, decide éste ceder el mando a su segundo, Santos Ladrón de Cegama, para posteriormente marchar a Francia; allí permaneció hasta la entrada en España de los ejércitos de la Santa Alianza, cuya intervención empezaba ya a darse por segura. Lo primero que hizo Santos fue intentar completar los mermados efectivos de la División, afectados por la derrota de Nazar. Para ello, dispuso realizar una gran marcha desde Irurozqui hasta Mendiola, cerca de Vitoria, recogiendo dispersos e incorporando nuevos reclutas, con lo que consiguió reforzar, en parte, las filas realistas

A propuesta de la Regencia de Urgel, se nombró comandante en jefe de las fuerzas navarras al teniente general Carlos O'Donnell (refugiado en Bayona), quien entró en Navarra el 17 de noviembre de 1822, haciéndose cargo inmediatamente en Lumbier del mando operativo de la División. Militar de gran experiencia —había combatido en la Guerra de la Convención y destacado por su comportamiento heroico en la de la Independencia—, adoptó una estrategia eminentemente defensiva, eludiendo todo posible choque con el enemigo. Pensaba que estaba próxima la entrada de los ejércitos de la Santa Alianza en España, por lo que su principal interés era mantener intactas sus fuerzas. Iniciada pronto la persecución liberal de las tropas realistas, estas se ven sometidas a continuas marchas, contramarchas y maniobras de evasión, que provocan el cansancio y hastío divisionario, dando lugar a un descontento y desmoralización tales que acabaron forzando a O'Donnell a retirarse a Francia y ceder el mando a Santos Ladrón de Cegama³⁷⁶.

³⁷⁶ Para la información de este párrafo y los tres anteriores, ver *Ibidem*, pp. 99-100.

Para Gamba, a finales de 1822, la autoridad del gobierno de Madrid en Navarra se limitaba a la capital, y a los lugares específicos que ocupaban las tropas constitucionalistas. Más aún, sostiene que la población rural prestaba apoyo mayoritario a la sublevación realista, empezando ya a correr las noticias y rumores afirmando la inminencia de la antes citada intervención de las potencias absolutistas en España. A la vez, en las esferas de poder gubernamentales se comenzaba a acusar claros síntomas de desconcierto. Ante esta situación, el nuevo General en Jefe de la División Real, Santos Ladrón de Cegama (según Gamba, el innegable y más firme caudillo militar realista de esta guerra), decidió pasar a la ofensiva, aislar totalmente Pamplona y someterla a bloqueo. Para ello, durante el periodo de su mando intensificó las operaciones, no siempre exitosas debida a la crónica escasez realista de recursos de todo tipo. En consecuencia, hubo de abandonar finalmente este ambicioso objetivo y marchó finalmente hacia la Ribera, donde sostuvo el incierto choque de Muniáin (7 de enero de 1823) con el coronel liberal, veterano guerrillero de la Guerra de la Independencia, Gaspar Jáuregui, «el Pastor»³⁷⁷.

Ramón del Río Aldaz, cuestiona el impacto de la contrarrevolución realista en Navarra durante el Trienio Liberal, especialmente en su faceta militar. Según este autor, no sería hasta diciembre de 1821 cuando se registró actividad destacable del movimiento armado anticonstitucional, protagonizada por Santos Ladrón de Cegama y José Joaquín Mélida (párroco de Barásoain), quienes se dirigieron a las montañas de Estella, mientras Juan Villanueva y los otros tres miembros de la Junta realista de Navarra —el canónigo Joaquín Lacarra, Francisco Benito Eraso y Manuel Uriz—, se encaminaban al Roncal. Habrían reclutado a 700 hombres, que fueron perseguidos por una columna de Tafalla «compuesta de tropas de Jaén, Toledo, granaderos provinciales y caballería de Lusitania y de milicias nacionales de Tudela y de Corella», que les habrían obligado a refugiarse en el Roncal³⁷⁸.

Esta columna de Santos Ladrón contaría, unos días después, con bastantes menos combatientes (cuatrocientos hombres de infantería y cuarenta de caballería, siempre según Del Río Aldaz), cuando atravesaba el monte de Urbasa en dirección al interior de Navarra. Enterado Santos Ladrón de Cegama de la derrota y dispersión de la columna de Juan Villanueva —acaecida en Larráinzar el 22 de diciembre de 1821, ante las tropas liberales de Cruchaga—, se refugió en las montañas de Lumbier. Continúa su argumentación Del Río Aldaz señalando que, si esta era la situación del batallón realista de Santos Ladrón de Cegama, no corrían mucho mejor suerte las partidas pequeñas. En palabras de este autor, tan acosados estaban los contrarrevolucionarios navarros que «todo parecía acabado para ellos». Del Río afirma que la participación del clero en las partidas fue descarada: asimismo, resalta que la rebelión realista en Navarra fue organizada casi totalmente por el clero; más aún, incluso añade que esto también sucedió en el resto de España³⁷⁹. Además, para reforzar esta tesis, da por cierta la detención en territorio navarro de fray Mauro

³⁷⁷ *Ibidem*, pp. 97 y 102.

³⁷⁸ Río Aldaz, R., *Orígenes de la...op. cit.*, p. 175.

³⁷⁹ *Ibidem*, pp. 179, 180-181, 282 y 433.

de las Iglesias, al que califica como «uno de los principales hombres de Merino»³⁸⁰.

Según uno de los mayores especialistas en la amplia trayectoria militar del caudillo guerrillero Jerónimo Merino, José Antonio Gallego García, los hombres de confianza del «cura Merino» durante la campaña constitucional fueron Tomás Ibeas —su segundo en aquella guerra—, sus “sobrinos” Eugenio y Gervasio Barbadillo, Dionisio Arnaiz, Miguel Marcos, Feliciano Blanco, Saturio Abad, Urbano Aguilar y Lucio Nieto. Más tardíamente, se incorporaría a este estrecho “círculo pretoriano” el cántabro Santiago Villalobos Rozas. Continuando con la información aportada por Gallego, y en lo referente al padre Mauro Iglesias (no de las Iglesias, como escribe del Río), no figuró nunca éste entre el selecto elenco citado: este exmonje del monasterio de San Juan era en 1821 cura beneficiado en la iglesia burgalesa de Modúbar de la Emparedada. Abandonó dicho puesto para dedicarse a hacer propaganda contra el sistema constitucional, reclutar voluntarios para las guerrillas realistas e incluso emprendió una breve campaña en defensa del trono y del altar. Acosado por las serranías de Burgos y Soria, dejó las armas, siendo capturado en Elizondo, capital del valle navarro de Baztán, cuando pretendía cruzar la frontera francesa. Finalmente, fue ahorcado en Burgos en la mañana del 21 de diciembre de 1821. Por lo tanto, se puede deducir fácilmente de todo lo aportado que fray Mauro Iglesias no tuvo nada que ver con Merino, siendo imposible por tanto que fuese uno de sus «principales hombres», tal como afirma Ramón del Río Aldaz³⁸¹.

Seguidamente, contabiliza del Río el número de campesinos y artesanos navarros incorporados a las partidas realistas, que ascenderían a un total de 1.451, sin contar a los dirigentes y cabecillas importantes (que, según las dos bases de datos de guerrilleros españoles decimonónicos disponibles, suponen un número importante para cualquier movimiento guerrillero, máxime a escala regional, factor imprescindible además para su operatividad). Más aún, tampoco incluye Del Río Aldaz en su contabilización a ningún otro estamento o categoría profesional —fuera de campesinos y artesanos—, típicos, por otro lado, de las jefaturas guerrilleras españolas de la contemporaneidad, por ejemplo, nobles, militares o clero, que es lo correspondiente a un fenómeno histórico de amplia movilización popular o “pueblo en armas”, como lo son las guerrillas contemporáneas, expresión ajustada, además, de la sociedad de la que proceden³⁸².

El núcleo fundamental de la insurrección habría estado en la cuenca de Pamplona y toda la merindad de Olite, extendiéndose por el oeste hasta Estella,

³⁸⁰ *Ibidem*, p. 282. En cuanto al área de actuación de Merino en la campaña realista, ver Gamba Ciudad, R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 57-59; Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 63 y, sobre todo, Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 301-354, donde se recogen pormenorizadamente las operaciones del cura de Villoviado en la Guerra Realista.

³⁸¹ La información sobre el padre Mauro Iglesias está tomada de Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 297-298

³⁸² Ver desglose numérico de los campos de las bases de datos sobre las guerrillas de la Guerra de la Independencia, elaboradas por los hispanistas R. Fraser y Charles Esdaile, en el capítulo II sobre Metodología de esta tesis.

y por el este llegando al sur de Sangüesa. De todo ello, deduce Del Río Aldaz que no se produjo ningún levantamiento general en Navarra en defensa del Altar y el Trono, ni ninguna insurrección popular frente al centralismo liberal³⁸³.

Por su parte, el historiador, archivero y especialista en la Historia de Navarra, Florencio Idoate Iragui, señala en un artículo sobre la Guerra Realista en la merindad de Tudela que, en julio de 1822, además de las partidas de Salaverri (que fue desarticulada el 21 de agosto de ese año, su jefe herido y huido, acompañado por sólo cinco de sus guerrilleros), del Capuchino de Valtierra y de Landíbar, merodeaban por estas tierras las de Manuel Lucas, Balda, Pinto, Navarro y otros. Así, Tudela estaba poco menos que bloqueada por estas fechas³⁸⁴. Asimismo, subraya el espíritu general a favor del realismo de la Ribera tudelana, precisando que Manuel Martínez de Morentín (comandante del tercio de infantería de la milicia voluntaria), proponía el 25 de julio de 1822 la creación de una columna volante como último recurso, «visto el mal espíritu que reina en lo general en todos los pueblos de este partido», para tratar de evitar una sorpresa por parte de «los traidores Salaberrías, Pintos y Baldas»³⁸⁵.

Para Idoate, lo expuesto supra sería un indicio claro de que, verdaderamente, la causa liberal contaba en la comarca de Tudela —y en general en Navarra— con poco porcentaje de defensores, aparte del citado Morentín y algún militar como Javier Guenduláin, capitán del Provincial de Logroño. Abunda Idoate en esta idea, recalando que el cuadro general que se daba en los pueblos de la merindad tudelana (Cascante, Buñuel, Corella, Murchante, Tudela y otros puntos), obedecía siempre al mismo esquema: una minoría constitucional, apoyada en lo posible por las autoridades superiores, frente a la masa del vecindario, mayoritariamente realista, y por tanto hostil. Se apoya para ello, en testimonios de los propios liberales, como el del citado Morentín³⁸⁶.

Concluye Idoate su artículo sobre el impacto militar de la Guerra Realista en la merindad de Tudela recalando que, en general, no fue un conflicto pródigo en grandes batallas espectaculares, sino que destacó por un claro dominio de la guerra de guerrillas. Además, resalta su carácter de primera guerra española de tipo pura y fundamentalmente ideológico (las tensiones provocadas por el derrumbe del Antiguo Régimen y la dinámica revolución/contrarrevolución); también, se caracteriza por destacar Navarra como un fuerte bastión de resistencia contrarrevolucionaria y realista, marcado por una gran religiosidad y adhesión a la monarquía tradicional y por un fuerte rechazo a la Constitución de Cádiz y sus consecuencias —como el propio Trienio Liberal—, desembocando todo ello en la lucha armada. Finalmente, añade que esta guerra prefigura,

³⁸³ Río Aldaz, R., *Orígenes de la...* op. cit., p. 184.

³⁸⁴ Idoate Iragui, F. "La merindad de Tudela durante la guerra realista". En *Revista Príncipe de Viana*, 27, nº 104-105, 1966, pp. 277-300.

³⁸⁵ Idoate Iragui, F. "La merindad de Tudela..." pp. 288-289.

³⁸⁶ *Ibidem*, pp. 281 y 291.

claramente, lo que sucederá posteriormente, pero a mayor escala, durante la Primera Guerra Carlista³⁸⁷.

Volviendo a Del Río Aldaz, sostiene éste que en el primer semestre de 1822 la actividad armada realista estuvo protagonizada por pequeñas partidas, formadas, siempre según él, sobre todo, por bandidos y desertores (debe recordarse de nuevo que Del Río califica como bandolero al capitán de infantería y comandante de cuerpos francos, Francisco Armengol Bordería, ver nota nº 400, p. 137 de esta tesis). Sólo a finales de mayo, habría llegado a convertirse en casi una insurrección, no por el número de aquellas sino por la inoperancia de las autoridades liberales navarras, según este autor. Sin embargo, dice que la situación llegó a desbordarse de tal modo que, ya a comienzos del mes de junio, algunas partidas realistas bastante nutridas se movían libremente por varias comarcas navarras. Sería sólo a partir del 10 de junio cuando se produce lo que Del Río denomina «rebelión realista», provocada por la entrada en Navarra de algunos exiliados y porque las partidas empiezan a repartir proclamas de la Junta realista navarra, incitando a la rebelión general³⁸⁸.

Pero al propio Del Río Aldaz no le queda más remedio que reconocer que, cuando el general Quesada es puesto por Eguía al frente de los jefes militares navarros (junio de 1822), el total de los realistas sumados al levantamiento general es ya de unos 3.000 combatientes, cifra que él mismo eleva, considerándolo ya como un ejército de 4.000 hombres para finales de agosto (de hecho, menciona a Pedro María de Pastors como jefe de la «primera brigada» realista, el 10 de enero de 1822)³⁸⁹. Especifica, además, que los sectores

³⁸⁷ *Ibidem*, pp. 299-300.

³⁸⁸ Río Aldaz, R., *Orígenes de la...* op. cit., p. 209.

³⁸⁹ *Ibidem*, p. 279. Cabría situar a Ramón del Río Aldaz dentro de una corriente historiográfica (en la que también estaría el catalán Pere Anguera), que tiende a minimizar el impacto y la potencia bélica contrarrevolucionaria, llegando incluso a considerar, con excesiva superficialidad, al movimiento armado realista, e incluso carlista, como meros bandoleros o “bandas latofacciosas”. Sin embargo, en claro contraste con lo anterior, Del Río Aldaz reconoce que los efectivos realistas en Navarra constituían ya un ejército de 4.000 hombres en agosto de 1822, con Pastors como jefe de la 1ª Brigada realista, luego obviamente había dos. De este modo, y moviéndose entre los 4.000/3.000 hombres, Del Río reconoce, implícitamente y a los efectos operativos y orgánicos, la consideración que se hace en este trabajo de los combatientes realistas en Navarra como ejército regular divisionario, obviamente, de pequeñas dimensiones; aunque, tal vez no tanto, si se considera en relación con las restantes fuerzas realistas, que eran, en su gran mayoría, partidas guerrilleras. En este sentido, Almirante, en su diccionario militar, define “División” como «voz técnica muy moderna [...], el significado más importante es el de unidad orgánica y principal de un ejército activo en operaciones». Tomado este concepto de la Francia republicana, en 1793 la División constituía un ejército pequeño pero complejo, compuesto de las tres armas, infantería, caballería y artillería, en las proporciones entonces reglamentarias. Este ejército de pequeñas dimensiones tenía su propio Estado Mayor, su administración, parques (por ejemplo, de artillería), ingenieros, zapadores, armeros, hospitales militares, obreros especializados, etc.). Recalca Almirante que, para evitar reduccionismos numéricos, lo decisivo en esta importante estructura orgánica militar es contar con una «organización divisionaria». Debe predominar, ante todo, la idea de que la División se aproxime lo más posible a actuar como un ejército en miniatura, autosuficiente y bastándose a sí mismo. Este último es el concepto que se pretende resaltar a la hora de tener en cuenta el verdadero significado que tuvo la División Real de Navarra en la Guerra de 1820-1823. Almirante, J. *Diccionario Militar...* op. cit., Vol. I., p. 348-349. También a este respecto de considerarlo como un auténtico Ejército Real de Navarra, ver Martín, A. *Historia de la División Real de Navarra*,

sociales incorporados a este movimiento militar realista navarro incluyen a todos los segmentos campesinos, criados, artesanos y —sobre todo en Pamplona— maestros gremiales³⁹⁰. Además, resulta significativo que el propio Del Río Aldaz reconozca, en un artículo suyo sobre las fuerzas paramilitares en los años previos a la Guerra Carlista en Navarra (1828-1832), tener fichados a cerca de 3.000 participantes navarros en las rebeliones realistas del Trienio Constitucional (sin aclarar si se refiere exclusivamente a Navarra o incluye a los que combatieron en otras regiones)³⁹¹.

Concluye finalmente del Río Aldaz que la verdadera situación de Navarra en marzo de 1823 estaba marcada por la presencia de partidas importantes de otras zonas de España (como Aragón o Guipúzcoa), los preparativos de invasión francesa, la incorporación de algunos jóvenes a las partidas —ante la predicación de «el Trapense», tras su incursión de finales de agosto de 1822—, y algunas acciones victoriosas de los liberales. Afirma, además, que la rebelión realista en Navarra, en sí misma (esto es, sin contar con la invasión francesa), había sido derrotada, lo cual no deja de ser una opinión poco fundamentada a la vista de todo lo expuesto supra³⁹².

También se ratifica en la inexistencia de un levantamiento general realista en Navarra (se habría tratado de una rebelión absolutista española, apoyada por sus correligionarios navarros). Asimismo, recalca la decisiva participación del clero navarro en la rebelión realista en Navarra, mientras que la nobleza habría optado por participar en las instituciones liberales, para intentar así frenar el proceso revolucionario y limitarlo a una simple reforma del Antiguo Régimen. El clero habría contado para ello con el apoyo militar de un sector de la oficialidad salida de la Guerra de la Independencia, que veía en la rebelión la posibilidad de rápidos ascensos o la única salida a retiros obligatorios. Pero otros antiguos guerrilleros volvieron al combate para defender la revolución liberal. Por último, subraya que el sistema de levas forzoso —persiguiendo e incluso apaleando, a veces, a los desertores— fue el principal sistema de reclutamiento de las partidas realistas navarras. Añade, además, como parte de la incorporación voluntaria, la de los bandoleros y de los campesinos que, tras cometer algún delito, iban a las partidas para evadirse de la acción de la justicia³⁹³.

6.3 La campaña realista en Cataluña

Comellas afirma que la contrarrevolución realista cobró un impulso decisivo en Cataluña. El Principado, donde hasta abril de 1822 las partidas guerrilleras no habían mostrado una gran actividad, se convertirá de pronto en el

contra el intruso sistema, llamado constitucional, y su gobierno revolucionario. Por D. Andrés Martín, cura párroco de Ustároz. Pamplona: Imprenta de Javier Gadea, 1825.

³⁹⁰ Río Aldaz, R., *Orígenes de la...* op. cit., p. 219 para la primera cifra y 267 para la segunda.

³⁹¹ Río Aldaz, R. "Ultras y mercenarios: las fuerzas paramilitares en los años previos a la Guerra Carlista en Navarra (1828-1832)". En *Gerónimo de Ustáriz*, nº 8, 1993, p. 66.

³⁹² Río Aldaz, R., *Orígenes de la...* op. cit., p. 283.

³⁹³ *Ibidem*, pp. 433-437.

centro principal del alzamiento anticonstitucional. No cabe duda de que también aquí, en ocasiones, el impulso procede de fuera; concretamente del exministro marqués de Mataflorida que, establecido en Tolosa, había comenzado en abril o mayo de ese mismo año a alentar la sublevación y a enviar, de sus propios fondos, auxilios a los guerrilleros. Sin embargo, las actividades de las partidas catalanas vienen ya de mucho antes, y surgió en diversos puntos del Principado.

Sin embargo, uno de los primeros impulsores del movimiento guerrillero catalán fue el popular cabecilla Tomás Costa, apodado «el Misas». Comellas lo define como un hombre sencillo, pero sumamente hábil en la práctica de la guerra de guerrillas. Las fuentes coinciden en destacar su caballerosidad con el vencido. Costa había intervenido ya en el alzamiento catalán en diciembre de 1821, cuando tuvo una participación destacada en el intento de sublevar Gerona. Este fracaso le obligó a buscar refugio en Francia. Sin embargo, pocas semanas después cruzó furtivamente la frontera y en enero/febrero de 1822 apareció por los pueblos del Ampurdán reclutando hombres y destrozando lápidas conmemorativas de la Constitución. En marzo de ese mismo año lideraba una partida guerrillera considerable y sostuvo varias escaramuzas con las tropas regulares constitucionales y con la Milicia Nacional. A principios de abril incursionó por tierras gerundenses: así, penetró en Camprodon al frente de doscientos guerrilleros, desarmaba a los milicianos y los ponía posteriormente en libertad; el 21 se enfrentaba en Mayá a una columna liberal. Su partida guerrillera ascendía por entonces a unos cuatrocientos voluntarios. El 25 de abril de 1822 consiguió el primer éxito importante de la campaña guerrillera catalana con la conquista de Olot.

El ejemplo de Costa fue seguido muy pronto por otras partidas catalanas que se lanzaron a la acción por todas las comarcas. Uno de los jefes más destacados fue Josep Bossoms, (a) «*el Jep dels Estanyys*», veterano combatiente de la Guerra de la Independencia, y que luego participará también activamente en combates guerrilleros que tuvieron lugar en la Guerra de los Agraviados o “Malcontents” de 1827. Volviendo al Trapense (que parece ser que ya estaba combatiendo desde el 1 de mayo de 1822, según Comellas), fue recibido triunfalmente en Cervera, Lérida, donde se había producido un alzamiento realista popular y constituido una junta bajo la presidencia de Pablo Miralles.

A partir de este momento, la lucha se generaliza y, contrariamente a lo que había ocurrido hasta ahora en la guerra —fase que Comellas denomina «las campañas de guerrillas», las poblaciones catalanas son ocupadas por los contrarrevolucionarios con voluntad de permanencia, como se ve por el hecho de que se organiza en ellas una administración civil para atender, en lo posible, las necesidades de sus habitantes. De este modo, una zona bastante extensa del centro de Cataluña quedó bajo el control de los sublevados. De hecho, se libraron duros combates el 8 de mayo frente a Vic (Barcelona) y el 12 en el Coll de Santa Cristina, Tarragona, indicadores de la gravedad de la situación militar.

Consecuentemente, las autoridades liberales se vieron forzadas a movilizar todos sus recursos bélicos. Llegaron a Cataluña tropas procedentes de varias regiones de España, incluyendo incluso un batallón de marina de

Cartagena. Según Comellas, este sería el verdadero punto de inflexión indicador del inicio de una auténtica guerra civil en Cataluña. A mediados de mayo el coronel Taberne desde Barcelona y los generales Porras y Bellido desde Valls y Lérida, respectivamente, inician una maniobra envolvente con la intención de converger sobre el foco principal de la insurrección realista y eliminarlo. Bellido, salvada la resistencia que se le opone en Tárrega (Lérida), atacó la vecina Cervera el 19 o 20 de ese mes, y forzó a los realistas a evacuarla tras incendiarla. Por su lado, Taberne alcanzó Vilar el 23, obligando a los realistas a dispersarse por las faldas de Montserrat. Sólo una casa del pueblo resistió la embestida liberal, la del herrero, la única fortificada del pueblo; en ella resistieron once hombres y una mujer durante tres días contra una columna constitucional de cuatrocientos soldados. Finalmente, tras arrasar el edificio la artillería que Taberne hizo traer de Barcelona, sus ocupantes se rindieron, siendo fusilados en el acto. Siguiendo su procedimiento habitual, las tropas liberales incendiaron posteriormente el pueblo.

Sin embargo, mientras el ejército gubernamental se empleaba con la descrita dureza en sofocar la rebelión realista en la cuenca central catalana, los alzamientos se multiplicaban en la periferia ilderense: el 18 de mayo se levantaban San Lorenzo de Piteus y algunos pueblos vecinos; a la vez, numerosas partidas guerrilleras convergieron sobre Solsona, cuya guarnición capituló el 22. Comellas resalta que esto fue posible gracias a que el sacerdote y jefe guerrillero catalán, Benito Tristany (futuro gran caudillo militar del carlismo en el Principado), lideró una revuelta popular desde el interior de la plaza.

Además, se registró el levantamiento en masa de la población catalana de los pueblos del Penedés, campo de Tarragona y la comarca ilderense de la Segarra. Los pueblos de La Bisbal, Montblanch y Sarreal fueron los primeros en insurreccionarse. En varios de estos puntos se formaron partidas guerrillas numerosas, que aumentaban cada día con una rapidez extraordinaria. El 22 de mayo se combatió encarnizadamente en el desfiladero de Congost (Barcelona), el 23 en Tous y el 24 en Arbós (ambas en Tarragona) y Pons (Lérida). Cervera y otras poblaciones de la Cataluña media, no tardarán en verse de nuevo en manos realistas. Las guerrillas catalanas, cada vez más numerosas y más coordinadas para la ejecución de acciones conjuntas, comienzan a constituir lo que, según Comellas, algunas fuentes ya empiezan a denominar el Ejército de la Fe.

El regreso a España de Juan Romagosa y Pros (el más capaz de los mandos militares realistas catalanes, veterano de la Guerra de la Independencia y futuro comandante general de las fuerzas carlistas del Principado), supuso un gran refuerzo para el alzamiento anticonstitucionalista. Cruzó la frontera a primeros de junio de 1822 —Comellas especula que tal vez con instrucciones del marqués de Mataflorida—, y al frente de una partida guerrillera de cien hombres, Romagosa obtuvo su primer triunfo en Bonastre, el 5 de junio y continuó su incursión victoriosa, siempre por tierras tarraconenses: sólo tres días más tarde entró en Vendrell, comandando ya a ochocientos hombres. El día 10

ocupó Valls, requisando diez barriles de cartuchos, que contribuyeron a paliar la crónica penuria material por parte de las guerrillas realistas³⁹⁴.

6.3.1 Conquista de Seo de Urgel: constitución y fin de la Regencia

Con sus voluntarios relativamente bien municionados, retornó Romagosa hacia el norte de Cataluña. Su objetivo era emprender la que sería la operación más importante de toda la campaña hasta el momento: la toma de la Seo de Urgel. La idea parece que procedió de Pablo Miralles, cuando los guerrilleros que lideraba interceptaron a un correo militar procedente de Urgel, portador de un oficio del comandante de la plaza donde manifestaba sus serios temores a sufrir un ataque ante las escasas fuerzas de que disponía. Inmediatamente, Miralles concibió el audaz proyecto de asestar un duro golpe de sorpresa a uno de los más poderosos bastiones fronterizos de España. Para ello, solicitó la colaboración de los jefes guerrilleros Romagosa y «el Trapense», a los que se unió la pequeña partida guerrillera liderada por Francesc Badals, (a) «Romanillos», un propietario de tierras y contrabandista de Castellfollit que en el mes de mayo de 1822 lideraba una partida guerrillera, integrada por un buen número de combatientes de las comarcas de la Segarra, el Anoia y el Bages. Habían ocupado Balaguer, población que se convirtió en la capital realista de las comarcas ilderdenses.

El 17 de junio de 1822 se concentraba la mencionada agrupación guerrillera realista frente a las murallas de Urgel, totalizando unos dos mil hombres (otras fuentes elevan la cifra de los atacantes de Urgel a 5.000). Comellas especifica como cifra exacta 1.850, distribuidos de la siguiente manera:

- 1.200 guerrilleros de la partida de Romagosa
- 200 del «Trapense»
- 150 pertenecientes a la de «Romanillos»
- 300 de Pablo Miralles.

Esta fuerza guerrillera parecía, a primera vista, claramente insuficiente para expugnar una plaza fuerte poderosamente fortificada y artillada, máxime si se tiene en cuenta que, una vez más, se puso de manifiesto la grave falta de material de todo tipo de que adolecieron siempre las guerrillas realistas, (incluyendo a las catalanas, obviamente). De hecho, intentar el asalto frontal y a pecho descubierto por parte de 1.850 paisanos mal armados y, para empeorar aún más la situación, sin contar ni tan siquiera con una pequeña pieza de artillería, parece obviamente algo absolutamente inconcebible e irrealizable.

Por lo tanto, fue preciso preparar un ataque previo a Peramola (Lérida), de donde huyó precipitadamente su guarnición de milicianos, abandonando en el pueblo algunas armas y municiones. Aun así, todavía no era ni mínimamente suficiente para iniciar el asedio, por lo que en los días siguientes las partidas tuvieron que recurrir a medidas extremas, como requisar y fundir cuanto menaje,

³⁹⁴ La información de este epígrafe, tomada de Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...op. cit.*, pp. 88-91.

vajilla y cubertería de plomo y estaño (especialmente, platos) caían en sus manos para transformarlos en balas, y con la poca pólvora que lograron reunir, se fabricaron cartuchos, a razón de apenas cinco por cada guerrillero. También se recurrió a carpinteros de los pueblos próximos para que fabricasen las imprescindibles escalas.

Finalmente, al rayar el alba del 21 de junio de 1822, con los exiguos pertrechos descritos, se lanzó el improvisado y precario ejército guerrillero al asalto de la fortaleza. Parece ser que fue «El Trapense» el primero en iniciar el ataque, a pecho descubierto y empuñando solamente un crucifijo, a la vez que profería gritos a favor de la religión y el rey. Las versiones más verosímiles coinciden en que los combates terminaron alrededor de las nueve de la mañana, es decir, que apenas hubo cinco horas de lucha. De este modo tan increíble como sorprendente desde el punto de vista militar, pasaron a poder de los realistas la plaza de Urgel, los fuertes defensivos, cuarenta piezas de artillería montadas, y algo tan imprescindible en aquellos momentos para las partidas guerrilleras catalanas, como seiscientos quintales de pólvora y medio millón de cartuchos³⁹⁵.

Seo de Urgel sería a partir de entonces el principal reducto de los realistas en el Principado, desplazando el centro de gravedad de la zona realista desde la Cataluña central hacia la frontera pirenaica. Mientras tanto, prosiguieron los combates, con variada fortuna, en diversas zonas catalanas del interior: al tiempo que las guerrillas de Romagosa, «El Trapense» y Romanillos tomaban Urgel, las tropas liberales intentaban recobrar Solsona aunque fracasando, el 6 de julio hubo combates en Torá, el 7 frente a Cervera (todo ello en tierras ilerdenses); el 15 en Vic, Granollers los sufrió el 23 y Cardona el 24, siempre en la provincia de Barcelona. El día 30, y después de una enconada resistencia, cayó Cervera, la ciudad cabeza del alzamiento realista, en poder de las columnas constitucionales del coronel Torrijos³⁹⁶.

La marcha de las principales guerrillas realistas catalanas hacia el Norte (provocada por la reciente toma de la Seo de Urgel), provocó la reacción militar liberal: operando desde Barcelona y con crecientes medios de refuerzo materiales y humanos, pudo ir expugnando los núcleos principales de resistencia realista, tanto en la cuenca del Llobregat como en el Penedés. Pese a las pérdidas descritas, los realistas establecieron un potente reducto pirenaico en comunicación permanente con Francia, de donde esperaban obtener la llegada de socorros de todo tipo, tan necesarios, aun a costa de sacrificar el perdido núcleo central catalán, que permitía enlazar con el valle del Ebro y el corazón de España. La posesión de Urgel proporcionaba a los anticonstitucionales una plaza casi inexpugnable y un centro político que va a permitir (pocos días antes de la ya referida llegada del Trapense a Navarra en solicitud de ayuda), la formación de la denominada “Regencia Suprema de España durante la cautividad de Fernando VII”, especie de Gobierno que, actuando en nombre del monarca cautivo, trataría de coordinar los esfuerzos de todo el movimiento realista a nivel

³⁹⁵ La relación del botín capturado por los realistas en Urgel consta en una carta del marqués de Mataflorida de 26 de junio de 1822, en el manuscrito 1867 de la Biblioteca Nacional de España, doc. nº 118.

³⁹⁶ Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 82-83.

nacional y de representar un poder constituido frente al gobierno liberal de Madrid. El 15 de agosto de 1822 quedó formalmente constituida la Regencia que, tal como ya se anticipó, estaba formada por el marqués de Mataflorida, el arzobispo de Tarragona Jaime Creux y por el barón de Eroles, comandante en jefe del ejército realista de Cataluña. Contaba este a la sazón con unos trece mil hombres³⁹⁷.

Es cierto que la recién constituida Regencia de Urgel lanzó inmediatamente proclamas dirigidas a toda la nación, logrando la adhesión de prácticamente todos los diferentes grupos realistas. Sin embargo, al no obtener ningún apoyo efectivo por parte del gobierno francés su situación militar empezó a ser cada vez más comprometida. Efectivamente, el nuevo *statu quo* político forzaba, de alguna manera, a la cúpula dirigente realista a replantearse la estrategia bélica implementada hasta entonces, consistente en adoptar el sistema de combate característico de la guerra irregular, en forma de partidas guerrilleras. A partir de ahora, se haría necesario reconvertir estas guerrillas en un ejército regular convencional, con sus armas tradicionales de infantería, caballería y artillería, uniformidades y armamento reglamentarios, así como el resto de servicio e infraestructuras propios de toda fuerza armada estatal. Y esto no iba a ser fácil³⁹⁸.

Efectivamente, pese a la presencia de un gobierno realista constituido en Urgel, no se produjo el esperado alzamiento general en otras regiones de España. Ya en el mes de octubre de este mismo año, y aunque la suerte de las operaciones bélicas se mantenía todavía incierta, comenzó la Regencia a ser consciente de su incapacidad militar para ganar la guerra. La correspondencia mantenida por los regentes con representantes suyos en el extranjero (fundamentalmente, en Francia y Roma), deja bien claras la gravedad de la situación y sus causas: la falta de una oficialidad profesional competente; cierta indecisión por parte del país (que pese a su inmensa mayoría realista, obedecería por miedo a la minoría gobernante liberal); una acuciante falta de recursos económicos y, sobre todo, la inesperada obstrucción por parte de las autoridades francesas, cuya ayuda se había esperado en un principio al constituirse la Regencia.

Por otro lado, la guerra civil ya había comenzado a adquirir sus características definitivas desde un mes antes del establecimiento de la Regencia de Urgel (15 de agosto de 1822), mantenidas constantes hasta el hundimiento del frente realista en diciembre de ese mismo año. Esto no debe llevar a pensar que las fuerzas combatientes de la Regencia estuviesen organizadas, pues distaban mucho de ello: sin suficiente armamento convencional —predominaban las armas improvisadas, artesanales o de uso civil, como las de caza y similares— y sin la imprescindible oficialidad profesional, o al menos suficientemente instruida, la tarea de regulación y estructuración de las fuerzas armadas realistas que se propuso el barón de Eroles iba a resultar muy difícil, cuando no imposible.

³⁹⁷ *Ibidem*, p. 83.

³⁹⁸ Álvarez Rey, L. "El Trienio Constitucional (1820-1823). En *Historia Contemporánea de España* (S. XIX-XX). Paredes, J. (dir.), Barcelona: Ariel, 2004, pp. 100-101.

Comellas no descarta que, al menos en las primeras fases de la guerra, la inferioridad de recursos materiales de las tropas realistas pudiese estar compensada, en parte, por la superioridad numérica. Este autor señala que el ejército de la Regencia podría aproximarse entonces a los 35.000 hombres. Con todo, durante los primeros meses de campaña intensa, los realistas parecen haber mantenido el tipo sin desventaja frente al ejército liberal, que contaba con unidades profesionales, organizadas y dotadas del suficiente material.

En el momento de establecerse el gobierno de la Regencia, los realistas dominaban las plazas de Puigcerdà, Balaguer, Solsona y toda la alta montaña catalana. Figueras, Sallent y Cardona estaban bloqueadas, mientras que las tropas liberales tenían sometida a sitio a Mequinenza (Zaragoza), cuya población se había alzado por los realistas, ocupando el castillo. De este modo, el territorio controlado desde Urgel abarcaría toda la zona comprendida entre Balaguer, Solsona, Berga y Ripoll, pasando por San Lorenzo de la Muga, añadiendo todas las tierras intermedias hasta alcanzar los Pirineos.

«El Trapense» logró ampliar el frente de combate hacia el oeste, estando a punto de consolidar los avances en su marcha por el norte de Aragón; de hecho, llegó a entrar en Barbastro y la misma Huesca. Sin embargo, perdió todo lo ganado después del serio descalabro sufrido frente al liberal Zarco del Valle en Ayerbe, Huesca. El monje guerrillero tuvo que refugiarse en Navarra, donde logró atraerse a la División Real, que le acompañaría en su periplo de regreso a Cataluña. (Como ya se comentó, pese a ello no iba a quedar desguarnecido el territorio navarro, gracias al cuerpo reclutado y formado por Arredondo, que supo mantener las posiciones consolidadas por las fuerzas divisionarias de Quesada, pese a las enormes carencias de todo tipo sufridas por este nuevo batallón). Gracias a ello, a primeros de octubre de 1822, los realistas llegaron a dominar una gran parte de Navarra: no sólo los valles pirenaicos, sino que Lumbier, Olite y, al fin, Estella fueron ocupadas por cierto tiempo. El empuje realista alcanzó tal potencia que el comandante militar del distrito, Espinosa, encerrado en su reducto de Pamplona, asistió impotente a los continuos movimientos de las partidas guerrilleras, cuyo número se multiplicaba incesantemente, tal como reconoció el propio mando liberal.

Sin embargo, y ya de vuelta a la campaña catalana, hubo otras zonas donde la situación realista no era tan favorable. El gobierno revolucionario de Madrid movilizó todos sus recursos militares disponibles desde Barcelona, produciéndose luchas encarnizadas en gran parte del Principado. A finales de agosto de ese año, los realistas lograban algunas victorias, como la reconquista por tercera vez de Cervera —donde sólo resistió su ataque el reducto compuesto por las instalaciones universitarias, gracias fundamentalmente a que Pablo Miralles intentó a toda costa evitar la destrucción de la Universidad—. Esto le haría también evacuar la ciudad poco después, sin oponer resistencia a las columnas liberales de Mina.

A mediados de septiembre de 1822 se produjo el momento álgido de la ofensiva realista, cuando los restos del derrotado ejército liberal tuvieron que buscar refugio en Monzón (Huesca). En estos momentos, toda la vertiente pirenaica desde Gerona al Bidasoa, estaba controlada por la Regencia de Urgel.

Pero el punto de inflexión se va a iniciar entonces, cuando irrumpe en el teatro de operaciones catalán la figura de Espoz y Mina, recién nombrado Capitán General de Cataluña y generalísimo de la campaña contra la Regencia de Urgel.

Para Comellas, la campaña de Mina supondrá una dura contraofensiva general, que obligará a las fuerzas realistas de Eroles a batirse en retirada, con una tropa cada vez más carente de los medios materiales indispensables para seguir combatiendo, siquiera en una mínima igualdad de condiciones, con el ejército liberal. Mina desplegará una estrategia de ataque concienzuda, parsimoniosa y con un rigor sistemático: avanzó con Milans a su derecha y Manso a su izquierda (los cuales ejecutaron sendas maniobras de diversión sobre las alas realistas), penetrando en cuña hacia Urgel y la Cerdaña. De este modo, alcanzó a Eroles antes de que las demás partidas guerrilleras, obligadas a desviarse y dispersarse por los otros valles pirenaicos, pudieran acudir en apoyo del comandante en jefe realista.

Continúa este autor precisando que, de este modo, el primero teatro de operaciones importante se localizó en Cervera. Ante la indecisión del mando realista encargado de su defensa, Pablo Miralles, la ciudad fue finalmente abandonada por las partidas guerrilleras que la guarnicionaban, pronto seguidas por sus habitantes. Cuando Mina entró en sus calles, la encontró prácticamente desierta. La toma de Cervera suponía el acceso a un importante nudo de comunicaciones, pues franqueaba el paso a la cuenca del Segre. Mina dedicó los últimos días de septiembre a organizar sus cuatro divisiones y a preparar los últimos detalles de la que pretendía ser definitiva ofensiva general.

A comienzos de octubre, inició el ejército liberal el avance a todo lo largo del frente Cervera-Calaf-Manresa. El 5 de ese mes, alcanzaron sus columnas la población barcelonesa de Castellfollit de Riubregós, intentando su asalto inmediatamente y a lo largo del día siguiente. Sin embargo, tras una dura defensa realista de esta pequeña plaza las operaciones de ataque hubieron de suspenderse. Formalizado el cerco en toda regla, los muros de adobe fueron derruidos por la artillería gubernamental, aunque las torres de la plaza fuerte continuaron resistiendo. Hubo que volarlas mediante la práctica de minas, pero ni aun así consiguieron desalojar a los irreductibles defensores, que continuaron su numantina lucha entre los escombros. Finalmente, y ante lo insostenible de la situación, la noche del 24 de octubre guarnición y población civil huyeron aprovechando la oscuridad, dejando la plaza completamente desierta.

Mina, sumamente contrariado por habersele escapado vivos los habitantes (y los defensores) de una plaza tomada, por segunda vez consecutiva, aplicó la táctica de “tierra quemada”: hizo arrasar Castellfollit hasta sus cimientos, permitiendo sólo la conservación de un muro, donde se fijó una inscripción destinada a perpetuar la memoria de su “hazaña”³⁹⁹. Sin duda alguna, esta política destructiva a ultranza surtió sus efectos entre la población civil catalana. Es innegable que el apoyo popular a los guerrilleros realistas continuó siendo frecuente hasta el final de la guerra, pero también empezó a hacerse

³⁹⁹ «Aquí existió Castellfollit/Pueblos/Tomad ejemplo:/No abriguéis a los enemigos de la/patria». Tomado de Espoz y Mina, F. *Memorias del general...op. cit.*, tomo III, p. 74.

patente una cierta y lógica desmoralización de la retaguardia a partir de este momento.

En su avance implacable, Mina y su ejército alcanzaron el 26 de ese mismo mes en Torá a una parte de las fuerzas de Eroles, que emprendían su retirada hacia el norte; pese a la dura y desesperada resistencia realista quedó, una vez más, en evidencia la enorme diferencia en cuanto al material disponible y a la competencia y profesionalidad de los mandos que había entre unos y otros. Tras encarnizados combates, los realistas consiguieron replegarse con cierto orden, perseguidos muy de cerca por las vanguardias de Mina. El 3 de noviembre, los vencedores de Castellfullit alcanzaron Balaguer, que fue igualmente abandonada por sus habitantes.

Mientras tanto, Milans que continuaba su incursión por el ala derecha de Mina, consiguió controlar Arenys de Mar, Santa Coloma del Farnés, Roda y Esquivel. Forzó así a las unidades guerrilleras realistas de Tomás Costa, «el Misas», de Mosén Antón Coll y a la de Benito Plandolit y Targarona, a ir retrocediendo hacia el Ampurdán, haciéndoles cada vez más difícil poder auxiliar a los defensores de Urgel. Exactamente el mismo objetivo consiguió Rotten en la cuenca del Llobregat, frente a las partidas de Josep Bossoms, (a) «*el Jep dels Estanyes*», Piquer, Montaner y otros. Por su parte, Manso avanzaba por el ala izquierda, tomando como base Tarragona, aunque no consiguió aniquilar totalmente las guerrillas realistas del Panadés.

El 11 de noviembre de 1822 entró Mina en Tremp, sin encontrar una fuerte resistencia. Esto se debe a que la desmoralización empezaba a cundir entre las filas realistas, que adolecían cada vez más de los medios materiales mínimos para poder combatir; por no hablar de una población civil cada vez más castigada por los rigores de una dura y cruel guerra, que la tenía sumida en el hambre y la desesperación. Haciendo acopio de sus últimos recursos, Eroles intentó el 15 de ese mismo mes librar una batalla decisiva: se trataba de la última oportunidad para intentar frenar el avance inexorable de Mina hacia Urgel. Esta acción se produjo en Pobla de Segur, Lérida, estando el general realista muy cerca de lograr frenar a los liberales. Sin embargo, la habilidad táctica de Mina acabó decidiendo la suerte del encarnizado combate a su favor. En consecuencia, al día siguiente los soldados gubernamentales penetraban en la Cerdaña.

Comellas afirma rotundamente que, a partir de este momento, el movimiento realista como forma organizada de resistencia político-militar podía considerarse fracasado. De hecho, la Regencia de Urgel (plaza fuerte ya casi a la vista de las avanzadas enemigas), tuvo que refugiarse en la gerundense Puigcerdá. Apenas dos semanas después tenía que huir a Llivia, también en la provincia de Gerona. Pero el avance de Espoz y Mina continuó y provocó que el 1 de diciembre de 1822 los regentes, abocados ya a una derrota inminente, hubiesen de buscar un último reducto defensivo en una casa de campo fortificada, entre las nieves de la más abrupta zona montañosa de la Cerdaña. Desde este momento, la Regencia continuará existiendo a pesar de todo, pero será ya una Regencia en el exilio.

Lo cierto es que una guerra que, apenas unos pocos meses antes, presentaba unas perspectivas prometedoras para los realistas, a pesar de la crónica escasez de recursos económicos y de todo tipo de material de combate, se había perdido. Y además, sin necesidad de grandes batallas ni alardes militares por parte del enemigo. Comellas trata de explicar este fracaso basándose en las ya mencionadas condiciones en que hubieron de combatir los hombres de Eroles al ejército constitucional —carencia de armamento, municiones, pertrechos de todo tipo y dinero—. Consecuentemente, parece ser que al final de la campaña las fuerzas realistas se vieron sumidas en la desmoralización e, incluso, la insubordinación. Considera este autor lógico que se produjese esta situación tan adversa, máxime teniendo en cuenta que la mayoría de los sufridos combatientes realistas no eran profesionales (como ya se ha venido insistiendo, se trataba de guerrilleros, es decir, combatientes civiles irregulares). Aduce también Comellas cierta irresolución y falta de iniciativa estratégica por parte del barón de Eroles: sólo en dos ocasiones, y no las más convenientes desde el punto de vista de la ciencia militar, habría intentado el comandante en jefe realista oponer seria resistencia.

Para culminar la exitosa ofensiva liberal, ya apenas quedaba la conquista de Urgel. Sin embargo, este último objetivo no sería fácil, pues la plaza fuerte estaba bien defendida por el capaz Romagosa y sus aguerridos guerrilleros, atrincherados en los puntos más fortificados e inaccesibles de la misma, dispuestos, además, a defenderlos hasta la muerte. Formalizado el cerco a comienzos de diciembre de 1822, Mina se percató inmediatamente de la inutilidad de un asalto frontal, por lo que decidió intentar la rendición por hambre. Esto provocó que las incansables partidas de Josep Bossoms, alias «*el Jep dels Estanys*», Piquer y Montaner, desarrollando una activa guerra de guerrillas desde las montañas próximas, intentasen abastecer la plaza, lo cual lograron en varias ocasiones, burlando la vigilancia de Mina.

A todo lo anterior, vinieron a sumarse los rigores de las duras condiciones impuestas a sitiados y sitiadores por el extraordinariamente duro invierno de 1822-1823. En enero de 1823 el bloqueo se transformó en férreo cerco, con frecuentes salidas y cañoneo desde los fuertes de la Seo de Urgel. Los defensores, cada vez más presionados y reducidos a las más duras condiciones de vida, sin embargo, mostraban una combatividad y una moral altas. De ahí que Mina intentase valerse de una estratagema: a mediados del mencionado mes, apresó un correo realista, al que envió posteriormente con falsas noticias para los defensores sobre un supuesto abandono de la plaza por parte de los jefes de las partidas guerrilleras circundantes (único socorro posible de los sitiados), ante la imposibilidad de asistirles desde el exterior. Proponía a la guarnición un plan de fuga, siguiendo una determinada vía, que se señalaría convenientemente mediante almenaras encendidas en lo alto del cercano Coll de Son.

Ante la respuesta negativa de Romagosa, Mina se convenció de que, pese a ello, todos los signos parecían indicar que la resistencia a ultranza realista estaba alcanzando ya sus límites. Aun así, Urgel resistió todavía otros veinte días. Efectivamente, la noche del 2 al 3 de febrero de 1823, los que se encontraban en el interior del fuerte (combatientes, pero también mujeres, ancianos y niños), al borde de toda posibilidad humana de resistencia, forzaron

el bloqueo liberal al amparo de la noche. Tras una épica huida, lograron encontrar refugio en Andorra, pese a que Mina aseguró en su autobiografía haber hecho prisioneros a numerosas mujeres y niños, aunque otras fuentes testifican que casi todos los evadidos consiguieron salvarse. Era la derrota definitiva y el fin de la Regencia de Urgel.

Comellas advierte que, a pesar a todo lo anterior, la guerra prosiguió todavía y, además, sin perspectivas de una pronta solución. Se desarrolló conforme al esquema ya típico de esta conflagración: operaciones de guerra irregular realistas y sin abandonar el tono general de violencia creciente. Sólo el crudo invierno impuso, como en años anteriores, una cierta disminución de la actividad guerrillera anticonstitucionalista. En la misma Cataluña, se reprodujo la lucha de las partidas desde el día siguiente de la toma de Urgel por los liberales.

De hecho, la propia maniobra táctica de Mina (que había conseguido alejar a las guerrillas del teatro principal de las operaciones), favoreció, obviamente sin pretenderlo, una dispersión que hizo imposible la total liquidación del enemigo. Así, por ejemplo, Bessières aparecía de pronto frente a Mequinzenza, al frene de su partida de 1.500 guerrilleros y, poco después, otra guerrilla con más de 2.000 voluntarios atacaba Tortosa. Igualmente, Francisco Badals, (a) «Romanillos», cuya partida guerrillera tenía su base en la pequeña localidad de San Lorenzo de Piteus, provocaba con su constante actividad una situación de inseguridad permanente en la retaguardia del sector defendido por el general Rotten: finalmente, este duro mando liberal cayó sobre este pueblo ilerdense, saqueando e incendiando las casas hasta sus cimientos, con lo que fue borrado del mapa.

Pedro Arnabat Mata, destaca la dureza que revistió la Guerra Realista en el Principado. De hecho, afirma que en Cataluña fue donde tuvo más importancia la insurrección armada realista desde sus mismos comienzos (especialmente, en las comarcas del Bages, Bergadá, la Cuenca del Barberá y del Gironés i Vallés). Para este autor, las principales razones de la generalización del movimiento contrarrevolucionario estarían en la situación geográfica de Cataluña (lindando con la frontera francesa), la miseria que padecía el país —en muchos casos, provocada por la aplicación de las medidas y planteamientos del gobierno liberal—, la propaganda del clero, la actuación de las mujeres y la poca presencia de las tropas constitucionalistas⁴⁰⁰.

A partir del desencadenamiento de la guerra civil en Cataluña, en la primavera-verano de 1822, ambos bandos movilizaron y armaron importantes contingentes de hombres: los realistas contaron con unos 12.000 hombres armados en momentos puntuales, llegando a ser cerca de 20.000 en el momento álgido de la guerra (entre el verano de 1822 y comienzos de 1823); mientras que por los liberales combatieron unos 11.000 soldados del ejército regular y unos 12.000 milicianos nacionales. Esto significa que se armó a un 20% de los hombres de entre 16 y 40 años, aproximadamente, un 5% de la población. Pese al estallido de levantamientos armados en otras zonas de España, como Ávila, Burgos o Vascongadas, sólo en Cataluña la contrarrevolución mantendrá una importante vitalidad, favorecida por la ocupación de la Seo de Urgel, la creación

⁴⁰⁰ Ver Arnabat Mata, R. "Violencia política y...op. cit., pp. 49-62.

de una Junta Superior Provisional Realista de Cataluña y la posterior instalación de la Regencia de Urgel. Todo esto permitió consolidar un destacado bastión realista en el noroeste del Principado, obligando al gobierno liberal a declarar el estado de guerra en Cataluña (23 de julio de 1822) y a ocupar su territorio por medio de un ejército de operaciones, comandado por el mariscal de campo Francisco Espoz y Mina.

La guerra civil en Cataluña estuvo marcada por duros combates y un rigor extremo, con contribuciones y multas; requisas de ropas y víveres; quema de casas de rivales políticos; secuestros a cambio de rescates; violencias de todo tipo contra la población civil y fusilamientos indiscriminados. El predominio del ejército liberal llevó a que las tropas impusiesen su ley, o mejor dicho, su violencia, a veces incluso entre sus partidarios, ejecutando todo tipo de exacciones y tropelías sobre paisanos de los pueblos situados en la órbita realista, o recurriendo al incendio hasta los cimientos de localidades tras su ocupación por parte de una soldadesca desenfrenada. En este sentido, los rigores y desastres bélicos no los sufrieron únicamente las fuerzas en lucha de ambos bandos, sino también una población civil, frecuentemente no combatiente, y que a menudo cargó con el coste social y económico de esta guerra civil. Esto se puede ejemplificar con dos casos: el cobro de contribuciones y las levas forzosas (especialmente, de jóvenes). Como principales comandantes de guerrillas realistas en el Principado, Comellas destaca al cabecilla del Penedés, Josep Nin (a) «Xaconín», Pedro Miró, Romagosa, y Mossèn Benet Tristany (que operó en las comarcas del Berguedá y el Solsonés, al igual que el mencionado Pedro Miró)⁴⁰¹.

6.3.2 Operaciones de la División Real de Navarra en Aragón y Cataluña

Por disposición de la Regencia, «El Trapense» acompañado de Jorge Bessières y seguido de un puñado de guerrilleros catalanes, realizaron una incursión por el Alto Aragón con el objetivo de insurreccionar a los pueblos de esta zona (lo que parece ser que fray Antonio Marañón logró con su acostumbrada facilidad de arenga). Tan solo al llegar a Barbastro encontraron cierta resistencia. Al tener conocimiento de estos hechos el capitán general de Aragón, Antonio Remón Zarco del Valle, se dirigió a marchas forzadas a Huesca, donde llegó antes que los guerrilleros realistas. Desde allí, emprendió una rápida persecución del Trapense, al que localizó en Ayerbe. Pero al cabecilla guerrillero no le convenía aceptar batalla a campo abierto allí, por lo que inició una fulgurante retirada, alcanzando Navarra por Sos del Rey Católico (Zaragoza) el 18 de agosto. Esta zona era totalmente desconocida para Marañón, pero a pesar de ello se llevó la agradable sorpresa de recibir una magnífica acogida de los lugareños, e incluso se incorporaron a su partida bastantes voluntarios⁴⁰².

⁴⁰¹ La mayoría de la información de este subepígrafe está basada en Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 88-104 y 141-154.

⁴⁰² Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 85-86.

No obstante, recién llegado a territorio navarro, el Trapense pasó por un momento de cierto peligro: estando acampado cerca de Lumbier, llegó el coronel liberal Tabuena con su División reforzada. Informado Quesada de este extremo, envió inmediatamente dos compañías en auxilio del jefe guerrillero catalán que, una vez incorporado este importante refuerzo y actuando con su habitual acometividad, se decidió a entablar combate con los enemigos, pero no fue posible pues Tabuena, creyendo que le atacaba toda la División Real de Navarra al completo, prefirió eludir al enemigo y se atrincheró en Lumbier. Según Gamba, ésta hubiese sido la gran ocasión para, unidos Quesada y el Trapense, batir definitivamente a Tabuena. Pero, finalmente, no se produjo el propicio ataque combinado realista, probablemente por consejo del guerrillero catalán, que deseaba, ante todo, llevar a cabo sus proyectos y regresar cuanto antes a Cataluña con todas sus fuerzas intactas (reforzadas ahora por el contingente divisionario navarro). Y es que, efectivamente, la División Real de Navarra se acabó dirigiendo a Cataluña, para ponerse a las órdenes de la Regencia y coadyuvar de este modo a las operaciones militares que habrían de iniciarse en torno a esta importante plaza fortificada realista y sede central del gobierno absolutista hispano⁴⁰³.

Según Melchor Ferrer, el Ejército Real navarro constituyó su columna de marcha de la siguiente forma: la vanguardia, compuesta de 24 caballos de Antonio Marañón «el Trapense» y dos compañías de Guías y Guardia Real del Ejército de Navarra; el centro, conformado por una compañía de Granaderos del General (fuerzas catalanas del barón de Eroles), el primero, segundo y tercer Batallón de Navarra, el batallón del Talam y una compañía del primer batallón de Aragón, y finalmente la retaguardia la formaban los escuadrones navarros de caballería, titulados Cazadores Reales y Dragones del Soberano, más algunos pocos caballos de las fuerzas aragonesas de Marañón⁴⁰⁴.

El 30 de agosto de 1822 la División navarra marchó desde el Valle de Roncal, alcanzando tierras oscenses por la villa de Berdún (en el valle del Aragón) y de Salvatierra de Esca (Zaragoza). Atravesó luego los pueblos oscenses de Apiés, Naval, Graus, también la sierra de Laguarres, así como Lascaurre y Montañana. A su paso por estos pueblos del Alto Aragón, recibió la adhesión y apoyo de sus habitantes, de mayoría realista. Desde Montañana, se habría adelantado el general Quesada, en compañía del Trapense, para cumplimentar en Urgel al Gobierno central absolutista, que expresó a los navarros su gratitud por el importante apoyo militar ofrecido⁴⁰⁵.

Continúa Gamba su relato precisando que de Montañana pasó la División a Tremp (Lérida), donde fue revistada por el barón de Eroles, Regente y Comandante General en Jefe del Ejército Real de Cataluña. En la madrugada del 18 de septiembre de 1822 continuó hacia la localidad oscense de Benabarre, donde había de alcanzar la victoria más resonante y decisiva de su historia (y, por ende, uno de los mayores de las armas realistas en toda esta guerra). Una avanzada divisionaria navarra, destacada a Tolva para forrajear y obtener

⁴⁰³ *Ibidem*, p. 86.

⁴⁰⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, p. 70.

⁴⁰⁵ Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 87-88.

raciones para la tropa, topó con la vanguardia de la poderosa División liberal de Tabuena, acampada en las inmediaciones de Benabarre (sita en la comarca ribagorzana), con la intención de cortar la retirada a Navarra del contingente realista, para posteriormente dispersarla en tierras supuestamente desconocidas para los navarros⁴⁰⁶.

Sin embargo, y a pesar de estas circunstancias adversas, las tropas gubernamentales fueron arrolladas completamente, de forma tal que la mayor parte resultaron muertos en combate o hechos prisioneros. A partir de entonces, puede considerarse extinta la División Tabuena, cuyo jefe se contó entre las víctimas mortales de lo que fue una verdadera debacle para los liberales. Ferrer señala que quedó el campo de batalla lleno de muertos constitucionalistas, que sufrieron además la captura de muchos prisioneros, entre ellos varios oficiales y el jefe del Estado Mayor. Estos momentos van a suponer el máximo apogeo alcanzado por las armas realistas en Cataluña, coincidiendo precisamente con la presencia de la División navarra en el Principado⁴⁰⁷.

Melchor Ferrer precisa que los voluntarios navarros de Quesada continuaron recorriendo en el mes de octubre de 1822 la provincia de Huesca (Graus, Naval, Baldellou, Peralta de la Sal), y Esplugafreda y Orrit en Lérida. En tierras oscenses, las fuerzas de la División Real atacaron el 14 de ese mes en Fonza a un destacamento del ejército constitucional, que fue derrotado por un contingente realista al mando del teniente José Francés: quedaron prisioneros 24 soldados liberales, dos subalternos de la Milicia de Monterrey y el alcalde constitucional de Graus, junto con dos voluntarios de dicho pueblo. Al pasar la expedición divisionaria por Barbastro, esa misma noche entraron las guerrillas realistas por sorpresa, por una calle el grupo comandado por el capitán Francisco de Iturralde, y por el extremo opuesto el del ya citado Francés. La victoria de los contrarrevolucionarios se saldó con 60 prisioneros enemigos. El 15 de octubre chocaron ambos bandos nuevamente en las cercanías de Casbas de Huesca, resultando muertos 30 soldados de un destacamento liberal, al que también le fueron capturados 50 prisioneros (entre ellos 5 oficiales). Esta habría sido la última intervención de los expedicionarios de la División Real en Aragón, pues hubieron de regresar seguidamente a Navarra⁴⁰⁸.

Como ya se expuso, el 10 de septiembre de 1822 se hacía cargo del mando de las operaciones del ejército liberal en territorio catalán el duro y despiadado Espoz y Mina, que, junto con sus segundos al mando, Manso y Rotten, iniciará una feroz guerra total de exterminio⁴⁰⁹. Algunos días después, ocupaba a los realistas el importante enclave de Cervera, que ya había sido abandonada por su población al completo. Mina prosiguió su campaña a sangre y fuego, arrasando pueblos enteros —que luego eran siempre incendiados hasta los cimientos— y pasando a cuchillo a sus habitantes (bien conocido es el ya expuesto caso de Castellfullit). Con estos métodos sanguinarios de tierra

⁴⁰⁶ *Ibidem*, pp. 87-88.

⁴⁰⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, p. 70, y Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 146.

⁴⁰⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, pp. 70-71.

⁴⁰⁹ Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 90-91.

quemada, Mina irá arrinconando poco a poco a los combatientes realistas catalanes, reducidos poco a poco a las escasas zonas montañosas, donde las partidas guerrilleras se mantuvieron hasta el final de la guerra gracias a su resistencia numantina. Volviendo al contingente divisionario navarro desplazado a Cataluña, es preciso señalar que aún permaneció en la comarca en torno a Tremp hasta el 14 de octubre de ese mismo año. Durante este tiempo, se dedicó fundamentalmente a la instrucción y manejo del armamento, siendo revistada la División Real de Navarra varias veces por el barón de Eroles⁴¹⁰.

6.4 Principales guerrillas realistas en otras partes de España

En cuanto a la actividad guerrillera de las partidas realistas que actuaban en otras partes de España, Comellas destaca las siguientes:

- En Castilla no debe olvidarse la importante campaña desarrollada por Merino, que por su importancia se trata en un epígrafe aparte.
- En Galicia se multiplicaron las guerrillas durante finales de 1822 y comienzos de 1823. Destaca especialmente por su operatividad la partida dirigida por el cura de El Freijo, en la zona limítrofe de Burón (León), pero también se mueven muchas otras en distintas comarcas, especialmente en la meseta lucense. Comellas cita como especialmente activas las que siguen:
 - La dirigida por Andrés Martín en Taboada y Monterroso
 - La de Bocelo, encabezada por Vicente Gil
 - En Rábade y su comarca, donde actuaba Antonio Pardo
 - La dirigida por José Ramos en Arzúa
 - José Varela dirigía a los guerrilleros de Deza
- Por otra parte, en Andalucía, cabe destacar la actuación de la partida levantada por el oficial realista Zaldívar, que actuó a partir de septiembre de 1821 en la provincia de Sevilla (Morón, Utrera, Coronil, y Montellano).

Además, Manuel Adame de la Pedrada (a) «El Locho», en La Mancha, Sempere en Valencia y los hermanos Cuesta en Extremadura, proseguían la guerra por su cuenta (muy al modo de lo que es tan característico en toda guerra irregular), completamente al margen del fracaso del movimiento realista sufrido por la caída de la Regencia de Urgel⁴¹¹.

Pedro Rújula apunta que en 1822 Aragón experimentó un importante salto cualitativo hacia la guerra civil por dos motivos: en primer lugar, por la intervención de fuerzas realistas desde zonas limítrofes y en segundo, por la

⁴¹⁰ *Ibidem*, p. 91.

⁴¹¹ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 63. Ver epígrafe 6.4.1. de esta tesis doctoral para todo lo relativo a “La Merinada” o campaña realista del cura Merino (1820-1823).

aparición de las primeras guerrillas autóctonas. Respecto a la influencia foránea, Rújula subraya la incidencia que tuvo la expedición de la División Realista de Navarra al mando del general Quesada por tierras de Huesca. Por otro lado, respecto al segundo punto, a lo largo de la primavera de 1822 fueron formándose algunas partidas guerrilleras en la zona de Tamarite (Huesca) que, unidas a los insurrectos realistas leridanos, totalizaron unos mil guerrilleros. Enviado el ejército liberal contra ellos, consiguió desarticular este foco insurreccional sin demasiadas dificultades. Poco después, la partida que había conseguido reunir Capapé hizo frente a las tropas regulares gubernamentales en Aliaga y Horta, en ambos casos con resultado desfavorable. Pero también dejando manifiesta y clara su creciente fortaleza militar y la conciencia y confianza que los realistas comenzaban a tener en ella. Lógico por otro lado, pues los hombres del Royo, Rambla, Bru y Pons (que tras el último enfrentamiento pretendían llegar a Mequinenza), llegaron a sumar por entonces los 2.000 combatientes⁴¹².

A comienzos de noviembre de 1822, llegaba a Mequinenza una de las figuras más importantes del movimiento guerrillero realista: Jorge Bessières, que realizó varias incursiones por otras zonas de la provincia de Zaragoza. El estado de tensión permanente se prolongó hasta los primeros meses de 1823. La gran partida guerrillera realista, formada por las fuerzas conjuntas del Royo y de Bessières (a la que se le atribuían entonces unos 5.000 hombres y 300 lanceros), atacó entonces Calatayud, sin conseguir rendir el fuerte, por lo que se escindió en dos mitades: esta dispersión y descoordinación de las fuerzas guerrilleras realistas favoreció su persecución por el ejército constitucional en el Bajo Aragón, que pudo dispersarlas y hacerles muy numerosos prisioneros, por ejemplo en Ráfales (Teruel) y en la zaragozana Sástago. Sin embargo, no tardarían en regresar Capapé y Bessières, procedentes de Castilla al frente de 200 hombres y 150 jinetes, dirigiéndose a Teruel sin poderla atacar, por lo que se adentraron en la sierra de Gúdar. Sin embargo, en medio de rumores y circulación de noticias contradictorias, se perfilaba ya la invasión francesa, a la vez que la insurrección realista se generalizaba ya en buena parte de Aragón. Es en este momento cuando la intervención gala clarificó la función a desempeñar desde entonces por las partidas guerrilleras realistas aragonesas: la de avanzadillas de las tropas francesas. Para finales de abril, éstas ocupan Zaragoza y, poco a poco, caerá el resto del territorio aragonés, prácticamente sin resistencia alguna⁴¹³.

Cambiando de teatro de operaciones, según Juan Pedro Recio Cuesta, en Extremadura las guerrillas contrarrevolucionarias comenzaron a actuar ya en el otoño de 1820. Entre los principales jefes guerrilleros que rechazaron la Constitución de 1812 sobresalieron una serie de hombres de milicia, destacando entre todos ellos Gregorio Eugenio Morales Herrero, coronel de caballería ligera, encargado en el otoño de 1820 de coordinar y ejecutar uno de los primeros levantamientos guerrilleros por el propio Fernando VII⁴¹⁴. Asimismo, debe

⁴¹² Rújula, P. *Contrarrevolución. Realismo y...* op. cit., pp. 72-79.

⁴¹³ *Ibidem*, pp. 80-84.

⁴¹⁴ Según el citado Gregorio Morales, el levantamiento realista contó desde sus inicios con la aprobación del propio Fernando VII (dato también recogido por otros autores como La Parra), el

mencionarse a Francisco Ramón Morales Herrero, hermano del anterior, y responsable de promover la guerrilla realista en Extremadura, a Feliciano Cuesta, quien llegó a luchar junto a sus hombres con Bessières en Aragón, y también a Santiago Sánchez de León, que tomó el Valle del Jerte y Plasencia para los realistas. Las principales zonas de acción guerrillera contrarrevolucionaria fueron el norte extremeño —especialmente sus serranías: Valle del Jerte, La Vera, Sierra de Gata, Traslasierra—, así como la tierra de Trujillo y la zona lindera con La Mancha. Recio Cuesta continúa su análisis llamando la atención sobre la existencia de llamativas similitudes entre estas guerrillas realistas extremeñas y las que actuaron en Extremadura durante la Primera Guerra Carlista, tanto en lo relativo a jefes de partida, sus componentes y tácticas guerrilleras como a las comarcas donde actuaron. Además, también añade que todos estos hombres eran veteranos de la guerra contra el francés de 1808⁴¹⁵.

Muy activo durante la Guerra de la Independencia, y verdadero azote antifrancés, fue el grupo liderado por el mencionado Feliciano Cuesta (futuro y muy destacado jefe guerrillero carlista), conocido como la partida de los hermanos Cuesta. Había alcanzado éste la graduación militar de Teniente Coronel, y componían el “núcleo duro” de la misma sus hermanos Félix, subteniente y segundo al mando, Fulgencio y Antonio⁴¹⁶. Llegó a contar con más de doscientos guerrilleros al finalizar el citado conflicto bélico, casi todos ellos comarcanos cacereños de la Sierra de las Corchuelas, su teatro de operaciones más habitual. Esta guerrilla desempeñará también un destacado papel durante la Primera Guerra Carlista, siendo una de las más activas en Extremadura y colaborando frecuentemente con las grandes partidas legitimistas manchegas⁴¹⁷.

Durante el Trienio Liberal, los hermanos Cuesta volverían a la lucha, en este caso como guerrilleros anticonstitucionales. En este marco, cabe destacar la audaz acción que ejecutaron en 1822, asaltando la casa de postas de “El Carrascal del Obispo”, situada en el camino real. Lograron apoderarse de la correspondencia oficial, así como del dinero y de las caballerías. A primeros de marzo de 1823, la partida de los hermanos Cuesta merodeaba por el distrito de Trujillo, cuando su alcalde avisó al de Plasencia para que entorpeciera su paso

cual fue informado de todos los pormenores por Santos Fernández Ovejero, cuñado de Gregorio Morales y cura párroco de Ojos Albos, además de lugarteniente suyo. Ver Calles Hernández, C. *La Milicia Nacional en Salamanca durante el Trienio Liberal (1820-1823)*. Tesis doctoral dirigida por Santiago Díez Cano y Ricardo Robledo Hernández, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2015, p. 223.

⁴¹⁵ Recio Cuesta, J.P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 44-48.

⁴¹⁶ Según sus respectivas hojas de servicios, Feliciano Cuesta había alcanzado el empleo de capitán, graduado de teniente coronel, que ostentaba al inicio de la Guerra Realista. Por su parte, su hermano Félix Cuesta tenía entonces la graduación de capitán. Ver expedientes personales de los capitanes Feliciano Cuesta y de su hermano Félix, AGMS, 1/ C-4071. Conviene recordar que ambos eran veteranos de la Guerra de la Independencia, en la que formaron y dirigieron la partida de los hermanos Cuesta, una de las más activas en Extremadura durante este conflicto bélico. Posteriormente, volverán a tener una actuación guerrillera importante en la Primera Guerra Carlista, tal como recuerda Juan Pedro Recio Cuesta: ver Recio Cuesta, J.P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp.119-120.

⁴¹⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primer Guerra...* op. cit., pp. 331-338.

por el Tajo. Feliciano Cuesta disponía entonces de unos treinta hombres mal armados. Las autoridades liberales sospechaban que, tras vencer a las exiguas fuerzas gubernamentales extremeñas, estacionadas en el puerto de Miravete, cruzase a la margen derecha del Tajo, para contactar así con las partidas realistas asentadas en las sierras del Valle. Temían, y con razón, que entre todas ellas compusiesen una tropa realista más que considerable, por lo que dieron aviso a Puente del Arzobispo para que movilizaran a las milicias provinciales destinadas allí, preparándose para su defensa. El 4 de marzo, el alcalde de Casatejada comunicaba al de Plasencia que Cuesta y su cuadrilla habían pasado ya el Tajo, entrando en Almaraz. Las autoridades placentinas ofician el 5 de marzo a algunas localidades del Valle para que, a primera hora del día siguiente, tuviesen preparados 15 milicianos en cada pueblo, bien armados y municionados, para que impidiesen el avance de los Hermanos Cuesta, constituidos ya en una verdadera amenaza para la provincia. No obstante, la partida siguió actuando largos años, de modo intermitente, pero prácticamente sin solución de continuidad, hasta la Primera Guerra Carlista⁴¹⁸.

La partida de Feliciano Cuesta se encontraba a mediados de agosto de 1822 en las inmediaciones de Trujillo, amparada en la complicidad y apoyo de una zona bien conocida para él. Contaba, además, con el auxilio del convento de Guadalupe (constituido en verdadero bastión del realismo exaltado, hasta el punto de que algunos de sus monjes se enrolaron en la guerrilla, siempre según Recio Cuesta)⁴¹⁹. Desde el citado cenobio se propuso avanzar hacia el norte, en dirección al puerto de Tornavacas, con el objetivo presumible de unirse con el ya citado Francisco Ramón Morales, coronel de caballería y, tal como se precisó anteriormente, hermano del también mencionado Gregorio Morales, quien habría instigado y autorizado a ambos para formar partidas y hacer la guerra a los constitucionales⁴²⁰.

Así, la efervescencia guerrillera extremeña (especialmente, en el norte de Cáceres, a partir de noviembre de ese año), acabó extendiéndose a otras zonas limítrofes, como, por ejemplo, la provincia de Salamanca, cuando, tras varios intentos por superar la línea del Tajo, ambos cabecillas —Feliciano Cuesta y Francisco Ramón Morales— lograron entrar en contacto. La siguiente información fiable que se acredita de Francisco Ramón Morales y su partida guerrillera es que, a finales de marzo de 1823, realizaba incursiones en la parte sudoriental de la provincia salmantina. Además, la que se ha considerado como única partida realista autóctona, surgida en esta provincia durante el Trienio Constitucional, se formó en este contexto: a consecuencia de la irrupción del mencionado Morales, Antonio Hernández («vulgo Prior», vecino de Cepeda, en la zona serrana), reclutó el 19 de marzo una partida armada, compuesta únicamente por siete vecinos del mismo pueblo. Su objetivo fue apoyar la intentona de Francisco Ramón Morales, aunque no tuviese éxito ni transcendencia alguna, pues con motivo de haberse reunido bastantes nacionales (milicianos) en su persecución, los vecinos de Cepeda se volvieron a

⁴¹⁸ Recio Cuesta, J.P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 46-48.

⁴¹⁹ *Ibidem*, p. 47.

⁴²⁰ Calles Hernández, C. *La Milicia Nacional...* op. cit., p. 233.

sus hogares, lo cual corroboraría la nula relevancia del realismo armado salmantino. Pero esta tentativa acabó mal, el 30 de ese mes en Berrocal de Corneja, con la desarticulación de la partida de Francisco Ramón Morales Herrero, resultando detenidos dicho jefe y su lugarteniente, Santiago Sánchez de León, junto con otros 17 guerrilleros; además, fue gravemente herido Tomás Chaparro (cura de Granadilla), capellán de la partida y otros seis facciosos fueron abatidos a tiros. Gran parte del armamento y pertrechos incautados (42 fusiles, 19 caballos, una caja de guerra, algunos sables y carabinas) pertenecían a la Milicia Nacional de El Barco de Ávila, requisados por los guerrilleros realistas unos días antes⁴²¹.

En cuanto a Vascongadas, Pío de Montoya Arizmendi (en su estudio sobre la intervención en la Guerra Realista del clero vasco, dentro del cual incluye al navarro)⁴²², afirma que en Álava surgió el primer foco guerrillero realista, concretamente en Labastida, donde el 28 de enero de 1821 se produjo el levantamiento del sacerdote y jefe de partida, Antonio Amurrio Sáenz de Cuesta. También destaca la actividad llevada a cabo por el subteniente del Resguardo montado de Salvatierra, José de Uranga, que en abril de 1821 se había constituido ya en jefe militar de la rebelión realista en la comarca salvaterrana. Añade, además, que los jefes de guerrilla de estos territorios no eran sólo militares o escribanos — como, por ejemplo, Trifón Ortiz de Pinedo, escribiente del citado Uranga —, sino que una parte importante de las partidas realistas las lideraban curas. Entre ellos, Montoya cita al guipuzcoano Francisco María de Gorostidi, al ya mencionado Amurrio, a Martín García (cura de Santa Cruz de Campezo, Álava) y al también citado Isidoro Salazar (cura de Armiñón, de la misma provincia que la localidad anterior)⁴²³.

Para Pío de Montoya, el clero vasco tuvo un importante papel en el desarrollo de las guerrillas contrarrevolucionarias, significándose especialmente en cuatro aspectos:

1. El reclutamiento de combatientes para las partidas.
2. La dirección operativa de varias de ellas.
3. La recaudación de material y fondos para su funcionamiento.
4. Organización y supervisión de la logística necesaria para las operaciones guerrilleras, especialmente de la infraestructura del servicio de información y comunicaciones)⁴²⁴.

⁴²¹ *Ibidem*, pp. 244-246.

⁴²² Montoya Arizmendi, P. *La intervención del clero vasco en las contiendas civiles. 1820-1823*. San Sebastián: Txertoa, 1971. Es importante reseñar que Montoya incluye dentro del clero vasco a los clérigos navarros, sesgo político-ideológico que demuestra claramente la inclinación y el voluntarismo “presentista” del autor, completamente opuesta a lo que indica la Historia de España científica y libre de interpretaciones sui generis. Ciertamente, al menos, distingue en las cifras de su estudio entre Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y la Comunidad Foral de Navarra, pues de lo contrario, su estudio quedaría completamente invalidado como fuente para un trabajo de historia militar riguroso, como pretende serlo éste.

⁴²³ *Ibidem*, pp. 73, 94-95 y 97.

⁴²⁴ *Ibidem*, p. 129.

Posiblemente, el caso más destacado de sacerdote y comandante de partida guerrillera realista vasca se dio en Guipúzcoa. Fue el de Francisco María de Gorostidi, conocido con los apodos de «el Cardenal Coronel» y «el Presbítero Coronel», iniciador además del levantamiento anticonstitucionalista guipuzcoano. Veterano de la Guerra de la Independencia, en la que se incorporó como soldado voluntario al primer Batallón de Guipúzcoa en 1810, también participaría activamente como destacado jefe de partida durante la Primera Guerra Carlista. Empezó a actuar a principios de 1821, aduciendo como razones para ello la defensa de la religión católica, amenazada de destrucción próxima por la revolución liberal; conseguir la plena libertad efectiva del Rey y conservar los fueros y privilegios de la provincia de Guipúzcoa⁴²⁵.

En cuanto a su actividad guerrillera, cabe señalar que ya en la campaña de 1821 (concretamente, el 20 de junio), Gorostidi logró levantar una partida de 18 guerrilleros, con la que actuó por las zonas de Urrestrilla, montes de Murumendi y Descarga. Atacó correos gubernamentales y sostuvo diversos combates con el enemigo, como el choque con la potente columna liberal al mando del capitán Llorente de Valencey, al que, a finales de ese mes, obligó a retirarse de Azpeitia, haciéndose con el control de la villa. Posteriormente, inició una serie de marchas y contramarchas, perseguido por una fuerza gubernamental muy numerosa, al mando del coronel Jáuregui, que le obligo a huir por los altos de Pikoeta hacia Olazagoitia e Iturmendi en la Burunda. Aquí consiguieron reunirse con los contingentes realistas de la División Real de Navarra al mando del general Quesada —empujado a esta zona por el coronel liberal López Baños, que le perseguía con fuerzas muy superiores, obligándole a guarecerse en esta zona—. Gorostidi y sus hombres se unieron a las tropas navarras comandadas por Quesada y marchan a Urbasa y a las inmediaciones de Estella. El 17 de julio de 1822, consiguió entrar en Oñate, comandando ya una guerrilla de 230 combatientes⁴²⁶.

A lo largo del resto de la campaña de 1822, Gorostidi continuó incorporando combatientes a su guerrilla, que para finales de ese año totalizaba unos 400 integrantes, que acabarán constituyendo el denominado Primer Batallón de Infantería de Guipúzcoa, tal como consta en su expediente

⁴²⁵ Montoya Arizmendi, P. *La intervención del...* op. cit., p. 129.

⁴²⁶ Lamentablemente, el expediente personal del coronel Francisco María de Gorostidi Irazusta, que obra en el AGMS con su historial, carece de su hoja de servicios, por lo que sus campañas y acciones de guerra se han tenido que extraer de: *Ibidem*, pp. 130-131, y, sobre todo, de una obra fundamental para conocer esta guerra en Vascongadas: Arrillaga, J.; Autiz, M.; Alzuru, A. *Relación histórica de las operaciones militares del Cuerpo de Guipuzcoanos Realistas acaudillados por el presbítero coronel Francisco María de Gorostidi desde su formación en defensa de su religión y de su rey hasta la suspirada libertad de S. M. y de su familia*. San Sebastián: Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1824, pp. 8-58. Este memorial fue elaborado por una comisión de oficiales del primer Batallón Realista de Guipúzcoa, encabezada por los autores que se citan en el mismo. Se confeccionó con todos los detalles e información propios de un diario de operaciones militar, recogiendo en este interesantísimo relato, casi día a día, desde los primeros instantes de aquel pronunciamiento hasta el final de la campaña realista en las Vascongadas, con gran atención a los aspectos militares.

personal⁴²⁷. Son de destacar en el mencionado periodo las siguientes acciones de guerra de los hombres comandados por Gorostidi: ataque a Durango (Vizcaya), 29-07-1822, que ocupan durante varias horas; ataque y toma de Dicastillo (Navarra), 15-09-1822; ataque y puesta en fuga de la guarnición de Estella (Navarra) el 15-09-1822; ataque y toma de Salinas (Guipúzcoa), 07-11-1822, apresando a sus 60 defensores —pertenecientes a la Milicia provincial de Salamanca—. La operación más destacada, sin duda, fue el duro combate sostenido en Aibar (Navarra) el 24-09-1822, en colaboración con un contingente de la División navarra de 1.600 soldados de infantería y caballería, a las órdenes de Arredondo, contra una unidad gubernamental de 3.000 hombres al mando del general Espinosa. Es necesario precisar que varias de estas acciones las llevó a cabo en agrupación operativa de fuerzas con la partida de realistas vizcaínos, comandada por el brigadier Fernando Zavala, y con una partida de alaveses dirigida por el coronel Uranga, acciones conjuntas muy frecuentes por parte de los realistas vascos a lo largo de la Guerra Realista, cooperación que, tal como se ha relatado, se hizo también extensiva a las tropas divisionarias navarras⁴²⁸.

Una característica táctica diferencial del Batallón de Voluntarios Realista de Guipúzcoa, comandado por Gorostidi, era su extrema movilidad. La hacían posible sus continuas marchas y contramarchas, con recorridos de hasta 12-14 leguas diarias (aproximadamente, 60/70 kilómetros), especialmente realizadas de noche. El perfecto conocimiento de la topografía vascongada, e incluso de algunas regiones limítrofes, posibilitó, junto a la citada gran movilidad, que la unidad guerrillera de Gorostidi incursionase por zonas alejadas de su base guipuzcoana. Así, «el Cardenal Coronel», que a inicios de 1823 contaba ya con unos 500 combatientes, recorrió el siguiente itinerario en los ataques que lideró, entre finales de 1822 e inicios de 1823: Santo Domingo de la Calzada y Haro (Rioja); Burgo de Osma (Soria); recorrido por diversos puntos de la geografía navarra, por ejemplo, Irati, base de la División Realista Navarra —donde acudió a rearmarse y aprovisionarse—, Zaldívar, Salinas y sierra de Aralar; Villasana de Mena, Villarcayo y Miranda de Ebro (Burgos); Villareal de Álava o también el ataque a una columna liberal en Orduña (Vizcaya)⁴²⁹.

En cuanto a las partidas realistas en Álava, el periodista Javier Sánchez Erauskin, en un artículo sobre el Trienio Liberal en tierras alavesas, recalca también la activa participación del clero vasco en las mismas: el clima general en la provincia se fue deteriorando progresivamente ante los crecientes levantamientos y escaramuzas realistas. De hecho, Erauskin apunta que la insurrección anticonstitucional que se produjo en Ariñez —apenas dos o tres meses después del triunfo de Riego en enero de 1820— puede considerarse como la primera que se produjo en toda la España del periodo. Afirma, también, que en todas ellas consta una asidua y más que sospechosa intervención del clero alavés, tanto regular como secular, especialmente, el procedente de Vitoria y de las aldeas de la Llanada y de la Rioja Alavesa. La provincia de Álava será

⁴²⁷ AGMS, expediente personal del coronel de infantería Francisco María de Gorostidi: AGMS, 1/ G-3779.

⁴²⁸ Arrillaga, J.; Autiz, M.; Alzuru, A. *Relación histórica de...* op. cit., pp.10-48.

⁴²⁹ *Ibidem*, pp. 49-58.

escenario de sucesivas sublevaciones contra el régimen constitucional, protagonizadas por partidas guerrilleras en las que se da una decisiva participación de curas y frailes. Erauskin cita a la formada en Labastida, enero de 1821, como la primera partida realista del Trienio Liberal. El alma del levantamiento era el cura-párroco de esta villa riojano-alavesa, Antonio Amurrio y Sáenz de la Cuesta. Cuatro meses después de la sublevación de Labastida, el foco insurreccional realista alavés se había desplazado a Salvatierra, de cuya partida era jefe militar José Uranga, a la sazón subteniente y comandante de la fuerza armada (tal como ya se citó anteriormente y figura en su expediente personal, y no con la graduación de cabo, según señala erróneamente Erauskin en su artículo)⁴³⁰. La guerrilla liderada por Uranga en Salvatierra de Álava estaría ya plenamente operativa en abril de 1821. En ella, siempre según este autor, figuraban implicados un número considerable de eclesiásticos, además del cura de las localidades alavesas de Galarreta y Zaldundo, Pedro Ruiz de Alegría, que sería ajusticiado posteriormente en Vitoria⁴³¹.

Por otro lado, en La Mancha se formaron varias partidas guerrilleras realistas, financiadas y organizadas por el Infante D. Carlos desde Portugal, Francia y Seo de Urgell, entre marzo de 1821 y febrero de 1823, y que contaron con el apoyo de muchos miembros del ejército, sobre todo, en las provincias de Ciudad Real, Toledo y Albacete. Este fenómeno responde a la lucha generalizada que se estaba dando en España, al igual que en el resto de Europa, entre liberalismo y absolutismo, revolución/contrarrevolución, y que volverá a manifestarse en 1833-1840 —Primera Guerra Carlista—. Además, muchos de los más destacados jefes e integrantes de las guerrillas manchegas serán los mismos en la Guerra Realista y en el citado conflicto bélico carlista. Sirvan de ejemplos los casos del coronel Manuel Adame de la Pedrada (a) «El Locho» y del alférez Juan Vicente Rugeros alias «Palillos», ambos participantes en los mencionados conflictos. Es posible observar que desde entonces quedaría ya prefigurado el mapa guerrillero antiliberal (que luego será carlista). Entre los principales mandos militares y cabecillas de guerrillas manchegas en la Guerra Realista cabe resaltar al brigadier Isidoro Mir (que apoyará la causa carlista en 1835 en calidad de comandante general en las provincias de Ciudad Real y Toledo); al ya mencionado Manuel Adame, nacido en Ciudad Real, y que había combatido contra los franceses en la partida de Ventura Jiménez (a) «el Héroe del Tajo» y de Alejandro Fernández hasta que se firmó la paz. Es de subrayar que todos ellos eran veteranos mandos guerrilleros de la Guerra de la Independencia⁴³².

También en Andalucía, como se anticipó al inicio de este epígrafe, se produjo cierta actividad guerrillera realista. En este sentido debe mencionarse la partida levantada por el oficial del ejército Pedro Zaldívar en septiembre de 1821, en los términos sevillanos de Morón, Utrera, El Coronil y Montellano. Realizó

⁴³⁰ Expediente personal del brigadier de infantería José de Uranga, AGMS, 1/ U-211.

⁴³¹ Sánchez Erauskin, J. "Un sermón anticonstitucional de Fray Demonio en la Vitoria de los Cien Mil Hijos de San Luis (4-5-1823)". En *Sancho el Sabio: Revista de cultura e investigación vasca*, núm. 2, 1992, pp. 269-296.

⁴³² Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 36-37.

incursiones por las inmediaciones de Dos Hermanas y Alcalá de Guadaíra, pero fueron finalmente batidos en la Dehesa de los Pilares (El Coronil), quedando presos y posteriormente ejecutados sobre el terreno cinco miembros de su partida: Antonio González, Francisco Galloso, José María Montenegro, Joaquín González (a) «el Portugués» y Agustín Suarez. El otro miembro apresado, José Cordero, se salvó de la ejecución gracias a ser menor de edad. Otras fuentes sitúan a Zaldívar en Porzuna (Ciudad real), donde habría sido detenido por el capitán Froilán Manjón, el cual le dio muerte. No obstante, está probado que Francisco Gómez (a) «Pantisco», integrante de la partida de Zaldívar, consiguió escapar de la detención colectiva en tierras sevillanas antes mencionada. Natural de Estepa, «Pantisco» habría cometido toda clase de robos y atentados en Andalucía, lo que le valió para ingresar en la partida de Zaldívar. Tras la muerte de éste, continuó sus acciones por todo el territorio andaluz. En 1823 hizo una incursión por Extremadura, derribando en todos los pueblos por los que pasaba la lápida constitucional y proclamando el absolutismo fernandino⁴³³.

6.4.1 “La Merinada” o campaña realista del cura Merino (1821-1822)

A continuación, se analizarán brevemente los aspectos más esenciales de la campaña guerrillera emprendida por Jerónimo Merino Cob durante la Guerra Realista, denominada por las fuentes especializadas como «la Merinada»⁴³⁴. José Antonio Gallego cree que éste ya había emprendido la lucha a finales de 1820, en una primera intentona que resultó fallida. Merino reanudó las operaciones el 1 de abril de 1821, cuando recorrió la provincia de Burgos al frente de 300 guerrilleros. Pese a ello, no debieron resultar nada fáciles los comienzos de estas primeras operaciones, pues la principal actividad que estos insurgentes realizaban por entonces se reducía a interceptar los correos entre Burgos y Madrid⁴³⁵.

No obstante, tal como asegura Melchor Ferrer, el levantamiento anticonstitucional preocupaba seriamente al gobierno liberal. Máxime si el nombre de Merino figuraba entre los jefes implicados, lo que era garantía suficiente de que comenzaba a fraguarse una insurrección general. Su mera presencia y liderazgo carismático indicaban que el alzamiento realista podía adquirir proporciones alarmantes: el cura de Villoviado, brigadier de caballería desde agosto de 1812, tenía más que acreditada su capacidad de mando

⁴³³ Somé Laserna, C. *La Sevilla Carlista*...op. cit., pp. 44-45.

⁴³⁴ Esta campaña de la actividad guerrillera de Merino ha sido estudiada por José Antonio Gallego García en un exhaustivo trabajo en dos tomos (sin duda, la principal obra existente sobre Jerónimo Merino Cob en campaña, cubriendo el amplio periodo 1808-1840). Concretamente para “la Merinada”, ver la referenciada obra de Gallego García, J.A. *El cura Merino*...op. cit., tomo I, pp. 301-352. También aparece relatada en el trabajo de otro de sus biógrafos, Codón Fernández, J.M. *Biografía y crónica*...op. cit., pp. 83-116. Asimismo, se puede consultar una amplia descripción de la campaña realista de Merino (bastante utilizada tanto por Gallego como por Codón para elaborar sus biografías del caudillo guerrillero), en la imprescindible obra de Chao, E.; Chamorro Baquerizo, P.; Gómez-Colón de Larreátegui, J.M. *Galería Militar Contemporánea*...op. cit., tomo I, pp. 169-180.

⁴³⁵ Gallego García, J.A. *El cura Merino*...op. cit., tomo I, pp. 301-308.

operativo sobre contingentes guerrilleros muy numerosos, por lo que distaba mucho de ser un simple cabecilla cualquiera⁴³⁶.

Todo lo afirmado supra quedó ratificado cuando, según Ferrer, «el heroico Merino» inició por entonces una serie de incursiones en tierras burgalesas, en las que se produjeron diversas derrotas (seguidas de algunas rendiciones) de tropas constitucionalistas, capturando más de cien prisioneros. Además de suponer un salto cualitativo, estos éxitos del veterano caudillo propiciarán la aparición de nuevos jefes guerrilleros realistas, como Cuevillas o «El Rojo de Valderas», que combatieron en muchas ocasiones a su lado⁴³⁷.

A la vista de lo anterior, las autoridades gubernamentales se vieron forzadas a guarnecer con puestos militares los pueblos burgaleses más importantes del río Arlanza, como Salas, Barbadillo, Puenteadura y Lerma, destacando otras fuerzas a Silos y Quintanar, lugares estratégicos de la Sierra. Así, quedaba de manifiesto la importancia del cura Merino, convertido en el enemigo por antonomasia del nuevo régimen en Castilla. Por su parte, el jefe del realismo castellano, al igual que hizo en la Guerra de la Independencia, golpeaba y escapaba perseguido por columnas muy superiores a la suya, de las que sin embargo finalmente conseguía escabullirse y desaparecía. Luego, donde menos se les esperaba, reaparecían por sorpresa para golpear de nuevo.

De este modo, se sucedían las acciones de Merino: el 27 de mayo al frente de 100 hombres a pie y unos 60 montados, todos bastante bien armados, atacaba con fortuna a un destacamento de infantería del Cuerpo de Voluntarios de Cataluña, refugiado en la casa rectoral de Cebrecos (donde capturaban a ocho soldados y a un teniente de la mencionada unidad, rendidos al agotarse sus municiones). Otra tentativa del mismo género fracasó en Torduelles, estrellándose los esfuerzos de los guerrilleros realistas ante la resistencia de un capitán y veinte soldados del regimiento de Sevilla. El 4 de junio entraba el cura de Villoviado a la cabeza de noventa caballos en la villa de Roa, desarmando a la caballería de la milicia nacional y llevándose nueve monturas; al anochecer partía para Valdezate y al día siguiente subía por el páramo de Corcos, tomando dirección a Sepúlveda. Poco después, llegaba a Roa «el Empecinado» al frente de la caballería de Calatrava, alcanzando a la partida del cura Merino en las proximidades de la villa sepulvedana: tras una lucha cuerpo a cuerpo —en la que los mencionados jefes de ambos bandos llegaron a intercambiar disparos—, de nuevo fracasaron los planes del Empecinado para apoderarse de su principal objetivo. Efectivamente, Merino y sus hombres lograron burlarle una vez más, desapareciendo como sombras ante la impotencia de las fuerzas constitucionales, que tuvieron que cesar en su persecución al alcanzar los guerrilleros las profundidades de la sierra burgalesa⁴³⁸.

⁴³⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, p. 36. Sobre el empleo militar del cura de Villoviado, se puede consultar el expediente personal digitalizado del brigadier de caballería Jerónimo Merino Cob, AGMS, 1/M-2977, Exp. 0.

⁴³⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, pp. 36-38 y 44-46.

⁴³⁸ Para las operaciones de Merino durante 1821 descritas en este párrafo y el anterior, ver Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo I, pp. 315-321.

Desde comienzos de junio hasta mediados de octubre de 1821, no se volvería a saber nada de los combatientes dirigidos por el cura guerrillero. Tras el último y ya narrado encuentro ocurrido en Sepúlveda, su partida debió quedar muy mermada, necesitando reorganizarse. Así, Merino ordenó que se ocultasen en los tupidos bosques que unen las provincias de Burgos y Soria (la comarca de Pinares, bastión y guarida principal del clérigo soperero). Este prolongado alejamiento de la lucha, impuesto por el agotamiento de recursos guerreros y la necesidad de rehacerlos e incluso aumentarlos en los refugios de la serranía, provocó que los medios afines al gobierno liberal difundiesen el infundio de la inactividad o desaparición de Merino durante todo el verano de 1821. Según Comellas, el ejército constitucionalista, más que derrotar, lo que conseguía era dispersar a las partidas realistas, dispersión utilizada por los guerrilleros como maniobra militar habitual, apareciendo o desapareciendo según la conveniencia y los resultados de las acciones emprendidas. De ahí el motivo principal del momentáneo y aparente ocultamiento del cura guerrillero. De hecho, Jerónimo Merino salió al campo cuatro veces y otras tantas licenció a su gente cuando la suerte les fue adversa⁴³⁹.

Por otro lado, Gallego tampoco descarta la posibilidad de que estas desapariciones temporales del veterano líder guerrillero (no se olvide que contaba ya con 52 ajetreados años, estado que bien puede considerarse valetudinario, sobre todo en aquellos tiempos), pudieran deberse a haber estado herido o enfermo, necesitando por tanto reponerse y descansar, o también a que se hubiese marchado a recibir instrucciones a la frontera de la Junta que se organizaba en Francia, alternativa poco probable. Pero de lo que no cabe ninguna duda, según este historiador, es de que Merino se mantuvo en contacto con otros cabecillas realistas, no sólo de la parte norte de Castilla sino también de Santander, Vascongadas, la Rioja o Navarra⁴⁴⁰.

Sea como fuere, parece ser que el jefe indiscutido de los realistas castellanos no reemprendió las acciones guerrilleras hasta bien iniciado el invierno de 1822, lo que implicó un cierto eclipse de su figura, pues de momento permanecía agazapado en la sierra. Debe tenerse en cuenta que las mismas dificultades sufridas por Merino, afectaron también a los movimientos y operaciones de muchos de sus lugartenientes y auxiliares: Gallego menciona a cabecillas menos conocidos, con apodosos chocantes como «el Caraza», «el Pajillas», «el Ballenero» y «el Tabernero de Gamonal», que mantenían entonces a duras penas la llama de la rebelión en los campos de Lara y los montes de Ura. Por lo tanto, tuvieron que ceñirse todos ellos a las consignas básicas de supervivencia: evitar enfrentamientos directos contra las columnas constitucionalistas, ser extremadamente prudentes para evitar ser sorprendidos

⁴³⁹ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 58-59.

⁴⁴⁰ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo I, p. 324. Coincide en esta cuestión de los contactos con otros jefes realistas con la tesis sostenida al respecto por La Parra López, E. *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*. Madrid: Síntesis, 2007, p. 103.

por culpa de las delaciones y, sobre todo, ocultarse a la más mínima sospecha de poder ser detectados⁴⁴¹.

Volviendo al cura Merino, su regreso al combate no se produjo hasta la primavera de 1822, aprovechando el nuevo intento de sublevación general realista —como se deduce por el recrudecimiento de las acciones de las partidas catalanas, apoyadas por las tropas de la División Real de Navarra—, culminado con la ya mencionada constitución de la Regencia de Urgel. A partir de ese momento, las acciones y encuentros del jefe realista castellano con las tropas del gobierno menudearon por toda la cuenca del Arlanza, no exentos de reveses o incluso algún descalabro: de hecho, perseguidos y acosados en numerosas ocasiones, ya a mediados de septiembre, Merino se dirigió al norte con parte de sus hombres (seguramente con un trozo importante de su caballería), después de haber sostenido algunos combates en la parte septentrional de la provincia de Burgos. Alcanzada Vizcaya, mantuvo sendos choques en las cercanías de Aránzazu y luego, de regreso a Castilla, en el valle alavés de Cuartango. A finales del verano, el clérigo sopero y sus hombres regresarían a las comarcas escenario habitual de sus correrías⁴⁴².

En octubre de 1822, Merino ya reunía al grueso de sus fuerzas, considerablemente aumentadas debido a su labor reclutadora a lo largo de los meses anteriores. Así, el 31 de ese mes y cuando se encontraba el contingente realista acampado a las puertas de Roa, fue sorprendido por unos 300 caballos de Lusitania que desbarataron por completo a sus enemigos, capturando buen número de prisioneros. Gallego resalta que tan fácil victoria de las tropas constitucionalistas se habría debido a que la gran mayoría de los hombres a los que se enfrentaron eran voluntarios recién reclutados, sin instrucción alguna y además casi desarmados. Sin embargo, esta derrota no desanimó al cura de Villoviado que continuó reclutando mozos y requisando armas y caballos en lugares como el pueblo burgalés de La Vid y Barrios o en tierras de Osma (Álava). Así se lo reconocía su bando, pues por aquellas fechas, concretamente el 29 de noviembre de 1822, la Regencia de Urgel le ascendía a mariscal de campo; de paso, se demostraba la clara intención de los regentes de que todas las fuerzas realistas sublevadas dependiesen de ellos, estableciendo una jefatura única. Incluso los reveses sufridos agrandaban todavía más la figura del flamante mariscal de campo, pues era evidente que pese a todo era capaz de resurgir y presentarse de improviso con nuevas fuerzas de fresco y sorprender a sus enemigos. También hubo algún revés, como sucedió el 18 de noviembre en Araúzo de la Miel (Burgos), que habría obligado al caudillo realista a refugiarse en Vizcaya. Pero seguidamente, y demostrando esa capacidad de recuperación rápida, así como los mencionados contactos con otros jefes

⁴⁴¹ El conocido como «Caraza» no era otro que Gabriel del Moral y Caraza, natural de Tornadijo (Burgos), que mandó su propia partida para unirse luego a las fuerzas de Merino. También se conoce a otro cabecilla llamado Nicasio Reoyo (a) «el Ballenero». Para más detalles, ver Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo I, pp. 327-328.

⁴⁴² Gallego afirma que estas marchas son las que permiten elucubrar sobre los posibles contactos del cura de Villoviado con otros cabecillas realistas de regiones limítrofes. Además, no se olvide que con esos desplazamientos también conseguía despistar a sus implacables perseguidores liberales. Ver *Ibidem*, tomo I, p. 332.

realistas, Merino, junto con el brigadier Fernando Zabala —como se sabe, jefe del realismo de Vizcaya—, con una fuerza de 100 caballos y 500 infantes, la gran mayoría guipuzcoanos y vizcaínos, tomaron la burgalesa Villarcayo el 24 de noviembre de 1822. Además, el cura de Villoviado regresaría desde su momentáneo refugio en Orduña con un importante refuerzo proporcionado por Zabala de 200 caballos y 400 infantes⁴⁴³.

En cualquier caso, el balance general de la campaña durante aquellos últimos meses de 1822 puede considerarse favorable para Merino y sus hombres: habían realizado una incursión relativamente exitosa en el mes de septiembre llegando a Vizcaya, donde tuvo contactos con el mencionado Zabala. Posteriormente, encabezaron ambos una incursión durante la cual entraron en Villarcayo (Burgos), para luego acompañado de «Cuevillas» y «el Cojo» invadir Reinosa. Por lo tanto, a pesar de reveses como los ya mencionados de Araúzo y de Roa, la marcha de las operaciones realistas era satisfactoria y en progreso constante. A pesar de la escasez de triunfos, Merino había podido reunir un importante número de combatientes en poco tiempo y también mostró su capacidad de recuperarse, sin amilanarse por los tropiezos sufridos⁴⁴⁴.

A comienzos de 1823, el mariscal de campo realista seguía demostrando su habitual y periódica táctica de actuación en grupos disgregados, conformados por trozos aislados de caballería o pequeñas gavillas dirigidas por algunos de sus lugartenientes de absoluta confianza, tales como Eugenio y Gervasio Barbadillo, Saturio Abad, «Periquillo» y «el Rojo de Valderas». Evidentemente, es imposible entrar en detalle sobre todos los combates, escaramuzas y simples encuentros sostenidos por Merino por entonces en un trabajo como éste. Gallego da por hecho que el cura de Villoviado se encontraba a principios de marzo en las comarcas más septentrionales de la provincia de Palencia, peleando con fuerzas enemigas en Aguilar de Campoo los días 19 y 20 de ese mes. El 7 de abril estaba cerca de Aranda al frente de unos 1.500 hombres (que el aludido historiador considera el total de sus fuerzas por entonces). Desde allí, se habría dirigido hacia Palenzuela en el valle palentino del Cerrato, donde se interpuso entre las columnas liberales mandadas por Santillán y «el Empecinado», respectivamente, rechazando a una de ellas, con lo que pudo evitar su reunión y el peligro de que se uniesen para atacarle⁴⁴⁵.

Para Comellas, a partir de este momento la guerra entraba en una fase muy diferente: hasta entonces había sido oscura y sangrienta, además de prácticamente ignorada por la gran mayoría de la historiografía dominante, empeñada en reducir aquella lucha a una intervención extranjera (distorsionando así la magnitud y extensión de los combates habidos hasta entonces). Aunque es evidente que las fuerzas realistas se habían llevado habitualmente la peor parte en la marcha de la guerra, con pocas posibilidades de éxito, eso pone aún mucho más de relieve el indudable mérito de su tenaz y desesperada resistencia.

⁴⁴³ *Ibidem*, tomo I, pp. 333-337 y 338-340.

⁴⁴⁴ Para más detalles de las acciones emprendidas por el mariscal de campo Merino durante 1822, ver *Ibidem*, tomo I, pp. 339-342.

⁴⁴⁵ *Ibidem*, tomo I, pp. 346-352.

Además, desmentía rotundamente que aquella parte anterior de la contienda no hubiese existido⁴⁴⁶.

6.5 Última fase de la guerra antes de la intervención francesa

En la misma línea de lo afirmado supra, Comellas se muestra bastante escéptico con la mencionada posición historiográfica dominante, que sostiene que la invasión de España por los “Cien Mil Hijos de San Luis” fue un recurso obligado ante el supuesto fracaso militar que habría cosechado la contrarrevolución realista. De hecho, apunta este autor que el desarrollo de los acontecimientos bélicos en el trimestre anterior a la entrada del contingente galo en territorio español (7 abril de 1823) hace difícilmente sostenible esta tesis⁴⁴⁷. Y es que, a finales de 1822 y comienzos de 1823, la guerra civil realista había alcanzado su grado máximo de dureza, crueldad y recrudescimiento (bien es cierto que, tras un cierto periodo de laxitud y de cierta desorganización, que sin embargo nunca llegó a interrumpir en parte alguna de España la continuidad de las operaciones bélicas de las partidas antiliberales). Comellas coincide en este punto con Gamba, que denomina a esta fase el inicio de la guerra sin cuartel⁴⁴⁸.

La brutal estrategia de tierra quemada desarrollada por Espoz y Mina para la toma de la Seo de Urgel, controlando Cataluña a sangre y fuego, no consiguió, empero, paralizar a la población rural catalana (cuyos habitantes tocaban a somatén y se armaban al menor indicio de la presencia de tropas liberales), ni mucho menos la actividad de las tenaces partidas guerrilleras del Principado. De hecho, en febrero de 1823, la situación pareció tornarse de nuevo grave para el gobierno liberal: Mina registra en sus “Memorias” la multiplicación de las acciones protagonizadas por jefes guerrilleros veteranos, como Tomas Costa (a) «Misas», Mosén Antón Coll, Queralt o Pablo Miralles, acosando a sus subordinados Rotten y Milans. Por lo tanto, recalca Comellas, parece ser que la victoria alcanzada por Mina apenas dos meses antes no había dejado resuelta la situación definitivamente, ni mucho menos⁴⁴⁹.

Ante este panorama, Mina se vio obligado a reanudar una nueva campaña combinada, similar a la que le había procurado el triunfo frente a las fuerzas de la Regencia. También fueron parecidos los resultados: las partidas realistas fueron desplazadas hacia la provincia de Gerona, y posteriormente arrinconadas en la frontera francesa, donde buscaron refugio. Comellas advierte que se trató de una retirada ordenada, rehuendo claramente el choque frente a fuerzas regulares superiores y realizada de un modo ordenado. Esta precisión de Comellas puede relacionarse con el hecho de que, por aquellos mismos días, la División Real de Navarra fue requerida para acantonarse en la frontera, y así coordinar con las fuerzas francesas de invasión la acción definitiva.

⁴⁴⁶ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 178.

⁴⁴⁷ *Ibidem*, p. 178.

⁴⁴⁸ A este respecto, ver Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., p. 102 y Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 178.

⁴⁴⁹ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 178.

Simultáneamente, el barón de Eroles, de acuerdo también con las autoridades francesas, reclamaba la presencia de sus antiguos guerrilleros catalanes en la frontera francesa y así poder armarlos y uniformarlos⁴⁵⁰.

En cuanto a la situación en Navarra, el comandante en jefe realista, Santos Ladrón de Cegama, controlaba la mayor parte de la región desde comienzos de 1823. Los esfuerzos del general Torrijos que dirigía entonces las tropas liberales en sustitución de Espinosa, no lograron más que algún éxito esporádico (por ejemplo, la expedición al fuerte de Irati, considerado como el reducto de los realistas en Navarra y que fue tomado por sus enemigos el 12 de febrero de ese año). En aquel mismo momento, Santos Ladrón de Cegama entraba triunfalmente en Huesca, que le recibía en loor de multitudes⁴⁵¹.

Durante esta operación quedó en las montañas de Salazar y Roncal Zumalacárregui al frente del 2º Batallón divisionario, con la misión de defender en lo posible los pueblos de estos valles de posibles incursiones liberales, y proteger el hospital militar realista de Garde. Pero no se conformó con defender el acceso a Roncal, sino que decidió tomar la iniciativa, sabedor de la cercanía de fuerzas enemigas. Se trataba de la columna liberal de Salcedo, apostada en la vecina Jaurrieta (comarca de Salazar), con la doble misión de proteger el transporte de munición de artillería desde la fábrica de Orbaiceta y, también, la de saquear los pueblos salacencos con las denominadas “contribuciones de guerra y multas” a los acusados de realistas por los gubernamentales. En consecuencia, Zumalacárregui atacó a los constitucionalistas, les hizo retroceder con cuantiosas bajas y luego se replegó. El enemigo trató de cortarle la retirada, pero fue burlado por la habilidad táctica del ormaiztegiarra, que se retiró con todo su batallón incólume. Esta será una de las señas de identidad de su estrategia como futuro general en jefe de las tropas carlistas del Norte en la Primera Guerra legitimista, según Bullón de Mendoza: presentaba batalla sólo cuándo y dónde le convenía hacerlo, estableciendo su superioridad sobre el enemigo a través de la capacidad de atacarle en el momento más inesperado, esfumándose súbitamente después, tras haber causado el mayor número posible de bajas al enemigo⁴⁵².

Gambra también destaca en esta misma operación al por entonces capitán andaluz Miguel Gómez y Damas, que luego destacaría como general carlista en la misma contienda mencionada supra, con su famosa expedición militar desde Navarra hasta Algeciras y regreso⁴⁵³.

⁴⁵⁰ Obsérvese que estas precisiones de Comellas sobre la concentración simultánea de la División Real de Navarra y las partidas guerrilleras catalanas, posicionándolas cerca de la frontera francesa, pueden considerarse los preparativos conducentes a la formación de lo que se denominará por fuentes especializadas en esta guerra como Ejército de la Fe. Ver *Ibidem*, p. 179 y nota 41 a pie de la misma.

⁴⁵¹ *Ibidem*, pp. 179-180; y Gambra Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 104-105.

⁴⁵² Gambra Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., p. 105 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. “La guerra en el norte (1833-1835)”. En *Desperta Ferro Historia Moderna*, n.º 18, agosto-septiembre 2015, p. 30.

⁴⁵³ Gambra Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., p. 105.

Volviendo a la evolución general de las actividades bélicas, Comellas sostiene que tan favorable llegó a ser el curso de la guerra en territorio navarro que, a finales de febrero de 1823, el caudillo realista, Santos Ladrón de Cegama, creyó posible iniciar el bloqueo de Pamplona. Sin embargo, apenas comenzada la operación, recibió la orden del general Carlos O'Donnell (que, aunque exiliado en Francia, continuaba siendo nominalmente comandante en jefe del ejército realista navarro), de retirarse a la frontera francesa para recibir armas, municiones y vestuario. Se trataba, como en los casos de las partidas catalanas y de la propia División navarra —mencionados en la nota 563 de la p. 183— de preparar y regularizar a los efectivos armados realistas, de forma que pudiesen servir de apoyo efectivo al ejército francés, ya por entonces con los preparativos muy avanzados para atravesar los Pirineos⁴⁵⁴.

La ausencia de la División se prolongó unos veinte días, entre finales de febrero y la tercera semana de marzo de ese año, vacío que fue aprovechado por las columnas volantes liberales: recuperaron el terreno perdido, ocuparon todas las poblaciones importantes y se dedicaron al saqueo y las represalias. Ante la gravedad de la situación, los voluntarios realistas navarros regresaron a marchas forzadas y cayeron sobre una fuerza liberal en Urdániz, y pocos días después (24 de marzo), prácticamente a las puertas de Pamplona, destrozaron a la división de «Chapalangarra» —causándole cuatrocientos muertos y más de setecientos prisioneros, entre ellos el segundo jefe liberal, el coronel Sanz—. Tras este duro revés, las tropas liberales tuvieron que refugiarse a toda prisa en la capital navarra (de la que ya no volverán a salir hasta su rendición definitiva ante las tropas de Angulema), de forma que la División Real puso estrecho cerco a la plaza fuerte de Pamplona. Ya se podía afirmar que Navarra era realista⁴⁵⁵.

La lucha guerrillera de las partidas realistas se había reactivado desde comienzos de 1823, tras una serie de golpes favorables. Cabe destacar la acción de las guerrillas comandadas por «el Trapense» y Jorge Bessières, que operaban en el alto Aragón. En una rapidísima y audaz incursión, alcanzaron Zaragoza, e intimaron a la rendición a sus autoridades constitucionales. Sin embargo, por esos mismos días habían llegado a esta zona los refuerzos que el gobierno central enviaba a Mina, que preparaba en Cataluña el asalto definitivo contra la Regencia. Así, pudieron estas fuerzas liberales hostigar a la columna realista, evitando su irrupción en la capital aragonesa⁴⁵⁶.

Merece destacarse especialmente —por revelar la extraordinaria movilidad y capacidad de maniobra de las guerrillas realistas—, la expedición llevada a cabo por el audaz Bessières a través de media España: salió de Mequinenza (Zaragoza) a principios de enero de 1823 al mando de unos 1.500 hombres, con el fin de unirse a los realistas del bajo Aragón; prosiguió su marcha hacia el sur, ascendiendo a las cumbres del Maestrazgo y a los pocos días,

⁴⁵⁴ Obsérvese que coinciden las posturas de Gamba y de Comellas, que ven en estos preparativos los preliminares conducentes a la ya referida constitución del denominado Ejército de la Fe. Ver *Ibidem*, p. 107 y Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 180.

⁴⁵⁵ Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 108-109 y Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 180-181.

⁴⁵⁶ Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 103-104.

irrumpió en Guadalajara. Bessières logró apoderarse de la ciudad en un golpe de sorpresa y valor e, inmediatamente, decidió encaminarse con sus guerrilleros hacia Madrid. Cundió la alarma en la Villa y Corte, sumada al desconcierto por las noticias de una inminente intervención de la Santa Alianza. Por ello, el gobierno liberal hubo de enviar precipitadamente a una fuerza mixta de tropas regulares y milicianos nacionales, al mando del Empecinado, Beltrán de Lis y O'Daly, para intentar detenerlos. Sin embargo, en Brihuega (24 de enero de 1823), sufrieron los gubernamentales una ignominiosa derrota, con la captura de todo su material a manos de este «pintoresco aventurero francés» y su partida guerrillera⁴⁵⁷.

Este serio revés provocó que los generales Ballesteros y La Bisbal movilizasen a toda prisa a la Milicia Nacional, que levantó barricadas ante el temor a un asalto inmediato de los realistas a la capital. No hubo mayores consecuencias para el bando liberal porque Bessières (tal vez consciente de la dificultad que entrañaba un ataque directo a una gran ciudad para su heterogénea tropa guerrillera, e incluso de la imposibilidad de mantenerla en activo durante un tiempo tan prolongado), poco después de haber cruzado a la vista de Madrid, decidió el 10 de febrero establecerse en Huete (Cuenca). Allí, y sin que nadie le importunase lo más mínimo, decidió licenciar a sus voluntarios, que regresaron a sus lugares de origen en pequeños grupos⁴⁵⁸.

La relatada sucesión de fracasos acabó por sumir en el desconcierto y la incertidumbre a las instancias gubernamentales de la capital que, viéndose impotentes para dispersar a una partida de guerrilleros, fueron conscientes de sus nulas posibilidades para hacer frente al ejército aliado francés, cuya irrupción en España aparecía ya como inminente. Todo ello motivó el traslado del Gobierno y de la Corte a Sevilla, a donde llegó el 10 de abril de 1823, cuando los Cien Mil Hijos de San Luis ya habían iniciado la invasión de España (7 de abril)⁴⁵⁹.

Recuerda Comellas que también en la región levantina se produjo por entonces una importante actividad guerrillera de los anticonstitucionales. A primeros de enero de 1823, se levantó Rafael Sempere en Berrazal, al frente de sesenta guerrilleros; el día 30 ya contaba con 1.500. Además, se le unieron otras dos partidas realistas, la del comandante Juan Prats y la de Chambó, lo que le permitió a Sempere llevar a cabo un ambicioso plan de ataque. Tras destrozar una columna de 900 milicianos provinciales de Écija y Jaén —con la fortuna añadida de que la mayor parte de los milicianos supervivientes se unieron a su columna—, tomó Segorbe (Castellón), población que luego sería su base de operaciones. El 8 de marzo derrotó al brigadier liberal Laviña cerca de Malet, en la misma provincia, victoria que le abrió las puertas de Sagunto. La llegada de este jefe guerrillero valenciano a las comarcas costeras valencianas determinó un movimiento en masa de la población huertana que, según Comellas, reforzó sus huestes en proporciones difíciles de calcular. Prosiguiendo con su victoriosa

⁴⁵⁷ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 181.

⁴⁵⁸ *Ibidem*, pp. 181-182.

⁴⁵⁹ Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 103-104.

ofensiva, Sempere conquistó Castellón el 20 de ese mismo mes y, con nuevos contingentes populares que se le unieron, se lanzó sobre la ciudad de Valencia, a cuyas puertas llegó el día 26 de marzo, tras haber entablado otro combate exitoso en Puzol. El general liberal Bazán logró levantar momentáneamente el cerco, pero a comienzos de abril, unidas las columnas de Sempere y de Capapé, el asedio de Valencia quedó formalizado definitivamente⁴⁶⁰.

En consecuencia, la zona de Levante estaba (excepto, como sucedía en gran parte de España, la capital) en poder de los realistas, cuando el 7 de abril de 1823 cruzan la frontera los primeros contingentes franceses del duque de Angulema. Comellas elude conjeturar sobre la evolución que hubiese seguido la guerra de no haberse producido la intervención extranjera. Tal como se ha relatado, las operaciones bélicas realistas se habían tornado otra vez claramente irregulares —la típica guerra de guerrillas—, impulsada por iniciativas y esfuerzos personales y dispersos, mayoritariamente. Admite este autor que resulta difícil suponer que el movimiento realista hubiera podido prevalecer en estas condiciones, salvo por agotamiento de sus enemigos, que desde luego dieron por entonces claros signos de impotencia para mantener el territorio español bajo control constitucional⁴⁶¹.

6.6 Los Cien Mil Hijos de San Luis

La revolución liberal española había provocado la alarma de las potencias absolutistas europeas de la Santa Alianza desde el mismo momento en que Fernando VII decidió jurar la Constitución el 7 de marzo de 1820. Esta preocupación se vio incrementada a raíz de la expulsión de la Regencia de Urgel y las partidas realistas de Cataluña durante el invierno de 1823. Comellas señala que, al fin y a la postre, la entrada en España del ejército del duque de Angulema (medio acordado por las citadas potencias para eliminar al régimen revolucionario del trienio Liberal), sirvió para acabar en un plazo breve con una guerra civil, que según este historiador, llevaba camino de prolongar un periodo de violencias como no había conocido el país desde hacía siglos⁴⁶².

La política europea del momento se ajustaba a los parámetros formulados en el Congreso de Viena de 1815 (reiterados en los de Troppau, 1820, y Verona, otoño de 1822), consistentes en la defensa de la soberanía real absoluta y la lucha contra los peligros revolucionarios. Para ello, se consagraba como principio fundamental el derecho de intervención. Consecuentemente, en Verona, Francia, Rusia, Austria y Prusia decidieron actuar en España, mientras Gran Bretaña mostró su permanente reserva, mostrándose reacia a la intervención. Así pues, y aunque en un principio el gobierno francés no se mostró muy dispuesto a actuar contra la instauración del régimen liberal en España (posiblemente, por los malos precedentes de la invasión napoleónica que

⁴⁶⁰ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 182-183.

⁴⁶¹ *Ibidem*, p. 183.

⁴⁶² *Ibidem*, p. 185.

provocó la Guerra de la Independencia), finalmente se decantó por la actuación. Ante la previsible invasión francesa, las Cortes constitucionales aprobaron el traslado del rey y de todo el aparato de gobierno liberal de Madrid a Sevilla primero, y a Cádiz posteriormente. El 20 de marzo, la comitiva real salía de Madrid, el 10 de abril llegaba a Sevilla y el 23 de ese mes las Cortes reanudaban sus sesiones⁴⁶³.

Siguiendo a Comellas, el 7 de abril de 1823 cruzaron el Bidasoa los primeros contingentes de los Cien Mil Hijos de San Luis: se trataba de un ejército de unos 56.000 franceses, a las órdenes del Duque de Angulema, al que acompañaban unos 35.000 españoles. Las tropas españolas estaban integradas por 54 batallones de infantería, casi siempre al mando de antiguos jefes guerrilleros, y 11 regimientos de caballería, con un total de 22 escuadrones. Los efectivos totales de estas fuerzas sumaban, entre galos y españoles, 91.000 hombres⁴⁶⁴. Artola coincide en la composición de las fuerzas españolas, pero eleva el número total de efectivos a 110.500⁴⁶⁵. Al otro lado del río, les esperaban fuertes contingentes realistas españoles, que estarían ya bien armados, y que constituyeron la vanguardia del ejército, e iniciaron conjuntamente el avance sin encontrar apenas resistencia⁴⁶⁶.

El denominado Ejército de la Fe fue la agrupación de fuerzas realistas españolas que colaboraron con los Cien Mil Hijos de San Luis al entrar éstos en España en abril de 1823. Emilio La Parra afirma que, en el momento de cruzar la frontera, sumaban unos 8.000 hombres que el duque de Angulema había puesto a las órdenes de tres generales: Quesada, el conde de España y el barón de Eroles. A esta agrupación inicial se le irían sumando posteriormente las distintas partidas guerrilleras diseminadas por el territorio peninsular, hasta alcanzar cerca de treinta mil hombres⁴⁶⁷.

Por su parte, Comellas precisa que serán, mayoritariamente, las partidas guerrilleras anónimas las que formarán el ejército que recibirá esta denominación, aunque este autor incrementa, considerablemente, las cifras iniciales de españoles integrados en el cuerpo expedicionario francés desde el comienzo de la invasión, que ascenderían a un total de 35.000 hombres⁴⁶⁸. Con respecto al citado Ejército de la Fe, Artola precisa que se trataba de un «abigarrado conjunto de unidades», integrado en el cuerpo expedicionario francés, coincidiendo con Comellas en estimar su número en unos treinta y cinco mil hombres⁴⁶⁹.

⁴⁶³ Álvarez Rey, L. "El Trienio Constitucional...op. cit., pp. 100-101.

⁴⁶⁴ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...*op. cit., nota 23 en la p. 199. Para consultar la lista completa de estas unidades españolas, Comellas remite a Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...*op. cit., tomo II, pp. 85-88.

⁴⁶⁵ Artola, M. "La España de Fernando VII". En *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo XXVI. Madrid: Espasa Calpe, 1968, p. 810.

⁴⁶⁶ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...*op. cit., p. 177.

⁴⁶⁷ La Parra López, E. *Los cien mil...*op. cit., pp. 129, 135 y 155.

⁴⁶⁸ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...*op. cit., p. 44.

⁴⁶⁹ Artola, M. "La España de Fernando..."op. cit., p. 811.

Para Joan-Xavier Quintana i Segalà, serán las mencionadas partidas guerrilleras realistas las que, a partir de abril de 1823, y a medida que fueron controlando progresivamente todo el territorio español (junto con los Cien Mil Hijos de San Luis), fueron autodenominándose como Ejército de la Fe. Además, siempre según este autor, sirvieron como cantera para la constitución de los Voluntarios Realistas. Habría sido Fernando VII, consciente de la precariedad de su situación, el que impulsó la creación de este cuerpo armado, defensor de la contrarrevolución realista⁴⁷⁰.

Las tropas de Angulema tenían enfrente al ejército constitucional español, formado por cuatro cuerpos de entre 18.000 y 20.000 hombres: el de operaciones, mandado por Francisco López Ballesteros; el de Cataluña, por Francisco Espoz y Mina; el del centro, por el conde de La Bisbal y el de Castilla y Asturias, por Pablo Morillo. De estos cuatro generales, sólo Espoz y Mina ofrecerá una resistencia seria y sostenida a las fuerzas combinadas francoespañolas en el teatro de operaciones catalán. Los otros tres generales se rindieron a los franceses sin apenas presentar batalla, lo que explica el fácil y rápido avance de los hombres de Angulema por el territorio español⁴⁷¹.

Según Gamba, tras entrar en España, el cuerpo expedicionario procedió al cerco de Pamplona, que duró casi seis meses, auxiliados por fuerzas realistas. En las operaciones que se iniciaron a partir de entonces por el interior peninsular, la vanguardia del ejército galo estaba constituida por las milicias realistas (que a tenor de lo expuesto en la página anterior, conformarán el «Ejército de la Fe»), compuestas por tres divisiones: la de Navarra, comandada por el conde de España; la vascongada, a cuyo frente se encontraba Quesada; y la de Cataluña, dirigida por el barón de Eroles⁴⁷².

A mediados de abril, las fuerzas de Angulema continuaron su avance, sin encontrar apenas resistencia. Así, se produjo la ocupación de Vascongadas, alcanzando la línea del Ebro por Miranda de Ebro, Logroño y Tudela. Zaragoza fue tomada el 26 de abril y Burgos caía casi a la vez. Las tropas liberales de Ballesteros retrocedían sin presentar combate, replegándose hacia el sur, cada vez más diezmadas por las desertiones. Por su parte, el jefe guerrillero Bessières, reaparecido al frente de sus partidas guerrilleras, y en una nueva y audaz incursión por los campos castellanos, llegó el 20 de mayo a las puertas de Madrid por segunda vez. Sin embargo, serían las divisiones del duque de Angulema las que, a marchas forzadas, entrasen en Madrid la noche del 22 al 23 de mayo, recibidas entre vítores y aclamaciones, prácticamente, sin enfrentar oposición alguna. Esta será la tónica general en casi todo el territorio español ocupado⁴⁷³.

Los generales Bourmont y Bordesoulle cruzaron las llanuras manchegas durante el mes de junio sin tener que combatir. Tras la rendición del ejército de La Bisbal, solo quedaba a disposición del gobierno constitucional de Sevilla el

⁴⁷⁰ Quintana i Segalà. J.X. "Matices de una historia...op. cit., p. 15.

⁴⁷¹ Artola, M. "La España de Fernando...op. cit., p. 812.

⁴⁷² Gamba Ciudad R. *La primera guerra...*op. cit., pp. 112 y 115.

⁴⁷³ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...*op. cit., pp. 200-202.

cuerpo comandado por Ballesteros, pero este se replegó, de nuevo, precipitadamente hacia Murcia, rehuyendo todo encuentro. Quedaba cada vez más patente la diferencia y los enormes contrastes entre la encarnizada guerra sostenida por el pueblo español, pocos años antes, contra un ejército francés incomparablemente más poderoso y mejor organizado (como sucedió durante la guerra de la Independencia), que el que avanzaba ahora dirigido por Angulema, sin encontrar apenas ni la más mínima resistencia. Todo ello no haría más que evidenciar el hundimiento de la España liberal al primer embate, debido a la bancarrota del Estado; a un pueblo pasivo y que era, en todo caso, más propenso a colaborar con las partidas realistas y a unas tropas constitucionales que desertaba en masa: la mayor parte de los profesionales del Ejército liberal, jefes y oficiales, se quedaron solos y fueron víctimas de la desmoralización.

Como una muestra más de lo anteriormente expresado, el paso de Despeñaperros —que en la guerra anterior había presenciado la primera derrota de los franceses—, fue abandonado esta vez casi sin resistencia. Lo mismo ocurría en La Coruña, donde el general Morillo rendía su cuerpo de ejército a las fuerzas del francés Molitor. El 23 de junio de 1823 el ejército de Angulema inició el bloqueo de Cádiz, último baluarte del Trienio Liberal, a cargo del general Bourmont. Comellas detalla que en julio ya se formalizó el sitio de la ciudad y que a partir del 19 de agosto el intercambio de fuego entre los dos bandos era ya generalizado. La situación del gobierno liberal comenzaba a ser ya insostenible, pese a contar con la baza que suponía tener preso a Fernando VII. Quedaba claro que, como recuerda este autor, los tres elementos que posibilitaron el éxito de la campaña antinapoleónica (resistencia popular generalizada y a ultranza, bastión inexpugnable en Cádiz y activa ayuda británica), no iban a producirse ahora⁴⁷⁴.

Consecuentemente, y tras diversos ataques franceses en unión de varios batallones realistas españoles —tentativa de incendiar el arsenal de La Carraca con cohetes, el 16 de septiembre; la toma al asalto del castillo de Sancti Petri, el 20; las tentativas de acercamiento de la escuadra francesa al puerto de la plaza, inicialmente rechazadas por la recia defensa en las escarpas de batallones de la Milicia Nacional, el día 23—, los efectos del intenso bombardeo naval y a tan corta distancia, sin protección de los castillos, imposibilitaron toda defensa ulterior. El 30 de septiembre de 1823 se producía la capitulación en Cádiz de los últimos vestigios del Trienio Liberal, quedando en libertad el rey el 1 de octubre⁴⁷⁵.

6.7 Las partidas guerrilleras en la Guerra Realista

Según Comellas, uno de los fenómenos más sugestivos de la historia española del siglo XIX es la amplia serie de insurrecciones populares que

⁴⁷⁴ Para este párrafo y el anterior ver *Ibidem*, pp. 202-203 y 209-213.

⁴⁷⁵ Ver Gamba Ciudad R. *La primera guerra...* op. cit., pp. 115-118; y Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 213-216.

jalonaron la Guerra Realista, especialmente en el periodo comprendido entre el otoño de 1820 y la primavera de 1823. Afirma este autor que tan sólo podrían comparársele otros dos acontecimientos históricos con unas características, además, muy parecidas: las grandes movilizaciones sociales que se registraron durante la Guerra de la Independencia y también durante la Primera Guerra Carlista. Sin embargo, Comellas precisa que es necesario tener en cuenta que en 1808 se combate a un ejército invasor, mientras que en el otro conflicto bélico (una cruel guerra civil), se dirimían todo un conjunto de serios problemas en un enfrentamiento entre dos cosmovisiones: la revolucionaria liberal frente a la contrarrevolucionaria carlista, y por tanto, no era solamente un grave conflicto dinástico, como sostiene cierta historiografía, particularmente la liberalista⁴⁷⁶.

Por otro lado, la importancia de la contrarrevolución realista que se levanta contra el Trienio Constitucional, al que combate durante tres años, radica en que, según Comellas, aquí el pueblo se lanza a la lucha espontáneamente, sin dirección alguna e incluso, hasta aparentemente, sin razón alguna (pese a esta última afirmación, recuérdese lo ya expuesto al inicio de este capítulo en el sentido de los serios perjuicios económicos y fiscales causados a diferentes sectores sociales, señeramente, el clero o el campesinado, por los sucesivos gobiernos del Trienio Liberal, así como la importante actividad conspiratoria de Fernando VII en contra de aquellos).

La forma típica de alzamiento popular realista, al igual que sucedió en la guerra aún reciente contra Napoleón, estuvo caracterizada por la partida guerrillera como unidad de combate básica y «la guerrilla como sistema táctico»⁴⁷⁷. Efectivamente, grupos de españoles dispersos, espontáneamente, sin ningún tipo de coordinación ni entendimiento previo:

“sin armas, sin recursos, sin disciplina, llenos de tardío coraje, cansados de sufrir palos e improperios en nombre de la libertad, lanzáronse contra los liberales, es decir contra el ejército y los políticos de las ciudades, con la misma valentía que habían empleado contra los franceses”⁴⁷⁸.

Estas partidas guerrilleras realistas crecían sin cesar, gracias al escaso número de tropas liberales destinadas a su persecución. Además, cuando tras grandes dificultades conseguían localizar a alguna partida, batirla y dispersarla, esta fragmentación de sus componentes contribuía, por un lado, a la supervivencia de la partida, a la vez que ayudaba a foguear a sus miembros en los choques con las tropas regulares gubernamentales. De este modo, la dispersión era, para Comellas, un cierto tipo de maniobra militar: la partida guerrillera que había quedado supuestamente deshecha en un encuentro previo se rehacía y, como por arte de magia, reaparecía unos pocos días más tarde,

⁴⁷⁶ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., p. 49.

⁴⁷⁷ En esta tesis se considera que la guerra de guerrillas es mucho más que una mera táctica, constituyendo todo un sistema bélico, denominado guerra irregular, con su estrategia, intendencia, logística, táctica, armamento, reclutamiento y todos los demás elementos propios de dicho sistema. *Ibidem*, 1958, p. 50.

⁴⁷⁸ Tomado de *Ibidem*, p. 50.

con su misma jefatura y los mismos guerrilleros armados o desarmados, actuando en la comarca o zona de operaciones habitual.

La forma de reclutamiento de las partidas era de la mayor sencillez y espontaneidad: un grupo de jóvenes de un pueblo determinado, capitaneados casi siempre por un viejo guerrillero (entiéndase un veterano de la Guerra de la Independencia), se dirigía a las poblaciones vecinas donde procedían a captar nuevos voluntarios para la lucha; en un plazo de dos o tres días, quedaba formada una partida de varios cientos e incluso miles de hombres, de los cuales sólo una parte portaba armas de fuego: de hecho, una de las mayores carencias de las guerrillas realistas era, precisamente, la gran escasez de armamento y municiones. Este imprescindible material de combate, que furtivamente conseguían pasar por los Pirineos era siempre insuficiente, debido a las permanentes estrecheces económicas en las que se movieron siempre; lo que sobraban eran los hombres. Incluso establecida ya la Regencia de Urgel, desde mediados de agosto de 1822, las penurias materiales en general continuaron siendo apremiantes.

Curiosamente, el ansia de botín, tan frecuente en las luchas de esta clase (como sucedió en la Guerra de la Independencia), parece pasar ahora a segundo plano, siempre según Comellas, que enumera los móviles, tan sencillos como espontáneos, que impulsan al reclutamiento guerrillero: Dios, Rey y Patria⁴⁷⁹. En esta cuestión, este historiador coincide con la afirmación realizada por Gamba, que manifiesta el sentido del deber religioso que impulsaba a gran parte de los guerrilleros realistas a lanzarse al combate (ver p. 116 de esta tesis).

Comellas, basándose en el clima de insurrección popular que se dio entonces, calcula que alrededor de trescientas partidas pudieron alzarse en armas durante la Guerra Realista. Apunta, además, que la mayor concentración guerrillera por regiones se dio en zonas tradicionalmente forales (Cataluña, Navarra, Vascongadas y el mismo Aragón), seguidas de cerca por Galicia y las dos Castillas⁴⁸⁰. Para Aróstegui, Canal y González Calleja, las partidas realistas tuvieron su mayor desarrollo y extensión en Cataluña, Navarra y el Maestrazgo. En menor medida, también se registró actividad guerrillera realista en algunas zonas de Valencia, Aragón, Galicia, Castilla y Murcia⁴⁸¹. Por su parte, Ramón del Río Aldaz pone en duda las cifras de Comellas, afirmando que las partidas realistas no fueron tan numerosas como ha pretendido la historiografía conservadora. En cuanto a Artola, se limita a rebajar el tono que les atribuye Comellas de insurrecciones populares, considerándolas como actividades protagonizadas por grupos armados concretos: más aún, este historiador no duda en aceptar el hecho, reconocido además por la propia historiografía liberal, de que apenas instalado, el régimen liberal se vio combatido militarmente a

⁴⁷⁹ *Ibidem*, pp. 51-52.

⁴⁸⁰ Toda la información de este párrafo y los tres anteriores sobre las características operativas de las partidas realistas, se puede consultar en *Ibidem*, pp. 50-57.

⁴⁸¹ Aróstegui, J.; Canal, J.; González Calleja, E. *El Carlismo y...* op. cit., p. 35.

través del uso de la guerra de guerrillas, pero sin alcanzar las proporciones que le da Comellas⁴⁸².

Tal como ya se comentó al hablar del reclutamiento, las partidas guerrilleras, pequeñas en su inicio, iban incorporando voluntarios al paso por distintos pueblos cercanos, donde eran acogidos con entusiasmo popular, entre gritos y vivas a la religión, a la patria y a Fernando VII, hasta alcanzar sumas de combatientes más que respetables. Un grupo, el originario constituido por los más veteranos, portaba armas habitualmente, mientras que los recién incorporados tenían que adquirirlas paulatinamente, bien proporcionadas por la gente de los pueblos vecinos o arrebatadas al enemigo en el primer encuentro que lo posibilitase. Esta carencia de pertrechos y material de combate (como ya se indicó, algo crónico en las guerrillas realistas, especialmente de armas y municiones), fue con gran frecuencia la causa determinante de la limitación del ingreso de nuevos voluntarios en ellas. Generalmente, el número de componentes de una partida guerrillera, más por las razones antedichas de limitaciones económicas y de organización interna que de orden táctico o logístico, raras veces pasaba del millar. Algunas, como las del fraile Marañón, Quesada o el jefe guerrillero catalán Romagosa, llegaron a contar más de dos mil guerrilleros. Pero Comellas advierte que, aun así, el aumento de efectivos solía desembocar, necesariamente, en la fragmentación de estas partidas tan numerosas, formándose de este modo núcleos guerrilleros segregados que continuaban la lucha por su cuenta⁴⁸³.

Este tipo de agrupación guerrillera, flexible, dúctil y adaptable a las circunstancias, consciente o inconscientemente constituidas, era la ideal para el tipo de combate que iba a desarrollarse en esta guerra. Y es que, en pocas ocasiones, sobre todo antes de junio de 1822, pudieron los guerrilleros realistas enfrentarse abiertamente con las tropas regulares constitucionales: evidentemente, en batalla campal, la ventaja de la técnica, el armamento, el adiestramiento y la disciplina militar estaba siempre de parte del ejército gubernamental, como no podía ser de otro modo. Sin embargo, Comellas advierte que, a pesar de ello, no disminuía el número de guerrillas operativas ni el de comarcas donde actuaban⁴⁸⁴.

Los ejemplos del mencionado modus operandi no faltan: por ejemplo, cita Comellas el caso del cura Jerónimo Merino, que se lanzó al combate cuatro veces y otras tantas licenció a su gente en cuanto las circunstancias eran desfavorables. El batallón guerrillero liderado por Manuel Hernández (a) «el Abuelo», fue sorprendido cerca de Aranjuez en enero de 1821, literalmente destrozado, según versiones oficiales, y su jefe hecho prisionero. Nada volvería a saberse de la que este autor denomina «aquella temible guerrilla del Tajo», hasta que cinco meses más tarde se descolgó «el Abuelo» de una ventana de la

⁴⁸² Río Aldaz, R. *Orígenes de la...* op. cit., p. 169, y nota 1 al pie de la misma y Artola, M. "La España de Fernando..." op. cit., tomo XXVI, p. 694.

⁴⁸³ Comellas García-Llera, J.L. *Los realistas en...* op. cit., pp. 57-58.

⁴⁸⁴ *Ibidem*, p. 58.

cárcel donde estaba recluido, y a las pocas horas volvía a operar al frente de su antigua partida guerrillera, entre Aranjuez y Toledo, como era habitual⁴⁸⁵.

Este sistema táctico, si bien suponía una adaptación a las dificultades y peculiaridades del combate guerrillero a nivel local, denotaba claramente una cierta desorganización por parte realista. Efectivamente, Comellas detalla que faltaban un mando y cuadros homogéneos y estructurados; una disciplina de combate capaz de encauzar eficientemente en una acción común los múltiples esfuerzos espontáneos e individuales; en suma, habría faltado una organización de tipo militar que hiciese efectiva la superioridad numérica de que disponían los realistas. En este sentido, resulta significativo que el 11 de agosto de 1822, el coronel liberal Rotten advirtiese a las autoridades constitucionales catalanas sobre la peligrosidad de la partida encabezada por Montaner, la más temible de todas las que actuaban en el Principado al contar ya con cierto grado de organización, y por lo tanto, difícil de combatir por imprevisible. De este modo, el sistema de combate guerrillero impidió a los realistas alcanzar una verdadera unidad de acción, haciendo que jamás (ni siquiera cuando se estableció la Regencia), quedase el mando militar unificado bajo la dirección suprema del barón de Eroles, y, en consecuencia, no llegó a existir nunca dicha unidad de acción.

Pero esta carencia sólo era una más de las muchas que aquejaban a la contrarrevolución realista en su faceta militar, a las que habría que añadir la ya mencionada precariedad material (básicamente, la carencia general de armamento y de municiones o la falta casi absoluta de artillería de todo tipo) y la ausencia de una oficialidad profesional. Todas ellas dificultaban la ya aludida unidad de acción de las partidas guerrilleras. Comellas concluye que, a la vista de todo lo expuesto, la acción bélica realista quedó condenada a ser poco más que una mera sucesión de esfuerzos individuales dispersos y aislados. Por lo tanto, la guerra resultó agotadora para ambos bandos, estancada en una fase de difícil resolución. Y sin decidirse estaba cuando la sorprendió el 7 de abril de 1823 la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis.

Las guerrillas realistas estaban comandadas por jefes de origen popular, la gran mayoría de ellos anónimos, de los cuales se ignoran casi todos sus datos personales, y apenas se sabe algún nombre, apellido u oficio. En general, se les conocía por sus apodos, en general bastante pintorescos. Valgan como ejemplo: «el Abuelo» (Manuel Hernández), «el Locho» (Manuel Adame de la Pedrada), «Chaleco» (Francisco Abad Moreno), «Caragol» (Agustín Saperes o Saperas), «el Trapense» (el fraile Antonio Marañón), «el Farolero de Herrera», «Julianillo», «Dominguillo», «el Manco» (Saturnino Abuin Fernández), «*el Jep dels Estanys*» (Josep Bossoms), «el Misas» (Tomás Costa), «el Royo» (Capapé), «el Rojo de Valderas» (Agustín Alonso Rubio), Antonio García de la Parra, alias «Orejita», Juan Vicente Rugeros, (a) «Palillos» y Francesc Badals, conocido como «Romanillos». Muchos de ellos, como ya se ha señalado, eran antiguos cabecillas de guerrillas de la gesta antinapoleónica; por ejemplo, entre otros, el barón de Eroles, Juan Romagosa y Pros (que alcanzaría el grado de general en

⁴⁸⁵ *Ibidem*, pp. 58-59.

el ejército carlista durante la primera guerra legitimista); «el cura Merino», que terminó la Guerra de la Independencia con el grado de brigadier de caballería; también eran veteranos de dicho conflicto Zaldívar, Cuevillas, Pedro de Grimarest y Oller, Quesada, Mir, «el Trapense», Santos Ladrón de Cegama, Zumalacárregui, Miguel Gómez, los hermanos Cuesta, Negri, Arévalo, «Chaleco», «el Locho», Uranga y los ya citados Abuin y «el Rojo de Valderas»⁴⁸⁶.

A los efectos de esta tesis doctoral, interesa destacar a algunos de estos jefes de partida realistas que luego sirvieron al pretendiente liderando unidades regulares carlistas. Así lo subraya el historiador militar Julio Albi de la Cuesta, refiriéndose al propio Zumalacárregui (recuérdese que ya había intervenido en la Guerra de la Independencia, integrado en la partida de Gaspar Jáuregui, «el Pastor») y a otros futuros mandos legitimistas, como Miguel Gómez —que a su vez alcanzó el grado de mariscal de campo carlista en la Guerra de los Siete Años—, el conde de Negri, Carlos O'Donnell, Urbiztondo o Zaratiegui, todos ellos prestigiosos comandantes en jefe carlistas en la guerra de 1833-1840⁴⁸⁷.

Por lo que respecta a Juan Romagosa y Pros, Jaime del Burgo comienza su biografía destacando que llegaría a ser comandante general de los carlistas catalanes. Nació en Arbós (Tarragona) a finales del siglo XVIII, aunque otras fuentes señalan que fue en La Bisbal del Penedés, en 1791, y murió fusilado por el gobierno cristino en Igualada (Barcelona), el 20 de septiembre de 1834. Inició sus actividades guerrilleras durante la Guerra de la Independencia. En 1820 ya era mariscal de campo. Al estallar la Guerra Realista, comenzó a realizar incursiones guerrilleras en Cataluña desde Francia durante la primavera de 1822, participando, entre otras acciones destacadas, en la toma de Cervera a inicios de mayo de 1822 y las sucesivas conquistas de Berga y Solsona. Culminó su actividad guerrillera con la conquista al asalto de la Seo de Urgel, acción decisiva para la causa realista. Luego, se puso a las órdenes de la Regencia de Urgel. A la muerte de Fernando VII abrazó la causa del Pretendiente, siendo nombrado comandante general de los carlistas catalanes el 26 de junio de 1834, con el empleo de teniente general⁴⁸⁸.

⁴⁸⁶ *Ibidem*, pp. 56-57.

⁴⁸⁷ Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., p. 37.

⁴⁸⁸ Burgo, J. *Bibliografía del siglo...* op. cit., p. 871.

VII. LA GUERRA DE LOS AGRAVIADOS O MALCONTENTS (1827-1828)

7.1 Causas y panorámica general del conflicto armado

Carlos Seco Serrano explica al respecto de esta guerra, también conocida como Revuelta de los Agravados o Sublevación de los *Malcontents*:

“La «Guerra de los Agravados» es una auténtica clave para entender la evolución ideológica del carlismo en su fase inicial. Planteada como una reacción antiliberal que paradójicamente brota en el seno de un régimen de extrema reacción absolutista —la Década Ominosa—, sus contradicciones internas han desconcertado siempre a los historiadores de nuestro siglo XIX. [...] Tres cuestiones reclaman la atención del historiador ante el movimiento de los «*Malcontents*»: a) su motor ideológico, b) su articulación militar y c) sus bases sociales”⁴⁸⁹.

Con respecto al contexto ideológico, y de un modo muy sucinto, la restauración del poder absoluto fernandino en 1823, llevada a cabo aplicando criterios de represión que los aliados europeos rechazaban, provocó fuertes tensiones internas entre los sectores realistas más radicales (a cuyo frente se fue colocando progresivamente el infante Carlos María Isidro). Entre ambos hermanos comenzaron a surgir fuertes divergencias en torno a cuestiones tales como la amnistía para los elementos liberales represaliados o el restablecimiento de la Inquisición —según es posible observar en las actas del Consejo de Estado—. Así, se acentuaron las diferencias entre los dos, quedando identificadas como posiciones claramente enfrentadas del absolutismo. De este modo, y paradójicamente, Fernando VII acabó convirtiéndose en un moderado frente a las posiciones más radicales que defendía su hermano Carlos⁴⁹⁰.

Según Bullón de Mendoza, pese al constante apoyo que les prestó la corona hasta la muerte de Fernando VII, los Voluntarios Realistas chocaron en numerosas ocasiones con las autoridades civiles y militares fernandinas: téngase en cuenta que, a partir de la caída del gabinete Infantado, los posteriores gobiernos siguen una línea política cada vez más moderada, contando entre sus componentes incluso antiguos afrancesados. La situación de malestar de los realistas, que se consideraban vejados y humillados, además de postergados ante muchos que durante el Trienio habían mantenido una actitud cuanto menos tibia, fue hábilmente aprovechada por los sectores más liberales, que publicaron una serie de documentos encaminados a manifestar su creciente descontento⁴⁹¹.

⁴⁸⁹ Seco Serrano, C. “Prólogo”, en Torras Elías, J. *La guerra de...* op. cit., p. VII.

⁴⁹⁰ Urquijo Goitia, J.R. “Los escenarios bélicos...” op. cit., p. 260.

⁴⁹¹ Esto queda perfectamente reflejado en “El manifiesto de la Federación de realistas puros” (1826), documento en el que se proponía la deposición de Fernando VII y la entrega de la Corona a su hermano Carlos María Isidro. Refleja con bastante precisión el estado de ánimo de los realistas. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 95.

En cuanto a las bases sociales, Seco Serrano afirma que el impulso decisivo de la guerra vino de parte de un amplio sector de Iglesia, desde las altas jerarquías (como el desafiante obispo de Vic), hasta los humildes párrocos de las aldeas. Según este historiador, esto es fácil de entender, especialmente si se tiene en cuenta que durante el Trienio Liberal había sido objeto de un primer programa desamortizador. De hecho, en Cataluña fueron suprimidos un gran número de conventos y monasterios, además de sufrir múltiples expolios, que privaron al clero de buena parte de sus bienes, amenazando por primera vez seriamente la situación de privilegio que disfrutaba en el Antiguo Régimen. Pese a la anulación de los decretos revolucionarios por la restauración absolutista de 1823, las sospechas y recelos gubernamentales de connivencias clericales con los responsables de estas medidas constitucionalistas crisparon a este estamento, que respondió con un movimiento defensivo. Por tanto, la Iglesia no sólo se hará militante enemiga de todo aperturismo o reformismo que recordase, siquiera mínimamente al liberalismo, sino que será sostén económico de quienes defiendan sus posiciones⁴⁹².

Urquijo Goitia afirma que el principal apoyo de los agraviados o *malcontents* residía en las zonas rurales y entre los sectores sociales que se podían considerar marginados social o políticamente por el régimen fernandino, como fue el caso de los oficiales ilimitados (según este autor, mandos militares que quedaron en situación de reemplazo, es decir, sin plaza efectiva en los cuerpos de su arma), o de jornaleros agrícolas sin trabajo⁴⁹³.

Por otro lado, el grueso del ejército de los insurrectos lo integró el campesinado más humilde. Efectivamente, estimuladas por el clero parroquial, las pequeñas colectividades campesinas afluyeron al ejército de los agraviados. A ello debe añadirse que el campesinado catalán atravesaba un momento difícil —malestar social provocado en las zonas rurales por la coyuntura depresiva iniciada en 1817, que registra su fase crítica precisamente en 1827—, siendo, precisamente, los sectores económicamente más débiles de la población rural los más sensibles a los llamamientos de los organizadores de la revuelta de los Agraviados o insurrección de los *Malcontents*⁴⁹⁴. Arnabat afirma que esta situación económica favorecerá, sin duda alguna, que una importante masa campesina se sume a la insurrección cuando se produzca su estallido, por pura y dura crisis de subsistencia⁴⁹⁵. Fontana cuantifica esta movilización popular rural por parte de los *malcontents* en Cataluña en una cifra que oscilaría entre los veinte y los treinta mil hombres, aunque incluye también en ella a otros sectores más minoritarios, como artesanos y tejedores⁴⁹⁶.

La raíz militar de la Guerra de los Agraviados o *Malcontents*, en un estudio histórico-militar como pretende ser este trabajo, requiere de una cierta profundización. Uno de los problemas más graves que había de resolver el

⁴⁹² Seco Serrano, C. "Prólogo", en Torras Elías, J. *La guerra de...* op. cit., pp. XVII-XVIII.

⁴⁹³ Urquijo Goitia, J.R. "Los escenarios bélicos..." op. cit., p. 261.

⁴⁹⁴ Seco Serrano, C. "Prólogo", p. VII, en Torras Elías, J. *La guerra de...* op. cit., pp. XVII-XVIII.

⁴⁹⁵ Arnabat, R. "Notes sobre l'aixecament..." op. cit., p. 108

⁴⁹⁶ Fontana, J.; "La época del liberalismo". En Fontana, J; Villares, R. (dirs), *Historia de España*. Vol. 6. Madrid: Crítica/Marcial Pons, 2011, p. 131.

reformismo fernandino era el de la reconstrucción del ejército, que en agosto de 1824 (terminada ya la Guerra Realista), había quedado reducido a tan solo 20.000 hombres, contando los reclutas recién incorporados. Para ello, se comenzó depurando a los jefes y oficiales profesionales que habían permanecido fieles al derrocado gobierno constitucional, los cuales quedaban en situación de “licencia indefinida” (bien entendido que la inmensa mayoría de ellos fueron separados del servicio y posteriormente represaliados), hasta que fuesen eventualmente depurados por un tribunal militar. Mientras duraba este largo proceso de depuración, se suponía que los citados mandos militares cobrarían parte de su sueldo; pero la verdad era que la Hacienda no estaba en condiciones de sostener esta carga⁴⁹⁷.

Más difícil aún era la tarea de integrar en el ejército a una parte, al menos, de los jefes de las partidas guerrilleras realistas del Trienio (que integraron el llamado Ejército de la Fe, ya analizado), disuelto en enero de 1824, ante la evidencia de que la exhausta administración fernandina no podía seguir sosteniendo su elevado coste. El problema en este caso era el de asimilar a unos mandos guerrilleros que, al actuar con un elevado grado de independencia, se habían atribuido a sí mismos graduaciones de coronel o incluso de general, pese a que buen número de ellos eran prácticamente analfabetos. El 9 de agosto de 1824 se publicaron las reglas de adaptación o asimilación al ejército regular de estos cabecillas que habían comandado guerrillas realistas; su inmensa mayoría fueron considerados incapaces para ejercer puestos de mando en el ejército regular (salvo excepciones muy notorias, como los célebres Romagosa y Pros o Tomás Costa (a) «el Misas», ambos catalanes). Para ello, se aplicaron criterios como la época en que se hubiesen incorporado a la lucha, el número de hombres sobre los que habían mandado y el grado militar ostentado antes de 1820. Fue un procedimiento que redujo a la inmensa mayoría de estos jefes guerrilleros a una condición muy inferior a la que se habían atribuido, calificándoles como oficiales con “licencia ilimitada”, devolviéndoles sin más a la vida civil y a una existencia oscura, monótona y, además, con un mísero sueldo de cuatro reales diarios, que en general nunca llegaron a cobrar. Lógicamente, todo ello provocó el descontento de unos hombres que se sintieron maltratados por el régimen fernandino, pues creían haberse ganado el derecho a recibir mayores recompensas y que se convirtieron, desde ese momento, en enemigos a muerte de los gobiernos que les regateaban el reconocimiento de sus méritos, además de en un importante caldo de cultivo insurreccional⁴⁹⁸.

En consecuencia, bastantes de los mandos guerrilleros que intervinieron en la Guerra Realista no fueron incorporados al ejército, dándoseles las

⁴⁹⁷ Para un concienzudo estudio sobre la importante repercusión que tuvo la denuncia efectuada por los agraviados, debido al incumplimiento por parte del régimen fernandino de los decretos que excluían de empleos públicos a constitucionales y milicianos nacionales (en la administración civil y, especialmente, en el ejército), como causa y motor fundamental de esta guerra, ver Suárez, F. *Documentos del reinado...* op. cit., vol. I, pp. 191-204. También, desde una perspectiva fundamentalmente económica, se puede consultar Fontana, J. “La época del...op. cit., pp. 122-125.

⁴⁹⁸ Seco Serrano, C. “Prólogo”, en Torras Elías, J. *La guerra de...* op. cit., pp. XV-XVIII y Fontana, J. “La época del...op. cit., p. 125.

mencionadas “licencias ilimitadas” (de ahí que se les conociese como oficiales ilimitados), dejándoles así sin empleo. Abundando en esta cuestión, Ramón Arnabat, en un trabajo suyo sobre el levantamiento de los *malcontents*, distingue entre los muchos jefes y oficiales realistas a los que, o no se les reconoció la graduación adquirida durante la Guerra contra el Trienio Constitucional —o bien pese a reconocérsele dicha categoría militar, permanecieron sin destino—, y aquellos que quedaron directamente fuera del ejército, expulsados. Arnabat afirma que el descontento de este grupo de marginados militares será uno de los factores desencadenantes de la revuelta, pues muchos de ellos se convertirán en los jefes operativos de la insurrección militar de los mencionados agraviados catalanes⁴⁹⁹.

De ahí lo ajustado del calificativo de agraviados o *malcontents*, aplicable especialmente a estos cabecillas de fuerzas guerrilleras realistas, que habían integrado la gran mayoría de los mandos del citado Ejército de la Fe (suprimido por Fernando VII, tal como se expuso supra). Estos jefes guerrilleros se sentían sometidos a un agravio comparativo —además de postergados y ofendidos—, particularmente por haberse llevado a cabo la readmisión automática en el ejército fernandino de todos los demás jefes y oficiales realistas, profesionales, que habían presentado sus avales o pruebas, así como cuantos testimonios juzgasen oportunos, de cara a su “purificación” y posterior integración en el mismo. En definitiva, será este amplio grupo de militares forzosamente retirados del ejército o enviados con licencia ilimitada a sus casas, tras haber apoyado con las armas en la mano la rebelión anticonstitucional del Trienio, quienes protagonizarán, principalmente, el levantamiento militar de los Agraviados o *Malcontents*⁵⁰⁰.

Rújula estima que el número de mandos que quedó con licencia ilimitada en España entonces, podía ascender a un total de 8.000 hombres, contando únicamente a los militares no profesionales que habían obtenido sus grados en la partidas guerrilleras de las Guerras de la Independencia y de la Realista. Posteriormente, tras la disolución del Ejército de la Fe que integraban mayoritariamente, no habían sido confirmados en sus graduaciones por el gobierno fernandino. Además de ser muy numerosos, los cuadros militares realistas que fueron apartados de esta manera del ejército quedaron en una situación económica muy precaria. La resistencia administrativa a reconocer los derechos adquiridos a estos oficiales guerrilleros realistas, no militares de profesión, generó el lógico descontento y resquemor. Rújula afirma que, en adelante, la combinación de la actuación insurreccional de estos oficiales ilimitados, sumada a la de los Voluntarios Realistas, constituirá un binomio a tener siempre muy en cuenta en los estallidos bélicos realistas que se producirán desde el fin de la campaña anticonstitucional hasta el comienzo de la Primera Guerra Carlista en 1833⁵⁰¹.

⁴⁹⁹ Arnabat, R. “Notes sobre l'aixecament...op. cit., p. 107.

⁵⁰⁰ Vila-San-Juan, J.L. *Los reyes carlistas...*op. cit., pp. 31-35.

⁵⁰¹ Rújula, P. *Contrarrevolución. Realismo y...*op. cit., pp. 119-131.

Tras varios movimientos menores, la protesta acabó por generalizarse, iniciándose con el alzamiento de los agraviados catalanes o *malcontents* en marzo de 1827. En la insurrección participaron un gran número de voluntarios realistas del Principado, lo que acabó provocando la disolución de dicho cuerpo en Cataluña. Sin embargo, y tal como recalca Bullón de Mendoza, salvo contadas excepciones, los componentes de esta institución paramilitar en el resto de España no sólo no participaron en ninguna alteración del orden público, sino que ayudaron a restablecerlo persiguiendo a los pequeños grupos que trataban de pronunciarse⁵⁰².

Manuel Santirso coincide con Bullón de Mendoza al precisar que en la Revuelta de los *Malcontents* de 1827, en términos generales aplicables a toda España, se puede establecer que «muchos agraviados eran Voluntarios Realistas pero pocos Voluntarios Realistas fueron agraviados»⁵⁰³. En el mismo sentido se pronuncia Ramón del Río Aldaz al argumentar que, ateniéndose al número de voluntarios realistas que del total de este cuerpo se incorporaron a la rebelión, habría que concluir que no constituyeron el núcleo fundamental de los participantes en la Guerra de los Agraviados⁵⁰⁴.

Por su parte, Jaime Torras Elías, en su conocido trabajo sobre la Guerra de los Agraviados (o *Malcontents* en Cataluña), subraya la significación política y militar de esta contienda bélica. Así, relaciona directamente la citada guerra con los orígenes del carlismo, al afirmar que, aunque la guerra civil que estalló en 1833 tenía sus raíces más inmediatas en la cuestión sucesoria abierta en 1830, sin embargo acabó enfrentando a dos bandos que se combatían entre sí desde bastantes años antes. Comienza en este sentido Torras recordando la

⁵⁰² Los Voluntarios Realistas eran una fuerza cívica armada o cuerpo paramilitar, que fueron creados el 14 de mayo de 1823 por la Junta Provisional de Gobierno. Su origen se encuentra en los voluntarios de las guerrillas realistas que desde 1821 se lanzaron al campo para enfrentarse al régimen constitucional, apoyado por el ejército regular. Se trataba, por tanto, del brazo armado del partido absolutista, ideológicamente comprometido con la contrarrevolución, y caracterizado por la extracción popular de la mayor parte de sus componentes. Sus funciones eran fundamentalmente mantener el orden público y de policía interior. Aun así, no debe perderse de vista que en la comunicación que el Inspector General del Cuerpo, teniente general José María Carvajal y Urrutia, dirige a la Reina el 25 de noviembre de 1832 se afirma que los voluntarios realistas con armas, vestuario y equipo a finales de 1831 eran 115.110 de infantería, 4.308 de caballería y 1.424 artilleros. De todos modos, Bullón advierte que cuando se produce la muerte de Fernando VII (29 septiembre de 1833), la mayor parte de estas fuerzas encuadradas en los Voluntarios Realistas eran una sombra de lo que habían sido —que desde el punto de vista militar nunca debieron ser gran cosa, dado que su instrucción y entrenamiento dejaban mucho que desear—. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 93-105. En cuanto a la no muy abundante bibliografía sobre los Voluntarios Realistas, pueden destacarse los siguientes trabajos: Suárez Verdeguer, F. “Los Cuerpos de Voluntarios Realistas. Notas para su estudio”. En *Anuario de Historia del Derecho Español*, tomo XXVI, Madrid: 1956, pp. 47-88; Pérez Garzón, J. S. “Absolutismo y clases sociales. Los Voluntarios Realistas de Madrid (1823-1833)”. En *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XV, 1978, pp. 295-310; Río Aldaz, R. “La formación del cuerpo de Voluntarios Realistas en Navarra (1823-1828)”. En *Museo Zumalacárregui. Estudios Históricos*, nº 2, 1992, pp. 209-237; y Rubio Ruiz, D. “Els cossos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte”. En Solé Sabaté, J. M. (dir.), *El carlisme com a conflicte*. Barcelona: Columna, 1993, pp. 57-70.

⁵⁰³ Santirso Rodríguez, M. “Voluntarios Realistas, Voluntarios de Isabel II y Milicia Nacional, o en la Guerra también hay clases”. En *Historia Social*, nº 23, 1995, nota 12 a pie de p. 24.

⁵⁰⁴ Río Aldaz, R. “Ultras y mercenarios...” op. cit., p. 56.

fractura del sistema político vigente en 1808, que enfrentó a dos visiones radicalmente opuestas de la orientación que debía imprimirse a la sociedad española en aquellos momentos, cuando la Guerra de la Independencia hacía tambalearse los cimientos del Antiguo Régimen. Surgen de este modo un grupo liberal y otro contrarrevolucionario (en el que ya el profesor Federico Suárez había identificado los mismos principios fundamentales que luego integrarían el contenido esencial de la doctrina política del carlismo)⁵⁰⁵.

También Josep Fontana conecta la Guerra de los *Malcontents* con el movimiento carlista, al afirmar que durante esta revuelta de los agraviados catalanes se gritaron consignas en favor de Don Carlos, llegando a proclamarlo rey: este historiador incluso mantiene que su grito de guerra fue «¡Viva el rey Carlos VI!»⁵⁰⁶. Esta dinámica de enfrentamiento entre revolución liberal y contrarrevolución realista se había manifestado, igualmente, durante la campaña contra el Trienio Liberal: tras la restauración, de nuevo, del régimen absolutista fernandino, con la ayuda de la intervención militar francesa que facilitó el triunfo armado del sector anticonstitucional, habría surgido el llamado por Torras grupo carlista, apostólico y ultra. La Guerra de los Agraviados o *Malcontents* supone un eslabón más dentro del combate entre estos dos bandos descritos. Subraya este autor la evidente relación entre los principios defendidos con las armas por los sublevados en el mencionado conflicto armado (a los que identifica con el ideario del reaccionarismo a ultranza) y algunos postulados básicos del carlismo. Ello denotaría claramente el carácter carlista, o mejor podría decirse “precarlista”, de esta insurrección, que afectó a más zonas de España —obviamente, aparte de Cataluña—, de las que suele citar la historiografía predominante, tal como se analiza en el capítulo correspondiente a las guerrillas de los agraviados o *malcontents*⁵⁰⁷.

Continúa Torras su análisis afirmando que el movimiento armado de los *malcontents* debe considerarse no como una mera manifestación del descontento de una corriente realista renovadora, exasperada por el incumplimiento de las promesas del Rey de retorno a la ortodoxia ultra, sino como uno de los primeros intentos de hacerse con el poder por parte del mencionado partido apostólico, el mismo partido que dirigiría el movimiento carlista durante la guerra civil de 1833-1840. También recalca el protagonismo que tuvieron pequeñas partidas guerrilleras en el estallido de la tentativa de sublevación general que tuvo lugar en Cataluña en marzo-abril de 1827. La actividad guerrillera inicial fue especialmente importante en las zonas montañosas de las comarcas de Tortosa, Vic, Gerona y Figueras. Torras afirma que habrían defendido la necesidad de destronar a Fernando VII —a quien consideraban vendido a los liberales— y sustituirle por su hermano Carlos María Isidro; de aplastar a los constitucionales (que habían escapado a la represión

⁵⁰⁵ Torras Elías, J. *La guerra de...*op. cit., pp. 113-123.

⁵⁰⁶ Fontana, J.; “La época del...”op. cit., p. 131. En el apartado sobre la bibliografía relativa a la campaña realista (1820-1823) y a la Guerra de los *Malcontents* del capítulo I (Estado de la cuestión) se trata con más profundidad el tema del “precarlismo”.

⁵⁰⁷ Torras Elías, J. *La guerra de...*op. cit., p. 116-122.

que se les aplicaba desde 1823) y, finalmente, de salvaguardar los derechos de la religión (garantizados por la restauración de la Inquisición)⁵⁰⁸.

Sin embargo, la población no secundó este primer movimiento guerrillero, por lo que terminó en fracaso después de haber despertado serios temores, originados por la aparente connivencia de altas jerarquías políticas y eclesiásticas con los rebeldes. Los primeros jefes guerrilleros detenidos fueron pasados por las armas sin contemplaciones. Pero, una vez vista la poca importancia que parecía revestir el movimiento en este estadio, el 30 de abril de ese año, el gobierno decretó un indulto general. Hasta esos momentos, lo ocurrido parecía una intentona ultrarrealista más de las que se venían produciendo desde 1824, cuando el realismo exaltado fue consciente de estar muy lejos del control absoluto del poder que pretendía⁵⁰⁹.

No obstante, la sublevación de marzo y abril de 1827 tenía mayor trascendencia de lo que parecía manifestarse a primera vista. Además, Torras apunta que Cataluña era seguramente la región de España donde esta guerra podía estallar con mayor facilidad, por todo un complejo conjunto de causas, (recuérdese que Seco Serrano apuntó como la principal de ellas la depresiva coyuntura económica iniciada en 1817, cuya fase crítica se habría alcanzado en 1827)⁵¹⁰.

Por su parte, Ramón Arnabat Mata concreta más aún, culpando de la depresión a una crisis agraria provocada por un periodo de sequías prolongadas, al que había que sumar una bajada de los precios de los principales productos agrícolas, mientras el coste de las manufacturas que debía comprar el campesinado catalán y los impuestos estatales a pagar, se mantuvieron fijos o aumentaron. Así, una importante masa campesina se enrolará en las partidas de *malcontents* por pura cuestión de subsistencia. Consecuentemente, no debe extrañar en absoluto que en Cataluña se produjese el foco principal de esta insurrección, precedida por algunos chispazos, cuyos síntomas se venían manifestando ya, al menos, desde 1825. Con todo, los intentos insurreccionales no se limitaron a la región catalana (como se detalla en epígrafe correspondiente de este capítulo sobre la guerra fuera de Cataluña), sino que formaban parte de una estrategia más vasta, que afectó a otros territorios españoles⁵¹¹.

Evidentemente, al no tratarse de la obra de unos pocos elementos aislados o incontrolados, la neutralización de la insurrección de la primavera de 1827 sólo podía ser provisional. Por lo tanto, nuevas partidas de *malcontents* reaparecieron en la montaña catalana en julio de ese mismo año. Pero ahora ninguno de sus jefes defendía el derrocamiento de Fernando VII y su sustitución por su hermano Carlos. Aunque las demás consignas permanecían inalterables: restauración de la Inquisición, separación de todos los sospechosos de constitucionalismo de cualquier cargo en la administración o el ejército, y justicia

⁵⁰⁸ *Ibidem*, pp. 2 y 123.

⁵⁰⁹ *Ibidem*, p. 2.

⁵¹⁰ *Ibidem*, pp. 2-3.

⁵¹¹ *Ibidem*, p. 3 y Arnabat, R. "Notes sobre l'aixecament...op. cit., pp. 107-108.

para todos los insurgentes realistas que combatieron en la Guerra de 1820-1823, a los que se consideraba injustamente relegados⁵¹².

7.2 Cronología de la Guerra de los Agraviados o “*Malcontents*” (marzo/diciembre de 1827-abril 1828)

Federico Suárez, en su obra sobre los agraviados catalanes (de la que está extraída la mayor parte de la información de este epígrafe), realiza una minuciosa relación cronológica del desarrollo de los principales acontecimientos bélicos de esta guerra, aportando así información muy concreta. Suarez pone especial énfasis en Cataluña, sin duda alguna, el foco principal de la insurrección. Sin embargo, menciona que hubo actividad de los agraviados en Aragón y Comunidad Valenciana, más algunos conatos de sublevación, pronto sofocados, en Castilla, la Rioja y Vascongadas. En cuanto al desarrollo de la Revuelta de los *Malcontents* del Principado, Suárez establece cuatro etapas:

1. Los comienzos (marzo-abril de 1827)

En marzo el capitán ilimitado Llovet, al frente de una partida de nueve o diez hombres, merodeó por las cercanías de las poblaciones tarraconenses de Horta de San Joan y Pauls. La noche del 11 al 12, dicho capitán junto con el teniente coronel ilimitado Trillas, intentaron un golpe de mano en Tortosa, al frente de una partida de cuarenta hombres, para intentar liberar a algunos camaradas presos. Pese a contar con algunos apoyos dentro de la citada plaza (tanto militares como civiles), el gobernador de Tortosa descubrió la operación, detuvo a los cabecillas conspiradores de la ciudad e hizo fracasar el asalto guerrillero. A consecuencia de ello, hubo de dispersarse la guerrilla atacante: sin embargo, poco después conseguía aumentar su número, a la vez que otras pequeñas gavillas iban surgiendo en diversos puntos.

Simultáneamente, comenzaron a aparecer una serie de pasquines y de proclamas anunciando para el primero de abril el movimiento insurreccional comandado por el teniente Pedro Planas en las comarcas de Vic y Manresa. En otros puntos, los jefes eran los también oficiales ilimitados Bofill, Ballester, Josep Bussons, alias “*el Jep dels Estanys*”, Esteban Dinat, Caballería, Carnicer, Puigbó y otros. El 28 de marzo el citado Planas escribió a Narciso Abrés alias «*Pixola*», informándole de sus contactos con los promotores del alzamiento; le comunicaba también su designación para ponerse al frente del corregimiento de Gerona, así como la del ya mencionado Dinat (a) «*Guré*» en Figueras. El levantamiento estaba organizado para el 1 de abril, al grito de “Viva el Rey y la Religión”, y le enviaba dinero (65 onzas de oro) para pagar a los combatientes que tenía que reunir.

⁵¹² Torras Elías, J. *La guerra de...* op. cit., p. 4.

A finales del mes de marzo, se repiten llamamientos sediciosos en los distritos de Gerona, Vic y Manresa. Mientras tanto, los cabecillas Bosch, Ballester, Planas, Bofill y «*Pixola*» merodeaban de un punto a otro. A su vez, el Consejo de Ministros acordó poner en vigor el Real Decreto de 17 de agosto de 1825 y enviar contingentes del ejército para guarnecer Tortosa y Tarragona. La noche del 1 de abril Dinat y su partida se dirigieron a Castellón de Ampurias (Gerona), pero chocaron con una patrulla de tropas regulares y, tras cruzar varios disparos, «*Guré*» y sus hombres se dispersaron. A la vez, apenas implementadas las medidas adoptadas por el Capitán General de Cataluña en reunión con el Real Acuerdo, estalló la rebelión en los distritos de Gerona, Vic, Manresa, Berga y Figueras. Algunos conspiradores proclamaban a Carlos V, otros pretendían sacar a Fernando VII del supuesto cautiverio en que se decía lo retenían los constitucionales. Varios batallones de Voluntarios Realistas intervinieron en la persecución y exterminio de los insurrectos; pero algún que otro batallón se habría mostrado más apático, y los Voluntarios Realistas de Ripoll se sumaron directamente a los revoltosos.

La facción de Llovet vagaba por tierras tarraconenses: Orta, Montañas de Cardó y Mas de Barberáns, dividida en tres pequeños grupos de seis a ocho hombres, mandada una de ellas por el coronel ilimitado Trillas. Las mencionadas guerrillas exigían raciones en los pueblos y, según Suárez, no dudaban en cometer abusos de todo tipo para conseguirlas. Se esperaba por parte de las autoridades que el cuerpo de los Voluntarios Realistas, con la colaboración de las tropas del ejército, fuesen capaces de hacerlas desaparecer. Pero lejos de conseguirlo, el 3 de abril el Principado estaba en estado de alarma, con alteraciones de la paz y el orden público desde Calella al Ampurdán. A la vista de los partes procedentes de Cataluña, el Consejo de Ministros extraordinario del día 8 decidió enviar tropas a esta región, pedir a los obispos que ilustrasen al pueblo para que no se uniese a los rebeldes y ordenar al Inspector General de los Voluntarios Realistas que extendiera una circular exhortando al exterminio de las partidas en nombre del Rey.

Según Suárez, hacia el 10 u 11 de abril, muchos de los rebeldes solicitaban acogerse a medidas de gracia y perdón, quedando sólo los cabecillas más recalcitrantes. Por estas mismas fechas el gobierno envió 800 hombres procedentes de guarniciones de Aragón, y que fueron distribuidos entre Manresa, Vic, Berga y Ripoll. Fueron puestos bajo el mando del brigadier Manso, buen conocedor del teatro de operaciones y de las peculiaridades del conflicto, al ser jefe de brigada de los Voluntarios Realistas de aquella zona. El 14 de abril el gobierno es informado de la captura de los cabecillas (todos ellos oficiales ilimitados), el teniente Pedro Planas, Puigbó y Trillas, que fueron ejecutados dos días después en Vic.

Por estas fechas se perseguía en la comarca de Berga al ya citado Bossoms, (a) «*el Jep dels Estanys*», que entonces era jefe de partida de unos 60 combatientes⁵¹³. En Gerona, había noticias que señalaban que Bosch y

⁵¹³ Josep Bossoms alias «*el Jep dels Estanys*», uno de los más destacados jefes guerrilleros catalanes, ya había levantado una partida que luchó contra el Trienio Liberal en la zona central

Ballester, al frente de unos 25 hombres, se hallaban en la Riera de Santa Coloma de Farners, pero en este caso desarmados. En la misma situación estarían los seiscientos hombres refugiados en las montañas de Montseny, que se aprovisionaban a diario en Arbucias, propagando en la villa de Esparra que recibían dos pesetas, según Suárez una buena paga. El 28 de ese mismo mes, el Capitán General de Cataluña, marqués de Campo Sagrado, comunicaba al rey que el principado se encontraba en situación de completa tranquilidad, creyendo conveniente solicitar al rey un indulto para los insurrectos que retornasen a sus casas, el cual fue concedido el 30 de abril⁵¹⁴.

2. La situación después del indulto (mayo-julio de 1827)

Suarez subraya que el citado indulto del 30 de abril de 1827 no terminó con la insurrección, ya que las causas o motivos que la provocaron aún seguían en vigor. Sin embargo, de momento las partidas se dispersaron y sus componentes, al menos los más destacados, se acogieron a dicho indulto. Pese a ello, dificultades en la aplicación práctica de esta medida de gracia impidieron calmar los ánimos y pacificar la región. El dos de mayo volvieron a registrarse movimientos insurreccionales: se observaron grupos activos en la plaza de Gerona y desobediencias de muchos miembros de los Voluntarios realistas (sobre todo, serias sospechas en algunos de sus componentes de Berga).

En esta segunda etapa, Suarez precisa que los insurrectos ya no se presentaban como proclamadores de Carlos V, rechazando terminantemente el apelativo de *carlines* (carlistas), que se había dado anteriormente. En Aragón, por las intermediaciones de Sariñena (Zaragoza), el revolucionario Miguel Nogueras se alzó al frente de una partida de siete u ocho hombres. En Monzón y otros pueblos oscenses limítrofes, consiguió apoderarse de caballos, llegando a reunir 18 hombres y cinco jinetes, todos ellos armados. Perseguidos los sublevados por los Voluntarios Realistas en los días siguientes, fueron finalmente alcanzados el 6 de mayo cerca de Alcampell, muriendo cuatro de ellos y quedando otros cinco prisioneros. La partida quedó así dispersada, logrando huir su jefe Nogueras en compañía de otros cinco; pero alcanzado finalmente, murió junto con otros tres, después de oponer seria resistencia armada.

El día 9 de mayo volvieron a aparecer algunas partidas: en Gerona, capitaneadas por los cabecillas «*Pixola*», Bosch y Ballester, entre los más destacados; en Berga, retornó a la actividad «*el Jep dels Estanys*». Hay que añadir también cierta actividad insurreccional en el distrito de Vic. La acción de las tropas puso fin a este nuevo brote, acogiéndose la mayor parte de los jefes

del Principado. Finalizó la Guerra Realista con la graduación de coronel, quedando pendiente de destino en la situación de licencia ilimitada. Durante la Revuelta de los *Malcontents*, fue uno de los principales líderes de la revuelta (junto con Agustín Saperes (a) «Caragol»), siendo responsable de importantes operaciones como la del bloqueo de Cardona. Ver expediente personal del coronel de infantería José Bossoms, AGMS, 1/B-3593.

⁵¹⁴ Suárez, F. *Documentos del reinado...* op. cit., vol. I, pp.60-65.

malcontents a un indulto que les procuró el Intendente de Policía. Entre los acogidos figuraban Bosch, Ballester, Bofill, «Guré», Olivares, el capitán Dois y otros.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, la sublevación no se podía dar por terminada, hasta tal punto que el gobernador de Figueras propuso ofrecer una recompensa por cualquier información cierta que condujese a la captura de algunos de los cabecillas sublevados. Se requirió al citado Intendente para que ofreciese mil pesos por la captura de dichos jefes, vivos o muertos, a criterio del mencionado responsable policial. La inmediata efectividad de esta medida se refleja, por ejemplo, en que los jefes de partida Matías Caballería, subteniente de Voluntarios Realistas y José Vilmacia, subteniente ilimitado, tuvieron que abandonar apresuradamente Cataluña y refugiarse en Francia. El día 26, el gobierno de Madrid recibía informaciones contradictorias: según unas, se producía la creación de nuevas partidas de facciosos que no molestaban a nadie, pagaban todas las raciones y material que tomaban —excepto caballos, armas y monturas—, mientras otras apuntaban todo lo contrario, que andaban errantes por las montañas, que no pagaban nada y que pernoctaban en despoblados o masías.

A comienzos de junio volvieron a registrarse conatos de insurrección, protagonizados esta vez, además de por los ya reincidentes oficiales ilimitados y miembros de los Voluntarios Realistas, por algunos paisanos. Cabe destacar la acción del bien conocido cabecilla «Pixola», que intentó matar al alcalde de Olot: perseguida y dispersada su partida, fueron capturados tres de sus miembros y pasados por las armas. Asimismo, en Granollers e Igualada se sublevaron algunos Voluntarios Realistas. La actuación de una compañía de infantería y de un destacamento de caballería, sumada a la presencia del Mariscal de Campo Carratalá (jefe de la brigada de Voluntarios Realistas del distrito) bastaron para que los sublevados depusieran las armas a las 24 horas y quedase conjurado el peligro.

A la vista de esta situación, Campo Sagrado propuso que todo voluntario realista que abandonase su puesto fuera expulsado del cuerpo, y que a los reincidentes se les destinara por ocho años al Regimiento Fijo de Ceuta. En la primera decena de junio, una partida de revoltosos (diez a doce hombres), comandada por el cabecilla Miguel Isern, entró en Bañolas (Gerona). Repelidos por vecinos armados de esta población, se retiraron los sublevados —tras morir un vecino del pueblo— a reunirse con los *malcontents* que habían quedado fuera, entre los que estaban Narciso Abrés (a) «Pixola» (también apodado «Carnisser» o «Carnisser de la Selva», debido a su profesión de carnicero en Cassá de la Selva, Gerona), y el teniente ilimitado Jaime Coll y Palau.

El día 14, el Consejo de Ministros examinó las siguientes medidas propuestas por Campo Sagrado para hacer frente a este nuevo brote insurreccional: extender el indulto a los sublevados de Villafranca y Mataró (pero con expulsión pública y formal de los voluntarios realistas que habían participado en la facción); aplicar a los cabecillas la pena prevista en los Reales Decretos de 17 y 21 de agosto de 1825; detener a Juan Font, alias «el Vidrier», considerado

uno de los motores de la sublevación en Igualada (Barcelona) y proceder al interrogatorio de los presentados de esta localidad y de la vecina Granollers. En cuanto a los insurrectos reincidentes, proponía el fusilamiento sumarísimo de los cabecillas, y a los demás, secuestro de bienes y condena por ocho años en el Fijo de Ceuta (si eran voluntarios realistas), y por seis en caso contrario. Por último, se procedería a la retirada de las armas a todos los que tuviesen licencia para usarlas.

A pesar de todo lo expuesto anteriormente, hacia el 20 de junio, el teniente ilimitado Pedro Morató e Isidro Vallés —armados ambos—, se dirigieron desde Villafranca del Panadés a Igualada; el 26 cuatro voluntarios realistas desertaron, con sus armas, de Granollers, acompañados de algunos paisanos; el capitán Jaime Many (cuyo hijo fue uno de los que se marcharon de Granollers con los voluntarios realistas) fue considerado uno de los principales responsables y el que proporcionó las armas. Fue detenido y llevado a Mataró.

Además, se detectó la presencia de una partida compuesta por unos 20 hombres armados en el término de San Martín de Barlés —entre ellos un oficial ilimitado llamado Antonio Galobardas—, supuestamente autores de la muerte de un hombre cerca de Oristá (Barcelona). En Cardona se percibía cierta efervescencia, mientras que en las montañas de Berga se registraban concentraciones de gente armada al mando del cabecilla José Rotllán, «*el Bep de Terradella*», que cortaba algunas comunicaciones. El 26 de junio, se presentó en Saldas una partida de 20 *malcontents*, dando gritos a favor del rey, la religión y en contra del mal gobierno. Finalmente, en Olot aparecieron dos partidas de realistas agraviados (según se autodenominaron), de 20 y 12 hombres respectivamente, que intercambiaron algunos disparos con gente del pueblo. Suárez detalla que las mencionadas partidas se desintegraban con gran facilidad, volviendo sus componentes a sus casas, lo cual dificultaba grandemente su detección y la de sus cómplices, denotando así una gran volatilidad.

A partir del mes de julio, pudo observarse la presencia en las partidas de *malcontents* de un abigarrado grupo constituido por realistas agraviados, miembros de los Voluntarios Realistas y paisanos armados, que se presentaban en algunos pueblos (como el 1 de julio en Llacuna, donde se integraron en la partida dirigida por Pedro Morató), así como en Pontóns e Igualada, todos en la provincia de Barcelona. Concretamente en Igualada, el día 2 de ese mes sesenta voluntarios realistas de su guarnición se unieron a los sublevados, marchando todos junto al son de cornetas y tambores; los cabecillas eran un tal Juan Font y José Rigorjas, ambos miembros del citado cuerpo realista. Se dirigían a Berga, en connivencia con la partida del citado Morató —tal como se supo por una carta interceptada—, el cual había escrito a Antonio Figueras solicitándole que se reuniese con él reclutando de paso a todos los hombres que pudiera, añadiendo que «lo que hacía era de orden de S.M., que no le faltaría peseta y media diarias y que éstas no se acabarían»⁵¹⁵. Pese a esto, Suárez añade que al poco tiempo

⁵¹⁵ *Ibidem*, p. 71.

todos terminaron presentándose a las autoridades, excepto Morató y dos hombres más que le siguieron.

El gobernador de Manresa manifestó a primeros de julio que, pese a las disposiciones tomadas, era patente que la agitación se iba generalizando. Así lo confirmaban noticias, procedentes de comunicados de autoridades locales, indicando, por ejemplo, la presencia de una partida de 25 *malcontents* en Prat, y otra de seis o siete en Castellar de Nuch. El 7 de ese mes, la Audiencia daba cuenta de que un oficial ilimitado que mandaba la gavilla de Prest había sido herido de muerte por sus hombres, habiéndose refugiado a continuación en el monasterio de Portella, donde se acudió a tomarle declaración. Asimismo, se sabía que Bussons vagaba por las montañas de Berga; también Morató andaba errante con sus dos seguidores, acabando por refugiarse en Andorra. Dados estos antecedentes, el mencionado órgano judicial consideraba necesario recurrir a la fuerza armada para contener a los insurrectos, pues, aunque los pueblos no les habían secundado y los Voluntarios Realistas se esforzaban por contenerlos, tanto autoridades locales como vecinos de las zonas afectadas estaban atemorizados por la poca seguridad que había.

Por su parte, el Superintendente General de Policía, Juan José Recacho al informar al ministro de Gracia y Justicia, Tadeo Calomarde, del estado de la seguridad pública en Cataluña, resaltaba que, recolectada la cosecha, habría movimientos en ciertos puntos de esta provincia con objeto de vitorear al Rey y a la Inquisición, pidiendo la extinción de la Policía, provocando el temor general y trastornando el orden. A mediados de mes, confidentes policiales delataron la presencia por los alrededores de Vic de seis oficiales ilimitados reclutando gente. El 10 de julio se produjo una incursión de una partida de 12 *malcontents* en Berga para asesinar al médico y otros particulares, lo cual no fue posible por estar todos ausentes. La madrugada del 18 hubo una tentativa de apoderarse por sorpresa de la ciudad de Gerona, a cargo de unos diez hombres dirigidos por «*Pixola*» e Isern, golpe de mano que fue finalmente frustrado, pero sí lograron reclutar a varios insurrectos gerundenses que se habían acogido al Real indulto.

Por estas fechas, la situación en Cataluña (tal como se puede deducir de lo relatado hasta ahora), había convencido al gobierno de que las medidas policiales y de orden público no eran suficientes para afrontarla. Así, el marqués de Zambrano, ministro de la Guerra, había enviado desde Vinaroz un batallón, que había llegado ya el 22 a Tortosa; el Regimiento de Línea nº. 8 de Málaga estaba en camino hacia el Principado, habiendo alcanzado ya Valencia algunos efectivos del mismo. Su fuerza era de unos dos mil hombres. Además, se habían cursado órdenes a Campo Sagrado para que con las fuerzas militares con que contase, cubriera los corregimientos de Gerona, Solsona y Cardona, reforzase las plazas de Mequinenza, Tortosa y Tarragona y pusiera destacamentos en Cherta y Amposta para cubrir el Ebro. Otro regimiento estaba en camino hacia Zaragoza.

En torno al 20 de julio renació con fuerza la sublevación en las zonas de Gerona, Vic y Manresa: desde este momento la revolución fue cundiendo rápidamente. Los oficiales ilimitados y los voluntarios realistas se iban

continuamente a engrosar las filas de los rebeldes y hasta un oficial de la secretaría de la subinspección se fue con ellos. Es de observar que ningún oficial ni jefe de la clase de oficiales indefinidos se había unido a los revoltosos hasta entonces. En consecuencia, Campo Sagrado ordenó al Mariscal de Campo Romagosa que se dirigiese a la montaña con los voluntarios realistas de su brigada y dos compañías de infantería; además, había de concertarse con el gobernador de Gerona y el comandante Voltas para destruir las partidas de sublevados. El subinspector de Voluntarios Realistas debía recorrer los corregimientos sublevados de Vic, Manresa y Gerona, con la idea de que su presencia sirviese para evitar que los miembros de este cuerpo se uniesen a los cabecillas. También debía advertir y llamar al orden a los jefes y oficiales con conductas sospechosas. Igualmente, dispuso la formación de columnas militares móviles (mandadas por los brigadieres Manso, Torres y Brasa) para recorrer los citados distritos levantiscos, en evitación de que se generalizase la conducta del cuerpo de Voluntarios Realistas que se unían a los rebeldes o se negaban a oponerse a ellos (incluso estando en superioridad numérica). En la provincia de Tarragona también se registró movimiento de insurrectos, si bien la situación se conjuró al estar estacionada una tropa de 300 hombres en Villafranca.

El día 22 apareció «*Pixola*» al frente de una partida de 45 a 50 hombres en Sarriá (Gerona), parte de la cual fue enviada a Pont Major para recoger diez armas. Suárez destaca que pagaban los víveres que obtenían en los pueblos por donde pasaba, y que en un lugar sin especificar habían obtenido 600 libras de un hacendado, bajo pena de muerte. Ese mismo día, la presencia de tropas gubernamentales dispersaron a unos 100 hombres en las alturas próximas al santuario de Nuestra Señora de los Ángeles, cerca de Gerona. Por otro lado, en Vic se presentó una partida de 40 o 50 hombres armados, al mando de los oficiales ilimitados Rosell y Terricabras, mientras partidas de tres, cuatro y hasta diez hombres fueron avistadas a fines de mes en camino para incorporarse, unos a grupos del Ampurdán, otros con «*el Jep dels Estanys*», los demás, con un cabecilla conocido con el apodo de «*Rosser*». Bussons llegaba incluso a permitirse circular una orden, a nombre de S.M., a las autoridades de los pueblos, previniendo que debían convocar al Ayuntamiento, ordenar el apoyo a las compañías de Voluntarios Realistas (que debían estar prontas para el siguiente aviso, haciendo responsables a los oficiales de éstas), e instándolas bajo pena de vida a levantar un somatén general, que debía reunirse en Vallcebre (Barcelona) a la mayor brevedad posible.

El 28 de julio, Campo Sagrado comunicó que los cabecillas *malcontents* Bussons, Abrés, Terricabras y otros habían entrado en varios pueblos, proclamando a Fernando VII y dando gritos contra la Constitución. De algunos de estos pueblos se llevaron armas y exigieron dinero: fue el caso de Blanes (Gerona), donde amenazaron a antiguos milicianos nacionales con incendiar sus casas si no les daban 100 onzas de oro. Las partidas insurgentes eran ya de 20, 40 y 100 hombres; la de Abrés, incluso alcanzaba por entonces los 300. La insurrección proseguía, tal como se recoge en un manifiesto de Bussons, que según Suárez, denotaba mayor entidad que las proclamas anteriores de los sublevados. Iba dirigida contra los constitucionales que con intrigas y cohechos

se enriquecían, incluso más que durante el Trienio Liberal; igualmente, se quejaba de que se les negasen durante meses el pago de sus sueldos —vieja reivindicación de los oficiales ilimitados—, además de denunciar la corrupción judicial, las arbitrariedades y abusos legales de todo tipo, resaltando los ultrajes y humillaciones sufridas por los realistas⁵¹⁶.

3. La gran sublevación (agosto-septiembre de 1827)

A partir de finales de julio de 1827 la insurrección de los *malcontents* de Cataluña cobró proporciones más que alarmantes. Aunque no pareció dar en ningún momento la impresión de ser capaz de lograr otro objetivo que la precaria ocupación de alguna que otra ciudad de segunda categoría, o bien de controlar una parte del territorio catalán donde no hubiera demasiadas tropas, sin embargo, en la mayor parte del Principado se produjo la proliferación de partidas de *malcontents*, cuyos cabecillas mostraban una osadía cada vez mayor. La ocupación militar de Manresa, Vic, Cervera, Reus, Berga y alguna otra población de menor importancia, permitió a los insurrectos la formación de juntas locales, dependientes de una superior de toda Cataluña radicada en Manresa. Josep Bossoms, «*el Jep dels Estanys*», tras haberlo acordado con Agustín Saperes, «*Caragol*», logró un cierto reconocimiento como mando militar supremo de los sublevados. Fue también en esta fase cuando se puede observar ya la actividad generalizada de las principales partidas protagonistas de la sublevación en aquellas zonas donde se desarrolló con mayor intensidad.

El 1 de agosto 120 voluntarios realistas de Manresa, junto con la banda de tambores, se unieron a los revoltosos. Por otro lado, tres días después la Audiencia insistía en la urgente necesidad de aumentar las fuerzas regulares en el Principado, pues los grupos insurgentes crecían considerablemente, amenazando con invadir las poblaciones más importantes de la montaña catalana. A comienzos de mes, surgieron nuevos cabecillas al frente de partidas cada vez más numerosas, de hasta 300 miembros. La ciudad de Vic llegó a estar amenazada por dos guerrillas constituidas por tres centenares de insurrectos cada una. Unos 500 hombres que anteriormente habían pertenecido a partidas de Manresa, Vic, Granollers y Berga, abandonaron la siega y se fueron de nuevo con los sublevados a ganar la peseta y media que les daban. Suárez subraya que no se podía contar con los Voluntarios Realistas catalanes: en unas partes carecían de vestuario apropiado, en otras de armamento y munición, o bien se dedicaban a realizar sus labores en el campo; en otras zonas porque, en lugar de perseguir a los insurrectos, directamente les ayudaban.

La Audiencia catalana comunicaba el día 8 de este mes que las partidas seguían creciendo, entraban en los pueblos y exigían armas y dinero, sin que nadie se les opusiera por falta de tropas, dando gritos a favor de Fernando VII, en apoyo de la Religión y de la Inquisición, y contra la Policía y los masones. En

⁵¹⁶ *Ibidem*, pp. 67-77.

general, el número de hombres que integraban una partida continuaba siendo pequeño: unas pocas decenas de combatientes, llegando a lo sumo a un par o tres de centenares, tal como se comentó. El día 11 de agosto el mencionado tribunal informaba del deterioro general de la situación, sumando ya la insurrección más de 1.000 hombres. Se produjo entonces un intento de ocupar Vic por la fuerza de las armas. Algunos oficiales ilimitados se sumaron activamente a la rebelión, aduciendo que no recibían su paga desde hacía muchos meses.

El 11 de agosto se reunió el Consejo de Ministros, y a la vista de la información facilitada por el capitán general, la Audiencia y la Policía, Zambrano informó que la rebelión en Cataluña era peligrosa por la prolongación y permanencia de los desórdenes, más que por la fuerza, número y calidad de las partidas insurrectas. Además, vista la ineficacia de la política apaciguadora de los indultos, propuso que se recurriese definitivamente al uso de la fuerza. Así, el Consejo acordó instar al general Carvajal, Inspector de los Voluntarios Realistas, a plantear posibles acciones para pacificar el Principado, pedir información al general Romagosa (gobernador del corregimiento de Mataró) y declarar traidores a los cabecillas *malcontents* «*el Jep dels Estanys*» y «*Pixola*».

Ese mismo día, en las proximidades de Vic un destacamento de tropas regulares (25 infantes y 18 jinetes), mandado por el capitán José Moreta, fue sorprendido por la partida del capitán Jacinto Castañ, al pasar por el río Congost, cuando se dirigía a reforzar las defensas de la ciudad. En la escaramuza, murió el citado capitán. También por estas fechas, la Audiencia emitió una circular ordenando que todo pueblo amenazado por los sediciosos debía reunir a cuanta gente pudiera armar y, con el auxilio de los Voluntarios Realistas y de los pueblos vecinos, oponerse a los facciosos y prenderlos. Además, proponía aplicar todo un paquete de medidas represivas concretas —confinamientos, exoneraciones, multas, embargo o secuestro de bienes— y amenazas de procesamiento criminal a los vecinos que no denunciasen el paradero de los sediciosos, o bien colaborasen de cualquier modo con ellos.

El obispo de Gerona, requerido por el Capitán General, emitió una circular advirtiendo que la guerra civil se extendía por momentos en el país, considerando a los insurrectos contrarios a la verdadera doctrina del evangelio. Calomarde se dirigió además a todos los obispos y prelados de órdenes religiosas catalanes, exhortándoles a salir al encuentro de los sublevados y predicarles la paz y sumisión a las autoridades legítimas, obligándoles con sus consejos y pastorales a deponer las armas.

Sin embargo y pese a todo lo anterior, la Audiencia informaba que el 15 de agosto los revoltosos se encontraban en el corregimiento de Vic, con no menos de 900 hombres y con 20 jinetes. A su vez, «*el Jep dels Estanys*» al frente de 200 hombres había irrumpido en Ripoll (Gerona), apenas un cuarto de hora después de haber salido de allí el general Romagosa, por lo que los rebeldes se paseaban impunemente por todo el corregimiento. Por entonces, el destacado jefe Agustín Saperes, «*Caragol*», invadió el Vallés y el distrito de Villafranca del Panadés, siendo derrotado en Piérola (Barcelona) por tropas gubernamentales.

Bosch y Ballester, al frente de una partida de entre 150 y 200 *malcontents*, merodeaba por el corregimiento de Gerona, llegando a desarmar a un destacamento del resguardo de Lloret. A la vez, algunas partidas facciosas se sublevaban en las montañas de la comarca de Vic, exigiendo contribuciones y requisando los caballos. En Lérida se levantó una partida de 20 hombres y en Tarrasa algunos voluntarios realistas, con un capitán al frente, se unieron a los rebeldes.

Entretanto, habían llegado ya al Principado unos 8.000 soldados del Ejército, procedentes de distintos lugares, para sofocar la rebelión. El Ministro de la Guerra redactó una circular a fin de acelerar las operaciones militares, nombrándose al mariscal de campo Juan Antonio Monet comandante en jefe de las tropas, con amplias facultades para ejecutar su plan de acción, cuyo objetivo principal era armar a su discreción a todos los paisanos y habitantes que voluntariamente se prestasen a combatir a los rebeldes.

Mientras tanto, el 28 de agosto Agustín Saperes (a) «*Caragol*», creó una Junta Provincial provisional en Manresa, compuesta por el síndico procurador general de la ciudad, un regidor y diverso personal eclesiástico, que actuaría a sus órdenes con el fin de atender a la administración civil y judicial. Quince días después asumiría su presidencia «*el Jep dels Estanys*». Por estas mismas fechas cayó también Vic en poder de los *malcontents*: el 28 el gobernador comunicaba al alcalde mayor su propósito de abandonar la ciudad, encargándole su gobierno. A las cuatro de la madrugada del día siguiente, salieron de la mencionada localidad barcelonesa, con toda la tropa, algunos oficiales ilimitados, el resguardo y unos 350 mozos de escuadra. El 31 de agosto, Joaquín Laguardia y otros catorce presos en el Fuerte Real de Tarragona por la conspiración de Tortosa de 1825, se fugaron para unirse a los insurrectos, tras reducir a la guardia gracias a la connivencia del oficial Ignacio Llavera, que se les acabó uniendo.

Nada más conocerse en Madrid la caída de Manresa y de Vic en manos de los *malcontents*, el gobierno decidió la disolución de los Voluntarios Realistas de ambas localidades catalanas, ordenó al recién nombrado comandante general de las tropas de operaciones proceder contra los responsables de la creación de la citada Junta de Manresa, y también otras medidas de carácter penal encaminadas a neutralizar a los motores de la insurrección de esta ciudad, así como a sus cómplices y auxiliares (además de averiguar la conducta del gobernador de Manresa y la de los jefes del regimiento de infantería, a los que juzgaría sumarísimamente un consejo de guerra). Mientras tanto, a inicios de septiembre el mencionado Laguardia formó en Cornudella (Tarragona) un batallón armado y equipado que, dando gritos a favor de la Religión, el Rey absoluto, la Inquisición y contra los sectarios, inició sus incursiones en el Priorato. Por su parte, Agustín Saperes publicaba un bando el día 3 del mes, ordenando que todo vecino que tuviese armas o municiones debería entregarlas al comandante realista del pueblo en el plazo de una hora bajo pena de muerte; se fusilaría a toda persona que se resistiese a las armas realistas y a seis individuos como represalia por cada realista que muriese, y finalmente si algún

voluntario realista no quisiera sumarse a la insurrección, debería entregar el armamento y vestuario reglamentarios, y sería reconocido como enemigo.

En cuanto a la marcha general de la sublevación, a comienzos del mes de septiembre, cayeron en poder de los sublevados Cervera, Mataró y Berga. En la primera, se constituyó una Junta corregimental, en la que figuraba José Masnou, capitán de Voluntarios Realistas. Además, la Junta Superior de Mataró nombró Comandante del mencionado cuerpo de Mataró a José Colomer, del Regimiento de Voluntarios de la Justa Causa a José Montaner, y como Coronel del Regimiento de Ausona a Mariano Vilella. Mataró había sido ocupada por 200 *malcontents* a pie y 16 a caballo. El día 6, el cabecilla Bosch y Ballester lanzó un proclama declarándose protector de la ciudad y dando disposiciones a sus hombres para que no cometiesen excesos, prometiendo que los subsidios requeridos, de ser necesarios, serían moderados. En cuanto a Berga, después de un largo asedio, se rindió a los sublevados capitaneados por «*el Jep dels Estanys*», «y toda la Montaña obedeció a su voz»⁵¹⁷.

El día 6 de septiembre, Juan Rafí Vidal, comandante de Voluntarios Realistas del campo de Tarragona y el Priorato, con órdenes de combatir a los insurrectos, entró en Reus y anunció públicamente desde el ayuntamiento que se unía a los sublevados, convencido de estar defendiendo al rey absoluto Fernando VII y la religión antigua⁵¹⁸. Por su parte, Narciso Abrés (a) «*Pixola*», había conseguido reunir varias partidas y con ellas pretendió incluso sitiar Gerona —llegando a enviar el 10 de septiembre a un oficial con una trompeta como parlamentario para exigir la rendición de la plaza—. Mientras tanto, Rafí recorría con sus combatientes el campo de Tarragona y estrangulaba las comunicaciones terrestres de la ciudad, ocupando diversos puntos neurálgicos cercanos a ella.

A la vez, el general Romagosa se dirigía a Madrid, a donde llegó el 7 de ese mes. Al día siguiente, se entrevistó con el rey exponiéndole la situación en que se encontraba la revuelta de los *malcontents* en Cataluña. Romagosa fue enviado de nuevo al Principado, para entrevistarse con los sublevados, valiéndose del prestigio que tenía entre ellos y hacerles deponer las armas. Retornado inmediatamente a territorio catalán, el enviado regio se entrevistó con Bossoms, que se limitó a detenerle en Berga, siendo conducido preso Romagosa a algún refugio seguro de los insurrectos en la Alta Montaña catalana, donde permaneció hasta el fin de la sublevación. Visto lo anterior, el 8 de septiembre el Consejo de Ministros adoptó una serie de medidas excepcionales para atajar la rebelión: designar al joven general Monet para hacerse cargo de las operaciones militares en Cataluña; destituir a Campo Sagrado, nombrando como nuevo capitán general de Cataluña al Conde de España; enviar más tropas al

⁵¹⁷ *Ibidem*, p. 90.

⁵¹⁸ Joan Rafí Vidal formó y encabezó una partida guerrillera realista durante el Trienio Constitucional, durante el cual estuvo a las órdenes directas de Juan Romagosa y Pros (futuro jefe militar del carlismo catalán). Finalizo la Guerra Realista con la graduación de coronel ilimitado. Más información de este destacado jefe guerrillero *malcontent* en el artículo de Arnabat Mata, R. “Notes sobre l'aixecament...op. cit., p. 111.

Principado y autorizar a la Audiencia a cambiar bailes y alcaldes, declarar delito el toque a somatén y dar amplísimos poderes al nuevo capitán general.

Todo lo anterior, se concretó en la formación de un numeroso ejército de operaciones (20.200 hombres y 400 caballos), dividido en dos divisiones, mandadas respectivamente por el conde de España y el general Monet. Además, el 18 de septiembre se hizo pública la decisión de Fernando VII de desplazarse personalmente a Tarragona. Mientras se formaba el mencionado contingente operativo, los *malcontents* continuaban con su campaña, que les permitió el control casi total de la situación del territorio. El 19 una partida liderada por Mariano Castells irrumpió en la cuenca ilerdense de Tremp: según Suárez contaron inmediatamente con el ferviente apoyo de sus habitantes, muy especialmente de los Voluntarios Realistas de Talarn, Tremp y de los de Isona y Conca Dellá. Por entonces, también en tierras ilerdensas, José Montaner había salido de Cervera para sublevar Solsona, sitiando Cardona (Barcelona) el día 20 de septiembre. Además, Rafí Vidal hizo pública la constitución de la Junta corregimental del Campo de Tarragona, de la que asumió la presidencia. También se procedió a estrechar el cerco de la capital tarraconense. Por otro lado, el día 21 Fernando VII salió de El Escorial, acompañado por Calomarde y un pequeño séquito, con dirección a Tarragona. El día 24 llegaba a Albacete, a la vez que Mariano Vilella entraba en Puigcerdá (Gerona) al frente de sus hombres, tras forzar a las tropas gubernamentales que le atacaron a retirarse; finalmente, tras ser derrotadas de nuevo por Vilella tras un breve combate, fueron obligadas a refugiarse en Francia⁵¹⁹.

4. El final (octubre-diciembre de 1827 y los intentos de 1828)

Federico Suárez afirma que la Revuelta de los *Malcontents* se deshizo con gran rapidez, tan pronto Fernando VII entró en Cataluña. Es preciso tener en cuenta que, para entonces, ya había un numeroso ejército en territorio catalán, lo que sin duda constituyó un poderoso elemento disuasorio a tener en cuenta. Pero no es menos cierto que la gran mayoría de los cabecillas *malcontents* accedieron voluntariamente a deponer las armas en cuanto el rey se lo requirió. El día 27 de octubre lo pasó el soberano en Vinaroz, hasta que el conde de España desalojó a los sublevados del Coll de Balaguer (Tarragona), emprendiendo el viaje a la capital de la provincia al día siguiente, una vez asegurado el camino. Recién llegado a esta ciudad, Fernando VII lanzó una proclama a los sublevados, instándoles a deponer las armas. Se puede decir que los principales dirigentes de la revuelta procedieron a la disolución de sus fuerzas casi de inmediato: sucesivamente, se fueron rindiendo y entregando las armas los sublevados del corregimiento de Cervera; los de Villafranca del Penedés (con su jefe, Pedro Morató al frente); en tierras tarraconenses, en Vilabella se presentaron su alcalde y 25 rebeldes con el sargento primero retirado, Agustín Salvat, que los mandaba, mientras que en Montbrí del Camp, lo hicieron 43

⁵¹⁹ Suárez, F. *Documentos del reinado...* op. cit., vol. I, pp. 80-95.

hombres junto con su capitán Eduardo Abajar, que lo era de los Voluntarios Realistas. Por su parte, los miembros de la Junta de Manresa se presentaron en el cuartel general del conde de España, a excepción de Agustín Saperes, (a) «*Caragol*», que habría huido.

Este mismo historiador señala que para el día 10 de octubre de 1827 la Guerra de los *Malcontents* podía darse prácticamente por liquidada. El día 12, de acuerdo con las declaraciones tomadas a los que se iban entregando, se calculaba que podían quedar aún sobre las armas unos 1.500 hombres liderados por Bossoms, que los había dividido en pequeñas partidas que eran perseguidas por las tropas de España. Asimismo, existían rumores sobre la fuga a Francia de este cabecilla. Además, el jefe rebelde y capitán ilimitado Jacinto Castañ había contactado con el gobernador de Figueras para rendir sus armas y las de su partida. Por otra parte, el ejército de operaciones al mando del conde de España iba limpiando el territorio catalán de alguna que otra partida suelta o aislada, batiéndolo metódicamente: así, el día 8 estaba en Manresa, desde donde se dirigió a Cardona y Berga; el 13 estaba en Vic, desde donde prosiguió a Gerona y Olot; Bossoms fue alcanzado en Berga, y cuando se diseminaron los sublevados en partidas fraccionadas, las persiguió, destrozándolas sucesivamente en Crespa, Castellón de Ampurias y Olot. Joaquín Laguardia (que había conseguido reunir algunos restos de las fuerzas de Rafí Vidal), tras vagar por el Priorato y perseguido por un destacamento militar, consiguió cruzar el Ebro; tras un combate al que sólo sobrevivieron 26 *malcontents*, Laguardia, junto con 9 irreductibles, lograron huir a las montañas. Finalmente, el 6 de noviembre fueron detenidos todos ellos.

Narciso Abrés, que se había ocultado en una masía de San Pedro de Falgás —con una pierna rota al caerse del caballo—, fue hecho prisionero el 29 de octubre por un capitán del ejército. El 5 de noviembre el cabecilla Joaquín Bux (que había sido el primer gobernador de Vic nombrado por los sublevados) fue detenido en Villareal, en el reino de Valencia. A Francia huyeron algunos de los jefes *malcontents* principales (como Saperes, Bossoms o Domingo Queralt), y otros no tan importantes. También Esteban Dinat, «*Guré*», uno de los primeros en tomar las armas. Nada más exiliarse en Francia fueron estrechamente vigilados por agentes del gobierno español, que informaban asiduamente de sus movimientos a las autoridades fernandinas. Gracias a este espionaje se pudo capturar a Bossoms, que fue alevosamente asesinado en el Coll de las Falgueras gerundense (entre Rocabruna y Beget), después de ser perseguido por mozos de escuadra apoyados por paisanos armados del distrito. También fue fusilado por el conde de España el destacado líder insurrecto Rafí Vidal.

Es importante resaltar que algunos de los más destacados jefes de partida *malcontents* volverán a distinguirse como cabecillas guerrilleros (e incluso comandantes militares) en la Primera Guerra Carlista, como por ejemplo, Agustín Saperes, «*Caragol*», o el mismo Josep Pons Viladas, alias «*El Pep de l'Oli*», veterano de la Guerra de la Independencia y guerrillero realista en el conflicto bélico del Trienio Constitucional de 1820-1823.

En cuanto a los escasos conatos de 1828, apenas sería reseñable la entrada de un puñado disperso de partidas muy fragmentadas y debilitadas (entre febrero y finales de abril), formadas por unos pocos hombres, que cruzando los Pirineos gerundenses se presentaron en poblaciones como Boadella o Berga; tras exigir raciones, pasaportes y armas, saquearon algunas masías aisladas. Las autoridades consiguieron en todos los casos perseguirlos y ponerles en fuga, causándoles a menudo algunas bajas y capturando varios presos. Todos estos movimientos de incursión y tentativas de insurrección, liderados desde Francia por Saperes, no pasaron de simples maquinaciones. La sublevación de los agraviados catalanes podía considerarse ya definitivamente erradicada desde diciembre de 1827. Estas pequeñas, esporádicas y casi inofensivas acciones no causaron ninguna preocupación a las autoridades en Cataluña⁵²⁰.

Por último, cabe destacar que, según Pedro Rújula, la Guerra de los *Malcontents* en Cataluña significó un duro golpe para la confianza de los sectores absolutistas (tanto de la propia sociedad como del Estado mismo), en la función y comportamiento del cuerpo de Voluntarios Realistas. La implicación destacada de muchos componentes de la mencionada milicia paramilitar, e incluso el empleo de su organización como plataforma para iniciar el levantamiento, dejó muy claro a la vista de todo el mundo los evidentes riesgos que comportaba el mantenimiento de un instituto armado de ese tipo, especialmente en el Principado. Ello explicaría su disolución en todo el territorio catalán⁵²¹.

7.3 Repercusiones de la revuelta de los Agraviados en el resto de España

Jaime Torras Elías afirma que de la proclama efectuada por Bossoms el 30 de julio de 1822 como presidente de la Junta manresana, parecía desprenderse, implícitamente, el carácter estrictamente regional de la insurrección realista catalana. Sin embargo, muy pronto los *malcontents* dejaron de hacer diferencias entre las diversas provincias y llamaron al levantamiento de los demás agraviados de toda España: en ocasiones, incluso dando por descontado su solidaridad y cooperación, tal como sucedió en el caso de los supuestos doscientos mil realistas de otras provincias (despreciados y perseguidos por el «infame gobierno fernandino» en palabras de Clará), según Torras⁵²². No obstante, no se produjo el esperado levantamiento generalizado de todo el territorio español, pese a que la mencionada junta anunciaba el 23 de septiembre tener noticias —sin duda, excesivamente optimistas— que parecían señalar lo contrario, al menos en Navarra, Aragón, Valencia, Andalucía y Galicia.

Sin embargo, no deja de ser cierto que, a partir de septiembre de 1827, el movimiento de los agraviados pareció irradiar desde Cataluña hacia las regiones

⁵²⁰ *Ibidem*, pp. 96-99.

⁵²¹ Rújula, P. *Contrarrevolución. Realismo y...* op. cit., p. 119.

⁵²² Torras Elías, Jaime. *La guerra de los...* op. cit., pp. 84.

límites. Rújula precisa que en Aragón los principales signos de agitación se dieron en Sariñena (donde se sublevó Miguel Nogueras), Candasnos y Fraga, en lo que respecta al norte del Ebro. Pero la mayor intensidad se centró en el Bajo Aragón: hubo un intento de sublevar Caspe y Calanda. Cuando los insurrectos agraviados comenzaron a ser perseguidos, se refugiaron en los Puertos de Beceite, como sucedió con José Ralda a comienzos de octubre de 1822, y con Chulví a finales de año. Los ayuntamientos desempeñaron un papel decisivo en esta respuesta, y para ello emplearon al cuerpo de Voluntarios Realistas como fuerza disponible a su servicio. Así lo hicieron, por ejemplo, las corporaciones locales de Alcañiz —donde habían llegado a levantarse algunas pequeñas partidas— y de Morella⁵²³.

Para Suárez, la penetración de los *malcontents* más importante en estos territorios fue la realizada a mediados de septiembre en el norte de Aragón, donde el cabecilla Agustín Gesé se presentó al frente de una partida, afirmando que asumía el mando de todos los agraviados aragoneses por nombramiento de la Junta de Manresa, ordenando a corregidores y alcaldes fijar proclamas de Saperes⁵²⁴.

Pero tal vez fuese en la Comunidad Valenciana donde la actividad insurreccional de los agraviados llegase a ser más amenazadora. Subraya Torras que, desde mediados del citado mes, empezó a haber constancia de que grupos de *malcontents* procedentes de Cataluña habían incursionado en el Maestrazgo, desarmado a los Voluntarios Realistas de seis o siete pueblos y formado una partida de cerca de un centenar de combatientes. Jefes de partidas de agraviados que se destacaron en estas comarcas fueron José Belda, Folch (que parecía ser el jefe en la zona de Peñíscola y Tortosa), «el Royo de Alcanar», Rambleta, Vicente Colubí y Monteverde. Se produjeron choques armados en San Mateo, Canet lo Roig y Rossell, todos en la provincia de Castellón de la Plana. La revuelta comenzó a preocupar seriamente a las autoridades, sobre todo a partir de que se descubriese en la ciudad de Valencia una conspiración para propagarla al resto del territorio. El 12 de septiembre, el general Longa, capitán general de Valencia, inició una enérgica actuación para cortarla de raíz: advirtió seriamente a los superiores de los conventos de la capital, responsabilizándoles de mantener el orden y la calma en los mismos, y se concentró a 12 destacados jefes realistas de la época del Trienio, con gran prestigio en la provincia, entre ellos Sempere y Valero, que se sabía fehacientemente que estaban en contacto con los alzados. Así, se sofocó la conspiración. El mencionado Rambleta y algunos partidarios suyos, fueron aprehendidos en Benasal y posteriormente fusilados en Castellón de la Plana. Pese a todo, algunas partidas de agraviados valencianos se mantuvieron activas, protegidas por el accidentado relieve del Maestrazgo hasta el invierno de 1822. El 21 de diciembre, Ramón de Meer salía de Barcelona al frente de

⁵²³ Rújula, P. *Contrarrevolución. Realismo y...* op. cit., pp. 136-141.

⁵²⁴ Suárez, F. *Documentos del reinado...* op. cit., Vol. I, pp. 92-93.

unos 80 hombres del Regimiento de Infantería Ligera de Voluntarios de Gerona, sofocando los últimos restos de la rebelión⁵²⁵.

Respecto a este mismo territorio, Suárez apunta a la margen derecha del Ebro y alrededores del Cenia (que señalaba el límite entre Valencia y Cataluña), como la zona donde una partida de *malcontents* pareció, por momentos, que podría extender la revuelta en esta zona. Pero el citado capitán general de Valencia, acudió en persona al frente de sus tropas, persiguiéndoles hasta que les obligó a repasar el río y huir en dirección a Cataluña. Además, el 13 de septiembre se tuvo noticia de que una partida, constituida por cien caballos y algunos infantes, iba por tierras castellonenses desde Alcalá de Chivert hacia San Mateo, mientras otro grupo guerrillero habría entrado en los pueblos de Chert, Canet y el propio San Mateo, donde desarmaron a los voluntarios realistas⁵²⁶.

También en las Vascongadas se registró alguna actividad armada de los agraviados. La noche del 2 de octubre de 1827 una partida de unos 40 hombres, liderados por el oficial ilimitado Asensio Lausagarreta (veterano realista, miembro de la partida de Gorostidi entre 1821-1823), sorprendió a los habitantes de Ullibarri-Arazua, próximo a Vitoria, y les requisó 22 fusiles y 4 uniformes, dando gritos a favor del rey, la religión y la Inquisición⁵²⁷. Al día siguiente, también de noche, la partida trató, sin conseguirlo, de llevarse diversos víveres del pueblo guipuzcoano de Arechavaleta. Perseguidos por los voluntarios realistas de los pueblos vecinos, y faltos del apoyo popular que, sin duda, esperaban obtener, los agraviados se acabaron refugiando en el cercano monte de Aránzazu. Sin embargo, los guerrilleros fueron desertando o cayendo en poder de las fuerzas movilizadas por las diputaciones vascas y de Navarra, hasta que finalmente el día 11 de ese mes fue capturado el jefe de la partida, Lausagarreta, que en el momento de su detención se había quedado prácticamente sólo⁵²⁸.

En otras zonas españolas tan solo se produjeron “chispazos” aislados, como el que recogía la prensa madrileña el 9 de noviembre de 1827: la noticia informaba sobre las actividades de la partida del alférez ilimitado Luis Escudero (cuyos integrantes eran, al parecer, todos del pueblo guadalajareño del Casar de Talamanca), que merodeó por varias localidades de la comarca, requisando caballerías y armas, al grito de mueran los negros. Concluía dicha prensa señalando que la citada partida estaba a punto de ser completamente desarticulada, pues 7 de los 14-16 hombres que la constituían ya habían sido apresados y fusilados. De todo lo anterior, Torras concluye que el ejemplo de los *malcontents* catalanes no tuvo apenas repercusiones reseñables desde el punto

⁵²⁵ Torras Elías, J. *La guerra de los ...*op. cit., pp. 85-87.

⁵²⁶ Suárez, F. *Documentos del reinado...*op. cit., Vol. I, p. p. 92-93.

⁵²⁷ Arrillaga, J.; Autiz, M.; Alzuru, A. *Relación histórica de...*op. cit., p. 15.

⁵²⁸ Torras Elías, J. *La guerra de...*op. cit., p. 87.

de vista militar en el resto de España. Ello sería una de las causas más decisivas de su fulgurante derrumbamiento y erradicación definitiva⁵²⁹.

7.4 Las partidas guerrilleras de los *malcontents*

El análisis de las partidas guerrilleras de los *malcontents* se realizará en base al artículo “La Guerra de los Malcontents: ¿una guerra de guerrillas?”, cuyo autor es Javier Posada Moreiras, publicado por la Revista Universitaria de Historia Militar, donde se estudian la composición, cuantificación numérica, perfil operativo, armamento y acciones guerrilleras más características de estas unidades combatientes catalanas a lo largo del mencionado conflicto bélico⁵³⁰.

En cuanto a su cuantificación, Arnabat apunta que las listas oficiales de *malcontents* que actuaron en Cataluña durante la guerra, arrojan una cifra total de unos 8.000 rebeldes. Pero reconoce que, a partir de toda la documentación dispersa recogida por los historiadores que han estudiado este conflicto bélico y de la poca información publicada en la prensa, es posible deducir que, como mínimo, el número de agraviados catalanes podría ser el doble. De hecho, la mayoría de estudiosos de este fenómeno coinciden en incrementarlo hasta los 20.000 guerrilleros intervinientes a lo largo de los poco más de diez meses de operaciones efectivas en el Principado. Torras Elías incluso va más allá: citando fuentes diplomáticas francesas, da la cifra de 23.337 *malcontents* armados, para terminar elevando hasta 30.000 el número de combatientes catalanes en el verano de 1827, periodo álgido de la guerra⁵³¹.

Con respecto al perfil militar de estas partidas, cabe destacar como uno de sus rasgos esenciales la importante presencia de miembros del cuerpo de Voluntarios Realistas en sus filas, hasta el punto de llegar a constituir más de la mitad de los efectivos con que contaron los rebeldes del Principado. En algunos casos, como el de Igualada (Barcelona), llegaron a integrar más de dos tercios del total de insurgentes de esta población. Tanto es así que, como prueba incontrovertible de la implicación en la Guerra de los *Malcontents* de este instituto paramilitar, se produjo la fulminante disolución del mismo en Cataluña al finalizar el conflicto⁵³².

Otra característica principal es que la mayoría de sus mandos eran oficiales ilimitados (casi todos, antiguos jefes de las partidas guerrilleras de la

⁵²⁹ *Ibidem*, p. 87. Para más información sobre la Guerra de los *Malcontents* o Agraviados, se puede ampliar la información en Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 54-67, 69-91, 104-105 y 113-116, así como en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo II, pp. 158-167.

⁵³⁰ Posada Moreiras, J. “La Guerra de los *Malcontents*: ¿una guerra de guerrillas?”. En *Revista Universitaria de Historia Militar*, volumen 9, número 19, 2020, pp. 165-185.

⁵³¹ *Ibidem*, p. 178.

⁵³² Sobre la actuación del cuerpo de Voluntarios Realistas en la Guerra de los *Malcontents* en favor de los rebeldes y que provocó su disolución en Cataluña, ver epígrafes 7.2 y 7.3 de esta tesis doctoral (especialmente, la p. 190), así como *Ibidem*, pp. 178-179.

Guerra Realista que no fueron incorporados al ejército, dándoseles una “licencia ilimitada”, como ya se sabe). A modo de ejemplo, baste citar los casos del coronel de infantería José Rambla, el futuro mariscal de campo carlista Domingo Forcadell Michavila, los también coroneles de infantería Domingo de Caralt y Agustín Saperes alias «*Caragol*» (uno de los principales jefes militares de los *malcontents*), José Bossoms (a) «*el Jep dels Estanys*» —coronel ilimitado y destacado mando rebelde, responsable, entre otras acciones durante la guerra, del bloqueo de Cardona— o el teniente ilimitado Pedro Morató, posteriormente nombrado capitán del cuerpo de Voluntarios Realistas, y que llegará a convertirse en el principal jefe militar de los agraviados catalanes. De hecho, Torras Elías señala a estos oficiales ilimitados como uno de los principales factores activadores de la rebelión, precisando que eran, aproximadamente, unos 1.000 en la Cataluña de la época.

Torras Elías también afirma que fueron los sectores económicos más deprimidos de la población rural los que se mostraron más receptivos al reclutamiento por parte de la cúpula de los *malcontents*, constituyendo el grueso de los efectivos de sus fuerzas combatientes. El perfil militar descrito constituye una de las claves que explicaría la fuerza combatiente con que contaron en poco tiempo dichos rebeldes catalanes: efectivamente, habría sido la capacidad de movilización de sus jefes naturales, la mayoría de ellos oficiales ilimitados o mandos de los Voluntarios Realistas (que contaban con la experiencia bélica adquirida apenas cuatro años antes en la mencionada campaña contra el Trienio Liberal), lo que hizo posible la dimensión militar que adquirió este fenómeno histórico en relativamente poco tiempo.

Si a todo lo anterior se añade que los miembros del cuerpo de Voluntarios Realistas ya disponían de su propio armamento, que tenían cierto entrenamiento en su manejo y que poseían algún tipo de experiencia bélica —obviamente, la mayoría, no todos—, resulta fácil de entender el rápido despliegue de los insurrectos catalanes, así como la potencia que adquirió la rebelión. Urquijo Goitia también reconoce la identificación mayoritaria de los responsables de los Voluntarios Realistas con la causa de los sublevados, provocando así la incorporación generalizada de sus miembros a la lucha, de manera más o menos voluntaria. En cuanto a la base social de los *malcontents*, este mismo autor afirma que su principal apoyo residía en las zonas rurales y entre los sectores sociales que se podían considerar marginados social o políticamente por el régimen fernandino, caso de los oficiales ilimitados (a los que Urquijo define como mandos militares que quedaron de reemplazo, es decir, sin plaza efectiva en los cuerpos de su arma y, especialmente, los reformados o “purificados” durante la Década Ominosa), o bien de jornaleros agrícolas sin trabajo⁵³³.

Desafortunadamente, no hay demasiada información sobre un tema tan crucial como el del armamento utilizado por las partidas de los *malcontents*. Sin

⁵³³ Para ampliar la información sobre este perfil militar de los *malcontents* combatientes, ver *Ibidem*, pp. 179-182.

embargo, sí consta que muchos rebeldes se habían presentado, al abandonar las partidas, exclusivamente ante las justicias de los pueblos más cercanos o de su domicilio, sin haberse rendido antes y entregar sus armas a la autoridad militar más inmediata. En consecuencia, el Gobierno fernandino envió una Real Orden a la Real Audiencia de Cataluña. En ella se establecía con fecha 4 de octubre de 1827 que las justicias de todos los pueblos del Principado quedaban habilitadas para admitir la rendición y entrega de armas, indicando en un documento el armamento entregado y sus clases. Cuando se presentasen sin él, dichas justicias indagarían su paradero y lo recogerían, reflejando en las listas nominales que tenían que emitir todas estas circunstancias.

En cuanto al tipo de armamento concreto intervenido a las partidas insurgentes, resalta por su detalle el del corregimiento de Villafranca. Durante la guerra, en este corregimiento se contabilizaron un total de 314 *malcontents*, a los que se les retiraron unas 382 armas largas de fuego, fundamentalmente, carabinas, fusiles y escopetas. A la finalización de la campaña, casi la mitad de las armas utilizadas por los insurgentes quedaron en manos de sus jefes, que las escondieron en depósitos seguros, mientras que la otra mitad fue entregada a las autoridades locales o militares. Todo ello indicaría un alto porcentaje de armamento que fue ocultado por los guerrilleros catalanes, sustrayéndolo al control de las autoridades, además de la subsistencia de un foco latente para ulteriores insurrecciones armadas realistas.

También se dispone de información sobre el armamento utilizado por los rebeldes catalanes del corregimiento de Tortosa, registrado en los mencionados listados elaborados a instancias de la orden real. Se puede apreciar que casi todas las armas procedían del cuerpo de Voluntarios Realistas de las localidades de esta demarcación. Sobre el número y el tipo específico de estas armas entregadas, debe subrayarse que la mayoría de los implicados se presentaron armados: de un total de 266 *malcontents* tortosinos que participaron en la guerra, 93 se presentaron con fusil (10 de ellos, además, con bayoneta); 23 portaban espada; 13 iban armados con carabinas; 12 poseían escopetas; 3 sólo llevaban bayonetas; 8 disponían de sable; 1 disponía de un trabuco y, finalmente, sobre tres de estos insurgentes no se especifica el tipo de armamento que portaban⁵³⁴.

Aunque las cifras de armamento reflejadas son referidas a tan sólo 580 *malcontents* de los corregimientos de Tortosa y Villafranca, nótese que su análisis permite deducir que las partidas de agraviados catalanes utilizaron, básicamente, armamento individual portátil: sobre todo, armas largas de fuego, además de armas blancas. Ambas eran muy comunes entre las utilizadas por

⁵³⁴ Los ejemplos citados sobre las cantidades y los tipos de armas entregadas por los insurrectos catalanes figuran en Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, legajos 51.557 y 51.558.

las guerrillas contemporáneas, como ya se comentó en el epígrafe 4.5 de esta tesis sobre armamento guerrillero⁵³⁵.

Entre las acciones más frecuentes de estas partidas, características de las guerrillas, se produjeron sabotajes, requisas, ataques a diligencias y correos oficiales, así como el incendio de almacenes y depósitos de víveres. También cabe mencionar la ocupación militar mediante golpes de mano de poblaciones importantes, como Manresa, Igualada, Cervera, Vic, Valls, Reus, Talarn y Puigcerdà y el amplio uso por parte de los jefes *malcontents* de una institución como los somatenes (ya estudiados en esta tesis), activados recurrentemente como mecanismo de movilización popular tradicional en el Principado. Por otra parte, no se pueden considerar acciones propias de la guerra irregular, aunque también fuesen llevadas a cabo por los insurgentes catalanes, el asedio de Gerona ni el bloqueo de Cardona, dirigido por José Bossoms: se trata de operaciones más propias de ejércitos regulares, como quedó explicado en el epígrafe 3.7 de este trabajo —donde se realiza un análisis comparativo entre las guerrillas y los ejércitos del siglo XIX—⁵³⁶.

La operatividad de los *malcontents* puede llegar a sorprender por su iniciativa, así como por su capacidad material y organizativa, en su conjunto, muy superiores a las que cabría esperar de unas guerrillas canónicas. De hecho, consiguieron colapsar las comunicaciones y la actividad económica del Principado durante algunos periodos del conflicto. Tal vez su efectividad se debiese a la heterogeneidad y flexibilidad de la composición de sus fuerzas, integradas por mandos militares ilimitados —sus jefes— y una masa combatiente de paisanos (campesinos y artesanos). Mención aparte merece el otro gran componente principal y cualificado de los rebeldes: las unidades locales de Voluntarios Realistas del Principado.

Desafortunadamente, no existen registros oficiales de estos componentes de los Voluntarios Realistas en Cataluña (recuérdese, pertenecientes a una institución disuelta tras la guerra), que se puedan confrontar con las listas de encausados *malcontents*. Pero si se analizan los datos ofrecidos por las fuentes especializadas sobre las localidades donde, entre los insurrectos alzados, hay una preponderancia clara de voluntarios realistas, es posible captar hasta qué punto el reclutamiento se organizó a partir de las propias unidades o destacamentos locales de esta milicia cívica de seguridad. De hecho, permite concluir que constituyeron el nervio o “núcleo duro” de las partidas rebeldes, posibilitando (y de paso, explicando) el importante salto cualitativo experimentado por la guerra a partir del verano de 1827.

Profundizando en este análisis, el desarrollo de las operaciones bélicas evidencia que un factor decisivo para su generalización a gran escala fue,

⁵³⁵ Más información sobre el armamento de las partidas rebeldes catalanas en *Ibidem*, pp. 173-175.

⁵³⁶ *Ibidem*, p. 176.

precisamente, la incorporación masiva al movimiento insurreccional, a partir del citado periodo, de voluntarios realistas locales. Este hecho justificaría, de por sí, el súbito recrudecimiento y sostenimiento del esfuerzo de guerra de los *agraviats* catalanes. Con todo, lo más trascendental de esta fuerte implicación de miembros de la milicia absolutista es, de largo, que es bastante plausible que no participasen en las acciones a título individual, sino que fuesen movilizados corporativamente: los contingentes y armamento empleados permitirían deducir que, a menudo, sus unidades constituían la infraestructura original de las grandes partidas de *malcontents*, articulando su encuadramiento militar. Además, este es un elemento que deviene decisivo en el crucial aspecto de las armas usadas por los rebeldes, explicándose por proceder directamente de los arsenales realistas.

Por otro lado, la compleja naturaleza de la Guerra de los *Malcontents* y la envergadura de su escala bélica, se reflejan tanto en la diversidad operativa de las partidas catalanas, como en la heterogeneidad de su composición. Recapitulando, se pueden contemplar las siguientes conformaciones básicas:

- Guerrilleros *malcontents* que integraron durante meses partidas estables, que operaban preferentemente en terrenos montañosos, con acciones típicas como asaltos por sorpresa, emboscadas, requisas y sabotajes.
- Miembros del cuerpo de Voluntarios Realistas que sólo participaron en determinadas operaciones rebeldes, siempre encuadrados en sus respectivas unidades y a las órdenes de sus mandos naturales (piénsese en los sitios de Gerona y Tarragona o en el bloqueo de Cardona).
- Los muchos campesinos que intervinieron, exclusivamente, cuando algún líder *malcontent* (en la mayoría de los casos, mandos militares ilimitados), los convocaban a la lucha a través del somatén de sus pueblos respectivos. Recuérdesse que esta institución tradicional catalana de autodefensa local fue ampliamente utilizada por la cúpula rebelde a modo de movilización general popular, hecho recalcado por diversas fuentes de la guerra.

Como consecuencia de todo lo visto hasta ahora, no puede dejar de subrayarse la trascendencia militar y política de la Revuelta de los *Malcontents*, causante del principal desplazamiento de Fernando VII durante su reinado. Efectivamente, permaneció en Cataluña durante varios meses, acompañado por un fuerte ejército expedicionario de 20.200 hombres y 400 caballos, al mando del conde de España, hasta la total eliminación de la revuelta armada. También se aprovechó para desarticular los planes realistas encaminados a preparar el acceso al trono de su hermano Carlos María Isidro⁵³⁷.

⁵³⁷ Archivo General de Palacio (AGP), *Papeles Reservados de Fernando VII*, tomo 86 (contiene un diario de viaje del desplazamiento del Rey desde el real Sitio de San Lorenzo hasta la plaza de Tarragona en septiembre de 1827 [fol. 4r-fol. 15r]; su estancia por más de tres meses en Barcelona [fol. 33r-fol. 76v] y su regreso a Madrid en agosto de 1828. También es posible consultar en este archivo los preparativos del amplio dispositivo militar de escolta—en los que

A modo de balance, cabría afirmar que la Guerra de los *Malcontents* fue, básicamente, una movilización de numerosos contingentes del cuerpo de Voluntarios Realistas en Cataluña —piénsese en la cifra de más de 20.000 combatientes rebeldes que apuntan múltiples fuentes—, cuyo alzamiento permitió la ocupación de algunas ciudades importantes como Manresa, Cervera, Vic, Berga e Igualada. También posibilitó abordar otras operaciones militares complejas (como las mencionadas de Cardona, Tarragona y Gerona). Igualmente, explicaría la rápida disolución del alzamiento tan pronto como Fernando VII se desplazó al Principado. Además, la acción puramente guerrillera emprendida por las partidas de civiles, capitaneadas en su mayoría por mandos militares ilimitados, fue más bien escasa. De todos modos, se han de reconocer los múltiples interrogantes subsistentes para dar el tema por cerrado, lo que requerirá de ulteriores investigaciones.

intervino el propio monarca—, que habría de cubrir la marcha regia a todo lo largo de su desplazamiento a Cataluña. Ver AGP, *Reinado de Fernando VII*, caja 550, exp. 19. Además, existe un estudio de los viajes de Fernando VII en Sevillano Calero, F; Soler Pascual, E. (eds.), *Diarios de viaje de Fernando VII (1823 y 1827-1828)*, estudio introductorio de Laparra López, E. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013.

VIII. LAS GUERRILLAS CARLISTAS EN LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS (1833-1840)

8.1 Orígenes, causas y fases de la Primera Guerra Carlista

El carlismo arranca, en puridad, del pleito dinástico planteado a la muerte de Fernando VII, defendiendo la legitimidad que asistía a su hermano Carlos María Isidro para ocupar el trono. Sin embargo, sus raíces (lo que se ha denominado como “precarlismo” en esta tesis doctoral), son anteriores, y pueden reconocerse en la Guerra de los Agraviados o *Malcontents*, las luchas realistas contra el Trienio Constitucional e incluso antes, en las guerrillas de 1808 y el levantamiento popular y patriótico contra la ocupación napoleónica y sus colaboradores interiores o afrancesados⁵³⁸. Pero, independientemente del conflicto sucesorio desencadenante de esta guerra, lo que realmente importa en un trabajo como este —enfocado en el análisis de las guerrillas carlistas desde la perspectiva de la historia militar—, es exponer cuáles eran las auténticas cuestiones que preocupaban al combatiente carlista, que le moverán a pelear en este largo y duro conflicto armado civil. Tal como señala Alfonso Bullón:

“Para él se luchaba por algo mucho más próximo, muchos más inmediato, por uno de los primeros y fundamentales derechos del hombre: el derecho a poder continuar siendo él mismo, a no tener que cambiar sus tradiciones, su forma de vida y pensamiento, si así no lo desea. Y esa defensa de la tradición en contra del liberalismo es lo que explica que en las filas de Don Carlos se encuentren miembros de los más diversos sectores sociales, pues lo que se defendía no eran intereses concretos, sino toda una forma de entender el mundo”⁵³⁹.

¿Y en qué consistía, básicamente, esta cosmovisión carlista? Bullón hace arrancar la ideología del primer carlismo, el de inicios del siglo XIX, a partir del pensamiento tradicional de la España del siglo XVII. Defiende el espíritu y costumbres seculares hispánicos, las viejas leyes, encarnados en la conciencia evangelizadora y motriz del Imperio de los Austrias; la limitación del poder real preconizada por la escuela jurídica española del Siglo de Oro y las libertades

⁵³⁸ Para una explicación detallada sobre los orígenes y antecedentes del carlismo, se puede consultar Oyarzun, R. *Historia del carlismo...* op. cit., pp. 7-21; Bullón de Mendoza, A. *Auge y ocaso de Don Carlos. La Expedición Real*. Madrid: Arca de la Alianza Cultural, 1986, pp. 14-15; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. “Las Guerras Carlistas”. En Bullón de Mendoza, A. (dir.), *Las Guerras Carlistas...* op. cit., pp. 19-67; Aróstegui, J.; Canal, J.; González Calleja, E. *El Carlismo y las Guerras Carlistas. Hechos, hombres e ideas*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2003, pp. 31-42; Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas*. Madrid: Sílex, 2006, pp. 15-39 y Canal, J. *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*. Madrid, Alianza Editorial, 2000, *passim*. También Josep Mundet i Gifré teoriza sobre un «precarlismo belicoso», referido a aquel mundo beligerante constituido por la «*Guerra Gran, la Guerra del Francès, la de los Malcontents y la primera carlinada*», estableciendo así como antecedentes principales de la Primera Guerra Carlista en Cataluña a la Guerra de la Convención, la de la Independencia y a la de los *Malcontents*: ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 9-19.

⁵³⁹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 648-649.

propias de los diversos reinos concentrados en el monarca común. En esencia, prácticamente todos los carlistas propugnaban un rey absoluto (con diversidad de matices en el contenido del término); todos eran fueristas —los restringidos a las provincias que conservaban sus fueros antes de 1833 y como concesión especial, mientras que otros defendían el foralismo para todas las regiones históricas de España—; todos eran religiosos, aunque algunos rechazasen la teocracia (que, por otra parte, casi nadie respaldaba), en términos parecidos a lo ocurrido con la Inquisición⁵⁴⁰. Así, este mismo autor identifica al combatiente carlista con «el soldado católico en guerra de religión, y como tal tiene derecho a esperar la protección divina, siempre que, a través de un buen comportamiento moral, sepa hacerse merecedor de la misma»⁵⁴¹.

Por lo tanto, se podría afirmar que el carlismo de entonces era un fenómeno sociopolítico de carácter antiliberal y contrarrevolucionario, identificado con el mantenimiento de la tradición. Dios, Patria y Rey, con el añadido tardío de fueros (siempre en el estricto sentido de libertades tradicionales y leyes ancestrales; por supuesto, excluyendo cualquier lectura moderna en clave autonomista o nacionalista), constituían los pilares sobre los que se apoyaba un ideario todavía en pleno periodo de formación⁵⁴².

Muy esquemáticamente, este primer carlismo podría caracterizarse así: frente a la difusa idea liberal de la soberanía nacional, defendía la Monarquía tradicional y absoluta, supeditada a las leyes fundamentales del reino, que no puede cambiar sin el consentimiento del pueblo; frente al laicismo a ultranza del Estado liberal, oponía el sentido religioso-católico de la vida; frente a la tabula rasa o rígida centralización unificadora que el liberalismo doctrinario y jacobino conlleva, apoyaba los derechos históricos de cada una de las regiones españolas, su constitución foral y corporativista, y la sustancia medular de la vieja democracia municipal española, con un fuerte sentido de la cultura de comunidad (opuesta al fuerte individualismo liberal); frente a la macroeconomía de mercado, dineraria, plutocrática y capitalista del liberalismo internacional y urbano, la microeconomía social y gremial, con una fuerte base comunitaria- solidaria rural, la autosuficiencia, el desarrollo autónomo y el justo intercambio comercial. Al fin y a la postre, todo esto confluiría en unas tradiciones seculares y en un profundo acervo cultural-espiritual que, sin duda alguna, se creían dimanantes de la ley divina. Resulta creíble, y más que plausible, que la numerosa población civil que nutría las fuerzas combatientes del carlismo luchase y muriese en defensa de estos ideales⁵⁴³.

⁵⁴⁰ Bullón de Mendoza, A. *Auge y ocaso...* op. cit., p. 15.

⁵⁴¹ Bullón de Mendoza, A. "El carlismo", p. 228. En *La contrarrevolución legitimista (1688-1876)*. Veríssimo Serrão, J.; Bullón de Mendoza, A. (dirs.), Madrid: Editorial Complutense, 1995.

⁵⁴² Canal, J. *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*. Madrid: Alianza Editorial, 2000, pp. 28-210, y del mismo autor, *Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo, 1876-1939*. Madrid: Marcial Pons, 2006, pp. 11-42.

⁵⁴³ Aróstegui, J.; Canal, J.; González Calleja, E. *El Carlismo y...* op. cit., pp. 143-198; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 648-649; Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., pp. 13-16; Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., pp. 15-37 y Barraycoa, J. *Eso no estaba en mi libro de Historia del Carlismo*. Palma del Río: Almuzara, 2019, pp. 170-182.

Es necesario insistir en que, tal como subraya Bullón de Mendoza, al producirse el alzamiento carlista de octubre de 1833 (tras la muerte de Fernando VII), ni una sola unidad del ejército regular va a defender al bando carlista. Ciertamente, la depuración de las fuerzas armadas fernandinas había sido tan concienzuda, contundente e intensa en los años previos que los legitimistas no contarán con ningún apoyo de tropas en estos momentos. Especialmente dura fue la depuración de la cúpula militar de 1832, que garantizó el apoyo incondicional del ejército al régimen cristino-isabelino. Incluso los pocos carlistas que conservaron sus puestos se vieron incapacitados para actuar al encontrarse totalmente aislados dentro de sus unidades. Además, por muchos generales que hubiesen podido unirse a los ejércitos carlistas o simpatizar con el infante Carlos M.^a Isidro, no debe olvidarse que su colaboración tuvieron que prestarla a título meramente individual, y no como jefes de los contingentes operativos que sería lógico pensar que comandasen debido a su alta graduación militar⁵⁴⁴.

Así, el carlismo bélico se verá en la necesidad de crear un nuevo ejército; de hecho, llegó a constituir tres, plenamente operativos: en el Norte, Maestrazgo y Cataluña. Todos ellos deben considerarse como auténticos ejércitos, con génesis y evolución bien diferenciadas, aunque con múltiples elementos comunes (fundamentalmente, su base popular y origen claramente guerrillero, sobre todo en el caso de los dos últimos). Más aún, incluso las escasas unidades del cuerpo de Voluntarios Realistas —recuérdese, de todos modos, que este cuerpo de seguridad era una especie de milicia cívica o paramilitar, no una unidad del ejército— que proclamaron a Don Carlos fueron desarticuladas en los primeros días de lucha, tal como ya había sucedido en Cataluña en 1827⁵⁴⁵.

Por lo tanto, el estudio de los aspectos puramente militares de esta guerra lleva a una pregunta elemental e interesante a la vez: dado todo lo comentado en este epígrafe hasta ahora, ¿cómo fue posible una larga y terrible guerra civil en un país en el que casi todo el ejército se mantuvo fiel al gobierno? Sólo hay una respuesta posible: la naturaleza esencial del carlismo y su significación o plasmación militar, esto es, la de pueblo en armas y movimiento genuinamente guerrillero.

El carlismo tenía entonces una amplísima base social, que le permitirá ser el primer movimiento político español en recurrir a amplias movilizaciones populares, tal como hará durante esta guerra⁵⁴⁶. Si a pesar de su pésima situación bélica de partida (enfrentándose al Estado cristino-isabelino y su ejército regular y demás fuerzas y cuerpos armados —Milicia Nacional, cuerpos francos, carabineros de costas y fronteras, resguardo de Hacienda, Marina—, ayudado, además, activamente a lo largo de la guerra, por el apoyo militar, material y humano, de los países de la cuádruple alianza), los combatientes carlistas lograron mantenerse en campaña durante los siete largos años de esta

⁵⁴⁴ Asín, F; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad...*op. cit., p. 100.

⁵⁴⁵ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...*op. cit., pp. 165 y 645.

⁵⁴⁶ Aróstegui Sánchez, J. *Combatientes requetés en...*op. cit., p. 61.

guerra, estando incluso en disposición real de ganarla, ello se debió al «apoyo de la enorme mayoría del pueblo español»⁵⁴⁷.

Abundando en esta idea, Bullón ofrece una visión muy particular, al comparar la Primera Guerra Carlista con una visión renovada de la Guerra de la Independencia, donde los cristinos desempeñarían el papel de los imperiales, y no con mucha mayor fortuna que éstos⁵⁴⁸. En ambos casos, se trataría de la lucha a muerte entre un pueblo y un Estado. Inicialmente, el carlismo se verá respaldado por una amplia base popular, a la vez que dotado de una cierta coherencia e integración social, conferidas por la convicción en la verdad y bondad inherente a sus instituciones propias y concretas (secularmente tradicionales, tal como se definió al inicio de este epígrafe). En consecuencia, el carlismo se movilizará en defensa de una idea de tradiciones ancestrales y libertades históricas, muy concretas y precisas. Para ello, en sus orígenes, aportará un voluntariado combatiente animoso, que se movilizará en grandes números y dispuesto a la lucha por su cosmovisión. Como ya se ha comentado a lo largo del capítulo III de esta tesis doctoral (Teoría de la guerra de guerrillas, donde se explica por extenso el concepto), el carlismo bélico supone uno de los ejemplos más acabados del factor bélico conocido como «pueblo en armas»⁵⁴⁹.

Alfonso Bullón y Francisco Asín subrayan la importancia de este concepto del pueblo en armas como auténtica expresión definitoria y determinante del esfuerzo armado carlista. Al respecto, afirman:

“Se da pues el caso único en nuestra historia contemporánea, de un alzamiento popular que, sin contar con el apoyo de ninguna unidad del ejército regular, logra hacer frente durante siete años a todo el ejército y todo el peso de la maquinaria estatal en la más larga guerra civil que ha soportado nuestro país en los últimos doscientos cincuenta años. Y pese a todo, si finalmente los carlistas fueron vencidos, no fue como resultado de una derrota militar, sino de la traición del general Maroto”⁵⁵⁰.

También merece resaltarse que, por sorprendente que pudiera parecer (y Bullón lo deja muy claro, pues es un hecho decisivo, además, desde el punto de vista militar) «los carlistas, y esto creemos que debe ser destacado, tuvieron

⁵⁴⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 647.

⁵⁴⁸ Tras la expedición a lo largo y ancho de la península que le hizo famoso, el general Gómez afirmaba «La guerra de España es la de una nación contra un ejército, y si aquella pudiese sucumbir en la lucha, sería necesario que, a la máxima de que *un pueblo no necesita para ser libre más que quererlo*, sustituyésemos esta otra: El tirano más odioso, con tal que una vez invada el poder, puede mantenerse en él contra todos los esfuerzos del pueblo tiranizado». En *Ibidem*, pp. 647-648. También es oportuno recordar la afirmación hecha por Evaristo San Miguel en 1836 en referencia a los carlistas como “pueblo en armas”: «Nosotros somos un ejército; ellos, un pueblo». Ver San Miguel, E. *De la guerra civil en España*. Madrid: Imprenta de Don Miguel de Burgos, 1836, p. 57.

⁵⁴⁹ Clemente, J.C. *Bases documentales...* op. cit., Tomo I, pp. 33-35.

⁵⁵⁰ Mencionan los autores que en la Guerra de la Independencia las guerrillas contaron con el apoyo de numerosas unidades del ejército regular español (sin olvidar a las fuerzas armadas de los aliados angloportugueses). En la Guerra Civil de 1936-1939 los dos bandos venían a controlar aproximadamente la mitad del ejército. Incluso el casi anecdótico cantón de Cartagena pudo contar con la flota. Por el contrario, el carlismo bélico habrá de iniciar su esfuerzo bélico contando con un único activo militar: las guerrillas. Ver Asín, F; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad...* op. cit., p. 100.

posibilidades reales de ganar la guerra»⁵⁵¹. Tal como se puede apreciar en el capítulo I de esta tesis doctoral, Julio Aróstegui, sostiene esta misma idea del pueblo en armas, afirmando que la esencia misma de la indudable tradición militar del carlismo está caracterizada por el insurreccionalismo y por ser capaz de activar amplias formas de movilización popular⁵⁵².

De hecho, la participación bélica de las clases populares llegó a ser tan amplia, extensa e intensa que, incluso en aquellas regiones de España donde la ausencia de mandos militares con iniciativa, probada capacidad de liderazgo y organización (del estilo de los imprescindibles Zumalacárregui en el Norte, Cabrera en el Maestrazgo o el conde de España en Cataluña), impidió que se formasen unidades regulares como los tres ejércitos constituidos por los mencionados líderes, sin embargo, van a eclosionar unas guerrillas carlistas que erizarán el mapa peninsular de partidas guerrilleras. Además, aunque no faltaron militares profesionales de distintas graduaciones en las filas carlistas y dirigiéndolas, es indiscutible que quienes más adhesiones populares concitaron fueron los numerosos jefes guerrilleros. Entre ellos hubo veteranos de guerras anteriores: la de la Independencia, la campaña realista —véase el caso prototípico de Merino—, y la Guerra de los *Malcontents*, como Josep Pons Viladas «*El Pep de l'Oli*», que combatió también en la citada conflagración contra el Trienio Liberal⁵⁵³.

Pero, igualmente, también hubo multitud de otros cabecillas natos procedentes de las clases campesinas y artesanas, fundamentalmente, principal núcleo duro y elemento nutricional del ejército y de las guerrillas carlistas. Por su extracción popular eran capaces de conectar directamente con la fuerza motriz que suponía la tradición bélica guerrillera contrarrevolucionaria. Sin este referente tradicional guerrillero es imposible entender cabalmente el significado esencial del carlismo decimonónico y su propia naturaleza histórica. Todos los cuadros y mandos intermedios mencionados anteriormente llenarán los escalafones de la jerarquía militar carlista, desde el modesto jefe de partida hasta la escala del generalato⁵⁵⁴.

Santirso explica que la mayor o menor adscripción de una región o comarca española al carlismo armado en 1833-1840 no parece obedecer a causas socioeconómicas de base (se refiere a variables como el índice de desarrollo regional o su grado de prosperidad y conflictividad social en el primer tercio del siglo XIX). Por tanto, no se debe identificar la lucha armada carlista con la mera exteriorización de la protesta antiliberal de las clases populares —fundamentalmente del campesinado—. En cambio, este autor afirma que han ido cobrando fuerza últimamente otras explicaciones. En primer lugar, cabría

⁵⁵¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra ...op. cit.*, p. 647.

⁵⁵² Aróstegui, J. *Combatientes requetés en...op. cit.*, pp. 45-49.

⁵⁵³ Tal como figura en sus expedientes personales del AGMS: el del brigadier de caballería Jerónimo Merino, AGMS, 1/M-2977, Exp. 0, y el de José Pons Viladas, AGMS, 1ª/P-2454.

⁵⁵⁴ Clemente, J.C. *Bases documentales del...op. cit.*, tomo I, p. 35. Como ya se ha comentado, será entre las clases artesanas y campesinas donde el carlismo encontró el verdadero núcleo duro y elemento nutricional tanto de sus ejércitos como de sus guerrillas. En Asín, F; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad...op. cit.*, p. 35.

considerar algunos factores geográficos más elementales, tanto físicos como políticos, y en los que contemporáneos de ambos bandos ya habían reparado. Así, los propios jefes de las partidas guerrilleras carlistas sabían que la lucha contrarrevolucionaria tenía su escenario ideal en un teatro de operaciones de trazado irregular y accidentado, y se encargaron de aprovecharlo al máximo. Las fronteras permeables pirenaicas (Cataluña, Navarra, Vascongadas) habrían operado como bastiones del carlismo armado por este motivo, mucho más que por unas características culturales propias que, por otro lado, tampoco deberían disociarse de la ubicación periférica de las mencionadas regiones. De la vital importancia de este factor fronterizo puede deducirse que el carlismo, como antes el realismo bélico, no habría surgido en Navarra, las provincias vascas y Cataluña por sus claras especificidades culturales, políticas y jurídicas, sino más bien por su carácter limítrofe⁵⁵⁵.

En segundo lugar, Santirso atribuye la desigual incidencia espacial del carlismo bélico a factores de índole militar, señeramente, la topografía. Se ha comentado sobradamente a lo largo de este trabajo que las áreas montañosas constituyen el hábitat natural por antonomasia de la lucha guerrillera. Santirso cita a Jesús Millán y Manuel Ardit (estudiosos del carlismo en el País Valenciano), para señalar que la recuperación del legitimismo armado en este territorio después de 1835 se debió, en gran parte, a que en su parte norte existiese una zona montañosa favorable a la actuación guerrillera, de pocos recursos y alejada, además, de las poblaciones más importantes (el caso del Maestrazgo). También recuerda este autor que Pedro Rújula ha valorado lo decisivo de las condiciones geográficas de la comarca maestratense, especie de cuña entre tres reinos —Valencia, Cataluña y Aragón—, lejos de las cabeceras rectoras de todos ellos, y que se convirtieron en un aliado natural de los insurrectos. Además, todo ello serviría también para su vertiente costera⁵⁵⁶.

Se pueden distinguir las siguientes fases de la Primera Guerra Carlista:

1. La fase vasca (octubre 1833/junio 1835), que cubre desde la proclamación de Carlos V como rey hasta la muerte de Zumalacárregui y el fin del sitio de Bilbao. El teatro de operaciones principal es el territorio vasconavarro, coincidiendo con la formación del ejército carlista del Norte por obra y bajo el mando del ormaizteguiarra. Se trata de una fuerzas armadas que llegaron a alcanzar en este periodo los 25.000/30.000 hombres, capaces de enfrentarse en igualdad de condiciones al ejército enemigo, e incluso de infligirle serias derrotas. Simultáneamente, también se registró actividad guerrillera en Cataluña, Maestrazgo, Castilla, La Mancha —con gran protagonismo de las partidas manchegas—, Extremadura y Galicia.

⁵⁵⁵ Sin embargo, ello no explicaría el fuerte arraigo del carlismo armado en importantes teatros de operaciones bélicos como el de La Mancha o Castilla, donde no parecen cumplirse estas condiciones señaladas por el autor. Ver Santirso, M. "Después de Tanski. Historiografía de la Guerra Civil de los Siete Años". En *El informe Tanski y la guerra civil carlista de 1833-1840*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2011, p. 222.

⁵⁵⁶ *Ibidem*, pp. 222-223.

2. La época de las expediciones (verano de 1835/octubre de 1837). La inmovilización de las fuerzas carlistas en el Norte fue compensada con la creciente consolidación y potenciación de las partidas guerrilleras, especialmente en Cataluña y el Maestrazgo. Irrumpió entonces, con gran fuerza, la figura de Ramón Cabrera, que ascenderá fulgurantemente de jefe de guerrilla a comandante en jefe militar del Maestrazgo (imprimiendo un notable impulso organizativo y militar a sus fuerzas, culminado en la creación del Ejército carlista maestratense). De este modo, elevó considerablemente la escala de la guerra en el frente levantino. A la vez, permitirá el estudio de la cooperación y acciones combinadas entre las fuerzas regulares e irregulares a las órdenes de Cabrera. Esta colaboración entre ejércitos y guerrillas carlistas será uno de los temas clave de esta tesis doctoral.

Para recuperar la iniciativa, paralizada tras la muerte de Zumalacárregui, el alto mando carlista decidió poner en marcha una serie de expediciones que recorrieron prácticamente toda la Península. Este sistema de expediciones constituye, sin duda alguna, una de las características más destacables y singulares de este conflicto bélico. El plan debía servir para tratar de extender la guerra (intentando levantar las poblaciones y constituir partidas) en el resto de España, a la vez que actuar como maniobra de diversión, aflojando la presión del ejército cristino sobre el frente norteño. Durante esta fase salieron de allí hasta siete divisiones o columnas expedicionarias significativas, es decir, las que pueden considerarse movimientos ofensivos del ejército carlista del Norte en su deseo de ampliar e intensificar las operaciones bélicas por todo el territorio peninsular. Aunque tradicionalmente se han considerado las de Guergué y Batanero como las primeras expediciones carlistas propiamente dichas, hubo varias ya antes (en tiempos de Zumalacárregui), como por ejemplo, las emprendidas por Cuevillas y Manuel Sanz, poco conocidas debido tanto a su brevedad como a sus escasas consecuencias militares⁵⁵⁷. Será, precisamente, la interactuación entre estas divisiones expedicionarias del Ejército carlista del Norte y las diferentes partidas guerrilleras de los múltiples teatros de operaciones peninsulares por donde incursionen, otro de los “temas estrella” de este trabajo.

3. El giro a Levante (octubre 1837/agosto 1839). En esta fase la guerra comienza a decantarse inevitablemente a favor de los cristinos. Pero, sin embargo, se inicia el periodo de apogeo de la actividad militar carlista en el Bajo Aragón y Valencia, gracias al liderazgo y la combatividad del comandante del ejército carlista del Maestrazgo, Ramón Cabrera —hábil estratega, jefe militar carismático y de valor probado, además de gran organizador—, lo que le permitirá constituir un pequeño estado carlista en las montañas de dicha zona (apoyado en el ejército que el caudillo tortosino dirigía con mano de hierro), prácticamente independiente del gobierno de Don Carlos. Mientras tanto, en el norte la guerra se iba

⁵⁵⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 290, y del mismo autor *La expedición del...* op. cit., p. 22 y *Auge y ocaso...* op. cit., p. 29.

agotando. También comenzará entonces el periodo álgido de las potentes partidas volantes manchegas, con sus incursiones por todo el centro peninsular, que les llevarán a colaborar con las guerrillas extremeñas e incluso andaluzas.

4. El fin de la guerra (agosto de 1839/julio 1840). En el este peninsular los carlistas catalanes y del Maestrazgo rechazaron las condiciones de paz del Convenio de Vergara y continuaron combatiendo. Pero pese a la resistencia numantina de Cabrera, la convergencia de varios ejércitos cristinos comandados por Espartero sobre el área catalana y maestratense, acabó haciendo inútiles los desesperados esfuerzos del caudillo carlista, que terminó pasando finalmente la frontera francesa el 6 de julio de 1840, poniendo así fin a la guerra⁵⁵⁸.

Desde el punto de vista estrictamente de la historia militar de las guerrillas carlistas, en esta tesis doctoral se establecerá la siguiente periodización de la Guerra de los Siete Años:

- I- Protagonismo del Norte en la guerra y principales teatros de operaciones guerrilleros (1833-1835)
- II- Las partidas carlistas y las grandes expediciones (1836-1837)
- III- El giro del conflicto bélico hacia el Maestrazgo y Cataluña y su impacto en las guerrillas carlistas (1838-agosto 1839)
- IV- Último año de guerra (agosto 1839-julio 1840)

Por último, en el capítulo IX de este trabajo se hará un breve análisis de la posguerra y la actuación de las partidas carlistas durante la misma (1840-1845), periodo caracterizado por la resistencia guerrillera a ultranza. A estas acciones bélicas protagonizadas exclusivamente por las guerrillas legitimistas, como única fuerza de combate del carlismo, se las denominará “carlistadas”.

8.1.1 Carlismo armado y guerrillas

Un concepto básico de esta tesis doctoral es que la Primera Guerra Carlista es, prototípicamente, la gran guerra de guerrillas de la España decimonónica⁵⁵⁹. Afirmación que, por otra parte, encaja con la ya mencionada

⁵⁵⁸ Para las fases de la Primera Guerra Carlista, se puede ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 290, y del mismo autor *La expedición del...* op. cit., p. 22; Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista del...* op. cit., pp. 185-355 y Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., pp. 85-133.

⁵⁵⁹ Efectivamente, pese a que los carlistas constituyeron ejércitos regulares, todos ellos surgen de las guerrillas. Durante la Guerra de la Independencia, ejército y guerrilla tuvieron un origen y una dinámica bien distintas. En la campaña realista de 1820-1823, los contrarrevolucionarios no consiguieron, pese a sus diversos intentos, formar un verdadero ejército regular, como evidenció el fracaso militar de la Regencia de Urgel. Por lo tanto, la Primera Guerra Carlista es el primer ejemplo de la potencia real que podía tener una insurrección popular abandonada a sí misma,

tradición militar del carlismo, insurreccionalista y de amplia base popular. Evidentemente, el alzamiento guerrillero legitimista entre 1833-1840 también vino determinado por el hecho decisivo de que la totalidad del ejército regular quedó bajo el control del Estado cristino-isabelino, consecuencia lógica de la exhaustiva política de depuraciones ejecutada por los sucesivos gobiernos fernandinos, e incluso por los posteriores, en la cúpula militar, como se comentó⁵⁶⁰. Este fenómeno guerrillero no fue algo aislado en el tiempo o en el espacio: Juan Pedro Recio Cuesta —en un lúcido análisis sobre las guerrillas como expresión armada del carlismo—, señala que, de hecho, se produjo en todo el territorio español y a lo largo de las tres mencionadas guerras civiles carlistas del s. XIX. Sin que se pueda obviar, además, que los tres ejércitos regulares puestos en funcionamiento por los insurrectos realistas en la Guerra de los Siete Años tendrán su origen y una impronta operativa claramente de carácter popular y guerrillero⁵⁶¹.

Además, al hablar de las fuerzas combatientes carlistas entre 1833 y 1840, es preciso recordar que jamás constituyeron un ejército único y homogéneo, sino tres ejércitos bien distintos, sumados a una amplia red de guerrillas distribuidas por casi toda la España. Mientras los cristinos por su posición central —estratégicamente ventajosa— dentro de España podían disponer de y operar libremente con sus tropas en cualesquiera teatro de operaciones, los ejércitos carlistas se fueron conformando en tres focos o bastiones aislados entre sí y, además, periféricos o excéntricos respecto de la Península Ibérica: Norte vasconavarro, Maestrazgo y Cataluña.

A lo anterior debe añadirse que adolecieron de una coordinación y contactos muy reducidos, por no decir prácticamente nulos, y con un proceso de creación y evolución posterior claramente diferenciados. Así, en 1834 Zumalacárregui ya consiguió convertir unas unidades irregulares sin excesiva instrucción en un ejército capaz de batirse en condicione de igualdad con las fuerzas armadas cristinas. En cuanto al Maestrazgo, la situación fue bien distinta, pues en este escenario se siguió practicando la guerra de guerrillas hasta finales de 1835 e inicios de 1836, cuando se inician las medidas regularizadoras de las fuerzas combatientes carlistas. A partir de 1837 se podrá hablar con toda propiedad de un ejército regular en el pleno sentido.

Por último, en Cataluña, pese a diversos antecedentes y tentativas frustradas regularizadoras (como la intentada durante la expedición Guergué en el verano de 1835), será preciso que se produzca la llegada del conde de España en julio de 1838 para que se alcance una verdadera organización militar regular de las casi siempre autónomas, pero potentes y veteranas, partidas guerrilleras

sin apoyo militar extranjero ni la colaboración de un ejército regular preexistente. Tomado de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 213.

⁵⁶⁰ Tal como se apunta acertadamente en Asín, F; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad...* op. cit., p. 100.

⁵⁶¹ Tal como se afirma en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista*. Madrid: Actas, 1992, pp. 163-212; Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas*. Madrid, Sílex, 2006, pp. 53-68 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota y el olvido. La Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840)*. Madrid: Actas, 2015, p. 358.

catalanas. Para acabar de complicar más aún las cosas a los ejércitos carlistas, mientras sus enemigos cristinos disponían de gran parte de la oficialidad fernandina, en el campo realista abundaron los de procedencia civil, especialmente en los bastiones catalán y maestratense. El hecho de que Don Carlos permaneciese en el Norte provocaba que casi todos los antiguos militares optasen por dirigirse a dicha zona, en vez de incorporarse a unas arriesgadas, volátiles, oscuras y casi clandestinas guerrillas⁵⁶².

Para entender adecuadamente la dinámica de la guerra irregular practicada por el carlismo en un conflicto civil a gran escala, como lo fue la Guerra de los Siete Años, es preciso tener en cuenta que todas las guerrillas suelen tender a provocar conflagraciones armadas de larga duración. La doctrina militar actual incluye este tipo de guerras entre los conflictos asimétricos, por lo que puede decirse que no existieron a lo largo de dicha contienda objetivos precisos y concretos como pueden ser atacar la estructura del Estado enemigo, sus ejércitos, centros económicos o la capital (bien al contrario de lo que sucede en las guerras convencionales). Así lo señala Bullón de Mendoza, al subrayar que los guerrilleros carlistas no parecían tener unos objetivos militares claros. Su actuación fue encaminada, fundamentalmente, a socavar con sus ataques las comunicaciones cristino-isabelinas y a tratar de dificultar todo lo posible la situación de la retaguardia enemiga, utilizando cuantos medios consideraban oportunos y tuviesen a su alcance⁵⁶³.

La doctrina militar estipula que en la guerra de guerrillas ningún teatro de operaciones puede considerarse estabilizado, y mucho menos en paz, mientras actúen unidades irregulares que desafíen al poder de un Estado constituido. Además, las partidas insurgentes no van a necesitar nunca grandes logros ni despliegues, ni siquiera victorias claras o significativas. Normalmente, les bastará con demostrar —a través de típicas acciones guerrilleras, como por ejemplo, los típicos golpes de mano, emboscadas nocturnas, incursiones puntuales, sabotajes o requisas financieras y de material para el combate— que el Estado enemigo es incapaz de acabar con ellas, y, por lo tanto, de cumplir con su función básica de garantizar el normal desenvolvimiento de su administración civil, sus infraestructuras logísticas y económicas y, sobre todo, la seguridad ciudadana: la integridad física, la vida y los bienes de su población civil. Las guerras de cualquier periodo y lugar demuestran claramente que resulta más difícil, laborioso y caro proteger estos intereses que amenazarlos, máxime, con la tecnología y los medios al alcance de estados como la España de 1833-1840. La inversión en tiempo, dinero, formación y recursos humanos que debía hacer un gobierno decimonónico como el cristino, para cumplir con su papel protector era mucho mayor que el que necesitaban hacer partidas guerrilleras resueltas y

⁵⁶² Toda la información de este párrafo y los dos precedentes sobre la estructura y organización de las fuerzas combatientes carlistas está tomada de Bullón de Mendoza, A. "El carlismo". En *La contrarrevolución legitimista (1688-1876)*. Veríssimo Serrão, J.; Bullón de Mendoza, A. (dirs), Madrid: Editorial Complutense, 1995, p. 233.

⁵⁶³ Para un estudio en profundidad sobre las guerras asimétricas, guerras de cuarta generación y demás conflictos bélicos modernos, ver Aznar Fernández-Montesinos, F. *Entender la guerra...* op. cit., pp. 151-209. El análisis de Bullón puede verse en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista...* op. cit., p. 217.

experimentadas (más aún si las dirigen jefes veteranos como los carlistas), para conseguir neutralizar los esfuerzos pacificadores gubernamentales⁵⁶⁴.

Para complicar más aún esta cuestión, los problemas que deben resolver los ejércitos regulares se multiplican exponencialmente cuando, además de tener que enfrentarse a partidas guerrilleras, también tienen que combatir contra otro ejército convencional que las respalda: por ejemplo, en 1808. Así sucedió también en la Primera Guerra Carlista, en la que combatirán tres ejércitos legitimistas (el del Norte, el del Maestrazgo y el catalán). En el resto de España —e incluso en Cataluña hasta fecha tan tardía como julio de 1838—, el esfuerzo bélico lo protagonizarán las guerrillas carlistas. Como subraya convenientemente Carrasco Álvarez, si las tropas regulares se despliegan en operaciones convencionales, las guerrillas pueden muy bien aprovechar la distracción para reagruparse, lanzar incursiones, golpes de mano o emboscadas, imponer contribuciones o efectuar requisas en las zonas sin presencia de efectivos regulares que las protejan, infiltrarse en regiones donde no contaba con presencia o apoyos previos y recoger inteligencia (estratégica o táctica) que pueda servir de ayuda a los ejércitos aliados. Pero también puede producirse lo contrario: si unidades regulares enemigas son utilizadas en funciones contra guerrilleras, detrayéndolas de los contingentes empleados en la línea del frente, serán entonces las tropas del bando contrario las que tengan la oportunidad de arrebatarle la iniciativa —no se olvide que, contando para ello, con apoyo guerrillero—. Según las medidas lógicas aplicables en una guerra convencional, la solución pasaría por aumentar significativamente los efectivos del ejército regular interviniente en el teatro de operaciones principal, con el consiguiente incremento de recursos humanos y materiales (además del gasto imprescindible para mantenerlos)⁵⁶⁵.

8.1.2 La toponimia de la Primera Guerra Carlista: algunas precisiones terminológicas

La organización territorial española del antiguo Régimen va a sufrir un cambio revolucionario a comienzos del siglo XIX. Primero con el proyecto de reforma josefina de 1809 de división en departamentos, que en el decreto de 1810 se transformaron en prefecturas. La Constitución de Cádiz suprimió los señoríos jurisdiccionales y comenzó a preparar una nueva división territorial basada en provincias. La vuelta de Fernando VII en 1814 supuso dejar sin efecto la Constitución, restableciendo los señoríos jurisdiccionales, aunque ya antes de 1820 se suprimieron definitivamente. La tramitación del proyecto de división territorial de 1821 contemplaba la desaparición de algunas provincias actuales o la integración de territorios de unas en otras, aunque finalmente no prosperó. En noviembre de 1833 se establecía una nueva circunscripción territorial en

⁵⁶⁴ Carrasco Álvarez, A. *La Guerra Interminable...* op. cit., pp. 15-17.

⁵⁶⁵ *Ibidem*, pp. 17-18.

provincias, cuya vigencia ha alcanzado a nuestros días (división provincial de Javier de Burgos).

En cuanto a las regiones geográficas mencionadas en este trabajo al hablar de los teatros de operaciones principales durante la Primera Guerra Carlista, es necesario hacer unas precisiones terminológicas previas. Hasta bien entrado el siglo, conceptos como región y provincia eran secundarios frente a otras divisiones y conceptos territoriales tradicionales: diócesis, merindad, audiencia, corregimiento, intendencia, capitanía general, e incluso reino. En algunos casos, es frecuente que se utilicen indistintamente términos bien diferentes, verbigracia, el caso harto frecuente de usar provincia por región. Acudiendo a un ejemplo típico, Castilla, que algunas veces es citada por algunas fuentes incluso como provincia, abarcaba más territorio que la actual comunidad autónoma e incluía las actuales comunidades autónomas de Cantabria y la Rioja. Los territorios de las provincias castellanas no coincidían con los actuales e incluso con la misma denominación de provincia se incluían territorios que formaban parte de otras demarcaciones provinciales. La falta de nitidez de las delimitaciones existentes que en numerosas ocasiones se superponían, con la consiguiente confusión de ámbitos y funciones, era una de las más destacadas características de la ordenación territorial del Antiguo Régimen, que sin embargo va a sobrevivir hasta bien entrado el siglo XIX.

De ahí que en el estudio de dos de los más importantes teatros de operaciones bélicas de la Guerra de los Siete Años —como son La Mancha y el Maestrazgo carlistas— se expliquen, detalladamente, al inicio de sus epígrafes respectivos, cuáles eran los límites, extensión, características orográficas y fluviales (además de detalles operativos y del control territorial legitimista), de estos dos estratégicos frentes. Por último, en el atlas geográfico de España publicado inicialmente por el geógrafo real Tomás López en 1784 se puede ampliar todo lo comentado en este subepígrafe⁵⁶⁶.

8.2 1ª fase: protagonismo del norte en la guerra y principales teatros de operaciones guerrilleros (1833-1835)

8.2.1 Alzamiento carlista de finales de 1833: comienzo de la guerra

En cuanto a los inicios del alzamiento armado carlista de octubre de 1833, para finales de ese mes y comienzos de noviembre los legitimistas dominaban la Diputación Foral de Vizcaya, donde se apoderaron de la caja del señorío vizcaíno, impusieron una contribución a los habitantes de su capital e invirtieron los caudales obtenidos en la recluta de tropas. Además, se multiplicaron las

⁵⁶⁶ Información elaborada a partir de Hernando, A. *El Atlas geográfico de España (1804) producido por Tomás López*. Madrid: Centro Nacional de Información Geográfica, 2005.

insurrecciones en Navarra y Guipúzcoa, a la vez que el ya sexagenario cura Merino —brigadier de caballería, experimentado jefe durante la Guerra de la Independencia y de la campaña realista— conseguía reunir una formidable hueste de más de once mil combatientes en Castilla, si bien brevemente⁵⁶⁷. A la vez, se formaba un auténtico frente de guerra en las sierras interiores navarras, donde el coronel de infantería Tomás de Zumalacárregui, también veterano de las mencionadas conflagraciones bélicas, reorganizó al numeroso voluntariado vascongado y navarro (principalmente, pero también riojano y castellano), que acudía a engrosar las filas carlistas⁵⁶⁸.

Debe subrayarse que la ingente tarea de Zumalacárregui en la creación del Ejército carlista del Norte vino facilitada, en parte, por el importante papel reservado a las respectivas diputaciones vasconavarras en el control y gestión de los diferentes cuerpos de voluntarios civiles armados, propios de estos territorios según el entonces vigente régimen foral. En el caso vasco estaban los denominados «tercios forales», regidos por un reglamento específico que reservaba la subinspección de estos institutos a las distintas diputaciones forales vascas. Así, se les sustraía a la dependencia directa de las autoridades militares, dificultando de este modo su posible depuración por el gobierno central —en oposición a lo ocurrido en el resto de España con los Voluntarios Realistas—. En situación parecida a la de los mencionados tercios se hallaban los «paisanos armados del Señorío de Vizcaya» (a fecha de agosto de 1833, Bullón cifra su número en unos 13.362 hombres sobre las armas, afirmando que «debían ser de los mejor instruidos de España», a la vez que disponían de armamento: fusiles, bayonetas, espadas y sables, junto con otros pertrechos como cananas). Todo ello le lleva a este autor a calcular que, sólo los carlistas vizcaínos por sí mismos, tenían sobre las armas a un total de 14.000 voluntarios en octubre de 1833⁵⁶⁹.

Comandante general interino de Navarra desde finales de noviembre de 1833, Zumalacárregui recibió el 7 de diciembre en Echarri-Aranaz (Navarra) el mando de las fuerzas reunidas por las tres diputaciones vascas. Además, en torno al ormaiztegiarra se fueron aglutinando todas las fuerzas carlistas que habían logrado salvarse del embate cristino inicial y que se negaban a deponer las armas. También ordenó «El Lobo de las Améscoas» no concentrar de momento todas las tropas reunidas bajo su mando, considerando más efectivo que trataran de mantener activas las operaciones bélicas en sus respectivas provincias, dividiendo así la atención de las tropas enemigas, y concertándose con sus subordinados para colaborar cuando las circunstancias lo aconsejasen; a ello debe sumarse la mayor economía y facilitación de todo lo relacionado con

⁵⁶⁷ Cifra tomada de los datos facilitados por el capitán general de Castilla, duque de Castroterreño, el 20 de octubre de 1833, correspondiente en su casi totalidad a los contingentes de voluntarios realistas existentes en dicha región (a pesar de que todavía quedaban por sublevarse varios batallones del cuerpo de Voluntarios Realistas. De hecho, Sarsfield, antes de emprender su campaña, elevaba esta cifra hasta 20.000). Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista...* op. cit., p. 233.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, pp. 223-239 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., 60-61.

⁵⁶⁹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 104-105 y 234.

la logística y la intendencia (ver el reflejo de esta disposición de Zumalacárregui en mapa I del anexo 12.4 de este trabajo)⁵⁷⁰.

En consecuencia, en cuanto lo consideró conveniente, Zumalacárregui procedió a concentrar todas las fuerzas vasconavarras a sus órdenes, desplegándolas en una ágil y sencilla guerra de montaña: rápidas marchas, contramarchas y la inteligente selección del terreno más favorable para combatir, generalmente fuertes y ventajosas posiciones en altura. Además, a la vez que supervisaba la instrucción militar de sus soldados con la máxima celeridad, imponía como base de su plan una subordinación y una disciplina draconianas. Así, no sólo consiguió repeler, y poco después derrotar, al ejército cristino; también consiguió solucionar, en parte, la endémica falta de armamento de las fuerzas armadas carlistas, al fijarse como objetivos prioritarios causar el mayor número de bajas posibles al enemigo y capturarle abundantes armas y material; incluso, se ganó rápidamente el respeto de los generales de la reina, a los que impuso su estrategia e iniciativa táctica⁵⁷¹.

Por otro lado, Ferrer subraya que en el periodo anterior a la unidad de mando del Ejército carlista del Norte bajo Zumalacárregui (iniciado el 7 de diciembre de 1833, y que este autor considera fecha fundacional del a partir de entonces denominado Ejército Real del Norte), no era infrecuente que las fuerzas carlistas vizcaínas extendiesen sus operaciones militares por la provincia de Santander, colaborando así activamente con las partidas guerrilleras montañosas.⁵⁷² También contactaron con los guerrilleros castellanos, especialmente los de la provincia de Burgos (a través de la merindad de Mena), lo que significa que ampliaron el teatro de sus acciones bélicas más que el resto de los batallones carlistas norteños. Sin embargo, los alaveses actuaron igualmente en tierras burgalesas —el valle de Losa y el de Tobalina—, sin olvidar, además, sus contactos con las partidas riojanas y las fuerzas carlistas navarras. En cuanto a los legitimistas guipuzcoanos y navarros, se hallaban más recluidos en sus respectivas zonas geográficas de operaciones, aunque estos últimos llegasen a establecer relaciones con guerrillas carlistas aragonesas (a través de incursiones en dirección a Jaca), así como con las riojanas, a pesar del obstáculo natural que supone tener que cruzar el caudaloso río Ebro⁵⁷³.

⁵⁷⁰ *Ibidem*, pp. 248-249.

⁵⁷¹ Para consultar las primeras medidas organizativas, operativas y disciplinarias tomadas por Zumalacárregui (no tiene desperdicio su durísimo bando, emitido a inicios de diciembre de 1833, recién nombrado comandante general de Navarra y jefe de las tropas de Vizcaya y Guipúzcoa, amenazando a sus tropas con el fusilamiento inmediato ante cualquier muestra de indisciplina, cobardía o derrotismo en el combate, ya se tratase de soldados u oficiales), y su influencia decisiva en la constitución y puesta en funcionamiento del ejército carlista del Norte, ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 242-247.

⁵⁷² Ferrer subraya que a partir del mando unificado de Zumalacárregui como comandante en jefe del ejército carlista vasconavarro, la guerra de los Siete Años en el Norte deja de ser una lucha en la que cuatro provincias desunidas combaten por una misma causa: las fuerzas carlistas de aquellas se transforman desde ahora en el Ejército Real del Norte. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, p. 267.

⁵⁷³ *Ibidem*, p. 232.

8.2.2 Inicios de la actividad guerrillera carlista (octubre-diciembre de 1833) y zonas afectadas

Aunque los primeros alzamientos armados carlistas llegaron a triunfar temporalmente en ciudades como Bilbao, Logroño y Vitoria, todos ellos fueron rápidamente aplastados por el ejército cristino y tan solo permanecieron activas guerrillas diseminadas por varias zonas del territorio español, además de incomunicadas y en aparente estado de hallarse en vías de disolución. Contra lo que la propaganda cristina se empeñó en afirmar —y todavía sostiene cierta parte de la historiografía dominante sobre la Guerra de los Siete Años—, no sólo fueron las provincias vasconavarras (donde se constituye desde muy temprano el potente ejército carlista del Norte) las alzadas en combate: bien al contrario, en otras regiones de España se va a constatar desde muy pronto la actividad armada de numerosas partidas guerrilleras carlistas. Así ocurrió en Cataluña, Galicia, el noreste de Castilla, La Mancha o el Maestrazgo. Por su parte, la submeseta norte, Extremadura, Asturias y Andalucía fueron también escenarios guerrilleros, aunque a menor escala que los anteriores, especialmente, en los casos asturiano y andaluz⁵⁷⁴.

De este modo se introduce en esta tesis doctoral el crucial asunto de la posible colaboración entre las fuerzas carlistas regulares e irregulares. En este sentido, es muy revelador el testimonio de un testigo directo de los combates como fue el legitimista francés, barón Hermann Du Casse, que luchó en las filas del ejército carlista del Norte. Du Casse afirma que las guerrillas aliadas operaban también en el territorio controlado por las tropas regulares vasconavarras, describiendo, incluso, las funciones que desempeñaban:

“Contábamos además con algunas partidas o cuerpos volantes que obraban a voluntad de sus gefes (sic). Interceptaban los correos, precedían a nuestras marchas para descubrir el terreno y hostilizaban al enemigo en las suyas. Las partidas más nombradas eran, en Navarra, las de Manolín (se refiere Du Casse a la partida de Manuel Lucus, (a) «Manolín») y, en Guipúzcoa, la de los hermanos Autamendi”⁵⁷⁵.

Ferrer coincide con lo manifestado por este legitimista francés, cuando al detallar la organización del ejército carlista del Norte (justo en el momento de entrar el Pretendiente en España), afirma que Zumalacárregui aprovechó la actuación de partidas guerrilleras carlistas en apoyo de sus fuerzas regulares. Concretamente, las destinó para interceptar las comunicaciones enemigas, el registro y requisa de bagajes, la vigilancia del tránsito de pasajeros y la protección y cobertura a la importante unidad auxiliar de aduaneros. Resalta Ferrer, sobre todo, su papel como avanzadillas a modo de “ojos y oídos” del ejército norteño, facilitándole información precisa sobre los movimientos de las tropas enemigas, sus posiciones y evolución, así como el mantenimiento de la

⁵⁷⁴ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 213-220.

⁵⁷⁵ La información que facilita Du Casse se refiere a la segunda mitad de 1834. En Du Casse, H. *Ecos de Navarra o Don Carlos y Zumalacárregui. Hechos históricos, detalles curiosos, y recuerdos de un oficial carlista*. Madrid: Boix, 1840, p. 22.

vital red de espionaje carlista. Los principales jefes guerrilleros de estas partidas, desde el comienzo de la guerra, fueron el valiente Cordeu (Victoriano Cordeu, alias «El Rojo de San Vicente»), Pedro María Luzuriaga y un tal Oroquieta⁵⁷⁶. Todo lo afirmado en este epígrafe constituye uno de los puntos básicos que apoyan el estudio de las interacciones entre ejércitos y guerrillas carlistas a lo largo de la Guerra de los Siete Años (especialmente al hablar de las principales expediciones en sus incursiones por diversas zonas peninsulares).

A continuación, se procederá a analizar los principales teatros de operaciones guerrilleros cronológica y geográficamente, con especial atención a las áreas de mayor actividad, resistencia operativa y potencia de las partidas carlistas en toda España⁵⁷⁷.

Para un cabal entendimiento del marco en el que se van a desenvolver las guerrillas carlistas en Cataluña (en plena dinámica revolución-contrarrevolución), resulta muy conveniente no perder de vista la teoría de Ramón Arnabat Mata (ver epígrafe 5.7 Somatenes y *miquelets* de esta tesis doctoral). Resumiendo: en la primera mitad del siglo XIX, Cataluña fue escenario principal de cinco guerras, cuatro de ellas civiles: la Guerra de la Independencia (1808-1814), la Guerra Realista (1820-1823), la Guerra de los Agraviados o *Malcontents* de 1827-1828, la Primera Guerra Carlista (1833-1840) y la Segunda Guerra Carlista o Guerra de los *Matiners* (1846-1849).

Consecuentemente, durante veintidós de estos cincuenta años, los catalanes sufrieron largos e intensos periodos bélicos, que a lo largo de quince años fueron, además, guerras civiles. A todo ello habría que añadir la Guerra de la Convención o del Rosellón (1793-1795), de gran virulencia en esta región española, como ya se vio. Además, piénsese que Cataluña fue de las primeras regiones españolas en ser invadidas en 1808 y de las últimas en ser liberadas del ocupante napoleónico en 1814, seis años y dos meses después, presentando escenarios bélicos de gran crudeza y de todo tipo: grandes asedios y batallas campales, bombardeos y otras intervenciones de la Armada británica, permanente efervescencia guerrillera e, incluso, algunos episodios únicos y menos conocidos de esta guerra, como la incursión de Sarsfield en suelo francés, a comienzos de 1812 (con enorme disgusto de Napoleón) o el

⁵⁷⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 163-164. En cuanto a la unidad de aduaneros carlistas del ejército norteño, Julio Albi, en su mencionado trabajo sobre esta fuerza de combate, describe la composición funciones y actuaciones habituales de los aduaneros, relevante unidad de las tropas legitimistas, fundada por Zumalacárregui el 14 de marzo de 1834. En Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., p. 130.

⁵⁷⁷ Este análisis propuesto de las acciones de las guerrillas carlistas durante la Guerra de los Siete Años, referido a todo el territorio español, no puede ser, evidentemente, todo lo exhaustivo, casuístico e individualizado que sería de desear en un estudio de síntesis como debe ser necesariamente el presente trabajo (por obligadas razones de limitaciones de tiempo y espacio). Para una amplia exposición de todas las áreas afectadas por acciones guerrilleras a lo largo del mencionado conflicto, puede recurrirse a Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 181-281.

desembarco de un contingente anglosiciliano en Salou, junio 1813, que desempeñó algunas operaciones en el Principado⁵⁷⁸.

Si a lo anterior se le suma la actuación en todas estas guerras de unidades guerrilleras específicamente catalanas (somatenes y *miquelets*), resulta imposible dejar de subrayar el papel clave y protagonista de Cataluña en todas estas conflagraciones. Arnabat incide en que este importante aspecto resulta poco tenido en cuenta por los historiadores, pese a que como no podía ser de otra manera, sin ninguna duda conformó y condicionó seriamente la dinámica política, militar, económica y social de Cataluña en aquel periodo — además de su política de seguridad, pese a no decirlo el autor expresamente—. En conclusión, las generaciones catalanas nacidas entre finales del siglo XVIII y el primer tercio del XIX estuvieron prácticamente toda su vida inmersas en guerras, algunas de ellas de gran destructividad y duración, ya fuera de forma activa o pasiva⁵⁷⁹.

Además, este postulado teórico de Arnabat sirve perfectamente para respaldar la hipótesis, planteada en esta tesis doctoral, sobre las profundas conexiones entre las guerrillas carlistas y lo que algunos autores han denominado como “precarlismo” (tal como se analiza en el capítulo I de este trabajo), especialmente en cuanto a la operatividad de las guerrillas que actuaron en toda una serie de guerras. Efectivamente, se espera poner de manifiesto que es posible establecer antecedentes, consecuentes, continuidades, hilos conductores y conexiones, en forma de actividades guerrilleras, guerrilleros, partidas insurgentes, e incluso, zonas de actuación de las guerrillas, que permiten enlazar la Guerra de la Convención, la Guerra de la Independencia, la Guerra Realista y la Guerra de los Agraviados o *Malcontents* con la Primera Guerra Carlista. Todo lo anterior contribuye poderosamente a ofrecer una visión global de conjunto y un amplio panorama de la Historia Contemporánea de Cataluña en el periodo comprendido entre 1793-1840, en el que la actuación de las guerrillas contrarrevolucionarias del Principado desempeña un papel protagonista.

Por otro lado, el príncipe silesiano Félix Lichnowsky (militar y político austrohúngaro, que sirvió en el ejército de Don Carlos), incluye en un libro de memorias donde recoge sus experiencias en la Primera Guerra Carlista, una serie de interesantes observaciones sobre el teatro de operaciones catalán. Así, presenta el citado conflicto en Cataluña, en esencia, como un enfrentamiento entre dos sectores opuestos en sus intereses: la montaña y la costa: carlista la primera (habitada por rudos montañeses, habitantes de profundos barrancos y altas crestas, territorio que parece hecho expresamente para esta guerra de guerrillas, de la que han sido la cuna), y liberal la segunda⁵⁸⁰.

Alberto Balcells sostiene que en Cataluña radicaba uno de los principales núcleos españoles del tradicionalismo contrarrevolucionario. Junto con Navarra

⁵⁷⁸ Diego, E. *España, el infierno...* op. cit., pp. 413-415, 451-452 y 466-468.

⁵⁷⁹ Arnabat Mata, R. “Violencia política y...” op. cit., p. 50.

⁵⁸⁰ Lichnowsky, F. *Recuerdos de la guerra carlista (1837-1839)*. Madrid: Espasa Calpe, 1942, pp. 263-265.

y Vascongadas, la parte septentrional, rural e interior del Principado constituyó a lo largo del siglo XIX un importante bastión del carlismo armado, así como de sus antecedentes inmediatos (fue un destacado teatro de operaciones durante la campaña realista y la revuelta de los Agraviados, o Guerra de los *Malcontents*). Asimismo, las guerras civiles legitimistas tuvieron un desarrollo militar trascendental en el frente catalán, tanto por la duración de los combates como por su intensidad⁵⁸¹.

Consecuentemente, no debe sorprender que Pirala sea taxativo al afirmar que una de las primeras regiones de España en protagonizar movimientos armados en favor de Don Carlos fuese Cataluña. Relata cómo, a pesar de la inflexible energía desplegada por su capitán general, Llauder (dispuesto a aplastar sin miramiento alguno y desde sus inicios el menor indicio o “chispazo” de insurrección armada carlista), en el Principado comienza a surgir muy pronto la base de un ejército carlista, que sería pronto respetado y temido. Efectivamente, este alto mando militar cristino mostró desde sus inicios una gran diligencia a la hora de tomar medidas como relevar a los ayuntamientos sospechosos de connivencias legitimistas, o armar a la Milicia Urbana. Además, se distinguió especialmente durante su mandato por constituir cuerpos de seguridad específicamente catalanes: los Voluntarios de Isabel II, perfectamente identificables como los primeros cuerpos francos creados durante la guerra para reprimir al carlismo armado⁵⁸².

Según Pirala, las primeras guerrillas en actuar a comienzos de octubre, lideradas por Tey y Galcerán, son expeditivamente destruidas: acaban con la

⁵⁸¹ Balcells, A. *Cataluña Contemporánea I (Siglo XIX)*. Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 85-86.

⁵⁸² Para Santirso, Llauder continuaba así con la tradición dieciochesca de crear cuerpos de seguridad específicamente catalanes. Estos Voluntarios de Isabel II venían a añadirse a institutos armados preexistentes, tales como los ya mencionados Mozos de Escuadra y las Rondas Volantes Extraordinarias o *parrotes*—especie de miñones, de los que también se ha hablado ya, que funcionaban en localidades como, por ejemplo, Vic (Barcelona). Parece ser que los términos catalanes *parrotes*, junto a los de *caragirats* y *brivalla*, eran todos ellos apelativos infamantes con los que se designaba a aquellos nativos del Principado que sirvieron del lado francés durante la Guerra de la Independencia—. En fecha tan temprana como el 10-10-1833 se inició en Cataluña la recluta de este nuevo cuerpo de Voluntarios de Isabel II, hábil reconversión de los disueltos Voluntarios Realistas. Las dos ciudades más grandes por entonces de Cataluña, Barcelona y Reus fueron los primeros lugares elegidos para el alistamiento de estos voluntarios, seleccionados principalmente entre antiguos milicianos nacionales del año 1820 y ciudadanos bien conocidos por su pública adscripción liberal. Al poco, se crearon también compañías de seguridad pública similares en Figueras, La Junquera y otras poblaciones cercanas a la frontera francesa. El once de noviembre quedaba constituido un Batallón Ligero de infantería, los Tiradores de Isabel II, (encuadrando mil hombres con un prest de dos reales diarios y un real de plus por servicio extraordinario) y a inicios de diciembre se constituyeron tres Compañías de Artillería de Voluntarios de Isabel II, costeadas con las aportaciones de las élites barcelonesas. Por último, el día 9 de ese mes se crearon los Lanceros Voluntarios de caballería de Isabel II, cuyo mantenimiento también correría a cargo de los vecinos más pudientes de Barcelona. Este proceso continuaría ininterrumpidamente, hasta conseguir desplegar unidades de este cuerpo prácticamente por todo el territorio catalán, siendo Barcelona y Reus los puntos neurálgicos de toda esta estructura. Ver Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 57-59. Es importante resaltar que para Julio Albi estos Voluntarios de Isabel II pueden considerarse, a todos los efectos, como uno de los más notables cuerpos francos (o “peseteros”) que actuaron durante la Primera Guerra Carlista. En Albi de la Cuesta, J. *El ejército carlista...* op. cit., p. 24.

muerte del primero y el exilio del segundo. Ello no impedirá que surjan diversas partidas guerrilleras, fundamentalmente, en las cimas de Montserrat, en las montañas de Gerona y en las sierras de Grau. Otras se refugiarán en el subsuelo de estos territorios montañosos (cuevas, sinuosidades, aberturas, simas y hundimientos profundos). Los cabecillas más atrevidos recorrerán incluso los fértiles valles de Barrabés, Arán y Cardona, así como los campos que riegan ríos como el Segre, el Ribagorzana, Pallaresa, Nogueras, Cinca, Ter, Llobregat y Francolí. Se trataba de jefes que pronto destacarán entre los principales mandos guerrilleros de Cataluña, caso de Mariano Vilella o José Pons Viladas (a) «*El Pep de l'Oli*» (ya activos en 1827 con los *malcontents*, el segundo incluso veterano de la Guerra Realista), a los que se sumarán ahora los Plandolit, Tristany, «*El Llauger de Piera*», «*Ros de Eroles*», «Muchacho», Josep Puig (a) «*Boquica*», el Vicario de Oix y Manuel Ibáñez Ubach, también conocido por «*El Llarg de Copons*»⁵⁸³.

Asimismo, Pirala afirma que, al igual que sucedió en la Guerra de los *Malcontents* de 1827, los insurrectos carlistas habrían recibido ahora también la ayuda del alto y del bajo clero: cita al arzobispo de Tarragona y al obispo de Tortosa, entre otros. Subraya que el propio Llauder lo hizo saber así al gobierno cristino, en un informe que elevó, con detalles como la utilización por el carlismo armado del monasterio benedictino gerundense de San Feliú de Guíxols (donde estaría la caja principal facciosa, y el punto central de toda una red que coordinaría a los curas de los pueblos o «cabezas de conferencia» en palabras de este autor, cuya misión sería comunicar las órdenes a otros eclesiásticos subalternos, que a su vez utilizarían a sus agentes agregados para darles máxima circulación)⁵⁸⁴.

De este modo, Pirala pretende resaltar la gran eficacia de este sistema logístico, cuya rápida implantación vendría facilitada por la mencionada ayuda clerical. Y todo llevado a cabo con el máximo sigilo y discreción, imposibilitando la interceptación de las comunicaciones carlistas, que se habrían establecido desde los mismos inicios de la insurrección de manera harto eficaz.

Por su parte, tanto Bullón como Santirso coinciden con Pirala al afirmar que el territorio catalán fue uno de los primeros teatros de operaciones en registrar movimientos armados a favor de Don Carlos. Así, en fecha tan temprana como el 5 de octubre de 1833 aparecía en Prats de Llusanés (en la comarca de Osona, provincia de Barcelona) la primera partida guerrillera catalana, al mando del segundo comandante de Voluntarios Realistas y capitán ilimitado con grado de teniente coronel, José Galcerán. Estaba compuesta de unos cincuenta hombres. Una buena parte de ellos eran voluntarios realistas de la villa y carlistas significados de los alrededores, destacando Josep Montaner de Berga y Casadesús, alias «*Tudó*». Para Santirso eran «ultras conocidos» que habían participado con anterioridad en la Revuelta de los *Malcontents*, como

⁵⁸³ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 247-248.

⁵⁸⁴ *Ibidem*, p. 248.

Montaner, —que además ya se había distinguido como jefe guerrillero en la Guerra Realista del Trienio—⁵⁸⁵.

De Prats de Llusanés salió Galcerán el 6 de octubre, en dirección a Borredá (comarca del Bergadá, provincia de Barcelona), por el Coll de Plans y San Vicente de Rivas, emprendiendo su persecución por orden de Llauder varias columnas, mandadas por Cristóbal Linares y Félix Jones, para impedir a toda costa la extensión del movimiento armado. Ello le costó a Galcerán la libertad de sus padres, encarcelados, como también su hijo Jerónimo, entonces de tan solo 13 años y que se convertirá en uno de los principales jefes militares legitimistas de la Tercera Guerra Carlista. Y es que, en efecto, comenzaban a circular noticias de que otros guerrilleros iban apareciendo, aunque para Ferrer, parecía que la insurrección no tomaba todavía el carácter que tuvo la de la Guerra de los *Malcontents* de 1827⁵⁸⁶.

La partida guerrillera de Galcerán ocupó Prats un tiempo, con el respaldo de la práctica totalidad del Ayuntamiento, llegando a imponer un tributo de cuatrocientos duros a los liberales pratenses. Pero tuvieron que huir ante la rápida movilización de tropas estacionadas en Berga y de los cristinos de allí, al mando del gobernador militar. Finalmente, los bergadanos lograron batir a la partida de Galcerán unos días después en el santuario de Tossals, teniendo que refugiarse el jefe guerrillero carlista en Francia⁵⁸⁷.

Para Santirso, los sucesos de Prats de Llusanés pueden considerarse como la continuación de toda una serie de insurrecciones —o «asonadas», como dice él—, que se venían sucediendo ya desde finales de 1832 y que tuvieron por escenarios Borjas Blancas (Lérida), Tortellá y Figueras (Gerona) y los municipios barceloneses de San Vicente dels Horts y Navarclés: todos serían muy similares a los levantamientos carlistas que se producirán, posteriormente, el 15 de febrero de 1834 y el 13 de julio del mismo año en las poblaciones ildenses de Torá, cuyos vecinos tuvieron que emprender urgentes tareas de fortificación defensiva, y en Arbeca, donde hubieron de intervenir urgentemente los Voluntarios de Isabel II y las autoridades municipales en su represión⁵⁸⁸.

Todos los incidentes narrados presentan importantes coincidencias en cuanto a su desarrollo, estilo y el perfil de sus participantes, que Santirso resume como incidentes sin repercusiones inmediatas, a modo de casos aislados de sublevación carlista, que se dieron en la Cataluña de finales de 1833 y a lo largo de todo el año 1834. Ciertamente que, a continuación, él mismo se corrige y rectifica, pues pese a afirmar que las partidas carlistas catalanas de 1834 protagonizaron solamente «escaramuzas o menos que eso» (en todo caso, hechos de armas que juzga con un alcance muy limitado), sin embargo, inmediatamente,

⁵⁸⁵ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 230 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 68. También Antonio Manuel Moral Roncal reconoce como primera insurrección armada carlista en Cataluña la del comandante de Voluntarios Realistas José Galcerán, al frente de una partida de cincuenta guerrilleros. Ver Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., p. 82.

⁵⁸⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, p. 207.

⁵⁸⁷ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 68.

⁵⁸⁸ *Ibidem*, p. 69.

puntualiza que hubo ese mismo año dos únicas excepciones: la batalla de Mayals (10 abril) y el proyecto de levantamiento organizado y liderado por Juan Romagosa y Pros —desde junio nombrado por el Pretendiente Comandante General de Cataluña—, que tendrá lugar en septiembre⁵⁸⁹.

Bullón llama la atención sobre el hecho de que la serie de continuados y fulgurantes éxitos y victorias de Zumalacárregui en el Norte (culminados con su asombrosa ofensiva final de mayo-junio de 1835), parecen eclipsar los denodados esfuerzos que hacía el carlismo bélico en el resto de España, donde las guerrillas distraían buena parte de los efectivos cristinos y causaban serios problemas a su retaguardia. Entre las regiones que empezaban ya a apuntar la importancia militar que llegarán a tener en años sucesivos figura, sin duda alguna, Cataluña. Sin embargo, según observa este mismo historiador, puede chocar, y mucho, la aparentemente escasa potencia bélica del carlismo catalán en sus inicios, sobre todo si se tiene en cuenta que fue una de las regiones españolas que más se distinguió (y en consecuencia padeció las consecuencias) en la campaña realista de 1820-1823. Igualmente, en 1827-1828 protagonizó la Guerra de los *Malcontents*, tras la que se produjo la práctica laminación de los principales jefes y fuerzas insurgentes rebeldes⁵⁹⁰.

Consecuentemente, esto explicaría que no se diese la previsible mayor actividad y potencia de las partidas carlistas catalanas en estos primeros compases del conflicto bélico. Más aún, a la dura represión sufrida por los insurgentes catalanes en las guerras mencionadas supra (especialmente, en el caso, ya analizado, de los *Malcontents*), deben sumarse ahora las severísimas medidas adoptadas por Llauder contra los posibles partidarios del Pretendiente desde el mismo día en que se hizo cargo de la capitánía general de Cataluña, como se sabe. Además, también pesaron la falta de jefes de prestigio que encabezasen decididamente a los sublevados, dándoles la necesaria unidad de mando desde el comienzo, y el recuerdo, sin duda presente en la mente de todos los catalanes, del fallido alzamiento de seis años antes, ferozmente reprimido por el gobierno fernandino⁵⁹¹.

En esta misma línea de subrayar el fuerte apoyo que va a encontrar el movimiento carlista en la región catalana, Eduardo Chao, en una obra que dedica a las guerras que han afectado a Cataluña desde 1827 hasta 1840, afirma taxativamente que en el Principado «existían profundas simpatías y acumulados poderosos elementos en favor de Don Carlos. Ninguna provincia seguramente con mejores condiciones para la cuestión que se iba a debatir (refiriéndose a la disputa dinástica entre carlistas y cristinos-isabelinos)»⁵⁹².

Pese a todo lo anterior, Ferrer resalta la tenaz lucha de los guerrilleros legitimistas catalanes, dirigidos ahora por jefes que ya se habían distinguido durante la Revuelta de los *Malcontents*: Juan Bossoms (hermano del infortunado

⁵⁸⁹ *Ibidem*, pp. 68-70.

⁵⁹⁰ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 268.

⁵⁹¹ *Ibidem*, p. 268. También insiste en estos mismos argumentos Mundet, tal como puede comprobarse en Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 34-37.

⁵⁹² Chao, E. *La guerra de...* op. cit., p. 446.

Josep, (a) «*el Jep dels Estanys*», fusilado en Olot en 1828), a los ya citados Mariano Vilella, Manuel Ibáñez Ubach, alias «*El Llarg de Copons*» —que además había levantado la bandera carlista en 1830 en el Principado, y que regresaba ahora del penal de Ceuta, donde sufrió condena por aquella insurrección—, Clemente Sobrevías, (a) «*Muchacho*», Miguel Fons, alias «*El Llauger de Piera*», sumándose en estos momentos Bartolomé Porredón y Cirera, conocido como «*Ros de Eroles*», (veterano también de la campaña realista y de la Guerra de los *Malcontents*) y otros muchos⁵⁹³.

Sin embargo, la persecución de las autoridades cristinas fue tan implacable que unos jefes murieron en combate —caso de Tey—, mientras que otros, caso de Galcerán, se verán forzados a buscar refugio en Francia. En noviembre de 1833 emprendió las operaciones Benito Tristany, al frente de una partida de 30 a 40 hombres: pronto será reconocido por la mayoría de los sublevados como jefe indiscutido del carlismo armado catalán. Además, persistieron los mencionados problemas de falta de unidad de mando, fraccionamiento y debilitamiento de las pequeñas guerrillas y la feroz persecución de las tropas enemigas. Esta será la tónica general en que se moverá el movimiento guerrillero carlista de Cataluña en las últimas semanas de 1833. Mundet precisa que las cuatro razones de la debilidad del carlismo primigenio son las medidas de represión draconianas emprendidas por Llauder, la falta de un jefe militar carismático, las secuelas del resentimiento derivadas de la Guerra de los *Malcontents* y la secular aversión catalana hacia la casa de Borbón⁵⁹⁴.

Para explicar la rápida proliferación de las partidas en Cataluña, hay que tener especialmente en cuenta que, pese a todas las dificultades mencionadas, la geografía montañosa del Principado resulta especialmente apta para la guerra de guerrillas, facilitando sus terrenos escarpados las acciones por sorpresa, emboscadas y golpes de mano, característicos de este tipo de guerra irregular. Para su ejecución se solían elegir, casi siempre, caminos y collados estrechos y de difícil acceso. Además, las cuevas y oquedades de estas cordilleras, junto a los densos bosques de las montañas, se convertían en refugios seguros para las guerrillas una vez realizadas sus operaciones.

Por lo que respecta a Castilla, debe tenerse en cuenta que, al menos, desde mediados de octubre se registraba ya actividad de partidas carlistas en tierras castellanas —Ferrer recoge las actantes en Arganda y Vaciamadrid (Madrid), Ocaña (Toledo) y Miguelturra (Ciudad Real)—⁵⁹⁵. Asimismo, se había producido el nombramiento del brigadier Alonso Cuevillas, a comienzos de ese mes, como comandante general de los levantados en armas, y además, había información sobre la circulación de grupos guerrilleros legitimistas por la parte norte de la Sierra de Burgos. Sin embargo, lo cierto es que la sublevación sólo cobró todo su vigor cuando se puso a su frente Jerónimo Merino y Cob, único al que estaban dispuestos a obedecer ciegamente los demás jefes insurrectos y

⁵⁹³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, p. 270.

⁵⁹⁴ *Ibidem*, pp. 278-279 y Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 37.

⁵⁹⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, p. 208.

capaz además de movilizar masivamente al gran activo operativo del carlismo castellano: el cuerpo de Voluntarios Realistas.

Así se demostró cuando el propio Cuevillas reconocía al brigadier Merino (por su veteranía, prestigio personal, el respeto que todavía infundía y poder de convocatoria, junto con su liderazgo, unido todo ello a la mayor antigüedad en la graduación militar) «como comandante general de los Ejércitos Reales de Castilla»⁵⁹⁶. Todo esto ocurría veinticinco años después de que el curtido jefe guerrillero hubiese empuñado las armas por primera vez en la Guerra de la Independencia.

De este modo, y ya como comandante en jefe de las fuerzas insurrectas carlistas, el brigadier Merino entró en Sepúlveda el 16 de octubre y ordenó la reunión, bajo pena de vida, de los voluntarios realistas de esta localidad y los distritos de la ribera del Duero, así como los de Burgo de Osma y Ayllón. Al día siguiente se activaron los voluntarios de Roa y San Martín de Rubiales, que recogieron armas y caballos para acudir inmediatamente al llamamiento de Merino. También el día 17 tuvo lugar la sublevación del capitán retirado Juan Martín Balmaseda, que a la cabeza de varios voluntarios realistas de Fuentesauca se dirigió hacia la citada reunión. Merino, en constante actividad, se presentó en Aranda de Duero seguido por una gran columna del cuerpo de Voluntarios Realistas, convocando además a los batallones de Huerta del Rey, Salas de los Infantes y Burgo de Osma para que se reuniesen con él en Hontoria del Pinar.

Por consiguiente, podía considerarse que la provincia de Burgos estaba completamente insurreccionada. Además, los jefes carlistas iniciaron las operaciones por separado: por un lado, el comandante en jefe, Merino, en el sur, y por otro sus lugartenientes, Cuevillas, en la comarca fronteriza de la Rioja, y el brigadier Echevarría en las merindades del Norte (al frente de un batallón de Voluntarios Realistas). También hubo movimientos armados en comarcas limítrofes de Palencia y Soria. Según el capitán general de Castilla, duque de Castroterreño, el total de carlistas sublevados en armas se elevaba ya por entonces a más de 10.000 hombres (sin contar los batallones de Aguilar de Campó, mandados por el comandante de caballería Santiago Villalobos, que operaba por entonces en la provincia de Palencia y las montañas cántabras)⁵⁹⁷.

José Antonio Gallego García, en su biografía sobre Jerónimo Merino y Cob, calcula que en fecha tan temprana como la del 20 de octubre de 1833, el cura de Villoviado había sublevado y puesto a sus órdenes directas hasta 11 batallones del cuerpo de Voluntarios Realistas de las provincias de Burgos, Soria, Segovia y Palencia, que sumaban un total de 4.000 hombres. Pero si se contabilizan muchos otros combatientes que, atraídos por su prestigio y liderazgo, también se unieron al brigadier Merino (entre ellos numerosos jefes y oficiales retirados o licenciados del ejército —los ya descritos «oficiales indefinidos e ilimitados»—, funcionarios de Hacienda y Correos, clero regular y

⁵⁹⁶ *Ibidem*, tomo III, p. 214.

⁵⁹⁷ *Ibidem*, tomo III, pp. 214-215 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 229.

secular, así como muchos pequeños propietarios y simples campesinos), este mismo autor eleva el número final de las fuerzas reunidas por el caudillo carlista castellano a más de 10.000 infantes y 200 jinetes⁵⁹⁸.

Incansable en sus correrías reclutando gente, Merino entró en Burgo de Osma y requisó caballos y pertrechos de guerra. Reunió a más voluntarios realistas y luego recorrió toda la comarca de Burgos, batiendo completamente a dos compañías de tropas cristinas. Por su parte, Cuevillas ocupó Briviesca en compañía del comandante Arias, que había sublevado Nájera. Por estas fechas, Merino lideró los batallones de voluntarios realistas de Burgos, Lerma, Aranda de Duero, la ribera del Arlanzón y otros, ocupando Santo Domingo de Silos, Covarrubias y sus cercanías. Esto le permitió cortar el paso de correos de Madrid a Valladolid, y de esta capital a Burgos, controlando las comunicaciones de toda esta zona. Cuevillas y Echevarría ocuparon Belorado, con lo que, sumado al dominio de los puntos principales de la sierra cántabra y Medina de Pomar por los carlistas santanderinos, palentinos y batallones de voluntarios realistas de las merindades, mandados por el citado comandante Villalobos, Merino concibió la posibilidad de extender la sublevación carlista hacia Castilla la Nueva, una vez controladas casi completamente por los legitimistas castellanos las provincias de Burgos, Soria y la Rioja⁵⁹⁹.

Ferrer destaca que a comienzos de noviembre de 1833, Merino se hallaba al frente de fuerzas considerables, pues desde el 26 de octubre se calcula que tenía consigo once batallones organizados de los Voluntarios Realistas. Incluso se permitió una muestra de fuerza: el 29 de octubre ejecutó una incursión sorpresa sobre Madrid, llegando a las proximidades de San Lorenzo del Escorial; Ferrer precisa que el famoso líder guerrillero no logró pasar de Galapagar, muy cerca ya de la capital del reino. Sin embargo, las tropas cristinas al mando de Abuín y Pastors le hicieron temer verse copado, por lo que el cura de Villoviado decidió retirarse. Las acciones protagonizadas por las guerrillas al mando de Merino eran posibles debido a los efectivos con que contaba entonces (1-5 noviembre 1833), solamente en tierras burgalesas. Ferrer da el siguiente estado de sus fuerzas: entre Pradoluengo, Carmachón y Santa Cruz del Valle, había cuatro mil infantes y doscientos caballos; otros dos mil infantes dispersos por la zona se sumaron a los cinco mil comandados personalmente por el propio Merino; Villalobos lideraba unos ocho mil hombres. Según este autor, las fuerzas carlistas movilizadas ascenderían a unos 19.200. Contando con estos contingentes, Merino emprendió exitosas escaramuzas y golpes de mano, como el que una pequeña partida carlista burgalesa se apoderase por entonces de un convoy militar, que transportaba fusiles y diversos equipos de guerra de Valdornillos a Palencia. Pero también hubo combates más importantes, por

⁵⁹⁸ Según Gallego, la cifra total de los carlistas castellanos alzados en estas fechas ascendería a más de 26.000, contando con los que mandaba Cuevillas. En Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 49. Cifras muy similares se dan en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p.233.

⁵⁹⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 215-217.

ejemplo, el sostenido entre la caballería de Villalobos con la columna móvil del coronel cristino Saturnino Abuín, «El Manco»⁶⁰⁰.

Pirala eleva el número de batallones de Voluntarios Realistas reunidos (sobre todo, en la Sierra de Burgos) por Merino en estas fechas a unos catorce batallones, estimando sus componentes en más de once mil hombres, que fueron aumentando rápidamente. Por lo tanto, coincide, grosso modo, con las cifras anteriores. El caudillo carlista hizo exacciones de caballos y de dinero, interceptó correos y toda clase de comunicaciones cristinas. El 24 de octubre había emitido una proclama en Aranda de Duero, que pretendía ser un claro compromiso de plan de operaciones futuras. Consiguió reunir ese día todas sus fuerzas para ser revistadas: un cuerpo de ejército de tres brigadas con cuatro escuadrones de caballería y dos compañías de artillería. Su objetivo inmediato era apoderarse de la capital burgalesa, meta jamás lograda. Pirala detalla que las comunicaciones entre las fuerzas carlistas castellanas se efectuaban por medio del clero regular y secular; asimismo, también se valieron luego de mujeres como enlaces directos, para evitar todo motivo de sospecha⁶⁰¹.

Sin embargo, no debe olvidarse que pese a los importantes contingentes movilizados por el carlismo castellano en estos inicios de la sublevación, en la gran mayoría de los casos se trataba de paisanos (además, en general, precariamente armados), nunca de fuerzas regulares. Este hecho quedó claramente en evidencia con lo ocurrido a las tropas de Merino la noche del 13 al 14 de noviembre de 1833 en Villafranca de Montes de Oca (Burgos), donde los carlistas, siendo más y encontrándose en mejores posiciones, huyeron estrepitosamente ante un enemigo que casi no tuvo que combatir. Tras permanecer un par de días en Pancorbo, donde apenas pudo reunir de la desbandada sufrida a unos 5.000 hombres, ya totalmente desmoralizados, el cura de Villoviado se replegó hacia Álava⁶⁰².

Coinciden los especialistas en afirmar que la acción de Villafranca demostró la falta de instrucción, moral de combate y condiciones para la guerra regular de los hombres de Merino, que habían llegado, además, al lugar del combate en muy mal estado —tras recorrer más de 25 km, de noche y en medio de un fuerte temporal de nieve, cegados por la niebla, helados y hambrientos—. Sirvió también para que el brigadier carlista comprendiese que aquella fase de la guerra había concluido: no bastarían ni exhibiciones de fuerza ni pronunciamientos, lo que se estaba iniciando era una guerra total, que iba apareciendo cada vez más dura y cruel y había que prepararse lo más adecuadamente para ella⁶⁰³.

Según Bullón de Mendoza, la sublevación carlista de 1833 fue, básicamente, un alzamiento del cuerpo de Voluntarios Realistas, pero precisa que esta afirmación ha de ser aclarada debidamente. Dista mucho de la realidad

⁶⁰⁰ *Ibidem*, pp. 216-221.

⁶⁰¹ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 210-212.

⁶⁰² Amplio análisis de la acción de Villanueva de Montes de Oca y sus importantes consecuencias en Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., pp. 82-87.

⁶⁰³ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 234.

pensar que fue dicho cuerpo en bloque el que se sublevó al morir Fernando VII para proclamar rey a su hermano. En realidad, solo lo hicieron algunos de sus miembros. Debe subrayarse que no todos los voluntarios realistas tenían por qué ser partidarios de Don Carlos, ni se habrían alzado en armas, por tanto, para apoyarle. Ya se ha señalado con anterioridad como, al ser colocados bajo dependencia de los capitanes generales, éstos se dedicaron a depurar y desorganizar concienzudamente sus filas, cambiando a los jefes de todas las brigadas; tan solo los cuerpos civiles de paisanos armados vasconavarros, dependientes de sus respectivas diputaciones forales, conservaron sus mandos: de ahí que fuesen los únicos en alzarse, introduciendo a veces en sus filas a conocidos liberales⁶⁰⁴.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que la gran mayoría de los combatientes de las guerrillas carlistas castellanas, como las del resto de zonas de España, eran paisanos, voluntarios realistas, guerrilleros veteranos de guerras anteriores (por ejemplo, los oficiales “ilimitados” e “indefinidos”) o bien mandos del ejército, que se sumaron a la sublevación carlista a título exclusivamente individual. En definitiva, se trataba fundamentalmente de personal civil, no de soldados profesionales. Por lo tanto, y pese a variar mucho su experiencia y capacidad de combate, las posibilidades que tenían de enfrentarse a fuerzas regulares cristinas eran harto dudosas, por no decir que mínimas⁶⁰⁵.

Además, Ferrer resalta que frente a los consolidados recursos de un Estado como el liberal-cristino, que al igual que sus homónimos europeos, estaba especialmente diseñado y preparado para la guerra (piénsese por ejemplo en todo un conjunto de estructuras estatales: academias militares, cuarteles, campamentos móviles, material y pertrechos de guerra de todo tipo, fortificaciones de campaña, una marina que garantizaba las comunicaciones por mar, junto con todos los componentes de una economía de guerra contemporánea, como parques y fábricas de artillería y municiones, así como múltiples elementos de la industria nacional bélica que fabricaba sin cesar el equipamiento y vestuario de la tropa y su repuesto constante, especialmente los tan necesarios calzado y uniformes, tal como demandó siete años largos de guerra civil dura y exigente), por su parte, los carlistas castellanos tenían muy difícil improvisar siquiera un ejército regular, y eso partiendo prácticamente de la nada —al contrario de lo que, sin embargo, como ya se señaló, sí que fueron capaces de hacer los carlistas en tres casos: Zumalacárregui en el Norte, Cabrera en el Maestrazgo y el conde de España en Cataluña—. De aquí que los sublevados castellanos en su desigual lucha contra esa potente maquinaria militar cristina tuviesen que suplir la falta de un ejército regular mediante el empleo del único recurso lógico a su alcance: la guerra de guerrillas, carencia que quedó especialmente de manifiesto a raíz de choques como el comentado supra de Villanueva de Montes de Oca⁶⁰⁶.

⁶⁰⁴ *Ibidem*, pp. 235-240.

⁶⁰⁵ *Ibidem*, p. 234.

⁶⁰⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, p. 223.

Por otro lado, este tipo de guerra irregular era muy familiar para los principales jefes del movimiento guerrillero carlista castellano: por ejemplo, Merino, Cuevillas o Villalobos, veteranos mandos guerrilleros de guerras anteriores, como la de la Independencia o la Realista. La gran movilidad, las sorpresas y ardidés de emboscadas y fulgurantes golpes de mano, continuas marchas y contramarchas, buscaban, lográndolo muchas veces, alejar al ejército enemigo de sus bases de aprovisionamiento y despliegue iniciales, así como el cansancio y colapso de sus rígidas estructuras. De este modo, provocaban su desconcierto y perenne inquietud, sumado a cierto aturdimiento y falta de reacciones planificadas, que permitían en muchas ocasiones a las partidas carlistas atraer a las fuerzas regulares cristinas a pelear en lugares hostiles, difíciles y desconocidos, donde los guerrilleros con mayor conocimiento del terreno podían atacarlas con ventaja.

Esta impronta proporcionó una marca indeleble a los combatientes carlistas, de modo que Ferrer subraya que el primer ejército que levantan (el creado por Zumalacárregui en el Norte, casi de la nada, con tenaz perseverancia e imbatido siempre bajo su mando), pese a la disciplina, las formaciones impecables y su estricto orden cerrado en las batallas a campo abierto que caracteriza a toda fuerza armada regular, nunca perdió sus orígenes y esencias guerrilleras. Por ejemplo, la rápida dispersión de efectivos cuando lo exigían las circunstancias, para concentrarse después en el momento más conveniente con capacidad para afrontar combates en orden abierto; o bien la preferencia por el uso de exploradores y escaramuzadores a modo de infantería ligera de montaña⁶⁰⁷.

La última de las grandes sublevaciones carlistas de 1833, tras la del Norte —zona vasconavarra—, la de Cataluña y la de Castilla, fue la que tuvo lugar en el territorio maestrazgo⁶⁰⁸. El carlismo contó en el Maestrazgo con un fuerte arraigo y apoyo popular, extensos en el espacio y prolongados en el tiempo. Siguiendo al historiador e investigador especializado en el carlismo bélico en este teatro de operaciones, Javier Urcelay Alonso (y exclusivamente a los efectos de la actuación de las fuerzas carlistas, tanto regulares como irregulares, a lo largo de la Primera Guerra Carlista), se entenderá por Maestrazgo carlista un amplio territorio que no se define por criterios históricos, económicos, etnográficos, políticos o administrativos; ni siquiera meramente geográficos. Y es que en la guerra, y mucho más en la irregular, el terreno manda —ver análisis al respecto en el punto II del epígrafe 4.2 de esta tesis doctoral, sobre principios estratégicos del combate guerrillero—. De aquí que las acciones bélicas carlistas en el este peninsular no se ajustasen a ningún tipo de límites, excepto los naturales: serán, básicamente, los montes y los ríos los que delimiten las áreas de actuación de las partidas legitimistas. Así, se puede decir que el amplio escenario y área de influencia donde el carlismo se batió denodadamente durante casi siete años está limitado, en su extremo norte, por el Ebro hasta su desembocadura en el Mediterráneo, alcanzando por el sur hasta el Cabriel; de otro, por las estribaciones meridionales de la Cordillera Ibérica (desde su arranque en el

⁶⁰⁷ *Ibidem*, tomo III, pp. 223-224.

⁶⁰⁸ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., 229.

nacimiento del Ebro hasta encontrarse con el Jalón), prolongándose por las sierras de Molina, Albarracín, Gúdar, Mosqueruela y acabar en los Puertos de Beceite. Estas montañas constituyen el verdadero núcleo principal del Maestrazgo carlista⁶⁰⁹.

Se trata de una zona de abruptas montañas, con altas sierras donde hay picos como el de Peñarroya (en la Sierra turolense de Gúdar, máxima elevación del Sistema Ibérico, de más de 2.000 metros de altitud). Actúan como fronteras de los viejos reinos de Aragón y Valencia, repletos de gargantas y desfiladeros escondidos entre cumbres escarpadas, rodeados a su vez por atalayas y baluartes naturales. Todo ello lo convierte en una especie de inmensa ciudadela, dominada por la imponente roca cuya cima corona Morella. Este será el impresionante marco natural donde se concentraron algunos de los más duros y sangrientos episodios de las guerras civiles carlistas decimonónicas. La homogeneidad geológica del terreno, junto al apoyo generalizado de sus gentes, ligaron estrechamente el norte de la provincia de Castellón con el Bajo Aragón turolense, posibilitando la unidad de mando de las fuerzas carlistas de estas zonas desde el inicial nombramiento del Barón de Hervés como comandante general del Maestrazgo, sucedido posteriormente por Juan Marcoval y Manuel Carnicer. El territorio bajo su control militar rebasaba de hecho los límites de las dos provincias mencionadas: ya desde el inicio mismo de la Primera Guerra Carlista, la orilla derecha del Ebro —el corregimiento de Tortosa— pertenece mucho más a la zona de operaciones de las unidades legitimistas de Valencia y Aragón que al Ejército Real Carlista de Cataluña. Tampoco debe olvidarse que el amplio teatro de operaciones abarcado por el comandante general en jefe legitimista, Ramón Cabrera (capaz de organizar en este territorio maestratense un verdadero ejército regular, dotado de toda una infraestructura de retaguardia: logística, intendencia, sanidad, maestranza de artillería, talleres y fundiciones de armamento), abarcó un territorio extendido, de hecho, por comarcas como el Alto Palancia castellanense o la del Bajo Ebro en Tarragona, que nunca han pertenecido al Maestrazgo geográfico, morfológico, etnográfico, económico, histórico ni político. Además, las tropas a las órdenes de Cabrera operaron activamente en zonas de los citados Aragón y Comunidad Valenciana, pero también en las limítrofes de Cataluña, Murcia o Cuenca⁶¹⁰.

En definitiva, de todo lo anterior se desprende que este teatro de operaciones clave en esta guerra, se corresponde con una zona árida y montañosa (muy propicia desde tiempos inmemoriales para la guerra de guerrillas, por su abrupto relieve, caminos y sendas casi impracticables y con multitud de cuevas y refugios casi inaccesibles), de una gran extensión, aproximadamente 5.000 km², situada fundamentalmente entre el norte de la actual provincia de Castellón y el sudeste de la de Teruel. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que las operaciones de las guerrillas carlistas del Maestrazgo, primero, y sobre todo, de las tropas regulares de Cabrera, después, se llevaron a cabo también por una amplia zona que abarcaba Tarragona, al norte, y Valencia por el sur. De hecho, Bullón afirma que el ejército legitimista del Centro

⁶⁰⁹ Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., pp. 51-52.

⁶¹⁰ *Ibidem*, pp. 17-19, y 51-52.

llegó a combatir no solamente en el País Valenciano y Aragón, sino también en Cataluña, La Mancha y el Noreste de Castilla⁶¹¹.

Por lo tanto, el desarrollo de la Guerra de los Siete Años —y, consecuentemente, la operatividad de las partidas carlistas en el descrito Maestrazgo carlista— van a ser bien distintos a lo acaecido en el Norte, La Mancha o en Castilla. La potente insurrección popular pudo desarrollarse al amparo de las accidentadas montañas y barrancos de esta inhóspita y tortuosa comarca natural. Urcelay recalca que este teatro de operaciones constituye, sin duda alguna, una de las zonas más laberínticas de España. Su terreno no se prestaba a practicar una guerra regular, metódica y conforme a lo entendido por los ejércitos decimonónicos (como ocurría en otras regiones peninsulares). Por el contrario, era un territorio propicio para llevar a cabo una intensa y dura guerra de guerrillas, como la utilizada por los combatientes carlistas que buscaban sacarle el máximo partido y todas las ventajas a unos lugares que conocían perfectamente por ser aborígenes, en los que era muy difícil localizarlos y, más aún, desalojarlos. De ahí que en el Maestrazgo carlista las partidas legitimistas desarrollasen una intensa guerra irregular en las que emboscadas, golpes de mano, sorpresas, marchas y contramarchas (normalmente, a favor del terreno y con amplio apoyo popular) estuviesen a la orden del día. Además, las guerrillas carlistas eran capaces de reunirse y disgregarse a conveniencia —camuflándose perfectamente en este terreno idóneo para ello—, según las circunstancias⁶¹².

En esta misma línea, la historiadora especializada en el carlismo de las tierras catalanas del Ebro y el Maestrazgo, Nuria Sauch Cruz, denomina «país carlista» a un amplio escenario constituido por las comarcas meridionales de Cataluña y las septentrionales de la Comunidad Valenciana, con una clara proyección hacia tierras aragonesas—concretamente, Teruel—. En total, y conforme a la actual división administrativa, comprendería siete comarcas catalanas: Tierra Alta, Ribera del Ebro, Bajo Ebro y Montsiá, junto con las valencianas de los Puertos, el Bajo Maestrazgo y el Alto Maestrazgo (sin olvidar el Maestrazgo turolense, verdadero núcleo carlista de ese país), siempre según esta autora. Los territorios descritos formaban un conjunto geográfico e histórico con una características comunes y fueron el escenario del reclutamiento, formación y despliegue de las guerrillas carlistas durante casi medio siglo (1833-1876). Además, a partir de 1835 fue una zona que comenzaba a ser controlada por las fuerzas legitimistas, no solo militarmente sino también administrativamente, posibilitando así la formación de un miniestado carlista que se desarrollará bajo el férreo control único de Cabrera⁶¹³.

Desde momentos muy tempranos de la Primera Guerra Carlista, personajes de muy diversa extracción social y condición profesional, como Carnicer, Quílez, Miralles, alias «el Serrador» y otros no tan conocidos, encabezaron pequeñas partidas. Su actividad inicial se limitó, prácticamente a

⁶¹¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 444.

⁶¹² Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., pp. 52-53 y Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., p. 95.

⁶¹³ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 17-35.

recorrer la fragosidad de sus montes, sin apenas otro plan que huir de la implacable persecución desatada por el enemigo para poder sobrevivir, ni otro punto de apoyo que la de los habitantes de los pueblos más recónditos de la comarca. No obstante, su perfecto conocimiento de las gentes y de la geografía de la zona (donde la mayoría de ellos ya habían guerreado desde 1820, e incluso 1808) les habilitó para continuar operativos y con una moral de combate de hierro⁶¹⁴.

Esto hará posible que en los momentos de mayor apogeo militar —durante el mando de Ramón Cabrera como comandante general de las fuerzas carlistas de Aragón y Valencia en la Guerra de los Siete Años—, el amplio territorio controlado por los legitimistas se extendiese desde el núcleo del Maestrazgo hacia buena parte de las provincias de Tarragona, Cuenca y Valencia. Por todo ello, no es descabellado afirmar que el peso específico adquirido por el Ejército y las guerrillas carlistas maestratenses puede perfectamente ponerse a la misma altura de los otros dos bastiones principales del legitimismo a lo largo de toda su historia: el Norte y Cataluña⁶¹⁵.

El 28 de octubre el coronel de infantería Manuel Carnicer Griñón, veterano guerrillero de la Guerra Realista, reunió a un grupo de siete amigos, aclamaron a Don Carlos y posteriormente recorrieron las localidades castellanenses de Herbés, la Pobleta de Morella y Ortells. En sus correrías, Carnicer decidió crear su propia partida, que estaba formada por unos veinte hombres (la mayoría guerrilleros de la campaña de 1820-1823), con los que intimó a la guarnición de Morella a proclamar al Pretendiente. También se lanzaron al combate otros jefes guerrilleros carlistas en aquellos días, entre los que hay que destacar al capitán ilimitado de caballería Joaquín Quílez, así como al teniente de lanceros ilimitado José Miralles, alias «el Serrador» (debía tener ciertas dotes de mando, pues enseguida reclutó una partida de 16 jinetes, con la que se incorporó a las fuerzas del barón de Hervás, siendo nombrado comandante de caballería). Tenía como base de operaciones el barranco de la Estrella, en Zorita, Castellón y las montañas que separan a esta provincia de la de Teruel. Hay que tener en cuenta que Miralles conocía a la perfección los montes de la zona, ya que había pasado toda su vida en ellos, moviéndose a la perfección en las asperezas de las sierras del Maestrazgo valenciano. Por otra parte, debido a su origen humilde y a su escasa educación, era una persona ordinaria y tosca, aunque tal vez por ello era muy querido por los campesinos. Tenía fama de valiente y, en cuanto a su aspecto físico, era alto, delgado y de piel oscura. Según Ferrer, todos estos jefes guerrilleros no tardarán mucho en sublevar las montañas del Maestrazgo valenciano-turolense, que se pronunciaron mayoritariamente a favor de Carlos V⁶¹⁶.

⁶¹⁴ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 248-249.

⁶¹⁵ Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., p. 10.

⁶¹⁶ Para más datos sobre los primeros jefes guerrilleros del carlismo en el Maestrazgo, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 206-207. También existe una exhaustiva información al respecto en Caridad Salvador, A. *Cabrera y compañía...* op. cit., pp. 160-174.

Bullón de Mendoza menciona que también por entonces preparaban un golpe de mano el barón de Hervés y el brigadier Abellán, con planes para apoderarse de Morella. Según estimaciones de estos dos mandos, ya contaban los carlistas del Maestrazgo con seis mil hombres armados. En este sentido, desde el 29 de octubre se tiene noticia de que una partida guerrillera actuaba en las cercanías de Morella, que se convirtió en el punto de reunión de los sublevados. Allí se presentó el barón de Hervés, asumiendo la presidencia de la junta carlista, que le designa comandante general de las fuerzas tradicionalistas: y es que a su categoría militar (comandante de infantería desde 1813), unía el ser muy conocido y apreciado en esa zona, ya que su baronía se encontraba en pleno Maestrazgo —a solo cuatro leguas (24 km) de Morella—. Además, hacen su aparición en estos momentos dos personajes que se distinguirán a lo largo de la guerra: el comandante del batallón de Voluntarios Realistas de Villarreal, José Joaquín de Llorens y, especialmente, un exseminarista catalán llamado Ramón Cabrera Griño⁶¹⁷.

Efectivamente, a comienzos de noviembre de 1833 el exseminarista Ramón Cabrera se incorporó como voluntario al batallón de Voluntarios Realistas, comandado por el coronel Cosme Covarsí Membrado (veterano militar, que había luchado en guerras como la de la Convención, la de la Independencia o la campaña realista)⁶¹⁸. De este modo, se unía el tortosino a los grupos carlistas que, al mando de Juan Marcoval, hostigaban ya a las tropas cristinas. Así iniciaba Cabrera como simple guerrillero una meteórica carrera militar: cabo, sargento, subteniente, teniente y, al comenzar 1834 —concretamente, el 7 de febrero—, era ascendido a capitán de infantería, quedando adscrito como lugarteniente y segundo en el mando a Manuel Carnicer, principal comandante en jefe de las fuerzas carlistas en el Maestrazgo⁶¹⁹.

El día 9 de noviembre una partida mandada por Antonio Vallés y Vicente Chulví recorrió la territorios maestratenses, logrando entrar en Cherta (Valencia). El ya citado Cosme Covarsí unió sus fuerzas en Torreblanca (Castellón) a las del comandante de los Voluntarios Realistas de esta localidad, Blas María Royo, y juntos sorprendieron y destruyeron un destacamento de tropas cristinas, mandadas por el capitán José Paniagua, en Santa Magdalena de Pulpis (Castellón) el 16 de noviembre⁶²⁰.

El fracaso de no poder convertir Morella en punto de reunión de los sublevados (mediados de noviembre de 1833), supuso la casi total dispersión de los carlistas del Maestrazgo, que a finales de diciembre se hallaban divididos en pequeñas partidas. Al ser fusilado el barón de Hervés en diciembre de 1833, fue elegido en votación por los jefes guerrilleros como nuevo comandante general de los carlistas valencianos del Maestrazgo Juan Marcoval (pues la sucesión

⁶¹⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 229-230.

⁶¹⁸ Puede consultarse información sobre el jefe guerrillero Cosme Covarsí Membrado en Caridad Salvador, A. *Cabrera y compañía...* op. cit., pp. 326-328, y en Segura Otaño, E. *Un montero genial. Biografía de A. Covarsí*. Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, 1969, pp. 21-28.

⁶¹⁹ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 42-49.

⁶²⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *H. T. E.*, tomo III, p. 270.

efectiva del barón de Hervés la tenía Manuel Carnicer). El 21 de diciembre se unieron los 140 hombres de la partida de Marcoval con la de caballería que lideraba el teniente Miralles (a) «el Serrador», compuesta por 16 jinetes. Decidieron atacar el pueblo castellonense de San Mateo (Castellón), encargando la operación al entonces subteniente, y todavía miembro de la partida de Marcoval, Ramón Cabrera, que debía entrar en la población acompañado por Covarsí y Miralles. Pese a que el suboficial catalán cumplió irreprochablemente con su cometido, al no recibir el apoyo de las otras fuerzas carlistas, el jefe de la guarnición cristina sorprendió a los guerrilleros de Cabrera, que hubo de replegarse⁶²¹.

Pirala subraya que los últimos días de 1833 fueron desgraciados y bastante adversos para las armas carlistas del Maestrazgo: eran frecuentes las rivalidades entre los jefes y la insubordinación de los guerrilleros, provocando reveses como el ya citado de Cabrera en San Mateo. Surgían enemistades y resentimientos, que provocaron la formación de numerosas partidas —con el consiguiente fraccionamiento del movimiento guerrillero maestratense—. Recuerda este autor que bajo un mando único habían sido capaces de lograr los avances y ventajas que solamente repetirían luego, bajo el mando único de un comandante en jefe inteligente, valeroso y experimentado (se refiere Pirala a Cabrera)⁶²².

El 23 de diciembre Cabrera seguía recorriendo tierras castellonenses; así, logró sorprender y frenar a una columna cristina que marchaba a Cuevas de Vinromá, replegándose luego hacia Alcalá de Chivert. Por entonces se incorporó a las fuerzas carlistas Domingo Forcadell y Michavila. A finales de ese mes, los cabecillas guerrilleros maestratenses celebraron una nueva junta en Rosell (Castellón), donde decidieron que la partida liderada por Vallés y Chulví se estableciese en los puertos de Beceite; Forcadell y Beltrán permanecerían en la región, tomando como base la citada Rossell, mientras Juan Marcoval, acompañado por Cabrera y Soto marcharon a la zona del barranco de Vallbona, entre Morella y Rossell⁶²³.

Ya por entonces, Pirala afirma que jefes guerrilleros del Maestrazgo como Covarsí, Capapé (a) «el Royo», «el Manco de Alcoy», Mestre, Magraner y otros, recorrían el territorio al frente de partidas carlistas más o menos fuertes, pero siempre intrépidas y valerosas. Así, consiguieron los legitimistas sorprender a una columna de carabineros, comandada por Juan Paniagua, apoderándose de unos 50.000 reales que custodiaban. También apresaron a vecinos pudientes, a quienes devolvían la libertad mediante el pago de pingües rescates, requisaban fondos públicos en algunos pueblos y, siempre que podían, reclutaban por todas partes hombres en edad de combatir. De este modo, lograron aumentar sus filas, pese a lo cual no dejaron estas guerrillas de sufrir contratiempos, como le

⁶²¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *H. T. E.*, tomo III, pp. 276-277.

⁶²² Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 250-251.

⁶²³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 277-278.

sucedió al cabecilla Magraner, fusilado en San Felipe de Játiva por orden de Espartero⁶²⁴.

De otro lado, Melchor Ferrer distingue las diversas áreas en las que se desplegaron las fuerzas carlistas de La Mancha durante esta guerra. Exceden, con mucho, el territorio que se considera actualmente como la comarca geográfica natural manchega, por lo que se advierte que, en lo sucesivo y a los efectos de esta tesis doctoral, será la delimitación trazada en estas líneas la que se considere como el territorio abarcado por el amplio radio de actuación de las guerrillas carlistas en dicha conflagración. Máxime, considerando que una de sus principales señas de identidad operativa fue su extraordinaria movilidad (que no perderán, prácticamente, en los siete años de duro batallar) a lo largo y ancho de este amplio teatro de operaciones.

Así, Ferrer considera el escenario principal en esta zona el conformado por sus tradicionales llanuras y los Montes de Toledo. Constituyen lo que se englobó por los realistas dentro de la Comandancia General de La Mancha que incluía, también, las comarcas jienenses de Sierra Morena y Sierra de Alcaraz, junto con gran parte de la provincia de Albacete. Otro importante frente en esta área fue el comprendido por un sector de la provincia de Guadalajara, colindante con las provincias de Cuenca (incluida en su casi totalidad) y Toledo: era lo que los insurrectos legitimistas llamaron provisionalmente la Comandancia General de Castilla la Nueva⁶²⁵.

No obstante, el propio Ferrer matiza a continuación que, dentro de la misma provincia de Guadalajara, el Señorío de Molina fue también campo de operaciones donde se desplegaron las fuerzas carlistas aragonesas, mientras que en el obispado de Sigüenza actuaron sus homólogos sorianos. A su vez, la parte oriental de la provincia de Cuenca entraba de lleno en lo que el carlismo del Maestrazgo consideraba territorio de actuación propio. Más aún, este autor advierte que para seguir fielmente el hilo de los acontecimientos bélicos, tal como se produjeron, considera también como parte de este amplísimo teatro de operaciones de La Mancha carlista a la comarca de Requena (con importantes localidades como la propia Requena o Utiel con raíces castellanas, pues la segregación de este partido y su agregación a la provincia de Valencia fue realizada posteriormente, aunque durante la guerra pertenecía aún a la de Cuenca). De este modo, este autor conceptúa la región de Castilla la Nueva en los mismos términos en que se hacía en aquellas fechas, con la salvedad de asignar a Andalucía la sierra de Segura, atribuida entonces sin razón histórica ni geográfica alguna, siempre según él, a Castilla⁶²⁶.

Con respecto a Castilla la Nueva, Juan Pedro Recio Cuesta afirma que:

“Las mismas (guerrillas) proliferaron en territorios como Andalucía, Galicia o Castilla la Nueva, teniendo las surgidas en la zona más occidental de esta

⁶²⁴ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, p. 273.

⁶²⁵ Para la exacta delimitación geográfica de lo que en este trabajo se considera como el teatro de operaciones de La Mancha carlista, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 183.

⁶²⁶ *Ibidem*, tomo IV, pp. 183-184 y tomo IX, p. 237.

última región un destacado papel en el desarrollo de la guerra en Extremadura, pues en no pocas ocasiones los carlistas extremeños actuaron conjuntamente con sus correligionarios manchegos y viceversa⁶²⁷.

Para reforzar su argumentación, Recio Cuesta recoge en su libro sobre la Primera Guerra Carlista en Extremadura un cuadro que incluye una lista de nueve partidas manchegas que actuaron regularmente en territorio extremeño a lo largo de casi todo el conflicto bélico (abril-mayo 1834 hasta noviembre de 1839)⁶²⁸. Coincide plenamente con Recio Cuesta Luis Palacios Bañuelos⁶²⁹.

Manuela Asensio Rubio subraya una cuestión, ya comentada al comienzo de este capítulo —y cuya vital trascendencia es difícil exagerar, por más que se insista repetidamente—, como lo es el hecho de que en La Mancha, al igual que en todo el resto de España, (y no solamente en la mayor parte, como señala la autora), el ejército fernandino apoyó incondicionalmente, sin fisuras, al bando cristino. Al no poder contar con un núcleo inicial, preexistente, de apoyo a sus acciones armadas, los insurrectos carlistas, ante la imposibilidad de constituir un ejército regular, hubieron de recurrir a la formación de unidades guerrilleras para poder combatir. A continuación, Asensio describe la organización y funcionamiento general de las partidas manchegas, cuyas características básicas serían:

- 1) Las guerrillas eligieron como bases para su actuación (como es lógico y natural), las sierras más abruptas de la región manchega, muy familiares para muchos de sus miembros por ser naturales de ellas.
- 2) Estas bases guerrilleras se ubicaban, en lo posible, en las líneas fronterizas entre distintas provincias, como por ejemplo, el caso de Toledo y Ciudad Real, o de Cuenca y Guadalajara y, sobre todo, entre diferentes regiones, caso de Toledo con Extremadura —donde hubo una fructífera y frecuente colaboración entre las guerrillas manchegas y extremeñas, como se verá—, o bien entre Cuenca con Aragón. Hasta que no se modernizó y agilizó la anquilosada burocracia militar cristina, que además se demoró bastante, los insurrectos manchegos utilizaron este inteligente despliegue operativo, escapando así a la persecución de las tropas regulares, cuerpos francos y la Milicia Urbana (Nacional). También les permitió un mejor y más fácil aprovisionamiento de armas, municiones, víveres y material de todo tipo. Incluso pudieron disponer así de unos refugios o “santuarios” guerrilleros seguros, desde donde planificar y coordinar sus acciones, además de servir para ocultar depósitos de material o para la recluta de nuevos voluntarios.

⁶²⁷ El autor pone así de relieve la constante histórica de la estrecha relación entre las guerrillas manchegas y las extremeñas durante casi toda la guerra. Ver Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 358.

⁶²⁸ Se incluyen datos como el nombre del jefe de la partida, su apodo y lugar de origen, el tiempo aproximado de actuación en territorio extremeño y las principales áreas geográficas del mismo donde operaron. Ver *Ibidem*, p. 362.

⁶²⁹ Menciona Palacios Bañuelos la frecuente colaboración y actuación combinada de las fuerzas carlistas manchegas con las de otras regiones circundantes, fundamentalmente, con las extremeñas. Ver Palacios Bañuelos, L. “Prólogo”. En Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 18.

- 3) Por último, las partidas manchegas utilizaron también como centros de reunión, ocultación de combatientes y material de guerra o como puntos de avanzadilla para sus despliegues, los conventos y monasterios, cuevas naturales y antiguas fortificaciones de localidades como Almagro, Beteta, Cañete y Venta Quesada (cerca de Manzanares); o bien grutas y cavernas de los montes de Toledo o de la conquense serranía de Buendía.⁶³⁰

Retomando el hilo cronológico de los acontecimientos, la primera partida manchega que irrumpirá en campaña fue la del coronel Dámaso Fulgosio. Fue a mediados de octubre, realizando varias incursiones por la provincia de Cuenca. Poco después, una guerrilla comandada por el cabecilla «Colorado» merodeó por los alrededores de Ciudad Real. El 25 de octubre se detectaba en las inmediaciones de Aranjuez la partida dirigida por Manuel Hernández, (a) «el Abuelo». Pero el hecho más decisivo de cara a promover la insurrección armada legitimista en La Mancha fue, sin duda, la incorporación inmediata a la lucha de uno de los jefes guerrilleros manchegos de más prestigio de la Guerra de la Independencia y también de la campaña contra los constitucionalistas: Manuel Adame de la Pedrada, (a) «El Locho», que asumió el mando de todos los sublevados carlistas en la región, siendo el primer comandante general de La Mancha. Fundamentalmente, por el prestigio personal que aún conservaba este veterano líder guerrillero, más que por unas facultades físicas ya un tanto mermadas⁶³¹.

Ferrer matiza la idea del origen centralizado y desde arriba atribuido a la insurgencia carlista de esta región por los historiadores liberales. Según esta teoría, los mandos carlistas estarían en aquellas fechas en las poblaciones importantes, desde donde habrían extendido su plan de actuación hasta llegar a establecer puestos o destacamentos guerrilleros incluso en los parajes manchegos más apartados. Por el contrario, Ferrer argumenta que el citado despliegue operativo fue mucho más descentralizado, disperso y simultáneo. A la vez, defiende que el protagonismo de las guerrillas rurales (tanto en la dirección, planificación como en la ejecución de las acciones bélicas) fue incontestable, sin por ello descartar la existencia de un carlismo conspirador urbano. Luego, subraya que en La Mancha la lucha fue despiadada y sin cuartel, llegándose a una verdadera cacería del hombre por el hombre. Ciertamente es que, tal como aclara el propio Ferrer, el territorio no favorecía la formación de cuerpos y de divisiones, por las grandes masas de efectivos que implican —principio de concentración de fuerzas, típico de la guerra regular—, sino que la opción más lógica era la de constituir partidas, que permiten la atomización y fragmentación

⁶³⁰ En el punto 2, Asensio subraya el perfecto aprovechamiento que hicieron las partidas manchegas de la rigidez e “hiperterritorialización” que ha solido aquejar a las estructuras administrativas españolas (elemento perfectamente utilizado a su favor también por las fuerzas carlistas del Maestrazgo). En Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 251-252.

⁶³¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, p. 208. La información sobre el historial militar del capitán de caballería Manuel Valentín Adame de la Pedrada, extraída de su expediente personal: AGMS, 1/A-244.

propias de la lucha guerrillera (o dispersión de combatientes que requiere la guerra irregular, máxime en el entorno rústico que le es natural)⁶³².

A continuación, Melchor Ferrer describe detalladamente las peculiaridades operativas de un tipo muy específico de guerrillas manchegas que, prácticamente desde los inicios de la guerra, serán las más importantes y representativas en esta zona. El historiador tradicionalista llama la atención sobre el hecho de que, tratándose de tierras llanas, mayoritariamente (que conforman grandes planicies y estepas, festoneadas por montes lejanos), estas partidas carlistas supieron adaptarse al terreno descrito, operando como fuerzas montadas: una especie de caballería volante, de gran movilidad y muy apta para las sorpresas, golpes de mano y emboscadas, ejecutadas con la máxima rapidez.

Como armamento se dotaban con escopetas en las tapafundas, siendo bastante frecuente, también, que portasen pistolas de arzón. Nótese que estas guerrillas a caballo de La Mancha eran muy distintas a las existentes en otras regiones de España en cuanto a la dotación armamentística, pues en las demás unidades a caballo carlistas (tanto regulares como irregulares), se utilizaban, preferentemente, lanzas y sables. En consecuencia estas partidas volantes o móviles iban fuertemente armadas, disponiendo de una gran potencia de fuego. Solían valerse de las raras ondulaciones del terreno, los escasos matorrales o de los cauces de los arroyos, muchas veces secos, como medio de ocultación en sus emboscadas, ante la falta de montañas o de vegetación en la que refugiarse. Fue este un tipo de guerra de guerrillas idóneo con respecto a las características del entorno descrito, que proporcionó excelentes ventajas y notable efectividad a estas grandes partidas (frecuentemente de varios cientos de jinetes, incluso en ocasiones alcanzando el millar). Su denominación tradicional era la de “escopeteros”, aunque en los Estados Mayores carlistas también eran conocidos como “tiradores”⁶³³.

Todo ello da una idea bastante precisa de estos grupos guerrilleros especializados. Cabe resaltar su organización y estructura, dotadas de una cierta complejidad: piénsese en las implicaciones logísticas y de intendencia necesarias para mantener unidades irregulares montadas, algunas de las cuales alcanzaban ya en agosto de 1834 los doscientos hombres, cifras que irán constantemente en aumento ⁶³⁴.

Por su parte, Manuela Asensio Rubio, en su obra sobre el carlismo en Castilla-La Mancha (1833-1875), menciona a algunos de sus capaces jefes: Juan Vicente Rugeros, alias «Palillos», Joaquín Tercero o José Jara, que cuando la división expedicionaria del general Gómez atravesó tierras ciudadrealeñas, a comienzos de noviembre de 1836, habían conseguido reunir cada uno de ellos partidas de más de seiscientos caballos. Además, señala esta autora que ya desde inicios de abril de ese año y bajo el mando supremo de Antonio García de

⁶³² *Ibidem*, pp. 183-184.

⁶³³ Sobre estas partidas de “escopeteros” o “tiradores” manchegos, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 183-184.

⁶³⁴ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 273.

la Parra (a) «Orejita» —a la sazón recién nombrado comandante general en jefe de las fuerzas carlistas de La Mancha y Extremadura—, las guerrillas manchegas llegaron a alcanzar la importante cifra de 10.000 combatientes, en constante proceso de uniformización, dotación armamentística y de material de guerra en general, incluyendo cabalgaduras⁶³⁵.

Resulta evidente que exigirían un mayor volumen de suministros en forma de forraje, arneses, guarniciones, atalajes y todo tipo de material necesario para atender y equipar adecuadamente a estos más que apreciables efectivos de caballería, tanto a animales como jinetes. Indudablemente, las ventajas que en el terreno táctico proporciona disponer de unidades montadas (enormemente eficaces en terrenos llanos; rápidas y móviles, que permitían abarcar amplias zonas de actuación; atacar, interceptar y abatir al enemigo fulminantemente, esfumándose del escenario a continuación, junto a su mayor capacidad para la requisita y transporte de material), justificaban sobradamente asumir su mantenimiento a lo largo de la guerra y mayores costes.

Julio Albi describe las características de este tipo especializado de partidas volantes manchegas que se vienen analizando. Así, relata que durante la marcha de la expedición del general Gómez por La Mancha, Extremadura y Andalucía, dichas unidades irregulares desarrollaban ya una notable y eficaz lucha. Entre finales de septiembre y mediados de noviembre de 1836 operaban por tierras manchegas, jienenses, cordobesas y extremeñas. Contaban con unos 800 caballos de batalla y acarreaban su impedimenta y botín a lomos de unas 1000 caballerías, incluida una especie de brigada de acémilas como medio de transporte⁶³⁶.

El propio general Rodil (ministro de la Guerra por entonces y que se tuvo que poner al frente del poderoso ejército del Centro para intentar frenar las operaciones de la división expedicionaria de Gómez por Andalucía, La Mancha, Extremadura, Cuenca, Toledo y otros puntos), admitiría que consiguieron someter su cuartel general a una especie de bloqueo. Descritos como una especie de «densa niebla de la guerra», estos “escopeteros” o “tiradores” impedían a las tropas cristinas conocer a tiempo los movimientos de las fuerzas expedicionarias carlistas, requisaban todas las caballerías y carruajes que encontraban a su paso, junto con los víveres o el vital calzado y quemaban también los coches de diligencia, provocando así la incomunicación, aislamiento y colapso de grandes zonas enemigas⁶³⁷.

Volviendo a la evolución de los acontecimientos bélicos, Ferrer destaca que, en torno a principios de noviembre de 1833, las guerrillas manchegas contaban en campaña con toda una serie de competentes y veteranos jefes: Manuel Adame alias «el Locho» (recuérdese, primer comandante general de las fuerzas carlistas en La Mancha), Juan Vicente Rugeros (a) «Palillos», también veterano de la Guerra Realista y que junto con su hermano Francisco, pronto serán el terror de sus enemigos, Miguel Valiente, muerto ese mismo mes,

⁶³⁵ Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 252-253.

⁶³⁶ Ver Albi de la Cuesta, J. *El ejército carlista...* op. cit., p. 264.

⁶³⁷ Albi de la Cuesta, J. *El ejército carlista...* op. cit., p. 264.

fusilado por tropas cristinas, o Eugenio Ibarba (a) «Barba», que sufrirá la misma suerte al año siguiente. Estas partidas recorrían la provincia de Toledo buscando amparo en sus montes, desde donde realizaban incursiones en los llanos de La Mancha. Por entonces, guerrilleros manchegos llegaron hasta las inmediaciones de Madrid, concretamente Getafe. Además, la partida de «Palillos» combatió contra las tropas del coronel Yarto en Alcolea de Calatrava (Ciudad Real) el 15 de noviembre. Estas acciones guerrilleras eran, en su mayoría, escaramuzas, emboscadas, sorpresas o golpes de mano, aunque también hubo choques como el duro combate sostenido por la partida del cabecilla carlista Félix García contra los soldados del citado coronel cristino. Ferrer alaba el entusiasmo desplegado por Manuel Adame en su condición de comandante en jefe de los carlistas manchegos, pese a que le considera ya «demasiado viejo para esta campaña», pero todavía capaz de imponer su autoridad por prestigio y liderazgo a sus compañeros de armas⁶³⁸.

Por lo que respecta al resto del territorio español, este mismo autor apunta que el movimiento guerrillero carlista extremeño, pese a sus conatos iniciales, se verá obstaculizado seriamente por la gran concentración de fuerzas cristinas en la frontera portuguesa. De hecho, el historiador experto en el carlismo extremeño, Juan Pedro Recio Cuesta, afirma que durante el periodo estudiado (octubre-diciembre 1833), no se produjeron sublevaciones armadas, ni ningún tipo de acciones guerrilleras o escaramuzas dignas de mención. Bullón de Mendoza añade que, fusilados Alonso Muñoz y Feliciano Cuesta en los primeros meses de 1834, las partidas extremeñas experimentaron cierto decaimiento en su operatividad. Pero con el transcurso del tiempo establecieron una alianza con las manchegas, de cuya historia militar son prácticamente inseparables⁶³⁹.

En Andalucía hay constancia de que el cinco de noviembre el cura párroco de Benamejil (Córdoba) había levantado una partida; asimismo, señala la aparición de otra en los alrededores de Jerez de la Frontera, cuyo jefe en los partes gubernativos aparece como el marqués de Algar. En Asturias y Murcia todas las tentativas carlistas para sublevarse son infructuosas, mientras que en Galicia la guerra no tomará un carácter general hasta ya avanzado 1834⁶⁴⁰.

Melchor Ferrer señala que el 7 de octubre de 1833 el comandante de los Voluntarios Realistas de Santo Domingo de la Calzada, Narciso Claudio de Arias, junto con el comandante Miguel Marrón, se alzaron en Nájera, organizando algunas partidas guerrilleras. Al frente de ellas, recorrían pueblos de la comarca, proclamando a Don Carlos y requisando armas y dinero. En Haro, Briones y Nájera se apoderaron también de las armas pertenecientes a las respectivas plantillas del cuerpo de Voluntarios Realistas, presentándose poco después al

⁶³⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 279-280.

⁶³⁹ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 71 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 273.

⁶⁴⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 280-282.

mariscal Santos Ladrón de Cegama (primer comandante general de los carlistas navarros)⁶⁴¹.

A comienzos de noviembre, la acción guerrillera carlista se va a extender también a tierras santanderinas y riojanas. Ferrer relata que fue entonces cuando fuerzas legitimistas mandadas por el brigadier Mazarrasa (varios batallones de Voluntarios Realistas), junto con las partidas guerrilleras que lideraban Villanueva y Pedrosa, se unieron a los hombres del brigadier Echevarría en Vargas. En esta localidad cántabra se produjo un combate el 3 de noviembre con una columna cristina, mandada por el coronel Fermín de Iriarte, sufriendo los carlistas una derrota cuya trascendencia es imposible de eludir, pues un triunfo suyo hubiese supuesto la extensión del conflicto a toda la cornisa cantábrica⁶⁴².

En cuanto a las tierras riojanas, el coronel Francisco Vivanco y Barbaza (veterano combatiente de las campañas de 1808-1814 y de la librada contra los constitucionalistas), se batía el 18 de noviembre en Galbárruli con tropas cristinas. Ferrer resalta el comienzo de las operaciones de una fuerza carlista móvil, que actuaba por los montes y llanuras castellanas norteñas y zonas limítrofes: se trataba de una partida compuesta por carabineros que a primeros de diciembre de 1833 fue batida por la columna cristina de José María de Palma, integrada por jinetes del Regimiento de Húsares de la Princesa. Como consecuencia, fueron apresados catorce miembros del citado grupo legitimista, que serían fusilados posteriormente en Orduña (Vizcaya), incluido el cabo de dicho cuerpo Pichón⁶⁴³.

En tierras leonesas el carlismo no consiguió provocar un levantamiento generalizado. Las pequeñas partidas que lograron formarse apenas pudieron dar algún signo de actividad, como sí hizo la más importante de ellas: al mando de Bernardo Alonso Gago Cavia (a) «el Toresano», comenzó su actuación en las cercanías de Toro el 2 de octubre 1833 y fue enconadamente perseguida, siendo eliminados algunos de sus componentes, como el oficial José de la Roca, que fue fusilado poco después por los cristinos. Sin embargo, Ferrer precisa que era muy común que actuasen en la provincia de León partidas carlistas palentinas o cántabras. Igualmente se daban incursiones de guerrillas gallegas procedentes de la zona de Valdeorras (Orense) hacia tierras lucenses, especialmente la sierra de Faro, internándose también en la comarca del Bierzo. Esto era posible porque en Galicia la actividad guerrillera era algo mayor que en el territorio leonés, e incluso iría adquiriendo más importancia en los años siguientes. De hecho, según Bullón, el carlismo gallego contaba ya con algunas partidas de cierta

⁶⁴¹ *Ibidem*, pp. 194 y 205. Ver también Chao, E.; Chamorro Baquerizo, P.; Gómez-Colón de Larreátegui, J.M. *Galería Militar Contemporánea...* op. cit., tomo I, p. 276.

⁶⁴² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 226-228 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 230-231. Por su similar contexto y ejecución, la batalla de Vargas se parece mucho a la de Mayals (Lérida, 10 abril de 1834). En ambos casos, se trató de acciones militares de envergadura cuya iniciativa partió de fuerzas carlistas de fuera del territorio afectado, saldándose con sendas estrepitosas derrotas. También en ambas ocasiones —Cantabria y Cataluña— se produjo la desarticulación del carlismo armado durante cierto tiempo. Ver Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 78.

⁶⁴³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 228-229.

consideración, formadas en ocasiones por más de doscientos combatientes. Ferrer subraya que el intrépido coronel López intentaba unificar la acción de unos guerrilleros galaicos que eran todavía pocos y sin experiencia, incapaces de promover una sublevación general, pero ya bastante activos⁶⁴⁴.

Por consiguiente, el primer levantamiento armado carlista de cierta entidad registrado en esta zona fue el de una partida que se alzó el 28 de octubre en las cercanías de Astorga. Al día siguiente, el teniente coronel Lorenzo Aguilar —veterano guerrillero de la Guerra de la Independencia, así como de la campaña realista—, se alzó en Carrales (Zamora) para proclamar al Pretendiente; consiguió entrar en Palacios del Arzobispo, Salamanca, el 31 de octubre pero en los primeros días de noviembre tuvo el infortunio de caer prisionero en la localidad zamorana de Malillos del Sayago, siendo fusilado el 3 de noviembre en el Cubo del Vino (Zamora), junto con su hijo Felipe Aguilar, su cuñado Pedro Cancho y otros dos paisanos: los voluntarios Francisco Mesa y Ramón Sánchez «el Rejero»⁶⁴⁵.

Pese a alguna actividad de pequeñas guerrillas durante el mes de diciembre, como ocurrió en Valdescorriel y Villalpando (Zamora), en Bóveda del Río Almar (Salamanca), o en San Juan de Torres (León), no estuvo el reino de León entre las regiones más castigadas por la guerra. De hecho, puede decirse que a finales de diciembre la sublevación carlista leonesa estaba sofocada. Ferrer explica que ello se debió, en gran parte, a la presencia del ejército de observación en la frontera de Portugal, mandado por Rodil⁶⁴⁶.

Por otro lado, en cuanto a Aragón, a finales de octubre se levantaba en Tauste (Zaragoza) una partida carlista, mientras que en la turolense Alcañiz fracasaban las tentativas de pronunciamiento del destacamento de Carabineros, siendo apresados el teniente de dicho cuerpo Isidro Sánchez, el coronel Antonio Fuster alias «el herrero de Mequinenza» y el cabo de Voluntarios Realistas Antonio Palacio, que intentaron secundarlo⁶⁴⁷.

Poco después, unidas una partida aragonesa y otra procedente de Morella, emprendieron una incursión: pero sorprendidos los carlistas en Calanda (Teruel) por una columna enemiga mandada por el coronel Linares de Butrón, fueron finalmente batidos y dispersos por los cristinos. Además, el 19 de diciembre fue hecho prisionero el barón de Hervés en Mas de Barberans (cerca de la castellanense Lucena del Cid), siendo fusilado el 27, junto con Vicente Gil, comandante del batallón de Voluntarios Realistas de Liria, el capitán retirado Antonio Borrás y un paisano que les servía de guía. Tras la ejecución del barón de Hervés, primer comandante general del Maestrazgo, asumió el mando de los carlistas aragoneses Manuel Carnicer, convertido así en jefe indiscutible de este territorio (se refiere Ferrer al Bajo Aragón, es decir, la orilla derecha del Ebro y zonas limítrofes con Castilla y, especialmente, con el reino de Valencia). Recalca este autor que ríos como el citado Ebro y el Cabriel, las sierras de Molina y de

⁶⁴⁴ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 273 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 183-184.

⁶⁴⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo III, pp. 205 y 270.

⁶⁴⁶ *Ibidem*, p. 270.

⁶⁴⁷ *Ibidem*, p. 206.

Albarracín, marcan el área de expansión carlista, dando así lugar a uno de sus bastiones principales a lo largo de toda la guerra: el Maestrazgo, verdadero núcleo guerrillero realista⁶⁴⁸.

8.2.3 Principales acciones guerrilleras carlistas en 1834

8.2.3.1 Cataluña

Mundet recalca que el esfuerzo bélico carlista en esta zona de España recaía a comienzos de 1834 exclusivamente sobre los hombros de sus principales jefes guerrilleros. Los más activos eran, principalmente, Bartolomé Porredón y Cirera, alias «*el Ros de Eroles*», Manuel Ibáñez Ubach (a) «*el Llarg de Copons*», Miguel Tristany, apodado «*el Manco*» y Benito Tristany alias «*Mossèn Benet*». Miguel Tristany murió de un bayonetazo en el costado durante un combate en L'Estany de Lloberola (Lérida) en abril de 1834, cuando derrotó a fuerzas cristinas lideradas por Van Halen; a la vez, emergía con fuerza el liderazgo imparable de su hermano Benito, ya operativo desde febrero y el jefe guerrillero catalán por excelencia, según Pirala⁶⁴⁹. También debe destacarse a Miquel Fons (a) «*el Llauger de Piera*», Climent Sobrevías alias «*el Muchacho*», los tres Borges (Antoni, y sus dos hijos, Antoni y Josep, conocido como «*Borgetes*»), Ramón Samsó, Josep Montaner, mosén Pere Massana — ecónomo de San Salvador de Bianya—, y Joan Bussoms.

Continúa Mundet subrayando que todos los mencionados supra formaban la vanguardia carlista catalana de primera hora. Eran un importante grupo de veteranos de guerras anteriores (algunos incluso de 1808, verdadero motor combatiente a partir del que surgirá el legitimismo primigenio, según este autor), luchadores intrépidos y los primeros en echarse al monte siguiendo el ejemplo del insurgente pionero: Josep Galcerán. Eran líderes militares indiscutibles de sus propias partidas guerrilleras, a las que consideraban como de su propiedad personal, a modo de una especie de ejércitos guerrilleros privados, aunque se trataba de guerrillas muy desiguales entre sí. De hecho, en la mayoría de los casos, sus componentes tenían una dependencia social directa respecto de su cabecilla respectivo. Mundet es muy descriptivo al afirmar que todos «alternan el bosque con la vida normal cuando las circunstancias lo permiten. Si es necesario, saben cruzar la frontera francesa, aunque ello les cueste a veces acabar en algún calabozo de la gendarmería»⁶⁵⁰.

⁶⁴⁸ *Ibidem*, pp. 272-275.

⁶⁴⁹ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 320-321.

⁶⁵⁰ Los dos primeros párrafos de este subepígrafe están tomados de Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 38 y 79.

Mundet añade que las guerrillas catalanas en estos primeros compases de la guerra eran combatientes intensamente autónomos, habituados a no recibir órdenes de nadie, y por lo tanto se resistían a obedecerlas cuando intentaron imponérselas. La transformación de estos luchadores irregulares en un verdadero ejército regular será el objetivo principal de los primeros comandantes generales enviados por el ejército carlista del Norte con el fin de apoyar la insurrección legitimista del Principado (se refiere a la expedición de Guergué, y los mandos temporales del general Maroto, el mariscal Urbiztondo y de Segarra)⁶⁵¹.

Finalmente, sólo la llegada del conde de España a principios de julio de 1838 permitirá la creación y puesta en funcionamiento operativo de un verdadero ejército carlista en Cataluña. Sin embargo, y con todo, Mundet afirma que, independientemente de las críticas que puedan merecer sus actuaciones iniciales durante los primeros meses, hay un hecho indiscutible: estos jefes guerrilleros fueron capaces de enfrentarse por sí solos, con un valor casi suicida, sin mando único ni coordinación alguna y con escasos hombres y armamento deficiente, a las fuerzas regulares de Llauder (sin olvidar a la Milicia Nacional y cuerpos francos de mercenarios a sus órdenes, como por ejemplo, los curiosos *parrotes*: ver nota 583 a pie de p. 216 de esta tesis doctoral), con los que llevó a cabo una implacable represión, encaminada a su eliminación inmediata o al simple asesinato a manos de los citados cuerpos de mercenarios cristinos, que actuaban a modo de elementos más o menos incontrolados⁶⁵².

A la soledad de las guerrillas catalanas vino a sumarse un panorama desolador. A este respecto, Bullón recuerda que los primeros meses de 1834 no pudieron ser más desfavorables para las armas carlistas: el 9 de febrero era interceptada la goleta toscana Aurora, cargada de armas y municiones para los combatientes legitimistas; apenas dos meses más tarde, el 10 de abril, tenía lugar la batalla de Mayals, donde los 3.500 combatientes carlistas (1.500 que llevaba Carnicer desde el Maestrazgo, más unos 2.000 voluntarios catalanes que había reclutado Cabrera en los pueblos limítrofes, carentes de la más mínima organización y entrenamiento, además de pésimamente armados) eran vencidos por el ejército cristino⁶⁵³.

⁶⁵¹ *Ibidem*, pp. 38-39.

⁶⁵² Con respecto a estos jefes guerrilleros catalanes, Mundet apunta la coincidencia entre historiadores cristinos, carlistas y de todos aquellos que contemplan el tema desde la perspectiva de la historia militar, a la hora de subrayar su apego por la plena autonomía operativa a toda costa, una indisciplina total —combinadas, a veces, con acusaciones de crueldad—, constituyendo todo ello una parte importante de los reproches habituales al carlismo catalán de la primera guerra. Sin embargo, ello no obsta para que con el tiempo los principales cabecillas fuesen adquiriendo la convicción de que la unión hacía la fuerza: así lo harán, con el paso del tiempo (sobre todo, a partir de 1835, con el salto cualitativo que experimentó la guerra), por ejemplo, Cavalleria y Sobrevías actuando conjuntamente; Zorrilla unido a Saura o Ibáñez, en ocasiones con Josep Masgoret, quienes unieron sus respectivas partidas, de forma temporal y pactada, para ejecutar acciones concretas en el periodo mencionado. En Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 38-39 y 80-81.

⁶⁵³ Según Bullón, esta batalla costó a los carlistas más de 400 hombres entre muertos y prisioneros, y supuso la dispersión casi total de sus efectivos; de hecho, Carnicer apenas pudo

Para Santirso, Mayals marcó el punto de inflexión a partir del cual la insurrección guerrillera catalana se transforma abiertamente en una guerra. La derrota de Carnicer fue decisiva desde el punto de vista militar. Las fuerzas carlistas no estaban todavía preparadas para operar con un número tan importante de efectivos y, sobre todo, dejó claro que el sistema de guerra de guerrillas —con una distribución de los efectivos remanentes a base de partidas, más reducidas y divididas según las zonas de influencia de sus jefes respectivos—, era el procedimiento táctico más eficaz y seguro en aquellos momentos. Además, contribuyó a establecer en el Ebro una primera línea de defensa efectiva frente al Maestrazgo carlista (que funcionaría, en términos generales durante todo el resto de la guerra), elevó la moral y confianza de los cristinos y, finalmente, dificultó el reclutamiento realista en las comarcas meridionales del Principado gracias a la represión ejercida sobre los vencidos: Llauder, capitán general del Principado, alarmado sin duda por esta incursión, promulgó el decreto de Santa Coloma del Queralt (el 13 de abril de ese mismo año), que venía a sancionar y dar fuerza de ley a la guerra sin cuartel o «estrategia del terror» (en palabras del propio Santirso), al establecer que a partir de entonces no sólo sería pasados por las armas los jefes y oficiales carlistas que se hiciesen prisioneros, sino también quienes tras haberse acogido a indulto hubiesen vuelto a incorporarse a la facción y a quienes ayudasen materialmente de cualquier modo a los legitimistas⁶⁵⁴.

La guerra adquiriría así un carácter todavía más violento, pues los carlistas invocaron este documento para justificar sus represalias. Aun así, Mundet llama la atención sobre el hecho constatable de que durante los primeros meses de guerra no es posible hablar de represalias carlistas en Cataluña: hasta que no se constituyeron sus partidas propiamente dichas, estables y operativas, los que fusilaban en exclusiva, por no hablar de malos tratos y vejaciones de todo tipo, eran los cristinos. Dura represión ejercida, además, casi siempre sobre personas aisladas, que se habían alzado sin éxito durante los últimos meses de 1833 y que después tuvieron que ocultarse. Esto es lo que ocurrirá con los primeros insurrectos de Vic (Barcelona) y de Áger (Lérida). Ahora bien, este mismo autor precisa que tan pronto como las primeras guerrillas carlistas importantes comenzaron a actuar, respondieron duramente aplicando una inexorable ley de represalias culpando de ello a Llauder, al que los realistas catalanes tenían una especial inquina⁶⁵⁵.

Por otro lado, esta guerra sin cuartel no se aplicaría siempre ni por parte de todos los contendientes. Según Mundet, quienes se manifestaron más

reagrupar a algo menos de 200 voluntarios supervivientes. Divididos en numerosas partidas, cada una de ellas con su propio cabecilla y zona de operaciones, no pudo conseguirse una nueva concentración general hasta el 5 de noviembre, cuando Carnicer logró reunir en las proximidades de Beceite (Teruel) 1.500 infantes y 25 caballos. En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 268-270.

⁶⁵⁴ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 78. Respecto al análisis de las consecuencias de la batalla de Mayals y al Ebro como primera línea de contención del carlismo armado, ver también Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 269-270.

⁶⁵⁵ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 47-49. También en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 268-269;

sanguinarios fueron los ya analizados cuerpos de voluntarios o mercenarios cristinos, (como ya se dijo, semiincontrolados y que muchas veces actuaban por su propia cuenta y riesgo, normalmente por ánimo de lucro). Este mismo autor define sus actuaciones como «vulgares y espeluznantes salvajadas», sobre las cuales hay noticias muy precisas⁶⁵⁶. Por otro lado, también matiza que tanto las fuerzas carlistas como el ejército regular cristino se mostraban, en general, más ecuanímes en sus actuaciones con el enemigo. De hecho, ya más adelante se llegaría a acuerdos transitorios que implicarían, en la práctica, la extensión en la aplicación del Convenio Eliot a Cataluña. Pero eso ya no sería con Llauder de capitán general, que siempre trató a los combatientes carlistas y a sus colaboradores como a vulgares criminales⁶⁵⁷.

Entrando ya a analizar la operatividad guerrillera, debe subrayarse que a lo largo de 1834 la actividad armada de las guerrillas carlistas en Cataluña se reactivó, pese a la dura represión que sufrían. Tanto Ferrer como Santirso consideran que en la mayoría de los casos se trataba de partidas pequeñas, aisladas, casi siempre faltas de coordinación, con el rasgo común de que sus jefes eran oficiales ilimitados, exjefes realistas (veteranos de la campaña contra el Trienio Liberal), participantes en la Guerra de los *Malcontents* de 1827, e incluso todas estas características a la vez. Coinciden ambos en afirmar que la localización y viabilidad de estas unidades irregulares fueron muy variadas, pero que, a grande rasgos, es posible distinguir dos tipos principales:

- 1- Las partidas guerrilleras organizadas por cabecillas locales, militarmente débiles y ligadas a proyectos más amplios (Santirso cita a las partidas de Arnau, Francisco Paré, (a) «*Bagarro*», «*Camats de Lleida*», Collelles, Marí, Vilella, así como las del padre Lloveras y la del párroco/rector de Oix).
- 2- Otras partidas guerrilleras de mayor potencia y ámbito de actuación, dirigidas por unos guerrilleros experimentados que, aunque se implicaron ocasionalmente en operaciones conjuntas de gran alcance, no perdieron nunca su libertad de iniciativa⁶⁵⁸.

Con respecto a las primeras, Santirso reconoce que fueron prácticamente exterminadas en oleadas sucesivas a lo largo del año 1834 (especialmente a partir del ya mencionado decreto de Llauder), pero también gracias a la liberación de efectivos cristinos que facilitó la creación del cuerpo de la Milicia Urbana — 16 de febrero de 1834, refundación de la antigua Milicia Nacional—, a la propia debilidad e inexperiencia de estas pequeñas gavillas, a la concentración de recursos y poder en manos de las autoridades militares del Principado (recuérdese la fundación de diversas unidades de cuerpos francos o voluntarios) y a la movilización por las autoridades locales de importantes segmentos de la población rural catalana en su liquidación⁶⁵⁹.

⁶⁵⁶ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...*op. cit., pp. 47

⁶⁵⁷ *Ibidem*, pp. 47-49.

⁶⁵⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...*op. cit., tomo IV, pp. 85-86.

⁶⁵⁹ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...*op. cit., pp. 86-87.

Todo lo anterior se plasmó, literalmente, en forma de una inmisericorde operación de exterminio contra los carlistas alzados, tanto en las propias acciones de combate como, fundamentalmente, ante el pelotón de fusilamiento, cuando no en los presidios militares de las colonias. Santirso continúa relatando el balance que pone de manifiesto la dureza de la represión sin contemplaciones contra estas pequeñas guerrillas locales. En la provincia de Barcelona, el mencionado «*Bagarro*» (veterano de la Guerra de los *Malcontents*) y uno de sus lugartenientes, el padre Pablo Tusquellas, resultaron presos el 11 de febrero por las rondas volantes extraordinarias de Sabadell en la masía de los Soler de Berty, en Centelles, junto con el resto de los treinta miembros de su partida. Dos días después fueron fusilados en San Feliu de Codinas «*Bagarro*», fray Tusquellas y cinco guerrilleros más de su partida, la mayoría de ellos militares ilimitados. En palabras del propio Santirso, el resto de los prisioneros fue «ajusticiado progresivamente en un terrible y ejemplar reguero de ejecuciones», pues el 14 se fusiló a Pablo Vives en Tarrasa, a José Maña en Castelltersol y a José Barba en la Quadra de Canals, el día 18 a Salvador Martí en Martorell, mientras en Barcelona se pasó por las armas a Pascual del Río⁶⁶⁰.

En cuanto a los demás prisioneros, fueron conducidos a Barcelona y encerrados en la Ciudadela; trece de ellos fueron enviados a penales de América y los miembros de la familia Soler de Berty fueron condenados a duras penas de presidio por colaboración con bandas facciosas. En marzo, cerca de San Llorenç fue batido y muerto por francos pertenecientes a los Tiradores de Isabel II José Andorra (a) «*Nas*». Lo mismo sucedió con la partida de 35 guerrilleros capitaneada por mosén Antonio Juan Pérez, beneficiado de Garcia, natural de Gratallops (Tarragona), que resultó aniquilada en tierras tarraconenses a fines de marzo por voluntarios de Vilalba y Gandesa, sumados a los somatenes de Corbera de Ebro, Pinell de Bray y Miravet⁶⁶¹.

Ya en el mes de junio, tuvo lugar una nueva fase de escaramuzas y ejecuciones en la provincia de Barcelona: el día 8 fue capturado en Moyá el jefe guerrillero Antonio Mas (a) «*Xavana*», teniente ilimitado, ejecutado tras juicio sumarísimo en Berga y ese mismo día fue abatido a tiros, en un choque con mozos de escuadra en San Celoni, Pere Guitart, también conocido como «*Gravat de Llinars*» —según Mundet, uno de los posibles caudillos militares del carlismo catalán en aquel momento—; en la provincia ildense, el 29 una columna cristina fusiló a cinco guerrilleros carlistas de Sanahuja, y al día siguiente tropas regulares, mozos de escuadra y urbanos de Solsona batieron a la partida del presbítero patrimonial de aquel obispado, Cristóbal Vila, muerto en dicho encuentro. (Nótese el amplio dispositivo de fuerzas combinadas cristinas de distinta naturaleza a la que debían enfrentarse los guerrilleros carlistas. Se antoja, cuando menos, desproporcionado para acabar con estas supuestamente “pequeñas gavillas”. Piénsese que los mandos gubernamentales utilizaron

⁶⁶⁰ *Ibidem*, p. 86.

⁶⁶¹ *Ibidem*, p. 87.

columnas combinadas compuestas por ejército, Milicia Urbana, Mozos de Escuadra, cuerpos francos y somatenes)⁶⁶².

Esta estrategia del terror cristina continuó al menos hasta septiembre de 1834, cuando otra ofensiva contraguerrillera liquidó un gran número de partidas pequeñas en lugares muy distantes. En agosto fue fusilado en Reus el «Vicario de Alforja», siendo capturado por voluntarios de Figueras el cabecilla Miroso con siete de sus guerrilleros. A comienzos de ese mes, en tierras ilerdenses, urbanos de Agramunt ejecutaron a ocho carlistas que habían hecho prisioneros en Vilves. Y tan solo del 8 al 12 de agosto, se continuó este ritmo frenético de eliminación física, pasándose por las armas en Amposta a Mariano Vidal (a) «*Panolla*»; se capturó y fusiló a los hermanos Font, de San Agustín de Llusanés, al teniente ilimitado Lorenzo Ibáñez, al igual que a José Molera, alias «*Bolet de Tona*». Asimismo, se ejecutó al cabecilla Corominas y Pou murió en una escaramuza en Montagut⁶⁶³.

De este modo, al terminar 1834 las partidas menores se encontraban en una situación muy difícil, completamente faltas de apoyo y vertebración tras los duros golpes asestados a todos los alzamientos carlistas de algún relieve. En consecuencia, carentes de recursos y armamento y sin ningún refuerzo desde el exterior, fueron sucumbiendo una tras otra en un terrible rosario de eliminaciones. Así, a principios de diciembre fueron fusilados en Vic los cabecillas Turó alias «*Roqueta*», Prat, Camps y Vicente Marqués, conocido como «*Tumanya*»; el día 15 los destacamentos de Arbúcies, Viladrau y San Hilario (todas localidades barcelonesas), batieron a Saura en Montseny. Y para concluir, la víspera de Navidad las partidas de Vallés, Paraceite, Guerista y «*Xambonet*» fueron desarticuladas por la columna cristina de Azpiroz en La Cenja, Tarragona. En dicha acción murieron Paraceite, Guerista y 40 guerrilleros más. Vallés —autotitulado comandante carlista del corregimiento y que llevaba en activo desde enero— fue ejecutado con 16 de los suyos, mientras el resto de los prisioneros eran llevados para fusilar a sus propios pueblos. En estas mismas fechas, se capturó al cabecilla carlista Rafael (a) «*Porgador*», guerrillero que operaba en la orilla izquierda del Ebro⁶⁶⁴.

Sin embargo, lo que sucedió con el segundo tipo de partidas fue bien distinto: resistieron mucho mejor la implacable represión orquestada sistemáticamente desde Capitanía por Llauder y pasaron a formar el núcleo duro operativo que proporcionará los principales mandos de las fuerzas carlistas catalanas en los años venideros. Algunos de ellos ya los mencionó Mundet al inicio de este epígrafe y se trata de los más destacados jefes guerrilleros, experimentados y curtidos en las guerras civiles de los últimos quince años. Aún a riesgo de incurrir en reiteraciones, no se puede dejar de subrayar a los más populares y operativos: «*el Ros de Eroles*», «*el Llarg de Copons*», «*el Muchacho*», Josep Puig (a) «*Boquica*», Borges, Zorrilla, Joan Caballería, y los hermanos Tristany: Miguel, alias «*Esgarrat*» o «*el Manco*», y el muy famoso

⁶⁶² Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 50.

⁶⁶³ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 87-88.

⁶⁶⁴ *Ibidem*, pp. 88-89.

«*Mossèn Benet*», uno de los más destacados líderes militares carlistas españoles; o el mismo Josep Montaner, al que Mundet considera el prototipo del cabecilla guerrillero, combatiente de montaña por excelencia⁶⁶⁵.

La incorporación a la lucha de los jefes enumerados supra no se produjo nada más iniciarse la guerra: esto ya marca una primera diferencia con los cabecillas del primer grupo analizado anteriormente, siendo una indicación de su mayor experiencia y pragmatismo; sin embargo, hay noticias de movimientos de algunos de ellos ya desde el mismo inicio de la insurrección carlista catalana. Pese a ello, Santirso precisa que los primeros partes de guerra cristinos que dan cuenta de combates con estas otras partidas datan de abril de 1834: así, según fuentes militares cristinas «*Esgarrat*» y «*el Ros de Eroles*» combatieron con el Regimiento de América cerca de Solsona (Lérida) el 1 de ese mes —choque durante el cual murió el primero, de las heridas provocadas por un bayonetazo en el costado derecho— y el día 21 voluntarios de La Pobla de Lillet, Barcelona, cercaron a «*Boquica*» y a unos treinta hombres de su partida en una casa cercana a Castellar de Nuch, aunque finalmente los guerrilleros carlistas consiguieron retirarse. Cinco días después una columna mixta cristina compuesta por tropas del antes mencionado regimiento y francos de Igualada pelearon con «*el Ros de Eroles*» y «*el Llarg de Copons*» en Pinell de Brai (Tarragona), mientras que el día 29 en Fonollosa, Barcelona, los atacados fueron «*Mossèn Benet*» y «*el Ros de Eroles*», que se replegaron sin sufrir apenas bajas. A la vista del aparentemente escaso número de guerrilleros que movilizaban y lo limitado de sus acciones por entonces (normalmente de pequeña escala), estas partidas mayores tampoco parecían constituir el problema principal en ese momento, permitiendo a Llauder ufanarse de que casi toda Cataluña estaba en «perfecta tranquilidad»⁶⁶⁶.

Pero pese a este optimismo excesivo de las autoridades cristinas (que pretendían así transmitir una falsa sensación de control absoluto, despreciando las acciones de unas partidas, a las que reducían a unos pocos cientos de guerrilleros carlistas, apenas capaces de sobrevivir, acosados en puntos muy localizados y la mitad sin armas, con pocas municiones y en estado de subsistencia lamentable), puede comprobarse que no fueron capaces de impedir que continuasen las acciones armadas de las partidas más fuertes a lo largo de los siguientes meses. Para demostrarlo, baste señalar que el 13 de mayo tuvo lugar la acción del Puente de Espía sobre el río Segre (Lérida), en la que las partidas reunidas de «*Mossèn Benet*», «*el Ros de Eroles*» y «*el Llarg de Copons*» (unos ciento cincuenta guerrilleros en total), tras volver de una incursión en la vecina Vilanova de Meyá, se enfrentaron a tropas cristinas de la columna Colubi y Magrat, reforzadas por voluntarios de Tarrasa, Sabadell y Martorell, retirándose los carlistas sin mayores percances. Por último, el día 25 de ese mismo mes soldados de infantería, apoyados por mozos de escuadra de Arbós, combatieron y dispersaron en Mas de la Riera (Gerona) a 55 guerrilleros de la partida de «*el Llarg de Copons*». Ferrer aprovecha para recordar que pese al

⁶⁶⁵ Para la semblanza de Montaner y de gran parte de los jefes militares catalanes de primera hora, ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 49-72.

⁶⁶⁶ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 89-90.

prepotente anuncio de Llauder al gobierno de Madrid, asegurando que Cataluña estaba plenamente controlada y dominada la insurrección carlista, la realidad era que las partidas legitimistas, acosadas sin tregua, utilizaban su habitual y ya comentada estrategia táctica: se dispersaban para eludir la persecución de las numerosas agrupaciones de fuerzas combinadas cristinas, volviéndose a reunir en el momento y lugar convenientes, una vez el acoso cesaba o se debilitaba⁶⁶⁷.

Según Santirso, las dimensiones de las partidas carlistas catalanas eran mínimas, comparadas con las de conflictos civiles anteriores (campaña realista y Revuelta de los *Malcontents*), e incluso con las de otras fuerzas combatientes legitimistas de fuera de Cataluña, que contaban con la opción de realizar levadas con ayuda de algunas instituciones (por ejemplo, el Norte o, posteriormente, en el Maestrazgo). Reconoce, sin embargo, que los escasos guerrilleros catalanes de 1834 eran combatientes avezados en la técnica de guerrillas, se desplazaban continuamente y con gran agilidad en pequeños grupos por territorios muy extensos y accidentados. De este modo, eran capaces de actuar en comarcas catalanas tan alejadas entre sí como las próximas al Ebro, los Pirineos, el entorno del Segre, la Sierra Litoral manresana o el macizo de Montserrat. Utilizaban como táctica preferente la reunión de partidas menores en una mayor para ejecutar una acción en concreto y, posteriormente, para evitar cualquier posible reacción del enemigo, dispersarse utilizando ventajosamente el perfecto conocimiento de un terreno favorable.

Santirso aprovecha para intentar demostrar que si se movían en un gran espacio operando con pequeños grupos era porque no podían considerarse seguros en ningún territorio: la adopción de estas técnicas de combate no demostrarían, a su juicio, un avance de la causa carlista en Cataluña, sino que denotarían su debilidad y falta de apoyo en el mundo rural. Mantener este estado de dispersión habría condenado al carlismo armado catalán a la desaparición porque como había quedado patente tras la incursión de Carnicer, sólo era posible la recluta forzosa contando con un contingente militar lo suficientemente potente y compacto⁶⁶⁸.

Para desmontar estos argumentos de Santirso, ver el epígrafe 4.2 sobre principios estratégicos guerrilleros de esta tesis (capítulo IV sobre el combate guerrillero), especialmente, la habitualidad del uso de las maniobras de concentración-dispersión-reconcentración como recurso táctico habitual y genuinamente guerrillero, a lo que debe añadirse la gran cantidad de voluntarios con que contaban las guerrillas carlistas, especialmente al inicio de la guerra. Todos ellos son elementos generales de la guerra irregular, por lo que el caso catalán no constituye, a juicio de la historiografía especializada, ninguna excepción⁶⁶⁹.

⁶⁶⁷ *Ibidem*, pp. 90-91 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 219.

⁶⁶⁸ Este párrafo y el anterior se basan en información tomada de Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 90-91.

⁶⁶⁹ Insisten en la idoneidad de estos planteamientos estratégico-tácticos de las guerrillas catalanas, por ejemplo, Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 31-60; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 215-216 y Sauch Cruz, N.

Según Santirso el frustrado desembarco de Romagosa habría aliviado por un tiempo las dificultades guerrilleras carlistas. Pero a las serias dificultades enfrentadas por las partidas catalanas vino a sumarse que las ya mencionadas tentativas de insurrección —protagonizadas por los sucesivos comandantes generales de las fuerzas carlistas catalanas con nombramiento real—, Romagosa y Plandolit acabarían siendo completamente estériles: el primero acabó fusilado en las proximidades de la Punta de Bará el 16 de septiembre de 1834, sin haber podido ni siquiera empezar a actuar, apenas desembarcado unos días antes por un buque piamontés; el segundo teniendo que huir a Francia tras su tentativa frustrada de ocupar alguna población (como por ejemplo, Setcases en Gerona) del Pirineo catalán a finales de octubre⁶⁷⁰.

Mundet disiente de lo afirmado supra, afirmando que al igual que las partidas menores, las dirigidas por jefes destacados como «*el Ros de Eroles*», «*el Llarg de Copons*», «*Mossèn Benet*», «*Boquica*», «el Muchacho», «*el Lleuger de Piera*» y Massana se mostraron muy activas en septiembre de 1834, aunque tras las frustradas operaciones de Romagosa y Plandolit, las guerrillas veteranas de estos cabecillas hubieron de iniciar un progresivo repliegue a la espera de mejor coyuntura. Pese a ello, sólo en el citado mes van a protagonizar acciones como las siguientes: «*el Ros de Eroles*» combatió en Timoneda (Tarragona) el día 6 contra la columna Churruca, compuesta por el regimiento de Zamora y voluntarios de Solsona; el 7 y hasta el 10, las fuerzas de Van Halen operaron en Aguilar de Segarra, Barcelona, atacando a las guerrillas de Tristany, Gualdo, Ibáñez y otros —que sumaban unos 100 guerrilleros—; el día 15, dos compañías del batallón de Zamora y mozos de escuadra se enfrentaron a unos 80 hombres dirigidos por «*Mossèn Benet*» y «*el Ros de Eroles*» en la ermita de Santo Domingo (Tarragona); finalmente, el 19 de septiembre tropas regulares dispersaron al grupo de Joan Cavalleria, Montaner y «el Muchacho», unos 100 combatientes, entre las barcelonesas Moreta y Alpens. Tras este acoso de las fuerzas cristinas, el principal jefe guerrillero catalán, Benet Tristany, se refugió en la montaña de Montserrat, sufriendo incluso allí el ataque del somatén de la cercana Collbató, cuando intentó pasar por allí con sus cincuenta guerrilleros el 26 de noviembre, pudiendo evadirse junto con sus hombres sin sufrir daño alguno⁶⁷¹.

La historiografía especializada coincide en que al finalizar 1834 la situación del carlismo catalán en su conjunto era delicada, lo que afectó, lógicamente, también a sus irreductibles guerrilleros. La contrarrevolución legitimista en el Principado seguía adoleciendo de los mismos inconvenientes: falta de un mando único, la desunión de las partidas y carencias de armamento

Guerrillers i bàndols... op. cit., pp. 255-269. Pirala va incluso más allá, al mencionar la habitualidad con que las partidas carlistas se reunían en número de ochocientos, mil o dos mil hombres (cifras nada desdeñables, que desmienten rotundamente las cifras paupérrimas de la propaganda cristina, aducidas en su análisis por Santirso), para al poco tiempo subdividirse en grupos de veinte o treinta según las necesidades. En Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, p. 340.

⁶⁷⁰ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p.91.

⁶⁷¹ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 49-58 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 269.

y material de guerra de todo tipo. Sin embargo, los carlistas se replegaron hacia refugios seguros, con la certeza de que en estas zonas (como por ejemplo el Pirineo catalán y otras zonas montañosas del Principado), siempre contarían con el apoyo seguro de la gran mayoría de la población⁶⁷².

8.2.3.2 Castilla. El regreso de un líder indiscutible: la segunda campaña de Merino y primeras columnas expedicionarias

Ferrer resalta que, durante los primeros meses de 1834 (coincidiendo con la estancia de Merino y de su segundo al mando, Cuevillas, en Portugal), las actividades guerrilleras en esta zona fueron perdiendo parte del vigor inicial, consistiendo en operaciones de poca envergadura, fundamentalmente, emboscadas y otras acciones por sorpresa. Las únicas fuerzas carlistas importantes que quedaron operativas en Castilla fueron las comandadas por Villalobos. Junto a ellas, apenas cabe reseñar la existencia de algunas partidas sueltas, de menor importancia, como las dirigidas por Pedro Eguía —que operaba entre Álava y Burgos—, la de Blanco y la de Cuadrado. En la parte norte de la provincia de Burgos, los soldados vizcaínos de Cástor Andéchaga (que también realizaban incursiones constantes en la parte oriental de Cantabria) y los alaveses de Sopelana no cesaban de realizar ataques contra el enemigo. Además y para complicar más aún la situación, recorrían constantemente el territorio castellano potentes columnas cristinas, debiendo esquivar constantemente las debilitadas guerrillas carlistas el choque con estas fuerzas muy superiores en número y organización.

La implacable y constante persecución sufrida por las partidas castellanas provocó la reducción de sus contingentes, a la vez que su atomización en pequeñas gavillas. Aun así, la tenaz resistencia guerrillera conseguirá plantar cara, haciendo que en ocasiones estos pequeños grupos se revolviesen y aceptasen choques como el ocurrido el 9 de febrero de 1834, en los alrededores del pueblo burgalés de Villadiego; en la refriega cayó prisionero el jefe de la partida, Gregorio Muñiz, natural del pueblo burgalés de Villusto, que fue fusilado al día siguiente. Al conocerse la noticia de que Merino regresaba de Portugal, (pese a los dura represión sufrida y aprovechando que se suavizaban los rigores invernales), comenzaron a actuar nuevas guerrillas, con lo que recobró fuerza la insurrección carlista. Confirmado en su cargo de comandante general del “Ejército Real de Castilla”, el veterano caudillo guerrillero recibía de este modo un fuerte espaldarazo, junto con instrucciones y plenos poderes para actuar en nombre de Don Carlos en este importante teatro de operaciones.

El regreso del cura de Villarcayo a territorio español se produjo el 13 de marzo de 1834, al frente de un escuadrón de 80 lanceros, perfectamente uniformados y equipados en el país vecino, y en cuyas lanzas ondeaban

⁶⁷² Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 58-60; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 218-221 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 268-270.

banderines rojos y negros. Mostraban así sus portadores que estaban dispuestos a dar su sangre combatiendo hasta la muerte, aceptando con todas sus consecuencias la despiadada guerra sin cuartel practicada por el enemigo. Recorrieron la provincia de Zamora, manteniendo diversos choques con columnas cristinas en Castro, Mansilla y Lerma, llegando finalmente a Salas de los Infantes, en la Sierra de Burgos. Fue una verdadera demostración de fuerza dirigida al ejército cristino por parte de los hombres de Merino, derrochando pericia, valor e inquebrantable moral de combate en la dura lucha que se avecinaba.

El 20 de marzo una guerrilla carlista dirigida por un jefe apodado «Gorro», que recorría los alrededores de Peñaranda de Duero (Burgos), trabó combate contra una pequeña columna cristina mandada por el subteniente Ildefonso Ocón, del Regimiento de Infantería de Borbón, en los pinares próximos a la villa burgalesa de Hontoria del Pinar. Al día siguiente, una gavilla carlista situada en las inmediaciones de Udalla (Santander) fue sorprendida por un destacamento de cazadores, comandado por un sargento, cayendo prisionero el guerrillero legitimista Jorge Viadero, acusado de intentar sabotear el reclutamiento de quintos ordenado por el gobierno de Madrid.

Con la llegada de la primavera, la guerra en Castilla volvió a reactivarse. Así, una columna cristina comandada por el coronel Saturnino Abuín Fernández, «el Manco», se enfrentó el 1 de abril con la partida carlista liderada por el jefe guerrillero Blanco en Retuerta y Puentevedra (Burgos). Sin embargo, el hecho más trascendental desde el punto de vista militar lo constituyó el ya referido regreso del brigadier Merino, verdadera inyección de moral para los carlistas castellanos, a la vez que un serio quebradero de cabeza para los enemigos. Parte de los carlistas retornados con Merino se enfrentaron a fuerzas de caballería del Regimiento de la Albuera, dirigidas por el capitán Gregorio González, combatiendo entre Lerma y Aranda de Duero. Poco después, se les agregaban otras guerrillas castellanas que operaban por aquella comarca.

Establecido Merino en Salas de los Infantes (que consideraba su base de operaciones), su segundo al mando, Ignacio Cuevillas, marchó a Navarra para contactar con Zumalacárregui y acordar las operaciones a seguir. La inercia positiva generada en el campo carlista castellano por este retorno al combate de su comandante general Merino, se tradujo en diversas acciones guerrilleras en tierras burgalesas, como las de Rabanera del Pinar y Valdecañas de Cerrato. Por otro lado, en la zona segoviana se lanzó al combate una nueva partida que efectuó incursiones por los alrededores de la capital, entraba el día ocho de abril en Villaseca y al día siguiente en Castrillo de Sepúlveda, Uruñeas, Navares de Ayuso y Encina, sin embargo, tuvo un revés en Fresno de Cantespino, al combatir en clara desventaja el día 9 contra una columna cristina dirigida por el teniente coronel Azpiroz, que había salido del Real Sitio de San Ildefonso en persecución de los guerrilleros carlistas.

Por otro lado, en la provincia de Santander actuó la columna expedicionaria carlista mandada por el comandante Arroyo, que según Ferrer, perseguía extender la agitación armada por toda Castilla. Así, estas tropas

cruzaron el norte de la provincia de Burgos hasta alcanzar las montañas cántabras, incursionando en el valle de Liébana y Potes, de donde fueron desalojados por soldados cristinos del teniente coronel Menéndez el 7 de abril; al día siguiente, de regreso a su base, volvieron a sostener un duro combate con esta columna enemiga en la zona montañosa palentina (Guardo). Los combatientes de Arroyo siguieron por territorio palentino, cruzando Triollo y Vidrieros en dirección al valle de Redondo. También en tierras cántabras, Ferrer menciona la actividad de una partida carlista que recorría por entonces el valle de Toranzo, donde sostuvo una escaramuza con milicianos urbanos de Torrelavega. Como consecuencia, fueron hechos prisioneros dos guerrilleros legitimistas, pasados por las armas el 10 de abril en Meruelo.

El brigadier cristino Fermín Iriarte combatió al frente de sus tropas el 11 de abril con guerrilleros carlistas en tierras burgalesas, concretamente en Valpuesta y Quintanilla de la Mata. A su vez, el ya citado jefe guerrillero carlista Blanco unió sus fuerzas a las de Merino, enfrentándose el día 12 con la columna cristina del coronel Abuín en Pinilla de la Mata (Burgos). Por estas mismas fechas, una partida carlista entraba en Atauta, Soria. Ferrer resalta la mala fortuna del coronel carlista Lucio Nieto, que el 13 de abril sufría un revés en tierras burgalesas (Paúles del Agua) frente a las fuerzas gubernamentales del coronel José Herrera, pero conseguía resarcirse Nieto el día 17, batiendo al citado Abuín en la burgalesa Palacios de la Sierra; «el Manco» se atribuyó la victoria, junto con el apresamiento del guerrillero carlista Roque Monzón y la muerte de otro, el oficial Huerta.

Tal como puede deducirse de lo relatado hasta ahora, la guerra en Castilla distaba mucho de discurrir por los cauces pretendidos por el gobierno cristino: alardeaban los partes de guerra de los mandos militares gubernamentales de haber aniquilado a las fuerzas carlistas, haciéndoles imposible retomar las armas. Sin embargo, Ferrer relata una realidad bien distinta, caracterizada por la persistente operatividad de unas partidas carlistas en incesante movilidad, que les permitía asestar continuos golpes de mano al enemigo, ataques por sorpresa y la ocupación de poblaciones. Todo ello evidencia que Merino, ya indiscutible jefe de las guerrillas legitimistas castellanas, seguía protagonizando atrevidas correrías por toda la región, típicas de una guerra irregular que tan bien dominaba (casi idéntica a la de sus anteriores campañas de 1808 y de la Guerra Realista). Por descontado, sin arriesgarse en ningún caso a entablar combates de gran magnitud, pero desmintiendo de paso el triunfalismo ficticio de los comunicados oficiales⁶⁷³.

Respecto a la designación de Merino como comandante en jefe de las partidas carlistas castellanas, Bullón comenta que, posiblemente, el veterano brigadier no fuese el mando más indicado para dirigir un gran ejército. Sin embargo, sí puede considerársele un más que competente y experimentado líder de grupos guerrilleros, al frente de los que (junto a las mencionadas acciones

⁶⁷³ La información de las cuatro primeras páginas de este subepígrafe, sobre las partidas castellanas tras el regreso de Merino de Portugal, está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 167-174.

guerrilleras típicas), ejecutaba impecablemente maniobras de diversión, atrayendo con sus acciones numerosas tropas enemigas en su persecución y, a la vez, manteniéndolas en constante alerta y tensión⁶⁷⁴.

En evitación de incurrir en lo que sería una interminable sucesión de nombres y de combates, baste como ejemplo de su incesante y omnipresente actividad señalar que, entre finales de abril y comienzos de mayo de 1834, Merino actuó en Cordobilla (Burgos), Santoyo y Herrera del Pisuegra (Palencia), Burgo de Osma (Soria) o los pinares cercanos a la localidad también soriana de San Leonardo. Pero esto no significa que fuese la única guerrilla carlista actuante en este teatro de operaciones: Ferrer recuerda que otras fuerzas insurgentes actuaban a la vez en Lantadilla (Palencia), y que en el mes de abril fue hecho prisionero en la localidad cántabra de Villanueva la Mía un sobrino, llamado Barrio, del infatigable jefe carlista castellano Santiago Villalobos, que hubo de padecer, además, la prisión de su indefensa esposa. A la vez, otra partida ocupaba Villalaco (Palencia). Otros guerrilleros castellanos lograron entrar triunfantes en Burgo de Osma a comienzos de mayo. Además, el 11 de ese mes una columna cristina comandada por el coronel Manuel Obregón trabó combate con una guerrilla legitimista que lideraba un comandante de carabineros, y que era conocida popularmente como “la columna de la Sierra”⁶⁷⁵.

Por estas mismas fechas, las partidas carlistas comandadas por los jefes Garrido, «El Pasiego» y un tal «Piñones» combatían en la localidad santanderina de Quintanilla de An contra la columna móvil cristina del capitán José Martín de Azcárate. Los guerrilleros de Badillo recorrían la zona de la localidad burgalesa de Valle de Tobalina, mientras que el incansable Villalobos se hacía dueño absoluto de la zona cántabra próxima a Valderredible. Por su parte, el cabecilla Negueruela, con fuerzas procedentes de la partida de José María de Arroyo, llegaba en sus correrías a contactar con tropas carlistas vascas. Además, una partida mandada por Manuel Durán ocupaba temporalmente Pampliega (Burgos), incautándose de los fondos del estanco de esta población; posteriormente, atacó a un destacamento de tropas cristinas y paisanos adictos en la burgalesa Villahoz. Otra guerrilla especialmente activa en la zona fronteriza entre Burgos y Santander era la capitaneada por el cabecilla apodado «Zamarramala».

Ya en junio de 1834, la muy activa columna carlista de José María de Arroyo, que operaba por entonces en amplias zonas de los montes que separan las provincias de Burgos y Santander, combatió en las alturas del Cerrillo, próximas a Ramales, con una compañía de cazadores de Lepanto comandada por el capitán Antonio Ponce. El 12 de ese mes era el teniente Alfonso Saavedra al frente de un destacamento del Provincial de Segovia, el que atacaba a los guerrilleros de Arroyo en la burgalesa Cabañas de Virtus. A la vez, una partida legitimista aragonesa encabezada por Joaquín Bosque (que había invadido la provincia de Soria), pasó por Navajún (Logroño), en dirección a la población soriana de San Pedro Manrique, pero al retroceder tuvieron que combatir los

⁶⁷⁴ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 272-273.

⁶⁷⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 174-175.

carlistas aragoneses con los lugareños, habiendo de interrumpir su incursión y regresar a sus bases. En la noche del 17 al 18 de junio, fue hecho prisionero en el valle de Frías (Burgos) el jefe guerrillero Pedro Eguía, teniente de carabineros, junto a un hijo suyo y otro voluntario carlista. Eguía fue inmediatamente pasado por las armas.

A este respecto, Ferrer recalca que la ejecución sumarísima sobre el mismo terreno de todo oficial carlista (entiéndase en este caso, jefe guerrillero), que tenía la desgracia de caer prisionero en manos enemigas, era entonces — como sucedió luego a lo largo de prácticamente toda la guerra— el procedimiento habitual inflexiblemente aplicado por las tropas cristinas a los mandos de las guerrillas legitimistas. Era una guerra sin cuartel y de exterminio. Además, tal como apunta este autor, se aplicaba esta misma pena máxima a todo tipo de paisanos, en muchos casos no adictos a la causa, sin motivo justificado: simplemente, por meras sospechas. Pone como ejemplos los fusilamientos de los cabecillas carlistas Narciso Sánchez y José María Martín en Melgar de Fernamental (Burgos); en Balmaseda el fusilado era el capitán Ramón Castaños. El 12 de junio se pasó por las armas al prisionero Matías Chavarría en Burgos, acusado de espionaje a favor de los carlistas, pese a que parece ser que intentaba entrar en la ciudad con la intención de visitar a familiares suyos residentes en ella⁶⁷⁶.

Para impedir que las fuerzas guerrilleras castellanas pudiesen recibir ningún tipo de ayuda por parte del ejército carlista del Norte (entonces plenamente operativo y brillantemente dirigido por su comandante general en jefe, Tomás de Zumalacárregui), la autoridad militar cristina estableció una línea de contención e impermeabilización en la parte fronteriza septentrional de la provincia de Burgos, lindante con Álava y Vizcaya. Según Ferrer, el despliegue militar de tropas regulares efectuado al respecto fue el siguiente: en la localidad burgalesa de Villalba de Losa, 50 hombres del Regimiento Provincial de Segovia; en Villafría (Álava) otros 36 hombres de la misma unidad, en permanente comunicación con Frías (Burgos); en Espinosa de los Monteros, Burgos, se desplegó una compañía de cazadores; en Carranza (Vizcaya) una compañía de granaderos, reforzada por 12 carabineros; en la vizcaína Balmaseda se situó otra compañía del Regimiento de Santiago, junto con 58 carabineros; en Medina de Pomar (Burgos), 40 hombres del Regimiento Provincial de Segovia; la también burgalesa Mercadillo de Mena, se guarnicionó con una compañía del Regimiento Provincial de Lepanto; en Sopuerta, Vizcaya, se situó otra compañía del Regimiento de Santiago. También en la santanderina Soba hubo presencia de tropas regulares, en este caso una compañía del Regimiento Provincial de Betanzos. Un escuadrón del Segundo de Línea estaba distribuido entre las burgalesas Villasante, Valle de Mena, Valle de Losa y Medina de Pomar. Por si todo este despliegue de guarniciones y destacamentos militares no fuese suficiente, también se formaron dos columnas móviles especiales, como cobertura de este amplio dispositivo y con la misión de acudir donde fuese necesario enviar refuerzos rápidamente.

⁶⁷⁶ Las acciones guerrilleras de esta página están tomadas de *Ibidem*, pp.175-176.

El 18 de junio tropas cristinas al mando del capitán Azcárate intentaron sorprender a las fuerzas de Villalobos, localizadas entonces en Cuevas de San Bernabé (Burgos). Otra partida carlista combatió el 22 en Alcozar, Soria, con un destacamento de caballería del Regimiento del Rey comandado por el alférez Francisco Villoldo. El día 26 eran las guerrillas de los jefes carlistas Blanco, Durán y Nieto los que atacaron en Villamiel de Muñó, perteneciente a Cayuela (Burgos), a una columna cristina del Regimiento de Húsares de la Princesa mandada por el capitán José María Palma, que hubo de retirarse y refugiarse en la cercana Buniel. Finalmente, el 29 de ese mes se libraron diversas escaramuzas entre partidas castellanas y tropas cristinas en el vecino territorio riojano, concretamente en Canales de la Sierra y en Villaverde de Rioja. Ferrer vuelve a recalcar la continua actividad guerrillera desplegada por los legitimistas castellanos: duros combates en emboscadas y golpes de mano; una persistente lucha sin cuartel: no lo concedía la implacable campaña de exterminio cristina, siguiendo las estrictas órdenes de su gobierno, según ya se explicó, y a la que los carlistas contestaban en estricta reciprocidad, imposibilitados además de contar con puntos seguros de apoyo y retaguardia. Guerra bien distinta de la librada en aquellos momentos por los ejércitos regulares carlista y cristino en el vecino Norte, donde no faltaban batallas campales o asedios. Pero que demostraba claramente la moral de combate y espíritu de resistencia derrochados hasta entonces por los carlistas castellanos a las órdenes de su jefe indiscutible, Jerónimo Merino Cob⁶⁷⁷.

Se analizará ahora la interacción y posible colaboración entre las primeras columnas expedicionarias del ejército carlista del Norte y las guerrillas castellanas. Para un trabajo como éste es un tema esencial, pues se pretende evaluar apoyos logísticos, de intendencia, transferencias de fuerzas o de suministros básicos (armamento, caballerías, calzado) entre ambos, colaboración mutua (o no), así como la posibilidad de acciones conjuntas. Surgen así todo un cúmulo de temas de interés militar, tales como partidas creadas o reforzadas a su paso; armas y material proporcionado a los combatientes legitimistas irregulares; papel desempeñado por los batallones de voluntarios creados a raíz de las expediciones como posible núcleo vertebrador o generador de nuevas guerrillas, el tema del papel jugado por los “rezagados”, “extraviados” o “dispersos” (heterogéneo grupo que cubriría a los desertores, inválidos o incapacitados para el combate, así como los denominados desaparecidos en acción, en el lenguaje militar actual). También cabría considerar cómo influyeron en las relaciones entre las fuerzas regulares e irregulares carlistas los prisioneros forzosos/voluntarios pasados procedentes de las fuerzas combatientes cristinas que podían acompañar a las mencionadas tropas expedicionarias norteñas⁶⁷⁸.

Ferrer subraya la trascendencia militar que tuvo la formación de las mencionadas divisiones expedicionarias, planificadas con un doble objetivo general: extender la guerra por España (existía el convencimiento en el entorno

⁶⁷⁷ Página igualmente basada en *Ibidem*, pp. 176-177.

⁶⁷⁸ Para un amplio estudio de la fase de las expediciones durante la Primera Guerra Carlista ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 288-316.

de Don Carlos del apoyo con que podía contar su causa en prácticamente todas las regiones españolas, siendo conveniente por ello favorecer las insurrecciones carlistas o apoyarlas donde ya operasen) y actuar, a la vez, como maniobras de diversión, aflojando así la presión cristina sobre el bastión carlista del Norte, forzando la dispersión de las tropas enemigas. Añade el autor tradicionalista, como otra de las principales misiones encomendadas a las tropas expedicionarias a comienzos de 1834, el apoyo que debían prestar a las fuerzas castellanas de Merino. Para Josep Fontana, el alto mando carlista del Norte pretendía con el sistema de expediciones «recoger dinero, comprometer las mejores familias —esto es, conseguir que sus partidarios en las provincias dominadas por los liberales tomaran partido públicamente— y apurar los recursos en todas partes»⁶⁷⁹.

No obstante, hay que diferenciar claramente las divisiones expedicionarias que pueden considerarse como movimientos ofensivos del ejército del Norte en su deseo de extender la guerra por España (que se iniciarían en la segunda mitad de 1835 con la expedición Guergué a Cataluña), de las pequeñas columnas de operaciones que apenas habrían tenido incidencia estratégica o incluso táctica alguna. En consecuencia, cabría considerar a estas últimas como pequeñas maniobras de diversión, o incluso movimientos dirigidos a probar tanto la eficacia de las tropas propias como la capacidad de reacción puntual de las del enemigo⁶⁸⁰.

El análisis de estos movimientos de segundo orden de las tropas carlistas norteñas ha de comenzarse por breves incursiones, con medios, objetivos y posibilidades de acción bastante limitados, como fue la realizada por el brigadier Ignacio Alonso Cuevillas («El Mayor») por tierras de Logroño, Soria y Zaragoza entre finales de junio y el 11 de julio de 1834. Los objetivos específicos de esta primera columna exploradora eran demostrar que los soldados carlistas podían batirse con éxito fuera de su reducto vasco-navarro, captar voluntarios para que engrosasen sus filas y, sobre todo, colaborar con los hombres de Merino (que se les unieron durante parte del recorrido, aunque durante muy poco tiempo: al pasar el día 5 de julio por San Pedro Manrique, los del cura de Villoviado se separaron). También señala Ferrer las operaciones, marchas y contramarchas en la provincia de Zaragoza, a la izquierda del río Ebro, llevadas a cabo por la expedición de Cuevillas en estos días. Además, durante esta marcha se

⁶⁷⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo V, pp. 171-172. La cita de Fontana está tomada de Fontana, J. «La época del...» op. cit., p. 160.

⁶⁸⁰ Entre estas «expediciones menores», se encuentran las protagonizadas por Cuevillas y Manuel Sanz, sin apenas incidencia alguna por haber tenido que regresar a las Provincias a los pocos días de su comienzo. Igualmente, cabe considerar como intrascendente el proyecto de Zumalacárregui de extender la guerra por Cantabria y Asturias, enviando cuatro batallones a las órdenes del coronel Arroyo, cuyo retraso motivó que la pequeña columna de apenas 200 voluntarios que inició la marcha en enero de 1835 tuviese que replegarse al poco a sus bases norteñas. Por último, cabe citar la expedición de Batanero, que salió de Mondragón el 23 de enero de 1836 con 220 infantes y 52 caballos, emprendida como una especie de pequeño experimento. Información procedente del documento *Miscelánea sumario de las expediciones que han salido de estas provincias* (cuyo autor es el general carlista Juan Antonio Zaratiegui y depositado en el Archivo Real y General de Navarra, papeles Zaratiegui), reproducido en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit.; p. 290.

consiguió recuperar a un destacamento de caballería carlista que en una breve incursión anterior se había visto separado del mando de Basilio García, por contingencias de la campaña, y que habían estado operando desde entonces por los pinares de Soria⁶⁸¹.

José Antonio Gallego García, en un artículo sobre la expedición del brigadier segoviano Manuel Sanz por el norte de Castilla iniciada el 14 de septiembre de 1834, encuadra estas dos operaciones —la anterior y la de Manuel Sanz—, dentro del mismo contexto táctico carlista. De acuerdo con los planes de Zumalacárregui, en el marco de las instrucciones que el comandante general en jefe guipuzcoano tenía de Don Carlos para que colaborase con Merino (líder indiscutible de las guerrillas castellanas), el objetivo era uniformar, armar y municionar a los combatientes del cura de Villoviado. Sin embargo, a juicio de Gallego, el logro del alto mando carlista habría quedado limitado a que en la comarca soriana de Pinares pudiesen sostenerse ocasionalmente las partidas del propio Merino o la de Juan Manuel Balmaseda, ya muy activo por entonces; o que en Valderredible (Cantabria) lo pudiese hacer Santiago Villalobos Rozas, por citar tan solo a algunos de los jefes principales en aquellos momentos. Acaba concluyendo Gallego como consecuencias militares de estas primeras incursiones:

“Tanto esfuerzo, tanta sangre de hombres, finalmente se demostraría inútil para estabilizar la guerra en Castilla. El fracaso de la táctica carlista para extenderse más allá del territorio vasco-navarro, en lo que al Norte se refiere, obedece, según nuestro criterio, a haber diseminado su esfuerzo en expediciones de escasa fuerza y/o dirigidas por jefes mediocres. Si se hubiese procedido de otro modo, como demuestra el éxito de Juan Antonio Zaratiegui en 1837, que muy posiblemente de no haber ligado su destino al de la Expedición Real, hubiese podido controlar Castilla, tal vez hubiese cambiado la historia de aquella guerra y con ella la de España”⁶⁸².

Llama la atención este mismo autor sobre las estrechas conexiones entre los inicios de la segunda campaña de Merino (nombrado comandante general de las fuerzas carlistas castellanas el 19 de marzo de 1834), que se prolongaría a lo largo de año y medio y las incursiones de estas primeras columnas carlistas. Al comienzo del mencionado periodo, la actividad estrictamente bélica de Merino y sus hombres parecía casi inexistente: tras su regreso de Portugal, el cura de Villoviado iba a encontrarse con la incesante operación de potentes contingentes de tropas enemigas que controlaban por entonces Castilla, especialmente aquellas comarcas bien conocidas por constituir su teatro de operaciones natural. Cabe destacar entre estas columnas móviles cristinas las comandadas por el coronel Saturnino Abuín, (a) «el Manco», el general Manso o el brigadier Manuel Obregón. Además, habría que sumar la actividad creciente de los

⁶⁸¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo V, pp. 172-175.

⁶⁸² Gallego, J.A. “Primera Guerra Carlista: La Expedición Sanz (14 a 24 de septiembre de 1834)”. En *Aportes*, año XXX (1/2015), pp. 159-202. También Pirala coincide con este planteamiento de Ferrer y Gallego, al manifestar que, cumpliendo los deseos de Don Carlos, Zumalacárregui dispuso sendas pequeñas expediciones bajo los respectivos mandos de los mencionados Cuevillas y Sanz, y así aliviar la difícil situación que soportaba por entonces el cura Merino. Ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, p. 356.

recientemente constituidos milicianos urbanos castellanos, destacados en tareas contraguerrilleras; se formaron con ellos numerosos destacamentos que colaboraban activamente con las tropas regulares en el hostigamiento de las fuerzas de Merino, que bastante tenían con lograr huir y sobrevivir. Como ejemplo de la actividad de las mencionadas columnas mixtas, baste citar que el 17 de abril la encabezada por Abuín causó un serio revés a las guerrillas castellanas en Rabanera del Pinar (Burgos), capturando toda la infantería que lideraba entonces el brigadier carlista⁶⁸³.

A la vista de lo anterior, no debe sorprender que a comienzos de junio Merino contactase con Zumalacárregui. Gallego incluso plantea la posibilidad de que le consultase la idea de replegarse al Norte durante un tiempo para reponer y reorganizar sus fuerzas ante el implacable acoso sufrido. También es posible que el general en jefe carlista le indicase al clérigo castellano la importancia militar de que aguantase en Castilla, tanto por la posibilidad futura del hipotético avance sobre Madrid, como por la distracción de tropas cristinas que permitía su operatividad en el teatro de operaciones castellano y que, en caso contrario, hubiesen podido converger contra él; todo ello, sin olvidar el mantenimiento de la llama de la insurgencia en tierras tan adictas y la continua recluta de jóvenes para las fuerzas carlistas que las guerrillas de Merino posibilitaban con su actividad. Por lo tanto, y siguiendo instrucciones de Merino, todas las partidas castellanas se habrían refugiado en las fragosidades de la Sierra, tras recibir oportuno aviso de que una nueva columna carlista se disponía a franquear el Ebro y debían los guerrilleros contactar con ella —tal vez, incluso actuar conjuntamente, tal como sugiere Gallego verosímilmente—. De hecho, para este autor no cabe duda de que su envío era consecuencia directa de la petición de ayuda de Merino⁶⁸⁴.

Así, el 26 de junio Ignacio Alonso Cuevillas volvía a ponerse en movimiento otra vez, ahora con Basilio Antonio García como su segundo. Cruzaron el Ebro por el vado de Tronconegro, a 3 km. de la riojana Cenicero, al frente de 200 infantes y 150 caballos. Este contingente del ejército del Norte recorrió tierras riojanas, sosteniendo algún encontronazo menor, como el de Santo Domingo de la Calzada o en Haro, con urbanos de Nájera. Posteriormente, se internaron entre la sierra de la Demanda y la de Cameros, para acercarse de esta manera a las comarcas donde habitualmente era fácil localizar a Merino, a la postre lo previsto por los militares carlistas. El 4 de julio penetraban en el interior de tierras sorianas, donde se habrían reunido la columna exploradora y los hombres de Merino, tomando el camino de Soria. En cuanto a sus movimientos concretos, el 6 de julio los 600 combatientes de la fuerza conjunta carlista pernoctaron la noche del 4 al 5 en Villaverde del Monte, pasando dicho día 5 por Suellacabras para seguir luego dirección oeste, quedándose en Trévago unos 300 combatientes, mientras que el resto con 100 caballos llegaban hasta Ágreda.

⁶⁸³ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 127-155.

⁶⁸⁴ *Ibidem*, p. 166.

Otros informes que aporta Gallego (que evaluaban dicha agrupación de fuerzas legitimistas en unos 800 hombres), apuntaban que, tal vez, su intención fuera luego dirigirse hacia el norte, dirección a San Pedro Manrique. Todo ello adquiere pleno sentido si se deduce que la infantería norteña, con el grueso de su caballería y los hombres de Merino, no pernoctaron en Salduero (donde habría tenido lugar una pequeña escaramuza con la columna móvil de Abuín), sino que siguieron su camino, durante el cual se separaría el cura de Villoviado, hasta Villaverde del Monte, desde donde mandaron algunas avanzadas hasta Tera, para proseguir luego su marcha dirección noroeste, mientras un destacamento de la caballería expedicionaria —Gallego afirma que apoyado por algunos guerrilleros de Merino—, permanecía en Salduero cubriendo los movimientos de sus compañeros. A partir de entonces, se puede cerrar el análisis de los movimientos de esta columna del ejército del Norte, toda vez que el jefe castellano ya se había separado de ellos⁶⁸⁵.

A primera vista, el despliegue descrito parecía tener un objetivo concreto: de hecho, podría responder a una simple demostración de fuerza, tendente a dejar claro al enemigo que la situación militar había cambiado, y que Merino ya no se encontraba sólo, abandonado a su suerte, contando con el apoyo claro y efectivo del ejército carlista del Norte. Pese a todo, durante el mes de septiembre la situación para los carlistas castellanos continuó siendo bastante difícil. Por ello, Gallego subraya que el alto mando carlista trataría de invertir su situación apurada; ni el Pretendiente ni Zumalacárregui estaban dispuestos a abandonar al cura de Villoviado y sus hombres. Eran plenamente conscientes de las duras condiciones en las que tenían que combatir, así como de la importancia de no desproteger aquella parte de Castilla, potencialmente tan valiosa en combatientes para defender su causa. Sin olvidar su situación estratégica para cuando las tropas legitimistas norteñas emprendiesen el previsto avance hacia el centro de la Península. Por eso, informados de la preocupante situación que atravesaba entonces el carlismo castellano, procuraron cambiar esa dinámica, como ya se avanzó. Aquí es donde entraría en juego la relación de Merino con Don Carlos y Zumalacárregui. Gallego afirma que el rey carlista deseaba que ambos caudillos combinaran sus respectivas fuerzas, deseo refrendado plena y decididamente por el ormaizteguiarra, que podría así ampliar el horizonte y la escala de la campaña y, sobre todo, ocupar regiones vitales para la logística e intendencia de su ejército. Además, la voluntad de ambos en auxiliar al cura de Villoviado obedecía al pleno conocimiento de las serias dificultades por las que pasaba éste entonces (de las que el Pretendiente estaba ya informado desde su viaje a Portugal de comienzos de año), con la particularidad de que la decisión de enviarle ayuda se tomó tras que Merino enviase noticias al rey, informándole que su situación había empeorado significativamente desde entonces⁶⁸⁶.

Con esa misión concreta, la de apoyar la sublevación en Castilla, Zumalacárregui organizó la salida de dos expediciones. Ambas estarían integradas por sendas fuerzas de voluntarios castellanos, formadas con la agrupación de los carlistas de esa procedencia geográfica que combatían en ese

⁶⁸⁵ *Ibidem*, pp. 166-171.

⁶⁸⁶ *Ibidem*, pp. 171-177.

momento incorporados a unidades navarras, vizcaínas y alavesas. También se agregó a los respectivos estados mayores de las fuerzas expedicionarias los jefes de la misma procedencia que se estimó necesario. La idea era que, una vez establecidos en Castilla, pudieran organizar núcleos de combate autóctonos a ambos extremos de la línea de despliegue cristina. Además, debían ser lo suficientemente potentes para sostenerse de forma independiente en la región. De este modo, se pretendía aliviar la persecución que sufrían los hombres de Merino, con quien deberían coordinarse para servir de base al tan deseado avance de Zumalacárregui hacia Madrid. Hasta la consolidación de dichos focos, deberían apoyar a los castellanos las fuerzas vizcaínas y alavesas que se estimó convenientes⁶⁸⁷.

La primera de estas expediciones en ponerse en marcha fue la mandada por el ya citado Ignacio Alonso Cuevillas (con Pedro Fausto Miranda como jefe de Estado Mayor), contando con el apoyo de una brigada alavesa de 2 batallones, bajo el mando del recién ascendido a brigadier Juan Antonio Areitio. Sumaba un total de 1.200 infantes y 60 jinetes que cruzaron el Ebro durante la noche del 8 al 9 de septiembre de 1834 por el vado de Revenga, cerca de Haro. Gallego advierte que, pese a ciertas discrepancias historiográficas respecto a las vicisitudes de esta expedición, no las hay respecto a su fin: sorprendidos y derrotados el mismo día 9 en la Molina de Portillo del Busto por la columna cristina del comandante Manuel de Vicente, se vieron forzados a regresar repasando el Ebro por Trespaderne el día 12, tras haber sufrido la baja de Areitio, entre otros jefes.

La segunda expedición, ya mencionada, dirigida por Manuel Sanz, presidente de la Junta Carlista de Castilla, llevaba como jefe de Estado Mayor al mariscal José de Mazarrasa, y como apoyo a la 3ª Brigada de la División de Álava (formada por 2 batallones), a las órdenes del coronel Prudencio de Sopelana, así como a la Brigada de Las Encartaciones —otros dos batallones, comandada por el coronel Cástor de Andéchaga—. En total, sumaban cerca de 3.000 infantes y algunos jinetes. Entró en Castilla desde la Peña de Haro, atravesando Sierra Salvada camino de Quincoces de Yuso el 17 de septiembre. Pasaría a la historia por su sonado fracaso ante Villarcayo el día 18 y el parcial incendio de esta villa burgalesa; por su derrota en Ciguenza al día siguiente y en Ampuero el día 23, ambas infligidas por la columna cristina de Fermín Iriarte. En consecuencia, las tropas carlistas se vieron forzadas a regresar a Vizcaya, donde entrarían al día siguiente, siempre hostigadas de cerca por el enemigo. Sin embargo, su marcha por tierras cántabras lograría alarmar a las autoridades santanderinas, que se prepararon para un posible ataque a la capital, que finalmente no se produjo por la muerte del coronel Santiago de las Heras en Villarcayo⁶⁸⁸.

⁶⁸⁷ *Ibidem*, pp. 177-178. Según Ferrer, parece que Zumalacárregui era opuesto al sistema de expediciones, que tanta repercusión alcanzarían después en esta guerra carlista. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 206.

⁶⁸⁸ Amplio análisis de estas dos columnas carlistas en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. "Las expediciones carlistas en un inédito de Zaratiegui" en *Aportes: Revista de Historia*

Obviamente, tras sus flagrantes fracasos (pues ninguno de los dos cuerpos expedicionarios fue capaz de mantenerse más que unos pocos días en tierras castellanas), parecía evidente que Merino volvía a quedarse solo. Incluso podría dar la impresión de que tanto los jefes militares enemigos como la propaganda cristina le relegaban al olvido más absoluto, aunque realmente no fuese así⁶⁸⁹.

Gallego matiza que para ser justos también habría que tener en cuenta que la primera expedición de Cuevillas había obligado al general Manso a desplazarse hasta la Bureba, con gran parte de sus fuerzas, donde tuvo que estacionarlas en permanente observación de los movimientos del riojano. A su vez, el anuncio de la expedición comandada por Manuel Sanz le obligaría a enviar al brigadier Aznar a ocuparse de las Merindades y Encartaciones. Estos movimientos prueban, a juicio de este mismo autor, que si aquellas divisiones expedicionarias hubiesen estado mejor mandadas o bien hubiesen sido más eficaces o afortunadas, la situación del cura de Villoviado podría haber cambiado, al dedicarse necesariamente menos tropas a su persecución: pero aun así había suficientes contingentes para mantener la presión sobre los guerrilleros carlistas. Gallego incluso afirma que la derrota de estas dos expediciones tuvo su incidencia en el desarrollo posterior de la guerra en Castilla, al menos en aquella fase del conflicto. Así, el capitán general de Castilla, pese a la dislocación de tropas a la que se había visto forzado por la súbita irrupción en su distrito del nuevo factor militar a considerar, pudo conjurarlo finalmente y continuar con la implacable persecución de las partidas de Merino. De este modo, el 16 de septiembre Manso informaba a sus superiores de que la caballería de Abuín parecía haber hecho huir a la carlista, tras causarle algunos muertos en las afueras de Hortigüela, pero sin haber podido siquiera ver su infantería (que sin embargo suponía oculta en la cercana Sierra de Gayúbar, al otro lado del Arlanza)⁶⁹⁰.

Tal como señala la *Galería Militar Contemporánea*, lo antedicho pone de relieve que el cura de Villoviado había sido capaz de reconstruir su partida, asegurando que había permanecido en la sierra más de dos meses, aprovechando la paralización momentánea de sus operaciones para aumentar el número de sus hombres que a finales de septiembre ascendía ya a cerca de mil hombres armados⁶⁹¹. No debe extrañar, por tanto, que Gallego se reafirme en el hecho incuestionable de que Merino hacía mucho más que ocultarse, aprovechando también, obviamente, que las tropas de Manso habían tenido que aflojar momentáneamente su presión sobre él, ocupadas como estaban en la

Contemporánea, nº 33, 1997, pp. 3-22 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 178.

⁶⁸⁹ De hecho, incluso seguían publicándose algunas escasas, absurdas e incluso inverosímiles noticias sobre el cura de Villoviado. Véase, por ejemplo, la publicada por *El Vapor*, nº 135, viernes 3 de octubre de 1834, p. 4. https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=3032364&presentacion=pagina&posicion=1®istrardownload=0.

⁶⁹⁰ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 179 y 181.

⁶⁹¹ Chao, E.; Chamorro Baquerizo, P.; Gómez-Colón de Larreátegui, J.M. *Galería Militar Contemporánea...* op. cit., tomo II, p. 228.

persecución de los cuerpos expedicionarios enviados a Castilla por Zumalacárregui, y que para el general cristino constituía un «amplio y bien combinado plan de invasión»⁶⁹².

Además, Gallego también señala la posibilidad de que la supuesta desbandada de la caballería carlista que comunicó Abuín fuese una estratagema de las que tanto gustaba el jefe guerrillero, para proteger así a su infantería (dado que si entre los jinetes del cura de Villoviado solían abundar los veteranos, en su infantería, en permanente renovación, la mayoría casi siempre eran combatientes recién reclutados). Esto obedece a que este autor sostiene la hipótesis de que Merino tenía entre sus objetivos prioritarios reunir un contingente suficiente de hombres para enviar un nuevo grupo al Norte —hecho que vendría ratificado por el hecho de que los voluntarios castellanos que marcharon con Cuevillas en julio de ese año no fueron los únicos ni algo excepcional—, o bien intentar regularizar la guerra en Castilla. Pero resulta obvio señalar que, sometido en esta época a un hostigamiento continuo por fuerzas enemigas muy superiores, poder dar además a los nuevos reclutas que iba reuniendo una mediana instrucción que les permitiera enfrentar, con unas mínimas garantías, a las fuerzas regulares cristinas que les atacaban sin cesar, se antojaba imposible, tornando la segunda opción en ilusoria. Lógico, pues, que el brigadier carlista se centrara en la primera. Manso estaba sobradamente informado de su incansable actividad, por lo que no descartó emplear cualesquiera métodos para intentar acabar con él, recurriendo incluso a tácticas que hoy llamaríamos de “guerra sucia”⁶⁹³.

Ya sólo el envío por Merino de cuantas fuerzas tuviese mínimamente organizadas y adiestradas al Norte, para engrosar la división castellana, justificaba sobradamente que el alto estado mayor carlista considerase vital que las fuerzas del cura de Villoviado se mantuviesen operativas en sus reductos, tal como se anticipó. Incluso aunque el funcionamiento de sus partidas se produjese en condiciones tan precarias como las descritas. De ahí que quepa deducir, por tanto, que el veterano jefe guerrillero tenía encomendada una durísima y oscura misión, plenamente prevista en los citados planes de la cúpula militar carlista y que él cumplía abnegadamente.

Según Gallego, es importante tener en cuenta que las fuerzas castellanas deben considerarse integradas orgánicamente dentro del “Ejército Real del Norte” a todos los efectos, desde el regreso de Don Carlos, aunque Merino siguiese ostentando el título de comandante general carlista de Castilla. Julio Albi de la Cuesta coincide, en parte, con Gallego, al incluir a la División de Castilla

⁶⁹² Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., p. 180.

⁶⁹³ Gallego detalla algún ejemplo de este tipo de “tácticas” empleadas por jefes cristinos para intentar acabar con Merino, como fue la liberación por el general Manso de cuatro presidiarios de la cárcel de Valladolid, con la única misión de infiltrarse en su círculo de confianza más estrecho (formado por una fuerza permanente de 50 a 60 jinetes de su escolta personal a modo de guardia pretoriana), con el único fin de acabar con él a cambio de una recompensa y la puesta en libertad. Sin embargo, eran tales las medidas de protección adoptadas por el jefe carlista que le hacían, incluso para sus enemigos, aparecer rodeado de un cierto aura de inalcanzable e, incluso, indestructible. Sobradas razones había para ello, pues a pesar de tanto como se intentó, jamás se logró apresarle, menos aún eliminarle. Ver *Ibidem*, pp. 179-180.

entre los efectivos propios de las tropas comandadas por Zumalacárregui, haciendo mención expresa de la dependencia, más o menos directa, de los guerrilleros que lideraban tanto el cura de Villoviado como Juan Manuel Balmaseda, con respecto del comandante general en jefe norteño. Gallego lo argumenta cuando describe la organización de la caballería legitimista conforme a real orden de 10 de noviembre de 1834, al afirmar que estaba compuesta por solamente tres escuadrones, todavía denominados “provisionales”: el 1º de Navarra, el 2º que mandaba el general Merino y el 3º al mando del brigadier Villalobos. Sin olvidar el ya reseñado envío periódico de la infantería reclutada por el eclesiástico burgalés a reforzar los batallones castellanos que combatían como parte de las fuerzas armadas carlistas del Norte. Ferrer insiste también en la estrecha conexión existente entre Zumalacárregui y el brigadier Merino, resaltando que el primero era plenamente consciente de la vital importancia que suponía que se mantuviese el esfuerzo bélico carlista en tierras castellanas. Sabía que el constante guerrear del cura de Villoviado mantenía permanentemente en campaña importantes fuerzas cristinas (especialmente en las provincias de Burgos y Soria), que, de otro modo, podrían haber sido utilizadas contra el ejército carlista del Norte⁶⁹⁴.

Gallego aprovecha las circunstancias descritas supra para reflexionar sobre un tema tan polémico y discutido como complejo: la composición de las fuerzas carlistas y su reclutamiento, esto es, si se constituyeron a base de voluntarios o con levas forzosas. Para él, este es un debate un tanto artificioso, pues resulta indudable que Don Carlos tenía un gran respaldo en casi toda España, algo muy claro en Castilla. Sin embargo, es igualmente indudable que muchos mozos fueron movilizados, literalmente sacados de sus casas, por jefes resolutivos y con autoridad. No se debe olvidar que Merino estaba sobradamente legitimado para ello en tanto representante designado por el mismo Pretendiente, de ahí que su reclutamiento tuviese para el caudillo carlista la misma legalidad que para los cristinos las distintas quintas que movilizaron. De todas formas, Gallego subraya que la información disponible permite afirmar sin ningún género de dudas que (teniendo en cuenta que a estas alturas de octubre de 1834, Merino llevaba ya siete meses sosteniéndose autónomamente sobre el terreno, pese a la feroz persecución de que era objeto), tal resistencia hubiese sido imposible sin contar con el apoyo de gran parte de la población. Quizá esto explique el bajo nivel de desertiones de las guerrillas castellanas sufridas por entonces⁶⁹⁵.

Pero mientras tanto, tal como recuerda Ferrer, seguían los combates sostenidos por las partidas castellanas contra un enemigo cristino crecido. Para no incurrir en una interminable y tediosa lista de pequeñas e intrascendentes escaramuzas, sorpresas y golpes de mano nocturnos, Gallego señala que durante la mayor parte de 1834 la guerra en Castilla había quedado reducida a

⁶⁹⁴ *Ibidem*, pp. 182-183. Respecto a la cita de Albi, consultar su completa monografía sobre el ejército carlista del Norte en Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., pp. 65-67, 101-105 y 130-132. La información aportada por Ferrer está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 183.

⁶⁹⁵ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 191-192.

una implacable caza y captura cristina de pequeños grupos carlistas (en ocasiones, de jefes, lugartenientes y otros subalternos, a veces incluso de simples guerrilleros aislados). Mientras tanto, parece ser que Merino se encontraba agazapado en algún lugar de la sierra burgalesa, desde donde dirigía a sus hombres. Así, se daban choques aislados, producto de la mencionada y obstinada represión del más mínimo atisbo o reducto de insurgencia legitimista, aunque a veces la presa se revolviese peligrosamente contra sus cazadores, como sucedió en el choque de Baltanás (Palencia) a mediados de noviembre, donde el coronel Lucio Nieto batía a una columna cristina comandada por el capitán Pablo Ramos, causándole cuantiosas bajas⁶⁹⁶.

8.2.3.3 La Mancha

Pirala afirma que los denodados esfuerzos de los guerrilleros manchegos posibilitaron el incremento de las acciones armadas carlistas en este importante teatro de operaciones. De hecho, según este autor, si hubiese existido unidad de acción de las partidas de La Mancha y entre sus filas pudiesen haber contado con un jefe competente (como Zumalacárregui en el Norte o Cabrera en el Maestrazgo), la guerra en esta zona habría sido de colosales proporciones; sin duda, uno de los frentes principales, plenamente comparable con el catalán, el norteño o el maestratense. Y aun así, Pirala detalla que, ya a comienzos de 1834, se llegaron a constituir algunas guerrillas de cien y hasta doscientos combatientes. Sus primeras operaciones consistían en apresar a los más pudientes de un pueblo y exigirles un fuerte rescate para su liberación. La partida más importante entonces era la comandada por el abogado de los Reales Consejos, Francisco García Ramírez, que constaba de unos quince guerrilleros y actuaba por los montes de Toledo. Sin embargo, fue perseguida y batida, siendo capturado su jefe, muerto en manos de sus captores y en extrañas circunstancias, nunca aclaradas, según Ferrer. Todo ello ocurrió a primeros de enero de ese año, en Nambroca (Toledo). En esta misma acción, también fueron hechos prisioneros los miembros de su partida y exvoluntarios realistas, Julián Crespo y Valeriano Jiménez; además perdió a otros 6 hombres, tuvo varios heridos y cuatro prisioneros, con lo que se podía considerar prácticamente disuelta. Pese a ello, Pirala señala que se siguieron constituyendo, clandestinamente, nuevas guerrillas que, guarecidas en los montes, distrajeron contingentes del ejército cristino, e interrumpieron las comunicaciones de la corte con las provincias manchegas⁶⁹⁷. Como ejemplo, Manuela Asensio Rubio cita a la primera partida carlista formada en tierras de Ocaña e Illescas (Toledo),

⁶⁹⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 183 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 197-198.

⁶⁹⁷ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 277 y 341-342; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p.186.

levantada por Santiago Carrasco en 1834. Sus correrías tuvieron lugar por el partido de Illescas, llegando hasta la vecina provincia de Madrid⁶⁹⁸.

Con respecto a las actividades del comandante en jefe de los carlistas manchegos, Manuel Adame de la Pedrada, (a) «el Locho», de nuevo es Pirala el que afirma que formó una partida de 200 hombres, implacablemente perseguida por las tropas cristinas a través de las serranías de la Tejera y Hoya de Tamaral (Albacete). Finalmente, les alcanzaron el 12 de marzo, causándoles cuatro muertos y diversas bajas, entre heridos y extraviados. Acosados, se vieron obligados a huir por la sierra ciudadrealeña de Valdeibáñez, teniendo que abandonar La Mancha: Adame se dirigió a Extremadura al frente de 150 hombres a pie y 27 jinetes. Les salieron al encuentro, en la localidad pacense de Fuenlabrada de los Montes, los milicianos urbanos de la vecina Villanueva de la Serena y algunos soldados de la provincia. Por medio de infatigables marchas y contramarchas por sierras y montes, consiguieron los guerrilleros carlistas eludir la persecución implacable y retornar a tierras manchegas. Así, aparecían donde menos se les esperaba, sorprendiendo a varios pueblos indefensos, como Villarrubia de los Ojos (Ciudad Real), donde mataron a siete urbanos del pueblo. Enfurecidos sus compañeros, rechazaron a la partida de Adame, que se vio obligada a abandonar esta comarca y retirarse hacia Margara y los montes de la villa ciudadrealeña de Arenas de San Juan. Por estas tierras les detectó una columna cristina al mando del coronel José Bessieres el 14 de abril en Ruidera, que dispersó a la partida infringiéndoles un serio revés: sesenta muertos y diez prisioneros. Además, consiguieron los cristinos rescatar a nueve urbanos de Carrizosa (Ciudad Real), que los guerrilleros carlistas se llevaban a los montes, tras haber fusilado a uno de los milicianos. El día 20 de abril se encontraban Adame y sus hombres de regreso en la provincia de Toledo, tras su incursión relámpago por tierras extremeñas, de Albacete y Ciudad Real⁶⁹⁹.

No contento con sus anteriores correrías, «el Locho» y su partida penetraron en la provincia de Córdoba, a través de las tierras ciudadrealeñas del Valle de Alcudía y Sierra Madroña, pero les interceptaron milicianos nacionales de Los Pedroches, Pozoblanco y otros pueblos cordobeses mientras subían la cuesta de la Trapera el 19 de abril. El ataque a los guerrilleros carlistas manchegos les causó la pérdida de seis caballos y algunos efectos, movilizando los urbanos de la zona todos sus efectivos en su persecución. Mientras Adame y sus hombres realizaban estas incursiones por las sierras limítrofes entre La Mancha y Andalucía, otra partida carlista importante, la comandada por Benito Cuerva, (a) «el Lobito», recorría el paraje de los Hoyos y entraba en Urda (Toledo). Pirala reconoce que por estas mismas fechas, las partidas de Juan Vicente Rugeros (a) «Palillos», Joaquín Tercero, Vicente Pérez Ventero (alias «Corulo» y también «Ventero»), y Eugenio Ibarba, «Barba», merodeaban por los principales zonas montañosas manchegas, actuando aisladamente y sin que pareciesen seguir un plan concreto y concertado. Según Pirala, su objetivo principal entonces iba encaminado a sobrevivir, debiendo para ello engrosar sus

⁶⁹⁸ Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 118.

⁶⁹⁹ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, pp. 341-343.

filas y esperar ocasiones oportunas para ir reuniendo a voluntarios y dispersos de otras partidas más pequeñas⁷⁰⁰.

Una de estas últimas era la capitaneada por José Muñoz, (a) «Centinela», levantada en Miguelturra (Ciudad Real), que operaba por las inmediaciones de las vecinas Almagro, Almodóvar del Campo y Corral de Calatrava. Sin embargo, fue sorprendida el 11 de mayo en la dehesa de don Benito por una columna cristina de caballería, resultando prisionero su jefe, fusilado poco después⁷⁰¹. Pirala recuerda que igual suerte acabaría corriendo «El Lobito», que se presentó a finales de mayo en la zona montañosa de Valdeseoso, Ciudad Real, en cuyas escabrosidades será batido el 8 de junio. Gravemente herido, se retiraba a su casa en la villa toledana de Madrudejos a fin de intentar curarse; pero fue descubierto y pasado por las armas en el acto⁷⁰². Por otro lado, Asensio Rubio detalla cómo el 22 de abril de 1834 eran descubiertos, ocultos entre unos cañaverales de Daimiel (Ciudad Real), Miguel Núñez de Arenas, alias «el Pastor» y Santiago Rodríguez, «Rompe», lugartenientes de la partida de Manuel Adame. El primero resultó muerto inmediatamente, al ofrecer fuerte resistencia; «Rompe» fue capturado y trasladado a Daimiel, de donde eran naturales ambos, siendo fusilado el 29 de abril⁷⁰³.

Ferrer cita todo un rosario de reveses sufridos entonces por las aguerridas partidas manchegas. Comienza cuando, también a finales de abril, era ejecutado en Ciudad Real José González (a) «Pepón» —había levantado una partida a finales de 1833, que actuaba por la sierra de Calatrava; sus hombres, Manuel Muñoz, Laureano Sánchez y Francisco Sánchez Ballesteros fueron hechos prisioneros, siendo enviados a batallones disciplinarios en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, a cumplir condenas por seis años—. A su vez, en Almagro, era fusilado Pedro Sánchez Barba, (a) «Mantecas», mientras que en el paraje conocido como Jandulilla, cerca de Mestanza (Ciudad Real), el fusilado fue Eugenio Ibarba, a la vez que cayó prisionero su lugarteniente, Juan Díaz Rodero. Por su parte, la partida levantada en la provincia de Guadalajara por «el Cura de la Badera» era deshecha en Brochales (Teruel), por fuerzas de voluntarios cristinos de la villa alcarreña de Alustante. A modo de pequeño respiro, la partida de Santiago Carrasco combatía en Navas del Rey (Madrid) y luego entraba victoriosa en la toledana Torre de Esteban Hambrán. Además, el 19 de mayo la partida extremeña liderada por Alonso Muñoz (a) «la Tumba», mantuvo varias escaramuzas victoriosas con el enemigo en los alrededores de Miguelturra⁷⁰⁴.

Para demostrar la capacidad de recuperación de las fuerzas carlistas, pese a lo narrado anteriormente, no cesará la actividad guerrillera insurgente en territorio manchego: así, en la zona de Guadalajara, los aragoneses de Carnicer realizaban una incursión por el Señorío de Molina, llegando hasta el Pobo de Dueñas; el 8 de junio trabaron combate con una columna cristina comandada por el coronel Ramón Rebollo en Pedregal. En la zona montañosa de

⁷⁰⁰ *Ibidem*, pp. 343-344.

⁷⁰¹ Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 73.

⁷⁰² Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, p. 344.

⁷⁰³ Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 65.

⁷⁰⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p.188.

Valdeseoso (Ciudad Real), un escuadrón del Regimiento de Caballería 3º Ligero de Extremadura, dirigido por el capitán Félix Imedio, se encontraba con la partida carlista capitaneada por «el Lobito», que resultó gravemente herido y, aunque intentó refugiarse en Manzanares para restablecerse de sus heridas, fue descubierto, capturado y fusilado. También en los primeros días de junio, guerrilleros legitimistas atacaron Horcajo de los Montes y Retuerta de Bullaque, en la misma provincia⁷⁰⁵.

Además, la eliminación de destacados cabecillas como «el Lobito», «Mantecas» y «Rompe», no frenó el ímpetu de la actividad guerrillera carlista en La Mancha. De hecho, Ferrer pone de relieve la exposición por estas fechas a las Cortes generales del ministro de la Guerra cristino, general Zarco del Valle, en la que se quejaba de la insuficiencia manifiesta de disponer en este teatro de operaciones de un contingente de tropas regulares compuesto de tan solo 6.000 infantes y 200 caballos, ante la táctica utilizada por los facciosos: la guerra de guerrillas. Afirmaba el responsable ministerial que ante este tipo de combate de movimientos rápidos y sorpresivos, ejecutado con perfecto conocimiento del terreno y evitando de plano el choque frontal con el ejército enemigo, sería necesario emplear hasta el triple de los efectivos mencionados para poder anular el auténtico quebradero de cabeza que suponía ya la guerra irregular practicada por las guerrillas manchegas, derrochadoras, además, de valor y férrea moral de combate⁷⁰⁶.

8.2.3.4 Maestrazgo: la irrupción de Cabrera

Cabrera comenzó a adquirir un protagonismo guerrillero creciente en el teatro de operaciones maestratense desde comienzos de 1834. Ferrer destaca dentro de la intensa lucha irregular carlista en esta zona el papel, cada vez con mayor peso específico operativo, que desempeñará el exseminarista: era todavía un oscuro jefe de partida, pero que ya en estas fechas iniciales de la guerra empezaba a anunciar al futuro gran caudillo militar⁷⁰⁷.

El 19 de enero el tortosino ya dirigía su propia partida, con el despacho de teniente. La componían nueve combatientes: cuatro de ellos armados con fusiles, dos con escopetas y tres con garrotes. A su frente, el tortosino recorrió las comarcas montañosas del sur del Maestrazgo, librando escaramuzas de

⁷⁰⁵ *Ibidem*, p.188.

⁷⁰⁶ Remón Zarco del Valle, A. "Exposición presentada a las Cortes generales del reino por el Secretario de Estado y del despacho de Guerra conforme al artículo 36 del Estatuto Real". Reproducida por Ferrer en *Ibidem*, p.189.

⁷⁰⁷ *Ibidem*, pp. 43-74 y 201-203. Para una detallada información sobre la vida y los comienzos de la lucha armada emprendida por Cabrera como jefe guerrillero, así como su decisiva y creciente importancia en el esfuerzo bélico carlista, es imprescindible consultar la clásica biografía de Córdoba, B. *Vida militar y...* op. cit., tomo I, pp. 30-102; también puede resultar de interés la más moderna, pero también exhaustiva y minuciosa biografía del caudillo carlista, obra de Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 33-78.

escasa importancia. Al poco tiempo, el exseminarista había multiplicado por diez su partida. Urcelay detalla que la mayoría de sus guerrilleros eran labradores de los campos de Tortosa, prácticamente desarmados pero entusiasmados con su jefe y dispuestos a morir con él; robustos, fuertes y familiarizados con el tipo de vida que requería la guerra de guerrillas. Tampoco faltaban algunos estudiantes que, como el propio Cabrera, habían abandonado familia y estudios para unirse a su otrora compañero de aulas y diversiones juveniles⁷⁰⁸.

Precisamente en una de estas acciones libradas por las guerrillas carlistas, caía prisionero el oficial realista Mariano Granell en Villanueva de Alcolea, Castellón, a mediados de enero, quien según informó el capitán de cuerpos francos (conocidos como “peseteros”) de esa provincia, Vicente Balaguer, había intentado darse a la fuga, por lo que fue tiroteado y muerto en el acto. También resultó preso por entonces el oficial carlista Peregrino Grau en Iglesuela del Cid (Teruel), siendo conducido a Morella y pasado por las armas⁷⁰⁹.

A comienzos de febrero, Cabrera capitaneaba ya ciento treinta y cinco hombres gracias al entusiasmo y la decisión que mostraba, infundiendo así una

⁷⁰⁸ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 57-58.

⁷⁰⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 202. Junto a las unidades del ejército regular que defendían los derechos de Isabel II, también dependían del Ministerio de la Guerra los denominados cuerpos provisionales, cuerpos de seguridad o cuerpos francos. Existentes desde el mismo comienzo de la guerra (si no antes, como podría ser el caso de los “cristinos”, organizados y armados clandestinamente por Martínez de San Martín, de los “urbanos” con que sustituye Llauder a los voluntarios realistas catalanes, o de los falsos realistas organizados por Morillo en Galicia), los cuerpos francos —popularmente conocidos entonces como “peseteros” debido al sueldo que cobraban de una peseta diaria, aunque con frecuencia llegaban a percibir más, dependiendo del número de combatientes carlistas que conseguían “cazar”—, eran unidades irregulares componentes del ejército cristino, formadas por mercenarios (entre los que no faltaban pasados o exprisioneros carlistas), pero bajo jurisdicción militar. Su función era combatir al adversario usando los métodos de éste y acosarle en el interior de su territorio: incursionar en territorio enemigo y mantenerse y equiparse a costa del mismo. Eran particularmente detestadas por los combatientes carlistas, que no solían darles cuartel. Este odio obedecía tanto a su notoria crueldad como a su reconocida solvencia contraguerrillera, pues llevaban a cabo una aniquiladora guerra, eficaz y sin ninguna concesión, que contaba, además, con el aliciente de cobrar una recompensa. Entre los cuerpos francos más destacados por su valor militar y eficacia, Albi destaca a la llamada Partida contra Aduaneros de Martín Zurbano (después conocida como batallón de Voluntarios de la Rioja Alavesa); los famosos “chapelgorris” (Batallón franco de Voluntarios de Guipúzcoa), liderados por el exguerrillero Gaspar de Jáuregui (a) “El Pastor”; el casi desconocido Batallón de Leales Montañeses de Valcarlos (y, sin embargo, autor de unos de los golpes de mano más espectaculares de la guerra: la captura del célebre brigadier carlista Juan Bernardo Zubiri en Biscarret, Navarra, el 26 de junio de 1838. Para más detalles, ver el expediente de la acción en AGMM 6635.5) y también los Tiradores y Flanqueadores de Isabel II catalanes. Destacaron, especialmente, en misiones de contraguerrilla, cubriendo carencias del ejército regular —aunque, al menos en el Norte, sus efectivos nunca alcanzaron el número deseable por falta de voluntarios—. Y eso pese a que, conviene recordar, la peseta diaria de prest que tenían asignada, aun siendo una cifra astronómica para aquellos tiempos, no significaba que sus ingresos no fuesen todavía mayores, en muchos casos. Para más información sobre estos cuerpos francos cristinos que se constituyeron a lo largo de la guerra, los más notorios y efectivos, su composición, jefes, acciones más destacadas, efectivos totales o armamento utilizado, se puede consultar Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., pp. 21-25 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 145-146.

gran confianza a numerosos jóvenes de la zona, que no dudaron en incorporarse como voluntarios a sus filas. Por todo ello, Marcoval decidió ascenderle a capitán. Además, ordenó una concentración el 10 de febrero de toda la fuerza carlista que dirigía en Santo Domingo de Vallbona, donde pretendía también reunir a las diferentes guerrillas comandadas por sus colegas Forcadell, Carnicer, Miralles, Cabrera y demás jefes que operaban por la provincia de Castellón, para coordinar posibles acciones conjuntas. Sin embargo, advertidas las tropas cristinas de los planes carlistas, emprendieron una tenaz persecución, en la que el tortosino se vio forzado a huir en dirección a Bel (perteneciente a la castellanense Rosell en el Bajo Maestrazgo), debiendo abrirse camino desesperadamente a bastonazos. Para pasar más desapercibido ante el enemigo y poder contraatacar mejor, el tortosino decidió dispersar a sus hombres, dividiendo la partida en dos mitades, y luego, con el fin de reunir a todos los dispersos, marchó con las fuerzas supervivientes a San Miguel de Valderrobres (ermita situada en el intrincado interior de los puertos de Beceite, Teruel), donde se unió con «el Serrador» y otros grupos diseminados. Allí acudió el exseminarista con los 10 guerrilleros que se había asignado, encontrándose con Miralles, que sólo pudo salvar a tres⁷¹⁰.

Finalmente, Cabrera consiguió reagrupar a unos 60 voluntarios que pudieron escapar de la emboscada preparada por el enemigo en el barranco de Vallbona, donde los cristinos habían capturado a destacados jefes legitimistas como Marcoval, Covarsí y Soto, que serían fusilados sumariamente. De todos modos, es necesario subrayar que para mediados de este mes, el futuro caudillo carlista había logrado reunir de nuevo en su partida a cerca de doscientos hombres, cuyos efectivos se reunían y dispersaban según aconsejaban las circunstancias. Esta táctica típicamente guerrillera (explicada por extenso en el epígrafe dedicado a las tácticas de la guerra irregular dentro del capítulo IV sobre el combate guerrillero de esta tesis), es subrayada por las fuentes especializadas que la consideran uno de los recursos operativos predilectos y habituales de las guerrillas en las épocas de mayor apuro: tanto es así que no debe sorprender ni considerarse como algo extraordinario que, antes de finales de año, se encontrasen reconstruidas y plenamente operativas otra vez. De hecho, ocasionalmente, las partidas maestratenses fueron capaces de formar por entonces columnas de hasta dos mil hombres⁷¹¹.

En febrero de 1834, Cabrera empezó a estudiar táctica y ordenanza militar, teniendo como profesor a Joaquín Mezquita, antiguo oficial del ejército. Además, algunos autores afirman que empezó también a leer las hazañas de los guerrilleros que habían luchado contra los franceses (tales como Jerónimo Merino Cob y el padre Asensio Nebot) para familiarizarse con este tipo de guerra

⁷¹⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 202-203.

⁷¹¹ Por ejemplo, Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 270-271, y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 55-56. Ambos subrayan esta clásica táctica guerrillera de dispersión-reunión, resaltando que Cabrera era muy ducho en ella, ejecutándola mediante agotadoras marchas y contramarchas por toda la abrupta geografía maestratense.

irregular⁷¹². Además, lejos de arredrarse tras el comentado revés de Vallbona, el tortosino procedió inmediatamente a recorrer la provincia de Teruel, entrando en pueblos como Valderrobres, Cretas, Lledó, Rafales, La Portellada y Fuentespalda, donde se le adhirieron 140 voluntarios. También logró incorporar a la partida de Antonio Vallés, compuesta por cuarenta guerrilleros armados y al oficial Vicente Bardaviu y Clavero. El 3 de marzo, se unió a Carnicer en Herbés (Castellón), en plena comarca maestratense de Los Puertos de Morella y, aunque su partida era más numerosa, quedó como segundo, dada la graduación superior del aragonés (recuérdese que Carnicer era comandante general carlista de Aragón, ascendido a brigadier). Tras el combate sostenido a comienzos de enero en la turolense Monroyo, contra una columna enemiga, Carnicer había decidido fragmentar a sus hombres, para así despistar a los cristinos. Sin embargo, había mantenido con él a una pequeña escolta de siete oficiales carlistas a caballo, entre ellos, Manuel Añón y los hermanos Pablo y Enrique Montañés⁷¹³.

Habiendo reagrupado de nuevo sus fuerzas Carnicer y con Cabrera como su lugarteniente, iniciaron sus operaciones por tierras castellonenses. Se dirigieron en primer lugar a Villabona con la intención de atrapar al nuevo gobernador cristino de Morella, que marchaba escoltado hacia dicha plaza. Aunque no lograron capturarlo, el exseminarista dio muestras de gran valor, dirigiendo la carga que supuso la derrota de la columna del citado mando cristino (compuesta de una compañía regular de infantería y tres de la Milicia Urbana), acaecida en Castellfort, lo que le ganó el respeto y la admiración de sus hombres. Por añadidura, Cabrera demostró un gran ingenio, como demostró al disfrazar a sus soldados con uniformes capturados al enemigo en aquella acción, para tomar así posteriormente Villafranca del Cid. De esta manera, llegó a la localidad sin ser molestado, convocó a los milicianos isabelinos y, una vez reunidos, les hizo entregar las armas sin disparar un solo tiro. Esto le sirvió para apoderarse de las contribuciones del pueblo, así como de sesenta fusiles, con los que pudo equipar a sus hombres, marchando luego por diversos pueblos turolenses del Maestrazgo —Fortanete, Camarillas, Aliaga, Jarque y Montalbán—, reuniéndose de nuevo, poco después, con las fuerzas de Carnicer⁷¹⁴.

Desde Montalbán los carlistas marcharon hacia Segura de los Baños, incorporando a dicha fuerza al jefe guerrillero Francisco Conesa con algunos jinetes. Cabrera tomó parte, a finales de marzo, en la conquista del fuerte de Daroca (donde los legitimistas se apoderaron de todos los pertrechos de guerra almacenados allí) y en la derrota del gobernador de Calatayud, conseguida gracias a una decisiva carga final a la bayoneta. En esta acción el tortosino mató a cuatro hombres, entre ellos al alcalde de Ateca (Zaragoza). A continuación, hizo fusilar a 11 prisioneros por haberle disparado después de haber ofrecido

⁷¹² Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 45 y Caridad Salvador, A. *Cabrera y compañía...* op. cit., p. 49.

⁷¹³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 203-206; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 44 y Caridad Salvador, A. *Cabrera y compañía...* op. cit., pp. 274-275.

⁷¹⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 207-208.

rendirse. No obstante, se negó a hacer lo mismo con los demás, en contra de otros cabecillas carlistas que pretendían ejecutarlos, y liberó a los demás presos poco después⁷¹⁵.

Las fuentes especializadas coinciden en subrayar que Cabrera debía gran parte de su éxito como jefe guerrillero a la gran movilidad y rapidez de sus operaciones: era muy frecuente que estuviese actuando por la tarde en un punto a cincuenta o sesenta kilómetros de donde lo había hecho por la mañana. Ejecutaba sus acciones sobre la marcha, según las iba decidiendo conforme a las circunstancias concretas que se le presentaban, sin tener en cuenta los obstáculos o el cansancio de sus guerrilleros. Por supuesto, el exseminarista siempre daba ejemplo, marchando a pie el primero, para que nadie pudiera quejarse. Así, se ganaba la voluntad y ciega obediencia de sus voluntarios, capaces de seguir a su jefe sin titubear. Además, el tortosino, al marchar siempre en vanguardia, atacaba el primero las posiciones más peligrosas, armado de su ya mencionado y formidable bastón, su arma favorita por entonces, que manejaba con gran destreza. A veces también se valía de un látigo, pues tenía la rara costumbre de apenas desenvainar el sable que portaba en combate (costumbre documentada, al menos, durante cierto tiempo al inicio de su jefatura de partida)⁷¹⁶.

Para Santirso la clave de que las fuerzas guerrilleras carlistas consiguiesen no sólo sobrevivir, sino incluso mantenerse plenamente operativas estaba en que dispusieron de un área de acción grande (recuérdese la descripción geográfica efectuada del Maestrazgo carlista como gran teatro de operaciones bélico durante toda esta guerra), mal comunicada, orográficamente abrupta, despoblada y hasta cierto punto desguarnecida por las fuerzas armadas cristinas: de hecho, hasta muy avanzada la guerra no existió un ejército de operaciones del Centro, a imitación del norteño. En consecuencia, las partidas carlistas maestratenses se pudieron desplazar a sus anchas hasta el fin de la contienda, actuando en lo que este autor denomina «una región encrucijada — del Ebro a La Mancha y de Teruel a la llanura litoral valenciana—, cuya jurisdicción estuvo casi siempre mal definida», pudiendo aprovechar de este modo la falta de coordinación entre las diferentes autoridades militares cristinas, renuentes a descuidar sus propios territorios⁷¹⁷. Por lo tanto, es lógico pensar que las guerrillas realistas no tuvieron ningún problema en llevar cabo las tan necesarias operaciones de logística, intendencia, abastecimiento y recluta en un amplio radio de acción, que abarcaba el Bajo Aragón, sur de Cataluña y Valencia (especialmente Castellón). Todo ello contribuye poderosamente a explicar que el Maestrazgo se potenciase, reforzando así su papel de núcleo esencial del carlismo armado durante casi toda la guerra.

Recuperando el hilo de los acontecimientos bélicos, como consecuencia de lo anterior, no debe sorprender que las fuerzas legitimistas, con Cabrera

⁷¹⁵ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 46.

⁷¹⁶ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo I, p. 331; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 213 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 46 y 53.

⁷¹⁷ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 75-76.

reincorporado a los hombres de Carnicer, estuviesen de nuevo en condiciones de efectuar una breve incursión por tierras castellanas. Al llegar a Salvacañete (Cuenca), supieron que fuerzas cristinas iban en su persecución, por lo que decidieron regresar a Aragón. Alcanzados por el enemigo en Calamocha (Teruel), gracias a una estratagema del tortosino lograron burlarle y ganar tiempo para poder escaparse en una rápida marcha nocturna. Este ardid le supuso al exseminarista el ascenso a comandante de infantería, dado por Carnicer el 31 de marzo de 1834. Pronto se unieron a Carnicer otros jefes guerrilleros carlistas de la zona, que lograron sobrevivir a la dispersión de fuerzas mencionada anteriormente. Entre ellos, cabe destacar a José Miralles y, sobre todo, a Joaquín Quílez, que se había presentado por entonces en Alcañiz a Carnicer —pues tras el revés de Calamocha había tenido que ocultarse—. De este modo, el comandante general carlista reunía ahora bajo su mando a 400 hombres, en su gran mayoría armados. Contaba como segundos a Cabrera y al citado Quílez, con los que marchó a Caspe, donde cobraron las contribuciones, requisaron armas y caballos y reclutaron voluntarios. Ya mejor equipados y con mayores fuerzas, se dirigieron a tierras tarraconenses⁷¹⁸.

En la provincia de Tarragona se unieron a las fuerzas carlistas maestratenses algunas partidas catalanas de la comarca de la Ribera del Ebro: las más importantes eran la liderada por «el Cura de Garcia» (formada por diez hombres de esa localidad); la de José M.^a Saré, con siete voluntarios, todos ellos de Falset; la capitaneada por «*Nunsi de Reus*», con dos de Reus y uno de Maspujols; mientras que la de «*Nines de Cornudella*» contaba con catorce guerrilleros de Alforja, seis de Cornudella de Montsant y uno de Garcia⁷¹⁹.

Con todos estos refuerzos, las fuerzas de Carnicer pudieron marcarse objetivos de mayor envergadura, por lo que continuaron con su incursión por la zona de Tarragona: así, el 2 de abril de 1834 marcharon hacia Batea, donde los urbanos de guarnición se atrincheraron en un punto fortificado. De la vecina Gandesa salieron fuerzas cristinas de socorro, por lo que Carnicer decidió enfrentarse a ellas. Tras dejar un retén que continuase el cerco de los milicianos, marchó con el resto de sus guerrilleros contra la columna enemiga gandesana: el choque se produjo en la Creu de la Saboga, donde Cabrera mandaba el ala derecha carlista y Enrique Montañés, jefe de la caballería, el ala izquierda. Triunfaron los carlistas, obligando a los cristinos a replegarse vencidos a Gandesa. Aquí, el 4 de abril contactaron con el comandante realista algunos jefes de partida del sur del Principado —sobre todo de las comarcas de Camp y del Priorato—, con el objeto de apoyar una insurrección generalizada en el territorio catalán.

Según Ferrer, se esperaban por entonces las entradas del comandante general carlista de Cataluña, el mariscal Juan Romagosa y Pros (nombrado en junio de 1833 por el Pretendiente, con el objetivo de transformar al “pueblo en armas” que nutría al carlismo bélico catalán, en un ejército auténticamente regular, pese a las reticencias de los primeros jefes de partida, deseosos de

⁷¹⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 209.

⁷¹⁹ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 76.

mantener su autonomía operativa), y la de su segundo, el coronel Benito Plandolit y Targarona, cuyo éxito solo dependería del apoyo de una fuerte columna que recorriese los pueblos. Entretanto, y como muestra del amplio radio de acción cubierto por las operaciones de los carlistas maestratenses, ese mismo día Conesa ocupaba sin dificultad el pueblo de Codos (Zaragoza), y poco después combatía en el vecino pueblo zaragozano de Almonacid de la Cuba a una columna cristina comandada por el coronel Rebollo⁷²⁰.

De este modo, el 6 de abril de 1834 un fuerte contingente carlista, compuesto por unos 1.700 hombres cruzó el Ebro y batió a una columna cristina de entre 500 y 600 soldados cristinos del Regimiento de Bailén, reforzados por Migueletes de Reus, quienes tuvieron que refugiarse en Falset (Tarragona). Días después, Cabrera realizó una incursión por los pueblos cercanos, reuniendo varios centenares de hombres —muchos de ellos antiguos voluntarios realistas—, con lo que el contingente carlista ascendió a unos 3.500. Pero Carnicer no aceptó su sugerencia de atacar por separado a las columnas de Bretón y Carratalá, que pudieron así unirse, totalizando algo más de 13.000 soldados, y plantar batalla a los carlistas en Mayals (Lérida), el 10 de abril. Dada la gran desproporción entre ambos bandos, el resultado se decantó en favor de las más numerosas fuerzas cristinas, como ya se sabe.

En dicha acción Cabrera mandaba la vanguardia y combatió con gran valor, llegando a agarrarse a la brida de varios caballos enemigos, atacando a sus jinetes a culatazos. Consiguió incluso disparar dos veces al jefe enemigo, el general Bretón, aunque sin éxito. Pero la retirada de Quílez y de Carnicer le obligó a abandonar el campo de batalla para no morir a manos del enemigo. Tras este revés, las fuerzas carlistas tuvieron que regresar a marchas forzadas para evitar ser alcanzadas por los cristinos. Pero al llegar al Ebro no había barcas para todos, por lo que Cabrera tuvo que pasar el río a nado, junto con muchos de sus hombres y bastantes combatientes carlistas⁷²¹.

Una vez de regreso en Aragón, lo primero que dispuso el tortosino fue intentar reagrupar cuanto antes a los numerosos guerrilleros que se habían separado de sus partidas durante la accidentada retirada. Para ello, buscó refugio en los intrincados barrancos de la zona, ocultándose día y desplazándose de noche, eludiendo así la tenaz persecución de las tropas enemigas. Mundet recuerda que el amargo recuerdo de la derrota de Mayals dejó una impronta indeleble en Cabrera, pesando de tal manera en su irreductible ánimo que, a partir de entonces, se mostrará siempre contrario (o al menos renuente) a emprender cualesquiera iniciativa bélica que supusiera cruzar el Ebro y penetrar en territorio catalán⁷²².

⁷²⁰ Este párrafo y el anterior, tomados de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 209-210; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 269 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 49.

⁷²¹ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 52.

⁷²² A pesar de este tono negativo y amargo del tortosino, Mundet hace referencia a partes del general cristino Bretón, de mayo y junio de ese mismo año (1834), en los cuales se mencionan partidas carlistas de hasta cuatrocientos hombres y algunas otras más pequeñas, operativas en

Mundet no deja de recalcar que esta derrota fue un verdadero desastre para los carlistas: sufrieron mil cien bajas, entre muertos (300), heridos y prisioneros. Por su parte, los cristinos tuvieron unos 100 muertos y un número mayor de heridos. Además, muchos combatientes carlistas perecieron ahogados al tratar de cruzar el Ebro, o a manos de Nogueras, comandante de Teruel (que a petición del comandante de las fuerzas gubernamentales, Carratalá, se había apostado en la orilla derecha en previsión de obstaculizar la maniobra de los huidos). Pero lo más grave para los realistas es que perdieron las grandes posibilidades que se les habrían abierto, en caso de haber obtenido una victoria, de haber colaborado a promover la insurrección general del territorio catalán en unas fechas tan tempranas. Por su parte, Carnicer hubo de abandonar el Principado a marchas forzadas, junto con los apenas 200 hombres que le quedaron tras su derrota. Superadas las serias dificultades para atravesar el río —pues las autoridades cristinas habían ordenado bloquear las barcas disponibles para ello—, finalmente, consiguieron hacerlo por Cinco Olivas (Zaragoza), y por Belchite y Azuara, llegar a Miravete de la Sierra, Teruel, donde fueron arribando, generalmente en un estado lamentable, los restos de la desbandada fuerza carlista⁷²³.

Ferrer detalla que el 18 de abril Carnicer ya estaba en Cantavieja, en pleno Maestrazgo, ordenando que sus fuerzas reiniciasen las operaciones, en forma de escaramuzas y golpes de mano, divididas en pequeñas partidas y actuando en puntos lo más alejados posibles entre sí. Esta estrategia venía favorecida ya por la propia actividad guerrillera emprendida por los lugartenientes de Carnicer. El comandante carlista del Bajo Aragón inició, a la vez, una marcha por diversos pueblos maestratenses, como Calaceite, y del Bajo Aragón zaragozano, caso de Fabara y Maella, incorporando voluntarios y acopiando pertrechos, tal como hizo también su lugarteniente Enrique Montañés, que había logrado cruzar el Ebro a mediados de abril⁷²⁴.

Tras simular un ataque contra Barbastro, Montañés volvía a repasar de nuevo el río y ocupaba la mencionada Fabara, lo que motivó que se dirigieran a su encuentro dos compañías de la Guardia Real, junto con un destacamento de caballería del Regimiento de Borbón, produciéndose el choque en Mazaleón (Teruel). El día 18 Montañés se hallaba en la también turolense Ginebrosa, donde pernoctó. Al día siguiente, en la vecina Cañada de Verich, ocupó la muy cercana Cerollera el 20. Por su parte, Agustín Cendrós atacaba el 15 de abril en las cercanías de El Toro (Castellón) a una fuerza cristina mandada por el teniente coronel Antonio Casariego, muriendo en la acción el lugarteniente de Cendrós, Manuel Sanz, «el Tuerto de Alcalá». Procurando así llamar la atención del enemigo, con maniobras de diversión que distrajesen sus operaciones, alejándolas todo lo posible de los hombres de Carnicer, que aprovechaba así para rehacer sus efectivos. Pero esta estrategia también tuvo su coste: mientras

las comarcas catalanas de la ribera del Ebro, a saber: las actuales Terra Alta, Ribera d'Ebre, Baix Ebre y Montsià. Ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 46-47.

⁷²³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 210; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit. pp. 50-51.

⁷²⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 211.

la partida de Luis Bayo se situaba en Ladruñán (Teruel) y la de Narciso Oliete operaba en Palomar (Huesca), el día 17 de abril fueron hechos prisioneros Juan Bautista Nebot, junto a los exvoluntarios realistas Roque Cremades y José Flores —ambos de Villarreal de la Plana—, siendo inmediatamente fusilados los tres⁷²⁵.

Por su parte, Conesa se había desplazado el 25 de abril hasta la turolense Lidón, donde libró un duro combate con la columna cristina dirigida por el coronel Joaquín Ayerbe. Después de la derrota de Mayals, este cabecilla carlista había logrado reunir una partida de 100 infantes y cerca de 70 jinetes, a pesar de lo cual fue derrotado en esta acción, debido a una dura carga de caballería del capitán del Regimiento de Borbón, Juan de la Pezuela. Fueron apresados, además, 51 legitimistas, 26 de ellos heridos. Entre los presos figuraban el oficial Ignacio Jover y el subteniente Francisco Orna, fusilados inmediatamente por el enemigo. Fuerzas cristinas comandadas por el coronel Ramón Rebollo persiguieron a la partida de Conesa, finalmente alcanzada en Anadón (Teruel) el 27 de abril: tras un breve combate, Conesa pudo finalmente reunirse con los contingentes de Carnicer. Otra acción a destacar es la emprendida en la también turolense Aguaviva el 29 de abril, donde una columna cristina mandada por el coronel Manuel Mazarredo atacaba a una partida carlista, que sufrió la muerte del capitán carlista José Torres y la del teniente Miguel Rocales⁷²⁶.

Entretanto, Carnicer a finales de mes marchaba desde la provincia de Teruel a la de Castellón, donde se le unieron las partidas comandadas por Torner, Miralles y Maestre (la primera tortosina, las otras dos valencianas). El 15 de mayo Carnicer y sus hombres se enfrentaron en una sangrienta acción a la columna cristina del coronel Baudilio Mallol en la turolense San Pedro de Calanda: el combate duró más de dos horas, y en ella murió el teniente coronel carlista Ramón Jaime Martín. Por su parte, Cabrera peleó contra la columna cristina del coronel Mazarredo el 17 de mayo en Benasal (Castellón), con elevadas pérdidas por ambos bandos, entre ellas el oficial carlista José Tornero, gravemente herido. También sostuvieron duros combates Conesa —localizado en Rudilla, Teruel, el 16 de mayo, donde se enfrentó a la columna Rebollo— y el propio Carnicer, cuyos guerrilleros sostuvieron una refriega con urbanos de Lucena del Cid (Castellón) el 15 de mayo, los cuales consiguieron impedir que los carlistas entrasen en dicha localidad⁷²⁷.

Acosado continuamente Carnicer y convencido de que no era posible tomar la iniciativa sin aumentar sustancialmente sus fuerzas, ordenó a Cabrera que se le reuniese lo más pronto posible, fijando su encuentro en el Bajo Aragón. Tras algunas contrariedades, pudieron reunirse por fin ambos jefes y se dirigieron a los montes de Ariño (Teruel). Aquí, el 3 de julio de 1834 tendieron una emboscada a las tropas gubernamentales que ocupaban esta población, derrotándolas y provocando su fuga en desbandada: este terreno montañoso era poco propicio para la caballería enemiga, al contrario que para los infantes guerrilleros, por lo que Cabrera, consciente de esta ventaja, enarboló su habitual

⁷²⁵ *Ibidem*, pp. 211-212.

⁷²⁶ *Ibidem*, p. 212.

⁷²⁷ *Ibidem*, pp. 212-213.

y temible bastón; acompañado de sólo siete hombres, alcanzó al jefe cristino en una fuerte pendiente por la que descendía a caballo. Con la mano izquierda sostuvo la cola del animal, mientras que con la derecha golpeaba repetidamente al jinete hasta desmontarle, ya muerto, apoderándose el exseminarista a continuación del equino⁷²⁸.

Después de un fuerte choque sostenido por los hombres de Carnicer entre Zorita del Maestrazgo y la Pobleta de Morella (Castellón), Cabrera cayó enfermo con un fuerte ataque de reuma, consecuencia de la extenuante y peligrosa vida que llevaba. Para reponerse de su enfermedad, se ocultó en la zona más inhóspita de los montes de Horta, en la masía llamada de Barrina, situada en su provincia natal de Tarragona. El objetivo era reincorporarse a la lucha cuanto antes. Ha de tenerse en cuenta que el tortosino ya era un conocido cabecilla, por lo que las autoridades cristinas hicieron todo lo posible para averiguar su paradero, aunque infructuosamente⁷²⁹.

Por su parte, Ferrer resalta que, la inactividad temporal de Cabrera por enfermedad, más cierta inoperancia aparente de Carnicer, no impedían que continuase una dura guerra de guerrillas, plagada de escaramuzas, emboscadas y golpes de mano, ejecutadas por los guerrilleros carlistas en muchas comarcas de Aragón y el Reino de Valencia, y no solo en el siempre activo Maestrazgo. Valgan como ejemplos los casos del coronel Saperes y del teniente coronel Ramón Ger. El primero intentó insurreccionar el Pirineo catalán y el aragonés, mientras que el segundo trató de organizar a las fuerzas carlistas del Alto Aragón, saldándose sus tentativas con sendos fracasos: Saperes recorrió parte del Pirineo aragonés, acosado por fuertes contingentes de tropas gubernamentales, que le acabarían forzando a refugiarse en territorio francés el 17 de abril de 1834. En cuanto a Ger, fue hecho prisionero y pasado por las armas sumariamente⁷³⁰.

8.2.3.5 Otros frentes

En cuanto a la Rioja, sobre el 20 de marzo de 1834 se formaba en los alrededores de Calahorra una partida carlista mandada por el cabecilla apodado «Mantequilla». Acosados por fuerzas cristinas muy superiores, tuvieron que huir a Azagra, en Navarra. Allí, un nutrido grupo de milicianos urbanos de Alfaro y Calahorra (mandados por el corregidor alfareño, Cándido Palacios), detuvieron a los guerrilleros riojanos, cayendo prisionero el citado «Mantequilla» junto con 12 de sus voluntarios. Conducidos a Logroño, fueron fusilados junto a otros dos partidarios carlistas⁷³¹.

⁷²⁸ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 53-54

⁷²⁹ *Ibidem*, p. 55 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 214.

⁷³⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp. 215-216 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 269.

⁷³¹ *Ibidem*, pp. 170-171.

Por otro lado, el territorio leones fue, tal como subraya Ferrer, una de las regiones españolas que menos padeció los desastres bélicos a lo largo de esta guerra. La ocupación de gran parte de la frontera portuguesa por el Ejército de Observación de Rodil, encargado de impermeabilizar los territorios españoles lindantes con el reino luso, dificultaba grandemente cualquier posible acción guerrillera de las pequeñas gavillas leonesas. Además, no surgió en esta región ningún líder nato capaz de canalizar y dirigir los esfuerzos del carlismo bélico en este teatro de operaciones. El jefe guerrillero más prestigioso fue, sin duda, el teniente coronel Lorenzo Aguilar, pero su fusilamiento el 3 de noviembre del año anterior a los pocos días de haberse lanzado a la lucha (tal como se ya se relató), frustró un liderazgo que parecía prometedor⁷³².

En el mes de marzo de 1834 el cabecilla carlista Manuel Mata, «el Manco», intentó levantar en armas la provincia de Salamanca, pero al no conseguirlo se vio forzado a marchar con los voluntarios que le siguieron a Extremadura, donde la situación era más propicia para llevar a cabo sus operaciones. A primeros de abril, el cura Merino penetraba en la provincia de Zamora, procedente de Portugal y con dirección a sus bases de Castilla, según se relató ya: entró por las cercanías de Alcañices, sorprendiendo a siete carabineros que guarnecían un puesto de vigilancia fronterizo. Es necesario destacar el protagonismo que van a adquirir un grupo de partidas carlistas, tanto a caballo como a pie, que penetraron en tierras zamoranas a la vez que Merino desde territorio luso. De hecho, puede afirmarse que en esta zona la principal actividad guerrillera se concentró en la frontera portuguesa. Una de estas partidas, liderada por Casimiro Val, oficial de correos de Valladolid, combatió el 28 de marzo en Pedralbo de la Pradería (Zamora) contra fuerzas cristinas comandadas por el capitán de carabineros Francisco Guerrero. El día 30, otra de estas guerrillas carlistas, la mayor parte de ella montada, entraba en la localidad zamorana de Torre de Aliste. Todas estas acciones guerrilleras pueden conectarse con el fuerte impulso proporcionado al esfuerzo bélico carlista por el retorno a España del carismático líder guerrillero castellano, Jerónimo Merino Cob, quien tras descansar en Pino de Oro (Zamora), alcanzaba poco después la provincia de Valladolid⁷³³.

El 20 de abril una pequeña partida, con guerrilleros a caballo y a pie, también de las que habían incursionado desde Portugal, entraron en los pueblos salmantinos de Hinojosa de Duero y Sobradillo. Pese a indicar a los lugareños que se dirigían a La Fregeneda (Salamanca), sin embargo retrocedieron y marcharon de nuevo a su base portuguesa, cruzando el río Águeda, frontera natural hispanolusa, por el vado de Dos Ramos, y pernoctaron en la villa portuguesa de Mata de Lobos. A pesar de encontrarse en territorio extranjero, una columna cristina del Regimiento de Caballería Ligera nº 1 de Castilla, comandado por el teniente Francisco de Paula Muñoz (que había partido desde San Felices de los Gallegos, provincia de Salamanca), salió en persecución de los guerrilleros carlistas y cruzando la frontera les atacó en su refugio de Mata de Lobos. Como consecuencia, fueron hechos prisioneros, entre otros, el coronel

⁷³² *Ibidem*, p. 177.

⁷³³ *Ibidem*, pp. 177-178.

Severo Castilla Portugal —administrador de correos y excomandante de Voluntarios Realistas de Valladolid—; el capitán Casimiro Val (que mandaba la citada partida carlista que había protagonizado la acción de Pedralba de la Pedrería) y el comandante Manuel Justo Salvador. Los tres fueron inmediatamente fusilados en La Bouza (Salamanca), junto con el antiguo miembro de la citada milicia realista de Villalpando (Zamora), Antonio Pérez, y el excarabinero José Padierna. Para reforzar el dispositivo de vigilancia de la frontera portuguesa, y en previsión de cualquier contingencia relacionada con una posible entrada en España de fuerzas miguelistas en apoyo de las guerrillas carlistas leonesas, la ciudad de Zamora fue guarnicionada con más tropas cristinas; además se repararon sus fortificaciones, artillándolas convenientemente. Al frente de la misma se nombró al brigadier Gaspar Diruel⁷³⁴.

Ferrer detalla que aunque la frontera portuguesa fuese el área donde se concentraron la mayoría de las acciones guerrilleras de las partidas leonesas, sin embargo no dejaron de actuar en territorios limítrofes, en colaboración con sus homólogas extremeñas, gallegas e incluso asturianas. No es casual que los principales focos propagadores de la acción bélica de las partidas gallegas se localizasen en las comarcas lindantes de Orense y Lugo⁷³⁵.

Aunque en Asturias la insurrección carlista se había iniciado en fecha tan temprana como el 18 de octubre de 1833 (pronunciamiento en Siero del capitán Benito Escandón, del batallón de Voluntarios Realistas de Oviedo), sin embargo la guerra de guerrillas emprendida por las pequeñas partidas asturianas que se lanzaron al monte fue de baja intensidad. Su principal actividad se centró en recorrer los montes asturianos, cruzando de vez en cuando los límites del Principado. Así, no era infrecuente que operasen en los territorios vecinos de Galicia, norte de Castilla y, sobre todo, León. La partida más importante a lo largo de todo este periodo —finales de 1833, primer semestre de 1834— fue la comandada por el capitán de Caballería Francisco Suárez Baiña, que mantuvo en jaque a las tropas cristinas de la región durante todo ese tiempo. Otro jefe guerrillero destacado fue Bernardo Sánchez, teniente del cuerpo de Voluntarios Realistas de Mieres. A ellos se unió el 9 de marzo de 1834 José Villanueva, que había levantado una partida de más de 130 voluntarios. El 21 de marzo, las partidas reunidas de Suárez y de Villanueva atacaron a una columna móvil de carabineros, que mandaba el teniente coronel cristino Ángel Carrillo. Por otro lado, las guerrillas de Suárez y Sánchez sostuvieron un combate con tropas enemigas el 12 de abril en Blimea, perteneciente al término de San Martín del Rey Aurelio.⁷³⁶

Es de resaltar que cuando se produjo la incursión del ya mencionado jefe castellano José María del Arroyo en la Montaña cántabra, guerrilleros carlistas que le acompañaban penetraron, durante un corto periodo de tiempo, en tierras asturianas. Este refuerzo fue aprovechado por las partidas autóctonas para

⁷³⁴ *Ibidem*, p.178.

⁷³⁵ *Ibidem*, p.179.

⁷³⁶ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, p. 231.

emprender acciones más espectaculares. Entre ellas cabe destacar el audaz golpe de mano llevado a cabo por la partida de Francisco Suárez Baiña en Pola de Laviana, donde rescató a los presos carlistas confinados en la cárcel. El 28 de mayo se libró un duro combate en Cordal del Cachopo entre la partida carlista que lideraba el intrépido Suárez Baiña y una columna cristina a cuyo frente estaba el teniente Casimiro de Pando Argüelles. En este mismo mes se levantó una nueva guerrilla en Ibias, a la que enseguida atacan tropas cristinas asturianas, reforzadas por contingentes procedentes de Galicia. Pese a todo lo relatado anteriormente, Ferrer reconoce que la guerra en Asturias se mantenía en una escala menor, con tan solo pequeñas acciones guerrilleras, pese a los denodados esfuerzos de los carlistas asturianos. Además, la muerte de Francisco Suárez Baiña (en un combate librado en los montes de Morcín a comienzos de agosto de 1834), supuso un duro revés para el carlismo bélico de esta zona. Pese a ello, sus guerrillas consiguieron entrar victoriosas en Sama de Langreo el 11 de ese mismo mes, llegando a combatir en el vecino territorio leonés (concretamente en Conforcos, perteneciente a Laguna de Negros)⁷³⁷.

Ante la precaria situación de las partidas astures, Zumalacárregui ordenó la preparación de una división expedicionaria con la intención de apoyar militarmente su actividad, convencido de que así se conseguiría consolidar un foco armado en esta región (tal como le sugerían los informes facilitados por el coronel Arroyo y el capitán Flórez Sierra). Para ello, «el Lobo de las Améscoas» delegó en el brigadier Francisco Benito Eraso, aunque era plenamente consciente de los fracasos que habían supuesto las expediciones previas de los brigadieres Cuevillas y Manuel Sanz. Inicialmente, se pensó confiar el mando de esta fuerza al ya citado coronel Arroyo, debiendo componer las tropas dos batallones alaveses (el 3º y el 4º), que formarían una brigada a las órdenes del coronel Sopelana. Asimismo, debía agregarse a esta división el 7º de Vizcaya, y con un contingente de asturianos y santanderinos, formar un batallón cántabro a las órdenes inmediatas del mencionado capitán Flórez Sierra. Además, el coronel Arroyo recibió el nombramiento oficial de comandante general interino del Ejército Real de Asturias y Santander, para lo que se le cursaron las oportunas instrucciones. Sin embargo, finalmente este proyecto de Zumalacárregui no alcanzó mayor trascendencia, pues no llegó a salir. Hubo que esperar a enero de 1835 para que emprendiese la marcha una pequeña columna expedicionaria compuesta por 200 voluntarios asturianos y cántabros, a las órdenes inmediatas del coronel Arroyo y del capitán Flórez Sierra, que al poco hubo de replegarse a las Provincias⁷³⁸.

Por lo que respecta a la insurrección en Galicia, Ferrer subraya que muchos carlistas gallegos habían pasado por entonces a Portugal para colaborar con los legitimistas lusos, mientras que los más audaces formaban las escasas

⁷³⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, pp.179-180.

⁷³⁸ *Ibidem*, tomo IV, pp. 184-185 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 21 (nota 1), 24 (nota 9), 277-279 y 290. En relación con esta cuestión, Bullón afirma que el coronel Arroyo elevó una propuesta a Eguía el 12 de enero de 1836, que podría considerarse como un claro precedente de la expedición del General Gómez, pues exponía la conveniencia de enviar una fuerza de cuatro batallones y doscientos caballos a Asturias.

y pequeñas partidas guerrilleras autóctonas. Sin embargo, los insurrectos galaicos pasaban entonces por difíciles momentos y apenas eran capaces de inquietar a las fuerzas armadas cristinas. Esta situación demuestra la ya comentada desigual lucha del bando carlista frente al Estado cristino en todo el territorio nacional (que obligó a los desesperados esfuerzos de la cúpula carlista norteña por apoyar y abastecer a sus fuerzas irregulares combatientes por gran parte de España mediante el sistema de expediciones, dada la endémica escasez de recursos con que debió afrontar toda la guerra). A este respecto, valga como ejemplo el incidente de la balandra británica *Epress Packet*, ampliamente estudiado por Comesaña Paz. Esta embarcación fue interceptada el 17 de marzo de 1834 en la ría de Vigo por varios barcos de guerra españoles, cuando transportaba un gran cargamento de origen inglés: fusiles, munición, pólvora de fusil y de cañón, diversos accesorios y material de guerra (como bayonetas, cartucheras, portasables y portafusiles), además del imprescindible y tan escaso calzado⁷³⁹.

Esta información pone de manifiesto cómo el carlismo trató de paliar sus endémicas carencias materiales recurriendo a todo tipo de operaciones. Entre ellas, a través de la compra de una gran variedad de armas y pertrechos de guerra en el exterior, tal como ilustra la malograda misión de la *Epress Packet*. El mencionado artículo de Alfredo Comesaña Paz es especialmente significativo, pues ofrece una esclarecedora visión de los entresijos del tráfico internacional de armas que se desarrollaba por entonces en el marco de la convulsa situación que vivía Portugal —monarquía con una guerra similar a la que se desarrollaba en España, pues allí luchaban miguelistas y pedristas, y donde Don Carlos María Isidro residía en un forzado retiro—. Además, desvela las intenciones de la jerarquía carlista para, desde el norte de Portugal, lograr dos objetivos: crear un nuevo foco de alzamiento guerrillero de envergadura en Galicia (que facilitase, además, la entrada en España del titular de la dinastía legitimista) y ensayar una maniobra de diversión que diese un respiro a los teatros de operaciones principales de la guerra: Norte, Maestrazgo, Cataluña⁷⁴⁰. Todo ello se volverá a tratar en el apartado dedicado al estudio del armamento utilizado por las guerrillas carlistas.

Por otro lado, Bullón reconoce que, aunque en el escenario gallego la guerra no adquirirá más importancia hasta los años siguientes, sin embargo, no debe perderse de vista que a lo largo de 1834 van a ir apareciendo algunas partidas locales de cierta consideración y cada vez más atrevidas. En ocasiones, estas guerrillas llegaron a agrupar a más de doscientos guerrilleros, dato que, no obstante, hace imposible ocultar un hecho incontrovertible: que se pueden

⁷³⁹ Para un exhaustivo análisis de este incidente sobre armas inglesas de contrabando con destino a las guerrillas carlistas gallegas, ver Comesaña Paz, A. “Armas inglesas para Don Carlos: el incidente de la Express Packet”. En *Hispania*, 2018, vol. LXXVIII, nº 260, septiembre-diciembre, pp. 731-758.

⁷⁴⁰ *Ibidem*, pp. 751-754. También se trata brevemente este incidente en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 180.

considerar fracasados los intentos de promover una sublevación general carlista en Galicia a estas alturas de la guerra⁷⁴¹.

Pese a lo afirmado supra, Ferrer aporta información sobre la aparición de nuevas guerrillas a finales de marzo de ese año, cuando se registra la entrada en combate de partidas en Sobrado (La Coruña) y en las localidades lucenses de Castroverde y Meira. Una de estas partidas la lideraba el subteniente ilimitado Francisco Sánchez Seoane —expulsado del Regimiento de Castilla por sus ideas carlistas—. Sánchez Seoane tuvo la desgracia de caer prisionero a primeros de abril, siendo fusilado sumaria e inmediatamente por las tropas enemigas. Según Comesaña Paz, otro de los grandes jefes guerrilleros gallegos (al que Ferrer considera el principal líder militar gallego en este momento de la campaña) era Antonio María López. También empezó a actuar por entonces como cabecilla un tal Ramos. En este mes, unos trescientos guerrilleros gallegos se concentraron en la frontera portuguesa al mando del coronel Delgado, pero el dispositivo limítrofe de vigilancia reforzada impidió su penetración en España. Así, el coronel cristino Félix Carrera invadió el territorio vecino para aniquilar al contingente legitimista, entrando el día 7 de abril en la localidad lusa de Chaves; desde allí, destacó una avanzadilla que llegó al pueblo portugués de Vilariño (que albergaba un almacén carlista de diverso material, fundamentalmente municiones y paños para uniformes, perteneciente a la partida del coronel Delgado), que fue inmediatamente requisado⁷⁴².

Las escasas partidas locales inquietaban menos a las autoridades cristinas que las posibles actividades emprendidas por los emigrados carlistas gallegos desde Portugal. Por este motivo, el capitán general de Galicia, Pablo Morillo, mantenía una férrea vigilancia sobre ellos. En el mes de mayo las fuerzas comandadas por Antonio María López ocuparon Palas del Rey (Lugo). El día 6 sostuvieron un combate en el vecino San Martín de los Condes contra una columna móvil cristina del Regimiento de Castilla, comandada por el teniente coronel Francisco Vicente Irañeta; a consecuencia del mismo, cayó prisionero, gravemente herido, el hermano del jefe de la fuerza carlista, así como el sacerdote y miembro de la partida, Manuel Rodríguez. Al día siguiente, sostuvo un nuevo enfrentamiento con las tropas de Irañeta en la aldea lucense de Souto. Todas las acciones guerrilleras mencionadas eran pequeñas emboscadas y golpes de mano que, tal como aclara Ferrer, servían para ir fogueando a los guerrilleros gallegos en la lucha sin cuartel que les aguardaba. Similar fue el combate sostenido por fuerzas carlistas y cristinas el 14 de mayo en territorio portugués. La operación de mayor envergadura emprendida por los insurrectos gallegos en el mes de junio fue el ataque del día 7 contra Curtis (La Coruña)⁷⁴³.

A finales de 1834 irrumpió en campaña Juan Martínez Villaverde (también conocido como «el arcediano de Mellid» o «el cura de Freijo», pues era eclesiástico), que fue presidente de la Junta Carlista Superior Gubernativa de

⁷⁴¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 273.

⁷⁴² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p.181 y Comesaña Paz, A. a Posada Moreiras, J., "Información sobre las guerrillas carlistas en Galicia (1833-1840)", correo electrónico, 09 de mayo de 2021, 11.42 h.

⁷⁴³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p.181.

Galicia. Para Alfredo Comesaña Paz, es la figura con más peso en el organigrama de la guerrilla gallega a lo largo de la guerra. Debido a su quebrantado estado de salud con frecuencia delegaba el mando de su partida, dividiéndola entre sus principales lugartenientes, de los que algunos (por ejemplo, Manuel Álvarez Fernández, alias «señorito de Bullán» o «Mosteiro»), llegaron a formar su propia partida. Bajo su autoridad, más bien nominal que efectiva, estuvieron las partidas carlistas que operaron en territorio galaico durante toda la guerra⁷⁴⁴.

Por otro lado, la dispersión del poblamiento gallego, su relieve relativamente accidentado y la pobreza de la población, a la vez que resultaron en un número apreciable de grupos guerrilleros carlistas, sin embargo dificultaron grandemente la coordinación de sus acciones, dada la autonomía de actuación pretendida por sus cabecillas —muy en la línea del sistema de operatividad prototípico de la guerra irregular desde tiempos inmemoriales—. Así, la función que trató de asumir Juan Martínez Villaverde no fue tanto la de dirigir y ejecutar acciones guerrilleras cuanto la de servir de coordinador entre las distintas partidas de Galicia. Además, parecía lo más lógico dado su cargo en la mencionada Junta Carlisa galaica, su edad avanzada para la época (cincuenta y nueve años al comenzar el conflicto armado tenía este veterano jefe guerrillero, participante en la Guerra de la Independencia y en la campaña realista en Galicia,) así como su ya comentada mala salud. Sus hombres, pues, tuvieron una misión de escolta más que la puramente militar, mientras que los intentos para someter a su autoridad a los distintos jefes de partida —comenzando por su propio hermano, Francisco Javier—, habrían sido infructuosos⁷⁴⁵.

Ferrer recalca que, pese a todo lo anterior, el 26 de septiembre 1834 los carlistas lograban entrar victoriosos en Arzua (Coruña), evacuada por los cristinos. Ya en el mes de diciembre, la partida mandada por Juan Bautista Viñas, (a) «el Capador» libraba la acción de San Cosme de Atocha; el coronel López combatía en Ferreira, en tierras coruñesas, y por último, los hombres del jefe guerrillero Carballo, procedentes de la provincia de Orense, se replegaron a la provincia de Lugo tras combatir en la comarca del Bierzo⁷⁴⁶.

Cambiando de escenario, en Extremadura, debe destacarse la actividad de la partida de los hermanos Cuesta. Aquí las circunstancias en las que se desenvolvía la guerra eran muy similares a las del reino de León, puesto que ambos teatros de operaciones se veían muy condicionados por la presencia del Ejército de Observación de la frontera con Portugal, cuyo comandante en jefe era el teniente general Rodil⁷⁴⁷.

⁷⁴⁴ Comesaña Paz, A. a Posada Moreiras, J., "Información sobre las guerrillas carlistas en Galicia (1833-1840)", correo electrónico, 09 de mayo de 2021, 11.42 h.

⁷⁴⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 184. Para las dificultades afrontadas por las guerrillas gallegas durante la Primera Guerra Carlisa, ver Barreiro Fernández, J.M. *El carlismo gallego...* op. cit., pp. 66-70 y 88-90.

⁷⁴⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 184.

⁷⁴⁷ Chao, E.; Chamorro Baquerizo, P.; Gómez-Colón de Larreátegui, J.M. *Galería Militar Contemporánea...* op. cit., tomo II, p. 16.

Pese a ello, Ferrer afirma que el alto compromiso, el valor y la combatividad de los guerrilleros carlistas extremeños les llevaba a participar en la lucha alistándose en las fuerzas legitimistas de zonas limítrofes. Aun así, también surgen entonces partidas de insurrectos en Extremadura, donde era preciso diferenciar notablemente el Norte (con mayor presencia de combatientes) de un Sur mucho más desafecto a las filas de la legitimidad. Ferrer aprovecha para recordar que, desde el punto de vista de la operatividad guerrillera, el territorio extremeño y el manchego estuvieron muy conectados, con un continuo trasiego de partidas que actuaban indistintamente en ambas regiones (especialmente, las potentes columnas móviles manchegas en Extremadura), como ya se comentó⁷⁴⁸.

Hay plena coincidencia entre Ferrer y Recio Cuesta en señalar que la figura principal de las guerrillas carlistas en Extremadura en mayo de 1834 era Feliciano Cuesta (veterano jefe de partida de la Guerra de la Independencia y de la campaña realista), junto al que también combatieron a sus órdenes los tres hermanos que tenía: Francisco, su lugarteniente, Félix y Antonio —de tan sólo diez años de edad en 1808—, y que, ahora, vuelven a empuñar las armas en defensa de los derechos de Don Carlos⁷⁴⁹.

Esta guerrilla cacereña de los hermanos Cuesta —la primera en destacar—, comenzó su actividad el 23 de enero de 1834 en su comarca natal, cuando interceptó el correo que iba a Madrid entre los pueblos de Jaraicejo y Almaraz (Cáceres). El teniente de caballería Feliciano Cuesta capitaneaba entonces una partida de seis guerrilleros: su inseparable hermano y lugarteniente Francisco, el también teniente retirado Diego Rey, Ramón Cuesta, Francisco Muñoz, Leoncio Gómez, y Francisco Torres. En el mes de febrero, pese a sufrir ya un duro acoso por parte de las autoridades cristinas, Feliciano Cuesta y sus hombres recorren su tierra natal tratando de aumentar las filas de su partida: así, asaltó un convoy que conducía unos presos hacia Cáceres, liberando al simpatizante carlista Juan Vicente Rebollo, vecino de Trujillo, que había levantado sospechas por sus relaciones y a tres individuos más (dos de los cuales se aseguraba que eran personas de alguna importancia, procedentes de Madrid). De este modo, el número de integrantes de la partida de Cuesta ya ascendía entonces a once hombres a pie, número que se irá incrementando en poco tiempo⁷⁵⁰.

Juan Pedro Recio Cuesta detalla cómo, a lo largo de los primeros meses de 1834 continuó la actuación de la partida de Feliciano Cuesta, que a inicios de este año contaba ya con 19 hombres, y junto a su segundo y hermano, Francisco, combatía a efectivos cristinos, cuyo incesante acoso los obligó a refugiarse en territorio portugués. Regresó en marzo a la provincia cacereña, al mando de treinta guerrilleros a caballo, bien armados e incluso uniformados para el combate. Irrumpió en pueblos de su zona de origen (Madroñera, Conquista de la Sierra, Zorita, Alcollarín y Abertura), donde consiguieron requisar algunos

⁷⁴⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 190.

⁷⁴⁹ *Ibid.*, tomo IV, pp. 190-192 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 108-113.

⁷⁵⁰ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 109-112.

caballos, armas y el dinero de sus estancos. Provocaron así la alarma de las autoridades cristinas, que movilizaron varias columnas mixtas, formadas por contingentes de infantería del Regimiento de la Reina, otros de caballería de la Milicia Urbana y algunos urbanos sueltos de Montánchez para perseguirlos. Cuesta, gracias a información de lugareños simpatizantes sobre el despliegue de este dispositivo cristino contra ellos, decidió dividir a su guerrilla, dejando a algunos de sus hombres a cargo de un hombre de confianza, Juan Vicente Rebollo. Sin embargo, esta estratagema no sirvió de mucho, pues los efectivos cristinos perseguidores consiguieron localizar a sus enemigos en las montañas próximas a Carrascalejo de la Zara, llegando a alcanzarlos en la garganta de Descuernacabras: en esta refriega, soldados del mencionado regimiento apresaron a cuatro carlistas y se apoderaron de uno de sus caballos, así como de varias armas y efectos⁷⁵¹.

Durante este periodo de 1834 el principal teatro de operaciones de las guerrillas extremeñas fue la demarcación cacereña. Pero a inicios de abril de ese año, la partida manchega capitaneada por Manuel Adame de la Pedrada, «el Locho», formada por unos 150 infantes y 60 caballos (fuerzas muy superiores a las de cualquier guerrilla carlista autóctona hasta la fecha), inició sus operaciones en territorio pacense, atacando Fuenlabrada de los Montes, donde consiguió apoderarse de cuarenta escopetas, doscientos reales y algunos víveres. Al día siguiente, ocupó Herrera del Duque, requisando varias escopetas, tres caballos y 400 rls. del estanco. Pero esa misma noche, los guerrilleros manchegos se verán forzados a retroceder hacia Garbayuela, con el objetivo de regresar a sus bases. Esto se debió a la rápida movilización de una gran fuerza cristina de persecución (formada por efectivos de la Milicia Urbana de diferentes pueblos cacereños y pacenses de los alrededores: Berzocana, Zorita, Logrosán, Talarrubias, Cabeza del Buey, hasta totalizar alrededor de 400 urbanos de infantería y de caballería, apoyados por una columna de cazadores del Provincial de Córdoba). Esta pequeña incursión que apenas duró dos días y sin enfrentamientos armados destacables, sin embargo es subrayada por Recio Cuesta por el salto cualitativo que supuso la presencia, por primera vez, de una potente partida carlista manchega en Extremadura en la escalada del conflicto. Será esta, además, en adelante una constante, especialmente, durante el periodo álgido de la guerra⁷⁵².

Tanto Ferrer como Recio Cuesta citan a otras dos partidas extremeñas que también comienzan a operar en este periodo: la mandada por Alonso Muñoz, alias «la Tumba», que combatió a cazadores cristinos en Garganta de Béjar (Cáceres), a comienzos de mayo; y la capitaneada por Manuel Matas (a) «el Manco», levantada en la provincia de Salamanca, y que incursionó en la de Cáceres. Dicha guerrilla habría invadido el pueblo de Jarilla y algunos otros, luchando contra efectivos enemigos en Garganta de la Olla (Cáceres)⁷⁵³.

⁷⁵¹ *Ibidem*, pp. 122-124.

⁷⁵² *Ibidem*, pp. 122-124.

⁷⁵³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IV, p. 192 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp.122, 129 y 360.

La partida de Feliciano Cuesta se verá inmersa en la conocida como la acción de la Era, el mayor combate librado hasta ese momento por una partida extremeña. Se habían internado los carlistas en Casas de Don Antonio (Cáceres) el 7 de mayo. Tras saquear la casa del alcalde, a la salida de este núcleo, Cuesta y sus 50 hombres armados se toparon con un pequeño destacamento de milicianos urbanos de la vecina Torremocha, resultando todos ellos muertos en la refriega. En consecuencia, iniciaron una feroz persecución de los guerrilleros legitimistas milicianos urbanos cacereños (de Alcuéscar y Montánchez), dirigidos por el brigadier Diego Pacheco, a los que se sumó una columna de tropas procedentes de Cáceres. Finalmente localizada la guerrilla de Cuesta al día siguiente en el puerto de Carmonita, se trabó un duro combate. Salieron malparados los guerrilleros: siete muertos, seis prisioneros (dos de ellos heridos) y la pérdida de catorce caballos, cuatro mulas, ocho lanzas y otras muchas armas y efectos. Pese a ello, Feliciano Cuesta pudo escapar del fuego y las cargas de caballería de los urbanos, junto con 20 de sus hombres —entre ellos, su inseparable hermano y lugarteniente Francisco— hacia su refugio en las serranías cacereñas de la Deleitosa⁷⁵⁴.

Continúa Recio Cuesta su pormenorizado relato, detallando que pese a la tenaz persecución continuada por la columna de urbanos (reforzada además por otro pequeño grupo de milicianos de Trujillo), no pudieron localizar ni rastro de Feliciano Cuesta y sus hombres. Sin embargo, consiguieron apoderarse de algunos caballos, lanzas y monturas que los guerrilleros carlistas habían dejado abandonados en la dehesa de la Recachona, cerca de la Deleitosa. No cabe duda de que esta desgraciada acción de la Era constituyó un verdadero golpe para la rebelión carlista cacereña, del que la guerrilla de Cuesta no llegaría a recuperarse jamás. No obstante, pese a estar sensiblemente diezmada de combatientes, caballos, armas y pertrechos, su guerrilla continuó operativa, ejecutando principalmente acciones de sabotaje⁷⁵⁵.

Así, y ya repuesto ligeramente de la gran pérdida sufrida en la citada acción de la Era, el 18 de mayo la partida de Cuesta volvió a recorrer los parajes cacereños, donde asaltó el correo que iba desde Madrid hacia Cáceres. Posteriormente, y para resarcirse de la penuria material que sufría, procedió a requisar suministros en la Barca de Almaraz, consiguiendo apoderarse de 1.250 reales, tres escopetas y todos los comestibles que localizó. Sin embargo, aunque esto indique que dicha partida logró recuperarse parcialmente del duro golpe recibido a comienzos de mayo y mantenerse operativa (con apenas un puñado de hombres), y además pese al implacable acoso sufrido, no sucedió lo mismo con la capitaneada por el citado Alonso Muñoz (a) «la Tumba». Sometida al mismo inflexible tratamiento que la de su camarada y paisano Feliciano Cuesta, hubo de renunciar a tener una zona fija de actuación como medida de seguridad. Así, se desplazaba continuamente, moviéndose por varias zonas del norte extremeño: Valle del Jerte, la Vera, Traslasierra o Campo Arañuelo, lugar este último donde fue finalmente apresado junto a varios de sus hombres: fue el 9 de mayo, cuando fuerzas cristinas compuestas por urbanos de Navalmoral de la

⁷⁵⁴ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 129.

⁷⁵⁵ *Ibidem*, pp. 129-130.

Mata alcanzaron a la partida, que junto al mencionado cabecilla, estaba compuesta por Nicolás Palomo (de Cabezuela, pueblo natal de Muñoz), Sebastián Martín y Francisco Chorro (de la Sierra de Francia), los tres heridos y presos, más otros dos miembros —muertos en el acto durante el combate—, Manuel Morales, también de Cabezuela y Antonio Carroza, de Brozas. Además, se intervinieron a la partida armas (escopetas, cananas, puñales), varios caballos y diversos efectos. Posteriormente, fueron conducidos a Plasencia, donde Alonso Muñoz fue fusilado el 11 de mayo, tras un juicio sumarísimo⁷⁵⁶.

Pese al durísimo revés sufrido, lograron escapar cinco guerrilleros de la partida de «la Tumba». Uno de ellos, José Chorro, alias «el Sargento», vecino de la localidad cacereña del Villar y lugarteniente de Muñoz, fue capturado en Barrado dos días después. Trasladado a Plasencia, fue pasado por las armas sumariamente el 13 de mayo (tal como ocurrió con su jefe). De este modo, las autoridades cristinas pudieron dar por desarticulada esta guerrilla, pues los escasos hombres que escaparon vagaban errantes por las serranías próximas a la vera de Plasencia, temerosos de ser apresados por la batida general decretada por el mando militar gubernamental. Participaron en ella los diferentes pueblos del norte extremeño, recorriendo todas las sierras del Valle del Jerte y del contiguo de la Vera, con todo género de armas e incluso utilizando perros de caza, con el fin de dar captura a los pocos carlistas dispersos. Fusilados Muñoz (a) «la Tumba» y Feliciano Cuesta en los primeros meses de 1834, las partidas extremeñas decayeron en importancia. Sin embargo, con el transcurso del tiempo se aliaron con las manchegas, de cuya actividad operativa a lo largo de casi toda la guerra son prácticamente inseparables, como se comentó y se verá más adelante con detalle. Además, ha de subrayarse la relación entre el caso extremeño y el andaluz, destacando que el tipo de hábitat de estas dos últimas regiones distaba mucho de hacerlas idóneas para el desarrollo de la lucha guerrillera: los pueblos, grandes y relativamente próximos, solían alojar poderosos contingentes de la Milicia Urbana, con el único cometido de perseguir a los combatientes carlistas. Por todo ello, estos urbanos solían ser más eficaces que en otras zonas⁷⁵⁷.

En cuanto a la restante actividad guerrillera carlista en otras zonas del territorio nacional durante el segundo semestre de 1834, Ferrer destaca la del Alto Aragón (desde la orilla izquierda del Ebro hasta la frontera francesa), donde se produjeron pequeñas incursiones a cargo de partidas catalanas por la zona oriental, mientras que las guerrillas castellanas junto a fuerzas navarras actuaron, ocasionalmente, en la zona occidental⁷⁵⁸.

⁷⁵⁶ *Ibidem*, pp. 130-131.

⁷⁵⁷ *Ibidem*, p. 131. También Pirala alude a la poca idoneidad del poblamiento andaluz para la actividad de las partidas guerrilleras carlistas: ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, p. 75.

⁷⁵⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo V, pp. 214-215.

8.2.4 La actividad guerrillera en 1835

8.2.4.1 Los guerrilleros o francotiradores de las Amézcoas

Al hablar de la campaña de 1835 en Navarra, Ferrer resalta que tras la victoria de las tropas de Zumalacárregui sobre las tropas del general Valdés en la batalla de las Amézcoas (el 22 de abril de ese año), se produjo lo que este autor considera como un típico caso de insurgencia espontánea popular. Efectivamente, el incendio indiscriminado de pueblos, los fusilamientos de población civil indefensa, la destrucción de campos de cultivo y de ganado, así como de las provisiones, que perpetró el ejército cristino en cuatro o cinco aldeas en su ruta de fuga desordenada hacia Estella, habrían provocado la aparición de «los guerrilleros o francotiradores de las Amézcoas»⁷⁵⁹.

Se trataría, siempre según Ferrer —que sigue aquí lo narrado por Henningsen—, de una reacción lógica por parte de los aldeanos de este valle, alzados en armas espontáneamente y a modo de legítima defensa tras los desmanes y abusos de todo tipo cometidos contra la población civil no beligerante por los soldados de Valdés. De este modo, grupos de paisanos se habrían sumado, libre y voluntariamente, al ejército victorioso de Zumalacárregui en la matanza posterior de los militares enemigos dispersos por la sierra próxima, obsesionados tan sólo por huir en lo que constituyó una catastrófica retirada. Subraya el historiador tradicionalista los numerosos desafueros, tropelías, destrucciones sistemáticas y crueldades de todo tipo cometidos por los ejércitos cristinos (arrasando sin compasión los pueblos indefensos de aquella comarca), verdadera táctica de tierra quemada practicada por Mina y el propio Valdés, causante de esta reacción popular⁷⁶⁰.

⁷⁵⁹ *Ibidem*, tomo VI, p. 189.

⁷⁶⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VI, pp. 189-190 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 265-267. Henningsen participó en las distintas campañas dirigidas por Zumalacárregui, distinguiéndose como miembro de la escolta de caballería del comandante en jefe carlista. Para la política de tierra quemada cristina, ver Henningsen, C.F. *Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacárregui*. Traducida directamente del inglés por Román Oyarzun. Madrid: Imp. Juan Pueyo, 1935, pp. 179, 181, 209-212. También Albi recoge las brutales medidas aplicadas indiscriminadamente por Mina en localidades como Lecaroz (con fusilamientos e incendios masivos) y por Córdoba, que penetró en las Amézcoas destruyendo todo a su paso: almacenes de trigo, depósitos de plomo, fábricas «de armas en Eulate y Orbiso, las fortificaciones de esta última localidad y un hospital evacuado en Contrasta. Sin embargo, Henningsen subraya que los heridos carlistas que encontró Valdés hospitalizados fueron bien tratados, pese a incendiar las instalaciones sanitarias. Con todo, evidentemente, si ya la población navarra era abiertamente hostil al ejército cristino, esta política sistemática de matanzas y destrucciones que llevó a cabo entonces solo sirvió para aumentar el odio, la inquina y la resistencia enconada contra el enemigo. Ver Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., pp. 212-213. Estos «guerrilleros o francotiradores de las Amézcoas», tal como los denomina Ferrer, encajan plenamente en lo que Clausewitz denomina guerra de insurrección: en síntesis, viene a afirmar que los levantamientos masivos de las guerras nacionales suelen originarse a modo de guerras populares, que en gran medida se desarrollarán como irregulares, para acabar

8.2.4.2 El Maestrazgo

En este importante teatro de operaciones la situación de los carlistas aragoneses, valencianos y tortosinos que combatían allí era, según Ferrer, bastante mala a comienzos de 1835: la implacable persecución por parte de un enemigo que aplicaba medidas cada vez más crueles y arbitrarias contra ellos; la falta palmaria de socorros, apoyos económico y, sobre todo, de armamento y de municiones (endémica y acuciante), así como la lucha sin cuartel practicada por un enemigo muy superior que les hostigaba sin tregua, dan buena muestra de ello. Este era el sombrío panorama que se le presentaba entonces al brigadier Carnicer, a la sazón comandante general de los carlistas maestratenses, pese al entusiasmo y la habilidad guerrillera de los jefes carlistas y el innegable apoyo popular. Por lo tanto, la situación era realmente apurada, sumándose, además, una serie de desafortunados reveses que había sufrido recientemente el legitimismo del Maestrazgo, que vio así su moral minada. En primer lugar, el 29 de diciembre de 1834 había sido capturado y fusilado en Tortosa el coronel Vallés, uno de los más destacados jefes militares del corregimiento de Tortosa; posteriormente, fue pasado por las armas el cabecilla Rafael Cardona, alias «el Porgado», y finalmente Carnicer sufrió una derrota en Alcorisa (Teruel) en un choque con las tropas cristinas del coronel Nogueras⁷⁶¹.

Consecuentemente, la situación se tornó lo suficientemente apurada como para que el ya coronel Cabrera, tras dividir su partida en varios grupos de entre ocho y diez hombres, sin indicarles ningún punto de reunión, decidiese marchar a Navarra cuanto antes para entrevistarse con el Pretendiente (en lo que constituía un arriesgado viaje, pues el tortosino era ya conocido de sobra por el enemigo). Su objetivo era comunicarle la crítica situación por la que pasaban entonces los combatientes carlistas del Maestrazgo. Por lo tanto, se puso en marcha hacia Alloza (Teruel) el 20 de enero, acompañado por el comandante Francisco García y María la Albeitaresa, buscando pasar de incógnito a modo de grupo de arrieros. Cruzaron sin problemas el río Ebro y entraron el 9 de febrero en Zúñiga (Navarra), donde se encontraba el cuartel general de Don Carlos. El tortosino comunicó al alto mando carlista del Norte las durísimas medidas que adoptaban las tropas enemigas para reprimir por cualquier medio a sus oponentes carlistas en esta zona, entre ellas, los

deviniendo en guerras totales. Ver Clausewitz, C. *De la guerra...* op. cit., pp. 614-621. Con respecto a la denominación de “francotiradores” que Ferrer aplica aquí a los paisanos espontáneamente alzados tras la batalla de las Amézcoas, es necesario hacer una precisión: Carlos Canales Torres y Miguel del Rey señalan en su libro sobre los francotiradores a lo largo de la historia de la guerra que no se registró durante la Primera Guerra Carlista ninguna acción ajustada a lo que la doctrina bélica actual califica como propia de francotiradores, sensu stricto. Y ello pese a tratarse en gran medida de una contienda bélica guerrillera, ser su uso bastanta propio de las guerras irregulares y de contarse entonces con la tecnología armamentística suficiente para ello desde al menos el s. XVIII. Ver Canales, C; Rey, M. *Cazadores de almas...* op. cit., nota 23 a pie de p. 63.

⁷⁶¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 125 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 58-60.

fusilamientos sumarísimos de prisioneros y heridos, algunos de los cuales fueron quemados vivos; además, el gobierno cristino había fijado precio por los asesinatos de los jefes guerrilleros maestratenses y el encarcelamiento de hasta los más remotos familiares de los denominados facciosos. Por lo tanto, era necesario enviar algunas tropas del ejército realista del Norte, bajo cuya protección podría construirse una sólida organización —dado el amplio y evidente apoyo popular que tenía la causa en el Maestrazgo—⁷⁶².

Lo expuesto supra le sirve a Ferrer para recalcar que no era sólo en el Norte donde Quesada detenía a las mujeres de los carlistas, ni tampoco era sólo en Cataluña donde Llauder (tal como ya se comentó), aterrorizaba con medidas similares al entorno familiar de los combatientes realistas; igualmente, tampoco era solamente en el corregimiento de Tortosa donde Colubi prendía a la madre de Cabrera: esto mismo ocurría también en Castilla, Galicia, Extremadura y en todos los territorios peninsulares donde se habían alzado en armas los partidarios del Pretendiente. Estas medidas represivas draconianas, aprobadas por el gobierno cristino, eran ejecutadas sin miramiento alguno por sus diversas fuerzas combatientes. Más aún, los guerrilleros carlistas debían sufrir, además, la infamia de ser tratados como vulgares bandoleros, asesinos y criminales⁷⁶³.

Mientras Cabrera permanecía en el Norte, las partidas guerrilleras continuaban con su actuación en el Maestrazgo con unas características muy similares a las del año anterior: Carnicer y Quílez operaban en el Bajo Aragón (con sus bases en los montes de Fornoles, Portellada y Alcañiz); Miralles, que tenía su santuario en el barranco de la Estrella, y Forcadell, en el de Villabona, actuaban por los territorios de Castellón y Valencia, mientras que Josep Torner lo hacía por el corregimiento de Tortosa (especialmente en la comarca de Gadesa, con refugios en las montañas de Pauls y Fatarellas). Pirala subraya que las acciones guerrilleras que ejecutaban eran todavía de escasa importancia: escaramuzas de poca monta, pequeños golpes de mano y emboscadas o ataques por sorpresa, todo ello, fundamentalmente, a modo de estratagema de diversión de las tropas enemigas. En definitiva, las partidas carlistas permanecían en continuo movimiento, evitando así la persecución de las columnas cristinas y ocultándose tras ejecutar las operaciones descritas. Además, Bullón recuerda que la estrategia cristina resultaba fallida, desde el mismo momento en que las guerrillas legitimistas operaban en zonas que correspondían a la jurisdicción de diversos altos mandos enemigos, dificultando así su erradicación. En consecuencia, se optó desde Madrid por empezar a

⁷⁶² Por entonces las autoridades cristinas llegaron a ofrecer 1.000 duros por la cabeza de Carnicer y 300 por la de sus lugartenientes, favoreciendo además el pago a delatores y el soborno de traidores para que liquidasen a los jefes carlistas alevosamente. Precisamente el puñal asesino de uno de aquellos puso fin a la vida del brigadier Conesa. Además, en el Maestrazgo venía siendo muy frecuente que violentasen a los párrocos locales para que predicasen contra las actividades carlistas y en pro de la obediencia al gobierno cristino de Madrid. Se imponían multas, destierros e incluso fusilamientos caso de incumplir semejantes órdenes. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 126-129; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 271 y Caridad Salvador, A. *Cabrera y compañía...* op. cit., pp. 53-55.

⁷⁶³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 129.

fortificar diversos fuertes próximos a sus guaridas y zonas de actuación más habituales⁷⁶⁴.

Como muestra de la mencionada actividad guerrillera (y pese a todas las dificultades descritas), valga la del infatigable Domingo Forcadell, alias «Domingo del Pebre-roig», que continuó con su intensa campaña bélica. Ferrer subraya que este destacado jefe de partida estaba en posesión de las mejores y más difíciles cualidades de excelente guerrillero: la adecuada elección del terreno, máximo sigilo, cuidadosa preparación del golpe, rapidez en el ataque y aprovechamiento del elemento sorpresa. Además, señala que las acreditó constantemente, por ejemplo, en la emboscada que preparó a una columna cristina bastante numerosa el 25 de febrero de 1835 en el barranco de Vallivana (Castellón), que se dirigía a Morella. Logró «Domingo del Pebre-roig» sorprender totalmente al enemigo, que resultó batido, puesto en fuga y perseguido, causándole cincuenta muertos. Además, los carlistas se apoderaron de diez caballos, la caja de los fondos, algunos bagajes y las armas de los caídos en combate. Como puede apreciarse, muchas de estas pequeñas acciones guerrilleras de los carlistas maestratenses les sirvieron, sobre todo, para apoderarse de algunas armas, especialmente pequeñas cantidades de fusiles, tan necesarios y verdadero talón de Aquiles de las guerrillas del Maestrazgo. Seguía siendo el mal endémico a solucionar, pues como recuerda Ferrer, voluntarios para empuñarlas no faltaban⁷⁶⁵.

Tras su victoria en Vallivana, Forcadell continuó sus acciones por el Bajo Maestrazgo castellonense, dirigiéndose primero a los montes de Benifasar, amagando ir contra la Puebla de Benifasar —a modo de señuelo para sus enemigos—. De esta manera, pudo incursionar por las tierras llanas que tienen a Rosell como centro, poblaciones la mayoría de ellas ya fortificadas conforme a la estrategia cristina comentada supra, en prevención de ataques de las múltiples partidas carlistas que operaban por el territorio. Así, con gran celeridad de movimientos, Forcadell organizó una sorpresiva incursión en Canet lo Roig, que fue ocupada por sus guerrilleros el 3 de marzo, mientras que la guarnición enemiga se encastillaba en el fuerte. Esto permitió al jefe guerrillero ulldeconense requisar todos los víveres y recursos de guerra que preveía encontrar en esta población y retirarse tras no provocar ningún daño para el vecindario, excepto la quema de las puertas de la villa para que no pudiesen cerrarlas a los carlistas. A los pocos días, entraban las fuerzas de Forcadell en Chert, donde se reaprovisionó abundantemente, para encaminarse luego hacia la sierra del Monte Turmell; buscaba allí «Domingo del Pebre-roig» la seguridad proporcionada por el entorno montañoso y muy quebrado de los riscos próximos a Benifasar y de la mole rocosa de la Mola de Ares. Pese a la intensa persecución cristina de la partida de Forcadell, desde el momento en que se refugió en la zona descrita poco pudo hacer el enemigo para darle caza⁷⁶⁶.

⁷⁶⁴ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, p. 57-58 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 272.

⁷⁶⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 129-131.

⁷⁶⁶ *Ibidem*, pp. 131-132.

Para intentar frenar por cualquier medio esta incesante operatividad guerrillera, la respuesta cristina era siempre la misma, cruel y sanguinaria. Ferrer subraya que pese a que los hombres de Domingo Forcadell no habían derramado sangre en Chert y Canet lo Roig, ni tampoco cometido exceso ni tropelía alguna (fuera de los duros combates propios de toda guerra), los contingentes cristinos —fuesen ejército, milicia urbana o cuerpos francos—, en cambio, aprovechaban la mínima oportunidad para exterminar a los combatientes carlistas: así sucedió con el cabecilla Francisco Plou (hecho prisionero cerca de Segura por los francos pertenecientes a la unidad de lanceros de Isabel II comandados por el alférez Barreras), quien fue pasado por las armas *in situ*. Continuaban así los gubernamentales su guerra sin cuartel en el Maestrazgo, al igual que lo hacían en el Norte, en Extremadura, el Centro o Andalucía, con fusilamientos masivos de guerrilleros legitimistas a los que se seguía tildando, además, de «muy conocidos por sus crímenes y asesinatos»⁷⁶⁷.

Volviendo a la estancia de Cabrera en el Norte, tras entrevistarse con el conde de Villemur (entonces ministro de la guerra carlista), y con el propio Don Carlos, el coronel tortosino emprendió el retorno hacia el Maestrazgo el 18 de febrero, portando instrucciones para Carnicer y para varios colaboradores legitimistas de Zaragoza. Por su parte, el comandante general del Bajo Aragón, en cumplimiento de órdenes recibidas que le prevenían a marchar de inmediato a Navarra dejando sus tropas al mando de su segundo, dio a conocer a Cabrera como su sucesor y se encamino hacia el Norte; sin embargo, reconocido Carnicer durante el trayecto fue apresado y fusilado sumariamente⁷⁶⁸.

Por lo tanto, tras dejar asentada su recién estrenada autoridad como nuevo mando supremo carlista del Bajo Aragón en una junta de jefes y oficiales —entre los que se hallaban Quílez, Forcadell y Torner, estando ausente Miralles—, reunida al conocer la muerte de Carnicer, Cabrera empezó de esta manera realmente su mando interino sobre las guerrillas bajo aragonesas, valencianas y del corregimiento de Tortosa. Inmediatamente, se puso en campaña: reunió una pequeña columna de 390 infantes y 30 caballos y tras varias acciones de menor importancia, combatió el 23 de abril de 1835 en Alloza (Teruel) contra Noguerras, que iba al frente de un fuerte contingente de 1.500 infantes y un escuadrón de 140 jinetes. Bullón resalta que el exseminarista había dejado impresionado al general cristino por el valor, despliegue y orden de sus combatientes, que le había permitido disputar el campo de igual a igual a tropas del ejército regular enemigo, saliendo airoso del desigual combate⁷⁶⁹.

Javier Urcelay coincide y profundiza en esta idea al afirmar:

“El combate de Alloza representaba para el naciente ejército de Cabrera lo que había sido para Zumalacárregui el de Mendaza, una especie de prueba de la que había salido altamente satisfecho. El propio Zumalacárregui escribió al tortosino felicitándole por esta acción, dándole el tratamiento de «estimado compañero». Una Real Orden le felicitaba igualmente por el éxito obtenido. En

⁷⁶⁷ *Ibidem*, p. 132.

⁷⁶⁸ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 271.

⁷⁶⁹ *Ibidem*, p. 272 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 67-70.

poco más de un mes Cabrera había conseguido en el Cuartel Real un incipiente prestigio⁷⁷⁰.

Esta importante acción de Alloza es utilizada igualmente como punto de inflexión por Ferrer: la considera como hito iniciador del mando interino de Cabrera en el Maestrazgo, pasando a describir una serie de acciones por tierras turolenses, donde confirmó las numerosas pruebas personales que ya había dado de serenidad, astucia, capacidad de mando y arrojo como jefe guerrillero. En algunas de ellas, como por ejemplo, una atrevida incursión que protagonizó al mando de quince jinetes en la Hoz de la Vieja, a mediados de abril, en difíciles condiciones para la caballería, por ser el camino angosto y quebrado, donde se enfrentó a un destacamento de carabineros a caballo, el flamante comandante en jefe tortosino estuvo a punto de perecer, y solo a su calma y gran presencia de ánimo debió el conservar la vida, y la de sus hombres. El 25 de ese mismo mes Cabrera se dirigía con sus hombres a Torrecilla de Alcañiz. Mientras hacían un alto para avituallarse y reponer fuerzas, sus vigías dieron la alerta al divisar una fuerte columna cristiana de fuerzas de la guarnición y carabineros, que se aproximaba a marchas forzadas. Consciente el exseminarista de que su partida había agotado casi todas las municiones en los últimos combates, decidió marchar hacia la vecina Castelserás atravesando un valle paralelo al camino por el que marchaban. Para evitar dejar huellas, se valió de un ingenioso ardid muy guerrillero: ordenó a un pastor simpatizante que su rebaño de ovejas les siguiese, borrando así sus rastros, con lo que los enemigos les perdieron la pista⁷⁷¹.

Cabrera comenzó a centrar su atención entonces en hostilizar a las numerosas guarniciones cristinas (en un proceso similar al emprendido simultáneamente en el Norte por las tropas carlistas), aunque con resultados mucho más pobres —algo lógico, dada la disparidad de medios tanto materiales como humanos—. En consecuencia, atacó varios de estos puestos fortificados con desigual suerte, pero causando un profundo impacto en el alto mando enemigo, especialmente por las audaces sorpresas ejecutadas sobre la turolense Mosqueruela y Caspe (Zaragoza), que supusieron una fuerte inyección de moral para las guerrillas del Maestrazgo. Como resultado de estas operaciones, el tortosino consiguió las tan necesarias armas y municiones para sus hombres, sumado a una incansable actividad para requisar cuanto armamento pudiese existir repartido por todo el amplio territorio de sus correrías. Además, como ya se comentó, estos éxitos recientes del jefe maestratense no pasaron desapercibidos para Zumalacárregui, que el 1 de mayo le comunicaba haber enviado una división hacia Sangüesa (Navarra), con el doble objetivo de avanzar hacia el sur y, tras contactar con las fuerzas de Cabrera, expulsar al enemigo hacia la orilla opuesta del Ebro. Urcelay incide en esta misma línea, al afirmar que los éxitos alcanzados por los carlistas tuvieron gran resonancia en los pueblos del Maestrazgo defensores de la causa del Pretendiente, atrayendo un número considerable de voluntarios. Incluso se produjo la incorporación de

⁷⁷⁰ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 70.

⁷⁷¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 161-164 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 70.

compañías que se sublevaban enteras y de nuevos oficiales, que habían sido apartados de los cuerpos a los que pertenecían por sospechosos, aportando sus conocimientos militares a la incipiente organización del ejército carlista en este importante teatro de operaciones⁷⁷².

Las dificultades que empezaba a crear Cabrera al enemigo hacen todavía más extraña y desconcertante una iniciativa tomada por el alto mando del ejército carlista del Norte (además de suponer una verdadera disrupción en la situación bélica ventajosa que empezaba a adquirir el legitimismo en el Maestrazgo). Así considera Ferrer la desacertada Real Orden fechada el 20 de mayo en Iturmendi y transmitida por Villemur, que habilitaba a todos los subordinados del tortosino para operar independientemente al frente de sus propias partidas. Si bien es cierto que, como bien recuerda este mismo autor, se pretendía promover así la estrategia clásica de la dispersión, típica de la guerra de guerrillas, ya comentada por extenso: el objetivo era que la partida mayor que había venido liderando el exseminarista —que operaba entonces desde Alloza hasta Caspe, pasando por Alcañiz y otros puntos importantes—, se disgregase en una especie de enjambre de pequeñas guerrillas, de minúsculas gavillas, que aunque no pudiesen combatir al enemigo en acciones de importancia, lo desgastasen y enervasen al máximo, al modo de agujijones de innumerables avispas, contando con un terreno favorable y el apoyo popular; a la vez, dificultarían al máximo su localización y neutralización. Sin embargo, Cabrera, con una visión estratégica superior y de más largo alcance, había comprendido que si la dispersión era necesaria en determinados momentos, adoptarla como sistema fijo perjudicaría a la formación y progreso del cuerpo de ejército que hacía falta para elevar la escala de las acciones bélicas en el Bajo Aragón, Valencia y el corregimiento tortosino, y cuya organización el caudillo carlista ya tenía en mente⁷⁷³.

Por tanto, se dio la paradoja de que a raíz de la comunicación de Villemur el caudillo carlista, que durante su mando interino había distribuido a los nuevos voluntarios según su procedencia geográfica —los aragoneses los incorporó a la partida de Quílez, los valencianos a la de Forcadell, los catalanes del Bajo Ebro a Torner, o los de la propia ciudad de Tortosa que los unió a Vicente Llorach— era, sin embargo, el único mando que no tenía, estrictamente hablando, partida propia: la citada Real Orden le dejaba en la práctica sin combatientes que liderar. Sin embargo, afortunadamente, no faltaron en esta ocasión a sus subordinados la cordura y el reconocimiento de sus dotes de mando, pues todos ellos ofrecieron al tortosino que se pusiese al frente de los combatientes que estimase oportunos. Así, Cabrera se agregó al grupo de Forcadell si bien no tardaron mucho en unírsele también sus paisanos tortosinos —unos 300 hombres—, que habían abandonado en masa a Llorach. Marcharon ambos jefes al frente de sus 797 voluntarios hacia Vallibona (Castellón). A la vez, Quílez partía hacia Peñarroya, en la provincia de Teruel, con 350 infantes y 14 caballos. Por su parte, Torner se dirigió con 203 hombres a Arnés y Pauls, en las montañas de

⁷⁷² Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 272 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 72.

⁷⁷³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 165 y 167.

Tarragona, junto al Ebro, mientras el citado Vicente Llorach al frente de los 500 voluntarios restantes, marchó a ocupar los puertos de Beceite, hasta entonces reducto de Cabrera. Finalmente, Cabrera y Forcadell decidieron formar con todos los hombres que mandaban conjuntamente dos batallones, los primeros que como tales se organizaron en el Maestrazgo durante la Primera Guerra Carlista: el primero fue llamado Batallón de Tortosa, quedando al mando de Luis Llagostera y Casadeval, alias «Llagostera»; el segundo se denominó Batallón de Valencia y quedó a las órdenes del comandante Antonio Tallada⁷⁷⁴.

Ferrer vuelve a resaltar que en la guerra del Maestrazgo el carlismo adoleció de la falta de un comandante general del tipo de Zumalacárregui en el Norte (cuya madurez directiva y plenitud de condiciones militares permitió la creación y operatividad de un ejército en este teatro de operaciones, casi desde el mismo inicio de las acciones bélicas). Reconoce luego que Ramón Cabrera — cierto que con un perfil bien distinto entre otras cuestiones, no era militar profesional como el ormaiztegiarra, además de con otro temperamento y maneras— con el tiempo y su probada experiencia de jefe guerrillero, llegaría a situarse a la par del caudillo militar guipuzcoano, aun siendo personajes de diferente dimensión.

Este autor afirma que poco tardaría la figura del exseminarista en agigantarse desde sus humildes inicios como bisoño guerrillero de a pie hasta convertirse en el indiscutible e indiscutido comandante en jefe de las fuerzas carlistas del Maestrazgo. Su primer predecesor, el ya mencionado barón de Hervés, pagó con su vida que el alzamiento inicial se realizase con cierta improvisación, sin contar con la mínima preparación para que desembocase en un conflicto de envergadura. Tras cierto desconcierto subsiguiente, la propia configuración orográfica del territorio, facilitó que al abrigo de sus montañas se encastillasen los primeros guerrilleros carlistas. Recalca Ferrer que armados precariamente: con algunas escopetas de caza y armas blancas, a veces sólo con herramientas (especialmente, hachas), útiles de labranza o simples bastones. Las dificultades de comunicación crearon, específicamente en este teatro de operaciones extremadamente duro, fragmentado y complejo, de geografía intrincada y sinuosa, con barrancos, cuevas y demás accidentes del terreno, un individualismo muy característico de la guerra irregular, de rancio abolengo en la historia militar española⁷⁷⁵.

⁷⁷⁴ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 272 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 72-74. Al respecto de estos dos batallones, Ferrer especifica que dos compañías fueron destinadas a la masía del Bosch, en Ballester, Vall de Uxó (Castellón), donde se agruparía a los voluntarios que se presentasen, se atendería a los enfermos o heridos en un hospital de campaña, y también se almacenarían víveres y diverso material. Asimismo, se planificó el establecimiento de una pequeña maestranza, fundamentalmente a modo de taller para la recomposición de armas. Este puede considerarse el momento fundacional (mayo de 1835), cuando Cabrera puso en marcha las primeras medidas organizativas del futuro ejército carlista del Maestrazgo, demostrando así sus dotes de general y de formidable organizador: además, todo ello lo hizo obligado a partir de unos recursos bastante escasos, sin restar un ápice de eficacia a la estructura militar creada. Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 179-180.

⁷⁷⁵ Este párrafo y el anterior, tomado de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 171-172.

Entre estos curtidos guerrilleros de primera hora, Ferrer resalta la figura de José Miralles Marín, alias «el Serrador», a quien considera el prototipo del combatiente irregular de montaña. Veterano de la Guerra de la Independencia y de la campaña realista (a lo que ha de añadirse su antiguo oficio de leñador/serrador), conocía perfectamente las montañas y los bosques, así como a las gentes, de la comarca del Alto Maestrazgo, donde se ubica su Villafranca del Cid natal. Todo ello posibilitó que al iniciarse la Primera Guerra Carlista acreditase una experiencia guerrillera importante, aplicando una estrategia y una táctica intuitivas, impredecibles, muy flexibles, a base de emboscadas, asaltos por sorpresa y rápidas dispersiones posteriores. La eficacia de este modo de combatir venía dada por su exhaustivo conocimiento, palmo a palmo, de las alturas, desniveles, curvas, refugios naturales y demás accidentes orográficos, proporcionado por una vida entera en aquellos agrestes montes. Este bagaje, junto a la experiencia adquirida en los mencionados conflictos, hicieron de Miralles el típico hombre de acción, muy apto para el ataque y la defensa en la guerra de guerrillas. Ferrer llega a compararlo con el cura Merino (con menor inteligencia, formación y conocimientos que el clérigo castellano), pero ambos combatientes duros y escurridizos, siempre en movimiento, buenos jinetes y, cada uno en su terreno, destacados tácticos⁷⁷⁶.

Todo lo anterior, Ferrer lo pone en relación con la fase en la que se encontraba entonces la guerra en el Maestrazgo: se trataba de un periodo de preparación, de acopio y dotación de armamento (carencia crónica de las guerrillas carlistas en general) y demás material imprescindible para combatir, así como de una intensa instrucción militar; lo cierto es que todo ello escaseaba en las filas guerrilleras. Por el contrario, el ejército cristino, con el respaldo de un Estado contemporáneo, y con importante apoyo exterior, tenía abundancia de recursos materiales y humanos. En esta situación, como Cabrera comprendía bien, todavía no había llegado el momento de enfrentarse al enemigo en batallas campales. De ahí que la táctica adecuada fuese la guerra de guerrillas: concentraciones en puntos seleccionados, desde donde sorprender y atacar al enemigo selectivamente, cuando sus columnas aisladas fuesen poco numerosas, teniendo la posibilidad de causarles graves daños, siempre con el menor riesgo posible para sus atacantes. Dominadores del terreno, los guerrilleros carlistas se dispersaban una vez logrado su objetivo de causarles el mayor quebranto posible, ante la posible llegada de fuerzas mayores enemigas; luego, la partida volvería a reunirse en el punto convenido⁷⁷⁷.

Entretanto, durante su mando interino, Cabrera iba consolidando su gran capacidad para ostentar la comandancia general del inminente ejército carlista del Maestrazgo, a la vez que continuaba implementando medidas para su formación y funcionamiento. Efectivamente, pese a no contar con fronteras naturales terrestres, a diferencia del Norte o de Cataluña, el caudillo carlista planificaba ya el futuro de su máquina de guerra: las armas de fuego — principalmente fusiles y carabinas— las iban adquiriendo sus hombres, dificultosamente, en dura lucha con sus enemigos cristinos; además, llegará a

⁷⁷⁶ *Ibid.*, tomo VII, pp. 173-174.

⁷⁷⁷ *Ibidem*, Tomo VII, pp. 175-176.

montar hospitales, reglamentándolos y dotándolos adecuadamente; también creó en lugares seguros una fábrica de municiones y otra de pólvora, procurándose los elementales ingredientes necesarios para ello.

También logró establecer una intendencia militar que llegó a ser modélica, no siendo infrecuente que generales, jefes y oficiales participasen en campaña del rancho común, o fuesen los últimos en percibir sus pagas, en estricta proporción con lo cobrado por sus hombres. Todo ello viene a probar la aptitud y dedicación del tortosino para abarcar y liderar todo el complejo entramado estructural y organizativo correspondiente a la puesta en marcha de un verdadero ejército regular, demostrando así palpablemente sus extraordinarias condiciones naturales como jefe militar.

Cierto es que, el exseminarista, audaz, vehemente, muy decidido, necesitaba foguearse en operaciones de mayor envergadura que las guerrilleras emprendidas hasta entonces. Tenía que demostrar la serenidad, madurez, visión de conjunto y dominio de los distintos factores que lo capacitasen como consumado jefe supremo. Sus actuaciones hacían presumir que sí, pero faltaba la verificación práctica, y sin ejército no era posible demostrar su capacidad. Y el ejército, en aquellas tierras montañosas y de orografía accidentada, sólo podía constituirse integrando a la gran mayoría de combatientes que en las diversas áreas del terreno habían formado los que podían ser sus primeros núcleos operativos, integrados en su gran mayoría por guerrilleros, obviamente⁷⁷⁸.

Incorporados ya los tortosinos, a comienzos de junio, Cabrera y Forcadell emprendieron la marcha hacia Cataluña, en busca de las tropas de Josep Torner, pues consideraban que este jefe era necesario para facilitar nuevas operaciones en este territorio. Cuando las fuerzas carlistas se encontraban de camino, cerca de Chert (Castellón), recibieron informes de que un destacamento cristino, comandado por Iriarte, les perseguía. Decidieron los jefes carlistas atacar al enemigo, forzando su retirada del pueblo. Supieron posteriormente que Torner se encontraba en Prat del Comte (Tarragona). El 25 de junio se entrevistaron los tres, aceptando Torner el mando supremo de Cabrera. Conocedores estos jefes de que una fuerte columna cristina a las órdenes del coronel Antonio Azpiroz se dirigía hacia allí, Cabrera decidió acometerle por la retaguardia con cuatro compañías del recién constituido batallón de Tortosa, dejando a Torner encargado de cubrir los flancos. El objetivo del exseminarista era destruir al enemigo en un barranco profundo por el que tenía que pasar; todo marchaba conforme a lo previsto cuando el carlista Escardó, contra las órdenes recibidas, rompió el fuego antes de tiempo, por lo que Azpiroz formó a sus tropas y consiguieron retirarse con cierto orden hacia el pueblo, donde se atrincheraron. El caudillo catalán dispuso sus fuerzas para atacarles, pero hubo de retirarse ante la llegada a marchas forzadas de una columna cristina de refresco, que

⁷⁷⁸ Toda la información de este párrafo y los dos anteriores, relativa a las primeras medidas adoptadas por Cabrera para la puesta en funcionamiento del que muy pronto será ejército carlista del Maestrazgo, está tomada de *Ibidem*, tomo VII, pp. 176-178.

acudió en auxilio de las tropas de Azpiroz, a las que los carlistas había causado serios daños⁷⁷⁹.

Mientras las fuerzas conjuntas de Cabrera y Forcadell operaban por Cataluña, Joaquín Quílez, tras separarse de ellas, se dedicó a realizar varias incursiones y correrías por tierras turolenses con el objetivo principal de incrementar sus efectivos: así, consiguió reclutar a un total de 513 infantes y 40 jinetes. Con ellos formó el batallón de Aragón, cuyo mandó asumió Vicente Bardaviu y Claver. El 24 de junio, los hombres de Quílez obtenían una importante victoria sobre una columna enemiga, compuesta por carabineros de costas y fronteras, en las proximidades de La Fresneda; tras hacerles 14 prisioneros, prosiguió su marcha, siguiendo las márgenes del río Matarraya. Cuando se dirigía a Maella (Zaragoza), con la intención de atacarla, fueron interceptados por la columna cristina de Nogueras, que aunque no consiguió derrotarles sí pudo impedirles el acceso a esa localidad. Finalmente, pese a que las filas carlistas del Maestrazgo fuesen menos numerosas que las de sus vecinos catalanes, Bullón afirma con acierto que comenzaba a ser evidente, ya a mediados de 1835, que en un breve periodo de tiempo podría esperarse más del esfuerzo de guerra de estas aguerridas y curtidas guerrillas maestratenses que del desordenado batallar de las incansables partidas del Principado⁷⁸⁰.

Seguidamente, se relatará el inicio de las campañas victoriosas de Cabrera, con el ataque a los fuertes cristinos, culminado con su nombramiento como comandante general interino del Bajo Aragón. A finales de julio de 1835, las fuerzas reunidas de Cabrera y de Forcadell —unos 797 voluntarios— emprendieron la marcha hacia la provincia de Valencia, por el camino de Segorbe, para procurarse armas, municiones y víveres. En las proximidades de La Yesa (Valencia), el 26 de julio chocaron con una columna cristina de algo más de mil hombres, dirigida por el comandante Adrián Jácome. Tras una fiera carga a la bayoneta carlista, el enemigo hubo de retirarse vencido, tras sufrir gran número de muertos —351 cadáveres—, mientras que los legitimistas apenas tuvieron 3 muertos y 21 heridos⁷⁸¹.

Al día siguiente, el tortosino y sus hombres entraron en Alpuente, abandonado por su guarnición. De allí prosiguieron a Chelva, donde la población les recibió con gran alegría. Se les unieron numerosos voluntarios del pueblo

⁷⁷⁹ *Ibidem*, pp. 180-181 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 74.

⁷⁸⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 181-182 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 272.

⁷⁸¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 7-10 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 74-75. Con respecto a esta victoria de Cabrera en La Yesa, Rahden señala que las fuerzas carlistas aniquilaron a una columna cristina de más de 1.000 hombres. Ver Rahden, W. *Recuerdos de la guerra civil española*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 38-39. Pirala reconoce el gran incremento de los voluntarios que se unían incesantemente a las guerrillas carlistas, arrastrados por el magnetismo del liderazgo que comenzaba ya a ejercer Cabrera: este autor detalla que pronto no tuvo armas que darles, ni raciones a veces. Los concentraba en refugios ásperos de montaña y, tras una mínima instrucción, se incorporaban al combate. A falta de fusiles, empleaban picas, hachas, lanzas, chuzos e incluso simples palos. Formaban en la retaguardia y cuando los carlistas hacían huir a las tropas cristinas, se lanzaban como «perros de presa» sobre las armas de fuego abandonadas por el enemigo. En Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, p. 70.

tomado y de los alrededores de la huerta de Valencia, e incluso de la misma capital (de donde llegó un nutrido grupo de oficiales con licencia ilimitada). Todo ello impulsará el aumento considerable de las partidas carlistas valencianas, a la vez que se comienza a registrar un incremento de las deserciones en el ejército cristino. Finalizada esta incursión por la provincia de Valencia, las fuerzas de Cabrera regresaron a Castellón con la moral reforzada por la victoria de La Yesa y los abundantes pertrechos, armas, municiones, víveres y caudales obtenidos en la campaña⁷⁸².

Evidentemente, suponía un gran refuerzo para la potencia militar carlista, que con la confirmación del pujante protagonismo militar del exseminarista, hará que la guerra comience a tomar un nuevo curso en esta zona del levante español⁷⁸³. Ya de regreso a Castellón, Cabrera comenzó a planificar el momento más idóneo para tomar por sorpresa el importante núcleo de Segorbe (capital de la comarca del Mijares). La oportunidad propicia llegó el día 18 de agosto, cuando aprovechando que el brigadier cristino Nogueras estaba en el vecino Nules —pueblo cercano al mar— el caudillo carlista entró en la localidad con sólo dos compañías de infantería y los escasos caballos que aún le quedaban. Una vez tomado Segorbe, ordenó que se le entregasen armas, caballos, monturas, municiones y demás efectos de guerra, junto con víveres y dinero. Enterado de que las fuerzas de Nogueras se acercaban a la localidad, se retiró entonces por Sierra Engarcerán. Cabrera y Forcadell continuaron su repliegue hacia el Maestrazgo y el 24 de agosto entraron en Cuevas de Vinromá (Castellón), donde al día siguiente se le unieron las partidas lideradas por Torner y por «el Serrador». El día 26, informados los jefes carlistas de que la columna cristina del coronel Decreff estaba próxima, cerca de San Mateo, prosiguieron su marcha por Cervera del Maestre en dirección al pueblo castellonense de La Jana. Como avanzadilla iba la caballería de Miralles (junto con unos 150 voluntarios recién incorporados de los pueblos maestrateses cercanos, prácticamente desarmados y sin instrucción militar alguna). De improviso, fueron sorprendidos por las fuerzas de Decreff, que les obligaron a retroceder, cediendo el terreno los hombres de Miralles, tras los que irrumpieron los veteranos carlistas dirigidos por Cabrera, Forcadell y Torner, que consiguieron rodear completamente al enemigo: como resultado se le infligió una severa derrota, causándole 350 muertos, quedando 400 fusiles y otros pertrechos militares en manos legitimistas. Las fuerzas del tortosino apenas tuvieron tres muertos y 21 heridos⁷⁸⁴.

Tras esta victoria, comparable a la obtenida en la acción de La Yesa, las fuerzas de Cabrera y Forcadell se dirigieron a tierras turolenses, entrando en

⁷⁸² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 7-8.

⁷⁸³ *Ibidem*, pp. 9-10 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 74.

⁷⁸⁴ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 75. Ferrer indica que los carlistas hicieron, además, 16 prisioneros a los cristinos que por pertenecer a los tan odiados cuerpos francos (de los que los combatientes del Pretendiente, como ya se ha indicado repetidamente, nunca esperaban ni daban tampoco cuartel), fueron pasados por las armas sobre el mismo terreno. Fuentes hemerográficas cristinas atribuyen 2.000 hombres a las fuerzas legitimistas y 450 a sus enemigos, según Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 18-19.

Linares de Mora, donde se informaron sobre las fuerzas que guarnecían la fortificación próxima a la vecina Rubielos de Mora: constituía un obstáculo importante para las operaciones y correrías de las guerrillas carlistas por el interior de la comarca, por lo que el tortosino decidió atacarla el 10 de septiembre. El destacamento que defendía el fuerte, compuesto por unos 150 hombres, se batió numantivamente y tras el combate murieron 72 urbanos y soldados del provincial de Ciudad Real; además, resultaron prisioneros otros 65 defensores. Por el lado carlista, hubo 10 muertos y 31 heridos. Eliminado este obstáculo, pudo Cabrera ir a Mora de Rubielos, intimando a su guarnición a rendirse, pero ésta prefirió abandonar la plaza a merced de los carlistas; pudieron así apoderarse de abundantes fusiles y otros efectos militares⁷⁸⁵.

A comienzos de septiembre, Cabrera, con la clara intención de imprimirle un giro expansivo y nuevo a la guerra, marchó por tierras turolenses y penetró después en la provincia de Cuenca, llegando hasta tierras valencianas, realizando correrías por los alrededores de Requena, Buñol y Utiel (aquí se unió a las fuerzas carlistas el teniente coronel catalán José Cubells, veterano combatiente realista, confiriéndole Cabrera el mando de las recién creadas fuerzas catalanas de caballería legitimista, constituidas por el segundo regimiento de Lanceros de Tortosa). También atacó las fortificaciones de Chelva. Al regresar de esta incursión, se dirigió hacia sus bases en el Maestrazgo, sosteniendo por el camino pequeños combates con destacamentos cristinos en Torrijas y Manzanera, sorprendiendo a los defensores de Rubielos de Mora, todo ello en la provincia de Teruel. Finalmente, se retiraron las fuerzas carlistas a los Puertos de Beceite, donde Cabrera concedió un merecido descanso a sus hombres, proveyendo la cura de los heridos y reaprovisionándose. Mientras tanto, el coronel Quílez (a quien se habían incorporado las partidas de Miralles y de Torner, conformando así un potente contingente de más de 3.000 hombres, según Ferrer), incursionaban en la provincia de Tarragona, librando diversos combates cerca de Batea y Gandesa. También hubo escaramuzas con el enemigo en Alfara, además de un encarnizado combate en Horta el 24 de septiembre, con una nutrida columna cristina comandada por el brigadier Noguerras, replegándose finalmente los carlistas. Tras la incursión, Quílez se retiró a los puertos, separándose de Miralles y de Torner⁷⁸⁶.

El 10 de octubre se encontraban las fuerzas de Cabrera, Forcadell y Pedro Beltrán en Rosell (Tarragona), donde decidieron atacar el fuerte de la vecina Alcanar, que venía a ser la atalaya de vigilancia de la playa de los Alfaques, valorando que su guarnición constaba de apenas 60 urbanos. El día 18 dos

⁷⁸⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, p. 22-27; también en Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 76. Los 65 prisioneros cristinos fueron fusilados en estricta represalia por idéntico comportamiento expeditivo del enemigo hacia los prisioneros carlistas (aplicado inflexiblemente no sólo a combatientes, sino también a paisanos y clérigos simpatizantes presos). Ferrer recuerda que como el Convenio Eliot no era aplicado en el Maestrazgo, debido a la oposición del Gobierno de Madrid, los presos que hacían los carlistas debían ser fusilados conforme a la estricta correspondencia de la ley de represalias, norma aplicada siempre tajantemente por Cabrera.

⁷⁸⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp.27-30 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 75.

batallones carlistas se presentaron frente a la población, obligando a sus defensores a refugiarse en la iglesia, utilizada como punto fortificado. En medio del ataque, fueron informados los carlistas de la llegada de una columna cristina de refuerzo: se trataba de un abigarrado contingente de 800 hombres —entre tropas, urbanos, cuerpos francos y carabineros—, procedente de Vinaroz, (aunque claramente insuficiente frente al contingente carlista superior en número), que se dirigía hacia Alcanar a marchas forzadas. Cabrera, tras dejar a parte de sus hombres luchando en Alcanar, al frente de la compañía de Tiradores de Tortosa y la mitad de sus jinetes, tomó posiciones para emboscar al contingente cristino. Ya muy cerca de Vinaroz, y cuando estuvo a tiro de pistola, armaron las bayonetas y se lanzaron a un ataque cuerpo a cuerpo al arma blanca, desconcertando por completo a sus enemigos, que emprendieron la huida despavoridos hacia la ciudad. El tortosino los persiguió tenazmente, por lo que hubieron de precipitarse en desbandada hacia unas lanchas fletadas para su socorro en el puerto, siendo alcanzados el resto y muertos todos. Tras esta completa derrota enemiga, los carlistas recogieron un abundante botín entre el que cabe destacar 472 fusiles⁷⁸⁷.

Este revés cristino tuvo amplias resonancias en toda la zona y provocó gran consternación en Vinaroz, pues entre los muertos había un gran número de jóvenes, hijos de familias cristinas adineradas y bien conocidos en dicha población. Derrotada así la columna de auxilio y de regreso a Alcanar, ya de anochecida, Cabrera retomó el sitio de la iglesia donde aún combatían los enemigos, dispuestos a resistir a ultranza. Refugiados los nacionales defensores en la torre campanario, donde permanecieron luchando durante toda la noche, finalmente la mañana del día 19 de octubre acordaron con el caudillo carlista una capitulación honrosa. A las victorias de Cabrera analizadas, se sumaron otras en tierras tarraconenses. El 26 de octubre se apoderó del fuerte de Roquetas (en los arrabales de Tortosa), después de obligar a su guarnición a rendirse: el destacamento cristino, compuesto de un sargento, un cabo y quince soldados del regimiento de Bailén, se sumó a las fuerzas carlistas. El día 31 se apoderaba de las defensas de Cherta. Tras esta campaña victoriosa por el Maestrazgo carlista, incluidas las comarcas tarraconenses próximas, Cabrera se replegó a su refugio en la Puebla de Benifasar (Castellón). El 1 de noviembre podía comunicar al ministro de la Guerra de D. Carlos sus últimas operaciones, que consideraba relevantes pues le permitían dominar el bajo corregimiento de Tortosa y los ricos pueblos que encierra el semicírculo de montes que, comenzando en Cherta sobre el Ebro, concluye en la plaza marítima de Peñíscola⁷⁸⁸.

Ferrer resalta que el botín obtenido por las fuerzas de Cabrera en estas operaciones fue cuantioso y muy útil para armar a las partidas que comenzaban a surgir por doquier en la zona. Resultaron especialmente valiosos en este sentido 1.675 fusiles, centenares de cananas y cartucheras, decenas de cajas

⁷⁸⁷ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 76-77.

⁷⁸⁸ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, pp. 304-326; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 30-38 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 67-78.

de cartuchos y varios caballos. Sucedió en este teatro de operaciones del Maestrazgo (igual que en el Norte), que a los carlistas los armaban sus propios enemigos. Suponía el fracaso flagrante del sistema cristino de las pequeñas fortificaciones aisladas, que también resultó inútil en el frente norteño: estos destacamentos implicaban la inmovilización de gran parte de las fuerzas gubernamentales, sin provecho alguno para las operaciones activas. Además, facilitaban grandemente los ataques por sorpresa de las ya potentes partidas carlistas, que tenían fácil acceso así a las armas y efectos militares del enemigo, sumado al refuerzo moral que suponían sus victorias y el aumento de los efectivos (por unírseles miembros de las propias guarniciones que apresaban)⁷⁸⁹.

Este era el estado de la guerra en el Maestrazgo carlista (recuérdese, teatro de operaciones muy amplio, cuyo núcleo esencial era el Bajo Aragón turolense, la montaña de Castellón y comarcas valencianas aledañas, además del corregimiento bajo de Tortosa), cuando el Cuartel Real decidió reconocer los méritos indudables del coronel Cabrera: a sus ya consolidadas aptitudes de jefe guerrillero audaz e infatigable, capaz de evolucionar a consumado mando militar, pronto demostrará poder sumar su talento innato de organizador y creador de un ejército y una administración político-militar carlistas en el Levante. Por lo tanto, le nombró el 11 de noviembre de 1835 comandante general interino del Bajo Aragón. Se constituía así en el nuevo jefe operativo indiscutible de las zonas mencionadas, frente bélico cada vez más importante, donde acabó imponiéndose por su experiencia, iniciativa, capacidad y arrojo sobre todos los demás jefes guerrilleros del Maestrazgo. El tortosino se lo comunicó de inmediato a todos ellos, aunque Miralles, que operaba en Valencia, y Torner, que lo hacía preferentemente en el corregimiento de Tortosa, se negaron a aceptar su autoridad: sin embargo, no por ello dejaron de colaborar con él en numerosas ocasiones⁷⁹⁰.

⁷⁸⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 19-20 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 76. Pirala abunda en este fracaso cristino, al relatar cómo las fuerzas carlistas lograron apoderarse de estos pequeños destacamentos, mostrando así lo inútil de encerrar guarniciones poco numerosas en casas solitarias, fortines o débiles castillejos que defendían poblados de importancia secundaria. Ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, p. 312. Piénsese, además, que estas deficiencias táctico-estratégicas implicaban utilizar combatientes en guarnecer fortificaciones aisladas, impidiendo emplearlos en unidades de maniobra para combate abierto. Más aún, se trataba de posiciones siempre expuestas al ataque carlista y, dados sus escasos efectivos (habitualmente, urbanos o cuerpos francos, peor preparados que las tropas), eran susceptibles de ser arrasadas con facilidad, arrebatándoles armas y todo tipo de pertrechos. Era un sistema que sólo aprovechaba a Cabrera, pues frecuentemente conseguía reclutar, además, a los prisioneros enemigos que hacía. En definitiva: negocio redondo para el carlismo.

⁷⁹⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 42-74 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 317-318. Pirala señala que Torner no quiso reconocer a Cabrera como jefe, alegando que sus fuerzas estaban encuadradas en el Ejército Real de Cataluña, donde se había nombrado una junta para colaborar con el cuartel general carlista del Principado, único órgano al que el jefe guerrillero catalán obedecía. Además, no se debe olvidar que por entonces el brigadier Guergué era comandante general en jefe catalán, por lo que Torner estaba sometido a su mando directo. En Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, p. 333.

Las fuentes especializadas enfatizan que, a partir de este momento, la suerte de la guerra en Levante será bien distinta: el recién nombrado comandante general interino del Bajo Aragón va a sistematizar las bases del conflicto, dándole una dimensión que supondrá un importante salto cualitativo. El objetivo principal será convertir a las partidas de guerrilleros carlistas en un ejército organizado y dotarle de las necesarias infraestructura administrativa, hacienda y órganos de gobierno⁷⁹¹.

A todo esto, con la irrupción del frío y las fuertes lluvias invernales, los carlistas comenzaron a experimentar el incremento de las lógicas dificultades para proseguir sus campañas y mantener movilizados a sus voluntarios. Sin embargo, Cabrera ya pensaba en organizar su deficitaria caballería (carencia crónica de todos los ejércitos carlistas), para lo que necesitaba desesperadamente hacerse con caballos⁷⁹². Para ello, el tortosino llevó a cabo su proyecto de hacer una expedición hacia Castilla la Nueva, donde esperaba aumentar su escasa cabaña equina, a la vez que obtener nuevos recursos para evitar esquilmar a las comarcas que más estaban contribuyendo a la insurrección legitimista desde sus inicios. Las fuerzas principales de este incipiente ejército carlista del Maestrazgo eran las recién creadas divisiones de Tortosa y Valencia, comandadas por Forcadell, y las aragonesas del coronel Quílez. El resto lo constituían voluntarios recién incorporados, especialmente de Aragón, y los reclutados tras los resonantes triunfos de Cabrera (La Yesa, La Jana, Roquetas, Vinaroz), a los que se había instruido brevemente mientras Cabrera organizaba y revistaba su ejército en los puertos de Beceite. El contingente carlista descrito pasaba entonces de 3.600 hombres⁷⁹³.

Emprendida la marcha, inicialmente hacia Molina de Aragón y otras poblaciones de la provincia de Guadalajara, se dirigió Cabrera luego con sus fuerzas a tierras zaragozanas como Calatayud, entrando por la depresión ibérica hacia el Jalón, por la zona de Ateca, en dirección a Embid y Tortuera, siempre a marchas forzadas para burlar a las columnas enemigas. Cerca de Terrer, el 13 de diciembre se produjo un choque sorpresivo entre carlistas y cristinos comandados por el coronel Valdés, en aparente confusión y desconcierto, del que salieron mal paradas las tropas de la Reina. El desastre cristino se cifró en veinte muertos y más de 900 prisioneros, apropiándose los hombres de Cabrera

⁷⁹¹ En cuanto a las medidas de centralización y organización aplicadas por Cabrera a sus tropas desde noviembre de 1835 (cuyo objetivo principal eran transformar las partidas guerrilleras en un auténtico ejército), se pueden consultar con detalle en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 84-87 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 78-81.

⁷⁹² La carencia carlista de caballo aparece subrayada expresamente por la comisión de armamento y defensa gubernamental, creada por estas fechas en Zaragoza y que, entre otras medidas, «requisó, previa indemnización, todos los caballos útiles, privando así a los carlistas de este recurso [...], y expulsó a los gitanos por constar traficaban en caballos para los carlistas». En Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, pp. 327 y p. 336, donde este autor insiste en la escasez crónica de monturas y la generalmente deficiente organización de la caballería carlista.

⁷⁹³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, p. 88. En cuanto a la cifra de los soldados de Cabrera, Pirala los estima en 3.416 infantes y 218 caballos. En Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, p. 334. Caridad Salvador eleva la cifra a 4.400 combatientes carlistas: ver Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., p. 51.

de 907 fusiles, un número igual de uniformes, correaes y cartucheras, además de cuatro cajas de guerra y otro material de guerra. La noticia de esta victoria de las armas realistas llenó de entusiasmo a los carlistas castellanos de la frontera con Aragón, que vieron posible extender la rebelión por estas tierras castellananas. Sin embargo, no tardó el gobierno cristino en enviar un ejército de más de 12.000 hombres al mando del general Palarea, capitán general de Valencia, para intentar cortar el paso a toda costa a la expedición de Cabrera. Atacados el día 15 en Molina de Aragón por fuerzas superiores numérica y materialmente, los carlistas se vieron arrollados y hubieron de replegarse hacia la Sierra de Albarracín, tras lamentar 700 muertos y 400 heridos, según el parte cristino, y perder el botín logrado en la victoria de Terror. Ha de señalarse que estas cifras, proporcionadas en el parte oficial por Palarea, le parecen a Ferrer a todas luces inexactas por exageradas⁷⁹⁴.

Esta derrota de Cabrera fue un duro golpe moral, que unido a otros reveses (especialmente, los desmanes llevados a cabo por el enemigo durante su ausencia en los Puertos —verbigracia, el ataque de la columna del marqués de Palacio al monasterio de Benifazar, matando a los heridos y enfermos graves carlistas y llevándose los escasos víveres y medicamentos, tras quemar las modestas instalaciones hospitalarias legitimistas—), sembraron el desánimo en sus filas, especialmente entre los esperanzados carlistas alcarreños. Marchó seguidamente el caudillo carlista hacia la sierra de Albarracín y desde allí al cuartel general de los Puertos, llegando el 21 a Rosell (Castellón), donde dio quince días de licencia a sus hombres “para mudarse la camisa”, tal como se decía, habitualmente, en las fuerzas carlistas para poder pasar en casa las festividades navideñas⁷⁹⁵.

Es conveniente insistir en que la creación y funcionamiento de un ejército en el Maestrazgo, obra de Cabrera, no significó la desaparición de muchas partidas carlistas, que continuaron actuando autónomamente durante toda la guerra: es cierto que, una vez que el caudillo carlista asumió el mando supremo de las fuerzas armadas legitimistas y el control general de la situación, las guerrillas más importantes se integraron en su ejército y solo permanecerán independientes, operando por su cuenta, pequeñas partidas (según Caridad Salvador, la gran mayoría formadas por menos de cien combatientes)⁷⁹⁶. Otras

⁷⁹⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, p. 241 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 82-83.

⁷⁹⁵ Para ampliar la información sobre esta intensa campaña de Cabrera por tierras valencianas y de Guadalajara desarrollada a finales de 1835, se pueden consultar Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, pp. 335-337; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 87-94 y pp. 240-242 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 82-83. En cuanto a las elevadas cifras de heridos y muertos proporcionadas por las fuentes en acciones como las de La Yesa, La Jana o la de Molina de Aragón (que el propio Ferrer considera exageradas), lo más probable es que reflejen el número total de bajas sufridas por el bando perdedor: así, se incluirían a los muertos en combate, junto con los heridos y prisioneros pasados por las armas sobre el terreno; igualmente, incluiría al heterogéneo grupo de combatientes “dispersos” o “rezagados”, considerados como pérdidas generadas por acciones militares como las batallas o las retiradas tras las mismas. En este mismo sentido se pronuncia, por ejemplo, Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., p. 51.

⁷⁹⁶ Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., p. 52.

fuentes también resaltan la continuación de la lucha guerrillera, como se demuestra por una serie de acciones típicas desarrolladas por todo el Maestrazgo entonces: recuérdese que el análisis de la operatividad autónoma de las guerrillas carlistas en aquellas zonas (Norte, Maestrazgo y Cataluña) donde se crearon ejércitos carlistas es una de las cuestiones prioritarias de esta tesis doctoral; Rahden, Herman Du Casse, Ferrer y Bullón, como ya se indicó, sostienen que, en los teatros de operaciones norteño, maestratense y catalán, la actividad de tropas regulares nunca hizo desaparecer totalmente las acciones bélicas simultáneas de partidas carlistas, que continuaron operando con cierta autonomía.

Retomando el curso de la guerra en este importante teatro de operaciones, Ferrer destaca por encima de todo la campaña emprendida por Quílez. Aprovechando que el duro clima invernal cubría de nieve los montes del Maestrazgo —bloqueando y haciendo impracticables sus senderos por la lluvia, el hielo y el barro, en principio, malas condiciones para operar—, el jefe aragonés, al retorno de Guadalajara, dio descanso a sus hombres en Cella (Teruel). Poco después, concentró a los voluntarios de caballería de la división aragonesa bajo su mando en Añón provincia de Zaragoza, con el objetivo de conseguir armas, víveres y cuanto material de guerra encontrasen, para lo que emprendieron una incursión, primero por la comarca valenciana del Rincón de Ademuz, combatiendo el 19 de diciembre en los alrededores de Ademuz contra las tropas cristinas del coronel Espinosa. Posteriormente, se dirigieron hacia las llanuras zaragozanas de la Ribera Baja del Ebro. En una incursión vertiginosa de cabalgadas, escaramuzas y sorpresas, que se prolongaron hasta finales de diciembre, las fuerzas carlistas llevaron a cabo una serie de operaciones, siguiendo siempre el mismo patrón de actuación: desarme y neutralización de los escasos contingentes de nacionales defensores, seguido del cobro de las contribuciones en las localidades donde entraban; fueron los casos de Escatrón, La Zaida, Quinto, Codos y Belchite. Esquivando siempre la persecución tenaz de la columna cristina de Noguerras, los carlistas, con un importante botín de armas y dinero, emprendieron el camino de regreso a sus bases turolenses descendiendo por el sur de Aragón. Ya en sus acantonamientos y reaprovisionados con el material requisado, el coronel Quílez concedió permiso a sus hombres para para “mudar la camisa”⁷⁹⁷.

Ferrer relata la continuación de la actividad guerrillera en el Bajo Aragón, región valenciana y comarcas catalanas aledañas a finales de 1835, pese a la entrada en acción de las tropas de Cabrera: así, en los alrededores de la Cenia (Tarragona), una partida mandada por el comandante carlista Papaseit tuvo una escaramuza con una columna cristina comandada por Buil; por su parte, la guerrilla de Heliodoro Gil estaba actuando en contra de la recluta de quintos decretada por Mendizábal para captarlos como voluntarios de la legitimidad, combatiendo en Alcublas (Valencia), contra una columna enemiga procedente de Segorbe; el parte cristino se atribuyó la victoria sobre los rebeldes. Una pequeña gavilla, liderada por Salvador Dolz (a) «el Tierno», que solía recorrer el

⁷⁹⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 96-97.

norte de la provincia de Valencia, sufrió un duro golpe al ser asesinado su cabecilla en Loriguilla, cerca de Chelva, en la comarca serrana del Alto Turia⁷⁹⁸.

8.2.4.3 Cataluña: la expedición de Guergué

Pirala afirma que a comienzos de 1835 la situación bélica en Cataluña era muy similar a la del Norte en 1833: los carlistas catalanes eran capaces de conformar grandes grupos de combatientes que, pese a ser batidos por el enemigo, inmediatamente volvían a reunirse, reorganizarse y combatir de nuevo, inasequibles siempre al desaliento. El mayor inconveniente para la acción de los guerrilleros del Principado continuaba siendo la crónica desunión y falta de un mando único. Tanto era así que Ripoll, comisionado carlista en la frontera francesa, se quejaba amargamente de que esta situación de desorganización y anarquía llegaba al extremo de imposibilitarle fijar un punto de recogida para el material y efectos de guerra disponibles en Génova (de donde se desprende que los agentes carlistas seguían intentando a toda costa proporcionar a sus combatientes los elementos necesarios que les permitiesen combatir y aumentar sus efectivos)⁷⁹⁹.

Además, en enero de 1835 Llauder volvía a hacerse cargo de la capitanía general de Cataluña, centrando su actuación en dos objetivos principales: en primer lugar, la formación de compañías de guías constituidos por naturales del país, integradas fundamentalmente por los vecinos de los pueblos y caseríos más comprometidos por sus servicios a las autoridades, junto con carlistas que se presentasen a indulto. Vestirían de paisano —lo que les convertía en una fuerza completamente irregular— y prestarían servicio durante seis meses, con las misiones de perseguir a las partidas legitimistas, conducir en sus marchas a las tropas cristinas por territorio enemigo, transmitir las comunicaciones militares y servir de apoyo y refresco a las fuerzas más castigadas en la lucha contraguerrillera. La idea de creación de estas unidades venía reforzada por la preocupación del gobierno cristino ante el flagrante e intenso contrabando que prosperaba a la sombra de las actividades bélicas, aprovechado en el territorio pirenaico fronterizo con Francia por las guerrillas catalanas para recibir pertrechos.

Segundo, Llauder se proponía radicar tropas en una red de puntos fortificados distribuidos a lo largo de líneas situadas en las áreas de máxima actividad de las guerrillas carlistas. Se pretendía, fundamentalmente, que impermeabilizasen las zonas montañosas, pero también asegurar el curso de los

⁷⁹⁸ Ibid., tomo IX, pp. 94-96. Por su parte, Urcelay subraya que las fuerzas carlistas habían aumentado extraordinariamente (tal como ya se apuntó), a lo que ayudó en gran medida la quinta de cien mil hombres solicitada por el ministro Mendizábal para acabar con la guerra: esto produjo que muchos de los llamados a filas prefiriesen hacerlo en las tropas de Don Carlos —que solía implicar, además, hacerlo combatiendo en la zona de origen o en las proximidades—, una de las causas del rápido aumento de los contingentes que permitirán a Cabrera la comentada creación de su ejército. Ver Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 78.

⁷⁹⁹ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, pp. 47-49.

principales ríos y garantizar el buen funcionamiento de la imprescindible logística militar del ejército cristino. Llauder reajustaba así su técnica de guerra a la nueva realidad de las partidas, que perseguían ahora ocupar el máximo territorio posible. Sin embargo, (dejando a un lado el primer punto, táctica ajustada a la lógica y las experiencias de este teatro de operaciones), el tipo de guerra propugnado por Llauder —basado en mantener líneas fortificadas—, dejaba muchas poblaciones abandonadas a las partidas carlistas, cada vez más fuertes y cuya actividad crecía diariamente. Por su parte, Ferrer resalta que ello no evitó que el bando legitimista comenzase a ser bastante numeroso en las montañas del Principado, siendo los núcleos insurreccionales más activos los de Solsona, Berga, Cardona y la Sierra Litoral en torno a Mataró. Este era un foco constante de actuación guerrillera, escenario de reñidas escaramuzas y sangrientos choques y correrías y que se irá extendiendo con el tiempo⁸⁰⁰.

Hay que destacar la actuación en estos momentos del prominente líder carlista Ramón Samsó, que no solamente se ocupó de la organización de la Junta Superior Gubernativa Carlista del Principado, sino que parece que también era, desde comienzos de 1835, el jefe con más iniciativa de cara a la actividad bélica. De hecho, planeó un alzamiento general en Cataluña, que pretendía encabezar personalmente para insurreccionar las zonas de Manresa, Vic, Cervera y Puigcerdá. Sin embargo, la iniciativa no llegó a cristalizar por falta de medios y porque la situación en el territorio no era aún propicia⁸⁰¹.

Ferrer llama la atención, una vez más, sobre un hecho que considera capital y cuya importancia no puede dejar de reiterarse: pese a la persistente y enconada resistencia armada de jefes guerrilleros de contrastada experiencia

⁸⁰⁰ Más información sobre el plan de acción de Llauder para eliminar a las guerrillas carlistas a inicios de 1835 (que incluía, junto a las dos principales medidas ya expuestas, otras como el uso de delatores, el de asesinos a sueldo para infiltrarse en las guerrillas y eliminar a los principales jefes de partida, así como el traslado forzoso y reubicación de los familiares de los guerrilleros carlistas expulsados de sus pueblos en 1834), en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 183-186; Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., pp. 77-79; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 269-270 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 192-194.

⁸⁰¹ Veterano de la campaña realista, en una fecha imprecisa (finales de 1834 o principios de 1835), aparece en los documentos con el grado de brigadier, el cargo de comandante en jefe de los carlistas catalanes y la misión de formar una junta superior gubernativa carlista en Cataluña. La junta quedó formada y presidida por el propio Samsó, que aparece en estos momentos como la persona de máxima confianza del cuartel real en el Principado. El 31 de enero de 1835 urgió el envío a Cataluña de una fuerza militar para impulsar la guerra, deseo que se hizo realidad en el verano de 1835 con la expedición de Guergué. Para algunos autores, la comandancia general de Samsó fue más teórica que efectiva (pese a sus esfuerzos por dirigir operaciones sobre el terreno o recabar material), pero ello se debió a que las partidas siempre fueron reacias a aceptar un mando operativo supremo. En la primavera de 1835 se registra su presencia en Prades (Tarragona), en compañía de Benito Tristany. El 8 de agosto de 1835 logró reunir dos mil hombres para un ataque infructuoso a la población de Torá (Lérida). En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 291; Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., p. 64 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 200. Santirso también reconoce la tentativa de liderazgo por parte de Samsó cuando, entre abril/julio de 1835 y ante la retirada de Plandolit y la incomparecencia del conde de España, trató de asumir la jefatura efectiva de las fuerzas catalanas. Para ello, entró desde Francia al Principado por Osséja (por cierto, llevando consigo unas muy necesarias cargas de pólvora). Ver Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 192.

como «Mossèn Tristany», Antonio Borges o Miguel Fons (a) «*el Llauger de Piera*», la falta de un mando operativo único en la dirección de la guerra — imprescindible en cualquier conflicto, especialmente en los de esta magnitud— imposibilitaba un aumento sustancial en la escalada bélica del Principado. Sin duda, esta es una de las razones por las que Santirso puede afirmar que las partidas catalanas, pese a intentar superar la fase guerrillera pura, acabaron teniendo un éxito limitado en sus esfuerzos de guerra. Pero es necesario añadir que también se debió a la dura represión —auténtica política de exterminio y la ya mencionada “estrategia del terror”— implantada por Llauder a lo largo de todo 1834: en consecuencia, no está de menos resaltar que las guerrillas catalanas operativas entonces bastante hicieron con lograr la mera supervivencia a estas alturas de la guerra, tras quince meses de feroz lucha sin cuartel por parte del enemigo cristino⁸⁰².

Santirso afirma que el área de actuación guerrillera se limitaba, por entonces, a las montañas de las comarcas interiores donde ahora las partidas pugnaban por establecer bases operativas permanentes. En el norte de Cataluña, sus principales acciones transcurrieron por tierras ildenses, consistiendo sobre todo en tentativas encaminadas a la toma de pueblos: por ejemplo, el amago de sorpresa por parte de «Mossèn Tristany» en Torá el 8 de enero, sin resultado; después de algunas correrías, incursiones y escaramuzas con el enemigo consiguió ocupar Iborra, que retuvo en su poder hasta el 5 de abril. La partida de Antoni Borges, que a veces actuaba en asociación con la del «*Ros de Eroles*», no habría alcanzado esta nueva fase de ocupación de pueblos antes de mayo. Pese a ello, a finales de febrero realizaron varias operaciones, produciéndose un choque entre su grupo y una columna cristiana —compuesta en esencia por el Regimiento de Zamora— en Oliana; Niubó también combatió con ellos en Fontllonga y Montmagastre, y de nuevo con tropas del mencionado regimiento en Figuerola de Meiá. El 4 de marzo las fuerzas del «*Ros*» sostuvieron un encuentro con tropas cristinas en el puente del Espía, sobre el río Segre, cerca de los montes que circundan Fígols; finalmente, tras una fase de marchas, contramarchas y evitar nuevos choques con fuerzas enemigas, atacaron Peramola el 20 de mayo de 1835, pero la fuerte resistencia vecinal impidió que se apoderasen de esta localidad.

Al día siguiente, combatientes carlistas irrumpieron por sorpresa en Camarasa (Lérida), donde los 50 milicianos urbanos de la población y su alcalde se refugiaron en la iglesia, finalmente tomada por los atacantes que ejecutaron a todos los enemigos armados, siguiendo la dura ley de las represalias, especialmente, tras los edictos de Llauder promoviendo el indulto de asesinos a sueldo que acabasen con sus jefes de partida. Intentando poner en marcha un ambicioso plan de sublevación general de la Cuenca de Tremp y el Montsec, el «*Ros*» entró en Tirvia el 15 de junio: el objetivo era que este jefe guerrillero consiguiese el levantamiento a su favor de la parte alta de la comarca, mientras Borges y «*Bep de l’Oli*» se encargarían de insurreccionar la zona baja. Sin

⁸⁰² Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 185 y, sobre todo, Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 184, donde se insiste en la citada política de exterminio y estrategia del terror ejecutada por Llauder desde 1834.

embargo, los segundos fueron dispersados por la columna cristina de Churruca y el plan se desbarató⁸⁰³.

En el sur del Principado, concretamente en la zona de Tarragona, la partida de Joan Forner atacó Figuerola el 5 de marzo, tras sostener duros combates con los urbanos de Barberá y de Plá de Cabra —donde cayó prisionero «*el Barbut*», lugarteniente de Forner, fusilado en el mismo Figuerola, lugar de su nacimiento—. A finales de mes, los milicianos urbanos de Benissanet lograron a duras penas resistir el asedio carlista, atrincherados en la casa fuerte de Miravet, que sufrió un duro ataque legitimista. Según Ferrer, toda esta incansable actividad guerrillera tal vez no tuviese una gran trascendencia militar desde el punto de vista estratégico, pero no cabe duda de que mantenían al enemigo en guardia constante, provocando el consiguiente y evidente desgaste de sus defensas, quebrando su capacidad de resistencia: sirva como ejemplo la atrevida marcha que desde Seo de Urgel emprendieron las fuerzas conjuntas del «*Ros de Eroles*» y Borges, atravesando varias comarcas ilerdenses y que a lo largo de todo el mes de marzo les condujo hasta Ponts; allí burlaron el cerco urdido para exterminarles por parte de cinco columnas cristinas, escapando indemnes. Además, la partida que mandaba el cabecilla conocido como «*Cames Crues*», destacada de la que mandaba Porredon, tras ser insistentemente perseguida por la columna cristina del capitán Arenas con base en Orgañá (Lérida), se revolvía contra sus perseguidores en el Coll de la Mata, en Odén, logrando encontrar refugio después por las escabrosidades de las sierras próximas. Allí, ordenó a sus hombres que se disolvieran, en la típica dispersión clásica de la guerra de guerrillas⁸⁰⁴.

Por su parte, Mundet subraya que ya desde inicios de 1835 se registraban numerosas acciones guerrilleras, protagonizadas por nombres bien conocidos, entre los que sobresalían «*Mossèn Tristany*», Climent Sobrevias alias «*Muchacho*», Antoni Borges, Miquel Pujol i Mallorca (a) «*Mallorca*», Josep Puig apodado «*Boquica*», Joan Cavalleria, «*Ros de Eroles*», «*el Llauger de Piera*», «*el Llarg de Copons*», Pere Massana o el cabecilla al que sólo se conoce como el rector de Oix, sin duda los jefes guerrilleros que a estas alturas preocupaban de verdad a las autoridades cristinas. Pero además, cada vez será más frecuente la actuación de otros líderes de menor notoriedad, tales como Antoni Puiggròs, Saura o Pelegrí. Más aun, en cuanto terminó el invierno y con la llegada del buen tiempo, entrará en acción una segunda generación de destacados jefes guerrilleros, la mayoría de ellos, por añadidura, veteranos de la campaña realista y de la Guerra de los *Malcontents*, caso de Joan Forner (o Torner), alias «*el Grisot de Cabra*», Pere Grau, Patrici Josep Zorrilla (a) «*Surrilla*», Joan Castell —casi siempre citado como Castells— i Rossell (con los apodos de «*Gravat de Ager*», por ser nativo de esta población, y también «*Mossenya*», debido al

⁸⁰³ La información de este párrafo y el anterior está tomada de Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 185-186. Un detallado análisis de los planes para la invasión carlista de la Cuenca del Tremp y Montsec por el sur en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 185-194 y 199.

⁸⁰⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 188 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 186.

nombre de su casa solariega), el servita Josep Lluís, natural de Garcia, Tarragona, o Josep Pons Vilades, el célebre y ya mencionado «*Pep de l'Oli*»⁸⁰⁵.

Todo ello denotaba síntomas crecientes del progresivo aumento de las fuerzas combatientes del carlismo catalán, que ya no se limitaba a emprender emboscadas aisladas y golpes de mano selectivos. Paralelamente a su estructuración y consolidación orgánica, también va a aumentar sensiblemente la actividad guerrillera de unas partidas catalanas cada vez más potentes y experimentadas. A su manera, las fuerzas irregulares del Principado tendían a organizarse como un ejército —a modo de ejemplo, Mundet cita a los hombres de Benito Tristany, que empiezan a ser conocidos por entonces como la División de Manresa y de Cervera, dividida en brigadas—. Además, lo que el citado Saura llevó a cabo por entonces en la barcelonesa Llagostera (cuando el 1 de abril, tras sorprender a sus habitantes, penetraba en la población y se luchaba encarnizadamente, casi calle por calle), comenzaron a hacerlo otros cabecillas, ya desde inicios de este año, siempre con el mismo patrón operativo: entraban en villas y pueblos, combatían con sus defensores, requisaban bienes del bando cristino (Mundet apostilla a este respecto que, a veces y según las urgencias o necesidades, no discriminaban demasiado respecto al origen de lo intervenido ni tenían demasiados miramientos sobre a quién requisaban lo que necesitaban para sobrevivir, fuesen carlistas o cristinos), desarmaban a los milicianos urbanos y después emprendían la fuga ordenadamente. Así lo hicieron en Castellar de Nuch (Barcelona) y en la ilderdense San Lorenzo de Morunys, entre otros diversos lugares. Sin embargo, todavía no se daban las condiciones idóneas para mantenerse en el territorio ocupado. Sin embargo, Santirso precisa que el mayor éxito guerrillero fue logrado por «Muchacho», al penetrar a finales de abril en la citada San Lorenzo de Morunys —que se convertirá en la futura base de operaciones de las partidas catalanas del interior—, obligando a su guarnición cristina a refugiarse en el fuerte, hasta conseguir finalmente ser rescatada por una columna de socorro⁸⁰⁶.

Si la operatividad guerrillera fue notable en abril, durante el mes de mayo adquirió aún mayor importancia, superándose incluso la tónica de actividad mantenida a lo largo del año. Como muestra de ello, Ferrer destaca la fuga de un grupo de carlistas presos en el fuerte Pío, radicado entonces en las afueras de Barcelona, junto al Besós, a modo de punto avanzado de la Ciudadela. La evasión se concertó cuidadosamente, con toda seguridad contando con apoyo de simpatizantes barceloneses: redujeron los prisioneros a la guardia de la fortaleza, se apoderaron de sus fusiles y provistos con todas las armas enemigas que pudieron intervenir, escaparon raudos a las montañas cercanas para reunirse con sus camaradas guerrilleros. También destaca el historiador tradicionalista el ataque de tropas cristinas a las órdenes del coronel Burgess contra la casa Benet de Castellar de Nuch (Barcelona), sorprendiendo a sus moradores —en la defensa murió el guerrillero Tauler, natural de Igualada—; de

⁸⁰⁵ Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...*op. cit., pp. 74-75.

⁸⁰⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...*op. cit., tomo VII, p. 189; Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...*op. cit., pp. 74-80 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...*op. cit., pp. 184-187.

este modo, quedó destruido el depósito de municiones y fábrica de balas que tenían establecido los carlistas allí, lugar idóneo por su especial situación de aislamiento⁸⁰⁷.

Pero, sobre todo, diversas fuentes informan de dos golpes de audacia de las partidas catalanas. Constituyen notables operaciones que cerraron las actividades carlistas del mes de mayo, indicativas de que su potencia y actividad crecían diariamente a la par que la ambición de sus objetivos. De hecho, podrían considerarse un salto cualitativo en la guerra. El primero de ellos tuvo lugar el día 26 de mayo cuando la partida de «*Llauger*» consiguió irrumpir en Montblanch (Tarragona), aprovechando que era día de mercado y las calles estaban llenas de gente. De este modo, se apoderaron de algunos puntos neurálgicos de la población; la lucha fue encarnizada y se inclinaba poco a poco del lado carlista, hasta que la llegada de refuerzos cristinos, desplazados hasta allí a marchas forzadas, obligó a los guerrilleros a retirarse, no sin haber infligido serios daños a sus enemigos⁸⁰⁸.

El segundo ataque fue el audaz asalto ejecutado el 30 de mayo contra una fábrica particular de pólvora en las cercanías de Manresa, donde los guerrilleros consiguieron apropiarse de más de cinco toneladas y media de dicha mezcla explosiva almacenadas allí. La operación fue cuidadosamente planificada —Mundet insinúa que contaron con la probable cooperación de alguno de los trabajadores del establecimiento—. Para que las fuerzas del destacamento que vigilaba el polvorín no advirtiesen nada, los carlistas horadaron las paredes del lado opuesto al cuerpo de guardia y, dejando las acémilas que llevaban junto al boquete practicado, procedieron a extraer cuanta pólvora había almacenada. A continuación, emprendieron la marcha con sus recuas cargadas hacia las fragosidades de los montes ilerdenses de la parte de Pinós. Descubierta el intrépido ardid guerrillero, salió inmediatamente de la guarnición barcelonesa de Calaf una columna cristina mandada por el coronel Novella, que emprendió la persecución de los carlistas en dirección a Ardévol y Malamargó (Lérida). Sin embargo todo fue en vano, pues nada se volvió a saber ni de la pólvora requisada ni de los autores del golpe⁸⁰⁹.

Dichas fuentes destacan otras acciones guerrilleras relevantes en Cataluña, durante el periodo final del primer semestre de 1835, con la activa participación de las partidas de Tristany, Porredon, «*el Llarg de Copons*», Sobrevias y Borges, destacando a mediados de junio la entrada de Porredon en Tírvia y Baronía de Rialp (Lérida), así como la incursión de Sobrevias en

⁸⁰⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 192-195.

⁸⁰⁸ Ibidem, tomo VII, pp. 195-196 y Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., p. 80.

⁸⁰⁹ Mencionan estas dos audaces operaciones guerrilleras Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., pp. 195-197; Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., p. 80 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 270. Por otro lado, no puede dejar de señalarse la extrañeza producida en el autor de esta tesis doctoral ante el absoluto mutismo de Santirso sobre la brillante operación del asalto al polvorín de Manresa, dado que suele describir con detalle las operaciones guerrilleras de las partidas catalanas (especialmente, sus reveses), a lo largo de toda la guerra; ello incluye, obviamente, las principales acciones de 1835, analizadas en Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 184-190.

Gombren en tierras gerundenses. Fue tanta la inquietud de las autoridades cristinas ante el continuo batallar de los carlistas por casi todo el territorio catalán, que el propio capitán general decidió salir de Barcelona y ponerse personalmente al frente de las operaciones. Para ello, el expeditivo Llauder no reparó en medios y movilizó todos sus recursos materiales y humanos, formando columnas mixtas integradas por efectivos del ejército, miñones, carabineros, los guías del país recién fundados por él, cuerpos francos (tiradores de Isabel II) y milicia urbana. Valga como ejemplo destacado de esta dura campaña que, según Santirso, fueron fuerzas comandadas por el citado general cristino las que habrían dado muerte a un veterano e intrépido jefe guerrillero: Miquel Fons, alias «*el Llauger de Piera*» (según este mismo historiador, era un gran especialista en moverse a ambos lados de la frontera pirenaica), junto a cinco de sus hombres en Figuerola d'Orcau (Lérida)⁸¹⁰.

Pese a las operaciones del fuerte contingente mandado por Llauder, continuaron las acciones de las partidas catalanas, con suerte diversa. El mes de junio transcurrió con múltiples escaramuzas, sorpresas y atrevidos golpes de mano: entre ellos, debe destacarse, muy especialmente, el triunfo carlista cerca de Selma (Tarragona), donde la partida de Manuel Ibáñez (a) «*el Llarg de Copons*», muy inferior numéricamente y en armamento, derrotó completamente a los 200 hombres de la columna cristina del teniente coronel Blas Morales, salvados de la eliminación total por fuerzas de socorro⁸¹¹.

Por otro lado, Santirso reitera que en 1835, como en el año anterior, la actividad protagonizada por las grandes partidas de veteranos coexistió con la casi liquidación de las guerrillas pequeñas, a las que considera más perjudicadas por la despiadada y atroz guerra sin cuartel de Llauder, que las condenaba irremisiblemente a la derrota y el paredón. En este sentido, cita como ejemplos los fusilamientos de Ramón Rosich, de Sant Genís de la Plana, en Cervera (Lérida) el 9 de enero; el de Ramón Raset, de la partida de los hermanos Felips, en Figueras (Gerona) el día 16; mientras que el 26 del mismo mes era capturado por las escuadras de Ruidoms (Tarragona) el jefe guerrillero Pedro Auguet, ex teniente ilimitado. En abril fue fusilado en Barcelona el cabecilla conocido como «el sastre de Granollers», y capturado Joaquín Martí, (a) «*Capblanc*» en la tarraconense Cabra del Camp. Por último, una columna de urbanos de Albesa y Almenar (Lérida) mató el 30 de mayo en Castelló de Farfanya al cabecilla Ramon Benet, alias «*Sagarrena*». En otro orden de cosas, Santirso afirma que Andorra era y lo continuaría siendo hasta el final de la guerra, una de las principales bases exteriores del carlismo catalán. Desde la primavera de 1835 empezó a ejercer, además, funciones de santuario para mujeres de jefes guerrilleros, religiosos y élites carlistas adineradas, como los que vivían en la Seo de Urgel. Tanto era así que su gobernador militar no tuvo ningún reparo en saltarse todas las leyes internacionales y entrar en Andorra en mayo de 1835, para liberar al comisionado cristino Periu, y de repetir esta flagrante violación de nuevo el 14 de julio, en este

⁸¹⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 198 y, sobre todo, Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 191.

⁸¹¹ Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., pp. 80-81.

caso para atacar a la partida del cabecilla Pedro Rocas, a la sazón refugiada en Andorra la Vieja⁸¹².

Con respecto a la nueva estrategia contraaguerrillera desplegada por Llauder en 1835, Santirso resalta que la concentración de tropas regulares en los mencionados puntos fortificados y del esfuerzo bélico en las comarcas montañosas del norte del Principado, tuvo como efecto negativo desguarnecer el frente sur y las comarcas más próximas a Barcelona, donde se pensaba, no sin razón, que el peligro de un ataque carlista de cierta importancia era menor. Para intentar solucionar este problema, el alto mando cristino recurrió a los Voluntarios de Isabel II y a la Milicia Urbana, aprovechando al máximo las ventajas que representaba disponer de una Milicia Urbana Movable (cuyos miembros podían ser movilizados y destinados a desempeñar su cometido en aquellos puntos en que lo exigieran las circunstancias, con la idea de «acabar con las facciones en su cuna», frente a la Milicia fija, estacionada como guarnición en sus puntos de origen respectivo)⁸¹³.

En la primera mitad de 1835 el peso de la lucha contraaguerrillera recayó, igual que en los dos años previos, sobre el ejército, compuesto mayoritariamente por soldados de quinta no catalanes y, en segundo lugar, sobre los estratos más bajos de las clases populares, integradas en los cuerpos francos. Excepto en aquellos pueblos atacados por las guerrillas legitimistas, la Milicia Urbana no fue la encargada de enfrentarse a los carlistas, debiendo relativizarse el reconocimiento por ciertas fuentes de su esfuerzo contraaguerrillero: ni todos los supuestos urbanos ejercieron sus funciones realmente, ni todos llegaron a desplegarse fuera de sus localidades de origen, ni tampoco la misión real de quienes lo hicieron fue otra que la de guarnecer las áreas poblacionales en principio más seguras⁸¹⁴.

Bullón, en relación con la actuación de la Milicia Nacional a lo largo de la guerra, precisa que «En las contadas ocasiones en que esta fuerza hizo frente a tropas regulares del ejército carlista, su ineficacia no pudo menos que quedar de manifiesto», aunque a continuación, matiza:

“cometeríamos un gran error si minusvaloramos su actuación desde un punto de vista militar. Por más que fuera claramente incapaz de hacer frente a las tropas regulares carlistas, por más que la fidelidad de muchos de sus miembros fuera cuestionable, la Milicia fue un eficaz aliado en la lucha contra el carlismo, pues su actuación contra las pequeñas guerrillas carlistas, o el servicio de guarnición que efectuaba en numerosas plazas, permitía dedicar a otras labores a las tropas del ejército regular, que si no hubieran debido diseminarse por toda la Península aún más de lo que ya se encontraban”⁸¹⁵.

⁸¹² En esta situación se hallaban las esposas de jefes guerrilleros como «*Ros de Eroles*», «*Llauger de Piera*» y Borges, o las de dos futuros miembros de la Junta Carlista del Principado, Orteu y Dalmau. En Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 192-193.

⁸¹³ Creadas por el decreto de 19 de octubre de 1834. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p.152.

⁸¹⁴ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 194-195.

⁸¹⁵ Comentando la deficiente instrucción de este cuerpo, Bullón subraya que la Milicia debía aprovechar los días festivos para instruirse, y aunque se publicaron varios manuales para su

Plenamente consciente, por tanto, de los peligros militares que implicaba el déficit de tropas regulares en el sur de Cataluña, Llauder pidió insistentemente al Ministro de la Guerra más efectivos. A comienzos del verano, y pese a que Ejército y Milicia totalizaban un pie de veinte mil hombres en armas, no cesaba de solicitar constantemente nuevos refuerzos, a pesar de ser consciente de que no era fácil obtenerlos. Pero, finalmente, y valiéndose de la particular predilección de la Reina por el capitán general catalán —junto con las presiones que realizó éste de pedir su relevo del mando militar del Principado, caso de no ser atendida su petición—, Amarillas terminó cediendo y el 28 de junio llegaron a Barcelona 20.000 hombres adicionales. Por todo ello, Santirso estima que en junio de 1835 las operaciones militares y la relación de fuerzas entre cristinos y carlistas no eran demasiado diferentes de las de octubre de 1834. Esto por lo que respecta al Principado; fuera de él, este autor opina que el gobierno continuaba fracasando en su intento desesperado por atajar una guerra que se etiquetaba de modo simplista y reduccionista como “del Norte”, cuando en realidad se trataba de un conflicto bélico total, tanto a escala española como europea, con un enfrentamiento a muerte entre la revolución y la contrarrevolución⁸¹⁶.

Mundet señala que pese a la inexistencia de fuentes carlistas que informen de la situación de la guerra en Cataluña durante la primera mitad de 1835 (teniendo por fuerza que recurrir a los partes y comunicados de guerra cristinos que, al fin y a la postre, aportan algunos datos ciertamente neutrales, sobre todo, los lugares donde transcurren los combates), es posible conocer las principales zonas de actividad bélica, índice indiscutible de la presencia geográfica de las guerrillas legitimistas. Así, a estas alturas del conflicto bélico el carlismo catalán demostraba ya su fortaleza en las siguientes comarcas: en la provincia de Lérida, la Noguera, la Segarra, el sur del Pallars, el Jussà y el Alto Urgel; en la de Barcelona, el Solsonès, Bergedà, Bages y Osona occidental (lo que supondría el dominio carlista en gran parte del Alto Pirineo, el Valle de Arán y la Cataluña central). Apunta luego a cuatro zonas normalmente consideradas como libres de la presencia carlista: la Cuenca del Barberá y el Alto Campo tarraconenses; otra muy reducida en torno a la Sierra de Bertí y al abrigo de la vertiente oriental del Montseny (ambas en Barcelona, donde actuaba ocasionalmente la partida de Miquel Pujol i Mallorca alias «*Mallorca*») y, por último, la Alta Garrocha, en el Prepirineo gerundense, por donde incursionaban a veces las guerrillas de «Mossèn Massana» y la del rector de Oix⁸¹⁷.

De este modo se va configurando un teatro de operaciones catalán en el que, dentro de la gran zona carlista de la Cataluña central, se encontraban todos los puntos fortificados por Llauder en la primavera de 1835, creados para reforzar aquellos lugares con mayores posibilidades de sufrir ataques guerrilleros. En consecuencia, ciudades y pueblos —salvo alguna excepción— quedaron en

formación militar, cabe pensar que ésta no pudo ser, necesariamente, demasiado completa, ateniéndose estrictamente a su comportamiento frente al enemigo carlista. En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 161-162.

⁸¹⁶ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 194-195.

⁸¹⁷ Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., p. 80.

manos cristinas, que utilizaron para este control una heterogénea fuerza, compuesta sobre todo por urbanos, destacamentos militares y las columnas móviles mixtas. Curiosamente, Mundet señala que Barcelona en esta época era una ciudad casi desguarnecida: la mayor parte de su dotación regular, así como de sus urbanos, se encontraban prestando servicio en la montaña catalana, defendiendo dichos puntos fortificados y persiguiendo a unas partidas carlistas escurridizas, cada vez más numerosas y potentes. Por otro lado, no era nada extraño encontrar milicianos urbanos destacados muy lejos de su población de origen (la ya descrita Milicia Móvil o Movable). Testimonios de la época hablan de las tensiones que estos desplazamientos forzosos provocaban y de su influencia negativa en la combatividad de unos milicianos cristinos más o menos voluntarios y de motivación muy variable⁸¹⁸.

Pero si los cristinos dominaban las poblaciones, los carlistas controlaban el resto del territorio, lo que implicaba contar con la libertad de movimientos proporcionada por los bosques, la seguridad y refugio estable de las montañas y el elemento clave del control de los caminos. A modo de ejemplo, Mundet cita a un testigo contemporáneo que describe cómo las partidas carlistas aumentaban por entonces sin cesar, campando a sus anchas, controlando los movimientos de la población, interceptando y requisando los correos y paralizando la actividad laboral del Principado. De este modo, a través de la práctica de la guerra irregular con todas sus ventajas e inconvenientes, unas guerrillas cada vez más fuertes, basándose en su creciente potencia y en el apoyo de la mayoría de la población, especialmente la rural, estaba a mediados de 1835 muy cerca de darle la vuelta a la situación militar, pasando a convertirse en dominadoras del territorio catalán. De paso, también deshacían el tópico de que los combatientes legitimistas eran simples campesinos que hacían la guerra para entretenerse, ocupar el tiempo libre o a modo de complemento de sus habituales faenas agrarias —lo cual era incompatible con una operatividad creciente y cada vez más sostenida en el tiempo y en el espacio—. Todo ello era un paso más hacia la definición de un frente estable entre ambos contendientes⁸¹⁹.

Durante el mes de julio de 1835, la actividad de las partidas catalanas se mantuvo prácticamente inalterable (es decir, con una intensidad creciente), especialmente en las áreas montañosas del Principado donde ya venían combatiendo desde hacía más de un año, esto es, las comarcas pirenaicas y del prepirineo, como Berguedà, Solsonès y Bages, verdadero núcleo y bastión del carlismo catalán. Por otro lado, concluida la ola de anticlericalismo y las matanzas de frailes que situaron a Cataluña en plena ebullición carlista durante el citado mes, en agosto las guerrillas legitimistas continuaron los intentos de toma de pueblos, iniciados la primavera anterior, gracias sobre todo a que empezaron a contar con muchos más combatientes. Santirso afirma que no resulta sencillo establecer con exactitud el número de hombres de las partidas catalanas al llegar la expedición de Guergué al Principado, pero estima que a

⁸¹⁸ *Ibidem*, p. 81.

⁸¹⁹ *Ibidem*, pp. 81-82.

finales del verano de 1835 la cifra oscilaría entre los 13.000 y los 20.000 hombres —obviamente, excluidas las tropas de la división expedicionaria—⁸²⁰.

Continuando con su línea de acción habitual entonces, unos 2.000 hombres de varias partidas reunidas, lideradas por Ramón Samsó, Benito Tristany, «*Ros d'Eroles*», «*Gravat de Guissona*», Borges, «*Toriana de Bellver*», «*Muchacho*» y «*Cames crués*» sitiaron el 8 de julio Torá (Lérida), uno de los puntos principales de la red de fortificaciones gubernamental. La llegada de una columna cristina de socorro hizo que los carlistas levantasen el sitio dos días después. Ese mismo día 10, tras penetrar en Olost, Barcelona, gracias a la colaboración de algunos vecinos, Cavalleria, «*Boquica*» y otros jefes de partidas menores realizaron una operación conjunta para conquistar un lugar de especial significado para el carlismo catalán: la vecina Prats de Llusanés, atacada varias veces a lo largo del mes, a la larga infructuosamente. Por su parte, Tristany entró en Balsareny, en la misma provincia, el 5 de septiembre. A lo largo de dicho mes, y tras apoderarse de Talarn (Lérida) como punto de apoyo, las fuerzas conjuntas de Borges, «*Ros d'Eroles*» y Orteu, desarrollaron una serie de incursiones por la zona que les permitieron ocupar Tremp, en la misma provincia, a comienzos de septiembre. En cuanto al sur de Cataluña, las guerrillas carlistas fueron menos activas, registrándose tan solo la tentativa de toma de Esplugas de Francolí (Tarragona) por la partida de Matías Vall el 24 de agosto y, en septiembre, el ataque por parte de guerrilleros del Maestrazgo sufrido por la localidad tarraconense de Batea, fronteriza con el Bajo Aragón⁸²¹.

Santirso atribuye la pujanza de las guerrillas catalanas (especialmente a partir de los meses de julio y agosto de 1835) a tres razones básicas: una, la eficacia operativa desplegada en sus acciones —pese a la escasez de armas, compensada por el gran incremento de voluntarios incorporados—, que permitían entrar en poblaciones donde requisar lo necesario para combatir; en segundo lugar, los recursos proporcionados por las extinguidas corporaciones religiosas, especialmente en forma de dinero y, por último, la importante ayuda exterior que supuso la llegada a Cataluña en estos momentos de un potente contingente expedicionario del ejército carlista del Norte, liderado por el brigadier Juan Antonio Guergué⁸²².

En este escenario, la llegada de dicha expedición supuso un verdadero revulsivo para las anárquicas partidas locales, que tanto lo esperaban y necesitaban. Las fuentes coinciden en afirmar que sirvió para unificar, organizar y potenciar el carlismo armado del Principado, captando a los descontentos. De hecho, las filas carlistas van a aumentar sustancialmente (teniendo en cuenta la dinámica ascendente que se registraba ya desde antes del verano de 1835), hasta el punto de que a principios de noviembre y con el respaldo que supuso la presencia del ejército expedicionario, las fuerzas legitimistas catalanas contabilizarán más de 22.000 combatientes, cifra que no volverán a alcanzar en

⁸²⁰ *Ibidem*, pp. 85-91 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 291-292. Las cifras de guerrilleros catalanes proporcionadas por Manuel Santirso, se pueden consultar en Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 282.

⁸²¹ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 275-276.

⁸²² *Ibidem*, pp. 276-278.

toda la guerra⁸²³. Mundet estima la cifra en unos 20.000 hombres, a finales de octubre, obviamente sin contar los efectivos de la expedición⁸²⁴. Por su parte, Santirso precisa que sumarían entre 22 y 24.000 hombres por esas mismas fechas, lo que permitió una primera tentativa de creación y organización del ejército carlista de Cataluña, con el general Guergué como mando supremo al ser nombrado comandante general de Aragón y Cataluña el 26 de octubre de 1835⁸²⁵.

Las fuerzas dirigidas por Guergué (en la que figuraban jefes de tanto prestigio como los coroneles José Juan de Torres, Juan O'Donnell y Joris, Blas María Royo o el teniente coronel Victoriano Cordeu), estaban compuestas por 2.500 infantes y un escuadrón de 100 jinetes. Podía considerarse una división expedicionaria selecta, pues entre sus efectivos estaba el batallón de Guías de Navarra, el favorito de Zumalacárregui, y el 1º de Castilla —unidad también acreditada, formada por pasados del ejército cristino—. Ambos batallones tenían fama de ser los mejores del ejército carlista del Norte entonces. El resto de la infantería la formaban el 7º y el 9º de Navarra y la Columna de la Ribera. Además, contaban con dos cañones transportados sobre acémilas, a modo de artillería de montaña. Mundet recalca que en aquellos momentos, estos dos mil seiscientos hombres que incursionaban en Cataluña, suponían una fuerza armada muy considerable, más aun teniendo en cuenta que la constituían tropas de élite.

La expedición emprendió la marcha el 8 de agosto desde Estella, entraba el 16 en Huesca y el 18 en Barbastro, donde O'Donnell formó un batallón con los voluntarios presentados en estas dos ciudades. Poco después, y tras batir a una columna de urbanos en Roda de Isábena (Huesca), la división de Guergué entraba en Cataluña el 23 de agosto, haciendo una parada en la ilerdense

⁸²³ Según estimaciones tomadas de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 324.

⁸²⁴ Basándose en documentación de Guergué al ser nombrado Comandante general de Cataluña: ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit. p. 105.

⁸²⁵ Ya desde finales de 1834, numerosos jefes catalanes venían contactando con el Cuartel General carlista y el 31 de enero de 1835, Ramón Samsó solicitó el envío de una expedición para organizar la guerra y nombrar un comandante de los carlistas catalanes. Con respecto a esto último, al amparo de la columna de tropas navarras, la llegada entonces del conde de España —designado por Don Carlos para el mencionado cargo—, podía haber dotado a las fuerzas carlistas del Principado de una estructura e instrucción que tan sólo llegó a adquirir tres años más tarde. España, capitán general de Cataluña con Fernando VII, era probablemente la única persona con suficiente experiencia, prestigio y carácter para poder imponerse sobre los diversos jefes de partida; si hubiera podido comenzar en 1835 la labor que desarrolló a partir del verano de 1838, es muy probable que el resultado de la guerra hubiera cambiado. De ahí el revés que supuso para el carlismo armado su arresto y confinamiento en Francia, junto a 400 carlistas, a mediados de octubre. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 291-292. En cuanto a la organización de este embrionario ejército carlista de Cataluña, se encuadró en cuatro divisiones y cada una de ellas a su vez en dos brigadas: la de Gerona al mando del general Ignacio Brujó (brigadas dirigidas por Martín Albert y Patricio Zorrilla); la de Lérida al mando del coronel José Juan de Torres (brigadas mandadas por Borges y «Ros d'Eroles»); la división de Manresa o Bages bajo Benito Tristany (con las brigadas de Cavalleria y «Muchacho») y, finalmente, la de Tarragona a cuyo frente estaba Matías de Vall, en este caso con sólo un jefe de brigada, José Masgoret. Tomado de Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 104-105 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 286-287.

Tremp. Sus comienzos no pudieron ser mejores, pues de inmediato se le unieron 500 hombres al mando de Antoni Borges, y el día 25 se le incorporaba el coronel Jacint Orteu al frente de otros 3.500. Talarn se alzó a favor de Don Carlos y muchos habitantes de la Cuenca leridana de Tremp se presentaron como voluntarios: el día 26 fueron dos tenientes del regimiento de Zamora quienes se le agregaron, junto con sus 33 soldados y los paisanos voluntarios que les ayudaron a desarmar a los nacionales de Orgañá. Las fuentes coinciden en que estos días hubo un primer momento de indecisión entre las tropas expedicionarias, debido al deseo de los batallones navarros de regresar a sus hogares, pero de momento pudo restablecerse la disciplina sin mayores problemas. La columna continuó su incursión por el Principado y sus marchas y contramarchas le permitieron ocupar diversas poblaciones; además, aprovechando las armas intervenidas a los milicianos estacionados en las mismas se formaron y equiparon los batallones 1º de Vic y 1º del Ampurdán, formados con nuevos voluntarios catalanes. El 11 de septiembre la expedición emprendió una difícil y audaz marcha a través de senderos de la alta montaña pirenaica ilerdense, que la llevará en menos de 10 días (recorriendo parte del Alto Urgel y comarcas colindantes), desde Barruera hasta Escaló; el día 22 llegaron a Solsona en la provincia de Lérida, que fue sitiada sin éxito.

En estos momentos son ya numerosas las importantes partidas catalanas que se ponen a las órdenes de Guergué, entre ellas la de Ramón Samsó, «*Ros d'Eroles*», «Muchacho», «*Boquica*», Cavalleria, Brujó, Benito Tristany, «Mosén Massana», Grau y Matías de Vall. Mundet afirma que lo más escogido del carlismo armado catalán le apoyaba sin fisuras, hasta el punto de que una fuerza conjunta de tropas expedicionarias y guerrilleros catalanes, integrada por 2.180 infantes y 120 caballos, intentó tomar Olot (Gerona) el 5 de octubre. Frente a este panorama alentador en el bando carlista, el estado de las fuerzas cristinas no invitaba al optimismo, pues las tropas operativas entonces en Cataluña eran escasas: téngase en cuenta que el principal esfuerzo de guerra cristino se concentraba en el frente del Norte, donde estaba desplegada la mayor parte del ejército gubernamental, que contaba con el apoyo de la Legión extranjera francesa (unos seis mil hombres, desembarcados en la costa catalana el 16 de agosto). Por su parte, la División de Navarra había marchado en dirección a Aragón, mientras que la Milicia Nacional en Cataluña parecía más preocupada por intervenir en las interioridades de la vida política cristina que en enfrentarse a fuerzas carlistas, sobre todo, si se trataba de unidades regulares⁸²⁶.

Por otro lado, la entrada de las tropas regulares norteñas no hizo cesar la actividad de las múltiples partidas catalanas. Bien al contrario, crecidas y con renovada confianza, (principalmente, las guerrillas de Ramón Samsó, «*Ros d'Eroles*», Antonio Borges, Benito Tristany, «*El Llarg de Copons*», «Muchacho», «*Gravat de Guissona*» y «*Cames crués*»), aprovecharán que su retaguardia estaba ahora bien cubierta por la presencia de sus aliados expedicionarios y durante el mes de septiembre atacaron una serie de poblaciones importantes: Balaguer, Calaf, Artesa de Segre, todas en Lérida, e incluso las barcelonesas

⁸²⁶ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit. pp. 98-99.

Pineda y Malgrat de Mar en busca de recursos humanos y económicos. A modo de ejemplo, Tristany e Ibáñez entraron en Calaf (Barcelona), tras derrotar a la columna cristina que acudía en socorro de la plaza. El día 20 de septiembre, Roset, que al frente de unos quinientos hombres se había hecho fuerte en el castillo de Guimerá (Lérida), hubo de capitular ante las tropas del coronel cristino Niubó, que fusiló sumariamente al jefe y treinta y tres de sus subordinados. Otros 71 guerrilleros fueron igualmente ejecutados en diversos puntos del Principado, a fin de escalear a los levantiscos⁸²⁷.

Debe destacarse especialmente que, por estas mismas fechas, dos mil hombres de una agrupación guerrillera de las partidas mencionadas supra ocuparon Torá (Lérida), en lo que será el principal choque en Cataluña desde el comienzo de la guerra. Su guarnición, formada por tropas regulares del regimiento de Saboya y un nutrido grupo de urbanos a las órdenes del capitán Chamorro, terminaron desalojando la localidad, junto con la mayoría de sus habitantes, que se refugiaron en la vecina Guissona. Al mismo tiempo, las partidas de «*Mossèn Benet*» y «*El Llarg de Copons*» se movían en los alrededores del macizo de Montserrat, donde sorprendieron el día 18 a un convoy cristino, matando a 100 de los 150 soldados que lo componían. Al día siguiente, se dirigieron a Monistrol, también en la provincia de Barcelona, donde se apoderaron de una fábrica de paños, intentando sin éxito rendir el pueblo. Gracias al control indiscutido del territorio entre Montserrat y Manresa, Tristany consiguió batir y destruir el 19 de septiembre una columna cristina de 250 hombres⁸²⁸.

Tropas expedicionarias y hombres de Tristany se dirigieron hacia las comarcas nororientales, tras haber despreciado la toma de Solsona, cuyo sitio quedó a cargo del «*Ros*» y Orteu hasta el 19 de octubre. Guergué se propuso como objetivo entonces Olot (que ya habían intentado tomar el cura Massana, el 29 de septiembre, y el cabecilla Martirián Serrat, el 4 de octubre). En su marcha hacia Olot, las defensas cristinas entre esa ciudad y la frontera fueron cayendo: el 29 de septiembre dos compañías del regimiento de América se rindieron a las tropas carlistas en Montagut y la guarnición de Lladó (ambas localidades en Gerona), abandonó la población, que fue usada por los expedicionarios como retaguardia para el asedio. Tras un infructuoso sitio de dos días, la llegada de la columna cristina dirigida por Beccar consiguió que se levantase el bloqueo. Tres días después, las fuerzas de Guergué, a las que se habían incorporado partidas importantes como la de Tristany, totalizando así 4.500 hombres, recorrían los límites de la Garrocha gerundense (entrando en poblaciones como Molló), el centro del Principado (Manresa) y parte del Ampurdán, sin encontrar apenas resistencia alguna⁸²⁹.

El 22 de octubre Guergué llegó a Torá, donde permaneció hasta el 1 de noviembre, organizando allí los mandos y divisiones del recién creado ejército

⁸²⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 324-325.

⁸²⁸ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 108-110 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 281.

⁸²⁹ Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 285-286.

carlista de Cataluña. Como se dijo, al amparo de sus tropas las fuerzas armadas del Principado alcanzarán su máximo histórico, jamás superado durante el resto de la guerra, totalizando entonces unos 22.363 infantes y 395 caballos. Así, se ponía casi a la misma altura del ejército del Norte, aunque con una instrucción y unos medios muy inferiores, según precisa Alfonso Bullón. Sin embargo, la situación empeoraría pronto, pues las tropas navarras mostraban cada vez mayor descontento y su deseo de regresar a casa empezaba a poner en serio riesgo la disciplina. El 18 de noviembre Guergué llegó a Oliana (Lérida), encontrándose con que los batallones navarros estaban medio insurreccionados; su propósito era mantener la expedición operando en Cataluña cuanto le fuera posible, dirigiéndola después al Norte al mando del coronel Torres. Con él marcharían tres mil voluntarios catalanes, con la idea de que este refuerzo permitiese enviarle al propio Guergué un contingente similar, sin que sus tropas sufriesen disminución alguna. Pero el 21 de noviembre en Pallars (Lérida), estando frente al enemigo, el 7º batallón navarro se declaró en abierta rebeldía y sólo con muchos esfuerzos de sus oficiales pudo ser reducido. Al día siguiente, al frente de los 2.800 soldados expedicionarios con que contaba entonces, Guergué emprendió el regreso a Navarra, tras haber recorrido las cuatro provincias catalanas en apenas tres meses, sin haber sufrido ningún contratiempo de importancia.

A modo de balance, podría decirse que la expedición logró el que quizá fuese el principal de sus objetivos: movilizar todas las energías del carlismo armado catalán, proporcionándole una primera organización, y posibilitar una recluta masiva, dándole un apreciable salto cualitativo a este importante teatro de operaciones. Aunque también es cierto que con la salida de las tropas de Guergué la división entre los jefes carlistas catalanes no desapareció, pues pese a haber nombrado como su sucesor al general Ignacio Brujó, también el coronel Torres se sentía plenamente acreditado para ocupar el puesto, debiendo intervenir Don Carlos a favor del primero. Además, Bullón afirma, acertadamente, que Guergué abandonó Cataluña sin haber podido rematar la misión que había iniciado, quedando la situación, prácticamente, como estaba antes de su fugaz visita⁸³⁰.

Tras la marcha de Guergué, se produjo una tentativa de contraofensiva gubernamental, que comenzó el día 23 con un ataque a las fuerzas de Torres (cuya caballería se había quedado en Cataluña para apoyar a las fuerzas carlistas del Principado, según órdenes del brigadier navarro), motivando que se replegase éste hasta cerca de la frontera francesa. Sin embargo, las tropas

⁸³⁰ Para una exhaustiva información sobre la expedición del general Guergué a Cataluña, ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., pp. 260-297; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 103-200 (y pp. 276-277 en cuanto a composición y estadiño de las fuerzas carlistas en Cataluña durante el mando del brigadier Guergué); Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 209, 290-293 y 324-325; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 91-108 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 275-289. En cuanto a la descripción de los Guías de Navarra y de la División de Castilla como tropas de choque experimentadas del ejército carlista del Norte, se puede consultar la concienzuda monografía de Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., pp. 65-68, 101-105 y 107-109.

cristinas carecían de un plan definido, de forma que pronto diluyeron su acción en un territorio demasiado amplio: de Riudaura (Gerona) a Pasanant (Tarragona), de la tarraconense El Vendrell hasta Arbúcies en Gerona, de San Quintín de Mediona (Barcelona), llegando hasta el Valle de Arán en Lérida. Pero lo más significativo de la intensa actividad bélica que se registró hasta finales de este año es, por un lado, la consolidación de las guerrillas, que formaban cada vez grupos más numerosos; por otro, el control territorial que los carlistas iban adquiriendo sobre diversos puntos de las mencionadas zonas, siendo ahora los cristinos quienes tratarán de desalojarlos de diversas poblaciones⁸³¹.

A todo lo anterior, debe añadirse que las partidas catalanas continuaron utilizando como bases seguras los habituales puntos montañosos de fácil defensa o próximos a territorio galo —como Àger o San Lorenzo de Morunys (Lérida), o el ya habitual refugio andorrano—, desde los que lanzaban ahora audaces y fulminantes ataques que exasperaban al enemigo. Por contra, Santirso arguye que, sin la ayuda operativa y logística proporcionada por los expedicionarios navarros y cada vez más faltos de recursos, los carlistas catalanes se habrían visto pronto obligados a incrementar sus incursiones y requisas en los pueblos para subsistir. Además, se trataba de partidas, en muchos casos, mucho más operativas de lo que habían sido anteriormente y ya bastante numerosas, como indican las cifras proporcionadas. De todos modos, la descrita situación de guerra abierta y de escalada del conflicto en Cataluña era ya tal a fines de 1835, que este mismo autor se ve obligado a reconocer que las tropas cristinas, a las que empezaban a faltar tanto la paga como la munición de boca y guerra, comenzaron a usar los mismos métodos confiscatorios, cometiendo toda clase de desmanes y crímenes en poblaciones indefensas⁸³².

8.2.4.4 La Mancha: la potenciación de las partidas manchegas a caballo

Si bien a comienzos de 1835 la actividad guerrillera parecía languidecer en algunas zonas de La Mancha, tras las grandes penalidades soportadas el año anterior (Ferrer menciona un cierto descenso en las provincias de Guadalajara, Madrid y Cuenca), las partidas carlistas de Ciudad Real y Toledo continuaron la lucha enconadamente. Pese a sufrir la tan mencionada guerra sin cuartel —sistemáticas operaciones de exterminio y tácticas de terror, con las que el gobierno cristino pretendía reducirlos a la condición de bandoleros y facinerosos, atacando además su honorabilidad, familias y patrimonio—, los guerrilleros toledanos y ciudarrealeños consiguieron, a duras penas, sobrevivir a la incesante actividad de las innumerables pequeñas columnas enemigas que recorrían todo el territorio manchego. Así, sus acciones se redujeron a pequeños combates de

⁸³¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 325.

⁸³² Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 288-289. Mundet coincide en esta misma idea del uso de métodos coercitivos de obtención de fondos y material por parte del bando cristino: ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p.136.

montaña, procurando no quedar abocados a la mera defensiva numantina. Pero obviamente sin poder emprender ningún tipo de ofensivas, claramente imprudentes frente a fuerzas superiores en número y material⁸³³.

Siguiendo la táctica habitual de las guerrillas carlistas, tras emprender cualquier sorpresa o emboscada, solían dispersarse en minúsculas gavillas, que buscaban refugio en las sierras de la región, para volver a golpear al enemigo de nuevo en otra parte alejada de la acción anterior. Ferrer la denomina «guerra de piernas», que se complementaba con lo que describe como «guerra de cascos de caballo», bastante frecuente en este importante teatro de operaciones⁸³⁴. De esta manera, se pone de relieve la gran versatilidad de las partidas manchegas, capaces de combinar las típicas acciones de montaña con otras protagonizadas por partidas montadas, idóneas para fulgurantes ataques en las amplias llanuras de la región, seguidas de retiradas velocísimas; evitaban de este modo las encarnizadas persecuciones de un enemigo mejor pertrechado y armado en la gran mayoría de las ocasiones (máxime su caballería, carencia endémica del carlismo combatiente)

Entre las principales acciones de las guerrillas de Ciudad Real, deben resaltarse las incursiones realizadas por la partida de Venancio Sánchez Balmaseda en la comarca montañosa de esta provincia, truncadas a comienzos de enero del mencionado año, al morir dicho cabecilla en combate librado en las inmediaciones de Navalpino, con una fuerza de urbanos dirigida por el comandante Pérez Calderón. Al mismo tiempo, los hermanos Salazar recorrían la provincia de Guadalajara, pero fueron apresados y fusilados en Cogolludo, el 15 de enero, quedando así disuelta su guerrilla. En la provincia de Toledo, destacaba el incansable cabecilla Blas Romo, que atacó las inmediaciones de Talavera de la Reina el 13 de febrero, llegando a amenazar la población. Forzó la salida de fuerzas de caballería superiores, por lo que tras un leve tiroteo, los carlistas se replegaron. El 3 de marzo, las fuerzas que mandaba el destacado jefe guerrillero toledano Ramón Rodríguez Cano (a) «la Diosa», se reunió con las partidas que dirigían los cabecillas Perfecto Sánchez y «Gerónimo» para realizar un ataque combinado, invadiendo los pueblos toledanos de Los Navalmorales y Navalucillos: durante la incursión, los carlistas incautaron armas, municiones, víveres y otros efectos militares. Al abandonar esta zona, fueron atacados por una columna cristina, produciéndose un vivo tiroteo, tras el que los guerrilleros acabaron dispersándose.

Mientras tanto, en la provincia de Cuenca surgían nuevas partidas, dirigidas por cabecillas como «Perejil», «Tronés» y un mesonero llamado Cirondo del Peral alias «Mesonero del Peral» (por ser originario de El Peral, pueblo conquense). En 1835 actuaron por la zona de Motilla del Palancar, donde

⁸³³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 231-234.

⁸³⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 232. Se refiere el autor tradicionalista a las unidades guerrilleras a caballo, típicas de La Mancha (presentes también, aunque en menor medida, en otras regiones como Andalucía o Extremadura), constituidas por los denominados “escopeteros” o “tiradores”, analizados ya en profundidad en la campaña manchega del año 1834. También puede consultarse la completa descripción de los mismos que realiza Pío Baroja en la página 360 de esta tesis doctoral.

consiguieron voluntarios y material para proseguir la guerra. Ferrer resalta el duro golpe que supuso para las guerrillas de la zona la captura el 27 de abril de 1835, en una alquería cerca de Cuenca, del mariscal de campo carlista Isidoro Salazar, canónigo de la catedral conquesa. Se había unido a las fuerzas legitimistas al comenzar la guerra en 1833. Debido al continuo acoso cristino, hubo de ocultarse en septiembre de 1834, aunque continuó dirigiendo los preparativos para organizar las partidas de aquella zona. Producto de sus esfuerzos fue la creación de alguna de ellas a lo largo de 1835, como la del mencionado «Perejil» —con la que llegó a colaborar activamente—. A la vez, proseguía con su labor como presidente de la Junta Carlista, hasta que fue detenido debido a una delación⁸³⁵.

A partir de mayo, se observa un cierto crecimiento del número de voluntarios incorporados a las partidas manchegas. A esta inercia contribuyó destacadamente la incansable actividad del experimentado jefe militar, coronel Antonio García de la Parra, también conocido como «Orejita» —que será nombrado a principios de abril de 1836 comandante general en jefe de las fuerzas carlistas de La Mancha y Extremadura—, cuyas fuerzas ampliaron por entonces su radio de acción hacia los pueblos de las provincias de Jaén y de Córdoba. En esta zona andaluza era donde conseguía más recursos con los que proveer a sus hombres, sobre todo, los tan necesarios caballos para sus jinetes (frecuentemente facilitados por carlistas andaluces), que además solían ser mejores monturas que las habitualmente disponibles en La Mancha. El día 15 de ese mes se presentaba ante Puertollano, donde el alcalde y un grupo de urbanos se refugiaron en la torre de la iglesia, haciendo un sostenido fuego contra los guerrilleros. Pero García de la Parra no consideró necesario reducir a aquel grupo de resistentes y, después de avituallarse y recoger cuantas armas y municiones pudieron localizar en el pueblo, se retiró con su partida indemne y sin causar daño alguno⁸³⁶.

El 8 de junio y precisamente tras el regreso de unas de sus frecuentes incursiones andaluzas, concretamente por la provincia de Córdoba, «Orejita» y unos 21 jinetes fueron alcanzados por una columna montada mandada por el capitán cristino Vargas en el Puerto de Calatrava, vía natural de paso desde Sierra Morena hacia la Meseta Sur manchega. Se estuvieron tiroteando al galope, hasta alcanzar las peñas elevadas del castillo de Calatrava la Nueva (Ciudad Real), donde los carlistas se esfumaron internándose en un bosque cercano. Entre los jefes manchegos que operaron también, tanto en su teatro de operaciones habitual como en Andalucía en este mismo periodo, figuran Francisco Javier Lastra y Andrés Monzón (a) «el Valenciano», que incursionaron en Torremilano, inmediaciones de Pozoblanco (Córdoba), donde sus respectivas partidas combatieron con fuerzas de caballería cristinas comandadas por el

⁸³⁵ Para la información de la página anterior e inicios de esta, ver Asensio Rubio, M. *El carlismo en...op. cit.*, pp. 155-156 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...op. cit.*, tomo VII, pp. 235-236.

⁸³⁶ En Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...op. cit.*, tomo VII, p. 235 y Mejía Godeo, A. *El carlismo en Calzada de Calatrava*. Puertollano: Ediciones C&G, 2018, p. 24.

capitán Reiter; supuso un duro revés para los carlistas, que sufrieron 25 muertos en esta acción, incluidos los mencionados cabecillas—⁸³⁷.

En junio de 1835, la propia marcha de la guerra permite deducir que los guerrilleros carlistas comenzaron a engrosar sus fuerzas: la causa principal fue la incorporación a la lucha de Isidoro Mir, veterano y competente líder guerrillero que se distinguió ya en la lucha contra los franceses en 1808. Fugado de Madrid, donde se hallaba preso —nombrado el 8 de agosto de ese mismo año por el Pretendiente comandante general en jefe de La Mancha y Toledo y en comisión para Andalucía y Extremadura—, Mir fue capaz de reunir bajo su mando a las principales partidas manchegas y extremeñas, incrementar así su número sustancialmente, e incluso de dotarlas de armamento y cierta instrucción. Por su parte, Ferrer lamenta que su mando fuese demasiado corto, pues fue abatido cuando más progresaba en organizar la guerra en las mencionadas zonas, lo que habría podido suponer un apoyo inestimable para las fuerzas carlistas que luchaban entonces denodadamente en las provincias norteñas, Maestrazgo y Cataluña. Al frente de una considerable fuerza de 800 infantes y entre 300 y 400 caballos, marchó el 10 de junio hacia Herrera del Duque (Badajoz), donde contaba con simpatías y apoyos, para conquistarla. Ante la amenaza de tamaña fuerza militar carlista, se dirigió inmediatamente contra ella José Abecía, coronel del Regimiento de caballería de la Reina y comandante general de la columna móvil de la línea sobre La Mancha, al mando de un fuerte contingente. Su despliegue evitó la toma de la mencionada localidad por los carlistas, que se replegaron ya entrada la noche tras un breve pero intenso combate, en el que se llegó a luchar a bayonetazos⁸³⁸.

Si bien estos inicios parecían prometedores, los intentos de Mir por organizar a sus combatientes e impedir todo tipo de exacciones o latrocinios (pues continuó con sus esfuerzos por disciplinar y dar el mayor entrenamiento posible al respetable contingente armado que había logrado concentrar, provocando así la inquina de varios jefes de partida), acabaron enfrentándole con algunos de sus subordinados, a los que tuvo que terminar autorizando para que operasen autónomamente, en tanto llegasen las instrucciones precisas solicitadas al Pretendiente. Además, sus planes se verían dificultados también por el fracaso de la conspiración del brigadier Malavila, que preparaba por entonces el alzamiento de Andalucía, frustrando así la colaboración futura de sus respectivas fuerzas⁸³⁹.

⁸³⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 237.

⁸³⁸ *Ibidem*, tomo VII, pp. 238.

⁸³⁹ Según Caín Somé Laserna, «el desarrollo del carlismo andaluz, y en concreto del carlismo sevillano, esconde toda una historia de intrigas, depuraciones, alzamientos frustrados y sentimientos escondidos». En Somé Laserna, C. *La Sevilla Carlista de 1833-1840. Levantamiento y represión*. Madrid: Actas, 2014, p. 63. El primer intento serio (y tal vez único) de alzamiento legitimista en Andalucía fue el del brigadier gerundense Salvador Malavila y Carbó, que se unió al carlismo y fue nombrado comandante general de Andalucía Sin embargo, resultó detenido a finales de abril de 1835, cuando se encontraba reunido con otros conjurados en el cortijo de Quinto, cerca de Alcalá de Guadaíra, siendo fusilado el 9 de junio de ese mismo año. El plan de Malavila consistía en apoderarse de poblaciones importantes desde Sevilla, tales

Pese a todas estas dificultades, Mir, al frente de la agrupación de partidas que consiguió reunir, continuará operando activamente. Redirigió a sus hombres hacia un nuevo objetivo: apoderarse de los pueblos fronterizos de Guadalupe y Alía (Cáceres), misión que cumplieron. De este modo, lograron avituallarse y rearmarse, apoderándose de todo tipo de material, fundamentalmente armas largas, vestuario de los urbanos de esas localidades y, sobre todo, de los imprescindibles caballos y varias acémilas para transportar los pertrechos. Cuando Mir y su potente fuerza abandonaban la zona, se toparon de nuevo el 19 de junio cerca de Castilblanco (Badajoz) con Abecía, al frente de un poderoso y nutrido contingente militar. En el choque ambos contendientes sufrieron cerca de cien bajas, provocando además la batida en retirada tras el combate de las fuerzas carlistas, que retornaron a territorio manchego por las escabrosidades de las serranías cercanas. Lamentablemente para el carlismo armado, el futuro inmediato de Isidoro Mir no sería muy halagüeño: se presentaba el 15 de agosto de 1835 delante de Ciudad Real, cuya guarnición se defendió enconadamente, dando lugar a la llegada de fuerzas de socorro. Esta fue una de sus últimas operaciones, pues el 29 del mismo mes resultó batido y muerto en una acción posterior, como se verá más adelante⁸⁴⁰.

Los grupos guerrilleros manchegos continuaron incrementando el volumen y la escala de sus acciones, adquiriendo cada vez más fuerza hasta el punto de que, a partir del verano de 1835, consiguieron desbordar a los pequeños destacamentos cristinos encargados de su persecución. Además, se incorporaban a sus filas un número cada vez mayor de quintos y desertores del ejército enemigo: la situación se tornó tan alarmante que para poder transportar armas, municiones o simplemente el correo, se debían organizar convoyes bajo fuerte escolta militar. Por otro lado, la movilidad de estas partidas era enorme y tan pronto aparecían en Andalucía (cruzando Despeñaperros e internándose en territorio jienense o en Córdoba, actuando en el Valle de los Pedroches), como en Extremadura o en las inmediaciones de la capital: por ejemplo, en Getafe o en Aranjuez, donde alcanzaron un éxito espectacular al apoderarse de la yeguada propiedad de la Corona. Estas cabalgadas eran posibles por tratarse de guerrillas que se formaron, desde sus inicios, mayoritariamente a base de jinetes, constituyendo una especie de caballería volante capaz de desplazarse a una gran velocidad y fuertemente armada. Además, ahora aparecerán una serie

como Carmona, Écija y Osuna, hasta llegar a Córdoba por un lado, y a Huelva por otro. Ver la misma obra de Somé Laserna, pp. 74-80.

⁸⁴⁰ Entre las principales partidas que agrupó Mir bajo su mando, se encontraban las de «Perfecto», Peco, Marín, «la Diosa», Sánchez, «Baltasar» y López. Al frente de ellas, recorrió tierras manchegas y extremeñas, aumentando su número progresivamente. La información sobre el brigadier Isidoro Mir, sus antecedentes militares y preparativos bélicos, así como sus distintas operaciones en La Mancha y Extremadura, principalmente (aunque también incursionó por tierras jienenses), ha sido tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 237-240 y tomo IX, pp. 226-228; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 331-332; Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 155-157 y Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 125.

de destacados jefes que sabrán potenciar al máximo a estas guerrillas móviles a caballo⁸⁴¹.

A comienzos de julio, se presenta en campaña el primero de estos líderes: Mariano Peco Cano, un joven e intrépido jefe guerrillero, desconocido hasta entonces y que se hará pronto célebre por sus audaces acciones y su gran capacidad de desplazamiento a grandes distancias. Ferrer le considera un mando con iniciativa y capacidad militar poco comunes, que inició sus acciones en esta zona incursionando en el Valle de la Alcudía (Ciudad Real). La comarca de la Alcudía ya se caracterizaba por una fuerte implantación del carlismo armado, al menos desde 1834. Aquí la acción guerrillera venía favorecida por su particular geografía, marcada por la existencia de innumerables puertos y sierras, como las de Umbría y el Puerto Grande o de Rehoyos. Al limitar al oeste con la provincia de Badajoz y al sur con el cordobés Valle de los Pedroches, constituía la vía de paso natural tanto a Extremadura como hacia Andalucía, y por tanto era un núcleo esencial, muy utilizado por las partidas manchegas, verdadera llave de paso hacia las mencionadas regiones desde La Mancha. En consecuencia, en esta zona disponían de una serie de refugios y bases seguras, como las de El Hoyo, Solana del Pino y San Lorenzo de Calatrava⁸⁴².

Retornando a las últimas operaciones dirigidas por el brigadier Mir, recorriendo La Mancha y Extremadura desde comienzos del verano, el día 15 de agosto atacó Ciudad Real al frente de algunos de los destacamentos montados de su potente caballería; de hecho, llegaron a pisar los arrabales de la capital, pese a la defensa numantina por parte de la guarnición cristina. Sin embargo, al tener noticia de que se aproximaban tropas enemigas de socorro a marchas forzadas, el comandante general carlista ordenó el repliegue, que se realizó ordenadamente en dirección a la vecina Huertezuelas. El día 23, Mir y sus jinetes continuaron sus correrías por tierras ciudadreales, marchando por Almuradiel y Venta de Cárdenas, desde donde entraron en Andalucía a través de Despeñaperros. Formaban parte de estas fuerzas manchegas tres jefes carlistas con gran prestigio ya entonces: Antonio García de la Parra, alias «Orejita» — futuro comandante general en jefe de las fuerzas carlistas de La Mancha y Extremadura desde abril de 1836—, buen conocedor de Sierra Morena y veterano en incursiones por tierras jienenses y cordobesas; Ramón Rodríguez Cano (a) «la Diosa», de valor y experiencia a toda prueba, y Perfecto Sánchez, (a) «Perfecto», uno de los líderes guerrilleros manchegos más aguerridos y prestigiados: de hecho, la partida de «Perfecto» era una de las que junto con otras destacadas (como la de «Palillos», Romo, Cipriano, «el Lechero» o «Ventero»), actuaron durante todo el año 1835 a modo de los denominados «exploradores de La Mancha»: se trataba de guerrillas carlistas veteranas que, con gran frecuencia, cabalgaban por la amplia zona entre las distintas regiones

⁸⁴¹ Sobre el espectacular golpe en el que guerrilleros manchegos se apoderaron a comienzos de 1836 de la mayor parte de la yeguada real en Aranjuez, ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo III, p. 173.

⁸⁴² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 223-226.

fronterizas descritas, para interrumpir las comunicaciones oficiales y bloquear el tráfico comercial entre Ciudad Real y el sur peninsular⁸⁴³.

La incursión por Jaén de las fuerzas de Mir no fue favorable para sus intereses: una vez fragmentadas se dividieron sus componentes, dirigiéndose cada partida hacia sus refugios de seguridad. El brigadier Mir, por su parte, cruzó hacia la provincia de Ciudad Real por Picón y Porzuna, perseguido por la columna cristina comandada por el capitán Pardillo. Ya estaba el comandante carlista en Los Cortijos, término de Fuente del Fresno (Ciudad Real), usualmente base principal y segura de los carlistas manchegos, cuando, pese a ello, fue sorprendido por el mencionado contingente enemigo el 29 de agosto, resultando muerto Mir a consecuencia del violento combate. Fue un suceso funesto para los intereses legitimistas en La Mancha. Desaparecido así el primer comandante general en jefe de La Mancha y Toledo y en comisión para Andalucía y Extremadura, este cargo recaería poco después en el coronel José Jara y García, quien ya se encontraba al frente de un importante número de fuerzas carlistas manchegas⁸⁴⁴.

La lucha, empero, continuó en una serie interminable de emboscadas, golpes de mano y sorpresas, propiciando combates cuyos resultados eran variables y, en todo caso, nunca decisivos. Fue «Orejita» quien protagonizará las principales acciones de cierta importancia del resto de 1835: destaca la incursión que realizó su caballería a mediados de agosto en Andújar, donde marchó por sus calles, hizo preso al corregidor de la villa en su propia casa, obligó al comandante de armas iliturgitano a huir apresuradamente e incluso liberó presos de la cárcel local; en definitiva, dominó la ciudad durante varias horas y se retiró en orden después. Asimismo, a finales de septiembre hallándose con su partida en Mestanza (Ciudad Real), fueron localizados por columnas enemigas, obligándoles a salir de la población. Finalmente, los contendientes trabaron combate junto al río Tablillas, sin vencedor claro y después los carlistas se replegaron hacia las alturas de Puerto Calero (Argamasilla de Calatrava, Ciudad Real), llegando a pernoctar a la vecina Solana del Pino. Aquí se unió a los hombres de García de la Parra el 30 de septiembre una partida compuesta por treinta guerrilleros andaluces, liderada por José Fernández: habían merodeado por Sierra Morena sin realizar acciones dignas de mención, por lo que venían a ponerse a las órdenes del comandante manchego en busca de mayores posibilidades para combatir. En los días siguientes, García de la Parra aprovechó la reciente incorporación de los guerrilleros jienenses a modo de refuerzo como guías prácticos, para continuar con sus atrevidas incursiones, adentrándose ahora con mayor frecuencia y seguridad por esa parte de la región andaluza. En los mismos términos actuará el osado Mariano Peco, que prefería realizar sus correrías por la zona oriental extremeña, especialmente la comarca pacense de la Siberia⁸⁴⁵.

⁸⁴³ *Ibidem*, tomo IX, pp. 226-228 y Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 69.

⁸⁴⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 226-227.

⁸⁴⁵ *Ibidem*, tomo IX, pp. 237-239 y 249-250 y Recio Cuesta, J.P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 362.

A comienzos de octubre, el coronel Antonio García de la Parra emprendió otra incursión en Andalucía, pero esta vez no fue por la provincia de Jaén, pasando a través de los desfiladeros de Sierra Morena, sino por la otra ruta indicada a comienzos de este epígrafe, es decir, por la parte del Valle de la Alcudía, penetrando de este modo en el de los Pedroches: recorrió, por tanto, la serranía de Córdoba, entrando en Ovejo el día 9, donde se le unieron voluntarios cordobeses que habían salido desde la ciudad califal. Reforzado así, el aguerrido jefe carlista realizó una correría por la provincia cordobesa. De retorno hacia su base manchega, fue sorprendido en Fontanar, cerca de Andújar, por caballería cristina, que, sin embargo, no pudo impedir que alcanzase su refugio sin mayores consecuencias. Como resultado de esta incursión cordobesa de «Orejita», se produjo el levantamiento de una serie de pequeñas partidas en esta región andaluza: la que tuvo más actividad operativa fue la dirigida por Rafael González Camacho, alias «Millones», que actuó por la serranía próxima a Córdoba. Finalmente, debe añadirse una gran pérdida para el carlismo armado manchego: el 23 de diciembre de 1835 fue apresado y fusilado en Marjaliza, (Toledo) por granaderos del Regimiento Provincial de Écija el ya coronel Perfecto Sánchez, tal como se comentó, uno de los más activos jefes militares carlistas, que operaba principalmente en los Montes de Toledo, pero que también actuó por tierras de Extremadura y de Andalucía⁸⁴⁶.

8.2.4.5 Castilla: continuación de la segunda campaña de Merino

La guerra de guerrillas, activa en Castilla desde los mismos inicios del alzamiento carlista, se mantuvo a lo largo del primer semestre de 1835 con una táctica fundamentalmente defensiva, consistente en ataques relámpago de pequeñas partidas, que rehuían el choque frontal y se dispersaban hasta la siguiente acción; por lo tanto, no hubo grandes operaciones dignas de mención. Esto permitía que los grupos carlistas operativos en este teatro de operaciones se fragmentasen, e incluso disolviesen, en pequeñas gavillas con asombrosa celeridad y eficacia. Parecían absorbidos por el paisaje, utilizando siempre la baza de la invisibilidad en montañas o bosques, no dejando el más leve rastro de su presencia al ocultarse en refugios inaccesibles, pero siempre en estado latente. Todo ello, dificultaba enormemente su detección y eliminación. Conservaban, sin embargo, plena movilidad, pudiendo retornar a la actividad en el momento señalado por sus jefes: ello obligaba al enemigo a permanecer en estado de alerta y constante vigilancia, pese a su superioridad numérica y material. Los principales y más activos jefes guerrilleros castellanos de este periodo continuaban siendo Jerónimo Merino, (veterano e indiscutible comandante general), sus lugartenientes Santiago Villalobos y Lucio Nieto — ambos expertos y competentes jefes de caballería—, a los que había que sumar a Epifanio Carrión Gómez, que comenzaba ya a destacar como un muy capaz jefe de un escuadrón mixto de lanceros y tiradores⁸⁴⁷.

⁸⁴⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 242.

⁸⁴⁷ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, nota 583 a pie de p. 217.

Ferrer resalta que durante este periodo se produjeron algunas incursiones de tropas alavesas, vizcaínas y navarras del ejército carlista del Norte en la parte de la Merindad de Burgos y en la Rioja, a modo de pequeñas y fugaces correrías, sin ninguna intención de mantenerse sobre el terreno por el que avanzaban. La más destacada fue la columna exploradora vizcaína dirigida por el comandante general de Vizcaya, Francisco Benito Eraso, que el 4 de enero se internó en tierras castellanas por el valle de Mena. Al día siguiente, cerca de Medina de Pomar trabaron combate con soldados cristinos (un batallón del Regimiento Provincial de Granada, reforzado por escuadrones de caballería del 2º Regimiento de la Reina), a cuyo frente estaba el coronel Marqués de Campoverde. La victoria carlista se produjo al dispersarse la infantería enemiga por el monte y replegarse los jinetes cristinos a Medina de Pomar. Este choque, denominado la acción del Puente de El Rivero, supondría la primera y gloriosa jornada memorable del carlismo castellano, cuyo resultado fue la total destrucción del famoso Provincial de Granada, quedando sobre el campo toda la unidad, excepto 173 prisioneros, dos tenientes coroneles, un capitán, dos subalternos y 9 sargentos. Tras recorrer las fuerzas del brigadier Eraso algunas partes fronterizas entre Burgos y Vizcaya, emprendió el regreso a su base norteña el día 7 de enero con un cuantioso botín: fusiles (procedentes de los urbanos desarmados en su incursión y, sobre todo, de las tropas vencidas en la mencionada acción), municiones, cajas de guerra y otros efectos, todo ello custodiado por el coronel Andéchaga, responsable del tren de bagaje de esta columna vizcaína⁸⁴⁸.

Asimismo, Ferrer recuerda que el 22 de enero de 1835 emprendió la marcha desde Vizcaya una pequeña columna expedicionaria compuesta por 200 voluntarios asturianos y cántabros, a las órdenes inmediatas del capitán Flórez Sierra. Tras recorrer parte de Cantabria (comarca de Trasmiera, valle de Carriedo y el de Toranzo, San Felices de Buelna y Corbera, donde el 29 sostuvo un vivo tiroteo con tropas cristinas), penetró en Asturias. Desde aquí partió a la provincia de Palencia, donde se unió a las fuerzas del coronel Arroyo —del cual dependía orgánicamente—, integrándose todos finalmente en el contingente castellano mandado por el coronel Santiago Villalobos Rozas⁸⁴⁹.

Mientras se desarrollaban estas incursiones de las tropas carlistas norteñas comandadas por Eraso y Arroyo, Merino se hallaba a la sazón en una de sus bases principales, en la parte burgalesa de la comarca de Pinares de Soria, reclutando voluntarios e instruyéndoles para el combate. Tanto Pirala como Ferrer subrayan que lo hacía con la intención clara de organizarlos y enviarlos al Norte, pues continuaba a la defensiva, por lo que no le interesaba la formación de grandes partidas. Informado el coronel cristino Azpiroz de que el cura de Villoviado estaba en esos momentos ejercitando a los últimos voluntarios incorporados, atacó con su columna a 100 de estos nuevo reclutas el 8 de enero en Huerta del Rey (justo cuando estaban esperando la llegada del caudillo carlista). En la refriega se llegó a pelear a la bayoneta, sufriendo los carlistas 37 muertos —entre ellos algunos mandos, como el subteniente de los Voluntarios

⁸⁴⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 205-210.

⁸⁴⁹ *Ibidem*, tomo VII, pp. 214-215.

Realistas de Astudillo (Palencia), Simón Sendino, y el teniente de infantería de línea, Francisco Zurbano, además de tres sargentos— y 4 prisioneros, pudiendo los guerrilleros, pese a todo, evacuar bastantes heridos. Según Pirala, las pérdidas cristinas fueron menores, pero también considerables⁸⁵⁰.

No obstante, Gallego precisa que, si bien la guerra en Castilla aún no había adquirido las dimensiones que alcanzará posteriormente, si se trataba de una lucha especialmente cruel y dura: así, se eliminaba continuamente a cuanto guerrillero carlista se pudiese localizar, «la mayoría “cazados” cuando se acercaban a los pueblos a aprovisionarse», según este autor⁸⁵¹. En este contexto debe entenderse la actuación de pequeñas partidas como las de José Galo, Santiago Lirio y “Juan el de la Zamba”, natural de Burgos, que a comienzos de enero sobrevivían escaramuceando con fuerzas cristinas, especialmente en el noroeste de tierras burgalesas lindando con las palentinas. También deben citarse las operaciones llevadas a cabo por las fuerzas de Santiago Villalobos Rozas —que obligaban a la columna del coronel Abuin a perseguirle por tierras burgalesas, palentinas e incluso santanderinas a lo largo de todo el mes de enero—, secundado por las partidas de Feliciano Blanco (uno de los mejores jefes de caballería de Merino) y de Pedro Negueruela, que se dedicaron a la recluta de voluntarios en el valle de Losa desde finales de enero⁸⁵².

Gallego menciona un elemento fundamental de las fuerzas de Merino: se trata de los «merinos», esto es, 140 jinetes y 60 infantes que en aquella época estaban a las órdenes directas del cura de Villoviado, al que siempre acompañaban a modo de escolta personal. Destacan entre ellos, junto a su núcleo duro de fieles conmitones, como Feliciano Blanco, Lucio Nieto, Silvestre Navazo o «el Inglés» (posiblemente un apellido), dos franceses —uno de ellos podría ser Joseph Lapetre, que fue ayudante de Bessières— y dos portugueses, todos ellos combatientes experimentados. Resulta revelador que la gran mayoría de ellos, salvo Blanco que era guarda, habían sido carreteros. Según comenta Gallego citando fuentes cristinas, el gremio de los carreteros era una escuela excelente para formar buenos jefes guerrilleros. Por otro lado, estas mismas fuentes resaltan la supuesta condición miserable de la partida de Merino, asegurando que iban cubiertos de andrajos y que sólo los mandos iban

⁸⁵⁰ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, p. 82 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 213.

⁸⁵¹ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 206.

⁸⁵² *Ibidem*, tomo II, p. 206. Como señal inequívoca de las proporciones alarmantes que la escalada bélica carlista alcanzaba para los diferentes gobiernos cristinos, Gallego recuerda que tras iniciarse el conflicto, éstos tuvieron que reforzar continuamente su ejército, creando algunos cuerpos en el seno de sus tropas regulares y aumentando los efectivos del cuerpo de Carabineros de Costas y Fronteras. Además, para complementarlos y servir como fuerza de seguridad en las diversas localidades donde se organizó, se constituyó la ya mencionada Milicia Urbana (creada en 1812 pero de efímera duración; restablecida posteriormente durante el Trienio Liberal y suprimida por Fernando VII, sería reactivada a partir de noviembre de 1833, siendo su decreto de formación de 16 de febrero de 1834). Posteriormente se autorizó la formación de diversos cuerpos francos, ya analizados, regulados por orden de 25 de marzo de 1835, que les daría su denominación definitiva: Voluntarios de Castilla, de Cataluña, etc. Ver la citada obra de Gallego, tomo II, p. 214.

pasablemente vestidos, gracias a las ropas que habrían arrebatado al enemigo⁸⁵³.

Volviendo al relato cronológico de la guerra, es de resaltar que las bajas de las guerrillas carlistas continuaron siendo pocas pero constantes a lo largo del mes de febrero provocando el consiguiente desgaste, sobre todo en la moral de combate. En cuanto a Merino, durante el primer trimestre de 1835 cabalgó incansablemente recorriendo diversas comarcas de las provincias de Soria, Segovia, Ávila e incluso de Salamanca. La tenaz persecución a la que se le sometió nunca conseguiría atraparle —pues el veterano caudillo carlista estaba siempre en constante movimiento y con fácil acceso a zonas de ocultación segura en tierras, principalmente, burgalesas, de su absoluta y probada confianza—, pero provocó que, finalmente, regresase a uno de sus bases principales en la comarca de los Pinares (entre Burgos y Soria)⁸⁵⁴.

Las fuerzas conjuntas de los coroneles Villalobos y Arroyo (a las que se había unido la partida del cabecilla apodado “el Pasiego”), irrumpieron en la villa palentina de Saldaña el 18 de febrero: allí se apoderaron de los 170 fusiles de los urbanos, de un cañón pedrero, 10.000 cartuchos y una arroba de pólvora. Era un golpe serio y preocupante para el enemigo, cuyos partes oficiales habían anunciado, de forma precipitada y triunfalista, la práctica eliminación de esta partida carlista. Inmediatamente, se organizó la urgente movilización contra ella de todas las tropas cristinas susceptibles de converger en el lugar, esto es, las columnas de Morán, Tello, el coronel Losada y el brigadier Barrionuevo, que asumió el mando. Marcharon contra los legitimistas, que habían iniciado ya la retirada, alcanzándolos en Guardo (Palencia) y haciéndoles abandonar el cañón intervenido en Saldaña —por otra parte, de poca utilidad en la guerra de guerrillas practicada por ellos—. La columna mandada por el coronel Losada combatió el día 26 con la partida palentina dirigida por Epifanio Carrión, cerca de Cornoncillo, Palencia. El mismo día, en Sotillo de la Ribera, fue abatido el cabecilla Jacinto Moro por un destacamento de urbanos de la localidad vecina de La Horra, al que se habían sumado el alcalde y varios vecinos de Soncillo, que habían atacado a su pequeña partida, que se defendió con un vivo fuego (todo esto ya en tierras burgalesas)⁸⁵⁵.

Ferrer destaca que las fuerzas carlistas habían sido capaces de establecer un taller de sastrería en el pueblo palentino de Vergaño (municipio de San Cebrián de Mudá), para tratar de dotar de una cierta uniformidad a los voluntarios castellanos. Sin embargo, el 17 de marzo llegó a dicho pueblo la columna cristina del coronel Losada, procediendo a la detención de dos de los sastres y a la intervención de 26 pares de pantalones de paño pardo y 10

⁸⁵³ *Ibidem*, tomo II, pp. 215-216. Con respecto a la estrecha relación entre guerrillas carlistas y el mundo de los oficios relacionados con el transporte de personas y mercancías por tierra, se profundiza en el análisis de esta cuestión en el subepígrafe 10.1.4 de esta tesis doctoral, donde se analiza información relevante sobre el perfil guerrillero carlista.

⁸⁵⁴ *Ibidem*, tomo II, p. 216.

⁸⁵⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 216-217.

guerreras, todo completamente terminado y listo para usar. También se apoderó de cierta cantidad de lienzos y paños aptos para la confección⁸⁵⁶.

En el camino de retorno a su base vizcaína, la fuerza expedicionaria del coronel Arroyo invadió el limítrofe valle de Guriezo (Santander), sorprendiendo a las tropas cristinas allí estacionadas. Los carlistas apresaron al comandante de los urbanos de dicho valle, Ángel González Gil, pasado por las armas en respuesta a los fusilamientos ejecutados inflexiblemente por el enemigo con los prisioneros legitimistas. A la acción de Guriezo, le siguió el ataque a la también cántabra Ampuero, efectuado el día siguiente, 28 de febrero. Regresado Arrollo a Vizcaya, volvió el coronel Villalobos a su teatro de operaciones habitual: la vertiente sur de la montaña santanderina, lindante con el norte palentino⁸⁵⁷.

A lo largo de este primer trimestre de 1835 la propaganda cristina difundió incesantemente noticias sobre la salud quebrantada de Merino. Gallego señala al respecto que ya desde mayo del año anterior se hablaba de su aspecto enfermizo. Nada raro por otra parte, dada su edad (65 años entonces) y la dura vida de combatiente que soportó estoicamente a lo largo de casi toda su existencia. Además, desde su regreso de Portugal, su agotamiento parecía más que natural pues había pasado el invierno prácticamente a la intemperie. Todo ello permite pensar que pudiese padecer, de modo más o menos crónico, cualquier enfermedad ligada al aparato respiratorio. Igualmente, resultaría muy probable que por causa de la inclemente estación invernal castellana, se resintiese de su vieja «quebradura», como señala este autor⁸⁵⁸.

No obstante, a pesar del más que probable deterioro de su salud, la actividad del cura de Villoviado, o al menos la de sus fuerzas, no se verá sustancialmente afectada: bien al contrario, tal como demuestra que por decreto del 17 de marzo el gobierno cristino de Martínez de la Rosa crease el Ejército de Reserva de Castilla, con la misión principal de impedir que la sublevación vasco-navarra se extendiese hacia el oeste: la comarca burgalesa de las Merindades y Cantabria, como ya había amagado en varias ocasiones (y que tanto habría facilitado la labor de Merino). Como general en jefe de estas tropas fue designado el mariscal de campo José Santos de la Hera. La persecución del cura de Villoviado también quedaba bajo su competencia, pues la comandancia general de Burgos quedaba supeditada a las órdenes del jefe de aquel ejército, al que se le agregaron además dos baterías completas de batalla y dos compañías del arma de ingenieros. Esta poderosa fuerza de combate se

⁸⁵⁶ *Ibidem*, tomo VII, p. 218.

⁸⁵⁷ *Ibidem*, tomo VII, p. 217. Ferrer vuelve a insistir en el endurecimiento progresivo de la guerra sin cuartel practicada por los cristinos desde el inicio mismo del conflicto: los fusilamientos sumarísimos de cuanto combatiente carlista cayese en manos de sus tropas formaban parte habitual de una táctica de terror invariablemente ejecutada por las tropas enemigas y sus auxiliares. Ello motivo las lógicas y subsiguientes represalias carlistas, tal como sucedió con el citado comandante de urbanos de Guriezo; de hecho, pocos días después, el 14 de marzo, serían sumariamente fusilados en territorio burgalés los cabecillas carlistas «Juanillo de la Zamba» y Felipe Villafuella, (a) «El Tuerto».

⁸⁵⁸ Gallego García, J.A. *El cura Merino...op. cit.*, tomo II, p. 219.

desplegó por las provincias de Burgos y Logroño, teniendo como centro el territorio burgalés de Briviesca y los campos de Bureba.

Sin duda alguna, constituían una seria amenaza y un nuevo obstáculo para que el ejército carlista del Norte pudiese apoyar a las guerrillas castellanas. También representaba un importante refuerzo para la concentración de tropas cristinas que ya operaban a las órdenes de la capitánía general de Burgos. Asimismo, incrementó las muchas dificultades que ya estaban enfrentando los hombres de Merino. Este ejército de reserva estuvo plenamente operativo desde el 1 de abril y aunque su actuación no se hizo de notar en el teatro de operaciones vasconavarro, sí fue un verdadero problema para el funcionamiento de las partidas burgalesas y riojanas⁸⁵⁹.

Retornando a los movimientos de Merino, es preciso insistir en que aunque hubiese reducido su actividad, no por ello dejaban de estar operativos sus lugartenientes. Gallego precisa que entre los combates que se libraron el mes de abril debe destacarse el que provocó la muerte de su mano derecha: el coronel Lucio Nieto Sainz (designado para suplirle cuando estaba postrado por la enfermedad o exhausto por los achaques propios de la edad). Gallego afirma que Nieto y otros tres guerrilleros que le acompañaban fueron sorprendidos el 20 de abril por un destacamento del Regimiento 6º de caballería ligera, a tres leguas de Briviesca. Resultaron muertos el mencionado Nieto, segundo jefe de las fuerzas carlistas de Castilla, y otro de sus hombres. Además, cayó prisionero el oficial Ramón Valdivielso, que fue pasado por las armas poco después. En la acción se intervino el armamento y las monturas —dos caballos y una yegua— de los carlistas⁸⁶⁰.

Por mucho que se pueda insistir en ello, siempre resultará insuficiente recalcar la guerra sin cuartel y tácticas de terror ejecutadas inflexiblemente por los cristinos, fusilando sin contemplaciones a cuanto combatiente carlista cayese en sus manos. Ferrer atribuye idénticos procedimientos al mariscal de campo cristino José Santos de la Hera, que continuando con los habituales fusilamientos sumarísimos, mandó ejecutar a dos infortunados aduaneros presos en Tobar (Burgos) por estas mismas fechas, acusados de interceptar el correo oficial; el 22 de abril era fusilado en Burgos un simpatizante legitimista conocido por «el Conejo» (natural de la localidad burgalesa de Prádanos de Bureba), acusado de lo mismo, y el día 24, también en Burgos, fue pasado por las armas Basilio García, natural de la vecina Jaramillo de la Fuente, por el delito de inducción a la desertión de soldados cristinos⁸⁶¹.

⁸⁵⁹ Para todo lo relativo a la creación, composición y despliegue del Ejército de Reserva de Castilla, ver *Ibidem*, tomo II, pp. 219-220 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 219-220.

⁸⁶⁰ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 220-221.

⁸⁶¹ Hay plena coincidencia en la ejecución implacable de esta política cristina de fusilamientos sumarísimos en casi todas las fuentes especializadas en esta guerra: ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 220; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 217 o Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 221.

A pesar de todo lo expuesto anteriormente, Merino y sus lugartenientes ni desistían, ni se desmoralizaban ni se permitían descanso alguno. Gallego prueba que por aquellas fechas, finales de abril, el cura de Villoviado cabalgaba al sur de las escarpadas Peñas de Cervera (en la burgalesa Sierra de la Demanda). Acompañado por sus habituales doscientos fieles o “merinos”, fue atacado el dos de mayo por la columna cristina comandada por el coronel Javier Azpiroz, constituida por tropas del provincial de Plasencia, en los llanos sorianos de Espejón, causándole alguna pérdida y obligándoles a dispersarse. Persiguieron las fuerzas gubernamentales a los hombres del caudillo carlista, localizados al día siguiente en las fuertes posiciones de Pumarejos —pinar situado en las alturas que lleva desde Araúzo de Miel a Doña Santos, provincia de Burgos—, donde volvió a atacarlos, ahuyentando y dispersándole a los mozos que había reclutado en varios pueblos limítrofes; murieron 9 guerrilleros, entre ellos varios oficiales; capturaron un prisionero y les fue arrebatado diverso material de guerra y cabalgaduras (2 caballos con sus monturas, 9 fusiles, una caja de guerra, así como varias otras armas blancas y de fuego, junto con otros efectos de equipo militar).

Gallego reconoce que la pertinaz persecución de las columnas cristinas (incesante desde el regreso del cura de Villoviado de Portugal), había conseguido dificultar seriamente, por momentos, el esfuerzo de guerra carlista. Pese a ello, Merino lograba burlar a sus tenaces perseguidores en numerosas ocasiones: su táctica consistía en dejar siempre en las comarcas vecinas de Burgos y de Soria pequeños grupos, llevando sus jinetes hacia el suroeste (cruzando la provincia de Segovia y norte de Ávila, llegando hasta la parte más oriental de la de Salamanca), y también hacia el sureste (atravesando Soria, para alcanzar incluso las tierras más septentrionales de la provincia de Guadalajara). Con estas cabalgadas, el caudillo carlista burlaba a los rastreadores y exploradores enemigos, que sólo conseguían guiar a sus tropas a misiones secundarias de diversión: así, quedaban enredados en el acoso y persecución de los pequeños destacamentos que el astuto Merino había dejado diseminados por el terreno, cubriendo sus rutas de escape; además, le permitían continuar su creciente labor reclutadora, indiferente a las columnas que le acosaban constantemente⁸⁶².

Sobreponiéndose a los reveses y al goteo continuo de bajas entre sus hombres (más que compañeros de armas, pues muchos de ellos eran familiares o amigos), Merino conseguirá una importante victoria sobre los cristinos —que Gallego considera, sin duda alguna, como el combate más importante de esta fase de la guerra en Castilla— en Hontoria del Pinar (Burgos), el 22 de mayo. Ferrer apunta, que como era natural y de esperar, ni la prensa cristina ni la Gaceta de Madrid recogen noticia alguna sobre ella. Sólo existe una breve reseña en la *Galería Militar Contemporánea*. En esencia, dicha acción militar

⁸⁶² Con respecto a la recluta de voluntarios, Gallego aporta abundante información que prueba que a Merino se le unían continuamente combatientes de forma totalmente voluntaria, a la vez que confirma así el perfil de los miembros de su partida que se detalla en este subepígrafe. Este párrafo y el anterior están basados en Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 229-230.

consistió en el cerco de la mencionada localidad por parte de Merino y sus fuerzas, unos 1.000 hombres entre jinetes e infantes, entablándose un breve pero fuerte tiroteo. Los defensores cristinos eran una compañía de carabineros del 2º batallón y la 3ª compañía de los escuadrones de Isabel II (unidad perteneciente a los cuerpos francos recientemente creados en Soria), dispuestos a resistir a ultranza en el fuerte; habiéndose ordenado incendiarlo, los sitiados intentaron abrirse paso a tiros. Muertos la mayoría de ellos, el resto fue hecho prisionero⁸⁶³.

Desde Hontoria, el cura de Villoviado se dirigió hacia el sur, tras ciertas contramarchas amagando hacia el oeste, donde habría destruido el fuerte de Bahabón de Esgueva (Burgos), para continuar luego avanzando hacia la parte meridional de esta provincia. El día 30 se encaminó hacia Roa, donde se presentó de improviso con 650 infantes y 150 caballos antes del amanecer. Los defensores cristinos, fundamentalmente, urbanos dirigidos por el teniente retirado Tomás Arranz, se fortificaron en la torre de la iglesia, así como en la casa del corregidor, situada frente al templo. Desde allí, dominaban todos los ángulos de la plaza, haciendo vivo fuego desde sus reductos contra las fuerzas carlistas que para conseguir su rendición incendiaron las puertas de la iglesia y algunas casas contiguas —Gallego sostiene que pertenecientes a los más destacados cristinos de la villa, que eran a la vez los vecinos más acaudalados— Consiguieron así la toma de la villa, que fue evacuada sobre las 10 de la mañana. Desde el punto de vista estrictamente militar, hay que subrayar el más que respetable número de hombres reunidos por Merino en sus ataques a Hontoria y Roa, desmintiendo así la propaganda cristina sobre las supuestas dificultades y desafecciones por las que estaría pasando entonces⁸⁶⁴.

A consecuencia de todo lo anterior, resulta lógico que la propaganda cristina necesitase desesperadamente publicitar un revés del caudillo militar carlista y sus hombres: así se presentó el choque que sostuvieron con el coronel Miguel Mir González, destacado desde el Ejército de Reserva, al frente del 2º batallón del 16º Regimiento Castilla de infantería de línea, ocurrido en Doña Santos (Arauzo de la Miel, Burgos), el 3 de junio. Los partes militares de los mandos de dicha fuerza cristina destacan la corta resistencia y rápida retirada de los hombres de Merino, presentándolas como una derrota. Sin embargo, Gallego recuerda que la mencionada información reconocía no poder contabilizar las bajas enemigas ni por donde se habían marchado, lo que le permite deducir que las consecuencias de aquel combate deben reducirse a la dispersión de parte de la infantería del cura de Villoviado: pero esto, como ya se ha comentado en varias ocasiones, era simplemente la maniobra habitual de las partidas carlistas para desaparecer rápidamente; no debe sorprender, pues ya se ha visto anteriormente, que muchos de los voluntarios reclutados recientemente por el jefe guerrillero legitimista regresasen a sus casas tras sufrir ataques repentinos. Tal dispersión formaba parte de su estrategia, pues aligerar

⁸⁶³ *Ibidem*, tomo II, p. 231.

⁸⁶⁴ Amplia información sobre los referidos ataques a Hontoria del Pinar y Roa en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 221-224, y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 222-231.

sus fuerzas le permitía eludir más fácilmente la persecución enemiga y porque contaba con que la gran mayoría se le reincorporaría cuando volviese a reclamarlos. Precisamente por eso, siempre se dispersaba la infantería y nunca, o casi nunca, la caballería⁸⁶⁵.

Después de estas operaciones, Merino se dirigió de nuevo hacia la Sierra, con la intención de dejar allí parte de sus fuerzas, fundamentalmente los infantes, o más probablemente, para reorganizarse y avituallarse y luego volver a internarse en la vecina provincia de Soria, pues consta que apenas dos días después ya recorría la Tierra de Almazán. Durante el resto del mes de junio el cura de Villoviado dirigió a sus hombres —170 caballos y 400 infantes— nuevamente hacia el norte: tras pasar el Duero por el puente de Andaluz, (seguramente atravesando la sierra de Cabrejas y por la de Duruelo y Peña Tejada), había llegado a la parte riojana de la sierra de la Demanda. Por otro lado, las graves acusaciones que *El Eco del Comercio* lanzaba a las fuerzas carlistas por supuestos excesos cometidos a lo largo de todo el itinerario descrito, deben entenderse como las típicas acciones de guerrilla normales en tiempo de guerra, más aún si esta es civil y tras casi año y medio de duros enfrentamientos. Debe recordarse que el jefe carlista castellano era especialmente severo con los urbanos y autoridades municipales colaboradoras de las tropas cristinas, por lo que dichas imputaciones pueden considerarse exageradas y tendenciosas, entre otras razones, porque en la mayoría de las poblaciones de la zona citada los cristinos eran minoría⁸⁶⁶.

Las acciones descritas indican que el cura de Villoviado y sus hombres se movían cada vez con mayor comodidad por aquellas comarcas, motivando que el mariscal de campo Santos de la Hera (jefe del mencionado Ejército de Reserva), se hubiese visto obligado a mandar en su persecución al también mariscal Mateo Ramírez y al coronel Miguel Mir, al frente de 3.073 infantes y más de 300 caballos. Esfumándose de nuevo, Merino y los suyos regresaron a sus bases en la provincia de Burgos, siempre por rutas seguras, atravesando la sierra de Neila y parte de los Montes de Oca. En definitiva, los carlistas lograron burlar una y otra vez a cuantos mandos cristinos emprendieron su feroz persecución, incluyendo a la poderosa unidad de reserva recién creada. Así, tal como reconoce Pirala, solamente pudieron trabar combate en las condiciones que el caudillo carlista consideraba más favorables para él, rehuyendo sistemáticamente cualquier otra situación, a la vez que «tenía entretenida (sic) considerables fuerzas persiguiéndole», que además no lograban ningún resultado significativo⁸⁶⁷.

Antes de proseguir con el relato de las operaciones guerrilleras en Castilla, es necesario consignar brevemente una serie de hechos acaecidos durante estos días en España en el bando cristino, que se entienden como relevantes y de gran influencia sobre el devenir de la guerra en todo el territorio español. No se puede obviar que el 24 de junio falleció en Cegama (Guipúzcoa) Tomás de

⁸⁶⁵ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 232-233.

⁸⁶⁶ Ver *El Eco del Comercio* nº 411 (lunes, 15 de junio de 1835).

⁸⁶⁷ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo II, pp. 82-84.

Zumalacárregui, comandante general en jefe del ejército carlista del Norte. El día 10 de julio llegaba a San Sebastián el primer contingente de tropas de la Legión Auxiliar Británica, consecuencia del tratado firmado en Londres el 22 de abril de 1834 por los representantes de España, Francia y Gran Bretaña (lo que suponía un importante salto cualitativo internacional del conflicto), mientras que el 18 de agosto desembarcarían en Tarragona las primeras tropas de la Legión Extranjera de África, ayuda francesa al bando cristino. También se produjo otro hecho que tuvo singular trascendencia, especialmente para la lucha guerrillera carlista: la firma del Convenio Eliot —en honor de su impulsor, el político y diplomático británico Edward Granville Eliot—, que pretendía humanizar la dureza de la contienda imponiendo que se respetasen heridos y prisioneros. Gallego recuerda que Merino trató de aprovechar la firma del mencionado Convenio para que la guerra se suavizase también en Castilla. De hecho, le escribió al capitán general de Castilla para que ambos acordasen un lugar donde depositar los prisioneros y heridos respectivos, «en conformidad a la estipulación que dice comprenderlo como parte del ejército de D. Carlos»: su petición jamás obtuvo respuesta⁸⁶⁸.

Consecuentemente, Gallego advierte que la responsabilidad del endurecimiento de la guerra en Castilla tiene culpables directos, desde sus mismos inicios. Y es claro que no fue Merino, algo que la historiografía cristino-liberal se ha encargado de que pasase desapercibido, y que sólo puede tener una explicación: las ejecuciones sumarísimas de carlistas, sin duda, debieron ser muy superiores a las ordenadas por el cura de Villoviado contra los cristinos (todo lo cual entronca con la ya tan mencionada guerra sin cuartel y tácticas de terror sistemático aplicadas indiscriminadamente por las fuerzas cristinas a todos los guerrilleros carlistas, difícil de destacar en toda su dimensión, por más que se repita)⁸⁶⁹.

Retomando el curso de la guerra, a comienzos de julio de 1835 empezaba a ser preocupante para el alto mando cristino la libertad de movimientos que empezaban a demostrar las fuerzas de Merino por territorio castellano, especialmente en las provincias de Burgos y Soria, donde se evidenciaba el apoyo popular que gozaban; la eficacia operativa de sus fuerzas en este teatro de operaciones estratégico (entre otras razones, por su gran proximidad con el

⁸⁶⁸ Firmado a finales de abril de 1835 por Zumalacárregui y Valdés, los beneficios del Convenio Eliot, por tajante decisión del Gobierno cristino, sólo alcanzarían al único ejército reconocido por ellos como tal, es decir, el llamado ejército real del Norte, pero no a las partidas guerrilleras a las que dejó al margen de esa “regularización” (entre otros, Merino y sus hombres). Hasta 1839 no se firmaría el equivalente a este convenio, que alcanzaba por fin al ejército del Maestrazgo —aunque excluyendo, de nuevo, al tercer ejército carlista todavía operativo entonces, el de Cataluña—, que se llamaría Tratado de Lécerca por los cristinos y Convenio de Segura por los carlistas. Fue firmado por Juan Van Halen y por Ramón Cabrera el 1 de abril de ese año. Como en el caso anterior, no se incluyó a las numerosas guerrillas legitimistas operativas por todo el territorio hispánico, tratadas por las fuerzas combatientes enemigas como vulgares criminales y condenadas a la ejecución inmediata. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VI, pp. 50-52; Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp.236-237 y Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 47-49. La cita textual está tomada del *Eco del Comercio*, nº 400, (jueves, 4 de junio de 1835).

⁸⁶⁹ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 237.

bastión vasco-navarro)⁸⁷⁰, así como la manifiesta incapacidad de los mandos militares enemigos para acabar con ellos. Conviene recordar, como lo hace Gallego, que por aquellas fechas, Merino y sus guerrillas mantenían ocupados y, por lo tanto, apartados de otros frentes, la importante cifra de 4.000 soldados cristinos⁸⁷¹.

El cura de Villoviado—que había aumentado por entonces su partida hasta los 1.000 hombres—, tras su ya relatada incursión por tierras sorianas, dejó el grueso de sus infantes para hacer la incursión que le llevaría hasta la burgalesa sierra de Mencilla. Este continuo regreso a la sierra es lógico por tratarse de su refugio habitual, donde ocultar el producto de sus correrías: ganado, vestuario, armas y municiones, más los voluntarios que se le iban uniendo a diario, por lo que, obviamente, allí siempre contaba con un retén fijo. Ahora que iniciaba fuera de su base en las estribaciones de la sierra de la Demanda una nueva expedición de avituallamiento, es lógico también que lo hiciese marchando solo al frente de su caballería (más un pequeño trozo selecto de veteranos a pie, expertos en mimetizarse con el terreno), para poderse desplazar a la mayor velocidad posible y evadir así más fácilmente a un enemigo que Merino sabía tras su rastro⁸⁷².

Por lo tanto, a primera hora del día 24 de julio las fuerzas carlistas castellanas iniciaron una rápida incursión por la provincia de Segovia, requisando ganado, víveres y llevándose algún preso, con una serie de marchas y contramarchas velocísimas, hasta el punto de que el día 25 se encontraban ya de regreso en la provincia de Burgos, concretamente cerca de Torregalindo. Toparon allí con una columna cristina de 510 infantes y 90 jinetes, por lo que los 400 hombres de Merino —con una clara ventaja de caballería— consiguieron hacerse fuertes en el citado pueblo y las alturas que lo rodean. Tras una carga a la bayoneta enemiga, que habría conseguido desalojar a la escasa infantería carlista, el veterano líder legitimista inició su repliegue de regreso hacia la sierra, sin que las tropas enemigas intensasen ni tan siquiera perseguir a sus enemigos; más aún, los carlistas pudieron continuar su marcha tras frenar en seco un amago de contraataque cristino. Gallego afirma que no cabe duda de que esta acción de Torregalindo fue uno de los combates más importantes de los sostenidos por Merino durante esta campaña, aunque sin un ganador claro⁸⁷³.

⁸⁷⁰ Gallego subraya que varias comarcas de las actuales Burgos, la Rioja y Cantabria limitaban con el Norte vasco-navarro, constituyéndose en zona de choque habitual entre los dos ejércitos: por un lado, debido a constituir la vía principal de expansión natural de las tropas carlistas norteñas; por el otro, deben tenerse en cuenta las potentes fuerzas armadas cristinas (por ejemplo, el ya mencionado Ejército de Reserva), que tenían numerosos contingentes operando a lo largo de este frente, así como puntos fortificados y diversas columnas móviles de apoyo, constituyendo el principal despliegue militar cristino hasta que se liquidó el teatro de operaciones norteño. Ver *Ibidem*, tomo II, p. 268.

⁸⁷¹ Se excluyen de esta cifra otras fuerzas cristinas, verbigracia, Milicia Nacional o cuerpos francos, tal como se señala en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 201-204 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 239.

⁸⁷² Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 240.

⁸⁷³ Así lo manifiestan las bajas cristinas admitidas: 15 muertos, 24 heridos, 11 prisioneros y 2 contusos, más la muerte del coronel jefe de la columna, Ignacio Hoyos, fallecido una hora después de la lucha. El parte gubernamental menciona entre 30 y 40 muertos carlistas y otros

No se volverá a saber nada del brigadier Merino hasta el 19 de agosto, cuando fue alcanzado por la columna del coronel cristino Miguel Mir en el pueblo soriano de Almarza, sosteniendo un choque que supuso un revés para sus fuerzas. Además, un combate posterior en la Poveda de Soria con las tropas que mandaba el comandante general de Soria, Cistué, obligó a los hombres del cura de Villoviado a buscar refugio en el Puerto de Piqueras (altura de 1.710 metros), entre las provincias de Soria y Logroño. Para Gallego, lo destacable de estas dos acciones es que indican claramente el férreo acoso al que en aquellas fechas eran sometidos los guerrilleros carlistas, reflejando así un punto de inflexión en esta campaña: se iniciaba una dinámica marcada por la disminución y dispersión del legitimismo armado castellano. Comenzaba otra fase, tras meses de haber operado casi libremente y haberse enseñoreado de aquellas comarcas. Consecuentemente, los hombres de Merino pasaron de nuevo a verse obligados a dividirse y ocultarse, encerrándose otra vez en las fragosidades de la sierra de Neila: de este modo, una de las etapas más brillantes de las campañas de Merino habría concluido definitivamente, según Gallego⁸⁷⁴.

En cualquier caso, entre la mencionada acción de Almarza (19 de agosto) y el último combate registrado este año (Palazuelos de la Sierra, Burgos, 26 de septiembre), se da un plazo suficiente como para poder ratificar que la primera supuso para el caudillo carlista un innegable revés, que sumado al desgaste indudable experimentado en Torregalindo (25 de septiembre), habrían provocado que Merino perdiese definitivamente una cierta iniciativa, adquirida tras sus ataques a Hontoria del Pinar y Roa en el mes de mayo. Además, se habría visto forzado a separar otra vez sus fuerzas a caballo de las de a pie, sin poder evitar que ambos trozos fuesen enconadamente perseguidos por sus enemigos. No obstante todo lo anterior, conviene recalcar que se volvía así a una situación sobradamente conocida por las guerrillas del cura de Villoviado, obligadas a subsistir continuamente acosadas, divididas y fragmentadas, incluso, en pequeñas gavillas. Su única posibilidad de resistencia en estas circunstancias era exclusivamente “hacerse invisibles”, avituallarse lo mejor posible y seguir captando nuevos voluntarios, a la espera de tiempos mejores⁸⁷⁵.

Podría afirmarse que las condiciones en que subsistían las guerrillas castellanas entonces eran prácticamente insostenibles. Parecía evidente que esta fase de la guerra empezaba a alcanzar su fin, máxime cuando Merino sufría, a principios de noviembre, un inesperado accidente (fue coceado por su caballo, que desconoció su voz: curiosamente, quedaba así fuera de combate el cura de Villoviado: lo que los cristinos no consiguieron a lo largo de toda la guerra, poniendo precio a su cabeza e intentando todo tipo de recursos siniestros para lograr su exterminio, se producía ahora por un hecho fortuito que le tendría

tanto heridos. Además, quedaron en manos de los hombres de Merino municiones y diversos efectos militares. Piénsese que se trató de un combate en campo abierto, no una acción guerrillera típica como la de Hontoria del Pinar. Para la información de este choque y sus preparativos, ver Gallego García, J.A. *El cura Merino...op. cit.*, tomo II, pp. 246-247, así como una amplia descripción de esta “acción relámpago” del cura de Villoviado en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...op. cit.*, tomo IX, pp. 204-207.

⁸⁷⁴ Gallego García, J.A. *El cura Merino...op. cit.*, tomo II, pp. 249-251.

⁸⁷⁵ *Ibidem*, tomo II, pp.253-254.

alejado de la lucha operativa hasta la última quincena de 1835). Pese a todo, no queriendo poner en riesgo a los doscientos jinetes o “merinos” que conservaba como fuerza bajo su mando directo, Merino ordenó a su sobrino —y hombre de máxima confianza tras la muerte en combate de su anterior lugarteniente, Lucio Nieto—, Eugenio Barbadillo de Miguel alias «el Rojo de Puentedura», que marchase a las provincias para unirse al ejército del Norte, llegando los carlistas castellanos a Estella el 26 de noviembre⁸⁷⁶.

Ferrer detalla que el caudillo carlista castellano, tras más de año y medio intentando regularizar la guerra en Castilla, no lo había conseguido, coincidiendo Gallego en este extremo. En cambio, Merino sí pudo reclutar muchos voluntarios castellanos para las filas de Don Carlos y, como ya se comentó, distraer un importante número de fuerzas enemigas, restándolas de otros frentes; esa era la misión principal que se le había encomendado y la había cumplido con creces; además, casi siempre operando en condiciones extremadamente adversas. Tras guardar el imprescindible reposo, el cura de Villoviado cabalgó de nuevo y se presentó al Pretendiente en Oñate (Guipúzcoa) el 15 de diciembre de 1835. Pero durante su periodo de convalecencia, la guerra distó mucho de paralizarse en el teatro de operaciones castellano a lo largo de ese invierno, por más que faltase su jefe más importante. De hecho, muchos otros líderes guerrilleros habían luchado, combatían y lo seguirían haciendo en otras comarcas de Castilla e, incluso, en los escenarios de las correrías del veterano jefe guerrillero. Tampoco desapareció el carlismo armado de la amplia zona peninsular cubierta por Merino, pues en toda ella subsistieron pequeñas partidas de las que quedó como jefe principal Feliciano Blanco —recuérdese, uno de los principales lugartenientes del cura de Villoviado— eso sí, limitándose a insignificantes escaramuzas, pero que eran suficientes para forzar a los jefes cristinos a mantener varias columnas en esta amplia zona, obligadas a estar en permanente alerta⁸⁷⁷.

Como prueba de lo anterior, Gallego destaca las partidas que sobresalieron por su mayor operatividad durante el periodo mencionado supra y cuyos jefes eran José María Arroyo García, Santiago Villalobos Rozas, Pedro Negueruela Mendi, Epifanio Carrión Gómez, Modesto de Celis Mier y Agustín Rey Santos, en el norte de las provincias de Burgos y Palencia, más el sur de Cantabria; Bernardo Alonso Gago Cavia, en las provincias de Zamora y León; Pedro Eguía Jáuregui y Antonio González del Yerro, en la comarca de las Merindades; Marcos Tarrero Fernández, Severo Castilla Portugal, Casimiro del Val y Manuel Justo Salvador, en la frontera con Portugal y Antonio Villalobos Villalobos, Agustín Villanueva Gorgollo, Manuel Cobo Lavín, Eustaquio Igual y Soto y Cipriano de los Corrales Herrero en las montañas cántabras⁸⁷⁸.

⁸⁷⁶ Con Eugenio Barbadillo, marcharon también al norte otros dos destacados jefes castellanos de la máxima confianza de Merino: Santiago Villalobos Rozas y Pedro Nozal. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, p. 210 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 260-265..

⁸⁷⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 210-211 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 266-268.

⁸⁷⁸ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 268.

8.2.4.6 Otros escenarios

En Asturias destaca la figura del ya mencionado capitán Flórez Sierra, que consiguió reclutar el año anterior un contingente de 200 voluntarios asturianos y santanderinos, con los que constituyó un batallón. Esta fuerza se integró en la columna expedicionaria que Zumalacárregui ordenó formar en el verano de 1834, y a cuyo frente puso al brigadier Eraso, con la misión de sublevar Cantabria y Asturias. Sin embargo, finalmente, este proyecto del comandante en jefe carlista no alcanzó mayor trascendencia, pues no llegó a salir: hubo que esperar a enero de 1835 para que los hombres de Flórez Sierra emprendiesen la marcha —ahora a las órdenes superiores del coronel Arroyo, comandante general interino de Asturias y Santander—, en una operación frustrada pues al poco la columna Eraso hubo de replegarse a las Provincias. Pues bien, el entusiasta Flórez Collar, ascendido a coronel, acabó organizando el 1º de Asturias, batallón que integraban unos 400 hombres y se unió a la expedición del General Gómez cuando éste se internó en el Principado. Al marchar dicha división expedicionaria de regreso de Galicia, hacia León y Castilla, Gómez autorizó al coronel Flórez Sierra a regresar a Asturias, donde morirá en el primer combate que libró en 1836. Por otro lado, Ferrer recuerda que, tal como ya se anticipó en la campaña de 1834, partidas gallegas realizaban, con frecuencia, incursiones en la parte occidental asturiana. Los principales cabecillas gallegos que recorrían esta zona limítrofe (operando también en la parte oriental de las provincias de Orense y de Lugo), eran José Ramón González Souto alias «Mosteiro», José Álvarez Peña y Manuel Álvarez Fernández, que se hizo famoso por su apodo de «señorito de Bullán». En la segunda mitad del año, la lucha en Asturias no acabó de prender con toda la intensidad deseada por el alto mando carlista⁸⁷⁹.

En cuanto a Galicia, el principal problema del movimiento guerrillero carlista era la falta de unidad de mando de las partidas gallegas. Ferrer lo atribuye a un mecanismo de protección de las propias guerrillas, además de un medio de evitar ser gravosas a la zona donde operaban, lo que motivó que los jefes legitimistas actuasen de modo independiente de una provincia a otra, e incluso entre las distintas comarcas. Sin embargo, se acataba la autoridad del ya mencionado presidente carlista de la Junta Gubernativa de Galicia, el canónigo Juan Martínez Villaverde, alias «el arcediano de Mellid» o «el cura de Freijo»: su hermano, Francisco Javier, actuaba como su segundo, mientras que el jefe militar operativo más destacado continuaba siendo Antonio María López. El 4 de enero, la partida comandada por el citado Francisco Javier Martínez Villaverde entraba en Puertomarín (Lugo), donde se apoderaron de los fondos de la administración y de los del estanco, e impusieron el cobro de contribuciones a los propietarios del mismo. Al evacuar el pueblo, guerrilleros de esta partida detuvieron el servicio de diligencia de Orense a Lugo, haciéndose con la valija oficial.

⁸⁷⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 211-212 y 226-228.

Prueba de la incesante actividad de las partidas gallegas era el continuo goteo de apresamientos y ejecuciones sumarias de guerrilleros que tuvieron lugar a lo largo del primer trimestre de 1835: el 14 de enero en las inmediaciones de Arzúa, provincia de La Coruña, era capturado el sargento Andrés Canabal, por una columna cristina al mando del teniente Vázquez Varela, siendo fusilado inmediatamente (según Ferrer, por haber pertenecido al Regimiento Castilla, que tantos voluntarios y oficiales dio a la causa carlista en Galicia). En el mes de febrero, fue preso el coronel Marcos Torreiro, al intentar levantar una partida carlista en la raya con Portugal. Había sido comandante del batallón de Voluntarios Realistas de León y se vio forzado a emigrar al vecino país luso, (donde prestó servicio en las filas miguelistas) en 1833 al sublevarse dicha unidad. Asimismo, fue desbaratada una tentativa de levantar la provincia de Pontevedra a favor del carlismo, en la que estaban implicados voluntarios de Cambados, Villagarcía y Villanueva de Arosa (todos en Pontevedra). La conjura se descubrió al hallarse documentos incriminatorios en poder del párroco de Paradela: como consecuencia, se detuvo al capitán José Martínez, que había pertenecido al cuerpo de Voluntarios Realistas, cuando acudía a reunirse a un lugar convenido con otros conjurados; fue pasado por las armas unos pocos días después en Pontevedra⁸⁸⁰.

El canónigo de Santiago de Compostela, Francisco María de Gorostidi Irazusta, apodado «el cardenal-canónigo» y «el presbítero coronel», (uno de los más veteranos y distinguidos jefes guerrilleros carlistas, de gran y ya conocido protagonismo militar durante la Guerra Realista), dirigió uno de los proyectos de rebelión carlista más destacados de la guerra, desarrollado en los primeros meses de 1835. Intentó establecer activos contactos con los demás jefes de partida galaicos para poner en marcha un plan general de acción encaminado a insurreccionar la región. Sin embargo, esta tentativa se vio pronto frustrada y Gorostidi acabó viéndose forzado a combatir a la defensiva, sin poder establecer la prevista estrategia conjunta de resistencia con el resto de mandos legitimistas. Además, inmediatamente fue aislado y perseguido por poderosas fuerzas cristinas, que obligaron al clérigo carlista y los 40 hombres de su partida a ocultarse y emprender una vida errabunda y clandestina, con su guerrilla ya casi dispersa: finalmente, resultó batido y preso el 13 de mayo de 1835 en las inmediaciones del monte de San Sebastián de Meda, parroquia de Moalde (Pontevedra). Entre los prisioneros figuraban también los capitanes Zabalza y Reguera, el párroco de Loureiro y el médico Benito María San Román. Todos ellos fueron fusilados en Santiago de Compostela tres días después⁸⁸¹.

Tanto Ferrer como Alfredo Comesaña Paz advierten que, pese a la implacable persecución de que eran objeto por parte del capitán general de Galicia, general Morillo, los guerrilleros carlistas continuaron empecinadamente

⁸⁸⁰ Para este párrafo y el anterior, ver *Ibidem*, tomo VII, pp. 228-230.

⁸⁸¹ *Ibidem*, tomo VII, p. 231. Para una amplia información sobre el historial de Gorostidi y los antecedentes, desarrollo y sangrienta liquidación de este proyecto de insurrección, es imprescindible consultar el artículo de Comesaña Paz, A. “Fastixio e morte dun portaestandarte do carlismo galego. O cóengo cardeal Francisco M.^a de Gorostidi”. En *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 66, núm. 132 (2019), págs. 315-345.

su lucha. No pudo frenarlos la dura represión y la guerra sin cuartel habituales en el enemigo cristino. No obstante, el fracaso de la sublevación de Gorostidi en 1835 constituyó un duro golpe para el carlismo gallego, pero distó mucho de ser definitivo. La lucha guerrillera continuaría en los años venideros⁸⁸².

En la segunda mitad de 1835 las acciones de las partidas gallegas consistían, básicamente, en invadir pueblos o parroquias pequeñas para abastecerse de los recursos necesarios. El acoso por parte de Morillo era constante y como no conseguía así frenar el paulatino crecimiento de las guerrillas carlistas, el 20 de octubre emitió un durísimo bando en el que declaró trece partidos en estado de guerra (entre ellos, los de Lugo y Santiago). Además, estableció que los daños causados por las guerrillas serían costeados, a partes iguales, por el cabildo catedralicio de la provincia donde hubieran acaecido y por los curas y habitantes de un radio de cinco leguas en contorno, excluyendo del pago a las familias que tuviesen algún miembro en la guardia nacional. También se puso precio a la cabeza de varios jefes carlistas, aunque éstos no solo no se dejaron intimidar, sino que respondieron poniendo precio a la de Morillo —lo cual era para éstos bastante difícil de realizar, pues Morillo nunca arriesgó su vida recorriendo la circunscripción a su mando y, en cambio, los guerrilleros carlistas la exponían a diario con su arriesgado batallar—. Todo esto da cabal idea de cómo la guerra en Galicia iba ganando en crueldad e intensidad a medida que pasaba el tiempo⁸⁸³.

Ferrer recuerda que en Galicia (como en todos los teatros de operaciones carlistas), la famosa “quinta de los cien mil” decretada por Mendizábal era un gran foco de tensiones y dificultades. Para sabotear el reclutamiento de quintos ordenado por el gobierno cristino, que tanto perjudicaba y alteraba los ánimos de los labradores gallegos, las partidas carlistas se disgregaban en pequeños grupos que recorrían la parte de la región donde operaban, irrumpían en los pueblos para impedir los sorteos, invitando a los mozos a sumarse como voluntarios a las filas de Don Carlos. Igualmente, emboscaban a los pequeños destacamentos que tenían por misión la recogida de los reclutados a la fuerza, integrando en sus grupos a los quintos liberados. En consecuencia, fue un verdadero quebradero de cabeza para las autoridades gubernamentales el reclutamiento de esa quinta, tanto desde el mismo sorteo como en la posterior conducción de mozos en las cuatro provincias gallegas, muy especialmente en las de Coruña y Lugo. Como ejemplo de ello, baste citar que el intrépido jefe Antonio María López, que empezaba ya a vislumbrarse como el auténtico líder militar de los carlistas gallegos, declaró por estas fechas el bloqueo de todos los puntos ocupados por las tropas cristinas, e hizo incorporar a buena parte de los quintos, especialmente en las provincias de su área de actuación (Coruña y Pontevedra). Además, consiguió incrementar así sustancialmente sus filas. Más

⁸⁸² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 232 y Comesaña Paz, A. “Fastixio e morte...” op. cit., p. 336.

⁸⁸³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 220-221.

aún, en un fulminante golpe de mano, López se apoderó del depósito de quintos situado en San Marcos, arrabal de Santiago de Compostela⁸⁸⁴.

Con respecto a Extremadura, Recio Cuesta subraya el revés que supuso para las guerrillas de esta zona la captura y fusilamiento del coronel Gregorio Eulogio Morales Herrero, el 22 de febrero de este año en Casas del Puerto de Tornavacas (actualmente, provincia de Ávila). Desaparecía así un importante y activo jefe militar de la insurrección legitimista extremeña. Sin embargo, su muerte no significó la eliminación de la rebelión, pues poco después volvería a brotar con fuerza gracias a la actividad decidida del fugitivo Santiago Sánchez de León (escapado de la cárcel placentina, donde se hallaba retenido desde mayo de 1834). Pronto tendrá en jaque a las tropas enemigas (con sus correrías por tierras de Plasencia, Valle del Jerte o la comarca de la Vera y a las castellanas de Béjar, Piedrahíta o la comarca del Barco de Ávila). Con todo, el principal núcleo que preocupaba por entonces a las autoridades cristinas regionales era la parte septentrional de la provincia cacereña, marcadamente carlista.

En los inicios de la primavera de 1835 se produjo un cierto relanzamiento de las acciones de las partidas carlistas, ampliadas ahora a diferentes puntos del territorio extremeño, inercia que se mantendrá hasta finales del verano de ese mismo año. Aparte de los asaltos puntuales ejecutados por pequeñas gavillas compuestas por un puñado de combatientes con el objetivo de requisar pertrechos —por ejemplo, la acción ejecutada a la salida de Badajoz en el camino que iba a Barcarrota, donde seis maestros armeros del ejército cristino fueron sorprendidos por siete guerrilleros, que incluso les arrebataron su uniformidad militar—, lo que empezaba a preocupar seriamente en la Capitanía General extremeña eran las acciones guerrilleras protagonizadas por partidas de mayor tamaño, dotadas de mejor organización y que amenazaban con incursionar en la región: valga la información del comandante de armas de Plasencia y su cantón, que informaba haber logrado la dispersión de una partida que había comenzado su actuación en la vertiente cacereña del valle del Tiétar, a la que se le ocuparon 26 caballos, más de 90 escopetas, con algunos otros pertrechos, logrando poner en fuga a sus miembros⁸⁸⁵.

Otro punto de preocupación lo constituían diferentes núcleos de población rayanos con el vecino reino portugués (pese a que la guerra civil allí ya había finalizado). Estas zonas próximas a la frontera con Portugal siguieron siendo foco constante de refugio para los carlistas extremeños y lugar de organización de actividades comunes entre grupos de legitimistas lusos y españoles: en la demarcación pacense comenzaron a hacer acto de presencia pequeñas partidas que realizaban veloces incursiones, como la compuesta por doce jinetes, exterminada casi totalmente tras el ataque de fuerzas de resguardo montado cuando aquellos se encontraban cruzando la localidad cacereña de Villar del

⁸⁸⁴ *Ibidem*, tomo IX, pp. 213-221 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 336.

⁸⁸⁵ Para este párrafo y el anterior, ver Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 149-150.

Rey. Ya a fines de mayo, más al norte, concretamente en la Sierra de Gata, se registraron frecuentes incursiones desde territorio portugués de una guerrilla compuesta por una decena de hombres; las quejas de pastores a los que se presentaban los carlistas para pedirles comida, motivó que una fuerza combinada de Milicia Urbana de los pueblos de Zarza la Mayor, Cilleros y Valverde del Fresno diese una batida, apresando a uno de los cabecillas de la misma, Simón Cordero Obregón, junto a otros dos guerrilleros. Cordero se había fugado a inicios de 1834 a Portugal y operaba en colaboración con miguelistas destacados, como era el caso del prior fray Lorenzo Piris, jefe de una partida mixta, compuesta por guerrilleros españoles y lusos, capturada por la mencionada columna de urbanos a principios de junio. De este modo, se ponía fin a las actividades de esta partida por el distrito serragatino⁸⁸⁶.

Sin embargo, la verdadera amenaza para las autoridades extremeñas era el procedente de la parte más occidental de La Mancha, donde las fuerzas carlistas a estas alturas de la guerra (mediados de 1835), eran ya de envergadura, pues operaban allí algunas partidas conformadas por más de 1.000 combatientes. A ello se unía una creciente militarización, con el objetivo de aproximarlas a la organización de un ejército regular⁸⁸⁷. En este sentido, cundió la alarma en el alto mando enemigo cuando el joven y, por aquel entonces prometedor jefe guerrillero ciudadrealeño Mariano Peco Cano, tras evadirse de la cárcel de Guadalupe junto a varios carlistas presos el 31 de diciembre del año anterior, se aproximó a Siruela (Badajoz) el 10 de abril de 1835, saliendo a su encuentro una columna de infantería cristina. La persecución de estas tropas llevó a la partida carlista a retirarse hacia la Puebla de Don Rodrigo, ya en Ciudad Real, consiguiendo así burlar a sus perseguidores, no sin sufrir el apresamiento de tres de sus hombres, que iban en la retaguardia con la misión de cubrir a sus compañeros y observar los movimientos de las fuerzas enemigas. Pese a tratarse de una acción de poca significación, la verdadera importancia de la misma estriba en que se puede considerar como el prolegómeno de lo que vendrá después, ya que las incursiones de partidas carlistas desde La Mancha se incrementaron a partir de entonces, suponiendo un quebradero de cabeza para el alto mando cristino extremeño durante bastante tiempo⁸⁸⁸.

Ya en pleno verano, a mediados de julio de 1835, se producirá un puntual relanzamiento de las operaciones llevadas a cabo por las aguerridas partidas extremeñas. Debe destacarse en este sentido la actividad desplegada por la de Santiago Sánchez de León, que operaba en un amplio territorio entre el norte cacereño, el sur de Ávila y Salamanca, (sobre todo, la comarca de La Vera, Aravalle y Sierra de Béjar). Perseguida tenazmente por urbanos de la zona, dicha

⁸⁸⁶ *Ibidem*, pp. 150-151 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 241-242.

⁸⁸⁷ Se alude aquí a las disposiciones regularizadoras y de creciente militarización de las fuerzas manchegas carlistas, muy potenciadas, adoptadas por el brigadier Isidoro Mir. Para una información más detallada, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, pp. 242-243; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 332 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 151.

⁸⁸⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 242 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 152.

guerrilla fue alcanzada en la cacereña localidad de Cabezuela, siendo fusilado *in situ* uno de los lugartenientes de Sánchez de León, José Pascual. Continuó su acoso contumaz, siendo sorprendida de nuevo pocos días después en plena serranía del Jerte, con el resultado de otros tres carlistas muertos —más un preso, Cayetano Ruiz, que sometido a un duro interrogatorio acabó revelando el paradero de los pocos fieles que acompañaban todavía al mencionado jefe guerrillero—. También les fueron intervenidos varios fusiles, escopetas, cananas y material diverso. Así y fruto de la información obtenida tal y como se detalló, la situación se tornó crítica para esta pequeña partida, reducida a apenas 11 hombres, forzados a dispersarse por las serranías del Jerte: en las inmediaciones de Cabezuela sería abatido José Ávila Merino, segundo de Sánchez de León y veterano, bajo su mando también, en la campaña realista. Por su parte, el mencionado cabecilla cabezoleño logró escapar a duras penas del mismo destino, aunque resultó herido de bala cuando su lugarteniente fue tiroteado hasta morir. Tuvo que ocultarse durante un tiempo para recuperarse y reorganizar su maltrecha guerrilla, procurando hacerse con nuevos voluntarios y armas. Quedaba mucha guerra por delante y Sánchez de León, pese a los duros reveses sufridos, no cejaría en sus empeños, retornando a la lucha con más fuerza si cabe poco después⁸⁸⁹.

Volviendo a la mayor preocupación de las autoridades cristinas de esta región (el peligro que suponía la constante irrupción de las nutridas fuerzas carlistas manchegas en los pueblos extremeños fronterizos con toda La Mancha occidental), debe resaltarse al brigadier legitimista Isidoro Mir y su potente columna, recientemente expulsados más allá de la línea divisoria entre ambos territorios tan sólo unas semanas antes, cuando intentó una nueva incursión de tanteo. Como esta amenaza se tornaba cada vez más seria, el ya mencionado coronel Abecía al frente de su columna, intentó anticiparse a los riesgos que conllevaban la frecuente irrupción de las guerrillas vecinas, por lo que, cruzando la inestable frontera entre ambas zonas, penetró en tierras manchegas: actuando conjuntamente con tropas de aquella demarcación, barrieron concienzudamente la línea de delimitación, tratando de impermeabilizarla y evitar que los carlistas pudiesen concentrarse en gran número. Cabe destacar que, como resultado de esta operación militar cristina, a mediados de agosto se consiguió dispersar un grupo de unos 40 jinetes, capitaneados por los jefes guerrilleros manchegos Mariano Peco y Perfecto Sánchez⁸⁹⁰.

Simultáneamente, se levantaban de forma sincronizada varias partidas por la zona de Trujillo. Fue el caso de la liderada por Fernando Sánchez, antiguo voluntario de la partida de los hermanos Cuesta durante la campaña realista, que intentó formar una partida al inicio mismo de la guerra. A mediados de agosto de 1835, ya liderando su propia guerrilla, realizó una incursión en Torrecillas de la Tiesa (Cáceres), donde requisó escopetas, caballos y otros efectos. Poco después, chocaron con urbanos de Trujillo y Guadalupe, perdiendo varios caballos, algunos fusiles y sufriendo dos heridos graves. En consecuencia, Sánchez decidió marchar a La Mancha a engrosar las potentes partidas de

⁸⁸⁹ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 158-159.

⁸⁹⁰ *Ibidem*, p. 159.

aquella región. Se mantendrá al margen de la lucha en su tierra de origen durante unos meses, pero regresará a la acción posteriormente al frente de una partida reforzada. Por otro lado —y según Recio Cuesta, quizá siguiendo un plan concertado con Fernando Sánchez—, comenzó a operar en estos días Juan Sánchez Muñoz, alias «Búrdalo», también antiguo combatiente a las órdenes de Feliciano Cuesta. Pretendió seguir el mismo *modus operandi* que su compañero Fernando Sánchez, aprovisionándose de armas y pertrechos, pero apenas tuvo margen de acción, pues su pequeño grupo fue inmediatamente perseguido y dispersado por urbanos de Cabañas y de Berzocana. Durante un tiempo, ambas guerrillas quedaron fuera de combate. Buenas noticias para el bando cristino, a las que deben sumarse una de verdadera relevancia militar, llegada de la vecina La Mancha: la muerte del brigadier Isidoro Mir el 29 de este mes. Se eliminaba así una verdadera amenaza para las autoridades militares gubernamentales⁸⁹¹.

Aprovechando este momento de cierta inactividad guerrillera, las autoridades cristinas intentaron impulsar y organizar una fuerza militar lo más regularizada posible, que permitiese prevenir con garantías la pujanza de las partidas manchegas y la acción de las autóctonas. Para ello, se hacía necesario establecer y dar forma a unas unidades más profesionalizadas y reglamentadas. En consecuencia, aprovechando el regreso del experimentado y activo José Ramón Rodil como capitán general de Extremadura, se tomaron una serie de medidas: primero, se convirtió a las llamadas Compañías de Seguridad en un cuerpo más disciplinado y que recibiría el nombre de “Voluntarios de Extremadura” (en esencia, se trataba de una unidad clasificable como cuerpos francos, ya conocidos). Además, también se reorganizó la ya rebautizada a primeros de octubre como Guardia Nacional —mismo cuerpo que era conocido anteriormente como Milicia Nacional o Urbana—. De este modo, fue acantonada en diversos puntos estratégicos una fuerza considerable, compuesta por diez compañías de Tiradores de la Guardia Nacional y otras dos de “Voluntarios de Extremadura” de caballería. Esto demuestra que se prestaba una especial atención al reforzamiento de los enclaves próximos a la sensible línea fronteriza con La Mancha, cuya vigilancia era vital para evitar las incursiones de las peligrosas partidas carlistas manchegas en la porción del norte extremeño más oriental: aquí se seguían produciendo veloces correrías de los guerrilleros del otro lado de esa raya fronteriza, con el objeto de requisar el trigo almacenado en los pósitos de pueblos como Villarta de los Montes o Fuenlabrada de los Montes, ambos en la provincia de Badajoz⁸⁹².

La acción guerrillera más importante de esta segunda mitad de 1835 en Extremadura, ya en diciembre, fue consecuencia de una nueva acometida de una partida manchega —si bien es cierto que en este caso no era, ni por asomo, tan numerosa como se acostumbraba en ocasiones anteriores—. Fue dirigida por Doroteo Bermejo al frente de una veintena de jinetes, presentándose en las inmediaciones de la mencionada localidad de Villarta. Salieron en su persecución inmediata 28 tiradores de la Guardia Nacional y 8 jinetes del escuadrón de Voluntarios de Extremadura procedentes de Herrera del Duque y

⁸⁹¹ *Ibidem*, p. 160.

⁸⁹² *Ibidem*, pp. 161-167.

Helechosa de los Montes, ambas de Badajoz. El 15 de ese mes, alcanzaron a la guerrilla de Bermejo, con el resultado de 8 carlistas abatidos a tiros y 2 prisioneros (ambos fusilados poco después en Helechosa), más la intervención de catorce yeguas, dos caballos, seis escopetas, capas, alforjas y diverso equipo militar, abandonado en su precipitada huida por los guerrilleros manchegos al verse sorprendidos por el intenso fuego enemigo. Esta acción demostró la idoneidad de la nueva fuerza cristina establecida en este espacio fronterizo para su impermeabilización, lo que la convertía en absolutamente necesaria para impedir la invasión de tierras extremeñas por fuerzas carlistas del territorio limítrofe⁸⁹³.

Ferrer comienza describiendo la abrupta geografía montañosa del Alto Aragón (el Pirineo oscense, pero también una pequeña parte de la margen derecha zaragozana del Ebro): valles situados entre los imponentes montes de los Pirineos centrales, que cubren de nieve aquellas elevadas comarcas gran parte del año, incomunicadas entre aquellas escarpadas montañas. Los pocos medios de comunicación existentes consistían en senderos de pastor, utilizados por las guerrillas desde tiempos inmemoriales. Cierto es que para el sostenimiento de la guerra irregular se requiere de un mínimo poblamiento montañoso; la montaña constituye un medio, no un fin para el guerrillero; no es asiento fijo, sino tránsito para escapar a la persecución y buscar refugio seguro, tras atacar al enemigo. Para ello, necesita el apoyo vital de la población autóctona, en forma de víveres, albergue, materiales diversos y la posibilidad de cambiar de lugar de estancia, en evitación de ser bloqueado, aislado y neutralizado⁸⁹⁴.

Pese a la existencia de alguna pequeña partida autóctona (incesantemente perseguida por el ejército cristino y los urbanos de las localidades con guarnición miliciana), Ferrer afirma que la principal actividad armada carlista en esta zona corría a cargo de fuerzas navarras móviles (generalmente, de caballería), con pequeñas y constantes cabalgadas, iniciadas ya desde mayo de este año. En ellas, aprovechaban para reclutar voluntarios entre los mozos legitimistas, además de hacer alguna buena presa, ocasionalmente, en destacamentos cristinos que solían marchar desprevenidos —lo cual tenía su lógica: no se debe olvidar que Aragón fue comúnmente considerado, a lo largo de esta guerra, como el “vedado de la Reina”, por su larga tradición liberal—. Esto no obstaba para que, ocasionalmente, se llevasen la sorpresa de tener que enfrentarse a guerrillas carlistas foráneas que no esperaban encontrar aquí. En este sentido, Ferrer destaca la actuación de las intrépidas partidas navarras de Manuel Lucus, alias «Manolín», y de Victoriano Cordeu, (a) «el Rojo de San Vicente», cuyas incursiones empezaron a provocar la inquietud de las columnas enemigas, obligadas cada vez más a no bajar la guardia. Concluye Ferrer que, sin embargo, no acababan de dar el salto generalizado a la acción todos los carlistas que, según él, existían en esta zona. Lo atribuye a que preferían marchar a Navarra para alistarse en los potentes

⁸⁹³ *Ibidem*, pp. 166-168 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo IX, pp. 243-244.

⁸⁹⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo VII, p. 201.

batallones de Zumalacárregui. No obstante, algunos esperaban la ocasión propicia para alistarse en las guerrillas catalanas —de hecho, Ferrer recoge la incursión de una partida catalana el 27 de marzo por el corregimiento de Benabarre (Huesca), que trabó combate con la columna cristina del coronel Doménech— o en las partidas del Bajo Aragón. Empero, no tardaría mucho en presentarse la coyuntura propicia cuando, apenas unos meses más tarde, la expedición comandada por el brigadier Guergué pasó por la provincia de Huesca con sus tropas navarras en dirección a Cataluña⁸⁹⁵.

8.3 2ª fase: Las guerrillas carlistas y las grandes expediciones (1836-1837)

8.3.1 Actividad guerrillera antes de la expedición del general Gómez (enero-verano/finales de 1836)

En el Maestrazgo, Cabrera inició 1836 marchando desde Rosell a comprobar los estragos provocados en el hospital carlista del monasterio de Benifazar por la columna cristina del marqués de Palacio. Este revés se sumó a la derrota en Molina de Aragón (15 de diciembre de 1835), que supuso la práctica neutralización de las fuerzas carlistas: muchos regresaron maltrechos y sin armas, mientras que otros se dispersaron para regresar a sus hogares; además, cerca de 800 voluntarios recién incorporados, pertenecientes a la quinta de los llamados a filas por Mendizábal, se acogieron a indulto⁸⁹⁶.

En consecuencia, Cabrera optó por cambiar su estrategia, siguiendo la forma de operar de los primeros tiempos: así, decidió fragmentar de nuevo sus tropas en pequeñas partidas, al mando de oficiales subalternos experimentados, con la orden tajante de rehuir encuentros campales con el enemigo y, sobre todo,

⁸⁹⁵ *Ibidem*, tomo VII, pp. 201-203. Según Zaratiegui, aunque Zumalacárregui tuviese una marcada aversión (por formación y carácter) hacia las partidas sueltas de caballería —generalmente, indisciplinadas y habituadas a operar por su cuenta y riesgo, sin atender a planificación ni criterio estratégico alguno—, la disciplina, moderación, fiabilidad y conducta estricta de Manuel Lucus acabaron por ganarse la confianza del ormaiztegiarra. De hecho, Zumalacárregui le autorizó a realizar varias incursiones a modo de pequeñas expediciones móviles exploradoras: casi todas ellas, se llevaron a cabo con pleno éxito para el bando carlista. La partida de jinetes de Lucus recorrió, fundamentalmente, toda la Ribera navarra, pero también el Alto Aragón; llegó a vadear el Aragón y el Arga, sorprendiendo casi siempre a las desprevenidas columnas y destacamentos enemigos. Tras ejecutar velocísimas cabalgadas e incursiones relámpago en las mencionadas zonas, se retiraban posteriormente a toda velocidad para regresar a su base navarra. Ver Zaratiegui, J.A. *Vida y hechos...* op. cit., p. 161.

⁸⁹⁶ Respecto a las numerosas bajas carlistas y la práctica neutralización de las fuerzas de Cabrera, merece la pena contraponer los partes carlista y cristino en choques como el citado de Molina de Aragón, para así poder calibrar la diversa importancia dada a esta acción por cada uno de los bandos, tal como hace Córdoba, B. *Vida militar y...* op. cit., tomo I, pp. 238-245 y 358-362

de mantener bien pagados y aprovisionados a sus voluntarios. Con este retorno a la guerra de guerrillas, los movimientos de las partidas eran mucho más rápidos y difíciles de detectar por las fuerzas cristinas. Sin embargo, esta táctica de disolver sus tropas en grupos reducidos para facilitar su supervivencia — alimentación y refugio, básicamente—, burlar la persecución enemiga y, de paso, afrontar más fácilmente lo más riguroso de las nevadas y fuertes lluvias propias de la estación, no fue una idea acertada. Y ello porque habrían sido muchos los que se presentaron a indulto (más de 3.000 según el gobernador cristino de Teruel), llegando incluso a pensar en círculos próximos al gobierno que podía ser el fin de la facción. Pero como advertía Mendizábal en las Cortes, era frecuente que los indultados empuñasen de nuevo las armas, por lo que era necesario emprender medidas para evitar que se volviese en poco tiempo al estado anterior⁸⁹⁷.

La historiografía especializada apunta que esta apurada situación de las partidas maestratenses a finales de 1835, podría haber supuesto su retroceso a la fase inicial de la guerra, cuando estaban casi agonizantes, fragmentadas y dispersas, actuando autónomamente a las órdenes de jefes remisos a aceptar un mando único. Sin embargo, el gobierno de Madrid volvió a cometer el mismo error que en la primavera de ese año, porque aprovechando este declive momentáneo del carlismo armado, y creyendo que su dispersión se debía al desaliento, retiró fuerzas del Maestrazgo para desplazarlas a Navarra y Cataluña, teatros de operaciones donde la guerra se intensificaba con más fuerza cada día. Esto provocó que, durante cierto tiempo, el frente maestratense ocupase un lugar secundario en los planes de batalla cristinos. De este modo, con menos tropas enemigas que enfrentar, Cabrera pudo recuperarse y reorganizar a los suyos, no dejando así de aprovechar esta oportunidad para empezar a crecer de nuevo, esta vez de forma ininterrumpida hasta 1839⁸⁹⁸.

Dispuesto a pasar de nuevo a la acción, el 4 de enero Cabrera descendió de Rosell (Castellón), acompañado por Forcadell, al frente de unos 300 hombres. Nada más saberlo el general Palarea, a la sazón en San Mateo, marchó para sorprender al caudillo carlista, pero informado éste por su eficiente red de informadores, lideró su partida hacia la parte montañosa lindante con la provincia de Tarragona; allí, el caudillo carlista ordenó al coronel Quílez y a Llagostera que se reunieran con él en Fuentespalda (Teruel), para caer sobre el jefe cristino. Sin embargo, la estratagema urdida por Cabrera fue desbaratada al interceptar el general enemigo a varios exploradores carlistas enviados para reconocer el terreno, siendo atacado el grueso de las fuerzas legitimistas por las tropas cristinas que les forzaron a replegarse hacia los Puertos de Beceite. Allí se dirigieron, poco después, Miralles (todavía comandante general de los carlistas valencianos), que había sido dispersado en Chert (Castellón), y Torner, igualmente desafortunado en la acción ocurrida en los senderos y bosques

⁸⁹⁷ Tal como se expone, por ejemplo, en *Ibidem*, pp. 249-250.

⁸⁹⁸ Así se manifiestan, por ejemplo, Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, p. 59; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 84; Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., pp. 45-51 y Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 292-293.

próximos a Pauls, en tierras tarraconenses. Concentrados así todos los jefes carlistas del Maestrazgo en Beceite, en medio de tantas adversidades, Cabrera les reunió en una junta, exhortándoles a perseverar en la lucha y a tomar decisiones unidos, de forma conjunta⁸⁹⁹.

Es importante tener en cuenta que desde finales de 1835, las fuerzas carlistas iban logrando un nivel de autonomía importante, consolidando un grado de disciplina y de organización general sin precedentes, bajo la autoridad de un mando único competente, como lo era Cabrera (rodeado a su vez de veteranos jefes experimentados). De hecho, a partir de estos momentos se podrá hablar, ya con plena propiedad, de la existencia de un auténtico ejército carlista del Maestrazgo, que se irá perfilando y fogueando cada vez más a lo largo de 1836. Piénsese que, bajo las órdenes directas del tortosino —nombrado comandante general interino del Bajo Aragón a inicios de noviembre del año anterior—, se van a crear toda una serie de puntos estratégicos a modo de estructura de apoyo capaz de auxiliar y avituallar a este naciente ejército: hospitales, una nueva academia militar para la instrucción de oficiales y un colegio de cadetes de artillería, almacenes de material y víveres, polvorines, depósitos de armamento, talleres textiles e, incluso, una pequeña maestranza. Dichos puntos se repartieron por todo el Maestrazgo, ubicándose en las zonas principales de actuación carlista. Pueden destacarse a comienzos de 1836 los establecidos en Beceite (Aragón), los localizados entre Horta de San Juan y Cenia (Bajo Ebro, Cataluña) y también en los alrededores de Benasal y Villafranca, en la alta montaña castellonense⁹⁰⁰.

La citada junta de guerra carlista adoptó la decisión de, con los tres batallones de Aragón, Valencia y Tortosa, integrados por seis compañías, formar una división al mando de Llagostera. Además, se agregó a la misma la totalidad de la incipiente caballería carlista maestratense, a las órdenes del coronel Manuel Añón. Sin embargo, pese a estas medidas claramente indicadoras de su fortalecimiento, la suerte de los carlistas no cambió de signo: a comienzos de enero de 1836 en un lugar a mitad de camino entre La Cenia y La Jana (Tarragona), fueron de nuevo sorprendidos por el enemigo, sufriendo especialmente la caballería de Añón —acampada en las proximidades para avituallarse—, viéndose obligados a retirarse de nuevo hacia su refugio en los puertos de Beceite, no sin sufrir numerosas bajas. Ferrer apunta que la descrita regularización de las fuerzas de Cabrera ya había dado comienzo, como demostraría que la mayoría de los muertos carlistas en el revés de La Cenia/La Jana (que eran mayoritariamente catalanes), vestían todos chaquetas encarnadas, claro indicio de que el tortosino había iniciado ya la uniformización de sus soldados⁹⁰¹.

⁸⁹⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 58, 63 y 97.

⁹⁰⁰ *Ibidem*, tomo XI, pp. 57-58; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 80-81 y Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 283-284.

⁹⁰¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 58-59. José Alberto Rodrigo Fernández estima los efectivos de este incipiente ejército carlista del Maestrazgo en unos 6.000 hombres; recién constituido, afirma que sus soldados aún estaban

A la vista de estos nuevos reveses, el caudillo carlista comprendió que la formación de columnas regulares, máxime si no eran muy numerosas y entrenadas, no podían dar el resultado esperado en esta fase de la guerra y por ello cambió de nuevo de táctica: ordenó fragmentar otra vez sus tropas en pequeñas partidas, con la orden de no arriesgarse en ninguna acción y permanecer bien alerta en sus bases. Además, deberían presentarse todos inmediatamente al primer aviso de concentración que recibiesen de Cabrera. Mientras tanto, el exseminarista estableció su cuartel general en la masía de Cardona (en el término de Vallibona, comarca castellanense de Los Puertos de Morella), al abrigo de cuya geografía montañosa y entre paisanos de máxima confianza, siempre contó con un refugio seguro. Sólo le acompañaban dos ayudantes y una escolta personal de seis jinetes. Estableció una red de espías para permanecer en comunicación permanente con las partidas y al tanto de los movimientos de las fuerzas enemigas, a la vez que preparaba un golpe de mano sobre Peñíscola. Estas disposiciones dieron ahora excelentes resultados, pues creyendo el gobierno de Madrid que la dispersión carlista era resultado de la desmoralización, continuó con la ya comentada desescalada en el territorio maestratense, reduciendo sus efectivos sensiblemente. Pronto volverá este teatro de operaciones a recuperar toda su importancia, para desgracia cristina⁹⁰².

Enterado Cabrera por un confidente que sus planes de atacar Peñíscola se habían malogrado, y también que una columna enemiga recorría el corregimiento, el 22 de enero el tortosino reunió un contingente de mil infantes y once jinetes. Al día siguiente, los dirigió a La Galera (Tarragona), donde una tropa cristina de 1.500 infantes y 50 soldados de caballería se hallaban dentro del pueblo —ignorantes por completo de la proximidad e intenciones de los carlistas—, preparándose para marchar. El jefe carlista esperó a que los cristinos emprendiesen camino hacia Tortosa y los siguió sigilosamente, con sus cazadores tortosinos en vanguardia. En el puente del Alcance, a unos cuatro kilómetros de su destino, los legitimistas lograron apoderarse de todos los bagajes enemigos, momento en el que el comandante cristino se percató de que les perseguían: Cabrera, empuñando su temible bastón y al frente de los cazadores que le acompañaban, cargó sobre los enemigos. El terror se apoderó de los soldados de la Reina, que huyeron en desbandada buscando los muros de Tortosa o se precipitaron al Ebro, donde muchos perecieron ahogados. La artillería de esta plaza hostilizó a los atacantes, al tiempo que una columna de auxilio salía de la plaza, pero los carlistas se replegaron ordenadamente y satisfechos, añadiendo a su botín, además, las contribuciones cobradas por los cristinos. Se había roto la mala racha legitimista, evidenciándose la rapidez con que sus fuerzas podían resurgir y recuperarse aun de los mayores fracasos. Dirigiéndose hacia los puertos de Beceite, el exseminarista mandó de nuevo a

deficientemente armados y peor uniformados. Ver Rodrigo Fernández, J.A. *Cabrera y su ejército. La Primera Guerra Carlista (1833-1840)*. Valladolid: Galland Books, 2019, pp. 21-22. Por su parte, Córdoba señala que en diciembre de 1835 los efectivos de Cabrera ascendían a 7.665 soldados y 659 caballos. En Córdoba, B. *Vida militar y...* op. cit., tomo II, p. 309.

⁹⁰² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, p. 60.

las partidas dispersarse, con la orden de volver a reunirse en ese mismo lugar el 2 de febrero⁹⁰³.

Poco después, un par de alcaldes cristinos (los de Valdealgorfa y Torrecilla de Alcañiz, ambos en la provincia de Teruel), que dieron aviso de sus movimientos a las tropas de la Reina, además de negarle víveres, fueron fusilados por Cabrera, conforme a un bando publicado el 24 de noviembre pasado⁹⁰⁴. En represalia, el brigadier Noguerras, comandante de Teruel, ordenó fusilar a la madre de Cabrera. El gobernador de Tortosa, donde se hallaba presa, incrédulo ante la mencionada atrocidad de fusilar a una anciana indefensa e inocente, pidió a Mina (capitán general de Cataluña), que confirmase esta disposición, ratificada por éste el 13 de febrero. De hecho, no era la primera vez que se adoptaba una medida draconiana de este tipo; probablemente el eco alcanzado por esta disposición, incluso fuera de España, se debió a que no era Cabrera persona capaz de dejar impune semejante tropelía; de entrada, fueron pasadas por las armas cuatro mujeres de cristinos que tenía detenidas como garantía de la vida de su madre. Bullón afirma no creer que el caudillo carlista cumpliera el terrible bando de represalias que firmó inicialmente, fechado en Valderrobles (Teruel) el 20 de febrero —donde se contemplaba fusilar hasta un total de treinta mujeres del enemigo—, pero es indudable que el fusilamiento de la madre de Cabrera marcó un punto de inflexión en la guerra: a partir de este momento adquirió un carácter aún más cruel y sanguinario, si cabe, lo que supuso un endurecimiento sin precedentes. Sellaba la guerra sin cuartel, en la que sólo era posible ya la victoria o la muerte. Urcelay afirma que Cabrera se sentirá a partir de entonces «con la misión de un azote de Dios, de un genio exterminador» y pronto será conocido como «El Tigre del Maestrazgo»⁹⁰⁵. Hasta el gobierno de Madrid acabó entendiendo que era imposible sostener su postura inicial de apoyo a los ejecutores, por lo que Mina no tardó en presentar su dimisión y Noguerras fue relevado del mando⁹⁰⁶.

Cabrera fue nombrado entonces brigadier de infantería, claro indicio de la gran reputación de que gozaba tanto en el cuartel general de Don Carlos como entre sus tropas. A comienzos del mes de marzo, ordenó al coronel Añón que emprendiesen una incursión por las tierras de la Plana Alta castellonense, Teruel, Guadalajara y Cuenca, al frente de una columna cuyo segundo jefe era Forcadell. Esta pequeña unidad de 6 compañías de infantería y 268 caballos realizó una correría relámpago por dichas zonas, retornando en perfecto orden y sin ningún contratiempo. El 14 de marzo, se reunió de nuevo el recién

⁹⁰³ *Ibidem*, tomo XI, pp. 61-62 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 84-85.

⁹⁰⁴ Bullón comenta que los alcaldes que ayudaban a los cristinos eran fusilados por los carlistas, y los que colaboraban con éstos por los cristinos, por lo que será fácil de comprender que este cargo fuese muy poco deseado; así, se llegaron a establecer en riguroso turno (con tácito consentimiento de las respectivas autoridades), corporaciones municipales que actuaban durante la ocupación carlista y otras que lo hacían durante la cristina. En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 318.

⁹⁰⁵ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 85-88.

⁹⁰⁶ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 318-319. Una narración pormenorizada sobre las circunstancias, los responsables y las consecuencias del fusilamiento de la madre de Cabrera puede consultarse en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 62-87.

ascendido brigadier carlista con Añón en Villarluengo (Teruel), desde donde ambos marcharon al frente de un poderoso contingente de 4.000 infantes y 200 caballos en dirección a las tierras de la turolense Sierra de Arcos. Tras recorrer diversas poblaciones, en Híjar sostuvieron un encuentro con la columna cristina del coronel Churruca, que acabó con la retirada de éste. Comenzaba ya a ser patente el ambicioso plan de Cabrera, consistente en ensanchar progresivamente el radio de sus operaciones, aprovechando la insuficiencia de tropas cristinas para atender al mismo tiempo la guerra en los frentes del Norte y de Cataluña, las guarniciones en las ciudades que amenazaban insurrecciones por entonces y los muchos puntos donde las tropas realistas reclamaban cada vez mayor atención (tal como como sucedía en el Maestrazgo carlista)⁹⁰⁷.

A principios de marzo, Cabrera y Torner unieron sus fuerzas para sitiar Gandesa (Tarragona), liberada poco después por el cristino Iriarte, que el día 17 se apoderó de los almacenes y hospitales construidos por los carlistas en la zona tarraconense de Cherta. Las posteriores derrotas de Torner en Arnés y Ribarroja, situadas en el límite entre tierras aragonesas y de Tarragona, provocaron la disolución de la junta constituida por él, así como que buena parte de sus combatientes catalanes se incorporasen a las filas del tortosino. Éste continuó con su decidido plan de expansión operativa, iniciando una serie de incursiones, desarrolladas a finales de este mes por la turolense Rubielos y la importante villa de Liria (invadiendo así la Huerta del Turia y del Guadalaviar valencianas, territorio rico y poco favorable a los carlistas hasta ahora). El principal objetivo era requisar armas, caballos y dinero, de los que tan necesitados estaba el ejército del Maestrazgo. Tras entrar en la primera y tomar por sorpresa la segunda, pese a estar fortificada, quedó en poder de las tropas carlistas un importante botín: 109 fusiles, 207 caballos, monturas, lanzas, así como numerosas tercerolas, sables, pistolas y otras armas⁹⁰⁸.

Seguidamente, los hombres de Cabrera continuaron la marcha, aunque la llegada de un fuerte ejército enemigo al mando del capitán general de Valencia, Palarea, le impidió seguir avanzando en su incursión por La Huerta de la provincia de Valencia. Al poco, el caudillo carlista cayó enfermo, pero esto no le impidió salir al encuentro de las tropas cristinas, sufriendo un serio revés en Chiva (Valencia) el 2 de abril. El contingente legitimista se retiró entonces hacia el noroeste, rechazando Cabrera el consejo de sus subordinados de abandonar a los heridos para salvar las armas e ir así más deprisa: por el contrario, ordenó deshacerse de algunos efectos y pertrechos superfluos a fin de dedicar los transportes a los combatientes que lo necesitaran —incluso cedió su caballo a un soldado que, con los pies destrozados, no podía continuar—. Además, el flamante brigadier logró reunir por la noche a los dispersos utilizando hogueras y, tras vadear un barranco con sus hombres (ayudándoles a cruzar la corriente

⁹⁰⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 42-43 (especialmente, para el análisis de la incursión de las tropas del coronel Añón) y 87-92; también en Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp.89-90.

⁹⁰⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 90-92; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 319 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 90.

metido él mismo en el agua durante casi dos horas), llegó el 3 de ese mes a Sot de Chera (Valencia). Aquí creó una partida, seleccionando entre sus hombres a todos los valencianos, para que fomentasen y asentasen la sublevación carlista de la zona. Como jefe, fue elegido Miguel Sancho, alias «el Fraile de la Esperanza», a cuyas órdenes puso algunos oficiales, 60 infantes y 6 caballos. A continuación, se encaminó a Andilla y penetró en Aragón, llegando hasta Fortanete (Teruel), donde se reunió con el coronel Quílez⁹⁰⁹.

Hacía tiempo que Cabrera tenía un proyecto para Cantavieja y al saber por entonces que el enemigo pretendía fortificarla, aceleró sus planes de contar con una plaza fuerte que le sirviese de centro de operaciones en pleno Maestrazgo. Una base donde llevar a cabo la instrucción de los numerosos nuevos voluntarios que se le incorporaban, dotada de hospitales, depósito de víveres, fábricas de pólvora y otras instalaciones para la necesaria intendencia de un ejército que empezaba ya a ser numeroso y a disponer de un cierto grado de organización. En consecuencia, se dirigió a comienzos de abril con el máximo sigilo a Cantavieja, acompañado solamente de dos ayudantes y con los seis jinetes-ordenanzas de escolta habitual, para reconocer el lugar y valorar sus posibilidades. Ante la premura y la precipitación de los acontecimientos, antes de que algún jefe enemigo advirtiese sus intenciones y se anticipase, el caudillo carlista decidió que sus tropas ocupasen la localidad, lo que se llevó a cabo casi sin resistencia⁹¹⁰.

A los quince días, Cabrera tenía sus murallas ya reparadas tras una fortificación a marchas forzadas, que dirigió personalmente. De este modo, Cantavieja se convertía en capital del Maestrazgo carlista, emprendiéndose la construcción y puesta en funcionamiento de las dependencias mencionadas supra. Mientras se conformaba la ansiada plaza fuerte, un nuevo suceso vino a reforzar la creciente fortaleza del caudillo tortosino: Torner sufrió un descalabro por entonces en Horta (Tarragona), que le hizo cruzar el Ebro para intentar incorporarse a las fuerzas carlistas de Cataluña. Pero ante las numerosas deserciones de sus hombres —cuya desnudez y hambre les impulsaba a retornar a los pueblos próximos con sus familias—, el jefe guerrillero catalán ordenó al capitán Benito Lluís que reuniese a todos los huidos y los presentase a Cabrera (tal como había hecho ya José Papaceit anteriormente en una primera tanda). A consecuencia de esta desintegración de la potente columna catalana de Torner —formada por unos 1.500 hombres—, un total de 817 desertores de la misma se presentaron a Cabrera, reforzando así su ejército. Unido este hecho a la fortificación de Cantavieja, supuso una considerable potenciación del creciente poder militar del carlismo maestratense. Por otro lado, las fuerzas

⁹⁰⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 92 y 94-97 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 90-91.

⁹¹⁰ Cantavieja (localidad turolense en el Alto Maestrazgo), reunía entonces condiciones idóneas como plaza fuerte para ser utilizada como base: situada en un terreno montañoso, con algo más de 2.000 habitantes, rodeada completamente de antiguas murallas y con un castillo sobre un escarpado peñasco, constituía un baluarte natural de difícil acceso. En manos del enemigo cristino, hubiese constituido una grave amenaza en el mismo centro del teatro de operaciones principal de Cabrera. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 98-99 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 91-92.

legitimistas dominaban ya una amplia zona delimitada por el Ebro, al norte, continuando por el Guadalupe y el río Mijares, llegando a Benicarló (Castellón), junto al Mediterráneo, en el sur, y hasta las estribaciones de Teruel en el oeste. Este territorio carlista abarcaba las provincias de Teruel, Castellón, parte de la de Valencia y los confines de la de Tarragona (sobre todo, el Bajo Ebro) y el este de la de Cuenca, en una circunferencia de unas cien leguas⁹¹¹.

El caudillo carlista resolvió entonces organizar a los combatientes catalanes procedentes de las desintegradas filas de Torner en dos batallones, que tomarían el nombre de 1º y 2º de Mora, respectivamente, y que tanta gloria alcanzarían durante el resto de las campañas del ejército del Maestrazgo bajo sus órdenes. Por su parte, José Papaceit fue nombrado comandante del primer batallón, y Ramón O' Callaghan será designado como jefe del segundo. El 20 de abril los carlistas organizaron una nueva incursión en busca de víveres, calzado y dinero por diversos pueblos de las provincias de Teruel, Cuenca y Valencia, regresando a Cantavieja donde se depositó el copioso botín requisado. Inmediatamente, Cabrera visitó a los enfermos del nuevo hospital que comenzaba a poner en marcha. Además, el 1 de mayo Llagostera invadía Caspe (Zaragoza), apoderándose de abundantes recursos y replegándose inmediatamente. Por su parte, el coronel Quílez dispersaba una nutrida columna cristina en la turolense Ejulve, donde hizo 157 prisioneros. El 10 de mayo, Miralles sostenía un vivo combate en Ademuz, provincia de Valencia, pero falto de municiones hubo de retirarse⁹¹².

Mientras tanto, Cabrera preparaba otra incursión por tierras de la provincia de Valencia, tras los buenos resultados obtenidos en la campaña sobre Chiva y Liria. Su intención ahora era caer sobre los puntos fortificados de la ribera valenciana para continuar proveyéndose de los tan necesarios recursos. La emprendió el 16 de junio partiendo de Cantavieja, al frente de sólo dos batallones y 40 caballos: pasó por Rubielos de Mora (Teruel), entrando rápidamente en la provincia de Valencia, donde recorrió Villar del Arzobispo, Buñol, Yátova, Macastre y otras poblaciones de los alrededores. A su regreso, intentó una sorpresa sobre Segorbe (Castellón), frustrada al informarse de que su guarnición había sido reforzada, por lo que el exseminarista decidió en principio regresar a su base para salvaguardar el producto del botín requisado. Pero poco después se enteró de que la columna cristina del coronel Iriarte estaba recaudando contribuciones en el corregimiento de Tortosa, por lo que decidió marchar a impedirselo. Se dirigió hacia allí sigilosamente y el día 18 de ese mes consiguió sorprender en Ulldecona (Tarragona) a la fuerza enemiga, causándole

⁹¹¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 98-99; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 319-320 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 89-93.

⁹¹² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 99-100; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 93 y Rodrigo Fernández, J.A. *Cabrera y su...* op. cit., p. 11.

numerosos muertos, así como haciendo 50 prisioneros, pasados por las armas poco después. Además, se apoderó de 549 fusiles y nueve cajas de guerra⁹¹³.

Esta sonado triunfo carlista elevó todavía más el prestigio de Cabrera y, en los ocho días siguientes, 400 mozos tortosinos se alistaron en sus filas, además de generar un gran entusiasmo en toda la zona entre los defensores de la legitimidad. Lógicamente, en el bando contrario, el descalabro cristino y sus terribles consecuencias generaron el consiguiente terror por las magnitudes que empezaba ya a alcanzar la guerra civil en este teatro de operaciones: baste citar en este sentido el caso de los voluntarios carlistas de Ulldecona (a los que el tortosino había dado el habitual permiso para “mudarse la camisa”, es decir, descansar en el pueblo y visitar a sus familiares), y a quienes el general Palarea, conecedor de la derrota de Iriarte, sorprendió en dicha localidad, los prendió y fusiló sumariamente⁹¹⁴.

A la vista de todo lo anterior, se puede deducir claramente que la guerra en el Maestrazgo —y en sus límites con Cataluña, la provincia de Valencia y parte de La Mancha—, incrementó sustancialmente su escalada a lo largo del primer semestre de 1836. El gobierno de Madrid, reconociendo que Cabrera y sus fuerzas ya no eran simples guerrilleros (y mucho menos vulgares bandoleros o “latrofaciosos”, como eran tildados hasta poco antes), se decidió por fin a reunir las tropas cristinas de las mencionadas zonas bajo un mando único, formando con ellas el denominado Ejército del Centro, puesto ahora a las órdenes del general Montes. En contraposición, también las fuerzas armadas carlistas aumentaban y se reorganizaban. Por ejemplo, aquella partida que el propio Cabrera había constituido en la provincia de Valencia a comienzos de abril (a las órdenes de Miguel Sancho, alias «el Fraile de la Esperanza», con 60 infantes, 6 caballos y algunos oficiales como núcleo inicial), se transformará ahora en el Primer Batallón del Cid de la División del Turia; esta nueva unidad irá adquiriendo con el transcurso de la guerra justa fama de aguerrida, al igual que los también recientemente formados batallones catalanes de Mora, o sus restantes Divisiones: la de Aragón, Valencia y Tortosa. La administración militar carlista de Cantavieja empezaba ya a ordenar y estructurar estas crecientes fuerzas, dotándolas de todo lo necesario para combatir, cuidando de imprimirles cada vez más el sello regularizador propio de un verdadero ejército, como lo era ya el de Cabrera a estas alturas de la guerra⁹¹⁵.

⁹¹³ Ferrer afirma que entre las fuerzas cristinas que comandaba Iriarte figuraban dos compañías de cuerpos francos, compuestas en su totalidad de gente natural de la comarca: es ya sabida, la especial animadversión que estos mercenarios de dichas unidades irregulares despertaban entre las tropas carlistas (y en esto, Cabrera no era una excepción, bien al contrario), por lo que no les daban nunca, ni tampoco esperaban, cuartel. Consecuentemente, todos sus miembros fueron pasados a cuchillo. Para más detalles de estas razias carlistas, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, p. 106 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 94.

⁹¹⁴ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 94-95.

⁹¹⁵ Sobre el imparable aumento de la potencia del ejército de Cabrera, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 107-109; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 318-319; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 95-96 y Rodrigo Fernández, J.A. *Cabrera y su...* op. cit., pp. 9-11.

El 6 de julio el caudillo carlista se presentó ante Gandesa (Tarragona), al frente de tres batallones, un escuadrón y dos piezas de a cuatro, fundidas en la maestranza de Cantavieja —en lo que suponía el bautismo de fuego de la todavía rudimentaria artillería carlista del Maestrazgo—. Los sitiados resistieron heroicamente durante cuatro días, hasta que Cabrera optó por retirarse, al comprobarse que las primitivas piezas de artillería, en las que había basado el asedio, eran claramente defectuosas, no sin lamentar varias decenas de bajas. No obstante, la estrategia del exseminarista de atacar en puntos muy dispersos daba abundantes frutos, al ser imposible para las fuerzas cristinas acudir al mismo tiempo a todos los fuertes cuyas guarniciones requerían socorro. El resultado fue el abandono de algunos de las mencionadas plazas fortificadas, la desmoralización del bando enemigo y el profundo malestar en el alto mando gubernamental, como prueba la destitución del general Roten por parte del comandante en jefe del Ejército del Centro, a causa de no ser suficientemente agresivo con las tropas carlistas y por otros descuidos semejantes⁹¹⁶.

Cabrera regresó a Cantavieja, desde donde continuó haciendo incursiones en un radio de acción cada vez más amplio: así, unas veces sorprendía a las columnas enemigas, como hizo con la dirigida por el propio general Montes en Torre de las Arcas (Teruel), y otras entraba en distintos pueblos para recoger víveres, caballos y dinero, como los castellonenses Alcora, Villarreal y Onda; de paso, entrenaba y curtía a los reclutas de su ejército, cada vez más temibles para el enemigo, según testimonian los propios partes cristinos. A mediados de agosto, el caudillo carlista al frente de los batallones de Tortosa y Valencia se dirigió de nuevo contra Gandesa, siempre entre sus objetivos prioritarios. Tras una tentativa infructuosa, por la llegada de una columna de socorro, que obligó a los sitiadores a desistir, finalmente una noche de finales de ese mes Cabrera consiguió su anhelado deseo: tomó la localidad, donde tras permanecer unas cuantas horas, dejó una fuerza de observación en la plaza y marchó al día siguiente hacia la vecina Horta⁹¹⁷.

Por otro lado, las dificultades gubernamentales se hicieron evidentes pues, aunque durante algún tiempo se reforzó de forma considerable la iniciativa ofensiva cristina con la puesta en funcionamiento del mencionado Ejército del Centro —intensificando, especialmente, la persecución de las pequeñas partidas que aún pululaban por todo el territorio del Maestrazgo—, el movimiento juntista del verano de 1836 supuso la práctica paralización de todas las operaciones. De este modo, y en clara oposición a la situación del bando enemigo, Cabrera afianzaba cada vez más la organización y capacidad combativa de su ejército, haciendo gala de un creciente control sobre este teatro de operaciones. Las continuas acciones de recaudación de dinero y obtención de víveres se realizaban cada vez con mayor frecuencia y seguridad, afectando a un círculo de acción en continua expansión alrededor de los Puertos de Beceite (entre las provincias de Teruel, Castellón y Tarragona). Los carlistas maestratenses eran ya dueños indiscutibles del campo, mientras el sustancial incremento de sus

⁹¹⁶ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 96.

⁹¹⁷ *Ibidem*, p. 97.

tropas permitía la potenciación de partidas legitimistas de zonas limítrofes, como las de Cuenca. En estos días, Cabrera era ascendido a mariscal de campo⁹¹⁸.

Pese a ser sucesos que coinciden con el desarrollo de la expedición de Gómez, se anticipará aquí que Evaristo San Miguel, nuevo jefe del ejército del centro cristino dirigió sus movimientos inmediatamente a tomar Cantavieja. Pese a que en una primera fase fueron dificultados por dicha expedición (a la que el gobierno le ordenó perseguir), poco después la evolución tomada por la misma le facilitaba enormemente su objetivo, cuando Cabrera, Quílez y Miralles abandonaban su teatro habitual de operaciones, al frente de un importante contingente de 2.500 infantes y 550 jinetes, para incorporarse a los expedicionarios. El 30 de octubre San Miguel tomó Cantavieja, lo que supuso un grave contratiempo para el carlismo armado del Maestrazgo. Sin embargo, a pesar de ello, y de nuevas adversidades —como la destrucción por los propios carlistas de los fuertes de Beceite y Valderrobes, próximos objetivos de San Miguel—, debe tenerse en cuenta que las fuerzas carlistas del Maestrazgo terminaban este año con más de 7.000 hombres en campaña, o sea, más del doble de los que contaban en las mismas fechas de 1835 (época también de crisis para los legitimistas maestratenses). Un verdadero esfuerzo, especialmente meritorio si se añaden, además, el mencionado contingente del ejército del Maestrazgo unido a Gómez, cuya expedición les supuso grandes sacrificios y perjuicios⁹¹⁹.

Cambiando de escenario, durante la larga estancia de Merino en el Norte (15 diciembre de 1835/18 marzo 1838, durante la que permaneció agregado al ejército carlista norteño), las partidas guerrilleras en Castilla no interrumpieron en modo alguno su actividad combativa. Ya se analizaron las principales guerrillas castellanas y los lugares donde venían actuando desde fines de 1835, bajo las órdenes de Feliciano Blanco —como ya se sabe, uno de los hombres de mayor confianza del brigadier carlista—. Ahora, en el primer semestre de 1836 siguieron en campaña audaces y aguerridas partidas autóctonas, que mantenían en continua alerta y ocupadas a las fuerzas cristinas en la región, si bien en combates de escasa importancia. Además, no debe olvidarse que varias comarcas de las actuales Burgos, la Rioja y Cantabria limitan con el territorio vasco-navarro, por lo que dichas tierras fronterizas, objeto del natural deseo de expansión carlista y también base de operaciones cristina, serán escenario habitual de choques entre ambos ejércitos. Y esta tónica continuaría en los años siguientes, independientemente de si estuviese Merino o no. Tampoco se debe perder de vista que, en el periodo comprendido entre 1836 y 1838, recorrerán Castilla algunas de las divisiones expedicionarias más importantes de esta guerra. Ahora, a comienzos del mencionado año de 1836, se desarrolló la dirigida por el canónigo y coronel carlista Vicente Batanero y Palazuelo⁹²⁰.

⁹¹⁸ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 319 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 97-98.

⁹¹⁹ Córdoba, B. *Vida militar y...* op. cit., tomo II, p. 153.

⁹²⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, p. 8 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 267-268.

La expedición de Batanero salió de Mondragón el 23 de enero de este año, con 220 infantes y 52 caballos, entró en Castilla la noche del 28 al 29 para regresar a las Provincias el 6 de marzo. Es considerada por Bullón (conforme a estrictas consideraciones estratégicas), como una de las columnas expedicionarias menores: se trataría de un pequeño experimento táctico del alto mando carlista, además de un intento de Eguía de contentar a los partidarios de este tipo de guerra. Ferrer, por su parte, enumera una serie de razones que le permiten afirmar que no se trató de un fracaso carlista, sino de todo lo contrario: pese a lo exiguo de su contingente, en las semanas que duró su expedición, recorrió, sin apenas contratiempos, las provincias de Logroño, Soria, Guadalajara —según este autor, el momento más brillante de la breve campaña de Batanero, pues con su escasa fuerza se habría hecho casi dueño de la provincia—⁹²¹, Cuenca, Segovia, Valladolid, Burgos y Santander; consiguió regresar con su columna casi intacta y, además, cumplió su objetivo principal (más político que militar): levantar los ánimos de los carlistas santanderinos, riojanos, burgaleses y sorianos; contactar con los de Segovia, Guadalajara y Cuenca y preparar así el terreno para futuras operaciones más ambiciosas. En opinión de Ferrer, se trataría, por tanto, de una operación más que estimable desde el punto de vista militar⁹²².

En cuanto a La Mancha, Piralá subraya las numerosas guerrillas, muy móviles («tantas y tan bien montadas», que operaban en el primer semestre de 1836 por los montes y llanos manchegos⁹²³. Según Aparicio Asensio, había entonces zonas manchegas como el Valle de la Alcudia o la vecina Sierra Madrona, en la provincia de Ciudad Real, realmente infestadas de partidas realistas: en concreto, señala que «La Alcudia se hallaba “*enjambrada*” de carlistas»: sus cuarteles generales se encontraban en El Hoyo, Solana del Pino y San Lorenzo de Calatrava⁹²⁴.

Durante todo el mes de abril, el flamante comandante general de La Mancha, brigadier José Jara y García (junto con los principales jefes guerrilleros por entonces, Francisco María de Bernardo (a) «Chaleco», Ramón Rodríguez Cano alias «la Diosa», Antonio García de la Parra, «Orejita», Juan Vicente Rugeros (a) «Palillos» y Vicente Pérez Ventero, también conocido como «Ventero» o «Corulo»), bien solos o en actuaciones conjuntas, emprendieron una serie de campañas en las que invadían y sorprendían poblaciones, atacaban

⁹²¹ Para más información de la campaña del coronel Batanero, especialmente la desarrollada en la provincia de Guadalajara (con acciones como las de Trillo, Tierzo o las entradas en Sigüenza y Atienza), ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 35-41.

⁹²² Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 290 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 268. Otro análisis también detallado de la expedición de Batanero se puede ver en Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., tomo III, pp. 192-197 y, sobre todo, el de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 7-18 y 35-41.

⁹²³ Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., Tomo III, pp. 172-178.

⁹²⁴ Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 70. Coinciden con lo afirmado por Piralá y Asensio otras fuentes como Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 33-35 o Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 332.

columnas cristinas aisladas, realizaban requisas de armas, víveres y monturas o asaltaban diligencias: por ejemplo, el 22 de julio de 1836, las partidas reunidas de «Palillos», Manuel López (a) «Zumbido» y Peñuelas, detuvieron la diligencia de Andalucía en Venta de Cárdenas (Ciudad Real)⁹²⁵.

El 10 de abril, Jara sorprendía en Retuerta del Bullaque, en la misma provincia, a 50 soldados del Regimiento Provincial de Écija, que la guarnecían, los hizo prisioneros y se apoderó de su armamento y uniformidad. Las cabalgadas de las audaces partidas manchegas alcanzaron hasta el vértice de las provincias de Toledo con Madrid y Ávila, donde los carlistas aparecían de súbito en poblaciones como San Martín de Valdeiglesias o Torrelaguna (ambas de la provincia de Madrid). Fue el caso del ya citado «Ventero», que durante este mismo mes incursionó por la provincia de Madrid, entrando en Villamantilla; luego, atacó Aldea del Fresno, donde acudieron en socorro de los nacionales de esta población los de la próxima Chapinería. Igualmente, se dejaban notar las incursiones de Mariano Peco por la provincia de Ciudad Real, especialmente en la Sierra de Calatrava⁹²⁶.

Pío Baroja realizó una vívida, realista y bastante completa descripción de la organización, armamento, indumentaria y modus operandi de la partida de Juan Vicente Rugeros, (a) «Palillos, que puede considerarse como prototipo de estas partidas montadas de “escopeteros” o “tiradores”, grandes protagonistas de la guerra de guerrillas en La Mancha:

“Palillos ha sido muy famoso [...], Palillos padre, don Vicente Rugero (sic), era un viejo muy ladino. Tenía una partida muy bien organizada y muy militar. Ya lo creo. Y no piense usted que era fácil entrar en ella [...]. Para entrar en la partida se necesitaban muchas condiciones. Había que tener menos de treinta años, ser fuerte, buen caballista, estar acostumbrado a la vida del campo y no tener parientes ni amigos entre los cristinos [...]. Los jefes podían ser más viejos. Al que entraba en la partida se le hacían muchas preguntas, y luego se iba a comprobar lo que había dicho, y si algo no resultaba cierto, no se le admitía [...]. Todos íbamos igual. Se llevaba calañés alto, de pana o de terciopelo negro, adornado con algunas carreras de botones, medallas, cintas rizadas y un plumerito negro. La mayor parte usaba patillas. Se vestía marsellés corto, guarnecido de cinco botonaduras de monedas de plata, pesetas o reales columnarios. Algunos jefes lucían doblillas de oro, y en vez de calañés, boina blanca o sombrero redondo con funda de hule. Se gastaba calzón corto, de pana o terciopelo negro; ancha faja para el puñal y los cachorrillos; polainas de cuero y zapatos de una pieza. En el arzón del caballo se ponían las pistolas y el trabuco [...]. Cuando Palillos se proponía sacar contribuciones en una comarca, dividía su caballería en partidas de treinta o cuarenta hombres; ocupaban todos los lugares en un espacio de seis a ocho leguas cuadradas. Cada paisano debía suministrar todo lo necesario para un jinete y un caballo. Los pueblos se veían obligados a entregar a Palillos la misma contribución que pagaban al Gobierno de la reina. Entrábamos nosotros en un lugar y lo primero, para que nadie tocara a rebato y diera la señal de alarma, nos apoderábamos de la torre de la iglesia y poníamos en el campanario un centinela. El centinela observaba cuanto pasaba a larga distancia, y si veía algo tocaba la campana, y, según las campanadas, nos

⁹²⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 33-35 y Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 20-21 y 83.

⁹²⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 43-46.

entendíamos. Era como la línea del telégrafo de señales del Gobierno. Así, don Vicente Rugero sabía con rapidez si aparecía el enemigo y por donde”⁹²⁷.

Dos monografías de especialistas en el estudio de los ejércitos y las guerrillas carlistas coinciden de un modo bastante exacto en la descripción de Baroja. Si acaso, la complementan en el aspecto del armamento: señalan que era muy habitual que fuesen equipados también, aparte de con los mencionados cachorrillos —dos, usualmente dentro del bolsillo del pantalón—, con un puñal, dos pistolas más largas y el trabuco, además de un sable de caballería (en vaina pendiente de un cinturón ancho con cartuchera para veinte cartuchos, donde podían ir sujetas igualmente las dos pistolas de cañón largo), y además uno o dos trabucos, que podían ser sustituidos por una escopeta. Las armas largas solían colocarlas en el arzón de la silla de montar, en sólidas tapafundas, también aptas para guardar las pistolas de cañón largo. Por lo tanto, iban armados hasta los dientes, como se subraya en estas obras, sin duda, mejor y más fuertemente que los mismos soldados de cualquiera de los ejércitos carlistas y, por supuesto, que la gran mayoría de las guerrillas legitimistas, entre las que constituían una gran excepción en este aspecto. También se detalla que era corriente que calzasen botas de montar con grandes espuelas⁹²⁸.

Partidas como las descritas supra, lideradas por jefes veteranos y osados, particularmente Mariano Peco «la Diosa», «Palillos» y, sobre todo, «Orejita», a finales de este primer semestre de 1836 desgastaban continuamente al enemigo: eran capaces de causarle múltiples bajas y luego desaparecían como por arte de encantamiento, sin que fuese posible averiguar el lugar donde se ocultaban. Su gran movilidad les permitía reunirse de nuevo a conveniencia en cualquier otro lugar para emprender de nuevo atrevidas cabalgadas, en las que ejecutaban sorpresas, emboscadas o incursiones cada vez más audaces y devastadoras. De este modo, obligaban al bando cristino a fijar en La Mancha un número cada vez mayor de fuerzas, con lo que ayudaban indirectamente a las operaciones carlistas que se llevaban a cabo por entonces en otros teatros de operaciones⁹²⁹.

Por lo que respecta a Cataluña, no se podrá subrayar lo suficiente el dañino efecto que produjo la división crónica entre los principales jefes guerrilleros en la potente insurrección armada carlista en esta zona, de clara e

⁹²⁷ Baroja, P. *La nave de los locos*. Madrid: Caro Raggio, 1980, pp. 283-285.

⁹²⁸ Canales Torres, C. *La primera guerra carlista 1833-1840. Uniformes, armas y banderas*. Madrid: Medusa Ediciones, 2000, pp. 154 y 192, y Esposito, G. *Armies of the First Carlist War. 1833-1839*. New York: Osprey Publishing, 2017, pp. 31 y 46-47. Por otro lado, el poco habitual equipamiento de estos combatientes carlistas —al que había que añadir además todo lo necesario para las monturas—, que les confería, como se dijo, una gran potencia de fuego, era posible porque, tal como señala Pirala, solían ser los jefes de partida manchegos con medios económicos quienes sufragaban dicho material de su propio bolsillo. En el caso de «Palillos», Asensio Rubio destaca su condición pudiente: ya en 1820 (recuérdese que intervino en la campaña realista), era agrimensor y hacendado, poseía una fábrica de vinos y aguardientes en su Almagro natal, y también consta que comerciaba con ropas. Ver Pirala, A. *Historia de la...op. cit.*, tomo III, p. 172 y Asensio Rubio, M. *El carlismo en...op. cit.*, p. 77.

⁹²⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...op. cit.*, tomo XI, p. 47.

indiscutible raigambre popular. Esa falta de unidad aumentó todavía más con la salida de Guergué (recuérdese que, aunque se había nombrado como sucesor al general Ignacio Brujó, también el coronel José Juan de Torres se creía legitimado para el puesto). Mientras tanto, Mina había sido designado nuevo capitán general de Cataluña en sustitución de Llauder. De acuerdo con su costumbre, promulgó a finales de 1835 un bando durísimo donde declaraba en estado de sitio toda la región y anunciaba que haría pasar por las armas a cuantos colaborasen de cualquier modo con los rebeldes, cuyos parientes serían confinados: más aún, responderían con sus bienes de los daños que pudiesen ocasionar las partidas legitimistas; además, si éstos no fuesen suficientes para cubrir los daños causados, se tendrían que hacer cargo de ellos de forma proporcional aquellas personas señaladas como notoriamente desafectas al régimen cristino, según calificación de los ayuntamientos catalanes⁹³⁰.

Desde finales de 1835, las operaciones bélicas se centraban en torno al santuario de Nuestra Señora del Hort, ubicado en las alturas que dominan el ilerdense Valle de Lord. Allí, el brigadier Ramón Samsó (comandante general interino de las fuerzas carlistas catalanas) había establecido un hospital y un depósito de prisioneros, al amparo de sus formidables posiciones defensivas, a la vez que organizaba el dispositivo defensivo de la plaza. Aparte de la significación militar que el lugar tenía para los legitimistas, el sitio iniciado ahora de Nuestra Señora del Hort provocaría nuevas algaradas en Barcelona —donde el 29 de diciembre los cristinos asesinaron a más de cien prisioneros carlistas que se hallaban repartidos entre la Ciudadela, Atarazanas, Canaletas y el Santo Hospital—. Mientras tanto, los duros combates continuaban en torno al santuario, donde por orden de Brujó se van a ir concentrando casi todas las tropas carlistas de Cataluña. Pero los cristinos también habían ido acumulando las suyas y, al fracasar los carlistas en su intento de evitar que los sitiadores recibiesen nuevos refuerzos, buena parte de los refuerzos enviados allí para intentar apoyar a los sitiados se vieron forzados a abandonar la empresa. Así, el 23 de enero de 1836 la guarnición asediada trató de escapar, pero el enemigo fue advertido por los gritos de los prisioneros cristinos (que, obviamente, no habían sido fusilados), con lo que solamente un pequeño grupo logró fugarse. A los cuarenta heridos carlistas asesinados por los cristinos al ocupar el hospital, hay que sumar el fusilamiento sumarásimos de los ciento setenta capturados durante el intento de huida⁹³¹.

Según Mundet, el hecho de que entre las fuerzas cristinas ocupantes hubiera una gran mayoría de milicianos y de cuerpos francos, unido al ya característico (por atrabiliario) modo de hacer la guerra practicado por Mina, fueron los causantes de unos excesos y atrocidades difícilmente justificables: escenas bárbaras como la de la mujer de un carlista, ajusticiada de un tiro en la cabeza, cuando llevaba en brazos a un niño de teta, al que se dejó caer de sus brazos, llorando, un largo trecho; o la terrible muerte del jefe carlista, Josep

⁹³⁰ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 325 y 207-208.

⁹³¹ El asedio y toma de Nuestra Señora del Hort está basado en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 123-145 y Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 117-128.

Miralles, fusilado y cuyo cadáver fue ultrajado y descuartizado delante de su mujer, seguido del fusilamiento *in situ* de todos los presos legitimistas convalecientes en la enfermería⁹³².

Como si trataran de devolver el golpe recibido y de compensar esta pérdida cuanto antes, y a pesar de lo adverso de la estación, las fuerzas carlistas van a desplegar a partir de entonces una frenética actividad, demostrando una capacidad operativa y una movilidad inusitadas. A finales de febrero Torres sorprende a parte de la columna cristina de Azpiroz en Perutillo (Basella, Lérida), donde logró una de las más importantes victorias carlistas, causando más de 300 muertos y haciendo más de 500 prisioneros al enemigo. Los esfuerzos legitimistas se dirigen ahora a tratar de conseguir un nuevo centro de operaciones, pero pese a los éxitos parciales los puntos ocupados han de ser rápidamente desalojados ante la presión de las tropas cristinas; además, las sempiternas rencillas entre los diversos jefes realistas provocaban el cansancio y el desaliento de los pueblos y los numerosos voluntarios de su bando⁹³³.

El 7 de marzo de 1836 la Junta de Cataluña, presidida por el citado Samsó, envió una representación al Pretendiente informándole del estado de la guerra en el Principado, pidiéndole que enviase un jefe militar de prestigio, apoyado por una nueva expedición. Lo cierto es que podría criticarse la falta de respuesta adecuada ofrecida en este caso por el alto mando carlista del Norte, pues es indudable que una nueva expedición a la región catalana podría haber sido más beneficiosa en estos momentos que muchas de las emprendidas posteriormente. Sin embargo, aunque ésta no tuvo lugar, no por ello los realistas catalanes fueron abandonados a su suerte: el dos de junio Don Carlos procedió a formar una nueva junta y a nombrar otro comandante general para el territorio catalán, cargo que recayó en Rafael Maroto. Por lo demás, cruel y despiadada, sin cuartel y a muerte, tal como había sido desde sus mismos inicios (y también como lo había sido durante la campaña realista y la Revuelta de los *Malcontents*), la guerra seguía su curso implacable.

El 15 de marzo de 1836 las fuerzas conjuntas del coronel Torres y de Benito Tristany, unos 6.000 hombres según el parte cristino, sostuvieron en las alturas del Bruch (Barcelona), un duro combate con varias compañías del batallón de Cazadores de Oporto, mandados por el coronel Osorio. Las pérdidas carlistas fueron mínimas, mientras los cristinos hubieron de lamentar varias bajas y cincuenta prisioneros. Por otro lado, el 28 de mayo Antonio Borges —uno de los más prestigiosos jefes carlistas— era derrotado en Santa María de Meyá (Lérida) por Niubó, y fusilado pocos días más tarde en Cervera. Su puesto fue ocupado por su hijo, José, que años más tarde sufriría la misma suerte: y aún hubo un tercer Borges alistado en las filas carlistas, el otro hijo, también llamado Antonio. A finales de mes, Torres emprendió la retirada hacia Navarra con las tropas que aún le quedaban de la expedición de Guergué (entre ellas, los navarros del Batallón de Guías y el Batallón de Barbastro del canónigo y coronel

⁹³² Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 129.

⁹³³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 147-151 y Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 129-134.

Mombiola, indiscutiblemente, las mejor instruidas de las que operaban entonces en Cataluña), pero fue sorprendido por tropas cristinas entre Huesca y Barbastro y fusilado sumariamente en Jaca. Mundet subraya que por estas fechas se produjo la destrucción de la fábrica de pólvora que los carlistas tenían en Can Ribas de Ardévol (Lérida), pero poco después volverá a ser reconstruida y entrar en funcionamiento de nuevo⁹³⁴.

Por fin, el 31 de agosto de 1836 se va a producir, a través de Francia, la llegada del general Rafael Maroto al Principado. Junto con él, también se incorporaron el brigadier barón de Ortafá, que iba como su segundo, el exintendente de Cataluña en tiempos de Fernando VII, Pedro de Alcántara Díaz de Labandero —nombrado por Don Carlos para el mismo empleo y el de vicepresidente de la Junta carlista catalana—, y el también brigadier Blas María Royo, que conocía sobradamente la región por haber sido jefe de estado mayor de Guergué. A sus órdenes quedaban unas fuerzas legitimistas reducidas ahora a unos 11.000 hombres, cuya instrucción (si de tal puede hablarse) y dotación material dejaban mucho que desear⁹³⁵.

El 7 de septiembre Maroto se estrenaba ordenando el asedio de Prats de Lluçanès (Barcelona), viéndose forzado a levantarlo ante la derrota de las fuerzas carlistas que trataron de impedir la llegada de una columna de socorro enemiga. Sin desanimarse por ello, dedicó los días siguientes a la instrucción de los batallones que estaban a sus órdenes inmediatas, consiguiendo dotarles de una disciplina tan rigurosa como la de la elitista División de Vanguardia formada dos años después por el conde de España (Bullón señala que ello era debido a que estos cuerpos habían sido previamente ordenados y regimentados por el coronel Torres). Sin embargo, no pareció servirle de mucho, pues el 4 de octubre

⁹³⁴ El coronel Juan José de Torres pertenecía al ejército carlista del Norte, con el que regía el Convenio Elliot, que él había respetado escrupulosamente durante sus operaciones en Cataluña. Por lo tanto, su fusilamiento (como la terrible muerte sufrida por el coronel Juan O'Donnell en la ciudadela de Barcelona en enero de 1836), fueron solo algunos ejemplos de las múltiples transgresiones de que fue objeto este tratado por las autoridades cristinas. Como es obvio, provocó la aplicación de las lógicas represalias por las fuerzas carlistas, redundando todo ello en el continuo endurecimiento de una guerra ya sin cuartel y a muerte. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 151-168 y 189-192; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 131-133 y 154-156 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 326 (nota 405 a pie de página) y 327.

⁹³⁵ Pirala facilita un estadillo de las fuerzas carlistas de Cataluña, de fecha 15-04-1836, donde se indica que ascendían a 13.367 hombres. Posteriormente, recoge otro, correspondiente a unos cuatro meses más tarde (cuando entró Maroto en el Principado), donde señala que el Ejército Real de Cataluña constaba de cuatro divisiones, cuyos batallones estaban compuestos por las diversas partidas formadas desde el principio de la guerra. Estas divisiones, desplegadas cada una en una zona concreta, eran la de Gerona, bajo las órdenes del brigadier Brujó (con dos brigadas, dirigidas por Patricio Zorrilla y Pedro Grau); la de Lérida, comandada por el coronel Porredón, con dos brigadas (una de ellas, al mando de José Borges); la División del Centro, bajo el mando de Benito Tristany, cuyas brigadas dirigían Juan Cavallería y Clemente Sobrevías, y la División del Campo de Tarragona, a las órdenes del coronel José Masgoret. Dichas fuerzas no salían de sus distritos respectivos, en los que operaban con entera autonomía, salvo en aquellos casos especiales que requiriesen una actuación conjunta para atacar alguna columna enemiga, y una vez realizada, retornaban a ellos. En total, constaba de 10.600 infantes y 210 caballos. En Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo III, pp. 33 y 55-56. Para más información sobre las fuerzas carlistas catalanas durante 1836, ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 207-212 y 327.

era derrotado y muerto el barón de Ortafá en San Quirico de Besora, provincia de Barcelona, en una acción cuyo resultado fue atribuido por los carlistas catalanes a que no fue socorrido a tiempo por el propio Maroto.

Pero no sería la oposición de los jefes del Principado —que no consta que llegara a producirse—, lo que acabará motivando la salida de este general de Cataluña, sino el hecho de considerarse traicionado por no haber recibido los recursos con que esperaba poder contar cuando salió de Navarra. Así, tras hacer al intendente solicitudes de armamento y uniformes totalmente desorbitadas e imposibles de cumplir, Maroto abandonó territorio catalán el 5 de octubre, pretextando ir a ver a Don Carlos para notificarle la verdadera situación de la guerra en aquel teatro de operaciones, según él obligado a «dejar el mando de las fuerzas catalanas...no siendo de mi carácter llevar una vida desastrosa y digna sólo de un capitán de bandoleros»⁹³⁶. No debe extrañar que los catalanes abominaran de un jefe militar que les había dejado abandonados, y que en la corte del Pretendiente no se viese con buenos ojos a quien había puesto tan poco de su parte para cumplir la importante misión que le estaba encomendada. Por otra parte, en noviembre, la partida de Tristany sorprendió a la guarnición de Cardona (Barcelona), haciendo prisioneros a 81 soldados y a 4 guardias de las salinas próximas, fusilándolos poco después. También durante este mes, «*el Llarg de Copons*» destruyó el fortín de Montmaneu (Tarragona), apresando a sus 93 defensores⁹³⁷.

Era de esperar que los cristinos se sintiesen animados con la salida de Maroto, que fue sustituido por el general Blas María Royo, por lo que trataron de exterminar a los carlistas, aumentando el rigor contra los pueblos, como hizo el brigadier Gurrea en Pinós o en Navés (Lérida), que fueron incendiados hasta los cimientos. Táctica de tierra quemada a la que, por cierto, no fueron ajenas las guerrillas carlistas —como haría Porredón en Valencia de Aneu, Lérida—. En otro orden de cosas, progresivamente imposibilitado por una enfermedad que no tardaría en llevarle a la tumba, Mina era sustituido provisionalmente por el general Serrano Cuenca, que entre noviembre de 1836 y febrero de 1837, realizó una visita de inspección cuyo resultado fue comprobar que los carlistas controlaban la mayor parte de la montaña catalana, mientras que a los cristinos sólo les quedaba la posesión de algunas plazas fortificadas como Cardona. Pero incluso dicha posesión tenía mucho de ficticia, porque dichos fuertes estaban constantemente asediados por las partidas catalanas. El aprovisionamiento de víveres, las comunicaciones y los viajes debían hacerse con una fuerte escolta militar, desgastando así buena parte de las energías del ejército cristino. Pero además, los movimientos de estas columnas eran controladas casi permanentemente por las fuerzas carlistas, que las hostilizaban a placer. Ferrer incluso amplía el dominio carlista de la región catalana a otras comarcas, tales

⁹³⁶ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 328.

⁹³⁷ La fugaz e improductiva campaña de Maroto puede consultarse en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 179-187; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 150-165 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 327-328.

como la del Urgel y la Segarra (Lérida), el Ampurdán gerundense, el Priorato (Tarragona) o el Penedés y el Vallés (Barcelona)⁹³⁸.

Para hacer frente a esta situación la comisión de guerra cristina de la junta de armamento trató de potenciar la adopción de un nuevo plan de operaciones, publicado bajo el nombre de *Proyecto de pacificación de la Montaña*, donde se señalaba que los carlistas se apoyaban con preferencia en el trozo comprendido entre los distritos de Manresa, Berga, Seo de Urgell y Solsona (tal como había ocurrido en la rebelión catalana de 1640-1652 y durante la Guerra de Sucesión Española), lo que se atribuía tanto a las características de un terreno lleno de bosques, quebradas y montañas, como al apoyo incondicional de sus habitantes. La solución que se propuso consistía en establecer una junta de pacificación en cada distrito, garantizar las comunicaciones y establecer una serie de guarniciones compuestas a partes iguales por soldados y nacionales del país, y donde se obligaría a residir a los campesinos de cierta posición. Los molinos que no pudiesen ser vigilados debían ser inutilizados. Además, se batirían los bosques que servían de refugio a las partidas carlistas, formándose padrones con los nombres de los que se hubiesen unido a la facción. El fin pretendido con toda esta batería de medidas no era otro que imposibilitar la existencia de las grandes unidades guerrilleras, obligándolas a fragmentarse para poder subsistir. Incluso se quiso armar a los labradores para hacerles frente, siendo duramente castigados de no hacerlo; a la vez, se esperaba que los actos de desesperación con que pudiesen responder los legitimistas a todo este plan cristino, provocasen que el campesinado catalán no les considerase ya como soldados carlistas, sino como verdaderos salteadores de caminos y asesinos, dedicados a privarles de la paz y de sus antiguas y perdidas libertades⁹³⁹.

En cuanto a los otros frentes dignos de consideración en este periodo, cabe reseñar que los desesperados esfuerzos de los carlistas asturianos no acababan de consolidar la insurrección guerrillera en el Principado astur, pese a alguna tentativa de avivarla, como pudo haber sucedido con la pequeña columna expedicionaria del coronel Arroyo (enero de 1835), finalmente frustrada. Asturias habrá de esperar al segundo semestre de este año, cuando la llegada de la expedición de Gómez, y poco después la de Pablo Sanz, permitan una cierta reactivación de la actividad de las pequeñas partidas asturianas. Bien distinta era la situación en Galicia, donde la junta gubernativa presidida por el canónigo Juan Martínez Villaverde, consiguió dotar de una cierta organización a las partidas que tenían como jefe operativo al coronel Antonio María López. En esta tarea era apoyado por el hermano del «cura de Freixo» (el teniente coronel y exayudante mayor de infantería, Francisco Javier Martínez Villaverde). López como principal mando militar de los carlistas gallegos, desplegó su incesante actividad a partir de su base en la provincia de la Coruña, mientras que el segundo ostentaba el mando de las partidas que actuaban en territorio lucense,

⁹³⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 171 y tomo XIII, pp. 109-110; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 154, 157-158 y 179 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 328.

⁹³⁹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 328-329.

pero que también llevaban a cabo pequeñas incursiones en la provincia de Orense⁹⁴⁰.

Ferrer considera la victoria carlista más destacada la obtenida el 26 de febrero por las partidas reunidas de Manuel Álvarez Fernández, (a) «El Señorito de Bullán», Manuel Pérez de Barcia y Sarmiento, al tomar por asalto la importante población de Monforte de Lemos (Lugo). Consiguieron hacer prisionera a toda la guarnición cristina y apoderarse de sus armas, así como de 60.000 duros, recaudados por los servicios administrativos de la Hacienda. También debe destacarse la derrota infligida en marzo a la columna cristina del coronel Enrile, comandante del Cantón de Fonsagrada, también en la provincia de Lugo, por las guerrillas de «el señorito de Bullán», «Mosteiro» y el subdiácono Sambreijo⁹⁴¹.

El coronel López, como mando supremo de las fuerzas carlistas gallegas, declaró en estado de bloqueo todos los puntos ocupados por las tropas de la Reina y procedió a reclutar a buena parte de los quintos de las provincias de Lugo, Orense y la Coruña, incrementando así sustancialmente sus filas. La situación evolucionaba cada vez más a favor de los realistas: de hecho, cuando el general Latre fue a sustituir a Morillo en el mando de la capitania general, hubo de hacerlo disfrazado en el trayecto de Lugo a la Coruña. En el mes de mayo fue derrotado y hecho prisionero en Fonfría (Lugo) el coronel del regimiento de infantería de Mallorca. El 30 de ese mes, posiblemente esperando contar con el apoyo de los carlistas lucenses, el teniente coronel Francisco Javier Martínez Villaverde intentó apoderarse de la ciudad al frente de 90 jinetes, pero su muerte en medio del combate con caballería cristina acabó forzando la retirada de sus partidarios. Sin duda, se trataba de una gran pérdida para las guerrillas gallegas⁹⁴².

La inminente llegada de las tropas expedicionarias del General Gómez, enviado por Don Carlos para regularizar la guerra en Asturias y Galicia, hacía pensar en las mejores perspectivas para el carlismo armado gallego. Sin embargo, éste sufrirá otro duro golpe en la noche del 8 al 9 de julio cuando el coronel Antonio María López murió en una sorpresa sobre San Pedro de Cardeiro (La Coruña)⁹⁴³.

En Extremadura, es necesario insistir en la línea fronteriza de esta región con la de La Mancha como principal foco de actividad guerrillera (febrero-mayo 1836), así como en los reiterados intentos de las partidas extremeñas por generalizar el conflicto, especialmente en el verano de 1836. Ferrer reconoce que hasta la llegada de la expedición de Gómez a Extremadura —donde entró el 26 de octubre por Siruela, provincia de Badajoz—, es poca la actividad guerrillera reseñable en dicho territorio. Según Recio Cuesta, dentro de este panorama de relativa tranquilidad en el que apenas hicieron acto de presencia

⁹⁴⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 21-23.

⁹⁴¹ *Ibidem*, tomo XI, pp. 24-25.

⁹⁴² Barreiro Fernández, J.M. *El carlismo gallego...* op. cit., p. 89.

⁹⁴³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 24-31 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra ...* op. cit., pp. 336-337.

las partidas autóctonas, sólo cabe reseñar un cierto resurgimiento del jefe extremeño Santiago Sánchez de León quién en enero, tras el golpe que casi desarticuló su grupo en el verano de 1835, recorrió de manera itinerante los contiguos valles cacereños del Jerte y de la Vera, reclutando hombres y requisando caudales a los personajes más ricos de dicha zona. Mientras tanto, el coronel Jorge Flinter, nuevo comandante general de la línea de Extremadura con La Mancha, se volcaba en el desempeño de su destino, pues la raya fronteriza bajo su mando constituyó el punto de mayor actividad bélica dentro del desarrollo de la guerra durante estos primeros meses de 1836. Así, Flinter se internó con 250 infantes y 25 caballos en las limítrofes tierras manchegas, con objeto de disuadir posibles incursiones de las potentes guerrillas de esa zona, persiguiendo a los dos jefes guerrilleros que eran entonces el motivo de preocupación principal en su demarcación: Mariano Peco y Cándido Tercero (hermano del también cabecilla carlista Joaquín).

A la vez, se activaban por órdenes suyas los grupos de escopeteros o voluntarios —cuerpos francos creados a finales del año anterior—, acantonados en los pueblos extremeños fronterizos, que venían a reforzar a las diez compañías de tiradores de la Guardia Nacional. Este dispositivo permitió organizar batidas por la zona, que resultaron en el golpe sufrido por la pequeña partida que dirigía Doroteo Bermejo; fue el 11 de enero en Helechosa de los Montes (Badajoz), donde resultó muerto de siete balazos en un enfrentamiento con escopeteros de la zona, su hermano Rufino, a quien le capturaron además a su mujer. Doroteo logró huir pese a estar malherido. Recio Cuesta resalta las medidas que tuvo que tomar el gobierno de Madrid para evitar que las guerrillas carlistas interceptasen el correo oficial: era usual que asaltasen el convoy que lo conducía, apoderándose de documentación de interés estratégico (movimientos de tropas, instrucciones reservadas). Se instó a los diferentes ayuntamientos por donde pasaba a que se hiciesen cargo de su vigilancia en las demarcaciones respectivas.

El combate de mayor importancia de este semestre, desgraciado además para los carlistas, fue el de Bohonal de Ibor, provincia de Cáceres, donde el 16 de junio las columnas cristinas mandadas por el comandante militar de la provincia de Toledo, coronel Herrera Dávila y la del coronel Flinter, atacaron a las del comandante en jefe de las fuerzas carlistas de La Mancha y Extremadura, José Jara y García (al frente de 400 infantes y 200 caballos). Realizado un movimiento envolvente conjunto por las referidas unidades cristinas contra la caballería carlista, se desbandó esta, por lo que Jara hubo de ordenar la retirada, mientras el enemigo presionaba sus flancos. Se trató de un combate a campo abierto que supuso un verdadero revés para los hombres de Jara: entre los alrededor de 45 muertos, éste hubo de lamentar, muy especialmente, la pérdida de su hijo, Francisco Jara, y la de otros dos hombres de confianza, su ayudante de campo el capitán Pedro Solarte y Vicente Megías, alcalde mayor de Miguelturra. Quedaron, además, en poder cristino gran parte de los pertrechos y víveres que portaban sus enemigos, entre ellos, 40 caballos y yeguas con todas sus monturas, tres mulas y 80 asnos de los bagajeros, un número considerable

de armas, capas, maletas y documentación de interés militar. Un verdadero varapalo para los carlistas manchegos.

Dejando de lado la conflictiva línea de La Mancha, se produjeron varios hechos destacados en el resto del territorio extremeño durante el verano de 1836. La partida de Francisco Montejo, operativa desde marzo de 1834, al frente de 22 hombres, 15 españoles y 7 miguelistas portugueses, se internó durante la segunda quincena de julio de 1836 en la cacereña Sierra de Gata desde territorio portugués, donde tenía su base, presentándose en los alrededores de Valverde del Fresno. Sin embargo, fue rechazada de nuevo hacia territorio luso. En el Valle del Jerte, Santiago Sánchez de León continuaba la reorganización su partida, reclutando voluntarios de la zona valxertiense. Por otro lado, en Badajoz se informaba de la presencia a últimos de julio, en las inmediaciones de Villar de Rena, de Pedro Valencia, que no tardará en erigirse como un temible jefe guerrillero carlista. A partir de septiembre se registró la disminución de la presión en la línea con La Mancha, coincidente, sin embargo, con la llegada de las primeras noticias preocupantes para los cristinos de la aproximación a territorio extremeño de la expedición de Gómez. Una incursión que, como se verá, transformaría por completo el estado de la guerra en Extremadura, apenas un mes más tarde⁹⁴⁴.

8.3.2 La expedición del general Gómez

Sería imposible en este trabajo estudiar la expedición del general Gómez con todo el detalle que se merece una de las dos grandes y célebres expediciones emprendidas por el ejército carlista del Norte (junto con la Expedición Real que se desarrollará el año siguiente, y a cuyo frente marchará el propio Don Carlos). Sin embargo, sí conviene relatar sucintamente lo más esencial, destacando algunas ideas fundamentales en relación con la incidencia sobre las partidas carlistas de esta expedición, la más larga y espectacular de cuantas se emprendieron. Así pues, se comenzará señalando que esta división expedicionaria salió de Amurrio el 26 de junio de 1836; la formaban cuatro batallones, dos escuadrones castellanos y un pelotón de granaderos, la mayoría de cuyos miembros procedían de la Guardia Real: se trataba no sólo de las tropas mejor instruidas del ejército norteño —los batallones castellanos estaban formados en su mayor parte por pasados de las tropas cristinas—, sino también de aquellas menos propensas a la deserción, pues sus hogares se encontraban en la zona ocupada por el enemigo. En total, se trataba de una fuerza de 2.700 soldados de infantería, 180 a caballo y dos piezas de artillería de montaña.

Su objetivo era establecer la guerra en Asturias y Galicia, para lo que tomaron ciudades como Oviedo y Santiago de Compostela. Pero la falta de hombres le impidió asentar esas conquistas. Desde Galicia se encaminó hacia

⁹⁴⁴ La información sobre Extremadura antes de la llegada de la expedición de Gómez está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XI, pp. 49-53 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 169-183.

el sur, logrando conquistar León, Palencia, Albacete, Córdoba, Almadén, Cáceres y Algeciras. En casi todas ellas hizo acopio de armas, víveres, monturas y cuantos elementos se consideraron necesarios, además de que se le fueron presentando numerosos voluntarios: así, el contingente expedicionario aumentó hasta los 6.000 hombres. Durante su impresionante periplo por casi toda España, el mariscal de campo Gómez y sus expedicionarios fueron acosados por un ejército cristino de más de 25.000 hombres, consiguiendo los carlistas salvar todos los obstáculos. Finalmente, convencido del fracaso insurreccional de la expedición, Gómez decidió retornar al Norte, a donde llegó sin grandes impedimentos casi seis meses después de su inicio. La expedición había permanecido en el interior de la Península, logrando sostenerse por sí sola durante ese lapso de tiempo tras recorrer más de 800 leguas.

Bullón concluye que, pese a su espectacularidad, no tuvo esta expedición excesivas repercusiones militares. Es cierto que regresó con un número de hombres similar al de la partida, y que durante algún tiempo concentró en su persecución a una gran cantidad de tropas enemigas, que hubieron de ser traídas de otros frentes. Pero, por otro lado, también lo es que no consiguió establecer la guerra en ningún otro punto del territorio español. Además, la ausencia de Cabrera y de sus principales subordinados (incorporados a comienzos de septiembre temporalmente a los expedicionarios), supuso un importante perjuicio para la lucha armada del carlismo maestratense. Sin embargo, es indudable que fomentó la desunión en las filas del ejército cristino, pues cada uno de los generales que participó en la enconada persecución echaba a los demás la culpa de sus fracasos. Finalmente, debe tenerse en cuenta la repercusión internacional de la expedición, seguida con interés en el extranjero como una verdadera exhibición de fuerza carlista, demostrando así la impunidad con que se desplazaban las tropas del Pretendiente en territorio controlado por sus enemigos⁹⁴⁵.

Por su parte, Urcelay afirma que Gómez probó con su expedición ser un gran táctico, pero sin embargo cometió importantes errores estratégicos. Efectivamente, que esta larga marcha por gran parte de los territorios peninsulares dejase bastante que desear desde el punto de vista estratégico, debió ser, según este autor, una de las causas del malestar de Cabrera propiciando la separación del tortosino y de las tropas levantinas. El genio militar del comandante general del Ejército del Maestrazgo habría tenido que aceptar disciplinadamente frustraciones como la del proyecto de marchar sobre Madrid; más tarde la oportunidad de la toma de Córdoba (y el inusitado entusiasmo de los cordobeses para haber insurreccionado toda Andalucía); después, la posibilidad de derrotar a las tropas cristinas que les perseguían cuando tuvieron ocasiones de hacerlo, y finalmente no haber encaminado la expedición a Aragón,

⁹⁴⁵ Respecto a la expedición de Gómez, sigue siendo ineludible la consulta de la obra de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La expedición de...* op. cit. También existe abundante información al respecto en Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., pp. 197-353 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XII, pp. 115-204 y 219-251. Igualmente, resulta de interés al respecto el libro de Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., pp. 257-271.

ayudando así a la guerra en Levante, o al menos, habiendo socorrido Cantavieja (importantísimo enclave para el desarrollo de las operaciones bélicas en el Maestrazgo)⁹⁴⁶.

Julio Albi abunda en las críticas a la expedición de Gómez (que hace extensivas a todas las llevadas a cabo en 1836), afirmando que, si bien se había distraído temporalmente a miles de soldados cristinos de operaciones de mayor envergadura, a cambio se perdieron centenares de hombres (veteranos en su mayoría), se dejó abandonados a su suerte a muchos simpatizantes del interior —especialmente a las sufridas guerrillas carlistas, tan necesitadas de apoyo material y humano para continuar su lucha desesperada, abocada a una dura guerra sin cuartel— y se alienó el apoyo de poblaciones que sufrieron el paso de las tropas expedicionarias hambrientas, como nubes de langostas. Finaliza Albi señalando que el balance final, como estrategia, no parecía muy rentable⁹⁴⁷.

A continuación se expondrá de modo sucinto, cronológicamente, el paso de la expedición Gómez por los principales teatros de operaciones peninsulares, prestándole especial atención, como ya se comentó, al análisis de la interacción entre esta división expedicionaria y las diferentes partidas guerrilleras operativas en dichas zonas. Se intentará dilucidar si hubo algún tipo de coordinación entre ellas, las posibles conexiones o ayudas entre las fuerzas regulares e irregulares carlistas, así como la especial incidencia de grupos concretos de esta expedición en las guerrillas regionales —por ejemplo, la importante cuestión de cómo pudieron influir “rezagados”, “extraviados” y “dispersos” expedicionarios en la operatividad de las guerrillas de los lugares por donde pasó Gómez—. Todo ello permitirá evaluar apoyos logísticos, de intendencia, transferencias de fuerzas o de suministros básicos (armamento, caballerías, calzado) entre ambos, colaboración mutua (o no), así como el desarrollo de acciones conjuntas. Surgen así todo un cúmulo de temas de interés militar, tales como partidas creadas o reforzadas a su paso; armas y material proporcionado a los combatientes realistas irregulares; papel desempeñado por los distintos batallones o fuerzas de voluntarios creados a raíz de las expediciones como posible núcleo vertebrador o generador de nuevas guerrillas: aquí las posibilidades planteadas por los “rezagados”, “extraviados” (¿desaparecidos en acción?) y dispersos —¿desertores—?, o bien el de los prisioneros así como los pasados, procedentes de las fuerzas cristinas, pueden resultar muy clarificadoras.

Lógicamente, estos mismo parámetros de análisis se aplicarán con la ya mencionada Expedición Real, que se relatará también del modo más esquemático y sucinto posible (al igual que se hará con el resto de expediciones emprendidas en 1837, tratadas en este trabajo: la de Zaratigui y, en menor medida, la segunda expedición comandada por el brigadier Basilio García, iniciada ese año): ciertamente, en un trabajo especializado en la guerra irregular como este, cualquier otro planteamiento que intentase abordar las mencionadas

⁹⁴⁶ Urcelay Alonso, J. *Cabrera: El Tigre...* op. cit. pp. 102 y 106.

⁹⁴⁷ Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., p. 273.

expediciones con mayor detalle y desde una perspectiva general, se entendería como poco realista.

Retomando el hilo de los acontecimientos, Gómez entró el 3 de julio en Asturias, llegando a Oviedo dos días más tarde. Allí se le presentaron 320 voluntarios, con los que formó el Batallón 1º de Asturias. Los efectos militares recogidos en la ciudad fueron importantes: 600 fusiles, 10.000 bayonetas, 3.200 pares de los siempre tan necesarios zapatos, unos 500 cascos militares, 16.000 piedras de chispa y 6.000 baquetas, que engrosaron el almacén de los expedicionarios. La persecución emprendida por Espartero le hizo abandonar la ciudad el día 8, tras que su segundo (el marqués de Bóveda), batiese a la guarnición ovetense al mando del coronel Pardiñas, que se encontraba en los alrededores de la ciudad. La derrota cristina fue completa y además los carlistas les intervinieron otros 700 fusiles.

El día 18 los carlistas hicieron su entrada en Santiago de Compostela — que por sus notorias simpatías carlistas acababa de perder la capitalidad gallega en beneficio del enclave cristino de La Coruña—. Aquí se le unieron más de 400 voluntarios, que finalmente fueron remitidos a sus domicilios, pues la expedición evacuó Compostela en la madrugada del día 20, en medio de un absoluto sigilo, dado que se aproximaban varias columnas cristinas con un total de 15.000 hombres. En definitiva, tras esta breve estancia en Santiago, la división expedicionaria salió de Galicia, dejando a las partidas abandonadas a su suerte, aunque no sin dejar en su poder numerosos fusiles y diverso material de guerra. Por lo tanto, ante la imposibilidad de mantenerse en el país, Gómez se dirigió a León, dejando en Villablino para que pasase a operar en su tierra, al recién creado Batallón 1º de Asturias, que carente de la menor instrucción no tardó ni dos horas en ser sorprendido, dispersado y casi destruido.

En León, donde se organizó un nuevo escuadrón de caballería (el 4º de Castilla), se le presentaron 160 voluntarios y, al igual que en las ciudades ocupadas anteriormente, se hizo abundante acopio de distinto material: en este caso, armas, vestuario de los nacionales y milicia provincial, piezas de paño, todo el calzado que encontró en las tiendas, varias arrobas de pólvora, víveres y monturas, hasta el punto de que cuando los expedicionarios salieron de la capital leonesa llevaban un convoy de cerca de cien carros⁹⁴⁸.

Seguidamente, Gómez intentó regresar a Asturias (llegando a alcanzar el puerto de Tarna, entre territorio leonés y asturiano), pero sus tropas fueron sorprendidas por fuerzas de Espartero mientras limpiaban sus fusiles, por lo que a duras penas pudo retirarse por escalones, quedando la expedición dividida en tres columnas. Aprovechó la prensa cristina para anunciar su completa derrota y

⁹⁴⁸ Todo lo referente a las operaciones expedicionarias en Asturias, Galicia y León, tomado de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XII, pp. 149-157, 159-164 y 169-176, así como de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 294. En cuanto al Batallón 1º de Asturias, aumentado con partidarios gallegos, llegó a contar con más de seiscientos hombres, pero la desertión experimentada al abandonar su tierra había dejado reducida esta fuerza a unos 280 hombres; batidos por columnas cristinas de guardias nacionales, carabineros y voluntarios, al desbandarse se formaron varias partidas asturianas, que terminaron igualmente neutralizadas y dispersas.

dispersión: sin embargo, esto era no conocer el tipo de guerra que acostumbraban a practicar los carlistas, que pocos días después habían reconcentrado ya sus contingentes. El 18 de agosto se celebró una reunión de los mandos carlistas en Prádanos de Ojeda (Palencia), planteándose si debía continuarse con la expedición, dada la imposibilidad de establecerse en Asturias y Galicia, como era su misión, o si debía aprovecharse la ocasión para incursionar por el interior de España. La decisión adoptada finalmente fue la de dirigirse a Castilla; ciertamente, las circunstancias no podían ser más propicias entonces, pues parecía que el bando cristino se hallaba paralizado (y el territorio que controlaba en cierta desintegración), a consecuencia del movimiento juntista, culminado con la “Sargentada” de La Granja y la jura por la regente de la Constitución de 1812.

El día 19 de agosto se agregaron a las fuerzas expedicionarias cuarenta jinetes de la experimentada partida carlista palentina, dirigida por el comandante Modesto de Celis Mier, que venía operando en aquella provincia desde 1835, por lo que conocían bien la zona. Al día siguiente, hizo su entrada la expedición en Palencia, donde se constituyó una junta de agravios para fijar las exenciones a la recluta de mozos que se decidió aplicar hasta poder reunirse con el ejército carlista ya operativo en Aragón (recuérdese, el de Cabrera): Bullón señala lo acertado de la idea, pues podía significar una ayuda en su organización y recluta, además de reforzar significativamente a las numerosas partidas carlistas todavía operativas en el teatro de operaciones maestratense. Potenciar estas fuerzas carlistas era tal vez la mejor manera de poner en aprietos al gobierno de Madrid. Por otro lado, el paso de la expedición de Gómez por Castilla (recorriendo, tierras santanderinas, burgalesas, vallisoletanas y segovianas), no pudo menos de atraer la atención gubernamental, que destacó numerosas columnas en su persecución. El 30 de agosto ya se encontraba la expedición en la provincia de Guadalajara, y pese a que Alaix (que había sustituido a Espartero al frente de la 3ª división del ejército cristino del Norte), se encontraba a menos de una jornada, Gómez cayó sobre las fuerzas de la Guardia Real que, al mando del brigadier López, habían tomado posiciones en Matillas, donde estas tropas de élite cristinas fueron derrotadas completamente y hechas prisioneras⁹⁴⁹.

La noticia de esta aplastante derrota hizo cundir el pánico en Madrid, donde se llegó a publicar el 31 de agosto un *Suplemento a la Gaceta de Madrid*, desmintiendo el suceso. Además, se tomaron diversas medidas militares de excepción, como que el propio ministro de la guerra, general Rodil, tuviese que

⁹⁴⁹ En esta acción de Matillas, se distinguieron especialmente los jefes de partida castellanos al frente de sus guerrillas montadas: Modesto de Celis, Epifanio Carrión y Agustín Rey Santos, recientemente agregados a la expedición (por cierto, todos ellos destacados y veteranos “merinos”), quienes persiguieron a un grupo de coraceros de la derrotada Guardia Real con varios oficiales, que escapaban a una de caballo tras la derrota, a los que consiguieron capturar con la ayuda de apenas dos lanceros carlistas, escapando sólo cuatro coraceros enemigos. Ver detallado análisis de esta batalla en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XII, pp. 180-184.

salir en persecución de las fuerzas de Gómez. Cargada con cerca de 2.000 prisioneros enemigos, la expedición continuó su marcha hacia levante⁹⁵⁰.

El 7 de septiembre la expedición llegó a Utiel (entonces, pueblo de la provincia de Cuenca limítrofe con el Reino de Valencia). La intención de Gómez era llevar al Maestrazgo a los más de 1.500 prisioneros cristinos —capturados durante su incursión por tierras castellanas, sensiblemente aumentados con los presos de la División de López—, para que fuesen custodiados en el depósito de prisioneros que Cabrera tenía en Cantavieja. También era preciso dejar allí a sus heridos y el material de guerra no estrictamente indispensable para las duras marchas de los expedicionarios. Los días 11 y 12, Gómez, convocó en Utiel a Cabrera y sus ayudantes, Quílez y Miralles, que concurrieron a la reunión al frente de 2.500 infantes y 550 jinetes: así, los efectivos maestratenses sumados a los norteños totalizaban algo más de 5.500 soldados de infantería y 800 de caballería; en conjunto, tal como señala Urcelay, una más que respetable división carlista, de gente endurecida y acostumbrada a combatir⁹⁵¹. Allí se decidió que estas fuerzas conjuntas incursionasen sobre La Mancha —donde operaban varias y potentes guerrillas carlistas volantes, que podrían recibir así un gran impulso— y amenazar Madrid, sin descartar un golpe de mano sobre la capital de presentarse la ocasión. El día 13 tuvo lugar un reconocimiento sobre la importante población de Requena, a la que se intimó a la rendición sin resultado alguno (hecho que los cristinos celebraron como una destacada victoria).

Tras regresar a Utiel, la División expedicionaria reforzada emprendió la marcha el día 15 con dirección a Albacete, pero cinco días más tarde los carlistas fueron sorprendidos en Villarrobledo por el general Alaix y hubo de retirarse perdiendo más de mil hombres entre prisioneros y bajas (también aprovechó nuevamente la prensa cristina para anunciar la completa dispersión de los vencidos). Sin embargo, las fuerzas conjuntas de Gómez y Cabrera continuaron profundizando su incursión hacia el sur, entrando el día 21 de septiembre en la provincia de Jaén. Tras pasar por Baeza, Bailén y Andújar, los expedicionarios consiguieron tomar al asalto la ciudad de Córdoba (una de cuyas puertas les fue franqueada por sus mismos habitantes), cayendo en manos carlistas un gran número de armas, efectos militares, caballos y ganado, así como los más de dos mil nacionales concentrados para su defensa. Bullón resalta que comienza aquí la fase más apasionante, y quizá también la más desconocida de esta expedición: por chocante que pueda parecer en una región como la andaluza (considerada tradicionalmente como un auténtico bastión cristino-liberal), no sólo los habitantes de la ciudad colaboraron con los carlistas en el asalto de sus

⁹⁵⁰ La información sobre el paso de la expedición del general Gómez por Castilla, extraída de *Ibidem*, pp. 123-138 y 179-184 y de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 294-295.

⁹⁵¹ Debe resaltarse que esta fue la primera operación conjunta de dos ejércitos carlistas durante la guerra, protagonizada por los expedicionarios de Gómez (pertenecientes al ejército del Norte) y los soldados maestratenses de Cabrera. Para ejecutar el plan de operaciones previsto, esta potente división conjunta carlista quedó organizada en tres brigadas: la primera compuesta por las unidades castellanas; la segunda, por las aragonesas, y la tercera por las valencianas (a las que se completó el armamento, sustituyendo por fusiles las escopetas y carabinas que portaban); además, fueron uniformadas con boinas nuevas. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 295 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera: El Tigre...* op. cit., pp. 97-99.

fuerzas, sino que se pronunciaron por el Pretendiente buena parte de las poblaciones de la provincia cordobesa, entre las que cabe citar a Baena, Cabra, Lucena, Montilla y Castro del Río. La insurrección se extendió también a la provincia de Sevilla, en cuya capital existía un vasto plan para un levantamiento generalizado, por lo que las autoridades cristinas decretaron el toque de queda, formándose patrullas para vigilar los barrios considerados procarlistas⁹⁵².

Tras iniciar la organización de un par de batallones cordobeses y dejar la ciudad a cargo del marqués de Bóveda, Gómez se dirigió hacia Baena, pues había recibido peticiones de socorro de varias de las mencionadas localidades pronunciadas, ante la aproximación de una columna enemiga procedente de Málaga. Pero esta fuerza, cuyos efectivos se exageraron mucho, fue fácilmente batida por los carlistas, quedando prisionera en su mayoría. El 7 de octubre, estando en Montilla, se unieron a Gómez las tropas dejadas en Córdoba (hubo rumores de que Alaix marchaba hacia allí), pero el jefe cristino se presentó en Alcalá la Real (Jaén), a donde fueron a buscarle los carlistas. Sin embargo, Alaix no se atrevió a presentarles batalla en los tres días que permanecieron frente a frente⁹⁵³.

De regreso a Córdoba, bien por considerar imposible mantenerse ante la confluencia de gran cantidad de fuerzas enemigas en su contra, o por rumores de que otra expedición carlista acababa de cruzar el Ebro y que el gobierno se disponía a abandonar Madrid, Gómez salió de la ciudad y se dirigió al norte. Tras pasar por Pozoblanco y efectuar varias marchas y contramarchas, el 15 de octubre tomó dirección a tierras manchegas, entrando en la provincia de Ciudad Real. Ocho días más tarde llegaron los expedicionarios a Almadén, donde tras varios episodios bien conocidos de solicitud de raciones carlista y repuesta desabrida de los defensores, Gómez ordenó el ataque (cuya vanguardia fue dirigida una vez más por Cabrera). El asalto finalizó al día siguiente con la toma de la localidad, consiguiendo los carlistas hacerse con abundantes municiones, suministros de guerra, víveres y cabezas de ganado, además de hacer 1.800 prisioneros enemigos. Las repercusiones de esta conquista fueron sonadas, concluyendo poco después con la destitución del ministro de la Guerra cristino, el general Rodil. La división expedicionaria continuó su particular periplo por España atravesando el Guadiana, penetrando así en Extremadura. El 27 de octubre entraba en Guadalupe, donde fueron dispersados los movilizados extremeños, buena parte de los cuales se pasaron a las filas carlistas. El 30 ocupaba Trujillo, donde se agregaron a la expedición muchos soldados y varios

⁹⁵² Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 296.

⁹⁵³ Bullón afirma que, aunque es muy difícil saber con exactitud los efectivos de una y otra parte, cabe pensar que los de Gómez eran en estos momentos muy superiores a los cristinos, por lo que sin duda aquí se perdió la gran oportunidad de crear un sólido centro de operaciones en Andalucía, si el mariscal de campo carlista se hubiese desembarazado de la división de Alaix: debe tenerse en cuenta, además, que Rodil se encontraba a más de doscientos kilómetros y que las fuerzas de la región estaban compuestas en su mayoría por nacionales movilizados, cuya instrucción militar dejaba bastante que desear, a lo que habría que sumar que su moral estaba por los suelos, y por lo tanto no es de creer que hubieran ofrecido una fuerte resistencia. Ver *ibidem*, p. 296.

oficiales del regimiento provincial (a la vez que se ponía en libertad a los nacionales apresados en Almadén).

Dadas las circunstancias de la marcha de la guerra, Gómez decidió convocar una junta de oficiales en la que se acordó que, tan pronto como fuera posible, Cabrera se separase de la expedición junto con las tropas valencianas, para socorrer la plaza de Cantavieja, amenazada por San Miguel (el retorno del tortosino al Maestrazgo, durante el que volvió a recorrer La Mancha contando con la colaboración de las potentes partidas montadas manchegas, será tratado en detalle más adelante). Una nueva capital de provincia, Cáceres, era ocupada el 31 de octubre. Un día más tarde, Cabrera emprendía su marcha hacia Levante, llevando con él solamente una pequeña escolta de caballería, comandada por el brigadier Miralles⁹⁵⁴.

Pese a llegar sin incidentes a la serranía de Ronda, Gómez vio pronto la imposibilidad de establecerse allí en las condiciones necesarias para poder prolongar la expedición —sin duda, valorando la dificultad extrema que suponía para una pequeña columna como la suya, tan lejos de sus bases, establecer la guerra en una zona tan alejada como Andalucía, máxime ante el acoso de fuerzas muy superiores—. Sin embargo, esto no fue óbice para que a instancias de la presencia de los expedicionarios surgiesen nuevas partidas en esta zona, como las de Francisco Limón y Francisco Gallegos (que recibieron de Gómez los preceptivos nombramientos de jefes de fuerza). También mandó distribuir dos mil fusiles entre los guerrilleros carlistas allí existentes⁹⁵⁵.

Acosado por las tropas de Ribero, Alaix y Narváez, el mariscal de campo carlista logró despistar a sus enemigos dirigiéndose a Algeciras, con la intención de contramarchar luego hacia el norte. De este modo pasó frente a Gibraltar, a cuyo amparo se habían refugiado las tropas cristinas del brigadier Ordoñez, y cuyo gobernador mandó desplegar varias líneas de tiradores, tomando las disposiciones oportunas para la defensa. Acosado por más de 25.000 enemigos, Gómez (que en opinión de Bullón no pasaba entonces de los 6.000 hombres), optó por abrirse paso a través de las tropas de Narváez, tal como consiguió hacer el 25 de noviembre en las proximidades del río Majaceite, provincia de Cádiz. Un ataque sorpresa de la división de Alaix sobre la expedición pudo haber tenido mayores consecuencias, de no ser por sus disensiones con Narváez, por lo que no ocasionó grandes pérdidas materiales a los carlistas, pero convenció a Gómez de la necesidad de emprender la retirada hacia el Norte. Finalmente, consiguió alcanzar sus bases el 19 de diciembre sin mayores problemas⁹⁵⁶.

⁹⁵⁴ El paso de la división expedicionaria conjunta por La Mancha, Andalucía y Extremadura está tomado de *Ibidem*, pp. 297-298 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera: El Tigre...* op. cit., pp. 103-104. Imprescindible el estudio pormenorizado de las operaciones de Gómez en Extremadura realizado por Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 185-202.

⁹⁵⁵ Sin embargo, Bullón muestra su sorpresa ante el rápido abandono de la serranía de Ronda por los expedicionarios, pues considera muy apropiada esta zona montañosa para que en ella resistiese un pequeño ejército frente a fuerzas mayores en número y material, como ya se había demostrado durante la Guerra de la Independencia. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La expedición del...* op. cit., pp. 183-184.

⁹⁵⁶ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra ...* op. cit., pp. 298-299.

Debe destacarse el papel protagonista de Cabrera en el desarrollo de esta fase de la expedición: concretamente, sus cabalgadas por La Mancha y otras tierras castellanas de regreso a Cantavieja; su proyección hacia el Norte y el mando que ejerció sobre las guerrillas montadas manchegas. Efectivamente, tras abandonar a comienzos de noviembre en Cáceres la expedición de Gómez, el caudillo carlista se dirigió de retorno a sus bases en el Maestrazgo, junto con la ya mencionada escolta de caballería comandada por el brigadier Miralles. Llegados a Abenójar, a unos 40 km de Ciudad Real, se les rindió la guarnición cristina de dicha localidad, y los carlistas pudieron pernoctar allí. El día 10 de noviembre, se incorporó a las fuerzas de Cabrera el comandante general de La Mancha, José Jara y García al frente de 200 jinetes. Al día siguiente, entraba la fuerza legitimista en Almodóvar del Campo y en Calzada de Calatrava, donde pasó la noche. Continuó su marcha por Almagro y Valdepeñas. Según Ferrer, la mandada entonces por el tortosino constituía ya una potente columna móvil, pues se le acababa de agregar el brigadier Antonio García de la Parra, «Orejita», con otros 160 caballos. Cabrera, cuyo propósito era trasladarse al Maestrazgo urgentemente para proceder al socorro de la plaza de Cantavieja (como ya se sabe, sitiada por el general cristino San Miguel), valiéndose para ello del apoyo de la magnífica caballería manchega aportada por los brigadieres Jara y García de la Parra, —y en la que se encontraba también el coronel Ramón Rodríguez Cano, (a) «la Diosa»—, se enteró en El Bonillo (Albacete), de que la plaza fuerte carlista había caído ya en manos cristinas. Tal vez por ello, el tortosino interrumpiese su veloz marcha hacia sus bases, emprendida a finales de octubre de este año, para dirigirse ahora hacia el Norte: previsiblemente con la intención de manifestar sus quejas personalmente contra la estrategia de Gómez al Pretendiente.

Para ello, se dirigió a la ciudad de Albacete, donde entró, tras derrotar a varios escuadrones de caballería cristina. De allí, marchó raudo al frente de sus ágiles fuerzas montadas hacia Quintanar de la Orden (Toledo), adonde llegaba el día 19 de noviembre, habiendo pasado antes por El Provencio y El Pedernoso, (Cuenca). El 20, Cabrera atacó Quintanar, entablándose un nutrido tiroteo con la columna cristina del coronel Shelly de O’Ryan, tras el que los carlistas se retiraron, prosiguiendo su cabalgada hacia la toledana Villanueva de Alcardete, donde fue atendido el brigadier Jara de una herida de escasa consideración. Al producirse la entrada de las fuerzas del caudillo carlista en Tarancón (provincia de Cuenca), a poco más de 80 km de Madrid, cundió la alarma en la capital del reino, provocando la concentración en ella de tropas cristinas. Cabrera contaba entonces con unos 550 jinetes y un par de centenar de infantes, para cuyo sustento y equipamiento pidió raciones y demás material en las mismas puertas de Madrid: así lo confirma que se viese una avanzada carlista en Chinchón. El día 23 la pequeña columna expedicionaria se encontraba ya en Buendía, localidad conquense donde Cabrera, tras desarmar a los milicianos de la guarnición, formó un batallón con los 400 voluntarios que se le presentaron, a los que armó con los fusiles que había ido recogiendo en los pueblos recorridos.

Desde Buendía, penetraron en la provincia de Guadalajara, pasando por Illana y Cifuentes. El día 24 de noviembre alcanzaron Sigüenza, donde antes de

salir de tierras seguntinas se habían separado de las fuerzas carlistas el brigadier García de la Parra junto con sus jinetes, para retornar a su lugar de origen en tierras manchegas. Ese mismo día alcanzaron la provincia de Soria, pasaron por Medinaceli y Almazán, sorprendiendo en Arganza a una compañía de carabineros. Llegados ya a tierras riojanas, alcanzaron el 1 de diciembre el vado de Rincón del Soto, escogido por Cabrera para cruzar el Ebro en dirección a Navarra. En estas circunstancias, le llegó la noticia del avistamiento de la fuerte columna enemiga del general Iribarren (procedente de la Ribera y compuesta por 3.500 infantes, 500 caballos y 2 cañones). La carga cristina dispersó a los carlistas, que sufrieron bastantes muertos y cerca de 100 heridos. Además, fueron de nuevo sorprendidos, ya en plena huida, en Arévalo de la Sierra (Soria), lo que motivó el regreso a La Mancha del resto de las partidas legitimistas que aún continuaban con los hombres de Cabrera. Por lo demás, derrotado y herido, el tortosino debió su salvación al azar, teniendo que pasar cerca de un mes reponiéndose de sus heridas en un refugio seguro, oculto en medio del territorio controlado por sus enemigos. Ya en enero de 1837 pudo finalmente volver al Maestrazgo para hacerse cargo de sus tropas⁹⁵⁷.

8.3.3 La Expedición Real

En Cataluña, el jefe militar carlista más exitoso en el combate contra las tropas enemigas a lo largo de toda la primera mitad de 1837 fue, indiscutiblemente, el canónigo guerrillero Benito Tristany (cuya zona preferente de actuación se extendía por las comarcas centrales del Principado lindantes con el macizo de Montserrat). Desde comienzos de ese año, «*Mossèn Benet*» armaba a los pueblos de la mencionada demarcación, cuyos habitantes, al igual que sucedía en el Norte, los abandonaban a la llegada de las fuerzas cristinas, para luego hostilizarlas en su retirada acudiendo como somatén al toque de campanas. Así, y en una sucesión ininterrumpida de éxitos en la provincia de Barcelona, la hueste de Tristany conquistaba el 9 de enero Suria, donde tomaba prisionera a toda su guarnición, unos setenta hombres del Regimiento de Zamora y se apoderaba de tres cajas de munición; el 18 de febrero, demostrando su gran movilidad —en una operación conjunta con las fuerzas del coronel Ibáñez, (a) «*el Llarg de Copons*» y el brigadier Matías de Vall—, derrotaban en Panadella a una columna cristina de mil hombres que al mando del coronel Oliver estaba destinada a la protección de un convoy: como resultado, sobre el campo de batalla quedaron 600 cadáveres enemigos, incluido el del propio Oliver, apoderándose de 900 fusiles y 12 cajas de guerra. Además, los guerrilleros procedieron al habitual e inflexible fusilamiento de los 214 francos o “peseteros” (como es sabido, miembros de unidades irregulares de mercenarios, a los que todas las fuerzas carlistas, independientemente del teatro de operaciones que

⁹⁵⁷ La información sobre esta incursión de Cabrera por el interior peninsular está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XII, pp.141-145 y 199-201; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 319-321 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera: El Tigre...* op. cit., pp. 107-110.

se tratase, nunca solían dar —igual que sabían que tampoco podían esperar— cuartel), al considerarlos como vulgares y brutales cazarrecompensas.

Aparte de algunas incursiones de los hombres de Patricio José Zorrilla (por la zona del Ampurdán, el Vallés barcelonés y el Congosto ilderdense —en cuyas zonas montañosas cobraron contribuciones— o en los alrededores de Mataró, donde fusilaron a unos 40 nacionales), lo cierto es que las acciones de las demás partidas catalanas en esta época no fueron muy numerosas. Bullón afirma que se pasó entonces de una guerra de guerrillas muy móviles y con acciones sorpresivas y constantes, a otra donde los combates resultaban más aislados y distanciados. A este respecto, conviene recordar que el brigadier Blas María Royo, como militar profesional y nuevo comandante general de Cataluña, había asumido el mando operativo de las fuerzas carlistas del Principado desde diciembre del año anterior, y procedía desde entonces a su modernización, regularización y ordenamiento⁹⁵⁸.

Si bien es cierto que Royo estableció un claro organigrama para el ejército carlista del Principado, Mundet recalca que la realidad era bien distinta: continuaban subsistiendo sobre el terreno numerosas partidas, que no siempre estaban dispuestas a colaborar con otras; los batallones, bastante irregulares y muy desiguales entre sí, eran con toda probabilidad partidas más o menos numerosas a las que se incorporaban como mandos algunos oficiales de carrera, y algunas brigadas, como las de Castell, Pons, Ibáñez o Caballería eran, lógicamente, las guerrillas comandadas por dichos jefes (sin duda, algunas de las más potentes, experimentadas y numerosas entonces). Lo mismo cabría decir de la brigada de Tristany, constituida por su antigua partida. De hecho, Mundet considera ya un verdadero logro que el brigadier Royo consiguiese acostumbrarlos al uso de un sistema militar regular de divisiones, brigadas y batallones, postergando la denominación usual de sus partidas conforme al nombre o el apodo de cada cabecilla. En todo caso, este autor reconoce que este será el núcleo o embrión de un futuro ejército: unas fuerzas de combate más organizadas, más modernas y, tal vez, más efectivas. Para Santirso esta reorganización tuvo una importancia muy relativa, toda vez que ni los guerrilleros habrían dejado de actuar según su propio modelo ajustado a la guerra irregular (con unos jefes de partida muy celosos de su autonomía operativa), ni Royo pudo completar su misión, que hubiera exigido dotar de los medios necesarios para

⁹⁵⁸ El 19 de febrero de 1837 el brigadier Royo disponía una nueva organización para el ejército carlista catalán: quedaba encuadrado, al menos en teoría, en 23 batallones de infantería, dos baterías de artillería y un regimiento de caballería. Estas fuerzas quedaban agrupadas en tres divisiones de operaciones: la primera llamada de la Alta Montaña, comprendiendo los corregimientos de Urgel, Solsona y Lérida, que se puso a las órdenes del brigadier Porredón; la segunda titulada del Campo, englobaba los corregimientos de Tarragona y Villafranca, confiada al comienzo al brigadier Masgoret y más tarde al brigadier Matías de Vall, y la tercera que se denominó División del Ter, comprendía los corregimientos de Figueras, Gerona y Vic, a las órdenes del brigadier Clemente Sobrevías. La división de reserva quedó bajo el mando del propio Royo, formada por dos brigadas, comandadas por el brigadier Tristany y el coronel Juan Castell, respectivamente. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, p. 117; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 185-186 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 329.

combatir con efectividad a un ejército carlista aún en precario, que todavía debía vivir sobre el terreno⁹⁵⁹.

La consecución de todo un conjunto de logros organizativos (entre los que se debe incluir la constitución formal de la Junta Superior Gubernativa del Principado de Cataluña, con el visto bueno de Don Carlos, así como de un sistema de intendencia y administración militar) y militares, que se venían produciendo desde inicios del año, permitirán a las fuerzas carlistas plantearse a mediados de abril un objetivo de envergadura: la conquista de Solsona. Los atacantes venían concentrándose sobre dicha localidad desde mediados de abril, pues deseaban apoderarse de la población ilerdense para conseguir una capital que pudiese acoger a la Junta y sus dependencias. El sitio fue largo, pues aunque los realistas lograron penetrar en la ciudad el 20, la resistencia enemiga aún continuaba cuando a principios de mayo varias columnas cristinas acudieron en su socorro. Una de ellas, la del coronel Niubó fue derrotada por los carlistas en las cercanías de Guisona el 2 de mayo, salvándose sólo 300 hombre de los 2.000 que la componían, pero el Barón de Meer y Azpiroz consiguieron romper el cerco. No obstante, dadas las dificultades que planteaba la defensa de la plaza, optaron por recoger a la guarnición y los vecinos más señalados por su defensa del bando cristino, abandonando Solsona en manos carlistas, no sin antes prenderla fuego.

Por estas mismas fechas, los legitimistas continuaron con su campaña de ocupación del territorio leridano, tomando Oliana, Peramola y Organyá. De este modo, quedó en sus manos la línea del Segre comprendida entre Ponts y Seo de Urgel. Un aspecto a destacar de todas estas victorias fue el inicio de negociaciones entre Royo y Meer para el establecimiento del Convenido Eliot, que empezaría a aplicarse oficialmente en el Principado desde el mes de julio. Pero, sobre todo, el hecho más positivo para el carlismo armado es que seguía pudiendo esgrimir una muy poderosa arma: la del indiscutible apoyo popular. Como concluye Mundet, citando fuentes cristinas, «*per sobre tot, d'una manera més o menys velada, la mateixa confessió de Serrano: la població no dóna suport a les forces liberals*»⁹⁶⁰.

No tardaría mucho en producirse la entrada en Cataluña de la Expedición Real (8 de junio de 1837). Puede afirmarse que sus operaciones en el Principado no supusieron ninguna ventaja sustancial para las armas del Pretendiente: de hecho, Bullón recuerda que se desperdició una gran oportunidad de poner esta región española bajo el completo control de las armas carlistas, para lo que se hubiera contado con la valiosa cooperación de los más de 10.000 combatientes legitimistas que entonces luchaban en Cataluña⁹⁶¹. Pero tampoco se puede

⁹⁵⁹ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 185-187 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 438.

⁹⁶⁰ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 169-196 (la cita textual tomada de la p. 182). Junto a esta obra, han servido de referencia para analizar la guerra en Cataluña durante el primer semestre de 1837 los trabajos de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, pp. 107-124; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 329-330 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 434-439.

⁹⁶¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 304.

perder de vista que su paso contribuyó a facilitar la reorganización de los cuadros carlistas, estableciendo las bases de la época de pujanza y prosperidad que disfrutará el legitimismo catalán durante los siguientes meses. Además, en respuesta a las peticiones de la junta (que había pedido la destitución del brigadier Royo), el Pretendiente nombró comandante en jefe carlista del Principado a Juan Antonio Urbiztondo Eguía, uno de los militares profesionales más competentes que integraban el Estado Mayor de la Expedición Real, que fue ascendido al efecto a mariscal de campo poco después. Con él quedaron unos centenares de hombres, además de varios heridos y enfermos de dicha expedición, que el nuevo jefe militar carlista utilizó como punto de apoyo para iniciar sus operaciones⁹⁶².

Urbiztondo se esforzó en seguida por conseguir éxitos palpables y, sobre todo, por imponer criterios militares convencionales a sus fuerzas catalanas. Y en ambos cometidos los inicios fueron más que prometedores. Su plan de operaciones era apoderarse de toda la alta montaña catalana (tradicional bastión carlista), asegurándola por medio de una línea de puntos fortificados, logrando así estabilizar las comunicaciones con Francia. En una racha ininterrumpida de victorias, tropas regulares carlistas dirigidas por Urbiztondo —que a la vez encargaba misiones auxiliares muy concretas a las partidas legitimistas autóctonas, como la vigilancia de las fuerzas enemigas de Meer—, conseguían que el 12 de julio capitulase Berga (donde se apoderaron de un considerable botín: 20.000 cartuchos, unos 600 fusiles con sus correspondientes cananas y dos piezas de artillería de a cuatro, además de tomar entre 300 y 400 presos y agregar a 86 soldados gubernamentales pasados de bando). Al estar Berga mejor protegida que Solsona se transformará en la nueva capital del carlismo del Principado, albergando a la junta y sus dependencias, así como fábricas de armamento y municiones, hospitales y toda la estructura necesaria para un ejército regular.

El día 13 las fuerzas de Urbiztondo conquistaban Gironella, localidad de la provincia de Barcelona. De nuevo apresaron a la guarnición: 11 oficiales, 180 soldados y 69 nacionales, apropiándose de igual número de fusiles y correajes, varios caballos y algunas cargas de municiones. El día 14 las columnas enemigas de Meer les obligan a suspender el bloqueo de Prats de Llusanés, en la misma provincia, que sin embargo será abandonada poco después por los cristinos, al igual que sucederá con la barcelonesa Bagá y el enclave montañoso de Tuixent (provincia de Lérida), quedando todas ellas en poder carlista. A finales del mes de julio, Urbiztondo tomó Ripoll (provincia de Gerona), donde funcionaban importantes fundiciones y talleres de armas y cuyas fortificaciones

⁹⁶² Según Mundet, las disensiones entre Royo y la Junta se debían al modo de conducir la guerra: mientras aquél deseaba la destrucción del ejército cristino mediante el uso de la acción guerrillera, la sorpresa y el dominio efectivo del terreno, la junta, por su parte, quería que se conquistasen ciudades. Sería, pues, en cierta medida, un cambio de estrategia similar al que tuvo lugar en el Norte tras la muerte de Zumalacárregui. Ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 210. Además, Santirso afirma, apoyándose en Labandero, que la junta también consideraba que Royo había conseguido cierto prestigio entre las partidas catalanas, pero a cambio de permitirles hacer la guerra a su aire. En Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 552.

fueron demolidas. Tampoco fue despreciable el botín obtenido por las fuerzas carlistas de Cataluña aquí: 500 fusiles, 150 correajes y cananas, 22.000 cartuchos encajonados y 8.000 sueltos, además de apresar al gobernador de esta importante ciudad armera, junto con 5 oficiales, 150 soldados y 80 milicianos.

Sin embargo, los subordinados del mariscal de campo easonense fueron derrotados en tierras gerundenses, concretamente, en Capsa-Costa, viéndose obligados a abandonar el sitio de San Juan de las Abadesas. Tras este fracaso, Urbiztondo emprendió una nueva reorganización de las fuerzas carlistas del Principado, consistente en la creación de una brigada de operaciones compuesta por un batallón expedicionario de vasconavarros y otro de soldados pasados de las filas cristinas a raíz de los últimos encuentros victoriosos; además, fue agregado a esta fuerza un batallón de combatientes catalanas, a fin de mejorar aceleradamente su nivel de instrucción. Sin embargo, esto no evitó que surgiesen recelos en el seno del ejército, que vio cómo se daba preferencia a estas tropas recién creadas sobre el “núcleo duro” que había sostenido el esfuerzo de guerra hasta entonces⁹⁶³.

Ya en agosto, Urbiztondo vuelve a fallar en un nuevo intento ante San Juan, y un mes más tarde, ante las reiteradas reclamaciones del alto mando carlista del Norte, se ve forzado a dejar salir de Cataluña a las tropas expedicionarias, grave contratiempo al que se unió la desertión que experimentó el batallón de pasados. Sus crecientes (y cada vez más públicas) disensiones con la junta coinciden con la resuelta estrategia emprendida meses antes por Meer, consistente en obligar a los carlistas a volcarse en la guerra regular, aceptando batallas a campo abierto, postergando la hasta entonces demostradamente eficaz táctica guerrillera. Serán estas serias diferencias entre Urbiztondo y la junta las que acabarán afectando al carlismo armado, frenando su pujanza ofensiva. Con ello, la iniciativa bélica recayó de nuevo en las partidas, que reanudarán diversos ataques por sorpresa según su característico estilo, acciones menos numerosas que en anteriores ocasiones al encontrarse dispersas por todo el Principado. Destacaron especialmente en esta ofensiva las guerrillas del incansable «*Mossèn Benet*», «*el Llarg de Copons*» y «*Pep de l'Oli*». Finalmente, la situación se haría insostenible, provocando que el mariscal donostiarra abandonase Cataluña el 2 de enero de 1838, cruzando la frontera francesa⁹⁶⁴.

⁹⁶³ Mundet afirma que Urbiztondo formó un batallón con todos los vasconavarros (en su gran mayoría, soldados veteranos) que pudo alistar: la gran mayoría ya habían servido a las órdenes del coronel Torres, por lo que eran buenos conocedores del teatro de operaciones catalán. Deben añadirse a esta unidad los anteriormente mencionados heridos y enfermos de la Expedición Real, una vez recuperados. Totalizando unos 500 hombres, le servirán de escolta y “núcleo duro” para la aplicación inmediata de su plan de operaciones. En Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra*...op. cit., p. 220.

⁹⁶⁴ Para el resto de la información sobre las operaciones relacionadas con la incursión de la Expedición Real por Cataluña, ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra*...op. cit., pp. 197-217; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra*...op. cit., pp. 303-304 (y 330-331 para la guerra en el Principado hasta finales de 1837) y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y*...op. cit., pp. 552-570.

Tras estas operaciones en territorio catalán, la Expedición Real se puso de nuevo en marcha a fin de reunirse con Cabrera, que estaba en condiciones de ofrecerle apoyo operativo, junto con abundantes provisiones que el tortosino llevaba almacenando previsoramente desde días antes. El 3 de julio, tras atravesar exitosamente el Ebro —el cruce fluvial por tropas es una de las más difíciles operaciones militares—, los expedicionarios cruzaron la línea divisoria entre Cataluña y el Maestrazgo (por la provincia de Castellón), pernoctando en San Mateo. Ese mismo día Don Carlos firmó oficialmente el nombramiento de Ramón Cabrera como comandante general de Aragón, Valencia y Murcia.

La expedición reanudó sus operaciones, siempre con las tropas de Cabrera en vanguardia y el 11 de julio comparecía a las puertas de la ciudad de Valencia, desguarnecida, pero a pesar de los contactos carlistas existentes en su interior, no intentaron las tropas del Pretendiente apoderarse de ella. Cuatro días después, aún en tierras valencianas, el general cristino Oráa sorprendía en Cheste a la división navarra del general Pablo Sanz, que acosada por el enemigo logró replegarse hacia Chiva, donde se encontraban el resto de las fuerzas expedicionarias. Iniciado el combate con clara desventaja para los carlistas, y pese a los denodados esfuerzos del infatigable Cabrera, tuvieron éstos que retirarse como consecuencia del hundimiento del ala derecha realista, compuesta por tropas castellanas que faltas de munición (hubo batallones que llegaron a tener que defenderse a pedradas), se replegaron ante el ataque de Nogueras. La derrota aumentó las disensiones, ya presentes en el seno de la expedición incluso antes de su partida. Además de las pérdidas materiales, la expedición se vio forzada a desistir por el momento de su propósito inicial de acercarse a Madrid —dirección que muy probablemente se disponía ya a emprender—, y tuvo que iniciar una penosa retirada hasta las inmediaciones del Maestrazgo.

Acosadas por las tropas de Oráa y Espartero, las fuerzas carlistas se habrían visto en un grave aprieto de no haber tenido que replegarse éste último para cubrir la capital de España (amenazada por la proximidad de la expedición de apoyo del general Zaratiegui, al frente de otra potente división expedicionaria que recorría por entonces Castilla sin oposición, campando a sus anchas). Eludiendo el dispositivo preparado por Oráa para converger con las fuerzas del ejército cristino del Centro sobre la expedición, Buerens trató de batirla el 24 de agosto en la localidad zaragozana de Villar de los Navarros. Pero sus tropas resultaron arrolladas completamente por las de Moreno, sufriendo más de tres mil prisioneros, buena parte de los cuales se incorporaron a las filas legitimistas y dejando el campo sembrado de cadáveres. Con la moral reanimada y tras integrar en diversas unidades a los nuevos voluntarios incorporados y conducir a los restantes prisioneros a Cantavieja, los expedicionarios emprendieron la marcha hacia Madrid, a cuyas puertas llegaron el 12 de septiembre de 1837.

A partir de este momento, todo lo referente a la marcha de los acontecimientos entra en una especie de espiral de desconcierto, indecisión y noticias opuestas. En lo que interesa a los efectos de este trabajo, lo cierto es que, poco después, ya en tierras alcarreñas, Espartero emprendió con sus tropas

la persecución de una tropas expedicionarias que quedaron divididas en numerosos grupos, separándose definitivamente Cabrera de la misma para dirigirse con sus fuerzas de regreso al Maestrazgo a finales de septiembre⁹⁶⁵.

Después de toda una serie de sucesos y vicisitudes que exceden claramente del marco de esta tesis doctoral, sólo debe resaltarse que la expedición liderada por Don Carlos, tras descartar la toma de Madrid, todavía pudo continuar, impertérrita y, en ocasiones, incluso victoriosa, su camino de regreso, alcanzando finalmente sus bases del Norte, tras cerca de cinco meses de campaña por gran parte de los principales teatros de operaciones de la guerra⁹⁶⁶.

8.3.4 Auge de las guerrillas manchegas

Bullón afirma que en 1837 comenzó, sin duda alguna, la época dorada de las partidas carlistas manchegas, que se prolongará durante todo 1838. Animadas por su número y organización creciente, aprovechando lo favorable del terreno (pues contaban para el llano con caballos escogidos y con los montes impenetrables e inmensos de Toledo para la retirada), confiadas también en su eficaz servicio de espionaje, emprendían audazmente veloces cabalgadas: sus potentes guerrillas montadas tenían dentro de su radio de acción casi todos los pueblos de la zona no bien guarnecidos, pero dada su extraordinaria movilidad operaban también por tierras extremeñas, andaluzas e incluso castellanas⁹⁶⁷.

No es posible detenerse a relatar lo que constituiría una sucesión interminable de sus escaramuzas, sorpresas y pequeños combates, tal como hace Ferrer. Por otro lado, la guerra iba ganando en dureza y en la inexorable ley de las represalias, aumentando el carácter sangriento de la misma. Pero ni aun así pudo el bando cristino evitar que el dominio legitimista comenzase a consolidarse, tal como reconoce Javier de Burgos quien, refiriéndose a julio de este año en este importante teatro de operaciones, dice:

“En vano los comandantes de armas, las Corporaciones municipales, los hombres acomodados y de influjo dirigían al Gobierno o a los periódicos quejas sobre la desolación de que eran teatro los pueblos...En vano una u otra columna móvil empeñaba tal vez escaramuzas, limitadas por lo común al estéril sacrificio de 10 ó 12 hombres por cada parte. En vano, al acercarse los facciosos, se retiraban las guarniciones a los fuertes, desde los cuales podían ellos defenderse, pero no defender a los pueblos...La situación de La Mancha llegó a ser tal, que para atravesarla fue menester organizar caravanas periódicas, entendiéndose, para proporcionar la escolta de diez en diez días, los capitanes generales de Andalucía, Granada y Madrid. Todavía estas

⁹⁶⁵ La información de este epígrafe tomada de Urcelay Alonso, J. *Cabrera: El Tigre...* op. cit., pp. 122-133.

⁹⁶⁶ Para todo lo relativo a un amplio análisis de la Expedición Real pueden consultarse Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Auge y ocaso...* op. cit., Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo III, pp. 80-166, 211-213, 222-245 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, pp. 77-89, 90-91, 93-105, 125-139, 151-167 y 174-187.

⁹⁶⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 332-333.

escoltas, aunque compuestas de gran fuerza de caballería e infantería, fueron atacadas en términos que hubo de renunciarse a este costoso e insuficiente medio de protección, y dejar que los correos y viajeros corriesen riesgos que nadie bastaba a preservarlos⁹⁶⁸.

En consecuencia, tiene pleno sentido que al llegar la Expedición Real a Tarancón (Cuenca), se oficiase a Jara, «Orejita», «Palillos» y Tercero, principales jefes de estos aguerridos combatientes manchegos, ordenándoles marchar sobre Aranjuez e informarse allí sobre la situación del cuartel real para unirse a los expedicionarios con la mayor celeridad posible. Pero los mensajes fueron interceptados por el comandante de armas cristino de Quintanar de la Orden, Toledo, por lo que finalmente no se pudo producir dicha incorporación. Por su parte, los carlistas manchegos ya procedían a regimenterar cada vez mejor sus fuerzas y a incrementar su formación militar; también reunían copiosos depósitos de grano y, a la vez, no descuidaban emprender continuas acciones: por ejemplo, Ciudad Real se encontraba, a finales de 1837 sometida a un riguroso bloqueo, y sus habitantes apenas podían aventurarse a salir fuera de los muros de esta capital.

Otro elemento de peso que da idea de la importancia de estas partidas es que, frente a la gran mayoría de los guerrilleros carlistas cuya instrucción militar solía reducirse a la recibida sobre el campo de batalla, sólo los legitimistas manchegos fueron capaces de poner en marcha la única academia militar con que contaron los carlistas durante esta Primera Guerra en un teatro de operaciones exclusivamente guerrillero. Dicha academia se estableció primero en Guadalupe y luego en Alía (ambas localidades en la provincia de Cáceres). Recio Cuesta matiza que, si bien fue debida claramente al empeño de los carlistas manchegos —y muy especialmente del brigadier Jara, comandante general de la zona, quien supervisó personalmente la instrucción que allí se ofrecía—, los guerrilleros que integraban las partidas genuinamente extremeñas también adquirieron en ella formación militar. Dicha academia, que estuvo activa regularmente, al menos, durante el tiempo que los carlistas ejercieron el dominio efectivo de la comarca cacereña de Las Villuercas (octubre de 1837 - comienzos de 1838), estaba bajo la dirección del teniente coronel Pedro Antonio González, antiguo profesor del Colegio Militar de Segovia. En ella recibían instrucción militar los oficiales carlistas y, mediante ejercicios prácticos, se formaba tanto a contingentes de infantería como de caballería⁹⁶⁹.

⁹⁶⁸ Tomado de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, p. 171.

⁹⁶⁹ En noviembre de 1837 los carlistas manchegos trasladaron el centro de formación de voluntarios que tenían en Guadalupe a la vecina Alía. Esta academia, cuya importancia debe ser resaltada, fue no solo un serio intento de dar una adecuada instrucción militar a las partidas a fin de constituir un ejército regular, sino que también supuso la implantación de una base territorial propia, con todo lo que esto significa. Allí recibían formación militar y se entrenaban constantemente unos 1.500 voluntarios. Además, en sus dependencias funcionaba también una academia preparatoria para mandos de las fuerzas carlistas de La Mancha y Extremadura. Anexos se construyeron depósitos de víveres, un taller de fabricación de municiones y reparación de armas, así como un pequeño hospital. Todo ello bajo la cuidadosa supervisión del brigadier Jara, militar de carrera. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op.

Ferrer subraya continuamente la gran movilidad y versatilidad de estas partidas de jinetes manchegos. Cita un nuevo ejemplo, que sirve para ilustrar su cada vez más extenso radio de acción: en el mes de octubre las fuerzas del brigadier Jara incursionaron por tierras salmantinas y abulenses. En la provincia de Ávila ocuparon el día 20 Piedrahita y continuaron su razia por Villafranca de la Sierra y Pedro Bernardo; el 21, sostuvieron un combate con la columna cristina del comandante Carrascosa, para finalmente regresar a su base toledana a finales de mes⁹⁷⁰.

Para rematar lo señalado hasta ahora sobre el creciente peso operativo que se concedía por el alto mando militar carlista del Norte a este frente bélico, baste añadir que el 28 de diciembre de 1837 hacía su salida de Navarra la segunda expedición comandada por el brigadier Basilio García (compuesta por cuatro batallones y dos escuadrones de caballería, totalizando unos dos mil soldados), que tan buenos resultados había conseguido en su anterior incursión expedicionaria. Su misión ahora consistía en organizar la guerra en La Mancha y en las restantes regiones de la España central, para lo que debía contar con el apoyo de una división del ejército de Cabrera, que había recibido las oportunas instrucciones en este sentido. Se estudiará su evolución operativa y resultados en el apartado correspondiente del año 1838.

Por lo que respecta a Castilla, ausente todavía Merino (agregado al Cuartel General Carlista del Ejército del Norte desde diciembre de 1835, tras sufrir un accidente hípico, como es sabido), las actividades bélicas de las partidas castellanas durante los primeros meses de 1837 se ajustaban a lo que Ferrer denomina guerra de montañas: escaramuzas, sorpresas, pequeñas incursiones, ligeros combates y, lógicamente, actividades de subsistencia, sobre todo requisas. Su zona de operaciones se circunscribía, fundamentalmente, a las comarcas fronterizas de Santander, Burgos y la Rioja. La crudeza del invierno y los escasos contingentes de las guerrillas carlistas redujeron sensiblemente su actividad operativa; además, debe tenerse en cuenta que los jóvenes voluntarios castellanos preferían por entonces pasar al Norte para alistarse en los ya acreditados batallones de la División de Castilla o bien en los lanceros castellanos, unidades que pronto adquirirán también reconocido prestigio. Todo ello explica que se registrasen pocos combates dignos de mención hasta que irrumpió en territorio castellano la expedición de Zaratiegui⁹⁷¹.

8.3.5 La expedición de Zaratiegui

Junto a las dos grandes expediciones analizadas, debe incluirse también la de Zaratiegui por su eficacia militar y su especial significación estratégica. Efectivamente, cuando a mediados de julio comenzó a operar en esta región la

cit., tomo XIII, p. 189; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 216-217 y 333-334 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 369-370.

⁹⁷⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, p. 220.

⁹⁷¹ *Ibidem*, tomo XIII, pp. 191-192.

columna expedicionaria del mariscal de campo olitense (compuesta de 4.500 infantes y 260 caballos), el panorama cambió drásticamente: tomó importantes ciudades como Segovia o Valladolid, entre otras, logrando que Castilla quedase bajo su control, tras una brillante campaña. Decidido el comandante en jefe expedicionario a consolidar el predominio de las armas carlistas en la zona cuanto antes, como primera medida destacó a los cuadros de un par de batallones castellanos, con 400 hombres cada uno, a las órdenes directas del coronel José Barradas, con la misión principal de apoyar la insurrección en toda la región y de colaborar con las partidas operativas en la sierra de los Pinares. Facilitaba medidas como la anterior el que, ya desde finales de septiembre, las fuerzas de Zaratiegui hubiesen experimentado un espectacular crecimiento, contando con más de 10.000 hombres a pie y 700 jinetes, dato digno de tener en cuenta. Como destaca Bullón, se demuestra así que pese a las obvias bajas sufridas en los diversos combates y los contingentes detraídos del cuerpo principal en apoyo de las fuerzas castellanas, los efectivos de la expedición habían aumentado en cerca de 6.000 soldados⁹⁷².

Coincidió, por entonces, con la columna expedicionaria liderada por Don Carlos —en Aranda de Duero, donde hizo acto de presencia Zaratiegui, cuyas tropas le facilitaron el paso del río, maniobra que trataba de obstaculizar el general Manuel Lorenzo, enviado por Espartero a tal efecto—, la cual había perdido la mitad de sus efectivos: según Rahden, contaba en esos momentos con 6.000 infantes y 500 caballos (cifras que Bullón considera incluso excesivas). Dentro del Estado Mayor de la citada Expedición Real cabalgaba el general Merino, destacado asesor de Don Carlos en las operaciones por tierras castellanas. Junto con el cura de Villoviado iban algunos jefes de caballería, reclutados por él e incondicionales suyos, como el ya mencionado coronel Eugenio Barbadillo⁹⁷³.

De este modo, unidas ambas expediciones, parecía abrirse una nueva época de esperanza y apogeo para los cerca de 17.000 soldados carlistas desplegados en la línea del Duero, y que poco antes de la batalla de Retuerta

⁹⁷² Con respecto a la expedición del general Zaratiegui, Bullón afirma que fue, posiblemente, la más afortunada y exitosa de todas las emprendidas por el carlismo, por más que haya pasado bastante más desapercibida que la del general Gómez o la encabezada por el propio Pretendiente. Esta columna expedicionaria que salió de Zúñiga (Navarra) el 19 de julio de 1837, tenía como misiones promover una insurrección general en Castilla y distraer a parte de las fuerzas cistinas enviadas en persecución de Don Carlos. Con este último objetivo marchó directamente sobre la Corte, obligando a las tropas de Espartero a abandonar la persecución de la Expedición Real y dirigirse a marchas forzadas sobre Madrid. Tras haber cumplido esta primera parte de su misión, Zaratiegui se replegó sobre territorio castellano, ocupando ciudades como Segovia y Valladolid. Propició, además, una insurrección a favor de Don Carlos que le permitió duplicar sus hombres, que pasaron de cuatro mil quinientos a más de diez mil. La retirada de la Expedición Real, a la que debía dar cobertura y apoyo, obligó a Zaratiegui a unirse a la misma y retirarse con ella al Norte. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. "Las expediciones carlistas en un inédito del general Zaratiegui". En *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 1997, núm. 33, pp. 3-22, y del mismo autor sobre la expedición de Zaratiegui puede también consultarse *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 308-312. Asimismo, se puede consultar un detallado análisis de dicha expedición en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, pp. 192-213.

⁹⁷³ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 311

(que tendrá lugar a comienzos de octubre), habían aumentado hasta los 19.000. Contando con el respaldo de esta importante fuerza de choque, se van a formar numerosos batallones castellanos en las provincias de Segovia, Valladolid, Burgos y Soria, junto a pequeños destacamentos enviados a las provincias de Palencia, León, Zamora y Salamanca. Igualmente, debe mencionarse la formación de nuevas unidades de caballería, en forma de columnas volantes, que afianzaron grandemente la preponderancia militar carlista en el teatro de operaciones castellano⁹⁷⁴.

Bullón subraya el importante refuerzo y reordenación de las fuerzas legitimistas castellanas a consecuencia del apoyo prestado por las tropas expedicionarias de Zaratiegui. Constituida la Junta Carlista de Castilla, el artífice principal de los mencionados logros fue Juan Antonio Goiri y Olabarrieta (brigadier de las tropas norteñas, nombrado por el propio mariscal de campo olitense comandante general de la provincia de Burgos), que procedió a organizar desde Lerma aquellas comarcas bajo dominio territorial carlista, contando con las tropas del 4º de Vizcaya, más los incompletos 6º y 7º de Castilla. Además, designó comandante general de la sierra al brigadier Miguel Manuel Marrón, quien con el apoyo de la mencionada Junta en el reclutamiento de voluntarios, había formado en los alrededores de San Leonardo (Soria) las siguientes unidades: tres nuevos batallones castellanos, los denominados 1º o Guías, así como el 2º y 3º de Burgos, que comenzaron a operar inmediatamente; un escuadrón de caballería al que se llamó Lanceros de Castilla y también una fuerte partida con los más veteranos al mando del comandante Silvestre Navazo —recuérdese, uno de los “merinos”— y del coronel Victoriano González Vinuesa, ambos mandos guerrilleros del país y por lo tanto prácticos en la región, para que actuasen en las sierras y pinares de Burgos y Soria⁹⁷⁵.

Gracias al potente refuerzo recibido (pues las fuerzas de Zaratiegui se hallaban en el más brillante estado), Don Carlos trató de mantenerse en Castilla, objetivo que no pudo cumplirse finalmente. Excede a los objetivos de este trabajo ni siquiera exponer brevemente las acciones emprendidas por los efectivos expedicionarios conjuntos (como la mencionada batalla de Retuerta), que acabaron provocando su escisión, así como su retorno por separado a sus bases en el Norte, ya en el mes de octubre de 1837⁹⁷⁶.

⁹⁷⁴ *Ibidem*, p. 312.

⁹⁷⁵ La Junta Superior Gubernativa de Castilla se había establecido en San Leonardo, provincia de Soria, aprovechando que el cuerpo expedicionario de Zaratiegui dominaba la región, por lo que pudo comenzar la organización del territorio. Adscrita a ella quedó el 5º batallón de Castilla, comandado por el coronel José Barradas, a quien se le ordenó reclutar gente, fortificar algunos puntos e instalar grandes almacenes de víveres y demás pertrechos de guerra. Además de las mencionadas medidas militares, la junta también recaudaba contribuciones y tomaba disposiciones administrativas, como el cambio y organización de los municipios bajo su jurisdicción. En Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, p. 195 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 308. La descrita zona castellana sometida a este control territorial carlista puede consultarse en los mapas V y VI del anexo 12.4 de esta tesis doctoral.

⁹⁷⁶ Todo lo relativo a las maniobras conjuntas emprendidas por la dos expediciones reunidas, así como su división, está tomado de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, pp. 210-213 y de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera,

A modo de balance, y desde un punto de vista estrictamente militar, Bullón considera que las expediciones de 1837 no supusieron en modo alguno un grave revés para las armas carlistas: considerando el número de hombres que salieron de las provincias y el de los que volvieron, se puede comprobar que las bajas experimentadas no pasaron de 2.500 hombres, saldo muy inferior a las causadas al enemigo (en gran parte, debido al gran número de voluntarios unidos a la pujante expedición de Zaratuegui). Continúa el historiador madrileño afirmando que, según la visión historiográfica dominante de la Primera Guerra Carlista, comenzaría ahora una progresiva e imparable decadencia del bando legitimista, cuya culminación lógica sería la firma del Convenio de Vergara, firmado por un ejército que se sentiría derrotado. Sin embargo, debe recordarse que en términos exclusivamente militares, es evidente que esta interpretación aún en boga, no es la correcta: a modo de ejemplo, en diciembre de 1837 se había formado una división de Castilla a las órdenes del brigadier riojano Miguel Manuel Marrón y Santacruz, compuesta de unos 2.000 hombres, encuadrados en doce batallones y cinco escuadrones, magníficamente equipados y uniformados, además de con una altísima moral de combate.

En el mismo sentido incide José Antonio Gallego, al subrayar que, por ejemplo, la Expedición Real había demostrado la mayor vulnerabilidad de los ejércitos cristinos que combatían fuera de las Provincias, por lo que las expediciones no eran una táctica absurda para intentar cambiar el signo de la guerra, ya que si parte del ejército cristino del Norte salía en su persecución aliviaba la situación de su homólogo carlista, mientras que si no lo hacía, las fuerzas expedicionarias (sobre todo si conseguían combinarse con las guerrillas que combatían en Castilla y La Mancha, o bien con el ejército de Cabrera), estaban en condiciones de poner en serios apuros a las tropas enemigas del interior peninsular⁹⁷⁷.

Dada la especial incidencia de las mencionadas expediciones en Castilla, conviene señalar que durante el último trimestre de 1837 mandaba las fuerzas carlistas de la región el ya citado brigadier Miguel Manuel Marrón, ahora ya comandante general de la provincia de Burgos. Para ello, contó con la ayuda de veteranos jefes, como los coroneles Victoriano González Vinuesa (ya mencionado también), Béjar, Delgado o Menárguez, que en seguida comenzaron sus acciones, especialmente por tierras burgalesas y sorianas. Ferrer menciona también a Mirón —levantado en armas en el mes de septiembre, nombrado comandante militar carlista de la Tierra de Campos palentina, donde caerá prisionero del enemigo en el mes de noviembre—.

Sin embargo, posiblemente lo más destacable de estos combatientes carlistas castellanos sea la voluntaria e inesperada incorporación al ejército de

A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 311-312. La información sobre los batallones y fuerzas constituidos en Castilla durante las operaciones ejecutadas por ambas expediciones, así como la presencia de Merino y sus funciones durante las mismas, asesorando sobre el terreno al alto mando carlista (como agregado a la Expedición Real), se puede ver en Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 285, 287, 288 y 297.

⁹⁷⁷ Para este párrafo y el anterior, ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 312-313 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, p. 328.

Cabrera de algo más de 1.000 hombres, pertenecientes a los batallones formados por Zaratiegui en Castilla, concretamente, el 1º de Valladolid y el 2º de Burgos, a las órdenes del citado coronel Delgado, y que en la retirada de su expedición, faltos de munición, habían quedado aislados en los pinares de Soria. Desde allí, cruzaron por Aragón, presentándose al mariscal de campo tortosino en Villarluego, provincia de Teruel, el 14 de noviembre de 1837. Integrados ya dentro de las tropas carlistas del Maestrazgo, fueron destinado al bloqueo de Morella, y serán precisamente soldados de esta brigada castellana quienes en la madrugada del 26 de enero de 1838 escalaron las murallas de la plaza, sorprendieron a la guardia cristina y posibilitaron que fuese ocupada por sus compañeros⁹⁷⁸.

Finalmente, para completar el estudio de esta fase de la guerra, queda hacer referencia a Extremadura, donde se inició un periodo de dominación de las guerrillas carlistas. Juan Pedro Recio Cuesta afirma que 1837 fue, en su conjunto, el año de mayor presión y actividad de las partidas guerrilleras extremeñas, y por ende, el de mayores dificultades para las autoridades cristinas, que tuvieron que asistir con impotencia en muchas ocasiones a la impunidad con que operaban un número muy amplio de partidas por grandes y diversos espacios extremeños. En la provincia de Cáceres, la partida más activa continuaba siendo la de Francisco Rincón (operativo sobre todo en el distrito trujillano), mientras que en el norte los hombres de Francisco Montejo, en la Sierra de Gata, y los de Santiago Sánchez de León —que realizaban sus correrías por el Valle del Jerte y el de La Vera— eran las guerrillas que más acosaban a las fuerzas enemigas. También empezó a actuar entonces por el distrito trujillano un cabecilla manchego que prolongaría sus acciones hasta finales de la guerra: el toledano Felipe Muñoz.

Además, debido al creciente empuje de las guerrillas manchegas en combinación con las extremeñas, el 10 de marzo se produjo la toma temporal de Trujillo por una fuerza carlista compuesta de 350 jinetes y 100 infantes, a las órdenes del brigadier José Jara, acompañado por Mariano Peco y el cabecilla extremeño Fernando Sánchez. Tras ocupar la población durante unas horas, unos 700 efectivos cristinos, pertenecientes a la Guardia Real y tropas venidas desde La Mancha, lograron expulsar a los carlistas de sus posiciones, causándoles 20 muertos y consiguiendo su retirada de la ciudad. Sin embargo, los guerrilleros carlistas permanecieron los días posteriores recorriendo diversos núcleos colindantes como Zorita o Aldeacentenera, pese a la tenaz persecución enemiga.

Esta difícil situación para el bando cristino se prolongará a lo largo del agitado verano de 1837 en esta provincia, especialmente en los núcleos próximos al territorio manchego, por donde campaban a sus anchas las partidas manchegas y extremeñas. Así, el 24 de julio era derrotada por Felipe Muñoz una

⁹⁷⁸ La información de estos dos últimos párrafos está extraída de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, pp. 219-223. En cuanto a la gesta de las tropas castellanas en la toma de Morella, ver Rahden, W. *Recuerdos de la...* op. cit., pp. 63-66 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 322.

columna de nacionales de Naval Moral y Peraleda de la Mata, capturando más de trescientos prisioneros. Ya en octubre, es de nuevo Jara el que cae sobre Plasencia, derrotando a las fuerzas cristinas que acudían en su socorro. Bullón destaca que la situación en Extremadura se hizo tan preocupante que los carlistas llegaron a las puertas de Cáceres persiguiendo a la caballería cristina. En medios próximos a las autoridades judiciales de dicha ciudad se llegó a solicitar el traslado a la capital pacense como plaza fortificada.

En cuanto a la provincia de Badajoz, Recio Cuesta precisa que la situación en este territorio era de menor gravedad y preocupación para las autoridades cristinas de lo que lo era en la provincia hermana, al carecer de guerrillas autóctonas de la envergadura de las cacereñas. No obstante, también aquí el principal peligro provenía de las audaces acciones protagonizadas por las potentes partidas móviles manchegas, que, como en el caso cacereño, llegaron a ocupar temporalmente ciertos espacios de la geografía pacense. De hecho, durante el segundo semestre de 1837 comarcas como la Serena y la Siberia llegaron a estar bajo el dominio de las guerrillas carlistas. El destacado jefe manchego «Palillos» (apoyado por otros cabecillas como «Lino» o el extremeño Fernando Sánchez), consiguió que las acciones de su partida afectasen a la celebración de las elecciones de 1837 en algunos distritos de la provincia de Badajoz, que el acoso legitimista forzó a que transcurrieran bajo el estado de sitio (tal como ocurrió en Talarrubias, Villanueva de la Serena, Medellín y Siruela, entre otras demarcaciones)⁹⁷⁹.

8.4 3ª fase: El giro de la guerra hacia el Maestrazgo y Cataluña y su impacto en las guerrillas carlistas (1838-agosto de 1839)

Al analizar la Primera Guerra Carlista, suele ser muy común fijarse fundamentalmente en el Norte de España, considerando como secundarios los otros escenarios bélicos de la misma. Sin embargo, desde mediados de 1838 y especialmente a partir del verano de ese año, se producirán una serie de hitos que cambiarán el conflicto. En primer lugar, debe destacarse la entrada en Cataluña del conde de España, verdadero creador del ejército carlista del Principado. Segundo, la larga lista de victorias logradas por las tropas de Cabrera en el Maestrazgo, entre ellas, el revés infligido a Oráa en su intento de recuperar Morella y la derrota y muerte del general Pardiñas en la batalla de Maella, el 1 de octubre de ese año⁹⁸⁰.

⁹⁷⁹ La información de la guerra en Extremadura durante 1837 está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, pp. 269-272; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 333 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 202-255.

⁹⁸⁰ Efectivamente, el ejército carlista del Maestrazgo comienza su apogeo a mediados de 1838, pues tras la brillante defensa de Morella por Cabrera en agosto, su aplastante victoria en Maella sobre Pardiñas dos meses después, provocó que, de los cerca de 4.000 hombres que componían

Así, el peso de las operaciones pasará en gran parte al Levante español donde, frente al estancamiento que había afectado a las operaciones en el Norte —que se prolongará hasta la primavera de 1839—, se produjo un importante avance de las tropas carlistas: por un lado, el mencionado protagonismo creciente del pujante ejército de Cabrera (como se sabe, plenamente operativo desde comienzos de 1836); de otro, a partir del verano de 1838, comenzó la brillante actuación de las recién constituidas tropas catalanas de Don Carlos: pronto demostrarían ser los batallones carlistas más disciplinados y entrenados, a la altura de la elitista Guardia Real cristina⁹⁸¹.

8.4.1 Castilla

Merino, que había abandonado ya definitivamente las Provincias con la expedición del conde de Negri, se separó de dicha unidad el 18 de marzo de 1838 en Quintanas de Hormiguera (Palencia). Restituido en su mando como comandante general carlista de Castilla, marchó, tal y como se había previsto, hacia la sierra de Burgos y los Pinares de Soria, para establecer en este tradicional reducto carlista una base de operaciones en la retaguardia del ejército cristino. Se iniciaba así la tercera campaña del cura de Villoviado (marzo-noviembre de 1838). Contaba para ello con dos escuadrones de caballería — 250 caballos— y un puñado de infantes. Poco después, el veterano caudillo carlista pudo dirigirse hacia Aranda de Duero y Lerma (muy cerca de su Villoviado natal), donde empezará a reclutar voluntarios. En breve contaría con dos batallones y, tras el desastre de la expedición de Negri, se unieron a Merino más de doscientos expedicionarios dispersos. Así, pudo ampliar el radio de acción de sus operaciones, partiendo de su refugio en la comarca serrana de los Pinares y consolidar cada vez más su control territorial.

Sin embargo, es necesario volver a recordar que durante la prolongada ausencia de Merino de tierras castellanas —15 de diciembre de 1835/14 de marzo de 1838—, la lucha no había cesado en ningún momento. Como ya ocurrió en 1837, la actividad guerrillera se produjo especialmente en las provincias de Burgos, Soria, Segovia, Palencia y Santander (a las que habrá que agregar ahora la de Ávila). Lo demuestra que los cristinos, además de mantener allí al comandante general de la provincia de Burgos, Laureano Sanz y Posse, tuviesen que crear un comandante general especial para la Sierra, Gaspar Antonio Rodríguez González, apoyado por una columna especial de operaciones mandada por Javier Azpiroz.

la selecta división cristina —“la del Ramillete”—, algo menos de 3.000 quedarán prisioneros en manos del tortosino, cerca de un millar resultaron muertos y, además, las tropas maestratenses se apoderaron de 4.000 fusiles. Ver Rodrigo Fernández, J.A. *Cabrera y su...* op. cit., pp. 37-49. También existe un detallado análisis de la batalla de Maella en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XV, pp. 103-107.

⁹⁸¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 339, 375-376 y 387.

Efectivamente, varias partidas habían seguido combatiendo durante la ausencia de Merino, que asumió su mando al regresar. Tras la retirada de las expediciones mandadas por Don Carlos y Zaratiegui, se quedaron en esta zona los batallones de Valladolid y 2º y 3º de Burgos a las órdenes de los ya mencionados Marrón (comandante general carlista de la Sierra, jefe por tanto de los contingentes de la comarca de los Pinares) y Vinuesa, jefe de una de las brigadas organizadas por el propio Zaratiegui, en la que se encuadraban precisamente el 2º y el 3º de Burgos. Junto a ellos se quedaron el escuadrón llamado Lanceros de Castilla, a las órdenes del veterano mando Feliciano Blanco y las partidas de José María Fuenmayor y Joaquín Béjar.

También se organizó una columna que se denominó “de la Sierra” al mando de otro conocido y veterano jefe guerrillero, Silvestre Navazo, y que según los datos facilitados por el jefe del estado mayor expedicionario, debía contar con 300 infantes y 40 caballos. Además, deben sumarse otras tres partidas, mandadas por Antonio Sánchez Mayoral (para que actuase en la zona de El Escorial), por Joaquín Nava Campomanes, que debía combatir en la comarca de Medina del Campo y por Joaquín Arranz, que lo haría en el valle del río Esgueva. Estas guerrillas actuarían de forma independiente al grueso de las fuerzas que dirigiría Marrón, algo obvio en el caso de las partidas de Sánchez Mayoral y de Nava Campomanes, que se organizaron para establecerse en comarcas alejadas de la zona de su mando y que debieron de tener una actividad bastante reducida, pues apenas dejaron rastro de su existencia. También lo harían las de Joaquín Béjar y Joaquín Arranz, cuya operatividad fue bastante mayor que la de las anteriores: concretamente la segunda de ellas, marchó hacia tierras del valle del Esgueva con 80 caballos y 100 infantes⁹⁸².

Retomando cronológicamente las actividades de Merino, Gallego detalla que entre el 22 y el 23 de marzo, el comandante general carlista y sus jinetes se reunieron, finalmente, con los restos de los combatientes que se habían emboscado en las sierras y pinares de las comarcas de Burgos y Soria desde la época de la Expedición Real. Eran los comandados por Marrón, Vinuesa y Feliciano Blanco, que pese a sus pocos éxitos y la tenaz persecución sufrida, habían conseguido mantenerse sobre el terreno y activos. Prueba de ello sería un parte del ya mencionado comandante general cristino de la Sierra, Gaspar Antonio Rodríguez, al capitán general de Castilla, informándole de haberse visto obligado a rescatar el 9 de noviembre de 1837 a una compañía del provincial de Córdoba, sitiada en la iglesia de Espeja (Soria) por los 2.500 hombres dirigidos por Marrón, Vinuesa, Blanco y Quintanilla, a los que el alto mando cristino en la región daba ya por casi eliminados⁹⁸³.

⁹⁸² La información sobre la guerra de guerrillas en Castilla a comienzos de 1838 está extraída de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 92 y 115; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 316 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 317-336.

⁹⁸³ Solamente Marrón ya comandaba entonces a 1.600 infantes y 80 caballos. Sin embargo, no mucho tiempo después verá drásticamente reducido su contingente, pero no fruto de la desertión sino porque más de la mitad decidieron desobedecerle y dirigirse por propia voluntad al Maestrazgo para incorporarse al ejército de Cabrera, como se reflejó en el epígrafe anterior. Este episodio se detalla en Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 336-337.

El 25 de marzo, las fuerzas combinadas de Merino y sus mencionados lugartenientes —en total, unos 400 jinetes—, fueron alcanzados por caballería cristiana en Mecerreyes (Burgos), donde sufrieron una dura carga al emprender la retirada. Como consecuencia, resultó herido y preso el coronel riojano Miguel Manuel Marrón, junto con otros tres carlistas, más seis muertos. Además, las tropas gubernamentales se apoderaron de seis caballos, armas de fuego y blancas y diversa documentación de interés militar. Pese a este revés de importancia para el cura de Villoviado, fundamentalmente por la captura de Marrón, ello no le impidió continuar con su actividad reclutadora, que tal como se señaló en el primer párrafo de este epígrafe, le permitirá reunir en breve un par de batallones de entre 700 y 800 hombres, integrados por voluntarios recién reclutados, más rezagados y dispersos de la expedición del conde de Negri. Pero lo más destacable para Gallego sería que Merino, como comandante general castellano, ya a partir de mediados de abril, ejercía el control territorial de una amplia zona que a lo largo de la primavera de 1838 se extenderá desde la Rioja Alta, Montes de Oca y sierra de la Demanda hasta la Bureba, comarca del Arlanza y Ribera del Duero (ver mapas V y VI en el anexo 12.4 de esta tesis, donde se plasma esta zona de control permanente —si bien, fugaz— por parte del caudillo carlista). Este dominio e imposición de su autoridad le permitía cobrar impuestos, exigir avituallamientos y, obviamente, sacar mozos⁹⁸⁴.

Precisamente por su dedicación a consolidar el ya evidente dominio territorial carlista, con las funciones descritas que ello conllevaba, Merino no promovió ataques a las columnas ni guarniciones cristinas, lo que sin duda influyó en que apenas hubiese combates de ningún tipo durante aquellos meses. Sin embargo, el 1 de abril Negri había enviado a dos destacados y veteranos jefes guerrilleros castellanos, Epifanio Carrión y Modesto de Celis, para que operasen en la provincia de Palencia. En consecuencia, durante los primeros días de ese mes, tras apoderarse de Herrera del Río Pisuerga, incursionaron por Canduela, Peracanzas y Cervera del Pisuerga, donde batieron y aprisionaron a su guarnición. El día 15 apresaron a más de 60 hombres en la burgalesa Basconcillos de Tozo (recurriendo para conseguirlo a quemar la casa donde se habían refugiado). Sus actividades por la zona continuaron con buen éxito, atrayendo la atención de numerosas columnas enemigas, por lo que tuvieron que refugiarse en el Norte a comienzos del verano⁹⁸⁵.

Pero todavía más contundente será el principio de la campaña emprendida por el coronel Balmaseda —según Ferrer, el hecho militar carlista más importante en Castilla durante mayo de este año—, que el 20 de dicho mes aniquilaba en Hontoria del Pinar (Burgos) a la columna cristiana del coronel Mayols, haciendo más de 500 prisioneros, acción por la que sería ascendido a brigadier. Estableció para ellos un depósito de prisioneros en Duruelo de la Sierra, provincia de Soria, con la intención de aplicarles el Convenio Eliot. En Cuéllar se le unieron 22 soldados enemigos de la guarnición, tras asesinar a su jefe, que se oponía a rendirse a pesar de estar atrincherados en una torre

⁹⁸⁴ *Ibidem*, tomo II, pp. 338-348.

⁹⁸⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 100-101 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 337 y 338.

incendiada. Ferrer relata pormenorizadamente sus numerosas incursiones por tierras de Burgos, Soria, Segovia y Valladolid, realizadas gracias a su proverbial movilidad. A lo largo de casi todo el mes de julio sembró el pánico en las fuerzas enemigas, impotentes ante sus fulgurantes cabalgadas, rindiendo guarniciones y requisando material militar y víveres.

Pero tras sus brillantes comienzos, Balmaseda se moverá constantemente perseguido por diversas columnas cristinas (que poco a poco comenzaron a estrechar el cerco), con las que sostuvo algunos combates, no siempre favorables. Pese a ello, aunque las tropas gubernamentales del brigadier Abuín se encontraban a menos de un día de camino, el 21 de septiembre de 1838 se presentó de improviso ante Quintanar de la Sierra (Burgos), donde estaba acantonado el coronel Coba, al que tomó prisionero junto a 300 de sus hombres, quedando casi otros tantos sobre el campo de batalla. Sin embargo, tras sufrir un revés en el Campo de Lara, donde perdió cerca de trescientos hombres, el flamante brigadier carlista hubo de retirarse y, eludiendo la vigilancia de las guarniciones enemigas, refugiarse en el Norte⁹⁸⁶.

Asimismo, debe destacarse la actuación de la partida castellana de Blas García, (a) «Perdiz», quien al frente de 60 jinetes recorría constantemente la zona limítrofe de las provincias de Madrid, Toledo, Ávila y Segovia, al menos desde el mes de junio. El 5 de julio, después de haber entrado en Arenas de San Pedro (Ávila), se le unió un destacamento de 400 caballos y 200 infantes, procedentes de la segunda expedición de don Basilio, mandada por el coronel Felipe Gómez Calvente, a cuyas órdenes se puso el jefe guerrillero para actuar conjuntamente. Estas fuerzas combinadas operaron en la zona comprendida entre Mombeltrán, San Esteban del Valle y Pedro Bernardo, en la provincia de Ávila, y Navamorcuende en la de Toledo. Con este fuerte apoyo, Blas García sorprendió y dispersó a una columna de 300 infantes y 40 caballos, en su mayor parte nacionales de San Martín de Valdeiglesias (Madrid), con algunos auxiliares de la abulense Cebreros. Como consecuencia, Blas García quedó dueño del Valle del Tiétar.

Posteriormente, las fuerzas combinadas de Calvente y Blas García, a las que se les había unido la partida manchega de Felipe Muñoz, decidieron dar un atrevido golpe de mano, sorprendiendo a un convoy que debía conducir fondos para el ejército cristino del Norte. Con este fin, se dirigieron el 19 de julio a Navas de San Antonio (Segovia), llegando hasta Sangarcía, donde recabaron información del convoy, al que se proponían sorprender en la vecina Labajos: enterados de que venía fuertemente escoltado por tropas mandadas por el comandante general de Segovia, Midón, desistieron de su proyecto. Al frustrarse así el plan, optaron por dirigirse de nuevo hacia la provincia de Ávila, donde la fuerza combinada carlista se dividió en varias fracciones, al verse acosada por

⁹⁸⁶ Abundante información sobre la campaña de Balmaseda en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 102 y 104-105, 107, 110, 112-113 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 337, 338 y 387.

columnas enemigas. Blas García, tras incursionar brevemente por la provincia de Toledo, buscó refugio en su reducto del Valle del Tiétar⁹⁸⁷.

A estas alturas de la campaña, Merino decidió desplazarse al Maestrazgo. Gallego le atribuye esta decisión inusual a la información que recibió de la derrota sufrida por el conde de Negri el 27 de abril (y de la que éste informó personalmente al veterano caudillo carlista en su refugio de los Pinares de Soria). En consecuencia, el cura de Villoviado se planteó que para salvar a sus hombres y continuar cumpliendo con su misión lo más conveniente era conducirlos a los dominios de Cabrera, que podía prestarles el apoyo operativo y logístico adecuado, además de poder así descansar y reabastecerse. El citado autor sitúa el encuentro por primera vez de Jerónimo Merino y Ramón Cabrera la noche del 15 de mayo de 1838 en las inmediaciones de Rubielos de Mora (Teruel). La relación de mutua simpatía debió ser inmediata, como se demuestra por el hecho de que el mariscal de campo tortosino depositó su confianza en el líder castellano en las importantes operaciones militares desarrolladas durante la defensa de Morella —relación previsiblemente facilitada por la condición de ex seminarista y cura, respectivamente, de los mencionados jefes, tal como subraya Gallego—⁹⁸⁸.

En cuanto al número de hombres que siguieron a Merino al Maestrazgo, fuentes cristinas lo estimaban en unos 1.500 a 2.000 infantes y 150 caballos. Antonio Caridad Salvador concreta mucho más, al señalar que disponía de 2.056 guerrilleros. También Javier Urcelay comenta el desplazamiento del célebre caudillo castellano al teatro de operaciones maestratense, donde se produjo el contacto citado con Cabrera. Después del sitio de Morella (en cuya defensa ya se comentó supra que había tomado parte), el cura de Villoviado retornó a su campo habitual de operaciones a comienzos de septiembre, al frente de cuatro batallones aragoneses y cuatrocientos caballos. Pero acosado por numerosas fuerzas cristinas hubo de refugiarse en el Norte, siguiéndole poco después Carrión, que escoltaba cerca de 300 prisioneros. Allí, Merino pudo reorganizar a sus hombres y el 25 de octubre emprendió una nueva operación con 900 infantes y 120 caballos. Sin embargo, perseguido por una potente columna cristina, que le alcanzó a finales de mes y dispersó a buena parte de sus voluntarios, se vio forzado de nuevo a volver a las Provincias, donde permanecerá hasta el Convenio de Vergara. Merino ya no volverá a combatir y poco después deberá exiliarse en Francia, poniendo así fin a más de treinta años de campañas. Durante este largo periodo demostró ser un extraordinario guerrillero y jefe de partida, pero seguramente no fuese un general adecuado para poder mandar un gran ejército⁹⁸⁹.

⁹⁸⁷ La información sobre las operaciones conjuntas de los expedicionarios del coronel Calvente y la guerrilla de Blas García (con la colaboración ocasional de Felipe Muñoz) está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 106-108.

⁹⁸⁸ Ver Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 353-354 y 360, así como Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, p. 136.

⁹⁸⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 109-110 y 112-113; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 386 y Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 381-430. Las informaciones de Caridad y Urcelay pueden consultarse en Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., p. 48 y Urcelay

8.4.2 La Mancha

Según Ferrer, 1838 se iniciaba con unas perspectivas bastante favorables para los carlistas de La Mancha: las propias fuentes cristinas, reconocían el control legitimista de toda la margen izquierda del Tajo, donde las fuerzas gubernamentales sólo dominaban el territorio que pisaban (y éste, precariamente). Además, las comunicaciones con el sur tampoco estaban libres, pues la carretera de Andalucía permanecía dominada por las potentes guerrillas manchegas, que controlaban totalmente el tramo entre Madrudejos y Tembleque en la provincia de Toledo, bloqueando diligencias y el correo. Pirala subraya que llegaban en ocasiones hasta cerca de la corte, infundiendo el terror en sus alrededores. Además, las partidas volantes recorrían libremente el territorio manchego —no solo las provincias de Toledo y Ciudad Real, sino también las de Cuenca y Albacete—, de modo que obligaban a las guarniciones cristinas a permanecer encerradas en sus bases. Dichas fuentes gubernamentales afirmaban que las únicas tropas cristinas realmente operativas que quedaban entonces en La Mancha carlista eran las de Ciudad Real, Daimiel, Manzanares y Chinchilla, por lo que los guerrilleros carlistas realizaban sus cabalgadas por una extensa área que cubría, además de las provincias manchegas mencionadas, las de Madrid, Ávila, Guadalajara y zonas limítrofes⁹⁹⁰.

En estas circunstancias, se produjo la llegada al frente manchego de la segunda expedición de Basilio Antonio García y Velasco (28 diciembre 1837/mayo 1838), que al frente de cerca de 2.000 soldados carlistas, tenía por objetivo principal regularizar la guerra en este importante teatro de operaciones. Para ello, esta columna expedicionaria debía establecer medidas de colaboración con los diversos jefes de partida legitimistas de esta zona, imprescindibles para cumplir adecuadamente su misión de organizar e impulsar todo lo relativo a las operaciones guerrilleras (aunque inicialmente, don Basilio trató de dirigirse hacia el Maestrazgo para contactar con Cabrera, pero acosado por diversas tropas cristinas acabó dirigiéndose directamente hacia La Mancha).

Sin embargo, una vez que se le incorporaron las más importantes guerrillas manchegas, ya avanzado enero de 1838, no parece que el general García llegase a entenderse, ni siquiera mínimamente, con sus nuevos subordinados. Posiblemente, además de no congeniar en absoluto, nunca llegó

Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 144. En cuanto a la valoración militar de Merino, las fuentes coinciden en su falta de preparación y de confianza para dirigir combates de cierta envergadura en los que debía mover masas de caballería e infantería coordinadas; se habría mostrado siempre excesivamente cauteloso, desaprovechando, en general, varias ocasiones para atacar a sus enemigos en circunstancias que se presentaban, al menos inicialmente, favorables. Ver, por ejemplo, Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 272; Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 430-431 y la visión especialmente crítica de Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., p. 131, sin duda el más duro en su cuestionamiento de la capacidad de mando militar de Merino.

⁹⁹⁰ Ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo IV, pp. 129-130 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 135 y 137.

a entenderlos, tal como recalca Bullón. De hecho, refiriéndose a las fuerzas carlistas de La Mancha, decía el brigadier riojano que «sus jefes, oficiales y soldados, no son más que unos facinerosos... Prefiero la muerte a tener a mis órdenes semejantes foragidos (sic) que no conocen ni religión ni rey; son ladrones y nada más»⁹⁹¹.

Paradójicamente, un rígido, ordenancista y tradicional militar prusiano como August von Goeben, se mostraba mucho más comprensivo con la forma de batallar de las guerrillas carlistas manchegas:

“Estas partidas fueron acusadas por unos y otros de procedimientos poco humanitarios e impropios de su denominación de carlistas, porque sacrificaban sin miramientos a los enemigos que caían en sus manos. Pero en ello hacían bien. ¿Cómo podían proceder de otra manera aquellos hombres que, porque eran los más débiles, habían sido excluidos por los adversarios de los beneficios de todo tratado, que veían matar, arrasar, aniquilar todo cuanto les pertenecía y les era allegado? He referido antes con que crueldad intentaron aplastar los cristinos el levantamiento en estas provincias; después de hechos tan horribles no podían esperar indulgencia jamás. No, cuando aquellos hombres de las partidas, que habían sido arrastrados a la desesperación, se vengaban de los liberales pasándolos a sangre y fuego, los trataban con toda justicia y cumplían su deber; pues en tal sazón la indulgencia y el perdón se hubieran convertido en despreciable debilidad, que habría llevado consigo inevitable ruina. Pero se deshonraron a sí mismos al extender su furia vengativa fuera de los infames que la habían provocado. Los carlistas, esto es, los hombres que luchaban honrosamente en los ejércitos regulares por el sostenimiento de los derechos de su Rey, no querían, naturalmente, conceder ese título a aquellas cuadrillas de La Mancha”⁹⁹².

A la vista de lo anterior, es fácil comprender que las relaciones de don Basilio con los cabecillas manchegos no iban a ser especialmente buenas. Las fuerzas de «Orejita», que parecían ser las más dispuestas a colaborar, fueron pronto batidas y dispersas, mientras que Jara y «Palillos», enfrascados en discusiones y antiguas rencillas, trataban de manejar al jefe divisionario carlista según sus intereses y se dedicaban a hacer la guerra por su cuenta. Finalmente se impuso García y Rugeros, molesto por verse postergado varias veces, se separó completamente de la expedición. Las divergencias subieron de tono cuando don Basilio amenazó con hacerle fusilar, como llegó a hacer con algunos de sus jinetes por insubordinación, y «Palillos» comenzó directamente a hostilizarle.

⁹⁹¹ Así se expresa don Basilio en una carta que dirigió a Don Carlos. Ver Pirala, A. *Historia de la ...op. cit.*, tomo IV, p. 495. (para más información sobre la expedición de don Basilio, ver también pp. 487-502). No debe perderse de vista que, tal como explica Bullón, la guerra de guerrillas siempre ha tenido sus propias reglas y, sin duda, don Basilio —cuya honradez, rectitud y buen espíritu militar, además de buenas intenciones, son unánimemente reconocidas por las fuentes al hablar de esta expedición—, se hubiera sentido extraordinariamente ofendido de haber sabido que en 1834, cuando realizó la primera de sus incursiones y practicó este mismo tipo de guerra irregular, Zumalacárregui se pronunciaba sobre él en términos muy parecidos. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 314 y nota 364 a pie de dicha página.

⁹⁹² Goeben, A. *Cuatro años en España: los carlistas: su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Pamplona, Instituto Príncipe de Viana, 1966, p. 203.

Parecía que el panorama empezaba a no ser tan halagüeño para las armas carlistas en La Mancha como parecía a inicios de año: así, en febrero de 1838 Jara se presentó ante Toledo con los hombres que acababa de estar instruyendo, pero atacado por el coronel Flinter hubo de retirarse hasta Los Yébenes, donde fue completamente derrotado el día 18 y quedando en poder del enemigo unos trescientos heridos y alrededor de mil trescientos prisioneros⁹⁹³. Por el contrario, «Palillos» conseguía revertir en cierto modo la inercia negativa para el bando legitimista: el 28 de mayo atacaba Ciudad Real al frente de 500 hombres y aunque no consiguió apoderarse de la plaza, en cambio destrozó la columna que desde la misma se envió en su persecución con una briosos carga de su caballería, apoderándose incluso del cañón que habían utilizado contra ellos.

Lo cierto es que la táctica empleada por don Basilio no fue la más adecuada para conseguir el control de La Mancha: en vez de tratar de establecer una base de operaciones, bien en la parte de Cuenca, resguardándose así en las líneas militares de Cabrera, bien en las escabrosidades de los Montes de Toledo, donde al amparo del fuerte de Guadalupe hubiera podido organizar y cohesionar sus fuerzas (empleando para ello a su caballería norteña, como núcleo al que incorporar a los potentes jinetes de La Mancha), optó por distraerlas y fragmentarlas en múltiples movimientos; es cierto que con ello se apoderó momentáneamente de poblaciones como Calzada de Calatrava, Puertollano y Almadén, todas en la provincia de Ciudad Real, pero también llamó la atención sobre sí de numerosas y redobladas tropas cristinas, que infligieron a las fuerzas carlistas numerosos reveses⁹⁹⁴.

Ante la imposibilidad de cumplir con su cometido principal —recuérdese, regularizar la guerra en La Mancha, apoyando adecuadamente a las prometedoras pero ingobernables guerrillas manchegas—, y contando ya sólo con una fuerza expedicionaria reducida a poco más de mil hombres, don Basilio optó por retirarse sobre Castilla, donde esperaba poder unirse a la expedición encabezada por el conde de Negri. Sin embargo, tampoco este objetivo fue posible, ya que a principios de mayo de 1838 sus fuerzas fueron sorprendidas en Béjar por tropas enemigas mandadas por el general Pardiñas, resultando apresados los destacados jefes manchegos Jara y Cándido Tercero, junto a otros como Santiago Carrasco y Cuesta.

Sin embargo, Ferrer subraya que el brigadier riojano pudo reorganizar las aparentemente maltrechas fuerzas carlistas y concentrar el 12 de junio en Navahermosa (Toledo) 200 caballos y 150 infantes. Ordenó efectuar una serie de incursiones por tierras toledanas: así, las partidas de Felipe Muñoz y

⁹⁹³ Tanto Ferrer como Recio Cuesta subrayan el grave quebranto que supuso esta acción de Los Yébenes (Toledo) para la agrupación de partidas carlistas manchegas y extremeñas: el brigadier Jara al frente de 800 caballos y unos 2.000 infantes, combatió en campo abierto contra la columna cristina de Flinter, compuesta por 600 infantes y 220 caballos, saliendo los legitimistas malparados; además perdieron gran cantidad de armamento, municiones, ropa, víveres y caballos. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, p. 125 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 262.

⁹⁹⁴ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo IV, p. 499 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 315.

«Melitón» atacaban Cebolla, mientras los hombres de Ganda, Negrete y Redo ocupaban Fuensalida y Torre de Esteban Hambrán. Pese a ello, don Basilio seguía sin disponer de la obediencia necesaria por parte de los cabecillas manchegos, indispensable para sus fines. Ferrer apunta que habían perdido la confianza en él: a estas alturas apenas se le unieron pequeñas guerrillas como las de «Dimas», «El Feo de Yepes» y Revenga, que fueron incorporadas a los restos del cuerpo expedicionario (unos 600 hombres acantonados en San Pablo de los Montes y Las Ventas con Peña Aguilera, provincia de Toledo). Pero como García comprendió que sería difícil restablecer la confianza y moral de combate de sus hombres, decidió entonces abandonar La Mancha y buscar el apoyo del ejército de Cabrera. Por tanto, se dirigió al Maestrazgo, a donde llegó cruzando la provincia de Cuenca. Con los restos de su infantería se constituirá en las tropas maestrazgo el batallón llamado Primero provisional⁹⁹⁵.

Ferrer, por su parte, no deja de remarcar que la definitiva derrota de esta expedición acabaría produciendo un efecto positivo de dispersión de sus fuerzas: habría favorecido así la situación de las numerosas guerrillas carlistas, no sólo manchegas, sino también del resto de la zona centro de España, pues núcleos importantes de “rezagados”, “dispersos” y de “extraviados” (heridos, desaparecidos en acción, desertores) de la mencionada división expedicionaria se habrían integrado en las partidas manchegas, en las de Castilla la Nueva, Extremadura e incluso Castilla. De otro lado, Bullón relativiza e incluso cuestiona esta “tesis ferreriana”, precisando que sobre no conseguir su mencionado objetivo de regularizar la guerra en La Mancha, además llamó la atención de redobladas tropas cristinas, que infligirán a los carlistas numerosos reveses⁹⁹⁶.

Tras la partida de los restos de las fuerzas expedicionarias de don Basilio al Maestrazgo, había quedado como comandante general de La Mancha Juan Vicente Rugeros (a) «Palillos», que aún conservaba el control en su reducto principal, una extensa área de la provincia de Ciudad Real, comprendida entre Fuente el Fresno y Fernán Caballero hasta Villarrubia de los Ojos, donde su dominio era casi absoluto. En la práctica, su autoridad era reconocida por la casi generalidad de los habitantes de la mencionada provincia. Tanto era así que «Palillos» llegó a imponer una contribución de guerra de cien reales por yunta que salía al campo. Encargó del cobro de este impuesto al jefe guerrillero, y lugarteniente suyo, Francisco Marín de Bernardo, alias «Chaleco», que con todos los ganados y demás bienes requisados a los reacios al pago exigido estableció un almacén en Marjaliza (Toledo), entre el 19 y el 26 de julio de ese año. Sin embargo, informado el brigadier cristino Alesón de estos extremos, marchó sobre la mencionada localidad y tras entrar en ella logró apoderarse de todo cuanto no habían podido rescatar sus propietarios.

⁹⁹⁵ Sobre esta fase de la guerra en La Mancha, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIII, pp. 167-176 y tomo XIV, pp. 117-152 (para la información sobre la segunda expedición de don Basilio) y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 217, 313-315 (sobre dicha expedición) y 333-336.

⁹⁹⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *H. T. E.*, tomo XIV, pp. 135-136 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, pp. 334-335.

La fuerza de «Palillos» y sus hombres por entonces era cada vez mayor, hasta el punto de llegar a amenazar a las autoridades cristinas con que, si fusilaban a algún mando carlista, incendiaría todas las mieses de los pueblos de la provincia, e incluso de la propia capital. Sus partidarios eran cada vez más, como por ejemplo el alcalde de Ballesteros de Calatrava que, descubierto como cómplice de uno de sus hijos, Zacarías (tanto éste como su hermano, Luciano, eran bien conocidos guerrilleros carlistas), sería fusilado el 20 de julio en el pueblo de Corral de Calatrava. Perseguida incesantemente la partida de Rugeros —integrada habitualmente en estas fechas por unos 500 hombres—, se dispersaba en pequeños grupos, como era táctica habitual y ya conocida de las guerrillas legitimistas. Una vez fragmentados, buscaban refugio en los montes cercanos a Alcolea de Calatrava, aunque también había otros que se presentaron a indulto. El 22 de ese mismo mes era capturado el sobrino y secretario de «Palillos», Vicente Acuña, junto a tres carlistas más en Porzuna.

Pese a estos reveses, la facción de Rugeros aprovechaba el menor descuido de las fuerzas cristinas y, cuando menos se la esperaba, volvía a reaparecer sorpresivamente con más fuerza: así sucedió el 29 de julio en el ataque a Torrenueva, efectuado por el propio «Palillos» al frente de 57 caballos y varios infantes, que fue finalmente rechazado por sus defensores. Al mismo tiempo, en Almagro eran descubiertos varios carlistas, acusados de encubridores de las actuaciones de dicha partida, entre los cuales figuraba Francisco Rugeros (hermano de Juan Vicente), el cual sería fusilado por dicho motivo el 27 de agosto de 1838. En ese mismo mes, una columna de francos se apoderaba de un depósito carlista camuflado desde hacía bastante tiempo en la ermita del Espíritu Santo, cerca de Malagón, que contenía comestibles, armas, ropas y otro material. Sólo encontraron a una mujer, a la que fusilaron. A la vez que esto ocurría en tierras de Ciudad Real, Juan Vicente Rugeros se encontraba en Cuenca, al frente de 200 caballos y 50 infantes, invadiendo y saqueando algunos pueblos de la serranía, como Aliaguilla, en compañía de otros jefes guerrilleros carlistas que operaban entonces en la zona valenciana, especialmente, José Domingo Arnau⁹⁹⁷.

Por lo tanto, es fácil de comprender por la situación descrita que, tal y como señala Pirala, «sin la pronta llegada de las tropas que componían el ejército de reserva, los defensores de Don Carlos hubieran dominado completamente el país, en el que tenían adeptos, por más que se hiciera creer lo contrario en Madrid»⁹⁹⁸. En cuanto a los orígenes de este ejército de reserva de Andalucía, ya el 19 de septiembre de 1837 el gobierno había ordenado organizar un cuerpo de reserva en la provincia de Jaén, cuya base serían los batallones de la Milicia Nacional movilizados en las capitánías generales de Granada y Andalucía, así como los cuerpos francos estacionados en las mismas que no fuesen absolutamente indispensables para otras operaciones contraguerrilleras. Los quintos que aún quedaban en los depósitos, más los desertores apresados,

⁹⁹⁷ La información de esta campaña de Juan Vicente Rugeros está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 137,139 y 141 y Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 89-90.

⁹⁹⁸ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., p. 133.

constituirían batallones provisionales, a los que se dotaría de los mandos necesarios. Se completaría el contingente con el cuadro del batallón de Marina de San Fernando. Estas tropas, puestas a las órdenes del brigadier Narváez debían acabar con las partidas manchegas, recibiendo el 30 de octubre una nueva reorganización, pues se incorporaron a las mismas los regimientos provinciales de Murcia, Sevilla, Ronda y Santiago, junto al tercer batallón de la brigada de artillería nacional de Marina, los cuadros de seis batallones regulares, los cuartos escuadrones de la guardia real de caballería y un par de baterías. Dotado de la correspondiente plana mayor, este ejército se subdividiría en 4 brigadas, 3 de infantería y una de caballería, cuyo jefe estaría a las inmediatas órdenes del gobierno.

A principios de junio de 1838, comenzaron a llegar a La Mancha las primeras unidades del mencionado ejército, haciendo Narváez su entrada en Ciudad Real el día 13. Pronto empezaría a cambiar la sensación de control y seguridad que imbuía a las fuerzas carlistas del territorio, invirtiéndose esta situación: el 22 los cristinos batían en Villarrubia (Ciudad Real) a 1.200 infantes y 60 caballos realistas, mientras que los hombres de «Palillos» eran dispersados por otra columna enemiga. El 28 de junio resultaban malparada la partida de «Orejita» (asesinado poco después por uno de sus asistentes, sobornado por los cristinos). En los días siguientes se intensificaron las acciones, generalmente favorables a las tropas de la Reina, combinándolas con una aparentemente conciliatoria política de Narváez, que ofreció el indulto a los jefes y voluntarios carlistas que se presentasen. No faltaron quienes se acogieron al mismo, debilitando así la fuerza de las guerrillas, siendo muchos de ellos fusilados poco después. Comenzaba así un régimen de terror, tanto contra los guerrilleros como contra sus posibles colaboradores, que provocó que gran parte de los carlistas se dispersasen, decayendo la escala de la lucha durante varias semanas (especialmente en el mes de agosto). Sin embargo, no por ello cesaron completamente los combates, pues muchas de las partidas no hicieron sino abandonar el Campo de Calatrava, al que volvieron cuando las circunstancias lo hicieron posible.

Sin embargo, es innegable que tras la llegada y primeras actuaciones de Narváez al frente del potente ejército de reserva, la situación de la guerra en La Mancha no podía ser más adversa para el bando carlista: según fuentes cristinas, se les habían hecho más de mil prisioneros, la importante partida de «Palillos» podía considerarse dispersa y puesta en fuga por los montes y aumentaba el constante goteo de desertiones y peticiones de indulto. Así, prácticamente pacificada la provincia de Ciudad Real, Narváez se proponía pasar a la de Toledo, justo cuando recibió el nombramiento de capitán general de Castilla y la orden de pasar a su nuevo destino con parte de sus tropas. Espartero, molesto con la celebridad que iba adquiriendo «El Espadón de Loja», había solicitado con insistencia que el ejército de reserva fuese enviado al Norte para colaborar en la dura lucha que se mantenía allí, agravada por el desastre sufrido por el general Oráa ante las tropas de Cabrera en Morella (agosto de 1838), tras lo cual el gobierno se vio en la necesidad de obedecer a sus dictados.

Pese a ello, continuaron con su obra los restos del ejército cristino que permanecía desplegado en La Mancha. En noviembre de ese año el marqués de las Amarillas operaba con éxito en las provincias de Toledo, Madrid y Ávila. Cabe destacar el ataque a Escalona y Nombela (Toledo), obligando a evacuarlas al comandante de armas carlista, que al frente de 600 infantes y 200 jinetes hubo de buscar refugio en los montes de la cercana sierra de San Vicente. Poco después, el 3 de diciembre, las tropas de Amarillas pasaban a depender de los comandantes generales de sus respectivas provincias, con lo que el ejército de reserva de Andalucía podía darse por definitivamente disuelto.

Lógicamente, esta coyuntura favorable no dejó de ser aprovechada por las guerrillas manchegas, que ya habían iniciado sus contactos con los carlistas aragoneses, que les prestaron apoyo y protección cuando las circunstancias lo hacían necesario. Según Pirala, ya desde noviembre de 1838, los carlistas aragoneses cooperaban con sus compañeros de armas de La Mancha, constituyéndose lo que este autor denomina «partidas sueltas»: eran guerrillas mixtas que pasaban rápidamente de un punto a otro, actuando con una gran movilidad y celeridad, permitiéndoles, por ejemplo, operar a finales de ese mes en Azután (Toledo), y a comienzo de diciembre hacer correrías por la provincia de Ávila⁹⁹⁹.

8.4.3 El mando del conde de España: creación del Ejército carlista de Cataluña

El año 1838 se inicia en Cataluña con el breve mando interino del brigadier José Segarra y Rubió, que no emprendió muchas acciones. Tras intentar sorprender al barón de Meer cuando regresaba de escoltar un convoy a Cardona (Barcelona), asumió que era imposible lograr ningún éxito militar sin instruir debidamente a las fuerzas carlistas del Principado, por lo que se dedicó a ello como objetivo principal. Mientras tanto, el 18 de marzo las tropas cristinas de Meer se apoderaron de Ripoll (Gerona), cuya guarnición se retiró sin combatir. La provincia de Barcelona será el escenario de la lucha a partir de entonces: el 29 de marzo son los carlistas los que triunfan en Suria, victoria que repiten el 9 de abril en San Quirico de Besora, y a finales de ese mes, después de una breve defensa, son los defensores legitimistas del castillo de Orís quienes capitulan. Por último, en junio se produjo el abandono carlista del fuerte de Ager. Pese a ello, la situación militar de los cristinos en este importante teatro de operaciones no mejoró, pues sus tropas caían con frecuencia en emboscadas y golpes de mano enemigos. Por otro lado, la Junta Carlista del Principado no llegó a recibir los cuatro o cinco batallones que a mediados de abril le había solicitado al

⁹⁹⁹ Para todo lo relativo a las operaciones del ejército de reserva de Andalucía, así como la denodada resistencia que le ofrecieron las guerrillas manchegas, ver Pirala, A. *Historia de la ...op. cit.*, tomo V, pp. 133-139; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...op. cit.*, tomo XIV, pp. 138, 139 y 142-145 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...op. cit.*, pp. 335-336 y 384-385.

Pretendiente para remediar la escasez de hombres, a la vez que tenía lugar la primera quinta legitimista de Cataluña (20 de junio de 1838).

Sin embargo, el hecho realmente relevante para la marcha de la guerra en Cataluña se producirá a principios de julio, con la llegada del conde de España, que el 1 de ese mes penetraba en España y dos días más tarde hacía su entrada oficial en Berga (Barcelona). Este general de origen francés será el verdadero creador del ejército carlista catalán —recuérdese, el tercero operativo plenamente en esta guerra, después del norteño y el del Maestrazgo: de hecho, para algunas fuentes llegará en breve a ser el más instruido, entrenado y disciplinado, comparable solamente con la elitista Guardia Real de Fernando VII—. Convencido de la imperiosa necesidad de transformar las indisciplinadas masas guerrilleras de las partidas catalanas en soldados profesionales, así como de la imposibilidad de emprender ningún combate antes de haberlo conseguido, el general España prefirió perder varias plazas antes que presentar batallas cuyo resultado no veía claro, dedicándose por completo a la modernización y entrenamiento de sus tropas¹⁰⁰⁰.

Al igual que habían hecho los anteriores comandantes en jefe carlistas del Principado, dividió sus 21 batallones en cuatro Divisiones. La 1ª mandada por el veterano brigadier Bartolomé Porredón se componía de cuatro batallones; uno de ellos estaba destacado en el Cuartel General, mientras que los otros tres, con su jefe al frente, recorrían la Alta Montaña catalana y las fronteras del Alto Aragón. La 2ª División, a las órdenes del coronel Juan Castell, contaba con cinco batallones, uno adscrito también al Cuartel General, dos estacionados en Berga y los otros dos de operaciones. La 3ª División fue confiada a otro jefe experimentado, el coronel Manuel Ibáñez Ubach, contaba con seis batallones y operaba por la provincia de Tarragona y el corregimiento barcelonés de Villafranca del Panadés. Con las dos brigadas de reserva (integradas también por seis batallones), el conde de España formó la llamada División de Vanguardia, bajo el mando del brigadier Ignacio Brujó, pero que operaba generalmente a las órdenes directas del propio España. Mundet la considera como la unidad de élite y más brillante de todo este nuevo ejército carlista catalán: moderno, uniformado y disciplinado¹⁰⁰¹.

¹⁰⁰⁰ Sobre la trascendencia del mando del conde de España como comandante general en jefe de las fuerzas carlistas catalanas, se puede consultar Chao, E. *La guerra de...* op. cit., pp. 83-87; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XV, p. 43 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 207, 211 y 331. Todos inciden especialmente en la excelencia, disciplina y buen estado que alcanzará muy pronto el ejército carlista de Cataluña por obra del teniente general España.

¹⁰⁰¹ Mundet resalta como una sorprendente consecuencia de esta reorganización militar la ausencia de uno de los más importantes y experimentados jefes militares del carlismo catalán: Benito Tristany, el famoso «Mosén Benet», que desaparecía así del escenario bélico, del que ya aparecía alejado al figurar adscrito al cuartel real desde abril de 1838. Ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 278 y 283-284. También existe información sobre la constitución del ejército carlista catalán en Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 20-22; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XV, pp. 39-44 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 331. Por otro lado, resulta imposible saber ni siquiera la cifra aproximada a que ascendía el contingente total de este ejército

Asimismo, el nuevo comandante general en jefe aumentó considerablemente la caballería, creando cuatro pequeños escuadrones de los denominados “cosacos”, unidades ligeras destinadas a servir de enlaces y obstaculizar las comunicaciones enemigas. También dio múltiples órdenes para el correcto servicio interior de los cuerpos y dispuso los ejercicios diarios, señalando la clase de entrenamiento a cuya instrucción debía prestarse especial preferencia: en este sentido, cabe resaltar la potenciación de la academia militar de oficiales de Borredá (en la provincia de Barcelona, fundada por Segarra pero a la que el conde de España dio el impulso decisivo). Además, creó las compañías de zapadores, inexistentes hasta entonces y supervisó la completa reorganización de la artillería —que también puede considerarse creación suya—. Sin olvidar el aumento y mejora de la intendencia y la logística que supuso el desarrollo e incremento de las brigadas de transportes. Tampoco descuidó el nombramiento de toda una red de jefes de distrito y comandantes de armas en los pueblos que se hallaban bajo control carlista. Todas estas iniciativas fueron posibles gracias al auge económico, debido al buen funcionamiento de la Real Hacienda, a cuyo frente estaba el intendente Díaz de Labandero, cuya competencia era capaz de hacer frente a los más de tres millones mensuales que costaba entonces la guerra, sin que las tropas carlistas sufriesen las privaciones que tenían lugar en otros ejércitos. Por todo ello, el teniente general España fue muy alabado por los oficiales alemanes que sirvieron en las filas carlistas (como Rahden, Goeben y Lichnowsky), que admiraban su sentido de la disciplina y la rectitud de su inflexible espíritu militar¹⁰⁰².

En consecuencia, no debe sorprender que el nuevo comandante general en jefe carlista del Principado se ganase a pulso el respeto de su ejército, al que sometió a la más dura disciplina, sin reparar para ello en ningún método. Pero su extremada dureza e inflexibilidad, sumadas a largos periodos de inactividad acabaron generando descontento y habladurías, especialmente tras el funesto Convenio de Vergara. Esta inactividad se debía a que el conde de España no quería desperdiciar a los hombres de su flamante ejército en acciones menores, sino esperar a la ocasión adecuada para emprender operaciones a gran escala. De todas formas, no pudo recoger el fruto de su esfuerzo: destituido finalmente por Don Carlos a petición de la Junta, España sería vilmente asesinado por su propia escolta en diciembre de 1838 cuando era conducido a Francia¹⁰⁰³.

Coincidiendo con la llegada del conde de España a Cataluña, el barón de Meer había iniciado su campaña contra Solsona y pese a que el teniente general carlista acudió presto en socorro de la guarnición, no pudo evitar que esta capitulase finalmente el 27 de julio. Terminadas estas primeras operaciones, España dedicó la mayoría de sus esfuerzos a la ya expuesta reorganización del

pues, como subraya Bullón (nota 173 p. 208 de su obra citada supra), no existe ningún estado de fuerzas del conde de España que fuese de carácter numérico durante su mando del mismo.

¹⁰⁰² Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 200 (nota 3) y 201 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 211-212.

¹⁰⁰³ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 212.

ejército, al que llegará a poner en el más moderno y brillante de los estados¹⁰⁰⁴. Aunque la obsesión del conde por preparar debidamente a sus tropas explica que el grueso de las mismas permaneciese inactivo, el 12 de agosto el coronel Juan Castell protagonizó un ataque sorpresa sobre la guarnición de Benabarre (Huesca), mientras que en septiembre el coronel Manuel Ibáñez, siempre incansable, repitió sus acostumbradas incursiones por la comarca del Panadés y del Bajo Llobregat: así, el día 18 aniquiló a la guarnición de Villafranca del Panadés, que sufrió más de 200 muertos y, poco más tarde, tomó al asalto la tarraconense Sarral, destruyendo después sus fortificaciones. En contrapartida, el 2 de agosto había sido sorprendida la plaza fuerte carlista de Ager (Lérida) por Ugarte, comandante cristino de la línea del Noguera, al frente de parte del batallón franco de “chapelgorris” que mandaba, pero que no tardaron mucho en abandonar su conquista¹⁰⁰⁵.

A finales de octubre de 1838 (aprovechando que había establecido unas fiables comunicaciones militares con la zona controlada por el ejército carlista del Maestrazgo, que le permitía enlazar Berga y Morella a través de un servicio regular de correos, franqueando el Ebro por Bobera, provincia de Lérida), y en vista de los avances militares de Cabrera, el conde de España le propone estrechar la cooperación operativa entre ambos cuerpos para hacerse con el control efectivo de los territorios situados al norte del citado río. Sin embargo, estos planes no llegaron a cuajar, pues Cabrera priorizaba su estrategia de dirigir sus movimientos hacia el interior de la Península, concretamente, hacia Madrid. No obstante, dicha comunicación ya estaba en funcionamiento, pues Cabrera controlaba un par de posiciones sobre el Ebro mediante su flotilla fluvial, que le había permitido enviar con anterioridad dos escuadrones de Tortosa a modo de refuerzo, para que colaborasen con sus camaradas catalanes en la defensa de Solsona: situada en medio del territorio legitimista, el deseo cristino de mantener esta plaza a toda costa obligaba a los envíos periódicos de convoyes de suministros, cuya protección y ataque se convirtió a partir de su conquista en la operación más importante y sangrienta de una guerra que, en el teatro de operaciones del Principado a lo largo de estos meses, va a caracterizarse por una aparente inmovilidad.

A principios de noviembre, y tras hostilizar de nuevo a los cristinos en su marcha obligada para abastecer a la asediada Solsona, el conde dispuso la demolición de las casas situadas en los alrededores de Berga, para facilitar la defensa de la plaza ante un posible ataque. Esta medida afectó en su mayoría a

¹⁰⁰⁴ Todas las fuentes citadas coinciden en esto. Sólo Mundet apunta el problema (por otro lado endémico en todos los ejércitos legitimistas) de la falta crónica de armamento, concretamente de los imprescindibles fusiles. El conde de España intentó solucionarlo de diversas maneras: con la compra de cuatro mil fusiles ingleses —que según Mundet, no consta que se llegasen a recibir finalmente—, pasando por inciertas ofertas a cargo de dudosos intermediarios de material defectuoso u obsoleto, para acabar, finalmente, intentando fabricarlos en la maestranza de Berga. Sin embargo, habrá que esperar a mayo de 1839 para que se fabricasen las primeras armas en las dependencias carlistas catalanas. Ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 288.

¹⁰⁰⁵ Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 24-25.

berguedanos que eran ardientes defensores de Don Carlos, por lo que provocó numerosas quejas, hasta el punto de que la Junta decidió iniciar un expediente sobre los daños y pagar las oportunas indemnizaciones. A finales de ese mes el comandante en jefe carlista tuvo conocimiento de la revuelta promovida por la guarnición cristina de Viella (Lérida), que tras asesinar a su gobernador se negaba a dar cabida dentro de sus muros a las tropas enviadas para restaurar el orden.

En consecuencia, el conde de España ordenó al coronel Borges marchar de inmediato al frente de sus batallones hacía el valle de Arán. En cuanto se hizo evidente que los revoltosos no pensaban entregarse, el teniente general carlista en persona se dirigió hacia allí, llevando consigo tres batallones de la elitista División de Vanguardia a las órdenes del coronel José Pons Viladas, cinco baterías, una compañía de zapadores y caballería, siguiendo a estas tropas casi de inmediato la División del brigadier Porredón. Contando con el grueso del ejército, iniciaron los carlistas el asedio de la población, no tardando en hacerse con el control de la misma. Sin embargo, la guarnición cristina consiguió atrincherarse tras este primer asalto en el fuerte que la dominaba. Porredón se negó a cumplir la orden de España de incendiar Viella, por lo que enterado éste, dispuso que el brigadier Lichnowsky partiese inmediatamente al frente de un batallón de infantería, artillería (dos pequeños obuses de montaña y dos morteros) y otra compañía de zapadores. Pero el fracaso de Porredón en asaltar el fuerte valiéndose de escalas y la incapacidad de la artillería carlista en abrir una brecha practicable, va a posibilitar que converjan sobre el ejército sitiador las potentes columnas cristinas dirigidas por de Meer y el comandante general de Lérida.

Ante esta nueva contrariedad, el conde de España se vio obligado a ordenar una difícil retirada, por pasos montañosos intransitables y en difíciles condiciones meteorológicas (propias del mes de diciembre en el puerto pirenaico de la Bonaigua), perdiendo parte de su artillería. Finalmente, reunidas todas las fuerzas del ejército carlista el 16 de diciembre, tras grandes penurias, en Oliana, provincia de Lérida, el conde de España fijó aquí su cuartel de invierno donde pasaron la navidad de ese año¹⁰⁰⁶.

8.4.4 Otros frentes

La actividad guerrillera en Extremadura seguía unas pautas similares a la de las partidas manchegas, aunque sin su poderío ni control territorial. Según Ferrer, de las dos provincias extremeñas Badajoz fue la que registró menos acciones bélicas, quedando en gran parte libre de las operaciones principales.

¹⁰⁰⁶ La información sobre la guerra en Cataluña durante el mando del conde de España (julio 1838/26 octubre de 1839) está tomada de Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 12-33; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XV, pp. 21-55; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 269-297 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 380-382.

En oposición, Cáceres sufrió la guerra en toda su extensión y crudeza. Entre las nuevas guerrillas que se distinguieron en 1838 se deben destacar especialmente la de Noguera, conocido como «el Rondeño» y la de José Serrano (a) «Pepico», seguidos por el ya menos conocido Corraliza. Recio Cuesta destaca que en los inicios de este año se produjeron algunos éxitos cristinos realmente cruciales, que iban a comenzar a decantar el conflicto civil en este frente guerrillero a favor del bando de la reina regente.

Sin duda alguna, el mayor avance logrado por los gubernamentales fue la expulsión de los carlistas del bastión que habían establecido en la comarca cacereña de las Villuercas, especialmente en las serranías de Guadalupe y de Alía (recuérdese, las sedes sucesivas de la academia militar de formación de las fuerzas legitimistas manchegas y extremeñas). Las tropas cristinas concentradas en las inmediaciones de Trujillo redoblaron el acoso del mencionado feudo enemigo, de forma que Guadalupe sufrió el 28 de enero el ataque del capitán general Méndez Vigo, motivando la marcha de los efectivos realistas hacia el punto próximo de Alía: abandonaban así la localidad guadalupense, controlada por ellos desde noviembre del año anterior. Méndez Vigo destacó al coronel Manuel Crespo para que se encaminase hacia allí, lo que hizo con grandes dificultades debidas a la abrupta orografía del lugar y a las adversas condiciones meteorológicas, con temporal de agua, viento y granizo. Las fuerzas carlistas —300 infantes, 200 caballos y 200 mozos reclutados en los diferentes pueblos de las Villuercas, comandadas por el jefe carlista extremeño Fernando Sánchez, actuando ya en calidad de Jefe del Primer Escuadrón del Ejército Real de Extremadura— se retiraron hacia el pueblo toledano de Mohedas de la Jara, donde una fuerza que habían destacado en dicho pueblo fue batida. Entonces supo Crespo que los carlistas, liderados ahora por el ya mencionado Fernando Sánchez (ayudado por los cabecillas extremeños Rafael Pulido y «el Francés»), estaban en Sevilleja de la Jara, a donde llegó el 1 de febrero.

En este pueblo toledano se hallaba concentrada toda la fuerza carlista extremeña que había tenido que abandonar Guadalupe y Alía. Se unieron allí con algunos guerrilleros manchegos operativos en la frontera entre ambas regiones, como la avanzadilla de la importante partida del jefe Felipe Muñoz (150 caballos y 50 infantes), y cuyo total ascendía a unos 400 efectivos de caballería y otros tantos de infantería. Asumió el mando conjunto de este potente contingente legitimista Fernando Sánchez —como se sabe, comandante del Primer Escuadrón del Ejército carlista de Extremadura—. No obstante, alcanzados por la columna cristina del coronel Crespo en el puerto de Andrino situado en la sierra de Sevilleja, los legitimistas fueron batidos y dispersos.

Tras haber perdido los carlistas su importante base territorial en el este de Extremadura, se produjo un intento de reorganizar las partidas extremeñas dispersas: pero no fue posible, quedando en conatos estériles de volver a generalizar la guerra en esta zona. Para evitar nombrar toda una serie de acciones menores, protagonizadas por pequeñas partidas sin demasiado peso específico, puede afirmarse que en el último trimestre de 1838 se registró un

ligero repunte de la actividad guerrillera en territorio extremeño, debido, fundamentalmente, al denodado esfuerzo de las partidas manchegas. Recio Cuesta subraya como la acción más importante (así como uno de los sucesos más despiadados de los carlistas a lo largo de toda la guerra), el ataque a los núcleos pacenses de Castilblanco y Madrigalejo, acaecido el 30 y 31 de diciembre de ese año. Varios jefes manchegos, capitaneando una fuerza aproximada de 300 jinetes incendiaron algunas casas de esas localidades, saqueándolas después y liquidando a la mayoría de sus defensores. Cesaron sus acciones cuando dos columnas cristinas, comandadas por Miguel Barón y Antonio del Solar, emprendieron su persecución y lograron expulsarlos de Extremadura, tras esta fugaz e implacable incursión¹⁰⁰⁷.

En cuanto a Galicia, Pirala afirma que las guerrillas gallegas no cesaron durante este año en su esfuerzo por intentar extender la guerra por todo el territorio. En este sentido, debe destacarse la actividad de las partidas de Juan López, el ex fraile Taboada, el veterano Juan Martínez Villaverde, también conocido como «el cura de Freijo» o «el arcediano de Mellid», Ramos y la de fray Saturnino Enríquez. Con relativa frecuencia, estos guerrilleros llegaron a operar con columnas de hasta 200 caballos y 140 infantes, como ocurrió en el combate que libraron cerca del puente Carneiro (sobre el río Tambre, provincia de la Coruña), a mediados de marzo; sin embargo, fueron dispersados por las tropas del comandante Fernández Cid, que les causó graves pérdidas: 43 muertos y abundante armamento, caballos y otros efectos militares que quedaron en poder del enemigo.

Pero el jefe guerrillero más sobresaliente fue Mateo Guillade. Había estudiado en el seminario de Tuy y estado preso en los pontones de Portugal por su apoyo a la causa miguelista. Consiguió escapar y organizar una partida, con la que empezó a actuar desde comienzos de 1838 en la comarca pontevedresa del Bajo Miño. Tanto Pirala como Ferrer le reconocen gran maestría en la ejecución de audaces correrías y golpes espectaculares, en algunos de los cuales llegó a contar con hasta 150/200 voluntarios: entre ellos, cabe mencionar las ocupaciones durante varias horas de Tuy (el 2 de abril, valiéndose del ardid de uniformar a sus hombres como granaderos cristinos), así como la posterior de La Guardia (Pontevedra, el 1 de junio, justo enfrente de la frontera portuguesa). Su conocimiento del vecino país le permitía realizar sus incursiones tan pronto a la derecha como a la izquierda del Miño, actuando, por lo tanto, en territorio portugués también. Así lo hizo en puntos como Villanova de Cerveira, en Monção —villa portuguesa situada en el Distrito de Viana do Castelo, región Norte y comunidad intermunicipal de Alto Minho, a la que sorprendió, provocando una operación conjunta de persecución por tropas hispanolusas—, o en Castro Laboreiro, ejecutada, como alguna otra más, a lo largo del segundo trimestre de 1838. Finalmente, fue localizado el 15 de agosto por una compañía de cazadores de Monterrey en los montes pontevedreses de Pigarzos y Monte Campelo,

¹⁰⁰⁷ La información de la guerra de guerrillas en Extremadura durante 1838 está tomada de Pirala, A. *Historia de la...op. cit.*, tomo V, pp. 161-164; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...op. cit.*, tomo XIV, pp.157-160 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...op. cit.*, pp. 255-297.

donde sucumbió junto con otros nueve hombres de su partida, resultando detenidos otros veinticinco guerrilleros¹⁰⁰⁸.

En cuanto al ya citado fray Saturnino Enríquez, fue, sin duda, uno de los cabecillas más activos y temibles del carlismo gallego. Natural de Arzúa (La Coruña), ingresó en la partida de Antonio López a los 24 años tras abandonar el convento coruñés de la orden tercera de San Francisco de Mellid, junto con varios frailes más. Luego de varias acciones en el área de Mesía y Betanzos, abandonó la partida de López para constituir la suya propia, en el territorio comprendido entre Barbeiros, Medía y Cesuras, en la provincia coruñesa. Tuvo con el cargo de comandante y el grado de teniente coronel una partida uniformada de jinetes, denominada Escuadrón de la Constancia: presentaba un aspecto brillantemente uniformado, verdaderamente militar, con reglamento interno y título propio. Su actividad a lo largo de 1838 fue incesante, especialmente a lo largo y ancho de la provincia coruñesa¹⁰⁰⁹.

Sin embargo, se va a producir a partir de mediados de 1838 una inflexión en el curso de la guerra en Galicia, al igual que había sucedido en La Mancha. Muerto Guillade y acosadas sin descanso partidas como la de fray Saturnino Enríquez (que además sufrieron la pérdida de varios de los centros logísticos que les servían de apoyo, por ejemplo, los de Bergantiños y Mellid en la provincia de La Coruña o el de Lalín, en la de Pontevedra), los carlistas gallegos continuaron manteniendo una intensa actividad guerrillera, pero pagando por ello un elevadísimo costo: entre el 3 de julio y el 31 de diciembre de 1838, según Pirala, habían experimentado las siguientes bajas: más de 50 cuadros y mandos y en torno a 600 guerrilleros entre muertos, heridos y prisioneros —a los que deben sumarse 178 indultados—¹⁰¹⁰.

Pero las abusivas disposiciones del nuevo capitán general, brigadier Jerónimo Valdés, y la prepotencia y desmanes tolerados a los cuerpos francos, provocaron una fuerte reacción, transmitida a las Cortes por diputados gallegos,

¹⁰⁰⁸ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 166, 167 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 171-172. Mateo Guillade constituye un muy buen ejemplo de los guerrilleros carlistas gallegos para los que Portugal constituyó algo más que una retaguardia segura. Recuérdese que no era infrecuente que algunos de ellos hubiesen colaborado anteriormente con sus camaradas miguelistas, al menos, desde los inicios en 1834 de la insurgencia legitimista en Galicia. Pero la guerrilla de Guillade protagonizó, además, audaces golpes de mano en territorio luso: existe abundante información en archivos portugueses sobre estas acciones en el país vecino. A modo de ejemplo, se pueden consultar los siguientes documentos: A.H.M., 1ª div., 21 sec., cx1, mç 3 y A.H.M., 1ª div., 25 sec., cx 51, mç 40. Además, para profundizar en las conexiones entre las guerrillas miguelistas del Alto Miño y las carlistas gallegas entre 1836 y 1839 puede consultarse la obra de Sá e Melo Ferreira, M.F. *Rebeldes e Insubmissos. Resistências Populares ao Liberalismo (1834-1844)*. Porto: Edições Afrontamento, 2002, pp. 161-176, 201, 219 y 233.

¹⁰⁰⁹ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 166-168; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 167, 171 y 177; Barreiro Fernández, J.R. *El carlismo gallego...* op. cit., p. 74; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 217 y Clemente, J.C. *Diccionario histórico del carlismo*. Pamplona: Pamiela, 2006, p. 199.

¹⁰¹⁰ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, p. 166. También en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, p. 175 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 385.

lo que acabaría motivando su cese. Algo más de seis mil soldados cristinos y 371 nacionales movilizados de refuerzo, fueron necesarios para mantener a raya a los defensores de Don Carlos en Galicia. Pese a ello, las operaciones legitimistas eran posibles por el apoyo y protección que encontraban en muchas áreas rurales y, sobre todo, por el recurso de acogerse al refugio que suponía la cercana frontera portuguesa en caso adverso¹⁰¹¹.

8.4.5 1839: fin de la guerra en el Norte y situación del resto de España hasta entonces

Al contrario de lo que usualmente suele creerse, mientras factores políticos no interfirieron en el transcurso de los puramente militares, el ejército carlista del Norte consiguió mantener la guerra en una cierta situación de equilibrio. En síntesis, es cierto que se trataba de un frente que podía considerarse estancado; aunque no lo es menos que su desenlace no era fácil de prever hasta que se produjeron las intrigas y maquinaciones de Maroto —que culminarían en el Convenio de Vergara—, liquidando así las operaciones bélicas en un teatro de operaciones clave como el vasco-navarro. No faltan tampoco posturas que defienden que un final negociado de la guerra allí fue inevitable, porque militarmente ninguno de los dos bandos contendientes era capaz de imponerse completamente. Finalmente, fueron alrededor de ocho mil hombres los que marcharon al exilio francés a finales de septiembre de 1839, como consecuencia del hundimiento de las tropas norteñas. Diversas fuentes especializadas en los aspectos militares de la guerra, informan que un número indeterminado de estos combatientes carlistas, contrarios a dicho convenio, tomaron rutas como la del Alto Aragón o la frontera francesa para seguir luchando junto a sus camaradas del ejército del Maestrazgo o el de Cataluña¹⁰¹².

No hay que olvidar que, tal como recalca Bullón de Mendoza, cuando se produjo la firma del Convenio de Vergara, los carlistas del Maestrazgo y Cataluña

¹⁰¹¹ Para información más detallada sobre la guerra de guerrillas en Galicia ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 164-169; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XIV, pp. 166-177, y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 385-386.

¹⁰¹² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, p. 137 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 587. Bullón hace mención a las tropas procedentes del ejército carlista del Norte que se acabaron uniendo a Cabrera, sin cuantificarlas, en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 199-200. Por su parte, Carlos Canales Torres coincide con Ferrer, al precisar que el ejército carlista catalán «se benefició de la incorporación a sus filas de batallones enteros de vascos y navarros que no aceptaban el Convenio de Vergara y querían continuar la lucha». En Canales Torres, C. *La primera guerra...* op. cit., p. 102. Por último, Ferrer destaca que este “goteo” incesante de soldados navarros y vascongados que proyectaban unirse a los ejércitos de Cabrera y del conde de España, deseosos de continuar combatiendo, se prolongó durante los meses finales de 1839 e inicios de 1840. La ruta inicial seguida habría sido la del Alto Aragón, pero la mayor parte de los que lograron pasar al Maestrazgo y a Cataluña, engrosando de este modo sus ejércitos, lo hicieron burlando a las autoridades francesas por la frontera catalana: Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 119-120.

(cuyas tropas ya habían entrado en contacto), no solamente controlaban un territorio mayor que el ocupado por sus correligionarios del Norte, sino que además contaban con un ejército conjunto numéricamente superior al de Maroto. A modo de ejemplo, la pujanza militar de Cabrera era ya tan evidente que la tropas del ejército cristino del Centro tuvieron que ser reforzadas con una brigada procedente del Norte en la primavera de 1839¹⁰¹³.

Más aún, aunque el citado acuerdo de Vergara no se aplicó al Maestrazgo ni a Cataluña, tampoco fue aceptado por Cabrera ni por el conde de España que, al frente de sus aguerridas tropas, mantuvieron las opciones bélicas del carlismo y las espadas en alto. No fueron los únicos, aunque sí los principales obstáculos a la victoria cristina —al fin y a la postre, representaban los dos ejércitos carlistas operativos plenamente todavía a estas alturas de la guerra—. Asimismo, deben tenerse en cuenta las irreductibles guerrillas carlistas que todavía combatían en diversos escenarios peninsulares, principalmente en La Mancha y Castilla, pero sin olvidar otros frentes guerrilleros, como Galicia o Extremadura¹⁰¹⁴.

Por otro lado, la gran mayoría de la historiografía dominante sobre este periodo de la guerra en Cataluña, no ha tenido en cuenta apenas que el carlismo armado conoció un espectacular repunte en los meses centrales de 1839, hasta tal extremo que llegó a mostrar signos de poder convertirse en un problema crónico para el gobierno cristino¹⁰¹⁵. Añádase a esto que el Principado había encontrado por fin al general en jefe que necesitaba en la figura del anciano conde de España, creador de un auténtico ejército capaz de medirse de igual a igual con las tropas cristinas. Para ello, incorporó con mano de hierro a lo que antes de su mando no eran sino una red nebulosa de partidas guerrilleras, incapaces de someterse al menor orden ni disciplina militar: pero (y esto no debe olvidarse), formadas por curtidos jefes y combatientes que llevaban luchando desde los inicios de la guerra; muchos de ellos veteranos, además, de la campaña realista y de la Guerra de los *Malcontents*.

En cuanto al desarrollo de los combates, 1839 se había iniciado con un largo periodo de inactividad. El 11 de febrero las tropas del barón de Meer se presentaron ante la fortaleza carlista de Áger (Lérida), que fue abandonada por el coronel Juan Castell al día siguiente; además, contrariamente a lo sucedido hasta entonces, será ahora dotada de una guarnición cristina permanente. Tras la durísima medida disciplinaria que supuso la atroz ejecución del corneta “Batalla”, ordenada por el conde de España, el 16 de febrero en el cuartel general carlista de Caserras (Barcelona), comenzará a aflorar el descontento en las filas legitimistas, donde algunos prestigiosos jefes del ejército comenzaron a plantearse el relevo del conde si no moderaba su conducta inflexible.

¹⁰¹³ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 126, 181, 199 y 208.

¹⁰¹⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, pp. 128 y 127; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 303-307; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 339 y 374 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 163-64.

¹⁰¹⁵ Para más información sobre este importante rebrote del carlismo armado catalán a partir de mediados de 1839, ver Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 587-588.

Pero la guerra continuaba y a finales de mes el ejército carlista marchó sobre Ponts (Lérida) y Manlleu (Barcelona), cuyas murallas fueron rebasadas por la brigada que comandaba el coronel José Pons Viladas mediante una torre humana similar a las realizadas por los “castellers”, en la más pura tradición festiva regional. No obstante, la lentitud del sistema permitió a los defensores refugiarse en la iglesia, motivando que Manlleu fuese saqueada e incendiada por los carlistas. Acudió en socorro de la localidad una columna cristina al mando de Carbó que fue vencida con claridad por el brigadier Segarra. Pese a esta coyuntura favorable, el conde de España no se decidió a emprender nuevas acciones y ordenó el regreso de sus combativas tropas a sus cuarteles habituales.

Habrá que esperar hasta mediados de mayo para que la pujante maquinaria de guerra carlista emprenda una nueva operación: el brigadier Ignacio Brujó, al frente de una parte de la elitista División de Vanguardia, intentó un ataque por sorpresa sobre Ripoll (Gerona), para reconquistar así una plaza que, además de su importancia estratégica, contaba con una fuerte industria metalúrgica y armera. Fracasado este primer asalto, el día 22 las tropas legitimistas lanzaban un ataque en toda regla, dirigido esta vez personalmente por el propio conde, al frente del resto de la mencionada división. Pese a la denodada resistencia cristina, los últimos defensores acabaron capitulando. Bien fuese a modo de una operación de castigo contra una población considerada como enemiga recalcitrante, o bien como aviso para posibles futuras defensas numantinas, Ripoll será quemada y destruida totalmente por las tropas carlistas. Tras esta apabullante y terrible victoria del conde de España, sus fuerzas se replegaron de nuevo hacia Berga con un abundante botín, especialmente fusiles, municiones y algunas piezas de artillería.

Por su parte, el incansable coronel Ibáñez permanecía activo al frente de su veterana 3ª división: el 20 de mayo de ese año descalabraba y hacía prisionero al 7º batallón franco de Tarragona, comandado por Nicolás Vallés, cerca de Santa Coloma de Queralt (Tarragona). Además, fusiló a 27 de sus miembros que se habían pasado de las filas carlistas. En julio emprendía una de sus audaces y largas incursiones, en este caso por la provincia de Barcelona, amenazando primero a Martorell, para seguir después el curso del Bajo Llobregat hasta la costa. Tras sostener diversos combates con fuerzas enemigas y provocar el temor en la ciudad de Barcelona y su comarca por la facilidad con que ejecutó esta nueva operación, sin que se le opusiera fuerza alguna, Ibáñez se retiró ordenadamente sin mayores contratiempos. Tanto la toma de Ripoll como estas acciones de Ibáñez, supusieron un serio aviso para los cristinos sobre la capacidad operativa de este potente ejército carlista catalán.

Mientras tanto, en el bando enemigo el barón de Meer era sustituido por el general Valdés, quien decidido a hacer un reconocimiento sobre la capital carlista, se presentaba el 1 de septiembre en las proximidades de Berga. Este movimiento será el detonante de una escalofriante respuesta por parte del conde de España: recurrir a la táctica de tierra quemada (convencido de que Valdés pretendía la conquista de Berga, aunque tras un pequeño amago lo que hizo

aquél fue refugiarse en sus bases), tomando como ejemplo para ello la retirada del ejército ruso de Kutuzov en 1812 ante Napoleón. Siguiendo al pie de la letra la mencionada táctica de retirada y destrucción por el fuego, las tropas carlistas abandonaban e incendiaban posteriormente Gironella y Oliván a comienzos de este mes, retirándose después a la cercana Berga. La misma suerte correrá poco después Moyá —sitiada y conquistada el 9 de septiembre por un muy activo España—. Todo ello sumió a la provincia de Barcelona en el horror y la desesperación ante unos incendios sin justificación militar, rechazados incluso por importantes sectores catalanes que apoyaban todavía a Don Carlos. El descontento general en el bando carlista aumentó hasta límites inimaginables en los mismos momentos en que dejaba de combatir definitivamente el ejército carlista del Norte¹⁰¹⁶.

En cuanto al Maestrazgo, durante 1839 Cabrera consolidó la ya larga y demostrada capacidad militar del aguerrido ejército bajo su mando. Así y cumpliendo órdenes de Don Carlos, el caudillo carlista planificó en el mes de junio una incursión relámpago por tierras manchegas con la misión de apoyar y reorganizar sus guerrillas, muy debilitadas por la actuación del ejército de reserva (operación que será tratada con más detalle en el apartado correspondiente a la guerra en La Mancha). No por ello descuidó su constante política de fortificaciones, centrando su atención en los puntos situados en las márgenes de los ríos Ebro —Flix y Mora de Ebro, en la provincia de Tarragona— y Turia (Castielfabib, provincia de Valencia), marcando así las fronteras defensivas norte y sur de las tropas carlistas maestratenses.

Además, cabe destacar como principales éxitos de las fuerzas de Cabrera por entonces la toma en mayo de la turolense Montalbán; el 2 de agosto el coronel Arévalo batía en Chulilla (Valencia) a Ortiz, jefe de la columna cristina de la ribera, dejando en poder de los legitimistas más de ochocientos prisioneros y equipando con las armas de los vencidos a uno de los batallones de la división valenciana carlista y, finalmente, el 31 de ese mes Cabrera atacó en Carboneras al grueso de la división cristina de Cuenca (cuya resistencia numantina, casa por casa, se prolongó durante un par de días: dos mil cuatrocientos prisioneros y cerca de cuatro mil fusiles fueron el botín de la última gran victoria obtenida por las tropas de Don Carlos). Sin embargo, el cariz prometedor que parecía tomar la guerra para las armas carlistas comenzará a cambiar de signo el mismo día que se firmaba el Convenio de Vergara¹⁰¹⁷.

Por su parte, la situación de las guerrillas carlistas en La Mancha era bastante adversa, tras la durísima represión llevada a cabo contra ellas por Narváez y su ejército. A lo largo de 1839 estas maltrechas partidas intentaron

¹⁰¹⁶ Para ampliar la información sobre la campaña del conde de España entre enero/septiembre de 1839, se pueden consultar Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, pp. 121-137; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 299-321; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 382-384 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 594-613.

¹⁰¹⁷ Amplia información sobre las operaciones emprendidas por las tropas de Cabrera en este periodo de 1839 en Córdoba, B. *Vida militar y...* op. cit., tomo IV, pp. 15-32, 63-64, 94 y 95, 98, 132-137 y 140; Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 287-336 y en Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 161-174.

desesperadamente recomponerse poco a poco, mediante algunas tentativas de abandonar sus refugios en las montañas y de retomar sus acciones con un nuevo brío. A este respecto, deben mencionarse los esfuerzos derrochados por veteranos jefes manchegos como «Palillos», Mariano Peco y «la Diosa», que provocaron el endurecimiento de la política de fusilamientos sumarios y de guerra sin cuartel que seguían aplicando las autoridades cristinas: ahora el ejecutor de la misma era el recién nombrado comandante general de las provincias de Toledo y Ciudad Real, general Trinidad Balboa. La promulgación de su tristemente célebre bando del 25 de agosto permitió el ajusticiamiento inflexible de mujeres embarazadas, niños de hasta cuatro años y otras víctimas inocentes. Como subraya Pirala, Balboa toleró tales horrores que no tardó en formársele un consejo de guerra por las propias autoridades cristinas, cesándole fulminantemente¹⁰¹⁸.

Como complemento a las durísimas medidas descritas supra, las autoridades militares cristinas pretendieron asestar el golpe de gracia a las acorraladas guerrillas manchegas, por lo que comenzaron a crear, ya desde finales de junio de ese año, algunas compañías de tiradores, cuerpos francos o “peseteros” (como se sabe, grupos irregulares de mercenarios), que en este caso concreto, vestían de paisano y usaban como única arma una escopeta. Una de ellas, la partida de tiradores de Ciudad Real, conocida con el curioso nombre de “Los Chorros”, fue formada el 2 de agosto de 1839 por el comandante general de Ciudad Real y Toledo, nombrando como jefe de la misma al comandante de armas de Brazatortas)¹⁰¹⁹.

La crítica situación de las guerrillas manchegas provocará la ya mencionada misión encomendada a Cabrera de reorganizarlas: su plan pretendía establecer una serie de bases defensivas y ofensivas, que inició reforzando las defensas de los fuertes de Cañete y Beteta (Cuenca). A continuación, destacó tres contingentes de tropas con el doble objetivo de controlar esta zona del centro peninsular y apoyar, simultáneamente, a las partidas aún operativas en los montes de Toledo y en la parte montañosa colindante de Ciudad Real —que era, al fin y a la postre, el objetivo principal—. La primera de dichas fuerzas debía actuar por la provincia de Albacete; la segunda, tras pasar a la derecha del Tajo, tenía que avanzar en dirección a los límites de la provincia de Toledo con las de Madrid y Cuenca; mientras que el tercer contingente carlista marcharía por Ocaña hacia la sierra próxima a Fuentidueña.

Sin embargo, pese a su cuidadosa planificación, esta ambiciosa operación de enlace entre el ejército de Cabrera y las irreductibles guerrillas manchegas no pudo llevarse finalmente a término, frustrándose, prácticamente en sus inicios: estas partidas (que seguían sumidas en un estado bastante precario y desorganizado) no pudieron seguir el vigoroso despliegue de las tropas del

¹⁰¹⁸ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 340-341.

¹⁰¹⁹ En relación con la compañía de tiradores o cuerpo franco de “Los Chorros”, ver Martín Gavillero, M. “Las gavillas carlistas en la jurisdicción de Mestanza”, p. 31. Artículo consultado en <https://miguelmartingavillero.es/uncategorized/las-gavillas-carlistas-en-la-jurisdiccion-de-mestanza/> (consultado el 30-05-2020).

caudillo carlista, reducidas a permanecer en sus primitivos refugios montunos. Aun así, y para gran sorpresa del mando cristino, Cabrera, al frente de un convoy ligero escoltado solamente por caballería, aprovechó para realizar un velocísimo raid durante el mes de julio de 1839 por las provincias de Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara. Culminó su breve incursión relámpago regresando al Maestrazgo con un cuantioso botín y sin encontrar oposición alguna, justo cuando sus enemigos apenas comenzaban a tener noticias de sus movimientos¹⁰²⁰

Pero debe subrayarse que este detallado plan reorganizador del caudillo carlista no careció de resultados operativos: de hecho, en el fuerte de Beteta (el baluarte más avanzado de la línea de fortificaciones establecidas por Cabrera), se reunirán a partir de entonces las guerrillas manchegas que merodeaban todavía por este teatro de operaciones, y que dispondrán a partir de entonces de un refugio con todo lo necesario para cobijarse y reabastecerse. La guarnición de Beteta constaba en estos momentos de 150 soldados, siendo frecuente que recibiesen el apoyo de unidades carlistas de élite como los Húsares de Ontoria o el Batallón Fidelidad al Rey, constituido en mayo de 1840 —usualmente destacados en misiones especiales a las órdenes de su jefe, el veterano e incansable brigadier Juan Manuel Balmaseda—¹⁰²¹.

Cambiando de frente bélico, la situación de los combatientes carlistas en Castilla al comenzar 1839 era ciertamente apurada. En febrero, la información en poder del cuartel general norteño indicaba que en la comarca de las merindades burgalesa ya era patente la creciente desorganización de las fuerzas legitimistas: a la izquierda del Ebro, la única columna operativa era la de González de Hierro, compuesta por 300 infantes y entre 30/40 caballos, extendiendo su área de acción hasta la izquierda del río Trueba y su confluencia con el Nela. La situación a la derecha del Ebro era mucho peor: apenas quedaban unos pocos centenares de hombres, diseminados y sin mando alguno, forzados a luchar por la propia conservación, a los que habría que sumar la presencia activa del comandante Agustín Rey Santos en tierras palentinas. En cuanto a las pequeñas guerrillas todavía operativas en el tradicional bastión carlista de las sierras entre las provincias de Burgos y Soria, que vagaban dispersos, también sin jefes ni objetivos claros, el panorama era muy similar. Para agravar todo aún más, las disensiones entre Maroto y el brigadier Balmaseda (que como se recordará se había replegado al Norte a finales de 1838), se incrementaban cada vez más.

Lo único destacable era la presencia de dos veteranos jefes guerrilleros, todavía operativos en la comarca de los pinares: el comandante Feliciano Blanco (que, además, apenas pudo actuar este año, pues fue hecho prisionero el 24 de enero de 1839 en combate con las fuerzas cristinas del coronel Rodríguez

¹⁰²⁰ Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 166.

¹⁰²¹ La guerra en La Mancha entre enero y agosto de 1839 (incluyendo el plan reorganizador de Cabrera y la incursión relámpago que llevó a cabo), puede consultarse en Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 309 y 339-342; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, pp. 157-163; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 384-385 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* pp. 165-166.

González), y el incansable coronel Epifanio Carrión que comandaba aún una partida de 150 jinetes. En el mes de marzo van a irrumpir en esta zona fuerzas carlistas de caballería, a las órdenes de Balmaseda, al que se le unió casi inmediatamente la citada partida de Carrión, que fueron capaces de realizar una rápida incursión conjunta —aunque luego terminasen separándose para abarcar más terreno— por tierras burgalesas, palentinas y sorianas, con pocos resultados efectivos. Además, según iba avanzando dicho año, y como era obvio que sucediese, la actividad guerrillera se verá considerablemente mermada por el entreguismo de Maroto y el retroceso inexorable de las líneas del ejército del Norte.

Así, no debe sorprender que al conocerse los sucesos de Vergara, un gran desaliento se apoderase de los carlistas en este teatro de operaciones, algo lógico si se tiene en cuenta que Castilla se encontraba mucho más ligada a la guerra del Norte que el Maestrazgo o Cataluña. Pese a todo, cabe destacar que no se interrumpió entonces la larga trayectoria bélica de Juan Manuel Balmaseda: tras realizar una breve incursión por la comarca del Alfoz de Burgos durante el mes de marzo, el brigadier fontecenense decidió continuar la lucha a toda costa y marchó, al frente de 80 jinetes que le quisieron acompañar, a incorporarse al ejército del Maestrazgo, donde permanecerá hasta comienzos de noviembre, cuando se dirigió a Cataluña para continuar combatiendo como jefe de la caballería del ejército carlista del Principado¹⁰²². Dejaba así atrás la situación de franca descomposición en que estaban sumidas las fuerzas carlistas castellanas. Tras el colapso del ejército carlista del Norte, los restos de las guerrillas castellanas quedaban abandonadas a su propia suerte¹⁰²³.

Por lo que respecta al estado de la guerra en Galicia durante esta fase, se pueden distinguir tres tipos distintos de partidas aún operativas entonces: primero, pequeñas agrupaciones que se reunían para una acción concreta y luego se disolvían para ocultarse en sus refugios; segundo, guerrillas permanentes pero de actividad reducida, que se fragmentaban en gavillas dependientes de cabecillas radicados en áreas rurales muy concretas y, en tercer lugar, grandes unidades guerrilleras de mayor potencia y estructura, con organización cuasimilitar: se trataba de fuerzas que tendían a funcionar como batallones, si operaban a pie, o bien como escuadrones si se trataba de jinetes. Un ejemplo de este tipo de partidas, ya citado, sería la comandada por fray Saturnino Enríquez, formada por jinetes regimentados y uniformados, denominada Escuadrón de la Constancia, y que venía funcionando al menos

¹⁰²² Con estos 80 jinetes (pertenecientes al famoso escuadrón de Húsares de Ontoria, creado por Balmaseda en julio de 1838 en las provincias vascongadas, y que iban armados con lanzas, pero también disponían de una sección de tiradores de élite con carabina), ya de contrastada fama y experiencia de combate por tierras castellanas, Cabrera formará a inicios de abril de 1839 un nuevo y brillante escuadrón para su siempre necesitada caballería, llamado 2º de Ontoria, que llegó a contar con hasta 200 caballos. Ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 370 y 371; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 165; Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., p. 132 y Rodrigo Fernández, J.A. *Cabrera y su...* op. cit., p. 10.

¹⁰²³ La situación de la guerra en Castilla durante estos meses de 1839 está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, pp. 105-112; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 387 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 163-165.

desde 1838 en la provincia de la Coruña. Ferrer afirma que no era esta la única gran formación guerrillera gallega que operaba uniformada; además, en su opinión «Fue Galicia la primera en adoptar la boina roja, pues lo corriente en las demás regiones fue la azul y la blanca»¹⁰²⁴. El resto de la uniformidad era muy similar a la del ejército cristino, aunque algunas de estas partidas descritas (particularmente el escuadrón comandado por Fray Saturnino), lucían un uniforme igual al de los carabineros, pero con mayor número de botonadura blanca¹⁰²⁵.

Tras una serie de acciones previas de menor importancia, el 10 de marzo de 1839 las fuerzas unidas de fray Saturnino Enríquez y el coronel Ramos (que sumaban unos 150 jinetes) derrotaron al coronel cristino Joaquín Cayuela, muerto en el combate. El 16 del mismo mes la partida del cura del Albares invadía por sorpresa el barrio de San Roque, extramuros de Lugo. A partir de estas fechas, se incrementó de forma notable el ritmo de las operaciones guerrilleras, que se repitieron con resultados varios, pero siendo usual que los carlistas operasen con columnas combinadas de más de doscientos hombres. Ferrer atribuye este incremento que registraron las partidas al gran número de desertores del ejército cristino que se pasaban al bando carlista. De este modo, se harán posible éxitos como el obtenido el 16 de mayo en Dozón (Pontevedra), por una fuerza conjunta de varias partidas, entre ellas, la de Fernando Gómez (a) «el Ebanista», que derrotaron a una columna cristina al mando del comandante militar de Orense¹⁰²⁶.

Sin embargo, esta dinámica positiva será truncada de raíz al difundirse las noticias sobre el Convenio de Vergara. Inevitablemente, cundirán la desmoralización y la incertidumbre, cambiando totalmente las perspectivas de la guerra para el carlismo gallego que entró en franco declive. Ciertamente que todavía se producirán algunas pequeñas acciones por parte de unas guerrillas ya en plena descomposición y cada vez más acorraladas y sin esperanza de ayuda ninguna. Según avanzaba 1839, la guerra en este teatro de operaciones se iría extinguiendo poco a poco sin remisión¹⁰²⁷.

Finalmente, Extremadura (siempre bastante condicionada por las incidencias de la guerra en las vecinas tierras manchegas), resultó ahora especialmente perjudicada por la delicada situación de las guerrillas en esa zona. Además, poco pudo aliviar su situación la frustrada operación de reorganización intentada por Cabrera, que se concentró en el centro peninsular según las órdenes recibidas. Pese a ello, en 1839 se mantenían activas algunas partidas, especialmente las procedentes de las zonas fronterizas con La Mancha. Destacan en este sentido las lideradas por los ya mencionados Felipe Muñoz y

¹⁰²⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, p. 114.

¹⁰²⁵ *Ibidem*, tomo XVI, pp. 114-115.

¹⁰²⁶ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, p. 343 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, pp. 115-120.

¹⁰²⁷ Sobre la guerra en Galicia durante 1839 hasta el Convenio de Vergara, ver Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo V, pp. 343-344; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVI, pp. 113-120 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 386.

Noguera (a) «el Rondeño»; el primero actuando en las comarcas cacereñas linderas y el segundo operativo por el sur y sureste pacense, los cuales protagonizaron veloces incursiones con sus guerrillas montadas.

Asimismo, a primeros de abril se registró el regreso del jefe extremeño Fernando Sánchez, destinado de nuevo a su tierra natal por Don Carlos (tras una estancia temporal en tierras aragonesas), en calidad de Jefe del Primer Escuadrón de Extremadura del Ejército Real carlista, con misiones reorganizadoras y de reclutamiento. Sin embargo, su actividad no dio los frutos deseados, pues cuando se hallaba a finales de junio en la sierra de Guadalupe (Cáceres), intentando reunir combatientes junto al citado cabecilla Felipe Muñoz, se vio forzado a pasar a la Jara toledana, acompañado apenas por unos diez hombres, escapando de la persecución de las cada vez más numerosas columnas cristinas¹⁰²⁸.

De mayor importancia fueron los movimientos de la partida del serragatino Francisco Montejo, quien al frente de unos 30 hombres entre españoles y portugueses (y partiendo de sus escondrijos en territorio luso), incursionó en territorio cacereño a finales de agosto. Tras exigir rescate por potentados cristinos de Moraleja, recorrió Riobos y Ceclavín, hasta que su guerrilla fue finalmente dispersada a principios de septiembre. Sin embargo, Montejo consiguió reunirla de nuevo y durante unos días recorrió diferentes núcleos del norte extremeño, con la intención de pasar a la vecina provincia de Toledo y unirse a las partidas con base en esta zona, pues en la demarcación cacereña operaba ya prácticamente en solitario, sin poder ya disponer de apoyo alguno allí. Cuando intentaba internarse en territorio manchego, fue interceptado por una columna mixta de nacionales y carabineros. Como resultado, Montejo perdió a una veintena de hombres (16 muertos y cuatro prisioneros), además de 22 caballos, una mula y una considerable cantidad de armas de fuego. El jefe carlista logró escapar con 8 hombres, de los que tres fueron aprehendidos poco después, cuando se apresuraba hacia su refugio portugués, ya a mediados del citado mes.

Así, transcurrió el año sin que los desesperados esfuerzos carlistas por volver a activar la guerra en la región pudiesen impedir la desactivación de las últimas guerrillas realistas, que recibieron el golpe de gracia con la firma del Convenio de Vergara. No es extraño que a finales de año las autoridades cristinas pudiesen dar por finalizada la guerra civil en territorio extremeño¹⁰²⁹.

¹⁰²⁸ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., p. 304.

¹⁰²⁹ Para una amplia información sobre el último año de la guerra de guerrillas en Extremadura, ver *Ibidem*, op. cit., pp. 297-322.

8.5 4ª fase: el último año de la guerra (agosto de 1839/julio de 1840)

8.5.1 La guerra en el Maestrazgo

La racha de últimas victorias de Cabrera reforzaron la decidida voluntad de los carlistas maestratenses de continuar su vigorosa lucha hasta el fin, pese al duro revés que supuso la caída del Norte. Los diversos ofrecimientos para adherirse al Convenio de Vergara apenas tuvieron repercusión en las filas legitimistas, pese a que el 4 de octubre entraban en Zaragoza las tropas del general Espartero, 44.000 infantes y 3.000 jinetes, que venían a reforzar al ejército de O'Donnell (desde mediados de agosto desplegado a la defensiva y cuyas fuerzas se veían disminuidas constantemente por enfermedades y bajas, además de encontrarse disperso en diversas acciones simultáneas). Por lo tanto, y contra lo que sería lógico esperar, el comienzo de la campaña cristina no fue especialmente brillante: aunque Azpiroz se apoderó en noviembre de 1839 del fuerte de Chelva y voló el de Torres de Castro (ambos en la provincia de Valencia), el ejército carlista ocasionó diversos reveses a algunos destacamentos enemigos, ante la impasibilidad de Espartero: permaneció inmóvil el Duque de la Victoria durante varios meses, reorganizando sus tropas en espera de refuerzos para garantizarse así un avance imparable. Además, mientras tanto, sus fuerzas eran hostilizadas por numerosas partidas que dificultaban sus comunicaciones y suministros. En diciembre Azpiroz destruyó el fuerte de Chulilla (Teruel) y Cabrera, agotado por la descomunal actividad derrochada en los últimos tiempos, enfermó gravemente, llegando a recibir la extremaunción.

Forcadell, que le sustituyó al frente del ejército, trató inicialmente de mantenerse a la defensiva. Sin embargo, sus subordinados continuaron con la estrategia prevista de dar audaces golpes de mano en lugares distantes, merced a su gran movilidad, sirviendo también a modo de maniobras de distracción del enemigo; en este sentido, realizaron continuas incursiones por Castilla en busca de recursos y de vituallas. También deben destacarse los éxitos obtenidos por el coronel Manuel Salvador y Palacios, que batió a finales de enero de 1840 a un par de columnas cristinas en Quiñones y Peralejos de las Truchas (Guadalajara); sin embargo estas serán las últimas victorias realistas¹⁰³⁰.

Lo cierto es que sirvió de muy poco que Cabrera retomase el mando el 1 de febrero, pues durante su larga convalecencia (completamente exhausto y abatido), le fue imposible dirigir las operaciones, cundiendo el desánimo en unas fuerzas fieles que se veían así privadas de su líder indiscutible. Con todo, el fuerte magnetismo que seguía ejerciendo el caudillo tortosino sobre ellas, pese a la situación cada vez más crítica para su bando, quedó patente cuando apenas diez días más tarde, se incorporaban a las filas legitimistas unos 1.300 hombres, que habían permanecido cautivos en los depósitos gubernamentales de Cádiz y

¹⁰³⁰ Córdoba, B. *Vida militar y...* op. cit., tomo IV, p. 148 y ss.

la Isla y que fueron canjeados en Chert (Castellón) por los correspondientes prisioneros cristinos. Pese a las apremiantes presiones recibidas, todos ellos rehusaron adherirse al Convenio, prefiriendo continuar la lucha a las órdenes de Cabrera¹⁰³¹.

A finales de febrero, Espartero comenzó su ofensiva por tierras turolenses, tomando la plaza de Segura y, tras tres semanas de dura resistencia, la de Castellote. El 15 de abril capitulaba la fortaleza carlista de Aliaga, seguida por las de Begis, Alpuente y Alcalá de la Selva: poco a poco, y a pesar de las numantinas defensas, fueron cayendo en poder de Espartero todas las fortalezas carlistas del bastión castellonense-turolense, cuyas guarniciones aisladas y abandonadas a su suerte, carecían a menudo del más mínimo contacto con el resto del ejército de Cabrera. Por fin, el 4 de mayo «El Tigre del Maestrazgo» volvía a tomar el mando de sus tropas, pero, evidentemente, la situación ya no era la misma de unos meses antes; ni tampoco el tortosino era el general audaz, enérgico y resolutivo que tantas veces había conducido a sus soldados a la victoria. Cantavieja (que pese a su importancia estratégica estaba defectuosamente fortificada), fue abandonada por orden del conde de Morella, no sin antes pasar por las armas a varios oficiales que habían conspirado con el enemigo. Terminado mayo, los carlistas habían abandonado casi todos los puntos situados bajo el Ebro, a la vez que aumentaba la desertión en sus filas.

Así las cosas, el 19 de mayo comenzaron las labores del sitio de Morella, sometida a un intenso bombardeo que destruyó buena parte de sus fortificaciones, alcanzando el polvorín y dejando los carlistas sin medios para continuar la defensa. El 29, tras celebrar una junta de oficiales (y pese a que la posterior desertión de uno de los asistentes hacía temer que Espartero conocía sus proyectos), el gobernador realista intentó una salida nocturna con parte de la guarnición, para unirse con el grueso del ejército. Rechazada por los cristinos, la columna carlista se dispersó dejando buena parte de sus efectivos prisionera, mientras el resto trataba de regresar a Morella: para mayor adversidad aún, fueron al principio atacados por sus propios compañeros, incapaces de reconocerlos en la oscuridad de la noche. Finalmente, el día 30, ante la imposibilidad de continuar la lucha, los defensores de lo que quedaba de la fortificación morellana depusieron las armas, quedando cerca de 3.000 prisioneros en poder de las tropas cristinas. El 2 de junio, tras reunirse con los mandos de su ejército, Cabrera cruzaba el Ebro por Flix (Tarragona), con la misión de trasladar sus fuerzas a Cataluña, y proceder a su reorganización conjunta con las tropas carlistas del Principado¹⁰³².

Pese a todo lo dicho, aún quedaban en poder de los carlistas del Maestrazgo fuertes como los conquenses de Cañete y Beteta (recuérdese, fortificados por Cabrera durante la reorganización guerrillera de las partidas

¹⁰³¹ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo VI, p. 12; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 389-390 y Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit.; p. 131.

¹⁰³² Recuérdese que desde el 9 de enero de 1840, Cabrera era también comandante en jefe del ejército carlista de Cataluña por orden de Don Carlos. En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 390.

manchegas, que le había encomendado el Pretendiente), defendidos por las tropas del brigadier Balmaseda y del coronel Palacios. Sin noticias de Cabrera, pues habían desertado los oficiales encargados de transmitírselas, a mediados de junio, Balmaseda y Palacios se dispusieron a concentrar sus tropas —según Ferrer, en total, 4.200 infantes y 700 caballos—, para marchar a Francia. Una pequeña guarnición, fundamentalmente heridos e inválidos, fue dejada a sus suerte en los fuertes para ocultar la retirada a los ojos del enemigo¹⁰³³.

Por otro lado, la marcha claramente negativa de las operaciones bélicas, que hacía prever la derrota carlista, no hizo sino acentuar el carácter cruel de la guerra. Así, Espartero había ordenado expulsar del territorio controlado por los cristinos a todas las personas que tuviesen algún pariente en las filas legitimistas, medida respondida por Cabrera al ordenar fusilar a todos los enemigos que se apresasen y procediesen de los pueblos donde se hubiese ejecutado dicha providencia, que el propio tortosino no tardó en aplicar. El 8 de junio de 1840, alejado ya el temor de posible represalias carlistas, O'Donnell publicó un bando ofreciendo el indulto a cuantos realistas se presentasen, a la vez que ordenaba la ejecución sumarísima de todos los que continuasen en armas y fuesen hechos prisioneros. También serían fusilados quienes les ocultaran sin dar parte y desterrados el alcalde, el cura y los dos mayores contribuyentes de la localidad en que se encontrasen. Volvían pues las tácticas de los primeros días, cuando mezclando indulgencia y terror se trataba de acabar con todo brote de resistencia carlista. Además, no eran simples amenazas pues la columna de Azpiroz, en marcha hacia Cañete, fusiló a cuantos carlistas armados encontraba a su paso. El día 17 entraba este mando cristino en dicha plaza, abandonada por su escasa guarnición, a la que sorprendió un día después, mientras trataba de retirarse hacia Beteta. El 21 de junio capitulaba este fuerte carlista, fusilando las tropas enemigas sobre el terreno y en primer lugar a todos los defensores que antes habían pertenecido a su ejército, así como a los veinte guerrilleros de una partida manchega que tuvieron la desgracia de buscar refugio entre sus muros¹⁰³⁴.

8.5.2 La guerra en Cataluña

Tras producirse el Convenio de Vergara, el gobierno cristino intentó pactar con los carlistas catalanes, divididos entonces entre los que apoyaban la indiscutible labor organizativa y la férrea conducción de la guerra del conde de España y sus enemigos más acérrimos. Sin embargo, esto no detuvo por el momento el curso de las operaciones militares: el 27 de septiembre el brigadier Ignacio Brujó emprendía el asalto de Camprodón (Gerona), aunque hubo de retirarse ante la llegada de una columna de socorro enemiga. El 8 de octubre las

¹⁰³³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 159-165 y 168-169.

¹⁰³⁴ Para una amplia información sobre el final de la guerra en el Maestrazgo pueden consultarse Córdoba, B. *Vida militar y...* op. cit., tomo IV, pp. 167, 322-323, 325, 327-330, 342-359, 365-367 y 369-372; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 97-118 y 187-234 y Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 175-195.

tropas dirigidas por el propio Carlos de España se apoderaron de Moyá, (Barcelona), cuyo incendio atemorizó hasta tal punto a otras poblaciones cercanas que optaron por derribar sus fortificaciones, permitiendo así que los hombres del conde penetrasen en ellas para requisar sus armas. Pero eran los últimos éxitos militares del carlismo catalán. El 26 de octubre de 1839, tras intensas gestiones ante Don Carlos, exiliado en Francia, la Junta Carlista del Principado ordenó el arresto del veterano teniente general legitimista: a continuación, éste fue enviado a Andorra bajo la vigilancia de una pequeña escolta (en este punto los hechos no se desarrollaron tal como estaban previstos), consiguiendo sus enemigos asesinarle vilmente el 2 de noviembre antes de llegar a la frontera.

Tras la muerte del conde de España, cuya fidelidad al Pretendiente parece indudable, volvieron a sus puestos muchos oficiales que habían quedado en depósito, mientras que otros perdieron el mando o prefirieron abandonar las filas del ejército para marchar a Francia o bien unirse a Cabrera. Se produjo también una cierta reacción contra “los castellanos” (no tanto por su condición de tales como por suponerles, falsamente, partidarios del conde de España y de sus inexistentes planes de transacción con el enemigo); de hecho, el irreductible brigadier Balmaseda, bien conocido por su clara posición antimarotista, no tuvo el menor problema cuando llegó el 11 de noviembre con su escuadrón de los Húsares de Hontoria (procedente del Maestrazgo, donde se recordará que había combatido a las órdenes de Cabrera); según Von Goeben, esta era la unidad de caballería mejor equipada y más marcial que había visto jamás en campaña, y que enseguida se incorporó al ejército carlista catalán¹⁰³⁵.

Coincidiendo con los principios del mando de Segarra (cuyas fuerzas venían siendo diariamente reforzadas por voluntarios vasconvarros que no quisieron acogerse al Convenio de Vergara, como ya se comentó)¹⁰³⁶, hicieron su entrada en Cataluña las primeras tropas del ejército cristino del Norte: concretamente, cuatro batallones a las órdenes de Azpiroz, destinadas inmediatamente a la columna con que Valdés trataba de forzar el camino de Solsona. El choque con los carlistas se produjo entre el 14 y el 15 de noviembre y aunque los gubernamentales lograron hacer pasar el convoy destinado a avituallar a la plaza, no fue sin experimentar pérdidas muy superiores a sus oponentes.

¹⁰³⁵ La llegada del brillante escuadrón de Balmaseda obedecía al plan concebido por el conde de España, respaldado por Cabrera, de expandir sus tropas conjuntas hacia el sur para amenazar así el flanco de Espartero, cuando éste se dirigiese contra el caudillo tortosino. Ver Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 354-356.

¹⁰³⁶ Aparte de los autores ya mencionados, también Manuel Santirso insiste en los refuerzos de combatientes carlistas del Norte, no comprendidos en el Convenio de Vergara, que seguían llegando a centenares por entonces al Principado, tras atravesar Francia, para incorporarse al ejército catalán. Según este autor, la ayuda de estas tropas norteñas fue clave para que Cataluña sufriese entre octubre de 1839 y abril de 1840 la peor fase de la guerra por la importante cantidad de bajas que se cobraron los duros combates, muchos de ellos indecisos. Santirso estima en cerca de 13.000 el total de los soldados con que contaba el ejército carlista de Cataluña en octubre de 1839. En Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 606 y 613 (para la estimación numérica).

El nombramiento de Cabrera como general en jefe del ejército carlista de Cataluña (como se sabe, con fecha 9 de enero de 1840), implicaba el deseo de mantener bajo una misma autoridad a todas las tropas legitimistas que aún seguían combatiendo, por más que Segarra, enfermo crónico, continuase desempeñando un cargo que se antojaba como puramente nominal. Era también una clara expresión de la preocupación con que se seguía desde el alto mando carlista en el exilio la alarmante situación del Principado, con claros síntomas de creciente descomposición tras la deposición y asesinato del conde de España. No obstante, entre finales de enero y comienzos de febrero, tuvo lugar la ya preceptiva batalla para abastecer Solsona, cuyo convoy tuvo que estar escoltado en esta ocasión por una columna cristina de más de nueve mil hombres, con mil caballos y apoyos de artillería de montaña; pese a todo, fue duramente hostilizado por las fuerzas al mando del coronel Manuel Ibáñez, quien contando como principales apoyos con las unidades de los brigadieres José Pons Viladas y Juan Manuel Balmaseda (al frente de sus aguerridos Húsares de Hontoria), le causó numerosas pérdidas¹⁰³⁷. La situación bélica entró en una situación de bloqueo, sin ningún cambio notable hasta el 10 de marzo, cuando el general cristino Carbó se apoderó de Alpens (Barcelona) y Vidrá (Gerona), que, pese a la poca importancia de sus escasas guarniciones, eran capitales de dos comarcas conocidas por su carlismo militante¹⁰³⁸.

En abril de ese año, se produjo la doble batalla de Peracamps (tal vez la más importante de las dadas en Cataluña por el número de combatientes implicados y en la que los soldados carlistas catalanes se batieron en igualdad de condiciones con las más numerosas y mejor equipadas tropas cristinas, derrochando valor, tenacidad y disciplina: de nuevo, con esta exhibición militar, volvía a quedar de manifiesto la calidad del ejército puesto en pie por el malogrado conde de España)¹⁰³⁹. En esta ocasión, el capitán general de Cataluña, Antonio Van Halen, decidió saltarse la periodicidad trimestral de los convoyes de aprovisionamiento a Solsona y plantear una audaz acción sorpresiva. Así se inició la definitiva batalla de Peracamps —librada en la provincia de Barcelona entre los días 24 y 28 de abril de 1840—, que implicó a ambos ejércitos contendientes al completo: el cristino movilizó 18 batallones, 700 caballos, una batería de a 12 y artillería a lomo, protegiendo un convoy de 900 acémilas; por su parte, el carlista contaba con 11.000 infantes y 700 caballos (entre ellos, un regimiento de élite: el de Lanceros de Tortosa del coronel Morales, enviado de apoyo por Cabrera, ejerciendo ya de comandante general conjunto). Los legitimistas trataron de bloquear los movimientos de Van Halen

¹⁰³⁷ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 370-371.

¹⁰³⁸ Entre enero y febrero de 1840 se produjo la última reorganización del ejército carlista del Principado: el coronel Manuel Ibáñez fue nombrado segundo jefe de las tropas, cargo simultaneado con el mando de la 2ª división. Además, Ignacio Brujó, ascendido a mariscal de campo, pasó a mandar la 3ª división, en sustitución del coronel Juan Castell, mientras la excelente, aguerrida y elitista División de Vanguardia quedó a las órdenes del brigadier José Pons Viladas, jefe a su vez del Estado Mayor General. El brigadier Porredón continuaba comandando la 1ª División, mientras el también brigadier Balmaseda (incorporado al ejército catalán el 11 de noviembre de 1839, procedente del ejército de Cabrera), dirigía la caballería catalana. Ver *Ibidem*, pp. 369-371.

¹⁰³⁹ *Ibidem*, p. 372.

en torno a Solsona, continuando los encarnizados combates durante toda la conducción del convoy gubernamental y la retirada posterior de su escolta. El duro choque acabó dejando la situación tal cual estaba, salvo por un detalle importante: las 2.200 bajas cristinas entre muertos y heridos¹⁰⁴⁰.

Después de la última batalla de Peracamps se inició el ocaso progresivo del ejército carlista del Principado. Segarra, de regreso a Berga, concedió a las tropas un mes de permiso, quedando las unidades prácticamente disueltas, mientras aparecían en los boletines cristinos largas listas de soldados acogidos a indulto. A partir de entonces, algunos altos mandos y miembros de la Junta comenzaron a participar en negociaciones secretas de transacción para alcanzar un acuerdo de alto el fuego con Van Halen. Pretextando una enfermedad (y, como se pudo comprobar posteriormente, teniéndolo ya todo dispuesto para pasarse al enemigo), Segarra ordenó al coronel Manuel Ibáñez marchar a Berga y reemplazarle en el mando, inflexible a las serias protestas del antiguo jefe guerrillero, que creía inevitable la pérdida del Campo de Tarragona si abandonaba su puesto. Pero la mala fortuna quiso que Ibáñez no permaneciese mucho tiempo al frente del ejército: el 8 de mayo tomaba posesión del mando y tres días después era mortalmente herido por un disparo de pistola — aparentemente fortuito— de uno de sus ayudantes¹⁰⁴¹.

De nuevo en funciones Segarra, no tardó en ofrecer el puesto al brigadier Brujó. Pero éste se negó a aceptar si no venía acompañado de la dimisión de su jefe, pues se proponía suspender la concesión de licencias, reorganizar el ejército y llevar la guerra a donde fuese necesario. Como cabía esperar, no sucedió nada hasta que el 2 de junio, anticipándose a una orden de Cabrera, Segarra renunció definitivamente al mando. La inminente llegada del caudillo tortosino, junto con los serios rumores sobre su firme propósito de evacuar todas las responsabilidades a que hubiese dado lugar el asesinato del conde de España, hicieron cundir la agitación en Berga, hábilmente atizada por los agentes cristinos. Pero Brujó consiguió restablecer el orden y el 8 de junio Cabrera (al frente de los restos del ejército carlista del Maestrazgo) hacía su entrada en la capital legitimista de Cataluña, imponiendo su poder sin que se produjese el menor incidente¹⁰⁴².

Para comenzar, «El Tigre del Maestrazgo» detuvo a la mayor parte de los miembros de la Junta, tanto por la sospecha de su posible complicidad en los intentos transaccionistas de Segarra (cuyo conato de rendición fue descubierto y tuvo que fugarse a las líneas enemigas justo antes de que llegase Cabrera), como por el firme y claro deseo de esclarecer las oscuras circunstancias de la muerte del conde de España. El segundo movimiento del comandante en jefe conjunto consistió en poner algo de orden en el desmoralizado ejército catalán,

¹⁰⁴⁰ Para más detalles sobre los últimos y sangrientos combates de la doble batalla de Peracamps, puede recurrirse a Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., tomo VI, pp. 69-74; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 242-247; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 372-374 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 619.

¹⁰⁴¹ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 374-375.

¹⁰⁴² *Ibidem*, pp. 376-377.

compuesto a la sazón por los 6.000/8.000 hombres estacionados en Berga —, a los que habría que sumar los que se encontraban de expedición saqueadora en lugares tan lejanos como el Bajo Llobregat¹⁰⁴³.

Con vistas a realizar una defensa lo más ordenada y escalonada posible, Cabrera repuso el día 9 de junio al intendente Gaspar Díaz de Labandero, liquidó las corruptas Juntas corregimentales y mandó detener a aquellos de sus miembros que tuvo a mano. Por último, y para cortar de raíz toda tentación transaccionista, ordenó fusilar al brigadier Pérez Dávila, al comandante Luis Castañola, al capitán Correcher y al subteniente García, acusados de querer pasarse al enemigo.

Por su parte, Espartero (tras dejar las fuerzas suficientes para liquidar la guerra en el Maestrazgo), llegó a Lérida el 10 de junio y reorganizó su formidable ejército para la última campaña. Inicialmente, distribuyó sus efectivos a lo largo de la línea Lérida-Barcelona, amenazando así toda la Cataluña carlista. El 1 de julio, a la vez que emprendía la ofensiva final, publicó un bando draconiano donde imponía la pena de muerte a los legitimistas que no combatiesen como fuerzas regulares y a cuantos colaborasen con ellos de cualquier forma. Los jefes y oficiales cristinos que incumplieran estas disposiciones serían fulminantemente privados de sus empleos. Mientras tanto, las fuerzas carlistas no permanecían inactivas: Tristany hostilizaba Cardona (Barcelona) y quemaba las mieses de los alrededores; además, por la parte de Tremp (Lérida), se apoderaban fácilmente de la torre del puente de Talarn, disponiendo el cristino Alcocer su recuperación. Ordenó a sus tropas cañonear dicha torre con las dos piezas de montaña de que disponían. Conscientes sus defensores carlistas de que no podrían resistir durante mucho tiempo, la incendiaron y habiendo practicado una cortadura en dicho puente, la evacuaron aprovechando la oscuridad de la noche y el buen conocimiento del abrupto terreno. Los cristinos tan sólo pudieron apoderarse de los escombros de la atalaya, motivando que Espartero formase consejo de guerra a su anterior comandante¹⁰⁴⁴.

Simultáneamente, las distintas unidades de las tropas carlistas se reconcentraban en Berga para ponerse a las órdenes de Cabrera. Algunos mandos proponían reunir todas las fuerzas disponibles hacia el valle del Segre y marchar después rápidamente por el Alto Aragón en dirección a Navarra. Sin embargo, enterado el brigadier cristino Carbó, tomó las disposiciones necesarias para bloquearlos. De todos modos, nada podía hacer ya el comandante en jefe carlista para resistir el imparable avance enemigo. A ello debe sumarse que, en contra de lo que esperaba, las numerosas dependencias de Berga (maestranza, fundiciones, fábricas, talleres, almacenes y cuanto se podría necesitar en principio para su defensa) estaban completamente exhaustas y paralizadas. En consecuencia, no es extraño que el 4 de julio el poderoso ejército cristino de Cataluña tomase la capital carlista, después de algunos combates y una última escaramuza. Finalmente, en la madrugada del 6 de ese mes Cabrera hacía su

¹⁰⁴³ Esta estimación de las fuerzas del ejército carlista catalán a la llegada de Cabrera aparece en Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 621.

¹⁰⁴⁴ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo VI, p. 85.

entrada en Francia al frente de 8.000 soldados del ejército del Maestrazgo y 5.000 del catalán.

Por otro lado, en estas mismas fechas entraban en Andorra unos mil hombres de la 1ª división, al mando de su jefe, el brigadier Bartolomé Porredón; a su vez, José Masgoret, liderando otros 1.500 soldados, cruzaba la frontera gala el 14 de julio tras derrotar a las tropas cristinas que trataron de impedirselo. En cuanto al veterano Benito Tristany, tras acompañar a sus hombres hasta los límites del Principado con Francia, retornó a Cataluña, refugiándose en las montañas de su reducto natal en la comarca ilerdense del Solsonès, esperando mejores tiempos. A partir de este momento, con un carlismo armado prácticamente extinto, las tropas de Espartero (diseminadas en pequeñas columnas móviles), pudieron dedicarse a exterminar a las escasas partidas legitimistas que aún mantenían la lucha¹⁰⁴⁵.

8.5.3 La guerra en el resto de España

Posiblemente lo más destacado de la guerra en el resto de las regiones españolas sean las incursiones realizadas por tropas procedentes del Maestrazgo. El coronel Palacios, que como se dijo había abandonado su teatro habitual de operaciones para marchar a Francia, topó inesperadamente en su ruta con el general Gutiérrez de la Concha —en misión de escolta de la Reina Gobernadora, que se dirigía al Principado para reponerse de una afección cutánea—. Ambas fuerzas chocaron en la batalla de Olmedilla (Cuenca) el 15 de junio de 1840, resultando victoriosas las tropas cristinas; los carlistas perdieron unos 1.600 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, pero lograron continuar su marcha¹⁰⁴⁶. Por su parte, el brigadier Balmaseda, recientemente nombrado comandante general legitimista de Castilla por Cabrera, al frente de 2.000 infantes y 600 caballos, combatía en la sierra de Burgos, tratando desesperadamente de establecer una base de operaciones: allí pretendía concentrar tanto a los posibles rezagados, dispersos y extraviados de los disueltos batallones castellanos, como a cuantos guerrilleros aislados encontrase en su incursión. A tal efecto, hizo un llamamiento general a través de un bando¹⁰⁴⁷.

¹⁰⁴⁵ La información sobre el fin de la guerra en Cataluña y el breve mando de Cabrera en el Principado está tomada de *Ibidem*, tomo VI, pp. 57-92; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 235-286; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 353-391; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 212, 393-397 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 587-622.

¹⁰⁴⁶ Un detallado estudio de la batalla de Olmedilla en Moral Roncal, A.M. *El general Manuel Gutiérrez de la Concha: una espada liberal en las guerras carlistas*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2014, pp. 58-70.

¹⁰⁴⁷ Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo VI, pp. 44-48 y 52; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 155-170 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 397-398.

Continuando con sus incursiones por tierras burgalesas, Balmaseda entraba en La Nava y luego en Roa el 2 de junio; ésta última fue entregada a las llamas, ante la encarnizada resistencia de sus nacionales defensores (en un triste episodio que alcanzó entonces bastante celebridad). Poco después hacía prisionera a la pequeña guarnición de Salas de los Infantes; trataba de fortificar la peña de La Mirandilla y los pueblos de Carazo y Contreras, prolongando sus correrías por los pinares que separan las provincias de Burgos y Soria y hasta la riojana sierra de Ezcaray. El 6 de ese mes su avanzadilla tuvo un encuentro con la columna cristina del coronel Lara; al amanecer del día 12, esta misma unidad sumada a la del general Piquero desalojaron a las guarniciones carlistas que intentaban parapetarse en los mencionados fuertes en construcción, ocupándolos tras una débil resistencia enemiga. Acosado Balmaseda por fuerzas superiores, no tardó en reunirse con las tropas del coronel Palacios (según Pirala, formando así una respetable división) y juntos batían el 20 de junio a la vanguardia del general Ribero, que trataba de impedirles su entrada en Álava. Tras un fallido intento de reactivar la guerra en las tierras alavesas y navarras, donde había iniciado su trayectoria militar, el brigadier carlista logró evitar a las numerosas tropas enemigas perseguidoras, cruzando la frontera francesa el día 29 de junio. Ese mismo día, Palacios, al que tan sólo le quedaban unos 50 hombres, era apresado en Lanz¹⁰⁴⁸.

En cuanto a las escasas partidas guerrilleras todavía operativas en Castilla, sus jefes de cierta importancia (Epifanio Carrión, González de Hierro, Agustín Rey, Escalera) no tardaron en presentarse a indulto, y a mediados de 1840 se puede decir que la guerra había concluido en este importante teatro de operaciones. Apenas se registraban algunos combates aislados sostenidos por reducidos núcleos de dispersos pertenecientes a pequeñas guerrillas —la mayoría en proceso de disolverse—, que resistían desesperadamente en las montañas cántabras y que tardarían poco en extinguirse¹⁰⁴⁹.

Por lo que respecta a La Mancha, empezaban ya a ser patentes los síntomas precursores del final definitivo de la guerra. El general Balboa continuó con sus métodos implacables de represión, a los que añadió ahora la creación de compañías de seguridad pública, constituidas por exguerrilleros carlistas acogidos a indulto (buenos conocedores, por tanto, de los procedimientos y actuaciones de sus antiguos compañeros, así como de sus lugares de reunión y refugio). Como es lógico, se incrementó así sustancialmente la efectividad de la lucha contra guerrillera. Añádase la total falta de escrúpulos y violencia generalizada de las medidas emprendidas contra víctimas inocentes de la población civil —mujeres, niños de corta edad, ancianos—, implacablemente ejecutadas por el mando cristino, y será fácil deducir que este frente guerrillero parecía destinado a terminar en medio de un cruel baño de sangre generalizado.

¹⁰⁴⁸ La última expedición de Balmaseda (al que se le unieron poco después las tropas del coronel Palacios) por tierras castellanas y alavesas, que concluyó en Navarra, se analiza detalladamente en Pirala, A. *Historia de la...* op. cit., tomo VI, pp. 53-57 y Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 175-183.

¹⁰⁴⁹ Para el fin de la guerra de guerrillas en Castilla, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 121-122.

En vista de todo lo anterior, no debe sorprender que algunos de los principales jefes guerrilleros manchegos hubiesen de buscar refugio junto al ejército de Cabrera. Fueron precisamente tropas carlistas maestratenses las que en septiembre de 1839 sorprendieron en Iniesta (Cuenca) a dos compañías enemigas, haciendo 76 prisioneros. A su vez, el brigadier legitimista Arévalo, contando entre sus hombres con el apoyo de guerrilleros montados liderados por el irreductible brigadier Juan Vicente Rugeros (a) «Palillos», incursionaron por la provincia de Albacete, y el día 14 de noviembre en Casas-Ibáñez sorprendían a las fuerzas cristinas del general Valdés —que acababan de ser batidas por Quílez en la acción de Bañón, provincia de Teruel—; la derrota gubernamental fue completa, sufriendo 133 muertos.

Además, ya desde octubre de ese mismo año, el comandante Julián Díaz, liderando una partida montada de las conocidas como tiradores o escopeteros de La Mancha, venía realizando cabalgadas por la parte conquense de La Manchuela; en una de ellas, atacó por sorpresa a una columna del Regimiento Provincial de Extremadura, cogiendo prisioneros al oficial que la mandaba y a treinta soldados, quedando muertos dos. Pese a estas acciones favorables al carlismo manchego, la inercia negativa que produjo en esta zona el Convenio de Vergara (salvando la zona que al abrigo de los fuertes carlistas de Cañete y Beteta todavía mantenían bajo su control las tropas de Cabrera), provocará que la lucha decayese con gran rapidez: antes de finalizar octubre se habían presentado a indulto unos 700 guerrilleros. Así, poco a poco el territorio manchego irá cayendo en poder de las fuerzas cristinas a partir de los meses finales de 1839¹⁰⁵⁰.

Precisamente eran estas avanzadas fortificadas sostenidas por el ejército del caudillo tortosino —que todavía amenazaban las provincias de Cuenca, Toledo, Guadalajara y el camino hacia Madrid—, las que impedían al alto mando cristino considerar completamente pacificada La Mancha, pues posibilitaban incursiones fulminantes de las tropas maestratenses. Las de 1840 comenzaron con la ejecutada por el incansable coronel Palacios, que contaba entonces con dos batallones de Tortosa, cuatro compañías del Segundo de Valencia, tiradores escogidos de su división y un escuadrón de guerrilleros toledanos: informado de la estancia de la llamada columna de la Alcarria en Alcocer (Guadalajara), tras una marcha forzada de 36 horas les alcanzó, y el 21 de enero de 1840 cayeron por sorpresa sobre estas desprevenidas tropas cristinas del brigadier Quiñones, que ante el empuje carlista hubo de retirarse a Córcoles, tras haber perdido 16 caballos, 6 cajas de zapatos, 200 fusiles y quedar 194 soldados prisioneros. Los hombres de Palacios iniciaron su tenaz persecución que forzó al enemigo a refugiarse en Sacedón y luego continuar hacia Auñón, donde para evitar ser alcanzado por los soldados carlistas se vio obligado a inutilizar el puente sobre el río Tajo; luego, buscó refugio en Horche al abrigo de su sierra.

¹⁰⁵⁰ La declinación de las guerrillas manchegas puede verse en Piralá, A. *Historia de la...op. cit.*, tomo VI, pp. 52-57; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...op. cit.*, tomo XVII, pp. 121-122 y 182-184, así como en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...op. cit.*, p. 398.

Tres días después, la columna móvil de Palacios continuó su incursión por tierras guadalajareñas, atacando a las fuerzas del coronel cristino Rodríguez en Peralejos de las Truchas. En esta ocasión, los incursores se apoderaron de gran parte del bagaje cristino (especialmente abundante munición, calzado y diverso material de guerra). Tras esta serie de combates victoriosos, el coronel carlista pasó a la provincia de Cuenca, transportando el cuantioso botín ganado en ellos, retirándose para dar un merecido descanso a sus fuerzas al amparo de los muros del fuerte de Cañete.

En febrero fue el brigadier Domingo Arnau el que al frente de su división emprenderá una expedición para cobrar contribuciones y recoger víveres. Marchó por diversas provincias manchegas (fundamentalmente, Cuenca y Toledo). Tras cruzar el Júcar, sus avanzadillas, compuestas por partidas volantes de jinetes manchegos, avistaron una fuerte concentración de escuadrones de caballería cristina, que, sin embargo, al detectar a los carlistas, volvieron grupas en dirección a Almansa (Albacete). Arnau decidió emprender su persecución, ordenando a su caballería marchar al trote para cargar contra el enemigo, apoyada por cuatro compañías de preferencia de Tortosa. Apercebidos los cristinos, rectificaron su ruta de huida, dirigiéndose ahora hacia La Roda, donde pudieron resguardarse en las fortificaciones de dicha villa albaceteña, no sin antes perder once caballos, sufrir el apresamiento de seis soldados y la muerte de un capitán de milicianos y ocho jinetes.

Desistió Arnau de atacar La Roda, ante el cansancio de su gente, la falta de artillería y la distancia de sus bases. Además, una fuerte tempestad de agua y viento le decidieron a marchar hacia Pozoamargo (Cuenca), dado que la zona se había convertido en un verdadero lodazal, dificultando el paso de infantes y caballos. En dicha villa, los carlistas requisaron cuantas carretas y acémilas encontraron para transportar a su infantería hacia la cercana Santa María del Campo, donde Arnau estableció su base. Luego, ordenó a su caballería recorrer los pueblos de esta comarca manchega para recoger contribuciones y todo tipo de recursos, lo que hicieron velozmente, para regresar luego a sus campamentos: sólo el escuadrón de Caballería del Cid, al mando de su comandante, Francisco Martínez, quedó aislado por el bloqueo de una fuerza enemiga, sin embargo, pudo ganar el puente de Villalgordo del Júcar y cruzarlo, prosiguiendo su marcha hasta llegar al fuerte de Beteta el 16 de febrero.

En marzo de 1840, Cabrera asignó al competente y veterano brigadier Balmaseda como centro de operaciones el fuerte de Beteta, a donde llegó éste el día 15 con 200 caballos de su brillante escuadrón de Húsares de Ontoria, (llevando como segundo al coronel Tell de Mondedeu). Detalla Ferrer que también le confió el mando de un batallón de reciente formación, el llamado de Fidelidad al Rey, constituido por 600 hombres —aunque sólo 200 de ellos estaban convenientemente armados—; compuesto de carlistas castellanos canjeados (que recordaban muy bien y con rencor las penalidades sufridas en las prisiones cristinas), y que en mayo de ese año estaba ya plenamente operativo. Además, debían sumarse los 150 soldados de guarnición en el fuerte. Con estas fuerzas y tomando como base Beteta, Balmaseda realizó constantes

incursiones por la provincia de Guadalajara, llegando a veces en sus correrías hasta las de Soria y Burgos¹⁰⁵¹.

Finalmente, el 13 de marzo de 1840 se inició la última operación del ejército carlista del Maestrazgo en territorio manchego, cuando las tropas reunidas de Domingo Arnau, Palacios, Arévalo y Domingo Forcadell recorrieron varios pueblos como Campillos-Sierra, Cañete y Cardenete, cuyo castillo fortificaron. Estas fuerzas no abandonaron la provincia de Cuenca hasta finales de junio (ya caídos los distintos fuertes legitimistas existentes en dicha provincia, que les servían de base, como los mencionados de Beteta, Cañete o el de Collados)¹⁰⁵².

A partir de entonces, la actividad armada carlista fue residual, limitándose a las operaciones de pequeñas guerrillas como la de Cipriano Fernández o la de Mairal, que llevaban actuando desde el primer trimestre de 1840 al amparo del fuerte de Beteta, cuya desaparición les privó de un refugio seguro, por lo que hubieron de dispersarse para subsistir a la persecución cada vez más dura de las columnas cristinas. Aun así, siguieron todavía vagando por La Mancha minúsculas gavillas, a las que pronto las autoridades cristinas calificaron despectivamente de “latro-facciosas”, según Ferrer¹⁰⁵³. Estos grupúsculos tenían ya como jefes a lugartenientes y otros mandos subalternos, pues los jefes manchegos más característicos, experimentados y de mayor relieve estaban muertos, prisioneros (como el coronel Busto, sustituido por su ayudante, Barrante) o se presentaban a indulto. Ferrer afirma que muy poca información ha quedado para consultar sobre estos guerrilleros, por lo que su lucha angustiosa se ha visto sumida en la más absoluta oscuridad¹⁰⁵⁴.

¹⁰⁵¹ De este modo, Balmaseda cumplimentaba el plan estratégico que Cabrera siempre tuvo *in mente*: utilizar bases de operaciones avanzadas en la meseta para intentar llegar al corazón de España. En consecuencia, el caudillo tortosino ordenó fortificar, ya desde el verano de 1839, puntos escogidos como los citados de Cañete o Beteta. Extendía de este modo en profundidad la línea de dominio carlista a la provincia de Guadalajara, convirtiendo en un bastión a Beteta, distante tan sólo 21 leguas de Madrid y próxima al Tajo, cuyas fuentes dominaba. Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 157-158 y 160.

¹⁰⁵² Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 147.

¹⁰⁵³ Ferrer denuncia este calificativo, aplicado generalizadamente por fuentes cristinas a las últimas partidas carlistas todavía operativas, cuando la guerra podía darse ya casi por terminada: ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, p. 170. Por su parte, Piralá no ahorra este tipo de calificativos denigratorios, asimilando a los restos de las guerrillas legitimistas —cazadas como vulgares delincuentes por las fuerzas cristinas—, con simples bandoleros, dedicados según este autor a toda clase de excesos y pillajes. Además, lo aplica sin escrúpulos e indiscriminadamente a todos los demás resistentes carlistas del Maestrazgo, los castellanos o los gallegos, haciendo tabula rasa. En Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., tomo VI, pp. 43 y 57. A este respecto, puede verse el epígrafe 3.8 sobre la intrincada relación entre guerrillas y bandolerismo en el capítulo III de esta tesis, en el que se analizan estas prácticas y propagandas descalificadoras, puramente denigratorias, de las autoridades cristinas hacia el movimiento guerrillero carlista en general.

¹⁰⁵⁴ La información sobre las últimas operaciones de las tropas de Cabrera en La Mancha (junto al fin de las acciones de las partidas manchegas), está tomada de Piralá, A. *Historia de la...* op. cit., tomo VI, pp. 44-51; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, pp. 120-121 y 156-170 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 398-399.

Finalmente, en Galicia el capitán general Laureano Sanz se puso en contacto con el canónigo Juan Martínez Villaverde, presidente de la Junta carlista gallega, para intentar concertar la paz bajo términos similares a los del Convenio de Vergara. A tal fin, incluso se acordó una tregua que duró desde el 20 al 31 de octubre de 1839, de forma que se pudiese consultar la opinión de los jefes de las diversas partidas. Sin embargo, pese a las aparentemente buenas intenciones de Sanz, la desesperada situación de las guerrillas gallegas (téngase en cuenta que, ya extinta la guerra en Castilla y Asturias, poco podían hacer los combatientes carlistas galaicos por mantener su lucha activa), les llevaba a intentar aprovechar el más mínimo resquicio o respiro, como lo era esta tregua, con la única intención de prolongar su actividad¹⁰⁵⁵.

Por lo tanto, tras este breve alto el fuego se reanudó la actividad guerrillera a finales de 1839, registrándose operaciones de diversas pequeñas partidas en Sobredo y Lage (La Coruña) o en Pastoriza (Lugo) a lo largo del mes de enero de 1840. Pese a estos esfuerzos denodados, los guerrilleros carlistas se veían constantemente acosados por fuerzas enemigas superiores, por lo que crecía el número de ellos que se presentaban a indulto. Empero, otros encontraron la muerte combatiendo hasta el final, como sucedió con Pedro Martínez (a) «el Cortador de la Lago» o el oficial Antonio Carrión. El 12 de febrero cayó en combate el famoso jefe guerrillero José Tomás Villanueva en los altos de Lalín (Pontevedra), combatiendo contra un destacamento del Regimiento Provincial de Tuy, mandado por el subteniente José Iglesias; igualmente, era abatido en la frontera hispano-lusa por la zona de Orense el jefe conocido como «el Mellado». En marzo continuó la misma dinámica: los guerrilleros que no quisieron acogerse a indulto (con promesa de aplicación de los beneficios del Convenio de Vergara incluida), hubieron de afrontar, inexorablemente, el apresamiento y fusilamiento posterior, que es lo que le sucedió a Manuel Vázquez, alias «Música», capturado el 7 de ese mes en el Catón de Lairedo, correspondiente a la línea de Portugal.

Pese a este panorama negativo, hubo por entonces algún golpe guerrillero audaz, como el de la pequeña partida mandada por el teniente Manuel López: cruzó la frontera española y sorprendieron a la guarnición de Torey (Portugal), aunque al retornar fueron alcanzados por fuerzas cristinas del municipio orensano de Bande, resultando apresados el mencionado jefe y otros dos guerrilleros. En abril fue capturado por un destacamento de granaderos del Regimiento de Segovia el cabecilla Florencio Guerrero, fusilado inmediatamente sobre el terreno. A partir del mes de mayo, las partidas operativas eran ya escasísimas y apenas deambulaban minúsculas gavillas que no solían alcanzar la docena de voluntarios. Ferrer señala que iban adquiriendo cada vez más el carácter de grupúsculos sin ley ni orden, dedicados a la mera supervivencia: estas «partidillas» con jefes espontáneos que han permanecido hasta ahora en la más absoluta oscuridad, capitaneaban lo que pronto se considerarán por fuentes oficiales cristinas como simples bandas latrofaciosas (tal como ya se comentó en el caso manchego)¹⁰⁵⁶.

¹⁰⁵⁵ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 399.

¹⁰⁵⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, p. 184.

Así fueron aniquiladas las últimas partidas carlistas de Galicia, entre capturas, fusilamientos sumarios, presentaciones a indulto y exilios. Los últimos reductos de resistentes a la desesperada, dispersos por los más recónditos montes y espesuras, no consiguieron prolongar la lucha guerrillera al estilo de lo que sí lograron, en cambio, las guerrillas catalanas de *trabucaires* (que se analizarán en el capítulo siguiente)¹⁰⁵⁷.

¹⁰⁵⁷ La liquidación de la guerra de guerrillas en Galicia puede seguirse con más detalle en *Ibidem*, tomo XVII, pp. 130-133 y 183-185 y en Barreiro Fernández, J.M. *El carlismo gallego...op. cit.*, pp. 97-99, donde se describe una lucha que terminó con la aniquilación o exilio de los últimos guerrilleros carlistas.

IX. LA POSGUERRA (1840-1845) Y LAS GUERRILLAS CARLISTAS: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Bullón de Mendoza concluye que la Primera Guerra Carlista terminó en toda España «en una lucha de guerrillas dispersas, algunas de las cuales se mantendrían en campaña durante varios años»¹⁰⁵⁸. Efectivamente, el fin de dicho conflicto armado supuso la liquidación de las operaciones bélicas de los ejércitos del carlismo, derrotados y forzados al exilio. Por el contrario, no cesó la actividad armada irregular sostenida por sus partidas guerrilleras, a las que se incorporaron restos aislados de dichas tropas: dispersos, rezagados o extraviados por toda la Península, junto a un número no desdeñable de exiliados e indultados. Esta insurgencia legitimista actuó, sobre todo, en determinadas zonas, montañosas en su mayoría, como el Prepirineo catalán y El Maestrazgo. Pero también se registró actividad guerrillera (aunque sensiblemente menor) en áreas muy localizadas del Bajo Ebro, Castilla o de La Mancha. Estas guerrillas constituyeron núcleos de resistencia enconada, que no pudieron ser eliminados fácilmente por los vencedores y que continuarán la lucha en solitario pese al fin de la guerra. Se mantendrán operativas, con altibajos, y en general con muchas dificultades, prácticamente hasta el estallido de la Segunda Guerra Carlista en septiembre de 1846.

Según Nuria Sauch Cruz, las autoridades españolas estaban prevenidas del retorno a la Península de antiguos combatientes carlistas tras la guerra, procedentes del exilio o bien por el indulto concedido a prisioneros «en los dominios de la nación»: de este modo, más de 6.000 individuos habrían regresado a sus hogares por toda España, constituyendo una de las canteras principales que nutrirá a estas guerrillas carlistas de posguerra¹⁰⁵⁹.

La actividad de estas partidas (que se denominarán “carlistadas” guerrilleras a los efectos de lo analizado en este capítulo), podrían considerarse como una continuación, un tanto desdibujada si se quiere, pero en definitiva una verdadera prolongación de la Primera Guerra Carlista: así lo hacen, por ejemplo, Ferrer, Mundet, Nuria Sauch Cruz, Ferran Sánchez Agustí o Vicente Meseguer. De hecho, este esfuerzo de guerra sostenido, de nuevo en solitario, por las guerrillas carlistas será capaz de protagonizar campañas de la relevancia de la denominada “Guerra del *Groc* (1842-1844), cuyo impacto y desarrollo operativo

¹⁰⁵⁸ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 399.

¹⁰⁵⁹ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 379. Por otra parte, según Rodríguez-Moñino, ya desde fecha tan temprana como abril de 1835 «comienzan a llegar al sudoeste de Francia numerosos refugiados carlistas (...) la mayoría son guerrilleros catalanes, algunos guardias de corps de Fernando VII, huidos de España, que se concentran en diversos pueblos y ciudades, como Béziers, con afán de conspirar, con fines militares, según expresa el prefecto de Pirineos Orientales». En Rodríguez-Moñino Soriano, R. *El exilio carlista en la España del siglo XIX (Carlistas y "demócratas" revolucionarios)*. Madrid: Castalia Ediciones, 1984, p. 43. Además, para un análisis sobre el exilio carlista, especialmente de la primera salida masiva de carlistas provocada por el fin de la Guerra de los Siete Años, ver Asín, F. “El exilio carlista”. En *Destierros aragoneses: ponencias y comunicaciones*, vol. 2, 1988 (El exilio del siglo XIX y la Guerra Civil), pp. 61-80.

se verá más adelante¹⁰⁶⁰. También Josep Fontana coincide en esta interpretación, al afirmar con respecto al inicio de la Segunda Guerra Carlista o *Guerra dels Matiners* en Cataluña «aunque no pueda decirse que la primera hubiese terminado, puesto que habían seguido las partidas en el Maestrazgo y en Cataluña, como la de los *trabucaires* que mandaba Ramon Vicens i Prada, llamado “Felip”»¹⁰⁶¹. Además, debe tenerse en cuenta que el enfoque aplicado al análisis de este periodo de posguerra, estrechamente conectado con la Primera Guerra Carlista, tiene como único objetivo el de la historia militar de las guerrillas carlistas durante la mencionada etapa.

Estas “carlistadas” guerrilleras solían ser acciones puntuales, intermitentes, de mayor o menor envergadura, con repercusión especialmente en las zonas mencionadas al comienzo del capítulo. En general, esta guerra irregular (pese a que pueda considerarse desdibujada y de baja intensidad), fue capaz de mantener la inercia combatiente hasta la siguiente guerra civil legitimista de 1846-1849. Algunos de los autores mencionados consideran dichas actuaciones como movimientos guerrilleros carlistas de entreguerras, o también un carlismo en armas en tiempos de paz¹⁰⁶². Al fin y a la postre, la verdadera naturaleza de esta resistencia insurgente realista vendrá determinada por las características táctico-técnicas de sus acciones, que será el principal objetivo de análisis en este capítulo. En definitiva, puede deducirse que para muchos veteranos combatientes legitimistas, por muy aislados y abandonados que estuviesen, la guerra todavía no había terminado; seguían dispuestos a mantener la lucha guerrillera en solitario y hasta el final a toda costa.

9.1 Cataluña: los *trabucaires*

Prácticamente a la vez que los últimos restos del ejército de Cabrera se vieron forzados al exilio en Francia tras la pérdida de Berga (momento decisivo en el que desaparecía así cualquier rastro del ejército carlista en Cataluña, último reducto legitimista en España), el mariscal de campo Benito Tristany, (a) «Mossèn Tristany», había tenido un gesto muy significativo: acompañar a sus hombres hasta la misma frontera para, acto seguido, volver la grupa con su caballo y regresar a su refugio natural en el interior del Principado. No fue el único caso, pues su ejemplo fue seguido por otros veteranos jefes militares del carlismo catalán, como el brigadier Clemente Sobrevías alias «Muchacho» o Mariano Vilella, que también se ocultaron, prestos para reiniciar la lucha armada en defensa de sus ideales a la mínima ocasión propicia. Por lo tanto, a las alturas del verano de 1840 quedaban todavía en territorio catalán un puñado de

¹⁰⁶⁰ Sostienen esta tesis, entre otros historiadores, Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 89-99; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 393-397; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 17-18; Sánchez Agustí, F. *Carlins amb armes en temps de pau. Altres efemèrides d'interès (1840-1842)*. Lleida: Pagès editors, 1996, pp. 104-105 y Meseguer Folch, V. “El final de la primera guerra carlista en el Maestrazgo”. En *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, nº 4 (octubre-diciembre), 1983, pp. 35-42.

¹⁰⁶¹ Fontana, J. “La época del...” op. cit., p. 246.

¹⁰⁶² Por ejemplo, ver Sánchez Agustí, F. *Carlins amb armes...* op. cit., p. 104.

voluntarios que, dispersos en pequeños grupos, pudieron ir reuniendo Tristany o Sobrevías. Según Ferrer, a ellos debe añadirse la presencia de una compañía del cuerpo de celadores de la Real Hacienda, mandada entonces por el teniente coronel Juan Trilla Ferrer¹⁰⁶³.

No obstante, el feroz cerco y la persecución implacable de las autoridades cristinas provocaron que todos estos resistentes carlistas hubieran de permanecer en la más absoluta clandestinidad, intensificando al máximo sus medidas de seguridad,. Otros se vieron forzados a dispersarse o bien acogerse a indulto. Tampoco faltaron los que ante la presión asfixiante tuvieron que marchar de nuevo camino del exilio francés. Por lo tanto, no es extraño que, al poco tiempo, Tristany (al saberse la zona concreta de la comarca donde se ocultaba con unos 50 hombres, en la que sobrevivían cambiando continuamente de escondite en las masías del reducidísimo círculo de fieles que todavía les ofrecían refugio), hubiese de dispersar su partida, igual que se vería forzado a hacer el también acorralado Sobrevías poco después, huyendo posteriormente a Francia. También Juan Trilla, viendo la imposibilidad de reanudar la guerra, procedió a disolver la compañía de celadores que comandaba, dispersándose sus miembros, algunos de los cuales se pasaron a los grupos de resistentes carlistas.

Destacó especialmente en esta labor de limpieza contraguerrillera el coronel cristino Carbó, practicando continuas marchas y contramarchas al frente de su columna móvil. Se sumó a él en la caza y captura de «Mossèn Tristany» el coronel Alós, utilizando como base para sus tropas la ciudad de Manresa. Pero ninguno consiguió capturar al temido caudillo catalán, aunque el reforzado dispositivo de impermeabilización de la frontera gala consiguiese rechazar al coronel carlista Grau, que por dos veces intentó penetrar en el Principado al frente de un grupo de emigrados. Parecía que la resistencia legitimista en Cataluña empezaba a derrumbarse.

9.1.1 Las partidas de *trabucaires*

Sin embargo, al mismo tiempo comenzó a cristalizar por entonces en el Principado el poliédrico fenómeno histórico de los *trabucaires* carlistas. La gran mayoría de ellos eran excombatientes de la guerra recién concluida, obligados a

¹⁰⁶³ A petición de Labandero (a la sazón intendente general de la provincia y del ejército carlista de Cataluña), se creó el 26 de septiembre de 1837 un cuerpo de celadores de la Real Hacienda. Su misión era cobrar las contribuciones que se impusiesen. Sin embargo, debido a la evolución de la guerra se convirtió en una importante unidad operativa auxiliar, colaborando activamente con las tropas legitimistas del Principado: persiguiendo desertores, manteniendo el orden en los pueblos y sosteniendo continuos combates con el enemigo, que se vio obligado a reforzar sus guarniciones y enviar columnas en su persecución. Ahora, una compañía de esta unidad, que se puede considerar de élite, continuará combatiendo. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII...op. cit., p. 70; Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 236 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra ...* op. cit., pp. 209-210.

abandonar sus hogares y echarse al monte ante el panorama descrito supra; se convertirán así en unos marginados, verdaderos fuera de la ley (o «*outlaws*», en expresión de Ferrer)¹⁰⁶⁴. Se verán forzados a sostenerse y buscar sus recursos sobre el terreno en el mismo país, a veces por la fuerza, sin más opción que combatir para poder sobrevivir.

Ferrer distingue cuatro tipos distintos dentro de este grupo heterogéneo que conforman los *trabucaires* catalanes: guerrilleros regresados del exilio, dispuestos a reanudar la lucha en defensa del carlismo; combatientes emboscados para evitar venganzas locales por motivaciones individuales y querellas personales (que suelen saldarse al amparo de la “fiebre de la sangre”), tan típicas de las guerras civiles; miembros residuales de partidas carlistas eliminadas o dispersas, que no pudieron huir ni acogerse a indulto, constituyendo núcleos de “desesperados” —sin otra opción que huir de la justicia o ganarse la vida como salteadores de caminos por pura subsistencia— y, finalmente, bandoleros, malhechores y contrabandistas profesionales que, al amparo de los siempre turbulentos tiempos de guerra, máxime si es civil, habían aprovechado para lucrarse y que una vez terminada la contienda, daban rienda suelta a sus actividades habituales, ya sin cobertura bélica alguna¹⁰⁶⁵.

Mundet también hace referencia a estos guerrilleros carlistas que, tras combatir en el primer conflicto bélico legitimista, no habían querido abandonar Cataluña, a los que se sumaron unos cuantos exiliados que retornaron de Francia, dándose a la vida de *trabucaires* (peligroso y confuso *modus vivendi* según este historiador catalán), en el que, en muchos casos, va a ser imposible distinguir el activismo carlista de la mera actividad delincinencial. Como señala parte de la historiografía especializada en ellos, los *trabucaires* se vieron inmediatamente degradados por la autoridades esparteristas a la condición de simples bandas de “latrofaciosos” o malhechores, en consecuencia perseguidos sin desmayo por las fuerzas del orden: pese a ello, muchos acabarán su aventura décadas después, tras haber dejado su impronta en el mundo rural catalán y en el propio carlismo¹⁰⁶⁶.

¹⁰⁶⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 72.

¹⁰⁶⁵ *Ibidem*, tomo XVIII, pp. 72-73. Josep Vilar i Vergés ha publicado un sustancioso opúsculo sobre lo que supusieron los *trabucaires* carlistas, especialmente durante la posguerra (1840-1845), centrándose en la incidencia que tuvieron estos grupos de guerrilleros autóctonos que operaron en la provincia de Gerona, donde su área de actuación cubrió las zonas montañosas de las comarcas del Ripollés, La Garrocha, El Alto Ampurdán y La Selva —afectando también a la comarca histórica fronteriza de El Vallespir del sur de Francia—. Asimismo, analiza sus antecedentes, composición, armamento, tácticas, indumentaria, golpes de mano más espectaculares y otra información relevante sobre su operatividad. Ver Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires*. Girona: Diputació de Girona, 2017.

¹⁰⁶⁶ Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., p. 395. Por otro lado, la actividad de los *trabucaires* carlistas excedió el periodo de posguerra objeto de estudio (1840-1845), alcanzando hasta bien terminada la Segunda Guerra Carlista, o Guerra de los *Matiners*, pudiendo seguirse su rastro hasta la insurrección legitimista de 1855, en la que mueren los últimos e irreductibles *trabucaires* documentados, casi siempre con las armas en la mano. En este sentido, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 75 y Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., pp. 24-55.

En cuanto a su operatividad, no debe perderse de vista que la gran mayoría de sus miembros eran veteranos guerrilleros carlistas (cuando no, directamente, exsoldados del brillante ejército legitimista catalán), bregados en la guerra recién concluida y muy duchos en la guerra irregular —lo que les llevaba en ocasiones a ser incluso temerarios, muriendo muchos de ellos con el trabuco en la mano—. Perfectos conocedores de un territorio del que eran naturales, aprovechaban, además, una larga tradición de este tipo de lucha en el Principado. Así, este escurridizo núcleo duro de *trabucaires*, repartidos en partidas, generalmente pequeñas, en constante movimiento, se ocultaban en inaccesibles refugios naturales, burlando la persecución de las tropas y fuerzas del orden gubernamentales, tanto por su gran movilidad y facilidad para hacerse invisibles, como por su gran adaptación al terreno montañoso en el que subsistían. Además, ha de tenerse en cuenta que no habían perdido el apoyo popular, que les permitía seguir contando con recursos de todo tipo e información para continuar su lucha.

Puede afirmarse que iban armados hasta los dientes, máxime teniendo en cuenta su condición de combatientes irregulares. Su armamento habitual estaba constituido, obviamente, por los icónicos e indispensables trabucos que les dieron nombre, junto con grandes navajas (que podían medir hasta 60 cm de largo, con hojas que superaban fácilmente los 30 cm), sustituidas a veces por largos puñales o *panarts*; asimismo, también era frecuente que portasen las ya mencionadas pistolas de cañón largo o *pedrenyals* (para una descripción de ambas, ver p. 103 y nota 304 a pie de dicha página). Todas estas armas portátiles estaban perfectamente adaptadas a su táctica y estilo de lucha: ligeras, fáciles de transportar, manejar, mantener y ocultar, además de muy efectivas en las distancias cortas en las cuales solían operar, en forma de emboscadas, golpes de mano y asaltos de todo tipo¹⁰⁶⁷.

Entre los primeros y auténticos guerrilleros carlistas, identificados como *trabucaires* (que son, obviamente, los que se analizan en esta tesis), Ferrer cita al jefe de partida Jaime Montserrat: había sido oficial carlista durante la primera guerra legitimista en Cataluña, al término de la cual mandó una guerrilla de *trabucaires*, hasta que, iniciada la *Guerra dels Matiners* ingresó en el ejército de Cabrera. Como lamenta el propio Ferrer, no hubo interés oficial alguno por parte de las autoridades esparteristas ni las isabelinas luego, en tratar de diferenciar claramente esta casuística, separando a los verdaderos resistentes carlistas de los bandoleros puros y duros. En realidad, convenía al gobierno asimilar a todos

¹⁰⁶⁷ Sobre la operatividad de los *trabucaires* (tácticas, armamento, atuendo típico, logística, intendencia y demás aspectos de la guerra irregular que practicaban), ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 72-75; Bosch Dorca, Enrique L. "Los "Matiners", los trabucaires y la Milicia Provincial". En *IV Assemblea d'estudis sobre el comtat de Besalú: actes i comunicacions. Volum I*. Olot: Edicions el Bassegoda, 1983, pp. 238-239 y Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., pp. 5-35 y 69. En cuanto a su indumentaria característica habitual, tradicional, constaba de barretina roja, pañuelo (utilizado normalmente para embozarse el rostro), chaqueta de retina, calzón de burell, gruesa manta de lana enrollada al cuerpo, zurrón en bandolera y la inevitable —e inequívocamente guerrillera— esparteña a modo de calzado. Ver la citada obra de Vilar i Vergés, pp. 21 y 34-35.

los que empuñasen las armas en Cataluña con vulgares *trabucaires*, siempre en el peor sentido de la expresión, es decir, bandoleros, contrabandistas y criminales. Esta misma política se seguirá contra todo hombre que se alzase en el resto de España (particularmente en el Maestrazgo y La Mancha), a los que se aplicará el mote denigrante habitual de bandas “latrofaciosas”¹⁰⁶⁸.

Al comenzar 1841, permanecía «Mossèn Tristany» todavía oculto e ilocalizable, constituyendo un verdadero quebradero de cabeza para las autoridades esparteristas, que emitieron bandos ofreciendo importantes recompensas en metálico al que entregase al indómito jefe guerrillero carlista, vivo o muerto. Sin embargo, no consiguieron encontrar traidores que lo vendiesen. A partir del verano de ese año, comenzaron a aparecer nuevas partidas de *trabucaires*, como las mandadas por José Feliu (otro veterano de la Primera Guerra Carlista), Francesc Pagés, (a) «el Conill de Montagut» y algunos otros cabecillas. Recorrían incansablemente las comarcas catalanas de la Alta Montaña, por lo que una columna de soldados mandada por Ramón Fajardo salió en su persecución. Dado que no pudieron ni siquiera localizar a los guerrilleros carlistas, recibieron el refuerzo de más tropas mandadas por el incansable coronel Carbó. Pese a todo, estas partidas consiguieron permanecer activas en sus guaridas montañosas, rehuyendo cualquier encuentro con el enemigo, y siempre preparadas para refugiarse en la cercana frontera francesa al menor atisbo de peligro¹⁰⁶⁹.

Entre las partidas de *trabucaires* más activas de ese año, debe señalarse en primer lugar la comandada por Casulleras (cuyo lugarteniente era un tal Marimón). Al parecer, este cabecilla era un oficial carlista de baja graduación, que exiliado en Francia cuando concluyó la guerra, retornó a España. Reclutó a un reducido grupo de antiguos voluntarios realistas con los que formó una partida, que recorría la comarca barcelonesa de Anoia y otras vecinas de Tarragona. Refractarios a aceptar el indulto o cualquier tipo de arreglo que implicase abandonar una lucha por la que estaban dispuestos a sacrificarlo todo, los *trabucaires* destacaron por dedicarse más a venganzas políticas (por ejemplo, liquidar a los alcaldes pertenecientes al bando político opuesto) y ajustes de cuentas por ofensas personales a ellos o sus familias producidas durante la pasada guerra, que a satisfacer necesidades o ansias de lucro en las personas de potentados liberales, como se les acusaba en medios oficiales. Todo ello caracterizado por un vida aventurera¹⁰⁷⁰.

Otra partida que a principios de mayo de 1841 entraba en Cataluña procedente de Francia era la del ya citado Ramon Vicens, alias «Felip». Como casi todos los anteriores *trabucaires*, Vicens era un veterano de la Primera Guerra Carlista, en la que había ascendido a capitán graduado de teniente coronel por su meritoria actuación durante la toma de Verges (Gerona) en 1837. Emigrado a territorio galo en 1840, retornó al año siguiente al frente de 60

¹⁰⁶⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 70-75.

¹⁰⁶⁹ *Ibidem*, tomo XVIII, p. 83 y Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., pp. 24-25.

¹⁰⁷⁰ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 85-86.

compañeros de exilio para iniciar la lucha guerrillera. Fue especialmente activo durante 1842, provocando que Espartero enviase al inflexible y brutal general Martín Zurbano —en cuya hoja de servicios, como ya se ha visto, figuraba el haber sido jefe de unos de los más eficaces y sanguinarios cuerpos francos cristinos durante la guerra recién concluida—, el cual durante el verano de ese año fue comisionado al frente de miles de soldados para emprender contra ellos una guerra sin cuartel, especialmente activa en la provincia de Gerona. Fruto de ella, Vicens fue ajusticiado en Vic ese mismo año¹⁰⁷¹.

Finalmente, también inició sus actividades ese año la partida de *trabucaires* liderada por el famoso jefe guerrillero Isidro Teixidó (a) «*Barbut de Vinebre*». Nacido en la población tarraconense de Vinebre (en plena comarca de la Ribera del Ebro), y siempre perfectamente identificable por su larguísima barba —de ahí su apodo—, se alistó en las filas carlistas en 1835, participando en diversas campañas guerrilleras. Las autoridades intentaron presentarle desde entonces como un exaltado político-religioso, ya que jamás en sus andanzas pudo relacionársele con robo, exigencia de rescate ni acto criminal alguno. Incluso fuentes gubernamentales reconocen que todos los muertos por este terrible cabecilla habían pertenecido al bando enemigo del carlismo. El origen de esta pequeña guerrilla, compuesta exclusivamente por el citado jefe y otros dos *trabucaires*, constituye un caso típico de los descritos por Ferrer como verdaderos «*outlaws*»: concluida la guerra, Teixidó se presentó ante el alcalde de su pueblo natal para acogerse a indulto; acusado de la muerte de un propietario de esa localidad y de otros hechos delictivos falsos, fue detenido sorpresivamente, pero consiguió evadirse durante su conducción a prisión y ocultarse en Vinebre.

Allí fue donde contactó con dos camaradas que habían servido con él en las filas carlistas: Juan Bautista Somadelles (a) «*Quiselis*», igualmente vinebrano, y Francisco Casals alias «*Tora*», nacido en la también tarraconense Gratallops. También Acogidos a indulto y víctimas del engaño de tal procedimiento (utilizado en muchas ocasiones a modo de cebo para atraer, detener y liquidar posteriormente a los resistentes legitimistas), acabaron aceptando como jefe a Teixidó y uniéndose a su grupo. Empezaron así a recorrer desde 1841 sus comarcas natales, provocando víctimas exclusivamente entre destacados personajes del bando contrario (por lo general, vecinos de los pueblos de los alrededores de Vinebre). No sería hasta 1844 que el «*Barbut de Vinebre*» fue sorprendido el 30 de abril por los Mozos de Escuadra en el Mas de Pava, cerca de Vinebre, siendo abatidos en la refriega el cabecilla y su camarada «*Quiselis*»; el 6 de octubre en las inmediaciones de Gratallops, fue alcanzado y muerto el conocido como «*Tora*», quedando liquidado así este pequeño pero irreductible grupo guerrillero de *trabucaires*¹⁰⁷².

¹⁰⁷¹ *Ibidem*, tomo XVIII, pp. 87-88 y Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., pp. 289 y 343 y Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., pp. 15-17. Para las alusiones al general cristino Martín Zurbano, ver Fontana, J.; "La época del..." op. cit., p. 191.

¹⁰⁷² La información sobre las partidas de *trabucaires* catalanas durante 1841 está tomada de Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 83-86.

A comienzos de enero de 1842, unos 100 hombres liderados por «Jaime de la Venta», exigían dinero y vituallas en poblaciones del partido judicial de Vic¹⁰⁷³. El 19 de ese mismo mes, la poco numerosa pero activa gavilla de *trabucaires* liderada por Casulleras sorprendió a un grupo de vecinos de Santa Coloma de Queralt (Tarragona), que regresaban de las ferias ilerdensas de Borjas Blancas, a los que secuestraron con la aparente intención de cobrar un rescate —Ferrer afirma desconocer la filiación política y posible intervención de estas personas en la guerra concluida hacía poco—; además, apunta que, contra el parecer del cabo de Mozos de Escuadra de la citada localidad, se alertó al somatén para atrapar al grupo de Casulleras, por lo que estos asesinaron en las mismas puertas de Santa Coloma de Queralt a los desventurados vecinos apresados, tal como habían amenazado que harían si se tomaba esta medida contra ellos. Tras dispersarse, se dieron a la fuga.

Después de permanecer escondidos durante un tiempo, Casulleras y su lugarteniente Marimón fueron detectados en una masía de Pla de Cabra (Tarragona) y luego en la barcelonesa Bellprat. Se supo entonces que su intención era ajusticiar al alcalde esparterista de Rubió, también en la provincia de Barcelona. Advertido el comandante de los Mozos de Escuadra para que lo impidiese, se formó una columna mixta con tropas gubernamentales, enviadas por el capitán general de Cataluña Van Halen, sumándose también miembros del somatén de la localidad. Con esta fuerzas, se montó un amplio dispositivo para sorprender a los dos guerrilleros carlistas cuando intentasen consumar la acción, iniciada el 10 de abril de ese año al salir dicho regidor de su casa en dirección a la iglesia: finalmente, ambos *trabucaires* resultarían abatidos tras un intenso tiroteo, con lo que se pudo dar por liquidada esta irreductible gavilla. Por otro lado, y según Ferrer, otras guerrillas de *trabucaires* especialmente activas durante 1842 fueron las lideradas por Rafael Sala Domenech (a) «Planademunt», el ya citado Jaime de la Venta, alias «Jaume del Hostal» y el conocido como «Juliá de la Viuda»¹⁰⁷⁴.

Durante el año de 1843 (que destacó especialmente por la destitución de Espartero como regente en julio, forzado al exilio tras un clima de oposición

¹⁰⁷³ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 382.

¹⁰⁷⁴ Ferrer relata pormenorizadamente la accidentada operación en la que se liquidó a Casulleras y su lugarteniente, Marimón. Tras soportar ambos una verdadera lluvia de balas, no tardó en caer herido Casulleras, mientras Marimón intentaba huir por orden de su jefe; pero emboscado en las afueras del pueblo, resultó finalmente abatido a tiros dicho lugarteniente *trabucaire*. Por su parte, Casulleras, malherido, consiguió apoyarse en una pequeña elevación de tierra, disparando repetidamente su trabuco contra los mozos de escuadra que le hostigaban. Uno de éstos consiguió llegar hasta él y clavarle la bayoneta. Pero Casulleras se revolvió y logró agarrar la carabina del mozo de escuadra, que hubiese corrido serio peligro de no llegar en su apoyo el cabo José Aymerich junto con otros miembros de dicho cuerpo, consiguiendo entre todos rematarle finalmente a tiros. Enfrentados a una fuerza muy superior y armada hasta los dientes, Casulleras y Marimón se defendieron con fiereza y hasta el final. Todo ello da una idea bastante precisa de cómo eran estos “desesperados”, poniendo claramente en evidencia la naturaleza irreductible de la gran mayoría de los *trabucaires* catalanes, abatidos con las armas en la mano. Sobre los detalles de este dispositivo, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 86-88. El resto de la información sobre la actividad de las partidas de *trabucaires* durante 1842 se puede consultar en esta misma obra, tomo XVIII, pp. 100-102.

generalizada a su gobierno, asumiendo la jefatura de Estado personalmente Isabel II), en Cataluña continuaron actuando diversos grupos de *trabucaires*, cada vez más señalados por las fuentes oficiales como vulgares bandas de “latrofaciosos”, a la vez que denunciaban sus supuestas tropelías criminales. Entre esas guerrillas se mostraban especialmente activas entonces las ya mencionadas supra, mandadas por «*Planademunt*» y «*Juliá de la Viuda*», junto con la del también citado «*Barbut de Vinebre*». Por otro lado, Sauch Cruz subraya la actuación por la zona de Reus y del Priorato (Tarragona) de la partida encabezada por un tal Martell, que solía recorrer las Tierras del Ebro tarraconenses de modo esporádico, pero sembrando el desconcierto y el temor entre las fuerzas enemigas. Información corroborada por el hecho de que, tal como le constaba al gobernador liberal de Tortosa, a fecha 23 de octubre de 1843, más de 400 guerrilleros habían pasado por la partida de Martell desde el inicio de la actividad carlista de posguerra —es decir, en poco más de tres años—. Esto indicaría que el número de *trabucaires* operativos sobre el terreno catalán era entonces más que significativo y bastante superior a las cantidades manejadas hasta entonces por fuentes oficiales (especialmente teniendo en cuenta que la de Martell no se contaba entre las grandes partidas ni su zona de actuación era de las más activas)¹⁰⁷⁵.

A lo largo de 1844, coincidiendo con la fase final de la Guerra del «*Groc*», se produjo una cierta reactivación de la actividad guerrillera carlista en todas las regiones españolas. Este incremento de los combates fue especialmente patente en Cataluña, donde continuaron operando las consabidas partidas de *trabucaires* (a quienes Vilar i Vergés insiste en identificar con el estereotipo de hombres de acción irredentos, endurecidos por los años de combates ininterrumpidos, incapaces ya de abandonar unas vidas llenas de riesgo y aventura). La más numerosa y activa, compuesta por una quincena de guerrilleros, se refugiaba entonces en Maureillas-las-Illas (localidad francesa situada en la antigua comarca del Vallespir), muy cercana a la frontera española. Su *modus operandi* consistía en ejecutar sus acciones en España —donde no dudaban en realizar incursiones de largo recorrido— y refugiarse seguidamente en territorio francés, en el que procuraban pasar lo más desapercibidos posible, a fin de no llamar la atención de las autoridades galas¹⁰⁷⁶.

Su actividad más común era el asalto de diligencias (para la que podían asociarse varias partidas), requisando cuantos objetos de valor tuviesen a mano, especialmente, dinero, armas y caballos, sin descartar apoderarse de viajeros pudientes con el fin de obtener un rescate por ellos. También solían financiarse

¹⁰⁷⁵ *Ibidem*, tomo XVIII, p. 109 y Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 388 y 389 (para la cuantificación numérica de la partida de Martell).

¹⁰⁷⁶ La gran mayoría de estas partidas se encontraban en un punto de no retorno: sus miembros eran autores de acciones violentas contra personas (que las autoridades consideraban delitos comunes de sangre), así como de requisas, asaltos y robos, resultándoles ya imposible reintegrarse a la vida civil. Se conformaron así las curtidas “*collas de trabucaires*”, grupos de veteranos resistentes a ultranza, que protagonizarán la época de apogeo de este tipo específico de guerrillas del Principado (1841-1843). Tanto es así que dejaron una impronta duradera para la posteridad, asociados cada vez más en el imaginario colectivo catalán a bandas de aventureros, bandoleros o contrabandistas, teñidos de un cierto halo de romanticismo; de ahí el mencionado estereotipo. Ver Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., pp. 11 y 40.

mediante el secuestro de ricos hacendados liberales, beneficiarios de la desamortización de las tierras de la Iglesia practicada años antes. Como ejemplo más significativo, cabe destacar el asalto y robo de la diligencia-correo, cerca de Tordera (Barcelona), en el que intervinieron las guerrillas de los jefes Juan Simón, alias «*Collsuspina*» o «*Tocabens*» y José Balmas, también conocido por los apodos de «*Sagal*», «*Menut*» y «*Verdaguer*», acompañados por sus lugartenientes, Jaime Bosch o «*Jaumetó de les Preses*» y Jerónimo Icases/Cases (a) «*Llorens*», más otro *trabucaire* llamado José Mateu, que tenía por mote «*Xocolata*» o «*Cacau*». En dicho ataque hicieron prisioneros a dos oficiales del ejército isabelino, requisándoles las armas y las prendas del uniforme. La repercusión que tuvo el hecho provocó que se intensificase su persecución, alertando las autoridades españolas a sus homónimas galas a fin de intentar poner fin a sus actuaciones¹⁰⁷⁷.

En los cinco primeros meses de 1845 continuó la actividad de guerrillas de *trabucaires* como las mencionadas supra. Su golpe más sonado fue, de nuevo, otro asalto y robo de una diligencia a las 10 de la noche del 27 de febrero de ese año, en el paraje conocido como el Suro de la Palla perteneciente al término municipal de Massanet de la Selva (Gerona). Los carlistas se llevaron secuestrados a tres hombres, entre ellos, un joven de 17 años, y huyeron hacia la zona montañosa del interior; mientras permanecían ocultos en la Sierra de las Guillerías, a la espera de poder cobrar los respectivos rescates, el 3 de marzo fueron avistados por un leñador al norte de la población gerundense de Arbucias, y poco después tuvieron un encuentro con un destacamento de soldados isabelinos, apoyados por miembros del somatén local. En la refriega a tiros subsiguiente, fue herido el *trabucaire* José Camps (a) «*Sapé*» —que fallecería poco después— y resultaron muertos dos somatenes. Los guerrilleros consiguieron huir en dirección a la vecina Viladrau, refugiándose en el macizo del Montseny. A finales de ese mes, ante la imposibilidad de negociar por los rehenes, los guerrilleros decidieron emprender la retirada acelerada hacia la frontera francesa, no sin antes tener un duro enfrentamiento con los Mozos de Escuadra de la mencionada localidad, resultando muertos en el tiroteo dos miembros de ese cuerpo. A consecuencia de ello, se intensificó la movilización general decretada por las autoridades liberales (en la que intervinieron las habituales columnas volantes de soldados, mozos de escuadra y somatenes locales), consiguiendo los fugitivos escapar a duras penas a Francia¹⁰⁷⁸.

Enrique L. Bosch Dorca, en un artículo sobre los *trabucaires*, los *matiners* y la milicia provincial en la provincia de Gerona (recuérdese, reducto carlista por excelencia), hace un agudo balance sobre la crisis político-social que afectó a

¹⁰⁷⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 139-140 y Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., p. 40.

¹⁰⁷⁸ Información basada en la obra de Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., pp. 40-41, así como en el artículo de Miró Solá, L. "El proceso de los trabucaires, Perpiñán (1845-46)", colgado en la página: <http://segledinou.cat/wp/el-proceso-de-los-trabucaires-perpinan-1845-1846/>. (Consultada el 15-01-2021).

todas las provincias catalanas tras la Primera Guerra Carlista¹⁰⁷⁹. Por ejemplo, en Olot, población de rancia raigambre carlista, los descontentos eran muchos, ya que como consecuencia de la mencionada contienda bélica subsistían deseos revanchistas de desquite, a pesar de haberse alcanzado ya la teórica paz. En consecuencia, se produjeron actos de pura y dura venganza, especialmente contra los familiares de combatientes legitimistas, a pesar de que la legislación sobre el indulto estaba aún en vigor: de hecho, las reclamaciones de los olotenses víctimas de este tipo de daños personales o materiales fueron muchas durante el periodo de posguerra, sin que ninguna de ellas fuese atendida por las autoridades liberales como en justicia les correspondía¹⁰⁸⁰.

Además, Bosch Dorca analiza un aspecto fundamental para entender la operatividad de los *trabucaires*, como es el de los asaltos a diligencias (al menos, en lo que a la provincia de Gerona se refiere), y que habría influido en la crisis financiera institucional catalana imperante entonces. Defiende este autor que la causa principal de la falta de fondos públicos, generadora de falta de liquidez y lógico incumplimiento de pagos subsiguiente, por parte de las Diputaciones catalanas era, principalmente, el frecuente ataque de los *trabucaires* a las diligencias. No debe olvidarse que este tipo de carruajes eran los destinados entonces para el transporte de los caudales pertenecientes a las distintas administraciones públicas: concretamente en Cataluña, lo recaudado por los Ayuntamientos de los distintos pueblos era trasladado a las correspondientes Diputaciones Provinciales, y de éstas a la Diputación de Barcelona, que actuaba en aquel periodo a modo de caja central de las cuatro Diputaciones Catalanas.

Ahora bien, Bosch señala que dichas diligencias sólo eran atacadas por los *trabucaires* selectivamente. ¿Y cuándo efectuaban los asaltos? Pues concretamente cuando observaban que llevaban escolta de Mozos de Escuadra, confirmación clara que les permitía tener la seguridad de que transportaban fondos del gobierno. Sólo en el Archivo de la Diputación Provincial de Gerona figuran, entre septiembre de 1844 y mediados de 1845, por lo menos dos asaltos a las recaudaciones públicas transportadas por diligencias, ejecutados en las poblaciones de Olot, Castellfullit de la Roca y Bañolas, más otro en Santa Coloma de Farnés¹⁰⁸¹.

Ya avanzado 1845, cuando más caldeados estaban los ánimos y más fuertes eran los disturbios en las ciudades y villas catalanas, el capitán general del Principado, mariscal de campo Concha, comunicaba al Ministro de la Guerra que, como resultado de la intensa batida general que había ordenado en las cuatro provincias de su demarcación, los *trabucaires* habían desaparecido, internándose los pocos supervivientes que habían logrado sobrevivir en Francia. Así, presumía de no haber dejado ni un solo “malhechor” armado en Cataluña, afirmando rotundamente que el orden público en toda la región estaba

¹⁰⁷⁹ Bosch Dorca, Enrique L. “Los “Matiners”, los trabucaires y la Milicia Provincial”. En *IV Assemblea d’estudis sobre el comtat de Besalú: actes i comunicacions. Volum I*. Olot: Edicions el Bassegoda, 1983, pp. 235-245.

¹⁰⁸⁰ *Ibidem*, p. 235.

¹⁰⁸¹ Sobre estos asaltos selectivos a diligencias por parte de los *trabucaires* gerundenses, ver *Ibidem*, p. 238.

plenamente restituido. Pues bien: apenas dos días después, en Ciurana (localidad del Alto Ampurdán gerundense), los Mozos de Escuadra de la vecina y muy próxima villa de Perelada, comunicaban haber sostenido un choque a tiros con cuatro *trabucaires*, que se dieron a la fuga poco después. Esto desmentía la información aportada por el mencionado alto mando militar liberal, que se contradecía además a sí mismo cuando, a primeros de junio de este año, propuso a la Diputación de Barcelona que consultase al gobierno si sería oportuno auxiliar con un suplemento de tres reales diarios a los somatenes cuando se viesen forzados a salir en persecución de estos duros y escurridizos guerrilleros carlistas, cantidad pagadera con fondos provinciales o comunales.

Más aún, al menos desde inicios de 1846, la Diputación barcelonesa decidía abonar los gastos extraordinarios ocasionados por las medidas que, por iniciativa y acuerdo del capitán general, fueron tomadas para liquidar algunas partidas de *trabucaires*, pues al parecer éstas iban en claro aumento entonces. En este sentido, dicho mando propuso que se pagase 2.000 reales a todo aquel que capturase, o facilitase la detención, vivo o muerto, de un *trabucaire*. Esto no llegó a aprobarse porque, pocos días después, le expuso a la mencionada diputación el deseo de que se entregasen 6.000 reales a un subcabo de los Mozos de Escuadra para gastos y premios a quienes facilitasen la captura y exterminio de cuatro *trabucaires* actuantes en el término de La Llacuna (Barcelona). Como parte de este despliegue operativo, se establecieron puestos estratégicos o comarcales del mencionado cuerpo policial catalán por toda el Principado: en lo que se refiere a la provincia de Gerona, dichos puestos o cuartelillos se radicaron en Puigcerdá, Santa Coloma de Farnés, Olot, Perelada y Gerona.

Otro tema relevante introducido por este artículo de Bosch Dorca es el referido a las denominadas “Escuadras de Cataluña”¹⁰⁸². Señala este autor que,

¹⁰⁸² Con respecto a la no muy conocida (y por otro lado, ya secular) institución armada catalana de las “Escuadras de Paisanos Armados”, o simplemente, “Escuadras”, no existe, desgraciadamente, demasiada información publicada. Eran destacamentos de paisanos armados, creados en origen para la defensa local contra las guerrillas austracistas (en principio siguiendo el modelo de los Mozos de Escuadra), y que el baile felipista de Valls, Pere Anton Veciana, comenzó a organizar en abril de 1719 para mantener el nuevo orden público borbónico. Recibieron el impulso definitivo por parte del capitán general de Cataluña, el marqués de Castelarodrigo, que fue quien decretó la generalización de estas escuadras, reclutando unos dos mil quinientos hombres en agosto del mencionado año, ante la difícil situación provocada en el Principado por la invasión francesa, apoyada por las mencionadas partidas austracistas, durante la Guerra de la Cuádruple Alianza. Por otro lado, es necesario subrayar dos peculiaridades operativas de estas escuadras, que las hacían especialmente eficaces y temibles: primero, aunque fueron financiadas, inicialmente, con cargo al catastro (impuesto introducido en el Principado por Felipe V), posteriormente, fueron los ayuntamientos de las poblaciones y territorios donde operaban, quienes pasaron a asumir su mantenimiento, reclutando y equipando a vecinos residentes, perfectos conocedores, por tanto, del terreno donde actuaban. Segundo, al ser tachados sus componentes de “*botiflers*” —como se sabe, apelativo despectivo utilizado en Cataluña por los austracistas para designar a los felipistas o proborbónicos durante la Guerra de Sucesión—, contaban con la animadversión, cuando no abierta hostilidad, de gran parte de la población catalana, por lo que el frecuente riesgo de ser capturados por las guerrillas que perseguían (o bien sufrir represalias por parte de sus vecinos), desembocaba, habitualmente, en su maltrato y muerte; todo ello hacía muy frecuente que se batiesen siempre fieramente hasta el

en virtud de la ley de 8 de enero de 1845 sobre régimen provincial y local, la Diputación de Barcelona no podía hacer, autorizar ni intervenir repartimientos o derramas que no estuviesen comprendidos en el presupuesto general del Estado. Y no figurando en ningún apartado el gasto correspondiente a estas Escuadras, dicha diputación notificó al jefe político que no podía pagarles, lo que sentiría mucho por la satisfacción generalizada que imperaba entonces por los buenos servicios que prestaban y la necesidad de su conservación y mantenimiento adecuado. En el fondo, se trataba de una cuestión meramente económica: abonar un servicio público que no debía ser cubierto con fondos provinciales, porque el objeto de este instituto armado autóctono era la persecución de criminales, la conservación del orden y la tranquilidad del Estado; tampoco podía abonarse con fondos generales dado que ninguna partida financiera concreta tenía aplicación. El único medio de conciliar la ley con el requisito económico del pago era indicar al capitán general que expusiese al gobierno la crítica situación del cuerpo de Escuadras de Cataluña y utilizase su intermediación para incluirlo en los próximos presupuestos generales del Estado. Así, se equipararía con los de la Guardia Civil, Mozos de Escuadra, Rondas Volantes y demás institutos armados destinados a velar por el orden público en el Principado¹⁰⁸³.

En definitiva, los antecedentes como veteranos combatientes carlistas de la gran mayoría (especialmente, de jefes y lugartenientes) y el modus operandi común, permiten afirmar la inequívoca condición guerrillera de las partidas catalanas de *trabucaires* analizadas en este subepígrafe. Sus asaltos a las diligencias perseguían como objetivo principal requisar fondos públicos del gobierno enemigo, además de abastecerse de las armas y caballos de los carruajes y sus escoltas, tan necesarios para combatir. Además, y tal como recalca Bosch Dorca, a pesar de sus constantes acciones en el entorno rural, en las masías y pueblos donde solicitaban raciones tenían buen cuidado en no hacer el más mínimo daño a sus residentes, quedando siempre claro que sus ataques iban dirigidos a dañar económicamente al gobierno liberal. De hecho, este autor abunda en esta idea, afirmando que favorecieron el contrabando (al menos, en la provincia de Gerona), llegando incluso a dar apoyo y cobijo a redes de contrabandistas a cambio de dinero o parte del alijo que transportasen: algo perfectamente verosímil, dada la facilidad para pasar la frontera que demostraron ampliamente diversos grupos de *trabucaires* —por ser zona que conocían al dedillo—, siendo muy frecuente que contasen con refugio seguro en territorio francés. Las fuentes especializadas ponen en valor, de manera especial, los mencionados ataques a las diligencias, en las circunstancias y con las condiciones analizadas; acciones que, en algunos casos, también podían ir dirigidas contra ayuntamientos donde constase la existencia de caudales

final, sin dar ni esperar cuartel. Ver Ortega y Espinós, J. *Historia de las Escuadras de Cataluña: su origen, sus proezas, sus vicisitudes, intercalada con la vida y hechos de los más célebres ladrones y bandoleros*. Barcelona: Editor Luis Tasso, 1876; Folguera y Barbosa, M. *Las Escuadras de Cataluña*. Barcelona: Ediciones Populares, 1915 y Sallés Vilaseca, N. “La invasión francesa y la guerrilla austracista”. En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 39 (abril-mayo 2019), pp. 50-55.

¹⁰⁸³ Ver Bosch Dorca, Enrique L. “Los “Matiners”, los...op. cit., pp. 237-239.

institucionales. Esta operatividad específica confirmaría plenamente su condición de combatientes irregulares, empeñados en una dura lucha a muerte contra el Estado liberal¹⁰⁸⁴.

Retomando el hilo cronológico de la posguerra en Cataluña, Ferrer precisa que durante 1845 destacaron por su actividad otros dos grupos de *trabucaires*: el liderado por Josep Torregelat (a) «*el Sec de Sallavinera*», otro veterano de la Primera Guerra Carlista, cuya partida actuaba en la comarca barcelonesa de Anoia; estaba constituida por antiguos miembros de la guerrilla de Casulleras, destacando ahora la presencia de dos hermanos de éste y también la de Ramón Artolá, antiguo lugarteniente del grupo. Todos ellos resultaron muertos a tiros en agosto de ese año en un enfrentamiento con los Mozos de Escuadra, en un bosque cercano a Salavinera (Barcelona). La otra partida importante la dirigía Josep Bou, alias «*Pep Malivern*», cuyo territorio de operaciones se centraba en los alrededores de la localidad barcelonesa de San Julián de Vilatorrada y que había participado igualmente en la Primera Guerra Carlista, sirviendo en las filas del ejército legitimista del Principado. Además, continuaba actuando por entonces la partida liderada por el ya mencionado Jaime Montserrat¹⁰⁸⁵.

Por estas fechas, las propias autoridades isabelinas comenzaron a detectar con preocupación un significativo aumento de la actividad guerrillera carlista en Cataluña. Entre las partidas que irrumpieron con fuerza en esta región debe destacarse la liderada por el capitán Martiriá Serrat i Miró (nacido en la gerundense Les Escaules, fue un importante mando del ejército carlista de Cataluña durante la Guerra de los Siete Años), cuya partida recorría diversas poblaciones de la provincia gerundense, como Santa Coloma de Farnés. El 2 de marzo de 1845 batió a una columna isabelina en San Miguel de Cladells, provocando la alarma en toda la comarca de la Selva: inmediatamente, se organizaron somatenes que realizaron diversas batidas por toda la zona, cubriendo hasta la línea del río Ter. Pero fue inútil, pues las partidas de *trabucaires* se guarecían en el seguro reducto que constituía entonces la Sierra de las Guillerías —a caballo entre las provincias de Gerona y Barcelona—¹⁰⁸⁶.

También surgió entonces entre las comarcas gerundenses del Gironés y de la Garrocha otra partida de *trabucaires*, dirigida en este caso por José Viñas (natural del barrio del Mercadal de Gerona, excombatiente de la Primera Guerra Carlista, durante la que había sido comandante del 21º batallón del ejército

¹⁰⁸⁴ Además de Ferrer (ampliamente citado en este subepígrafe), apoyan esta idea-fuerza del carácter inequívocamente guerrillero de las partidas de *trabucaires* carlistas que se han analizado, los siguientes autores: Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., p. 395; Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., pp. 14-17; Bosch Dorca, Enrique L. “Los “Matiners”, los... op. cit., p. 238 y Gallego García, J.A. *Ángel Casimiro Villalaín: el héroe olvidado*. Madrid: Asociación Editorial Tradicionalista, 2020, p. 58.

¹⁰⁸⁵ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 145-146. También se hace referencia a la partida de Josep Bou (a) «*Pep Malivern*», en Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., p. 72.

¹⁰⁸⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 146-147 y Vilar i Vergés, J. *Els trabucaires...* op. cit., p. 72. Sobre Martiriá Serrat, ver el artículo de Miró Solá, L. “El carlí Martiriá Serrat i Miró. El capitost de la frontera”, colgado en la página web <http://segledinou.cat/wp/el-carli-martiria-serrat-i-miro-el-capitost-de-la-frontera/> (Consultada el 31-01-2021).

legitimista del Principado). Además, en los alrededores de Figueras, operaba entonces un grupo a cuyo frente estaba un trabucaire conocido como «Pep», así como diversas gavillas actuantes en la zona fronteriza con Francia, entre ellas la comandada por Solanellas. Ante este incremento de la insurgencia carlista, el general isabelino La Rocha tuvo que emplearse a fondo contra estas pequeñas pero activas guerrillas catalanas, ordenando la formación de diversas columnas volantes que comenzaron a recorrer las zonas mencionadas, intentando impermeabilizar la frontera gala. Todo ello puede considerarse como el prelude de lo que, poco más de un año más tarde, será el inicio de la Segunda Guerra Carlista (o Guerra de los *Matiners* en Cataluña), donde las operaciones legitimistas tendrán una especial significación, siendo el principal teatro de operaciones de la misma. También se registraron actividades bélicas, de menor importancia, en el Maestrazgo, Castilla, La Mancha y Extremadura¹⁰⁸⁷.

9.2 Maestrazgo

De los 6.000 excombatientes carlistas que, como se dijo, habían regresado a España del exilio o indultados, entre 2.000 y 1.600 lo hicieron a sus localidades natales en el Maestrazgo. Ferrer subraya que en dicho territorio (de larga y probada tradición carlista), permanecían ocultos varios pequeños grupos de resistentes legitimistas; entre sus mandos más destacados que no habían querido emigrar, estaban antiguos y bien conocidos colaboradores directos de Cabrera, como el brigadier José Miralles, alias «el Serrador» y el coronel Vicente Barreda (a) «*la Cova*». Además, habría que sumarles a otros exoficiales del ejército del caudillo tortosino, que retornaron a territorio español y actuarán como verdadero elemento aglutinante y multiplicador de las actividades sostenidas por estas guerrillas maestratenses de posguerra. Sus jefes más destacados fueron, junto a antiguos mandos militares como los mencionados, otros cabecillas, verbigracia, Felipe Ferrer, alias «*Tarranquet*» o el conocido por el apodo de «*Marzalet*», también originarios de esta zona¹⁰⁸⁸.

Durante 1841 y 1842, algunos de estos veteranos jefes carlistas continuaron la larga tradición guerrillera, característica del Maestrazgo (y casi ininterrumpida desde 1827, 1820, e incluso 1808). A comienzos de enero de 1841 ya operaban por todo el territorio más de 300 hombres distribuidos en diversas partidas de “latro-facciosos” —terminología oficial ya habitual para referirse a los resistentes legitimistas, también usada ahora por parte de las

¹⁰⁸⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 147 y Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 404.

¹⁰⁸⁸ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 71-72 y 107; Urcelay Alonso, J. *Cabrera. El Tigre...* op. cit., p. 225; Caridad Salvador, A. “Las guerrillas carlistas del Maestrazgo: organización y funcionamiento (1842-1844). En *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo* nº 87 (2012), p. 82 y del mismo autor: “El carlismo tras la guerra de los Siete Años: la revuelta de 1842-1844 en el Maestrazgo”. En *Investigaciones Históricas* nº 35, (2015), pp. 171 y 173 y Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols civils entre l’Ebre i el Maestrat: la formació d’un país carlista (1808-1844)*. Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2004, pp. 379-382 y 393.

autoridades esparteristas—. Entre ellos estaba José Romero (a) «*el Garrut*», un antiguo combatiente carlista indultado, que en abril de 1841 desapareció de Nules (Castellón), al seguirse contra él una causa criminal por causar diversas heridas y un homicidio en una riña tumultuaria. Empezaba a manifestarse para el gobierno de Madrid la gravedad que suponía el retorno a sus hogares de estos antiguos combatientes legitimistas, que pese a haber perdido la guerra no estaban dispuestos a rendirse¹⁰⁸⁹.

9.2.1 La Guerra del «Groc» (1842-1844)

La denominada Guerra del «*Groc*» fue la más importante de las “carlistadas” guerrilleras del periodo 1840-1845. Se inició a mediados de 1842 en diversas comarcas del Maestrazgo, fundamentalmente Los Puertos de Morella, el Bajo y el Alto Maestrazgo. Estuvo protagonizada por los ya mencionados veteranos jefes carlistas, que habían operado en el territorio maestratense durante la guerra concluida en 1840. El más destacado de ellos fue Tomás Peñarroya o *Penya-roja* (a) «*el Groc del Forcall*», natural de la villa castellonense de Forcall, sita en plena comarca montañosa de Los Puertos de Morella, veterano de la campaña anticonstitucionalista. Sirvió después en el ejército de Cabrera, que le nombró en 1839 capitán de la milicia de Voluntarios Realistas forcallana. Terminó la guerra con la graduación de comandante, debiendo exiliarse en Francia. En 1841, «*el Groc*» —el Pelirrojo— con autorización de Don Carlos, regresó a su pueblo para iniciar un nuevo levantamiento armado. El 15 de marzo, junto con los tres hombres que se le habían unido, se presentaron en Portell de Morella, donde tras exigir 240 reales al justicia del pueblo, se echaron al monte.

El 5 de julio de 1842, «*el Groc*» y su pequeña gavilla realizaron un robo en los baños de Avella (Catí); en septiembre ya contaba con unos 18 hombres. No faltaron los parientes y paisanos que protegían a esta guerrilla carlista, ofreciéndoles refugio en sus masías, víveres y todo tipo de recursos, especialmente calzado y ropa. Pero, en realidad, la implicación de estos masoveros con las partidas iba mucho más allá: también actuaban de informadores y enlaces, recogiendo los documentos que llevaban a Francia y dejando en escondrijos convenidos los que traían de vuelta¹⁰⁹⁰. Sus acciones continuaron, desarmando a los nacionales y carabineros que sorprendían en los pueblos próximos e incautando fondos pertenecientes a comerciantes y ganaderos adinerados de la zona¹⁰⁹¹.

¹⁰⁸⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 72-73; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 382 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras ...op. cit., p. 171.

¹⁰⁹⁰ Bordás Marcoval, J. *Memorias de un voluntario carlista forcallano. A. 1833-1874. La Guerra del Groc*. Forcall: Sant Carles de la Ràpita: Impressor Jordi Dassoy, 1997, p. 41.

¹⁰⁹¹ Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., pp. 167-168 y Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 382-386 y Caridad Salvador, A. “Las guerrillas carlistas...” op. cit., p. 174.

Para evitar la proliferación de grupos insurgentes y tratar de frenar en seco la protección que recibían por parte de la población civil, el capitán general del distrito, Pedro Chacón, dictó un bando fechado en Morella el 14 de octubre de 1842, exigiendo a los ayuntamientos, demás autoridades —sobre todo, justicias— y vecinos de las tres comarcas del Maestrazgo mencionadas, que cumpliesen escrupulosamente todas las disposiciones que se contemplaban en el mismo, especialmente, la obligación de organizar grupos armados de vecinos para perseguir a los guerrilleros carlistas e informar puntualmente de cualquier noticia que tuviesen sobre ellos. Se imponían severas multas a cualquier acto de ayuda a los “latro-facciosos”, pero estas sanciones solo sirvieron para demostrar la impotencia de la autoridad militar para acabar con este foco guerrillero, por lo que tendrá que acabar imponiendo un duro bloqueo sobre el territorio, a fin de intentar evitar a toda costa que obtuviesen ningún tipo de apoyo ni recursos por parte de pueblos y masías¹⁰⁹².

Pese a todo lo anterior, la actividad de las partidas pudo mantenerse gracias a su arraigo y a las indudables simpatías carlistas de aquellas comarcas desde tiempo atrás. De hecho, los grupos guerrilleros más destacados, como los encabezados por «*la Cova*», «*el Groc*» y el llamado «el Gato de Santa Olea» (originario de la localidad de Santolea, próxima a Castellote, en el Maestrazgo turolense), reunían ya a finales del verano de 1842 a más de 150 combatientes. Sus operaciones se extendían por entonces exclusivamente a las zonas descritas del Maestrazgo. En consecuencia y como medidas adicionales, se facultó a los comandantes militares para trasladar forzosamente de lugar de residencia a todos aquellos vecinos sospechosos de cualquier forma de colaboración. Con respecto a los masoveros, se les imponía la obligación de informar en caso de que se les presentasen los facciosos; caso de no hacerlo serían severamente multados, y si eran reincidentes, se clausurarían sus masías¹⁰⁹³.

A finales de octubre de 1842 comenzó a operar independientemente Vicente Ramón Ruiz, (exlugarteniente del «*Groc*»), que había conseguido reunir una partida de 25 hombres armados, la mayoría de ellos llegados hacía poco de Francia. Entre finales de octubre y comienzos de noviembre, fusilaron al alcalde de La Mata de los Olmos (Teruel), al tiempo que liberaban a los demás rehenes a cambio del pago de un rescate y la entrega de algunos suministros. Iniciaron posteriormente varias incursiones por tierras castellonenses: así, en Torre Endoménech exigieron víveres y como las raciones no se reunieron, robaron los efectos y existencias del estanco y se llevaron presa a la corporación municipal en pleno; pasaron luego a Vallibona, donde sorprendieron en la taberna a ocho soldados y a un sargento, a los que soltaron tras arrebatárles las armas y el equipo; asimismo, en Villanueva de Alcolea capturaron al alcalde (el mismo que

¹⁰⁹² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 99; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 385 y Caridad Salvador, A. “Las guerrillas carlistas...” op. cit., p. 86.

¹⁰⁹³ Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., p. 167; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 389 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., p. 179.

había detenido a Ruiz para entregarle a las autoridades, consiguiendo éste, pese a todo, fugarse), que fue fusilado inmediatamente a modo de escarmiento¹⁰⁹⁴.

Todas estas correrías alarmaron seriamente a las autoridades esparteristas, que reforzarán inmediatamente el dispositivo militar de la provincia de Castellón: así, se acuarteló un destacamento en Oropesa, la Ermita del Calvario de Torreblanca fue fortificada y se reforzó Morella con un batallón. También se creó una compañía de milicia en Cinctorres, mientras algunos pueblos pedían armas para defenderse de los guerrilleros carlistas. Además, el jefe político de Castellón publicó el 10 de noviembre de 1842 un nuevo bando dirigido a los alcaldes de Morella, San Mateo y Albocácer para que constituyesen un grupo armado de 20 celadores, especialmente preparados y conocedores de la región, destinado a vigilar los caminos y perseguir a cualquier sospechoso de colaborar con los carlistas (con la idea de que funcionasen a modo de “peseteros” o miembros de un cuerpo franco)¹⁰⁹⁵. Pero lo cierto es que todas las medidas descritas no produjeron los efectos deseados y no se pudo desarticular ninguna partida. De hecho, durante las semanas finales de 1842, la guerrilla de Tomás Peñarroya permanecerá recorriendo el término de Morella, de donde pasó a la provincia de Teruel. Entraban en las poblaciones, exigiendo víveres y dinero; asimismo, requisaban las armas de los nacionales de guarnición (por ejemplo, en Monroyo) y capturaban a los vecinos más prominentes para exigir rescate.

La siguiente acción del «*Groc*» tuvo lugar el 3 de enero de 1843, cuando al frente de 25 hombres entró en una famosa posada (denominada la venta de la Senieta), desvalijó a los huéspedes y se llevó presos a tres carabineros — apoderándose de sus armas y equipo— y al dueño de la fonda. El gobernador de Morella informaba de otras actividades insurgentes en la zona: el 6 de ese mes una partida dirigida por un antiguo jefe guerrillero carlista, conocido como Miguel alias «Troncho», retornado recientemente de Francia, había sorprendido entre Oropesa y Torreblanca a cuatro carabineros y dos nacionales de Cabanes. Cuando los conducían presos a Villafamés (Castellón) fueron atacados por fuerzas del Regimiento de infantería Galicia, que apresaron al «Troncho», y consiguieron liberar a todos los prisioneros. La tarde del 10 penetraron en Cervera del Maestre 25 hombres armados, dirigidos por «el *Groc*» y Vicente Ramón Ruiz: se produjo un combate con milicianos nacionales del pueblo, que tras un tiroteo lograron expulsar a los rebeldes. Dos días después, se hallaban en Cuevas de Vinromá, donde lograron llevarse al alcalde, armas y doce pares de esparteñas¹⁰⁹⁶.

¹⁰⁹⁴ Vicente Ramón Ruiz, veterano oficial carlista que había sido fraile, fue capturado por el alcalde de Villanueva de Alcolea tras regresar del exilio francés. Durante su conducción a la cárcel de Castellón, escapó de la vigilancia de dos nacionales que le custodiaban y se fue directo en busca del «*Groc*» para unirse a su partida. Posteriormente, acabó formando su propia guerrilla que llegó a contar con 25 hombres. Ver Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 385-386 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., pp. 176-177.

¹⁰⁹⁵ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp.385-386.

¹⁰⁹⁶ *Ibidem*, p. 387.

Mientras tanto no dejaban de llegar exiliados carlistas desde Francia, dado el auge que parecía adquirir la revuelta. La noche del 19 de enero «*la Cova*» irrumpió en Benicasim, donde requisó 1.000 raciones y se apoderó del uniforme y el armamento de un carabinero; doce días después reapareció con 14 guerrilleros armados, con los que consiguió dinero y vituallas en Benafigos, escapando al monte sin ser molestados. Sin embargo, a finales de mes se registró un revés para los legitimistas, cuando en el barranco tarraconense de La Galera fueron capturados el cabecilla Ruiz y cuatro de sus guerrilleros por soldados del Regimiento de Guadalajara y nacionales de Uldecona, que también rescataron a un oficial del ejército y a un miliciano hechos prisioneros el día antes en Santa Bárbara (Tarragona).

En vista de la escalada generalizada del conflicto, el 21 de marzo el general Zavala, que había sustituido a Pedro Chacón como capitán general de la región, ordenó que se marcasen —blanqueándolas— y numerasen todas las masías del Maestrazgo para intentar localizarlas e identificarlas mejor. Además, ocupó con sus tropas la mayor parte de los pueblos, movilizando en su apoyo a los milicianos nacionales e incluso a vecinos armados de algunas localidades. Con esta agrupación de fuerzas formó pequeños destacamentos mixtos que rastrearón la zona a la caza de guerrilleros carlistas¹⁰⁹⁷.

La labor de estos grupos contraguerrilleros comenzó a dar resultados a lo largo de los siguientes meses de 1843: en el mes de marzo capturaron al cabecilla de una gavilla y a dos miembros de la misma, que se ocultaban en una masía, conduciéndolos presos a Adzaneta del Maestrazgo. Tres días después, fueron capturados «un capellán muy conocido por sus hechos» y dos guerrilleros entre Ortells y Palanques, siendo uno de ellos José Gil (natural de Alcañiz), uno de los más destacados jefes guerrilleros de esta revuelta maestratense: se ofrecían 10.000 reales de recompensa por su cabeza. Todos ellos fueron fusilados a finales de mes, expeditivo método habitual que aplicaba el general Zavala a los resistentes que caían en su poder. También fueron fusilados el 28 de marzo el hijo de «*la Cova*», capturado unos días antes, junto a un tal García, antiguo capitán carlista¹⁰⁹⁸.

Cuando la situación para las guerrillas carlistas parecía insostenible, en junio todo cambió radicalmente: la marcha del general Zavala y, sobre todo, las revueltas generalizadas contra Espartero (que paralizaron la ofensiva antiguerrillera en el Maestrazgo), contribuyeron a desmilitarizar la zona donde se combatía. Todo ello supuso un importante respiro para los jefes de las partidas, que pudieron volver a reunir a su dispersa gente. Así, un mes después «*la Cova*» había aumentado sus fuerzas hasta los 35 hombres, gracias a la repentina falta de tropas enemigas para perseguirle —motivada por la coyuntura política descrita—. A todo ello vino a sumarse el levantamiento del estado de sitio decretado el 11 de septiembre: fue una circunstancia muy favorable para los

¹⁰⁹⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 107-108; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 388 y Caridad Salvador, A. "El carlismo tras ...op. cit., p. 178.

¹⁰⁹⁸ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 388.

guerrilleros, ya que muchos de los que se habían acogido al indulto retomaron las armas y se recrudeció la actividad de las partidas¹⁰⁹⁹.

Consecuentemente, la revuelta carlista se recrudeció hasta llegar a tener más de 300 hombres sobre las armas, dirigidos por veteranos jefes como los ya citados «*el Groc*», «*la Cova*», «el Gato de Santa Olea» y Felipe Ferrer, alias «*Tarranquet*». Éstos pudieron ampliar el radio de sus actuaciones a todo el Maestrazgo, así como a zonas limítrofes de Aragón y Cataluña. El estado de los pueblos se hacía cada vez más alarmante para las autoridades liberales y la audacia de los guerrilleros era cada vez mayor: buena muestra de ello fue la incursión que hizo «*la Cova*» por el Alto Mijares castellonense, que le permitió entrar el 13 de octubre en Castillo de Villamalefa, al frente de 80 combatientes. De allí se llevó presos a un regidor y a otro particular adinerado, requisando fondos e incorporando a cuatro carlistas indultados. Luego fue a Ludiente, donde confiscó 200 duros y la pólvora que tenían almacenada los vecinos para las fiestas. Además, apresó a los mayores contribuyentes e intentó reclutar a los indultados, pero estos huyeron al monte para evitarlo¹¹⁰⁰.

A estas alturas de la guerra estaba claro que las guerrillas carlistas comenzaban a adquirir un cierto grado de organización, lo que llevó a las autoridades liberales a considerar totalmente necesaria la ocupación militar del territorio, que no se pudo verificar entonces por falta de tropas. En ese mismo sentido se pronunciaba el capitán general de Valencia, que reconocía además el creciente proceso de proliferación de las partidas rebeldes, atribuyéndolo a la incorporación a las mismas de bastantes excombatientes recientemente indultados. A partir de entonces, «*el Groc*» comenzó a reforzar su partida que a finales de 1843 contaba ya con más de medio centenar de guerrilleros: además, se le acababan de incorporar quince antiguos miembros del grupo de Martell (once a pie y cuatro a caballo, éstos últimos exoficiales carlistas), liderados ahora por Francesc María Fort (a) «Frasquito», que venían actuando por la zonas limítrofes del Maestrazgo con Cataluña, especialmente Alcanar y la sierra del Montsiá, en la provincia de Tarragona. Inmediatamente, comenzaron a ser perseguidos sin descanso por tropas y “peseteros” de la región¹¹⁰¹.

Por otra parte, la presencia de estas partidas carlistas maestrateses era cada vez más importante en Aragón: hasta entonces las únicas poblaciones aragonesas amenazadas eran las turolenses, limítrofes con la provincia de Castellón. Pero el 7 de noviembre de 1843 se reunieron en las ruinas del castillo de los Ares (Sierra de Albarracín), unos 200 guerrilleros que pensaban atacar la Iglesuela del Cid, y después continuar incursionando por Mosqueruela y La Cuba, siempre en la provincia de Teruel, con la intención fundamental de conseguir armamento¹¹⁰².

¹⁰⁹⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 108 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., pp. 179.

¹¹⁰⁰ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 389-390 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., p. 179.

¹¹⁰¹ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 389.

¹¹⁰² *Ibidem*, pp. 390-391 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., p. 180.

Mientras tanto, la partida del «*Groc*» seguía desarmando a los destacamentos de nacionales de algunos pueblos, como su localidad natal, Forcall, o Canet lo Roig (Castellón). Con estas armas equipó a varios mozos que se alistaron como voluntarios. Su acción más sonada fue el 13 de noviembre, cuando al frente de 10 hombres entró en El Forcall e hizo fusilar al alcalde, Tomas Buch. El vecindario, lejos de impedirselo, se sumó a los carlistas para destrozar la lápida dedicada a la Constitución y parte de las fortificaciones de la localidad. Posteriormente, gracias a la indiferencia de los pueblos de la comarca, Peñarroya entró en muchos de ellos, requisó caudales públicos y reclutó voluntarios.

Ante estas continuas correrías guerrilleras, algunos mandos militares propusieron castigos adicionales e indiscriminados contra municipios enteros, pero el jefe político de Castellón se negó, argumentando que podían poner en su contra a muchos pueblos que, si bien no ayudaban a las tropas de la Reina, tampoco terminaban por inclinarse decididamente por la causa carlista. En vez de lo propuesto, el gobierno retiró los destacamentos de las masías aisladas y pequeñas aldeas, concentrando los efectivos en las localidades más grandes e importantes (entre ellas Forcall), procediendo además a su fortificación. De este modo, se establecieron puestos fortificados en 30 pueblos del Maestrazgo y se ordenó fusilar sobre el terreno a cuantos “bandoleros” fuesen capturados en el campo o en combate, aunque no se eliminaba totalmente la posibilidad de acogerse a indulto. La creación de estos núcleos vigilados impidió a las partidas entrar en las poblaciones protegidas, pero como muchas otras seguían desguarnecidas, continuaron pasando por ellas a voluntad. Para intentar evitarlo, el mando militar de las fuerzas del Maestrazgo, Manuel González, hizo responsable a la población civil de la zona, convencido de que proporcionaba refugio a los carlistas o colaboraba directamente con ellos¹¹⁰³.

Tras varios meses inactivo, «*la Cova*» volvió a la acción por tierras castellonenses al frente de una partida de 53 miembros, en la que se había integrado el conocido cabecilla Marsal. El 9 de enero de 1844 combatieron con algunos nacionales de Cáliz, pero se retiraron cuando llegaron refuerzos enemigos. Además, se llevaron prisionero al teniente de cuerpos francos Francisco Roure al que (según una vieja tradición militar carlista, continuaban teniendo especial inquina y no solían conceder cuartel a estos mercenarios “peseteros”, como se ha subrayado ya en esta tesis), maltrataron y ahorcaron de una carrasca, en represalia por haber participado en la captura y ejecución de Vicente Perciva, coronel carlista en la guerra anterior. Posteriormente, la guerrilla de «*la Cova*», que contaba ya con unos 100 combatientes, se atrevió a perseguir a un pequeño destacamento del ejército durante hora y media, salvándose esta fuerza militar al llegar al pueblo de Bójar, donde había una guarnición. Tras estas correrías, el jefe guerrillero valenciano —que había incrementado su partida hasta la respetable cifra de 150 hombres—, desarmó a los soldados del destacamento de Rosell y se quedó a la espera de refuerzos que debían venir

¹¹⁰³ Este párrafo y el anterior, tomado de Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 391-392; Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., p. 168 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., p. 181.

de Francia. En consecuencia, el 27 de enero llegó a haber en dicha población 200 carlistas armados, contando algunos oficiales recién llegados del exilio. Esta verdadera demostración de poder animó al «Serrador» a salir de su refugio en Benasal y ponerse al mando de toda esta fuerza guerrillera¹¹⁰⁴.

Por estas fechas, la Guerra del «Groc» llevaba ya año y medio en marcha y aunque no constituía una amenaza importante para el régimen isabelino, cada vez mostraba signos más preocupantes por la fortaleza creciente que exhibían las guerrillas carlistas. Para intentar frenar esta situación, el 1 de febrero de 1844 fue nombrado capitán general de Valencia el brigadier Juan Villalonga, asumiendo el mando directo operativo sobre todas las tropas del Maestrazgo: se inició así lo que Sauch Cruz denomina «la campaña de 120 días de Villalonga»¹¹⁰⁵.

Para llevarla a cabo contó con cuatro compañías del provincial de Cuenca y los batallones de los provinciales de Valladolid, Teruel, Castellón y Albacete. Estas fuerzas sumaban en total unos 1.680 hombres, a los que se agregaron otros 320 más del provincial de Murcia. Dispuesto a cumplir su misión a rajatabla, comenzó fusilando a dos guerrilleros carlistas capturados en Albocácer (Castellón) y haciendo detener a la hija de Vicente Barreda y a la mujer de José Miralles, nuevo comandante general carlista del Maestrazgo¹¹⁰⁶. Junto a estas actuaciones inflexibles, Villanueva también anunció la concesión de una última oportunidad de indulto a los que abandonasen las armas voluntariamente, dando de plazo hasta el 13 de abril; pasada esta fecha, sería fusilado todo individuo que perteneciese a las partidas insurgentes. Sin embargo, tuvo un serio contratiempo cuando a finales de enero se inició la rebelión progresista de Alicante y Cartagena, que duró un par de meses y le obligó a enviar parte de sus tropas para combatirla. Así, perdió a 400 hombres para columnas y 800 para

¹¹⁰⁴ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 135-136; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 393-394 y Caridad Salvador, A. "El carlismo tras..." op. cit., pp. 181-182.

¹¹⁰⁵ Durante el tiempo que Villalonga permaneció como comandante en jefe, comenzó imponiendo una férrea disciplina a sus tropas y ejecutó un plan de medidas drásticas con el único objetivo de liquidar la guerra cuanto antes, procediendo a la eliminación física inmediata de cuanto carlista cayese en sus manos. Esto provocó la fulminante respuesta de los carlistas, que emplearon idénticos sistemas con sus prisioneros enemigos, entrándose así en una creciente espiral de represalias. Además, el mando militar isabelino promovió la detención de familiares de los principales líderes carlistas, a los que se embargaban los bienes. Para una amplia descripción de la «campaña exterminadora» dirigida por Villanueva, ver Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 392-404. También Ferrer describe los preparativos de este duro dispositivo contraguerrillero y los métodos expeditivos de Villalonga, causantes de las inmediatas represalias carlistas. El historiador tradicionalista recalca que el capitán general comandaba personalmente a las tropas que actuaban en los "puntos calientes" de la insurrección, acudiendo al frente de las columnas volantes a todas partes donde era necesario. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 136.

¹¹⁰⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 135; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 394 y Caridad Salvador, A. "El carlismo tras..." op. cit., p. 182.

destacamentos, lo que le impedía cubrir todo el territorio, permitiendo, además, a los carlistas operar más libremente y seguir fortaleciéndose¹¹⁰⁷.

Mientras tanto, continuaron las intensas batidas realizadas por columnas volantes isabelinas, especialmente en enclaves dominados por las guerrillas carlistas, que pese a ello no cesaron sus operaciones: el 2 de febrero los grupos del «*Groc*» y de «*la Cova*» requisaron algunos fusiles en Mosqueruela (Teruel), siendo dispersados poco después por fuerzas enemigas. Pero las fuerzas gubernamentales no consiguieron impedir el crecimiento de la facción, ni que continuasen las correrías de Peñarroya, que el 9 del mismo mes se apoderó de vestuario diverso en Todolella, y cuatro días más tarde varios de sus hombres recorrieron Vistabella del Maestrazgo, Sierra Engarcerán y Torreblanca (todas ellas poblaciones en la provincia de Castellón), así como La Cenja, provincia de Tarragona, requisando raciones y llevándose además algunos rehenes. Marsal, al frente de una partida de 30 o 40 hombres, fue perseguido por la columna del capitán Orozco, que pese a no poder alcanzarlos, logró liberar al alcalde de Torreblanca por el que Marsal exigía 1.000 duros.

A los mencionados jefes guerrilleros, deben añadirse otros muchos que operaban por la zona al frente de pequeñas gavillas. Entre ellos cabe mencionar a *Jaume* (a) «*Cotorro*», muerto a tiros y cuyo grupo fue batido y dispersado por una de las mencionadas columnas móviles en el barranco de Mangraners (Castellón); también a Manuel Cortés, alias «*Flamenco*», que el 1 de marzo fue abatido de un balazo cerca de la turolense Castellote, mientras intentaba escapar de una cueva donde había sido cercado por tropas de la reina. Por fortuna para los carlistas, las tropas gubernamentales que les perseguían eran escasas (pues todavía estaba en plena ebullición la mencionada rebelión republicana en Alicante y Cartagena), donde combatían ya varias de sus unidades¹¹⁰⁸.

Además, según se quejaba el propio Villalonga, la cooperación de las autoridades aragonesas era casi inexistente, pese a que allí se encontraban desplegadas columnas móviles de unos 400 efectivos, permitiendo a las guerrillas refugiarse en dicha zona cuando se encontraban acosadas. A esto hay que sumar las simpatías con que contaban entre una parte significativa de la población del Maestrazgo, provocando la reacción de dicho capitán general; el 4 de marzo emitió un bando en el que advertía a todos los militares bajo sus órdenes, sospechosos de colaborar de cualquier forma con los facciosos, que serían pasados por las armas; también comenzó a castigar a eclesiásticos, concejales y particulares que prestasen algún tipo de ayuda a los carlistas, incumpliesen los bandos vigentes o promoviesen la discordia entre los pueblos. Todo ello no tardó en ejecutarse inmediatamente y de la forma expeditiva habitual en este jefe militar isabelino, pues un día después fue fusilado en Benasal (Castellón) un cabo del provisional de Cuenca por intentar unirse a los rebeldes e inducir a varios compañeros para que también lo hicieran. Dos

¹¹⁰⁷ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 135 y Caridad Salvador, A. "El carlismo tras..." op. cit., p. 182.

¹¹⁰⁸ Para este párrafo y el anterior, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 137; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 395 y Caridad Salvador, A. "El carlismo tras..." op. cit., p. 183.

semanas más tarde, ordenó ejecutar en Villahermosa, también en provincia de Castellón, a otro cabo y a un soldado que trataban de desertar. De este modo, Villalonga restablecía inflexiblemente la disciplina entre sus tropas¹¹⁰⁹.

Sin embargo, todas las medidas draconianas enumeradas anteriormente eran insuficientes para liquidar la guerra, mientras las tropas de la reina no recibiesen los necesarios refuerzos. En consecuencia, el mes de marzo de 1844 registró la actuación impune de varias guerrillas, algunas de escasa envergadura, que operaban separadamente en diversos puntos del Maestrazgo (fundamentalmente, el norte castellonense y zonas montañosas del sureste de Teruel). Es el caso de la gavilla liderada por el ya mencionado *Jaume* alias «*Cotorro*», que, tras algunas correrías, fue sin embargo perseguida el día 11 por la guarnición de Rosell hasta el barranco de Mangraners, donde consiguió escapar a costa de abandonar diverso material, que fue incautado por el enemigo. Pero también operaban partidas mayores como la del «*Serrador*», que combatió el 15 de ese mes con tropas enemigas cerca de Adzaneta, dispersándose después para así evitar ser perseguidos.

Uno de los jefes de partida maestratenses que actuó por tierras aragonesas (concretamente turolenses) fue «*el Groc*»: a comienzos de marzo, su grupo requisó los fusiles de los milicianos nacionales de Mosqueruela, aprovechando luego para reclutar allí varios voluntarios. Además, el 18 de ese mes sostuvo un duro combate contra las columnas móviles dirigidas por el propio Villalonga en Villafranca del Campo, en el que los guerrilleros sufrieron un muerto y cuatro heridos; los ocho prisioneros carlistas fueron fusilados sobre el terreno, conforme a los brutales métodos habituales del mencionado brigadier. Por otro lado, Marsal respondió inmediatamente ejecutando también a un teniente enemigo preso. Mientras tanto, la unidad dirigida por «*el Serrador*» continuaba operando en la provincia de Castellón, entre Culla y Adzaneta, sosteniendo diversos combates con tropas isabelinas. Igualmente lo hacía Marsal al frente de 35 hombres, incursionado por las cercanías de Catí y que en Chodos fusiló al alcalde y al síndico de la localidad¹¹¹⁰.

Por otra parte, en las comarcas catalanas de las Tierras del Ebro se inició por entonces la actividad de pequeñas partidas, forzadas a llevar una vida errante y en constante huida, que al ser acorraladas cruzaban el Ebro para refugiarse junto a sus camaradas del vecino Maestrazgo. Buscaban la cobertura de cabecillas como el ya mencionado Isidro Teixidó, alias «*Barbut de Vinebre*», célebre jefe *trabucaire*: a finales de marzo fue sorprendido por las escuadras de Riudoms (Tarragona), cuando operaba en unión de otro capitoste *trabucaire* ya

¹¹⁰⁹ Pirala, A. *Historia Contemporánea. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de don Alfonso XII*. Madrid: Publicada por Felipe González Rojas, 1892-1906, vol. 1, p. 174; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 395-396 y Caridad Salvador, A. "El carlismo tras..." op. cit., pp. 183-184.

¹¹¹⁰ Para este párrafo y el anterior, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 135-136; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 396-397 y Caridad Salvador, A. "El carlismo tras..." op. cit., p.184.

conocido, Juan Bautista Somadelles (a) «Quiselis», resultando ambos abatidos a tiros por los miembros de este grupo armado¹¹¹¹.

Durante el mes de abril la actividad principal de las guerrillas carlistas siguió centrándose en las poblaciones limítrofes entre las comarcas del Alto Maestrazgo y Los Puertos de Morella con las de Aragón. De hecho, el día 13 se produjo entre La Iglesuela y El Portell el combate más importante de esta guerra: un choque entre las partidas reunidas del Maestrazgo (totalizando 230 guerrilleros a pie y 13 a caballo) y dos columnas volantes isabelinas, que sumaban 196 soldados. El encuentro terminó con la muerte de once carlistas (incluyendo a los cabecillas Viscarro y *Jaume* (a) «*Cotorro*»), además de 33 heridos, entre ellos, al parecer, los jefes «*el Groc*» y «*la Cova*», ambos de cierta gravedad. Por su parte, las tropas gubernamentales sufrieron tres muertos, entre ellos el coronel Sulikowski que las mandaba, y cinco heridos. Tras este revés, los partidos legitimistas se dispersaron en pequeños grupos —en general, de entre tres y seis hombres—, abandonando numerosos efectos de guerra y se refugiaron en los bosques y barrancos cercanos¹¹¹².

El día 17 de abril una cuarta columna móvil, que acababa de formarse, dispersaba a los restos de la guerrilla del recientemente finado «*Cotorro*» (constituida por unos 12 hombres, la mitad de los que venían actuando con él las últimas semanas), mientras que la tarde del 25, la segunda columna de operaciones del Regimiento de Gerona topó en el bosque de Guardia con otra partida que fue rápidamente puesta en fuga. Pero estos éxitos no eran suficientes para liquidar el movimiento insurgente carlista, haciendo necesaria la adopción de medidas adicionales por parte de las autoridades militares. Por ello, el 27 de abril de 1844, el general Villalonga ordenó establecer una línea de bloqueo, que confinaba la mayor parte del territorio donde operaban los insurgentes¹¹¹³. Además, se decretó la clausura de todas las ermitas, masías y demás edificios situados en el campo dentro de la zona delimitada, prohibiéndose el tránsito de personas y el comercio de mercaderías de todo tipo. El férreo control de esta rígida medida extrema corrió a cargo de rondas móviles de destacamentos del ejército isabelino, que vigilaba también intensamente caminos y carreteras¹¹¹⁴.

Durante el mes de mayo, la tercera columna volante gubernamental logró alcanzar en Cuevas de Vinromá (Castellón) a Marsal y a los restos de su

¹¹¹¹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 87; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 396-397.

¹¹¹² Pese a que fuentes hemerográficas esparteristas afirmaban que el cabecilla Viscarro había muerto en este combate, sin embargo esto es desmentido por otras fuentes. Ver Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 397 y Caridad Salvador, A. «El carlismo tras...» op. cit., p. 185.

¹¹¹³ Afectaba a «todo el territorio contenido dentro del círculo que forma la línea (sic) que conduce desde Oropesa a Cabanes, Benlloch, Sierra de Engarcerán, Albocacer, Villar de Canes, Benasal, Villafranca, Castellfort, Forcall, Morella, Bójar, Fredes, mojón trifineo de Valencia, Aragón y Cataluña, camino que desde aquí lleva a Pauls, Mas de Barberans, Cenia, Rosell, Traiguera, S. Jorge, Calig, Benicarló, Peñíscola, y la costa marítima hasta Oropesa». Ver A.C.M., R-2, Legajo 62, carp. 64, doc. 16, p. 13.

¹¹¹⁴ Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 397-398 y Caridad Salvador, A. «El carlismo tras...» op. cit., p. 185.

guerrilla, causándoles un muerto y tres heridos que lograron escapar, no obstante. Además, se les capturó cinco caballos, tres sables, varias mantas y víveres. También se hizo preso a un guerrillero, que fue fusilado inmediatamente. Por esas fechas —y después de cuatro meses de intensa campaña sin haber logrado grandes avances en la eliminación de las guerrillas carlistas—, Villalonga puso en marcha la segunda parte de su plan, consistente en movilizar a la población de la zona en contra de las fuerzas insurgentes, además de castigar más duramente a los que colaborasen de cualquier forma con ellas. En consecuencia, el 3 de mayo fueron fusilados en La Salsadella (en el Bajo Maestrazgo) tres paisanos vecinos de la misma, acusados de llevar víveres a la partida de Marsal, infligiendo poco después el mismo castigo sumarísimo a un habitante de Benasal, localidad del Alto Maestrazgo. Además, el jefe liberal emitió un bando obligando a todos los habitantes varones de la región bajo su mando, que tuviesen entre 15 y 50 años, a formar parte de los grupos de paisanos movilizados, excepto eclesiásticos y familiares de los guerrilleros¹¹¹⁵. De este modo pudo reunir en poco tiempo entre 15.000 y 20.000 paisanos, que apoyados por destacamentos del ejército, iniciaron el 11 de mayo cuatro grandes batidas contra los rebeldes¹¹¹⁶.

Todas estas medidas comenzaron a dar un resultado inmediato, por lo que la segunda quincena del mes de mayo será desastrosa para los combatientes carlistas, que irán siendo liquidados poco a poco por las fuerzas enemigas. Así, una columna mixta, compuesta por paisanos movilizados de Useras, en combinación con el destacamento militar de Adzaneta y milicianos nacionales de Lucena y Costur (todas ellas localidades de la provincia de Castellón), dispersó a una partida de 16 hombres, logrando matar a seis de ellos. El 13 de mayo, soldados del provincial de Lérida disfrazados de paisanos, sorprendieron en el escondite que la guerrilla de «*la Cova*» tenía en la masía de Paterá (Mosqueruela), a Joaquín Miralles, comandante carlista y lugarteniente del citado jefe guerrillero, así como al capitán legitimista Francisco Torres, a los que fusilaron inmediatamente. Al día siguiente, Vicente Barreda fue alcanzado por algunos paisanos y soldados mientras huía en solitario cerca de la castellanense Vistabella: aunque el jefe guerrillero carlista se defendió con valor, atacado por numerosos enemigos, fue finalmente atravesado por la espada de un teniente isabelino, muriendo en el acto. Otro cabecilla en apuros era el ya mencionado Felipe Ferrer, alias «*Tarranquet*» —cuya partida fue batida por fuerzas destacadas desde La Mata de Morella, que mataron a tres de sus

¹¹¹⁵ Villalonga pretendía con esta medida el establecimiento de milicias locales en el Maestrazgo a imagen y semejanza del *sometent* catalán. Los movilizados debían presentarse en la plaza mayor de sus respectivas poblaciones, armados con lo que tuviesen a mano (aunque se tratara solamente de simples bastones, palos o las herramientas propias de su oficio: hachas, guadañas, hoces, picos, azadas, horcas, mayales, etc.). Acompañando a las columnas volantes del ejército regular, habían de controlar el área de influencia de sus localidades de origen, inspeccionando todos aquellos lugares propicios para el refugio y escondite de los guerrilleros carlistas, especialmente cuevas, quebradas y barrancos. En el bando se especificaban también las recompensas por capturar algún guerrillero, que podían ser cifras astronómicas —4.000 r.b.—, caso de tratarse de los jefes «*el Groc*», «*la Cova*» o Marsal. Ver A.C.M., Legajo 62, carp. 64, doc. 24, p. 3.

¹¹¹⁶ Piralá, A. *Historia Contemporánea. Segunda...* vol. 1, op. cit., p. 175.

miembros, interviniéndoles todo el armamento que portaban—, que murió poco después a manos de soldados de una compañía de cazadores procedentes de Todolella.

Un destino similar esperaba el 16 de mayo al célebre José Miralles Marín, (a) «el Serrador», y a su sobrino Ramón Miralles, conocido como «Bocanegra»: perseguidos por soldados del provincial de Cuenca, el caudillo carlista fue finalmente alcanzado, herido y rematado a tiros; la misma suerte corrió Ramón. Seguidamente, los dos cadáveres fueron conducidos a Benasal, junto con el de Vicente Barreda, alias «la Cova», quedando expuestos allí durante un tiempo. Este tipo de batidas de exterminio continuaron a lo largo de varios días más, con unas guerrillas carlistas ya en franco retroceso. Poco después fueron capturados y fusilados varios guerrilleros que todavía vagaban por las montañas, intentando ocultarse. También por entonces, el destacamento de Fredes (Bajo Maestrazgo castellanense), batió a una pequeña gavilla, matando a dos de sus miembros e hiriendo a otros tres. De mayor trascendencia fue el golpe que asestaron la guarnición militar y los nacionales de Morella a una partida carlista el 20 de mayo, al capturar en una batida a trece guerrilleros, entre los que se encontraban cinco exoficiales del ejército carlista de Cabrera (un capitán y cuatro tenientes recién regresados desde Francia). Finalmente, una compañía de granaderos dispersó a finales de ese mes a los restos de la partida del «*Groc del Forcall*»¹¹¹⁷.

Tras quince días de intensa actividad militar (redoblada exitosamente por la movilización popular forzada por el bando sobre los “somatenes” maestratenses), casi todas las partidas carlistas podían considerarse eliminadas o en proceso de disolución. El 22 de mayo Villalonga podía hacer un balance positivo de su estrategia: las fuentes oficiales contabilizaban 172 bajas enemigas desde que el general isabelino asumiera el mando en febrero; de ellas, 52 habían muerto en combate, 84 fusilados sumárisimamente y 36 se acogieron a indulto. Entre los últimos guerrilleros muertos se contaban los jefes Tacó, Martínez (lugarteniente de «*Cotorro*»), Pitarch (a) «Urbano» y «el Gato de Santa Olea», así como otros 17 jefes, oficiales y suboficiales carlistas —un comandante, 6 capitanes, 9 tenientes y 1 subteniente—. Además, se habían incautado más de 60 armas a las partidas legitimistas, sin contar las localizadas por las fuerzas isabelinas en los refugios guerrilleros¹¹¹⁸.

Sin embargo, pese a todo lo anterior y por increíble que pueda parecer, aún quedaban grupos dispersos de resistentes carlistas a ultranza, que iban siendo “cazados” (o fusilados sobre el terreno, si se prefiere) a medida que caían en manos de las fuerzas enemigas. A lo largo de los últimos días de mayo de 1844, las columnas mixtas de ejército, nacionales y “somatenes” de Benasal,

¹¹¹⁷ Según Sauch, estos cuatro oficiales carlistas capturados eran sólo una parte de los catorce mandos legitimistas emigrados al país galo, que habían regresado al Maestrazgo durante el mes de mayo de 1844, bajo el mando del comandante José Salas. Ver Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 399-400. También aluden a estos mandos carlistas Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p.137 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...op. cit., pp. 186-187, que proporcionan la información para este párrafo y el anterior.

¹¹¹⁸ En Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 137-138 y Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...op. cit., p. 187.

Vallibona, Castellote, San Mateo, Chert y Alcalá de Chivert capturaron y fusilaron a once guerrilleros carlistas (entre ellos al capitán carlista Pantaleón Pons, detenido y ejecutado el 26 de mayo). Una de las pocas partidas que subsistía aún era la de Marsal, quien en unión de los últimos tres subordinados que le quedaban, tuvieron que ocultarse en las montañas cercanas a Alcalá de Chivert, situadas en el Bajo Maestrazgo castellonense. De poco le valdría, pues denunciado a Villalonga por delatores carlistas a sueldo, acabaría fusilado poco después. Tras su muerte, el único jefe guerrillero en activo era «*el Groc del Forcall*», que a finales de mes se encontraba en el Bajo Aragón. Acosado por los “somatenes” de la zona, se refugió en su localidad natal, abandonándole durante la huida los ocho hombres que le quedaban. Encerrado a solas en una cueva inaccesible donde almacenaba armas y víveres, el 19 de junio resultará, no obstante, capturado y muerto. La operación fue el resultado de un plan en el que estaban compinchados algunos de los masoveros y antiguos colaboradores de Peñarroya, cuyo cadáver quedó abandonado en la plaza del pueblo¹¹¹⁹.

Pero en realidad, tal como advierte Sauch Cruz, estrictamente hablando, Tomás Peñarroya, alias «*el Groc del Forcall*», no fue el último guerrillero carlista operativo en ser eliminado: la tarde del 24 de junio de 1844 resultaron muertos en Vinebre (localidad de la Ribera del Ebro tarraconense), dos de los hombres de la partida de Isidro Teixidó, (a) «*Barbut de Vinebre*»: el «Quinto de la Torre del Español, y el de la Bisbal»¹¹²⁰. Continúa esta historiadora precisando que el 26 de ese mes fue pasado por las armas Juan Bautista Viscarro, que había sido capturado a principios de junio. Esta sería la última información registrada sobre la Guerra del *Groc*, también conocida como el levantamiento de «los *Desairats*» —menospreciados, olvidados o humillados en lengua vernácula catalana-valenciana—. Lo cierto es que tuvo una duración extraordinaria, teniendo en cuenta, sobre todo, las durísimas y excepcionales medidas militares tomadas, así como las severas penas impuestas por el general Villalonga, más draconianas incluso que las dictadas por el gobierno cristino durante la Primera Guerra Carlista, siempre en opinión de Sauch¹¹²¹.

Finalizaba así una revuelta que había durado cerca de dos años y en la que, solamente en sus últimos cinco meses, habían muerto 174 guerrilleros carlistas: 54 en combate y 120 más fusilados tras ser hechos prisioneros. Entre estas bajas, sobresalen importantes jefes militares de la Guerra de los Siete Años. La Guerra del «*Groc*» (1842-1844) tuvo una destacada relevancia militar, especialmente si se tiene en cuenta el escaso número de guerrilleros que lograron movilizar los sublevados, siempre en un área muy reducida, y la precariedad de medios materiales con que contaron —sobre todo en lo que respecta al armamento—, y la tuvo por una serie de razones: en primer lugar, por su larga e ininterrumpida duración, mayor que todas las demás “carlistadas”. Esto fue posible por la errática estrategia liberal (que desatendió en dos

¹¹¹⁹ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 138-139; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 402-403 y también Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., pp. 187-189.

¹¹²⁰ En Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., p. 403-404.

¹¹²¹ *Ibidem*, p. 404.

ocasiones y por disputas internas el frente del Maestrazgo y zonas limítrofes), permitiendo así la consolidación del movimiento guerrillero carlista. Segundo, y fundamentalmente, por el fuerte apoyo y colaboración activa que los insurgentes encontraron entre amplios sectores de la población civil autóctona, que les permitió abastecerse más fácilmente, así como eludir frecuentemente la persecución enemiga. Finalmente, también es necesario tener en cuenta el importante factor geográfico de la zona, de carácter montañoso, muy propicio para la guerra de guerrillas practicada por los veteranos combatientes carlistas, naturales de esa región.

Por otro lado, parece haber acuerdo entre la historiografía especializada en que la revuelta se debió, fundamentalmente, a una serie de iniciativas espontáneas de antiguos jefes carlistas (señeramente, Tomás Peñarroya, alias «*el Groc del Forcall*», epónimo de la guerra), que no se habían adaptado a la vida civil, o bien se vieron forzados a echarse al monte para intentar huir así de las represalias o de acciones judiciales arbitrarias a causa de la Primera Guerra Carlista. A estos veteranos mandos militares les siguieron viejos camaradas y subordinados, a los que se sumaron indultados y exiliados procedentes de las filas carlistas, compañeros de armas del conflicto bélico terminado hacía poco, y que se encontraban en dificultades parecidas a las de los jefes de las partidas¹¹²².

9.3 La posguerra en el resto de España

Al igual que sucede con los casos analizados de Cataluña y el Maestrazgo, también en las demás zonas de España donde hubo “carlistadas” (especialmente en La Mancha), será muy difícil establecer claramente cuales eran guerrilleros carlistas —reducidos todos a la categoría de bandas “latrofaciosas” por las autoridades liberales—, y quienes constituían simples cuadrillas de bandoleros, contrabandistas y demás elementos criminales. Ferrer reconoce sin ambages la existencia, ya durante la guerra recién concluida, de cuadrillas de bandidos que adoptaban la cobertura o tapadera de guerrillas legitimistas para lograr así impunidad para sus fechorías, lo cual fue denunciado

¹¹²² Para profundizar en la Guerra del *Groc* (sin duda, la más importante de las “carlistadas” guerrilleras), pueden consultarse Pirala, A. *Historia Contemporánea. Segunda...* op. cit., vol. 1, pp. 170-177 y vol. 3, pp. 38-39; Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 99, 107-109, 134-139; Bordás Marcoval, J. *Memorias de un...* op. cit.; Sauch Cruz, N. *Guerrillers i bàndols...* op. cit., pp. 379-404; Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., pp. 167-169, y del mismo autor: *Cabrera. El Tigre...* op. cit., pp. 225-226; Caridad Salvador, A. “El carlismo tras...” op. cit., pp. 169-192, autor también de “Las guerrillas carlistas...” op. cit., pp. 80-95. Además, existen fuentes primarias (fundamentalmente, bandos y proclamas de altos mandos militares liberales, junto con diarios de operaciones, partes de incidencias y diversas referencias a la actividad de partidas y mención de guerrilleros destacados, así como medidas contraguerrilleras) en el A.C.M. Por ejemplo: R-2, legajo 62, carp. 64, y en el mismo legajo, docs. 4, 6, 16, etc. También se pueden consultar antecedentes y fragmentos de los historiales, tanto del comandante Tomás Peñarroya, oficial ilimitado y veterano de la Guerra Realista, como del también antiguo combatiente de esta misma campaña, brigadier Vicente Barreda, en Caridad Salvador, A. *Cabrera y compañía...* op. cit., pp. 596, 600, 604 y 605 (para el primero) y pp. 19, 276, 401, 595, 599, 602, 604 y 605 (para información sobre Barreda).

por los propios comandantes militares realistas. No obstante, el autor tradicionalista niega tajantemente que todas las partidas carlistas de la posguerra fuesen simples facinerosos: la gran mayoría eran veteranos de la Guerra de los Siete Años, que se negaron a emigrar; hombres de acción, hechos a la dura vida de campaña y dispuestos a morir combatiendo, pero en modo alguno meros delincuentes, como pretendían sus enemigos. Además, como recuerda Ferrer, se trató de una violencia política estructural, sostenida en el tiempo. De hecho, el periodo de actuación de estos guerrilleros excedió con mucho al de la posguerra definida en este trabajo, pudiendo rastrearse su existencia hasta después de la segunda guerra civil legitimista, concretamente hasta la revuelta carlista de 1855¹¹²³.

Según Manuela Asensio Rubio, en La Mancha no fue extraño que algunos indultados carlistas empuñasen de nuevo las armas poco después de finalizada la guerra en defensa de sus ideales. A ellos deben sumarse una minoría irreductible que no las había depuesto jamás y continuó combatiendo (especialmente en la zona más abrupta de los Montes de Toledo). Además, esta autora destaca a una nueva guerrilla surgida a finales de 1840 en la zona del Campo de Montiel y la comarca de la Sierra de Alcaraz de Ciudad Real: estaba dirigida por “Los Chulos” de Montiel, cuyo jefe era Matías Nieva, acogido a indulto al acabar la guerra. Su *modus operandi* se centraba en la captura de personas pudientes afines al gobierno esparterista, por cuya liberación cobraban elevados rescates, obteniendo así recursos monetarios para proseguir la lucha y su propia subsistencia. También cabe citar a una pequeña partida que reanudó sus correrías cerca de Fuente del Fresno (Ciudad Real) el 6 de mayo de 1841; se trataba de antiguos componentes de la guerrilla del destacado jefe carlista Juan Vicente Rugeros (a) «Palillos»¹¹²⁴.

En cuanto a Castilla, Ferrer afirma que fue común durante mucho tiempo que las fuentes oficiales trataran de banda latrofaciosa a la contrastada y bien conocida partida carlista de “Los Hierros”, que operó ya durante la Guerra de los Siete Años por la provincia de Burgos. Desde entonces, esta guerrilla castellana la lideraba Francisco Hierro Rojo, secundado por su hermano pequeño Mariano, conocido como «el Mellado» (célebre por combatir con un enorme y pesadísimo sable de caballería, que blandía con gran fuerza y pericia), ambos naturales de la villa palentina de Melgar de Yuso¹¹²⁵.

¹¹²³ Ferrer proporciona abundante información de las providencias tomadas por jefes militares carlistas en su empeño por desenmascarar a estos impostores y hacer justicia, en muchos casos sumamente expeditiva: ver, por ejemplo, las enérgicas medidas adoptadas contra las cuadrillas de facinerosos manchegos (e incluso contra las desviaciones delictivas de algunas guerrillas) por parte del general Basilio Antonio García y Velasco, durante su segunda expedición por La Mancha y Andalucía. En Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., XIV, pp. 132-133; para el resto de la información, ver tomo XVIII, 74-75 de la citada obra.

¹¹²⁴ Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 91-92.

¹¹²⁵ Sobre la partida burgalesa de “los Hierros”, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 74 y Codón Fernández, J.M. “En el centenario de Nicolás Hierro. Biografía de Ángel Casimiro Villalaín, general carlista burgalés aliado de Hierro”. En *Boletín de la Institución Fernán González*, 2º sem. 1971, Año [50], n. 177, p. 807-812. En relación con la actividad de esta veterana y curtida partida de “los Hierros”, José Antonio Gallego sostiene que durante este periodo de posguerra apenas realizaron actividad alguna, no reanudando sus

Por otra parte, durante 1841 y sobre todo 1842, las “carlistadas” no son fáciles de analizar en teatros de operaciones como el manchego o el castellano, porque los datos existentes son mucho más imprecisos que los de Cataluña o el Maestrazgo: según Ferrer, el año de 1842 fue cuando se registró menor actividad guerrillera carlista de toda la posguerra en el conjunto de España —con excepción de La Mancha y, sobre todo, del Maestrazgo, donde estalló la Guerra del *Groc*—. Todo ello no es óbice para que, como advierte este mismo autor, la historiografía liberal del periodo recalque que La Mancha, Castilla, Extremadura, Aragón y Extremadura estaban infestadas durante los mencionados años de bandas de malhechores, tildadas de partidas de “latro-facciosos” por las autoridades (denigrándoles así a la habitual consideración oficial de bandidos, negándoles de este modo su verdadera condición de guerrilleros carlistas). Tales serían los casos de Vicente Rodríguez (a) «el Cano», nacido en Fuentelfresno, Soria, en 1810; sirvió en las filas carlistas en la primera guerra y fue ajusticiado en Madrid en 1842. También el de la partida mandada por José Martín, alias «Cerones», igualmente veterano soldado carlista, la cual operaba por la provincia de Cuenca: a modo de ejemplo y para dar una idea de su efectividad bélica, bien alejada además de lo que podría esperarse de una simple cuadrilla de bandoleros, en un choque que tuvieron los guerrilleros de «Cerones» con un destacamento de artillería en Hontanaya, causaron la muerte de un sargento y catorce soldados de dicha unidad. En consecuencia, se intensificó su persecución, y el 24 de enero de 1843 Martín fue apresado y condenado a garrote vil, pena ejecutada el 9 de febrero¹¹²⁶.

El incremento de las “carlistadas” a cargo de pequeñas gavillas dispersas por La Mancha durante 1842, provocó que se tuviesen que reforzar las tropas ya existentes en dicho territorio con el despliegue del Regimiento de caballería de Cataluña, el 6º de Ligeros, un escuadrón de Santiago, varios destacamentos del de Lusitania, un batallón de infantería y la Compañía Especial de Escopeteros de Ciudad Real (cuerpo de seguridad creado en el siglo anterior, similar a los miñones y migueletes, y que desaparecería en 1844 al crearse la Guardia Civil). Para dirigir estas operaciones llegó a ser nombrado jefe de estas fuerzas conjuntas un brigadier con su correspondiente Estado Mayor.

Buena muestra de esta reactivación guerrillera manchega fue que el 12 de marzo de 1842 era interceptado, resultando abatido a tiros en la acción, el combatiente carlista Víctor Muñoz (natural de Quero, provincia de Toledo), muy conocido en la zona por diversas acciones ejecutadas allí, tras haberse fugado de la cárcel de Quintanar. Asimismo, se produjo la aparición el 29 de septiembre de una nueva partida denominada “los Doce Apóstoles”, capitaneada por Mariano Peco (antiguo teniente coronel de las fuerzas carlistas manchegas y destacado líder guerrillero durante la Primera Guerra Carlista). Realizaron incursiones y cabalgadas por la zona de los Montes de Toledo, tanto a la derecha como a la izquierda del Tajo. Durante las mismas, practicaron una serie de

operaciones prácticamente hasta la Segunda Guerra Carlista. En Gallego García, J.A. *Ángel Casimiro Villalaín...* op. cit., pp. 36-44.

¹¹²⁶ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, pp. 102-103.

requisas en las poblaciones de la comarca, siendo especialmente recordada las ejecutadas en el término de Gálvez (Toledo).

Ya en 1844, la creciente efervescencia guerrillera de las partidas manchegas (especialmente en zonas montañosas, como los Montes de Toledo), provocó que el gobierno isabelino tuviese que reforzar el importante dispositivo militar ya desplegado. Así, fue trasladado también a esta comarca el Regimiento de infantería de línea Navarra nº 25, para que se distribuyera en pequeñas columnas volantes por el territorio¹¹²⁷.

Por lo que respecta a Castilla, en 1844 Ferrer informa sobre la presencia de una partida carlista en Burgo de Osma (Soria), desde donde se dirigió a la cercana población segoviana de Santibáñez de Ayllón; ante la hostilidad de su vecindario, los guerrilleros optaron por dispersarse, disolviendo la partida poco después. También en Galicia se va a hacer notar un cierto incremento de las “carlistadas”: por un lado, Ferrer recuerda que no eran pocos los efectivos residuales de partidas gallegas que habían subsistido ocultos —tildados, como era ya de obligada referencia, por las autoridades locales con el mote despectivo habitual de “bandas de latrofaciosos”—, pese a que la mayoría de ellos eran combatientes veteranos de las antiguas guerrillas carlistas, que mostraron su operatividad y eficacia a lo largo de la Guerra de los Siete Años en el frente gallego. Pero el importante foco guerrillero del Maestrazgo, todavía activo en 1844, sumado a nuevas conspiraciones surgidas ahora, darán un nuevo impulso a los insurgentes galaicos. En consecuencia, iniciarán entonces sus actividades los grupos liderados por Domingo Arias Castrovilar, el sacerdote Francisco Fernández y los hermanos Ceide. Perseguidos todos ellos implacablemente por el ejército isabelino, finalmente se produjo la captura de la partida de los hermanos Ceide, siendo fusilados todos sus miembros el 8 de marzo de ese año en Lugo¹¹²⁸.

X. LAS PARTIDAS CARLISTAS EN COMBATE

La potencia, composición, calidad combativa y nivel de equipamiento de las guerrillas carlistas varió mucho con el tiempo y entre los distintos teatros de operaciones a lo largo de la guerra. En general, su “núcleo duro” (especialmente sus jefes y lugartenientes), estaba constituido por veteranos de las guerras civiles anteriores: la Guerra de los Agraviados o *Malcontents*, la campaña realista e incluso algunos supervivientes de la Guerra de la Independencia. A ellos deben sumarse elementos sociales delincuenciales o desarraigados —bandoleros y

¹¹²⁷ La información sobre las “carlistadas” manchegas que tuvieron lugar en 1842 y 1844 está tomada de Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 115-117. Sobre la Compañía Especial de Escopeteros de Ciudad Real, ver Martínez Ruiz, E. *Policías y proscritos...* op. cit., pp. 76-88 y 247-574.

¹¹²⁸ Para las “carlistadas” en Castilla y Galicia durante 1844, ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVIII, p. 140.

contrabandistas—, junto con soldados “rezagados”, “dispersos” o “extraviados” de los ejércitos carlistas y, en menor medida, pasados o desertores de las tropas cristinas. De todos modos, las características específicas de sus componentes se analizarán en los distintos epígrafes de este capítulo, haciendo las precisiones necesarias para su distinción jerárquica, técnico-operativa, regional y temporal, que permitan extraer un perfil guerrillero carlista lo más exacto posible.

Tal como señalan los profesores Jover Zamora y Bullón de Mendoza, sobre la guerra irregular (al igual que ocurre con la regular), pueden hacerse dos tipos de análisis. Uno consistiría en la fría narración y escueto relato de las campañas y acciones de armas: movilizaciones, reclutamientos, marchas y contramarchas, resistencias, avances, retrocesos, movimientos estratégicos y tácticos o descripciones armamentísticas. Pero igualmente puede hacerse una historia humana de las partidas y de los guerrilleros que incluyese, junto a los indispensables aspectos técnicos ampliamente analizados en este trabajo, todo aquello que también forma parte indisociable y verdadera de las guerras como fenómenos histórico-sociales, es decir, la vida cotidiana del combatiente, sus motivaciones, sus operaciones y trabajos, el imprescindible arraigo y apoyo popular, sus relaciones con los camaradas o comportamientos con el enemigo derrotado, o bien su filosofía de combate y ética militar. En definitiva, su perfil humano¹¹²⁹.

Por otro lado, la moderna historia social de las guerras plantea que lo que más importa para la memoria colectiva es, sobre todo, lo que afecta a las poblaciones que las hacen y las sufren. En consecuencia, la cuestión de la estructura real de este fenómeno histórico complejo que constituyen las guerrillas (auténticas unidades armadas irregulares, que se traducen en una forma específica de movilización y de experiencia en una situación límite como los conflictos bélicos), forma parte claramente de esa historia. También resulta indispensable para responder adecuadamente a la pregunta de “quiénes hacen una guerra”. Máxime si se trata de una conflagración como la Primera Guerra carlista, donde el componente guerrillero es indisociable de su realidad —esta contienda fue la gran guerra de guerrillas de la España decimonónica—. De aquí la importancia de intentar precisar al máximo las características humanas, sociales, profesionales y operativo-militares de los guerrilleros carlistas en el periodo 1833-1840¹¹³⁰.

¹¹²⁹ Jover Zamora, J.M. “Prólogo”. En *Historia de España* (dir. Ramón Menéndez Pidal). Tomo XXXIV. Madrid, Espasa Calpe, 1981, p. CXXI; Bullón de Mendoza, A. *Auge y ocaso...* op. cit., p. 30. En este tipo de enfoques polemológicos e históricos con clara vocación de ser lo más globales, comprensivos y exhaustivos posible sobre la historia militar, además de prestar cada vez mayor atención a los verdaderos protagonistas de la guerra, los combatientes anónimos (y que abarcan la historia de los ejércitos, la historia bélica y la historia de la guerra), puede incluirse, junto a los autores referenciados, el lúcido análisis de Santirso, M. “Todas las guerras, la guerra. Joseph Tanski y la historia militar contemporánea en España”. En *El informe Tanski...* op. cit., pp. 33-35.

¹¹³⁰ Aróstegui, J. *Combatientes requetés en...* op. cit., pp. 131-132.

10.1 Organización, composición, funcionamiento, perfil, cuantificación y distribución geográfica de las guerrillas carlistas

10.1.1 El jefe o cabecilla, elemento central de las guerrillas

El jefe de guerrilla carlista era un comandante combatiente en sentido estricto, con un férreo liderazgo aglutinante de la partida, sustanciado básicamente en su carisma y dotes de mando. Verdadera columna vertebral de la partida, con un papel único, clave e insustituible para la formación y el buen funcionamiento de la misma. Baste recordar una vez más que, por ejemplo, cada grupo guerrillero solía ser conocido por el nombre o apodo de su jefe respectivo. Concentraba todo el poder civil y militar, con potestad de vida o muerte sobre sus hombres. Las características militares a subrayar de estos líderes (especialmente, en las partidas de cierto tamaño) son:

1. Ser capaces de articular en torno a ellos, cohesionar y dirigir grupos híbridos, muy heterogéneos, compuestos por personal muy distinto: desde el más característico en las guerrillas: civiles armados, de todo tipo y condición (independientemente de la edad, sexo, condición social o profesional), pasando por personal militar —normalmente, los mencionados soldados dispersos, extraviados o rezagados de los ejércitos carlistas e incluso pasados o desertores de los cristinos— junto con los también ya referidos elementos marginales: delincuenciales (bandoleros, cuatros, contrabandistas) como aventureros o desarraigados de todo tipo.
2. Una de las formas de cohesionar sus unidades combatientes, así como de reforzar su autoridad y los lazos de lealtad primordial, era la implicación personal en los combates, soportando las mismas duras condiciones de vida, penalidades y riesgos que los hombres a los que dirigían, pues solían participar en persona en las largas marchas y contramarchas y en todo tipo de acciones; también sufrían las inclemencias meteorológicas; la espartana vida castrense en los refugios y escondites y, además, dirigiendo siempre. En esta faceta, los jefes carlistas constituyen un ejemplo paradigmático del líder guerrillero.
3. El hecho de que solían ser naturales del lugar donde actuaban, sumado al continuo deambular, recorriendo frecuentemente su zona operativa, les permitía convertirse en expertos conocedores del terreno, de la topografía y de las ventajas que de ello podían derivarse para la guerra irregular. No puede entenderse la dinámica así como los éxitos del combate guerrillero, sin ponderar debidamente dicha capacidad para leer e interpretar desde la óptica bélica las distintas potencialidades que podía ofrecer el terreno, los escenarios de guerra y el combate siempre ajustado a la geografía.

4. El sensato aprovechamiento de todo tipo de recursos militares, tanto físicos como psicológicos a su alcance. Entre la explotación, a veces intensa, de esos recursos de la psicología humana, de la propia y de la ajena, hay que destacar las imprescindibles valentía y destreza demostrados en combate (inspiradores y motivadores para los suyos). También debe tenerse en cuenta el inteligente uso del miedo para obtener fines concretos o debilitar a los enemigos.

Como se ve, una seña de identidad básica de la mayoría de los cabecillas carlistas era el de ser, ante todo, hombres de acción: el refuerzo de su autoridad provenía casi siempre de los rasgos carismáticos que le conferían su experiencia y veteranía bélicas. Esto generaba en sus combatientes fuertes lazos de dependencia y compromiso, de tipo personal e intransferible. A cambio, la implicación operativa del jefe era máxima, culminando en el líder operativo que es el primero en empuñar las armas; sin problemas para desempeñar cualesquiera función relacionada con el combate: como centinelas, avanzadilla o en misiones especiales, al igual que el resto de sus hombres; la confraternización e identificación con los miembros de la partida era total (por ejemplo, al comer del mismo rancho que el resto de guerrilleros). Era capaz de establecer una íntima comunión con las bases populares carlistas con las que empatizaban y que lo consideraban como uno de los suyos. Veteranos en su gran mayoría (célebres ya no pocos de ellos de campañas guerrilleras anteriores: las de la Guerra de los *Malcontents*, campaña realista e incluso la de 1808-1814), su trayectoria bélica y el estar forjados como jefes en la dureza de montes y caminos, les investía de una autoridad contrastada, incontestada, expeditiva e inapelable.

No debe perderse de vista que un buen jefe guerrillero —al fin y al cabo, comandante militar dentro de su ámbito y especialidad—, había de solucionar siempre dos problemas fundamentales para su partida: el primero, la subsistencia y el aprovisionamiento del material de guerra necesario (para lo que era capital garantizar las buenas relaciones y el buen trato con la población local); el segundo, la supervivencia de sus hombres, procurando siempre velar por la integridad del grupo, demostrando la pericia indispensable para realizar las acciones necesarias y zafarse rápidamente de las columnas enemigas (evitando llevar a sus hombres al desastre y a la muerte), retornando a refugio seguro tras el combate¹¹³¹.

¹¹³¹ La información de este subepígrafe está tomada de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 214-215; Tomás Villarroya, J. *Pascual Cucala Mir. Relatos de la tercera guerra carlista*. Vinaroz: Editorial Antinea, 2014, pp. 48-51 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 358-366. También ha sido de mucha utilidad para la elaboración de este apartado el perfil militar característico de un caudillo o líder militar (con una serie de rasgos que se pueden considerar universales y atemporales), analizado en Porrinas González, D. *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019, pp. XX-XXIV.

10.1.2 Organización y composición

Las guerrillas carlistas intentaron regirse por una organización lo más similar posible a la castrense, determinada siempre por el número de hombres que compusieran cada partida. Pero, por lo general su distribución era bastante sencilla, pudiendo distinguirse diferentes categorías y especialidades dentro de las mismas. Tal como quedó reflejado supra, el jefe o cabecilla ejercía el mando superior, concentrando en sus manos todo el poder militar y civil, podían condenar a muerte a cualquier infractor de su partida o prisionero tomado al enemigo. A sus órdenes se encontraban una serie de personas de su plena confianza, principalmente, el segundo jefe o lugarteniente, junto con otros subalternos. No era rara la presencia de un capellán castrense guerrillero y, completando el núcleo duro de cada partida, combatientes; éstos podían luchar tanto a pie como a caballo, dependiendo de la disponibilidad de monturas y armas, así como de la naturaleza del teatro de operaciones donde actuase cada guerrilla: recuérdese a las grandes partidas volantes manchegas, compuestas por jinetes conocidos como “escopeteros” o “tiradores”.

Además, aparte de este elenco esencial de combatientes, podía darse la presencia de especialistas (más usual, lógicamente, en las partidas más grandes), tales como maestros armeros. Su función principal era realizar un cierto mantenimiento y reparación del heterogéneo armamento que solían utilizar las guerrillas: por ejemplo, la intercambiabilidad de piezas y recambios del armamento disponible, a través de técnicas de ajustes y tolerancias (armas, por otro lado, normalmente escasas y poco modernas). Menos habitual, aunque se conocen casos documentados, era la presencia de expertos en explosivos, responsables de la elaboración de pólvora y munición; también de los escasos artefactos explosivos de que se tiene constancia —bombas de mano o granadas artesanales—, cuyo uso fue bastante restringido a lo largo de la guerra¹¹³². La actividad de estos dos especialistas (sobre todo de los primeros) era muy importante ante la crónica insuficiencia de las partidas carlistas de todo tipo de armamento, municiones y, por supuesto, material explosivo. También había encargados de recaudar las contribuciones y controlar las requisas, mientras otros adiestraban a los voluntarios recién incorporados. Asimismo, existía toda una red social de apoyo (caracterizada por la proximidad y la territorialidad), constituida por familiares, amigos y correligionarios, que desempeñaban importantes funciones auxiliares, como enlaces —proporcionando soporte logístico y suministro de todo tipo de material necesario para el combate y la subsistencia; además, se solían encargar de la información o correspondencia que el jefe pudiese enviar y recibir—, o bien como espías y confidentes¹¹³³.

¹¹³² Para el apartado de los explosivos, ver el epígrafe de esta tesis sobre armamento utilizado por las guerrillas carlistas, donde se analizan los casos en que, por ejemplo, partidas gallegas o del Maestrazgo, tuvieron acceso a material explosivo artesanal.

¹¹³³ La información de los dos primeros párrafos de este epígrafe está tomada de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 213-220; Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 251-256 y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 358-369.

10.1.3 Evolución del funcionamiento de las guerrillas carlistas

Bullón precisa que el mismo desarrollo del conflicto marcó (como no podía ser de otro modo) la propia evolución en su funcionamiento de las guerrillas carlistas. Así, las partidas gallegas mantuvieron una dura lucha aislada, apoyada o interferida tan solo por la breve estancia de la expedición del general Gómez —no debe olvidarse que la proximidad de una permeable frontera portuguesa permitió a los guerrilleros galaicos contar con una cierta retaguardia, “santuario” o refugio, más la esporádica colaboración de sus correligionarios miguelistas, siempre intermitente y dependiente de una circunstancias políticas bastante volátiles, según las épocas, pero siempre cambiantes e inseguras—.

Por su parte, las aguerridas partidas de Castilla contaron con una excelente base en el frente norte, donde refugiarse en caso de necesidad; además, allí se organizaron algunas columnas de apoyo que, reforzando a destacados caudillos guerrilleros castellanos, como Merino o Balmaseda, conseguirán que constantemente tratasen (y en buena medida consiguiesen) organizar, regularizar e incrementar sus efectivos.

En cuanto a La Mancha, la lucha guerrillera se desarrolló de forma prácticamente independiente y bastante sui géneris hasta 1838, cuando las expediciones de Don Basilio y Antonio Tallada trataron de regularizar la guerra en este importante teatro de operaciones. Su fracaso (pese a interesantes iniciativas, como la puesta en funcionamiento de la única academia militar carlista —creada por los carlistas manchegos, pero con importante colaboración extremeña— radicada en una zona que no contaba con ejército propio: la de Guadalupe/Alía), junto a la creación del ejército de reserva puesto a las órdenes de Narváez, son dos factores que cambiaron drásticamente la situación. De hecho, esta potente unidad cristina llevó a cabo una sistemática labor de exterminio, forzando a los carlistas supervivientes a trasladar su campo de operaciones hacia las cercanías de los territorios ocupados por el ejército del Maestrazgo a las órdenes de Cabrera. En consecuencia, el caudillo tortosino contará a partir de entonces con los miembros de las potentes partidas volantes de La Mancha para su proyecto estratégico de cortar las comunicaciones entre Madrid y el sur peninsular. En contrapartida, el creciente auge de las fuerzas armadas carlistas maestratenses supondrá la decadencia de las actividades guerrilleras en el sur de Valencia, pues sus combatientes se integraron mayoritariamente en las filas regulares, centrando su atención en otros objetivos más ambiciosos.

Algo similar ocurrió con las guerrillas de Extremadura y Andalucía, que dependieron, en su mayor parte, del apoyo que suponían las frecuentes cabalgadas e incursiones de las partidas carlistas manchegas. Por otro lado, Asturias, Santander y la submeseta Norte, se vieron afectadas por la proximidad de las provincias vascongadas, hacia donde se dirigieron buena parte de sus voluntarios para enrolarse en el ejército carlista del Norte. Además, la progresiva

ocupación legitimista de la provincia santanderina no se produjo como resultado de una guerra de guerrillas, sino por el avance de las tropas realistas norteñas, en las que llegó a haber encuadradas hasta tres batallones cántabros.

Entre las zonas que apenas presentaron actividad guerrillera autóctona, cabe destacar el norte de Aragón, cuya simpatía por la causa cristina (y por tanto la de Isabel II) le hizo ser conocido como “el vedado de la Reina”, y que pese a ser una idónea posible vía de comunicación entre los carlistas navarros y aragoneses tan solo pudo ser atravesada por potentes divisiones expedicionarias como las de Guergué o la Expedición Real. Por el contrario, el sistema ibérico sirvió como eje de comunicación a través del cual las guerrillas castellanas podían retirarse indistintamente hacia las Provincias o el Maestrazgo.

Por otro lado, mientras las guerrillas de la Guerra de la Independencia fueron producto de la derrota y desintegración del ejército español, se nutrieron con frecuencia de sus desertores y su creciente fuerza fue una de las causas que explican la debilidad crónica de las tropas regulares hispanas a lo largo del conflicto, el caso de las guerrillas carlistas es muy diferente: no procedían de la dislocación de ningún ejército legitimista anterior, inexistente al iniciarse la guerra; tampoco restaron fuerza a los que se lograron constituir en diversas zonas de la Península, pues sus voluntarios eran efectivos que se sustrajeron a las reclutas cristinas y no a los ejércitos carlistas; su actuación obligó a mantener fuera de los frentes principales de la guerra a una cuarta parte del ejército enemigo —apoyado además por importantes fuerzas auxiliares, como la Milicia Nacional o los cuerpos francos—, que debieron ocuparse de custodiar numerosas guarniciones, mantener las comunicaciones y perseguir a unas partidas prácticamente invisibles (que reaparecían cuantas veces eran derrotadas y que amenazaban constantemente con extender la insurrección por todo el territorio nacional, si no se las hacía frente adecuadamente)¹¹³⁴.

10.1.4 Cuantificación, distribución geográfica y perfil guerrillero

Calcular la cifra exacta de la totalidad de los miembros de las guerrillas carlistas que actuaron a lo largo y ancho de España durante la Primera Guerra Carlista es una tarea poco menos que imposible. Y lo es por una serie de razones. En primer lugar, porque ha de tenerse muy presente que esta tesis doctoral es un análisis de larga duración y general, que pretende ofrecer una visión panorámica y de conjunto, en definitiva, una historia militar de la guerra irregular carlista entre 1833-1840 practicada a escala nacional. Por ello, debe ser necesariamente un estudio de síntesis, cuyas limitaciones obvias de espacio y de tiempo impiden poder descender al nivel minucioso, detallista, exhaustivo que, en cambio, sí pueden aplicar los estudios regionales o locales, exprimiendo

¹¹³⁴ La información sobre la evolución del funcionamiento de las guerrillas carlistas entre 1833-1840 está tomada de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 213-214 y 220.

fuentes como los archivos municipales, parroquiales o autonómicos, y la hemerografía histórica de cada zona implicada. Sólo así es posible abordar un inventario lo más completo posible de los jefes de partida, las guerrillas y sus efectivos totales en los diferentes teatros de operaciones donde actuaron.

De hecho, no son pocos los datos ofrecidos por la historiografía especializada sobre el número aproximado de partidas y de guerrilleros, debiendo remarcarse, aun así, el carácter apriorístico (cuando no meramente estimativo, especulativo y aventurado) de algunos de ellos. Por otro lado, como cabe pensar, y demuestran numerosas fuentes, la propaganda gubernamental manipuló con mucha frecuencia las cifras de los ejércitos carlistas. Ni que decir tiene que en el caso de las guerrillas, la censura y manipulación de sus efectivos fue, aún si cabe, más burda y exagerada, al no existir nada parecido a un estado de fuerzas, ni registros numéricos de los efectivos de las guerrillas. Tampoco los diarios de operaciones ni partes de incidencias de los ejércitos carlistas, y menos aún de los cristinos, son muy detallados en ese aspecto, ni tienen la fiabilidad que cabría esperar. De este modo, es difícil calibrar, comparar o corregir las cifras aportadas por la mayoría de las fuentes sobre las partidas legitimistas. Además, resulta fácil de comprender que (y aquí, tampoco el carlismo se libró de estas componendas), los números de combatientes facilitados por los protagonistas de las acciones fuesen poco fiables, pues para magnificar su mérito en caso de victoria, reducían los contingentes propios, mientras que para justificar su derrota lo más frecuente era aumentar los del enemigo. En consecuencia, las magnitudes dadas casi nunca se correspondían con la realidad¹¹³⁵.

En segundo lugar, ha de tenerse en cuenta otro obstáculo importante: la propia estructura y composición habitual de dichas guerrillas. Efectivamente, en las mismas solía haber el ya mencionado “núcleo duro” (compuesto por el jefe de la partida, su segundo o lugarteniente, además de un grupo, generalmente no muy numeroso, de veteranos combatientes integrantes del grupo desde sus inicios, generalmente familiares, amigos y gente muy próxima a los mencionados dirigentes), que era el que le daba cohesión, continuidad y estabilidad a la partida. Además, permitía mantener la operatividad guerrillera más o menos estable. Pero también existían combatientes ocasionales, cuya intervención sólo se requería para una acción concreta y que, después de esta, retornaba de nuevo a su vida cotidiana como personal civil que era. En otros casos, la actividad de estos guerrilleros era estacional y abandonaban la partida durante el periodo invernal y la época de la recolección o la siembra: no se debe olvidar que las partidas se nutrían fundamentalmente de clases campesinas —también artesanales—, que constituían el grueso de su base social.

Estos usos y costumbres serían aprovechados por las autoridades cristinas para capturar a los guerrilleros cuando volvían a sus hogares, misión

¹¹³⁵ En este sentido de la gran dificultad para aportar valores numéricos exactos sobre el total de partidas y guerrilleros carlistas operativos en el periodo 1833-1840, ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 219-220, y Tomás Villarroya, J. *Pascual Cucala Mir...* op. cit., p. 53 (donde reconoce este mismo problema para el periodo 1872-1876).

para la que se montaban complejos dispositivos de seguridad y vigilancia. Consecuentemente, tanto para burlar mejor el estrecho acoso enemigo, como por la gran dificultad de mantener sobre el terreno a un elevado número de hombres, era muy frecuente el ya comentado recurso táctico de concentrar el mayor número posible de hombres o el de fragmentarse en pequeñas gavillas, dependiendo de las acciones a ejecutar y de las circunstancias del momento: precisamente era esta maniobra de la dispersión uno de los puntos fuertes de las guerrillas carlistas. De ahí las grandes fluctuaciones y variabilidad en las cifras de las distintas partidas que actuaron por casi todo el territorio español a lo largo de los cerca de siete años de guerra, debiendo añadirse además las numerosas bajas, generalmente difíciles de cuantificar: piénsese en muertos, heridos, incapacitados, desertores o dispersos. Sería la tercera razón que explicaría también las apreciables diferencias y cambios en la cuantificación numérica de las guerrillas carlistas y de sus componentes, sometida a una constante evolución dinámica durante este largo periodo de tiempo¹¹³⁶.

Además, ha de tenerse en cuenta que en esta tesis se han contabilizado solamente aquellas partidas carlistas con operatividad acreditada durante la guerra. Para ello, se ha considerado suficiente que hubiesen realizado, al menos, la tentativa de ejecutar alguna de las acciones guerrilleras que figuran en este trabajo, bien completándola o aunque hubiese quedado frustrada por la respuesta enemiga. Consecuentemente, no se han tenido en cuenta los carlistas huidos, los que simplemente se echaron al monte para evitar represalias o la detención, exiliados, deportados, así como las intrigas, depuraciones o conspiraciones de cualquier tipo. En este sentido, se ha procurado siempre, dentro de lo posible, cotejar y confrontar su trayectoria guerrillera con el mayor número posible de fuentes fiables, tanto primarias (expedientes personales, historiales militares, memorias y relatos de la guerra, hemerografía contemporánea del conflicto) como secundarias (por ejemplo, Pirala, Ferrer, Javier del Burgo, Bullón de Mendoza, Mundet i Gifré, Urcelay Alonso, Gallego García, Recio Cuesta, Caridad Salvador, Santirso Rodríguez, Comesaña Paz y otra historiografía militar especializada en la Primera Guerra Carlista y en las guerrillas legitimistas activas durante la misma).

En cuanto a la distribución geográfica, Bullón afirma que aunque varió mucho según los años a lo largo de todo el conflicto bélico, en líneas generales, puede afirmarse que las partidas más importantes fueron las que se desarrollaron en Galicia, el noreste de Castilla, La Mancha y el Maestrazgo. En este trabajo se subraya que es forzoso añadir a Cataluña, tanto por el número de sus generalmente aguerridas partidas (tal como se desprende de la tabla y el gráfico del anexo 12.3 de esta tesis doctoral, donde se aprecia que el Principado ocupa el primer lugar por el número de partidas operativas y por sus componentes), como por la calidad combativa de las mismas: efectivamente, las guerrillas catalanas acabaron constituyendo un ejército regular, posiblemente el más potente de los tres formados por el carlismo. Finalmente, la submeseta

¹¹³⁶ Para el resto de la información sobre la gran variabilidad de circunstancias que dificultan enormemente la cuantificación de las guerrillas carlistas, ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, pp. 213-220.

norte, Extremadura, Andalucía y Asturias (sobre todo, estos dos últimos) fueron también frentes activos, aunque a menor escala que los anteriores¹¹³⁷.

El primer cálculo de los guerrilleros carlistas que actuaron durante la Guerra de los Siete Años fue el efectuado en junio de 1838 —esto es, cuando todavía restaban más de dos años de guerra— por el marqués de Londonderry, quien en un discurso ante la Cámara de los Lores hizo la siguiente estimación sobre los combatientes de las partidas legitimistas:

En Cataluña, las partidas operativas (muchas de ellas ya veteranas) en noviembre de 1835 —cuando aún faltaban casi cinco años para el fin de las operaciones bélicas y no existía todavía el potente ejército carlista de Cataluña, constituido por conde de España a partir de julio 1838—, totalizaban unos 22.363 guerrilleros operativos, según Bullón de Mendoza. Por su parte, Manuel Santirso, tras reconocer la gran dificultad que supone establecer con exactitud el número total de hombres activos con que contaban las guerrillas catalanas al llegar la expedición de Guergué al Principado, en agosto de 1835, apunta una cifra que oscilaría entre los 13.000 y los 20.000 combatientes¹¹³⁹.

Respecto al Maestrazgo carlista, Bullón de Mendoza menciona que al comienzo del alzamiento legitimista a finales de octubre de 1833, cuando el barón de Hervés y el brigadier Abellán —ya confinados en Peñíscola— planeaban apoderarse de Morella, habrían contado con seis mil voluntarios

¹¹³⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 213.

¹¹³⁸ Marquess of Londonderry. *Speech of the Marquess of Londonderry on Spanish Affairs, in the house of Lords, june 19, 1838, with notes & Illustrative Statements*. London: Hatchard & Son, 1838, pp. 44-45 y Apéndice nº 3. Pese a que la distribución que hace es un tanto anárquica e incluso caprichosa, con criterios muy sui géneris, las cifras ofrecidas varían mucho, resultando, en general, sustancialmente inferiores a las que se presentan como balance final en esta tesis doctoral (ver gráfico y tabla del número y distribución geográfica de combatientes de las partidas carlistas en el anexo 12.3, pp. 544 y 545, respectivamente, de esta tesis doctoral; la cifra total es de 55.791 guerrilleros). Además, el discurso de Londonderry incluye en el Anexo nº 3 a los 26.000 combatientes legitimistas del Bajo Aragón y Valencia —en este trabajo denominado el Maestrazgo carlista—, que comprenden, obviamente, tanto al ejército de Cabrera como a las partidas carlistas que siguieron actuando en territorio maestratense tras constituirse aquél. En cualquier caso, es indudable que el Marqués de Londonderry tenía acceso a información de primera mano, pues no debe olvidarse que Gran Bretaña, a través de la Cuádruple Alianza, fue el país que colaboró más activamente con los gobiernos cristinos.

¹¹³⁹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 208 y Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., p. 282.

realistas maestratenses, que aún estaban armados. Por otro lado, antes de la constitución del ejército de Cabrera (plenamente operativo ya a finales de 1835/inicios de 1836), José Alberto Rodrigo Fernández afirma que las guerrillas carlistas comandadas por destacados jefes como el propio caudillo tortosino, Carnicer, Quílez o José Miralles (a) «el Serrador», movilizaban por entonces un mínimo de 3.700 guerrilleros, que fácilmente podían alcanzar los más de 6.000 al reunirse las principales partidas del Maestrazgo. Estas cifras son plenamente corroboradas por Caridad Salvador, cuando afirma que desde finales de 1834 empieza a haber grupos carlistas permanentes de más de 1.000 hombres, logrando reunir en una concentración de todos ellos a 4.100 combatientes. De hecho, este autor subraya que al acabar 1835 Cabrera contaba ya con 3.634 hombres, mientras que «el Serrador» lideraba una partida de más de 2.000. Por lo tanto, se trataba de guerrillas de gran tamaño, capaces de emprender operaciones militares destacadas, como tomar algunas poblaciones y enfrentarse en campo abierto a unidades regulares cristinas¹¹⁴⁰.

Por otro lado, en los tres principales teatros de operaciones que es donde se crearon ejércitos carlistas (Norte, Maestrazgo, Cataluña), se tomaron medidas tendentes al control y la asimilación o integración de las partidas aliadas preexistentes, procurando regularizarlas o regimentarlas. Así, de una forma u otra, la gran mayoría de los guerrilleros acabaron convertidos en soldados, sumándose ambos grupos a la hora de estimar el total de los combatientes del carlismo en las mencionadas zonas de guerra. Este es un proceso más evidente en los escenarios maestratense y catalán —cuyas tropas se crearon a inicios de 1836 y junio de 1838, respectivamente—, que en el norteño, donde Zumalacárregui ya había puesto en funcionamiento el ejército legitimista más antiguo de todos ellos, en fecha tan temprana como octubre/noviembre de 1833. En consecuencia, resulta muy difícil diferenciar tajantemente entre combatientes regulares e irregulares en la cifra final de las mencionadas fuerzas operativas.

A lo afirmado supra debe añadirse que, dentro de esta fluctuante dinámica ejércitos/guerrillas legitimistas, hay que incluir necesariamente también la interacción entre las principales divisiones expedicionarias del ejército carlista del Norte y las diferentes partidas activas en los múltiples teatros de operaciones peninsulares por donde marcharon aquellas. Así, se plantean una serie de interrogantes de interés militar (y que sin duda, influyen en la cuantificación y distribución geográfica del movimiento guerrillero del carlismo). Por ejemplo: ¿hubo algún tipo de planificación centralizada y de coordinación entre ambas, o más bien se fue improvisando sobre la marcha? ¿Qué tipo de conexiones, ayudas y colaboración pudo establecerse entre ellas, o si más bien dependió de la casuística circunstancial o de las necesidades concretas de cada caso? ¿Cuál fue la incidencia de grupos concretos de estas expediciones en las partidas regionales? Piénsese en la compleja cuestión del papel jugado en este sentido

¹¹⁴⁰ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, pp. 229-230; Rodrigo Fernández, J.A. *Cabrera y su ejército. La Primera Guerra Carlista (1833-1840)*. Valladolid, Galland Books, 2019, pp. 18 y 22, y Caridad Salvador, A. *El ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón: (1833-1840)*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013, pp. 46 y 50-51.

por los “rezagados”, “dispersos” y “extraviados” expedicionarios —no siempre identificables exactamente con lo que se entiende hoy por desertores ni con los desaparecidos en combate—; o también el de los heridos e incapacitados de estas expediciones. Sin duda, no son preguntas fáciles de resolver, y menos aún de cuantificar numéricamente.

Como respuesta a estos interrogantes, Bullón de Mendoza señala que el paso de las expediciones carlistas es una variable a tener muy en cuenta en el incremento de la fuerza operativa de las guerrillas aliadas. Aparte de la labor organizativa y de refuerzo humano y material que pudieron, obviamente, ejercer en su contacto directo con las mismas, era relativamente frecuente que parte de los voluntarios incorporados a sus filas en los lugares de paso, incapaces de seguir el ritmo de las continuas y agotadoras marchas, contramarchas y combates (los conocidos como “rezagados”, más los heridos o inválidos), formasen pequeñas partidas, incrementasen los contingentes guerrilleros de las ya existentes o prestasen el apoyo que les permitiese su condición física o sanitaria. Para este historiador, sin duda, contribuyeron a paliar el crónico problema de insuficiencia de armamento, municiones y material de guerra en general sufrido por la mayoría del movimiento guerrillero carlista en su conjunto. También pudieron actuar como refuerzo aglutinante y especializado del personal combatiente de estas partidas¹¹⁴¹.

En consecuencia, del análisis de esta colaboración y posible interacción entre los ejércitos y las guerrillas carlistas (evaluando apoyos logísticos, de intendencia, transferencias de fuerzas o de suministros básicos, fundamentalmente armamento, municiones, caballerías o calzado), así como la posibilidad de acciones conjuntas, surgen todo un cúmulo de escenarios nuevos: partidas creadas o reforzadas a su paso (en no pocas ocasiones, de muy corta duración); armas y material proporcionado a los guerrilleros carlistas; papel desempeñado por los batallones de voluntarios creados a raíz de las expediciones como posible núcleo vertebrador o generador de nuevas guerrillas; el mencionado y complejo tema de la incidencia operativa efectiva o la numérica de “rezagados”, “extraviados” o “dispersos” expedicionarios, a los que cabría sumar a los desertores y prisioneros o voluntarios pasados, procedentes del ejército cristino¹¹⁴².

Volviendo a la cuantificación y distribución geográfica, por lo que respecta al importante teatro de operaciones manchego, Antonio García de la Parra (a) «Orejita», nombrado comandante general de La Mancha y Extremadura (el 31-01-1836, en sustitución del difunto Isidoro Mir), había mandado un parte al Ministerio de la Guerra carlista en abril de ese mismo año, estimando las fuerzas guerrilleras manchegas bajo su mando en unos 10.000 hombres. Para entonces,

¹¹⁴¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 215. Para este mismo tipo de argumentación, ver Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 256.

¹¹⁴² No se puede dejar de insistir en que para un exhaustivo estudio de los múltiples aspectos militares expuestos y que surgen en la fase de las expediciones durante la Primera Guerra Carlista, resulta imprescindible consultar el pormenorizado análisis en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 288-316, así como sus monografías sobre la expedición del general Gómez y la Expedición Real, ya citadas.

ya eran varias las partidas volantes de “escopeteros” o “tiradores” con jefes tan destacados como Juan Vicente Rugeros, alias «Palillos», Joaquín Tercero o José Jara, que lideraban habitualmente unos 600 jinetes cada uno de ellos —llegando a alcanzar en ocasiones el millar—, tal como pudo comprobar el general Gómez en su incursión por La Mancha en el verano del citado año. Con respecto a Extremadura, Juan Pedro Recio Cuesta estima que a lo largo del conflicto actuaron un mínimo de 22 partidas extremeñas, que movilizaron en sus filas un total de 1.750 guerrilleros¹¹⁴³.

En Castilla, el número aproximado tanto de guerrilleros como de partidas carlistas es todavía mucho más difícil de estimar, si cabe. Ello se debe a que estudiosos de la Primera Guerra Carlista, especialmente José Antonio Gallego García, pero también Julio Albi de la Cuesta, afirman que una gran mayoría de los combatientes legitimistas castellanos se integraron en los batallones que conformaron la gran unidad que fue la División de Castilla (recuérdese que por castellanos se entendía entonces a todos los no originarios del norte, es decir, vasconavarros), a la que consideran parte orgánica del ejército carlista del Norte. Además, Albi afirma que en torno a estas tropas carlistas norteñas gravitaban toda una serie de distintos grupos que, sin pertenecer estrictamente a unidades regulares del mismo —como si fue el caso de la mencionada división castellana—, tenían una dependencia operativa más o menos directa de ellas. Este autor cita como uno de ellos a los famosos aduaneros, ya analizados, creados por Zumalacárregui el 14-03-1834. El otro serían las partidas guerrilleras castellanas, entre las cuales Albi destaca las comandadas por Merino (que llegó a mandar personalmente unos 2.500 hombres), Juan Manuel Balmaseda (que lo hizo sobre 860) y Epifanio Carrión (liderando 151), que dirigían algunas de las más notables¹¹⁴⁴.

Castilla puede servir también como piedra de toque y ejemplo ilustrativo para calibrar la magnitud del levantamiento carlista en un escenario de guerra distinto de los tres teatros de operaciones principales (Norte, Maestrazgo y Cataluña). En efecto, José Antonio Gallego calcula que en fecha tan temprana como la del 20 de octubre de 1833, Merino ya había sublevado y puesto a sus órdenes directas en Castilla hasta 11 batallones del cuerpo de Voluntarios Realistas, correspondientes a las provincias de Burgos, Soria, Segovia y Palencia, que sumaban 4.000 hombres. Pero deben añadirse muchos otros voluntarios que respondieron al llamamiento del cura de Villoviado, atraídos por su prestigio, liderazgo y poder de convocatoria: entre ellos, deben destacarse numerosos jefes y oficiales retirados o licenciados del ejército —los ya descritos oficiales ilimitados—, funcionarios de Hacienda y Correos, clero regular y secular, así como muchos pequeños propietarios rurales y simples campesinos. Consecuentemente, Gallego eleva el número total de las fuerzas carlistas

¹¹⁴³ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 273; Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 75, 238 y 252-253, y Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 359 y 360-361.

¹¹⁴⁴ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, *passim*, y Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista* ...op. cit., pp. 101-105 (para la División de Castilla) y 130-134 sobre las partidas guerrilleras.

reunidas en noviembre de ese año por el caudillo castellano a más de 10.000 infantes y 200 jinetes¹¹⁴⁵.

Cabe añadir que no era extraño que en las partidas castellanas se integrasen gente de gran intrepidez, arriscada y montaraz, habituada a nomadear por caminos, sendas y montes. Usualmente familiarizada con la tenencia y uso de armas blancas y de fuego portátiles (caso de arrieros, vaqueros, leñadores, labriegos y, sobre todo, pastores y cazadores), conformaban una tropa guerrillera heterogénea, de indumentaria y armamento muy variados, especialmente bien adaptados al estilo de vida de los combatientes irregulares.

También debe subrayarse la especial relación que las guerrillas carlistas mantuvieron siempre con el peculiar mundo de los oficios implicados en los viajes por tierra: piénsese en los profesionales de los vehículos que transportaban personas (conductores de diligencias, cocheros, palafreneros, postillones, tronquistas) y en los que transportaban mercancías en carros (carreteros y trajinantes de todo tipo); asimismo, deben incluirse arrieros, bagajeros, boyeros y demás gente que realizaban su trabajo en los viejos caminos de rueda y herradura. A este respecto, Mundet recalca que durante la Guerra de los Siete Años, numerosas fuentes, incluyendo testigos directos, afirmaban que, especialmente en la alta montaña catalana, estos transportistas apoyaban masivamente al carlismo: «Los arrieros transitan únicamente para los facciosos»¹¹⁴⁶. También Von Rahden destaca la muy estrecha relación entre estas gentes itinerantes (que vivían prácticamente recorriendo sendas y veredas de todo tipo) y las guerrillas en el Maestrazgo carlista entre 1833-1840. Tanto fue así que, incluso durante la Tercera Guerra Carlista —cuando ya la irrupción imparable del ferrocarril implicaba la desaparición de las mencionadas formas seculares de desplazarse, acarrear mercancías y comunicarse—, estas profesiones ligadas a modos de vida ambulante por todo tipo de vías continuaban marcando una fuerte impronta en las fuerzas combatientes carlistas¹¹⁴⁷.

Por otro lado, buena muestra de la complejidad y gran dificultad que implica la contabilización exacta de las partidas carlistas operativas entre 1833-1840 lo constituye el caso de Galicia. A este respecto, han resultado de un valor

¹¹⁴⁵ Según Gallego, la cifra total de los carlistas castellanos alzados en estas fechas ascendería a más de 26.000, contando con la agrupación de partidas que mandaba Cuevillas. Ver Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, nota 121 a pie de p. 49 y del mismo autor *El levantamiento carlista...* op. cit., pp. 13-43.

¹¹⁴⁶ Mundet i Gifre, J.M. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 157

¹¹⁴⁷ Gallego García, J.A. *El cura Merino...* op. cit., tomo II, pp. 215-216; Codón Fernández, J.M. *Biografía y crónica...* op. cit., p. 21; Rahden, W. *Recuerdos de la...* op. cit., pp. 79-81 y Tomás Villarroya, J. *Pascual Cucala Mir...* op. cit., pp. 109-115. Resulta lógico que todos estos profesionales del viaje terrestre se constituyesen en cooperadores necesarios de las partidas carlistas (y no sólo de las castellanas, catalanas y maestratenses), e incluso en miembros ocasionales, más o menos hijos, de las mismas: de hecho, compartían muchos aspectos de su modus vivendi y operandi. De ahí que resultase muy importante su colaboración en aspectos cruciales como el transporte, y en otras cuestiones fundamentales como contribuir efectivamente a que los movimientos de los guerrilleros transcurriesen por rutas seguras, lo más impermeables posible al control enemigo, o en el suministro de información sobre los movimientos de fuerzas enemigas.

inestimable las investigaciones que Alfredo Comesaña Paz está llevando a cabo para un trabajo sobre la Primera Guerra Carlista en esta zona, que permiten hacerse una idea bastante aproximada sobre la organización, despliegue y número aproximado de guerrillas gallegas y de sus componentes durante la misma. De hecho, traza un panorama bastante completo y pormenorizado sobre la operatividad de estos grupos irregulares, pese a tratarse aún de resultados provisionales¹¹⁴⁸.

Para comenzar, Comesaña subraya las complicaciones que implica intentar establecer un número concreto de guerrillas activas, así como de jefes de partida y las diferentes jerarquías dentro de las mismas —lugartenientes, subalternos y demás personal subordinado—. Remarca que las propias peculiaridades de la guerra irregular y su evolución a lo largo de los siete años que duró el conflicto en este teatro de operaciones, dificultan bastante precisar cifras exactas de los grupos guerrilleros actuantes y sus fuerzas totales. A modo de ejemplo, este investigador traza un esquema operativo típico en esta zona, en el que junto al jefe de partida, actuaban varios lugartenientes, normalmente por delegación directa del cabecilla; en otros casos, podría tratarse de una segregación no siempre concertada (dándose también casos claros de insubordinación o ruptura hostil). Tampoco resultaba nada extraño que un simple voluntario o subalterno, en el transcurso de la guerra, acabase siendo el jefe supremo de la partida por la muerte o detención del mismo. O bien que asumiese el mando de una facción de la partida principal originaria por orden expresa de su jefe (tal como se indicó), pudiendo entonces actuar con cierta autonomía e independencia, dando lugar así finalmente a una partida distinta.

Además, en algunos casos, las cifras que Comesaña ha logrado identificar en cuanto a componentes de guerrillas concretas, corresponden a operaciones de escasa entidad, en las que figuran un número bajo de guerrilleros que no es representativo del tamaño real que pudieron alcanzar las partidas implicadas en su conjunto. En este sentido, las constantes fluctuaciones de los contingentes guerrilleros debidas a reclutas o incorporaciones voluntarias y, sobre todo, a las bajas (muertos, heridos, deserciones, extraviados), sin registro documental alguno que las respalde, vienen a hacer los cálculos mucho más complejos aún. De ahí que deban tomarse con las debidas precauciones, y recalcando siempre el carácter estimativo y orientativo, tanto de las cifras como de las variables mencionadas supra.

Comesaña señala a Juan Martínez Villaverde, alias «el arcediano de Mellid» o «el cura de Freijo», como el personaje principal dentro del organigrama guerrillero galaico a lo largo de todo el conflicto bélico. Debido a su avanzada edad y quebrantado estado de salud, este eclesiástico delegaba el mando de su partida con frecuencia, dividiéndolo entre sus lugartenientes, de los que no pocos

¹¹⁴⁸ Dada la naturaleza de sus investigaciones, todavía inconclusas y a falta de ulteriores comprobaciones, el propio Comesaña advierte que deben ser valoradas con las debidas precauciones, de modo estimativo u orientativo, especialmente, en todo lo relacionado con cifras y números totales de partidas y guerrilleros integrantes de las mismas. En Comesaña Paz, A. a Posada Moreiras, J., "Información sobre las guerrillas carlistas en Galicia (1833-1840)", Correo electrónico, 09 de mayo de 2021, 11.42 h.

—principalmente, Manuel Álvarez Fernández (a) «el señorito de Bullán» o «el cojo de Bullán» y José Ramón González Souto, coronel, también conocido con los apodos de «el Evangelista» y «Mosteiro», por ser capellán de dicha población lucense— acabaron formando sus propias partidas. Así, Juan Martínez Villaverde ostentó un mando supremo, más nominal que real, de las partidas carlistas que operaban en Galicia (cargo, que por otro lado, compatibilizaba con la presidencia de la Junta Suprema Carlista galaica). De hecho, a mediados de marzo de 1836 «el arcediano de Mellid» reunió en su partida, contando a sus lugartenientes subordinados, a un total de 320 guerrilleros.

Bajo la autoridad directa de Juan Martínez Villaverde operaban partidas en las provincias de Lugo y Orense. Sus jefes más importantes eran:

- Francisco Javier Martínez Villaverde (hermano de Juan, teniente coronel y exayudante mayor de infantería), que ejerció en ocasiones el cargo de segundo jefe al mando, y lugarteniente principal de su hermano, pero que también operaba autónomamente. Así sucedió en la acción en que falleció, al presentarse con sus hombres en las afueras de Lugo el 30 de mayo de 1836, en la que disponía de 90 jinetes, más un grupo de hombres a pie.
- Vicente Sarmiento (en otras fuentes conocido como Manuel Sarmiento), estaba integrado en el grupo de Francisco Javier Martínez Villaverde, pese a que llegó a actuar también de forma independiente. Consta que, junto con sus hermanos el clérigo Juan y Tomás, consiguió reclutar 35 voluntarios en mayo de 1834 para constituir su propia facción.
- Asimismo, actuaron conjuntamente (especialmente en el área montañosa de las tierras lucenses de Burón, bajo el liderazgo superior del mencionado «Mosteiro») otros cabecillas guerrilleros como José Álvarez Peña, Manuel Álvarez Fernández y el conocido como Sambreijo —que era diácono—.
- Los hermanos Rosendo y Fernando Gómez dirigían una partida, conocida como la de «los Ebanistas», que en 1839 contaban con unos 300 guerrilleros.
- Manuel Pérez operaba habitualmente a las órdenes de Sarmiento, pero acabó creando su propia facción.
- Isidro Pontón, lugarteniente de «Mosteiro», al que sustituyó en el mando de la partida cuando su jefe cayó en acción.
- José Nogueiro, del que existen registros acreditando que en 1839 su facción se componía de 30 hombres.
- José González Souto, apodado «Souto de Remesar», muerto en acción de guerra el 03-11-1839. Actuando en el área montañosa de San Amaro junto a la partida de Fernando Gómez, lideraban un contingente de 80 caballos y más de 200 infantes. En ocasiones, llegaron a operar en las zonas limítrofes de la provincia de Pontevedra.
- Modesto Varela, coronel, natural de Puentedeume.
- Juan Jul, presbítero.

Otro de los importantes mandos guerrilleros gallegos, Antonio María López, controlaba amplias áreas de las provincias de Pontevedra y La Coruña, aunque operaba, preferentemente, en el entorno de la comarca de Santiago de

Compostela. Para finales de 1836, movilizaba ya unos 800 guerrilleros. Como lugartenientes, y en algunos casos, jefes de partida subordinados a López (con mayor o menor autonomía) estaban:

- Hermanos Ramón y José Ramos. Ramón Ramos asumió la jefatura de la partida de Antonio María López al morir éste en combate el 09-07-1836, manteniéndose operativo hasta el final de la guerra. En 1838 contaban con más de 300 hombres.
- Fray Saturnino Enríquez, uno de los más importantes y destacados jefes guerrilleros gallegos, como ya se comentó. Dirigió la partida conocida como Escuadrón de la Constancia (ya analizado) y que venía actuando al menos desde 1838 con un apreciable número de jinetes perfectamente equipado y uniformados.
- Hubo más lugartenientes pertenecientes a la unidad guerrillera de López, pero que contaban con autonomía suficiente para actuar por separado liderando sus propios grupos: uno de los principales era José Tomás Villanueva, operativo desde 1837 en el área del río Ulla y que se mantuvo en activo hasta que cayó en combate el 12 de febrero de 1840; Quintás, Duro (capitán de caballería muerto en 1838) y, especialmente, Juan Bautista Viñas, (a) «El Capador». También puede mencionarse a Francisco Delgado, comandante de caballería que cuando falleció en combate en 1838 tenía movilizados 200/300 guerrilleros reclutados en Galicia y en Portugal (sobre todo, durante el tiempo que Don Carlos permaneció allí).

Mención aparte merece el ya conocido Mateo Guillade, de los más activos y destacados jefes guerrilleros de esta zona. Bien conocido por su demostrada capacidad para la ejecución de audaces correrías y golpes espectaculares, algunos de ellos en territorio luso próximo a la frontera gallega. Dependiendo de las acciones y periodos, llegó a comandar en su partida hasta 150/200 voluntarios. Comesaña apunta que tras la muerte de Guillade en 1838, su partida quedó al mando de su lugarteniente, José Gil Araujo, fallecido también poco después. Entonces quedó al frente uno de los lugartenientes, Vázquez Povadura, siendo un tal Veloso su segundo al mando.

Es necesario traer a colación de nuevo al canónigo de Santiago de Compostela, Francisco María de Gorostidi Irazusta, (a) «el Coronel Cardenal» y «el Presbítero Coronel», veterano y distinguido jefe guerrillero carlista (con gran protagonismo militar durante la campaña realista), impulsor de la tentativa de rebelión carlista de 1835, una de las más destacadas de la guerra. Gorostidi acabaría fusilado en mayo de 1835, mientras que su guerrilla compuesta por unos 40 voluntarios fue dispersada y eliminada.

Aparte de todos los jefes de partida mencionados, hubo decenas de cabecillas de pequeñas gavillas gallegas que, sumados a los anteriores, trazan con bastante exactitud (pese a tratarse aún de un estudio inacabado) la situación general del frente galaico, considerado generalmente por la mayoría de las fuentes como secundario en comparación con otros, especialmente Cataluña, el Maestrazgo, Castilla o La Mancha. Aun así, Comesaña identifica un mínimo de 30 partidas operativas, que totalizarían unos 2.459 guerrilleros a lo largo de la

guerra. Por cierto, llama poderosamente la atención la gran similitud entre la cifra total aportada por este historiador y la estimativa de 2.400 hombres del Marqués de Londonderry, que aparece en la tabla de la página 471 de esta tesis doctoral (máxime teniendo en cuenta que el informe británico sólo contabiliza hasta junio de 1838)¹¹⁴⁹.

Volviendo a la cuantificación de las partidas carlistas y sus componentes, Bullón de Mendoza hace una estimación global del total de los combatientes legitimistas en dicho conflicto, tanto regulares como irregulares. Afirma que una valoración correcta de los efectivos pertenecientes a los ejércitos realistas del Norte, Maestrazgo y Cataluña, sumándoles los de las guerrillas, estaría muy próxima a los cerca de 100.000 hombres. Dado que el propio Bullón estima las cifras finales de los soldados que movilizaron las tropas carlistas a lo largo de la guerra en unos 72.000, ello implicaría que los contingentes de las partidas que actuaron en toda España en ese periodo sería de 28.000 guerrilleros¹¹⁵⁰.

En relación con esta cifra de 28.000 combatientes irregulares, lo cierto es que resulta bastante inferior al número que refleja la tabla de Excel del anexo 12.3 de esta tesis, página 539, donde se registra el número total de los guerrilleros operativos en la Primera Guerra Carlista, que se eleva hasta los 55.791. Por otro lado, para calibrar mejor el valor exacto de esta cifra, nada más ilustrativo que compararlo con la población española de entonces: según diversas estimaciones, en 1834 (justo al inicio del conflicto bélico), ésta sumaba un total de 12.162.172 habitantes¹¹⁵¹.

Debe subrayarse de nuevo que para cuantificar y distribuir geográficamente las partidas carlistas activas y sus componentes durante la guerra del modo más preciso posible, se elaboraron las ya analizadas base de datos Access y la tabla Excel. Con la idea de obtener la información necesaria para introducirla en las mismas, se inició la búsqueda de documentación primaria, tanto en el AGMS, como en el Archivo Central Militar de Madrid (Instituto de Historia y Cultura Militar), que tal como se anticipó, no ha dado resultados relevantes de cara a documentar la guerra de guerrillas durante la Primera Guerra Carlista. Y es que, pese a la existencia de fuentes primarias,

¹¹⁴⁹ Toda la información sobre las partidas gallegas está tomada de la citada comunicación de Comesaña Paz, A. a Posada Moreiras, J., "Información sobre las guerrillas carlistas en Galicia (1833-1840)", Correo electrónico, 09 de mayo de 2021, 11.42 h.

¹¹⁵⁰ Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 219-220, 324 y 646.

¹¹⁵¹ Resulta difícil precisar el número exacto y la evolución de la población española entre 1797 (Censo de Godoy) y el Censo elaborado por la Comisión Estadística del Reino en 1856 (durante el gobierno de la Unión Liberal de O'Donnell), pues se trata de un periodo en el que no hay ningún censo de carácter general. No obstante, sí hay que mencionar la existencia de recuentos e imputaciones de la población —considerados en general de escasa fiabilidad científica—, conocidos como "censos de policía": por ejemplo, en 1826 la institución policial hizo una comprobación del número de personas por provincias, según la cual en España había entonces unos 13 millones de habitantes sin contar las Islas Canarias (en esta tesis doctoral se proporciona una cifra similar a esta estimación policial, pese a la mencionada escasa fiabilidad que se le atribuye). Para ampliar la información sobre la demografía española del periodo, ver Martínez Ruiz, E.; Maqueda, C.; García, E. *Atlas histórico de España II*. Madrid: Ediciones Istmo, pp. 79-81.

inicialmente bastante prometedoras desde el punto de vista de la historia militar, como son los expedientes personales —especialmente, los que recogen los historiales militares y hojas de servicio conteniendo las campañas y acciones de guerra de los titulares de los mismos, que además no son la mayoría ni mucho menos—, el análisis de los mismos mueve a ser bastante cautos a la hora de obtener información válida para documentar la trayectoria operativa de los guerrilleros carlistas durante la guerra. De hecho, la información obtenida frecuentemente es escasa, fragmentaria, incompleta, en muchos casos purgada o desaparecida, con múltiples vacíos y discontinuidades, a lo que debe añadirse el posible mal uso al que haya podido ser sometida dicha documentación, haciendo todo ello bastante difícil su aprovechamiento efectivo.

Consecuentemente, de los 576 guerrilleros carlistas que se han recopilado en la citada base de datos Access, solamente se han podido documentar mínimamente, de modo contrastado, y con una información homogénea para todos ellos, un total de 324 registros (ver lista completa ordenada alfabéticamente por zonas de origen en el anexo 12.2 de esta tesis), clasificados conforme a una serie de criterios básicos: filiación, apodo, lugar de origen, jerarquía o estatus dentro de cada partida, experiencia militar previa a la Primera Guerra Carlista (información obtenida a partir de la graduación militar), clase social y actividad profesional. Así, se ha pretendido describir un cierto perfil guerrillero, siempre enfocado a obtener semblanzas ajustadas a la perspectiva de la historia militar. El desglose de este perfil —se puede consultar con más detalle en las tablas y gráficos indicados que figuran en el anexo 12.1 de esta tesis doctoral—, arroja los siguientes resultados a resaltar:

- Jerarquía o estatus:

Destaca poderosamente que el 74% de los guerrilleros documentados eran jefes de partida, constituyendo 241 registros del número total: algo lógico si se considera que eran la pieza esencial e indispensable, verdadera columna vertebral de cada guerrilla; de hecho, es bastante significativo que se las solía conocer por el nombre o apodo del jefe respectivo. Son, de largo, los miembros más y mejor conocidos de toda la organización guerrillera, a la que aportan estabilidad, continuidad y una cierta posibilidad de seguimiento, haciendo más fácil la identificación y documentación de las partidas a lo largo de los múltiples cambios, reconstrucciones y demás vicisitudes sufridas en las diferentes fases del conflicto bélico (obviamente, las que pudieron sobrevivir a ellas, máxime en una guerra tan larga y dura como fue la Primera Carlista). De ahí la elección de los jefes como elemento vertebrador/clasificador clave.

En segundo lugar, a bastante distancia de los cabecillas, están los miembros de lo que se ha definido como “cúpula directiva”. Esta categoría hace referencia a los altos mandos del carlismo armado, que ejercieron la dirección superior de fuerzas legitimistas regulares e irregulares, tales como Zumalacárregui, el Conde de España y algunos de los principales mandos del ejército carlista catalán, subordinados suyos. También se incluye, lógicamente, a Cabrera —junto a otros jefes carlistas maestratenses—, quien antes de ser

comandante en jefe del ejército carlista del Maestrazgo, desempeñó la función de jefe de partida guerrillera, al igual que la mayoría de sus principales subordinados, caso similar al de Cataluña. Ascenden a un total de 28 (el 9% del total), número apreciable y que denota que estamos ante la alta dirección del carlismo bélico, que también influía, y no poco, en la actuación de unas guerrillas siempre deseosas de actuar con la máxima autonomía e independencia posibles. En tercer lugar, figuran los lugartenientes, (25, el 8% de la cifra global de guerrilleros), otro elemento clave en el funcionamiento operativo de las partidas, a las que aportaban cohesión, colaborando en la integración de sus miembros. Sería un papel parecido al desempeñado por los mandos intermedios en los ejércitos (ver gráfico 1 y tabla complementaria).

- Graduación militar:

Con este criterio clasificador se pretendió investigar los antecedentes militares, así como la experiencia de combate previa a la guerra, que pudiesen tener los guerrilleros carlistas incluidos en la base de datos, especialmente en el caso de los jefes de partida y sus lugartenientes. Debe tenerse en cuenta que una gran parte de ellos eran veteranos de conflictos bélicos anteriores tales como:

- Guerra de la Independencia: durante cuyo transcurso fueron militarizadas las principales guerrillas operativas en la misma, y sus jefes recibieron graduaciones militares.
- Campaña realista, que dejó como secuela, entre otros problemas, el de los oficiales ilimitados e indefinidos (precisamente, la gran mayoría de ellos, jefes de partidas realistas), que al final de la guerra fueron relegados a la condición de “licencia ilimitada o indefinida”: en la práctica, ello supuso su separación del ejército, aunque conservando su graduación militar.
- La Guerra de los Agraviados o *Malcontents*, que en Cataluña provocó la supresión del cuerpo de Voluntarios Realistas, a cuyo mando solían estar jefes y oficiales del ejército: en muchos casos, se trataba de los mencionados oficiales ilimitados e indefinidos (ver gráfico 2 y tabla complementaria).

- Profesión:

La actividad profesional documentada con más frecuencia es la de militar, con un total de 95 registros, el 29,01% del total (bien entendido que la mayoría de ellos eran antiguos guerrilleros, sobre todo, jefes y lugartenientes de las guerras mencionadas supra). A cierta distancia, figuran los 19 sacerdotes, que suponen el 5,86% de la cifra global. Seguidamente, se han registrado 8 frailes, es decir, el 2,46% del número total. Entre las restantes ocupaciones, cabe destacar a los 4 carabineros, el 1,23%, y 3 hacendados, que suponen el 0,92%, respectivamente, del total (ver gráficos 3 y 4 y tabla complementaria).

- Grupo social:

Es importante reseñar que el carlismo armado contaba con una base social representativa de la sociedad española de la época (1833-1840): así, si los grupos sociales representados en la tabla y el gráfico que figuran en el anexo 12.1 formaban el grueso de las guerrillas carlistas, ello es debido a que también constituían el grueso de la sociedad a la que pertenecían. Así, habrá que ser cautos a la hora de emitir juicios categóricos, simplistas o meros tópicos. No obstante, sí existe un cierto consenso entre los especialistas en el estudio del carlismo, en el sentido de que las clases artesanas y campesinas fueron el elemento nutricional esencial de su ejército y de sus guerrillas¹¹⁵². Entrando en el análisis de los resultados recogidos en el gráfico y la tabla mencionados, en cuanto al grupo social, aparece en primer lugar el conjunto de guerrilleros pertenecientes al estamento nobiliario, con 19 registros que suponen el 6% del total. A continuación, figuran los 18 miembros del clero secular, que totalizan el 5%. La burguesía aparece representada por 17 registros, también un 5% de la cifra global. Les siguen las clases campesinas, con 12 registros, esto es, el 4% del total y los 9 miembros del clero regular, con un 3% (ver gráfico 5 y tabla complementaria).

- Zona de origen:

En cuanto al origen geográfico de los 324 guerrilleros de la base de datos Access, se reparten entre las siguientes regiones:

1. Maestrazgo: 83 guerrilleros, el 25,61% del total.
2. Castilla: 67, que suponen el 20,67%.
3. Cataluña: 65, con el 20,06%.
4. La Mancha: 42 y 12,96%, respectivamente.
5. Extremadura: 26, el 8,02% de la cifra global.
6. Galicia: 17, el 5,24%.
7. Norte: 14, con el 4,32% del total.
8. Asturias: 4, 1,23%.
9. Andalucía: 3, que supone el 0,92%.
10. Cantabria: 3, también el 0,92% (ver gráficos 6 y 7 y tabla complementaria).

En cuanto al listado de partidas carlistas operativas y de sus guerrilleros que actuaron en toda España entre 1833-1840, la hoja Excel que se ha elaborado permite deducir información relevante (consultar anexo 12.3 de esta tesis doctoral, donde figuran los gráficos y tablas que se indican), en relación con:

- Partidas guerrilleras:

¹¹⁵² Ver, por ejemplo, Asín, F; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad...* op. cit., p. 35.

Se han registrado un total de 374 guerrillas activas en la totalidad del territorio nacional. La distribución de las mismas es la siguiente: Cataluña figura en primer lugar destacado, con 94 partidas, que suponen el 25,13% del total. A continuación, está La Mancha, donde actuaron 65, el 17,38% de la suma global. En tercer lugar, se encuentra Castilla con 59 guerrillas y el 15,78 del total. Galicia ocupa el cuarto lugar, pues se han detectado 55 partidas, que totalizarían el 14,71%. El quinto lugar del Maestrazgo (37 guerrillas que significan el 9,89% del total) merece una explicación: téngase en cuenta que en este frente Cabrera creó el segundo ejército carlista, plenamente operativo ya a comienzos de 1836, que obviamente absorbió a los combatientes de la gran mayoría de las partidas maestratenses, reduciendo su número drásticamente a partir de entonces (pero sin llegar a desaparecer). En sexto lugar, Extremadura, donde habrían actuado 18 grupos guerrilleros (el 4,81 del total), mientras que Andalucía suma un total de 14 partidas, el 3,74% del cómputo global (ver gráfico 8 y tabla complementaria).

- Guerrilleros:

Por lo que respecta a los miembros de las partidas, se clasifican del siguiente modo: de nuevo Cataluña ocupa un prominente primer lugar, con 19.810 guerrilleros, el 35,51% del total. Le sigue La Mancha, que contó con 14.455, que suponen el 25,91%. Tercero, el Maestrazgo que aportó 9.333 guerrilleros, esto es, el 16,73% de la cifra global. A continuación, Castilla sumó un total de 6.442 partidarios, que significan el 11,55% del total. En quinto lugar, Galicia con 2.802 guerrilleros, lo que supone el 5,02%. Por último, cabe destacar los 1.710 combatientes irregulares que operaron en Extremadura, lo que hace el 3,07% de la totalidad (ver gráfico 9 y tabla complementaria).

10.2 Armamento

Para Bullón de Mendoza, el armamento que solían utilizar las guerrillas carlistas durante la Guerra de los Siete Años se caracterizaba, en general, por su obsolescencia y mala calidad, exceptuando el intervenido al ejército cristino. Ciertamente que esta afirmación es plenamente aplicable a aquellas zonas de dominio carlista donde no se llegaron a constituir ejércitos regulares legitimistas (a diferencia de lo ocurrido en el Norte, Maestrazgo y Cataluña, donde se hacía posible la colaboración y transferencia de armamento y diverso material entre sus fuerzas regulares e irregulares). Por lo tanto, en los restantes frentes —cuyo territorio no estaba controlado por ejércitos carlistas—, las partidas legitimistas se veían en la forzosa necesidad de buscar la autonomía a través del autoabastecimiento, incluso intentando vías alternativas como la compra comercial de material armamentístico:

“La reparación de las armas, la fabricación de pólvora y municiones podía correr a cargo de las propias partidas, pero no era infrecuente que éstas se

pusieran en contacto con establecimientos situados en territorio controlado por los liberales, y que obtuviesen así los efectos que necesitaban¹¹⁵³.

En consecuencia, no debe sorprender que los guerrilleros carlistas se viesen obligados a utilizar, especialmente al inicio del conflicto, todo tipo de armamento de fortuna o circunstancias, armas blancas y armas de fuego para usos cinegéticos. En cualquier caso, solía tratarse de material primitivo, del que se servían hasta que un ataque contra algún destacamento enemigo o la colaboración de ejércitos aliados (por ejemplo, durante las diversas expediciones del ejército legitimista del Norte que recorrieron gran parte de España, las cuales por otra parte, en general, no solían estar muy sobradas de armamento), les permitiesen sustituirlas por armamento de fuego, normalmente más eficaz para su uso en una guerra¹¹⁵⁴.

Por otro lado, la Primera Guerra Carlista coincidió con uno de los periodos claves de cambio en el armamento de las naciones avanzadas tecnológicamente, pues se desarrolló en una época en la que las armas se encontraban en plena transición hacia modelos más eficaces que supondrían una evolución total en los sistemas que se venían usando hasta entonces. Se podría decir que empieza a abrirse una nueva era armamentística: el motivo principal del cambio venía dado por los defectos y limitaciones inherentes a las armas de llave de chispa y ánima lisa, empleadas masivamente durante las guerras napoleónicas. En síntesis, no se podía hacer fuego con ellas cuando había lluvia torrencial, pues se humedecían la cazoleta, la piedra o el rastrillo y hacía imposible la ignición del cebo. Asimismo, este sistema de ignición sufría bastante en casos de fuerte viento. Además, acertar con precisión era difícil, por el tiempo transcurrido entre la opresión del disparador después de apuntar y el impacto real del proyectil. Para solucionar estos problemas, armeros, ingenieros y proyectistas de toda Europa y de Estados Unidos (pues los fallos eran generalizados), se afanaron con ahínco en lograr soluciones¹¹⁵⁵.

La conclusión global era que cualquier medida exigía sustituir definitivamente la combinación piedra-rastrillo-cebo-cazoleta por algún otro mecanismo que permitiese inflamar la carga. El modo de resolverlo fue la llave de percusión o pistón, inventada en Inglaterra entre 1807 y 1818. Por no hablar de otras innovaciones técnicas complementarias, como la incorporación de ánimas rayadas o la nueva cartuchería (que integraba todos los elementos que en las armas de avancarga estaban separados: capsula fulminante, carga de

¹¹⁵³ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 216.

¹¹⁵⁴ Sobre el armamento de las guerrillas carlistas utilizado entre 1833-1840 es de obligada consulta el trabajo de Borja Pérez, N.J. "Armamento portátil de uso en España durante el reinado de Fernando VII y en el transcurso de la Guerra Carlista, 1814-1840", en <http://www.catalogacionarmas.com/public/Cap1-2014.pdf> [Consultado el 3/09/2021]. También lo es el de González Suárez, J.A.; Borja Pérez, N.J.; Herrero Fernández-Quesada, M.D. "Las armas en las guerras carlistas". En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. (dir.), *Las Guerras Carlistas...* op. cit., pp. 167-183.

¹¹⁵⁵ Ferrer-Dalmau, A.; Canales, C.; Rey, M. *De Felipe V a Felipe VI. Trescientos años del Ejército español*. Madrid: Edaf, 2018, pp. 180-183; González Suárez, J.A.; Borja Pérez, N.J.; Herrero Fernández-Quesada, M.D. "Las armas en las guerras carlistas". En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. (dir.), *Las Guerras Carlistas...* op. cit., p. 172 y Canales, C.; Rey, M. *Cazadores de almas...* op. cit., nota 23 a pie de p. 63.

pólvora y proyectil), posible gracias a los grandes avances en el campo de la balística¹¹⁵⁶.

Entre 1833-1840 se fabricaban ya con cierta regularidad y bajo criterios industriales armas de fuego portátiles bastante modernas. Empiezan a incorporar las mencionadas llaves de pistón o percusión (como se sabe, sistema de ignición ya conocido desde hacía unos cuantos lustros), pero cuyo elevado coste hizo que los ejércitos, principales destinatarios de este tipo de tecnología armamentística, retrasasen todavía varias décadas su adquisición generalizada. En consecuencia, se continuó con la fabricación de armas con llaves de chispa, de las que se disponía, además, de grandes reservas: valga a modo de ejemplo que el fusil reglamentario de la infantería española en 1833, el robusto, preciso y confiable modelo 1828, era aún de ánima lisa y dotado con la tradicional llave de chispa. De hecho, ninguno de los dos bandos de la primera Guerra Carlista hizo uso generalizado de armas de fuego rayadas y con la más evolucionada llave de pistón o percusión, pese a existir ya algunos modelos industriales. Ello no era óbice para que casi la totalidad de las armas que se vendían a particulares fuesen ya de pistón —e incluso con ánima rayada—, en tanto que el armamento estándar de las fuerzas armadas españolas, como el de prácticamente toda Europa y los Estados Unidos, seguía siendo de chispa y ánima lisa¹¹⁵⁷.

El armamento utilizado por las guerrillas carlistas, en especial el portátil, por ser el más apto para el tipo de combate que practicaban, fue variadísimo y provino principalmente del usado por el ejército cristino, en general moderno, y también del usado por otros cuerpos armados activos entonces, como los Voluntarios Realistas, pronto disueltos, o la Milicia Nacional —en estos casos, más obsoleto, pues en gran parte se trataba de excedentes acumulados desde las guerras decimonónicas anteriores—. Piénsese que si ya de por sí resulta casi imposible hacer una relación, siquiera somera, de todo el armamento que utilizaron a lo largo de la guerra los ejércitos carlistas (que incluye una ingente cantidad de tipos, marcas, modelos y sistemas de armas, adquiridos, e incluso a veces fabricados, a través de muy diversos canales y países), intentar precisar las armas exactas utilizadas por las guerrillas carlistas, supone una tarea mucho más compleja aún, si cabe. Dichas partidas tuvieron niveles de potencia, calidad y equipamiento que variaron muchísimo entre las diferentes regiones donde actuaron, que fueron casi todas, y que habría que matizar, además, también en relación con las diferentes fases de los casi siete años en que se registró su actividad bélica.

Más aún, a diferencia de los ejércitos (donde existe el preceptivo reflejo documental de sus actividades, personal y material reglamentario, como estados de fuerzas, escalafones, inventarios del material existente o listas de adquisiciones), las guerrillas presentan el inconveniente añadido de la ya mencionada nula regulación ni registro de sus actividades, sin prácticamente documentación que poder consultar y cotejar al respecto. Ciertamente, en general, como se comentó al inicio, puede afirmarse, a grandes rasgos, que las partidas

¹¹⁵⁶ Ver Canales, C.; Rey, M. *Cazadores de almas...* op. cit., pp. 63-67 y también Ferrer-Dalmau, A.; Canales, C.; Rey, M. *De Felipe V...* op. cit., pp. 180-188.

¹¹⁵⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 88 y Ferrer-Dalmau, A.; Canales, C.; Rey, M. *De Felipe V...* op. cit., pp. 180-181.

adolecieron de una escasez crónica y falta de calidad de su armamento, que salvo el capturado al enemigo cristino (ejército y sobre todo, Milicia Nacional y cuerpos francos), procedía en su mayor parte de material residual conservado desde la Guerra de la Independencia: por tanto, solía ser anticuado y de pésima calidad¹¹⁵⁸.

Todo lo anterior no es óbice para que, intentando acotar al máximo este tema (clave, además, para intentar comprender en su justa medida el esfuerzo titánico llevado a cabo por las guerrillas para mantenerse operativas), sea posible afirmar que fueron decenas los modelos diferentes de pistolas y revólveres empleados por las partidas carlistas: desde verdaderas antigüedades dieciochescas, hasta pistolas de chispa con dos cañones, pasando por sofisticados modelos con llave de percusión, ánima rayada y gran calidad de fabricación y acabado (estos últimos, normalmente, adquiridos por jefes guerrilleros a título individual, de procedencia particular y usados a título privado); algunos modelos incluso contaban con mecanismos de repetición, mediante el uso de cañones rotatorios o tambores tipo revólver¹¹⁵⁹.

A este respecto, Carlos Canales Torres menciona dos ejemplos cuyo uso entre 1833-1840 (sobre todo, en las fases tardías de la guerra), le constan: uno de ellos, bastante curioso y poco conocido, serían los «famosos avisperos» o *pepper boxes* en su denominación inglesa¹¹⁶⁰. Estos “avisperos” eran armas bastante inusuales y poco difundidas, con varios cañones giratorios — usualmente 6, pero en algunos casos podían tener hasta 24 cañones—. Supusieron un importante avance en el camino hacia los revólveres con cilindros de recarga. Su empleo era realmente intimidatorio, disuasorio incluso; de hecho, así estaban pensados para su uso en tácticas de abordaje o anti-motín en las marinas de guerra o para utilización por fuerzas policiales antidisturbios o de operaciones especiales. La capacidad de efectuar varios disparos seguidos sin necesidad de volver a cargar, los convertía en eficacísimos en el combate a corta distancia, muy frecuente en las emboscadas, golpes de manos y demás acciones guerrilleras. El otro ejemplo se convertirá en poco tiempo en un revólver de leyenda: en plena guerra (febrero de 1836), un armero norteamericano, Samuel Colt, patentó su revólver Colt modelo Paterson, calibre 34, que iba a cambiar para siempre el concepto de arma corta de defensa personal y abriría el mundo al sistema de repetición contemporánea. Sin embargo, ninguna de estas dos armas tendrá trascendencia alguna en el desarrollo de la guerra, pues pese a ser material al que pudieron tener acceso algunas élites guerrilleras, su uso debió ser restringidísimo¹¹⁶¹.

¹¹⁵⁸ Ver Canales Torres, C. *La primera guerra...* op. cit., pp. 57-68 y 203-209; también González Suárez, J.A.; Borja Pérez, N.J.; Herrero Fernández-Quesada, M.D. “Las armas en...” op. cit., p. 178.

¹¹⁵⁹ Canales Torres, C. *La primera guerra...* op. cit., p. 203 y González Suárez, J.A.; Borja Pérez, N.J.; Herrero Fernández-Quesada, M.D. “Las armas en...” op. cit., pp. 173 y 175.

¹¹⁶⁰ Canales Torres, C. *La primera guerra...* op. cit., p. 203.

¹¹⁶¹ *Ibidem*, p. 59 para la mención del Colt Paterson calibre 1834 y p. 203 para todo lo referente al curioso “avispero” de varios cañones. Además, para los interesados en profundizar en estos dos revólveres —o más bien, “protorevólver”, en caso del segundo—, pueden contemplarse espléndidas láminas reproduciendo, minuciosamente y a todo color, tanto uno de estos “avisperos” (concretamente, el de 24 cañones), como el Colt Paterson, junto con numerosos detalles sobre su mecánica, características y funcionamiento, en Hogg, I.V; Batchelor, J. *The complete handgun: 1300 to the present*. New York: Gallery Books, 1979, pp. 26 y 38-39,

No obstante, resulta plenamente factible que una gran diversidad de armas (entre ellas algún modelo de las dos descritas supra), hubiesen podido ser utilizadas, aunque como se dijo de modo minoritario, durante la Primera Guerra Carlista. En efecto, tal como señala Carlos Canales Torres en su obra sobre armas, uniformes y banderas de la Primera Guerra Carlista, cabe la posibilidad de que hubiesen sido adquiridas por mandos carlistas a través de redes de contrabandistas (tanto norteamericanas como españolas), que traficaban entonces con todo tipo de mercancías entre Estados Unidos y España, usando como escalas Cuba —a donde, por cierto, no fueron pocos los combatientes legitimistas deportados en el transcurso del conflicto bélico—, e incluso Puerto Rico. Este comercio ilegal conseguía introducir en España fácilmente este tipo de armas portátiles, aprovechando los avatares y turbulencias de la guerra; además, las crónicas dificultades de la cúpula militar carlista para adquirir armamento favorecía que recurriese a cualesquiera medios para conseguir este tan necesario como escaso material bélico para sus combatientes¹¹⁶².

Entre las desesperadas tentativas carlistas para adquirir armamento por cualquier medio (en este caso concreto, a través del contrabando a gran escala), es necesario mencionar el caso de la balandra británica *Express Packet*. Efectivamente, como ya es bien sabido, durante la Guerra de los Siete Años el bando legitimista en su desigual lucha contra el Estado cristino se vio lastrado por la falta de recursos de todo tipo, especialmente, el imprescindible armamento. Una de las alternativas intentadas para paliar este acuciante problema fue la compra de armas en el exterior, como sucedió en la malograda misión de la citada embarcación británica, que constituye un incidente de indudable interés por varias razones. Por una parte, nos ofrece una visión de los entresijos del tráfico de armas al que hubo de recurrir el carlismo en el marco de la convulsa situación que vivía Portugal —país con una guerra civil similar a la que se desarrollaba en España y donde Don Carlos María Isidro residía en un forzado retiro—. Por otra, desvela las intenciones del carlismo armado para, desde el norte de Portugal, propiciar un alzamiento guerrillero de envergadura en Galicia que facilitase la entrada en España del titular de la dinastía carlista¹¹⁶³.

Dadas las características específicas del combate irregular, el armamento que utilizaban las guerrillas carlistas era, predominantemente, portátil y ligero, pudiendo ser de dos tipos: armas blancas y armas de fuego (tanto largas como cortas, algunas de ellas ya vistas). Entre las armas de fuego largas usadas durante la Primera Guerra Carlista, el fusil era una de las más características. Era de avancarga (se cargaba por la boca del cañón), dotado de llave de chispa, con ignición por medio de un martillo que llevaba embutido un trozo de sílex o

respectivamente. Asimismo, se pueden consultar otras dos obras imprescindibles para conocer el armamento existente durante este periodo en España, susceptible por tanto de haber sido usado por las guerrillas carlistas: ver Barceló Rubí, B. *El armamento portátil español (1764-1939), una labor artillera*. Madrid: Editorial San Martín, 1976 y Calvó, J.L. *Armamento portátil de uso en España durante el reinado de Fernando VII y en el transcurso de la Guerra Carlista, 1814-1840*. En <http://www.catalogacionarmas.com/public/Cap1-2014.pdf>.

¹¹⁶² Bowen, Wayne. H. *Spain and the American Civil War*. Missouri: University of Missouri Press, 2011, pp. 7-8.

¹¹⁶³ Comesaña Paz, A. "Armas inglesas para...op. cit.

pedernal, con ánima lisa y calibre de 18 mm. La longitud de este tipo de fusiles era de cerca de 144 centímetros, con un peso de 4.490 gramos. El cartucho era un cilindro de papel estraza, en uno de cuyos extremos se encontraba una bala de plomo esférica, generalmente ajustada por un cordel, mientras que el otro se cerraba por medio de unos pliegues. El diámetro de la bala hacía que, pese al papel que la envolvía, entrase muy holgada en el cañón, por lo que el viento balístico (viento constante que produciría el mismo efecto sobre la trayectoria de un proyectil que el viento real hallado durante el vuelo), era muy grande y provocaba que su precisión fuese bastante escasa. Sin embargo, presentaba la ventaja de que era muy difícil que el cañón del arma quedase obstruido por los residuos sólidos de pólvora¹¹⁶⁴.

El proceso de carga normal y disparo de este tipo de fusil implicaba un total de veintiséis movimientos. Simplificando, en primer lugar, y tras colocar el fusil en sentido horizontal, el tirador abría la cazoleta para después cebarla con pólvora fina. Acto seguido, apoyaba la culata en el suelo, tomaba uno de los cartuchos como el descrito, mordía uno de sus extremos y vertía en el cañón la pólvora que contenía, tras lo que insertaba el resto del cartucho —que haría las veces de taco— y la bala. Luego metía una baqueta en el cañón y lo atacaba todo, asegurándose, mediante dos o tres golpes, de que la bala se asentaba firmemente sobre la pólvora. Finalmente, alzaba el fusil, apuntaba y disparaba: al apretar el tirador el gatillo, el martillo que embutía un trozo de pedernal o sílex, golpeaba violentamente contra el metal de la cazoleta, provocando así chispas que prendían la pólvora fina; la deflagración se extendía al interior del cañón a través de un orificio llamado oído, provocando de este modo el disparo. A pesar de lo complejo y laborioso del proceso, un tirador bien entrenado podía llegar a disparar hasta tres veces por minuto, aunque la media probablemente estuviese más cerca de uno o dos por minuto. La precisión de esta arma larga era escasa (debido, fundamentalmente, a la diferencia de diámetro entre la bala y el cañón), si bien permitía alcanzar con una bala en un círculo de 25 centímetros a una distancia de 50 metros¹¹⁶⁵.

Durante el primer tercio del siglo XIX se utilizaba pólvora negra gruesa, que atascaba las paredes del cañón y oscurecía la zona de disparo, delatando la posición del tirador con una densa nube de humo (circunstancia altamente peligrosa para cualquier guerrillero, interesado siempre en mantener un perfil lo más bajo posible, imposibilitando al máximo su detección por el enemigo). Además, el exceso de humedad inutilizaba fácilmente este tipo de fusiles de avancarga de cañón liso y llave de chispa¹¹⁶⁶.

Era común, asimismo, el uso de carabinas o mosquetones (generalmente, de ánima lisa, pero también hubo algunos modelo de ánima rayada). Se trataba de armas largas más idóneas para el uso guerrillero, al ser de mayor ligereza y portabilidad, así como de menor calibre que el fusil descrito. Sin embargo, el cañón estriado, aunque más evolucionado que el liso, en ocasiones apretaba tanto la bala que había que empujarla golpeando la baqueta con un mazo de hierro (operación arriesgada por el peligro de poder dañar el cañón, a la vez que

¹¹⁶⁴ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 88.

¹¹⁶⁵ *Ibidem*, pp. 89-90 y Canales, C.; Rey, M. *Cazadores de almas...* op. cit., pp. 34-60.

¹¹⁶⁶ Chandler, D. *Las campañas de Napoleón*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005, p. 391.

laboriosa y lenta). Otro tipo de arma de fuego larga de uso común y tradicional por las guerrillas carlistas era el trabuco (piénsese, como ejemplo paradigmático, en los célebres *trabucaires* catalanes). Era de avancarga, de grueso calibre, con un cañón más corto que fusiles, mosquetones o carabinas y usualmente acampanado. Su mantenimiento y manejo era relativamente simple. Se considera un predecesor de la escopeta, adaptado perfectamente para el uso militar, defensivo y de caza. Se cargaba con pólvora sin compactar y se le podían añadir cualesquiera objetos duros de que se dispusiese —pequeños guijarros o trozos de metal— a modo de metralla, por lo que su uso era idóneo en el combate a corta distancia, típicamente guerrillero, con resultados devastadores para el enemigo¹¹⁶⁷.

Por otro lado, (y aunque ya se comentó que la reparación de las armas, junto a la fabricación de pólvora y municiones, podían correr a cargo de las propias guerrillas), tampoco era infrecuente que las partidas carlistas contactasen con establecimientos situados en territorio controlado por los cristinos, obteniendo así los efectos que tanto necesitaban. En el caso de Galicia, consta que una farmacia en Santiago de Compostela fabricaba pólvora y bombas de mano, mientras que un taller clandestino funcionaba en el palacio santiagués de Gondelle, propiedad del conde de Gimonde. Cambiando de teatro de operaciones, se sabe que entre el arsenal a disposición de los combatientes legitimistas del Maestrazgo, existían granadas de mano artesanales, hechas de cristal y porcelana, si bien su uso debió de ser muy restringido y limitado a la defensa de puntos fortificados y refugios¹¹⁶⁸.

10.3 Indumentaria guerrillera

Bullón de Mendoza señala que la uniformidad reglamentaria fue prácticamente inexistente en las guerrillas carlistas durante la Guerra de los Siete Años: sólo fray Saturnino Enríquez, en Galicia, y Antonio García de la Parra en La Mancha, se preocuparon por uniformar a sus hombres. Ambos jefes guerrilleros dividieron sus fuerzas en batallones y escuadrones, tratando de darles una apariencia lo más militar posible¹¹⁶⁹. A ellos debe unirse la partida extremeña de Feliciano Cuesta que, según Recio Cuesta, consta que procuró siempre que sus guerrilleros estuviesen bien uniformados¹¹⁷⁰. Las primeras partidas solían usar como indumentaria habitual la ropa popular tradicional de cada región (ver apartado correspondiente a indumentaria/uniformidad en el capítulo IV sobre el combate guerrillero). En este sentido, Javier Urcelay Alonso menciona que la gran mayoría de los guerrilleros carlistas del Maestrazgo vestían «con el traje popular de la zona, con blusa, pantalón bombacho y boina

¹¹⁶⁷ González Suárez, J.A.; Borja Pérez, N.J.; Herrero Fernández-Quesada, M.D. “Las armas en ...op. cit., p. 178 y Chandler, D. *Las campañas de...*op. cit., p. 394.

¹¹⁶⁸ Para la información sobre Galicia, ver Barreiro Fernández, J.M. *El Carlismo gallego...*op. cit., p. 109. La relativa al Maestrazgo, se puede consultar en Caridad Salvador, A. *El ejército y...*op. cit., p. 155 y del mismo autor, “Las guerrillas carlistas...”op. cit., p. 87.

¹¹⁶⁹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...*op. cit., p. 217.

¹¹⁷⁰ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...*op. cit., p. 369.

roja con una borla»¹¹⁷¹. Como puede apreciarse, a este vestuario típico local incorporaron un elemento distintivo que, posteriormente, llegaría a constituir una verdadera seña de identidad y símbolo de los combatientes carlistas en su conjunto: se trata de la inconfundible boina, principalmente roja, pero dependiendo de las regiones, los periodos o las unidades, también podían ser de otros colores¹¹⁷².

Esto fue así hasta tal punto que llegó a constituirse en parte de la uniformidad reglamentaria en el ejército carlista del Norte, permitiendo una rápida identificación de sus tropas (a raíz de las reformas regularizadoras de Tomás de Zumalacárregui). Es cierto que en Aragón y la Comunidad Valenciana hubo fuerzas carlistas que jamás la utilizaron. En cambio, sí fue muy empleada por las tropas de Ramón Cabrera en el frente del Maestrazgo. Por otro lado, en Cataluña fue más corriente el uso de la típica barretina por los combatientes carlistas catalanes¹¹⁷³. Sin embargo, Ferrer afirma que entre las medidas reorganizadoras del conde de España que dieron lugar, definitivamente, al ejército carlista del Principado estuvo su estricta uniformidad; ello habría implicado la adopción definitiva de la boina como prenda reglamentaria¹¹⁷⁴.

La boina (recuérdese que constituirá el elemento identificativo por antonomasia de la indumentaria carlista en todo el territorio nacional, llegando a convertirse en un símbolo) no era aún una prenda de uso común en Vascongadas y Navarra. De oscuros y antiquísimos orígenes, apenas se había empleado hasta la década anterior. Durante el primer decenio del siglo XIX era sólo habitual en la zona francesa. Demostró ser una parte del atuendo carlista muy funcional, cómoda y práctica a la vez. Fueron varias las razones que la impusieron como prenda oficial y reglamentaria. Antes que nada, les servía para diferenciarse del enemigo, ya que muchas veces se usaban uniformes, o partes de él, capturados o de un corte o color similares. Además, la boina protegía las cabezas de los voluntarios del frío, del agua y del sol. Era un elemento barato que podía ser tejido por los propios combatientes; de hecho, muchos de ellos la mantenían rígida mediante un aro de sauce colocado en su interior. También podía colocársele un refuerzo metálico o rellenarla de tela o de trapos para endurecerla y proteger, así, los ataques a la cabeza (por ejemplo, los sablazos de la caballería enemiga). En ocasiones, incluía un práctico barboquejo para fijarla a la cabeza y aportar mayor seguridad ante ataques o posible pérdida durante el combate. De gran tamaño, el diámetro de estas boinas era muy superior al de las actuales (podían superar los 40 cm), cómo se puede observar en grabados de la época. Algunas —al menos las de los oficiales— solían llevar en el centro una chapa de oro o de plata de pulgada y media de diámetro con el anagrama de Carlos V. También podían llevar una borla formada por flecos que salían de la chapa en forma de sol.

¹¹⁷¹ Urcelay Alonso, J. *El Maestrazgo carlista...* op. cit., p. 19.

¹¹⁷² Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., pp. 69-72.

¹¹⁷³ *Ibidem*, pp. 66-67.

¹¹⁷⁴ Ferrer afirma que el conde de España extendió el uso de la típica boina carlista como prenda militar reglamentaria en las tropas realistas catalanas. Para ello, procuró que se las mandasen en cantidades suficientes desde el Norte. Ver Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XV, p. 43.

Como ya se anticipó, y contrariamente a lo que se suele creer, las boinas carlistas no habitaban a ser rojas. La infantería solía llevarlas de color azul claro. Las rojas se reservaban habitualmente para los oficiales y los gastadores, aunque posteriormente se abandonó esta distinción, ya que los jefes ofrecían de este modo un blanco excelente a los tiradores liberales. Además de estos colores, se utilizaron muchos más, por ejemplo, el blanco, el verde, el azul oscuro e incluso el negro. Cada unidad de los diferentes ejércitos carlistas llevaba boinas de diferente color y entre las guerrillas la variación fue aún mayor (aunque en el transcurso de la guerra terminaron por imponerse claramente las rojas como elemento icónico del combatiente carlista en su conjunto)¹¹⁷⁵.

10.4 Equipamiento

Una de las claves fundamentales en la adaptabilidad y funcionalidad operativa de las fuerzas carlistas (tanto regulares como irregulares), residía en un aspecto al que no siempre se suele prestar toda la atención que, sin duda, merece: el equipamiento de sus tropas. En aquella época, el equipo militar casi no había cambiado desde época napoleónica. Era bastante incómodo, poco funcional y menos adecuado aún para la guerra rápida y de gran movilidad que se desarrollaba en escenarios montañosos —como eran los tres frentes principales: Norte, Maestrazgo y las zonas de claro dominio carlista en Cataluña—. Mientras las tropas gubernamentales iban generalmente equipadas con un inestable chacó o morrión como prenda de cabeza, una gran cartuchera que pendía de una correa en bandolera, acompañada de una funda para alojar la bayoneta (que al correr, golpeaban los riñones del sufrido soldado) y una incómoda mochila de piel de vaca, en cambio, los carlistas usaban un equipo más ligero, funcional y económico. Además, también era mucho más adecuado para el tipo de guerra que se estaba desarrollando: una boina como cubrecabezas, una canana o cartuchera ventral de cuero con una tapa para proteger los cartuchos de papel y un saco-morral de lona.

Efectivamente, estos dos elementos (de origen guerrillero por su idoneidad para el combate típico de la guerra irregular), llegarían a ser muy representativos de una gran mayoría de combatientes carlistas, tanto guerrilleros como soldados —especialmente en el Norte— junto a la ya aludida boina (con las mencionadas cautelas y precisiones). Ambos permitían más velocidad y agilidad, facilitando los movimientos rápidos y eficaces, junto a una mayor comodidad en el combate: de ahí que fuesen idóneos para los terrenos montañosos y escarpados donde solían operar las guerrillas¹¹⁷⁶.

Por su parte, el saco-morral era una simple bolsa de lona, fabricada generalmente en lienzo blanco o crudo, y que según Moral Roncal ya habría sido empleado por algunas unidades militares, creadas apresuradamente en medio

¹¹⁷⁵ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 182 y Ferrer-Dalmau, A.; Canales, C.; Rey, M. *De Felipe V...* op. cit., p. 201.

¹¹⁷⁶ Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., p. 71 y Ferrer-Dalmau, A.; Canales, C.; Rey, M. *De Felipe V...* op. cit., pp. 199-201.

de la confusión de la Guerra de la Independencia¹¹⁷⁷. Se trataba de las divisiones auxiliares o volantes, grandes partidas guerrilleras incorporadas directamente al ejército patriota, una vez regularizadas¹¹⁷⁸. Debe destacarse el enorme avance que supusieron frente a las incómodas mochilas de piel de vaca típicas de la época. Aunque estos saquitos de lona apenas servían para mucho más que portar la impedimenta básica e indispensable (algo de ropa, alpargatas de repuesto, víveres y algunos objetos personales), sin embargo, delataban su origen guerrillero, pues facilitaban la máxima movilidad, funcionalidad y rapidez de desplazamiento del combatiente¹¹⁷⁹.

En cuanto a las cananas o cartucheras ventrales, la historiografía militar coincide en atribuirle su autoría a Tomás de Zumalacárregui. Se trataba de una especie de cinturones de cuero que se abrochaban por detrás o a un lado, conteniendo veinte tubos de estaño y dos bolsillos a los lados, en cada uno de los cuales cabía un paquete con diez cartuchos —de forma que cada combatiente tenía cuarenta cartuchos disponibles—. Estos prácticos bolsillos incorporaban una tapa para protegerlos de la suciedad, el polvo, la humedad y la lluvia¹¹⁸⁰.

A partir de todo el material descrito, se desprende que, desde un primer momento, el soldado carlista (y en esto coincide con el guerrillero legitimista), estaba principalmente orientado a un tipo de combate caracterizado por las duras marchas y contramarchas, actuando en terrenos accidentados y de montaña en los que, especialmente las guerrillas, desarrollaron casi siempre su lucha. Y así sería hasta el final de la Primera Guerra Carlista, e incluso después. Por otro lado, las fuerzas combatientes carlistas fueron, en cierto modo, ejércitos y guerrillas parásitos: necesitaban triunfos para reequiparse y padecían tremendos problemas si no conseguían resultados positivos en los combates contra unas tropas cristinas habitualmente mucho más poderosas, numerosas y mejor equipadas¹¹⁸¹.

El heterogéneo equipamiento de las guerrillas carlistas, incluyendo la indumentaria (que solía limitarse a las vestimentas propias y características del lugar donde actuaban, como aborígenes que solían ser), se vería sometido, según avanzaba la guerra, a un cierto proceso de homogeneización o tentativa de regularización. Así, se fue generalizando el uso de los citados elementos

¹¹⁷⁷ Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., pp. 71-72.

¹¹⁷⁸ El morral y las cananas ventrales figuraban como equipo habitual de los voluntarios de la División Navarra de Espoz y Mina (junto al fusil y la navaja), ya en 1810. Ver Iribarren Rodríguez, J.M. *Espoz y mina...* op. cit., pp. 205-207.

¹¹⁷⁹ Refiriéndose al saco-morral incorporado como reglamentario en el ejército carlista del Norte por Zumalacárregui, Bullón precisa que el caudillo carlista solía hacer frecuentes revistas a sus tropas y únicamente permitía a sus hombres llevar en él una camisa, un par de alpargatas de repuesto y provisiones para un día. Todo ello lógico en unos ejércitos que buscaba siempre las máximas ligereza, maniobrabilidad y rapidez de desplazamiento. En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 182.

¹¹⁸⁰ *Ibidem*, p. 182 y Moral Roncal, A.M. *Las guerras carlistas...* op. cit., pp. 72-73.

¹¹⁸¹ Canales Torres, C. "Los uniformes de las Guerras Carlistas". En Bullón de Mendoza, A. (dir.), *Las Guerras Carlistas...* op. cit., pp. 185-206. También Bullón incide en el mal endémico de los ejércitos carlistas: su falta crónica de armamento, municiones y demás material de guerra. Como es fácil de deducir, en el caso de las guerrillas este problema era aún mucho más acuciante. Ver Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 189.

básicos de su equipamiento, como lo eran la boina, las cartucheras ventrales y el saco-morral. No fue sencilla esta tentativa de “uniformización”, dada la crónica precariedad de los suministros de la que adolecieron siempre los combatientes de Don Carlos, tanto los regulares como, sobre todo, los irregulares. Con ello, se pretendía dotar a las guerrillas de unas ciertas señas de identidad (caso prototípico sería el de la boina), que posibilitasen la fácil distinción de las fuerzas amigas de las enemigas. En cuanto al imprescindible calzado (téngase en cuenta que la gran mayoría combatían a pie), las guerrillas carlistas en su conjunto — con la evidente salvedad de algunos de sus jefes más destacados— utilizaban las sufridas alpargatas, abarcas o esparteñas, tan extendidas igualmente entre la población civil rural del periodo. Resultaban, por ello, fáciles de requisar y reparar; incluso, eventualmente, de fabricar por parte de las propias partidas¹¹⁸².

10.5 Reclutamiento

Resultaría imposible que las guerrillas carlistas se hubiesen mantenido operativas en una guerra de la dureza y la duración de la Guerra de los Siete Años sin entender los especiales vínculos que las ligaban fuertemente a las comarcas que englobaban los pueblos de origen de sus componentes y donde combatían habitualmente. Así, en un aspecto vital como es el del reclutamiento, normalmente, las partidas se constituían por incorporación local voluntaria de los jóvenes naturales de la zona, casi siempre, alentada por los jefes o cabecillas de estas facciones (que solían ser personas ampliamente respetadas en las zonas insurgentes, tal como se expuso en el epígrafe dedicado a estas figuras imprescindibles dentro de las guerrillas). Recuérdese que, por ejemplo, cada grupo guerrillero solía adoptar el nombre o apodo de su jefe. Ciertamente, en ocasiones menos frecuentes, era el del pueblo o zona donde operaban¹¹⁸³.

El carácter eminentemente popular del movimiento guerrillero carlista facilitaba grandemente este alistamiento voluntario de sus miembros, junto al hecho de que lo más usual era que combatiesen en su lugar de origen, protegiendo sus viviendas y propiedades. Además, estaba la importante conexión de las ya mencionadas “lealtades primordiales” (actuaban en defensa de sus familiares, amigos y vecinos), a las que se debe añadir el encuadramiento bajo el mando operativo de líderes autóctonos, personificados en los imprescindibles jefes de las partidas, normalmente respetados y con cierta autoridad moral e influjo social sobre sus hombres.

Por lo tanto, no cabe negar el carácter voluntario de gran parte de los combatientes irregulares carlistas, especialmente en las fases iniciales de formación y consolidación de las partidas. Bien es cierto que las motivaciones subyacentes a este reclutamiento voluntario podían variar, predominando una terna básica: la político-ideológica (defensa de una cosmovisión); la económica (como medio de subsistencia, obteniendo un botín o una paga) y la espiritual (defensa de la religión, en este caso, obviamente, del catolicismo y de la Iglesia). A ellas deben añadirse otras razones de tipo personal, como el odio generado

¹¹⁸² Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., pp. 211-226.

¹¹⁸³ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 211-219.

tras haber sufrido atropellos, maltratos, represalias, así como todo tipo de daños y violencias contra sus personas, familiares y patrimonio. Estas ansias de revancha movían a los miembros de las partidas —a veces sin dejarles otra alternativa— a integrarse en ellas motu proprio. Además, ha de tenerse en cuenta que los jefes solían aplicar criterios bastante flexibles y muy diversos a la hora de mantener movilizados a sus guerrilleros, sin descartar sistemas de permisos y retornos temporales, basados en el conocimiento especial de sus combatientes y sus situaciones particulares. Ejemplo muy ilustrativo de lo anterior son las licencias de corta duración permitidas por los cabecillas a sus hombres (tan características del carlismo guerrillero), englobadas bajo la célebre frase “ir a mudar la camisa”¹¹⁸⁴.

Sin embargo, pese a todo lo argumentado anteriormente, tampoco puede obviarse una realidad constatable: también existió el reclutamiento forzoso. Las guerrillas protagonizaron la resistencia armada popular, alentando y, en ocasiones, obligando a la población civil a tomar las armas, utilizándola además como elemento clave para el combate; de ella obtenían refugio, la logística, la intendencia o el reclutamiento, tal como ya se ha referido¹¹⁸⁵. Son múltiples los ejemplos que ofrece la historiografía militar especializada en las guerrillas sobre este alistamiento forzado, como parte de una colaboración no exenta de exacciones y crueles represalias. Tal como manifiesta al respecto Francisco Luis Díaz Torrejón, refiriéndose a la Guerra de la Independencia, pero igualmente aplicable a todos los conflictos bélicos en general:

“Aunque nadie puede negar el apoyo del pueblo español al movimiento guerrillero, tampoco debe ocultarse que no siempre dicha colaboración es tan libre y espontánea como se ha solido decir. En numerosas ocasiones media la coacción, y, en tales casos, la convivencia ente guerrilla y pueblo no pasa de ser una complicidad impuesta. Muchos guerrilleros exigen a los vecindarios en nombre del patriotismo e imponen una colaboración a golpes de amenaza, con lo cual el ejercicio de la fuerza deriva en abusos que la población —generalmente del medio rural— soporta con resignada impotencia. Nada ni nadie está a salvo de excesos y avasallamientos”¹¹⁸⁶.

Con respecto a este importante apartado del reclutamiento guerrillero, es muy revelador lo afirmado por Bullón de Mendoza, que al reflexionar sobre la esencia misma de la operatividad de la guerra de guerrillas, afirma:

“Es difícil hablar de desertión al referirnos a la guerra de guerrillas, pues en buena parte se trata de un concepto ajeno a la misma. El guerrillero es a veces un combatiente ocasional, cuya colaboración sólo se requiere para un golpe concreto, y que después de éste vuelve de nuevo a la vida cotidiana. En otras ocasiones su actividad es estacional, y abandona la partida durante el periodo invernal y en época de recolección. [...] Tanto para burlar la persecución del enemigo, como por

¹¹⁸⁴ Para más información al respecto, ver Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit. pp. 55-77, y Comesaña Paz, A. *Hijos del Trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y el Norte de Portugal*. Madrid: Schedas, 2016, pp. 122-133. Ambos trabajos describen la actividad reclutadora de las guerrillas carlistas (especialmente, el primero, centrado además en la Primera Guerra Carlista), con el estudio de casos aplicables a otras zonas peninsulares y periodos bélicos por su similitud.

¹¹⁸⁵ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 128-133.

¹¹⁸⁶ Díaz Torrejón, F. L. "El movimiento guerrillero..." op. cit., p. 117.

la imposibilidad de mantener sobre el terreno a un elevado número de personas, es frecuente el recurso a la dispersión en unidades más pequeñas”¹¹⁸⁷.

El reclutamiento de las guerrillas carlistas es indisociable del concepto de “pueblo en armas”, ejemplificación clara de la articulación militar de la resistencia popular a través de la guerra irregular. No debe olvidarse que el carlismo fue el primer movimiento político español capaz de activar amplias formas de movilización social por motivo de contiendas civiles en el siglo XIX¹¹⁸⁸. Fraser destaca que la participación del mundo rural en el combate guerrillero fue primordial: al constituir la mayoría de la población española del periodo objeto de estudio, fue el campesinado el que hubo de soportar las luchas más duras, las peores exacciones, coacciones y amenazas, las más crueles represalias para proporcionar lo que es de necesidad vital para todo combatiente de cualquier guerra, los imprescindibles víveres. El control de comestibles, tanto para el elemento humano como para las necesarias monturas y animales de carga, se convirtió así en un elemento estratégico de primer orden en todas las guerras analizadas en este trabajo. Gran parte de la dinámica fundamental de la guerra de guerrillas contemporánea (tal como fue siempre), gravitará en torno a este factor fundamental. De nuevo, hay que recordar que la base social mayoritaria y uno de los principales sostenes de las partidas guerrilleras carlistas, tanto en su componente humano como material, serán los sectores campesinos, sin olvidar a la clase artesanal¹¹⁸⁹.

10.6 Operatividad y tipología de las acciones guerrilleras

Dado que al comenzar la guerra ninguna unidad del ejército regular fernandino apoyó la causa de Don Carlos, y hasta que los alzados pudieron crear sus propios ejércitos, lógicamente, los carlistas trataron de impulsar y organizar la única opción bélica a su alcance entonces: la guerra de guerrillas, desarrollada por todos los medios posibles. En consecuencia, recurrieron a una amplia gama de operaciones, desde la actuación de agentes que trataban de captar voluntarios hasta la acción armada destinada a impedir la celebración de sorteos para las quintas del ejército cristino, incorporando posteriormente a estos mozos a las filas carlistas. La toma de rehenes y el secuestro de autoridades municipales o vecinos pudientes (bien enemigos u hostiles), para obtener un rescate era una de las fuentes principales de financiación de las partidas carlistas. Asimismo, era muy frecuente la requisa de armas, monturas, víveres y material de todo tipo necesario para el combate.

¹¹⁸⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 216.

¹¹⁸⁸ Aróstegui, J. *Combatientes requetés en...* op. cit., p. 61.

¹¹⁸⁹ Fraser, R. *Las dos guerras...* op. cit., pp. 114-115. Plenamente coincidente en este sentido con lo expresado por Asín, F.; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *Carlismo y sociedad...* op. cit., p. 35.

Por otro lado, aunque pueden destacarse una serie de acciones guerrilleras carlistas ejecutadas prácticamente en todo el territorio nacional — como los ataques contra las comunicaciones enemigas o los ya citados intentos de sabotear el reclutamiento militar del gobierno de Madrid, impidiendo las quintas—, no parece que las guerrillas legitimistas tuviesen objetivos militares claros, tal como apunta Bullón de Mendoza: da la impresión de que trataban de dificultar todo lo posible la situación de la retaguardia cristina, usando para ello cualesquiera recursos humanos y materiales de que dispusieran en cada momento.

Asimismo, este historiador advierte que no es fácil valorar correctamente la importancia militar que pudieron tener las operaciones de las guerrillas carlistas en el transcurso de los casi siete años de guerra. Afirma que, sin duda, su papel se ha visto disminuido como consecuencia de su derrota final (al igual que las de 1808 suman a su innegable eficacia el prestigio adquirido con la victoria en la Guerra de la Independencia). Más aún, tal como ha puesto en evidencia la historiografía tradicionalista, las autoridades cristinas trataron por todos los medios posibles de silenciar las actividades y éxitos de las partidas legitimistas, o bien de denigrarlas, considerándolas como acciones delictivas de bandas de “facciosos” —esto es, rebeldes armados, calificativo que contiene ya una fuerte carga peyorativa; pero lo anterior se multiplica en el caso de “latro-facciosos”, designación también empleada muy habitualmente por el bando enemigo, y no recogida en el diccionario de la R.A.E., que añade tacharles además de ladrones—. Pese a ello, es indudable que su presencia logró alterar la retaguardia enemiga, e impidió que los sucesivos gobiernos cristinos pudiesen concentrar todas sus tropas en los tres principales escenarios de guerra (Norte, Maestrazgo y Cataluña). Todo ello sin que pueda obviarse el gran alivio que supuso para el bando finalmente vencedor, la constante utilización de unidades auxiliares como la Milicia Nacional o los cuerpos francos en funciones contraguerrilleras, como se analiza en el apartado correspondiente¹¹⁹⁰.

Por su parte, Manuel Santirso caracteriza a la Primera Guerra Carlista como una contienda sobre todo de guerrillas: por ejemplo, la guerra practicada por Cabrera en el Maestrazgo o la de las partidas catalanas hasta que el conde de España constituyó el ejército carlista del Principado, consistió en una larga serie de sorpresas, celadas, marchas, contramarchas y persecuciones, la mayoría de ellas no decisivas. Fue lo que este historiador denomina una «guerra de alpargata», tan similar en los mismos años iniciales a la practicada por el ejército carlista del Norte en su primera fase¹¹⁹¹. Santirso insiste también en que las guerrillas proporcionaron al carlismo armado su primera forma de encuadramiento, y aunque fueron dando paso a tres ejércitos distintos en los

¹¹⁹⁰ La información de los tres primeros párrafos está tomada de Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 215 y 217-218.

¹¹⁹¹ Santirso Rodríguez, M. “Prólogo” en Caridad Salvador, A. *El ejército y...* op. cit., p. 11.

principales frentes —Norte, Maestrazgo, Cataluña—, dejaron una impronta indeleble en las tácticas, armamento y organización de las tropas legitimistas. En los demás teatros de operaciones, esencialmente, La Mancha (donde se libró una guerra de caballería con poderosas partidas volantes a caballo, específicas de esta zona), Castilla, Galicia y Extremadura, a pie o a caballo, se adopta el estilo de combate guerrillero, en el que el éxito se cifra más en permanecer activo y desgastar al enemigo que en derrotarlo en el campo de batalla. Por tanto, la logística y la intendencia pasan a primerísimo lugar. El principal objetivo de los guerrilleros es sobrevivir, asegurando su subsistencia, para la que dependen en gran medida de la población de la zona donde actúan. Hace acto de presencia entonces la guerra total, de efectos indiscriminados y particular crueldad, características propias de cualquier guerra civil como lo era esta. Bullón recuerda que las provisiones solían ser proporcionadas por los pueblos, que en caso de negarse podían ser víctimas de crueles represalias¹¹⁹².

Mundet i Gifre destaca como prácticas habituales de las guerrillas catalanas, desde el mismo inicio de la guerra, la ocupación de pueblos para cobrar contribuciones y para requisar todo tipo de recursos necesarios para el combate (evidentemente, usando con frecuencia cierto nivel de coacción, dependiendo siempre de la adscripción ideológica de la localidad en cuestión y del periodo de la guerra en que se ejecutase la acción)¹¹⁹³.

Manuel Santirso Rodríguez, en un estudio sobre el carlismo catalán entre 1837-1840, llega a afirmar que a lo largo de la Guerra de los Siete Años:

“los facciosos no sólo robaron convoyes protegidos por tropas isabelinas o asaltaron diligencias, sino que se llevaron consigo rebaños y cosechas para disponer de una fuente ambulante de provisiones, saquearon pueblos, secuestraron a cambio de un rescate a vecinos, a ediles y a sus mujeres, impusieron contribuciones bajo chantaje, impidieron faenas agrícolas y destruyeron acequias, máquinas, molinos y fábricas”¹¹⁹⁴.

Este historiador pretende, así, resaltar los «espantosos excesos» que, siempre según él, habrían cometido en Cataluña las guerrillas carlistas¹¹⁹⁵. Porque en realidad, para Santirso, se trataría de bandoleros que destruían el país, cogiendo los rebaños enteros, incluso de los propietarios bien conocidos por afectos a la causa, saqueando los caseríos y casas de labor, imponiendo gravosas contribuciones, llevándose rehenes a los que no pagaban y pidiendo sumas exorbitantes por su rescate¹¹⁹⁶.

¹¹⁹² *Ibidem*, pp. 9-12 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 216.

¹¹⁹³ Mundet i Gifré, J.M. *La primera guerra...* op. cit., p. 43.

¹¹⁹⁴ Santirso Rodríguez, M. “El incierto cenit del carlismo catalán (1837-1840)”. En *Gerónimo de Uztariz*, nº 14-15, 1999, p. 175.

¹¹⁹⁵ *Ibidem*, p. 175.

¹¹⁹⁶ *Ibidem*, pp. 153-178.

Y aun así, si todo lo anterior fuese cierto, ¿cómo explicar el gran apoyo popular de que disfrutó el carlismo bélico (por no hablar del precarlismo) en Cataluña entre 1833-1840? Tal vez el respaldo de la población catalana respondió a matices importantes: Santirso en su tesis doctoral señala que, ya desde finales de 1834 las partidas guerrilleras del Principado atravesaban una apurada situación económica por la falta de financiación exterior, añadida a los escasos recursos económicos facilitados por sus apoyos sociales —nobles y clero—. En consecuencia, no es extraño que los principales jefes de partida se vieran forzados a recurrir, cada vez con más frecuencia, a ataques económicos contra objetivos con la estricta y legítima consideración de estratégico-militares (siempre en el marco, no se debe olvidar, de una guerra civil). Se trataban, pues, de ataques totalmente contrarios al planteamiento reduccionista y sesgado de degradarlos a meras actuaciones criminales, robos y secuestros propios de bandoleros, como no deja de reconocer parcialmente el propio Santirso.

Además, recuérdese que operaban en defensa de una cosmovisión contrarrevolucionaria, compartida por una gran mayoría del estrato popular catalán del que, por cierto, procedían un alto número de estos guerrilleros. Entre sus acciones militares más relevantes, cabe mencionar la incautación de la renta de la sal de Cardona (ejecutado por «*el Lleuger de Piera*» en enero de 1834); asimismo, en febrero de 1835 los jefes guerrilleros se comienzan a plantear golpes económicos aún de mayor envergadura y grado de organización contra los intereses del enemigo cristino; así, el intentado el día 11 de ese mismo mes por unos 200 combatientes carlistas que atacaron cerca de Valls (Barcelona) a un convoy de 60 soldados que escoltaban un cargamento de caudales desde Lérida. En otros casos, las guerrillas catalanas se marcaron como objetivo principal conseguir el tan necesario material bélico, como sucedió el 30 de junio de 1835 cuando requisaron en los molinos de Manresa 500 arrobas de pólvora valiéndose de cuarenta mulos. Asimismo, pretendieron colapsar las comunicaciones y transportes oficiales atacando con frecuencia las diligencias (como sucedió con la de Igualada el 20 de abril de ese mismo año) y los correos, desvalijándolos igualmente. Y estos son solo algunos ejemplos destacados de lo que fue la operatividad habitual de las guerrillas catalanas entre 1833-1840¹¹⁹⁷.

Por su parte, Juan Pedro Recio Cuesta cita como acciones típicas de las partidas extremeñas durante la guerra los sorpresivos y rápidos golpes de mano a destacamentos militares aislados; las pequeñas emboscadas a fuerzas enemigas; acciones de sabotaje como la interceptación del correo oficial o impedir la ejecución del proceso de quintas; cortes en las principales vías de comunicación, tanto terrestres como fluviales (inutilizando las diferentes embarcaciones utilizadas para el paso de los ríos Tajo y Guadiana por contingentes militares cristinos); la requisa de alimentos, armas, caballerías, y

¹¹⁹⁷ Este párrafo y gran parte del anterior, están basados en información tomada de Santirso Rodríguez, M. *Revolución liberal y...* op. cit., pp. 147-148.

de municiones, o bien de los caudales precisos para adquirirlos, junto a secuestros y robos como fuente de financiación, practicados principalmente contra hacendados, personas relevantes, funcionarios e incluso títulos nobiliarios de conocida adscripción cristina¹¹⁹⁸.

En cuanto a las potentes guerrillas manchegas, llevaron a cabo una amplia variedad de acciones, destacando sobre todo los asaltos a diligencias, pueblos y destacamentos militares; las requisas en busca de armamento y caballerías; los secuestros de rehenes pertenecientes a las élites enemigas para pedir rescate por su liberación; el boicot de todo el proceso de recluta militar obligatoria gubernamental (obstruyendo el alistamiento y sorteo de quintos, las amenazas y multas a las familias hostiles, e incluso el asalto a los convoyes militares cargados con mozos reclutados o presos carlistas); la sustracción de todo tipo de fondos municipales y estatales —pese a que en los días consignados para el cobro de recaudación de contribuciones solían estar presentes piquetes de vigilancia con tropas regulares, sin embargo los recaudadores guardaban el dinero en sus casas, por lo que las partidas manchegas las asaltaban—; la incautación de tabaco, papel sellado y todo tipo de alimentos, ropas, calzado, joyas o bienes inmuebles de algún valor y el incendio de los registros civiles, persiguiendo la quema de los libros y asientos registrales, archivos, talonarios de contribuciones y los libros de nacimientos y empadronamientos, con lo que los insurgentes carlistas pretendían imposibilitar la elaboración de las listas de mozos para las quintas, dificultar las recaudaciones y eliminar las causas contra sus correligionarios pendientes de sentencia. Además, llegaron a invadir capitales de provincia como Albacete y Cuenca¹¹⁹⁹.

Finalmente, y como colofón a la operatividad guerrillera, debe recordarse que Carlos Canales Torres y Miguel del Rey comentan en su reseñado libro sobre los francotiradores a lo largo de la historia de la guerra, que no se registró durante la Primera Guerra Carlista ninguna acción de lo que la doctrina bélica actual califica como propia de francotiradores, pese a tratarse en gran medida de una contienda bélica guerrillera, ser su uso bastante frecuente en las guerras irregulares y de contarse con la tecnología armamentística suficiente desde al menos el s. XVIII¹²⁰⁰.

¹¹⁹⁸ Recio Cuesta, J. P. *Entre la anécdota...* op. cit., pp. 370-377.

¹¹⁹⁹ Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., pp. 20-21. En el caso concreto de Albacete, Ana María Guerra sugiere que las partidas carlistas albaceteñas a cambio de no atacar la capital, habrían llegado a un acuerdo tácito de forma que cobraban una fuerte contribución a los comerciantes y autoridades civiles locales, permitiendo así la celebración de la Feria. Ver Guerra Martínez, A.M. *Albacete y la 1ª guerra Carlista (1833-1839)*. Murcia: Publicaciones Universidad de Murcia, 1983, p. 19.

¹²⁰⁰ Canales, C.; Rey, M. *Cazadores de almas...* op. cit., nota 23 a pie de página 64.

10.7 La lucha contraquerrillera

El peso principal de la lucha contra las guerrillas carlistas, sobre todo al inicio de la guerra, recayó esencialmente sobre el ejército cristino. Pero a medida que se fueron constituyendo los tres ejércitos legitimistas, las tropas gubernamentales hubieron de centrarse en combatirlos, convirtiéndose en su misión fundamental en los tres teatros de operaciones donde actuaron las fuerzas regulares realistas: Norte, Maestrazgo y Cataluña. Por lo tanto, en el resto de la Península el combate antiguerrillero lo tuvieron que asumir otras unidades gubernamentales, sin olvidar el papel (secundario), que desempeñaron los cuerpos extranjeros que apoyaron al bando cristino durante la guerra¹²⁰¹.

Entrando ya en el análisis de las mencionadas unidades contraquerrilleras, hay que destacar, en primer lugar, a la Milicia Nacional (especialmente los contingentes que componían la llamada Milicia de Campaña), que fue el cuerpo que llevó el peso principal de la lucha contra las partidas carlistas. El 26 de agosto de 1836 se decretó la movilización general de los 155.738 hombres de la Milicia Nacional armada, gran parte de los cuales se utilizaba ya activamente. Muchos miembros de la Milicia Nacional estuvieron siempre desarmados y otros jamás entraron en acción, por lo que no se puede considerar como fuerza movilizada a los cerca de seiscientos mil hombres que figuran en algunos de sus estadillos. Sin embargo, tampoco puede olvidarse la aportación de este instituto armado que perdió miles de hombres, y que en zonas como Cataluña y el Maestrazgo no solo hubieron de enfrentarse a potentes partidas de guerrilleros, sino a ejércitos carlistas constituidos como tales.

Ya quedó dicho que, tal como advierte Bullón de Mendoza, sería un gran error despreciar su actuación desde un punto de vista militar. Si bien en las contadas ocasiones en que esta fuerza hizo frente a las tropas regulares carlistas, su falta de instrucción e ineficacia quedaron claramente de manifiesto, o bien se pueda cuestionar la fidelidad de muchos de sus miembros —entre los que no faltaban los que deseaban ser movilizados por los cuatro reales y el pan que se les daba en dicho caso—, la Milicia fue en todo caso un eficazísimo aliado en la lucha contra el carlismo armado, pues su actuación contra las pequeñas guerrillas legitimistas, así como el servicio de guarnición que efectuaba en numerosas plazas, permitió dedicar a las tropas del ejército regular cristino a misiones de mayor envergadura: de no haber sido así, habrían tenido que dispersarse por todo el territorio español aún más de lo que ya lo estaban. En cuanto a los excesos, Bullón afirma que sus actuaciones tampoco escaparon a ellos, sin que incurriesen en los protagonizados por las partidas francas¹²⁰².

¹²⁰¹ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 197 y 207.

¹²⁰² Para la información sobre la Milicia Nacional de este párrafo y el anterior, ver *Ibidem*, pp. 124, 154, 161-162 y 464-465.

En segundo lugar, destacaron los cuerpos francos o cuerpos provisionales, también conocidos como “compañías de seguridad” (analizados por extenso en esta tesis), y por cuyas filas pasaron unos cincuenta mil voluntarios a lo largo de la guerra, procedentes en su mayoría de los sectores sociales más menesterosos; entre ellos, también hubo pasados o exprisioneros carlistas. Se distinguieron, especialmente, por dedicarse a la caza y captura mediante cualquier medio posible de los guerrilleros carlistas: en este sentido, su actuación revistió, en muchos casos, las características propias de auténticas bandas de forajidos sedientos de botín y de pillaje. Por todo ello, y dado que llevaron a cabo una guerra eficaz y sin cuartel, sabida es la especial aversión que suscitaban estos grupos de mercenarios entre los combatientes carlistas, que no dudaban en fusilar sobre el terreno a todos los que caían en sus manos, tal como ha quedado evidenciado sobradamente en el análisis de la Guerra de los Siete Años.

Entre estas compañías de seguridad, descollaron algunas que comenzaron a actuar ya casi al final de la guerra, por la implacable y feroz persecución de unas casi inermes partidas carlistas, en sus estertores últimos, por lo que no cabía esperar represalias o venganzas de su parte. Por ejemplo, la ya mencionada compañía de tiradores, conocida con el chocante nombre de “Los Chorros” (ver p. 413 y nota 1018 al pie de la misma de esta tesis doctoral), que actuó en la comarca de Mestanza, provincia de Ciudad Real, a partir de agosto de 1839. Asimismo, destacaron por su especial crueldad las creadas en septiembre de ese mismo año por el tristemente célebre, y también ya citado, comandante general cristino de las provincias de Toledo y Ciudad Real, general Trinidad Balboa, organizador en su demarcación de algunas de estas compañías: en este caso, su peculiaridad radicaba en que estaban formadas por antiguos guerrilleros carlistas acogidos a indulto que, como es fácil suponer, eran perfectos conocedores de los lugares de reunión y refugio, así como de los procedimientos y métodos de guerra de sus antiguos compañeros de armas. Así, su persecución y eliminación se tornó más implacable y efectiva aún si cabe. Todo ello dentro de la política de terror y falta total de escrúpulos, suficientemente expuesta, ejecutada por el general Balboa, que terminaron ahogando en un cruel baño de sangre a las partidas carlistas de La Mancha en los últimos meses de guerra¹²⁰³.

En cualquier caso, debe reconocerse que estas unidades irregulares formadas por mercenarios muy variopintos —aunque sometidas a la jurisdicción militar— fueron esenciales en las mencionadas misiones de contraguerrilla y en la defensa local. Vinieron a suplir las carencias del ejército cristino, liberándole de paso de misiones secundarias para concentrarse en el combate contra los soldados carlistas. Bien es cierto que en los teatros de operaciones donde actuaban tropas regulares realistas (especialmente el Norte, pero también en el

¹²⁰³ Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., tomo XVII, p. 120.

Maestrazgo y Cataluña), los efectivos francos no solían alcanzar el volumen deseable por falta de voluntarios para hacerles frente. Otro problema serio radicó en la falta de jefes operativos competentes para dirigir estos grupos contraguerrilleros, que al fin y a la postre, tenían por función combatir al enemigo usando los métodos de éste y acosarle en el interior de su territorio, tarea nada fácil y arriesgada. Por lo tanto, se procuraba que actuasen siempre en sus regiones de origen y con naturales de las mismas¹²⁰⁴.

Por lo que respecta a los cuerpos extranjeros que apoyaron al bando cristino, estaban constituidos por la Legión Británica, la Legión Extranjera francesa y la división auxiliar portuguesa¹²⁰⁵. En cuanto al contingente británico, en junio de 1835 se reclutaron 10.000 voluntarios que no formaban parte del ejército del Reino Unido. Su gran mayoría carecía de experiencia militar y fue reclutada con elementos marginales de las grandes ciudades. De entre sus mandos, sólo diez eran oficiales regulares. El rendimiento de la Legión fue muy discutido y, en general, adquirió una pésima reputación por su comportamiento indisciplinado (en gran medida, debido al abandono que sufrió por parte de la administración cristina). La unidad estaba básicamente formada por infantería, pero contaba con dos regimientos de lanceros, así como componentes de artillería, ingenieros y sanidad. No parece que se significaran especialmente en la lucha contraguerrillera, entre otras cuestiones porque desplegó sus operaciones en el frente del Norte¹²⁰⁶.

Francia, por su parte, recurrió a un método ciertamente original: poner a disposición, gratuitamente, del bando cristino a su recientemente constituida Legión Extranjera, unidad perteneciente al ejército galo. Estaba formada inicialmente por unos 10/12.000 soldados de un calibre muy superior al contingente británico. Sin embargo, resultó difícil de controlar fuera de la línea de fuego. Además, sufrió también el abandono de su gobierno (que se negó a reemplazar adecuadamente sus bajas en hombres y material), mientras el gobierno cristino incumplió sistemáticamente todos sus compromisos en materia de pagas y suministro de víveres y vestuario. Acabó desapareciendo por mera consunción, triste trayectoria para una unidad sobresaliente en el campo de batalla. Formada sólo por infantería, en la península recibió apoyo artillero y dos magníficos escuadrones de lanceros polacos. La Legión Extranjera francesa desembarcó en Cataluña el 16 de agosto de 1835; distribuida en pequeños

¹²⁰⁴ La información de los cuerpos francos como unidades específicamente contraguerrilleras puede consultarse en Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 145-146 y 464-465 y Albi de la Cuesta, J. *El Ejército carlista...* op. cit., pp. 22-25.

¹²⁰⁵ La participación extranjera en la Primera Guerra Carlista está ampliamente tratada en Tanski, J. *El informe Tanski...* op. cit., pp. 167-181; Albi de la Cuesta. "La participación extranjera en la Primera Guerra Carlista". En Bullón de Mendoza, A. (dir.), *Las Guerras Carlistas...* op. cit., pp. 157-165 y Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 403-438.

¹²⁰⁶ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 419-426; Albi de la Cuesta. "La participación extranjera..." op. cit., p. 162, y de este mismo autor, *El Ejército carlista...* op. cit., p. 21.

destacamentos, sus fuerzas participaron en numerosas operaciones contraguerrilleras, especialmente, escaramuzas en las que pudieron comprobar la dureza con que combatían las ya veteranas partidas catalanas —reforzadas, además, por entonces con las tropas expedicionarias de Guergué—. Asimismo, combatieron también en Aragón, participando en diversas batallas contra la Expedición Real. No debe olvidarse el efectivo bloqueo que ejerció esta unidad sobre las fronteras carlistas, tan perjudicial para los combatientes legitimistas, especialmente las guerrillas, y que aplicaron hasta su licenciamiento el 8 de diciembre de 1838¹²⁰⁷.

Por último, Portugal cedió las tropas regulares de la mencionada división auxiliar, unos 6.000 hombres que, en general, se batieron bien en los cerca de dos años que intervinieron en la guerra (diciembre 1835/verano 1837). Al margen de esta unidad, en el vecino país se formó también una brigada de 2.699 soldados, los Granaderos de Oporto y los Cazadores de Oporto, compuesta por mercenarios británicos, portugueses, belgas, franceses, españoles, alemanes e italianos, que fueron arribando a España en sucesivos embarques entre noviembre de 1835 y mayo de 1836. Se distinguieron en diversas ocasiones a lo largo de la guerra, si bien sus efectivos fueron disminuyendo drásticamente al ser imposible encontrar nuevos voluntarios en Portugal. En cuanto al papel contraguerrillero de estos contingentes lusos, no debe olvidarse su contribución a la impermeabilización de la frontera común, pese a que pequeñas y audaces partidas (tanto gallegas como extremeñas, tal como se detalla en esta tesis), cruzasen de vez en cuando los límites fronterizos para buscar refugio o colaborar con sus camaradas miguelistas. Además, tampoco podían recibir ningún tipo de ayuda a través de Portugal, lo que unido al cordón francés y a la vigilancia de los mares por los británicos, dificultaba enormemente a los guerrilleros carlistas poder recibir los tan necesarios suministros del extranjero¹²⁰⁸.

¹²⁰⁷ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 409-417; Albi de la Cuesta. "La participación extranjera..." op. cit., pp. 161-162, y del mismo autor, *El Ejército carlista...* op. cit., pp. 21 y 318-319. Durante algún tiempo el ejército carlista del Norte contó con pequeñas unidades extranjeras, la primera de las cuales se formó con pasados de la Legión Británica, finalmente suprimida por su pésimo comportamiento. Posteriormente, se organizó el llamado "batallón de argelinos", la mayoría de los cuales eran desertores de la legión extranjera francesa. Esta unidad, que nunca excedió de un batallón, fue finalmente disuelta como consecuencia de las numerosas bajas que tuvo durante la Expedición Real. A este respecto, y como ejemplo ilustrativo, valga la ya célebre escena de la batalla de Barbastro (12 de junio de 1837), durante la incursión de los expedicionarios por Aragón, en la que se enfrentaron legionarios destacados en ambos bandos, descrita por Rahden en los siguientes términos: «jamás en mi larga y accidentada vida militar, ni antes ni después, he visto mortandad más terrible. Soldados de ambos bandos se reconocían en la lucha, se llamaban por sus nombres y apodos [...] y se mataban fríamente a tiros o a bayonetazos, después de haber conversado como amigos». Ver Von Rahden, W. *Andanzas de un veterano de la Guerra de España (1833-1840)*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1965, p. 69. También Bullón, en la obra referenciada en primer lugar, menciona a este batallón carlista de argelinos en las pp. 415-416.

¹²⁰⁸ Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., pp. 427-432; Albi de la Cuesta. "La participación extranjera..." op. cit., pp. 162-164 y Sánchez Cervelló, J. *El general Borso di Carminati: héroe de cuatro patrias: Italia, España, Francia y Portugal (1792-1841)*.

10.8 Dureza de la vida guerrillera

La vida del guerrillero de todo tiempo y lugar estuvo marcada siempre, de forma inevitable, por los peligros y avatares propios de toda guerra, el desarraigo, el padecimiento de todo tipo de necesidades y la dureza añadida de la vida en el monte u otras zona geográficas, normalmente inhóspitas. Debe tenerse en cuenta que, en un alto porcentaje, las guerrillas (tal como se definen en esta tesis), eran población civil forzada a combatir en guerras que destruían su vida, familia y medios de subsistencia, en definitiva, su mundo. En muchos casos, lo hacían con plena consciencia y voluntariedad de sus actuaciones, incluso con un fuerte componente de compromiso total e implicación ideológica con la causa por la que luchaban. Este podría ser un rasgo característico de las guerrillas carlistas, movilizadas en defensa de la tradición: Dios, Patria y Rey, resumidamente, de toda una cosmovisión contrarrevolucionaria. Pero ello no obsta para que surja la posibilidad de pensar en otros segmentos sociales guerrilleros que se viesan forzados a emprender una lucha a muerte por la mera supervivencia, sin entender, razonar ni tener la opción de asumir voluntariamente sus planteamientos. Estos insurgentes acabaron combatiendo, pero es difícil no pensar que se verían movidos a hacerlo por pura desesperación y no tener otra opción vital, ante la desesperanza de saber que jamás podrían volver a recuperar las vidas que la guerra les arrebató

La dureza de las condiciones a soportar por los guerrilleros carlistas venía determinada, entre otras cuestiones, por la exigencia de estar en disposición de desarrollar una operatividad constante, no solo temporal o estacional. Las inclemencias del tiempo y de la vida sobre el terreno, destrozaban muy rápido cualquier atuendo o indumentaria (normalmente la civil regional). Y mucho peor era todavía la situación con el indispensable calzado, las sufridas y populares alpargatas —que como ya se dijo hablando de la lógica adaptación de la intendencia guerrillera a las peculiaridades del combate de las partidas—, era un elemento básico y fundamental para unos combatientes en rápido y permanente movimiento, con largas marchas y contramarchas, desplegadas además en terrenos que solían ser impracticables, como los de montaña¹²⁰⁹.

Con respecto a la intendencia, las partidas carlistas (como unidades de combatientes que eran, si bien civiles irregulares), precisaban de todo tipo de abastecimientos y materiales de guerra para poder llevar a cabo su ardua lucha. Para mayor complicación al abastecerse, obviamente, no disponían de los habituales canales reglamentarios de suministro, muy arraigados y organizados ya en los ejércitos regulares del periodo objeto de estudio. Por ello, dependían completamente del apoyo popular para obtener los imprescindibles víveres y recursos de todo tipo. En cuestiones importantes para el combate como el

Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza y Universitat Rovira i Virgili, 2019, pp. 218-234.

¹²⁰⁹ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...* op. cit., pp. 140-143.

calzado o las prendas de vestir, no era raro que cada guerrillero tuviese que proveerse por sí mismo¹²¹⁰.

Los refugios se solían establecer en campamentos, ubicados en las fragosidades de los bosques o en zonas montañosas inaccesibles, sin excluir las cuevas y demás accidentes orográficos. En muchas ocasiones, el acoso y persecución continuos e implacables a que les sometían las fuerzas cristinas obligaban a las guerrillas a vivir en constante itinerancia, siempre en movimiento, e incluso al raso¹²¹¹.

Todo lo expuesto anteriormente sobre la gran dureza y riesgo extremo que entrañan la vida de los guerrilleros, sería difícilmente entendible sin tener muy presentes las características que rigen el desarrollo de la guerra irregular: las guerrillas de todo tiempo y lugar han tenido que afrontar combates despiadados, sin cuartel, por parte de sus enemigos (usualmente, estados más o menos poderosos, pero con toda la estructura administrativa industrial, económica, militar y de seguridad a su alcance, que utilizaban discrecionalmente y sin ninguna restricción). De hecho, nunca ningún estado, ninguna legislación ni los usos y costumbres bélicos han solido reconocer o proteger a civiles que hayan atacado a soldados regulares; siempre recibieron el tratamiento de bandidos, contrabandistas o meros delincuentes.

De resultas, y tal como ocurrió durante la Primera Guerra Carlista, los guerrilleros suelen ser considerados por los gobiernos a los que combaten como meros bandoleros, facinerosos o criminales comunes (“latrofaciosos”, según expresión de las autoridades cristinas habitual entonces), negándoseles toda consideración de combatientes —en este caso, soldados de Don Carlos—. Por lo tanto, nunca lograron acogerse a la legislación reguladora del trato humanitario a los combatientes prisioneros, en este caso, los convenios Eliot y Segura-Lécera.

Efectivamente, Ferrer afirma que la aplicación que hicieron las autoridades cristinas del Convenio Eliot fue absolutamente falaz y arbitraria: su artículo 8 no distinguía entre tropas regulares y fuerzas irregulares, ni establecía la necesaria dependencia de unidades carlistas de otras regiones respecto del ejército legitimista del Norte para poderse acoger a éste convenio. De hecho, los cristinos se negaron rotundamente a todo ello, manteniendo la guerra sin cuartel en La Mancha, Maestrazgo, Aragón, Valencia, Cataluña, Galicia, Extremadura o Castilla, eliminando sin miramientos a los guerrilleros de estos territorios hasta el final del conflicto bélico¹²¹².

Así, los maltratos de todo tipo eran la norma común aplicable. No debe sorprender, pues, que la lucha contraguerrillera tuviese el carácter de una guerra total, de exterminio, una auténtica cacería del hombre por el hombre, sin respetar edad, condición sexual ni ningún otro condicionante que inhabilitase para el combate (el asesinato de los familiares y círculo más próximo de los más destacados partidarios carlistas, sin excluir el de niños y mujeres embarazadas,

¹²¹⁰ Martín Más, M.A. *Los guerrilleros, 1808-1814...*op. cit., pp. 36-37.

¹²¹¹ Martínez Laínez, F. *Como lobos hambrientos...*op. cit., p. 183.

¹²¹² Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...*op. cit., tomo V, pp. 50-52.

estuvo a la orden del día). Tal como exponen Pirala, Ferrer o Bullón de Mendoza, la derrota de las guerrillas equivalía a la muerte, segura e inmediata: los partes del ejército cristino abundan en fusilamientos sobre el mismo campo de batalla. Además, como parte de una política deliberadamente disuasoria, de intimidación o “ley del terror”, en evitación de que la acción de las partidas carlistas pudiese tener continuación, no era infrecuente que al dar caza a algunos de los guerrilleros más destacados sus cuerpos fuesen descuartizados y colocados a la vista del público. Más aún, estas prácticas fueron intensificándose en el periodo final de la Primera Guerra Carlista, especialmente durante el último año, cuando la casi segura derrota militar del legitimismo hacía que ya no fuesen de temer sus lógicas y esperables (por haberse dado ya en fases anteriores) medidas de protección y represalia¹²¹³.

¹²¹³ Fracasados los intentos por ser reconocidos por sus enemigos como soldados de Don Carlos, y excluidos, por tanto de los mencionados Convenios Elliot y del de Segura-Lécera, la actividad de las guerrillas carlistas adquirió plenamente el carácter de una lucha a muerte sin cuartel, donde sólo cabía la eliminación del guerrillero y de todo su entorno social más próximo. Se pueden ver múltiples ejemplos de ello en Ferrer, M.; Tejera, D.; Acedo, J.F. *Historia del tradicionalismo...* op. cit., por ejemplo, en el tomo III, p. 183 y en el tomo XVII, pp. 170-173; Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, A. *La Primera Guerra...* op. cit., p. 217. También Manuela Asensio menciona los fusilamientos indiscriminados de carlistas sin proceso alguno. En Asensio Rubio, M. *El carlismo en...* op. cit., p. 277.

XI. CONCLUSIONES

Investigar la historia militar de las guerrillas carlistas durante la Guerra de los Siete Años no ha sido un ejercicio sencillo. Era un tema de investigación inédito, en el que los historiadores sólo habían hecho aportaciones parciales, sin llegar a dar una visión profunda y de conjunto de este fenómeno histórico. Es más, centrándose en su operatividad contrastada (esto es, las acciones ejecutadas por las partidas legitimistas durante dicha guerra y en toda España), debe tenerse en cuenta que no existen, hasta la fecha, estudios de larga duración generales sobre este aspecto concreto del mencionado movimiento guerrillero. Durante su desarrollo han surgido diversas dificultades, como el contar con fuentes primarias escasas e incompletas, que no facilitan abordar cuestiones como la compleja dialéctica ejércitos/guerrillas carlistas; las especialidades y peculiaridades de las partidas según regiones (que en algunos casos, como el Maestrazgo y Cataluña, permitieron la creación de verdaderos ejércitos con base guerrillera) o la aparición de fórmulas híbridas entre la guerra regular e irregular, especialmente a comienzos y al final de la guerra. En consecuencia, son áreas de investigación que no pueden darse por resueltas. De hecho, la documentación específica sobre las actuaciones guerrilleras típicas —emboscadas, golpes de mano, requisas, sabotajes o represalias—, es, en general, poco detallada, cuando no inexistente, y no ayuda a esclarecer sus repercusiones efectivas sobre el desarrollo general de la guerra.

La historia del carlismo armado está estrechamente ligada a la guerra de guerrillas, de claro e indudable protagonismo durante la Primera Guerra Carlista, tal como se puede comprobar en este trabajo. Una larga tradición militar, de innegables raíces populares, que permite afirmar que las guerrillas constituyen la forma prototípica de combate de este movimiento contrarrevolucionario desde sus mismos inicios. Esa base popular, junto con la capacidad de movilizar grandes contingentes de combatientes, convierten a las partidas carlistas en una clara plasmación práctica (casi icónica) del poderoso concepto de “pueblo en armas”.

Al iniciar este trabajo no se pretendía dar una respuesta definitiva a los múltiples y complejos problemas histórico-militares que se han analizado, sino plantear en forma de síntesis algunos de los elementos clave para poder entender la naturaleza de dichas operaciones guerrilleras. No obstante, de este modo también se quiere destacar, a la vez, el protagonismo de las guerrillas dentro del carlismo armado, las cuales constituyen un elemento central dentro del discurso histórico general de dicha guerra. Además, esto adquiere una especial relevancia si se considera que el bando legitimista tuvo opciones reales de resultar vencedor.

Más aún, puede afirmarse que (tal como se desprende del análisis de sus actuaciones entre 1833-1840, por las magnitudes de combatientes movilizadas y su resistencia a ultranza durante toda la guerra), el gran movimiento guerrillero español por excelencia y también el más exitoso, fueron las irreductibles guerrillas carlistas. En primer lugar, suponen la culminación de casi medio siglo

de guerra irregular en España (1793-1840), periodo durante el cual es posible establecer continuidades e hilos conductores, en forma de elementos que se repiten: acciones y las técnicas empleadas, partidas insurgentes y sus jefes, así como la distribución de los principales frentes guerrilleros. Podría concluirse que, en el aspecto puramente operativo, son cumplidas herederas de todas las guerrillas españolas que les precedieron.

En segundo lugar, se concluye que sostuvieron una parte muy importante —y en múltiples teatros de operaciones, en solitario— del esfuerzo de guerra carlista. Ciertamente que las partidas fueron apoyadas en el Norte, Maestrazgo y Cataluña por ejércitos aliados, a medida que éstos van surgiendo en las diferentes fases del conflicto, a lo que hay que sumar el soporte que recibieron de las divisiones expedicionarias a su paso por diversas zonas (según se estudia en los epígrafes correspondientes). Además, las guerrillas operaron, prácticamente, en todo el territorio peninsular y demostrando una gran capacidad de recuperación. Para comprobar el amplio arraigo, flexibilidad, funcionalidad operativa, así como la gran adaptabilidad y esfuerzo gigantesco, demostrados entre 1833-1840 por las guerrillas carlistas en casi toda España, basta con ver el mapa IX del anexo 12.4 de esta tesis doctoral.

En tercer lugar, es posible concluir que el movimiento guerrillero carlista fue capaz de generar un modelo militar eficaz o exitoso: la constatación más evidente de ello es que a partir de las partidas legitimistas se crearon ejércitos carlistas. Así, dejando de lado el caso de las tropas norteñas —obra de Zumalacárregui casi al inicio mismo de la guerra, utilizando una serie de mecanismos forales como las Diputaciones a guerra vascas y la Real Junta de guerra navarra, los armamentos generales de los llamados “paisanos armados”, así como posibilidades de financiación—, se puede concluir que tanto el ejército de Cabrera en el Maestrazgo como el ejército carlista de Cataluña, creado por el conde de España, surgieron a partir de la práctica de la guerra de guerrillas, constituyendo ambos ejemplos claros de un pueblo alzado en armas, que se organiza para defenderse de un enemigo técnico y materialmente muy superior. Estas tropas nunca perderán sus orígenes, conservando una indeleble impronta guerrillera en su trayectoria operativa.

Aquí se afirma que las guerrillas carlistas eran grupos de civiles armados, sin ningún tipo de condicionamiento ni restricción en cuanto a la edad, sexo, clase social, ubicación geográfica y actividad profesional, siempre que combatesen utilizando métodos propios de la guerra irregular (definidos en el capítulo IV de esta tesis doctoral, dedicado al combate guerrillero). También se puede afirmar, rotundamente, el papel clave y central que desempeñaban en estas unidades armadas irregulares sus jefes respectivos, tal como sucede en cualquier otra guerrilla de cualquier país y época.

Además, según avanzaba la guerra se fue incorporando paulatinamente al “núcleo duro” de las partidas realistas un abigarrado grupo cuyo *modus vivendi* y *operandi* coincidía en gran parte con el practicado por estas guerrillas: de un lado, estaba constituido por elementos delincuenciales y de desarraigados sociales, fundamentalmente, bandoleros y contrabandistas. Asimismo, también

se dieron casos de soldados “dispersos”, “extraviados” o “rezagados” de los ejércitos carlistas (piénsese en los heridos o incapacitados para seguir las agotadoras marchas ejecutadas por las principales divisiones expedicionarias), sumados a los contingentes detraídos por los jefes de las mencionadas expediciones para reforzar a las guerrillas aliadas. Por último, no fue rara la presencia de algunos pasados o desertores de las tropas cristinas. En cuanto a su funcionamiento operativo, aunque la conclusión mayoritaria es que las guerrillas solían operar a pie, también actuaron partidas a caballo: buen ejemplo de ellas son las partidas volantes de “tiradores” o “escopeteros” manchegos, ampliamente analizados en este trabajo.

Por otro lado, la guerra de guerrillas es un recurso táctico habitualmente utilizado a lo largo de la historia en todo el mundo. Esta forma de operar no es más que el intento de un bando de contrarrestar su escasez de medios frente a un enemigo superior en recursos humanos y materiales. Máxime cuando las partidas (como le sucedió a las carlistas), han de actuar solas: recuérdese que al inicio de la Primera Guerra Carlista, ni una sola unidad del ejército fernandino se posicionó del lado legitimista. De este modo, entraron en acción grupos irregulares de guerrilleros, de conformación heterogénea y tamaño muy variable, no necesariamente coordinados entre sí, que basaron su fuerza en el apoyo popular y el perfecto conocimiento del terreno donde operaron, y del que solían ser naturales. Pese a que no resulta sencillo evaluar con exactitud la trascendencia de sus acciones y su repercusión en el desarrollo de la guerra (pudiendo, incluso, dar la impresión en ocasiones de carecer de objetivos militares claros), sí podrían enumerarse las operaciones más frecuentes que llevaron a cabo las partidas carlistas: martillar la retaguardia cristina con continuas emboscadas y golpes de mano; atacar sistemáticamente, debilitando todo lo posible, sus líneas logísticas —suministros, comunicaciones, transporte, sanidad— a través de sucesivas acciones de sabotaje o destrucción, y los intentos de boicotear las quintas gubernamentales. En conclusión, la típica guerra irregular de desgaste, maniobras de distracción y extracción de recursos enemigos.

Los resultados estadísticos que figuran en el anexo 12.3 de esta tesis, permiten afirmar que las partidas carlistas que operaron durante la Guerra de los Siete Años en España ascienden a un total de 374, integradas a su vez por 55.791 guerrilleros (cifras que cabe considerar en estricta consonancia con la que está considerada como la gran guerra de guerrillas por antonomasia de la España contemporánea). Por otro lado, aunque dichas guerrillas se movieron y actuaron por casi todo el territorio español, la información recogida en la cartografía, las tablas y los gráficos estadísticos que se pueden consultar en los anexos de este trabajo, permiten concluir que los principales teatros de operaciones guerrilleros fueron en primer lugar Cataluña, seguida por La Mancha, Castilla, Galicia y el Maestrazgo.

Entre los temas insuficientemente resueltos en esta tesis doctoral está la colaboración durante la guerra de las fuerzas regulares e irregulares carlistas. Es cierto que, como ya se dijo, no abunda la información especializada al

respecto. Tampoco se ha podido investigar en profundidad (dados los lógicos límites de tiempo y espacio en un trabajo de síntesis como debe ser necesariamente este), quedando pendiente para considerar completa una historia militar de las guerrillas carlistas entre 1833-1840. Son varios los escenarios que cabe analizar: por una parte, las partidas que siguieron actuando con independencia una vez surgieron ejércitos en sus zonas específicas de actuación, como sucedió en el Norte, Maestrazgo y especialmente, Cataluña, donde se creó el ejército legitimista más tardío; de otra, está el también complejo asunto de la interacción entre las principales divisiones expedicionarias enviadas por el ejército carlista del Norte y las guerrillas de los distintos teatros de operaciones peninsulares por donde incursionaron aquellas.

Para intentar abordarlos, se han analizado problemáticas como la posible planificación centralizada y de coordinación entre ambas fuerzas; las conexiones, apoyos y operaciones conjuntas entre ambas y la incidencia real de grupos concretos de estas expediciones en las partidas de las zonas incursionadas. Son cuestiones que las fuentes especializadas han desnivelado siempre en favor de los ejércitos carlistas, en los que mayoritariamente han puesto el foco: lógico, dado que han podido disponer para ello de documentación cualificada, como diarios de operaciones, partes de incidencias o hemerografía, no disponible en el caso de las guerrillas —salvo en lo respectivo a la información periodística, casi siempre procedente de prensa del bando enemigo—. A modo de ejemplo de temas relevantes en los que se podría profundizar, estaría cómo influyó un heterogéneo grupo (compuesto por “rezagados”, “dispersos” y “extraviados”, no siempre plenamente identificables con lo que se entiende actualmente por desertores ni con los desaparecidos en combate, sensu stricto; o bien por los heridos expedicionarios) en la dinámica operativa de las partidas que actuaban en los lugares por donde pasaron dichas expediciones.

No son, obviamente, cuestiones fáciles y probablemente se haya de recurrir a investigaciones monográficas y a estudios regionales y locales para intentar aclararlas. Incluso no sería exagerado afirmar que para algunos de los temas que se han planteado, habría que recurrir a análisis casi casuísticos o individualizados. En consecuencia, no se han podido extraer conclusiones definitivas sobre la apuntada colaboración ejércitos/guerrillas carlistas. Tan sólo se han podido proporcionar algunos ejemplos, tal vez no generalizables a todo el conjunto de un fenómeno tan complejo que requerirá, necesariamente, de ulteriores análisis e investigaciones para su conocimiento preciso y actualizado.

Abundando en lo afirmado supra, este trabajo concluye, coincidiendo en parte con Alfonso Bullón de Mendoza, que en ocasiones las expediciones fueron una importante variable militar por varias razones. En primer lugar, por la labor organizativa y de refuerzo de armamento y material que supusieron para las guerrillas de los lugares por donde incursionaron. Segundo, por posibilitar el incremento de la fuerza operativa de las partidas aliadas: era relativamente frecuente que parte de los voluntarios incorporados a las filas expedicionarias en los lugares de paso, incapaces de seguir el ritmo de las continuas y agotadoras marchas, contramarchas y combates —los ya mencionados “rezagados”— ,

formasen pequeñas partidas o incrementasen los contingentes guerrilleros de las ya existentes. Además, en su contacto directo con las mismas, los jefes de las respectivas columnas expedicionarias solían destacar mandos intermedios y algunos soldados de sus divisiones, lo que suponía un importante refuerzo humano cualificado de combatientes, en muchos casos, veteranos. En conclusión, las principales expediciones (la de Gómez, la Expedición Real y, sobre todo, la de Zaratiegui, la más afortunada y exitosa militarmente) contribuyeron a paliar, en cierto modo, el crónico problema de insuficiencia de armamento, municiones y material de guerra sufrido, en general, por la gran mayoría del movimiento guerrillero carlista. Además, sirvieron como refuerzo aglutinante y especializado del personal combatiente de estas partidas.

No obstante, en otros casos es preciso matizar lo afirmado en el párrafo anterior: efectivamente, puede concluirse que no siempre existió tal colaboración entre las fuerzas regulares e irregulares carlistas, observándose también episodios destacados de lo contrario: de hecho, hubo disensiones, hostilidades e incluso sabotajes entre ambas. Buen ejemplo de ellos sería la difícil y tensa relación mantenida entre don Basilio y los principales jefes de las guerrillas manchegas durante la segunda expedición protagonizada por el general carlista riojano a La Mancha. No solo no se entendieron nunca, sino que los duros enfrentamientos estuvieron a la orden del día, llegando don Basilio a amenazar a algunos de ellos con el fusilamiento, a la vez que algunos cabecillas (como el famoso «Palillos») se dedicaron a sabotearle directamente.

Igualmente, está fuera de toda duda y puede afirmarse rotundamente la dureza y gran riesgo que suponía la vida guerrillera. Efectivamente, la existencia de los miembros de las partidas carlistas quedaba marcada gravemente, de forma inevitable e indeleble, por los evidentes avatares y riesgos de la propia guerra: por una lucha a vida o muerte continua, por el desarraigo y por la dureza intrínseca a la supervivencia en entornos geográficos extremos (montes, páramos, bosques). Pero, además, en esta tesis se han aportado numerosos ejemplos que permiten concluir la implacable represión del fenómeno guerrillero carlista por parte del bando vencedor, en muchos casos documentados por las propias fuentes cristinas. Este continuo afán exterminador de los combatientes irregulares legitimistas no es extraño dentro de la dinámica de extrema violencia que suelen generar las guerras civiles, donde se genera todo un cúmulo de actividades que amalgaman desde el crimen político hasta la simple delincuencia, procurando enmascararlas siempre bajo la apariencia de acciones bélicas.

En las guerras civiles suelen difuminarse las fronteras entre frente y retaguardia; entre personal militar y población civil, entre combatientes y no combatientes, entre la acción bélica y las represalias políticas o criminales — todo ello mezclado frecuentemente con rencillas cainitas, odios y venganzas, tan típicos de este tipo de enfrentamientos—. En este contexto deben entenderse los habituales fusilamientos sobre el terreno, sumarísimos, de guerrilleros carlistas, muy presentes en esta tesis. Más aún, las durísimas e indiscriminadas represalias en zonas claramente carlistas sobre la población civil (cooperadora

popular necesaria y red de apoyo social imprescindible), fueron hechos que se repitieron una y otra vez en todos los teatros de operaciones a lo largo de la guerra. De ahí que sea pertinente concluir que fueron elementos estructurales y permanentes, y no medidas circunstanciales o temporales. Todo ello se enmarca también dentro de un periodo en el que se produjo una auténtica revolución, etapa muy convulsa pero clave en la formación del Estado liberal, con altas dosis de violencia política como medio para alcanzar sus fines a toda costa por parte del liberalismo.

Las investigaciones para la elaboración de esta tesis doctoral también permiten concluir que Cataluña fue el principal teatro de operaciones guerrilleras, por lo menos hasta el verano de 1838 (cuando el conde de España creó el ejército carlista catalán, capaz de enfrentarse al cristino en igualdad de condiciones y que pretendía absorber a todas las partidas aliadas, aunque esto no se cumplió a rajatabla). En efecto, las guerrillas carlistas del Principado no tardaron en alcanzar unas dimensiones más que respetables. Tal como señalan fuentes especializadas —Pirala, Ferrer, Mundet i Gifré, Bullón de Mendoza, Santirso Rodríguez—, y a modo de ejemplo, en el Principado operaban ya más de 20.000 guerrilleros a inicios del verano de 1835, coincidiendo con la llegada de la expedición del general Guergué. Se trata de una cifra de combatientes muy importante y, desde luego, sin parangón con ningún otro frente guerrillero peninsular a lo largo de toda la Primera Guerra Carlista.

Apoyan todo lo anterior los resultados estadísticos que se plasman en los anexos de este trabajo, que demuestran claramente que Cataluña está a la cabeza de todos los frentes donde se registró actividad guerrillera carlista entre 1833-1840, tanto en el número total de partidas como en el de combatientes. Además, fue una de las primeras zonas hispánicas en alzarse (si no la primera, al existir combates guerrilleros ya a comienzos de octubre de 1833) y la última en deponer las armas. Los mencionados registros señalan que en esta región actuaron 94 grupos guerrilleros —que suponen el 25,13% de la cifra global de 374 guerrillas que se han podido documentar en toda la península—. En cuanto a los guerrilleros catalanes que integraban dichas partidas, ascienden a 19.810, es decir, el 35,51% del total de 55.571 combatientes irregulares contabilizados en toda España a lo largo de la guerra. Así, se afirma, sin ningún género de dudas, que en ambos conceptos (partidas operativas y guerrilleros integrantes de las mismas), Cataluña ocupa el primer lugar destacado de todas las regiones españolas donde hubo actuación guerrillera carlista.

Evidentemente, este potente y prolongado arraigo guerrillero en el Principado tiene sus antecedentes. Primero, la existencia de dos instituciones de autodefensa específicas y peculiares de la tradición catalana, asimilables a formas de guerra irregular: los somatenes y los “*miquelets*”. En segundo lugar, el pujante movimiento contrarrevolucionario activo en Cataluña: piénsese en la Guerra de la Convención (1793-1795), la Guerra de la Independencia (1808-1814) y la campaña anticonstitucional o realista de 1820-1823, constituyéndose importantes frentes bélicos catalanes en todas estas conflagraciones. Finalmente, estaría lo que las fuentes especializadas definen como

“precarlismo”, claramente detectable en el Principado durante la Revuelta de los *Malcontents* de 1827-1828.

El estudio de los aspectos militares de esta guerra plantea un serio interrogante que mueve a una profunda reflexión: ¿cómo fue posible una guerra civil de siete años y de gran dureza, en una España en la que todo el ejército se mantuvo fiel al gobierno? Especialmente, si se recuerda que el bando carlista contó con posibilidades reales de ganar la guerra. Tal vez, deba concluirse, como lo hacía Evaristo San Miguel, que esto se debió a que el bando cristino estaba respaldado por un ejército, mientras que el carlismo armado representaba a un pueblo alzado en armas. Tanto es así que se puede afirmar que las guerrillas carlistas comenzaron su actuación en la guerra sin apoyo militar alguno; que en gran parte de los teatros de operaciones (salvo en el Norte, Maestrazgo y Cataluña, donde se construyeron ejércitos aliados y los ya mencionados apoyos puntuales de las expediciones a las partidas de los lugares de paso), hubieron de operar casi sin ninguna ayuda y que, al terminar la guerra, continuaron combatiendo también a solas en unas circunstancias prácticamente insostenibles, como puede concluirse del capítulo X de este trabajo, dedicado a la posguerra y la actuación de las partidas carlistas.

Finalmente, debe subrayarse que en este trabajo se ha insistido en que la documentación sobre las guerrillas carlistas y sus acciones, al menos desde el punto de vista histórico-militar, es escasa, fragmentaria e incompleta. Pero, para mayor dificultad, existe otro serio inconveniente para abordar su estudio: como indicó Antonio Moliner Prada, las guerrillas, en general, (y las partidas carlistas, en particular), constituyen un fenómeno histórico prácticamente ágrafo, con ausencia de memorias, correspondencia, autobiografías y demás testimonios escritos o documentos relativos a sus actividades. De ahí que se pueda afirmar que la inmensa mayoría de sus miembros presentan un perfil anónimo. En él se incluyen hombres y mujeres, ancianos y niños, ricos y pobres, élites y campesinos, laicos y religiosos; en definitiva, todos los segmentos de la sociedad civil española en su conjunto. Seres humanos comunes y corrientes, al fin y a la postre. De algún modo, esta tesis pretende recrear a decenas de miles de estas personas, la gran mayoría de ellas desconocidas, sencillas, la carne y la sangre de esta historia. Dicha reconstrucción, muchas veces fallida por la tan reiterada falta de soporte documental, sumada al análisis de estas vidas —vinculadas de una u otra forma a la guerra irregular en el más importante conflicto guerrillero de la España contemporánea—, permite conocer con algo más de detalle a los protagonistas de un suceso histórico que marcó profundamente la Historia de España.

Además, estos protagonistas anónimos combatieron en una guerra que, en no pocas ocasiones, les forzó a abandonar la seguridad del mundo que conocían para situarlos en primera línea de combate. Pero, al mismo tiempo, no eran soldados profesionales, aunque los había con amplia experiencia bélica previa (especialmente, entre los jefes guerrilleros), por lo que muchos de estos insurgentes emprendieron una lucha a vida o muerte movidos por distintas causas: la ideología, el botín, la venganza para resarcirse de las penalidades

sufridas y los daños irreparables que les causaron. Lastrados, además, por la incertidumbre y la desesperanza de saber que jamás podrían volver a las vidas que tenían antes de las operaciones bélicas. De hecho, en ocasiones, en lugar de aferrarse a esas ilusiones pasadas, acabaron asumiendo, en la gran mayoría de los casos, como único objetivo para permanecer integrados en las guerrillas, la pura y simple supervivencia. En todo caso, la hecatombe que supone sufrir una guerra civil de casi siete años —con la dureza y ferocidad que la distinguió desde sus mismos inicios—, coloca a estos guerrilleros al límite de lo humanamente soportable, más allá de cualquier arquetipo o tópico al uso.

XII. ANEXOS

12.1 Gráficos y tablas estadísticas del perfil guerrillero

Los siguientes gráficos y tablas están elaborados a partir de aquellos registros de guerrilleros extraídos de la base de datos Access, de los que se contaba con una información común mínima para poder elaborar un perfil, utilizando los criterios básicos que se explican en el subepígrafe sobre cuantificación y distribución de las guerrillas carlistas del capítulo X de esta tesis doctoral (pp. 485-487).

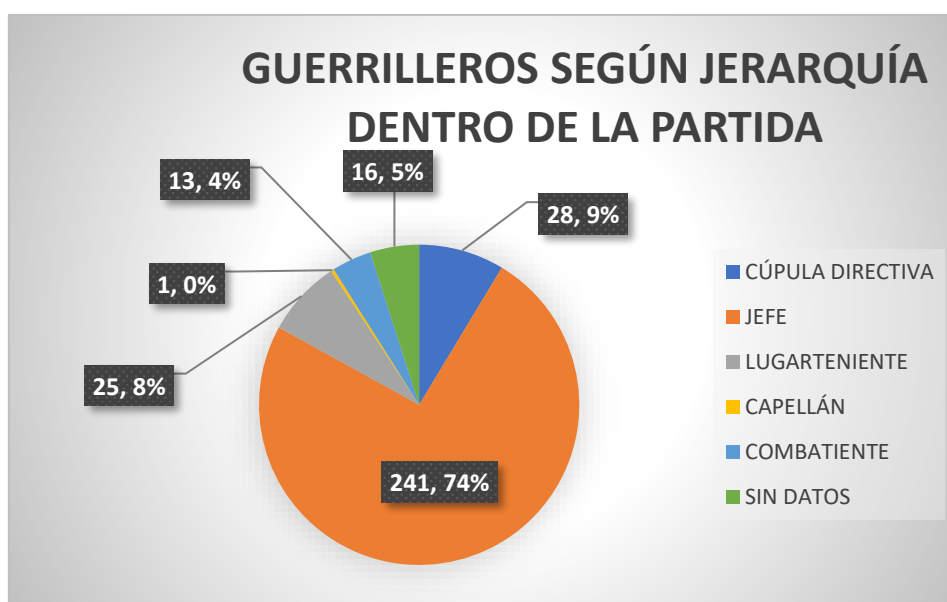


Gráfico 1: Guerrilleros según jerarquía o estatus dentro de la partida

ESTATUS	TOTAL
CÚPULA DIRECTIVA	28
JEFE	241
LUGARTENIENTE	25
CAPELLÁN	1
COMBATIENTE	13
SIN DATOS	16
TOTAL GENERAL	324

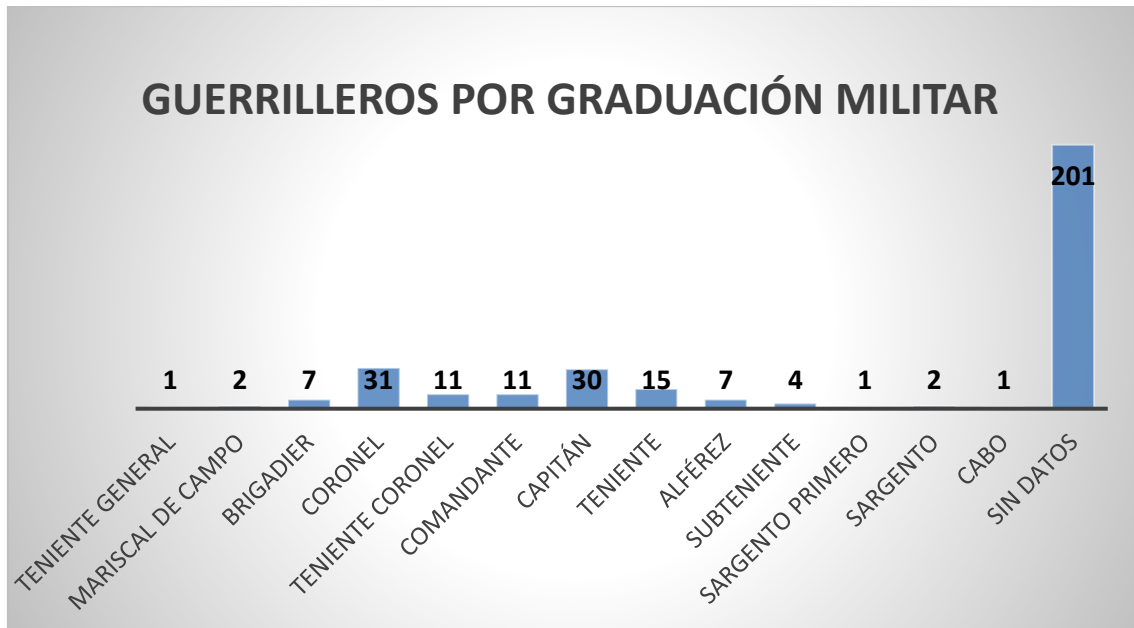


Gráfico 2: Guerrilleros según graduación militar

GRADUACIÓN MILITAR	TOTAL
TENIENTE GENERAL	1
MARISCAL DE CAMPO	2
BRIGADIER	7
CORONEL	31
TENIENTE CORONEL	11
COMANDANTE	11
CAPITÁN	30
TENIENTE	15
ALFÉREZ	7
SUBTENIENTE	4
SARGENTO PRIMERO	1
SARGENTO	2
CABO	1
SIN DATOS	201
TOTAL GENERAL	324

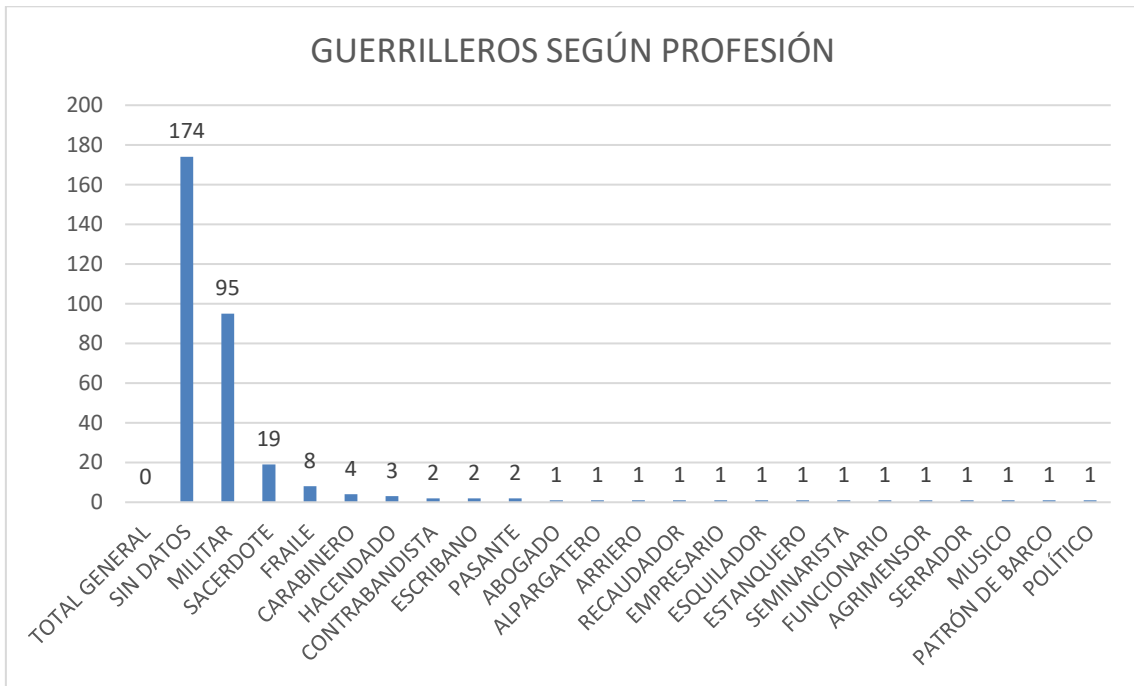


Gráfico 3: Guerrilleros según profesión

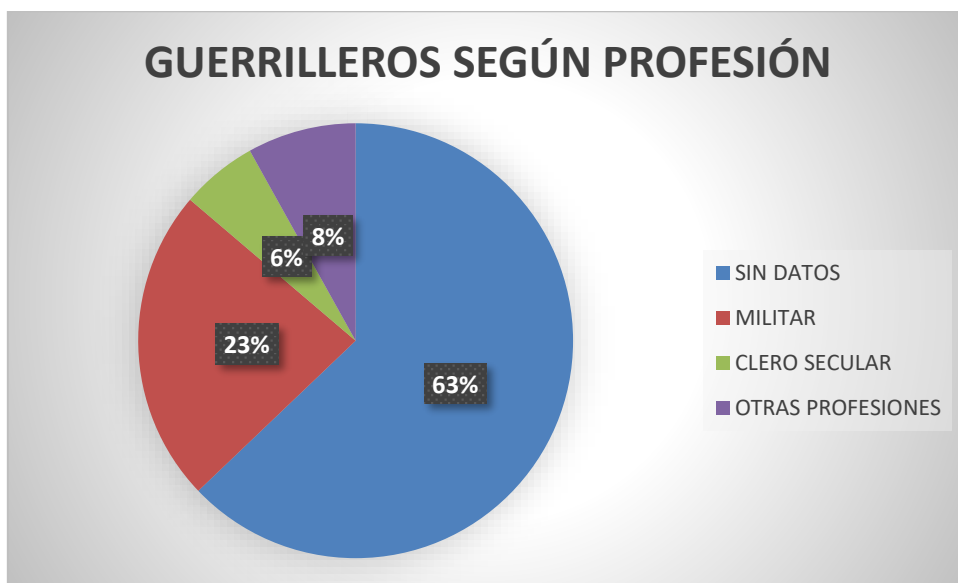


Gráfico 4: Guerrilleros según profesión (porcentaje)

PROFESION	TOTAL
TOTAL GENERAL	0
SIN DATOS	174
MILITAR	95
SACERDOTE	19
FRAILE	8
CARABINERO	4
HACENDADO	3
CONTRABANDISTA	2
ESCRIBANO	2
PASANTE	2
ABOGADO	1
ALPARGATERO	1
ARRIERO	1
RECAUDADOR	1
EMPRESARIO	1
ESQUILADOR	1
ESTANQUERO	1
SEMINARISTA	1
FUNCIONARIO	1
AGRIMENSOR	1
SERRADOR	1
MUSICO	1
PATRÓN DE BARCO	1
POLÍTICO	1
JORNALERO	1

Guerrilleros según Grupo Social

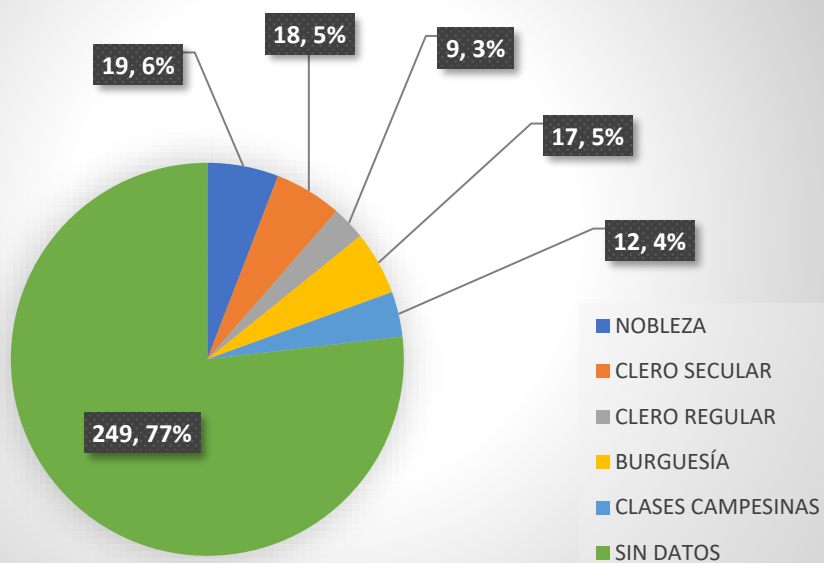


Gráfico 5: Guerrilleros según grupo social

GRUPO SOCIAL	TOTAL
NOBLEZA	19
CLERO SECULAR	18
CLERO REGULAR	9
BURGUESÍA	17
CLASES CAMPESINAS	12
SIN DATOS	249
Total	324

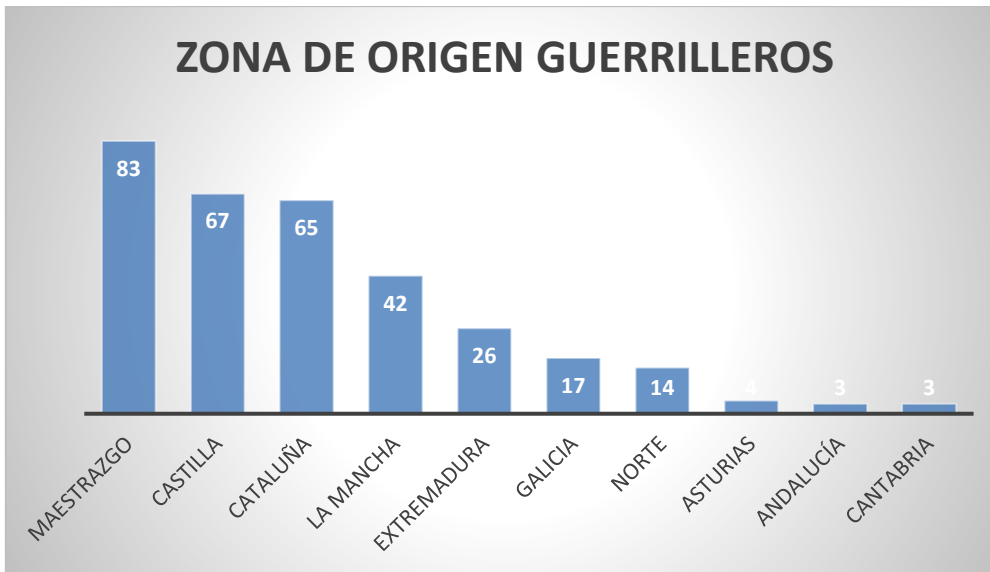


Gráfico 6: Guerrilleros por zona de origen

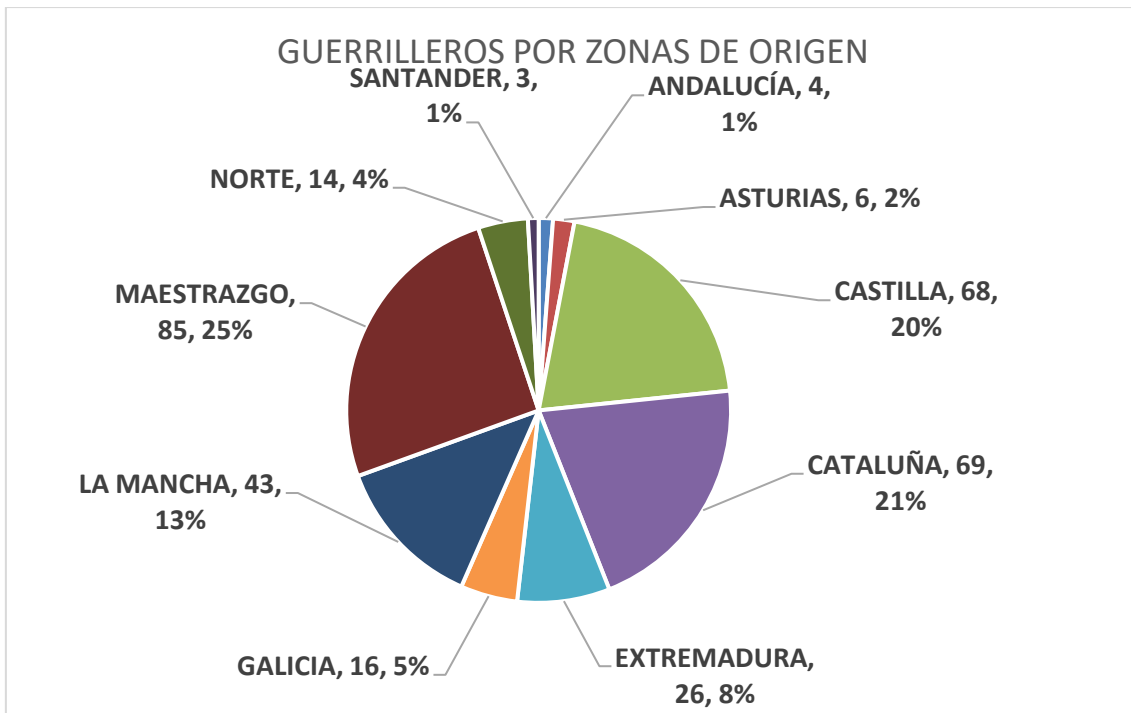


Gráfico 7: Guerrilleros por zonas de origen (porcentaje)

ZONA DE ORIGEN	TOTAL
MAESTRAZGO	83
CASTILLA	67
CATALUÑA	65
LA MANCHA	42
EXTREMADURA	26
GALICIA	17
NORTE	14
ASTURIAS	4
ANDALUCÍA	3
CANTABRIA	3
Total GENERAL	324

12.2 Listado total del perfil guerrillero

Con este listado de los 324 guerrilleros carlistas registrados en la base de datos de Access se pretende completar el perfil guerrillero (proporcionado en el subepígrafe correspondiente del capítulo X de este trabajo), aportando una cierta semblanza en cuanto a su posición jerárquica dentro de cada partida (estatus), edad, experiencia militar antes de 1833, su condición social y familiar, su profesión y su zona de origen. Todo ello enfocado siempre a proporcionar una información complementaria, fundamentalmente, desde el punto de vista de la historia militar.

Dado que los datos que se han podido recoger en los distintos campos de las dos tablas de la base de datos es, en general, incompleta, poco documentada, dudosa e incluso, habitualmente, inexistente, se ha procedido a ordenar esta lista de guerrilleros conforme al único criterio presente en todos y cada uno de los registros: su zona geográfica de origen, en orden alfabético.

ZONA DE ORIGEN	NOMBRE	APELLIDOS	FECHA NACIMIENTO	APODO	PROFESION	GRADUACIÓN MILITAR	GRUPO SOCIAL	ESTATUS
ANDALUCÍA	PEDRO	MUÑOZ		PEDRO DE LOS FRAILES	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
ANDALUCÍA	JOSÉ	MORENO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
ANDALUCÍA		NOGUERA		EL RONDEÑO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
ASTURIAS	FRANCISCO	SUÁREZ BAIÑA			SIN DATOS		SIN DATOS	JEFE
ASTURIAS	BERNARDO	SÁNCHEZ			SIN DATOS		SIN DATOS	JEFE
ASTURIAS	JOSÉ	VILLANUEVA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
ASTURIAS	FRANCISCO	SUÁREZ BAIÑA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	VÍCTOR	GARVIRIZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	JUAN MANUEL	MARTÍN DE BALMASEDA Y PASCUAL	19/11/1798		MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE

CASTILLA	SANTIAGO	GONZÁLEZ-VILLALOBOS Y DÍAZ DE ROZAS			MILITAR	COMANDANTE	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	NARCISO CLAUDIO	ARIAS y SÁENZ DE TEJADA			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	SANDALIO	FERNÁNDEZ CUBERO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	ESTEBAN	MARTÍNEZ			SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
CASTILLA	JERÓNIMO	PERALES			SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	LUGARTENIENTE
CASTILLA	AGUSTÍN	VILLANUEVA GORGOLLO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	FRANCISCO	VIVANCO Y BARBAZA			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	MANUEL	COBO LAVÍN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	MIGUEL MANUEL	MARRÓN Y SANTA CRUZ			MILITAR	COMANDANTE	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	LORENZO	AGUILAR			MILITAR	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	PEDRO	EGUÍA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA		CUADRADO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	GUILLERMO	DÍAZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	GREGORIO	MUÑIZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	JOSÉ MARÍA	ARROYO GARCÍA			CAPITÁN DE CARABINEROS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA				MANTEQUILLA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA				GORRO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	LUCIO	NIETO SAINZ	02/03/1788		MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	ROQUE	MONZÓN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
CASTILLA		HUERTA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
CASTILLA	EUGENIO	BARBADILLO DE MIGUEL		EL ROJO DE PUENTEDURA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE

CASTILLA	LÁZARO	TORRES			SIN DATOS	CAPITÁN	SIN DATOS	SIN DATOS
CASTILLA		BARRIO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
CASTILLA		GARRIDO		EL PASIEGO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA				PIÑONES	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA		BADILLO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	PEDRO	NEGUERUELA MENDI			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	MANUEL	DURÁN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA				ZAMARRAMALA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	NARCISO	SÁNCHEZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	JOSÉ	MARTÍN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	MATÍAS	CHAVARRÍA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
CASTILLA	CASIMIRO DEL	VAL			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	IGNACIO ALONSO	CUEVILLAS REMÓN	15/10/1785		MILITAR	CORONEL	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA
CASTILLA	JERÓNIMO	MERINO COB	30/09/1769	EL CURA MERINO	SACERDOTE	BRIGADIER	CLERO SECULAR	CÚPULA DIRECTIVA
CASTILLA	SEVERO	CASTILLA PORTUGAL			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	MANUEL	JUSTO SALVADOR			SIN DATOS	COMANDANTE	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	ANTONIO	PÉREZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
CASTILLA	JOSÉ	PADIERNA			CARABINERO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
CASTILLA	CALIXTO	OLAYA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	EUGENIO	BARBADILLO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	FELICIANO	BLANCO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	DIONISIO	ARNAIZ		EL TROMPETA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
CASTILLA		ZAMORANO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
CASTILLA				ROJO DE ALUSTANTE	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE

CASTILLA	FRANCISCO DE PAULA	GARCÍA			MILITAR	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	PEDRO	NOZAL			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	URBANO	AGUILAR			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	BERNARDO ALONSO	GAGO CAVIAS		EL TORESANO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	JOAQUÍN	SALBO			MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
CASTILLA	EPIFANIO	CARRIÓN GÓMEZ	07/04/1806	VILLONDO/CHERÍN	MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	JACINTO	MORO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	MIGUEL	SANZ GARCÍA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	SATURIO	ABAD ORDOÑEZ			MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	MODESTO DE	CELIS			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	AGUSTÍN	REY SANTOS			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	ANTONIO	VILLALOBOS VILLALOBOS			MILITAR	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	CIPRIANO DE	LOS CORRALES HERRERO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	SILVESTRE	NAVAZO			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	CALIXTO	QUINTANILLA MATEO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	JOSÉ MARÍA	FUENMAYOR-DÁVILA SALAZAR Y PONCE DE LEÓN			MILITAR	COMANDANTE	NOBLE	CÚPULA DIRECTIVA
CASTILLA	ANTONIO	ARNAIZ		EL ESTUDIANTE DE VILLASUR	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	JACINTO	GUZMÁN VAQUERO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	VICTORIANO	GONZÁLEZ VINUESA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CASTILLA	ANGEL CASIMIRO	VILLALAÍN FERNÁNDEZ	04/03/1814	EL TEMPLAO	MILITAR	SARGENTO PRIMERO	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	AGUSTÍN	SAPERES/SAPERAS		CARAGOL	MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE

CATALUÑA	JOAN	ROMAGOSA Y PROS			MILITAR	MARISCAL DE CAMPO	SIN DATOS	CÚPULA DIRECTIVA
CATALUÑA	BENITO /BENET	TRISTANY I FEIXAS	06/03/1794	MOSSÈN BENET	SACERDOTE	CORONEL	CLERO SECULAR	JEFE
CATALUÑA		CASADESÚS		TUDÓ	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
CATALUÑA	MIQUEL	FONS		LLAUGER DE PIERA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA		TEY			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	PERE	GUITART		EL GRAVAT DE LLINARS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	BLAS MARÍA	ROYO DE LEÓN	03/02/1800		MILITAR	CORONEL	CONDE DE SOLSONA	CÚPULA DIRECTIVA
CATALUÑA	DOMINGO DE	CARALT I PLACIES	04/08/1781		MILITAR	CORONEL	NOBLE	JEFE
CATALUÑA	BENITO DE	PLANDOLIT-TARGARONA Y PONS	15/04/1799	TARGARONA	MILITAR	CORONEL	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA
CATALUÑA	MANUEL	IBÁÑEZ UBACH		EL LLARG DE COPONS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOAN	TORNER/FORNER		EL GRISET DE CABRA	PASANTE DE ESCRIBANO	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	MAURICI	CARRIÓ SERRACANTA	17/02/1779		CONTADOR/RECAUDADOR	CAPITÁN	BURGUESÍA	JEFE
CATALUÑA		MALLORCA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
CATALUÑA	JOSEP	PONS VILADAS/VILADES	20/05/1803	EL PEP DE L'OLI	MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOAN	CAVALLERIA			MILITAR	CAPITÁN		JEFE
CATALUÑA		SAURA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOSEP	TORNER			PASANTE DE PROCURADOR	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOSÉ	GALCERÁN			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	ANTONIO	VALLÉS			MILITAR	ALFÉREZ	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	IGNACIO	BRUJÓ Y GUIBAS	17/12/1791		MILITAR	TENIENTE CORONEL	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA

CATALUÑA	JOSEP	MONTANER			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	RAMÓN	SAMSÓ			FUNCIONARIO	COMANDANTE	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA
CATALUÑA	BARTOLOMÉ	PORREDÓN Y CIRERA		EL ROS DE EROLES	HACENDADO	CAPITÁN	BURGUESÍA	JEFE
CATALUÑA	JOSEP	MASGORET I MARCÓ			HACENDADO	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	CLIMENT	SOBREVIAS		MUCHACHO	MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOSÉP	PUIG		BOQUICA	CONTRABANDISTA	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JUAN	BOSSOMS			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	MARIANO	VILELLA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	AGUSTÍN	CENDRÓS			SIN DATOS	SIN DATOS	CLASES CAMPESINAS	JEFE
CATALUÑA	RAMÓN	BONET			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	PERE	MASSANA I PALOL	20/01/1805	MOSSÈN PERE MASSANA	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
CATALUÑA	ANDREU	TUSELL		MOSSÈN ANDREU TUSELL	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
CATALUÑA	MIQUEL	TRISTANY		EL MANCO/ESGARRAT	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	FRANCISCO	PARÉ		BAGARRO	MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	PABLO	TUSQUELLAS			CLÉRIGO	SIN DATOS	CLERO REGULAR	LUGARTENIENTE
CATALUÑA	VICENT	ESCOLÁ		EL ROYO DE LA CENIA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
CATALUÑA	JUAN	TORMO Y SACO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	ANTONIO	MAS		XAVANA	MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA				VICARIO DE ALFORJA	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
CATALUÑA	CRISTOBAL	VILA			SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE

CATALUÑA		LLOVERA			MONJE	SIN DATOS	CLERO REGULAR	JEFE
CATALUÑA	VICENTE	SARRIÁ			MONJE	SIN DATOS	CLERO REGULAR	JEFE
CATALUÑA		ALDOMÁ/ALDAMA			MILITAR	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	PEDRO	ROCA			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JAIME	POU			MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
CATALUÑA	SALVADOR	MARCET			MILITAR	SUBTENIENTE	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
CATALUÑA	VICENTE	LLORACH BOIX			MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOSEP	PRATS		GRAVAT DE GUISSONA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	ANTONI	BORGES			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	MIQUEL	PUJOL I MALLORCA		MALLORCA	MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOSÉ	COLOMER Y RUIZ		MARI	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	PEDRO	GRAU		EL ESTUDIANTE DE GRAU	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOAN	CASTELL I ROSSELL		GRAVAT D' ÀGER, MOSENYA	MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOSEP	LLUÍS		FRAILE SERVITA	FRAILE	SIN DATOS	CLERO REGULAR	JEFE
CATALUÑA	PATRICI JOSEP	ZORRILLA		SURRILLA	MILITAR	SUBTENIENTE	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JUAN	TORT			ALPARGATERO	SIN DATOS	CLASES CAMPESINAS	JEFE
CATALUÑA	MATIES DE	VALL Y LLAVERÍA			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JACINT D'	ORTEU I D'ALTEMIR			MILITAR	CAPITÁN		JEFE
CATALUÑA	JOSÉ JUAN DE	TORRES			MILITAR	CORONEL	NOBLE	CÚPULA DIRECTIVA
CATALUÑA	JOSÉ	BORGES		BORGETES	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	JOSEP	SEGARRA Y RUBIÓ	08/01/1792		MILITAR	COMANDANTE	NOBLE	CÚPULA DIRECTIVA

CATALUÑA	MIQUEL	PONS VILADAS/VILADES		MIQUEL DE L'OLI	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	RAMÓN	VICENS I PRADA		FELIP	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CATALUÑA	RAFAEL	SALA I DOMENECH	27/06/1811	PLANADEMUNT	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	FÉLIX	CUESTA JIMÉNEZ			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
EXTREMADURA	FULGENCIO	CUESTA GALLEGO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
EXTREMADURA	ANTONIO	CUESTA JIMÉNEZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
EXTREMADURA	JUAN VICENTE	REBOLLO		JUAN VICENTE	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	JOSÉ	CHORRO		EL SARGENTO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
EXTREMADURA	GREGORIO EUGENIO	MORALES HERRERO			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	SANTIAGO	SÁNCHEZ DE LEÓN		SANTIAGO LEÓN	MILITAR	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	MANUEL	MATA/MATAS		EL MANCO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	FELICIANO	CUESTA JIMÉNEZ			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	ALONSO	MUÑOZ		LA TUMBA	MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	SIMÓN	CORDERO OBREGÓN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	JOSÉ	PASCUAL			ESCRIBANO	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
EXTREMADURA	JOSÉ	ÁVILA MERINO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
EXTREMADURA	FERNANDO	SÁNCHEZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	PEDRO	VALENCIA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	FRANCISCO	MONTEJO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	ANTONIO	ROMERO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	JOSÉ	OCANO CAMPANÓN			SIN DATOS	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	MARIANO CEFERINO	DEL POZO		BOQUIQUE	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	FRANCISCO	MENDOZA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	RAFAEL	PULIDO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	FRANCISCO	RINCÓN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE

EXTREMADURA	GENARO	MORALES			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	FRANCISCO	BARBADO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	JUAN	HURTADO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
EXTREMADURA	LORENZO	PIRIS		FRAY LORENZO PIRIS	FRAILE	SIN DATOS	CLERO REGULAR	JEFE
GALICIA	FRANCISCO	SÁNCHEZ SEOANE			MILITAR	SUBTENIENTE	SIN DATOS	JEFE
GALICIA		RAMOS			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
GALICIA	ANTONIO MARÍA	LÓPEZ			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
GALICIA	MANUEL	RODRÍGUEZ			SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	CAPELLÁN
GALICIA	JUAN	MARTÍNEZ VILLAVERDE		EL CURA DE FREIJO/EL ARCEDIANO DE MELLID	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	CÚPULA DIRECTIVA
GALICIA	JAVIER	MARTÍNEZ VILLAVERDE			MILITAR	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
GALICIA	JUAN	LÓPEZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
GALICIA	JUAN BAUTISTA	VIÑAS		EL CAPADOR	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
GALICIA		CARBALLO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
GALICIA	JOSÉ	MARTÍNEZ PONTE ANDRADE			SACERDOTE	CAPITÁN	CLERO SECULAR	JEFE
GALICIA	MANUEL	PÉREZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
GALICIA	ROSENDO	GÓMEZ		EL EBANISTA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
GALICIA	MANUEL	ÁLVAREZ FERNÁNDEZ		EL SEÑORITO DE BULLÁN	HACENDADO	SIN DATOS	BURGUESÍA	JEFE
GALICIA	JOSÉ RAMÓN	GONZÁLEZ SOUTO		EL EVANGELISTA	SACERDOTE	CORONEL	CLERO SECULAR	
GALICIA	MATEO	GUILLADE			SIN DATOS	BRIGADIER	SIN DATOS	JEFE

GALICIA	SATURNINO	ENRÍQUEZ		FRAY SATURNINO	FRAILE	SIN DATOS	CLERO REGULAR	JEFE
GALICIA	FELIPE	ARIAS			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	MANUEL	HERNÁNDEZ		EL ABUELO	MILITAR	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	MANUEL VALENTÍN	ADAME DE LA PEDRADA	06/05/1780	EL LOCHO	PORQUERO/ JORNALERO	CORONEL	CLASES CAMPESINAS	JEFE
LA MANCHA	DÁMASO	FULGOSIO			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	FRANCISCO MARÍA DE	BERNARDO		CHALECO	ESTANQUERO	ALFÉREZ	BURGUESÍA	JEFE
LA MANCHA	ANTONIO	GARCÍA DE LA PARRA GONZÁLEZ-PASTRANA		OREJITA	SIN DATOS	SUBTENIENTE	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	ISIDORO	MIR Y ASCASO	02/01/1777		MILITAR	BRIGADIER	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JUAN VICENTE	RUGEROS		PALILLOS	HACENDADO/AGR IMENSOR	ALFÉREZ	BURGUESÍA	JEFE
LA MANCHA	FRANCISCO	RUGEROS			MILITAR	TENIENTE	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
LA MANCHA	EUGENIO	IBARBA		BARBA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	MIGUEL	VALIENTE			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	FELIX	GARCÍA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA				COLORADO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	FRANCISCO	GARCÍA RAMÍREZ			ABOGADO	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	BENITO	CUERVA		EL LOBITO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	VICENTE	PÉREZ VENTERO		VENTERO/CORULO	MILITAR	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	SANTIAGO	CORNIEL			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JOAQUÍN	TERCERO			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	SANTIAGO	RODRÍGUEZ		ROMPE	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
LA MANCHA	SANTIAGO	CARRASCO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JOSÉ	GONZÁLEZ		PEPÓN	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JOSÉ	MUÑOZ		CENTINELA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	MIGUEL	NÚÑEZ DE ARENAS		EL PASTOR	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE

LA MANCHA	PEDRO	SÁNCHEZ BARBA		MANTECAS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JUAN	DÍAZ RODERO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
LA MANCHA				EL CURA DE LA BADERA	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
LA MANCHA	JOSÉ	MANZANARES		SASTRE	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	FRANCISCO	CUESTA JIMÉNEZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
LA MANCHA	FRANCISCO	MONTEJO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	MANUEL	SÁNCHEZ-MATAS			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	RAMÓN	RODRÍGUEZ CANO		LA DIOSA	MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	PERFECTO	SÁNCHEZ		PERFECTO	SIN DATOS		SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	MARIANO	PECO CANO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JOSÉ	JARA Y GARCÍA	18/02/1788		MILITAR	COMANDANTE	NOBLEZA	CÚPULA DIRECTIVA
LA MANCHA	FRANCISCO	GUERRERO		NANÁ	MILITAR	ALFÉREZ	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	BLAS	ROMO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JOSEFA	ÁNGEL		LA CACHORRA	SIN DATOS	SIN DATOS	BURGUESÍA	JEFE
LA MANCHA	JOSÉ	MOLINA		PAN BLANCO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
LA MANCHA	DOROTEO	BERMEJO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	FELIPE	MUÑOZ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	CASIMIRO	BERMEJO		EL FEO DE BUENDÍA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	CANDIDO	TERCERO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
LA MANCHA	JOSÉ	MILLÁN		EL ARCIPRESTE DE MOYA	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
MAESTRAZGO	COSME	COVARSÍ MEMBRADO	05/11/1772		MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	RAMÓN	CABRERA Y GRIÑÓ	27/12/1808		SEMINARISTA	SIN DATOS	SIN DATOS	CÚPULA DIRECTIVA
MAESTRAZGO	ANTONIO	VALLÉS VALLÉS			MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	VICENTE	CHULVI/CHULVÍ			MILITAR	SARGENTO	SIN DATOS	JEFE

MAESTRAZGO	TOMÁS	CUBERO			MILITAR	COMANDANTE	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO		MAGRANER		MANCO DE ALCOY	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO		MESTRES			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ISIDRO	SÁNCHEZ			TENIENTE DE CARABINEROS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ANTONIO	FUSTER		EL HERRERO DE MEQUINENZA	MILITAR	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ANTONIO	PALACIO			SIN DATOS	CABO	SIN DATOS	COMBATIENTE
MAESTRAZGO	MANUEL	CARNICER GRIÑÓN	10/06/1798		MILITAR	TENIENTE CORONEL	NOBLE	JEFE
MAESTRAZGO	JOAQUÍN	QUÍLEZ			MILITAR	CAPITÁN	NOBLE	JEFE
MAESTRAZGO	JOSÉ	MIRALLES MARÍN	26/06/1792	EL SERRADOR	LEÑADOR-SERRADOR	TENIENTE	CLASES CAMPESINAS	JEFE
MAESTRAZGO				EL MANCO DE ALCOY	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	RAMÓN	MONFERRER		RAMÓN DE CHODOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO		CAPAPÉ		EL ROYO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	PEDRO	SUÑER			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	RAFAEL	RAM DE VIU Y PUEYO BARÓN DE HERVÉS	14/05/1777		POLÍTICO	COMANDANTE	NOBLE	CÚPULA DIRECTIVA
MAESTRAZGO	MATÍAS	SANTOS			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	PEREGRINO	GRAU			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO		TENA			SIN DATOS	BRIGADIER	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ROQUE	LEÓN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
MAESTRAZGO	VICENTE	GIL			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ANTONIO	BORRÁS			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	JUAN	MARCOVAL			MILITAR	COMANDANTE	SIN DATOS	CÚPULA DIRECTIVA
MAESTRAZGO	DOMINGO	FORCADELL Y MICHAVILA	20/01/1800	DOMINGO DEL PEBRE ROIG	MILITAR	CAPITÁN	CLASES CAMPESINAS	JEFE

MAESTRAZGO	PEDRO	BELTRÁN LABERNIA	21/02/1799	PERET DEL RIU		ALFÉREZ	CLASES CAMPESINAS	LUGARTENIENTE
MAESTRAZGO	TOMÁS	MONTEVERDE		EL TUERTO DE SAN MATEO	SIN DATOS	CORONEL	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	JOAQUÍN	BOSQUE			SIN DATOS	SIN DATOS	CLASES ARTESANAS	JEFE
MAESTRAZGO	PEDRO	EGUÍA			TENIENTE DE CARABINEROS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	PEDRO DE	GRIMAREST Y OLLER	31/01/1765		MILITAR	TENIENTE GENERAL	NOBLEZA	CÚPULA DIRECTIVA
MAESTRAZGO	MARIANO	GRANELL			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	MANUEL	AÑÓN MIR	08/01/1797		SIN DATOS	TENIENTE	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ENRIQUE	MONTAÑÉS Y BERDAL			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	FRANCISCO	CONESA			MILITAR	ALFÉREZ	CLASES CAMPESINAS	JEFE
MAESTRAZGO	VICENTE	BARDAVIU Y CLAVERO	01/11/1794		SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	MANUEL	SANZ		EL TUERTO DE ALCALÁ	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
MAESTRAZGO	JUAN BAUTISTA	NEBOT			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	ROQUE	CREMADES			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	JOSÉ	FLORES			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	NARCISO	OLIETE		MALOS OJOS	SIN DATOS	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	IGNACIO	JOVER			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	FRANCISCO	ORNA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
MAESTRAZGO				EL CURA DE LA BODERA	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
MAESTRAZGO	MANUEL	CERCÓS Y JORDÁN		EL MAYORAZGO DE SARRIÓN	MILITAR	TENIENTE	NOBLE	JEFE
MAESTRAZGO	JOSÉ	JOVER			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
MAESTRAZGO	JOSÉ	TORRES			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS

MAESTRAZGO	MIGUEL	ROCALES			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	PEDRO	DE MAR			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	JERÓNIMO	COLLADO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	RAMÓN JAIME	MARTÍN			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	PABLO	GARDÉS			RELIGIOSO	SIN DATOS	CLERO REGULAR	COMBATIENTE
MAESTRAZGO	VICENTE	MÁS			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
MAESTRAZGO	RAMÓN	GER			SIN DATOS	TENIENTE CORONEL	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ANTONI JOAN	PÉREZ		CURA DE GARCIA	SACERDOTE	SIN DATOS	CLERO SECULAR	JEFE
MAESTRAZGO	VICENTE	GUARCH			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
MAESTRAZGO	MARIANO	MASSO		EL BARQUERO DE ESTADILLA	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	JUAN	ESCARDÓ		EL CURA DE LA PUEBLA	SACERDOTE	TENIENTE CORONEL	CLERO SECULAR	JEFE
MAESTRAZGO	JOSÉ	CEBRIÁN		EL CORDERO	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE
MAESTRAZGO	LUÍS	LLAGOSTERA Y CASADEVAL		LLAGOSTERA	MILITAR	CAPITÁN	CLASES CAMPESINAS	JEFE
MAESTRAZGO	ANTONIO	TALLADA Y ROMEU			MILITAR	CAPITÁN	CLASES CAMPESINAS	JEFE
MAESTRAZGO	JOSÉ JOAQUÍN	LLORENS BAYER	12/08/1807	EL ALCALDE DE VILLARREAL	MILITAR	TENIENTE	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA
MAESTRAZGO	FRANCISCO	BELTRÁN Y CABADÉS			MILITAR	CORONEL	BURGUESÍA	JEFE
MAESTRAZGO	JOSÉ	CUBELLS			MILITAR	ALFÉREZ	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	MANUEL	GARZÓN QUÍLEZ			FRAILE DOMINICO	SIN DATOS	CLERO REGULAR	JEFE
MAESTRAZGO	BERNARDO	VIDAL ASENSI			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS
MAESTRAZGO	JUAN BAUTISTA	CASTELLS			MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE

MAESTRAZGO	JOSÉ MARÍA DE	ARÉVALO			MILITAR	CORONEL	NOBLE	JEFE
MAESTRAZGO	JOSÉ	PAPASEIT			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	ISIDRO	ALMENARA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	FELIPE	CALDERÓ NICOLAU		ARRIEMBANDA	PATRÓN DE BARCO	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	VICENTE	HERRERO		EL ORGANISTA	MÚSICO	TENIENTE	BURGUESÍA	JEFE
MAESTRAZGO	MIGUEL	SANCHO		EL FRAILE DE LA ESPERANZA	FRAILE	SIN DATOS	CLERO REGULAR	JEFE
MAESTRAZGO	JUAN MANUEL	CELMA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	VICENTE	BARREDA BOIX	10/02/1795	LA COVA	SIN DATOS	SIN DATOS	CLASES CAMPESINAS	JEFE
MAESTRAZGO	JUAN	PERTEGAZ ARGILES	01/11/1801		MILITAR	TENIENTE	BURGUESÍA	JEFE
MAESTRAZGO	SALVADOR	PÉREZ		EL GAITERO DE VALDEALGORFA	MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	CÚPULA DIRECTIVA
MAESTRAZGO	BENITO	CATALÁN	21/03/1789	EL ROYO DE NOGUERUELAS	ESQUILADOR	SARGENTO	CLASES CAMPESINAS	JEFE
MAESTRAZGO	BENITO	CARBÓ			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
MAESTRAZGO	BENITO	GARCÍA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	LUGARTENIENTE
MAESTRAZGO	JOAQUÍN	PEINADO			ARRIERO/CONTRA BANDISTA	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
MAESTRAZGO	JUAN	CABAÑERO Y ESPONERA	27/01/1799		EMPRESARIO	SIN DATOS	NOBLE	CÚPULA DIRECTIVA
MAESTRAZGO	TOMÁS	PEÑARROYA/PENYA-ROJA	26/12/1805	EL GROC DEL FORCALL	SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
NORTE	FRANCISCO MARÍA	GOROSTIDI IRAZUSTA		EL CARDENAL CANÓNIGO	SACERDOTE	CORONEL	CLERO SECULAR	JEFE
NORTE	JOSÉ	URANGA Y AZCUNE	07/10/1788		MILITAR	BRIGADIER	NOBLE	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	MANUEL	LUCUS ITURRALDE		MANOLÍN	CONTRABANDISTA	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE

NORTE	JUAN ANTONIO	ZARATIEGUI Y CELIGÜETA	27/01/1805		MILITAR	CAPITÁN	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	FERNANDO	ZABALA VIDARTE	29/05/1788		MILITAR	BRIGADIER	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	JUAN ANTONIO	GUERGUÉ Y YÁNIZ	26/06/1789		MILITAR	CORONEL	BURGUESÍA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	RAMÓN	CASTAÑOS			SIN DATOS	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
NORTE	SANTOS	LADRÓN DE CEGAMA	13/11/1784		MILITAR	MARISCAL DE CAMPO	NOBLEZA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	MIGUEL	GOMEZ Y DAMAS	05/06/1785		MILITAR	COMANDANTE	NOBLEZA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	TOMAS DE	ZUMALACÁRREGUI E IMAZ	29/12/1788		MILITAR	CORONEL	NOBLEZA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	ANTONIO	URBIZTONDO Y EGUÍA	17/01/1803		MILITAR	CORONEL	NOBLEZA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	IGNACIO	NEGRI MENDIZÁBAL	02/08/1792		MILITAR	BRIGADIER	NOBLEZA	CÚPULA DIRECTIVA
NORTE	VICTORIANO	CORDEU		EL ROJO DE SAN VICENTE	MILITAR	CAPITÁN	SIN DATOS	JEFE
NORTE	MANUEL	SALVADOR PALACIOS	01/06/1810		SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CANTABRIA		PEDROSA			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CANTABRIA		PICHÓN			CARABINERO	SIN DATOS	SIN DATOS	JEFE
CANTABRIA	JORGE	VIADERO			SIN DATOS	SIN DATOS	SIN DATOS	COMBATIENTE

12.3 Quantificación y distribución geográfica de partidas operativas y sus componentes

Estos gráficos y tablas están elaborados a partir de la hoja de cálculo de Excel, donde se han registrado las partidas operativas, junto con sus guerrilleros miembros, que operaron en las regiones que se indican durante la Primera Guerra Carlista, dando lugar a los siguientes resultados:

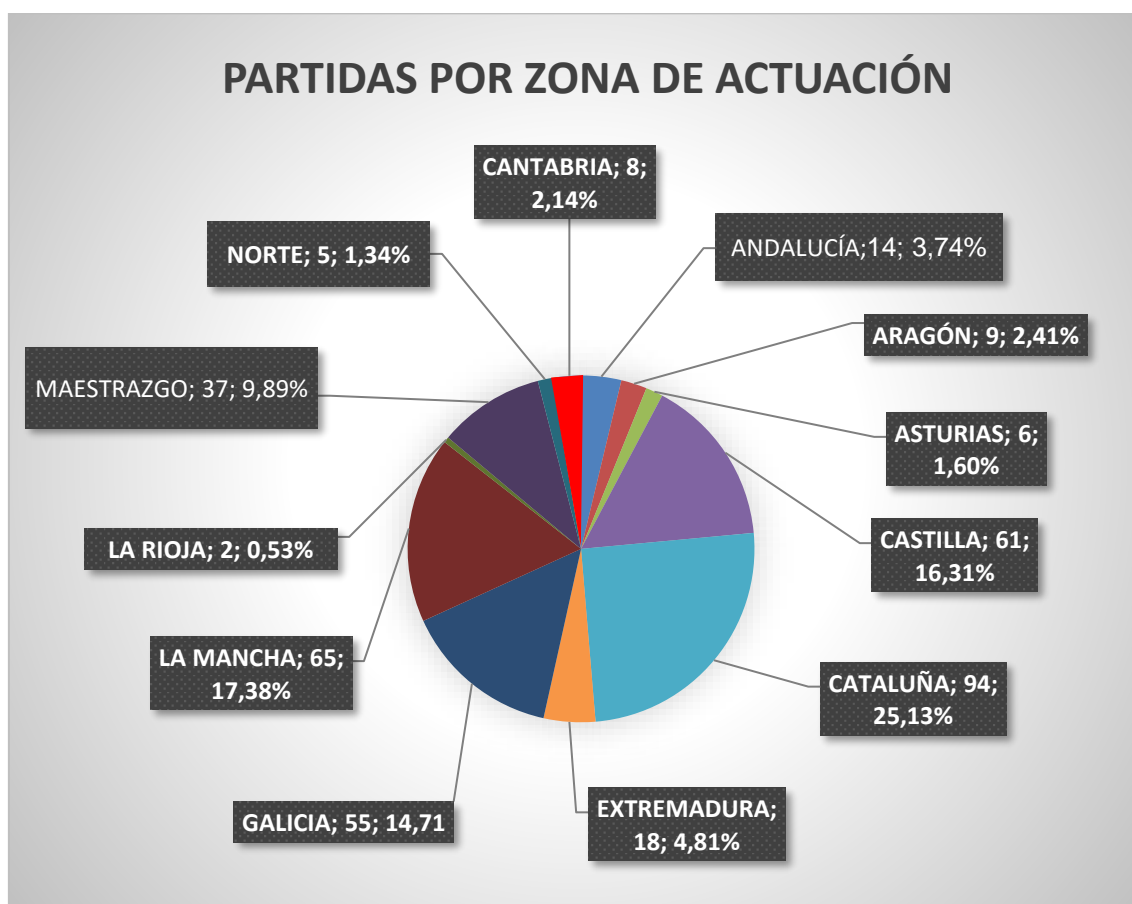


Gráfico 8: Partidas por zonas de actuación

ZONA DE ACTUACIÓN	PARTIDAS	%
CATALUÑA	94	25,13%
LA MANCHA	65	17,38%
CASTILLA	61	16,31%
GALICIA	55	14,71%
MAESTRAZGO	37	9,89%
EXTREMADURA	18	4,81%
ANDALUCÍA	14	3,74%
ARAGÓN	9	2,41%
CANTABRIA	8	2,14%
ASTURIAS	6	1,60%
NORTE	5	1,34%
LA RIOJA	2	0,53%
Total	374	100,00%

COMBATIENTES DE LAS PARTIDAS POR ZONA DE ACTUACIÓN

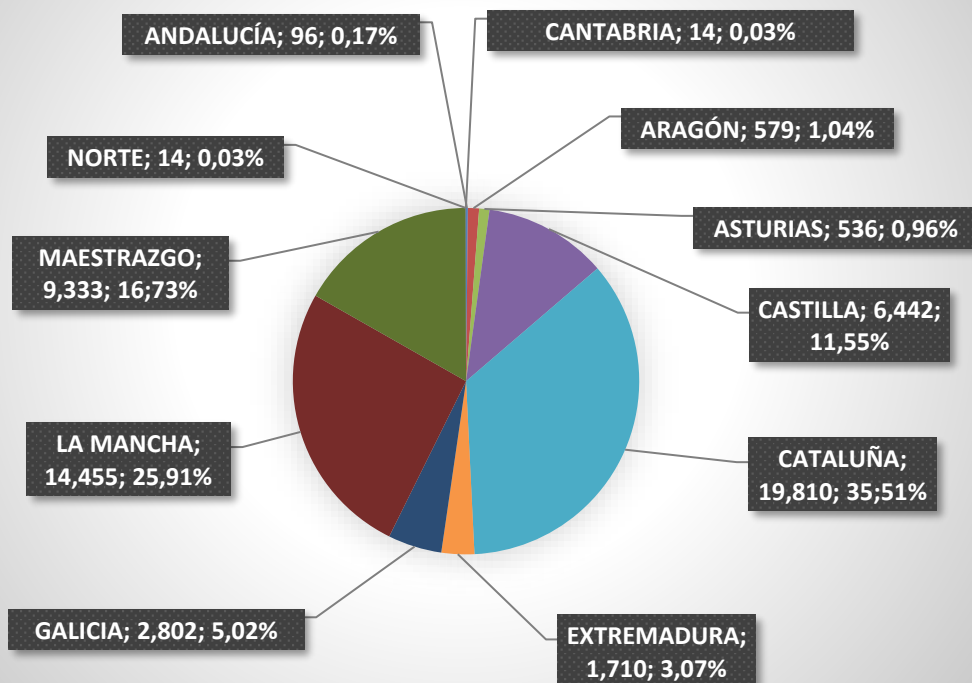
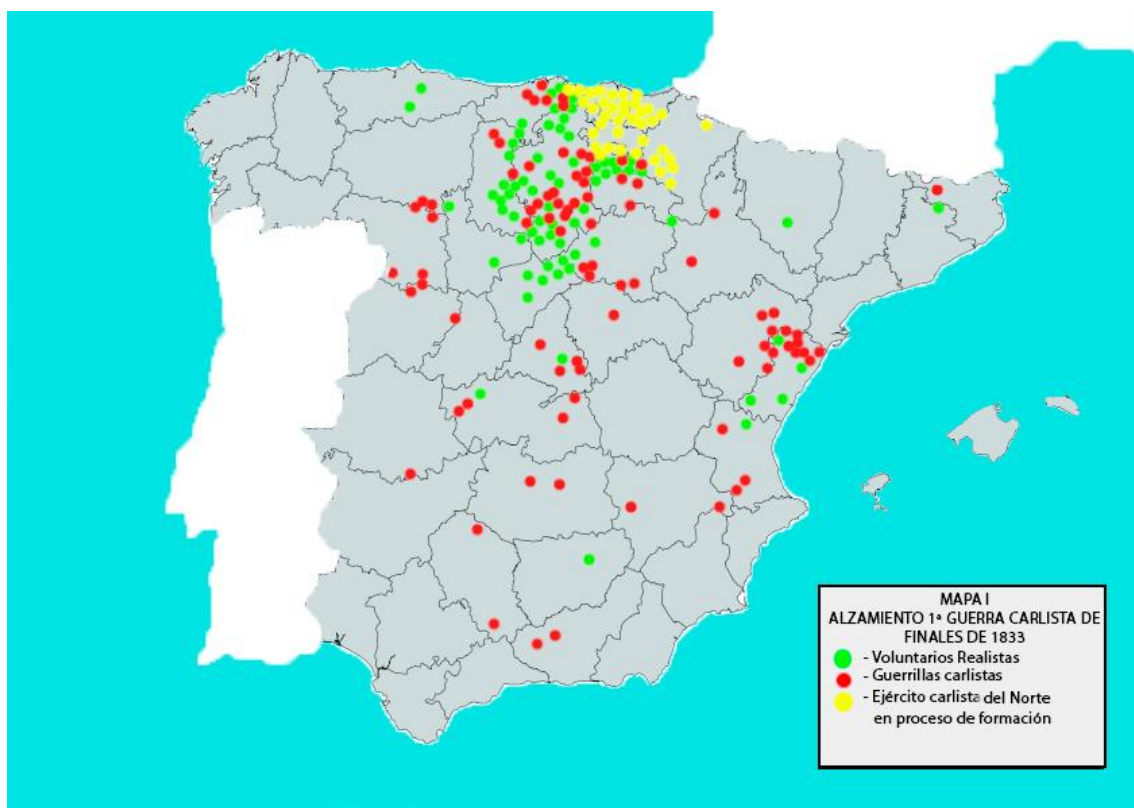


Gráfico 9: Combatientes de las partidas por zonas de actuación

ZONA DE ACTUACIÓN	GUERRILLEROS	%
CATALUÑA	19.810	35,51%
LA MANCHA	14.455	25,91%
MAESTRAZGO	9.333	16,73%
CASTILLA	6.442	11,55%
GALICIA	2.802	5,02%
EXTREMADURA	1.710	3,07%
ARAGÓN	579	1,04%
ASTURIAS	536	0,96%
ANDALUCÍA	96	0,17%
NORTE	14	0,03%
CANTABRIA	14	0,03%
Total	55.791	100,00%

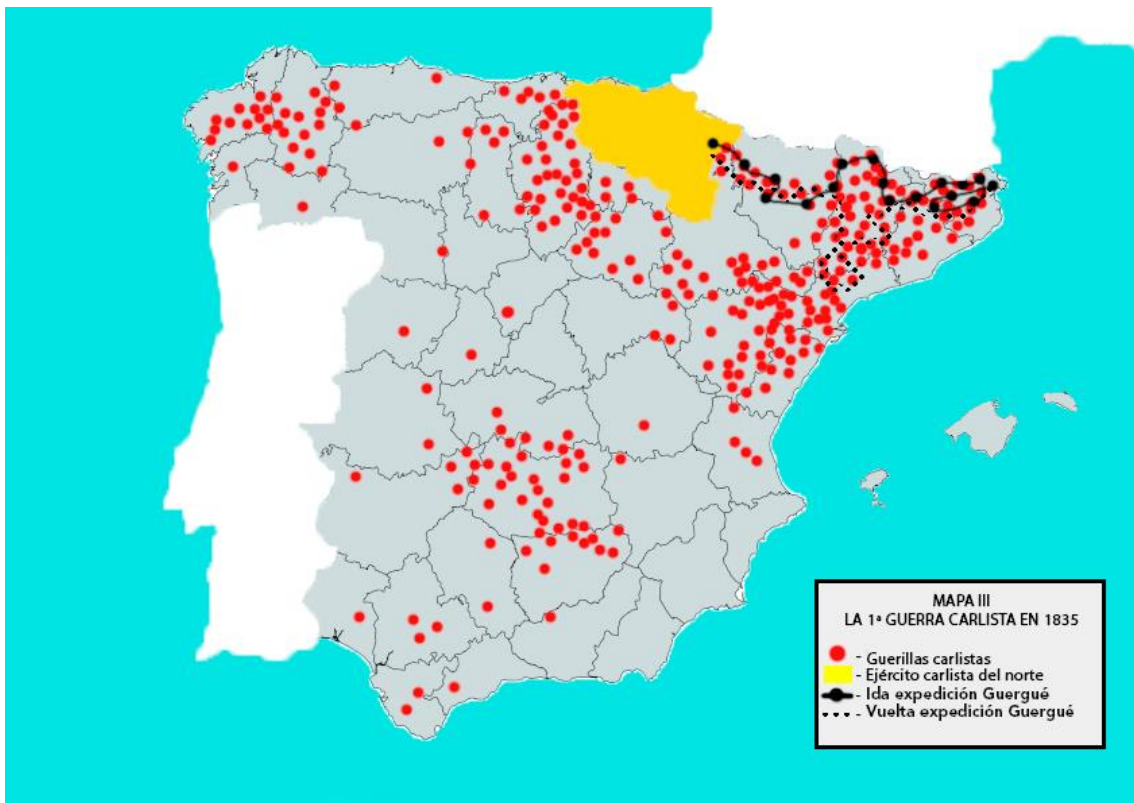
12.4 Mapas: evolución cronológica de las guerrillas a lo largo de la guerra



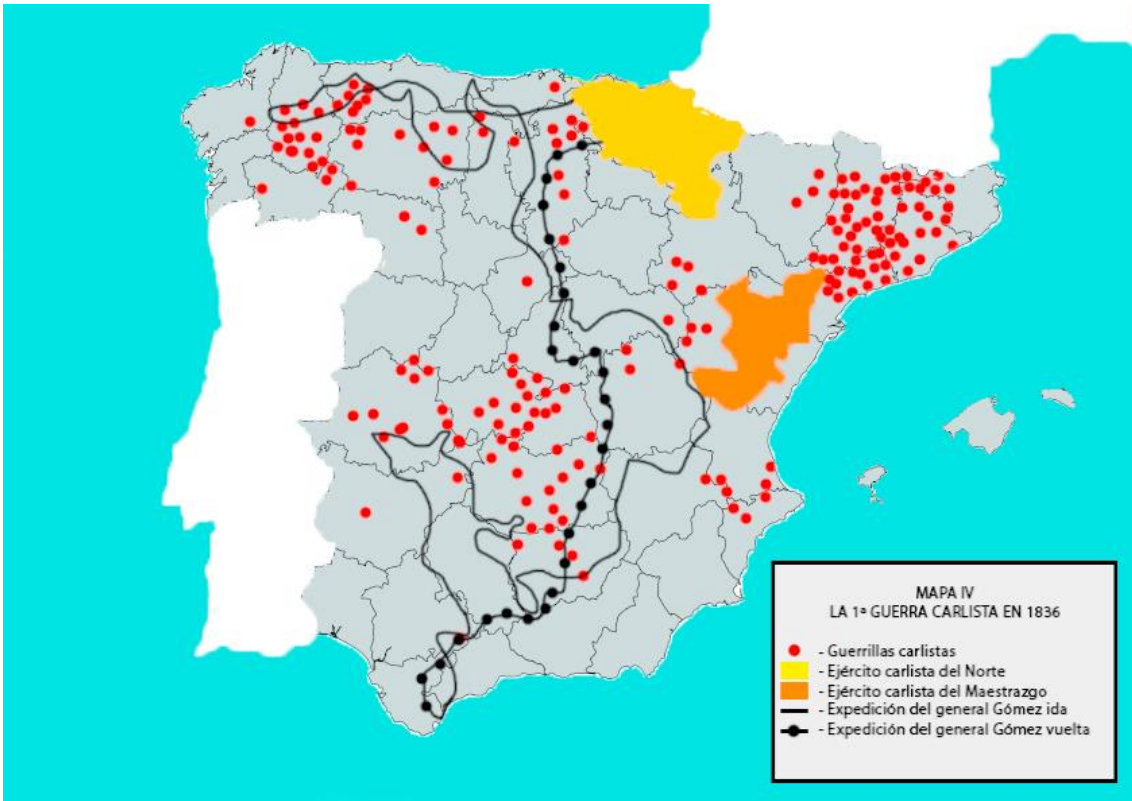
Mapa I: Las guerrillas carlistas en 1833. Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992



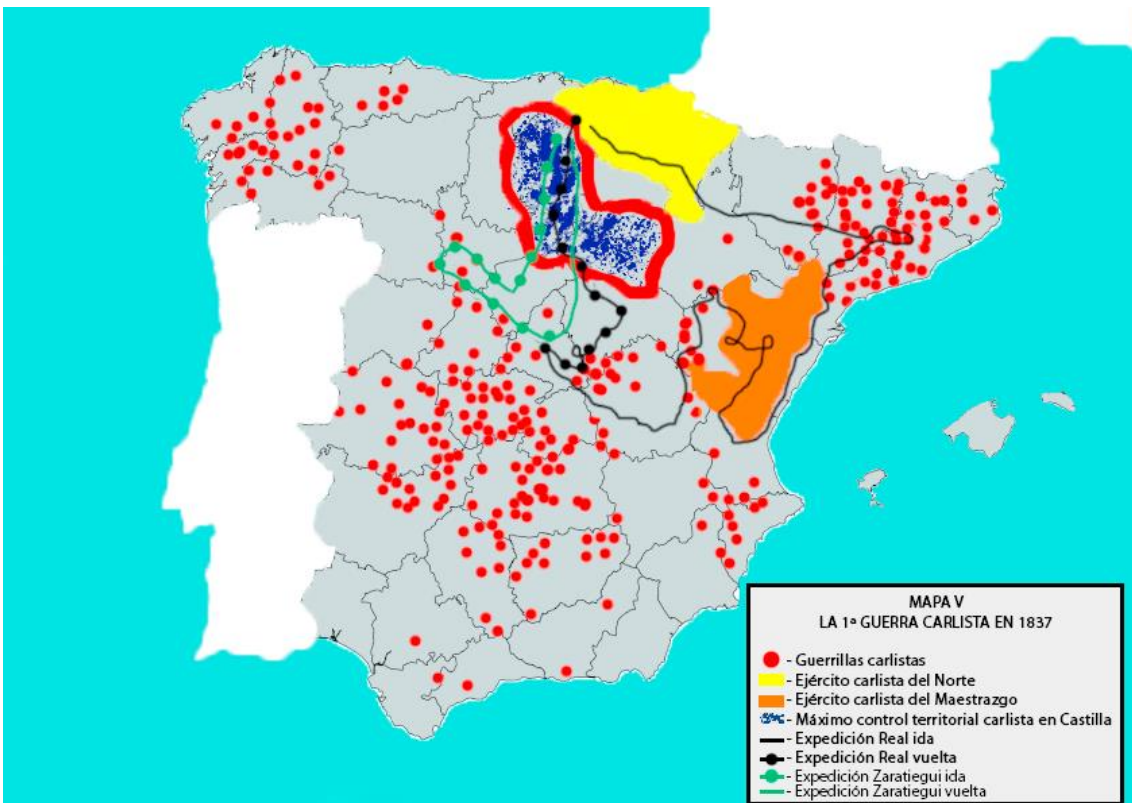
Mapa II: Las guerrillas carlistas en 1834. Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992



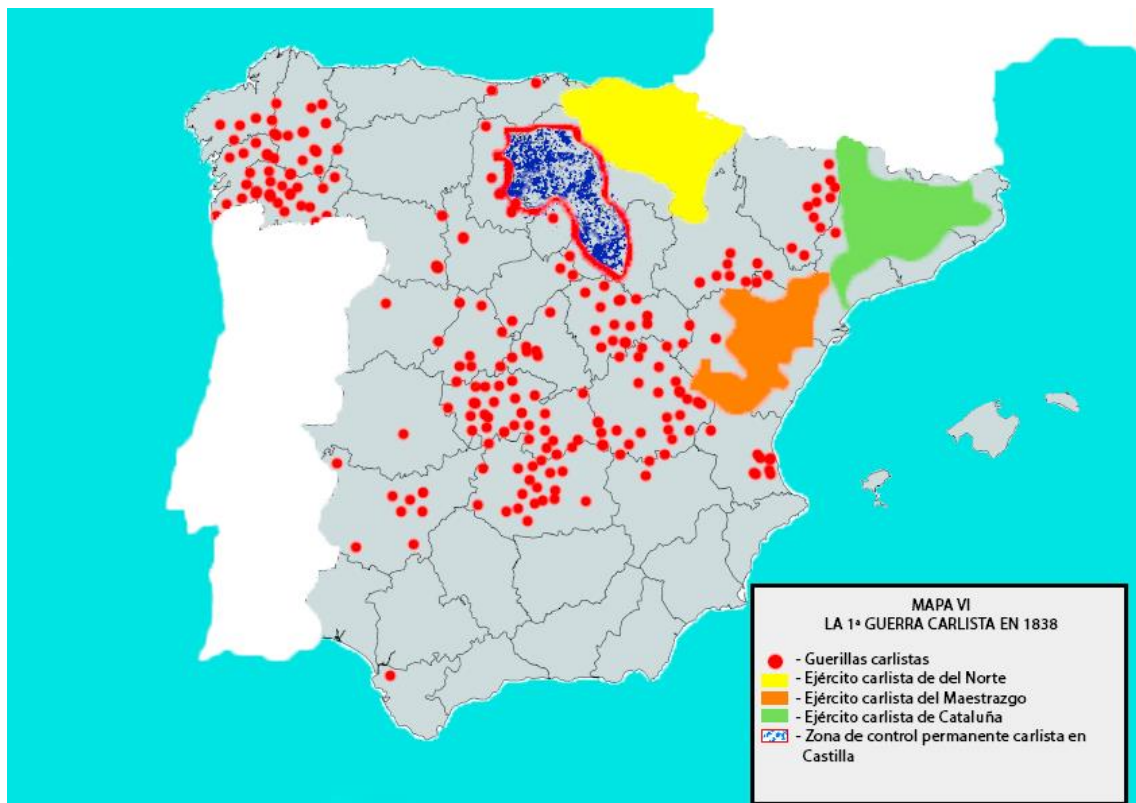
Mapa III: Las guerrillas carlistas en 1835. Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992



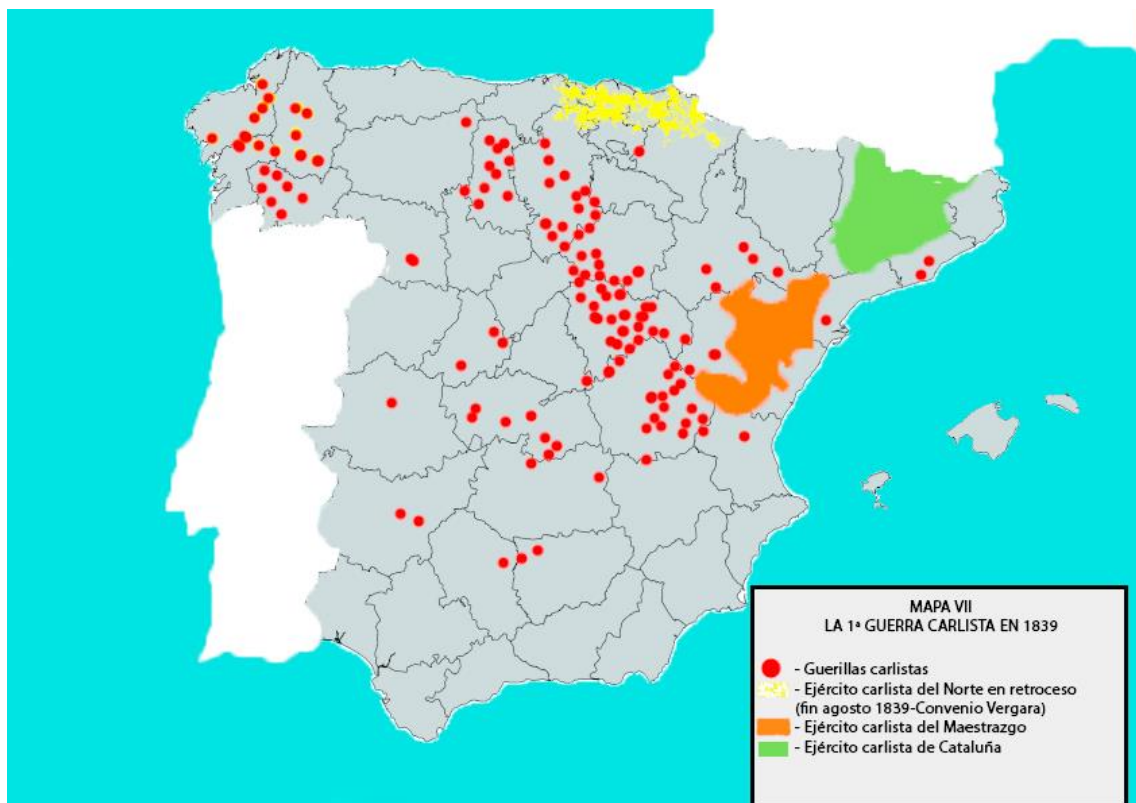
Mapa IV: Las guerrillas carlistas en 1836. Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992



Mapa V: Las guerrillas carlistas en 1837. Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992



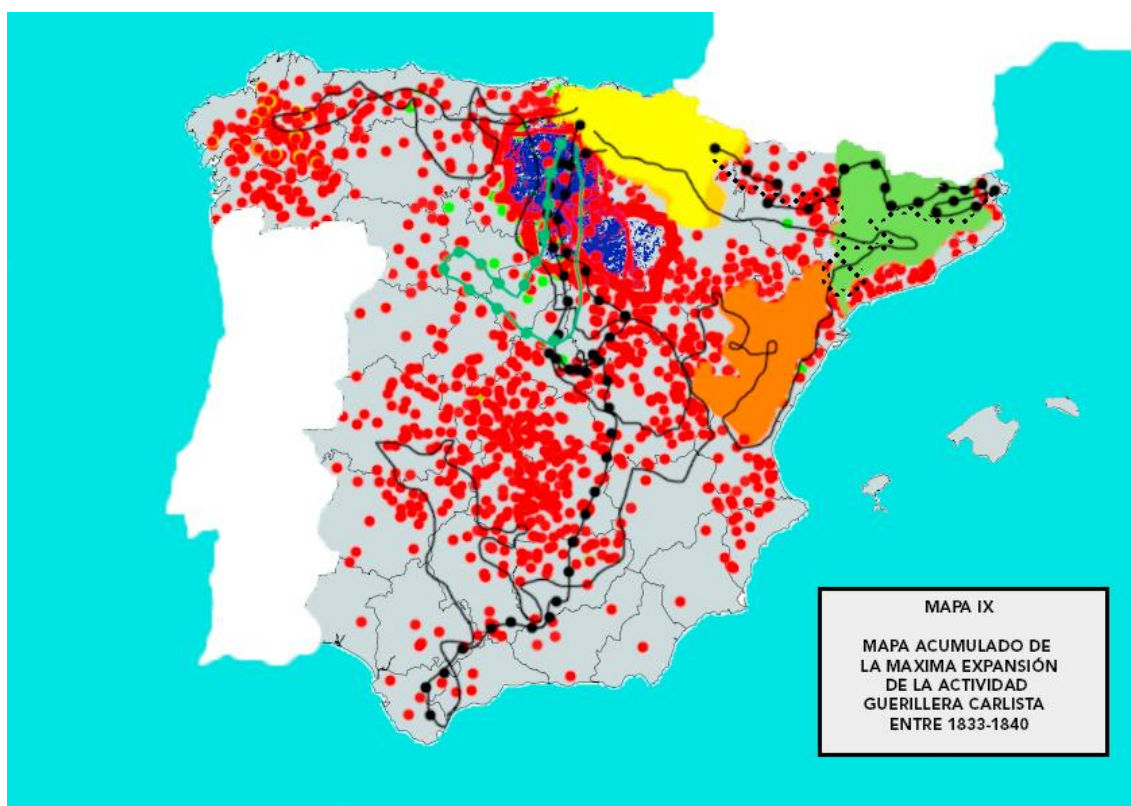
Mapa VI: Las guerrillas carlistas en 1838. Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992



Mapa VII: Las guerrillas carlistas en 1839. Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992



Mapa VIII: La Primera Guerra Carlista en 1840. Elaboración propia



Mapa IX: mapa acumulado de la máxima expansión de la actividad guerrillera carlista (1833-1840). Elaboración propia a partir de Bullón de Mendoza, 1992

XIII. FUENTES

13.1 Archivos

ACM – Archivo Central Militar del Instituto de Historia y Cultura Militar

AGMM – Archivo General Militar de Madrid

AGMS – Archivo General Militar de Segovia

AHN – Archivo Histórico Nacional

AHP – Archivo Histórico de Palacio

AHM – Archivo Histórico Militar de Portugal

13.2 Hemerotecas

HDBM – Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional -
<http://hemerotecadigital.bne.es>

HVPH – Hemeroteca Virtual de Prensa Histórica –
<http://prensahistorica.mcu.es/es/estaticos/contenido.cmd?pagina=estaticos/presentacion>

13.3 Periódicos consultados

El Eco del Comercio

Gaceta de Madrid

El Vapor

Diario de Barcelona

Diario de Tarragona

XIV. BIBLIOGRAFÍA

ALAVI, Hamza. "Peasant classes and primordial loyalties. En *The Journal of Peasant Studies*, 1973, vol. 1, no. 1, pp. 23-62.

ABELLA, Rafael; NART, Javier. *Guerrilleros: el pueblo español en armas contra Napoleón (1808-1814)*. Madrid: Temas de Hoy, 2007.

ALBI DE LA CUESTA, Julio. *El Ejército carlista del Norte (1833-1839)*. Madrid: Desperta Ferro, 2017.

ALBI DE LA CUESTA, Julio. "La participación extranjera en la Primera Guerra Carlista". En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, Alfonso (Dir.). *Las Guerras Carlistas*. Catálogo de la exposición celebrada del 6 de mayo al 13 de junio de 2004 en el Museo de la Ciudad de Madrid. Madrid: Ministerio de Cultura, 2004, pp. 157-165.

ALMAGRO GORBEA, Martín. "Introducción". En Almagro Gorbea, Martín (dir.). *I. Prehistoria y Antigüedad*, en O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo (dir.). *Historia Militar de España*. Madrid: Ediciones del Laberinto y Ministerio de Defensa, 2009, pp. 15-22.

ALMIRANTE, José. *Diccionario Militar*. 2 Vols. Madrid: Ministerio de Defensa, 1989.

ALONSO BAQUER, Miguel. "La reforma militar del siglo XIX". En *Militaria. Revista de Cultura Militar*, núm. 1, pp. 15-26.

ÁLVAREZ REY, Leandro. "El Trienio Constitucional (1820-1823)". En *Historia Contemporánea de España (S. XIX-XX)*. Paredes Alonso, Javier (Dir.). Barcelona: Ariel, 2004, pp.91-102.

ARNABAT MATA, Ramón "El trienio liberal". En García de Cortázar y Ruiz de Aguirre, Fernando (dir.), *Nueva Historia de España. La Historia en su lugar*, tomo 8. *La construcción del Estado liberal (1808-1874)*. Barcelona: Planeta, 2002, pp. 140-143.

ARNABAT MATA, Ramón. "Notes sobre l'aixecament dels malcontents (1827)". En *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, n.º 10, 1999, pp. 107-128.

ARNABAT MATA, Ramón. "Violencia política y guerra civil durante el Trienio Liberal en Cataluña (1820-1823)". En *Vasconia*, n.º 26, 1998, pp. 49-62.

ARÓSTEGUI, Julio. *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2013.

ARÓSTEGUI, Julio; CANAL, Jordi; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo. *El carlismo y las guerras carlistas*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.

ARÓSTEGUI, Julio. "Estudio preliminar". En Pirala, Antonio. *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*. Tomo I. Madrid: Ediciones Turner e Historia 16, 1984, pp. VII-LXVIII.

ARÓSTEGUI, Julio; MARCO, Jorge. "Introducción". En Aróstegui, Julio; Marco, Jorge (eds.). *El último frente: la resistencia armada antifranquista en España (1939-1952)*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 7-14.

ARRILLAGA, Joaquín; AUTIZ, Manuel; ALZURU, Antonio. *Relación histórica de las operaciones militares del Cuerpo de Guipuzcoanos Realistas acaudillados por el presbítero coronel Francisco María de Gorostidi desde su formación en defensa de su religión y de su rey hasta la suspirada libertad de S. M. y de su familia*. San Sebastián: Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1824.

ARTOLA GALLEGO, Miguel. *La España de Fernando VII*. Barcelona: Biblioteca Historia de España, 2005.

ARTOLA GALLEGO, Miguel. "La guerra de guerrillas. Planteamientos estratégicos en la Guerra de la Independencia". En *Revista de Occidente*, nº 10, 1964, pp. 12-43.

ARTOLA GALLEGO, Miguel. "La guerra de la Independencia". En Artola, Gallego, Miguel (coord.), *IV. Edad Contemporánea. El siglo XIX. Vol. I*, en O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo. (dir.). *Historia Militar de España*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015, pp. 37-91.

ASENSIO RUBIO, Manuela. *El carlismo en Castilla-La Mancha (1833-1875)*. Ciudad Real: Almud, 2010.

ASÍN, Francisco. "El exilio carlista". En *Destierros aragoneses: ponencias y comunicaciones*, vol. 2, 1988 (El exilio del siglo XIX y la Guerra Civil), pp. 61-80.

ASÍN, Francisco; BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. *Carlismo y Sociedad, 1833-1840*. Zaragoza: Aportes XIX, 1987.

AYMES, Jean-René. *La guerra de España contra la Revolución Francesa (1793-1795)*. Alicante: Instituto Juan Gil-Albert, 1991.

AYMES, Jean-René. *La Guerra de la Independencia en España*. Madrid: Siglo XXI de España, 1990.

AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico. *Entender la guerra en el siglo XXI*. Madrid: Editorial Complutense, 2011.

BALCELLS, Albert. *Cataluña Contemporánea I (Siglo XIX)*. Madrid: Siglo XXI, 1984.

BARCELÓ RUBÍ, Bernardo. *El armamento portátil español (1764-1939), una labor artillera*. Madrid: San Martín, 1976.

BÁRCENA PÉREZ, Alberto. *La guerra de la Vendée. Una cruzada en la revolución*. Madrid: San Román, 2015.

BAROJA, Pío. *La nave de los locos*. Madrid: Caro Raggio, 1980.

BARRAYCOA, Javier. *Eso no estaba en mi libro de Historia del Carlismo*. Palma del Río: Almuzara, 2019.

BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón. *El carlismo gallego*. Santiago de Compostela: Pico Sacro, 1976.

BLASCO VERDÚ, Domingo; CABRERA CASTILLO, Francisco. *El Frente Invisible. Guerrilleros republicanos 1936-1939. De los "Niños de la Noche" al XIV Cuerpo*. Guadalajara: Silente, 2013.

BOOT, Max. *Invisible Armies. An Epic History of Guerrilla Warfare from Ancient Times to the Present*. New York & London: WW Norton & Company, 2013.

BORDÁS MARCOVAL, José. *Memorias de un voluntario carlista forcallano. A. 1833-1874. La Guerra del Groc*. Forcall: Sant Carles de la Ràpita: Impressor Jordi Dassoy, 1997.

BORJA PÉREZ, Nicolás José. "Armamento portátil de uso en España durante el reinado de Fernando VII y en el transcurso de la Guerra Carlista, 1814-1840", en <http://www.catalogacionarmas.com/public/Cap1-2014.pdf>

BOSCH DORCA, Enrique L. "Los "Matiners", los trabucaires y la Milicia Provincial". En *IV Assemblea d'estudis sobre el comtat de Besalú: actes i comunicacions. Volum I*. Olot: Edicions el Bassegoda, 1983, pp. 235-245.

BOWEN, Wayne H. *Spain and the American Civil War*. Missouri: University of Missouri Press, 2011.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. *Auge y ocaso de Don Carlos: La Expedición Real*. Madrid: Arca de la Alianza Cultural, 1986.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. *La expedición del General Gómez*. Madrid: Editora Nacional, 1984.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. "Las expediciones carlistas en un inédito del General Zaratiegui". En *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 1997, núm. 33, pp. 3-22.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. "La guerra en el norte, 1833-1835". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, n.º 18, agosto-septiembre 2015, pp. 26-34.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. "Las Guerras Carlistas". En Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, Alfonso (dir.). *Las Guerras Carlistas*. Catálogo de la exposición celebrada del 6 de mayo al 13 de junio de 2004 en el Museo de la Ciudad de Madrid. Madrid: Ministerio de Cultura, 2004, pp. 19-67.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. *La Primera Guerra Carlista*. Madrid: Actas, 1992.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. "Prólogo". En Palacio Ramos, Rafael. *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*. Torrelavega: Librucos, 2017, pp. 9-12.

BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. "Prólogo". En Recio Cuesta, Juan Pedro. *Entre la anécdota y el olvido. La Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840)*. Madrid: Actas, 2015, pp. 17-23.

BURGO, Jaime del. *Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas. Luchas políticas*. Pamplona: Imprenta de Navarra, 1978.

CALLES HERNÁNDEZ, Claudio. *La Milicia Nacional en Salamanca durante el Trienio Liberal (1820-1823)*. Tesis doctoral dirigida por Santiago Díez Cano y Ricardo Robledo Hernández, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2015.

CALVÓ PASCUAL, Juan Luis. *Armamento portátil de uso en España durante el reinado de Fernando VII y en el transcurso de la Guerra Carlista, 1814-1840*. En <http://www.catalogacionarmas.com/public/Cap1-2014.pdf>.

CANAL, Jordi. *Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo, 1876-1939*. Madrid: Marcial Pons, 2006.

CANAL, Jordi. "Dios, Patria, Rey. El carlismo en la España del siglo XIX". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, n.º 18, agosto-septiembre 2015, pp. 14-19.

CANAL, Jordi. *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*. Madrid: Alianza, 2000.

CANALES TORRES, Carlos. *La Primera Guerra Carlista: 1833-1840. Uniformes, Armas y Banderas*. Madrid: Grupo Medusa Ediciones, 2000.

CANALES TORRES, Carlos; REY VICENTE, Miguel del. *Cazadores de almas. Francotiradores*. Madrid: Edaf, 2017.

CARIDAD SALVADOR, Antonio. *Cabrera y compañía. Los jefes del carlismo en el frente del Maestrazgo (1833-1840)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2014.

CARIDAD SALVADOR, Antonio. *El carlismo en las comarcas valencianas y el sur de Aragón (1833-1840)*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 2017.

CARIDAD SALVADOR, Antonio. "El carlismo tras la guerra de los Siete Años: la revuelta de 1842-1844 en el Maestrazgo". En *Investigaciones Históricas* n.º 35, (2015), pp. 169-192.

CARIDAD SALVADOR, Antonio. *El ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón : (1833-1840)*. València: Universitat de València, 2013.

CARIDAD SALVADOR, Antonio. "Las guerrillas carlistas del Maestrazgo: organización y funcionamiento (1842-1844)". En *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo* n.º 87 (2012), pp. 81-92.

CARRASCO ÁLVAREZ, Antonio. "Guerrillas". En Diego, Emilio de; Sánchez-Arcilla, José (dirs.), *Diccionario de la guerra de la Independencia*. 2 tomos. Madrid: Actas, 2011, pp. 830-834.

CARRASCO ÁLVAREZ, Antonio. *La guerra interminable. Claves de la guerra de guerrillas en España 1808-1814*. Astorga: CSED, 2013.

CARRASCO ÁLVAREZ, Antonio. "La Guerrilla". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, número especial II, 2012, pp. 48-50.

CASSINELLO PÉREZ, Andrés. "El movimiento guerrillero". En *Historia de la Infantería española. Entre la Ilustración y el Romanticismo*, tomo II. Madrid: Ministerio de Defensa, 1994, pp. 175-214.

CASSINELLO PÉREZ, Andrés. *Los Guerrilleros*. Madrid: Arlanza Ediciones, 2008.

CAZE, Jean François. *Les Agraviados d'Espagne. Suivi de notices sur les hommes qui ont joué un rôle dans les affaires d'Espagne, depuis l'abolition de la Constitution des Corts de 1823*. Paris: Ponthieu et Compagnie, 1827.

CHANDLER, David. *Las campañas de Napoleón. Un Emperador en el campo de batalla: de Tolón a Waterloo (1796-1815)*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.

CHAO, Eduardo. *La Guerra de Cataluña: historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1827 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales / redactada por oficiales que fueron actores o testigos de los acontecimientos, bajo la dirección de D. Eduardo Chao*. Madrid: Imp. y establecimiento de grabado de don Baltasar González, 1847.

CHAO, Eduardo; CHAMORRO BAQUERIZO, Pedro; GÓMEZ-COLÓN DE LARREÁTEGUI, José Agustín. *Galería Militar Contemporánea. Colección de biografías y retratos de generales que más celebridad han conseguido en los ejércitos liberal y carlista durante la guerra civil, con una descripción particular y detallada de las campañas del Norte y Cataluña*. II tomos. Madrid: Sociedad tipográfica de Hortelano y Compañía, 1846.

CHARTRAND, René; DELAMATER, Matthew. *Las campañas de Napoleón. La pintura militar de Keith Rocco*. Madrid: Desperta Ferro, 2017.

CLAUSEWITZ, Carl von. *De la guerra*. Madrid: Ediciones Obelisco, 2015.

CLEMENTE, José Carlos. *Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX*. II tomos. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1985.

CLEMENTE, José Carlos. *Diccionario histórico del carlismo*. Pamplona: Editorial Pamiela, 2006.

CODINA BONILLA, Lluís.: "Sistemas de gestión de bases de datos documentales: características principales y metodología de diseño", en <https://www.lluiscodina.com/wp-content/uploads/2015/07/bases-de-datos-documentales-2015.pdf>.

CODÓN FERNÁNDEZ, José María. *Biografía y crónica del cura Merino*. Burgos: Aldecoa, 1986.

CODÓN FERNÁNDEZ, José María. "En el centenario de Nicolás Hierro. Biografía de Ángel Casimiro Villalaín, general carlista burgalés aliado de Hierro". En *Boletín de la Institución Fernán González*, 2º sem. 1971, Año [50], n.º 177, p. 807-812.

COMELLAS GARCIA-LLERA, José Luis. *Los realistas en el Trienio Constitucional*. Pamplona: Estudio general de Navarra, 1958.

COMESAÑA PAZ, Alfredo. "Armas inglesas para Don Carlos: el incidente de la Express Packet". En *Hispania*, 2018, vol. LXXVIII, n.º 260, septiembre-diciembre, pp. 731-758.

COMESAÑA PAZ, Alfredo. *Hijos del trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y el norte de Portugal*. Madrid: Schedas, 2016.

COMESAÑA PAZ, Alfredo. "Información sobre las guerrillas carlistas en Galicia (1833-1840)". Comunicación de Comesaña Paz, Alfredo a Posada Moreiras, Javier. Correo electrónico, 09 de mayo de 2021, 11.42 h.

CÓRDOBA, Buenaventura de. *Vida militar y política de Cabrera*. Madrid: Imprenta y Fundición de don Eusebio Aguado, 1844-1845.

DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis. "El movimiento guerrillero en la Guerra de la Independencia". En *La Guerra de la Independencia (1808-1814). El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2007, pp. 107-125.

DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis. "Guerrilla y geografía: el movimiento insurgente en el mapa de la Andalucía napoleónica (1810-1812)". En *Anuario, Real Academia de Bellas Artes de San Telmo*, 2009, nº 9, 2009, pp. 140-152.

DIEGO, Emilio de. *España, el infierno de Napoleón. Una historia de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008.

DU CASSE, Hermann. *Ecos de Navarra o Don Carlos y Zumalacárregui. Hechos históricos, detalles curiosos, y recuerdos de un oficial carlista*. Madrid: Boix, 1840.

ELTON, Hugh. "¿Una Eficaz Máquina De Matar?". En *Desperta Ferro: Especiales*, 2017, n.º XIII, pp. 12-16.

ESDAILE, Charles. *España contra Napoleón: Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*. Barcelona: Edhasa, 2006.

ESDAILE, Charles; HERNÁNDEZ ENVIZ, Leonor. "The Anatomy of a Research Project: The Sociology of the Guerrilla War in Spain, 1808-14". En Esdaile, Charles (ed.), *Popular Resistance in the French Wars. Patriots, Partisans and Land Pirates*. New York: Palgrave Macmillan, 2005, pp. 115-136.

ESPOSITO, Gabriele. *Armies of the First Carlist War. 1833-39*. Oxford: Osprey Publishing, 2017.

ESPOZ Y MINA, Francisco. *Memorias del General Don Francisco Espoz y Mina escritas por él mismo, publícalas su viuda Doña Juana María de Vega, condesa de Espoz y Mina*. Madrid: Imprenta y Estenotipia M. Rivadeneyra, 5 tomos, 1851-1852.

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJÉRCITO. *Campañas en los Pirineos a finales del siglo XVIII: 1793-1795*. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1949-1959.

ESTEBAN RIVAS, Alberto Raúl. "La ofensiva del Marqués de Los Vélez". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 44, febrero-marzo 2020, pp. 28-36.

ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl; SICILIA CARDONA, Enrique F. *La Guerra del Rosellón:(1793-1795): España contra la Francia revolucionaria*. Zaragoza: HRM Ediciones, 2017.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor. "Introducción". En Burgo, Jaime del. *Bibliografía del siglo XIX. Guerras Carlistas. Luchas políticas*. Pamplona: Imprenta de Navarra, 1978, pp. XXI-XXIII.

FERRER, Melchor; TEJERA; Domingo; ACEDO, José F. *Historia del tradicionalismo español*. Sevilla-Madrid-Sevilla: Ediciones Trajano, Editorial Tradicionalista, Editorial Católica Española, 1941-1979, 30 tomos.

FERRER-DALMAU, Augusto. *El hierro y la pólvora. Las armas del pintor*. Barcelona: Planeta, 2020.

FERRER-DALMAU, Augusto; CANALES TORRES, Carlos; REY VICENTE, Miguel del. *De Felipe V a Felipe VI. Trescientos años del ejército español*. Madrid: Edaf, 2018.

FOLGUERA Y BARBOSO, M. *Las Escuadras de Cataluña*. Barcelona: Ediciones Populares, 1915.

FONTANA, Josep. "La época del liberalismo". En Fontana, Josep; Villares, Ramón (dirs), *Historia de España*. Vol. 6. Madrid: Crítica/Marcial Pons, 2011.

FRASER, Ronald. "Identidades sociales desconocidas. Las guerrillas españolas en la Guerra de la Independencia, 1808-1814". En *Historia Social*, nº 46, 2003, pp. 3-23.

FRASER, Ronald. *La maldita guerra de España: Historia Social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Barcelona: Crítica, 2006.

FRASER, Ronald. *Las dos guerras de España*. Barcelona: Crítica, 2012.

GALLART FERNÁNDEZ, Felip; LLADONOSA GIRÓ, Vicent. "Josep Pons Viladas. El Bep De l'Oli (1803-1860)". En *URTX: revista cultural de l'Urgell*, n.º 30, 2016, pp. 132-146.

GALLEGO GARCÍA, José Antonio. *Ángel Casimiro Villalaín: el héroe olvidado*. Madrid: Asociación Editorial Tradicionalista, 2020.

GALLEGO GARCÍA, José Antonio. *El Cura Merino, el vendaval de Castilla*. 2 vol. Legardeta: Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 2018.

GALLEGO GARCÍA, José Antonio. *El levantamiento carlista de Castilla la Vieja*. San Sebastián de los Reyes: Actas, 2002.

GALLEGO GARCÍA, José Antonio. "Primera Guerra Carlista: La Expedición Sanz (14 a 24 de septiembre de 1834)". En *Aportes*, año XXX (1/2015), pp. 159-202.

GAMBRA CIUDAD, Rafael. *La primera guerra civil de España (1821-23): Historia y meditación de una lucha olvidada*. Madrid: Ediciones Nueva Hispanidad, 2006.

GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Ángel; RUIZ ASTIZ, Javier. *Militares carlistas navarros (1833-1849)*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra, 2017.

GOEBEN, August von. *Cuatro años en España [1836-1840]: los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. esbozos y recuerdos de la guerra civil*. Pamplona: Institución Príncipe de Viana, 1966.

GÓMEZ DE ARTECHE, José. *Guerra de la Independencia: Historia Militar de España de 1808 a 1814*. 6 vols. Madrid: Impr. y lit. del Depósito de la guerra, 1886.

GONZÁLEZ SUÁREZ, José A.; BORJA PÉREZ, Nicolás José; HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, María Dolores. "Las armas en las Guerras Carlistas". En Bullón de Mendoza, Alfonso (Dir.): *Las Guerras Carlistas*. Catálogo de la exposición celebrada del 6 de mayo al 13 de junio de 2004 en el Museo de la Ciudad de Madrid. Madrid: Ministerio de Cultura, 2004, pp. 167-184.

Guerrilles al Baix Llobregat. Els "carrasquets" del segle XVIII, i els carlins i els republicans del segle XIX. Barcelona: Publicacions de la Abadia de Montserrat, 1986.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón. "Las guerrillas de la Guerra de la Independencia: de partidas a divisiones (1808-1814)". En *Militaria. Revista de Cultura Militar*, núm. 7, pp. 345-357.

GUERRA MARTÍNEZ, Ana María. *Albacete y la 1ª Guerra Carlista (1833-1839)*. Murcia: Universidad de Murcia, 1983.

HENNINGSEN, Charles F. *Campaña de doce meses en Navarra y las provincias vascongadas con el general Zumalacárregui. traducida directamente del inglés por Román Oyarzun*. Madrid: Imp. Juan Pueyo, 1935.

HERNANDEZ CARDONA, Francesc Xavier; RIART, Francesc. *Els exèrcits de Catalunya (1713-1714). Uniformes, equipaments, organització*. Barcelona: Rafael Dalmau editor, 2007.

HERNÁNDEZ CARDONA, Francesc Xavier; RIART, Francesc. "Los últimos austracistas. El ejército de Cataluña (1713-1714)". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 10, mayo-junio 2014, pp. 14-19.

HERNÁNDEZ CARDONA, Francesc Xavier; RUBIO CAMPILLO, Xavier. *Breve historia de la guerra moderna*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2010.

HERNÁNDEZ CARDONA, Francesc Xavier; RIART, Francesc; SOSPEDRA, Rafael. "La Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña". En *El mon de Gaspar de Portolá*. Lleida: Josep Lluís Ribes Foguet ed., 2017, pp. 169-189.

HERNANDO, Agustín. *El Atlas geográfico de España (1804) producido por Tomás López*. Madrid: Centro Nacional de Información Geográfica, 2005.

HOBBSAWM, Eric. *Gente poco corriente: resistencia, rebelión y jazz*. Barcelona: Crítica, 2015.

HOGG, Ian V.; BATCHELOR, John. *The Complete Handgun: 1300 to the Present*. New York: Gallery Books, 1979.

HORTA RODRÍGUEZ, Nicolás. "Sociología del movimiento guerrillero". En *Historia Social de la Fuerzas Armadas. Revolución Nacional e Independencia*, vol. 8, Madrid: Ministerio de Defensa, 1986, pp. 311-337.

HUNTINGTON, Samuel. "Introduction". En Osanka, Franklin Mark (ed.). *Modern Guerrilla Warfare: Fighting Communist Guerrilla Movements*. New York: Free Press Ed., 1962.

IDOATE IRAGUI, Florencio. "La merindad de Tudela durante la Guerra Realista". En *Príncipe de Viana*, 1966, vol. 27, nº. 104, pp. 277-300.

IRIBARREN RODRÍGUEZ, José María. *Espoz y Mina. El Guerrillero*. Madrid: Aguilar, 1965.

JOES, Anthony James. *Guerrilla Warfare: A Historical, Biographical, and Bibliographical Sourcebook*. Westport: Greenwood Press, 1996.

JOVER ZAMORA, José María. "Prólogo". En *Historia de España* (dir. Ramón Menéndez Pidal). *La Era Isabelina y El Sexenio Democrático (1834-1874)*, tomo XXXIV. Madrid: Espasa Calpe, 1981, pp. XX-CLXII.

KALDOR, Mary. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Madrid: Tusquets, 2001.

LA PARRA LÓPEZ, Emilio. *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*. Madrid: Síntesis, 2007.

LAFUENTE, Modesto. *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*. Madrid: Establecimiento tipográfico de D. Francisco de P. Mellado, 1850-1866, 29 vols.

LAQUEUR, Walter. "The Origins of Guerrilla Doctrine". En *Journal of Contemporary History*, 1975, vol. 10, nº. 3, pp. 341-382.

LAWRENCE, Thomas Edward. *Guerrilla*. Madrid: Acuarela, 2004.

LICHNOWSKY, Félix. *Recuerdos de la Guerra Carlista:(1837-1839)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1942.

LIND, William S.; NIGHTENGALE, Keith; SCHMITT, John F.; SUTTON, Joseph W. y WILSON, Gary I. "The Changing Face of War: Into the Fourth Generation". *Marine Corps Gazette*, October 1989, pp. 22-26.

LOSADA MALVÁREZ, Juan Carlos. *De la honda a los drones. La guerra como motor de la historia*. Barcelona: Pasado & Presente, 2014.

LOSADA MALVÁREZ, Juan Carlos. *Historia de las guerras de España: de la conquista de Granada a la guerra de Irak*. Barcelona: Pasado & Presente, 2015.

LOVETT Gabriel H. *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España Contemporánea*, 2 vols. Barcelona: Península, 1975.

MARQUESS OF LONDONDERRY. *Speech of the Marquess of Londonderry on Spanish Affairs, in the House of Lords, June 19, 1838, with Notes & Illustrative Statements*. London: Hatchard & Son, 1838.

MARTÍN GAITE, Carmen. *El proceso de Macanaz: historia de un empapelamiento*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.

MARTÍN GAVILLERO, Miguel. "Las gavillas carlistas en la jurisdicción de Mestanza". Artículo consultado en <https://miquelmartingavillero.es/uncategorized/las-gavillas-carlistas-en-la-jurisdiccion-de-mestanza/>

MARTÍN, Andrés. *Historia de la División Real de Navarra, contra el intruso sistema, llamado constitucional, y su gobierno revolucionario. Por D. Andrés Martín, cura párroco de Ustároz*. Pamplona: Imprenta de Javier Gadea, 1825.

MARTÍN MÁZ, Miguel Ángel. *Los guerrilleros, 1808-1814*. Madrid: Andrea Press, 2005.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando. *Como lobos hambrientos: los guerrilleros en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Madrid: Algaba Ediciones, 2007.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, Miguel Ángel. "Cataluña: una sociedad fracturada en el umbral de la guerra". En *Desperta Ferro Historia Moderna*, nº 44, Febrero-Marzo 2020, pp. 14-19.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. "La guerrilla y la Guerra de la Independencia". En *Militaria. Revista De Cultura Militar*, n.º 7, pp. 69-81.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Policías y proscritos: Estado, militarismo y seguridad en la España Borbónica (1700-1870)*. Madrid: Actas, 2014.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. "Prólogo". En Pascual, Pedro. *Curas y frailes guerrilleros en la guerra de la independencia: las partidas de cruzada, reglamentadas por el carmelita zaragozano P. Manuel Traggia*. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", 2000, pp. 5-10.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique; MAQUEDA ABREU, Consuelo; DIEGO, Emilio de. *Atlas histórico de España II*. Madrid: Istmo, 1999.

MAYOR, Adrienne. *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad*. Madrid: Desperta Ferro, 2018.

MEJIA GODEO, Andrés. *El carlismo en Calzada de Calatrava*. Puertollano: Ediciones C&G, 2018.

MENA MARQUÉS, Manuela B. *Goya en tiempos de guerra*. Madrid: Museo nacional del Prado, 2008.

MESEGUER FOLCH, Vicent. "El final de la Primera Guerra Carlista en el Maestrazgo". En *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, n.º 4 (octubre-diciembre), 1983, pp. 35-42.

MIRÓ SOLÁ, Lluís. "El carlí Martíà Serrat i Miró. El capitost de la frontera". En <http://segledinou.cat/wp/el-carli-martiria-serrat-i-miro-el-capitost-de-la-frontera/>

MIRÓ SOLÁ, Lluís. "El proceso de los trabucaires (Perpiñán, 1845-46)". En <http://segledinou.cat/wp/el-proceso-de-los-trabucaires-perpinan-1845-1846/>.

MOLINER PRADA, Antonio. "La articulación militar de la resistencia: la guerrilla". En *Trocadero*, 2008, n.º 20, pp. 45-58.

MOLINER PRADA, Antonio. "El fenómeno guerrillero". En Moliner Prada (ed.) *La Guerra de la Independencia*. Madrid: Nabla, 2007, pp. 123-152.

MOLINER PRADA, Antonio. *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2004.

MOLINER PRADA, Antonio. *Popular Resistance in Catalonia: Somatens and Miquelets, 1808-14*, en *Revista HMIc: història moderna i contemporània*, n.º 1, 2003, pp. 35-56.

MOLINER PRADA, Antonio. "Rebeldes, combatientes y guerrilleros". En *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 2008, n.º 38-1, pp. 115-134.

MONTOYA ARIZMENDI, Pío. *La intervención del clero vasco en las contiendas civiles (1820-1823)*. San Sebastián: Editorial Txertoa, 1971.

MORAL RONCAL, Antonio Manuel. *El general Manuel Gutiérrez de la Concha: una espada liberal en las guerras carlistas*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2014.

MORAL RONCAL, Antonio Manuel. *Las guerras carlistas*. Madrid: Sílex, 2006.

MORAL RONCAL, Antonio Manuel. "Un caudillo carlista ante la crisis del Antiguo Régimen". En *Desperta Ferro: Historia Moderna*, 2015, n.º 18, pp. 6-13.

MUNDET I GIFRE, Josep M. *La Primera Guerra Carlina a Catalunya. Història Militar i Política*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1990.

NICHOLS, Bruce. *Guerrilla Warfare in Civil War Missouri, September 1864-June 1865*, Jefferson: McFarland, vol. 4, 2014.

ORTEGA Y ESPINÓS, José. *Historia de las Escuadras de Cataluña: su origen, sus proezas, sus vicisitudes, intercalada con la vida y hechos de los más célebres ladrones y bandoleros*. Barcelona: Editor Luis Tasso, 1876.

OYARZUN, Román. *Historia del carlismo*. Bilbao: Ediciones Fe, 1939.

PALACIO RAMOS, Rafael. *La Tercera Guerra Carlista en Cantabria*. Torrelavega: Librucos, 2017.

PEMÁN, José María. *Mis almuerzos con gente importante*. Barcelona: Dopesa, 1970.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio "Absolutismo y clases sociales. Los Voluntarios Realistas de Madrid (1823-1833)". En *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XV, 1978, pp. 295-310

PIRALA, Antonio. *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*. Madrid: Turner-Historia 16, 1984, 6 vols.

PIRALA, A. *Segunda parte de la Guerra Civil: Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Don Alfonso XII*. 6 vols. Madrid: Publicada por Felipe González Rojas, 1892-1906.

PONS PRADES, Eduardo. *Guerrillas españolas 1936-1960*. Barcelona: Editorial Planeta, 1977.

PORRINAS GONZÁLEZ, David. *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*. Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020.

POSADA MOREIRAS, Javier. "La Guerra de los *Malcontents*: ¿una guerra de guerrillas?". En *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 9, núm. 19, 2020, pp. 165-185.

PRIEGO LÓPEZ, Juan. *Guerra de la Independencia*. 7 vols. Madrid: San Martín, 1972.

PUELL DE LA VILLA, Fernando. "El ejército nacional". En Artola, Miguel (coord.). *IV. Edad Contemporánea. El siglo XIX*. Vol. I, en O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo (dir.). *Historia Militar de España*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2015, pp. 130-182.

QUESADA SANZ, Fernando. "Armamento ofensivo romano: de Augusto a Nerva". En *Desperta Ferro: Especiales*, 2016, n.º X, pp. 26-33.

QUESADA SANZ, Fernando; FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Carlos. *Armas de Grecia y Roma*. Madrid: La Esfera de los libros, 2008.

QUESADA SANZ, Fernando. "Exercitus latronum: las tácticas de Viriato y sus tropas, ¿una contradicción entre términos?". En *Desperta Ferro: Antigua y Medieval*, 2020, n.º 61, pp. 32-37.

QUESADA SANZ, Fernando. "La guerra con arma blanca". En Artola Gallego, Miguel. (ed.). *Historia de Europa*. Madrid: Colegio Libre de Eméritos y Espasa Calpe, 2007, pp. 681-776.

QUINTANA I SEGALÀ, Joan Xavier. "Matices de una historia de la contrarrevolución". En *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, 2009, n.º 9, separata.

RAHDEN, Wilhelm. *Cabrera. Recuerdos de la guerra civil española*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2013.

RAHDEN, Wilhelm. *Andanzas de un veterano de la guerra de España, 1833-1840*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1965.

RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA, Wenceslao. *Fernando VII, Rey Constitucional: historia diplomática de España de 1820 a 1823*. Madrid: Beltrán, 1923.

RAMÍREZ MARTÍNEZ, Jesús. "El uso social de los apodos como discurso sintético en las sociedades rurales". En *Sociedad y Discurso*, n.º 19, 2011, pp. 49-71. Universidad de Aalborg. Descargado de www.discurso.aau.dk.

RECIO CUESTA, Juan Pedro. *Entre la anécdota y el olvido: la Primera Guerra Carlista en Extremadura (1833-1840)*. Madrid: Actas, 2015.

RÍO ALDAZ, Ramón del. "La formación del cuerpo de Voluntarios Realistas en Navarra (1823-1828)". En *Museo Zumalacárregui. Estudios Históricos*, n.º 2, 1992, pp. 209-237

RÍO ALDAZ, Ramón del. "Ultras y mercenarios: las fuerzas paramilitares en los años previos a la Guerra Carlista en Navarra (1828-1832)". En *Gerónimo De Uztariz*, no. 8, 1993, pp. 55-74.

RISQUES CORBELLÀ, Manuel. *Història de la Catalunya Contemporània. De la Guerra del Francès al nou Estatut*. Barcelona: Editorial Pòrtic, 2006.

RODRIGO FERNÁNDEZ, José Alberto. *Cabrera y su ejército. La Primera Guerra Carlista (1833-1840)*. Valladolid: Galland Books, 2019.

RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO, Rafael. *El exilio carlista en la España del XIX (carlistas y "demócratas" revolucionarios)*. Madrid: Castalia, 1984.

RONCO POCE, Francisco. "El arte de la guerra medieval". En *Historia de la Guerra*, n.º 20, pp. 42-53.

Rubio Ruiz, Daniel. "Els cossos de Voluntaris Reialistes (Corregiment de Cervera): estructura social i conflicte". En Solé Sabaté, Josep Maria (dir.). *El Carlisme com a conflicte*. Barcelona: Columna, 1993, pp. 57-70

RÚJULA, Pedro. *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2011.

SÁ E MELO FERREIRA, María de Fátima. *Rebeldes e insubmissos: resistências populares ao liberalismo, 1834-1844*. Porto: Edições Afrontamento, 2002.

SALLÉS VILASECA, Núria. “La invasión francesa y la guerrilla austracista”. En *Desperta Ferro Historia Moderna*, n.º 39 (Abril-Mayo 2019), pp. 50-55.

SAN MIGUEL, Evaristo. *De la guerra civil en España*. Madrid: Imprenta de Don Miguel de Burgos, 1836.

SÁNCHEZ AGUSTÍ, Ferrán. *Carlins amb armes en temps de pau: altres efemèrides d'interès (1840-1842)*. Lleida: Pagès editors, 1996.

SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep. *El general Borso Di Carminati. Héroe de cuatro patrias: Italia, España, Francia y Portugal*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza y Universitat Rovira i Virgili, 2019.

SÁNCHEZ ERAUSKIN, Javier. “Un sermón anticonstitucional de Fray Demonio en la Vitoria de los Cien Mil Hijos de San Luis (4-V-1823)”. En *Sancho El Sabio: Revista de cultura e investigación vasca*, n.º 2, 1992, pp. 269-296.

SANS PUIG, José María. “La Guerra de los "Agraviats" (1827)”. En *Historia y Vida*, n.º 240, 1988, pp. 44-56.

SANTIRSO RODRÍGUEZ, Manuel. “El incierto cenit del carlismo catalán (1837-1840)”. En *Gerónimo de Uztáriz*, n.º 14, 1999, pp. 153-178.

SANTIRSO RODRÍGUEZ, Manuel. “Prólogo”. En Caridad Salvador, Antonio. *El ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón: (1833-1840)*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2013, pp. 9-12.

SANTIRSO RODRÍGUEZ, Manuel. *Revolución liberal y guerra civil en Cataluña (1833-1840)*. Tesis doctoral dirigida por Josep Fontana Lázaro. Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1995.

SANTIRSO RODRÍGUEZ, Manuel. “Todas las guerras, la guerra. Joseph Tanski y la historia militar contemporánea en España”. En *El Informe Tanski y la Guerra Civil Carlista de 1833-1840*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2011, pp. 15-70.

SANTIRSO RODRÍGUEZ, Manuel. “Voluntarios Realistas, Voluntarios de Isabel II y Milicia Nacional, o en la guerra también hay clases”. En *Historia Social*, n.º 23, 1995, pp. 21-40.

SAUCH CRUZ, Nuria. *Absolutistes i liberals a las terres de l'Ebre i al Maestrat (1820-1844)*. Tesis doctoral dirigida por María Teresa Martínez de Sas, Universidad de Barcelona, Barcelona: 2002.

SAUCH CRUZ, Nuria. *Guerrillers i Bàndols Civils entre l'Ebre i El Maestrat: la formació d'un país carlista, 1808-1844*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2004.

SAUCH CRUZ, Nuria. “La Guerra dels Malcontents al corregiment de Tortosa”. En *Recerca*, n.º 5, 2001, pp. 141-184.

SCHMITT, Carl. *Teoría del partisano: acotación al concepto de lo político*. Madrid: Trotta, 2013.

SECO SERRANO, Carlos. "La Política Exterior De Carlos IV". , En *Historia de España* Ramón Menéndez Pidal: tomo XXXI, vol. II. Madrid: Espasa Calpe, 1975, pp. 449-732.

SECO SERRANO, Carlos. "Prólogo". En Torras Elías, Jaime. *La guerra de los Agraviados*. Barcelona: Cátedra de Historia General de España, 1967, pp. V-XVIII.

SEGURA GARCÍA, Germán. *Las Cortes Catalanas de 1705-1706: el camino sin retorno de la Cataluña austracista*. Tesis doctoral dirigida por José María Iñárritu Rodríguez, UNED, Madrid, 2010.

SEGURA GARCÍA, Germán. "Organización, táctica y principales acciones del Ejército Español". En Iglesias, Carmen (coord.). *III. Edad Moderna. Los Borbones. Vol. III*, en O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo (dir.). *Historia Militar de España*, Madrid: Ministerio de Defensa, 2014, pp. 115-147.

SEGURA OTAÑO, Enrique. *Un montero genial. Biografía de A. Covarsí*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz, 1969.

SEVILLANO CALERO, Francisco; SOLER PASCUAL, Emilio (eds.). *Diarios de viaje de Fernando VII (1823 y 1827-1828)*, estudio introductorio de Laparra López, Emilio. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013

SOMÉ LASERNA, Caín. *La Sevilla carlista de 1833-1840. Levantamiento y represión*. Madrid: Actas, 2014.

SUÁREZ VERDEGUER, Federico. *Documentos del reinado de Fernando VII. VIII. Los agraviados de Cataluña*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1972.

SUÁREZ VERDEGUER, Federico. "Los Cuerpos de Voluntarios Realistas: Notas para su estudio". En *Anuario de Historia del Derecho Español*, n.º 26, 1956, pp. 47-88.

TOMÁS VILLARROYA, Javier. *Pascual Cucala Mir. Relatos de la Tercera Guerra Carlista*. Vinaroz: Antinea, 2014.

TORENO, QUEIPO DE LLANO, José María, conde de. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1926.

TORRAS ELÍAS, Jaime. *La guerra de los Agraviados*. Barcelona: Universidad de Barcelona-Cátedra de Historia General de España, 1967.

URCELAY ALONSO, Javier. *Cabrera: El Tigre del Maestrazgo*. Barcelona: Ariel, 2006.

URCELAY ALONSO, Javier. *El Maestrazgo Carlista*. Vinaroz: Editorial Antinea, 2002.

URQUIJO GOITIA, José Ramón. "Las Guerras Carlistas". En Artola Gallego, Miguel (coord.). *IV. Edad Contemporánea. El siglo XIX. Vol. 1*, en O'Donnell y Duque de Estrada, Hugo (dir.). *Historia Militar de España*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015, pp. 259-318.

VERÍSSIMO SERRÃO, Joaquim; BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso. *La Contrarrevolución Legitimista (1688-1876)*. Madrid: Editorial Complutense, 1995.

VILAR I VERGÉS, Josep. *Els trabucaires*. Girona: Diputació de Girona, 2017.

VILA-SAN-JUAN, José Luis. *Los reyes carlistas: los otros Borbones*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1993.

WEINSTEIN, Jeremy. *Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

ZARATIEGUI Y CELIGÜETA, Juan Antonio. *Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacárregui*. Madrid: Sarpe, 1986.